LO ENCONTRADO Y LO PERDIDO



URSULA K. LE GUIN

minotauro

Índice

Portada
Portadilla
Más vasto que los imperios y más lento
Chicas búfalo, ¿no salís esta noche?
Hernes
La cuestión de Seggri
Un pescador del Mar Interior
El día del perdón
Un hombre del pueblo
La liberación de una mujer
Música Antigua y las mujeres esclavas
El descubridor
En el Gran Pantano
Dragónvolador
Paraísos perdidos
Notas
Créditos

LO ENCONTRADO Y LO PERDIDO

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA K. LE GUIN

minotauro

Más vasto que los imperios y más lento

Árboles otra vez

Si no recuerdo mal, Robert Silverberg, que publicó por primera vez este relato en *New Dimensions 1*, me pidió con mucha amabilidad que le cambiara el título. Me di cuenta de que cualquiera que lo leyera quizás pensaría a mitad de la lectura que el título es descriptivo en exceso respecto a la propia trama, pero era demasiado bello y demasiado acertado como para no aprovecharlo, y el señor Silverberg me permitió mantenerlo. Es de Andrew Marvell, *A su tímida amante*:

«Nuestro amor vegetal debería crecer
más vasto que los imperios, y más lento…».

Al igual que *Nueve vidas*, esto no es un psicomito, sino una historia de ciencia ficción corriente, desarrollada no para una trama de acción/ aventura, sino psicológica. A menos que la acción física refleje la acción psíquica, o que los hechos sean una expresión de la persona, me aburren mucho las tramas de aventuras; a menudo parece que cuanta más acción hay, menos sucede en la historia. Por supuesto, lo que me interesa es lo que ocurre en el interior. En el espacio interior de los personajes. Todo el mundo tiene bosques en la mente, bosques inexplorados, interminables. Todas las personas se pierden en su bosque, cada noche, a solas.

Aquí, oculto en el follaje, hay un pequeño acto de homenaje. El protagonista de *El que da forma*, de Roger Zelazny, uno de los

mejores relatos de ciencia ficción que conozco, se llama Charles Render. Yo bauticé un síndrome con su nombre.

Solo durante las primeras décadas de la Liga, la Tierra envió naves en aquellos viajes extremadamente largos, más allá de los límites, más allá las estrellas y mucho más lejos. Buscaban mundos que no hubieran sido sembrados o colonizados por los Fundadores en Hain; mundos verdaderamente alienígenas. Todos los Mundos Conocidos se remontaban al Origen Hainita, y los terrestres, a quienes los hainitas no solo habían fundado, sino también salvado, se sentían resentidos por ello. Querían alejarse de la familia. Querían encontrar a alguien nuevo. Los hainitas, como si fueran unos padres tediosamente comprensivos, apoyaron sus exploraciones y aportaron naves y voluntarios, al igual que lo hicieron otros mundos de la Liga.

Toda esa gente voluntaria de las tripulaciones del Sondeo Extremo compartía una peculiaridad: no estaban en su sano juicio.

Al fin y al cabo, ¿qué persona con cierta cordura saldría a recoger información que no se recibiría hasta al cabo de cinco o diez siglos? Todavía no se había eliminado la interferencia de masas cósmicas del funcionamiento del ansible, por lo que la comunicación instantánea solo era fiable en un radio de ciento veinte años luz. Los exploradores estarían bastante aislados. Y, por supuesto, no tenían ni idea de lo que encontrarían a la vuelta, si es que volvían. Ningún ser humano mentalmente equilibrado que hubiera experimentado un deslizamiento temporal de unas pocas décadas entre mundos de la Liga se ofrecería voluntario para un viaje de ida y vuelta de siglos. Los sondeadores eran escapistas, inadaptados. Estaban locos.

Diez de ellos subieron a bordo del transbordador en Puerto Smeming e intentaron conocerse durante los tres días que tardaron en llegar a su nave, la *Gum*. «Gum» es un sobrenombre cetiano, del estilo de «cariño» o «cielo». La tripulación la componían dos cetianos, dos hainitas, un beldeno y cinco terranos; la nave, de construcción cetiana, la había fletado el gobierno de la Tierra. Su

variopinta tripulación subió a bordo retorciéndose uno a uno por el tubo de acoplamiento, como espermatozoides aprensivos tratando de fecundar el universo. El transbordador partió y el navegante puso en marcha la *Gum*. Revoloteó durante algunas horas por el borde del espacio, a unos pocos cientos de millones de kilómetros de Puerto Smeming, y luego desapareció abruptamente.

Cuando, al cabo de 10 horas y 29 minutos, o 256 años, la *Gum* reapareció en el espacio normal, se suponía que se encontraba en las proximidades de la Estrella KG-E-96651. Efectivamente, allí estaba la cabeza de alfiler dorada de la estrella. En algún lugar dentro de una esfera de cuatrocientos millones de kilómetros había también un planeta verdoso, el Mundo 4470, según los mapas de un cartógrafo cetiano. Ahora lo que la nave tenía que hacer era encontrar el planeta, algo que no era tan fácil como podría parecer si se tenía en cuenta que aquello era como un pajar de cuatrocientos millones de kilómetros. Y la *Gum* no podía dar vueltas por el espacio planetario a casi la velocidad de la luz; si lo hacía, tanto ella como la Estrella KG-E-96651 y el Mundo 4470 podrían acabar haciendo ¡pam! Tenía que avanzar lentamente, utilizando la propulsión de sus cohetes, a unos cientos de miles de kilómetros por hora. Asnanifoil, el matemático navegante, sabía muy bien dónde debía estar el planeta y calculaba que se podría alcanzar en unos diez días T. Mientras tanto, los miembros del equipo de sondeo se conocieron un poco más.

–No lo aguanto –declaró Porlock, el científico puro (químico, además de físico, astrónomo, geólogo, etc.), y en su bigote aparecieron pequeñas manchas de saliva–. Ese hombre está loco. No entiendo cómo es posible que se le considerara apto para formar parte de un equipo de sondeo, a menos que se trate de un experimento deliberado de incompatibilidad, planeado por la Autoridad, que nos usa como cobayas.

–Normalmente utilizamos hámsteres y gules hainitas –contestó con educación Mannon, el científico social (psicólogo, además de psiquiatra, antropólogo, ecólogo, etc.). Era uno de los hainitas– en

lugar de cobayas. Bueno, creo que ya lo sabes, pero lo cierto es que el señor Osden es realmente un caso muy raro. De hecho, es el primer individuo totalmente curado del síndrome de Render, una variedad de autismo infantil que se creía incurable. El gran analista terrano Hammergeld razonó que la causa de la condición autista en este contexto clínico era una capacidad empática excesiva, y desarrolló un tratamiento apropiado. El señor Osden es el primer paciente que se sometió a ese tratamiento; de hecho, vivió con el doctor Hammergeld hasta los dieciocho años. La terapia fue un éxito completo.

–¿Un éxito?

–Pues sí. Sin duda, ya no es autista.

–¡No, pero es insoportable!

–Bueno, verás, la reacción defensiva-agresiva normal entre desconocidos que se reúnen por primera vez, digamos como tú y el señor Osden, por ejemplo, es algo de lo que apenas eres consciente; las costumbres, los modales o la falta de atención hacen que la pasemos por alto. Hemos aprendido a ignorarla, hasta el punto de que incluso podríamos negar que existe –explicó Mannon, dirigiendo la mirada, aunque sin fijarse mucho, a las manchas de saliva del bigote de Porlock–. Sin embargo, el señor Osden, al ser empático, la siente. Siente sus propios sentimientos y los de los demás, y le cuesta distinguir cuál es cuál. Digamos que existe en él un elemento habitual de hostilidad hacia cualquier desconocido en su reacción emocional cuando lo conoce, además de una aversión espontánea por su aspecto, su ropa o su apretón de manos. No importa lo que sea, él nota esa aversión. Como ha desaprendido su defensa autista, recurre a un mecanismo de defensa agresivo, que es una respuesta del mismo tipo a la hostilidad que tú has proyectado en él sin darse cuenta.

Mannon se lo siguió explicando durante un buen rato.

–Eso no le da derecho a ser tan cabrón –replicó Porlock.

–¿No puede desentenderse de nosotros? –quiso saber Harfex, el biólogo, otro hainita.

–Es como oír –le aclaró Olleroo, la ayudante del científico puro, que estaba agachada para pintarse las uñas de los pies con esmalte fluorescente–. No hay párpados en los oídos. No hay un interruptor de apagado para la empatía. Oye nuestros sentimientos, quiera o no.

–¿Sabe lo que estamos pensando? –preguntó Eskwana, el ingeniero, y miró a su alrededor con verdadero temor.

–No –le espetó Porlock–. La empatía no es telepatía. Nadie tiene telepatía.

–Sin embargo –añadió Mannon con una sonrisita–, justo antes de irme de Hain llegó un informe muy interesante de uno de los mundos recientemente redescubiertos, enviado por un estudioso de las formas de vida superiores llamado Rocannon, que informaba de lo que parece ser una técnica telepática existente entre una raza homínida mutada, y que se puede enseñar. Solo leí una sinopsis en el boletín de investigación sobre las formas de vida superiores, pero….

Continuó hablando sobre el tema. Los demás habían aprendido que podían charlar aparte mientras Mannon hablaba. A él no parecía importarle, ni siquiera el hecho de perderse gran parte de lo que decían los otros.

–Entonces, ¿por qué nos odia? –preguntó Eskwana.

–Nadie te odia, Ander –le contestó Olleroo, que ahora le pintaba de rosa fluorescente la uña del pulgar izquierdo al ingeniero. Éste se sonrojó y sonrió levemente.

–Pues se comporta como si nos odiara –intervino Haito, la coordinadora. Era una mujer de aspecto delicado y pura ascendencia asiática, con una voz sorprendente, ronca, profunda y suave, como la de una rana toro joven–. Si siente nuestra hostilidad, ¿por qué la aumenta con insultos y ataques constantes? No me parece que la cura del doctor Hammergeld fuera un éxito, la verdad, Mannon. Quizás el autismo sería preferible…

Se calló de repente. Osden había entrado en el camarote principal.

Parecía que lo habían desollado. Su piel era antinaturalmente blanca y fina, y dejaba ver las venas y las arterias como si fueran un mapa de carreteras descolorido en rojo y azul. Su nuez de Adán, los músculos que le rodeaban la boca, los huesos y ligamentos de sus muñecas y manos, todo destacaba con nitidez, como si se tratara de un ejemplo para una lección de anatomía. Tenía el cabello de un color óxido pálido, como la sangre secada durante mucho tiempo. Tenía cejas y pestañas, pero solo eran visibles bajo ciertas luces; lo que se veía eran los huesos de las cuencas oculares, el veteado de los párpados y unos ojos incoloros. No eran ojos rojos, pues no era realmente albino, pero tampoco eran azules o grises; los colores se habían anulado en sus ojos y habían dejado una claridad fría como el agua, infinitamente penetrable. Nunca miraba directamente a nadie. Su rostro carecía de expresión, como un dibujo anatómico, o una cara despellejada.

–Estoy de acuerdo en que incluso el retraimiento autista podría ser preferible a la contaminación de emociones baratas de segunda mano con las que me perturbáis – dijo en una voz tenor alta y áspera–. ¿Ahora por qué irradias odio, Porlock? ¿Es que no soportas verme? Vete a practicar algo de autoerotismo como hacías anoche, mejora tu estado de ánimo. ¿Quién puñetas ha movido mis cintas? No toquéis mis cosas, ninguno de vosotros. No lo permitiré.

–Osden, ¿por qué eres tan cabrón? –dijo Asnanifoil con su gran voz retumbante.

Ander Eskwana se acobardó y se tapó la cara con las manos. Los enfrentamientos le asustaban. Olleroo levantó la vista con expresión vacía pero ansiosa, la eterna espectadora.

–¿Por qué no iba a serlo? –replicó Osden. No miraba a Asnanifoil, y se mantenía físicamente lo más alejado posible de todos ellos en el atestado camarote–. Ninguno de vosotros constituye, en sí mismo, razón alguna para que cambie mi comportamiento.

Harfex, hombre reservado y paciente, intervino en ese momento.

–La razón es que vamos a pasar varios años juntos. La vida será más sencilla para todos si...

–¿Es que no eres capaz de entender que ninguno de vosotros me importa en absoluto? –dijo Osden.

Agarró sus microcintas y salió del compartimento. Eskwana se marchó a dormir, de repente. Asnanifoil empezó a dibujar estelas en el aire con el dedo, murmurando los Rituales Canónicos.

–La única explicación a su presencia en el equipo es que se trata de un complot por parte de la Autoridad Terrana. Me di cuenta casi de inmediato. Esta misión está destinada al fracaso –le susurró Harfex a la coordinadora mirando por encima de su hombro.

Porlock jugueteaba con el botón de su bragueta, y tenía lágrimas en los ojos. Ya dije que estaban todos locos; no exageraba.

De todos modos, no es que no tuvieran justificación. Los miembros de un equipo de Sondeo Extremo esperaban que sus compañeros estuvieran bien formados, fueran inteligentes y, aunque inestables, personalmente simpáticos. Tendrían que trabajar juntos en espacios reducidos y lugares desagradables, y era de esperar que las paranoias, depresiones, manías, fobias y compulsiones de unos y otros fueran lo suficientemente leves como para mantener buenas relaciones personales, al menos la mayor parte del tiempo. Quizás Osden era inteligente, pero su formación era incompleta y su personalidad desastrosa. Solo lo habían enviado por su peculiar don, el poder de la empatía; propiamente dicho, de la receptividad bioempática de amplio alcance. Su talento no se limitaba a una especie: era capaz de captar la emoción o la sensibilidad de cualquier ser que sintiera. Podía compartir la lujuria con una rata blanca, el dolor con una cucaracha aplastada y la fototropía con una polilla. La Autoridad había decidido que, en un mundo alienígena, sería útil saber si algo cercano es capaz de sentir y, en caso afirmativo, cuáles son sus sentimientos hacia el otro. El título de Osden era nuevo: era el sensor del equipo.

–¿Qué es la emoción, Osden? –le preguntó Haito Tomiko un día en el camarote principal, en un intento de entablar alguna relación

con él, aunque fuera complicado–. ¿Qué es, exactamente, lo que captas con tu sensibilidad empática?

–Algo asqueroso –respondió el hombre con su voz aguda y exasperada–. Los excrementos psíquicos del reino animal. Camino entre tus heces.

–Intentaba conocer algunos hechos.

Pensó que le había contestado con un tono de voz admirablemente tranquilo.

–No buscabas hechos, intentabas comprenderme. Con algo de miedo, algo de curiosidad y mucho desagrado. Como se pincha a un perro muerto para ver cómo se arrastran los gusanos sobre él. ¿Te vas a enterar de una vez por todas que no quiero que me comprendan, que lo quiero es que me dejen en paz? –Su piel estaba moteada de rojo y violeta, y había elevado el tono de voz–. ¡Vete a revolcarte en tu propia mierda, zorra amarilla! –gritó ante su silencio.

–Tranquilo –le dijo ella, todavía en voz pausada, pero lo dejó solo enseguida y se fue a su camarote.

Por supuesto, Osden tenía razón sobre sus motivos. La pregunta había sido mayoritariamente un pretexto, un simple esfuerzo por interesarle. Pero ¿qué había de malo en ello? ¿Acaso ese esfuerzo no implicaba respeto por el otro? En el momento de hacer la pregunta, ella había sentido, como mucho, una ligera desconfianza hacia él; sobre todo había sentido lástima por él, aquel pobre cabrón arrogante y tóxico, el señor Sin Piel, como lo llamaba Olleroo. ¿Qué esperaba que sintiera con esa forma de actuar? ¿Amor?

–Supongo que no soporta que nadie sienta lástima por él –comentó Olleroo, tumbada en la litera inferior, dorándose los pezones.

–Entonces no puede formar ninguna relación humana. Todo lo que ese doctor Hammergeld hizo fue darle la vuelta al autismo…

–Pobre capullo –dijo Olleroo–. Oye, Tomiko, no te importa si Harfex viene un rato esta noche, ¿verdad?

–¿No puedes ir a su camarote? Estoy harta de tener que esperar siempre en el camarote principal al lado de ese puñetero cabeza de nabo pelado.

–Le odias, ¿verdad? Supongo que él lo siente. Pero anoche también dormí con Harfex, y Asnanifoil podría ponerse celoso, porque comparten camarote. Es más agradable aquí.

–Pues atiéndelos a los dos –le soltó Tomiko con la tosquedad propia de la modestia ofendida. Su subcultura terrestre, la asiática oriental, era puritana. La habían educado en la castidad.

–A mí solo me gusta uno por noche –respondió Olleroo con inocente serenidad. En Beldene, el Planeta Jardín, no conocían la castidad, ni habían descubierto la rueda.

–Entonces, prueba con Osden –le sugirió Tomiko.

Su inestabilidad personal rara vez era tan evidente como en ese momento: una profunda desconfianza en sí misma que se manifestaba como destructivismo.

Se había ofrecido voluntaria para esa misión porque, con toda probabilidad, era inútil hacerlo.

La pequeña beldena levantó la vista, con el pincel en la mano y los ojos muy abiertos.

–Tomiko, eso que has dicho es muy sucio.

–¿Por qué?

–¡Sería algo repugnante! Osden no me atrae en absoluto.

–No sabía que eso te importaba –dijo Tomiko con indiferencia, aunque sí lo sabía. Recogió unos papeles y salió del camarote comentando–: Espero que tú y Harfex o quien sea hayáis terminado antes de la última campanada; estoy cansada.

Olleroo empezó a llorar. Las lágrimas cayeron goteando sobre sus pequeños pezones dorados. Lloraba con facilidad. Tomiko no había llorado desde que tenía diez años.

No era una nave feliz, pero el ambiente mejoró cuando Asnanifoil y sus ordenadores encontraron el Mundo 4470. Allí yacía una joya de color verde oscuro como la verdad en el fondo de un pozo gravitatorio. Mientras veían crecer el disco de jade se formó

entre ellos un sentimiento de reciprocidad. El egoísmo de Osden y su eficaz crueldad sirvieron en ese momento para unir a los demás.

–Tal vez lo enviaron como un gron de castigo –sugirió Mannon–. Lo que los terranos llaman un chivo expiatorio. Quizás su influencia sea buena, después de todo.

Y todos, muy cuidadosos en ser amables los unos con los otros, se mostraron de acuerdo.

Entraron en órbita. No había luces en el lado de la noche, en los continentes no se veía ninguna de las líneas y los coágulos que crean los animales que construyen.

–No hay seres humanos – murmuró Harfex.

–Por supuesto que no –le replicó Osden, que tenía una pantalla para él solo y la cabeza dentro de una bolsa de polietileno. Afirmaba que el plástico reducía el ruido empático que recibía de los demás–. Hemos pasado dos siglos luz del límite de la Expansión Hainita, y fuera de ella no hay seres humanos. En ninguna parte. ¿No creerás que la Creación cometió el mismo horrible error dos veces?

Nadie le hizo mucho caso; miraban con afecto aquella inmensidad de jade que tenían debajo, donde había vida, aunque no humana. Ellos eran unos inadaptados entre los humanos, y lo que ahora veían allí no era desolación, sino paz. Incluso Osden no parecía tan inexpresivo como de costumbre: fruncía el ceño.

Descenso en fuego sobre el mar; reconocimiento aéreo; aterrizaje. Una llanura cubierta de algo parecido a la hierba, espesa, verde, de tallos arqueados, rodeaba la nave, rozaba las cámaras de visión extendidas y embadurnaba las lentes con un fino polen.

–Parece una fitosfera pura –apuntó Harfex–. Osden, ¿captas algo sintiente?

Todos se volvieron hacia el sensor. Había abandonado la pantalla y se estaba sirviendo una taza de té. No contestó. Rara vez contestaba a las preguntas que le hacían.

La rigidez quitinosa de la disciplina militar era totalmente inaplicable a estos equipos de científicos locos; su cadena de mando estaba a medio camino entre el procedimiento parlamentario y el

orden jerárquico, y habría vuelto loco a un oficial del servicio regular. Sin embargo, por decisión inescrutable de la Autoridad, la doctora Haito Tomiko había recibido el título de coordinadora, y en ese momento ejerció su prerrogativa por primera vez.

–Señor sensor Osden, por favor, responda al señor Harfex.

–¿Cómo podría «captar» algo del exterior con las emociones de nueve homínidos neuróticos pululando a mi alrededor como moscas en el estiércol? –dijo Osden sin girarse–. Cuando tenga algo que decir, se lo diré. Soy consciente de mi responsabilidad como sensor. Sin embargo, si se atreve a darme una orden otra vez, coordinadora Haito, me consideraré liberado de mi responsabilidad.

–Muy bien, señor sensor. Confío en que no necesitará órdenes de ahora en adelante.

La voz de rana toro de Tomiko sonó tranquila, pero dio la impresión de que Osden se estremecía ligeramente mientras se mantenía de espaldas a ella, como si una oleada de su rencor reprimido le hubiera golpeado con fuerza física.

La corazonada del biólogo resultó acertada. Cuando empezaron los análisis de campo, no encontraron animales, ni siquiera entre la microbiota. Allí nadie se comía a nadie. Todas las formas de vida eran fotosintéticas o saprófagas, vivían de la luz o de la muerte, no de la vida. Todo eran plantas. Plantas infinitas, ni una sola especie conocida por los visitantes de la casa de la Humanidad. Infinitos tonos e intensidades de verde, violeta, púrpura, marrón, rojo. Infinitos silencios. Solo el viento se movía y agitaba hojas y frondas; un viento cálido que soplaba cargado de esporas y polen, que soplaba el dulce polvo verde pálido sobre praderas de grandes hierbas, brezales que no llevaban brezo, bosques sin flores donde ningún pie había caminado ni ningún ojo había mirado. Un mundo cálido y triste. Triste y sereno. Los sondeadores, que deambulaban como vagabundos por soleadas llanuras de filicaliformes violetas, hablaban en voz baja entre sí. Sabían que sus voces rompían un silencio de mil millones de años, el silencio del viento y las hojas, las

hojas y el viento, aquel soplaba y cesaba y soplaba de nuevo. Hablaban en voz baja, pero siendo humanos, hablaban.

–Pobre Osden –comentó Jenny Chong, bióloga y técnica, mientras pilotaba un helijet en el recorrido de cuadrangulación del Polo Norte–. Con todo ese material de alta fidelidad en el cerebro y nada que recibir. Qué fracaso.

–Me dijo que odia las plantas –comentó Olleroo con una risita.

–Cabría pensar que le gustarían, ya que no le molestan tanto como lo hacemos nosotros.

–No estoy seguro de que me gusten mucho estas plantas –apuntó Porlock mientras miraba las ondulaciones púrpuras del Bosque Circumpolar del Norte–. Es todo igual. Sin mente. Sin cambios. A quien se quedara aquí a solas se le iría la cabeza.

–Pero todo está vivo –le explicó Jenny Chong–. Y si vive, Osden lo odia.

–En realidad no es tan malo –afirmó Olleroo, magnánima.

Porlock la miró de reojo y le preguntó:

–¿Alguna vez te has acostado con él, Olleroo?

Olleroo rompió a llorar y exclamó:

–¡Los terranos sois repugnantes!

–No lo ha hecho –intervino Jenny Chong, dispuesta a defenderla–. ¿Y tú? ¿Tú lo has hecho, Porlock?

El químico soltó una carcajada incómoda: «ija, ja, ja!». En su bigote aparecieron varias motas de saliva.

–Osden no soporta que lo toquen –respondió Olleroo con voz temblorosa–. Una vez le rocé por accidente y me apartó de un golpe como si yo fuera algo… sucio. Para él, todos somos cosas.

–Es malvado –declaró Porlock con voz tensa, lo que las sobresaltó a las dos–. Acabará destrozando este equipo, saboteándolo, de un modo u otro. Recuerda bien lo que te digo. No está capacitado para convivir con otras personas.

Aterrizaron en el Polo Norte. Un sol de medianoche ardía sobre las colinas bajas. Las hierbas de brioformo, cortas, secas y de color rosa verdoso, se extendían en todas direcciones, que eran todas la

misma: el sur. Subyugados por el increíble silencio, los tres sondeadores instalaron sus instrumentos y se pusieron a trabajar. Tres virus que se movían minuciosamente sobre la piel de un gigante inmóvil.

Nadie le pedía a Osden que lo acompañase a los viajes como piloto, fotógrafo o grabador, y él nunca se ofrecía voluntario, por lo que rara vez abandonaba el campamento base. Transmitía los datos taxonómicos botánicos de Harfex a través de los ordenadores de la nave y actuaba de ayudante para Eskwana, cuyo trabajo allí era principalmente de reparación y mantenimiento. Eskwana había empezado a dormir mucho, veinticinco horas, o incluso más de treinta y dos horas diarias, y solo aparecía en medio de la reparación de una radio o la comprobación de los circuitos de guiado de un helijet. La coordinadora se quedó un día en la base para observarlo todo. Allí no había nadie más, salvo Poswet To, que sufría ataques epilépticos. Mannon la había conectado a un circuito terapéutico en un estado de catatonia preventiva. Tomiko envió informes a los bancos de almacenamiento y vigiló a Osden y Eskwana. Pasaron dos horas.

–Puede que te venga mejor utilizar 860 microwaldos para sellar esa conexión –comentó Eskwana con su voz baja y dubitativa.

–¡Es evidente!

–Perdona. Es que acabo de ver que tenías los 840 ahí…

–Y los sustituiré cuando saque los 860. Cuando no sepa qué hacer, te pediré ayuda, ingeniero.

Tomiko dejó pasar un minuto y miró a su alrededor. Tal y como se esperaba, allí estaba Eskwana, profundamente dormido, con la cabeza sobre la mesa y el pulgar en la boca.

–Osden.

La cara blanca no se volvió, no habló, pero le transmitió con una actitud impaciente que la estaba escuchando.

–No puedes hacer caso omiso de la vulnerabilidad de Eskwana.

–No soy responsable de sus reacciones psicopáticas.

–Pero sí eres responsable de las tuyas. Eskwana es esencial para nuestro trabajo aquí, y tú no. Si no puedes controlar tu hostilidad, debes evitarle por completo.

Osden dejó sus herramientas y se puso en pie.

–¡Pues con mucho gusto! –replicó con su voz vengativa y rasposa–. No te haces una idea de lo que es experimentar los terrores irracionales de Eskwana. Tener que compartir su horrible cobardía, tener que encogerse con él ante cualquier cosa.

–¿Intentas justificar tu crueldad hacia él? Creía que tenías más amor propio –Tomiko se dio cuenta de que estaba temblando de rencor–. Si tu poder empático realmente te hace compartir la angustia de Ander, ¿por qué nunca te induce la menor compasión?

–Compasión –repitió Osden–. Compasión. ¿Qué sabes tú de la compasión?

Ella lo miró fijamente, pero él no le devolvió la mirada.

–¿Quieres que verbalice el afecto emocional que sientes ahora mismo hacia mí? Puedo hacerlo con más precisión que tú misma. Estoy entrenado para analizar esas respuestas a medida que las recibo. Y, efectivamente, las recibo.

–Pero ¿cómo esperas que me sienta amable contigo cuando te comportas como lo haces?

–¿Qué importa cómo me comporte, cerda estúpida? ¿Crees que eso supondría alguna clase de diferencia? ¿Crees que el ser humano corriente es un manantial de bondad amorosa? Mis dos opciones son ser odiado o ser despreciado. Como no soy ni una mujer ni un cobarde, prefiero que me odien.

–Menuda mierda. Autocompasión. Toda persona tiene...

–Pero yo no soy una persona –la interrumpió Osden–. Estáis todos vosotros, y luego estoy yo. Yo soy único.

Asombrada por aquel atisbo de abismal solipsismo, Tomiko se quedó callada un rato. Luego dijo, sin rencor ni piedad, de un modo aséptico:

–Pues podrías suicidarte, Osden.

–Ya te gustaría, Haito –se burló–. No soy depresivo, y el *seppuku* no es lo mío. ¿Qué quieres que haga aquí?

–Vete. Libérate y libéranos. Coge la aeronave y un alimentador de datos y vete a hacer un recuento de especies. Al bosque, Harfex todavía no ha comenzado con los bosques. Elige una zona boscosa de cien metros cuadrados, en cualquier punto dentro del alcance de radio, pero fuera del alcance de tu empatía. Informa a las ocho y a las veinticuatro horas todos los días.

Osden se marchó, y durante cinco días no se supo nada de él, salvo los lacónicos mensajes de «todo bien» dos veces al día. El estado de ánimo en el campamento base cambió radicalmente. Eskwana se mantenía despierto hasta dieciocho horas al día. Poswet To sacó su laúd estelar y entonó las Armonías Celestiales (una música que habría enfurecido a Osden). Mannon, Harfex, Jenny Chong y Tomiko dejaron de tomar tranquilizantes. Porlock destiló algo en su laboratorio y se lo bebió él solo. Tuvo resaca. Asnanifoil y Poswet To celebraron una Epifanía Numérica que duró toda la noche, una orgía mística de matemáticas superiores que es el principal placer del alma religiosa cetiana. Olleroo durmió con todos. El trabajo fue bien.

El científico puro llegó a la carrera a la base abriéndose paso entre los altos y carnosos tallos de los graminiformes.

–Hay algo en el bosque... –Tenía los ojos desorbitados, jadeaba, le temblaban el bigote y los dedos–. Algo grande. Se movía, detrás de mí. Estaba poniendo un punto de referencia, agachado. Vino hacia mí. Como si bajara balanceándose de los árboles. Detrás de mí.

Miró a los demás con los ojos sin brillo, por el terror o el agotamiento.

–Siéntate, Porlock. Tranquilízate. A ver, cuéntalo de nuevo. Viste algo...

–No con claridad. Solo el movimiento. Con una intención. No sé qué era. Algo que se movía solo. En los árboles, los arboriformes, como sea que los llames. Al borde del bosque.

Harfex se mostró sombrío.

–En este planeta no hay nada que pueda atacarte, Porlock. Ni siquiera hay microzoos. Es imposible que haya un animal grande.

–¿Y si lo que has visto es una epífita que caía de repente, una enredadera que se soltaba detrás de ti?

–No –rechazó Porlock–. Venía hacia mí, a través de las ramas, rápidamente. Cuando me volví, se alejó de nuevo hacia arriba. Hizo un ruido, una especie de choque. Si no era un animal, ¡Dios sabe lo que podría ser! Era grande, tan grande como un humano, al menos. Tal vez de color rojizo. No pude verlo bien, no estoy seguro.

–Era Osden, haciendo un número de Tarzán –dijo Jenny Chong.

Soltó una risita nerviosa, y Tomiko reprimió una carcajada salvaje. Pero Harfex no sonrió.

–La verdad es que hay un sentimiento de inquietud bajo los arboriformes –dijo con su voz educada y reprimida–. Me he dado cuenta. De hecho, puede que por eso haya pospuesto la tarea de trabajar en los bosques. Hay una cualidad hipnótica en los colores y el espaciado de los tallos y ramas, sobre todo en los dispuestos helicoidalmente, y los lanzadores de esporas crecen tan espaciados con regularidad que parece antinatural. Lo encuentro bastante desagradable, subjetivamente hablando. Me pregunto si un efecto más fuerte de este tipo no te habrá producido una alucinación…

Porlock negó con la cabeza. Se humedeció los labios.

–Estaba allí –insistió–. Había algo. Se movía con una intención. Intentaba atacarme por la espalda.

Cuando Osden llamó, puntual como siempre, a las veinticuatro horas de aquella noche, Harfex le contó lo sucedido a Porlock.

–¿Ha encontrado algo, señor Osden, que pueda corroborar lo detectado por el señor Porlock de una forma de vida móvil y sintiente en el bosque?

«Ssss» zumbó la radio con sarcasmo.

–No. Es mentira –dijo la desagradable voz de Osden.

–Lo cierto es que usted lleva dentro del bosque más tiempo que cualquiera de nosotros –comentó Harfex con una cortesía

implacable–. ¿Está de acuerdo con mi impresión de que el ambiente de allí tiene un efecto bastante perturbador y posiblemente alucinógeno en las percepciones?

«Ssss».

–Estoy de acuerdo en que las percepciones de Porlock se perturban con mucha facilidad. Que se quede en su laboratorio, hará menos daño. ¿Algo más?

–De momento no –dijo Harfex, y Osden cortó la llamada.

Nadie era capaz de creerse lo que Porlock contaba, pero nadie fue capaz de desacreditarlo. Estaba convencido de que algo, algo grande, había intentado atacarlo por sorpresa. Era difícil negarlo, ya que se encontraban en un mundo desconocido, y todos los que habían entrado en el bosque habían sentido cierto escalofrío y presentimiento bajo los «árboles». («Llamadlos árboles, claro», les había dicho Harfex. «En realidad son la misma cosa, solo que, por supuesto, totalmente diferentes»). Coincidieron en que todos se habían sentido inquietos, o habían tenido la sensación de que algo los observaba a su espalda.

–Tenemos que aclarar esto –afirmó Porlock, y pidió que lo enviaran al bosque como ayudante temporal de biólogo, al igual que a Osden, para explorar y observar. Olleroo y Jenny Chong se ofrecieron voluntarias si podían ir en pareja. Harfex envió a toda la tripulación al bosque cercano al lugar donde estaban acampados, una vasta extensión que cubría las cuatro quintas partes del Continente D. Prohibió llevar armas. No debían salir de un semicírculo de setenta y cinco kilómetros, que incluía el emplazamiento actual de Osden. Todo el mundo informó dos veces al día, durante tres jornadas. Porlock comunicó que le pareció haber visto algo que se asemejaba a una gran figura semierecta moviéndose entre los árboles al otro lado del río; Olleroo estaba segura de haber oído la segunda noche cómo algo se movía cerca de la tienda de acampada.

–No hay animales en este planeta –afirmó Harfex con obstinación.

Poco después, Osden faltó a su llamada matutina.

Tomiko esperó menos de una hora y luego voló con Harfex hacia la zona desde donde Osden se había comunicado la noche anterior. Pero mientras el helijet planeaba sobre el mar de hojas violáceas, ilimitable, impenetrable, sintió una desesperación provocada por el pánico.

–¿Cómo vamos a encontrarlo en medio de todo esto?

–Informó del aterrizaje en la orilla del río. Solo hay que encontrar el aerocoche; estará acampado cerca de él, y no puede haberse alejado mucho de su campamento. El recuento de especies es un trabajo lento. Ahí está el río.

–Y ahí está su vehículo –dijo Tomiko cuando captó el brillante destello de tonos extranjeros entre los colores vegetales y las sombras–. Vamos.

Dejó la nave en modo vuelo estático y bajó la escalera. Harfex y ella descendieron y el mar de vida se cerró sobre sus cabezas.

Cuando sus pies tocaron el suelo del bosque, desabrochó la funda donde llevaba la pistola. Luego miró a Harfex, que estaba desarmado, y dejó el arma guardada, pero no apartó la mano de ella. En cuanto se alejaron unos metros del río, de cauce lento y marrón, no se oyó ningún ruido y la luz se volvió tenue. Los grandes troncos se erguían bien separados, casi regulares, casi iguales; eran de corteza tierna, algunos parecían lisos y otros esponjosos, grises o pardo-verdosos o marrones, retorcidos con enredaderas en forma de cable y engalanados con epífitas, y extendían ramas rígidas y enmarañadas llenos de grandes hojas oscuras en forma de platillo que creaban un techo de veinte a treinta metros de grosor. El suelo bajo sus pies era blando y elástico como un colchón, con cada centímetro anudado con raíces y salpicado de pequeños brotes de hojas carnosas.

–Ahí está su tienda –avisó Tomiko, acobardada al oírse en aquella enorme comunidad de los sin voz.

En la tienda estaba el saco de dormir de Osden, además de un par de libros y una caja de raciones de su comida. «Deberíamos

llamarlo, gritar para buscarlo», pensó, pero ni siquiera lo sugirió; tampoco Harfex. Salieron de la tienda y caminaron en círculos, con cuidado de no perderse de vista a través de la espesura y la penumbra que se agolpaba. Tomiko tropezó con el cuerpo de Osden a menos de treinta metros de la tienda, guiada por el resplandor blanquecino de un cuaderno caído. Estaba tendido boca abajo entre dos árboles de enormes raíces. Tenía la cabeza y las manos cubiertas de sangre, con algunas partes secas y otras todavía rezumantes de rojo.

Harfex apareció a su lado, con su pálida tez hainita bastante verde bajo la luz del crepúsculo.

–¿Está muerto?

–No. Le han golpeado. Por detrás –Tomiko palpó con los dedos el cráneo ensangrentado, las sienes y la nuca–. Un arma o una herramienta… No encuentro ninguna fractura.

Cuando giró el cuerpo de Osden para que pudieran levantarlo, este abrió los ojos. Tomiko lo estaba sosteniendo inclinada cerca de su cara. Los pálidos labios de Osden se torcieron de repente, y un tremendo pánico se apoderó de ella. Gritó en voz alta dos o tres veces y trató de huir, tambaleándose y tropezando en el terrible crepúsculo. Harfex la agarró y ante su contacto y el sonido de su voz, su pánico disminuyó.

–¿Qué pasa? ¿Qué es lo pasa? –le preguntó.

–No lo sé –respondió ella sollozante. Los furiosos latidos de su corazón seguían perturbándola y no era capaz de ver con claridad–. El miedo... Me entró el pánico. Cuando vi sus ojos.

–Los dos estamos nerviosos. No entiendo...

–Ya estoy bien. Vamos, tenemos que atenderlo.

Lo hicieron de forma apresurada: arrastraron a Osden hasta la orilla del río y lo subieron al helijet con una cuerda que le colocaron por debajo de las axilas. Se quedó colgando como un saco, retorciéndose un poco, sobre el glutinoso y oscuro mar de hojas. Se montaron en el aerocoche y partieron. Menos de un minuto después, ya estaban sobre una pradera abierta. Tomiko fijó el punto de

aterrizaje en la base. Luego respiró profundamente y cruzó la mirada con la de Harfex.

–Estaba tan aterrorizada que casi me desmayo. Nunca me había pasado.

–Yo también estaba... asustado hasta un punto irracional –le respondió el hainita, y de hecho parecía envejecido y agitado–. No tanto como tú, pero era una sensación igual de irracional.

–Fue cuando estaba en contacto con él, sosteniéndolo. Pareció estar consciente por un momento.

–¿Sería la empatía?... Espero que pueda decirnos qué fue lo que le atacó.

Osden, como un muñeco roto cubierto de sangre y barro, estaba tumbado a medias en los asientos traseros, donde sus compañeros le habían dejado en su frenética impaciencia por salir del bosque.

Hubo más pánico a su llegada a la base. La brutal ineficacia del ataque resultaba siniestra y desconcertante. Como Harfex negaba obstinadamente cualquier posibilidad de vida animal, empezaron a especular sobre plantas sintientes, monstruos vegetales, proyecciones psíquicas. La fobia latente de Jenny Chong se reafirmó y no pudo hablar de otra cosa que de los Egos Oscuros que seguían a la gente a sus espaldas. A Olleroo, Porlock y ella los habían llamado para que volvieran a la base, y nadie tenía muchas ganas de salir de allí.

Osden había perdido una buena cantidad de sangre durante las tres o cuatro horas que había permanecido solo, y la conmoción cerebral y las graves contusiones lo habían dejado en estado de *shock* y medio comatoso. Cuando se recuperó y empezó a tener fiebre baja, llamó varias veces al «doctor» con voz lastimera:

–Doctor Hammergeld...

Cuando recobró el conocimiento, dos de aquellos largos días después, Tomiko llamó a Harfex para ir al cubículo de Osden.

–Osden, ¿puedes decirnos qué te atacó?

Los ojos pálidos parpadearon ante el rostro de Harfex.

–Te atacaron –le explicó Tomiko con suavidad. La mirada furtiva era odiosamente familiar, pero ella era médica, protectora de los heridos–. Puede que aún no lo recuerdes. Algo te atacó. Estabas en el bosque...

–¡Ah! –exclamó, con los ojos brillantes y las facciones contorsionadas–. El bosque, en el bosque...

–¿Qué hay en el bosque?

Jadeó. Una mirada de conciencia más clara apareció en su rostro. Después de un rato dijo:

–No lo sé.

–¿Viste lo que te atacó? –insistió Harfex.

–No lo sé.

–¿Lo recuerdas?

–No lo sé.

–Puede que nuestras vidas dependan de eso. Debes decirnos lo que viste.

–No lo sé –replicó Osden, sollozando de fragilidad.

Estaba demasiado débil como para ocultar el hecho de que ocultaba la respuesta, y sin embargo no quería decirla. Porlock, cerca de allí, se mordía el bigote mientras trataba de oír lo que ocurría en el cubículo. Harfex se inclinó sobre Osden.

–Nos lo vas a decir...

Tomiko tuvo que interponerse. Harfex se controló con un esfuerzo que resultó angustioso a la vista. Se marchó en silencio a su cubículo, donde sin duda tomó una dosis doble o triple de tranquilizantes. Los demás, dispersos por el frágil edificio, un largo vestíbulo principal y diez cubículos para dormir, no dijeron nada, pero parecían deprimidos y nerviosos. Osden, como siempre, incluso en ese momento, los tenía a todos a su merced. Tomiko lo miró con una oleada de odio que le ardió en la garganta como la bilis. Ese egoísmo monstruoso que se alimentaba de las emociones de los demás, ese egoísmo absoluto, era peor que cualquier horrible deformidad de la carne. Como un monstruo congénito, no debería

haber vivido. No debería estar vivo. Debería haber muerto. ¿Por qué no le habían abierto la cabeza?

Mientras yacía tumbado y blanco, con las manos indefensas a los lados, tenía los ojos descoloridos muy abiertos y le corrían lágrimas que le bajaban hasta las comisuras. Intentó apartarse.

–¡No! –exclamó con voz débil y ronca, e intentó levantar las manos para protegerse la cabeza–. ¡No lo hagas!

Ella se sentó en el taburete plegable junto al catre y, al cabo de un rato, le puso la mano encima. Él intentó apartarse, pero le faltaron las fuerzas.

Se hizo un largo silencio entre los dos.

–Osden, lo siento –murmuró–. Lo siento mucho. Te deseo lo mejor. Déjame querer eso, Osden. No quiero hacerte daño. Escucha, ahora lo veo claro. Fue uno de nosotros. A que sí, ¿eh? No, no respondas, solo dime si me equivoco; pero no, ¿verdad? Claro que hay animales en este planeta. Hay diez en total. No me importa quién fue. No importa, ¿verdad? Podría haber sido yo, justo ahora mismo. Me doy cuenta. No entendía cómo es, Osden. No puedes darte cuenta de lo difícil que es para nosotros entender... Pero, escucha, si fuera amor, en lugar de odio y miedo… ¿Nunca es amor?

–No.

–¿Por qué no? ¿Por qué no ha podido serlo nunca? ¿Todos los seres humanos somos tan débiles? Eso es terrible. No importa, no importa, no te preocupes. Quédate quieto. Al menos ahora no es odio, ¿verdad? Si acaso simpatía, preocupación, buenos deseos. ¿Sientes eso, Osden? ¿Es lo que sientes?

–Entre... otras cosas –dijo, de forma casi inaudible.

–Ruido de mi subconsciente, supongo. Y todos los demás en el cubículo... Escucha, cuando te encontramos allí en el bosque, cuando intenté darte la vuelta, te despertaste en parte, y sentí horror viniendo de ti. Me volví loca de miedo durante un momento. ¿Fue tu miedo a mí lo que sentí?

–No.

Todavía tenía la mano sobre la de Osden, y él se mostró bastante relajado mientras se quedaba dormido, como alguien dolorido a quien se le ha aliviado el sufrimiento.

–El bosque –murmuró; ella apenas pudo entenderle–. Miedo.

Tomiko no insistió más, pero mantuvo la mano sobre la suya y lo observó mientras se dormía. Sabía lo que ella sentía y lo que él debía sentir. Estaba segura de ello: solo hay una emoción, o estado del ser, que pueda invertirse por completo, polarizarse, en un instante. De hecho, en alto hainita existe una palabra, *ontá*, para el amor y para el odio. No estaba enamorada de Osden, por supuesto, eso era harina de otro costal.

Lo que ella sentía por él era *ontá*, el odio opuesto. Le cogió la mano y la corriente fluyó entre ellos, la tremenda electricidad del tacto que él siempre había temido. Mientras dormía, el anillo de músculos anatómicos alrededor de su boca se relajó, y Tomiko vio en su rostro lo que ninguno de ellos había visto nunca. Muy débil. Una sonrisa. Se desvaneció. Siguió durmiendo.

Era un individuo duro; al día siguiente, estaba sentado y hambriento. Harfex quiso interrogarlo, pero Tomiko le disuadió. Colgó una hoja de polietileno sobre la puerta del cubículo, como el propio Osden había hecho a menudo.

–¿De verdad reduce tu recepción empática? –quiso saber ella.

Él le respondió en el tono seco y cauteloso que utilizaban ahora el uno con el otro.

–No.

–Entonces, es solo una advertencia.

–En parte. Más bien curación por la fe. El doctor Hammergeld pensaba que funcionaba... Tal vez lo hace, un poco.

Una vez hubo amor. Un niño aterrorizado, sofocado en la marejada y los golpes de las enormes emociones de los adultos, un niño que se ahogaba, salvado por un hombre. Un hombre que le enseñó a respirar, a vivir. Un hombre que le dio todo, toda la protección y el amor. Padre. Madre. Dios. Ningún otro.

–¿Todavía vive? –preguntó Tomiko, pensando en la increíble soledad de Osden, y en la extraña crueldad de los grandes médicos. Se sobresaltó al oír su risa forzada y metálica.

–Murió hace al menos dos siglos y medio –dijo Osden–. ¿Olvida dónde estamos, coordinadora? Todos hemos dejado atrás a nuestras pequeñas familias...

Fuera de la cortina de polietileno, los otros ocho seres humanos del Mundo 4470 deambulaban. Sus voces eran bajas y tensas. Eskwana dormía; Poswet To estaba en terapia; Jenny Chong intentaba arreglar las luces de su cubículo para no hacer sombra.

–Todo el mundo está aterrorizado –dijo Tomiko, también aterrorizada–. Todo el mundo tiene alguna teoría sobre lo que te atacó. Una especie de patata-simio, una espinaca gigante con colmillos, no sé... Incluso Harfex. Puede que tengas razón en no obligarles a darse cuenta. Eso sería peor, perderían la confianza en los demás. Pero ¿por qué estamos todos tan asustados, incapaces de afrontar la situación, yéndonos a pique tan fácilmente? ¿De verdad estamos todos locos?

–Pronto lo estaremos más.

–¿Por qué?

–Hay algo.

Cerró la boca, y los músculos de sus labios se pusieron rígidos.

–¿Algo sintiente?

–Una sintiencia.

–¿En el bosque?

Osden asintió.

–¿Qué es, entonces...?

–El miedo. –Empezó a ponerse tenso de nuevo, y se movió inquieto–. Cuando me caí, allí, ya sabes, no perdí el conocimiento de inmediato. O lo recuperé una y otra vez. No lo sé. Era como estar paralizado.

–Lo estabas.

–Estaba en el suelo. No podía levantarme. Tenía la cara pegada a la tierra, a ese moho blando de las hojas. Se me metía por las

fosas nasales y en los ojos. No podía moverme. No podía ver. Como si estuviera dentro la tierra. Hundido en ella, siendo parte de ella. Sabía que estaba entre dos árboles, aunque no los vi en ningún momento. Supongo que era capaz de sentir las raíces. Debajo de mí, en el suelo, bajo la tierra. Tenía las manos ensangrentadas, lo sentía, y la sangre hacía que la tierra alrededor de mi cara estuviera pegajosa. Sentí el miedo. Seguía creciendo. Como si por fin supiera que yo estaba allí, tendido sobre ellos, bajo ellos, entre ellos, sintiendo lo que temían y, sin embargo, formando parte de su propio miedo. No podía dejar de devolverles el miedo, y este seguía creciendo, sin poder moverme, sin poder escapar. Me desmayé, creo, y entonces el miedo volvió a mí, y seguí sin poder moverme. No más de lo que ellos pueden.

Tomiko sintió que se le erizaba el vello con una sensación de frío, que se preparaba para un nuevo ataque de terror.

–¿Ellos quiénes son, Osden?

–Ellos. No lo sé. El miedo.

–¿De qué habla? –exigió saber Harfex cuando Tomiko les informó de esta conversación.

No estaba dispuesta todavía a que Harfex le preguntara nada a Osden. Sentía que debía protegerlo de la embestida de las emociones poderosas y tremendamente reprimidas del hainita. Por desgracia, aquello avivó el lento fuego de la ansiedad paranoica que ardía en el pobre Harfex, y pensó que ella y Osden estaban compinchados y que ocultaban algún hecho de gran importancia o algún peligro al resto del equipo.

–Es como el ciego que intenta describir el elefante. Osden no ha visto ni oído esa... esa sintiencia, no más que nosotros.

–Pero la ha sentido, mi querida Haito –barbotó Harfex con rabia apenas contenida–. No de forma empática. En su cráneo. Algo vino, lo derribó y lo golpeó con un objeto contundente. ¿Es que no vio ni un poquito de algo?

–¿Y qué habría visto, Harfex? –quiso saber Tomiko, pero él no le prestó atención a su tono de voz; incluso él había bloqueado esa

comprensión. Lo que uno teme es ajeno. El asesino es un forastero, un extranjero, no uno de nosotros. ¡El mal no está en mí!

–El primer golpe lo dejó bastante inconsciente –añadió Tomiko, un poco cansada ya–. No vio nada. Pero cuando volvió en sí, solo en el bosque, sintió un gran miedo. No su propio miedo, fue un efecto empático. Está totalmente seguro de eso. Y también seguro de que no era nada recogido de ninguno de nosotros. Así que, evidentemente, no todas las formas de vida nativas son no sintientes.

Harfex la miró un momento, sombrío.

–Estás intentando asustarme, Haito. No entiendo por qué.

Se levantó y se dirigió a su mesa de laboratorio, caminando con lentitud y rigidez, como un hombre de ochenta años y no de cuarenta.

Tomiko miró a los demás. Sintió cierta desesperación. Su nueva, frágil y profunda interdependencia con Osden le daba algo más de fuerza, y era consciente de ello. Pero si ni siquiera Harfex era capaz de mantener la calma, ¿quién de los otros lo haría? Porlock y Eskwana estaban encerrados en sus cubículos, los demás trabajaban o estaban ocupados con algo. Había algo extraño en sus posturas. Durante un rato, la coordinadora no supo de qué se trataba, pero luego vio que todos estaban sentados de cara hacia el bosque cercano. Olleroo estaba jugando al ajedrez con Asnanifoil, y había desplazado su silla hasta colocarla casi al lado de la de él.

Se acercó a Mannon, que estaba diseccionando una maraña de raíces marrones como arañas, y le dijo que buscara un patrón extraño. Él lo vio enseguida, y dijo con inusual brevedad:

–Están vigilando al enemigo.

–¿Qué enemigo? ¿Tú qué sientes, Mannon?

Tuvo una súbita esperanza en él como psicólogo, en ese oscuro terreno de insinuaciones y empatías donde los biólogos se extraviaban.

–Noto una fuerte ansiedad con una orientación espacial específica. Pero no soy un empático. Por lo tanto, la ansiedad es

explicable en términos de la situación de estrés particular, es decir, el ataque a un miembro del equipo en el bosque; y también en términos de la situación de estrés total, es decir, mi presencia en un entorno totalmente desconocido, para el que las connotaciones arquetípicas de la palabra «bosque» proporcionan una metáfora inevitable.

Horas más tarde, Tomiko se despertó al oír a Osden gritando en una pesadilla; Mannon lo estaba calmando, y ella se hundió de nuevo en sus propios sueños oscuros y sin senderos. Por la mañana, Eskwana no se despertó. No lo pudieron despertar con drogas estimulantes. Se aferró a su sueño, deslizándose cada vez más hacia atrás, murmurando suavemente de vez en cuando hasta que, completamente en regresión, se quedó acurrucado de lado, con el pulgar en los labios, desaparecido.

–Dos días; dos menos. Diez negritos, nueve negritos… –murmuró Porlock.

–Y tú eres el próximo negrito –le espetó Jenny Chong–. ¡Vete a analizarte la orina, Porlock!

–Nos está volviendo dementes a todos –declaró Porlock mientras se levantaba y agitaba el brazo izquierdo–. ¿No lo notáis? Por el amor de Dios, ¿estáis todos sordos y ciegos? ¿No notáis lo que está haciendo, las emanaciones? Todo viene de él, de su habitación, de su mente. Nos está volviendo locos de miedo.

–¿De quién hablas? –quiso saber Asnanifoil, que se irguió con aspecto inquieto y peludo sobre el pequeño terrano.

–¿Es que tengo que decir su nombre? Vale, pues entonces, Osden. ¡Osden! ¡Osden! ¿Por qué crees que traté de matarlo? ¡En defensa propia! ¡Para salvarnos a todos! Porque no ves lo que nos está haciendo. Ha saboteado la misión haciéndonos pelear, y ahora nos va a volver locos a todos proyectándonos un miedo que no nos deje dormir ni pensar, como una radio enorme que no emite ningún sonido, pero emite todo el tiempo, y no puedes dormir, y no puedes pensar. Haito y Harfex ya están bajo su control, pero el resto de vosotros podéis salvaros. ¡Tuve que hacerlo!

–No lo hiciste muy bien –dijo Osden, de pie, semidesnudo, todo costillas y vendajes, en la puerta de su cubículo–. Podrías haberme golpeado más fuerte. Mira, Porlock, no soy yo quien te está cegando de miedo, ¡es algo ahí fuera, en el bosque!

Porlock intentó agredir a Osden, sin conseguirlo. Asnanifoil lo contuvo, y siguió sujetándolo sin esfuerzo mientras Mannon le administraba una inyección sedante. Lo apartaron mientras gritaba algo sobre radios gigantes. Al cabo de un minuto, el sedante hizo efecto, y se unió en un apacible silencio al sueño de Eskwana.

–Muy bien –dijo Harfex–. Y ahora, Osden, nos dirás lo que sabes, todo lo que sabes.

–No sé nada –replicó Osden. Parecía maltrecho y desfallecido. Tomiko le hizo sentarse antes de que siguiera hablando–. Después de haber estado tres días en el bosque, me pareció que de vez en cuando recibía alguna clase de afecto.

–¿Por qué no informaste de eso?

–Pensé que me estaba volviendo chiflado, como el resto de vosotros.

–Eso también lo habrías tenido que informar.

–Me habrías ordenado que volviera a la base. No hubiera podido soportarlo. Eres consciente de que mi inclusión en la misión fue un error grave. No soy capaz de coexistir con otras nueve personalidades neuróticas cerca de mí. Me equivoqué al presentarme voluntario para este equipo, y la Autoridad se equivocó al aceptarme.

Nadie dijo nada, pero Tomiko vio, con certeza esta vez, el estremecimiento en los hombros de Osden y la tensión de sus músculos faciales cuando captó la amargura que mostraban en su acuerdo.

–De todos modos, no quería volver a la base porque tenía curiosidad. Incluso si me estaba volviendo un psicópata, ¿cómo podía captar afectos empáticos cuando no había ninguna criatura que los emitiera? No era algo que estuviera mal en ese momento. Eran muy vagos. Extraños. Como una corriente de aire en una

habitación cerrada, un movimiento que ves por el rabillo del ojo. Nada en realidad.

Por un momento se había dejado llevar por su atención: le escuchaban, así que él les hablaba. Estaba totalmente a su merced. Si les caía mal, tenía que ser odioso; si se burlaban de él, se volvía grotesco; si le escuchaban, era el narrador. Obedecía impotente a las exigencias de sus emociones, reacciones y estados de ánimo. Y eran siete, demasiados para hacerles frente, de modo que debía pasar constantemente del capricho de uno al de otro. No encontraba la coherencia. Incluso mientras hablaba y los mantenía pendientes de él, la atención de alguien se desviaba: Olleroo tal vez pensaba que no carecía de atractivo, Harfex buscaba el motivo oculto de sus palabras, la mente de Asnanifoil, que no podía ser retenida mucho tiempo por nada concreto, vagaba hacia la paz eterna del número, y Tomiko estaba distraída por la lástima, por el miedo. La voz de Osden vaciló. Perdió el hilo.

–Pensé… Pensé que debían ser los árboles –dijo, y se calló.

–No son los árboles –le contradijo Harfex–. No tienen más sistema nervioso que las plantas de ascendencia hainita de la Tierra. Ninguno.

–No has de mirar el bosque por los árboles, como dicen en la Tierra –intervino Mannon, sonriendo con delicadeza; Harfex lo miró fijamente–. ¿Qué hay de todos esos nodos-raíz sobre los que hemos estado trabajando durante veinte días?

–¿Qué pasa con ellos?

–Indudablemente, son conexiones. Conexiones entre los árboles. ¿Correcto? Ahora supongamos, que es lo más improbable, que no supieras nada de la estructura del cerebro animal. Y te dieran un axón, o una célula glial desprendida, para examinar. ¿Serías capaz de descubrir lo que era? ¿Verías si la célula es capaz de sentir?

–No. Porque no lo es. Una sola célula es capaz de responder mecánicamente a un estímulo. Nada más. Mannon, ¿estás

planteando la hipótesis de que los arboriformes individuales son «células» en una especie de cerebro?

–No exactamente. Solo indico que todo está interconectado, tanto por el vínculo nodo-raíz como por sus epífitas verdes en las ramas. Una interconexión de increíble complejidad y extensión física. Incluso las hierbas de las praderas tienen esos conectores de raíz, ¿no? Sé que la sintiencia o la inteligencia no es una cosa concreta, no puedes encontrarla en las células de un cerebro ni analizarlas. Es una función de las células conectadas. Es, en cierto sentido, la conexión, la conectividad. No existe. No estoy tratando de decir que existe. Solo estoy suponiendo que Osden podría ser capaz de describirlo.

Y Osden lo retomó, hablando como en trance.

–Sintiencia sin sentidos. Ciego, sordo, sin nervios, sin movimiento. Cierta irritabilidad, respuesta al tacto. Respuesta al sol, a la luz, al agua y a las sustancias químicas de la tierra alrededor de las raíces. Nada comprensible para una mente animal. Presencia sin mente. Conciencia de ser, sin objeto ni sujeto. Nirvana.

–Entonces, ¿por qué percibes miedo? –le preguntó Tomiko en voz baja.

–No lo sé. No soy capaz de discernir cómo puede surgir la conciencia de los objetos, de los demás: una respuesta sin percepción... Pero hubo una inquietud, durante días. Y luego, cuando yacía entre los dos árboles y mi sangre estaba en sus raíces... –El rostro de Osden brillaba por el sudor–. Se convirtió en miedo, solo miedo –dijo con voz estridente.

–Si tal función existiera, no sería capaz de concebir una entidad material que se moviera por sí misma, ni de responder a ella –argumentó Harfex–. No podría ser más consciente de nosotros de lo que nosotros podemos ser «conscientes» del infinito.

–El silencio de estas extensiones infinitas me aterroriza –murmuró Tomiko–. Pascal era consciente del infinito. A través del miedo.

–A un bosque podríamos parecerle algo semejante a incendios forestales –dijo Mannon–. Huracanes. Peligros. Lo que se mueve rápido es peligroso para una planta. Lo desarraigado es ajeno, terrible. Y si es la mente, parece muy probable que se dé cuenta de Osden, cuya mente está abierta a la conexión con todas las demás mientras esté consciente, y que yacía dolorido y asustado dentro de ella, dentro de eso. No me extraña que tuviera miedo...

–No hay «eso» –le cortó Harfex–. ¡No hay ningún ser, ninguna criatura enorme, ninguna persona! A lo sumo podría ser solo una función...

–Solo hay miedo –dijo Osden.

Se quedaron callados un rato y oyeron la quietud del exterior.

–¿Eso es lo que siento todo el tiempo a mi espalda? –quiso saber Jenny Chong con voz apagada.

Osden asintió.

–Todos lo sentís, a pesar de lo sordos que estáis. Eskwana es el que está peor, porque tiene cierta capacidad empática. Podría enviar si aprendiera cómo, pero es demasiado débil, nunca será más que un médium.

–Escucha, Osden, tú sí puedes enviar, así que hazlo –dijo Tomiko–. Envía al bosque, al miedo de ahí fuera. Dile que no le haremos daño. Ya que tiene, o muestra, algún tipo de afecto que se traduce en lo que sentimos como emoción, ¿no puedes traducirlo de vuelta? Enviar un mensaje: «Somos inofensivos, somos amistosos».

–Debes saber que nadie puede emitir un mensaje empático falso, Haito. No puedes enviar algo que no existe.

–Pero no pretendemos hacer daño, somos amistosos.

–¿Lo somos? En el bosque, cuando me recogiste, ¿te sentiste amistosa?

–No. Aterrorizada. Pero es eso, el bosque, las plantas, no mi propio miedo, ¿no?

–¿Cuál es la diferencia? Es todo lo que sentiste. ¿No lo ves? –y la voz de Osden se alzó exasperada–. ¿Por qué me caes mal y yo te caigo mal a ti, a todos vosotros? ¿No veis que retransmito cada

afecto negativo o agresivo que habéis sentido hacia mí desde que nos conocimos? Os devuelvo vuestra hostilidad, con ganas. Lo hago en defensa propia. Como Porlock. Es autodefensa, sin embargo; es la única técnica que desarrollé para reemplazar mi defensa original de alejamiento total de los demás. Por desgracia, crea un circuito cerrado, autosostenible y autorreforzante. Tu reacción inicial hacia mí fue la antipatía instintiva hacia un lisiado; ahora, por supuesto, es odio. ¿Es que no ves lo que quiero decir? La mente del bosque de ahí fuera solo transmite terror, y el único mensaje que puedo enviarle es terror, ¡porque cuando me expongo a eso no puedo sentir nada excepto terror!

–¿Qué debemos hacer entonces? –dijo Tomiko, y Mannon respondió de inmediato.

–Trasladar el campamento a otro continente. Si allí hay mentes-planta, tardarán en fijarse en nosotros, como le pasó a estas; tal vez no se fijen en nosotros en absoluto.

–Sería un alivio considerable –comentó Osden con rigidez.

Los demás lo observaban con una nueva curiosidad. Se había revelado, lo habían visto tal como era: un hombre indefenso en una trampa. Tal vez, como Tomiko, habían visto que la propia trampa, su egoísmo burdo y cruel, era obra de ellos, no de él. Ellos habían construido la jaula y lo habían encerrado en ella, y él, como un simio enjaulado, arrojaba porquería a través de los barrotes. Si, al conocerlo, le hubieran ofrecido confianza, si hubieran sido lo bastante fuertes para ofrecerle amor, ¿qué aspecto habría tenido para ellos?

Ninguno podría haberlo hecho, y ahora era demasiado tarde. Con tiempo, con soledad, Tomiko podría haber construido con él un lento restablecimiento de los sentimientos, una consonancia de confianza, una armonía; pero no había tiempo, tenían que hacer su trabajo. No había espacio suficiente para el cultivo de algo tan grande, y debían conformarse con la simpatía, con la piedad, con el pequeño cambio del amor. Incluso eso le había dado fuerzas, pero

no era suficiente para él. Ella era capaz de ver en su rostro desollado el salvaje resentimiento de su curiosidad, incluso de su compasión.

–Ve a tumbarte, ese corte vuelve a sangrar –le dijo, y él la obedeció.

A la mañana siguiente, lo recogieron todo, derritieron el hangar y los habitáculos de polímero plástico, elevaron la *Gum* en propulsión mecánica y la pilotaron hasta la otra mitad de Mundo 4470, sobre las tierras rojas y verdes, los muchos mares verdosos y cálidos. Habían elegido un lugar probable en el Continente G: una pradera, veinte mil kilos cuadrados de graminiformes barridos por el viento. No había bosques a menos de cien kilómetros del lugar, ni árboles solitarios o arboledas en la llanura. Las formas vegetales tan solo se daban en grandes colonias de especies, nunca entremezcladas, salvo por ciertos saprofitos diminutos omnipresentes y portadores de esporas. El equipo roció holoplastek sobre las formas estructurales, y al anochecer de la jornada de treinta y dos horas ya se habían instalado en el nuevo campamento. Eskwana todavía dormía y Porlock seguía sedado, pero todos los demás estaban alegres.

–¡Aquí se puede respirar! –decían una y otra vez.

Osden se puso en pie y se acercó tembloroso a la puerta; apoyado en ella miró a través de la penumbra los tenues alcances de la oscilante hierba que no era hierba. El viento iba cargado con un sutil y dulce olor a polen; no había más sonido que la suave y vasta sibilancia del viento. Con la cabeza vendada un poco de lado, el empático permaneció inmóvil durante largo rato. Llegó la oscuridad, y con ella las estrellas, las luces en las ventanas de la lejana casa de la Humanidad. El viento había cesado, no se oía nada. Él escuchó.

En la larga noche, Haito Tomiko también escuchó. Se quedó quieta y oyó la sangre en sus arterias, la respiración de los durmientes, el viento soplando, las venas oscuras corriendo, los sueños avanzando, la vasta estática de las estrellas que aumentaban a medida que el universo moría lentamente, el sonido de la muerte caminando. Se levantó con dificultad de la cama, huyó de la pequeña soledad de su cubículo. Eskwana dormía a solas. Porlock

yacía encorsetado, delirando en voz baja en su oscura lengua nativa. Olleroo y Jenny Chong jugaban a las cartas con gesto serio. Poswet To estaba en el circuito de terapia, enchufada. Asnanifoil dibujaba un mandala, el Tercer Patrón de los Rituales. Mannon y Harfex estaban sentados con Osden.

Le cambió las vendas de la cabeza. Su cabello lacio y rojizo, donde ella no había necesitado afeitarlo, tenía un aspecto extraño. Ahora estaba salpicado de blanco. Le temblaban las manos mientras trabajaba. Nadie había dicho nada todavía.

–¿Cómo es posible que el miedo también esté aquí? –dijo, y su voz sonó plana y falsa en el terrible silencio.

–No son solo los árboles; las hierbas también...

–Pero estamos a doce mil kilómetros de donde estábamos esta mañana, lo dejamos al otro lado del planeta.

–Todo es uno –dijo Osden–. Un gran pensamiento verde. ¿Cuánto tarda un pensamiento en llegar de un lado a otro de tu cerebro?

–No piensa. No está pensando –afirmó Harfex con voz apagada–. No es más que una red de procesos. Las ramas, los crecimientos epífitos, las raíces con esas uniones nodales entre individuos: todos ellos deben ser capaces de transmitir impulsos electroquímicos. Por lo tanto, no hay plantas individuales propiamente dichas. Incluso el polen forma parte del vínculo, sin duda, es una especie de sensibilidad transmitida por el viento, que conecta con el exterior. Pero no es concebible. Que toda la biosfera de un planeta sea una red de comunicaciones, sensible, irracional, inmortal, aislada...

–¡Aislada! –exclamó Osden–. ¡Eso es! Ése es el miedo. No es que seamos móviles o destructivos. Es que somos. Somos otros. Nunca ha habido otro.

–Tienes razón –dijo Mannon, casi susurrando–. No tiene iguales. No tiene enemigos. Ninguna relación con nada más que consigo mismo. Es uno solo para siempre.

–Entonces, ¿cuál es la función de su inteligencia en la supervivencia de la especie?

–Ninguna, tal vez –dijo Osden–. ¿Por qué te pones teleológico, Harfex? ¿No eres un hainita? ¿No es la medida de la complejidad la medida de la alegría eterna?

Harfex no mordió el anzuelo. Parecía enfermo.

–Deberíamos irnos este mundo –afirmó.

–Ahora sabes por qué siempre quiero irme, alejarme de ti –le dijo Osden con una especie de mórbida genialidad–. No es agradable, ¿verdad? El miedo del otro… Ojalá fuera una inteligencia animal. Yo me entiendo con los animales. Me llevo bien con las cobras y los tigres; la inteligencia superior te da ventaja. Debería haberme ofrecido en un zoo, no en un equipo humano... ¡Si pudiera llegar hasta esa puñetera patata estúpida! Si no fuera tan abrumador… Soy capaz de captar algo más que el miedo, ¿sabes? Y antes de que entrara en pánico, existía una serenidad. No podía asimilarlo entonces, y no me daba cuenta de lo grande que era. Conocer toda la luz del día, después de todo, y toda la noche. Todos los vientos y las calmas juntos. Las estrellas de invierno y las de verano al mismo tiempo. Tener raíces y no tener enemigos. Ser completo. ¿Lo ves? Sin invasiones. Sin otros. Ser completo...

«Nunca había hablado antes», pensó Tomiko.

–Estás indefenso ante ella, Osden. Tu personalidad ya ha cambiado. Eres vulnerable a ella. Puede que no todos nos volvamos locos, pero tú sí lo harás si no nos vamos.

Osden dudó, luego miró a Tomiko. Era la primera vez que la miraba a los ojos, una mirada larga y quieta, clara como el agua.

–¿De qué me ha servido la cordura? –respondió en tono de burla–. Pero tienes razón, Haito. Bien pensado.

–Deberíamos alejarnos –murmuró Harfex.

–Pero si me rindiera a eso, ¿podría comunicarme? –reflexionó Osden.

–Por «rendirte» supongo que te refieres a dejar de devolver la información empática que recibes de la entidad-planta: dejar de

rechazar el miedo y absorberlo –dijo Mannon con voz rápida y nerviosa–. Eso te matará de inmediato, o te empujará a la retirada psicológica total, al autismo.

–¿Por qué? –preguntó Osden–. Su mensaje es el rechazo, pero mi salvación es el rechazo. No es inteligente. Pero yo sí lo soy.

–La escala está mal. ¿Qué puede lograr un solo cerebro humano contra algo tan vasto?

–Un solo cerebro humano puede percibir patrones a escala de estrellas y galaxias, e interpretarlos como amor –apuntó Tomiko.

Mannon paseó la mirada de uno a otro; Harfex guardó silencio.

–Sería más fácil en el bosque –dijo Osden–. ¿Quién de vosotros me llevará?

–¿Cuándo?

–Ahora. Antes de que perdáis la cabeza u os pongáis violentos.

–Yo lo haré –se ofreció Tomiko.

–Ninguno de nosotros lo hará –sentenció Harfex.

–Yo no puedo –declaró Mannon–. Estoy… Estoy demasiado asustado. Estrellaría la aeronave.

–Trae a Eskwana. Si consigo hacerlo, él podría servir de médium.

–¿Acepta el plan del sensor, coordinadora? –le preguntó Harfex formalmente.

–Sí.

–Lo desapruebo. Sin embargo, iré con vosotros.

–Creo que estamos obligados, Harfex –insistió Tomiko mientras miraba el rostro de Osden, la fea máscara blanca transfigurada, ansiosa como el rostro de un amante.

Olleroo y Jenny Chong, que jugaban a las cartas para no pensar en sus camas embrujadas, en su creciente temor, parloteaban como niños asustados.

–Esa cosa está en el bosque, te atrapará...

–¿Tienes miedo a la oscuridad? –se burló Osden.

–Pero fíjate en Eskwana, en Porlock, e incluso en Asnanifoil...

–No puede hacerme daño. Es un impulso que pasa por las sinapsis, un viento que pasa por las ramas. No es más que una pesadilla.

Despegaron en un helijet; Eskwana estaba acurrucado y todavía profundamente dormido en el compartimento trasero, mientras Tomiko pilotaba con Harfex y Osden en silencio y todos observaban la oscura línea del bosque que tenían delante a través de los vagos kilómetros grises de llanura iluminada por las estrellas.

Se acercaron a la línea negra, la cruzaron; a partir de ese momento, bajo ellos hubo oscuridad.

Tomiko voló bajo para buscar un lugar donde aterrizar, aunque tuvo que luchar contra su frenético deseo de volar más alto, de salir, de alejarse. La enorme vitalidad del mundo vegetal era mucho más fuerte allí, en el bosque, y su pánico latía en inmensas olas oscuras. Había una mancha pálida delante, una cima desnuda un poco más alta que la más alta de las formas negras que la rodeaban; los no-árboles, las raíces, las partes del todo. Aterrizó el helijet en el claro, en un mal aterrizaje. Tenía las manos resbaladizas, como si las hubiera frotado con jabón frío.

A su alrededor se alzaba ahora el bosque, negro entre tinieblas.

Tomiko se encogió y cerró los ojos. Eskwana gemía en sueños. Harfex respiraba de forma entrecortada y ruidosa, y se quedó rígido cuando Osden pasó su mano por encima de él y la deslizó sobre la puerta para abrirla.

Osden se levantó, y su espalda y su cabeza vendada apenas fueron visibles en la tenue luz del panel de control cuando se detuvo encorvado en la puerta.

Tomiko temblaba. No era capaz de levantar la cabeza.

–No, no, no, no, no, no –dijo en un susurro–. No. No. No.

Osden se movió de repente y en silencio, se asomó fuera de la puerta, hacia la oscuridad, y desapareció.

«¡Ya voy!», gritó una gran voz que no emitió ningún sonido.

Tomiko gritó. Harfex tosió, y pareció querer levantarse, pero no lo hizo.

Tomiko se replegó sobre sí misma, centrada por completo en el ojo ciego de su vientre, en el centro de su ser; y fuera de eso no había nada más que el miedo.

Entonces cesó.

Levantó la cabeza y abrió un poco las manos lentamente. Se sentó erguida. La noche era oscura y las estrellas brillaban sobre el bosque. No había nada más.

–Osden –dijo, pero la voz no le salía. Lo llamó de nuevo, más fuerte, un solitario croar de rana toro. No hubo respuesta.

Empezó a darse cuenta de que algo había ido mal con Harfex. Intentaba encontrarle la cabeza en la oscuridad, pues se había caído del asiento, cuando de repente, en medio de un silencio sepulcral, en el oscuro compartimento trasero de la nave, se oyó una voz.

–Bien –dijo.

Era la voz de Eskwana. Encendió las luces interiores y vio al ingeniero dormido, con la boca medio tapada por la mano.

La boca se abrió y habló.

–Todo va bien –dijo.

–Osden...

–Todo va bien –dijo la suave voz de la boca de Eskwana.

–¿Dónde estás?

Silencio.

–Vuelve.

Se levantaba viento.

–Me quedaré aquí –dijo la suave voz.

–No puedes quedarte...

Silencio.

–¡Te quedarías solo, Osden!

–Escucha. –La voz era más débil, arrastrada, como si se perdiera en el sonido del viento–. Escucha. Te deseo lo mejor.

Después lo llamó por su nombre, pero no hubo respuesta. Eskwana se quedó inmóvil. Harfex se quedó todavía más quieto.

–¡Osden! –gritó Tomiko, asomándose a la puerta en el silencio oscuro y agitado por el viento del bosque del ser–. Volveré. Debo

llevar a Harfex a la base. Volveré, Osden.

Solo hubo silencio y viento entre las hojas.

Terminaron el reconocimiento prescrito del Mundo 4470, los ocho; les llevó otros cuarenta y un días. Asnanifoil y una u otra de las mujeres se internaron en el bosque diariamente al principio, buscando a Osden en la región que rodeaba el montículo desnudo, aunque Tomiko no estaba segura en su fuero interno de cuál era el montículo desnudo en el que habían aterrizado aquella noche en el mismo corazón y vórtice del terror. Dejaron montones de provisiones para Osden, comida suficiente para cincuenta años, ropa, tiendas de campaña, herramientas. No siguieron buscando; no había forma de encontrar a un hombre solo, escondido, si es que quería esconderse, en aquellos interminables laberintos y oscuros corredores enmarañados por enredaderas y raíces. Podrían haberlo tenido al alcance de su mano y no haberlo visto nunca.

Pero él estaba allí, porque ya no había miedo.

De un modo racional, y valorando más la lógica después de una experiencia intolerable de los inmortales sin mente, Tomiko trató de entender racionalmente lo que Osden había hecho, pero las palabras escapaban a su control. Osden había asumido el miedo en sí mismo y, al aceptarlo, lo había trascendido. Había entregado su yo al alienígena, una entrega sin reservas, que no dejaba lugar para el mal. Había aprendido el amor del otro, y así había lo recibido todo su ser. Pero esto no es el vocabulario de la razón.

Los miembros del equipo caminaron bajo los árboles, a través de las vastas colonias de vida, rodeados de un silencio de ensueño, una calma meditabunda que les era medioconsciente y totalmente indiferente. No había horas. La distancia no importaba. Si hubieran tenido el mundo suficiente y el tiempo... El planeta giraba entre la luz del sol y la gran oscuridad; vientos de invierno y verano soplaban polen fino y pálido a través de los mares tranquilos.

Tras muchos estudios, años y años luz, la *Gum* regresó a lo que varios siglos atrás había sido Puerto Smeming. Todavía había seres humanos allí, para recibir (con incredulidad) los informes del equipo, y para anotar las pérdidas: el biólogo Harfex, muerto de miedo, y el sensor Osden, abandonado como colono.

Chicas búfalo, ¿no salís esta noche?

I

–Te caíste del cielo –dijo el coyote.

Todavía acurrucada, acostada de lado, con la espalda apoyada contra la roca que sobresalía, la niña miró al coyote con un ojo. Mantuvo la mano ahuecada encima del otro ojo, con el dorso apretado contra el rostro.

–Había un lugar quemado en el cielo, más arriba, al lado del borde de la roca, y luego te caíste de allí –repitió el coyote, pacientemente, como si la noticia fuera ya algo remoto–. ¿Estás herida?

Estaba bien. Estaba en el avión con el señor Michaels, y el motor era tan ruidoso que no podía entender lo que decía ni siquiera cuando gritaba, y el modo en que el viento agitaba las alas la hacía sentirse mareada, pero estaba bien. Volaban hacia Canyonville. En el avión.

Miró. El animal todavía estaba allí sentado. Bostezó. Era grande, con buen aspecto, el pelaje plateado y espeso. La línea oscura de lágrimas de su largo ojo amarillo estaba tan claramente marcada como la de un gato atigrado.

La niña se incorporó con lentitud, todavía con la mano derecha presionada contra su ojo derecho.

–¿Has perdido un ojo? –preguntó el coyote con interés.

–No lo sé –dijo la niña. Contuvo el aliento y se estremeció–. Tengo frío.

–Te ayudaré a buscarlo –dijo el coyote–. ¡Vamos! Si te mueves, ya no vas a temblar. Ha salido el sol.

Un brillo frío y solitario se extendía por la pendiente de tierra hacia doscientos kilómetros de artemisa. El animal trotó con afán de un lado a otro, husmeando bajo matas de matorrales de conejo y espiguillas, moviendo una piedra con la pata.

–¿No vas a buscarlo? –dijo sentándose de repente en cuclillas y abandonando la búsqueda–. Antes conocía un truco con el que podía lanzar mis ojos a lo alto de un árbol y verlo todo desde allí arriba, y luego silbaba, y volvían a mi cabeza. Pero ese maldito arrendajo me los robó, y cuando silbé nada regresó. Tuve que meterme trozos de resina de pino en la cabeza para poder ver algo. Podrías intentarlo. Pero tienes un ojo que está bien, ¿para qué necesitas dos? ¿Vienes, o te piensas morir aquí?

La niña se agachó temblando.

–Bueno, ven si quieres –dijo el coyote, bostezó de nuevo, mordisqueó una pulga, se puso de pie, se volvió y se alejó trotando entre los escasos matorrales de chamiza y salvia, a lo largo de la prolongada pendiente que se extendía más y más abajo, hacia la llanura surcada por largas sombras de artemisa. Fue difícil mantener a la vista al esbelto animal de color amarillo grisáceo, que desapareció mientras la niña miraba.

Luchó por ponerse de pie, y sin una palabra, aunque en su mente seguía diciendo «espera, espera, por favor», cojeó detrás del animal. No logró verlo. Mantuvo la mano presionada sobre la cuenca del ojo derecho. Al ver con un solo ojo, no había profundidad de campo; era como una imagen enorme y plana. El coyote apareció sentado de repente en medio de la imagen, mirándola con la boca abierta, los ojos entrecerrados y sonriente. Notó que las piernas comenzaban a estabilizársele y que la cabeza no le latía con tanta fuerza, aunque el dolor profundo y negro siempre estaba allí. Casi lo había alcanzado cuando se volvió a marchar trotando. Esta vez le habló:

–¡Espera, por favor! –le dijo.

–Está bien –le respondió el coyote, pero siguió adelante.

Ella lo siguió, caminando cuesta abajo hacia la imagen plana que a cada paso era más profunda.

Cada paso era diferente bajo los pies; cada arbusto de salvia era diferente y todos eran iguales. Lo siguió y salió de la sombra de los acantilados de roca, y el sol a la altura de la vista le deslumbraba el ojo izquierdo. Su brillante calidez le empapó los músculos y los huesos a la vez. El aire, que durante toda la noche le había sido tan difícil de respirar, entró dulce y suave.

Los arbustos de salvia se ocultaban en sus propias sombras y el sol ardía en la espalda de la niña cuando siguió al animal por el borde de un barranco. Después de un rato, el coyote se desvió por la pendiente socavada y la niña se apresuró a seguirlo a través de los matorrales hasta el delgado arroyo en su amplio lecho de arena. Los dos bebieron.

El coyote cruzó el arroyo, no con una carrera descuidada y chapoteando como un perro, sino paso a paso y silencioso como un gato; siempre llevaba la cola baja. La niña vaciló, pues sabía que los zapatos mojados producen ampollas en los pies, y luego avanzó dando la menor cantidad de pasos posible. Le dolía el brazo derecho por el esfuerzo de mantener la mano sobre el ojo.

–Necesito un vendaje –le dijo.

El animal ladeó la cabeza y no dijo nada. Estiró las patas delanteras y se quedó mirando el agua, descansando, pero alerta. La niña se sentó cerca de la arena caliente e intentó mover la mano derecha. La tenía pegada a la piel alrededor del ojo por la sangre seca. Al sentir aquel pequeño dolor desgarrador, gimió y, aunque no le dolió mucho, se asustó. El coyote se acercó y le pegó el largo hocico a la cara. Su olor fuerte y penetrante se le metió en las fosas nasales. Comenzó a lamer la ceguera espantosa, dolorosa, limpiando y limpiando con su lengua curvada, precisa, fuerte, húmeda, hasta que la niña pudo llorar un poco de alivio, al sentirse consolada. Tenía la cabeza inclinada cerca de las costillas de color amarillo grisáceo, y vio los pezones duros, el pelaje blanquecino del vientre. Rodeó con

el brazo a la coyote y le acarició la espalda y el pelaje áspero sobre las costillas.

–Vale –dijo la coyote–. ¡Vamos!

Y partió sin mirar atrás. La niña se puso de pie y la siguió.

–¿A dónde vamos? –preguntó, y la coyote, trotando a lo largo del arroyo, respondió:

–A lo largo del arroyo...

Debió de pasar un tiempo dormida mientras caminaba, porque sintió que se despertaba, aunque seguía caminando, solo que por un sitio diferente. No sabía cómo sabía que era diferente. Todavía seguía el arroyo, aunque el barranco se había aplanado hasta no alzarse demasiado, y todavía había un campo de artemisa hasta donde alcanzaba la vista. Notó el ojo, el bueno, descansado. El otro todavía le dolía, pero no tanto, y era inútil pensar en ello. Pero ¿dónde estaba la coyote?

Se paró. El pozo de frío en el que había caído el avión se volvió a abrir y ella cayó. Se quedó de pie, cayendo, un débil gemido comenzó en su garganta.

–¡Aquí!

La niña se volvió. Vio a un coyote mordisqueando el cadáver medio seco de un cuervo, con plumas negras pegadas a los labios negros y la mandíbula estrecha.

Vio a una mujer de piel morena arrodillada junto a una fogata, metiendo puñados de algo en una olla cónica. Oyó el agua hirviendo en la olla, aunque estaba apoyada entre rocas, fuera del fuego. El cabello de la mujer era amarillo y gris, recogido con una cuerda. Llevaba los pies descalzos. Las plantas parecían tan oscuras y duras como las suelas de un zapato, pero el arco del pie era alto y los dedos formaban dos ordenadas filas curvas. Vestía unos vaqueros azules y una vieja camisa blanca. Miró a la chica.

–¡Vamos, come cuervo! –le gritó.

La niña se acercó lentamente a la mujer y al fuego y se puso en cuclillas. Había dejado de caer y se sentía muy ligera y vacía; notaba la lengua como un trozo de madera metido en la boca.

Coyote ahora soplaba en la olla o lo que fuera. Metió dos dedos y retiró la mano sacudiéndola y gritando:

–¡Ay! ¡Mierda! ¿Por qué nunca hay cucharas? –Rompió una ramita muerta de artemisa, la sumergió en la olla y la lamió–. Oh, vaya. ¡Vamos!

La niña se acercó un poco más, rompió una ramita y la sumergió. Una papilla rosada grumosa se aferró a la ramita. La lamió. El sabor era rico y delicado.

–¿Qué es? –preguntó después de un largo tiempo de mojar y lamer.

–Comida. Puré de salmón seco –le explicó Coyote–. Se está enfriando.

Metió otra vez dos dedos en el guiso, y esta vez consiguió una buena porción, que se comió con ganas. La niña, cuando lo intentó, se llenó de puré la barbilla. Era como los palillos chinos, cuestión de práctica. Practicó. Comieron y comieron por turnos hasta que no quedaron más que tres piedras en la olla. La niña no preguntó por qué había piedras en la olla. Las lamieron para limpiarlas. Coyote lamió el interior de la olla, la enjuagó una vez en el arroyo y se la puso en la cabeza. Le encajaba muy bien, convertida en un sombrero cónico. La mujer se quitó los vaqueros.

–¡Meado en el fuego! –gritó, y lo hizo, de pie a horcajadas–. ¡Ah, vapor entre las piernas!

La niña, avergonzada, pensó que se suponía que debía hacer lo mismo, pero no quiso y no lo hizo. Desnuda, Coyote bailó alrededor del fuego apagado, agitando sus largas y delgadas piernas y cantando:

Chicas búfalo, ¿no salís esta noche?
Salid esta noche, salid esta noche.
Chicas búfalo, ¿no salís esta noche?
¿A bailar a la luz de la luna?

Volvió a ponerse los vaqueros. La niña enterraba los restos del fuego en la arena del arroyo, amontonándola, deseando hacer lo correcto. Coyote la miró.

–¿Lo eres? –le preguntó–. ¿Una chica búfalo? ¿Qué pasó con el resto de vosotras?

–¿El resto de nosotras? –La niña la miró alarmada.

–Toda tu gente.

–Oh. Bueno, mamá se llevó a Bobbie, mi hermano pequeño, con el tío Norm. Realmente no es mi tío ni nada. Así que el señor Michaels iba a ir allí de todos modos, iba a llevarme en avión con mi verdadero padre, en Canyonville. Linda, mi madrastra, ya sabes, dijo que estaría bien si pasaba el verano allí, y luego ya veríamos. Pero el avión...

En el silencio, el rostro de la niña se puso rojo oscuro, luego blanco grisáceo. Coyote la miró fascinada.

–Oh –dijo la niña–. Oh... Oh... El señor Michaels... debe de estar... ¿Él...?

–¡Vamos! –dijo Coyote, y se puso en marcha.

La niña gritó:

–¡Debería volver...!

–¿Para qué? –quiso saber Coyote. Se detuvo para mirar a la niña y luego siguió caminando más rápido.

–¡Vamos, Chica! –Lo dijo como un nombre; tal vez fuera el nombre de la niña, Myra, como lo pronunciaba Coyote.

La niña, confusa y desesperada, volvió a protestar, pero la siguió.

–¿A dónde vamos? ¿Dónde estamos?

–Éste es mi país –respondió Coyote con dignidad, abarcando con un gesto largo y lento todo el vasto horizonte–. Yo lo creé. Cada puñetera mata de salvia.

Y continuaron. El andar de Coyote era relajado, incluso un poco tambaleante, pero avanzaba con rapidez; la niña se esforzó por no quedarse atrás. Las sombras comenzaban a salir de debajo de las rocas y los arbustos. Dejaron el arroyo atrás, subieron por una

pendiente larga, baja y desigual que terminaba contra el cielo en el acantilado. Había árboles oscuros aquí y allá; lo que la gente llamaba un bosque de enebros, un bosque desértico, con mucho más espacio entre los árboles que árboles en sí. Cada enebro por el que pasaban olía intensamente, el olor a pis de gato, pero a la niña le gustaba; pareció meterse en su mente y despertarla. Cogió una baya de enebro y se la llevó a la boca, pero después de un rato la escupió. El dolor volvía en enormes olas negras y ella seguía tropezando. Descubrió que estaba sentada en el suelo. Cuando trató de levantarse, las piernas le temblaban y no la sostenían. Se sintió tonta y asustada y comenzó a llorar.

–¡Estamos en casa! –la llamó Coyote desde arriba de la colina.

La niña miró con su único ojo lloroso y vio artemisas, enebros, chamizas, acantilados. Oyó a un coyote aullar a lo lejos en el seco crepúsculo.

Vio un pequeño pueblo debajo del acantilado, casas de huéspedes, chozas, todo sin pintar. Oyó a Coyote llamarla de nuevo.

–¡Vamos, cachorra! ¡Vamos, Chica, estamos en casa!

No podía levantarse, así que trató de recorrer a cuatro patas el largo camino cuesta arriba hasta las casas bajo el borde del acantilado. Mucho antes de que llegara, varias personas salieron a recibirla. Todos eran niños, pensó al principio, y luego empezó a comprender que la mayoría eran adultos, pero todos eran muy bajos; corpulentos, gordos, con manos y pies finos y delicados. Les brillaban los ojos. Algunas de las mujeres la ayudaron a ponerse de pie y caminar, persuadiéndola amablemente.

–No hay que andar mucho más, lo haces muy bien.

A última hora del crepúsculo, las luces brillaban de un color amarillo intenso a través de las puertas y de las grietas entre las tablas. El humo de leña flotaba dulcemente en el aire silencioso. La gente pequeña hablaba y reía todo el tiempo, en voz baja.

–¿Dónde se va a quedar?

–¡Ponla con Zorzal, ya están todos dormidos!

–Oh, puede quedarse con nosotros.

La niña preguntó con voz ronca:

–¿Dónde está Coyote?

–Fuera, de caza –dijo la gente baja.

Una voz más profunda habló:

–¿Ha llegado alguien nuevo al pueblo?

–Sí, una persona nueva –respondió uno de los hombres de baja estatura.

Entre estas personas, el hombre de voz profunda destacaba de forma impresionante; era alto y ancho, con manos poderosas, cabeza grande, cuello corto. Le abrieron paso con respeto. Se movió en silencio, mostrándose respetuoso con ellos también. Los ojos con los que miró a la niña eran asombrosos. Cuando parpadeaba, era como pasar una mano ante la llama de una vela.

–Es solo un mochuelo –dijo–. ¿Qué has dejado que le pase a tu ojo, nueva persona?

–Yo estaba... Estábamos volando...

–Eres demasiado joven para volar –afirmó el hombretón con su voz profunda y suave–. ¿Quién te trajo aquí?

–Coyote.

Y una de las personas bajas lo confirmó.

–Vino aquí con Coyote, Joven Búho.

–Entonces tal vez debería quedarse en la casa de Coyote esta noche –dijo el grandullón.

–Allí solo hay huesos y soledad –dijo una mujer baja con mejillas gordas y una camisa a rayas–. Se puede venir con nosotros.

Eso pareció decidir el asunto. La mujer de mejillas gordas le dio unas palmaditas en el brazo a la niña y la llevó por delante de varias chozas y barracones hasta una casa de escasa altura y sin ventanas. La entrada era tan baja que incluso la niña tuvo que agacharse para entrar. Había mucha gente dentro, algunos ya estaban allí y otros se apiñaron detrás de la mujer de mejillas gordas para entrar. Varios bebés dormían profundamente en cunas en los rincones. Había un buen fuego y un buen olor, a semillas de sésamo tostadas. A la niña le dieron de comer y comió un poco, pero la cabeza le daba vueltas

y la oscuridad de su ojo derecho seguía apareciéndole en el ojo izquierdo, por lo que no pudo ver nada durante un rato. Nadie le preguntó su nombre ni le dijo cómo llamarlos. Oyó que los niños llamaban Ardilla a la mujer de mejillas gordas. Finalmente se armó de valor para preguntárselo:

–¿Hay algún lugar donde pueda ir a dormir, señora Ardilla?

–Claro, vamos –dijo una de las hijas–. Por aquí.

Se llevó a la niña a una habitación trasera, no completamente separada de la abarrotada sala, pero a oscuras y con poca gente. Unos grandes estantes con colchones y mantas se alineaban en las paredes.

–¡Súbete! –dijo la hija de Ardilla acariciando el brazo de la niña de la manera más reconfortante que lo habían hecho.

La niña se subió a un estante y se metió debajo de una manta. Se tumbó del todo.

«No me he cepillado los dientes», pensó.

II

Se despertó; se durmió de nuevo. El dormitorio de Ardilla siempre estaba mal ventilado, cálido y medio oscuro, de día y de noche. La gente entraba, dormía, se levantaba y se iba, día y noche. Dormitó y luego se durmió, bajó a beber del balde y el cazo de la habitación delantera, se volvió a la cama y dormitó.

Estaba sentada en el estante, con los pies colgando, ya no se sentía mal, sino somnolienta, débil. Palpó los bolsillos de sus vaqueros. En el delantero izquierdo había un peine de bolsillo y un envoltorio de chicle; en el delantero derecho, dos billetes de dólar y un cuarto y diez centavos.

Ardilla y otra mujer, una muy bonita y regordeta de ojos oscuros, entraron.

–¡Así que te has despertado para tu baile! –la saludó Ardilla riendo, se sentó a su lado y la rodeó con un brazo.

–Arrendajo te va a ofrecer una danza –dijo la mujer morena–. Hará que te sientas bien. ¡Vamos a prepararnos!

Había un manantial debajo del borde de la roca, que se extendía hasta formar un estanque con orillas viscosas y llenas de juncos. Una bandada de niños ruidosos que chapoteaban allí salió corriendo y dejó a la niña y a las dos mujeres bañarse tranquilas. El agua estaba tibia en la superficie, fría en pies y piernas. Todas desnudas, las dos mujeres de voz suave y risueña, con sus vientres y pechos redondos, sus anchas caderas y sus nalgas brillando cálidas a la luz del atardecer, bañaron a la niña, la lavaron y le acariciaron las extremidades, manos y cabello, la limpiaron alrededor del pómulo y la ceja de su ojo derecho con infinita suavidad, la admiraron, la enjabonaron, la enjuagaron, la sacaron del agua, la secaron, se secaron, se vistieron, la vistieron, se hicieron trenzas, también a ella, se ataron plumas en los extremos de las trenzas, la admiraron a ella y la una a la otra de nuevo, y la llevaron de regreso al pequeño pueblo desordenado y a una especie de campo de juego o descampado entre las casas. No había calles, solo caminos y tierra, ni césped ni jardines, solo artemisa y tierra. Un buen número de personas se reunían o deambulaban por el lugar abierto, bien vestidas, con camisas de colores, vestidos estampados, collares de abalorios, pendientes.

–¡Hola, Ardilla, Pieblanco! –dijeron saludando a las dos mujeres.

Un hombre con vaqueros nuevos y un chaleco de terciopelo azul brillante sobre una camisa azul limpia y descolorida se adelantó a recibirlas, muy guapo, tenso e importante.

–¡Está bien, Chica! –dijo con una voz áspera y fuerte, que la sorprendió entre toda aquella gente de hablar suave–. ¡Vamos a conseguir arreglarte ese ojo esta noche! Tú siéntate aquí y no te preocupes de nada.

La tomó de la muñeca, suavemente a pesar de sus modales mandones y descarados, y la condujo hasta una estera tejida tendida en el suelo cerca del centro del lugar abierto. Allí, sintiéndose muy tonta, tuvo que sentarse y le dijeron que se

quedara quieta. Pronto superó la sensación de que todo el mundo la miraba, ya que nadie le prestaba más atención que una mirada de vez en cuando o, por parte de Ardilla o Pieblanco y sus familias, un guiño tranquilizador. Algunas veces, Arrendajo corría hacia ella y le decía algo como «¡vas a quedar como nueva!», y se iba de nuevo a organizar a la gente, agitando sus largos brazos azules y gritando.

Vio una figura delgada, ágil y leonada que subía la colina hacia el lugar abierto, y la niña comenzó a saltar antes de recordar que debía quedarse quieta, y se sentó otra vez gritando suavemente:

–¡Coyote! ¡Coyote!

Coyote pasó con tranquilidad. Le sonrió y se quedó mirándola.

–No dejes que Arrendajo te joda, Chica –dijo, y siguió caminando con despreocupación.

La niña la siguió con la mirada, anhelante.

La gente estaba sentada ahora a un lado del espacio abierto, formando un semicírculo desigual al que se iba añadiendo gente en los extremos hasta que hubo un círculo casi entero de personas sentadas en el suelo alrededor de la niña, a diez o quince pasos de ella. La gente iba vestida con el tipo de ropa a la que estaba acostumbrada la niña, vaqueros y chaquetas vaqueras, camisas, chalecos, vestidos de algodón, pero nadie llevaba zapatos, y ella pensó que era gente más hermosa que las personas que conocía, cada una en un estilo diferente, como si cada una hubiera inventado la belleza. Sin embargo, algunos de ellos también eran muy extraños: gente delgada, negra y brillante con voces susurrantes, una mujer de piernas largas con ojos como joyas. El hombretón llamado Joven Búho estaba allí, con aspecto soñoliento y digno, como el juez McCown, que era dueño de un rancho de sesenta mil acres; y junto a él había una mujer que la niña pensó que podría ser perfectamente su hermana, porque, como él, tenía la nariz aguileña y manos grandes y fuertes; pero era delgada y morena, y había una mirada loca en sus ojos feroces. Eran ojos amarillos, pero redondos, no largos y rasgados como los de Coyote. Coyote estaba allí sentada, bostezando, rascándose la axila, aburrida. En ese

momento, alguien entró en el círculo: un hombre, vestido solo con una especie de falda escocesa y una capa pintada o adornada con diamantes, que bailaba al ritmo del sonajero de cascabel que llevaba y que agitaba con un zumbido rápido. Sus miembros y su cuerpo eran gruesos pero flexibles, y los movimientos, suaves y vertiginosos. La niña mantuvo su mirada fija en él mientras pasaba bailando junto a ella, alrededor de ella, junto a ella de nuevo. El cascabel en su mano se agitaba casi con demasiada rapidez como para verlo, en la otra mano llevaba algo delgado y afilado. La gente cantaba alrededor del círculo ahora, algunas notas repetidas al compás del traqueteo, suave y desafinado. Fue emocionante y aburrido, extraño y familiar. Cascabel bailaba cada vez más cerca de ella, lanzándose hacia ella. La primera vez se echó hacia atrás, asustada por el movimiento de embestida y por su rostro plano y frío con los ojos entrecerrados, pero después de eso se quedó quieta, a sabiendas de lo que debía hacer. El baile continuó, el canto continuó, hasta que la llevaron más allá del aburrimiento hasta una sensación flotante en la que podría continuar para siempre.

Arrendajo había entrado pavoneándose en el círculo y estaba de pie a su lado. No podía cantar, pero gritó:

–¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! –con su voz fuerte y áspera, y los otros respondieron desde todos lados, y el eco llegó desde el acantilado al segundo compás.

Arrendajo sostenía un palo con una bola en una mano y algo parecido a una canica en la otra. El palo era una pipa: sacó humo de allí por la boca y lo sopló en cuatro direcciones, arriba y abajo y luego sobre la canica, una bocanada cada vez. Entonces el traqueteo se detuvo de repente y todo quedó en silencio durante varias respiraciones. Arrendajo se agachó y miró intensamente el rostro de la niña, con la cabeza ladeada. Se inclinó hacia delante, murmurando algo al compás del cascabel y el canto que había comenzado de nuevo con más fuerza que antes; tocó el ojo derecho de la niña en el centro negro del dolor. Ella se estremeció y aguantó. Su toque no fue suave. Vio la canica, una bola amarilla opaca como

cera de abeja, en su mano; luego cerró el ojo con el que veía y apretó los dientes.

–¡Ahí está! –gritó Arrendajo –. Ábrelo. ¡Vamos! ¡Vamos!

Con la mandíbula apretada como un tornillo de banco, abrió ambos ojos. El párpado del derecho se atascó y se arrastró con un dolor blanco tan abrasador que casi vomitó mientras estaba allí sentada en mitad de toda la gente que la miraba.

–Oye, ¿puedes ver? ¿Funciona bien? ¡Se ve genial! –Arrendajo le sacudía el brazo mientras insistía–. ¿Cómo te sientes? ¿Funciona?

Lo que vio fue confuso, brumoso, amarillento. Empezó a descubrir, mientras todos se apiñaban alrededor mirándola, sonriendo, acariciándola y dándole palmaditas en los brazos y los hombros, que si cerraba el ojo herido y miraba con el otro todo era claro y plano; si usaba los dos a la vez, las cosas se veían borrosas y amarillentas, pero con profundidad.

Allí, muy cerca, estaba la nariz larga de Coyote, sus ojos entrecerrados y su sonrisa.

–¿Qué pasa, Arrendajo? –le preguntó mirando el nuevo ojo–. ¿Uno de los míos que me robaste aquella vez?

–Es resina de pino –le gritó Arrendajo con furia–. ¿Crees que usaría un estúpido ojo de coyote de segunda mano? ¡Soy médico!

–Ooooh, ooooh, un médico –se burló Coyote–. Chico, es un ojo bien feo. ¿Por qué no le pediste a Conejo una de sus cagarrutas? Ese ojo parece una mierda.

Acercó aún más su enjuto rostro hasta que la niña pensó que la iba a besar; en cambio, la lengua fina y firme lamió una vez más con precisión a través del dolor, refrescándolo, aclarándolo. Cuando la niña volvió a abrir ambos ojos, el mundo se veía bastante bien.

–Funciona bien –dijo.

–¡Oye! –gritó Arrendajo–. ¡Ella dice que funciona bien! ¡Funciona bien, ella lo dice! ¡Te lo dije! ¿Qué te dije?

Se fue agitando los brazos y gritando. Coyote había desaparecido. Todo el mundo se alejaba.

La niña se puso de pie, entumecida por haber estado mucho tiempo sentada. Estaba casi oscuro; solo el largo oeste mostraba una gran profundidad de pálido resplandor. Hacia el este, las llanuras se convertían en noche.

Las luces estaban encendidas en algunas de las barracas. En las afueras del pueblo, alguien tocaba un violín chirriante, una melodía solitaria y estridente.

Una persona se le acercó y le habló en voz baja:

–¿Dónde te quedarás?

–No lo sé –dijo la niña. Se sentía extremadamente hambrienta–. ¿Puedo quedarme con Coyote?

–No está mucho en casa –dijo la mujer de voz suave–. Te estabas quedando con Ardilla, ¿verdad? O tienes a Conejo o a Liebre; tienen familias...

–¿Tienes familia? –preguntó la niña, mirando a la delicada mujer de ojos suaves.

–Dos cervatillos –le respondió la mujer sonriendo–. Pero acabo de llegar al pueblo para el baile.

–Me gustaría mucho quedarme con Coyote –dijo la niña después de una breve pausa, tímida pero obstinada.

–Está bien, eso está bien. Su casa está por aquí.

Cierva caminó junto a la niña hasta una cabaña destartalada en el extremo alto del pueblo. No brillaba ninguna luz en el interior. Había mucha basura esparcida por la parte delantera. No había ningún escalón hasta la puerta entreabierta. Sobre esta, una tabla de pino estropeada, clavada y torcida, decía: QUÉDATE UN RATITO.

–Oye, Coyote, tienes visita –dijo Cierva.

No pasó nada. Cierva empujó la puerta para abrirla más y miró dentro.

–Está cazando, supongo. Será mejor que vuelva con los cervatillos. ¿Vas a estar bien? Cualquier otra persona de aquí te dará algo de comer, ya lo sabes... ¿Vale?

–Sí. Estoy bien. Gracias –dijo la niña.

Vio a Cierva alejarse a través del claro crepúsculo, un caminar muy elegante, con cortos pasos, como una mujer con tacones altos, rápido, preciso, muy ligero.

Dentro de «Quédate un ratito» estaba demasiado oscuro como para ver nada, y estaba tan abarrotado que tropezaba con algo a cada paso. No sabía dónde ni cómo encender el fuego. Había algo que parecía una cama, pero cuando se acostó en ella, le pareció más bien un montón de ropa sucia, y olía como tal. Había cosas que le mordían las piernas, los brazos, el cuello y la espalda. Tenía mucha hambre. Por el olfato, encontró el camino hacia lo que parecía ser un pez muerto que colgaba del techo en un rincón. Partió al tacto un trozo grasiento y lo probó. Era salmón seco ahumado. Comió un suculento trozo tras otro hasta que se sintió satisfecha y se lamió los dedos para limpiarlos. Cerca de la puerta abierta, la luz de las estrellas brillaba sobre el agua en un recipiente de algún tipo; la niña olió con cautela, la probó con cautela y bebió solo lo suficiente para saciar la sed, porque sabía a barro y estaba caliente y rancia. Luego volvió a la cama de ropa sucia y pulgas y se acostó. Se podría haber ido a la casa de Ardilla o a otras casas amigas, pensó mientras yacía desamparada en la cama sucia de Coyote. Pero no lo hizo. Mató pulgas a palmadas hasta que se durmió.

En la noche profunda, alguien dijo: «Muévete, cachorra», y sintió una calidez a su lado.

El desayuno, que se tomó sentada al sol en la puerta, era una papilla seca de salmón en polvo. Coyote cazaba, mañanas y tardes, pero lo que comían no era caza fresca, sino salmón, cosas secas y bayas de temporada. La niña no preguntó sobre aquello. Para ella tenía sentido. Iba a preguntarle a Coyote por qué dormía de noche y se despertaba de día como humana, en lugar de al revés como coyote, pero cuando enmarcó la pregunta en su mente vio de inmediato que la noche es cuando duermes y el día cuando estás despierto; eso

también tenía sentido. Pero hubo una pregunta que sí hizo, un día caluroso cuando estaban acostadas matando pulgas.

–No entiendo por qué todos parecéis personas –dijo.

–Somos personas.

–Quiero decir, gente como yo, humanos.

–La semejanza está en el ojo –dijo Coyote–. ¿Cómo está ese ojo asqueroso, por cierto?

–Está bien. Pero... usáis ropa y vivís en casas, con hogueras y esas cosas...

–Eso es lo que piensas... Si ese bocazas de Arrendajo no hubiera intervenido, yo podría haber hecho un muy buen trabajo.

La niña estaba bastante acostumbrada a la reticencia de Coyote a ceñirse a cualquier tema y a sus fanfarronadas. Coyote era, en algunos aspectos, como muchos niños que conocía. No en otros.

–¿Quieres decir que lo que estoy viendo no es cierto? ¿No es real, como en la televisión o algo así?

–No –dijo Coyote–. Oye, tienes una garrapata en el cuello.

Se acercó, le quitó la garrapata, la levantó con un dedo, la mordió y escupió los trozos.

–¡Puaaaghh! –exclamó la niña–. ¿Entonces?

–Entonces, para mí eres básicamente de color amarillo grisáceo y corres sobre cuatro patas. Para ese grupo... –señaló con desdén al laberinto de casitas al lado de la colina–... saltas moviendo la nariz todo el tiempo. Para Halcón eres un huevo, o tal vez tienes plumas. ¿Ves?, depende de cómo mires las cosas. Solo hay dos tipos de personas.

–¿Humanos y animales?

–No. El tipo de personas que dicen «hay dos tipos de personas» y el tipo de personas que no lo dicen.

Coyote soltó una carcajada a la vez que se daba palmadas en el muslo y gritaba de alegría por su broma. La niña no lo entendió y esperó.

–Está bien –dijo Coyote–. Están las primeras personas y luego las demás. Esos son los dos tipos...

–¿Las primeras personas son...?

–Nosotros, los animales... las cosas. Todos los viejos, ¿sabes? Y vosotros, cachorros, niños, novatos. Todas las primeras personas...

–¿Y los otros?

–Ellos –dijo Coyote–. Ya sabes. Los demás. La gente nueva. Los que han venido. –Su rostro fino y duro se había vuelto serio, bastante formidable. Miró directamente a la niña, algo que rara vez hacía, con una breve agudeza dorada–. Estábamos aquí. Siempre estuvimos aquí. Siempre estamos aquí. Donde estamos es aquí. Pero ahora es su país. Y lo llevan... Mierda, ¡incluso yo lo hice mejor!

La niña reflexionó y sugirió unas palabras que había oído mucho.

–Son inmigrantes ilegales.

–¡Ilegal! –exclamó Coyote de un modo burlón–. Ilegal es un pájaro enfermo. ¿Qué mierda significa *ilegal*? ¿Quieres un código de justicia de un coyote? ¡Crece, chavala!

–No quiero.

–¿No quieres crecer?

–Seré del otro tipo si lo hago.

–Sí –asintió Coyote, y se encogió de hombros–, así es la vida.

Se levantó y dio la vuelta a la casa, y la niña la oyó mear en el patio trasero.

Muchas cosas eran difíciles de aceptar sobre Coyote como madre. Cuando sus novios venían de visita, la niña aprendió a pasar la noche con Ardilla o los Conejo, porque Coyote y su amigo ni siquiera esperarían a subirse a la cama, sino que empezarían a hacerlo en el suelo o incluso en el patio. Un par de veces, Coyote regresó tarde de cazar con un amigo, y la niña tuvo que acostarse contra la pared en la misma cama y escuchar y sentir cómo lo hacían junto a ella. Era algo como pelear y algo como bailar, con un ritmo, y a ella no le importaba demasiado, excepto que le dificultaba quedarse dormida.

Una vez se despertó y uno de los amigos de Coyote le estaba acariciando el vientre de una manera espeluznante. Ella no supo qué

hacer, pero Coyote se despertó y se dio cuenta de lo que estaba haciendo, lo mordió con fuerza y lo echó de la cama. Pasó la noche en el suelo y se disculpó a la mañana siguiente:

–Oh, mierda, Ki, olvidé que la niña estaba ahí, pensé que eras tú...

Coyote, insatisfecha con la explicación, le gritó:

–¿Crees que no tengo ningún filtro? ¿Crees que dejaría que un coyote violara a una niña en mi cama?

Ella lo echó de la casa y se quejó de él todo el día. Pero un rato después volvió a pasar la noche, y él y Coyote lo hicieron tres o cuatro veces.

Otra cosa que la avergonzaba era la forma en la que Coyote orinaba en cualquier lugar, incluso bajándose los pantalones en público. Pero a la mayoría de la gente de allí no parecía importarle. Lo que más preocupaba a la niña, tal vez, era cuando Coyote hacía lo otro en cualquier lugar y luego se daba la vuelta y le hablaba. Eso le parecía muy asqueroso. Era como si Coyote estuviera loca, como solía parecer, aunque en realidad no lo estaba.

La niña recogió todas las boñigas secas y viejas de la casa un día mientras Coyote dormía la siesta, y las enterró en un lugar arenoso cerca de donde ella, Lince y algunas de las otras personas generalmente iban y enterraban lo que echaban.

Coyote se despertó, salió desperezándose de «Quédate un ratito», se pasó las manos por su espeso cabello rubio grisáceo mientras bostezaba, miró a su alrededor una vez con esos ojos entrecerrados y dijo:

–¡Oye! ¿Dónde están? –Luego gritó–. ¡¿Dónde estáis?! ¡¿Dónde estáis?!

Y un coro débil y amortiguado llegó del otro lado de la arena.

–¡Mami! ¡Mami! ¡Estamos aquí!

Coyote trotó, se puso en cuclillas, desenterró cada boñiga y habló con ellas durante mucho tiempo. Cuando regresó, no dijo nada, pero la niña, con el rostro enrojecido y con el corazón acelerado, se disculpó.

–Siento haberlo hecho.

–Es más fácil cuando están cerca –dijo Coyote mientras se lavaba las manos (a pesar de la suciedad de su casa, se mantenía bastante limpia a su manera).

–No dejaba de pisarlas –dijo la niña, tratando de justificar lo que había hecho.

–Pobrecitas mierdas –respondió Coyote, practicando pasos de baile.

–Coyote. ¿Alguna vez has tenido hijos? Me refiero a cachorros de verdad –le preguntó la niña con timidez.

–¿Yo? ¿Que si tuve hijos? ¡Camadas! Ese que trató de acariciarte, ¿sabes?, ése era mi hijo. Lo mejor de la camada... Escucha, Chica, tú ten hijas. Cuando tengas algo, ten hijas. Al menos se van.

III

La niña se veía a sí misma como Chica, pero a veces también como Myra. Hasta donde ella sabía, era la única persona en el pueblo que tenía dos nombres. Tenía que pensar en eso y en lo que Coyote había dicho sobre los dos tipos de personas; tenía que pensar a dónde pertenecía. Algunas personas del pueblo dejaron claro que, por lo que a ellos se refería, ella no pertenecía y nunca pertenecería a aquel sitio. La mirada furiosa de Halcón la quemó; los niños de Mofeta hicieron comentarios audibles sobre cómo olía. Y aunque Pieblanco y Ardilla y sus familias fueron amables, era la generosidad de las familias numerosas, donde uno más o menos simplemente no cuenta. Si uno de ellos, o Conejo, o Liebre, se hubiera encontrado con ella en el desierto, perdida y medio ciega, ¿se habría quedado con ella, como Coyote? Ésa era la locura de Coyote, lo que ellos llamaban su locura. Ella no tenía miedo. Estaba en el medio de los dos tipos de personas, había cruzado la línea. Ciervo y Cierva y sus hermosos hijos no tenían mucho miedo porque vivían constantemente en peligro. Cascabel no tenía miedo porque era muy

peligrosa. Y, sin embargo, tal vez le tenía miedo, porque nunca le hablaba y nunca se acercaba a ella. Ninguno de ellos la trataba como lo hacía Coyote. Incluso entre los niños, su único compañero de juegos habitual era uno más joven que ella, un niño pequeño, absurdo e intrépido llamado Niño Sapo Cornudo. Cavaron y construyeron juntos entre la artemisa, y jugaron a cazar, recolectar, mantener la casa y organizar bailes, todos los grandes juegos. Un niño pálido, rechoncho y con flecos en las cejas, era un amigo autosuficiente pero leal; y sabía mucho para su edad.

–No hay nadie más como yo aquí –dijo ella mientras se sentaban junto a la charca a la luz del sol de la mañana.

–No hay nadie como yo en ninguna parte –respondió Niño Sapo Cornudo.

–Bueno, ya sabes a qué me refiero.

–Sí... Solía haber gente como tú, supongo.

–¿Cómo se llamaban?

–Oh, gente. Como todos...

–Pero ¿dónde vive mi gente? Tienen ciudades. Solía vivir en una. No sé dónde están, eso es todo. Debería averiguarlo. No sé dónde está mi madre ahora mismo, pero mi papá está en Canyonville. Iba a ir allí cuando...

–Pregúntale a Caballo –dijo con perspicacia el Niño Sapo Cornudo. Se había alejado del agua, que no le gustaba y nunca bebía, y trenzaba juncos.

–No conozco a Caballo.

–Se pasa la mayor parte del tiempo por ahí abajo. Está esperando a que su tío envejezca y pueda echarlo y ser él el gran mandamás. El anciano y las mujeres no lo quieren cerca hasta entonces. Los caballos son raros. De todos modos, es a él a quien debes preguntar. Se mueve mucho. Y su gente vino aquí con la gente nueva, al menos eso es lo que dicen.

Inmigrantes ilegales, pensó la niña. Siguió el consejo de Niño Sapo Cornudo, y un largo día, cuando Coyote no estaba porque se había ido a uno de sus viajes inexplicables y sin previo aviso, tomó

una bolsa llena de salmón seco y frambuesas y se fue sola a la colina de cima plana que estaba a kilómetros de distancia en el suroeste.

Había un hermoso manantial al pie de la colina y un sendero con muchas huellas en él. Esperó allí, bajo los sauces, junto a la charca transparente, y al cabo de un rato llegó Caballo corriendo, espléndido, de piel cobriza y piernas largas y fuertes, pecho ancho, ojos oscuros, el pelo negro azotando su espalda mientras corría. Se detuvo, sin apenas jadear, y soltó un bufido mientras la miraba.

–¿Quién eres?

Nadie en el pueblo le había preguntado eso nunca. Vio que era verdad: Caballo había venido aquí con su gente, la gente que tenía que preguntarse una a otra quiénes eran.

–Vivo con Coyote –dijo con cautela.

–Oh, claro, he oído hablar de ti –dijo Caballo. Se arrodilló para beber de la charca, tragos largos y profundos, con las manos sumergidas en el agua fría. Cuando terminó de beber, se secó la boca, se sentó sobre los talones y anunció–: Voy a ser el rey.

–¿Rey de los caballos?

–¡Exacto! Muy pronto. Ya podría acabar ahora con el anciano, pero prefiero esperar. Que tenga su momento –afirmó Caballo jactancioso, magnánimo.

La niña lo miró, enamorada ya para siempre.

–Puedo peinarte el pelo, si quieres –se ofreció.

–¡Estupendo! –exclamó Caballo, y se sentó, quieto, mientras ella se ponía detrás de él y le pasaba el peine de bolsillo a través del pelo áspero, negro, brillante, de un metro de largo. Le llevó mucho tiempo desenredarlo. Lo ató en una enorme cola con corteza de sauce cuando terminó. Caballo se inclinó sobre la charca para admirarse–. Eso es genial. ¡Eso es realmente hermoso!

–¿Alguna vez vas... donde están las otras personas? –preguntó en voz baja.

No respondió durante el tiempo suficiente como para que ella pensara que no iba a hacerlo; luego dijo:

–¿Te refieres a los lugares de metal, los lugares de vidrio? ¿Los agujeros? Yo los rodeo. Ahora están todas las paredes. No solía haber tantas. Abuela dijo que antes no había vallas. ¿Conoces a Abuela? –preguntó con ingenuidad mirándola con sus grandes ojos oscuros.

–¿Tu abuela?

–Bueno, sí, Abuela, ya sabes. Quién teje las relaciones. Bueno, de todos modos, sé que hay algunos de mi gente, caballos, allí. Los he visto a través de las vallas. Se comportan realmente raro. ¿Sabes?, trajimos a la gente nueva aquí. No podrían haber llegado aquí sin nosotros, solo tienen dos piernas y tienen esas conchas de metal. Puedo contarte toda la historia. El rey tiene que conocer las historias.

–Me gustan mucho las historias.

–Se necesitan tres noches para contarla. ¿Qué quieres saber sobre ellos?

–Estaba pensando que tal vez debería ir allí. Donde están.

–Es peligroso. Realmente peligroso. No puedes pasar por allí, te atraparán.

–Solo me gustaría conocer el camino.

–Conozco el camino –afirmó Caballo, sonando por primera vez completamente adulto y fiable; ella supo que conocía el camino–. Es una carrera larga para un potro. –La miró de nuevo–. Tengo una prima con ojos de diferente color –comentó mirando de derecha a izquierda–. Uno marrón y uno azul. Pero ella es una apalusa.

–Arrendajo hizo el amarillo –le explicó la niña–. Perdí el mío. En el... cuándo... ¿No crees que podría llegar a esos lugares?

–¿Por qué quieres ir allí?

–Siento que tengo que hacerlo.

Caballo asintió. Se levantó. Ella se quedó quieta.

–Podría llevarte, supongo –dijo.

–¿Lo harías? ¿Cuándo?

–Oh, ahora, supongo. Una vez que sea rey, no podré irme, ya sabes. Tengo que proteger a las mujeres. ¡Y desde luego no dejaría

a mi gente acercarse a esos lugares! –Un escalofrío recorrió su magnífico cuerpo, pero dijo, moviendo la cabeza–: No podrían atraparme, por supuesto, pero los demás no pueden correr como yo...

–¿Cuánto tiempo tardaríamos?

Caballo pensó un rato.

–Bueno, el lugar como ese más cercano está junto a las rocas rojas. Si nos fuéramos ahora, estaríamos de vuelta aquí mañana al mediodía. No es más que un pequeño agujero.

Ella no sabía qué quería decir con «un agujero», pero no preguntó.

–¿Quieres ir? –le preguntó Caballo, echándose hacia atrás la cola.

–Está bien –dijo la niña, sintiendo que el suelo se hundía debajo de ella.

–¿Puedes correr?

Ella negó con la cabeza.

–Pero he caminado hasta aquí.

Caballo se echó a reír, una risa fuerte y alegre.

–Vamos –le dijo, y se arrodilló y mantuvo las manos hacia atrás como unos estribos para que ella se subiera a sus hombros–. ¿Cómo te llaman? –bromeó, mientras se levantaba con facilidad y echaba a correr–. ¿Mosquito? ¿Mosca? ¿Pulga?

–¡Garrapata, porque me agarro! –gritó la niña aferrándose a la cinta de corteza de sauce de la melena negra, riendo con deleite de tener de repente dos metros y medio de altura y viajar por el desierto sin siquiera intentarlo, como la maleza, tan rápido como el viento.

La luna, ya bien avanzada la noche, se elevó para iluminar las llanuras para ellos. Caballo trotaba fácilmente sin cesar. En algún momento de la noche, se detuvieron en un campamento de búhos pigmeos, comieron un poco y descansaron. La mayoría de los búhos

estaba cazando, pero una anciana los atendió junto a su fogata, y les contó historias sobre el fantasma de un grillo, sobre las grandes personas invisibles, historias que la niña escuchó entretejidas con sus propios sueños mientras dormitaba y medio se despertaba y dormitaba de nuevo. Entonces Caballo la puso sobre sus hombros y siguieron adelante a un trote lento e incansable. La luna se puso a su espalda, y ante ellos el cielo palideció en rosa y oro. El suave viento nocturno se había ido; el aire era penetrante, frío, quieto. En él, con él, había un leve y agrio olor a quemado. La niña notó que la marcha de Caballo cambiaba, que se volvía más tensa, inquieta.

–¡Hola, príncipe!

Una vocecita levemente regañona: la niña la conocía, y la reconoció en cuanto vio a la persona sentada junto a un enebro, pulcramente vestida, con una vieja gorra negra.

–¡Hola, Carbonero! –la saludó Caballo, mientras se daba la vuelta para detenerse.

La niña se había fijado en que, en el pueblo de Coyote, toda la gente trataba a Carbonero con respeto. No entendía el motivo. Carbonero parecía una persona corriente, ocupada y habladora como la mayoría de los pájaros pequeños; nada tan entrañable como Perdiz o tan impresionante como Halcón o Gran Búho.

–¿Vas por ese camino? –le preguntó Carbonero a Caballo.

–La pequeña quiere ver si su gente vive allí –le explicó Caballo.

Aquello sorprendió a la niña. ¿Era eso lo que ella quería?

Carbonero la miró con desaprobación, como solía hacer. Silbó pensativamente unas notas, otra de sus costumbres, y luego se levantó.

–Iré con vosotros.

–Eso es genial –respondió Caballo agradecido.

–Exploraré –dijo Carbonero, y se fue con sorprendente rapidez por delante de ellos, mientras Caballo retomaba su largo y constante trote.

El olor agrio se volvió más fuerte en el aire.

Carbonero se detuvo, muy por delante de ellos en una ligera elevación, y se quedó quieta. Caballo se puso a caminar y luego se detuvo.

–Ahí –dijo en voz baja.

La niña se quedó mirando. En la luz extraña y la ligera niebla antes del amanecer no podía ver con claridad, y cuando se esforzó y miró, le pareció que su ojo izquierdo no veía nada.

–¿Qué es? – susurró.

–Uno de los agujeros. Al otro lado de la valla, ¿ves?

Parecía que había una línea, una línea recta y desigual trazada a través de la llanura de artemisa y en el lado más alejado de ella, ¿nada? ¿Era niebla? Algo se movió allí.

–¡Es ganado! –exclamó la niña.

Caballo permaneció en silencio, inquieto. Carbonero volvió con ellos.

–Es un rancho –explicó la niña–. Eso es una valla. Hay muchas herefords. –Las palabras le sabían a hierro, a sal, en la boca. Las cosas que ella nombró vacilaron ante su vista y se desvanecieron, sin dejar nada: un agujero en el mundo, un lugar quemado como la quemadura de un cigarrillo–. ¡Acércate! –urgió a Caballo–. Quiero ver.

Y como si le debiera obediencia, avanzó, tenso, pero sin cuestionarla.

Carbonero se acercó a ellos.

–No hay nadie alrededor –dijo con su voz baja y seca–, pero viene una de esas tortugas rápidas.

Caballo asintió, pero siguió adelante.

Agarrada a sus anchos hombros, la niña miró fijamente el espacio en blanco y, como si las palabras de Carbonero le hubieran enfocado la visión, vio de nuevo: los rostros blancos dispersos, algunos de ellos mirando hacia arriba con los ojos azulados y en blanco, las cercas por encima de la colina, una chimenea en el techo de una casa y un granero alto, y luego, a lo lejos, algo que se movía

rápido, demasiado rápido, quemando el suelo directamente hacia ellos a una velocidad terrible.

–¡Corre! –le gritó a Caballo–. ¡Huye! ¡Corre!

Como liberado de las ataduras, Caballo se volvió y corrió a toda velocidad, a grandes zancadas, alejándose del amanecer, del carro ardiente en llamas, del olor a ácido, hierro, muerte. Y Carbonero voló ante ellos como ceniza en el aire del amanecer.

IV

–¿Caballo? –exclamó Coyote–. ¿Ese capullo? ¡Comida para gatos!

Coyote estaba allí cuando la niña llegó a casa, en «Quédate un ratito», pero claramente no se había preocupado por dónde estaba Chica, y tal vez ni siquiera se había dado cuenta de que se había ido. Estaba de muy mal humor y se lo tomó todo mal cuando la niña trató de explicarle dónde había estado.

–Si vas a hacer estupideces, la próxima vez hazlas conmigo, al menos soy una experta en eso –le dijo taciturna, y salió por la puerta.

La niña la vio en cuclillas, pinchando un excremento blanco viejo con un palo, tratando de que respondiera alguna pregunta que ella seguía haciéndole. El excremento permaneció obstinadamente en silencio. Más tarde, ese mismo día, la niña vio a dos hombres coyote, uno joven y otro mayor de aspecto sarnoso, merodear cerca del manantial, mirando «Quédate un ratito». Decidió que sería una buena noche para pasarla en otro lugar.

La idea de las habitaciones abarrotadas de la casa de Ardilla no era atractiva. Esta volvería a ser una noche cálida y a la luz de la luna. Quizá dormiría fuera. Si pudiera estar segura de que algunas personas no vendrían, como Cascabel... Estaba indecisa a mitad de camino del pueblo cuando una voz seca la saludó:

–Hola, Chica.

–Hola, Carbonero.

La esbelta mujer de gorra negra sacudía una alfombra en el umbral de su puerta. Mantenía su casa limpia, pulcra como ella. Tras regresar del desierto con ella, la niña ahora sabía, aunque todavía no podía explicarlo, por qué Carbonero era una persona respetada.

–He pensado que tal vez duerma fuera esta noche –dijo la niña dubitativa.

–Insalubre –replicó Carbonero–. ¿Para qué están los nidos?

–Mamá está un poco ocupada –le explicó la niña.

–¡Tcht! –soltó Carbonero, y agitó la alfombra con vigor lleno de desaprobación–. ¿Qué hay de tu amiguito? Al menos son personas decentes.

–¿Sapo Cornudo? Sus padres son tan tímidos...

–Bueno. Entra y come algo de todos modos –la invitó Carbonero.

La niña la ayudó a preparar la cena. Ahora sabía por qué había piedras en la olla.

–Carbonero, todavía no lo entiendo, ¿puedo preguntarte una cosa? Mamá dijo que depende de quién lo mire, pero, aun así, quiero decir, si te veo usando ropa y todo como humana, entonces ¿cómo es que cocinas de esta manera, ya sabes, y no hay ninguna... ninguna de las cosas que tienen... donde estábamos con Caballo esta mañana?

–No lo sé –respondió Carbonero. Su voz en el interior de la casa era bastante suave y agradable–. Supongo que hacemos las cosas como siempre se hicieron. Cuando tu gente y la mía vivían juntas, ya sabes. Y junto con todo lo demás aquí. Las rocas, ya sabes. Las plantas y todo. –Miró la olla de corteza de sauce, raíz de helecho y brea, las rocas ennegrecidas que se calentaban en el fuego–. ¿Ves como va todo junto...?

–Pero tienes fuego, eso es diferente...

–¡Ah! –exclamó Carbonero impaciente–. ¡La gente! ¿Crees que el sol fue un invento vuestro?

Cogió las tenazas de madera, dejó caer las piedras calientes en la olla llena de agua con un terrible silbido, vapor y ruidosos

burbujeos. La niña espolvoreó dentro las semillas machacadas y removió.

Carbonero sacó una canasta de finas moras. Se sentaron en la alfombra recién sacudida y comieron. La técnica de la niña para comer la papilla con dos dedos ya estaba muy refinada.

–Tal vez yo no hice el mundo, pero soy mejor cocinera que Coyote –afirmó Carbonero.

La niña asintió con la cabeza mientras seguía comiendo.

–No sé por qué hice que Caballo fuera allí –comentó después de haberse llenado–. Me asusté tanto como él cuando lo vi. Pero ahora siento de nuevo que tengo que volver allí. Pero quiero quedarme aquí. Con mi... con Coyote. No lo entiendo.

–Cuando vivíamos juntos, todo era un solo lugar –le explicó Carbonero con su voz hogareña lenta y suave–. Pero ahora los demás, la gente nueva, viven separados. Y sus lugares son muy pesados. Pesan sobre nuestro lugar, lo presionan, lo dibujan, lo chupan, lo comen, le hacen agujeros, lo apiñan... Tal vez después de un cierto tiempo solo haya un lugar nuevamente, su lugar. Y ninguno de nosotros aquí. Conocí a Bisonte en las montañas. Conocí a Antílope aquí mismo. Conocí a Oso Pardo y a Lobo Gris allá al oeste. Desaparecidos. Todos se fueron. Y el salmón que comes en la casa de Coyote, ese es el salmón de los sueños, ese es la verdadera comida; pero en los ríos, ¿cuántos salmones hay ahora? ¿Los ríos que estaban rojos con ellos en primavera? ¿Quién baila, ahora, cuando se pesca el Primer Salmón? ¿Quién baila junto al río? Ah, deberías preguntarle a Coyote sobre todo esto. ¡Ella sabe más que yo! Pero ella se olvida... Es imposible, es peor que Cuervo, tiene que orinar en cada poste, es una terrible ama de casa...

La voz de Carbonero se había agudizado. Silbó una nota o dos y no dijo más.

Después de un rato, la niña preguntó muy suavemente:

–¿Quién es Abuela?

–Abuela –repitió Carbonero. Miró a la niña y se comió varias moras con gesto pensativo. Acarició la alfombra en la que estaban

sentadas–. Si encendiera el fuego sobre la alfombra, se quemaría y se haría un agujero, ¿verdad? Entonces construimos el fuego sobre arena, sobre tierra... Las cosas están entretejidas. Así que a la tejedora la llamamos Abuela. –Silbó cuatro notas, mirando hacia el agujero por donde salía el humo–. Después de todo –agregó–, tal vez todo este lugar, los otros lugares también, tal vez sean todos solo un lado del tejido. No sé. Solo puedo mirar con un ojo a la vez, ¿cómo puedo saber lo profundo que es?

Esa noche, acostada, envuelta en una manta en el patio trasero de Carbonero, la niña escuchó el viento susurrar y azotar los álamos en el barranco, y luego se durmió profundamente, cansada por la larga noche anterior. Se despertó justo al amanecer. Las montañas del este eran de un rojo oscuro nublado como si la luz brillara entre ellas igual que a través de una mano sostenida frente al fuego. En la parcela de tabaco, el único cultivo que había en el pueblo era un poco de tabaco silvestre, Lagarto y Escarabajo cantaban una especie de canción de crecimiento o canción de bendición, suave y desganada, huh-huh-huh, huh-huh-huh-huh, y mientras ella seguía tibia y arropada en el suelo, la canción la hizo sentirse arraigada en la tierra, acunada sobre ella y en ella, así que no supo dónde terminaban sus dedos y comenzaba la tierra, como si estuviera muerta, pero estaba viva por completo, era la vida de la tierra. Se levantó bailando, dejó la manta doblada con cuidado sobre la cama limpia y ya vacía de Carbonero, y bailó colina arriba hasta «Quédate un ratito». En la puerta entreabierta cantó:

Bailé con una chica con un agujero en la media
y sus rodillas seguían un golpeteo y los dedos de sus pies seguían un balanceo.
Bailé con una chica con un agujero en la media.
¡Bailé bajo la luz de la luna!

Coyote salió, despeinada y dando bandazos, y la miró con detenimiento.

–Ssshh –le dijo. Aspiró aire entre los dientes y luego fue a echarse por toda la cabeza el agua de la calabaza que había junto a la puerta. Sacudió la cabeza y las gotas de agua volaron por doquier–. Salgamos de aquí. Ya estoy harta. No sé qué me pasó. Si estoy embarazada otra vez, a mi edad, oh, mierda. Vámonos del pueblo. Necesito un cambio de aires.

En la brumosa oscuridad de la casa, la niña pudo ver al menos a dos hombres coyote tirados y roncando en la cama y el suelo. Coyote se acercó al viejo excremento blanco y le dio una patada.

–¿Por qué no me paraste? –le gritó.

–Ya te lo dije –murmuró malhumorado el excremento.

–Mierda –soltó Coyote–. Vamos, Chica. Vamos. ¿A dónde? –No esperó la respuesta–. Ya lo sé. ¡Vamos!

Y se puso en camino a través del pueblo con esa forma de andar de aspecto despreocupado que era tan difícil de seguir. Pero la niña estaba llena de ánimo y se le acercó bailando, así que Coyote también comenzó a bailar, brincando y haciendo piruetas y tonteando todo el camino por la larga pendiente hasta las llanuras. Allí cambió el rumbo en dirección al nordeste. Monte Caballo estaba a sus espaldas, haciéndose más pequeño a lo lejos.

Cerca del mediodía, la niña dijo:

–No he traído nada para comer.

–Ya aparecerá algo, seguro –respondió Coyote.

Y muy pronto se desvió para dirigirse directamente hacia una pequeña choza gris escondida entre un par de enebros medio muertos y un matorral de chamizas. El lugar olía fatal. Un letrero en la puerta decía: ZORRO. PRIVADO. ¡NO ENTRAR! Pero Coyote la abrió y salió al trote con medio salmón ahumado pequeño.

–No hay nadie en casa, excepto nosotros, las gallinas –dijo sonriendo con dulzura.

–¿Eso no es robar? –preguntó la niña preocupada.

–Sí –respondió Coyote sin dejar de trotar.

Se comieron el salmón con olor a zorro junto a un arroyo seco, durmieron un rato y continuaron.

Al poco tiempo, la niña notó el agrio olor a quemado y se detuvo. Era como si una mano enorme y pesada hubiera comenzado a empujarle el pecho, alejándola, pero al mismo tiempo como si hubiera entrado en una fuerte corriente que la empujaba hacia delante, indefensa.

–¡Eh, nos estamos acercando! –exclamó Coyote, y se detuvo a orinar junto a un tocón de enebro.

–¿Acercando a qué?

–Su pueblo. ¿Lo ves?

Señaló un par de colinas salpicadas de salvia. Entre ellas había una zona de color blanco grisáceo.

–No quiero ir allí.

–No llegaremos hasta allí. ¡De ninguna manera! Nos acercaremos un poco más y echaremos un vistazo. Es divertido –le explicó Coyote en un tono persuasivo e inclinando la cabeza hacia un lado–. Hacen todas estas cosas raras en el aire.

La niña se quedó atrás.

Coyote se puso a hablar de un modo serio, responsable:

–Vamos a tener mucho cuidado –insistió–. Y cuidado con los perros grandes, ¿de acuerdo? A los perritos los puedo manejar. Son un buen almuerzo. Con los perros grandes, es al revés. ¿Vale? Vamos, entonces.

Aparentemente tan despreocupada y holgazana como siempre, pero con un tenso estado de alerta en la postura de su cabeza y la mirada amarillenta de sus ojos, Coyote se alejó de nuevo, sin mirar atrás; y la niña la siguió.

A su alrededor, las presiones aumentaron. Era como si el aire mismo las presionara, como si el tiempo pasara con demasiada rapidez, con demasiada fuerza, como si no fluyera, sino que latiera, latiera, latiera, con más velocidad y más fuerza hasta zumbar como el sonajero de Cascabel. «¡Date prisa, tienes que darte prisa!», decía todo a su alrededor. «¡No hay tiempo!» Las cosas pasaban corriendo

y gritando y estremeciéndose. Las cosas cambiaban, destellaban, rugían, apestaban, se desvanecían. Vio a un chico, que apareció de repente, pero no en el suelo: iba a un par de centímetros del suelo, moviéndose muy rápido, doblando las piernas de un lado a otro en una especie de danza frenética. Y se desvaneció. Veinte niños estaban sentados en filas en el aire, todos cantaban estridentemente, y luego las paredes se cerraron sobre ellos. Una canasta, no una olla, no una lata, un bote de basura lleno de salmón con un olor maravilloso, no lleno de apestosos pellejos de ciervo y tallos de repollo podridos, ¡mantente alejada, Coyote! ¿Dónde estaba?

–¡Mamá! –gritó la niña–. ¡Madre!

Por un momento, estuvo al final de una calle corriente de un pequeño pueblo, cerca de la gasolinera, y al momento siguiente, en un terror de espacios en blanco, paredes invisibles, olores y presiones terribles y la abrumadora avalancha del tiempo que la hizo rodar hacia delante, indefensa como una ramita lanzada al vuelo hacia una cascada. Ella se aferró, aguantó, tratando de no caer.

–¡Madre!

Coyote estaba junto a la gran canasta de salmón, acercándose a ella, cautelosa, pero al aire libre, a pleno sol, en plena corriente. Y un niño y un hombre arrastrados por la misma corriente bajaban por la larga colina salpicada de salvia detrás de la gasolinera, cada uno con un arma de fuego, sombreros rojos, cazadores, era temporada de caza.

–Joder, ¿te has fijado en ese puñetero coyote a plena luz del día, tan grande como el culo de mi mujer? –exclamó el hombre, y amartilló apuntó disparó mientras Myra gritaba y corría contra el enorme torrente que la ahogaba. Coyote pasó corriendo junto a ella gritando:

–¡Sal de aquí!

Ella se volvió y se la llevaron.

Lejos de la vista de ese lugar, en un pequeño barranco entre colinas bajas, se sentó y respiró el aire en jadeos abrasadores hasta

que después de un largo tiempo volvió a ser fácil.

–Mamá, eso fue una estupidez –dijo la niña con furia.

–Claro que sí –admitió Coyote–. Pero ¿viste toda esa comida?

–No tengo hambre –replicó la niña malhumorada–. No hasta que nos alejemos del todo de aquí.

–Pero es tu gente –dijo Coyote–. Toda tuya. Tus hermanos y primos y gente cercana y así. ¡Pam! ¡Pum! ¡Ahí está Coyote! ¡Pam! ¡Ahí está el culo de mi mujer! ¡Pam! Hay cualquier cosa, ¡BUUUM! ¡Reviéntalo, hombre! ¡BUUUUM!

–Quiero irme a casa –dijo la niña.

–Todavía no –replicó Coyote–. Tengo que cagar. –Lo hizo, luego se volvió hacia el truño fresco y se inclinó sobre él–. Dice que tengo que quedarme –informó sonriendo.

–¡No dijo nada! ¡Estaba escuchando!

–¿Sabes cómo entenderlo? ¿Lo ha escuchado todo, señorita Orejotas? Lo oye todo, lo ve todo con su ojo gomoso de mala muerte.

–¡Tú también tienes ojos de pino! ¡Me lo dijiste!

–Eso es un cuento –gruñó Coyote–. ¡Ni siquiera sabes reconocer un cuento cuando te lo cuentan! Mira, haz lo que quieras, es un país libre. Estaré dando vueltas por aquí esta noche. Me gusta la acción.

Se sentó y comenzó a dar palmaditas en la tierra con las manos con un suave ritmo de cuatro por cuatro y a cantar en voz baja una de las interminables canciones sin melodía que evitaban que el tiempo corriera demasiado rápido, que tejían las raíces de árboles y arbustos y helechos y hierba en la red que sostenía el arroyo en el lecho del río y la roca en el lugar de la roca y la tierra unida. Y la niña se quedó escuchando.

–Te quiero –dijo.

Coyote siguió cantando.

El sol descendió por la última pendiente del oeste y dejó una claridad verde pálido sobre las colinas del desierto.

Coyote había dejado de cantar. Resopló.

–Eh –dijo–. La cena.

Se levantó y deambuló por el pequeño barranco.

–¡Eh! –la llamó en voz baja–. ¡Vamos!

Rígida, porque los cristales de miedo aún no se le habían derretido en las articulaciones, la niña se levantó y fue hacia Coyote. A un lado de la colina había una de las líneas, una cerca. Ella no la miró. No pasaba nada. Estaban fuera de ella.

–¡Mira eso!

Un salmón ahumado, un salmón real entero, yacía sobre una pequeña estera de corteza de cedro.

–¡Una ofrenda! ¡Bueno, no me lo creo! –Coyote estaba tan impresionada que ni siquiera soltó una palabrota–. ¡No he visto uno de estos en años! ¡Pensé que se habían olvidado!

–¿Ofrenda a quién?

–¡A mí! ¿A quién va a ser? ¡Chica, mira eso!

La niña miró dubitativa el salmón.

–Huele raro.

–¿Raro como qué?

–Como a quemado.

–¡Está ahumado, estúpida! Vamos.

–No tengo hambre.

–Vale. De todas maneras, no es tu salmón. Es mío. Mi ofrenda, es para mí. ¡Eh, gente! ¡Gente de allí! ¡Coyote os lo agradece! ¡Seguid así y tal vez yo también haga algunas cosas buenas por vosotros!

–¡No, no grites, mamá! No están tan lejos...

–Son toda mi gente –respondió Coyote con un gran gesto, y luego se sentó con las piernas cruzadas, partió un gran trozo de salmón y comió.

La estrella del anochecer ardía como un charco de agua profundo y brillante en el cielo despejado. Abajo, sobre las colinas gemelas, había una tenue difusión de luz, como una niebla. La niña apartó la mirada de él, volvió a mirar la estrella.

–Oh –dijo Coyote–. Oh, mierda.

–¿Qué pasa?

–No ha sido muy inteligente comer eso –dijo Coyote.

Luego se abrazó a sí misma y comenzó a temblar, a gritar, a ahogarse; los ojos se le pusieron en blanco, sus largos brazos y piernas se apartaron del cuerpo sacudiéndose y agitándose, entre los dientes apretados le brotó espuma. Su cuerpo se arqueó tremendamente hacia atrás, y la niña, tratando de sujetarla, salió despedida con fuerza por los espasmos de sus miembros. La niña volvió a agarrarla y sostuvo el cuerpo mientras empezaba a sufrir espasmos de nuevo, se retorcía, se estremecía, se quedaba quieta.

Al salir la luna, Coyote estaba fría. Hasta entonces había tanto calor bajo el abrigo leonado que la niña seguía pensando que tal vez estaba viva, tal vez si seguía abrazándola, manteniéndola caliente, se recuperaría, estaría bien. La abrazó, sin mirar los labios negros separados que dejaban a la vista los dientes, las bolas blancas de los ojos. Pero cuando el frío atravesó el pelaje como la presencia de la muerte, la niña dejó que el cadáver ligero y rígido se tumbara en el suelo.

Se acercó y cavó un hoyo en la arena pedregosa del riachuelo, un hoyo poco profundo. La gente de Coyote no enterraba a sus muertos, ya lo sabía. Pero su gente lo hacía. Llevó el cadáver al pequeño pozo, lo dejó allí y lo cubrió con su pañuelo azul y blanco. No era lo suficientemente grande; las cuatro patas rígidas sobresalían. La niña amontonó sobre el cuerpo arena y rocas y un arbusto de artemisa y una mata de hierba rodadora, todo sujeto con más piedras. También fue a donde estaba el salmón en la estera de cedro, se encontró el cadáver de un cordero, y amontonó tierra y piedras sobre la cosa envenenada. Luego se puso de pie y se alejó sin mirar atrás.

En la cima de la colina, se detuvo y miró a través del desnivel hacia el resplandor brumoso de las luces del pueblo que se extendía en el paso entre las colinas gemelas.

–Espero que todos mueran llenos de dolor –dijo en voz alta. Se dio la vuelta y caminó hacia el desierto.

V

Fue Carbonero quien la recibió, la segunda noche, al norte de Monte Caballo.

–No lloré –dijo la niña.

–Ninguno de nosotros lo hace –respondió Carbonero–. Ven conmigo por aquí. Entra en la casa de Abuela.

Estaba debajo de la tierra, pero era muy grande, oscura y grande, y Abuela estaba allí en el centro, en su telar. Hacía una alfombra o manta con las colinas y la lluvia negra y la lluvia blanca, tejiendo los relámpagos. Mientras hablaban, siguió tejiendo.

–Hola, Carbonero. Hola, Persona Nueva.

–Abuela –la saludó Carbonero.

–No soy una de ellos –dijo la niña.

Los ojos de Abuela eran pequeños y apagados. Sonrió y tejió. La lanzadera vibró a través de la urdimbre.

–Persona Vieja, entonces –dijo Abuela–. Será mejor que vuelvas allí ahora, Nieta. Ahí es donde vives.

–Viví con Coyote. Está muerta. La mataron.

–¡Oh, no te preocupes por Coyote! –exclamó Abuela, con una pequeña carcajada–. La matan todo el rato.

La niña se quedó quieta. Vio el tejido sin fin.

–Entonces yo... ¿podría volver a casa... a su casa...?

–No creo que funcione –respondió Abuela–. ¿Tú lo crees, Carbonero?

Carbonero negó con la cabeza una vez, en silencio.

–Allí estará todo oscuro ahora, y vacío, y con pulgas... Saliste del tiempo de tu gente, entraste en nuestro lugar; pero creo que Coyote te estaba llevando de regreso, ¿sabes? A su manera. Si regresas ahora, aún puedes vivir con ellos. Tu padre, ¿no está tu padre allí?

La niña asintió.

–Te han estado buscando.

–¿Ah, sí?

–Oh, sí, desde que te caíste del cielo. El hombre estaba muerto, pero tú no estabas allí, siguieron buscando.

–Se lo merecen. Se lo merecen mucho –respondió la niña.

Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar terriblemente, sin lágrimas.

–Adelante, pequeña, Nieta –dijo la Araña–. No tengas miedo. Puedes vivir bien allí. Yo también estaré allí, ¿sabes? En tus sueños, en tus ideas, en los rincones oscuros del sótano. No me mates o haré que llueva...

–Yo iré por allí –la tranquilizó Carbonero–. Haz jardines para mí.

La niña contuvo la respiración y apretó las manos hasta que dejó de sollozar y eso le permitió hablar.

–¿Veré alguna vez a Coyote?

–No lo sé –respondió Abuela.

La niña lo aceptó. Volvió a hablar después de otro silencio:

–¿Puedo quedarme con mi ojo?

–Sí. Puedes quedártelo.

–Gracias, Abuela –le dijo la niña.

Entonces se dio la vuelta y empezó a subir la pendiente nocturna hacia el día siguiente. Delante de ella, en el aire del amanecer, durante un largo trecho, voló un pajarito, de cabecita negra y alas ligeras.

Hernes

Para Elizabeth Johnston Buck

Fanny, 1899

Le dije que teníamos el mismo nombre. Ella me dijo que antes había tenido otro. Le pedí que me lo dijera. No quiso decírmelo. Simplemente me dijo: «Ahora solo soy Indun Fanny». Me contó que el lugar se llamaba Klatsand. Había un pueblo allí, en el arroyo sobre la playa. Había otro, cerca del manantial, en el hogar de Kelly en Breton Head. Dos más allá de Wreck Point, y uno en Altar Rock. Toda su gente.

–Toda mi gente.

Murieron de viruela, tisis y enfermedades venéreas. Todos murieron en las aldeas. Todos sus hijos murieron de viruela. Dijo que quedaron cinco mujeres de las aldeas. Las otras cuatro se hicieron putas para poder vivir, pero ella era demasiado vieja. Las otras cuatro murieron.

–No padezco ninguna enfermedad.

Sus ojos son como los de una tortuga. Le compré una canastita por dos monedas. Es muy bonita. Todos sus hijos nacieron antes de que los blancos se establecieran aquí y murieron en un año. Todos murieron.

Virginia, 1979

Quería caminar hasta Wreck Point, a última hora de la tarde, después de pasarme todo el día escribiendo. Me puse mi chubasquero amarillo y salí al viento invernal. Por fin se habían ido todos los veraneantes y no había ni un alma en la playa. Las tormentas habían traído un sinfín de basura, una larga y espesa línea que se extiende desde el pie de Breton Head hasta las rocas de Wreck Point. Había algas y restos de ramas empapadas, plumas de aves marinas, trozos de plástico blanco, rosa, azul y naranja que, desde la distancia, confundí con conchas rotas, granos y trozos de poliestireno sucio, restos desgastados de flotadores y boyas de plástico, grumos de petróleo negro y alquitrán procedentes de uno de los vertidos de los que no se habla o de un vertido de un petrolero, todo arrojado sobre la arena en la espuma amarillenta que dejan las olas tras la tormenta.

Empezó a llover con fuerza desde el oscuro techo de nubes. Me puse la capucha del chubasquero, y la fuerte lluvia del viento sur me ensordeció los oídos cuando golpeaba contra ella. No podía levantar la vista por la lluvia, solo podía mirar hacia abajo, hacia el agua que se escurría y se deslizaba sobre la arena marrón, las ráfagas de viento que enviaban zarpas de gato por el aire contra mi cara y la lluvia que la golpeaba, convirtiéndose en ella, en mi rostro. Abrí la boca y bebí lluvia. Más, más y más, era dura y espesa, espesa como el pelo, como el trigo, sin aire entre las líneas de lluvia torrencial. Si giraba la cara hacia la izquierda, hacia el este, era capaz de levantar un poco la vista y ver cómo llegaba la lluvia, no solo en oleadas como la veo a menudo desde las ventanas de la casa, sino espaciada y amontonada formando columnas, como altas mujeres blancas, como unos espectros inmensos que avanzaban apresurados uno tras otro sin cesar hacia el norte, playa arriba, tan rápidos como el viento y, sin embargo, solemnes, procesionales, grandes seres graves que se apresuraban a pasar.

Me llegó una ráfaga de viento tan fuerte que tuve que quedarme quieta para resistirla, y otra todavía más. Y entonces empezó a amainar. Se calmó. Un último chorro de gotas de lluvia, y

luego nada. Tan solo se oían las olas. Un tenue azul jade brillaba sobre el mar. Miré hacia el interior y vi que las nubes seguían oscuras sobre la tierra, y las altas figuras, las mujeres de la lluvia, subían a toda prisa por las lóbregas hendiduras de las colinas del norte. Se convirtieron en volutas, jirones de niebla blanca entre los árboles negros. Habían desaparecido.

Mientras volvía hacia Breton Head, la luz del cielo iluminaba de un plácido azul pálido y rosa las lagunas de marea baja en la desembocadura del arroyo. La lluvia había dispersado y desdibujado la línea de arena, la suciedad y los desperdicios. En los tranquilos colores de los charcos y bancos de aguas poco profundas había cientos de gaviotas, silenciosas, esperando a alzarse sobre sus alas y volar mar adentro, para dormir sobre las olas cuando llegara la oscuridad.

Fanny, 1919

Esto es la gripe. Sé dónde la pillé. En Portland, en el cine. La gente tosía, tosía y tosía, y hacía frío, y olía a aceite para el pelo y a polvo. Jane quería que Lily viera una película. Siempre quiere llevar a la niña a la ciudad. Pero la niña estaba inquieta y tosía. Tenía frío. No le interesaban las películas. Nunca escucha un cuento. No presta atención a las historias. No llegará a nada. Mi gente no era gran cosa, ninguno de ellos, y supongo que todos están muertos ahora. Puede que aún tenga primos en Ohio, la familia de Minnie. Jane me preguntó por mi gente. ¿Qué sé yo, qué me importan? Los dejé, vine al oeste. Con Jack Shawe. Con el señor Shawe. Vine al oeste, en el 83, al Owyhee. La artemisa en la nieve. Los dejé a todos allí donde crecí. La vaca, la vaca blanca abajo en el estanque como plata al atardecer. No, eso fue más tarde, en la granja lechera, en el Calapuya. Era la vaca roja de mamá que berreaba y berreaba, y yo le pregunté: «¿Por qué llora la vaca, mamá?», y ella respondió: «Por su ternero, cariño». Por *Pearlie*. «Vendimos el ternero», dijo. Y lloré por mi mascota. Pero me fui con el señor Shawe y dejé atrás todo

eso. Tuvimos nuestra luna de miel en el coche cama del tren. Un dormitorio. «¡La *suite* Luna de Miel, señora!» dijo el encargado, riendo, y el señor Shawe le dio cinco dólares de propina. ¡Cinco dólares! Subimos al tren en Chicago, en Union Station, cuántas veces he pensado en ese lugar, las altas paredes de mármol, los trenes hacia el este y los trenes hacia el oeste, el humo de los trenes, las voces de los revisores llamando. Soplaba un viento frío en Union Station. Y frío, frío cuando bajamos del tren en la artemisa, en la nieve. Atardecía y no había ciudad. Ningún andén. Cinco casas en la llanura de artemisa. Creo que nunca volveré a tener calor. El señor Shawe regresó de la caballeriza con la carreta, donde yo le esperaba con nuestros baúles en la estación, y nos dirigimos al rancho a través de la llanura de nieve azul. ¡Qué frío hacía! ¡Cómo se reía Jack Shawe cuando me ganaba al *cribbage*[1], por las noches! Siempre me ganaba. ¡Cómo le brillan los ojos! Y tose, tose y tose. Y mi hijo, y mi hijo está muerto. Tose. Había cinco pueblos. Owyhee eran cinco casas y la caballeriza. Estábamos a cuarenta y cinco kilómetros en carreta de la ciudad a través de la artemisa, a través de la nieve. Qué tonto fue Jack al aceptar ese rancho. Lo mató al cabo de cinco años. Sus ojos brillantes. Podría haber sido un gran hombre. Mi gente nunca llegó a nada. La hermanita Vinnie murió de tosferina. Tos, y la vaca roja berreando. La vaca blanca se para en el estanque de la tarde, el agua como el mercurio, y yo la llamo: «¡Ven, *Pearlie*, ven!» La mascota, la que logré criar a base de biberones cuando la madre murió. Y Servine y yo fuimos tontos al aceptar esa granja lechera, supongo. Aunque él sabía algo de las tareas de lechería. Me pregunto por cuánto se vendería ahora esa tierra en Calapuya. Me pregunto si Servine hubiera vivido allí todos estos años y nunca hubiera venido aquí a la costa, al final del mundo. ¿Estaría ahora allí, en el valle, con las colinas alrededor? Bonito país, como Ohio. ¡Es la tierra prometida, Fanny, es la tierra prometida! Pobre Servine. Él y Jack Shawe, esos dos hombres trabajaron tan duro. Trabajaron tan duro para morir tan jóvenes. Tenían fe. Yo nunca tuve mucha, solo la suficiente para sobrevivir,

para seguir adelante. «¿No tienes fe en Jesús, Fanny?». Servine me preguntó eso cuando estaba muriendo. ¿Qué podía decirle? «La hermana pequeña Vinnie está con Jesús ahora», dijo mi madre; y yo dije: «Odio a Jesús. ¿Por qué se la vendiste? ¡No debiste haberla vendido!». Mamá me miró fijamente. Ni una palabra.

Ay, estoy enferma. Huelo a polvo.

Las marcas en la cesta son parecidas a la pluma de un pájaro. Marrón claro y marrón oscuro, marrón claro y marrón oscuro, se ven con claridad. Me gustaría verla, sostenerla. Es bonita. Está en el sifonier de la habitación de Lily. La niña guarda conchas dentro. Me gustaría sostener en la mano una concha, fría y suave. Marrón claro y marrón oscuro en filas, ordenadas y firmes, las marcas en las conchas, en las alas de los pájaros. Ordenadas, como la escritura. Era lo único bonito que tenía entonces. Charlotte dijo que me enviaría el broche de ópalo de la abuela cuando me instalara en Oregón, pero no lo llegó a hacer. Me escribió que el joyero de Oxford había dicho que era de cristal, no de ópalo auténtico, y que le daba vergüenza enviármelo porque no era auténtico. Le escribí para que me lo mandara, pero no lo hizo. Qué tonta. Me hubiera gustado tenerlo. Pienso en ello, después de todos estos años. Qué tonta. Ay, me duele, me duele mucho. Se pasaba, la Fanny india, cuando todo eran árboles que llegaban hasta las dunas. Antes de los leñadores, antes de las casas, antes de las carreteras. Cuando las oscuras colinas bajaban hasta las dunas y los abetos dejaban caer piñas y agujas sobre la arena, cuando los alces caminaban y las garzas volaban, cuando traje aquí a los niños porque el pequeño Johnny se ahogaba con el polvo del valle, el polvo de las granjas, y respiraba estiércol de vaca seco, y yo no quería más granjas ni más ranchos ni más ganado ni más tos, y le vendí la casa y el ganado a Hinman y me traje a los niños aquí, al oeste, a la oscuridad. Bajo los árboles. Mirando hacia el agua brillante. Vi a mi hija corriendo por la arena. Lejos y lejos a lo largo de la playa, corriendo por la arena. Y ella pasaba, no muy a menudo, la anciana, la india Fanny. Aquella vez fui a su choza, detrás de Point, y hablamos. Le compré la cesta por un

par de monedas. No para los niños. Me la guardé para mí, para guardar mis horquillas dentro, y la coloqué en el estante de la pequeña choza. «¿Para qué vas allí?», me preguntó Ada Hinman, y Henrietta Koop me dijo: «¿Qué vas a hacer allí en la costa? ¡Es el fin del mundo! ¡No hay ni una carretera!». «Por los pulmones de Johnny», les respondí. «¡Pero si la iglesia más cerca es la de Astoria!». No dije ni una palabra más. Los árboles oscuros y el agua brillante y la arena que nadie puede arar, en la que nada puede pastar. He vivido en el fin del mundo. «Tengo el mismo nombre que tú», dije.

Lily, 1918

Muerto es un agujero. Muerto es un agujero negro cuadrado. Mamá se levantó de la mesa y dijo: «Oh, Bruv, oh, Bruv». La abuela no dijo nada. Cuando escuché llorar a mamá, las luces subían y bajaban detrás de mis ojos. La abuela me dijo que me podía ir a jugar, pero no me lo dijo con dulzura. Vino mucha gente. Jugué con Sammy y Baby Wanita, y Dicky y Sammy jugaban a indios y vaqueros y no paraban de correr por donde estábamos haciendo una casa bajo los rododendros. Luego me dejaron ir a cenar a casa de Dorothy, pero no me dejaron quedarme a dormir. Tuve que volver a casa a acostarme. Primero la habitación estaba a oscuras, pero luego se puso blanca y se volvió sólida y me apretó y aplastó por todas partes, de modo que me quedé estrecha por dentro, y todo estaba blanco, así que no podía respirar. Vino mi madre y le dije que era el gas. Ella dijo: «No, no querida», pero sé que fue el gas. Dicky Hambleton dice que los hombres con el gas en la guerra echan espuma amarilla como la que echaba el caballo del señor Kelly mientras se estaba muriendo, y Dicky se sujetaba el cuello y tosía, argh, argh, pero no sabe nada de eso. Su tío no murió. Leyó sobre eso en el *Astorian*. El soldado John Charles Ozer, de la A. E. F., héroe de Oregón, muere. Un agujero cuadrado negro con hierba verde a su alrededor. Ahora tengo miedo del gas en mi habitación. En la

cama todo empieza a ponerse blanco y estrecho cada noche, y llamo a mi madre, y ella viene. No pasa nada cuando viene. Quiero que Mouser duerma conmigo, y mamá le dejaría, pero la abuela dice que no puede por mi respiración. Quizá se muera ahora. Tengo un tío muerto. Conozco a un hombre muerto. Murió por su país. Odio a Dicky Hambleton.

Jane, 1902

Escribo mi nombre en la arena ardiente. El viento lo borrará, el mar se lo llevará, y eso me gusta. Me gusta escribir mi nombre. Me gusta firmar mis deberes: Jane S. Ozer, Jane Shawe Ozer. Servine Ozer no era mi padre, era solo el de Bruv. Mi padre era Jack Shawe, y lo recuerdo: la estufa estaba al rojo vivo, y él era alto y delgado, con nieve en el pelo cuando se inclinaba hacia mí, y olía a vacas y botas y humo. Su aliento olía a nieve. Me gusta eso, y me gusta mi nombre. Me gusta firmar con mi nombre: JANE. La simplona Jane, la simplona Jane, se enamoró de un sueco y se casó con un danés, la simplona Jane, la simplona Jane, se tragó una ventana y murió por el cristal. ¡Ja! Me gusta firmar cosas. Firmé la playa. Mi playa. «Propiedad privada. Los intrusos serán denunciados». Esta es la playa de Jane. ¡Retrocedan, mortales profanos! ¡No pisen este sitio! ¿Querría que Mary estuviera aquí conmigo? No, no lo quiero. Hoy es mi playa, para mí entera. Mi océano. Jane sola, Jane sola, corre sobre la arena, corre sobre la piedra. Pies descalzos. Nunca me casaré. Mary puede casarse, Mary puede ser feliz. Me casaré con un danés. Me casaré con un hombre de muy, muy, muy lejos. Nunca me casaré, viviré en la choza de Kelly, la propiedad que compró mi madre, la propiedad de Breton Head. Viviré sola y seré vieja y gritaré por la noche como las gaviotas, como los búhos. Mi propiedad. Mi playa. Mis colinas. Mi cielo. Mi amor, mi amor. Lo que venga me encantará. Adoro estar aquí, adoro mi nombre, adoro amar. Mis huellas en la arena ardiente, en la arena fresca y húmeda, escriben una línea detrás de mí por la playa, mientras corro

enamorada escribiendo mi nombre. Jane corre sola, diez dedos y dos plantas de pie desnudas desde Breton Head hasta Wreck Point y directamente al mar y de vuelta con la falda chorreando. ¡No puedes atraparme!

Fanny, 1906

Me propuse cambiar el nombre en cuanto me dijeron que íbamos a tener una oficina de correos en la tienda. Will Hambleton quería que se llamara Breton Head, para que sonara elegante, para atraer a la gente de verano de Portland. El viejo Frank y Sandy habían sugerido Fish Creek. Yo dije: «Eso no es tener nombre propio, todos los arroyos de Oregón son arroyos de peces. Este lugar tiene nombre propio. ¿Tu propio padre no lo llama Klatsand Creek, Sandy? Y ha vivido aquí desde el principio». Así que Sandy empieza a asentir y dice que es cierto, eso es. Dice que el viejo Alec lo escribió como «Latsand» en un mapa que tiene. Pero ella me dijo el nombre. Era el nombre de su pueblo. Le dije: «Bueno, Fish Creek no es un nombre para este pueblo, con su propia oficina de correos y ese gran hotel en construcción». Así que Will empezó de nuevo diciendo que necesitábamos un nombre digno que atrajera a residentes deseables. Yo dije: «Creo que supuse que la nueva oficina de correos sería Klatsand, ya que la gente antigua de verdad la llama así». Entonces Frank empezó a asentir como una muñeca de porcelana. Todos se creen montañeses, que están aquí desde los exploradores Lewis y Clark. Will Hambleton es el recién llegado y les gusta recordárselo. «Me pareció que sería un nombre apropiado», dije, y Will se echó a reír. Sabe que me salgo con la mía.

Cuando llegué aquí desde Calapuya, Janey tenía diez años y Johnny dos. Vivimos en esa choza junto a Searoad ese primer invierno. He ahorrado. He trabajado en la tienda ocho años y he ahorrado. Cuando los Hinman finalmente pagaron la granja, compré esa tierra en el acantilado, la casa del viejo Kelly en Breton Head. Esa propiedad. Veinte hectáreas por cincuenta dólares. Le caí bien al

viejo. Dijo que prefería cincuenta dólares a un trozo de roca. Lo habían talado todo, pero dejaron los brotes pequeños, y están creciendo. Hay dos buenos manantiales, uno preparado para el uso. Quiero derribar la vieja choza, es una porquería. Soy dueña de esa tierra y de la mitad de la tienda y no le debo nada a nadie. Si Servine hubiera vivido, supongo que me habría endeudado hasta morir. Me gustaría construir una casa en la propiedad. La ciudad se va a llenar de gente con la construcción del hotel. Van a construir dos casas en la calle Lewis. Podría construir una casa en la ciudad para alquilar o vender. Will Hambleton está talando todos esos árboles viejos a lo largo de Searoad y está comprando tierras. Pronto habrá casas por todas partes.

En aquella choza, aquel invierno, no pude arreglar las goteras. Las lonas del tejado salían volando, y había que colocar cacerolas y cubos cada vez que llovía. ¡Y llovía, mucho! Nunca había visto llover así hasta que llegué aquí. Cuando salía el sol, el pequeño Johnny intentaba recoger los rayos del sol del suelo, no sabía lo que era. Pero caminabas bajo los árboles, viejos y oscuros abetos que mantenían la oscuridad bajo ellos, y luego dabas un último paso más, y todo era luz. La playa es luminosa incluso bajo la lluvia. La luz vuelve del mar. He visto la lluvia caer entre la nube y el mar en líneas como los pilares de una casa, y el sol brillar a través de ellos. Yo llamaría a eso la casa de la gloria.

Los alces salían a la playa el primer año. Ya no lo hacen. Veo la manada tierra adentro, atravesando los pantanos junto al arroyo, pero aquellos días caminaban por las dunas como una fila de ganado, solo que más altos, y mirando con esos ojos brillantes.

«Bueno, bueno, de todos modos, ¿qué es lo que importa eso? No significa nada», dice el viejo Frank, poniéndose del lado de Will porque Will es el rico. «Significa este sitio. Es su nombre. No hay ningún otro lugar llamado Klatsand, ¿verdad?». Eso hizo que todo el mundo se riera. Así que me salí con la mía. De todos modos, la petición para cambiar el nombre ya estaba hecha. La había enviado el martes.

Lily, 1924

Cuando me case, tendré cuatro damas de honor vestidas de organdí rosa y blanco. Mi vestido será de encaje blanco con apliques de encaje plateado y un velo, y mi ramo será de capullos de rosa rosas y capullos de rosa blancos y de pillanovio. Mis zapatos serán de cuero de cabritilla y plateados. Lanzaré el ramo para que Dorothy pueda cogerlo. El coche será un descapotable blanco, y conduciremos a Portland después de la ceremonia y tendremos la luna de miel en el hotel Multnomah, en la *suite* Luna de Miel.

A lo mejor será una boda azul y blanca y mis asistentes lleven organdí azul con mangas abullonadas y fajas blancas y zapatos blancos. Marjorie, Edith, Joan y Wanita serán mis damas de honor, y Dorothy será la dama de honor principal, con un fajín plateado y zapatos de cabritilla plateados. El vestido de novia será de encaje blanco y encaje plateado con un pequeño cuello levantado, como el nuevo vestido de Mary Anne Beckberg, y zapatos de cabritilla plateados con esos sutiles tacones rebajados; y el ramo será de capullos de rosa blancos y algunas flores azules y pillanovios, con un lazo plateado y una larga cinta plateada.

Podríamos ir todos a Portland en tren desde Gearhart y celebrar la boda allí, en esa iglesia de piedra con la torre. Saldría en los periódicos de Portland. La señorita Lily Herne de Klatsand se casa.

La madre de Dorothy tiene ese viejo velo de encaje que ha pertenecido a su familia durante cientos de años y que guardan en el baúl de alcanfor envuelto en viejo papel de seda amarillento. Me lo enseñó. Seré su dama de honor cuando se case. Lo prometimos. Ojalá tuviéramos un viejo velo de encaje. La abuela nunca tuvo nada bonito. Llevaba esas horribles botas viejas y vivía detrás de la tienda de comestibles. Lo único que le dejó a mi madre fue esta casa y esa donde viven los Brown, y ese terreno en Head que es un bosque salvaje. Ojalá hubiera comprado la casa de los Norsman para que pudiéramos vivir en ella. El señor Hambleton le dijo a mamá: «La verdad es que es una mansión, Jane. Me sorprende que tu madre no la comprara cuando compró esa media manzana». Si arreglaran el

porche y lo pintaran todo de blanco con brillantes suelos de parqué, sería una verdadera mansión, y podríamos celebrar allí la boda con el cortejo nupcial bajando las escaleras, y una larga cola de encaje en mi vestido, y una niña traviesa vestida de rosa que llevara las flores y un niño portador del anillo con pantalones cortos azules; podría ser el pequeño Edward. Tocarían «Aquí llega la novia» mientras desciendo las brillantes escaleras curvas.

Podría ir a Portland, a la escuela femenina que hay allí, hacer una buena amiga y casarme en su casa de las exclusiva zona de las West Hills, con suelos de parqué y cuadros de paisajes en el papel pintado, y mientras bajo por las brillantes escaleras curvas vestida de encaje plateado y blanco, un grupo de bellas debutantes me observa y la orquesta toca «Aquí llega la novia». El padre de mi amiga entrega a la novia. Es alto y distinguido, con el pelo gris como el hierro a la altura de las sienes. Me coge del brazo. Mis damas de honor me arreglan la cola de encaje blanco y plateado. La señorita Lily Herne de Klatsand. La señorita Lily Frances Herne de Portland se casa. El ramo de la novia es de azahares enviados desde el sur de California. Se lo lanzaría a Dorothy.

Jane, 1907

Por qué nací:

Llevo la falda negra, la camisa blanca, el delantal blanco y el gorro blanco en el pelo. Llevo el cabello alisado, peinado sobre sí mismo, recogido con horquillas y en un moño alto. Anoto sus pedidos, sonriendo. Llevo bandejas de comida. Las mujeres me aprueban, me ven moverme con rapidez y pulcritud. Los hombres me admiran, y apartan la mirada, miran hacia atrás. He visto cómo les tiemblan las manos. Paso detrás de ellos, un soplo en la nuca roja por encima del cuello de celuloide. Gracias, señorita. Entro y salgo por las puertas giratorias entre la cocina caliente y el comedor fresco del hotel Exposition. Llevo bandejas con platos de comida, platos con restos y huesos y manchas, vasos llenos, vasos

manchados y vacíos. Dejo el plato caliente, delicadamente dispuesto y coloreado, oloroso, apetitoso. Me llevo el plato frío, manchado y grasiento. Dejo la copa de vino y me la llevo. Soy ordenada y grácil y rápida y dulce, y doy de comer a la gente hambrienta. Dejo orden y abundancia allá donde voy y vengo. Satisfago a todo el mundo. Pero ese no es el motivo por el que voy entre las mesas, rozando como un soplo de viento detrás de sus sillas. No nací para esto. Nací porque él está de pie un poco a la izquierda del escritorio, con su oscura cabeza inclinada, con las manos a la luz de la lámpara sosteniendo el registro; y levanta la mirada, y me ve. Yo nací para que él me viera, él nació para que yo lo viera. Él por mí y yo por él, por esto, por esto hemos venido a la luz del día y a la luz de las estrellas, al mar y a la tierra seca.

Fanny, 1908

Siempre fue una buena niña, una niña brillante, la preferida de su padre. Le iba bien en la escuela. Los premios de ortografía y los de composición y los de aritmética mental. Fue la princesa de la primavera en el desfile de la Union School. Fue la heroína de la obra de teatro de las chicas mayores en el instituto, en el Finn Hall de Summersea. Llevaba flores, una gavilla de lirios cala en sus brazos, y se puso de pie y cantó esa canción:

«¡No me importa lo que piensen los hombres!

¿Qué me importa a mí? ¿Qué me importa a mí?».

Se levantó las faldas como una reina e hizo una reverencia. ¿Dónde lo aprenden? ¿Cómo lo saben? Corren por la playa como un andarríos, y al día siguiente, «¿Qué me importa?» tan alto y fuerte y dulce, de pie como una reina bajo las luces del escenario, con todo el mundo aplaudiéndola. Yo no fui capaz de aplaudir. No logré separar las manos que tenía unidas con fuerza hasta que se cerró el telón. ¿Por qué temía por ella? ¿Por qué temo por ella? Nunca se metió en problemas. Siempre le fue bien. «¡Ay, tu Janey!», me dicen. Janey nos atendió en el hotel. ¡En qué belleza se ha

convertido! Cuando Mary huyó con ese inútil de Bo Voder, sin ni siquiera casarse, lo sentí mucho por Alice Morse, pero ¿qué esperaba si dejaba que Mary se pintara la cara y saliera con todos los leñadores y estibadores? Jane siempre fue amiga de Mary, pero nunca salía con ella, con esa gente. Nunca temí por ella de esa manera. Ella sabe lo que vale. Es una buena chica. Como Jack Shawe, alta y delgada, con ojos brillantes y risa fácil. Pero orgullosa. Johnny será como Servine, amable y dulce, despreocupado. No temo por Johnny. No le pasará nada. ¿Qué es lo que temo por mi niña? Temo incluso decir eso: «mi niña». Demasiado en juego.

«Odio las partidas de póquer con apuestas bajas», solía decir Jack Shawe. «¿Un dólar por punto, Fan?», decía mientras colocaba el tablero de *cribbage*, aquellas noches en el rancho Owyhee, con la nieve seca tintineando en las paredes. «¡Ya te debo diez mil dólares, Jack Shawe!». «Vamos, Fan, un dólar por punto. No tiene sentido jugar con apuestas bajas».

No es a Lafayette a quien temo. Creo que es un buen hombre a pesar de sus modales de ciudad, y sé que está enamorado de ella. Están enamorados. ¿Es solo eso lo que temo? ¿Qué es estar enamorado? Jack Shawe. Mi amor es Jack Shawe. Desde el momento en que lo vi de pie en el mostrador de arneses en la tienda de Oxford. Supe entonces para qué había nacido. Todo parece tan sencillo y claro. Todo en el mundo, toda la vida a la vez, todo en un cuerpo y una mente. Todas las promesas cumplidas. Y todas las promesas rotas. En el amor te lo juegas todo. Toda la riqueza del mundo, todo el valor de tu vida. Y no se trata de que pierdas, de que te mendiguen, sino que se derrite y se funde en esto y aquello, en día tras día malgastado, en trabajo y charla, en enfadarse, en cansarse, en no llegar a ninguna parte, en toser, en nada. No queda nada. Ninguna partida. ¿Qué fue de todo aquello, de todo lo que fuiste y de todo lo que ibas a ser? ¿Qué fue del amor, de las promesas, de la promesa?

Eso es lo que temo por ella, tal vez. Que será desechada, como Jack. Que no llegue a nada, que no llegue a ser quien es. ¿Qué

mujer lo hizo alguna vez? No muchas.

Es más fácil para un hombre. Pero no hay muchas grandes facilidades para empezar. En ambos sexos.

Lafayette Herne, no sé, quizá podría llegar a algo, quizá no. También siento miedo por él. ¿Y eso por qué? ¿He llegado a amar al chico? Sí, soy parte de su amor compartido, estoy atrapada en eso; lo he llamado hijo.

Tiene buena cabeza. Es un hombre de ciudad, con su ropa fina y sus zapatos estrechos, con su espeso pelo oscuro bien peinado. Me gusta cómo gira la cabeza y sonríe. Está lleno de confianza. Es competente. Subdirector del hotel Exposition, y está seguro de que tendrá la gerencia de ese nuevo hotel del que habló en San Francisco. Se casa con esa expectativa. Hay mucho en juego. Pero lo está haciendo bien, a los treinta. Hay una brillantez en él, una promesa. Las mujeres lo ven. Y él ve a las mujeres. Incluso a mí, me ve; lo sé; algunos hombres ven a todas las mujeres. Pero está loco por Jane. Será una vida extraña para ella, la esposa de un gerente de hotel, con gente yendo y viniendo, todos desconocidos todo el tiempo, la buena comida y bebida y ropa, la vida rápida en la ciudad. ¿Es eso lo que temo por ella, por ellos? ¿Qué es lo que temo? ¿Por qué mi corazón late con fuerza, por qué aprieto las manos con fuerza, mientras espero aquí en la habitación del hotel en Astoria, vestida para la boda de mi hija?

Lily, 1928

Qué, oh, qué, oh, ahora, oh, ahora, eso es sangre, hay sangre. Estoy sangrando. Soy sangre, sangre. Estoy muerta. Ah déjame estar en el negro oscuro subterráneo, bajo las raíces de los árboles. Vete, vete, él.

Me llevó en su coche, tan lejos, en el coche de su padre en la oscuridad, tan lejos de la fiesta, lejos, vete. Vete ahora para que pueda esconder la sangre.

Tal vez fue la maldición. Tal vez fue el llegar temprano de la maldición. Tal vez llegó en el coche en la oscuridad, en la carretera, en el bosque. Después del baile, el camino gira y se retuerce en la oscuridad, y en cada rama de cada árbol del bosque se sienta un ángel vestido con ropas blancas brillantes que grita. Yo lo sabía entonces, pero ahora puedo verlos. Entonces todos los ángeles dejan caer gotas y manchas de sangre. Su blanco, qué, oh, su ropa brillante tiene manchas marrones secas en ella, entre las piernas, y hay algo en la falda que huele. El color de la vieja bañera que había detrás de la tienda, junto a las escaleras de la abuela, que estaba oxidada y descascarillada de color marrón rojizo, manchada de marrón, tócala y el dedo se te ensuciará de rojo. «No te lo chupes», decía Dorothy, «te envenenarás de óxido, el tétanos». Tal vez era la maldición. Todos los ángeles anidando en las redes de los árboles, las estrellas y las sombras enormes, y entonces él.

Entré y mamá me llamó: «¿Eres tú, cariño?», y le dije que sí. Anoche. Ahora hay luz, veo la sangre.

Apagó el interruptor, sin faros, todo oscuro y el motor en silencio, y yo dije: «Dicky, de verdad que deberíamos irnos a casa», y oh, hay, oh, hay el arrendajo azul, el arrendajo gritando, pero tan lejos ahora de la luz del sol. Estaba tan oscuro. Por favor, vete. Oh, por favor, oh, por favor, oh, por favor, vete, déjame en paz. Por favor, para. La sangre empezó como una manchita, pero ahora sale por los poros de los dedos, las piernas y los brazos y me mancha toda la ropa, las sábanas. Las manchas se secan tiesas y marrones como óxido venenoso. Huelo a ese olor. No me atrevo a lavar. No debería lavar. El agua está limpia. Si lavo, el agua se volverá rojo-marrón y olerá como yo. Haré que apeste. «Esa no es una palabra para que digan las chicas buenas», dijo la señorita Eltser, pero yo, pero yo, oh, pero, yo no soy, oh, yo no soy una.

¿Qué he hecho? ¿Qué me ha pasado? Yo hice lo que me pasó. Es lo que hice. Lindas chicas.

Pero yo dije: «Oye, ese era el giro a Klatsand, ¿no, Dicky?».

Dicky Hambleton es un universitario. Fue a California a la universidad, volverá allí en otoño. Estoy enamorada de él. Tenemos que estar enamorados. Me dijo: «Vaya, pequeña Lily», en un tono de voz tan tierno cuando entré en el salón con mi vestido nuevo para la fiesta. Lily, tan tiernamente.

Dorothy se fue de la fiesta. Vino y dijo que se iba, pero que tenía a Joe Seckett para llevarla, y yo estaba con Dicky así que ¿cómo me iba a ir con ella? Dijo que Marjorie le había dicho que todos los chicos habían ido al coche de Danny Beckberg y que él tenía alcohol y que estaban bebiendo y que ella había visto a Dicky Hambleton allí con ellos. Pero yo estaba esperando a que Dicky volviera para bailar. Tenía que esperarlo. Tengo que estar enamorada. Todo eso es diminuto y brillante y está muy lejos, al otro lado de la carretera, la banda y el baile y las linternas de hadas y las otras chicas. Dicky volvió, «Vamos, vamos, Lily, vamos de picnic al bosque». «Pero es de noche», respondí, me reí. Quería bailar, me encanta bailar. Mi falda blanca era tan bonita, brillando a la luz de la linterna de hadas cuando giraba, cuando Dicky me hacía girar bailando, y mis zapatos blancos en el suelo del coche; pero los ángeles se asoman por los enormes árboles y sangran la oscuridad, y huele a hierro, y la barra de hierro. ¡Oh! ¡Oh, para! ¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para! ¡Para!

San Francisco, verano de 1914

La niebla de verano yacía sobre el mar. Los zarcillos de niebla ascendían por las colinas desnudas; la niebla se amontonaba y se movía a través del estrecho de Golden Gate, y borraba las islas de la bahía, los barcos en el agua, las oscuras montañas de Marin. Las luces se extendían en tenues líneas y curvas como joyas a lo largo de la costa de East Bay, bajo las colinas que destacaban contra el cielo azul verdoso. Un transbordador que llegaba al gran edificio en forma de torre al pie de Market Street se movía espléndidamente sobre el agua crepuscular.

Un hombre y una mujer vestidos con trajes de noche salieron del hotel Alta California y se detuvieron un momento en la escalinata. Las farolas y el resplandor de las ventanas del hotel a sus espaldas rompían el crepúsculo en brillos y sombras. Frente a la calle llena de voces y movimientos, el paso de los caballos, el rodar de las ruedas altas y ligeras, la mujer respiró profundamente y se arrebujó un poco más con su chal de seda blanca. El hombre giró la cabeza para mirarla. Sonrió.

–¿Damos un paseo?

Ella asintió.

Un empleado salió corriendo del hotel, con actitud respetuosa pero urgente: «Señor Herne, señor, ha llegado un telegrama de Chicago...». Lafayette Herne se volvió para hablar con él. Jane Herne sostenía el chal de flecos sin apretarlo, consciente de su propia elegancia y del cuerpo vestido de negro, esbelto y anguloso de su marido, que hablaba en voz baja; consciente también de estar en cierta pose, en cierta postura, como si en los bajos y anchos escalones del hotel ella se mantuviera distante, solitaria como un ave marina en una amplia orilla, frente a la oscuridad.

Él la cogió del brazo con firmeza, poseyéndola. Ella se acercó, obediente, recogiéndose la falda con la mano libre para bajar los escalones, y recogiéndosela de nuevo cuando cruzaron la calle sembrada de estiércol de caballo y paja. A través del resplandor de las farolas y las lámparas de los carruajes, el viento fluía fresco y vasto desde el mar.

–¿Estás bien abrigada?

–Sí.

Ella se volvió para mirar el escaparate de una joyería cuando pasaron por delante, con los soportes de terciopelo negro y nidos de raso vaciados para la noche. Él dijo con sequedad, como si su distracción le molestara:

–He pensado en lo que dijiste.

–Sí –dijo respondió ella, mirando fijamente hacia delante y comenzando a andar, aunque su paso era más corto por la falda de

noche ajustada.

–He decidido que te vayas con tu madre, como querías, con Lily, por supuesto, durante el resto de julio y agosto. Puedes irte cuando quieras. Reserva una habitación en el Starlight. Subiré en septiembre, si puedo, uno o dos días, y podremos volver juntos. He estado trabajando mucho, Jane, y me doy cuenta de que he dejado que mis preocupaciones me impidieran prestar suficiente atención a tus deseos.

–O a mis preocupaciones –respondió ella con una sonrisa.

Él movió levemente la cabeza, en un gesto impaciente y controlado, por toda respuesta, y guardó silencio durante un minuto mientras caminaban.

–Llevas tiempo queriendo visitar a tu madre. Me he dado cuenta de mi egoísmo al retenerte aquí.

–Me pediste que me quedara y me quedé. No me retenías.

–¿Por qué tienes que discutir sobre las palabras? Todas nuestras discusiones empiezan con eso. No importa cómo quieres que lo diga, lo que te estoy diciendo es que fui un egoísta al retenerte aquí. Que lo siento. Y digo que vayas, en cuanto quieras.

Ella siguió caminando, y él la miró de reojo a la cara.

–Es lo que dijiste que querías.

–Sí, gracias.

Apretó con un poco más de fuerza el brazo que llevaba enganchado al suyo con un movimiento de alivio. Empezó a hablar, y ella hizo un ruidito, tal vez una risa de incredulidad, en el mismo momento.

–No veo la gracia.

–Estamos actuando. Si pudiéramos hablar, en vez de discutir...

–Te digo que puedes hacer lo que dijiste que querías hacer, y dices que estoy actuando, o discutiendo. A ver, ¿qué es lo que quieres, entonces?

Caminaron media manzana antes de que ella contestara. Él había acortado el paso, de modo que iban a la par y sus talones

golpeaban el pavimento con fuerza. Habían girado hacia el norte por una calle más tranquila, menos iluminada que Market.

–Ser una mujer honrada, casada con un hombre honrado –contestó.

Una carreta cargada de bidones de cuarenta litros, tirada por una poderosa yunta de percherones, retumbaba y repiqueteaba a su lado a lo largo de la manzana. Cruzaron una calle, y Lafayette Herne miró a izquierda y derecha con su mujer cogida del brazo.

–Así que vas a seguir haciéndome pagar –dijo con voz despreocupada.

–¿Pagar? ¿Pagar el qué?

–Todo aquel malentendido.

–¿Fue un malentendido?

–¿El asunto con Louisa? Por supuesto que lo fue. Un error, un malentendido. ¿Cuántas veces tengo que decirlo? ¿Cuántas veces tenemos que volver a hablar de eso?

–Tantas veces como me mientas. ¿Es que yo te hago mentir?

–Si vuelves una y otra vez sobre lo mismo, si no crees en mí... ¿qué quieres que te diga, Jane?

–Quieres que te crea cuando mientes –respondió ella, como pidiéndole confirmación de la afirmación.

–¿Cómo puedo decir algo que creas mientras sigas alimentando este rencor, este desprecio? No me dejas empezar de nuevo. Dijiste… –y su voz tembló, lastimera– que íbamos a empezar de nuevo. Pero nunca me dejas empezar.

Tras unos pasos más, ella se soltó del brazo y se recogió la esquina del chal. La niebla se espesaba y la luz de las farolas se volvía lechosa en la distancia.

–Lafe, yo también he pensado mucho en ello –dijo–. De verdad que he intentado empezar desde donde nosotros…, desde después de que tú dejaras de verla. Sé que es cierto que los hombres, que algunos hombres, tienen esta necesidad. Me parece algo así como un borracho que necesita whisky, pero sé que no es justo. Es más como tener hambre. Supongo que no puedes hacer nada para

evitarlo, igual que no puedes evitar tener hambre y necesitar comer. Y supongo que lo entiendo. Pero lo que no puedo entender es que lo conviertas en mi culpa. No dejaré que empieces de nuevo, dices. Pero sabes que no es justo. Has vuelto a empezar, solo que no conmigo. Y quieres que sea culpa mía. Tal vez lo sea. Porque no te satisfago. Pero siempre lo niegas.

–¡Porque no es verdad, es estúpido! ¡Sabes que no es verdad! –Lo dijo con pasión, y la rodeó con los brazos; ella vio que las lágrimas le brillaban en los ojos–. ¡Te quiero!

–Supongo que sí, Lafe. Pero no estamos hablando de eso.

–¡Sí que estamos hablando de eso! Solo hablamos de amor. ¡De nuestro amor! ¿Qué me importa nadie más, comparado contigo? ¿No ves, no puedes creer, que eres mi esposa, mi mundo? ¿Que nadie me importa más que tú?

Se habían detenido y estaban uno frente al otro. A su lado estaba el alto porche delantero de una casa de madera antigua, que estaba entre edificios más grandes y nuevos construidos después del terremoto. Los altos arbustos se asomaban por encima de los escalones de madera y parecían ofrecerles un lugar, una protección contra la exposición de la calle, como si se tratara del porche y el jardín de su propia casa. Estaba a punto de oscurecer y el frío del aire era cada vez más intenso.

–Sé que lo dices en serio, Lafe –dijo ella con voz tímida y apenada–. Pero mentir hace que el amor no valga nada. Hace que nuestro matrimonio carezca de valor.

–¿Sin valor? ¡Para ti! –replicó él, ferozmente acusador.

–Bueno, ¿qué valor tiene para ti?

–¡Eres la madre de mi hijo!

–¿Y qué? –Luego, con una media carcajada, añadió–: Bueno, eso es bastante cierto. –Ella lo miró con una franca perplejidad que era una oferta a favor de la franqueza–. Y tú eres el padre del mío. ¿Ahora qué?

–Vamos –dijo él, cogiéndola del brazo de nuevo y poniéndose en marcha.

Ella miró hacia atrás, hacia los escalones y los arbustos de la casa, como si se resistiera a abandonarlos.

–¿No estamos todavía a una manzana de distancia?

Él siguió andando y ella le siguió el paso.

–Son más de las ocho –insistió.

–No me importa la obra.

En la esquina se detuvo. Apartó la mirada de ella y dijo:

–Para mí, tu fe en mí es la base de todo. De todo. Violar eso, decir como dijiste que te quería fuera de la ciudad, fuera del camino, para que… por mi conveniencia…

–Si me equivoqué, lo siento.

–¡Si te equivocaste! –repitió él, sarcástico, amargo. Ella no dijo nada. Continuó con más suavidad–: Sé que te hice daño, Jane. Te hice mucho daño. No me excuso. Fui un tonto, un bruto, y lo lamento. Lo lamentaré el resto de mi vida. ¡Si fueras capaz de creerme! Lo dejamos atrás. Empezamos de nuevo. Pero si sigues volviendo a ello, si no crees en mi amor, ¿qué puedo hacer? ¿De quién es la culpa si no puedo soportar este tipo de cosas indefinidamente?

–¿Mía? –le preguntó ella con una clara incredulidad. Él tensó el brazo, lo suficiente como para que ella dijera después de un momento–: Lafe, suéltame.

Él no la soltó, pero aflojó la mano. Ella le miró a la cara a la pálida luz de la farola de enfrente.

–Nos queremos, Lafe. Pero el amor, estar casados, incluso tener a Lily... ¿de qué sirve sin confianza?

Su voz, cada vez más aguda, se quebró al pronunciar la última palabra, y dejó escapar un grito agudo, como si se hubiera cortado. Liberó el brazo y se llevó las manos a la cara.

Él se quedó de pie, alerta e inseguro, frente a ella en la estrecha acera. Susurró su nombre y levantó la mano para tocar la suya, con cuidado, como se toca una herida.

Ella bajó las manos para sujetarse el chal blanco a la altura del pecho.

–Dime, Lafe. Lo que crees, de verdad, es que tienes derecho a hacer lo que quieras hacer.

Tras una pausa, él habló con suavidad y firmeza:

–Un hombre tiene derecho a hacer lo que quiera. Sí.

Ella le miró entonces con admiración.

–Ojalá fuera yo el tipo de mujer que pudiera aceptarlo.

–¡Yo también! –dijo él de buen talante, pero con ganas–. Oh, Janey, tú dime qué es lo que quieres...

–Creo que lo mejor que puedo hacer es irme al norte. Ir a casa.

–A pasar el verano.

Ella no contestó.

–Iré en septiembre.

Ella negó con la cabeza.

–Iré en septiembre –repitió él.

–¡Vendré yo, cuando quiera y si quiero!

Se miraron fijamente, sorprendidos por el arrebato de ira. Ella acercó los brazos a los costados para darse calor bajo el chal. Los flecos de seda se agitaban con el viento brumoso.

–Eres mi mujer, y acudiré a ti –insistió él con calma, tranquilizador.

–No soy tu esposa si resulta que tu esposa es solo una más de tus mujeres.

Las palabras sonaron falsas, ensayadas.

–Vamos. Ven a casa, Janey. Te has exaltado con esto. Ahora estás agotada. Vamos, Janey. No era noche para el teatro, ¿verdad? –Su joven y apuesto rostro parecía cansado–. Estás temblando –dijo con preocupación, y le pasó el brazo por los hombros, girándola para encajar su cuerpo contra el suyo, protegiéndola del viento. Volvieron por donde habían venido, caminando lentamente, entrelazados.

–No soy un caballo, Lafe –dijo ella al cabo de un par de manzanas.

Él inclinó la cabeza hacia ella, interrogante.

–Me tratas como a *Roanie* cuando le da miedo el ganado. Tranquilízala, di alguna tontería, dale una vuelta por la casa…

–No seas dura, Janey.

Ella no respondió.

–Quiero abrazarte. Protegerte. Amarte. Te quiero tanto, te necesito tanto. Eres el centro de mi vida. Pero todo lo que hago o digo lo tergiversas. No puedo hacer nada bien, ni decir nada bien.

Mantuvo su brazo alrededor de sus hombros y su cuerpo inclinado hacia el de ella mientras caminaban, pero tenía el brazo rígido, pesaba.

–Lo único que poseo es amor propio –contestó ella–. Tú formabas parte de eso. La mejor parte. Eras la máxima expresión. Pero eso ya no existe. Tuve que dejarlo atrás. Pero es todo lo que dejaré atrás.

–Por el amor de Dios, Jane, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué quieres que haga?

–Juega limpio.

–¿Qué quieres decir?

–Sabes lo que significa jugar limpio.

–Volverme loco con insinuaciones, sospechas y acusaciones, ¿eso es jugar limpio? ¿Es eso tu amor propio?

–Sallie Edgers –dijo ella en un susurro, con una tremenda vergüenza.

–¿Qué? –soltó él, y se detuvo. Se apartó de ella. Tras una larga pausa, dijo sin aliento–: No puedo vivir así. Con estos celos acosadores. Con el espionaje, con la lucha por conseguir ventaja. Creía que eras una mujer generosa.

Ella torció el gesto en una mueca de dolor, y su rostro, bajo la palidez brumosa de la farola, mostraba un aspecto demacrado y encogido.

–Yo también –contestó.

Empezó a caminar, ciñéndose el chal de flecos alrededor de los brazos y hasta la garganta. Al cabo de unos pasos miró hacia atrás. Él no se había movido. Se detuvo.

–Tienes razón –dijo, no en voz muy alta, pero sí clara–. No sirve de nada. No sé lo que quieres. Como tú veas.

Se dio la vuelta y se alejó de ella, y el ruido de sus zapatos se desvaneció rápidamente. Ella se quedó inmóvil, mirándolo. Su figura alta y recta se desdibujó en la niebla.

Se dio la vuelta y siguió su camino, vacilante al principio, mirando hacia atrás más de una vez. La niebla se había espesado, reduciendo las luces a borrones de resplandor, convirtiendo los edificios, las farolas, las siluetas de personas, de caballos, de carros, de coches, en bultos y espectros sin forma ni lugar claros. Antes de cruzar una calle, el marido y la mujer se perdieron de vista. En Market Street, las luces de los carruajes y los coches, más brillantes y frecuentes, formaban una confusión de rayos giratorios y radios de sombras en la atmósfera medio opaca, y a través de este hermoso y extraño movimiento de espectros y apariencias, las voces de los niños llamaban y lloraban como aves marinas. «¡Guerra!», gritaban las jóvenes voces, «¡guerra, guerra!».

Virginia, 1971

Montes y colinas, bordes y formas, todo de espuma, aparecen provocados por las rompientes de noviembre e impulsados por el viento hacia la playa húmeda. Luminosamente blanca sobre el agua, la espuma se vuelve opaca sobre la arena. Cuando las grandes algas de los bosques del fondo marino reciben el impacto de las profundas olas de las tormentas, las frondas rotas y los tallos se agitan y se desintegran, creando espumarajos azotados por las olas y el viento hasta formar una espuma duradera, que cabalga las grandes olas y acaba arrojada a tierra por las rompientes. Por eso no es blanca como la sal, sino que se oxida hasta volverse morena o amarillenta a medida que las células vivas se descomponen. Es la muerte la que la colorea. Si fuera pura espuma de agua, las burbujas no durarían más que las de un arroyo de agua dulce. Pero se trata de agua de mar, elaborada, impregnada, enriquecida con vida y con la muerte y la descomposición de la vida. Está contaminada, es profundamente impura. Es el fluido materno, la sopa amniótica. Del antimaternal

mar del invierno, el frío ahogamiento, el naufragio, de sus labios sale volando la espuma enloquecida. Y en los labios, en la lengua, no sabe pura y salada, sino que estalla como champán tosco de sabor insípido y terroso, dejando entre los dientes algún que otro granito de arena.

Las olas que azotan de lado amontonan la espuma como nubes de tormenta y luego, al retroceder, las dejan encalladas, una aquí y otra allá, a lo largo de la playa. Cada masa de espuma, cada almohada de espuma, tiembla bajo el viento, se estremece, tiembla como carne blanca y gorda, ineludiblemente femenina, aunque no sea femenina en absoluto. Débiles, fatuos, flácidos, montones destrozados e indefensos de grasa porosa, todo lo que los hombres desprecian, pintan y escriben sobre la mujer se estremece ahora en fragmentos hinchados en la playa, completamente a merced de las musculosas rompientes y del agudo y duro viento. Los fragmentos de espuma se rompen todavía más. Algunos comienzan a esparcirse con un gracioso y suave movimiento animal a lo largo de la arena húmeda y resbaladiza; luego, al llegar a la arena más seca, se pegan y se agitan allí, o se sueltan y comienzan a rodar una y otra vez hacia las dunas, redondeándose y encogiéndose a medida que avanzan, hasta que se pegan de nuevo, temblorosos, y se encogen hasta desaparecer.

Hay flotas enteras de burbujas de espuma que se deslizan silenciosas y decididas bajo un soplo de viento; luego descansan, un poco temblorosas, encogiéndose siempre, disminuyendo, con las paredes de las burbujas unidas rompiéndose y las burbujas uniéndose y toda la frágil estructura informe colapsándose constantemente hacia dentro y fragmentándose. Y sin embargo, cada burbuja, cada pico, cada copo de espuma, es una entidad propia, un breve ser, visto así, percibido, en la intersección de su duración y la mía, la unión de burbujas: mis ojos, el mar, el aire ventoso. Cómo volamos por la playa, todo aire y una piel amarga, húmeda y blanquecina a la luz del crepúsculo, que no se puede sujetar ni atrapar, y si se toca, ¡se va!

Jane, 1929

Estoy buscando, buscando, debo buscarla. Debo encontrarla. No la vigilé como debía, y está perdida. Mi reloj se perdió, me lo robaron. Debo ir a pequeños pueblos escondidos en lo profundo de los pliegues de colinas desnudas y oscuras, preguntando por la joyería. El joyero compra objetos robados y sabrá dónde encontrar mi reloj. Conduzco el Ford por carreteras que se adentran en cañones por encima de arroyos invisibles. Por encima del borde de los cañones está el desierto alto donde vivía mi madre cuando yo nací. Me adentro en las hendiduras de las altas y peladas colinas, pero nunca encuentro el pueblo donde vive el joyero. Los hombres se paran en la calle a hablar de dinero. Me miran de reojo, sonríen y se dan la vuelta. Hablan en voz baja y se ríen. Saben dónde está. Una niña con un chal negro de ganchillo sale corriendo por la calle de tierra entre las colinas. La sigo, pero ella va muy por delante, corriendo. Se desvía hacia una puerta en un largo muro. Cuando llego allí, veo un patio bajo ventanas enrejadas. En el patio no hay nada más que un pozo seco con un brocal roto y una cuerda rota.

La tarea de coser me devuelve el sueño. Me siento ante la máquina y el traqueteo de la aguja es como el traqueteo del coche en esas carreteras de los cañones del sueño.

«Lily, ¿te has bebido la leche esta mañana?».

Fue a buscar la leche a la nevera. Es obediente. Siempre fue obediente, siempre soñó. Pero no siempre era amable, ni paciente, ni cuidadosa, como lo soy yo, como intento serlo, ahora.

Mientras coso, sueño despierta. La llevo a California en tren, a Stanford, donde está el chico. Lo encuentro allí, en los verdes prados, con sus amigos ricos, y le digo a Lily: «Míralo, mira a ese patán, con sus manos gruesas y su risa estridente, ¡el becerro premiado de Will Hambleton! ¿Cómo va a avergonzarte? ¿Cómo puede su contacto ser más que el de un simple terrón de tierra?». Entonces le digo cosas al chico que le hacen temblar y mirar fijamente, y le golpeo la cara con la mano abierta, un golpe fuerte, y él llora y se agacha y lloriquea, abyecto. Abyecto.

Luego estamos en San Francisco, no en Stanford, y es Lafe quien está delante de nosotras. «Este es tu padre, Lily», le digo. Ella levanta la mirada. Lo ve. Está canoso, medio calvo, ha perdido su cintura flexible, pero sigue siendo un hombre atractivo, un hombre guapo, que lleva bien sus años. Mira a Lily como lo hacía cuando era un bebé, cuando solía mecerla sobre sus rodillas y cantarle: «Eh, Lillia, Lillia, eh, Lillialou». Pero su cara cambia. La ve con claridad. Su mirada se vuelve atenta. «¿Qué te ha pasado?», le pregunta.

Un pozo seco con una cuerda rota.

Fue Lafe quien le puso el nombre. Yo quería llamarla Frances o Francisca, por mi madre y por San Francisco. Francisca Herne. Habría sido un nombre bonito. Pero Lafe quería su Lily.

Dicen que van a construir un puente sobre el Golden Gate.

Lily tonta, Lily pequeña, no te metas en el pozo a oscuras, sube, mira hacia arriba. ¡No eres la primera niña Lily ni la última que, ¡oh!, ¡pero que lo dejó entrar! ¡La segunda vez! Lo dejó entrar, lo dejó entrar en la casa, ¡en nuestra casa! ¡Que no sabía lo que hacía! ¿Qué no le di, no le enseñé? ¿Cómo pude criar a semejante idiota? Sola, en el bosque, en el coche, qué podía hacer ella, sus manos gruesas, su cuerpo grande y corpulento. Se quedó en su habitación todo el día, dijo que se sentía mal. Pensé que tenía la regla. No la miré. No pensé. Estaba ocupada en la oficina de correos. No la miré. Y vino esa noche, arañó su ventana, lloriqueó como un perro, y ella lo dejó entrar. Lo dejó entrar. No puedo perdonarla. ¿Cómo puedo respetarla? Lo dejó entrar en mi casa. Pensó que tenía que hacerlo, pensó que él la amaba, pensó que le pertenecía. Lo sé, lo sé. Pero lo dejó entrar, a esta casa, a su cama, a su cuerpo.

«Debería casarse con ella», dice Mary. «Enfréntate a esos malditos Hambleton», dijo. ¿Enfrentarme a ellos? ¿Hacer que se case con él, que se acueste cada noche para que él la viole con su grueso cuerpo con la bendición de la ley? No. Lo devolvieron a su escuela de niños ricos. Que se quede allí. Allí podrá presumir de cómo violó a una chica y a ella le gustó tanto que lo dejó entrar en su habitación la noche siguiente. Les gustará esa historia, se la

creerán. Está donde quiero que esté, fuera. Pero no sé dónde está Lily.

Los ojos dicen que qué hace esa chica aún en la ciudad. Mostrándose. Alardeando. La decencia la habría echado. La moralidad cristiana. Hija de divorciados. Era de esperar.

Camina entre los ojos como si no la vieran, como un espectro. Ella no está allí.

Se envió a sí misma lejos, ¿es eso? ¿Es ahí donde está? Tal vez solo esté fuera durante un tiempo. Tal vez se esconde, se oculta en su interior, en la oscuridad, donde los ojos no ven. Pero no para siempre. Tal vez cuando su hijo salga a la luz ella venga con él. Tal vez ella salga con él. Tal vez nazca viva, y entonces podrá hablar. Tal vez deje de arrancarse los pelos de los dedos, los brazos y los muslos, los pelos diminutos, sedosos, apenas existentes de una chica de diecisiete años, de pelo rubio y piel fina y clara, uno a uno, hasta que su piel sea como una esponja humedecida con agua sanguinolenta.

Hay un puente que cruza el estrecho de Golden Gate, un puente tendido sobre la niebla. Sigo a una niña, una niña corriendo, hasta ese puente. ¡Esperadme! ¡Espera! Sigo a mi hija, que me arrebataron en la oscuridad, en la niebla.

Lily, 1931

Ésta es mi casa. Mi madre es la dueña, pero dice que es mía para siempre. Esta es mi habitación, con la ventana que da a los grandes arbustos de rododendros. Ahí es por donde él entró. Las ramas de los rododendros se agitaron y traquetearon a su alrededor, y él las rompió, y mi corazón latió tan fuerte que lo vi moverse bajo mi camisón como un animal. Dio unos golpecitos en el alféizar y otros en el cristal. «Lily, Lily, ¡déjame entrar!». Fue entonces cuando supe que me quería de verdad.

En el coche, en el bosque, por la noche, eso fue un error. Un accidente. Estaba borracho, había estado bebiendo, no lo sabía. Pero

cuando vino la noche siguiente a casa, a la ventana, fue porque me amaba. Tuvo que irse porque su padre es duro, frío y ambicioso, pero él me quería de verdad. Fue nuestra tragedia. Me encanta mi habitación. Me encanta poner sábanas limpias en la cama.

No me gusta dejar que Baby entre en mi habitación. Los ángeles entran con ella. Se paran en la ventana para negarme la tranquilidad. Se quedan en la puerta para negar su amor. Los ángeles no me dejan tener mi tragedia. Lo niegan todo y lo echan de la habitación con sus brillantes espadas. Salió por la ventana, arrastrándose, porque creyó oír venir a Madre, y lo último que vi de él para siempre fue una pierna, un pie, la suela de su zapato. No se ató los cordones de los zapatos porque tenía mucha prisa, y la suela del zapato se arrastró por el alféizar de la ventana después de que el resto de él pasara, todo con prisa porque creyó oír a mamá, pero solo era el gato en el pasillo, y el amanecer había llegado con sus brillantes espadas a través del cielo. Se metió entre los rododendros y rompió las ramas. Nunca le dejarán volver al jardín.

Contemplo a Baby Virginia con los ángeles en el jardín. A menudo están con ella cuando está despierta. Me gustaría ver a uno vigilándola cuando duerme en su cuna. Sería un guardián alto en la sombra que la observaría con rostro pensativo. Vi una foto así en una revista. Cuando corretea por el jardín a la luz del sol, cuando sale como un bultito blandito bajo la lluvia, entonces están allí con ella. Les habla. Ayer le dijo a uno de los ángeles del jardín, mirando hacia arriba, con su carita tan desconcertada: «¿Qué hace Dinya?». Nunca les oigo contestarle. Quizá ella sí.

Estábamos sentados en el porche en la cálida tarde y los ángeles se reunieron y agruparon tan apretados en las ramas bajas del gran abeto que le susurré: «¿Los ves, Baby?». Ella no los miró. Me miró a mí. Sonrió con la sonrisa más sabia y amable. Los ángeles nunca sonríen, ni siquiera cuando la miran. Son severos. La cogí en mi regazo y se durmió con su cabecita en mi brazo. Entonces los ángeles abandonaron el árbol y se alejaron por el césped, hacia las

colinas. Creo que vienen del mar y suben a las colinas. La luz de sus espadas es la luz sobre las montañas, la luz a través del mar.

Una pierna, un pie, la suela de un zapato sucio lanzada por la ventana del cielo. No hay cielo. No voy a la iglesia. Solo cuando estoy cansada de los ángeles, entonces voy a la iglesia con Dorothy para alejarme de ellos. Dorothy me deja tener mi tragedia. Ella es mi verdadera amiga. Si hubiera un cielo podría ir allí y ser perdonada, todo lavado y purificado, y entonces podría tener mi tragedia. Pero los ángeles no me dejan, así que me voy a mi habitación.

No, Baby, no en la habitación de mamá. Vamos a la cocina a hacer la tarta para la cena. ¿Le gustaría a Baby una tarta de arándanos? ¿Le gustaría a Baby Dinya ayudar a su mamá?

–¡Pastel anánanos!

Los ángeles no se reirán. No llorarán. Les oculto mis lágrimas por el amor a Dicky, porque tirarían mis preciosas lágrimas por la ventana como basura, como zapatos viejos, para que suenen en los rododendros. Les oculto mi amor. ¡Mi amor, mi amor! Un pie que patalea en el alféizar.

Anoche mamá entró en la habitación cuando terminé de cantarle a Baby para que se durmiera, y recordé cómo estaba en la habitación cuando nació, tan alta en la penumbra, en silencio. Pero nunca le hablo de los ángeles, de esa mujer alta que está en las sombras con rostro pensativo.

Jane, 1926

Después de todos estos años. El pobre Lafe… parece que esta vez está sobrepasado. Me gustaría ver a esa mujer de Santa Mónica. Nunca tuvo mucho sentido común a la hora de elegir mujeres, excepto a mí. Y no tuvo el sentido común de quedarse conmigo. Al menos tuvo la suerte de no enredarse de nuevo, hasta ahora. Me gustaba pensar en él libre. No era mucho, comparado con lo que teníamos, pero era algo. Ahora no es nada. «No puedo vivir sin

ella», escribe, embelesado. ¿Cómo puede un hombre así ser esclavo de su pene?

Es extraño que piense palabras, ahora que mamá está muerta, que antes no usaba ni siquiera en mi mente. Ella no hubiera querido que dijera eso. No es que fuera remilgada. Es extraño cómo las palabras cambian, y cambian el mundo. Cuando dejé a Lafe, ella no lo aprobó, pero nunca dijo que debía volver con él. «Hiciste lo que pudiste», dijo. Pero se avergonzaría de un divorcio. Ésa no era una de las palabras que ella quería que se dijeran.

No me avergüenzo, pero no es lo que quiero, ese final amargo. Ahora sé que esperaba más. Ahora ya no sueño despierta con nosotros como una pareja de ancianos, él cayendo enfermo, viniendo aquí, yendo allí. Yo le daría la habitación sur, y lo cuidaría, le llevaría sopa y el periódico. Y él moriría, y yo lloraría, y seguiría igual, pero habría regresado, habría vuelto entero. Pero no lo hizo. No regresó.

Ni siquiera pensó en preguntar por Lily. Se olvidó de que tenía una hija.

Así que voy a ser una *divorcée*. Estúpida palabra francesa. ¿Por qué se utiliza solo para las mujeres? ¿No es un hombre un *divorcé*? Con su mujer que es dueña de una «propiedad frente al mar en Malibú», pero apuesto a que no es así. Apuesto a que ella quiere ser la dueña. Apuesto a que hay algún tipo de trato oculto, algo lleno de trampas, y Lafe ha caído, como siempre lo ha hecho. Le gusta la carne de alta cuna. Pobre Lafe. Pobre de mí. Nunca seré viuda. Nunca sabré dónde está enterrado.

Después de que llegara su carta sentí la necesidad de caminar, de bajar a la playa, de que el cielo me cubriera. Las olas eran como perlas y nácares que salían de una niebla iluminada por el sol. Caminé hasta Wreck Point. Cuando volví, había gente de verano en la playa, ahora siempre hay gente. Aquella familia que se alojaba en Vineys', y otros huéspedes del hotel. Había un chico delgado que me hizo pensar directamente en Lafe. Doce o trece años, todavía un niño. Corría hacia el agua donde el arroyo se adentra en el mar, en

los charcos y bajíos de la marea baja; un chico tan guapo, que daba patadas todo lo alto que le llegaban los pies, con la gorra calada hasta los ojos y la nariz en el aire, chapoteando, haciendo cabriolas, payaseando para su familia, ligero como la luz. Pensé: «Oh, ¿qué les pasará?». El corazón se me estrujó como un paño: «¿Qué les pasará a estos niños tan adorables?».

Y luego otro niño, uno pequeño. Una familia entera iba en fila, arrastrando los pies, agotados. Llevaban todo el día en la playa, eran sus vacaciones y no podían desperdiciarlas. Así que caminaban hacia las dunas y el más pequeño iba detrás de todos, llorando. Se le había caído su colección de plumas de gaviota. Estaba de pie con las plumas y arena alrededor de los pies, llorando. «¡Oh, se me han caído todas las plumas!». Las lágrimas y los gimoteos le recorrían la cara. «¡Ay, esperad! ¡Esperad! ¡Tengo que recogerlas!». Y no esperaron. No se dieron la vuelta. Tenía seis, tal vez siete años, demasiado grande para estar llorando por las plumas. Era hora de ser un hombre. Tuvo que correr tras ellos, llorando, y sus plumas se quedaron allí, en la arena.

Así que volví a casa pensando en el pequeño Edward Hambleton. Todos lo llaman Enano. Los tres chicos grandes, esa mosquita muerta de Wanita que gorronea caramelos todas las tardes, Will, por supuesto, e incluso Dovey, le llaman Enano. «¡Se le ocurrió a Dovey!», dice Will, burlón, como si no hubiera tenido nada que ver con eso. Edward no es ninguna ocurrencia, simplemente nunca pensaron en él. Tal vez por eso el niño no es como ellos. Un chico pequeño y brillante, se ha encariñado con Lily, la sigue a todas partes, y la llama Willy. Es brillante y dulce, y nunca se fijan en él. Nunca prestan atención a lo que dice. Will no le presta atención, excepto para pegarle. «Todo de broma», dice, «para endurecer al niño», dice. Y vi a Dicky aterrorizar al niño: «¡Saca esa mano de ahí! ¡Qué te crees que estás haciendo aquí!». Un chico de dieciocho años intimidando a un niño de cinco. Bueno, sin duda se las arreglarán para convertir a Edward en un hombre. Según las luces que tienen.

A veces pienso en mí misma como si fuera otra persona a la que estuviera mirando: «¿Por qué volvió a Klatsand? ¿Por qué trajo a esa niña aquí para criarla?» Y no lo sé. Me encantaba California, me encantaba la ciudad. ¿Por qué volví corriendo al fin del mundo en cuanto tuve la oportunidad? Volví a casa de mi madre, sí, pero era más que eso. Ayer, cuando estaba en la propiedad, caminando por la valla frente la empresa maderera que cortaba el lado este de Head, pensé en que podría empezar a construir una casa allí, como solíamos comentar mamá y yo. ¿Cuántas veces he pensado en eso? Mil veces. Y pensé que si le vendiera mi mitad de la tienda a Will Hambleton, como me ha estado insinuando desde hace un año, podría invertir ese dinero en bienes raíces. Podría comprar ese terreno de Main al sur de Klatsand Creek; saldrían diez terrenos para casas allí. Y el extremo oriental de la misma sería un lugar privilegiado para ese depósito de madera y suministros del que el señor Drake estaba hablando en Summersea hace un mes. Jensen es dueño de la tierra. Me la vendería. Si tuviera el dinero. Nunca lo tendré siendo la jefa de una oficina de correos. Y sería un alivio dejar de ser socia de Will Hambleton. «Entre vigilar sus manos y vigilar sus cuentas, es como hacer negocios con un elefante macho, tienes que vigilar los dos lados. Si no puede rodearte con su trompa serpenteante, se sentará sobre ti», le dije a Mary.

Pero todo está aquí, toda mi vida está aquí. Llevo a Lily a Portland tan a menudo como puedo, no quiero que la niña se críe sin saber del mundo. Si se casa lejos de Klatsand, me alegraré. Aquí no hay nadie para ella; quizá cuando empiece a salir con la gente del instituto conozca a algún joven agradable. He pensado que debería enviarla a St. Mary en Portland para su último año, o los dos últimos años. Mary habló de enviar a Dorothy. No estoy segura. Solo sé que estoy atrapada aquí. Mi alma no va más allá de Breton Head. No sé por qué. Todo lo que siempre quise fue mi libertad. Y la tengo.

Virginia, 1935

Siempre me gustó lo que dibujaba antes, y a todo el mundo le gustaba. Pero hoy intenté dibujar el alce para la abuela. Era capaz de verlo, igual que lo vimos en la finca, y como el alce de la taza de la ventana. Quería regalárselo para su cumpleaños. Lo dibujé y era como un puro del que salían palitos. Repasé las líneas, y luego cogí el lápiz negro e hice las líneas más gruesas. Estaba tan mal que lo garabateé y cogí un papel nuevo, y dibujé muy muy claro, así que si me equivocaba en una línea podía borrarla, pero estaba igual. Era capaz de ver el alce, pero lo único que dibujaba era una estúpida nada. Lo rompí y volví a intentarlo, y fue peor, empecé a llorar y me enfadé. Le di una patada a la pata de la mesa y se cayó, la vieja y estúpida mesa de cartas de mi habitación, y todos mis colores se rompieron y ellas vinieron.

Mamá recogió los colores y la abuela me tomó en brazos y me hizo sentarme en su regazo hasta que dejé de gritar. Entonces intenté contarle lo del alce y su regalo de cumpleaños. Fue difícil, porque no podía respirar bien de tanto llorar, y me sentía adormilada con ella abrazada a mí. Oía su voz interior que decía «Ya veo» y «No pasa nada», y entonces vino mamá y también se sentó en la cama. Me apoyé en ella para ver si también oía su voz interior. Pude oírla cuando dijo: «Es hora de lavarte la cara, Dinnie».

Pero no tenía regalo para el cumpleaños de la abuela, así que le conté lo de la taza. Le dije que intenté hacer un alce como el de la taza en la tienda de Viney. Así que después de comer me dijo: «Vamos a ver esa taza». Fuimos a Viney's y todavía estaba en el escaparate. El alce tiene lo que la abuela dice que es una corona alrededor, y parece majestuoso. «Pues yo creo que es un alce majestuoso», dijo la abuela. Entramos y ella se la compró con cinco centavos, pero dijo que era su regalo de cumpleaños, porque si yo no se la hubiera encontrado, nunca la habría tenido. El señor Viney dijo que era una taza de afeitar. Supongo que para afeitarse. Le dije que tal vez podría usarla para su café y ella dijo que suponía que prefería guardarla para lucirla en el sifonier junto a la cesta india y el espejo de marfil de San Francisco.

Lily, 1937

Estaba sentada en el sofá de la habitación delantera, remendando, una hora después del amanecer del claro día de invierno. El sol entró por la ventana del este directamente a través de mi mesa de trabajo. Dejó atrás las ramas de los abetos y me dio un golpe en la cara. Cerré los ojos, ciega por el golpe de la luz. Me invadió el calor, me atravesó el alma y los huesos. Me quedé sentada allí, atravesada por la claridad, y conocí a los ángeles. Me traspasó la luz y me volví cálida. Yo era el sol. Los ángeles se disolvieron en el resplandor del sol. Desaparecieron.

Después de un rato fui capaz de abrir los ojos. El calor era mi propio pecho y mi regazo, y el brillo penetrante se había convertido en un haz de luz que atravesaba el aire. Las motas de polvo flotaban en el haz, moviéndose silenciosamente como mundos en el espacio y brillando como las estrellas que dicen que son soles, todos nosotros a la deriva juntos y separados, el polvo brillante.

Virginia, 1957

Una mujer fuerte cuya fuerza es su soledad, una mujer débil traspasada por raptos visionarios, esas son mis madres. Por padre, ningún hombre, solo semen. Sembrada, no engendrada. ¿Quién es la hija del violador y de la violada?

Nunca te dicen si Perséfone tuvo un hijo. El Rey del Infierno, el Juez de los Muertos, el Señor del Dinero, la violó y luego la retuvo como esposa. ¿Llegó a concebir alguna vez? Quizá el Rey del Infierno sea impotente. Quizá sea estéril. Tal vez tuvo un aborto, allí en el Infierno. Tal vez en el Infierno todos los bebés nacen muertos. Tal vez en el Infierno el feto se queda para siempre en el útero, que dicen que es el Cielo. Todo eso es bastante probable, pero yo digo que Perséfone tuvo una hija, nueve meses después de haber sido violada en los campos de Enna. Estaba recogiendo flores allí, flores de primavera, cuando el carro negro salió de la tierra y el señor

oscuro se apoderó de ella. Así que la niña nacería en pleno invierno, bajo tierra.

Cuando llegó el momento de que Perséfone pasara su medio año con su madre, subió los caminos y las escaleras hacia la luz, llevando a la pequeña bien abrigada. Llegó a la casa. «¡Madre! ¡Mira!».

Deméter las cogió a ambas en brazos, como una mujer que recoge flores, como una mujer que recoge gavillas.

La bebé floreció bajo el sol, creció como una mala hierba, y cuando llegó el momento en el que Perséfone tenía que bajar para pasar el otoño y el invierno con su marido, su madre intentó convencerla de que dejara a la niña con ella. «No puedes llevarte a la pobrecita de vuelta a ese horrible lugar. No es sano, Sephy. ¡Nunca florecerá!».

Y Perséfone sintió la tentación de dejar a la niña en la casa grande y luminosa donde su madre era cocinera y ama de llaves. Pensó en cómo su marido, el Juez, miraba a la niña con sus ojos blancos como los de una trucha escalfada, unos ojos que sabían que todo el mundo era culpable. Pensó en lo oscuro y húmedo que era el sótano del mundo, estrecho bajo su cielo de piedra, sin lugar para que una niña corriera, sin nada con lo que jugar salvo joyas, plata y oro. Pero ella había hecho un trato, como lo llamaban. Traicionada, había comido la fruta de la traición. Siete granos de granada, rojos como su propia sangre, había comido, traicionándose a sí misma. Había comido la comida del amo y por eso no podía ser libre, y su hija, la hija de la esclava, no podía ser libre. Solo podía ser libre a medias.

Así que cogió a la niña en brazos y bajó por las oscuras escaleras, dejando que la abuela se quedara enfurecida en la gran casa luminosa y vacía, y que la lluvia golpeara el tejado todo el invierno.

El Cielo era el padre y el tío de Perséfone. El Infierno que la violó era su tío y marido. Todavía había otro tío: el Mar.

Pasaron los años, y Perséfone y su hija iban y venían entre la casa oscura y la luz. Una vez, cuando estaban arriba, en el mundo, la hija de Perséfone se escabulló. Necesitó tener pies ligeros y un ojo rápido, pues la madre y la abuela nunca la perdían de vista; pero ellas estaban ocupadas en el jardín, en la cocina, plantando, escardando, cocinando, enlatando, todas las tareas domésticas del mundo. Y la niña se escabulló y se escapó sola, hasta la playa, hasta la orilla del mar. Corriendo como un ciervo, la muchacha… ¿cómo se llamaba? No sé griego, no sé su nombre, solo la chica, cualquier chica, corrió hacia la playa y caminó junto al mar. Las rompientes se enroscaban a la luz del sol, caballos blancos con las crines echadas hacia atrás. Vio a un hombre que conducía los caballos blancos, de pie, en su carro de agua, su carro de sal centelleante.

–¡Hola, tío Océano!

–¡Hola, sobrina! ¿Estás sola? Es peligroso.

–Lo sé –dijo ella, pero ¿lo sabía? ¿Cómo podía ser libre y saberlo? ¿O incluso mediolibre y saberlo?

Océano condujo sus caballos blancos hasta la arena y se agachó para agarrarla, como el Infierno había agarrado a su madre. Extendió su mano grande y fría y le agarró el brazo, pero la piel brillaba, el hueso no era nada. No sostenía nada. El viento sopló a través de la muchacha. Era espuma. Centelleó y parpadeó con el viento del mar y desapareció. El Rey del Mar se quedó mirando desde su carro. Las olas rompieron en la arena, rompieron alrededor del carro, rompieron en espuma, y la mujer estaba allí, la muchacha, la nacida de la espuma, el alma del mundo, hija del polvo de las estrellas.

Ella alzó la mano y tocó al Rey del Mar, y él se convirtió en espuma blanca centelleante, eso es todo lo que siempre fue. Ella miró el mundo y lo vio como una burbuja de espuma en las costas del tiempo, eso es todo lo que siempre fue. ¿Y qué era ella misma? Un ser por un momento, una burbuja de espuma, eso es todo lo que alguna vez fue; ella que nació, que nace, que da a luz.

–¿Dónde se ha metido la niña, Seph?

–¡Creí que estaba contigo!

¡Oh, el miedo, el miedo desgarrador en la cocina, en el jardín, el frío apretón en el corazón! ¡Traicionada de nuevo, para siempre!

La niña entra por la puerta del jardín, sacudiéndose el pelo. La regañarán, la castigarán, le darán un buen sermón. «¿No te da vergüenza? ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!». Y llorará. Estará avergonzada y asustada y consolada. Llorarán todas, en la cocina del mundo. Llorando juntas, lágrimas cálidas, mujeres en la cocina lejos de las frías costas del mar, de los márgenes brillantes, salados, resplandecientes del universo. Pero saben dónde están y quiénes son. Saben quién mantiene la casa.

Jane, 1935

He construido la casa, madre. En tu tierra, en nuestra tierra, en la vieja casa de Kelly, en la propiedad de Breton Head. El dinero da para mucho hoy en día, y he ahorrado durante diez años. Burt Brown se alegró de conseguir el trabajo, porque nadie está construyendo mucho. Todo el armazón es madera del viejo hotel, el Exposition, donde trabajé de camarera y conocí a Lafe. John Hannah lo derribó el año pasado. «Coged lo que queráis», dijo, y él construyó dos casas y yo construí una con la madera, de abeto claro, las puertas con paneles, el suelo de roble blanco. Es una buena casa, madre. Ojalá hubieras podido verla. Conservaste las casas y cultivaste las granjas que compraron tus maridos, compraste y vendiste propiedades, me diste la casa de Hemlock Street, pero nunca tuviste una casa propia. Vivías arriba, detrás de la tienda de comestibles. Pero siempre decías: «Me gustaría poner una casa allá arriba, en Breton Head, allá arriba en la propiedad».

Anoche dormí en ella por primera vez, aunque las paredes del piso de arriba no están terminadas, ni el agua conectada, ni mil cosas que quedan por hacer. Pero los hermosos y amplios suelos están listos para que duren años, y hay un tejado de madera de

cedro, y las ventanas dan al mar. Dormí en mi habitación, que da al mar, y oí las olas toda la noche.

Por la mañana me levanté temprano y vi pasar a los alces. Había luz suficiente para verlos cruzar la hierba húmeda y adentrarse en el bosque. Nueve de ellos avanzaban, tranquilos en su majestuosidad, llevando sus coronas. Uno de ellos me miró mientras avanzaba hacia los árboles oscuros.

Traje agua del arroyo, preparé café en el fuego y me quedé en la ventana de la cocina para beberlo. El cielo se tiñó de rojo salmón y la gran garza azul se acercó volando desde las marismas del arroyo. Al principio nunca reconozco la garza cuando vuela. ¿Qué es esa figura lenta y de alas anchas en el cielo? Entonces la veo, como una palabra en un idioma extranjero, como ver el propio nombre escrito en un alfabeto extraño, y al reconocerla la nombro: la garza.

Veranos de los cincuenta, veranos de los sesenta

Visitas de verano, visitas a casa, vacaciones universitarias, tomar el tren para atravesar el continente desde aquellas costas orientales cargadas de historia e industria, cargadas de humanidad, aquellas viejas ciudades, ancestrales, ensimismadas. El hogar del colegio al que llamaban madre nutricia, *alma mater*, aunque a Virginia le parecía un anciano, rico, famoso, un abuelo, un tío abuelo preocupado por grandes asuntos, apenas consciente de su existencia. En su generosa y opulenta mansión aprendió a vivir tranquilamente, una pariente pobre, una buena chica. Cada vez mejor. Pero los veranos el tren volvía a casa, a través de las praderas, por las montañas, lejos de su mundo, el oeste.

Un juez de paz los casó, a ella y a Dave. «¿Seguro que no quieres pedirle a tu madre que venga?», dijo él con seriedad. Ella se echó a reír y contestó: «Ya sabes que en mi familia no vamos mucho a las bodas». Pasaron la luna de miel en New Hampshire y Maine, en las casas de verano de los padres de él, de sus primos. Su beca le pagaba la matrícula, vivían de lo que ella ganaba mecanografiando y

editando tesis y trabajos trimestrales. La primera visita de Dave al oeste fue el verano en que estaba terminando su tesis.

La abuela se mudó a la casa de Hemlock Street con su madre para que la joven pareja pudiera tener la casa de Breton Head para ellos solos, «sin ancianas de por medio», les dijo. Para que Dave pudiera trabajar sin distraerse. «Los hombres no pueden trabajar en agujeros y rincones, necesitan un lugar para extenderse», dijo la abuela. Al cabo de uno o dos días, Dave trasladó la mesa de trabajo de roble de la ventana oeste del piso de abajo y la colocó contra una pared interior. Dijo que lo distraía ver el mar cuando levantaba la vista de su escritura, que lo perturbaba tenerlo en la dirección equivocada. «El sol no se pone en el mar, me alegraré de volver a la realidad», dijo. «Hay un paisaje estupendo ahí fuera», decía cuando volvía a su mundo. Espacios amplios, justo entre las orejas. «Mi mujer es de "Origón"», lo decía como si fuera una palabra extranjera. Era gracioso, entrañable para ella, que no supiera pronunciar el nombre de un estado de la unión. «Pensaba que se decía Shiniktaddy hasta que fui al este», dijo ella. Era increíble. Cualquiera sabía pronunciar Schenectady. No tenía gracia.

Verano, mañanas de verano despertando en la amplia cama ante la amplia ventana del dormitorio oeste, lo primero a este lado del sueño era el cielo sobre el mar. Y durante el sueño y la vigilia, el sonido del mar que roncaba y arrullaba las rocas bajo Breton Head, un sonido incesante y pacífico. Dave escribía hasta tarde, siempre se quedaba despierto hasta las dos o las tres, porque para él no era verdadero trabajo, a menos que convirtiera la noche en día, que reorganizara el mundo a su medida. Se acostaba a oscuras, emocionado por la escritura, lleno de una tensión seca y eléctrica que la despertaba a ella. En la oscuridad, despierta, Virginia lo arrastraba hacia el latido del mar, el vaivén de las mareas, y luego el largo arrullo y el silencio hacia el sueño, el sueño juntos, juntos. Los pájaros la despertaban con insistentes coros al amanecer. Salía en cuanto amanecía. Aquel verano vio pasar al alce dos veces entre el bosque y la casa. El sol salía tarde por encima de la cordillera de la

costa, desde los desiertos, las praderas, las viejas ciudades. Más tarde, a las diez o las once, Dave bajaba, se sentaba mudo con la taza de café en la mano, se levantaba despacio, se ponía a trabajar en la mesa que daba a la pared, escribiendo y reescribiendo su tesis sobre «Imaginería de la civilización en Pound y Eliot». Llamadas telefónicas a su director de tesis, horas enteras, pánico por una nota a pie de página perdida. Ella era perezosa, se entregaba al sol y al viento, paseaba por la playa, hacía mermelada de ciruelas silvestres, jugaba a las tareas domésticas en casa de su abuela. Cuando escribía algo lo dejaba a un lado sin terminar. Escribir era desleal. Su trabajo minaría y drenaría la energía que debía ser suya para su duro, su importante trabajo.

Pasaron tres años hasta el siguiente verano en casa. Dave había aceptado el trabajo en Brown, rechazando el de Indiana, mejor pagado. «No quiero tomar un camino secundario», dijo él, y ella estuvo de acuerdo, aunque cuando visitaron Bloomington para su entrevista, su corazón había anhelado el lugar, las altas arboledas del campus donde las luciérnagas parpadeaban en la dulce oscuridad del interior. Seguía siendo un sueño. La realidad estaba al este, pero él sabía que ella añoraba su hogar.

–¿Qué tal esa excursión alrededor de Tillamook Head este verano?

–La hice por encima. No puedes rodearlo, te caerías al mar.

Era la excursión que siempre habían dicho que harían, el verano de la disertación.

–Vamos. ¡«Origón» o nada! –dijo, y condujeron hacia el oeste desde las viejas ciudades, a través de las praderas y los desiertos y a través de las montañas, hacia el oeste con el sol, en el Mustang de segunda mano, aquel pequeño coche fiable. La abuela se quedó en su propia casa, esta vez, para que la visitaran, cocinando magníficas cenas para ellos, salmón escalfado con mayonesa de eneldo, *boeuf bourguignon*[2], truchas pescadas en Klatsand Creek a una hora y ya fritas a la siguiente.

–Cuando mi marido dirigía el hotel de San Francisco, aprendí a cocinar con la cocinera francesa –les explicó.

–Dios, es maravilloso –susurró Dave.

Durmieron en la casita de Hemlock Street, en la que había sido la habitación de Virginia durante toda su vida de niña, donde una cesta india, un espejo con fondo de marfil y una bandejita de cristal verde descansaban sobre el sifonier de cubierta de mármol. Caminaron por las playas y recorrieron todos los senderos de la cordillera de la costa. Dave estudió mapas y fijó objetivos. Le dijeron que por ese lado de Saddle Mountain no se podía bajar, así que encontró la forma. Triunfó, conquistó, ganó el oeste. Ella lo siguió, Sacagawea.

–No he visto al alce ni una vez este verano –dijo la semana antes de irse.

–Los cazadores –le explicó la abuela–. Y la tala.

–¿Alce? –dijo Dave.

Les preguntó a los chicos de la estación de servicio dónde estaban los alces. Condujo por todas las carreteras secundarias de las que le habían hablado. Fue por la montaña Neahkahnie y bajó por Nehalem Spit hasta que se acabó la carretera. Recorrieron las largas dunas por encima de las marismas entre el río y el mar.

–¡Allí! ¡Allí! –gritó, exultante, mientras las sombras coronadas se mecían hacia las sombrías marismas. Había atrapado al alce y se lo había entregado. Regresaron a casa en el pequeño Mustang gris por la montaña Neahkahnie; la carretera giraba sobre el mar crepuscular. Su madre les había preparado la cena: jamón frío y ensalada de tres judías.

–Háblame de las luciérnagas –le dijo su madre a Dave. Él la trataba como si fuera una niña, y ella le hablaba como si lo fuera, con confianza.

–Las llamábamos gusanos de luz –le explicó él–. Si metías muchas en un tarro, al cabo de un rato empezaban a encenderse y apagarse todas juntas.

Hablaba de su infancia como si fuera algo que hubiera ocurrido hacía mucho tiempo, como si ya no hubiera luciérnagas.

Lily escuchaba con su dulce docilidad.

–Solo sabía el nombre. Luciérnagas.

–Nunca llegaron a cruzar las Rocosas –dijo Virginia.

–Sí. Eso está en tu poema –le contestó su madre.

–«Chispas» –exclamó Virginia, sobresaltada.

No sabía si su madre había leído el libro, que estaba como nuevo en la estantería del salón. Había sido galardonado con el premio Yale Younger Poets.

–Yale, ¿eh? –había comentado Dave.

La casa de verano, un par de años después, el verano en el que lloró. Eso fue todo lo que tuvo de ese verano, lágrimas. Lágrimas lloradas a solas en la pequeña y oscura habitación, su habitación. Lágrimas lloradas a solas en la playa al atardecer, tragadas mientras caminaba. Lágrimas lloradas a solas mientras lavaba almejas al vapor en el fregadero de la casa de la abuela; lágrimas tragadas, escondidas, secas. Lágrimas invisibles. Lágrimas secas, evaporadas hasta convertirse en cristales de sal, que le picaban en los ojos y le apretaban la garganta hasta un dolor interminable. Bocanadas de sal. El silencio. El verano del silencio. Dave llamaba todas las noches desde Cambridge para hablarle de los apartamentos que había mirado, del apartamento que había encontrado, de cómo iba su libro, el libro sobre Robert Lowell. Había insistido en que pasara el verano en el oeste. Le había dado «Origón». Ella necesitaba descansar, animarse. «El verano en Cambridge es terrible, caluroso, húmedo», le explicó. «¿Estás escribiendo?», le preguntó, y ella le dijo que sí, porque él deseaba tanto regalarle también su escritura. Cada noche él llamaba y hablaba y ella colgaba y lloraba.

Su madre se sentaba en el pequeño jardín trasero. Entre los grandes rododendros que había bajo la ventana de la habitación y la valla que sostenía un viejo rosal silvestre había una franja de hierba,

y sobre ella Lily había colocado dos sillas de jardín. El aire del atardecer estaba cargado con el aroma de las rosas. El viento soplaba cálido desde el noreste, desde la tierra. «En el interior hacía mucho calor esta semana», decían. Incluso aquí hacía calor dentro de la casa. «Sal y siéntate», había dicho su madre, así que cuando terminó de llorar en su oscura y pequeña habitación se lavó la cara, se quitó la sal y salió. Su madre hacía honor a su nombre, de un blanco tenue en el crepúsculo entre el rosal y los rododendros oscuros. No había luciérnagas, pero su madre dijo:

–Antes había ángeles. ¿Te acuerdas de ellos, Virginia?

Ella negó con la cabeza.

–En la hierba, en los árboles. Hablabas con ellos. Yo nunca pude.

El viento de tierra se llevaba el sonido del mar. Aunque la marea estaba alta, justo por encima de las dunas de Hemlock Street, apenas les llegaba el rumor de las olas esta noche.

–Una vez les preguntaste: «¿Qué hace Dinya?».

Ella se echó a reír. Empezaron las lágrimas, pero lágrimas de agua dulce, fluidas, profusas. Ella se las bebió.

–Madre, todavía no lo sé.

–Oh, bueno, sí –dijo Lily–. ¿Por qué no te quedas aquí, en Oregón? Dave podría conseguir trabajo en una de las universidades, estoy segura.

–Ahora es profesor adjunto en Harvard, mamá.

–Ah, sí. Hace años que no me llamas «mamá», ¿verdad?».

–No. Es solo que quería hacerlo. ¿Está bien?

–Sí. Nunca me pareció que «madre» fuera lo correcto.

–¿Qué te parecía que era lo correcto?

–Oh, nada, supongo. Nunca fui realmente una madre, ya sabes. Por eso fue tan maravilloso tenerte a ti, tener una hija. Pero siempre me sentí un poco incómoda cuando me llamabas «madre», porque no era verdad.

–Sí, era verdad, madre, mamá. Escucha. Perdí un bebé, tuve un aborto, a principios de junio. No quería decírtelo. No quería ponerte

triste. Pero ahora quiero que lo sepas.

–Ay, cariño –dijo con un largo, largo suspiro en el crepúsculo–. Ay, cariño. Ay, y nunca vuelven. Cuando ya se han ido.

–No pueden cruzar las Rocosas.

Verano en Vermont. El aire, una cálida manta de lana húmeda envuelta alrededor del cuerpo, doblada sobre la boca y la nariz, suave, sofocantemente suave y húmeda como el sudor. Una manta de sudor. Pero sin lágrimas, húmedas o secas, saladas o dulces.

–Es el egocentrismo lo que me preocupa –dijo Dave–. Pensé que teníamos una relación, una asociación, una bastante extraordinaria. De repente parece que hay todas esas cosas que quieres y que no has tenido, pero no sé cuáles son. ¿Qué es lo que realmente quieres, Virginia?

–Eso es lo que nunca sabremos –citó ella sin amabilidad; se había vuelto antipática, injusta–. Quiero terminar la carrera y enseñar.

–¿Abandonas entonces la idea de escribir?

–¿No puedo escribir y enseñar? Tú lo haces.

–¡Si pudiera tomarme algún tiempo libre solo para escribir! Da la sensación de que estás intentando tirar por la borda aquello por lo que la mayoría de los escritores matarían: tiempo libre.

Ella asintió.

–Por supuesto, la poesía no requiere el tiempo que requiere la escritura profesional. Bueno, supongo que lo que debes hacer es ir a Wellesley y asistir a algunos cursos.

–Quiero matricularme en una carrera. Me gustaría hacerlo. –Era imposible, por supuesto, era imposible decirlo, pero ella lo dijo–: En el oeste.

–¿Un programa de grado? ¿En el oeste?

Ella asintió.

–¿Quieres decir ir a alguna universidad de allí?

–Sí.

–Virginia, sé racional –dijo él con una risa desconcertada–. Doy clases en Harvard. No esperarás que renuncie a eso. Pero ¿quieres ir a una escuela de posgrado en algún lugar del oeste? ¿Qué pasará con nosotros?

–No lo sé.

Desagradable, injusto. Las colinas redondas y cercanas se acurrucaban sobre la cabaña. El cielo húmedo yacía sobre las colinas como una manta húmeda, una manta eléctrica. Los relámpagos de calor parpadeaban y llameaban en las nubes. El trueno nunca habló.

–¿Estás dispuesta a tirar por la borda toda mi carrera?

Desagradable, injusto.

–Por supuesto que no. Además, tu carrera ya no depende de mí.

–¿Cuándo ha dependido de ti?

Ella se quedó mirándolo fijamente.

–Cuando estabas en la universidad, cuando yo trabajaba... –Él se quedó en blanco–. ¡Acabas de decir que éramos una sociedad! Yo trabajaba. Yo me dedicaba a mecanografiar, a editar tu tesis...

–¿Eso? –Se quedó callado un momento–. ¿Te parece que no se te ha compensado por todo eso?

–¡No! Nunca lo había pensado así. Pero terminaste la carrera. Y ahora yo quiero hacer lo mismo. ¿Acaso es injusto?

–Quieres tu parte, ¿eh? No, no es injusto. Supongo que es que simplemente no me lo esperaba. Creía que te tomabas más en serio lo de escribir. Bueno, escucha. Si esto es realmente tan importante para ti, a estas alturas, puedo mirar las posibilidades de meterte en el programa de posgrado de Radcliffe. Puede que haya un poco de runrún, pero mientras no reciba ninguna señal de que hay peligro…

–¿Qué puedo decir que seas capaz de oír?

Terminó su cerveza y dejó la lata en el suelo de la cabaña, y se quedó en silencio. Por fin habló con mesura, pensativo, paciente.

–Intento comprender qué es lo que quieres. Lo que siempre has dicho que querías era tiempo para escribir. Ahora lo tienes. No tienes que trabajar, ya hemos superado esa etapa. Ciertamente no

necesitamos el dinero que ganarías enseñando, si obtuvieras un título. Y no escribirás mucha poesía en la universidad, ya sabes. Pero creo que entiendo por qué crees que debes terminar. Una especie de punto moral, una especie de cierre. Pero ¿no es realmente el síndrome del ama de casa suburbana? Mujeres que no tienen nada que hacer, volviendo a la escuela para «superarse» o, Dios nos ayude, «expresarse». Todo eso está bastante por debajo de tu nivel, ¿sabes? Y utilizar el doctorado como una forma de pasar el tiempo antes de tener hijos... –Se encogió de hombros–. Así que lo que sugiero es que te tomes un mes este otoño, en la playa, en Maine. Tómate todo el semestre, si quieres. Escribe. Puedo visitarte los fines de semana. ¡Pero no te tomes como un juego el asunto de la graduación, Virginia! Las mujeres siguen haciendo eso, y lo siento, pero degrada el trabajo. Las becas, la universidad, no son un lugar donde pasarlo bien, un patio de recreo.

Ella se quedó mirando la lata de cerveza que tenía en la mano.

–Más bien un campo de batalla –dijo–. Rojos en diente y garra, los profesores.

Él sonrió.

–Si lo ves así, ¿por qué quieres unirte a la refriega?

–Para conseguir mi carné sindical.

–¿El doctorado? ¿Para qué?

–Para poder conseguir un trabajo de profesora.

–Puedes enseñar escritura creativa sin el título, ya sabes.

–No respetas los cursos de escritura creativa. Lo has dicho a menudo. ¿Por qué dices que podría enseñarlos?

–Porque son cursos de guardería –dijo, y se levantó para ir a la nevera de la otra habitación de la cabaña. Mientras hablaba abrió el frigorífico, sacó una lata de cerveza, la abrió y volvió a sentarse en el sillón de mimbre junto a la puerta mosquitera. No habían encendido ninguna lámpara y la habitación estaba casi a oscuras. Los mosquitos zumbaban en las mosquiteras.

–Si quieres jugar, vale. Pero no lo conseguirás en el lado adulto de la valla, Virginia. Las reglas son diferentes. Lo has tenido fácil. El

premio de Yale te ha caído del cielo. Además, al ser mi esposa, hay unas cuantas puertas que se te han abierto. Puede que no quieras reconocer por qué ciertos revisores se han tomado tu trabajo tan en serio, por qué algunos editores son tan receptivos. No tienes por qué. Puedes escribir tus poemas y jugar con la realidad; ése es tu privilegio como artista. Pero no intentes sacar esa actitud del parvulario. Donde me ha tocado vivir, el éxito no es cuestión de un premio o dos. Es el trabajo duro de toda una vida. No hay nada, nada que te den así como así. Te lo ganas. Así que, por favor, no empieces a fastidiar todo lo que he construido para nosotros por algún tipo de inquietud o por sentirte «insatisfecha». He oído a tus amigos artistas hablar de lo que llaman «el grupo de poder del este». Eso es palabrería, ya sabes. Si yo no formara parte del verdadero grupo de poder de las letras, ¿de verdad te crees que habrías conseguido que tu último libro se publicara donde lo hizo? Estás metida en una red de influencias. El éxito depende de ello, y rebelarse contra ello, o negarlo, es simplemente una irresponsabilidad infantil. Hacia mí.

–Mi último libro fue un fracaso –dijo en voz baja, sin suficiente aliento–. Un aborto, metido en un carrito para bebés. No niego nada de eso. Lo único que quiero es dejar de ir mal. Quiero ir bien.

–¿«Ir» o «hacerlo»? –preguntó él con suavidad, inquisitivo, ladeando la cabeza–. Estás muy alterada, Virginia. Estás dejando que la insatisfacción con tu trabajo y esta mala suerte con los abortos, te depriman. No me gusta verte tan infeliz. Prueba con mi idea. Vete a Maine, vete a escribir, vete a descansar.

–Quiero esforzarme por sacar un título. En la costa oeste.

–Eso has dicho. Intento entenderlo, pero creo que no puedo. ¿Se supone que tengo que renunciar a un puesto fijo en el Departamento de Inglés de Harvard para ir a dar clases de primer año en una universidad en medio de los cactus porque a ti se te ha antojado hacer un doctorado en la universidad del quinto pino? ¿Cómo voy a entender algo así? ¿Has hablado con tu madre últimamente? Esto parece una de esas visiones suyas del mundo

real. En serio, Virginia, creo que tengo derecho a pedirte que te pienses muy bien lo que me estás pidiendo antes de someter nuestra relación a una tensión como esta.

–Sí.

–¿Sí, qué?

–Sí, tienes ese derecho.

–¿Y bien?

–Funciona en ambos sentidos, ¿no?

–¿El qué?

–Una relación. No puedo respirar, Dave. Te estás quedando todo el oxígeno. No soy un árbol. Intenté inhalar nitrógeno y exhalar oxígeno, como hacen los árboles, intenté ser tu olmo, pero pillé la enfermedad holandesa del olmo. Voy a morir si sigo intentando vivir aquí. No puedo vivir de lo que exhalas. Ya no puedo producir tu oxígeno. Estoy enferma, tengo miedo de morir, ¡siento que eso ponga en tensión nuestra relación!

–De acuerdo –respondió él como si cayera una cuchilla. Se puso de pie, mirando a través de la mosquitera, llenando la puerta –. De acuerdo. Sin metáforas poéticas. ¿Qué es lo que quieres, Virginia?

–Quiero hacer mi doctorado en una escuela del oeste, y luego dar clases.

–No has oído nada de lo que he dicho.

Se quedó callada.

–Dime qué es lo que quieres –insistió él.

Veranos, pedazos de veranos, trozos y retazos, cuando ella venía de Berkeley durante una semana o dos, después de la sesión de verano y antes del trimestre de otoño, y dormía. Eso era todo lo que tenía de esas semanas, dormir. Dormir en la playa al sol, en la hamaca a la sombra en Head, en la cama de su habitación. Dormir y el sonido del mar.

Y después de eso, el verano, el largo, amplio, gran verano en el que se quedó con la abuela en la casa de Breton Head porque

estaba escribiendo su tesis.

–No puedes soltar todos tus libros y papeles por esa casita diminuta. Necesitas un lugar para ti sola para trabajar –dijo la abuela.

–Eso es lo que dijo Virginia –dijo Virginia.

Pero dormía tres o cuatro noches a la semana con su madre en Hemlock Street. Se levantaba temprano esas mañanas y bajaba a la playa para caminar hasta Wreck Point y volver, caminando junto a las olas pensando en *Las olas*, caminando toda la mañana pensando en *Los años*, cantándole tonterías al mar. Luego subía a pie o en coche por el camino de tierra hasta la casa de Breton Head, la casa de piso ancho, la amplia mesa de roble bajo las ventanas que daban al mar por donde se ponía el sol. Escribía su tesis. Escribía poemas en los márgenes de los cuadernos, en el reverso de las fichas.

–Entonces, no es hijo de Dave.

–Hace tres años que no lo veo, abuela.

La abuela parecía inquieta. Se sentó encorvada en la silla Morris, se retorció, y se mordisqueó la uña del pulgar como si fuera una adolescente.

–Lafayette y yo vivimos separados durante doce años –dijo al cabo de un rato tras sentarse erguida y hablando con bastante formalidad–. Me pidió el divorcio cuando quiso volver a casarse. Pero creo que, si hubiera habido otro hombre, yo misma habría pedido el divorcio. Sobre todo, si iba a haber un niño.

–Dave no quiere el divorcio. Se ha estado acostando con una chica, una estudiante, y creo que piensa que si se divorcia tendría que casarse con ella. De todos modos, si todavía estoy casada cuando lo tenga, el bebé es «legítimo». A diferencia de su madre. No quiero ser descarada, abuela.

–Eso cambia las cosas –dijo su abuela sin ninguna emoción en particular.

–Conocí al… al padre esta primavera en Fresno. Vive allí. Está casado. Tiene una hija, nació con una afección que se llama espina bífida. Está bastante mal. Él y su esposa se dedican por entero a

cuidarla. No quieren meterla en ninguna institución. Ella responde emocionalmente, según él. Se llama Jake, Jacob Wasserstein. Enseña Historia Moderna. Es un buen hombre. Muy amable. Siente un montón de culpa por su hija y su esposa. Es un especialista en culpa. Enseña la Segunda Guerra Mundial, los campos de concentración, la bomba atómica.

–Así que él...

–Sabe que estoy embarazada. Lo vi en junio, justo antes de venir a casa. Se siente muy culpable y muy feliz a la vez, justo lo que más le gusta. No quiero decir que fuera intencionado. El diafragma estaba roto.

Dejó de hablar y notó cómo se le enrojecían la cara y la garganta. Falso, superficial, todo. Sintió la profunda resistencia de su abuela, pero no desaprobación, ni juicio, sino resistencia: un muro. Se sintió fuera del muro, endeble y charlatana, barata. «Nada en la vida de Jane Herne ha sido barato», pensó.

–Entonces… –dijo Jane Herne, buscando palabras–. ¿Cómo vas a arreglar... tu enseñanza en el sur de California?

–Lo he hablado con el director. Me van a dar el trimestre de primavera libre. Están siendo muy amables. Aquí es donde estar casada es útil. Es necesario, en realidad. Pero me puedo divorciar después. Ya que lo hablo contigo, creo que lo que debo hacer es decirle a Dave que quiero el divorcio. Y poner una demanda si no está de acuerdo. Por Dios. Espero que esté de acuerdo.

–Está bien –respondió ella con rigidez. Después de una pausa, añadió con más tranquilidad–: Por lo general, consigues lo que quieres, Virginia. Asegúrate de quererlo.

Se lo pensó un rato.

–El bebé. Y el trabajo en la UCLA. Eso es lo que quiero. Y el próximo libro de poemas. Y el Premio Pulitzer. ¿De acuerdo?

–Bueno, te ganarás lo que consigas. Siempre lo has hecho.

–El bebé no. Supongo que me salió gratis. ¿Qué piensas?, ¿es hora de un niño en esta familia?

Jane Herne miró por la ventana oeste hacia el cielo sobre el mar.

–No te los ganas. No te pertenecen.

Fanny, 1918

Mi bebé gordo y dulce, mi soleado Johnny, niño bueno, niño seguro, nunca hiciste ningún daño. Nunca fuiste una preocupación para mí, y nunca me preocupé por ti. Mi niño no tiene problemas. Un tipo amable y estable, y todos lo saben, a todos les cae bien Johnny Ozer. Incluso cuando vi las terribles fotos en la revista solo pensé en esos pobres desconocidos. Tan lejos. Todas las caras sonrientes en la estación de Portland, los jóvenes en las ventanillas del tren sonriendo, agitando las manos, agitando los sombreros, todas las chicas guapas saludando. Las historias sobre los donjuanes, y los chistes, y las canciones alegres, allá, allá, los tambores retumbando allá. Será bueno para Johnny, un año o dos en el ejército, ver mundo. «Que se endurezca un poco, tienes un niño de mamá, Fanny, déjalo ir, haz de él un hombre», dijo Will Hambleton. Un hombre en una zanja en el barro ahogado hasta morir por gas venenoso. Nunca dije que no fueras. Nunca dije que no fueras. No lo sabía, pero ¿por qué no lo sabía? ¿Por qué no temí por él? ¿Por qué no temí el mal?

Perdí a mi hijo. Eso dicen. Perdió a su hijo. Como si fuera algo que poseía, un reloj. Perdí mi reloj. Perdí a mi hijo. Fui descuidada, fui una idiota. Pero no puedes quedártelo. No puedes ponerlo en tu bolsillo, prenderlo a tu vestido. Tienes que dejar que se vaya. Con la hermanita Vinnie, junto al estanque, en la calurosa mañana, haciendo pasteles de barro, como los llamábamos, moldeando la pegajosa arcilla de la orilla del estanque en figuras, caballos, casas, hombres. Los dejaban a secar en la orilla embarrada. Los olvidaban, se empapaban de agua, y se convertían en barro de nuevo. Volví por la tarde y solo había bultos y manchas de barro sobre el barro, sin forma, ya no eran hombres. Haz un hombre, haz un hombre de él.

Mujer tonta, no perdiste a tu hijo. Lo tiraste a la basura. Lo dejaste ir, lo enviaste, lo olvidaste y se convirtió en barro.

Las manos rojas y nudosas, la forma en que inclinaba el hombro. Su voz suave. Era un chico brillante y dulce. Se habría hecho un hombre, un buen hombre, uno de verdad.

Oh, Servine, lo siento. Lo siento, Servine, te habría hecho sentir orgullosa.

Estaba loco por ponerse ese uniforme. Pensó que con eso bastaría. Eso dijeron todos. ¿Cómo podía saberlo? ¿A los veinte años? Debería haberlo sabido. Pero no temía el mal. No le dije que el uniforme no lo haría. «Hazlo tú mismo, John Ozer». Temía por sus pulmones, allí en el valle polvoriento, en la granja lechera, por eso vine aquí a Klatsand. Cuando era pequeño se reía y tosía y tosía. Temí por sus pulmones y le dejé respirar gas venenoso. Ahora no puedo respirar. Quiero decirle que tema el mal. «Teme el mal, mi buen hijo». Demasiado tarde.

Jane, 1967

Miro la luz del techo, la luz en movimiento que brilla desde el mar. Viví mi vida junto al mar, esa gran presencia. Todos mis quehaceres estaban aquí, mis asuntos entre los demás del mundo, pero todo el tiempo estaba a mi lado, ese otro mundo.

Hice lo que la mayoría de nosotras hacemos, fingir que mantenemos nuestro propio mundo fuera, envuelto en nuestra piel, manteniéndonos a salvo, en la creencia de que no hay nada más que yo. Pero nuestro mundo nos atraviesa y nosotras lo atravesamos, no hay fronteras. Inhalo el aire mientras vivo, y lo exhalo de nuevo calentado. Cuando podía correr, corría por la playa y dejaba mis huellas en la arena. Todo lo que pensaba y hacía el mundo me lo daba y yo se lo devolvía. Pero el mar no se deja llevar. El mar no permite que se dejen huellas en él. Solo te sostiene si agitas los brazos y las piernas hasta agotarte, y luego te deja hundirte como si nunca hubieras intentado nadar. El mar es cruel. E

inquieto. Todas estas largas noches oigo su inquietud. Si pudiera llegar a las ventanas del este, podría mirar la cordillera de la costa, las montañas azules siempre con la misma forma. Dejan que la mente siga sus curvas contra el cielo igual que dejan que tus pies caminen sobre ellas. Y tumbada aquí observo las nubes, y no son inquietas, son tranquilas. Cambian lentamente, fundiéndose, hasta que la mente se funde entre ellas y cambia igual de silenciosamente. Pero el mar allá abajo golpea su blanca cabeza contra las rocas como un viejo rey loco, muele las rocas hasta convertirlas en arena entre sus dedos, se come la tierra. Es violento. No se queda quieto. En las noches más tranquilas oigo el mar. El aire es silencioso, a menos que el viento sople fuerte, y la tierra es silenciosa, excepto por las voces de los niños, y el cielo no dice nada. Pero el mar grita, ruge, silba, retumba, truena sin pausa y sin fin, y ha hecho ese ruido desde el principio del mundo, y seguirá haciéndolo para siempre y nunca se interrumpirá ni se detendrá hasta que se apague el sol. Entonces sí que será la muerte, cuando muera el mar; el mar que es la muerte para nosotros, la otredad indiferente. Imaginarse el mar en silencio es terrible. Me hace pensar que la paz cuelga como una gota de rocío, una burbuja de espuma, en el tumulto de las olas, que todas las voces cantan fuera del ruido sin sentido. Es el ruido que hace el tiempo. Los arroyos y los ríos cantan corriendo hacia el mar, cantando de nuevo en el ininterrumpido ruido sin melodía que es lo único constante. Las estrellas ardiendo hacen ese ruido. En el silencio de mi ser ahora lo oigo. Las células de mi cuerpo arden con ese ruido. Me tumbo aquí y voy a la deriva como una gota de rocío, una burbuja de espuma, por la playa de luz. Corro, corro, ¡no puedes atraparme!

Lily, 1943

Cuando Edward Hambleton era pequeño, me quería y yo lo quería a él, el pequeño Enano, que corría hacia mí con la cara roja y sonriente, gritando «¡Hola, Willy!» con todas sus fuerzas. Creía que

me llamaba Willy. Supongo que por oír cómo a su padre lo llamaban Will. Yo le llamaba Little Buddy. Y es mi hermano de verdad. May y los Hambleton llaman a su bebé Stoney, pero se llama Winston Churchill Hambleton. Cuando llegó antes de tiempo, llamaron por teléfono a Edward a Fort Ord, y él dijo: «Ponle Winston Churchill. Un niño necesita un buen nombre en tiempos como estos».

Estamos en tiempos oscuros. Cuando mamá, Mary, Lorena Weisler y Hulse Chock se sientan a hablar después del noticiario sobre el Teatro del Pacífico, las ciudades en Italia, pienso que vivimos en un mundo que se ha oscurecido y que solo la radio conecta a la gente, y nosotros aquí, al borde del mar, donde está la guerra. Con el apagón, la ciudad está tan oscura por la noche como si aquí únicamente hubiera bosque otra vez. Como si la ciudad nunca hubiera existido y solo existiera el bosque al borde del mar.

Estos son días oscuros. Mamá dijo eso una vez sobre la otra guerra, sobre mi tío John, que murió en Francia. «Esos fueron los días oscuros», dijo. No puedo recordarle, solo una sombra que se encuentra entre mí y las ventanas de poniente de la casa de alguien, alto y risueño. Y recuerdo ir a caballo con alguien que caminaba a mi lado sosteniéndome, y mamá dijo que debía de ser el tío John, porque trabajó en la caballeriza durante un tiempo, y me daba paseos en un viejo poni por el patio. «Y cabalgaba como el viento por la playa», dijo. Tenía veinte años. Estaba en las trincheras, así se decía entonces. Edward tiene ahora veintidós años. En el Teatro del Pacífico Sur. Como un actor en un escenario oscuro. No ha visto al bebé. Me pregunto si estará muerto. Dicen que pueden pasar semanas antes de que te enteres. Dicen que llegan cartas de hombres que han muerto, a veces después de semanas o meses.

Es inútil quererlo. Es como una carta de un hombre muerto. Es inútil que quiera a nadie más que a mi madre, a Dinnie y a Dorothy. Sé que Dovey Hambleton me odia por vivir aquí. Nos decimos: «Buenos días, Lily»; «Buenos días, Dovey». Todos estos años. Nunca le habla a Dinnie. Los otros hijos de Dicky están en Texas, hablaba de ellos con Lorena en la tienda, pero paró cuando entré. Son las

hermanas de Dinnie, sus otras nietas. Esas palabras son como cuchillos: «hija», «nieta». No las digo. Me cortan la lengua. Digo «madre», pero a menudo me corta la lengua al decirla. Solo está Dorothy, mi amiga. Nunca dejó de ser mi amiga. Es una palabra tan dulce como la leche.

El pelo de Dorothy se está volviendo rubio, así que ahora se lo tiñe de rojo. Desde que tuvo a sus bebés, el cuello y los tobillos se le han vuelto gruesos. No se mueve como se mueven las chicas, ligeras y libres, como Dinnie, que va por la calle toda piernas y coleta. Dorothy era así cuando jugábamos junto al arroyo, cuando jugábamos a las casitas toda la tarde, a las bodas con nuestras muñecas. Ahora es pesada, abierta y lenta, como una vaca roja, hermosa. Lo sabe todo. No se preocupa. No le preocupa que Cal y Joe estén en la guerra. Para ella la guerra no es como un teatro negro vacío, sino más bien como una obra en construcción, con hombres en camiones, ocupados. Cal tiene muchos menos problemas ahora que con la mujer del leñador de Clatskanie. ¡El ejército es el sitio más seguro para él! Y Joe está conduciendo un camión de lavandería en alguna base de Georgia. «Mi guerra es contra un millón de calzoncillos sucios», le escribió a Dorothy. Ella me lee sus cartas. Son divertidas, es un hombre amable. Lo echa de menos, pero en realidad no lo echa de menos, no lo necesita. Ella está completa. Como un mundo redondo. La quiero porque me mira desde su mundo redondo y me hace entrar, para que no esté en el borde, bajo el cielo abierto. No puedo caminar por la playa, bajo el cielo abierto, junto al mar, no desde que empezó la guerra. No desde los ángeles. Se han ido, pero todavía temo sus alas, ahí fuera. «Oh, Lily», dice, «deja de mirar. ¡Oh, Lily, eres la más loca! ¿Qué te parece, Lil, ese bebé mío es mono o es mono? Lily, quédate con los niños esta tarde, tengo que ir a Summersea. Lily, esa hija tuya, ¿es lista o es lista?». Dorothy puede decir todas las palabras. No tiene miedo. Ella es mi verdadero amor.

Jane, 1966

«Niña ángel», dice Lily cuando Jaye corre hacia ella con una pregunta o una flor. «¡Ven con Lily, ángel!».

Sus brazos son más delgados que los del niño.

Tengo setenta y nueve años y no tengo ni idea de lo que es el amor. Veo morir a mi hija y pienso que nunca fue para mí más que un corazón roto. Pero ¿por qué se rompe el corazón?

No lo entiendo. No distingo el bien del mal. Pensé que Lily se equivocó al quedarse en casa y no someterse a los tratamientos. Pensé que Virginia se equivocó al venir aquí para estar con ella. Dejó todo por lo que ha trabajado, la universidad, tirándolo por la borda. Dice que la contratarán a tiempo completo en el colegio comunitario de Summersea el año que viene. Dice que quiere eso. Quiere quedarse aquí. Pensé que estaba equivocada al tener ese hijo, el hijo de un hombre con el que ni siquiera quería casarse. Todo me pareció mal. ¿Y yo qué sé? No podría haberme arreglado sin ella. No puedo cuidar de Lily. No puedo levantar los brazos. No puedo coger al gato, tengo que esperar a que salte a mi regazo, vamos, el viejo *Punkin*, y se burla de mí, se sienta y se lava la cara primero. Y esa enfermera. La enfermera del cáncer.

Dicen la palabra directamente, ahora. Nunca lo hubo en la familia, salvo por lo que me contó mamá: a su madre, en Ohio, se le había enganchado lo que parecía una semillita pegada en el dedo del pie, y se la quitó sin pensarlo mucho, y sangró toda la noche, de modo que las sábanas quedaron estropeadas. Pero ella nunca lo entendió, ni mamá, ni yo.

No soporto a esa mujer. «La medicina los atonta», dice, o «no saben lo que es mejor para ellos», delante de Lily, ¡como si Lily fuera un bebé o una idiota! Pero es fuerte y sabe lo que hace, supongo. Y Lily es paciente con ella. Paciente con todos, con todo. Siempre. Lily me avergüenza.

Respiro libre cuando Virginia entra con el niño y la enfermera se va. Por las noches, los cuatro, Jaye dormida y Lily dormitando, Virginia y yo nos sentamos a hablar, o ella califica sus trabajos, o

jugamos al *cribbage*. Generalmente gano yo. Es una cosa que a Virginia no se le da bien. La otra noche le dije: «Ganas premios de poesía, pero nunca intentes ganarte la vida jugando a las cartas».

Lily hizo bien en querer morir en su propia casa; Virginia hizo bien en dejarla. Yo no la quería aquí. No quería a mi hija aquí para verla morir. O vivir. Pero ella no quería venir aquí. Nació en la ciudad, pero ha vivido en la casa de Hemlock Street. Nunca estuvo fuera más de una semana, salvo por aquel viaje a la Feria Mundial, antes de la guerra. Pero su hija vivirá aquí, en esta casa, mi casa. La hija fue concebida en la cama en la que la madre se está muriendo. En esa pequeña habitación. Los arbustos de rododendro fuera de la ventana. Virginia me contestó directamente, como suele hacerlo: «Sí, sí, si me dejas la casa en Breton Head viviré allí», dijo. «Me encanta Los Ángeles, pero tengo trabajo que hacer, y lo hago mejor aquí». «¿Y tu trabajo como profesora?», le pregunté, y ella me contestó que lo haría tan bien aquí como allí, y se echó a reír. «Si me dejas la casa, viviré en ella y Jaye crecerá en ella».

Eso me gusta. Ella me gusta. Se parece a Lafe, por cómo lleva la cabeza. Mira de reojo, sus ojos brillan. Pensé que se había equivocado al dejar que Lily se saliera con la suya, al tener al niño, al venir aquí a vivir, pero supongo que pensamos que cuando una mujer es libre, se equivoca.

Echo de menos mi libertad. Cuando corría por la playa, hasta Wreck Point, descalza, sola.

Mientras hablábamos, cuando Edward vino ayer, pensé que esto es lo más cerca que estoy de correr por la playa estos días. Hablar con Virginia, hablar con Edward. Cuando hablamos, sigo en movimiento. Como si la mente fuera una playa, la larga arena vacía, las olas, el cielo. Virginia y yo hablamos de la gente, de estudiantes y profesores de su universidad, de escritores que conoce cuando viaja a sus premios y reuniones, de gente del pueblo de aquí, de gente que yo conocía. Le gusta oír hablar de la ciudad cuando yo era pequeña y de los años de San Francisco. Pero eso es un cuento de hadas para ella. Edward no es mucho mayor que Virginia, pero tiene

una mente vieja. Tal vez fue por estar en la guerra. Pero incluso de niño era reflexivo. Virginia vuela, vuela como una garza, a menudo no puedo seguirla. Edward avanza tratando de ver su camino, tratando de pensar las cosas, tratando de saber lo que es correcto. Ella es libre; él busca su libertad. Admiro eso en él. Y un hombre con el que una mujer puede hablar sinceramente es un hombre poco común. Edward tiene toda la honestidad en la familia Hambleton.

De vez en cuando me detengo y digo, con palabras, en mi mente: «Edward es tío de Virginia por sangre». Y me pregunto si alguna vez piensa en eso. Nunca hemos hablado de ello.

Jamás hablé con Will Hambleton desde ese día. El día que me lo dijo.

Veinte años. Me lo crucé diez mil veces en Main Street. Como si pasara al lado de un perro, nada.

Aprendió pronto a enviar a otro a la oficina de correos, a Wanita o a Edward o a uno de los dependientes de la tienda, a por el correo o a comprar sellos o enviar paquetes. Yo no lo atendía. Si entraba, me iba atrás hasta que se fuera. Me quedaba allí. Al principio me ardía la cara, luego no me costó nada. Buscaba algo que hacer hasta que se iba. A veces entraban otras personas mientras estaba allí de pie, y yo les hablaba, les pedía que esperaran o que volvieran más tarde. Sé lo que la gente de aquí pensaba de la loca de Jane Herne en la oficina de correos, guardando rencor durante veinte años, fingiendo que un hombre no existe; y de Will Hambleton, que es dueño de la mitad de la ciudad. No digo que tuviera razón. No digo que estuviera equivocada. Estaba haciendo lo que podía. Will Hambleton educó a su hijo mayor para hacer el mal y lo recompensó por hacerlo. Podría haber perdonado al chico, supongo, si hubiera tenido alguna razón para ello. Pero no al hombre. No veo ninguna razón para perdonarlo.

Hice lo que pude, y no fue nada. ¿Qué se puede hacer ante el mal sino rechazarlo? No fingir que no está ahí, sino mirarlo, conocerlo y rechazarlo. Castigo, ¿qué es el castigo? Vengarse, cosas de críos. ¡El Dios de la Biblia, la venganza es mía! Y luego se da la

vuelta y se va demasiado lejos, perdónalos porque no saben lo que hacen. ¿Quién lo sabe? Yo no lo sé. Pero he intentado saberlo. No perdono a una persona que no intenta saber, que no quiere saber si hace el mal o no. Creo que en su corazón saben lo que hacen, y lo hacen porque está en su poder hacerlo. Es su poder. Es su poder sobre los demás, sobre nosotros. El poder de Will sobre sus hijos. El poder de su hijo sobre mi hija. No puedo hacer mucho contra él, pero no tengo por qué saludarlo, o sonreírle, o servirle. Puedo darle la espalda. Y es lo que hice.

Virginia, 1972

Sigo eludiéndome a mí misma. Hay una forma. La niebla marina tomará cuerpo, forma: un brazo, el destello de un ojo, huellas en una línea sobre la marca de marea. Tengo que perseguir, porque la persecución crea la presa. En algún lugar de estas nieblas estoy.

El cuerpo no es la respuesta. Tal vez sea la pregunta. En la satisfacción del deseo sexual he encontrado al otro, no al que busco. Creí lo que decían todos los libros; aunque mis madres no lo decían, yo lo creía: el otro es la base. Pero no construí nada sobre esa base. Puede que fuera un suelo firme, pero era extranjero, el país del otro. Vagué por su reino, como una turista, haciendo turismo; como una extraña, desconcertada y asombrada; como una peregrina, esperanzada, adoradora, pero sin encontrar nunca el camino al santuario, incluso cuando leí las señales que decían «Amor», «Matrimonio», y seguí los caminos trillados por un millón de pies. Como un cruzado fracasado, nunca llegué al lugar sagrado. No construí ninguna fortaleza, ni siquiera una casa, solo refugios para una noche, tiendas de hojas y ramas, como un salvaje. Avergonzada, abandoné aquel país, su gran y viejo país, me embarqué como polizón, navegué hacia el nuevo mundo. Y allí busqué la nueva vida.

El cuerpo es toda la cuestión. ¿Qué puede ser más cuerpo de uno que su hija formada en su vientre, sangre, carne, ser? Buscaba

mi ser en el suyo antes de ser concebida, y así la concebí, imaginándome la pequeña encarnación que podría puramente acariciar. Pero cuando se movió por primera vez en mí, supe que no era mía. Era la otra, la otra vida, más puramente otra que ninguna otra, porque si no lo fuera, si no me fuera confiada ninguna carga, ¿cómo podría sencillamente apreciarla?

Así que ella nació de mí en esa última y larga oleada de dolor indecible, y ahora corre libre. Vuelve, vuelve a casa, a casa a las cuatro de la tarde, leche y una galleta, podemos jugar junto al arroyo, nunca se ha ido más de una noche ni más lejos que una excursión escolar, pero huye de mí. Siento cómo se estira la cuerda, el fino cordón de acero etéreo del que seguirá tirando tanto tiempo a lo largo de los años, tan fino, tan delgado que cuando se haya ido apenas sabré que está ahí, no pensaré en él durante semanas, tal vez, hasta que un tirón agudo me haga gritar el dolor en las raíces del vientre, el tirón y la torsión de la cuerda del corazón. Eso ya lo siento. Lo sentí cuando dio sus primeros pasos, no hacia mí, sino alejándose de mí. Vio un juguete que quería, se levantó, dio sus primeros cuatro pasos hacia donde estaba y cayó triunfante sobre él. Fue adonde quería ir. Pero no puedo correr tras ella. No debo perseguirla, convirtiéndola en mi presa. Ni siquiera es la carne de mi carne tras la que tropiezo, mi alma dando sus primeros pasos y cayendo de bruces, derrotada, con las manos vacías, berreando en busca de consuelo.

Oh, las imágenes, ¡cómo acuden y se apresuran a mí, consolándome, levantándome en sus brazos a alturas vertiginosas! Murmuran como voces que se oyen dentro de un pecho contra el que se aprieta mi oreja; «no llores, mi bebé, está bien, no llores».

Entonces, ¿son mis imágenes todo cuerpo? ¿Son alma? ¿Qué son estas palabras a las que he confiado mi esperanza de ser? ¿Me salvarán, igual que yo puedo salvar a mi hija? ¿Me guiarán en mi búsqueda, o me confunden y engañan, los brazos que hacen señas, los ojos que brillan, las risas en la niebla, una línea de huellas que

descienden hasta el borde del agua y se adentran en ella y no regresan?

Tengo que pensar que son verdad. Tengo que confiar en ellas y seguirlas. ¿Qué otra guía tengo que mis queridas imágenes, mis bellas palabras, que me hacen señas? «¡Cantad con nosotras, cantad con nosotras!», cantan, y yo canto con ellas. «Éste es el mundo», me dicen, y me dan una bola de cristal verde en la que se reflejan los árboles y las estrellas. Este es el mundo, digo, pero ¿dónde estoy yo en él? Y las palabras dicen: «¡Síguenos, síguenos!». Yo las sigo. La persecución crea la presa. Subo por la playa en la niebla desde el mar, hacia bosques oscuros. En un claro del bosque hay una anciana morena y bajita. Me da algo, una taza, un nido, una cesta, no estoy segura de lo que me da, aunque lo cojo. No puede hablarme, pues su lengua está muerta. Está callada. Yo estoy en silencio. Todas las palabras han desaparecido.

San Francisco, verano de 1939
Jane

La mitad de mi vida, desde que vi la niebla pasar a la deriva por el estrecho de Golden Gate. Han construido el gran puente rojo sobre el estrecho, y el puente doble sobre la bahía, y han hecho una isla llena de luces y flores y torres y fuentes en el agua, pero la niebla no es diferente. Llega brillando sobre la ciudad bajo el sol, como la cresta de una ola grande y lenta. Se rompe lentamente y el puente desaparece. La ciudad al otro lado del agua gris desaparece. La cima de la Torre del Sol desaparece. El agua gris se desvanece. En un luminoso silencio gris y frío caminamos, comiendo patatas fritas calientes, recién hechas, de un cucurucho de papel.

Llevé a la niña a la tienda City of Paris para comprarle un «auténtico vestido de San Francisco». Le había dicho que el espejo con fondo de marfil era de Gumps, y por eso teníamos que ir a Gumps. Le compré un buen cepillo con montura de plata. Aprendería a vivir allí enseguida. Mira de reojo y lo ve todo. Después de un día

en el hotel, podría haber sido una niña de ciudad, tranquilísima, cogiendo el tenedor en el restaurante, extendiendo la gran servilleta en su regazo: «¡Solo quiero agua helada, por favor!». Oh, es tan tranquila, esa Virginia.

Pero Lily, pobre Lily, pensar que nació aquí, en el hospital de la colina, ¡mi bebé de San Francisco, mi pequeña Francisca! Mira a su alrededor como una vaca salvaje. Tiene los ojos en blanco. Y su sombrero, oh, tierra, mi hija con un sombrero como ese. Lily no es mundana, es lo que es, y yo sí. Amo esta ciudad.

Si viera a Lafe Herne viniendo por la calle: pensé en él cuando pasamos por donde estaba el hotel Alta California. Si viera a Lafe bajar por la calle me giraría e iría con él. Aunque llevara del brazo a una mujer de Santa Mónica. Tiene dos brazos. Quiero decirle que nunca encontré a otro hombre aparte de él que valiera la pena. Merece saberlo. No es que significara mucho para él. Lo sentiría por mí, pensaría que lo lamenté, que cometí un error al dejarlo. No cometí ningún error. ¿Qué es el amor sin confianza? No cometí ningún error, pero me gustaría verlo girar la cabeza y mirarme, el destello de sus ojos. Me gustaría verlo. Ahora tiene sesenta años. Todo se ha ido. Parece un mundo aparte, el Alta California derribado, toda la calle Market reconstruida, y no es que quiera volver. No quiero. Lo que me gustaría es ver a Lafe Herne a los sesenta, y caminar con él por el hermoso camino entre los estanques de las fuentes y las flores arco iris de las plantas de hielo hasta la Torre del Sol. Mi brazo en el suyo, como solíamos caminar. Y ver los fuegos artificiales con él, como los vimos en el embarcadero, el 4 de julio, una semana después de casarnos. Pero no es así. No se coge de la mano más que una vez. Y yo hice bien en soltarme.

Pero me canso. Esta tarde, cuando volvíamos de la feria, la niebla era espesa en la calle, yo estaba cansada y Lily y la niña estaban agotadas. Los repartidores de periódicos anunciaban las noticias y se me heló el corazón. Pensé que decían que iba a haber guerra.

Lily

Faltan seis días para que volvamos a casa. Esta vez el tren irá en la dirección correcta. El Coast Starlight, así se llama, un nombre precioso. Y el mozo de la línea Pullman fue muy amable, me preparó la litera y me gastó bromas. Me llamaba Missy. «¿Estás bien ahí dentro, Missy?». Pero cuando me desperté por la noche las montañas giraban fuera de la ventana a la luz de la luna a través de golfos de oscuridad. Quiero estar en casa. Ya van seis días. Me canso de caminar por esas largas, largas avenidas en la Isla del Tesoro, y el viento sopla tan frío por el Gayway. Hay grandes mapas del mundo, y un hombre pintando un cuadro más grande que el lateral de una casa, y Venus surgiendo de la espuma del mar con los vientos y las flores a su alrededor. Es todo tan grande, y tanta gente, ¡tanta tanta gente! No puedo seguir a mamá y a Virginia. Quieren ver todo. Querían ver los animales microscópicos y el enorme caballo y bajar a la mina. Querían ver el Ripley's Odditorium, pero cuando el hombre echó humo por el agujero de la frente, mamá dijo: «Ah, puaf», y se dio la vuelta, y Virginia también se alegró de salir.

Pero luego quiso ver a la mujer cortada por la mitad con espejos. ¿Cómo lo soportan todo? ¿Cómo se atreven a salir a la calle con tanta valentía? Los coches pasan zumbando una y otra vez. ¿Cómo saben qué tranvía tomar y dónde coger el autobús? ¿Cómo reconocen nuestro hotel entre todos los grandes edificios iguales? Pasaba por delante cuando se rieron y me hicieron parar. ¿Cómo son tan valientes, cómo están tan a gusto en este mundo extraño lleno de gente desconocida?

Virginia

Nunca en mi vida olvidaré la belleza y la gloria de la Exposición Universal. Sé que en esa gloria es donde viviré, y daré mi vida por ella.

Lo mejor de todo fue el caballo. Estábamos caminando hacia donde llega el autobús que te lleva de vuelta a San Francisco,

después de todo el día en la Isla del Tesoro. Estábamos cansadas, y hacía tanto frío con el viento que soplaba la niebla, pero vi el cartel: «¡EL CABALLO MÁS GRANDE DEL MUNDO!». Y dije: «¿Podemos verlo?». Y la abuela nunca dice que no, excepto en lo que se refiere a Sally Rand. Así que entramos. Al principio el hombre iba a decir que no estaba abierto, creo, pero entonces la abuela miró dentro y dijo: «¡Por favor! ¡Qué belleza!». Y al hombre le gustó la abuela y nos dejó entrar, solas, sin ninguna multitud. Tomó el dinero y empezó a hablarnos del caballo.

Era un percherón moteado de gris, como a veces está el cielo sobre el mar. Su cabeza era tan grande como yo. Se volvió y nos miró con sus enormes ojos oscuros de largas pestañas negras. Me sentí realmente sobrecogida en presencia de aquella majestuosidad. Estaba de pie en un compartimento, muy paciente, sobre paja. El hombre parecía un niño pequeño a su lado. Al cabo de un rato le pregunté si podía tocarlo. El hombre dijo: «Claro, cariño», y yo le toqué la brillante pata moteada a la altura del hombro, y el caballo volvió a girar la cabeza. Toqué su nariz inmensa y suave, y me sopló su cálido aliento. El hombre levantó una de las patas delanteras del caballo para enseñárnosla. Debajo de las toscas y peludas pezuñas, el casco era tan grande como una bandeja, con la imponente herradura clavada. El hombre dijo: «¿Le gustaría a la señorita dar un paseo?». Y mi madre dijo: «Oh, no»; y la abuela dijo: «¿Quieres hacerlo, Virginia?». Yo no era capaz de hablar. El corazón me iba a estallar. Sentí que se me hinchaba en el pecho. El hombre me ayudó a pasar por encima de la valla que rodeaba el compartimento, luego me subió con una especie de empujón, y me senté a horcajadas sobre el caballo más grande del mundo. Su lomo era tan ancho como una cama, así que mis piernas sobresalían, y estaba calentito. Podía tocarle las crines, que estaban peinadas en muchos nudos apretados y blanquecinos a lo largo de su gran cuello gris. No se movió. No podíamos ir a ninguna parte porque estaba encerrado en su establo. «¿Cuándo lo sacan?», preguntó la abuela, y el hombre respondió: «Normalmente temprano, antes de que abra la feria. Lo

llevo a pasear por las avenidas». «Sería un espectáculo digno de ver», dijo la abuela, y yo me lo imaginé: el gran caballo saliendo en la mañana silenciosa como un trueno, como un terremoto, arqueando el cuello, estampando sus poderosos cascos.

Mientras volvía a casa en el autobús y en el tranvía, no paraba de pensar en el caballo. Cuando llegue a casa voy a escribir un poema. Imaginaré en él lo que no vi, el paseo del gran caballo en la niebla sobre avenidas silenciosas bajo la Torre del Sol, y pondré en él la gloria y la majestad que he visto. Para esto nací, para servir pacientemente a la gloria.

Jane, 1918

Cierro los ojos y veo los fuegos artificiales. Flores de fuego abriéndose, cayendo como brillantes crisantemos sobre la oscura playa. «¡Oohhh!», exclama todo el mundo. Los fuegos artificiales pueden ser lo más parecido a la satisfacción perfecta en este mundo.

Todas esas banderas, banderines y discursos frente al hotel esta tarde. Muchachos valientes, victorias gloriosas, alemanes huyendo.

Cerré los ojos y vi a Bruv corriendo por la playa, cuando tenía tres o cuatro años, delante de Mary y de mí. Mamá confió en nosotras para vigilarlo todo el sábado; para ella, trabajar en la tienda fue como unas vacaciones. «Niñas, ¡no lo perdáis de vista!». Volaba por la playa como una semillita de cardo. Tenía tres o cuatro años. No nos preocupábamos por él. Le daba miedo meterse en el agua.

Cada vez que paso por la caballeriza pienso en él, en ese bonito potro bayo que montaba en la playa, el verano anterior. Cada vez.

En el pícnic de los Hambleton habían colocado papel crepé rojo, blanco y azul en la valla y banderas en todos los árboles del patio. Willie Weisler no paraba de hablar de cómo esperaba que la guerra continuara para poder alistarse. «Aunque solo tenga dieciséis años, soy lo bastante grande para matar alemanes, ¿no? ¿No?».

–Un tonto lo suficientemente grande –le replicó su madre.

Ella también tenía razón. Hablar de lo de matar alemanes, con un nombre como ese. Y delante de mamá y de mí. Pero, aun así, me inquietó que le respondiera así delante de nosotras. Las mujeres le hablan así a sus hijos, como si despreciaran al niño por ser algo que ellas esperan que sea. Pero los hombres se enorgullecen de ello. Will llevó a Dicky a la parte trasera de la casa justo en el pícnic para azotarlo por alguna insolencia, asegurándose de que todos supieran que Dicky es tan malo que tenía que ser azotado. Asegurándose de que Dicky lo supiera. Presumiendo.

Incluso Mary siempre está haciendo pasar a Cal por un sinvergüenza, cuando el pobre niño no es más que un crío. Lo único que necesita es una caricia y una palabra amable. Pero eso es justo lo que Mary y Bo no le dan. Como si pensaran que es su deber no hacerlo. La sinvergüenza de esa familia es Dorothy. Me alegra que le haya gustado jugar con Lily. Lily es demasiado melancólica, vive dentro de su cabeza, va a la deriva como una pequeña polilla. «Niña de ciudad», dijo mamá cuando llegamos a casa. «Nunca ensucia sus vestiditos. Como si no tocara el suelo».

–Sé que me ensucié lo suficiente –le dije.

–No eras una niña de ciudad. Naciste a cincuenta kilómetros de la casa más cercana.

–Nací sucia –insistí, pero no le hizo gracia.

A la dignidad de mi madre nunca le gustaron algunas de mis bromas. Y ahora no sonríe. Nunca me parecía que tuviera un aspecto cansado hasta este año. Sé que está contenta de que me haya hecho cargo de la oficina de correos. Ojalá siguiera adelante con la construcción en Breton Head, en la propiedad, como siempre ha querido. Le sugerí que fuéramos a limpiar el manantial, pero lo pospuso. Ojalá pudiera animarla. Si no quiere construir allí arriba, me gustaría que viniera a vivir con nosotros, pero es demasiado independiente. Esas estancias encima de la tienda me parecen tan oscuras ahora. Es como si su vida fuera oscura. Siento esa oscuridad cuando estoy con ella. Sin embargo, ella se enorgullece de mí, lo sé. Es el cimiento sobre el que mantengo firme.

Son como crisantemos, que se abren y caen en la oscuridad. Veo los fuegos artificiales en la playa por la noche, y las rompientes brillando por un momento bajo las chispas de colores. Veo a Bruv cabalgando al atardecer, veloz, a todo galope por la playa, alejándose y alejándose.

–Bueno, ahora, ¿qué tal un brindis? –dice Will Hambleton, de pie en la larga mesa de picnic–. ¡Por el nuevo propietario del hotel Exposition!

Ahora no hay duda de quién es el gran jefe blanco en Klatsand. Nunca he entendido cómo mamá se lleva tan bien con él. No le soporta ninguna de sus tonterías, y él lo sabe, supongo. Pero la forma en que te aprieta y te aprieta, con ese pecho de barril y esa cara grande y su voz parlanchina, me hacen perder la paciencia. Y Dovey arrullando. Y los chicos empujando y gritando, y la pequeña Wanita. Ahora, con ella hacen justo lo contrario de lo que hacen con los chicos: la alaban por ser algo que desprecian. Un lorito disfrazado. Es una niña bonita, pero ¡vaya! ¡Esos lazos y volantes! ¡Y se sube a una silla para recitar poesías! «La bandera de mi país». Le eché un vistazo a la cara de mamá.

Pillé a esa sinvergüenza pelirroja de Dorothy detrás de los rododendros imitándola delante de Lily, toda ceceante y dulce, «la bandedaaa de mi paiiizzz», y me entraron ganas de reír, pero tuve que callarla. A Will no le gusta que se burlen de él o de los suyos. Y se burla mucho de Bo y Mary. Supongo que los invitó a su pícnic solo porque Mary y yo somos amigas. Lo incomodo. Voy a Portland en tren. Yo vivía en San Francisco. Lafe administraba un gran hotel. Podría saber algo que Will Hambleton no sabe. Puede que tenga una idea en la cabeza. Eso le pone nervioso.

Sé lo que Will empezaría, si le diera una palabra o una señal. Puede que lo haga, aunque yo no lo haga. Hay esa mirada en su cara, no hay forma de equivocarse al respecto. Es como oler algo. Cuando se fijan en ti de esa manera, cuando la atención de su cuerpo está en ti, lo sabes igual que sabes que es un día cálido, sin pensarlo. Pero pienso en el cuerpo de Will desnudo, como un gran

queso. Pienso en el encuentro, ¿a la hora de comer? ¿Dónde? ¿En algún dormitorio con las persianas bajadas? Se me revuelve el estómago de pensarlo. Y luego se iría a casa con Dovey. Como Lafe volvería a casa conmigo.

Y por eso lo haría. No por amor ni por deseo. Esos son los nombres que utilizan para eso, la excusa. Grandes nombres, como banderas y discursos. Lo que él quiere es la ventaja. El poder. Lo tiene sobre mi madre solo a través de su dinero, y nunca a su satisfacción. Es una compañera, independiente. No le tiene miedo. Si consiguiera que me liara con él, tendría ventaja sobre las dos. Y la satisfacción de engañar a Dovey, también. Bueno, Will, sería un buen pastel si fueras capaz de comértelo, como dice el chiste.

A veces sueño, pero no hay un hombre en este condado al que miraría dos veces. No sé lo que quiero; no sé si quiero algo. Solo conocer mejor a algún alma. No conozco a nadie. Nunca lo he hecho. Mary, por supuesto, es una buena amiga, compartimos toda nuestra vida y, sin embargo, algo queda fuera. Es como si hubiera un país en mí al que no puedo ir. Lafe podría haber ido allí, pero se apartó. Y otras personas llevan ese país dentro, pero yo no sé cómo encontrarlo.

Lorena Weisler me hace pensar que todo lo que sé de ella es alguna clase de personalidad que se pone como un vestido. En el pícnic, Dovey estaba hablando de un nuevo tipo de ganchillo que le había enseñado la señora Alguien de Portland, que utiliza un ganchillo especial y cosas así, y Lorena dijo: «Satanás encontrará todavía alguna maldad que hacer para las manos ociosas». Lo dijo en un tono tan suave y tranquilo que le pasó desapercibido a Dovey y a Mary, y casi a mí. Miré a Lorena. Plácida como un pez de colores. Pero hay países en ella. Es un misterio. Vives toda tu vida a la vuelta de la esquina de alguien, hablas con ella y nunca la conoces. La vislumbras, como una estrella fugaz, un destello en la oscuridad, la última chispa de los fuegos artificiales, y luego vuelve a oscurecer. Pero la chispa estaba ahí, el alma, sea lo que sea, iluminando ese

país por un momento. Brillando sobre las rompientes en la oscuridad.

Virginia, 1968

El verano pasado, la noche después del funeral de la abuela, Edward Hambleton vino a casa. Siempre solía llamar antes de venir; esa vez no. Yo estaba poniendo los posos del café en el parterre, como hacía la abuela, cuando lo vi subir por el camino a la luz del atardecer. Era un largo atardecer de verano, de un dorado pálido que se tornaba naranja y malva, y oscurecía hasta volverse rojo.

Jaye dormía. Había estado callada en el funeral, atenta, un poco sobrecogida. Cuando llegamos a casa pensó que había perdido su león de peluche, su *Leo*. Empezó a llorar, insistiendo en que lo habíamos dejado en el cementerio. Y cuando encontré el leoncito en la terraza, donde lo había dejado, le entró una rabieta. Tuve que encerrarla un rato en su habitación, aunque no quería; yo también quería abrazarla y llorar. Por fin se calmó y pudimos mecernos juntas, en silencio. Se durmió antes de que la metiera en su cama. Con *Leo* a un lado y el viejo gato al otro, el viejo *Punkin*. Quería compañía, echaba de menos a la abuela.

Así que Edward vino a pie, solo, y nos quedamos de pie bajo aquella luz color de llama en el jardín, oyendo el mar.

–Quería a tu abuela. Y a tu madre –me dijo.

Quería decir algo más, pero yo no sabía qué era, y no estaba dispuesta a ayudarle a decirlo. Mi corazón estaba ocupado con la pena y la soledad y lo bonita que estaba la noche. Si quería hablarme, yo le escucharía, pero no sería su intérprete, su guía nativo. Creo que corresponde a los hombres aprender a hablar la lengua del país en que vivimos, no utilizarnos para que hablemos por ellos.

Dudó un momento y luego dijo:

–Te quiero.

Los grandes fuegos del oeste hacían que su rostro se tornara rojizo y sombrío. Me moví, de modo que pensó que iba a hablar. Levantó la mano. A menudo le he visto levantar la mano así, cuando hablaba con la abuela y buscaba una palabra, una idea.

–Cuando estabas en la universidad, a finales de los cuarenta, venías a casa en Navidad, los veranos. Trabajabas de camarera en el viejo Chowder House. Venías a la tienda a comprar para tu madre. –Sonrió, tan ampliamente, tan alegremente que yo también sonreí–. Eras un encanto. Entiéndeme: no había nada malo entre May y yo. Nunca lo ha habido. Salí del ejército y descubrí que tenía una esposa y un bebé. Y eso fue una maravilla. Fue asombroso. Y luego llegó Tim. Y me encantaba llevar la tienda, el negocio. No quería nada más que lo que tenía. Pero tú fuiste mi encanto.

Volvió a levantar la mano, aunque yo no había estado a punto de hablar.

–Te fuiste al este, te casaste, te divorciaste, te sacaste la carrera... Te perdí durante años. Pero entraba en la tienda de Dorothy y veía a tu madre, como un conejo salvaje, detrás del mostrador, dando el cambio. O me ponía a hablar con Jane, después de las reuniones del consejo. Y ahí estaba. No era placer, no era satisfacción, sino encanto. Todo lo que tenía con May y Stoney y Tim, podía abrazarlo. En mis manos, en mis brazos, podía aceptar lo que tenía. Y eso era felicidad. Pero con vosotras, las Herne, no tenía nada. Solo podía soltar, dejarte tranquila. Y eso era un verdadero gozo.

Sus hijos están en Vietnam. Me aparté de él, avergonzada y apenada.

–Está la familia de mi cuerpo, mis padres, mis hermanos y hermana, mi mujer, mis hijos. Pero tú has sido la familia de mi alma.

Se quedó mirando al cielo rojo. El viento había cambiado. Soplaba de la tierra, con olor a bosque y a noche.

–Eres la hija de mi hermano –afirmó.

–Lo sé –dije, pues no estaba segura de que él supiera que yo lo sabía.

–No significa nada, nada para él, para ninguno de ellos, nada más que silencio y mentiras. Pero para mí ha significado que, por mucho que retuviera, también tenía que soltar. No aguantar. Y ahora todo es soltar. No queda nada que retener. Nada más que la verdad. La verdad de ese placer. La única cosa perfectamente verdadera en toda mi vida.

Me miró a través del aire, sonriendo de nuevo.

–Quería darte las gracias –dijo.

Le tendí las manos, pero no las cogió. No me tocó. Se dio la vuelta y rodeó la casa hasta la entrada. Caminó por la carretera de la ciudad mientras los últimos colores se desvanecían y la luz se tornaba gris hasta el crepúsculo.

Creí en lo que decía. Creía en esa verdad, en ese deleite. Pero quería llorar por él, por el desperdicio del amor.

Edward fue mi primer amor, cuando tenía trece o catorce años. Sabía quién era, pero ¿qué importaba, qué significaba? Era amable, delgado, guapo, se alistó en el ejército, se casó con May Beckberg. Yo era una niña enamorada. Guardé la colilla que apagó en el cenicero de casa de mi madre cuando vino a despedirse. La guardé en un medallón con una cadena y nunca me la quité. Adoraba a May y al bebé. Los tenía por santos. Puro romanticismo: amar lo que nunca puedes tocar. Y el amor que me agradecía, su puro deleite, ¿fue alguna vez algo más que eso: una burbuja sin sustancia que un simple roce rompería?

Sin embargo, no sé si algo es más que eso. Abrazó a sus hijos, como yo abracé a Jaye aquella noche, y esta noche, cerca, cerca del corazón, a salvo, hasta que llegara el sueño. Creemos que los abrazamos. Pero se despiertan, huyen. Sus hijos han ido ahora donde solo la muerte puede tocarlos, donde todo gira alrededor de la muerte.

Si mueren, veo que él iría detrás. No tocándolos, sino siguiéndolos. Y May, esa mujer fuerte, sola. Siempre estuvo sola, tal vez. Él cree que la abrazó, pero ¿qué es lo que abrazamos?

Lily, 1965

Cuando era muy, muy pequeña, mi madre me llevó al salón a ver cómo se encendían las velas del árbol de Navidad en el vestíbulo del hotel, el hotel en el que vivíamos antes de que pudiera recordarlo. Pero ahora lo recuerdo de golpe, como la imagen de un libro. La página ha pasado y veo la imagen. A mi alrededor y sobre mí hay grandes ramas sombrías, brillantes con cintas de oropel, y en las sombras hay mundos redondos, muchos, grandes y pequeños, rojos, plateados, azules, verdes, y velas encendidas. Las llamas de las velas se repiten y repiten en los mundos de colores, y alrededor de las llamas hay una especie de niebla o gloria.

Creo que me dejaron allí, bajo el árbol. Quizá todavía no caminaba. Me senté entre y bajo las ramas, en el olor a pino y el dulce olor a vela, observando los mundos de colores que colgaban en la gloria brumosa y las sombras de las ramas. Cerca de mi cara había un gran globo de cristal plateado. En él se reflejaban todos los demás adornos que lo reflejaban también, y todas las llamas, y los brotes y temblores de brillo por el oropel, y el oscuro plumaje de las agujas. Y había ojos en aquel globo brillante, dos ojos, muy redondos. A veces los veía, a veces no. Creía que eran de un animal que me miraba, que la burbuja plateada de cristal estaba viva y me miraba. Creía que el árbol estaba vivo. Lo vi como un mundo lleno de mundos. Es como si toda mi vida hubiera visto el árbol, las velas encendidas, los ojos brillantes, los colores, las ramas profundas dando vueltas y subiendo eternamente.

«¿Ves el ángel en lo alto del árbol?».

Lo preguntó un hombre. La voz de un hombre.

Yo solo quería mirar las ramas de mundos brillantes, el universo de las ramas, los ojos que me devolvían la mirada. Lloré cuando me levantó. «¿Ves al ángel, Lily?».

Fanny, 1898

Esperamos a la marea baja para vadear Fish Creek. Cuando los caballos se lanzaron al agua, un gran pájaro voló de repente por el arroyo entre los árboles negros, por encima de nosotros.

–¿Qué es eso? –grité. Parecía más grande que un hombre.

–Es la gran garza azul –dijo el cochero–. La busco siempre que cruzo este arroyo.

No hay mucho en el pueblo. «El fin del mundo», dijo Henrietta Koop. El almacén general donde trabajaré para el señor Alec Macdowell y su hijo el señor Sandy Macdowell. Una bonita casa perteneciente a una familia de Astoria, los Norsman, pero me han dicho que rara vez están aquí. La herrería y la caballeriza del señor Kelly. Una granja de aspecto lamentable al otro lado del arroyo. Y catorce casas entre los tocones. Las calles están bien trazadas y rectas, pero tienen barro de medio metro de profundidad.

El señor Sandy Macdowell me tenía preparada esta casa. La idea de preparada que tiene un hombre. Es de dos habitaciones y está situada bajo los abetos negros, justo detrás de las dunas. Está un poco al sur de donde terminan las calles trazadas, pero una carretera de arena pasa por delante de la propiedad. El señor Macdowell la llama la Searoad, y me habló de una línea de diligencia que esperan que pase a lo largo de ese camino, cuando hayan abierto un camino a través de Breton Head al norte de la ciudad. Ahora el correo se lleva por las playas desde el sur, cuando el repartidor puede atravesarlas. No puede cuando hay mareas altas en invierno. El señor Macdowell se disculpó por la casa. Es solo una choza, pequeña y oscura. El fogón está bien, y tengo a mano toda la leña que quiero cortar. El tejado está mal. Dijo que esperaba que no me sintiera sola. Era la única casa que había vacía hasta que pudieran acondicionar el piso de arriba, detrás de la tienda. Me dijo diez veces que no había nada que temer, hasta que le dije:

–Señor Macdowell, no soy una mujer apocada.

–Supongo que no lo eres.

Dijo que no había indios y que nadie había disparado a un puma en diez años. Pero está la anciana que vive detrás de Wreck Point,

ya la he visto dos veces. Y esta mañana me levanté para encender la estufa mientras los niños todavía dormían. Había dejado de llover. Me quedé en la puerta con la primera luz. He visto pasar alces que iban hacia el sur en fila por las dunas. Caminaban unos detrás de otros, altos como caballos, algunos con cornamentas como árboles jóvenes. Los conté: treinta y nueve. Cada uno al pasar me miraba con unos de sus ojos oscuros y brillantes.

Virginia, 1975

Siempre está la Historia, la historia oficial, la que se cuenta, la que está en los archivos, la Historia. Luego está la niña de la historia, nacida de la Historia, nacida fuera del matrimonio, que se escapa entre los labios sellados, que se escapa entre los muslos tensos, retorciéndose y empujando para salir, que huye llorando, gritando en voz alta «¡libertad! libertad!» hasta que es violada por el dios y encerrada en los archivos y se convierte en historia de pelo blanco; pero no antes de que nazca su hija, recién nacida.

La historia cuenta cómo la afligida madre buscó a su hija por tierra y mar. Mientras lloraba y buscaba, no creció ningún grano, ninguna flor floreció. Entonces, cuando encontró a la doncella, llegó la primavera. La hierba salvaje brotó, los pájaros cantaron, la llovizna cayó con el viento del oeste.

Pero la doncella, que ya no es doncella, debe regresar durante medio año cada año con su marido en el inframundo, dejando a su madre en el mundo de la luz. Mientras la hija está muerta y la madre llora, es el otoño y el invierno del año.

La historia es cierta. Es Historia.

Pero la niña siempre nace, y la niña tiene su historia que contar, la que no es oficial, la que no está confirmada, la noticia.

Había cumplido su tiempo en el interior. Había sido Reina del Infierno durante media eternidad. Había guardado los libros de derecho en los archivos y archivado todos los expedientes del bufete. Había vivido con su marido el tiempo señalado, y se

acercaba la estación de su regreso. Lo supo por la forma en que las raíces que colgaban de los bajos techos de piedra del inframundo, las raíces de grandes árboles, robles, hayas, castaños, secuoyas, solo las raíces más largas podían llegar tan abajo, por la forma en que esas raíces enviaban diminutas fibrillas, puntas hendidas que crecían, que salían a tientas de la húmeda y oscura lechada entre las rocas que formaban el cielo. Cuando vio los finos pelos de las raíces extenderse, supo que los árboles necesitaban que ella acudiera a llevar la primavera.

Acudió a su marido, el juez. Se presentó ante él como demandante. La multitud de los muertos que no se quejaban, las sombras de la vida que esperaban el juicio le abrieron paso. Llegó entre ellos como un brote verde atraviesa las hojas empapadas al final del invierno, como un chorro de agua viva y negra rompe el hielo podrido. Se presentó ante el trono dorado del juicio, entre los pilares de plata, sobre el pavimento enjoyado, y expuso su caso: «Mi señor, según los términos de nuestro acuerdo, es hora de que me vaya».

Él no pudo negarse, aunque quiso. La justicia obliga al Señor del Infierno, aunque no así la misericordia. Su hermoso rostro oscuro estaba triste y severo. La miró con ojos como monedas de plata, y no habló, pero asintió una vez. Ella se dio la vuelta y lo dejó. Recorrió con ligereza los largos caminos y las escaleras que subían. El perro ladró y el viejo barquero frunció el ceño al verla sola en el lado oscuro del río, pero ella se echó a reír. Subió a su barca para ser transportada a la otra orilla, donde esperaban las multitudes. Salió con paso ligero y corrió por los senderos iluminados, hasta llegar por fin a la luz del sol a través del estrecho camino.

Los campos estaban húmedos y empapados tras largas nevadas y lluvias. Sus pies, que permanecían tan limpios en el infierno, estaban negros de barro. Su pelo, siempre tan seco y limpio en el Infierno, estaba alborotado por el viento y mojado por la lluvia. Reía, saltaba como un ciervo, corría como un ciervo, a casa de la madre.

Llegó a la casa. El jardín estaba desatendido, maltratado por el invierno.

–Yo me ocuparé de eso –dijo. La puerta de la casa estaba abierta–. Me están esperando. –La cocina estaba fría, la vajilla recogida, no había nadie en las habitaciones–. Deben de haber salido a buscarme. Debo de haber llegado tarde. ¿Por qué no me esperaron aquí?

Encendió el fuego de la estufa. Puso el pan, el queso y el vino tinto. Cuando oscureció, encendió las luces para que las ventanas de la casa brillaran en el crepúsculo, y su madre y su abuela, que recorrían el camino bajo la lluvia, vieran la luz: «¡Mira! ¡Está en casa!».

Pero no vinieron. Pasó la noche y pasaron los días. Ella mantenía limpia la casa, plantaba el jardín. Los campos reverdecían, los árboles crecían, las flores florecían: narcisos, prímulas, campanillas, margaritas, junto a los senderos. Pero no vinieron, la madre, la abuela. ¿Dónde estaban? ¿Qué las retenía? Salió a buscarlas por los campos. Y no tardó en encontrarlas.

No quiero contar la historia. No quiero contar que una niña ve cómo su abuela muere quemada y su madre es violada por el enemigo, por los soldados, por los guerrilleros, por los patriotas, por los creyentes, por los infieles, por los fieles, por los terroristas, por los partisanos, por los contras, por los profesionales. Por las empresas, por los ejecutivos, por las bases, por los líderes, por los seguidores, por los ordenantes, por los gobiernos, por la maquinaria. Quedar atrapada en la maquinaria, caer en la maquinaria, ser un cuerpo despedazado, desgarrado, destripado, aplastado por un tanque, por un camión, por un tractor, las pisadas y las ruedas destrozan los brazos blandos, los huesos se quiebran, la sangre y la linfa y la orina estallan, porque la carne no es hierba, sino carne. No quiero contar que una niña ve al dios, ve lo que el dios hace. No quiero contar la historia de la niña, la niña que es la primavera del mundo, que salió de su casa y vio a su abuela rociada de gasolina y ardiendo, las canas en llamas. Vio cómo la maquinaria separaba las

piernas de su madre, cómo el cañón de la pistola se introducía en el vientre de su madre y cómo se disparaba.

Corrió, corrió como una mujer, con los pies pesados, los pechos saltándole a cada paso, la respiración entrecortada, corrió hacia el camino estrecho y bajó, bajó hacia la oscuridad. No pagó al barquero, sino que le ordenó: «¡Rema!». Él la obedeció en silencio. El perro se acobardó. Recorrió los largos caminos, las oscuras escaleras, pesadamente, hasta la casa, el palacio de justicia, el palacio de piedras preciosas bajo el cielo de piedra.

Las antesalas y las salas de espera estaban llenas, como siempre, de sombras, más llenas que nunca. Se separaron y le abrieron paso.

Su marido, el hermano de su padre, estaba sentado en su trono, juzgando a todos los que acudían a él; y todos acudían a él.

–Tu madre ha muerto –dijo–. Tu hermana está muerta. Han matado a la Tierra y al Tiempo. ¿Qué es lo que queda, mi señor?

–El dinero –respondió su marido.

El tribunal era de oro macizo, los pilares de plata, los pavimentos de diamantes, zafiros y esmeraldas, y las paredes estaban empapeladas con billetes de mil dólares.

–Me divorcio de ti, Rey del Estiércol –dijo.

–Me divorcio de ti, Rey del Estiércol –repitió.

–Rey del Estiércol, me divorcio de ti –dijo una vez más.

Mientras hablaba, el palacio se convirtió en un montón de excrementos, y el juez oscuro en un escarabajo que correteaba entre estos.

Luego subió sin mirar atrás.

Cuando llegó al río, unas grandes olas negras golpeaban las playas. El perro aulló. El barquero que transportaba las almas intentó regresar a la orilla, pero su barca giró, volcó y se hundió. Las almas de los muertos nadaron en el agua negra como pececillos, brillando.

Se zambulló en el río. Nadó en el agua de las tinieblas. Se dejó llevar por la corriente cabalgando sobre las olas, que la llevaron

hasta la desembocadura del río, donde las aguas oscuras se ensanchaban hasta llegar a las rompientes al otro lado de la barra.

El sol se ponía hacia el mar, trazando un camino de luz sobre las olas.

Naufragó en la arena de la playa el carro de sal, con las chispeantes ruedas rotas. Los huesos de los caballos blancos estaban esparcidos. Unas algas muertas como cabellos blancos yacían sobre las piedras.

Se tumbó en la arena entre huesos de aves marinas y trozos de plástico roto y peces envenenados en la espuma de aceite negro. Se tumbó y la marea subió por la barra. Las olas rompieron sobre su cuerpo y su cuerpo se rompió en las olas. Se convirtió en espuma. Ella era la espuma que es agua y aire, que no está y está, eso es todo.

Se levantó, la mujer de espuma, y atravesó la playa y subió a las oscuras colinas. Volvió a casa, donde su hijo la esperaba en la cocina. Vio brillar la luz de las ventanas sobre la tierra que se oscurecía. ¿Quién enciende la luz? ¿De quién eres hijo, quién es tu hijo? ¿De quién será la historia?

«Tenemos el mismo nombre», dije.

La cuestión de Seggri

El primer contacto con Seggri que aparece en los registros tuvo lugar en el año 242 del ciclo haini 93. Una nave errante que había salido de Iao (4-Taurus) seis generaciones antes aterrizó en el planeta, y el capitán introdujo el siguiente informe en el sistema de la nave.

Informe del capitán Aolao-olao

Hemos pasado casi cuarenta días en el mundo que llaman Se-ri o Ye-hari bien acogidos, y lo dejamos con la mejor valoración de los nativos que permite su estado no regenerado. Viven en unos enormes y elegantes edificios que llaman castillos, con grandes parques alrededor. Fuera de los muros de los parques hay campos bien cultivados y huertos abundantes, ganados con diligencia al seco y árido desierto de piedra que cubre la mayor parte de la tierra. Las mujeres viven en aldeas y ciudades que se amontonan fuera de los muros. Todas las tareas agrícolas e industriales son llevadas a cabo por las mujeres, de quienes hay una gran cantidad. Las mujeres son auténticas esclavas, pues trabajan en poblaciones que pertenecen a los señores del castillo. Viven entre el ganado y todo tipo de bestias, que tienen permitido entrar en las casas, algunas de las cuales son bastante grandes. Las mujeres visten de manera monótona y siempre van en grupos o bandas. Nunca se las autoriza a atravesar los muros del parque, y dejan la comida y todo lo necesario para abastecer a los hombres en la puerta exterior del castillo. Mostraron mucho temor y desconfianza ante nosotros. Unos cuantos de mis hombres siguieron a unas chicas en el camino de vuelta y ellas

salieron corriendo de la villa como una manada de animales salvajes, así que los hombres decidieron que era mejor regresar al castillo sin dilación. Nuestros anfitriones nos advirtieron que nos convenía mantenernos alejados de las poblaciones, y eso hicimos. Los hombres van y vienen libremente por sus grandes parques, practicando algún deporte. Por la noche visitan ciertas casas que poseen en la ciudad donde pueden elegir entre las mujeres y satisfacer su lujuria con ellas a voluntad. Las mujeres les pagan, nos dijeron, con su dinero, que es el cobre, por una noche de placer, y les pagan aún más si conciben en ellas un hijo. Por tanto, dedican las noches a la satisfacción carnal siempre que quieren, y los días, a diversos deportes y juegos, entre los cuales destaca una especie de lucha libre que consiste en arrojarse unos a otros por el aire: nos sorprendió que no parecieran hacerse daño nunca, puesto que se levantaban y regresaban al combate con una habilidad maravillosa de manos y pies. También pelean con espadas romas, y combaten con unas varas largas y ligeras. Además, practican un juego con pelotas en un campo grande, utilizando los brazos para capturar la pelota y las piernas para darle patadas y hacer tropezar, capturar o patear a los hombres del otro equipo. Muchos sufren contusiones y se quedan cojos en la pasión del deporte, que es muy vistoso, con los equipos vestidos con contrastadas indumentarias de colores vivos, engalanados de oro y adornos, agitándose ahora de una manera, ahora de otra, recorriendo el campo en un tropel del que las pelotas van surgiendo; los corredores que se liberan de la multitud en lucha las recogen para huir hacia una de las metas mientras el resto los persigue pisándoles los talones. Hay un «campo de batalla», como lo llaman ellos, fuera de los muros del parque del castillo, cerca de la ciudad, para que las mujeres puedan mirar y animar, y lo hacen con entusiasmo, gritando los nombres de sus jugadores favoritos y dando muchos vítores groseros para que ganen.

Los niños son separados de las mujeres a los once años y trasladados al castillo para que reciban la educación que les

corresponde a los hombres. Vimos cómo trasladaban a uno de estos niños al castillo con muchas ceremonias y regocijo. Se dice que las mujeres tienen dificultades para gestar los embarazos masculinos, y que gran parte de los niños que nacen mueren en la infancia a pesar de los generosos cuidados de las madres, con lo que hay muchas más mujeres que hombres. En esto vemos la maldición que DIOS arrojó sobre esta raza y sobre todos aquellos que no reconocen SU existencia, los paganos no arrepentidos cuyos oídos están sordos al verdadero discurso y ciegos a la luz.

Estos hombres no saben mucho de arte, solo practican una especie de baile de saltos, y su ciencia va poco más allá de la de los salvajes. Un gran hombre de un castillo con el que hablé, que iba vestido con tela de oro y carmesí y a quien todos llamaban príncipe y señor con sumo respeto y deferencia, era tan ignorante que creía que las estrellas eran mundos llenos de personas y animales y nos preguntó de cuál veníamos nosotros. Poseen únicamente naves impulsadas a vapor para tierra y agua, y no conocen el vuelo ni en el aire ni en el espacio, ni sienten curiosidad alguna por estas cuestiones, de las que dicen con desdén: «Eso es trabajo de mujeres», y de hecho descubrí que si preguntaba a estos grandes hombres sobre cuestiones de conocimiento común como el funcionamiento de las máquinas, el tejido de la tela, la transmisión de la holovisión, no tardaban en reprenderme por interesarme por cosas de mujeres, como ellos las llamaban, y deseaban que hablara como correspondía a un hombre.

Son expertos en la crianza de su fiero ganado dentro de los parques, igual que en coser la ropa, que elaboran con telas que las mujeres tejen en sus fábricas. Los hombres compiten en la ornamentación y la magnificencia de sus trajes hasta unos extremos que nosotros hubiéramos considerado muy poco masculinos, si a pesar de eso no hubieran sido hombres como es debido, fuertes y dispuestos a practicar cualquier juego o deporte, orgullosos, y susceptibles y exaltados en cuestiones de honor.

El archivo que incluía las anotaciones del capitán Aolao-olao fue devuelto (después de un viaje de 12 generaciones) a los Archivos Sagrados del Universo de Iao, que se dispersaron en el periodo que llaman El Tumulto, y acabaron conservándose de forma fragmentaria en Hain. No hay registros de nuevos contactos con Seggri hasta que el Ecumen envió a los primeros observadores en 93/1333: un hombre alterrano y una mujer haini, Kaza Agad y G. Alegría. Después de un año en órbita cartografiando, fotografiando, grabando y estudiando emisiones radiofónicas y analizando y aprendiendo una importante lengua regional, los observadores aterrizaron. Convencidos de la vulnerabilidad de la cultura planetaria, se presentaron como supervivientes de un naufragio de un barco de pesca al que el viento había apartado de su ruta, de una isla lejana. Tal como habían previsto, los separaron enseguida: Kaza Agad fue trasladado al castillo y Alegría a la ciudad. Kaza conservó su nombre, que era verosímil en el contexto nativo; Alegría se hizo llamar Yude. Solo disponemos del informe de ella, del que siguen tres extractos.

De las notas de la móvil Gerindu'Uttahayudetwe'Merande, de un informe de Alegría al Ecumen, 93/1334

34/223. Su red de comercio e información, y por tanto su conocimiento de lo que sucede en el resto del mundo, es demasiado sofisticada para que pueda seguir haciéndome pasar por una estúpida náufraga extranjera. Ekhaw me mandó llamar hoy y me dijo:

–Si tuviéramos un semental aquí que valiera la pena comprar o si nuestros equipos ganaran los juegos, creería que eres una espía. ¿Quién eres, entonces?

–¿Me dejarías ir a la Universidad de Hagka? –dije.

–¿Por qué? –dijo ella.

–Hay científicas allí, ¿verdad? Necesito hablar con ellas.

Eso lo entendió; emitió su ruido de asentimiento «Hum».

–¿Podría acompañarme mi colega?

–¿Te refieres a Shask?

Las dos nos quedamos perplejas un momento. Ella no esperaba que una mujer llamara «colega» a un hombre, y yo no había

pensado en Shask como una amiga. Era muy joven, y no me la había tomado muy en serio.

–Me refiero a Kaza, el hombre con el que llegué.

–¿Un hombre... en la universidad? –dijo, incrédula. Me miró y añadió–: Pero ¿tú de dónde eres?

Era una pregunta justa, formulada sin enemistad o desafío. Ojalá hubiera sido capaz de responderla, pero cada vez estoy más convencida de que podemos hacer mucho daño a esta gente; nos enfrentamos a la Elección de Resehavanar, me temo.

Ekhaw pagó mi viaje a Hagka, y Shask me acompañó. Cuando pensé en ello me di cuenta de que Shask sí era mi amiga. Fue ella la que me llevó a la casa materna y convenció a Ekhaw y Azman de que tenían la obligación de mostrarse hospitalarias; ella era la que se había preocupado por mí desde el principio. Pero era tan convencional en todo lo que hacía y decía que no había advertido lo radical que era su compasión. Cuando intenté darle las gracias, mientras nuestro pequeño autobús zumbaba camino a Hagka, dijo lo que siempre dice: «Oh, todos somos familia», y «Las personas tienen que ayudarse unas a otras», y «Nadie puede vivir solo».

–¿Las mujeres nunca viven solas? –le pregunté, porque todas las que he conocido pertenecen a una casa materna o una casa filial, ya sean una pareja o una gran familia como la de Ekhaw, que está compuesta de tres generaciones: cinco mujeres mayores, tres hijas suyas que viven en casa y cuatro hijos, el niño que todas miman y consienten tanto y tres niñas.

–Oh, sí –dijo Shask–. Si no quieren tener esposas, pueden ser solteras. Y las ancianas, cuando mueren sus esposas, a veces viven solas hasta que mueren. Lo normal es que se vayan a vivir a la casa de una hija. En las universidades, las vev siempre tienen un lugar para estar solas.

Por muy convencional que sea, Shask siempre intenta responder las preguntas con seriedad y diciendo todo lo que sabe; piensa en la respuesta. Ha sido una informadora de un valor incalculable. También me ha facilitado las cosas no preguntándome de dónde

vengo. Al principio pensé que era debido a la falta de curiosidad propia de una persona que no se cuestiona su modo de vida, o al egocentrismo de los jóvenes. Ahora me parece delicadeza.

–¿Una vev es una maestra?

–Hum.

–¿Y las maestras de la universidad son muy respetadas?

–Eso es lo que significa vev. Por eso llamamos Vev Kakaw a la madre de Ekhaw. No fue a la universidad, pero es una persona reflexiva, ha aprendido de la vida, tiene mucho que enseñarnos.

Así que el respeto y la enseñanza son lo mismo, y el único término de respeto que he oído utilizar a las mujeres en referencia a otras mujeres significa maestra. Y, por tanto, al enseñarme a mí, ¿se respeta a sí misma la joven Shask? ¿Y/o se gana mi respeto? Esto arroja una luz diferente sobre lo que me había parecido una sociedad que valora la riqueza por encima de cualquier otra cosa. Es cierto que Zadedr, la actual alcaldesa de Reha, es admirada por el ostentoso despliegue de sus posesiones; pero no la llaman Vev.

–He aprendido tanto de ti, ¿puedo llamarte Vev Shask? –le pregunté a Shask.

Se sintió incómoda y complacida a partes iguales, y dijo avergonzada:

–Oh no, no, no, no. –Luego añadió–: Si alguna vez vuelves a Reha me gustaría mucho hacer el amor contigo, Yude.

–¡Pensaba que estabas enamorada del semental Zadr! –solté sin pensar.

–Oh, lo estoy –dijo, con ese movimiento de los ojos y esa mirada dulce que adoptan cuando hablan de los sementales–, ¿tú no? ¡Imagínatelo follando contigo, oh! ¡Oh, me mojo toda solo de pensarlo! –Sonrió y se retorció.

Yo, por mi parte, me sentí incómoda, y probablemente se me notó.

–¿A ti no te gusta? –inquirió con una ingenuidad que me pareció difícil de soportar. Actuaba como una estúpida adolescente, y sé que

no es una estúpida adolescente–. Pero nunca podré pagarlo –dijo, y suspiró.

Por eso te conformas conmigo, pensé con malicia.

–Voy a ahorrar dinero –anunció al cabo de un minuto–. Creo que quiero tener un bebé el año que viene. Por supuesto, no puedo permitirme al semental Zadr, es un Gran Campeón, pero si no voy a los Juegos de Kadaki este año puedo ahorrar suficiente para pagarme un buen semental en el picadero, quizá el maestro Rosra. Ojalá, sé que es absurdo, pero voy a decirlo de todas formas, siempre he deseado que tú fueras su madre de amor. Sé que no puedes, que tienes que ir a la universidad. Solo quería decírtelo. Te quiero.

Me tomó las manos, se las acercó a la cara, apretó mis palmas contra sus ojos un momento y luego me soltó. Sonreía, pero me había mojado las manos de lágrimas.

–Oh, Shask –dije, apabullada.

–¡No pasa nada! –dijo–. Tengo que llorar un minuto.

Y lo hizo. Lloró abiertamente, inclinándose, retorciéndose las manos y gimiendo en voz baja. Le di un golpecito en el brazo y me sentí indeciblemente avergonzada de mí misma. Otras pasajeras miraron en nuestra dirección y emitieron unos pequeños gruñidos de comprensión. Una anciana la consoló: «¡Ya está, ya está, encanto!». Al cabo de unos minutos Shask dejó de llorar, se limpió la nariz y la cara con la manga, respiró larga y profundamente y dijo:

–Muy bien. –Me sonrió–. Conductora –llamó–, tengo que mear, ¿podemos parar?

La conductora, una mujer de aspecto tenso, gruñó algo, pero detuvo el autobús en el amplio borde de la carretera lleno de hierba; y Shask y otra mujer salieron y mearon en la hierba. El hecho de que en la vida cotidiana solo haya un género confiere a esta sociedad una simplicidad envidiable en muchos aspectos. Y, quizá –no lo sé, pero se me ocurrió entonces, cuando me sentía avergonzada de mí misma–, hace que no exista la vergüenza.

34/245. (Dictado) Todavía no hay noticias de Kaza. Creo que fue una buena idea darle a él el ansible. Espero que esté en contacto con alguien. Ojalá fuera yo. Necesito saber lo que pasa en los castillos.

De cualquier modo, ahora entiendo mejor lo que vi en los Juegos de Reha. Hay dieciséis mujeres por cada hombre adulto. Aproximadamente una concepción de cada seis es varón, pero los numerosos fetos masculinos inviables y los nacimientos de varones deficientes reducen la proporción a uno de cada dieciséis antes de la pubertad. Mis ancestros debieron de divertirse mucho jugando con los cromosomas de esta gente. Me siento culpable, aun cuando fue hace un millón de años. Tengo que aprender a vivir sin avergonzarme, pero lo mejor es que no me olvide del único buen uso de la culpa. En fin. Las ciudades que no son muy grandes, como Reha, comparten su castillo con otras poblaciones. El confuso espectáculo al que me llevaron en mi décimo día en el planeta fue el intento del castillo de Awaga de mantener su posición en el Juego Principal frente a un castillo del norte, y su derrota. Lo que significa que el equipo de Awaga no puede participar en el gran juego este año en Fadrga, la ciudad situada al sur de aquí, cuyos ganadores compiten en el gran campeonato de Zask, al que acude gente de todo el continente: cientos de competidores y miles de espectadoras. Vi algunos holos del Juego Principal del año pasado en Zask. Había 1280 jugadores, decía la comentarista, y cuarenta pelotas en juego. Me pareció un lío absoluto; era exactamente como me imagino el combate de dos ejércitos desarmados, pero supongo que hace falta una gran habilidad y estrategia. Todos los miembros del equipo ganador obtienen un título especial para ese año, y otro de por vida, y dan fama a sus diversos castillos y a las ciudades que los mantienen.

Ahora me hago una idea de cómo funciona, veo el sistema desde fuera, porque la universidad no mantiene ningún castillo. La gente de aquí no está obsesionada con los deportes, los atletas y los atractivos sementales como lo estaban las jóvenes de Reha, y algunas de las mayores. Es una especie de obsesión obligatoria.

Animar a tu equipo, apoyar a tus valientes hombres, adorar a tu héroe local. Tiene sentido. Dada su situación, necesitan hombres fuertes y sanos para los picaderos; es la selección social reafirmando la selección natural. Pero me alegro de alejarme del hurra-hurra y los desmayos y los pósteres de tíos con músculos hinchados, penes enormes y mirada lujuriosa.

He realizado la Elección de Resehavanar. Escojo esta opción: menos que la verdad. Shoggrad y Skodr y las otras maestras, profesoras, las llamaríamos nosotros, son personas inteligentes y cultas, perfectamente capaces de comprender el concepto del viaje espacial, tomar decisiones sobre innovación tecnológica, etcétera. Yo limito mis respuestas a sus preguntas sobre tecnología. Les dejo dar por sentado, como hace la mayoría de la gente de manera natural, sobre todo los miembros de una monocultura, que nuestra sociedad es muy similar a la suya. Cuando descubran lo diferentes que son, el efecto será revolucionario, y yo no tengo mandato, razón o deseo de causar una revolución así en Seggri.

Su desequilibrio de género ha producido una sociedad en la que, por lo que yo sé, los hombres disfrutan de todos los privilegios y las mujeres de todo el poder. Es evidente que se trata de una disposición estable. Según las historiadoras, ha durado por lo menos dos milenios, y probablemente, de una forma u otra, mucho más que eso. Pero el contacto con nosotros podría desestabilizarlo rápida y desastrosamente si conocieran la tendencia humana general. Ignoro si los hombres se aferrarían a su condición privilegiada o exigirían libertad, pero es probable que las mujeres se resistieran a ceder su poder, y su sistema sexual y relaciones afectivas se derrumbarían. Aun cuando aprendieran a enmendar el programa genético que se les impuso, tardarían varias generaciones en restaurar una distribución de géneros normal. Yo no puedo ser el susurro que empiece esa avalancha.

34/266. (Dictado) Skodr no consiguió nada de los hombres del castillo de Awaga. Tuvo que hacer sus indagaciones con mucha cautela, porque decirles que Kaza es de otro planeta o único de alguna manera sería ponerlo en peligro. Lo considerarían una afirmación de superioridad que tendría que defender en pruebas de fuerza y habilidad. Supongo que las jerarquías dentro de los castillos son una estructura rígida en la que los hombres suben o bajan provocando desafíos y superando o fallando pruebas obligatorias y opcionales. Los deportes y los juegos que contemplan las mujeres son solo las más excepcionales de la interminable serie de competiciones que tienen lugar dentro de los castillos. Sin entrenamiento, un hombre adulto como Kaza se encontraría en absoluta desventaja en estas pruebas. La única manera de escapar de ellas, dijo Skodr, sería fingiendo enfermedad o idiotez. Ella cree que eso es lo que ha hecho, porque al menos está vivo; pero eso es todo lo que pudo averiguar: «El hombre que naufragó en Taha-Reha está vivo».

Aunque las mujeres alimentan, albergan, visten y mantienen a los señores del castillo, es evidente que dan por sentada su falta de cooperación. Parecía contenta de haber obtenido incluso este fragmento de información. Como lo estoy yo.

Pero tenemos que sacar a Kaza de allí. Cuanto más aprendo a través de Skodr, más peligroso me parece. No dejo de pensar «¡niñatos consentidos!», pero supongo que estos hombres deben de parecerse más a los soldados de los campos de entrenamiento que tienen los militaristas. Con la diferencia de que el entrenamiento no cesa nunca. Cuando superan pruebas obtienen todo tipo de títulos y rangos que podrían traducirse por «generales» y por los otros nombres que utilizan los militaristas para referirse a sus grados de poder. Algunos de los «generales», los señores, los amos y demás, son los ídolos deportivos, los preferidos en los picaderos, como el pobre hombre al que adoraba Shask; pero a medida que envejecen parece que a menudo cambian el honor entre las mujeres por el poder entre los hombres, y se convierten en tiranos en sus castillos,

mangoneando a los hombres «inferiores», hasta que son derrotados, expulsados. Los viejos sementales, al parecer, suelen vivir solos en pequeñas casas apartadas del castillo principal, y son considerados locos y peligrosos, varones solitarios.

Parece una vida infeliz. Lo único que se les permite hacer después de los once años es competir en juegos y deportes dentro del castillo, y en los picaderos, una vez que llegan a los quince años aproximadamente, competir por dinero, por número de folladas, etcétera. Nada más. No hay alternativas. No hay oficios. No saben hacer nada. No viajan a menos que participen en los grandes juegos. No se les permite ir a la universidad y alcanzar cierta libertad mental. Pregunté a Skodr por qué un hombre inteligente no podría al menos estudiar en la universidad, y ella me dijo que aprender era muy malo para los hombres: debilita el sentido del honor del hombre, hace que sus músculos flojeen y lo vuelve impotente. «Lo que va al cerebro viene de los testículos», dijo. «Hay que proteger a los hombres de la educación por su propio bien.»

Intenté «ser agua», como me enseñaron, pero estaba disgustada. Probablemente se diera cuenta, porque al cabo de un rato me habló de «la universidad secreta». Algunas mujeres de las universidades pasan de contrabando información a los hombres de los castillos. Los pobres se reúnen en secreto y se enseñan unos a otros. En los castillos, las relaciones homosexuales se alientan entre los muchachos menores de quince años, pero no se toleran oficialmente en los hombres adultos; Skodr dice que las «universidades secretas» suelen estar dirigidas por hombres homosexuales. Tienen que ser secretas porque si los descubren leyendo o discutiendo acerca de ideas pueden ser castigados por sus señores y amos. De las «universidades secretas» han salido algunos trabajos interesantes, dijo Skodr, pero tuvo que ponerse a pensar para recordar algún ejemplo. Uno era un hombre que había pasado a escondidas un interesante teorema matemático, y otro era un pintor cuyos paisajes, aunque de técnica primitiva, eran admirados por las profesionales del arte. No se acordaba de su nombre.

Las artes, las ciencias, cualquier aprendizaje, todas las técnicas profesionales son haggyad, trabajos de habilidad. Todo se enseña en las universidades, y no hay divisiones, así como pocas especialistas. Las maestras y las estudiantes atraviesan y mezclan campos constantemente, y ser una famosa especialista en un ámbito no te impide estudiar otro. Skodr es vev de fisiología, escribe obras de teatro y en la actualidad está estudiando historia con una de las vevs de historia. La suya es una mente informada, viva y audaz. Mi Escuela de Hain podría aprender de esta universidad. Es un lugar maravilloso, lleno de mentes libres. Pero mentes de un solo género. Es una libertad acotada.

Espero que Kaza haya encontrado una universidad secreta o algo así, alguna manera de encajar en el castillo. Es fuerte, pero estos hombres llevan años entrenándose para los juegos en los que participan. Y muchos de estos juegos son violentos. Las mujeres dicen: «No te preocupes, no permitimos que los hombres se maten unos a otros, los protegemos, son nuestros tesoros». Pero he visto que se llevaban a hombres contusionados, en los holos sobre luchas de artes marciales en los que se arrojan unos sobre otros de una manera espectacular. «Solo los luchadores sin experiencia resultan heridos.» Muy tranquilizador. Y luchan con toros. Y en la pelea que llaman Juego Principal se rompen piernas y tobillos unos a otros deliberadamente. «¿Qué es un héroe sin una cojera?», dicen las mujeres. A lo mejor eso es lo más seguro, dejar que te rompan la pierna para no tener que seguir demostrando que eres un héroe. Pero ¿qué otra cosa podría tener que demostrar Kaza?

Pedí a Shask que si se enteraba de que lo llevaban al picadero de Reha me lo dijera. Pero el castillo de Awaga cubre cuatro ciudades (así lo llaman, cubrir, con la misma palabra que emplean en referencia a los toros), de forma que tal vez lo envíen a una de las otras. Aunque probablemente no, porque los hombres que no ganan en nada no pueden ir a los picaderos. Solo los campeones. Y los muchachos de entre quince y diecinueve años, los que las ancianas llaman *dippida*, cachorros: perritos, gatitos, corderos. Usan a los

dippida por placer. Solo pagan a un campeón cuando van al picadero para quedarse embarazadas. Pero Kaza tiene treinta y seis años, no es un perrito, un gatito o un cordero. Es un hombre, y este es un lugar terrible para serlo.

> Kaza Agad había muerto; los Señores del castillo de Awaga al final revelaron el hecho, pero no las circunstancias. Un año más tarde, Alegría llamó por radio a la nave y dejó Seggri en dirección a Hain. Su recomendación fue observar y mantenerse a distancia. Los Estables, no obstante, decidieron enviar otra pareja de observadores; esta vez eran dos mujeres, las móviles Alee Iyoo y Zerin Wu. Vivieron ocho años en Seggri, después del tercer año como primeras móviles; Iyoo se quedó como embajadora otros quince años. Su Elección de Resehavanar fue «toda la verdad lentamente». Se impuso un límite de doscientos visitantes de otros planetas. Durante las primeras generaciones posteriores la gente de Seggri, que se iba acostumbrando a la presencia alienígena, estudió la posibilidad de ingresar en el Ecumen. Las propuestas de un referéndum planetario sobre la alteración genética fueron abandonadas, puesto que el voto de los hombres sería insignificante a menos que el voto de las mujeres se viera obstaculizado. En la fecha de redacción de este informe los seggris no han emprendido ninguna alteración genética de importancia, aunque han aprendido y aplicado diversas técnicas de reparación que han desembocado en una mayor proporción de nacimientos masculinos que llegan a término; la distribución de géneros se sitúa ahora en torno al 12:1.
>
> Lo que sigue es una autobiografía que una mujer de Ush, en Seggri, entregó a la embajadora Eritho te Ves en 93/1569.

Me has pedido, querida amiga, que te contara todo lo que desee que la gente de otros mundos sepa sobre mi vida y mi mundo. ¡No es fácil! ¿Quiero que alguien de otro lugar sepa algo de mi vida? Sé lo extraños que les parecemos a todos los demás, a las razas de mitad y mitad; sé que nos consideran atrasados, provincianos, incluso perversos. A lo mejor dentro de unas cuantas décadas decidiremos que debemos rehacernos. Entonces no estaré viva; no creo que quisiera estarlo. Me gusta mi gente. Me gustan nuestros fieros, orgullosos y hermosos hombres, no quiero que se parezcan a las

mujeres. Me gustan nuestras confiadas, poderosas y generosas mujeres, no quiero que se parezcan a los hombres. Y, sin embargo, sé que entre vosotros cada hombre tiene su propio ser y su propia naturaleza, cada mujer tiene los suyos, y me cuesta decir lo que creo que perderíamos.

Cuando era niña tenía un hermano un año y medio menor que yo. Se llamaba Ittu. Mi madre había ido a la ciudad y había pagado los ahorros de cinco años por el semental que me engendró, un Amo Campeón de Baile. El semental que engendró a Ittu era un viejo del picadero de nuestra aldea; lo llamaban «Maese Retirada». Nunca había sido campeón en nada, llevaba años sin engendrar hijos y se alegró mucho de poder follar gratis. Mi madre siempre se reía: todavía me estaba amamantando, ni siquiera usó un método preventivo, y le dio dos monedas de propina. Cuando se dio cuenta de que estaba embarazada se enfureció. Cuando hicieron la prueba y vieron que era un feto masculino se enfadó todavía más por tener que esperar al nacimiento malo, como dicen aquí. Pero cuando Ittu nació bien y saludable, le entregó al viejo semental doscientas monedas, todo el dinero que tenía.

No era delicado como muchos otros bebés varones, pero ¿cómo se puede dejar de proteger y mimar a un niño? No recuerdo ningún momento en que yo no estuviera cuidando de Ittu, con las ideas muy claras sobre lo que el hermano pequeño debía y no debía hacer y todos los peligros de los que tenía que mantenerlo alejado. Estaba orgullosa de mi responsabilidad, y envanecida, además, porque tenía un hermano al que cuidar. Ninguna otra casa materna de mi aldea tenía un hijo que viviera con ellas todavía.

Ittu era un niño precioso, una estrella. Tenía el pelo suave y lanoso tan habitual en esa zona de Ush, y los ojos grandes; era de carácter dulce y alegre, y muy inteligente. Las otras niñas lo adoraban y siempre querían jugar con él, pero a él y a mí lo que más nos gustaba era jugar solos unos largos y elaborados juegos de imaginación. Teníamos un rebaño de doce vacas que una anciana de la aldea había tallado en cáscara de calabaza para Ittu –la gente

siempre le hacía regalos– y que eran los actores de nuestro drama preferido. Nuestras vacas vivían en una tierra llamada Shush, donde tenían grandes aventuras, subiendo montañas, descubriendo nuevas tierras, navegando por ríos, etcétera. Como en cualquier rebaño, como en el rebaño de la aldea, las vacas viejas eran las líderes; el toro vivía aparte; los otros machos estaban castrados; y las vaquillas eran las aventureras. Nuestro toro hacía visitas ceremoniales para cubrir a las vacas, y luego a lo mejor tenía que ir a luchar con los hombres del castillo de Shush. Hacíamos el castillo de barro y los hombres con palitos, y el toro siempre ganaba y rompía en pedazos a los hombres de palitos. A veces también hacía pedazos el castillo. Pero la mejor de nuestras historias se contaba con dos vaquillas. La mía se llamaba Op y la de mi hermano era Utti. Una vez nuestras vaquillas heroínas estaban viviendo una gran aventura en el arroyo que pasa por la aldea, y su barca se alejó de nosotros. La encontramos detenida junto a un tronco mucho más abajo, donde el arroyo era profundo y rápido. Mi vaquilla todavía estaba dentro. Nos sumergimos una y otra vez, pero nunca encontramos a Utti. Se había ahogado. El Rebaño de Shush celebró un gran funeral por ella, e Ittu lloró con mucha pena.

Tanto tiempo lamentó la pérdida de la pequeña vaca de juguete que le pregunté a Djerdji, la pastora de vacas, si podíamos trabajar para ella, porque pensé que estar con vacas de verdad a lo mejor animaba a Ittu. Se alegró de conseguir dos ayudantes gratis (cuando nuestra madre averiguó que estábamos trabajando de verdad, obligó a Djerdji a pagarnos un cuarto de moneda por día). Cabalgábamos dos grandes vacas viejas y afables, en sillas de montar para que Ittu pudiera tumbarse en la suya. Llevábamos un rebaño de dos terneros de dos años al desierto todos los días para que se alimentaran del edta, que crece mejor cuando lo pacen. Se suponía que teníamos que evitar que se perdieran o cayeran en la orilla del arroyo, y cuando querían quedarse en un sitio y rumiar se suponía que teníamos que reunirlos en un lugar donde los excrementos alimentaran plantas provechosas. Nuestras monturas hacían la

mayor parte del trabajo. Nuestra madre vino, comprobó lo que hacíamos y decidió que estaba bien, que pasar todo el día en el desierto nos mantenía en forma y con buena salud. Nos gustaban nuestras vacas de montar, pero eran de temperamento serio y responsable, como las adultas de nuestra casa materna. Los terneros eran otra cosa: todos eran de raza de montar; se habían criado en la aldea y no eran animales elegantes, por supuesto, pero como vivían de edta estaban gordos y tenían mucha energía. Ittu y yo los cabalgábamos sin silla con una rienda de cuerda. Al principio siempre acabábamos tendidos de espaldas contemplando cómo se alejaban las pezuñas y el rabo de un ternero. Para cuando terminó el año éramos buenos jinetes y nos dedicábamos a practicar acrobacias con nuestras monturas, a cambiar de montura a toda velocidad, y a saltar cuernos. Ittu era un saltador de cuernos maravilloso. Enseñó a un buey ruano de tres años con cuernos de lira, y los dos bailaban como los mejores saltadores de los grandes castillos que veíamos en los holos. No pudimos guardarnos nuestra excelencia en secreto y en el desierto; empezamos a presumir delante de los otros niños, invitándolos a venir a las Fuentes de la Sal para ver nuestro Gran Espectáculo de Acrobacias con Vacas. Y así llegó a oídos de las adultas, por supuesto.

Mi madre era una mujer valiente, pero aquello era demasiado incluso para ella, y me dijo con una ira fría:

–Confiaba en que cuidaras a Ittu. Me has fallado.

Todas las demás insistieron una y otra vez en lo mal que estaba poner en peligro la preciosa vida de un niño, el Frasco de la Esperanza, el Tesoro de la Vida, y así, pero lo que me dolió fue lo que dijo mi madre.

–Yo cuido de Ittu, y él cuida de mí –le dije, con esa pasión justiciera que conocen los niños, el derecho de nacimiento que rara vez honramos–. Los dos sabemos que es peligroso y no hacemos estupideces, conocemos a las vacas y lo hacemos todo juntos. Cuando tenga que ir al castillo tendrá que hacer montones de cosas más peligrosas, pero por lo menos sabrá hacer una. Y allí tiene que

hacerlas solo, mientras que aquí lo hacíamos todo juntos. Y no te he fallado.

Mi madre nos miró. Yo tenía casi doce años, Ittu tenía diez. Ella se deshizo en lágrimas, se sentó en el suelo y lloró ruidosamente. Ittu y yo nos acercamos a ella, la abrazamos y lloramos. Ittu dijo:

–No iré. No iré a ese maldito castillo. ¡No pueden obligarme!

Y yo lo creí. Él creía lo que decía. Mi madre sabía la verdad.

Quizá algún día los muchachos puedan elegir su vida. Entre vuestra gente, el cuerpo de un hombre no determina su destino, ¿verdad? Quizá algún día aquí también sea así.

Nuestro castillo, Hidjegga, llevaba vigilando a Ittu desde que nació, naturalmente; una vez al año nuestra madre les enviaba un informe médico suyo, y cuando cumplió los cinco años, madre y sus esposas lo llevaron allí para la ceremonia de Confirmación. Ittu se sintió incómodo, disgustado y halagado. En secreto me contó: «Estaban todos esos hombres que olían raro, y me hicieron quitarme la ropa, y tenían cosas para medir, ¡y me midieron el pito! Y dijeron que estaba muy bien. Dijeron que era estupendo. ¿Qué pasa cuando desciendes?». No era la primera pregunta que me hacía que yo no sabía contestar, y me inventé la respuesta, como siempre. «Descender significa que puedes tener hijos», dije, y, en cierto sentido, no estaba lejos de la verdad.

Algunos castillos, me dicen, preparan a los niños de nueve y diez años para la Separación, los cortejan con visitas de muchachos mayores, entradas para los juegos, visitas al parque y los edificios, para que tengan ganas de ir al castillo cuando cumplan once años. Pero los «de fuera», los aldeanos del borde del desierto, conservábamos las crueles costumbres de antaño. Aparte de la Confirmación, los muchachos no tenían contacto alguno con los hombres hasta su undécimo cumpleaños. Ese día todas las personas que conocían los llevaban a la Puerta y los entregaban a los extraños con los que vivirían el resto de su vida. Los hombres y las mujeres por igual creían, y todavía creen, que esta separación absoluta hace al hombre.

Vev Ushiggi, que había tenido un hijo y un nieto, había sido alcaldesa cinco o seis veces y gozaba de gran estima aun cuando nunca había tenido mucho dinero, oyó a Ittu decir que no quería ir al maldito castillo. Al día siguiente vino a nuestra casa materna y pidió hablar con él. Ittu me contó lo que le dijo. No intentó cortejarlo o sobornarlo. Le dijo que había nacido para servir a su pueblo y que tenía una única responsabilidad, engendrar hijos cuando fuera lo bastante mayor; y un solo deber, ser un hombre fuerte y valiente, más fuerte y valiente que los otros hombres, para que las mujeres lo escogieran para engendrar a sus hijos. Dijo que tenía que vivir en el castillo porque los hombres no podían vivir entre las mujeres. A esto, Ittu le preguntó: «¿Por qué no?».

–¿Eso hiciste? –dije, admirada por su coraje, porque Vev Ushiggi era una anciana formidable.

–Sí. Y no me respondió. Se tomó un buen rato. Me miró y luego apartó la vista a otro lado; entonces me observó durante mucho tiempo y al final dijo: «Porque los destruiríamos».

–Pero eso es absurdo –dije–. Los hombres son nuestros tesoros. ¿Por qué dijo eso?

Ittu no lo sabía, por supuesto. Pero pensó mucho en aquellas palabras, y creo que nada de lo que pudiera haberle dicho lo habría impresionado más.

Después de discutirlo, las mayores de la aldea y mi madre y sus esposas decidieron que Ittu podía seguir practicando los saltos de cuernos, porque era una habilidad que le sería muy útil en el castillo; pero no podía seguir pastoreando vacas, ni acompañarme cuando lo hiciera yo, ni trabajar en lo que trabajaran las niñas de la aldea, ni participar en sus juegos.

–Siempre lo haces todo con Po –le dijeron–, pero ella debería hacer cosas con las otras niñas, y tú tendrías que hacer cosas solo, como los hombres.

Siempre eran muy amables con Ittu, pero con las niñas eran severas; si nos veían, aunque solo fuera hablando con Ittu nos decían que volviéramos al trabajo y lo dejáramos en paz. Cuando

desobedecíamos, cuando Ittu y yo nos íbamos a escondidas y nos reuníamos en las Fuentes de Sal para cabalgar juntos, o nos escondíamos en nuestro antiguo lugar de juegos en el puente del arroyo para hablar, a él lo trataban con un frío silencio para avergonzarlo, pero a mí me castigaban. Un día encerrada en el sótano del antiguo molino de procesamiento de fibras, que era el lugar que mi aldea utilizaba como prisión; la vez siguiente fueron dos días; y la tercera vez que nos sorprendieron juntos a solas me encerraron en ese sótano durante diez días. Una joven llamada Fersk me traía comida una vez al día y comprobaba que tenía agua suficiente y no estaba enferma, pero no hablaba; así es como solían castigar a la gente en las aldeas. Oía a las otras niñas pasar por la calle al atardecer. Al cabo oscurecía y podía dormir. Durante todo el día no tenía nada que hacer, nada en que pensar excepto el desprecio y el desdén que sentían hacia mí por haber traicionado su confianza, y la injusticia de que a mí me castigaran y a Ittu no.

Cuando salí, me sentía diferente. Sentía que algo se había cerrado por completo dentro de mí mientras estaba encerrada en aquel sótano.

Cuando comíamos en la casa materna se aseguraban de que Ittu y yo no nos sentáramos juntos. Durante un tiempo ni siquiera nos hablamos. Regresé a la escuela y al trabajo. No sabía lo que hacía Ittu todo el día. No pensaba en ello. Solo faltaban cincuenta días para su cumpleaños.

Una noche me metí en la cama y encontré una nota debajo de la almohada de arcilla: *en el puente esta notse*. Ittu nunca supo escribir bien; lo poco que sabía se lo había enseñado yo en secreto. Estaba asustada y furiosa, pero esperé una hora hasta que todo el mundo estuvo dormido, me levanté, salí a hurtadillas al viento y las estrellas de la noche, y corrí hasta el puente. La estación seca estaba muy avanzada y el arroyo apenas tenía agua. Ittu estaba allí, sentado con los brazos en torno a las rodillas, un pequeño bulto de sombra en el barro pálido y roto de la orilla.

Lo primero que dije fue:

–¿Quieres que me encierren de nuevo? ¡Dijeron que la próxima vez serían treinta días!

–A mí van a encerrarme cincuenta años –dijo Ittu, sin mirarme.

–¿Qué se supone que debo hacer yo? ¡Así es como debe ser! Eres un hombre. Tienes que hacer lo que hacen los hombres. De todas formas, no te encerrarán del todo, tienes que participar en los juegos y venir a la ciudad a ofrecer tus servicios y todo eso. ¡Ni siquiera sabes lo que es estar encerrado!

–Quiero irme a Seradda –dijo Ittu, hablando muy rápido, con los ojos brillantes mientras me miraba–. Podríamos llevar las vacas de montar a la estación de autobús de Redang, he ahorrado dinero, tengo veintitrés monedas, podríamos tomar el autobús de Seradda. Las vacas volverían a casa cuando las soltáramos.

–¿Qué crees que harías en Seradda? –pregunté con desdén, pero también con curiosidad. Nadie de nuestra aldea había estado nunca en la capital.

–La gente del Eccamen está allí –dijo.

–El Ecumen –corregí–. ¿Y qué?

–Podrían sacarme de aquí –dijo Ittu.

Tuve una sensación muy extraña cuando dijo eso. Todavía sentía enfado y desdén, pero una oleada de pena empezaba a alzarse en mi interior como agua oscura.

–¿Por qué harían eso? ¿Para qué hablarían con un niño pequeño? ¿Cómo los encontrarías? Veintitrés monedas no son suficiente, de todas formas. Seradda está muy lejos. Es una idea estúpida. No puedes hacerlo.

–Pensaba que vendrías conmigo –dijo Ittu. Su voz era más baja, pero no temblaba.

–Yo no haría algo tan estúpido –dije, furiosa.

–Muy bien –dijo él–. Pero no se lo dirás a nadie. ¿De acuerdo?

–¡No, no se lo diré a nadie! –dije–. Pero no puedes huir, Ittu. No puedes. Sería..., sería deshonroso.

Esta vez cuando respondió le tembló la voz.

–No me importa –dijo–. No me importa el honor. ¡Quiero ser libre!

Los dos estábamos llorando. Me senté a su lado y nos apoyamos uno en otro como hacíamos antes, y lloramos un rato; no mucho; no estábamos acostumbrados a llorar.

–No puedes hacerlo –le susurré–. No saldrá bien, Ittu. Él asintió con la cabeza, aceptando mi sabiduría.

–No estarás tan mal en el castillo –dije.

Al cabo de un minuto se apartó de mí un poco.

–Nos veremos –dije. Él solo dijo:

–¿Cuándo?

–En los juegos. Puedo observarte. Apuesto a que serás el mejor jinete y saltador de cuernos de allí. Apuesto a que ganas todos los premios y te conviertes en un Campeón.

Ittu asintió, obediente. Los dos sabíamos que yo había traicionado nuestro amor y nuestro derecho de nacimiento a la justicia. Él sabía que no tenía esperanza.

Fue la última vez que hablamos a solas, y casi la última que hablamos.

Ittu huyó unos diez días después, llevándose la vaca de montar y encaminándose hacia Redang; siguieron sus huellas fácilmente y lo llevaron de vuelta a la aldea antes del anochecer. No sé si pensó que yo les había dicho adónde iba. Estaba tan avergonzada por no haberlo acompañado que no podía mirarlo. Me mantuve apartada de él; ya no tuvieron que obligarme. Él no hizo ningún esfuerzo por hablar conmigo.

Estaba empezando mi pubertad, y sangré por primera vez la víspera del cumpleaños de Ittu. Las mujeres que menstrúan no pueden acercarse a las Puertas en los castillos conservadores como el nuestro, así que cuando Ittu se convirtió en un hombre yo me quedé muy atrás entre unas cuantas niñas y mujeres, y no vi mucho de la ceremonia. Guardé silencio mientras cantaban, y miré al suelo y a mis sandalias nuevas y a mis pies dentro de ellas, y sentí el dolor y los tirones de mi vientre y el movimiento secreto de la sangre, y

sufrí. Ya entonces sabía que ese sufrimiento me acompañaría toda la vida.

Ittu entró y las Puertas se cerraron.

Se convirtió en un Joven Campeón Saltador de Cuernos, y durante dos años, cuando tenía dieciocho y diecinueve, vino unas cuantas veces a nuestra aldea a ofrecer sus servicios, pero yo no lo vi nunca. Una de mis amigas folló con él y empezó a contarme lo bonito que era, creyendo que me gustaría oírlo, pero la hice callar y me fui con una rabia ciega que ninguna de las dos entendía.

A los veinte años lo trasladaron a un castillo de la costa oriental. Cuando nació mi hija le escribí, y varias veces después, pero él nunca contestó mis cartas.

No sé qué te he contado de mi vida y mi mundo. No sé si es eso lo que quieres saber. Es lo que tenía que contar.

Lo que sigue es un breve relato escrito en 93/1586 por una popular narradora de la ciudad de Adr, Sem Gridji. La literatura clásica de Seggri consiste en poemas narrativos y teatro. Los poemas y las obras de teatro clásicas eran obra conjunta de varios autores, en la versión original, y también de escritores de generaciones posteriores, normalmente anónimos. No se daba mucho valor a la conservación de un texto «verdadero», puesto que la obra se consideraba un proceso continuo. Probablemente por influencia del Ecumen, algunos escritores individuales de finales del siglo decimosexto empezaron a escribir breves narraciones en prosa, históricas y ficticias. El género adquirió popularidad, sobre todo en las ciudades, aunque nunca obtuvo el inmenso público de las grandes epopeyas y obras de teatro clásicas. Todo el mundo, literalmente, conocía las tramas y muchas citas de las epopeyas y las obras de teatro, por los libros y los holos, y casi todas las mujeres adultas habían visto o participado en una representación de varias de ellas. Constituían una de las influencias unificadoras de la monocultura de Seggri. La narrativa en prosa, que se leía en silencio, servía más bien como recurso para que la cultura pudiera cuestionarse a sí misma, y como instrumento para el autoexamen moral. Las mujeres conservadoras de Seggri desaprobaban el género por ser antagónico a la estructura intensamente cooperante y colaboradora de su sociedad. La ficción no estaba incluida en los programas de los departamentos de literatura de las universidades, y a menudo se la miraba con desdén: «La ficción es cosa de hombres». Sem

Gridji publicó tres libros de relatos. Su estilo sencillo y directo es característico de los relatos breves de Seggri.

Amor fuera de lugar *por Sem Gridji*

Azak creció en una casa materna del distrito del Río, cerca de los molinos textiles. Era una niña brillante, y su familia y vecinas reunieron orgullosamente el dinero necesario para enviarla a la universidad. Cuando regresó a la ciudad se convirtió en la directora de uno de los nuevos molinos. Azak trabajaba bien con otras personas; prosperaba. Tenía ideas muy claras sobre lo que quería hacer en los años siguientes: encontrar dos o tres socias para formar una casa filial y un negocio.

Azak, que era una mujer hermosa y se hallaba en el mejor momento de su juventud, disfrutaba mucho con el sexo y le gustaban sobre todo las relaciones con hombres. Aunque ahorraba dinero para su plan de fundar un negocio, también gastaba mucho en los picaderos e iba muy a menudo, a veces para contratar a dos hombres a la vez. Le gustaba ver cómo se incitaban el uno al otro a realizar proezas que no hubieran alcanzado solos, y cómo se avergonzaban entre sí cuando fracasaban. Los penes flácidos le parecían muy desagradables, y no dudaba en echar a un hombre que no la pudiera penetrar tres o cuatro veces en una noche.

El castillo de su distrito llevó a un joven campeón al Torneo de Danza de los Castillos del Sudeste, y no tardó en enviarlo a los picaderos. Después de haberlo visto bailar en las finales en la holovisión y haber quedado prendada de su estilo ágil y hermoso y de su belleza, Azak estaba impaciente por obtener sus servicios. Valía el doble que todos los hombres que había allí, pero no dudó en pagar. Le pareció guapo y amable, vehemente y gentil, hábil y sumiso. En su primera noche llegaron al orgasmo juntos cinco veces. Cuando se fue le dejó una propina enorme. Una semana después

estaba de vuelta, pidiendo a Toddra. El placer que le proporcionaba era exquisito, y no tardó en obsesionarse con él.

–Ojalá te tuviera para mí sola –le dijo una noche mientras yacían todavía unidos, lánguidos y satisfechos.

–Eso es lo que desea mi corazón –dijo él–. Me gustaría ser tu sirviente. Ninguna de las otras mujeres que vienen aquí me excita. No las deseo. Solo te deseo a ti.

Azak se preguntó si decía la verdad. La siguiente vez que fue, preguntó casualmente a la directora si Toddra era tan popular como esperaban.

–No –dijo la directora–. Todas las demás aseguran que tarda mucho en excitarse y es hosco y despreocupado con ellas.

–Qué extraño –dijo Azak.

–En absoluto –dijo la directora–. Está enamorado de ti.

–¿Un hombre enamorado de una mujer? –exclamó Azak, y rio.

–Sucede demasiadas veces –repuso la directora.

–Pensaba que solo las mujeres se enamoraban –dijo Azak.

–Las mujeres se enamoran de un hombre, a veces, y eso también es malo –dijo la directora–. ¿Me permites que te dé un consejo, Azak? El amor debe ser entre mujeres. Aquí está fuera de lugar. Nunca termina bien. Detesto perder dinero, pero me gustaría que follaras con alguno de los otros hombres y no pidieras siempre a Toddra. Lo estás alentando a algo que le hace daño, ¿sabes?

–¡Pero él y tú me estáis sacando mucho dinero! –dijo Azak, que todavía se lo tomaba a broma.

–Sacaría más de otras mujeres si no estuviera enamorado de ti –dijo la directora.

A Azak le pareció un argumento débil frente al placer que obtenía de Toddra, y dijo:

–Bueno, puede follárselas a todas cuando haya terminado con él, pero de momento lo quiero.

Después de su relación de aquella noche, le dijo a Toddra:

–La directora dice que estás enamorado de mí.

–Ya te lo dije –respondió Toddra–. Te dije que quería pertenecerte, servirte a ti sola. Moriría por ti, Azak.

–Eso es absurdo –dijo ella.

–¿Es que no te gusto? ¿Acaso no te doy placer?

–Más que ningún hombre que haya conocido nunca –dijo ella, besándolo–. Eres hermoso y completamente satisfactorio, mi dulce Toddra.

–No deseas a ningún otro hombre de aquí, ¿verdad? –preguntó él.

–No. Todos son feos y torpes, comparados con mi hermoso bailarín.

–Escúchame, entonces –dijo él, sentándose y hablando con mucha seriedad. Era un hombre esbelto de veintidós años, con miembros largos de músculos suaves, ojos separados y boca sensible de labios delgados. Azak yacía acariciándole el muslo, pensando en lo hermoso y adorable que era–. Tengo un plan –prosiguió–. Cuando danzo, ya sabes, en las historias bailadas, hago de mujer, por supuesto; llevo haciéndolo desde que tenía doce años. La gente siempre dice que no pueden creerse que en realidad sea un hombre, de lo bien que interpreto una mujer. Si me escapara... de aquí, del castillo, vestido de mujer... Podría ir a tu casa como sirviente...

–¿Qué? –exclamó Azak, estupefacta.

–Podría vivir allí –insistió, inclinándose sobre ella–. Contigo. Estaría siempre allí. Podrías tenerme todas las noches. No te costaría nada, excepto mi comida. Te serviría, sería tu criado, barrería tu casa, lo haría todo, cualquier cosa, Azak, por favor, mi amada, mi señora, ¡déjame ser tuyo! –Advirtió que ella todavía no se lo creía, y siguió hablando con rapidez–: Podrías echarme cuando te cansaras de mí...

–Si intentaras volver al castillo después de una huida así te darían latigazos hasta matarte, ¡idiota!

–Soy valioso –dijo–. Me castigarían, pero no me harían daño.

–Te equivocas. Hace tiempo que no bailas, y tu valor aquí ha bajado porque no actúas bien con nadie excepto conmigo. Me lo dijo la directora.

Había lágrimas en los ojos de Toddra. A Azak no le gustaba causarle dolor, pero su absurdo plan la había conmocionado.

–Y si te descubrieran, querido –dijo más amable–, me sentiría muy desgraciada. Es un plan muy infantil, Toddra. Por favor, no vuelvas a pensar en algo así. Pero me gustas de verdad, me gustas mucho, te adoro y no deseo a ningún otro hombre. ¿Me crees, Toddra?

Él asintió. Conteniendo las lágrimas, dijo:

–Por ahora.

–Por ahora y por un tiempo muy, muy largo. Mi querido, mi dulce, mi hermoso bailarín, nos tenemos el uno al otro todo el tiempo que queramos, años y años. Tú limítate a cumplir con tus obligaciones con las otras mujeres que vengan, para que tu castillo no te venda, por favor. No podría soportar perderte, Toddra. –Y lo abrazó apasionadamente, lo excitó enseguida, se abrió a él, y poco después los dos estaban gritando en la agonía del placer.

Aunque no podía tomarse su amor completamente en serio –porque ¿qué podía salir de una emoción en un lugar equivocado, excepto planes tan absurdos como el que le había propuesto?–, Toddra conmovía su corazón y le despertaba una ternura que acrecentó enormemente el placer de sus relaciones. Así, durante más de un año, pasó con él dos o tres noches a la semana en el picadero, todo lo que podía permitirse. La directora, que aún intentaba desalentar el amor del hombre, no quiso bajar el precio de Toddra, aun cuando era impopular entre las otras clientas del picadero; por tanto, Azak se gastaba mucho dinero en él, a pesar de que después de la primera noche Toddra no quiso aceptar ninguna propina suya.

Entonces, una mujer que no había podido concebir con ninguno de los sementales del picadero, probó con Toddra; concibió enseguida, y cuando le hicieron la prueba descubrieron que el feto

era masculino. Otra mujer concibió de él, de nuevo un feto masculino. Toddra no tardó en estar muy solicitado como semental. Empezaron a llegar mujeres de toda la ciudad para que las cubriera. Esto significaba, como es lógico, que tenía que estar libre durante su periodo de ovulación. Ahora había muchas noches en que no podía ver a Azak, porque la directora no se dejaba sobornar. A Toddra le disgustaba su popularidad, pero Azak lo tranquilizaba y lo calmaba, diciéndole lo orgullosa que estaba de él y que su trabajo nunca interferiría en su amor. De hecho, no lamentaba demasiado que tuviera tanta demanda, porque había encontrado a otra persona con la que quería pasar las noches.

Se trataba de una joven llamada Zedr, que trabajaba en el molino como especialista en reparación de máquinas. Era alta y guapa; en un primer momento, a Azak le llamaron la atención la libertad y la fuerza con las que caminaba y el orgullo de su porte. Encontró un pretexto para conocerla. A Azak le parecía que Zedr la admiraba; pero durante un largo periodo se trataron solo como amigas, sin realizar avances sexuales. Pasaban mucho tiempo en compañía, iban a los juegos y los bailes juntas, y Azak se dio cuenta de que esa vida abierta y sociable le gustaba más que estar siempre en el picadero sola con Toddra. Hablaron de la posibilidad de montar juntas un servicio de reparación de maquinaria. A medida que pasaba el tiempo, Azak descubrió que el hermoso cuerpo de Zedr estaba siempre en sus pensamientos. Al fin, una noche en su piso de soltera le dijo a su amiga que la amaba, pero que no deseaba lastrar su amistad con un deseo no correspondido.

Zedr respondió:

–Te he deseado desde el primer día que te vi, pero no quería incomodarte con mi deseo. Pensaba que preferías a los hombres.

–Los prefería hasta ahora, pero quiero hacer el amor contigo –dijo Azak.

Al principio se mostró bastante tímida, pero Zedr era experta y sutil y podía prolongar los orgasmos de Azak hasta que esta hallaba una satisfacción como nunca había soñado. Le dijo a Zedr:

–Me has hecho mujer.

–Entonces seamos esposas –dijo Zedr alegremente.

Se casaron, se mudaron a una casa en el oeste de la ciudad y dejaron el molino para montar un negocio.

Durante todo este tiempo, Azak no había dicho nada de su nuevo amor a Toddra, a quien veía cada vez menos. Un poco avergonzada por su cobardía, se tranquilizó pensando que estaba tan ocupado haciendo de semental que no la echaría demasiado de menos. Al fin y al cabo, a pesar de sus románticas palabras de amor, era un hombre, y para los hombres follar era lo más importante, y no solo uno de los componentes del amor y la vida como para las mujeres.

Cuando se casó con Zedr, envió a Toddra una carta, diciendo que sus vidas se habían separado y que se iba a mudar a otro lugar y no volvería a verlo, pero que siempre lo recordaría con afecto.

Recibió una respuesta inmediata de Toddra, una carta en la que le suplicaba que fuera a hablar con él, llena de promesas de amor eterno, mal escrita y casi ilegible. La carta la conmovió, la incomodó y la avergonzó, y no escribió respuesta alguna.

Él le escribió una y otra vez, e intentó llegar a ella a través del holonet de su nuevo negocio. Zedr la instó a no responder, diciendo: «Sería cruel alentarlo».

El nuevo negocio funcionó bien desde el principio. Una noche estaban en casa cortando verduras para la cena cuando llamaron a la puerta.

–Entra –dijo Zedr, pensando que era Chochi, una amiga que estaban pensando en incorporar a su negocio. Entró una extraña, una mujer alta, hermosa, con un pañuelo en la cabeza. La extraña se dirigió a Azak, diciendo con voz entrecortada:

–Azak, Azak, por favor, déjame estar contigo.

El pañuelo se le cayó del largo pelo. Y Azak reconoció a Toddra.

Estaba estupefacta y un poco asustada, pero hacía mucho tiempo que conocía a Toddra y le tenía mucho cariño, y ese antiguo

afecto le hizo tenderle las manos como saludo. Vio temor y desesperación en su rostro, y sintió pena por él.

Pero Zedr, adivinando quién era, sintió alarma y enfado. No soltó el cuchillo de cortar verduras. Salió de la habitación y llamó a la policía de la ciudad.

Cuando regresó vio al hombre suplicando a Azak que le dejara quedarse escondido en su casa como sirviente.

–Haré cualquier cosa –dijo–. ¡Por favor, Azak, mi único amor, por favor! No puedo servir a esas mujeres, a esas extrañas que solo quieren que las fecunde. Ya no puedo bailar. Solo pienso en ti, eres mi única esperanza. Seré una mujer, nadie lo sabrá. Me cortaré el pelo, nadie lo sabrá.

Siguió así, casi amenazante en su pasión, pero también conmovedor. Zedr escuchaba con frialdad, pensando que estaba loco. Azak escuchaba con dolor y vergüenza.

–No, no puede ser –decía una y otra vez, pero él no le prestaba atención. Cuando la policía llegó a la puerta y él se dio cuenta de quiénes eran, corrió hacia la parte de atrás de la casa buscando una escapatoria. Las policías lo atraparon en el dormitorio; luchó con ellas desesperadamente, y ellas lo sometieron con brutalidad. Azak les gritó que no le hicieran daño, pero no le hicieron caso y le retorcieron los brazos y le golpearon la cabeza hasta que dejó de resistirse. Lo sacaron a rastras. La jefa de la tropa se quedó para reunir pruebas. Azak rogó que perdonaran a Toddra, pero Zedr corroboró los hechos y añadió que en su opinión estaba loco y era peligroso.

Al cabo de unos días, Azak preguntó en la oficina de la policía y le dijeron que Toddra había sido devuelto a su castillo con la advertencia de que no volvieran a enviarlo a los picaderos durante un año o hasta que los Señores del castillo creyeran que era capaz de comportarse de una manera responsable. Le inquietaba el castigo que pudieran imponerle. Zedr decía: «No le harán daño, es demasiado valioso», lo mismo que había dicho él. Azak se alegraba

de creerlo. De hecho, era un gran alivio para ella saber que estaba fuera de su camino.

Ella y Zedr metieron a Chochi primero en el negocio y luego en su casa. Chochi era una mujer del distrito del muelle, resistente y con sentido del humor, una buena trabajadora y una amante poco exigente y cómoda. Estaban contentas unas con otras, y prosperaron.

Pasó un año, y luego otro. Azak volvió a su antiguo distrito para concretar un contrato de reparación con dos mujeres del molino en el que había empezado a trabajar. Les preguntó por Toddra. Volvía por el picadero de vez en cuando, le dijeron. Había sido nombrado Semental Campeón del año de su castillo, y estaba muy solicitado, con un precio todavía más alto, porque fecundaba a muchas mujeres y muchas de las concepciones eran varones. No lo pedían por placer, dijeron, porque tenía reputación de dureza e incluso crueldad. Las mujeres solo lo pedían si querían concebir. Pensando en lo gentil que había sido con ella, a Azak le costaba imaginárselo actuando con brutalidad. Un duro castigo en el castillo, pensó, debe de haberlo cambiado. Pero no creía que hubiera cambiado de verdad.

Pasó otro año. El negocio iba muy bien, y Azak y Chochi empezaron a hablar muy seriamente de tener hijos. Zedr no estaba interesada en quedarse embarazada, aunque le gustaría ser madre. Chochi tenía un hombre favorito en el picadero local al que acudía de vez en cuando en busca de placer; ahora empezó a visitarlo durante la ovulación, porque tenía buena reputación como semental.

Azak no había visitado un picadero desde que ella y Zedr se casaron. Se tomaba la fidelidad muy en serio y solo hacía el amor con Zedr y Chochi. Cuando pensaba en ser fecundada, se encontraba con que su antiguo interés por follar con hombres había desaparecido o incluso se había convertido en repugnancia. No le gustaba la idea de autofecundarse en el banco de esperma, pero la idea de dejar que un hombre extraño la penetrara le parecía todavía más repulsiva. Mientras pensaba en qué hacer, se acordó de Toddra, con el que había compartido un amor y un placer genuinos. Había

vuelto a ser nombrado Campeón Semental y tenía fama en la ciudad de ser un buen fecundador. No había ningún otro hombre que pudiera darle placer. Y él la había amado tanto que había puesto en peligro su carrera e incluso su vida para estar con ella. Aquella irresponsabilidad era agua pasada. No le había vuelto a escribir jamás, y el castillo y las directoras del picadero nunca le hubieran permitido cubrir a mujeres si creyeran que estaba loco o no era de fiar. Después de todo este tiempo, pensó, podía volver a él y darle el placer que tanto había deseado.

Notificó al picadero el periodo de su siguiente ovulación, pidiendo a Toddra. Ya estaba comprometido para esos días, y le ofrecieron otro semental; pero ella prefirió esperar al mes siguiente.

Azak descubrió que aguardaba con impaciencia el momento de estar con Toddra. Lamentando la violencia de su último encuentro y el sufrimiento que debía de haberle causado, le escribió la siguiente carta:

> Querido, espero que la alegría de estar juntos de nuevo nos haga olvidar nuestra larga separación y el dolor de nuestro último encuentro, y que todavía me ames como yo te amo a ti. Estaré muy orgullosa de tener un hijo tuyo, y espero que sea un varón. Estoy impaciente por verte otra vez, mi hermoso bailarín. Tu Azak.

El periodo de ovulación de Azak empezó antes de que Toddra tuviera tiempo de responder la carta. Azak se puso sus mejores ropas. Zedr todavía desconfiaba de Toddra y había intentado disuadirla de que acudiera a él; le deseó buena suerte algo malhumorada. Chochi le puso un amuleto de maternidad en el cuello, y Azak se fue.

Había una nueva directora en el picadero, una joven de rostro ordinario que le dijo:

–Grita si te da algún problema. Puede que sea un Campeón, pero es bruto y no queremos que haga daño a nadie.

–A mí no me hará daño –dijo Azak, sonriendo, y entró con impaciencia en la familiar habitación en la que ella y Toddra habían disfrutado juntos tantas veces. Estaba esperando de pie junto a la ventana, como solía hacer antes. Cuando se volvió tenía el mismo aspecto que ella recordaba, miembros largos, pelo sedoso cayendo como una cascada por la espalda, ojos separados que la miraban.

–¡Toddra! –dijo ella, acercándose con los brazos extendidos. Él le tomó las manos y pronunció su nombre.

–¿Recibiste mi carta? ¿Estás contento?

–Sí –dijo él, sonriendo.

–Y toda aquella infelicidad, toda aquella locura sobre nuestro amor, ¿ha terminado? Siento mucho que sufrieras, Toddra, no quiero que vuelva a pasar. ¿Podemos ser nosotros mismos y ser felices juntos como antes?

–Sí, todo ha terminado –dijo él–. Y me alegro de verte. –La atrajo dulcemente a su lado. Dulcemente empezó a desvestirla y a acariciarle el cuerpo, como hacía antes, consciente de lo que le daba placer, igual que ella recordaba lo que le daba placer a él. Se tumbaron juntos desnudos. Ella estaba acariciándole el pene erecto, excitada pero un poco reacia a que la penetraran después de tanto tiempo, cuando él movió el brazo, como si estuviera incómodo. Apartándose un poco, Azak vio que tenía un cuchillo en la mano, que debía de haber escondido en la cama. Lo aferraba ocultándolo detrás de la espalda.

Sintió frío dentro del vientre, pero siguió acariciándole el pene y los testículos, sin atreverse a decir nada e incapaz de irse de allí, porque él la tenía sujeta con la otra mano.

De repente se puso encima de ella y metió a la fuerza el pene en su vagina con un empujón tan doloroso que por un instante Azak pensó que era el cuchillo. Eyaculó al instante. Mientras el cuerpo de él se arqueaba, Azak escapó de debajo, corrió con dificultad hacia la puerta y salió de la habitación pidiendo ayuda.

Él la persiguió con el cuchillo en la mano y la apuñaló en el omóplato antes de que lo cogieran la directora y otras mujeres y

hombres. Los hombres estaban muy enfadados y lo trataron con una violencia que las protestas de la directora no apaciguaron. Desnudo, sangrando y medio consciente, fue atado y trasladado inmediatamente al castillo.

Ahora todo el mundo rodeaba a Azak, y su herida, que era superficial, fue limpiada y vendada. Conmovida y confusa, lo único que pudo preguntar fue:

–¿Qué van a hacerle?

–¿Qué crees que hacen con los violadores asesinos? ¿Darles un premio? –dijo la directora–. Lo castrarán.

–Pero ha sido culpa mía –dijo Azak. La directora la miró y dijo:

–¿Estás loca? Vete a casa.

Volvió a la habitación y se puso la ropa mecánicamente. Miró la cama donde habían yacido. Se acercó a la ventana junto a la cual él la había esperado. Recordó cómo lo había visto bailar mucho tiempo atrás, en la competición en que lo habían nombrado Campeón por primera vez. Pensó: «Mi vida está mal». Pero no sabía qué hacer para corregirla.

Los cambios en las instituciones sociales y culturales de Seggri no tomaron el desastroso rumbo que temía Alegría. Han sido lentos y su dirección no está clara. En 93/1602 la Universidad de Terhada invitó a los hombres de dos castillos vecinos a presentar solicitudes de admisión como estudiantes, y tres hombres lo hicieron. En las siguientes décadas, la mayoría de las universidades abrieron sus puertas a los hombres. Una vez licenciados, los estudiantes varones debían regresar a su castillo, a menos que abandonaran el planeta, puesto que los hombres nativos solo podían vivir como estudiantes en las universidades o en un castillo, hasta que en 93/1662 se aprobó la Ley de Puertas Abiertas. Incluso después de la aprobación de esa ley, los castillos siguieron cerrados a las mujeres; y el éxodo de hombres de los castillos fue mucho más lento de lo que temían los opositores a la medida. La adaptación social a la Ley de Puertas Abiertas no ha sido rápida. En varias regiones los programas para enseñar a los hombres habilidades básicas como el cultivo y la construcción han obtenido un éxito moderado; los hombres trabajan en equipos competitivos, separados de las compañías de mujeres y bajo su dirección. Muchos seggriotas se han ido a estudiar a Hain en los últimos años:

más hombres que mujeres, a pesar del gran desequilibrio numérico que todavía existe.

El siguiente esbozo autobiográfico de uno de estos hombres tiene especial interés, puesto que participó en el acontecimiento que dio pie a la redacción de la Ley de Puertas Abiertas.

Esbozo autobiográfico del móvil Ardar Dez

Nací en el ciclo ecuménico 93, año 1641, en Rakedr, Seggri. Rakedr era una ciudad plácida, próspera y conservadora, y me educaron siguiendo las antiguas costumbres, como el niño mimado de una gran casa materna. En total éramos diecisiete, sin contar el personal de la cocina: una bisabuela, dos abuelas, cuatro madres, nueve hijas y yo. Nos iban bien las cosas; todas las mujeres eran o habían sido directoras o trabajadoras cualificadas de la Alfarería de Rakedr, la principal industria de la ciudad. Celebrábamos todas las fiestas con pompa y energía, decorando la casa del tejado a los cimientos con banderas de Hillalli, haciendo trajes fantásticos para el Festival de la Cosecha y festejando el cumpleaños de alguien diferente cada pocas semanas con regalos de parte de todos. Me mimaron, tal como he dicho, pero no me malcriaron, creo. Mi cumpleaños no era más importante que el de mis hermanas, y me dejaban correr y jugar con ellas como si fuera una niña. Sin embargo, siempre fui consciente, igual que ellas, de que los ojos de nuestras madres me miraban de otra manera, reflexiva, reservada y, a veces, según fui creciendo, desolada.

Después de mi Confirmación, mi madre de nacimiento o su madre me llevaban al castillo de Rakedr cada primavera el Día de la Visita. Las puertas del parque, que se habían abierto para dejarme pasar solo (y aterrorizado) el día de la Confirmación, seguían cerradas, pero ponían unas escaleras con ruedas en los muros del parque. Por ellas subíamos yo y otros niños pequeños de la ciudad para sentarnos cómodamente en lo alto del muro, en cojines, bajo

unos toldos, y ver demostraciones de bailes, bailes de toros, lucha libre y otros deportes en el gran campo de juegos que había en el interior. Nuestras madres esperaban abajo, fuera, en las gradas del campo público. Los hombres y los jóvenes del castillo se sentaban con nosotros y nos explicaban las reglas de los juegos, señalando las excelencias de un bailarín o un luchador, tratándonos con seriedad, haciéndonos sentir importantes. Yo me lo pasaba muy bien, pero en cuanto bajaba del muro y emprendía el camino a casa todo se desvanecía, como un disfraz que ya no me afectaba, un papel interpretado en una obra de teatro; y seguía con mi trabajo y mis juegos en la casa materna con mi familia, mi verdadera vida.

Cuando cumplí los diez años fui a la Clase de Niños del centro del pueblo. La clase se había creado cuarenta o cincuenta años antes como puente entre las casas maternas y el castillo, pero el castillo, con un gobierno cada vez más reaccionario, se había retirado del proyecto poco tiempo atrás. El Señor Fassaw prohibió a sus hombres salir de los muros excepto para ir directamente al picadero, en un coche cerrado, y debían regresar en cuanto amaneciera, así que ningún hombre podía impartir clases. Las mujeres del pueblo que intentaron explicarme lo que podía esperar cuando fuera al castillo, en realidad, no sabían mucho más que yo. Sin embargo, a pesar de sus buenas intenciones, principalmente consiguieron asustarme y confundirme. No obstante, el miedo y la confusión fueron una preparación adecuada.

No puedo describir la ceremonia de la Separación. De verdad, no puedo. Los hombres de Seggri, en aquellos días, tenían esta ventaja: sabían lo que es la muerte. Todos habían muerto mucho antes de que lo hiciera su cuerpo. Se habían vuelto para contemplar toda su vida, todos los lugares y rostros que habían amado, y habían apartado la vista mientras la puerta se cerraba.

En la época de mi Separación, nuestro pequeño castillo estaba divido internamente en «colegiales» y «tradicionales», una facción liberal que procedía del régimen del Señor Ishog, y una facción más joven, muy conservadora. La división ya era desastrosa cuando

llegué al castillo. El gobierno del Señor Fassaw era cada vez más duro e irracional. Gobernaba mediante la corrupción, la brutalidad y la crueldad. Todos los que vivíamos allí estábamos infectados, evidentemente, y habríamos sido destruidos de no ser por la fuerte y constante resistencia moral que giraba en torno a Ragaz y Kohadrat, los antiguos protegidos del Señor Ishog. Los dos hombres eran pareja y no lo escondían; sus seguidores eran todos los homosexuales del castillo y un buen número de otros hombres y chicos mayores.

Mis primeros días y meses en el dormitorio de los Tarugos estuvieron marcados por una alternancia desconcertante: terror, odio, vergüenza, porque a los chicos que llevaban allí unos meses o años más que yo los incitaban a humillar al recién llegado y a abusar de él, para convertirlo en un hombre; y consuelo, gratitud, amor, porque los chicos que estaban bajo influencia de los colegiales me ofrecían en secreto amistad y protección. Me ayudaban en los juegos y las competiciones y me llevaban a sus camas por la noche, no para acostarse conmigo sino para alejarme de las violaciones. El Señor Fassaw detestaba la homosexualidad en los adultos y habría reinstaurado la pena de muerte si el Consejo del Pueblo se lo hubiera permitido. Aunque no se atrevía a castigar a Ragaz y Kohadrat, castigaba el amor consentido entre muchachos mayores con extrañas y espantosas mutilaciones físicas: orejas cortadas enteras, dedos marcados con anillos de hierro al rojo vivo. Sin embargo, alentaba a los chicos mayores a violar a los niños de once o doce años, como práctica varonil. No escapábamos ninguno. Temíamos especialmente a cuatro jóvenes, que tenían diecisiete o dieciocho años cuando yo llegué y se hacían llamar Hombres del Señor. Cada pocas noches, hacían una incursión en el dormitorio de los Tarugos en busca de una víctima, a quien violaban en grupo. Los colegiales nos protegían como mejor podían, ordenándonos que nos metiéramos en sus camas, donde llorábamos y protestábamos ruidosamente mientras ellos fingían abusar de nosotros, riendo e insultándonos. Más tarde, en la oscuridad y el silencio, nos

consolaban con dulces y, a veces, cuando nos hacíamos mayores, con un amor deseado, gentil y exquisito en su secreto.

En el castillo no había privacidad alguna. Se lo he dicho a las mujeres que me han pedido que les describa la vida allí, y ellas creyeron entenderme. «Bueno, todo el mundo lo comparte todo en una casa materna», decían, «todos entran y salen de las habitaciones continuamente. Mientras no tienes un piso de soltera no estás nunca realmente sola». Yo no fui capaz de explicarles lo diferente que era la comunidad laxa y cálida de la casa materna de la exhibición rígida y deliberada de los dormitorios del castillo, de cuarenta camas y muy iluminados. En Rakedr nada era privado: solo el secreto, solo el silencio. Nos tragábamos las lágrimas.

Crecí; me enorgullezco un poco de ello, junto a la profunda gratitud que siento por los chicos y los hombres que lo hicieron posible. No me quité la vida, como varios muchachos durante aquellos años, ni tampoco maté mi mente y mi alma, como hicieron algunos para que su cuerpo pudiera sobrevivir. Gracias al cuidado maternal de los colegiales –la resistencia, como la llamábamos nosotros–, crecí.

¿Por qué digo maternal, no paternal? Porque no había padres en mi mundo. Solo había sementales. No conocía las palabras padre o paternal. Para mí, Ragaz y Kohadrat eran madres. Todavía lo son.

Con el paso de los años Fassaw enloqueció, y su dominio del castillo se fortaleció hasta hacerse mortal. Los Hombres del Señor nos gobernaban a todos. Tenían la suerte de que aún contáramos con un buen equipo en el Juego Principal, el orgullo del corazón de Fassaw, que nos mantenía en la Primera Liga, además de dos Campeones Sementales muy solicitados en el picadero del pueblo. Cualquier protesta que la resistencia quisiera llevar al Consejo del Pueblo podía ser considerada una típica queja masculina, o achacarse a la influencia desmoralizadora de los alienígenas. Desde fuera todo parecía ir bien en el castillo de Rakedr. ¡Mirad nuestro gran equipo! ¡Mirad nuestros fantásticos sementales! Las mujeres no miraban más allá.

¿Cómo podían abandonarnos? Ese era el clamor que todos los niños de Seggri albergaban en su corazón. ¿Cómo pudo ella dejarme aquí? ¿Acaso no sabe lo que es esto? ¿Por qué no lo sabe? ¿Es que no lo quiere saber?

–Por supuesto que no –me dijo Ragaz cuando acudí a él en la pasión de la justa indignación, después de que el Consejo del Pueblo se negara a escuchar nuestra petición–. Claro que no quieren saber cómo vivimos. ¿Por qué no entran nunca en los castillos? Oh, nosotros no les dejamos, sí; pero ¿crees que podríamos impedírselo, si ellas quisieran entrar? Cariño, nos confabulamos con ellas y ellas con nosotros para mantener los grandes cimientos de ignorancia y mentiras en que se apoya nuestra civilización.

–Nuestras propias madres nos abandonan –dije.

–¿Abandonarnos? ¿Quién nos alimenta, nos viste, nos aloja, nos paga? Dependemos de ellas por completo. Si alguna vez fuéramos independientes, tal vez podríamos reconstruir la sociedad sobre los cimientos de la verdad.

La independencia era lo máximo a lo que llegaba su imaginación. Sin embargo, creo que su mente buscaba a tientas algo más, algo que no podía ver, el oscuro e inalterable sueño de nuestros cuerpos, la reciprocidad.

El esfuerzo por lograr que nuestro caso se escuchara en el Consejo solo tuvo efectos en el castillo. El Señor Fassaw vio amenazado su poder. Unos días después Ragaz fue capturado por los Hombres del Señor y sus matones, lo acusaron de haber cometido reiterados actos homosexuales e instigar a la traición, y fue procesado y condenado por el Señor del castillo. Todo el mundo fue convocado al Campo de Juego para que fuera testigo del castigo. Ragaz, que era un hombre de cincuenta años con problemas de corazón –cuando estaba en la veintena había sido corredor del Juego Principal y se había forzado demasiado–, fue atado desnudo en un banco y golpeado con el «Señor Largo», un pesado tubo de piel lleno de pesos de plomo. Berhed, el Hombre del Señor que lo

manejaba, lo golpeó repetidamente en la cabeza, los riñones y los genitales. Ragaz murió una hora o dos después en la enfermería.

El Motín de Rakedr cobró forma aquella noche. Kohadrat, mayor que Ragaz y desolado por su pérdida, no pudo contenernos ni guiarnos. Él siempre había imaginado una verdadera resistencia, duradera y no violenta, gracias a la cual los Hombres del Señor se destruirían a sí mismos con el tiempo. Nosotros habíamos seguido esa idea. Ahora la abandonamos. Dejamos la verdad y cogimos las armas. «El modo en que jugáis es vuestra victoria», dijo Kohadrat, pero ya habíamos oído todos aquellos viejos dichos. No queríamos seguir jugando a tener paciencia. Íbamos a ganar, ahora, de una vez por todas.

Y lo hicimos. Ganamos. Obtuvimos la victoria. El Señor Fassaw, los Hombres del Señor y sus matones estaban muertos cuando la policía llegó a la puerta.

Aún recuerdo la entrada de aquellas duras mujeres, contemplando las habitaciones del castillo que no habían visto nunca, contemplando los cuerpos mutilados, destripados, castrados, decapitados; al Hombre del Señor Berhed, a quien habíamos clavado en el suelo con el «Señor Largo» metido en la garganta; a nosotros, los rebeldes, los vencedores, con las manos ensangrentadas y los rostros desafiantes; a Kohadrat, a quien impulsamos como líder, como portavoz.

Él guardó silencio. Se tragó las lágrimas.

Las mujeres se acercaron unas a otras, con las armas en la mano, mirando a su alrededor. Estaban horrorizadas, creían que todos nos habíamos vuelto locos. Al final, su absoluta incomprensión empujó a uno de nosotros a hablar, un joven, Tarsk, que llevaba el anillo de hierro que le habían puesto en el dedo al rojo vivo.

–Mataron a Ragaz –dijo–. Estaban todos locos. Mirad. –Extendió la mano tullida.

La jefa de la tropa, al cabo de una pausa, dijo:

–Nadie se irá de aquí hasta que se investigue. –Y sacó a sus mujeres del castillo, del parque, cerrando la puerta tras de sí,

dejándonos con nuestra victoria.

Las vistas y los juicios del Motín de Rakedr se emitieron por radio en su totalidad, como es lógico, y el acontecimiento ha sido objeto de estudio y todo tipo de comentarios desde entonces. Mi papel en él fue la muerte del Hombre del Señor Tatiddi. Tres de nosotros nos lanzamos sobre él y lo golpeamos hasta matarlo con porras de prácticas en el gimnasio, donde lo habíamos acorralado.

El modo en que jugamos fue nuestra victoria.

No nos castigaron. Enviaron hombres de varios castillos para que formasen un gobierno en el castillo de Rakedr. Aprendieron lo suficiente del comportamiento de Fassaw para entender la causa de nuestra rebelión, pero el desdén que sentían por nosotros incluso los más liberales de ellos era absoluto. No nos trataban como a hombres, sino como a criaturas irracionales, irresponsables, como un ganado imposible de domesticar. No nos respondían cuando hablábamos.

No sé cuánto tiempo podríamos haber soportado aquel frío régimen de la vergüenza. Apenas dos meses después del Motín, el Consejo Mundial promulgó la Ley de Puertas Abiertas. Nos dijimos unos a otros que era nuestra victoria, que nosotros habíamos hecho que aquello pasara. Ninguno nos lo creíamos. Nos dijimos unos a otros que éramos libres. Por primera vez en la historia, todo hombre que quisiera dejar su castillo podría atravesar la puerta. ¡Éramos libres!

¿Qué les ocurría a los hombres libres al otro lado de la puerta? Nadie había pensado mucho en eso.

Yo fui uno de los que atravesó la puerta, la mañana del día en que la ley entró en vigor. Once hombres nos fuimos al pueblo juntos.

Algunos, los hombres que no eran de Rakedr, se dirigieron a alguno de los picaderos, con la esperanza de que les permitieran quedarse allí; no tenían otro sitio adónde ir. Los hoteles y las posadas no aceptaban hombres. Los que habíamos vivido de niños en el pueblo nos fuimos a nuestras casas maternas.

¿Cómo es volver de entre los muertos? No resulta fácil. Ni para el que regresa ni para los suyos. El lugar que ocupaba en su mundo se ha cerrado por completo, ha dejado de existir, se ha llenado con una serie de cambios, de hábitos, de acciones y necesidades de otros. Ha sido reemplazado. Volver de entre los muertos es ser un fantasma: una persona para quien no queda sitio.

Ni yo ni mi familia lo comprendimos, al principio. Regresé con ellas a los veintiún años con la misma confianza del niño de once que las había dejado, y ellas abrieron los brazos para recibir a su niño. Pero el niño no existía. ¿Quién era yo?

Durante mucho tiempo, meses, los refugiados del castillo nos escondimos en nuestras casas maternas. Los hombres de otras ciudades volvían a casa, normalmente pidiendo que los llevaran los equipos que estaban de gira. Éramos siete u ocho en Rakedr, pero apenas nos veíamos. Los hombres no tenían cabida en la calle; durante cientos de años, a los hombres que iban solos por la calle se los arrestaba de inmediato. Si salíamos, las mujeres huían de nosotros, o nos denunciaban, o nos rodeaban y amenazaban: «¡Vuelve al castillo al que perteneces! ¡Vuelve a tu picadero! ¡Vete de nuestra ciudad!». Nos llamaban zánganos, y la verdad es que no teníamos trabajo, no llevábamos a cabo función alguna en la comunidad. Los picaderos no nos aceptaban para dar servicio, porque ningún castillo garantizaba nuestra salud o buen comportamiento.

Esta era nuestra libertad: éramos todos fantasmas, intrusos aterrados y aterradores, sombras en los rincones de la vida. Contemplábamos la vida que proseguía a nuestro alrededor: trabajo, amor, dar a luz a los hijos, criarlos, ganar y gastar, hacer y modelar, gobernar y aventurarse; el mundo de las mujeres, el brillante y completo mundo real, y no había lugar para nosotros. Lo único que habíamos aprendido a hacer era practicar juegos y destruirnos unos a otros.

Mis madres y mis hermanas se devanaban los sesos, lo sé, para encontrarme un sitio y una utilidad en su bullicioso y laborioso

hogar. Dos viejas cocineras internas llevaban la cocina desde mucho antes de que yo naciera, así que cocinar, el único arte práctico que me habían enseñado en el castillo, resultaba superfluo. Me encontraron tareas domésticas, pero ninguna era un trabajo de verdad, y ellas y yo lo sabíamos. Hubiera cuidado de los bebés de buena gana, pero una de las abuelas era muy celosa de ese privilegio, y además a algunas de las esposas de mis hermanas les inquietaba que un hombre tocara a su bebé. Mi hermana Pado planteó la posibilidad de que trabajara como aprendiz en los yacimientos de arcilla, y acepté la oferta al vuelo; pero las directoras de la Alfarería, después de una larga discusión, fueron incapaces de ponerse de acuerdo en aceptar a hombres como empleados. Las hormonas de los trabajadores varones los harían poco fiables, las trabajadoras se sentirían incómodas, etcétera.

Las holonoticias estaban llenas de propuestas y discusiones parecidas, por supuesto, y de discursos sobre las consecuencias imprevistas de la Ley de Puertas Abiertas, el lugar adecuado de los hombres, las capacidades y limitaciones de los varones, el género como destino. La oposición a la política de Puertas Abiertas era muy fuerte, y parecía que cada vez que miraba el holo había una mujer hablando vehementemente sobre la violencia y la irresponsabilidad inherentes al hombre, su incapacidad biológica para la participación en la toma de decisiones sociales y políticas. A menudo era un hombre el que decía lo mismo. La oposición a la nueva ley contaba con el apoyo ferviente de todos los conservadores de los castillos, que pedían elocuentemente el cierre de las puertas para que los hombres recuperaran su verdadera condición, la búsqueda de la verdadera gloria masculina en los juegos y los picaderos.

La gloria no me tentaba, después de los años pasados en el castillo de Rakedr; para mí, la palabra misma significaba degradación. Despotricaba contra los juegos y las competiciones, desconcertando a la mayor parte de mis parientes, a quienes les gustaba ir a ver los Juegos Principales y la lucha y se quejaban tan solo de que el nivel de excelencia de la mayoría de los equipos había

declinado desde que se abrieran las puertas. Y despotricaba contra los picaderos, donde, decía yo, los hombres eran tratados como ganado, como toros sementales, no como seres humanos. No quería volver nunca.

–Pero mi querido muchacho –dijo al fin mi madre una noche que estábamos solos–, ¿vas a vivir célibe el resto de tus días?

–Espero que no –dije.

–¿Entonces...?

–Quiero casarme.

Abrió muchos los ojos. Meditó un poco, y por último aventuró:

–Con un hombre.

–No. Con una mujer. Quiero un matrimonio normal, ordinario. Quiero tener esposa y ser esposa.

A pesar de que la idea era escandalosa, intentó asimilarla. Reflexionó, con el ceño fruncido.

–Solo significa –dije, porque hacía mucho tiempo que no tenía nada que hacer aparte de pensar– que viviríamos juntos como cualquier pareja casada. Fundaríamos nuestra propia casa filial, y nos seríamos fieles, y si ella tuviera un hijo yo sería su madre de amor, junto con ella. ¡No hay ninguna razón por la que no pueda funcionar!

–Bueno, no sé... No sé de nadie... –dijo mi madre, amable y juiciosa, que nunca disfrutaba diciéndome que no–. Pero tienes que encontrar a la mujer, lo sabes.

–Lo sé –dije sombrío.

–Es tan difícil para ti conocer gente –dijo–. A lo mejor, si fueras al picadero..... No veo por qué tu casa materna no puede responder por ti tan bien como un castillo. Podríamos intentarlo.

Pero me negué con vehemencia. Al no ser uno de los aduladores de Fassaw, rara vez se me había permitido ir al picadero; y mis escasas visitas allí habían sido poco afortunadas. Como era joven y carecía de experiencia y recomendaciones, me habían escogido mujeres mayores que querían un juguete. Su práctica y habilidad a la hora de excitarme me habían dejado humillado y

furioso. Me daban una palmadita y una propina cuando se iban. Aquella excitación elaborada y mecánica y su frialdad condescendiente eran infames para mí, después de la ternura de mis amantes protectores en el castillo. Sin embargo, las mujeres me atraían físicamente como nunca me habían atraído los hombres; los hermosos cuerpos de mis hermanas y sus esposas, que ahora me rodeaban constantemente, vestidos y desnudos, inocentes y sensuales, la maravillosa pesadez, fuerza y suavidad de los cuerpos de las mujeres, me mantenían excitado de continuo. Me masturbaba todas las noches, imaginándome a mis hermanas en los brazos. Aquello no podía durar. Volvía a ser un fantasma, un hombre rabioso, anhelando la impotencia en medio de la realidad intocable.

Empecé a pensar que tendría que regresar al castillo. Me hundí en una profunda depresión, una inercia, una helada oscuridad mental.

Mi familia, preocupada, afectuosa, atareada, no tenía ni idea de lo que podía hacer por mí o conmigo. Creo que la mayoría de ellas pensaban en secreto que lo mejor sería que volviera a atravesar la puerta.

Una tarde, mi hermana Pado, con la que más relación había tenido de niño, vino a mi habitación: habían vaciado una buhardilla para mí, para que tuviera sitio al menos en sentido literal. Me encontró sumido en una letargia ahora constante, tumbado en la cama sin hacer nada en absoluto. Entró sin preguntar y, con la indiferencia que las mujeres suelen mostrar con los humores y las señales, se dejó caer a los pies de la cama y dijo:

–Oye, ¿qué sabes del hombre que ha venido del Ecumen?

Me encogí de hombros y cerré los ojos. Había estado fantaseando con violaciones últimamente. Tenía miedo de ella.

Siguió hablando del hombre de otro mundo, que al parecer había venido a Rakedr para estudiar el Motín.

–Quiere hablar con la resistencia –dijo–. Con los hombres como tú. Los hombres que abrieron las puertas. Dice que no se dejan ver, como si estuvieran avergonzados de ser heroínas.

–¡Heroínas! –dije.

En mi lengua esa palabra solo es de género femenino. Se refiere a las protagonistas semidivinas y semihistóricas de las epopeyas.

–Eso es lo que eres –dijo Pado, con una intensidad que se abría paso a través de su supuesta jovialidad–. Fuiste responsable de una gran acción. Tal vez hiciste mal. Sassume hizo mal en la *Fundación de Emmo*, ¿verdad?, dejó que mataran a Faradr. Pero sigue siendo una heroína. Deberías hablar con ese alienígena. Cuéntale lo que ocurrió. Nadie sabe en realidad lo que sucedió en el castillo. Nos debes la historia.

Era una frase poderosa, entre mi pueblo. «La historia sin contar es el origen de la mentira», decía el refrán. El que realizaba cualquier acción notable se consideraba literalmente responsable de ella ante la comunidad.

–Entonces ¿por qué debería contársela al alienígena? –dije, defendiendo mi inercia.

–Porque te escuchará –dijo mi hermana secamente–. Todas estamos terriblemente ocupadas.

Era muy cierto. Pado había visto una puerta para mí y la abrió; y yo la atravesé, con apenas la fuerza y la cordura para hacerlo.

El móvil Noem era un hombre en la cuarentena, nacido unos siglos antes en Terra, educado en Hain, con muchos viajes a sus espaldas; era una persona pequeña, de un marrón amarillento y ojos rápidos; resultaba muy fácil hablar con él. No me pareció nada masculino, al principio; yo siempre tenía la impresión de que era una mujer, porque actuaba como si lo fuera. Fue directo al grano, sin realizar ninguna de las maniobras para afirmar su autoridad o competir por una buena posición que los hombres de mi sociedad creían obligatorias en cualquier relación con otro hombre. Estaba acostumbrado a que los hombres fueran cautos, indirectos y competitivos. Noem, como las mujeres, era directo y receptivo. También era tan sutil y poderoso como cualquier hombre o mujer que hubiera conocido, incluso Ragaz. En realidad, su autoridad era

inmensa; pero nunca se alzaba sobre ella. Se sentaba encima, cómodamente, y te invitaba a sentarte con él.

Yo fui el primero de los amotinados de Rakedr que se presentó y le contó nuestra historia. Noem la grabó, con mi permiso, para utilizarla en su informe para los Estables sobre la condición de nuestra sociedad, «La cuestión de Seggri», como la llamó él. Mi primera descripción del Motín duró menos de una hora. Pensé que había terminado. No conocía, entonces, el inagotable deseo de aprender, de entender, de oír toda la historia, que caracteriza a los móviles del Ecumen. Noem hacía preguntas, yo respondía; él especulaba y extrapolaba, yo lo corregía; quería detalles, yo se los proporcionaba –contándole la historia del Motín, de los años que lo precedieron, de los hombres del castillo, de las mujeres de la ciudad, de mi pueblo, de mi vida– poco a poco, pedazo a pedazo, todo en fragmentos, desordenado. Hablé con Noem todos los días durante un mes. Aprendí que la Historia no tiene comienzo, y que ninguna historia tiene final. Que la Historia está toda desordenada, está toda en la mitad. Que la Historia nunca es verdad, pero que la mentira es en realidad hija del silencio.

Cuando terminó el mes, amaba y confiaba en Noem, y por supuesto dependía de él. Hablar con Noem se había convertido en la razón de mi vida. Intenté enfrentarme al hecho de que no se quedaría en Rakedr mucho más tiempo. Debía aprender a apañármelas sin él. Pero ¿en qué? Había cosas que los hombres podían hacer, maneras en que podían vivir, él lo demostraba con su mera existencia, pero ¿podía yo encontrarlas?

Noem era profundamente consciente de mi situación y no quería abandonarme otra vez, como empezaba a hacer yo, a la letargia del miedo; no quería dejar que me callara. Me hacía preguntas imposibles.

–¿Qué serías si pudieras ser cualquier cosa? –me preguntó, una pregunta que se hacen los niños unos a otros.

Respondí enseguida, con vehemencia:

–¡Una esposa!

Ahora sé lo que era la vacilación que atravesó su rostro. Sus ojos rápidos y amables me miraron, desviaron la vista, me volvieron a mirar.

–Quiero mi propia familia –dije–. No vivir en la casa de mis madres, donde siempre soy un niño. Trabajo. Una esposa, esposas..., niños..., ser madre. ¡Quiero vida, no juegos!

–Tú no puedes parir un niño –dijo él, amablemente.

–¡No, pero puedo ser madre de uno!

–Nosotros damos género a la palabra –dijo él–. Me gusta más a tu manera... Pero dime, Ardar, ¿qué posibilidades tienes de casarte, de conocer a una mujer que quiera casarse con un hombre? No ha ocurrido nunca aquí, ¿verdad?

Tuve que decir que no, que yo supiera.

–Ocurrirá, sin duda, creo –dijo (sus certezas siempre eran inciertas)–. Pero, al principio, es probable que el coste personal sea muy alto. Las relaciones que se enfrentan a la presión negativa de una sociedad sufren una tensión terrible; tienden a ser defensivas, demasiado intensas, intranquilas. No tienen espacio para crecer.

–¡Espacio! –dije. E intenté explicarle mi sensación de no tener espacio en mi mundo, de no tener aire que respirar.

Me miró, rascándose la nariz, y rio.

–Hay un montón de espacio en la galaxia, ¿sabes?

–¿Quieres decir... que podría... que el Ecumen...? –Ni siquiera sabía lo que quería preguntar.

Fue Noem el que formuló la pregunta. Empezó a responder solícitamente y en detalle. Mi educación hasta ese entonces había sido tan limitada, incluso para lo habitual en mi propio pueblo, que tendría que estudiar en una universidad durante al menos dos o tres años antes de presentar una solicitud de admisión a una institución de otro mundo como las Escuelas Ecuménicas de Hain. Evidentemente, prosiguió, el lugar adonde fuera y el tipo de educación que escogiera dependerían de mis intereses, que descubriría en la universidad, porque ni mi escolarización durante la niñez ni mi entrenamiento en el castillo me habían dado una idea

clara de mis posibles intereses. Las opciones que me habían ofrecido habían sido increíblemente limitadas y no satisfacían ni las necesidades de una persona de inteligencia normal ni las de mi sociedad. Y por eso la Ley de Puertas Abiertas en lugar de darme libertad me había dejado «sin más aire para respirar que el Espacio sin aire», dijo Noem, citando a algún poeta de un planeta de algún lugar. La cabeza me daba vueltas, llena de estrellas.

–La Universidad de Hagka está bastante cerca de Rakedr –dijo Noem–, ¿pensaste alguna vez en solicitar la admisión? ¿Aunque solo fuera para escapar de tu terrible castillo?

Negué con la cabeza.

–El señor Fassaw siempre destruía las solicitudes de admisión cuando se las enviaban a su oficina. Si cualquiera de nosotros hubiera intentado presentarse...

–Te habrían castigado. Torturado, supongo. Sí. Bueno, por lo poco que sé de tus universidades, creo que allí llevarías una vida mejor que la de aquí, aunque no del todo agradable. Tendrás un trabajo que hacer, un sitio donde estar; pero te harán sentir marginado, inferior. Incluso a las mujeres con estudios e inteligencia les cuesta aceptar a los hombres como iguales intelectualmente. ¡Créeme, lo he sufrido en mis propias carnes! Y como en el castillo te enseñaron a competir, a querer destacar, puede que te resulte difícil estar entre personas que o te consideran incapaz de mostrar excelencia alguna o no otorgan valor alguno a la competición, a ganar o derrotar. Pero precisamente allí es donde encontrarás aire que respirar.

Noem me recomendó a las mujeres que conocía en la facultad de la Universidad de Hagka, y me inscribí en las pruebas. Mis parientes sufragaron encantadas mi educación. Era el primero de la familia que iba a la universidad, y estaban verdaderamente orgullosas de mí.

Tal como había predicho Noem, no siempre fue fácil, pero había los suficientes hombres allí para encontrar amigos y no caer en el aislamiento paralizante de la casa materna. Y a medida que me

armaba de valor, hice amigas entre las estudiantes y descubrí que muchas de ellas eran simpáticas y carecían de prejuicios. En mi tercer año, una de ellas y yo conseguimos, tentativa y cautelosamente, enamorarnos. No funcionó muy bien ni duró mucho tiempo, pero fue una gran liberación para los dos, nuestra liberación de la creencia de que la única comunicación o comunidad posible entre nosotros era sexual, de que a un hombre y una mujer adultos no los unían más que sus genitales. Emadr aborrecía el profesionalismo del picadero tanto como yo, y cuando hacíamos el amor éramos siempre tímidos y breves. Su verdadero significado no era la consumación del deseo, sino la prueba de que podíamos confiar el uno en el otro. Cuando de verdad dábamos rienda suelta a la pasión era cuando yacíamos juntos hablando, contándonos cómo habían sido nuestras vidas, qué pensábamos de los hombres y las mujeres, y el uno del otro y de nosotros mismos, cuáles eran nuestras pesadillas, cuáles eran nuestros sueños. Hablábamos sin parar, en una comunión que amaré y respetaré toda la vida, dos almas jóvenes que encontraban alas, volaban juntas, no por mucho tiempo, pero alto. El primer vuelo es el más alto.

Emadr lleva muerta doscientos años; se quedó en Seggri, se casó en una casa materna, tuvo dos hijos, dio clases en Hagka y murió con más de setenta años. Yo fui a Hain, a las Escuelas Ecuménicas, y más tarde a Werel y Yeowe como parte de la plantilla de móviles; mis informes están incluidos aquí. He escrito este esbozo de mi vida para completar mi solicitud de regresar a Seggri como móvil del Ecumen. Deseo vivir entre los míos, aprender cómo son, ahora que sé, al menos con una certeza incierta, quién soy.

Un pescador del Mar Interior

A los Estables del Ecumen en Hain, y a Gvonesh, directora de los Laboratorios del Campo Churten de Puerto Ve; de Tiokunan'n Hideo, granjero del Segundo Sedoretu de Udan, Derdan'nad, Oket, en O.

Escribiré mi informe como si contara una historia, pues así ha sido la tradición desde hace algún tiempo. Quizá se pregunten por qué un granjero del planeta O les presenta un informe como si fuera un Móvil del Ecumen. Mi historia lo explicará; aunque no se explicará a sí misma. La historia es el único bote que tenemos para navegar por el río del tiempo, pero en los grandes rápidos y en los ventosos remolinos ningún bote es seguro.

Pues bien: hace mucho tiempo, cuando yo tenía veintiún años, dejé mi hogar y me embarqué en la nave NAFAL[3] *Terrazas de Darranda* para estudiar a las Escuelas Ecuménicas de Hain.

La distancia entre Hain y mi mundo natal es de poco más de cuatro años luz, y ha habido tráfico entre O y el sistema haini durante veinte siglos. Incluso antes de los viajes a velocidad cercana a la de la luz, cuando las naves tardaban en hacer la travesía un centenar de años en tiempo planetario en vez de cuatro, ya hubo gente dispuesta a renunciar a su antigua vida para ir a un nuevo mundo. Algunos regresaron; aunque no ocurría con frecuencia. Se contaban leyendas sobre aquellos tristes regresos a un mundo que había olvidado al viajero. Yo conocía, además, por mi madre, una historia antiquísima, llamada «El pescador del Mar Interior», que provenía de su mundo natal, Terra. La vida de un niño ki'O está poblada de historias, pero de todas las que había escuchado contar

a mi madre, mi otramadre, mis padres, mis abuelos, tíos, tías y maestros, aquella era mi preferida. Quizá me gustara tanto porque mi madre la contaba con profunda emoción, aunque con mucha sencillez, y siempre con las mismas palabras (yo no le habría permitido cambiarlas si ella lo hubiera intentado).

La historia habla de un pescador pobre, Urashima. Todos los días salía en su barca a un mar tranquilo entre la isla en que habitaba y el continente. Era un hombre joven y apuesto, y tenía largos cabellos negros. La hija del rey del mar lo vio un día cuando él se inclinaba sobre la borda y ella miraba arriba para ver la sombra flotante que cruzaba el vasto círculo celeste.

Surgiendo entre las olas, ella le suplicó que la acompañara a su palacio bajo el mar. Al principio él rehusó, diciendo: –Mis hijos me esperan en casa. –Pero ¿cómo podía resistirse a la hija del rey del mar?–. Sólo por una noche –dijo él entonces. Ella lo llevó bajo las aguas y pasaron una noche de amor en el palacio verde, atendidos por extrañas criaturas marinas. Urashima llegó a amarla tiernamente, y tal vez se quedó más que sólo una noche. Pero al fin le dijo–: Mi querida, debo irme. Mis hijos me esperan en casa.

–Si te vas, te irás para siempre –respondió ella.

–Volveré –prometió Urashima.

Ella sacudió la cabeza. Estaba muy afligida, pero no suplicó.

–Lleva esto contigo –dijo, dándole una pequeña caja maravillosamente labrada, cerrada con un sello–. No la abras, Urashima.

Así fue que él volvió a tierra y corrió por la orilla hacia el pueblo; pero he aquí que el jardín estaba descuidado, las ventanas, rotas, el tejado, hundido. La gente iba y venía entre las casas familiares, pero él no reconocía ni una sola cara.

–¿Dónde están mis hijos? –gritó.

Una anciana se detuvo y le habló: –¿Qué te ocurre, joven extranjero?

–Soy Urashima, y vivo en este pueblo, ¡pero no veo a nadie conocido!

–¡Urashima! –exclamó la mujer (y la mirada de mi madre se perdía en la distancia, y el tono con que decía el nombre hacía que me estremeciera y que los ojos se me llenaran de lágrimas)–. ¡Urashima! Mi abuelo me contó que un pescador llamado Urashima se perdió en el mar en la época del abuelo de su abuelo. Hace ya cien años que no queda nadie de esa familia.

Entonces Urashima volvió a la orilla, y allí abrió la caja, el regalo de la hija del rey del mar. Un tenue humo blanco salió de la caja y fue arrastrado por el viento marino. En ese momento, el pelo negro de Urashima se volvió blanco y él se hizo viejo, viejo, muy viejo, y se tendió en la arena y murió.

Recuerdo que una vez, un maestro itinerante preguntó a mi madre por la fábula, como él la llamó. Ella sonrió y dijo: –En los Anales de los Emperadores de mi nación, en Terra, se guarda registro de que un hombre joven llamado Urashima, del distrito Yosa, desapareció en el año cuatrocientos setenta y siete, y que regresó a su aldea en el año ochocientos veinticinco, aunque muy pronto partió de nuevo. Y he oído decir que la caja se conservó en una urna durante cientos de años. –Luego hablaron de alguna otra cosa.

Mi madre, Isako, no contaba la historia tanto como yo deseaba. –Es que es tan triste –decía, y me contaba en cambio la de la Abuela y el budín de arroz que salió corriendo, o la del gato dibujado que cobró vida y mató a las ratas demonio, o la del niño-melocotón que flotó río abajo. Mi hermana y mis medio hermanas, y los mayores también, escuchaban esas historias con tanta atención como yo. Eran cuentos nuevos en O, y un cuento nuevo es siempre un tesoro. El del gato dibujado era el preferido de la mayoría, sobre todo cuando mi madre sacaba el pincel y el bloque de tinta terrana, extraña, negra, seca, y dibujaba unos animales –gato, ratas– que ninguno de nosotros había visto nunca: el asombroso gato de lomo arqueado y ojos redondos y valientes, las escurridizas ratas de largos colmillos, «puntiagudas por los dos extremos», como decía mi hermana. Pero yo siempre esperaba, mientras contaba las otras

historias, a que ella me mirase; entonces mi madre apartaba los ojos, sonreía apenas y suspiraba, y decía: –Hace mucho mucho tiempo, a orillas del Mar Interior, vivía un pescador…

¿Comprendía yo entonces lo que esa historia significaba para mi madre? ¿Sabía que era su propia historia? ¿Que, si volviera a su aldea, a su mundo, todos los que alguna vez conoció estarían muertos desde hacía siglos?

Desde luego, yo sabía que ella «venía de otro mundo», pero lo que esto significaba para mí cuando tenía cinco, siete o diez años me es difícil de imaginar ahora, me es imposible de recordar. Yo sabía que ella era terrana y que había vivido en Hain; eso era algo de lo que enorgullecerse. Sabía que había venido a O como Móvil del Ecumen (un orgullo aún mayor, remoto y grandioso), y que «tu padre y yo nos enamoramos en la Fiesta de las Obras, en Sudiran». Sabía también que arreglar el matrimonio había sido un asunto complicado. Obtener el permiso para dejar el trabajo no había sido difícil: el Ecumen está acostumbrado a que sus Móviles se vuelvan nativos. Pero, como extranjera, Isako no pertenecía a ninguna de las mitades ki'O, y ésa sólo era la primera dificultad. Tubdu, mi otramadre, una fuente inagotable de historias, anécdotas y escándalos familiares, me lo explicó todo. –¿Sabes? –me lo contó cuando tenía once o doce años, los ojos brillantes, la risa incontenible y ligeramente asmática, casi muda, empezando a sacudirla–, ¿sabes que ni siquiera sabía que las mujeres se casaban? En el mundo del que ella viene, me dijo, las mujeres no se casaban.

Yo podía corregir a Tubdu, y así lo hice: –Sólo en la parte donde ella vivía. Me explicó que no era así en otros muchos lugares.

Sentía el oscuro impulso de defender a mi madre, aunque Tubdu hablaba sin sombra de malicia o desprecio; ella adoraba a Isako. Se había enamorado de ella «en cuanto la vi: ¡esa cabellera negra!, ¡esa boca!». Le parecía deliciosamente divertido que una mujer como Isako esperara casarse sólo con un hombre.

–Lo comprendo –se apresuró a asegurarme Tubdu–. Ya sé que en Terra es diferente, la fertilidad estaba dañada y tenían que

casarse para tener hijos. Y además se casan en parejas. ¡Oh, pobre Isako! ¡Qué extraño habrá sido para ella! Todavía recuerdo cómo me miraba… –Y caía de nuevo en lo que nosotros los niños llamábamos la Gran Risita, una risa sísmica, silenciosa, feliz.

Para aquellos poco familiarizados con nuestras costumbres, debo explicar que en O, un mundo con una población reducida y estable, con una tecnología que alcanzó su máximo desarrollo hace muchos siglos, ciertas disposiciones sociales son casi universales. El pueblo disperso, formado por una asociación de haciendas, más que la ciudad o el estado, es la unidad social básica. La población se divide en dos mitades o medios. Los niños nacen en la mitad de la madre, y todos los ki'O (excepto el pueblo montañés de Ennik) pertenecen al Pueblo de la Mañana, cuyo tiempo va de la medianoche al mediodía, o al Pueblo de la Tarde, cuyo tiempo va del mediodía a la medianoche. El origen sagrado y las funciones de las mitades se recuerdan en las Discusiones y las Obras, y en los servicios en los santuarios de las granjas. La función social original de las mitades era probablemente la de estructurar el matrimonio exogámico y evitar así la endogamia en las haciendas aisladas, ya que uno sólo puede tener relaciones sexuales o casarse con una persona de la otra mitad. La regla se refuerza con medidas severas. Las transgresiones, que obviamente se producen, son castigadas con desprecio, vergüenza y ostracismo. La identidad, como Persona de la Mañana o de la Tarde, es una parte del individuo tan profunda e íntima como el sexo, y determina la actividad sexual de cada uno.

Un matrimonio ki'O, llamado *sedoretu*, se compone de una mujer y un hombre de la Mañana y una mujer y un hombre de la Tarde. Las parejas heterosexuales reciben el nombre de Mañana o Tarde, según la mitad a la que pertenece la mujer; a las parejas homosexuales se las llama Día –las dos mujeres– y Noche –los dos hombres.

Una estructura matrimonial tan rígida, en la que cada uno de los cuatro miembros tiene que ser sexualmente compatible con dos de los otros, mientras que nunca mantendrá relaciones sexuales con el

cuarto… es obvio que necesita algunos arreglos. Concertar sedoretus es una de las ocupaciones principales de mi gente. Se fomentan los experimentos; los cuartetos se forman y se disuelven, las parejas «prueban» otras parejas, se mezclan y se combinan. Los intermediarios, tradicionalmente viudos y viudas mayores, recorren las haciendas dispersas de los pueblos concertando citas, organizando bailes en los campos, actuando como confidentes universales. Muchos matrimonios empiezan con el enlace por amor de una pareja, ya sea homosexual o heterosexual, al que se agrega otra pareja o dos personas separadas. Muchos matrimonios son concertados o arreglados por los ancianos del pueblo de principio a fin. Escucharlos bajo el gran árbol de reunión formando un sedoretu es como presenciar una partida magistral de ajedrez o tidhe. «Si ese muchacho de la Tarde de Erdup se encontrara con la joven Tobo durante la fabricación de la harina en Gad'd…». «¿No es Hodin'n, de los Oto de la Mañana, programador? Un programador sería útil en Erdup…». La dote que un novio o novia en perspectiva puede ofrecer es sus habilidades o la hacienda natal. Por otra parte, la gente no deseada puede ser escogida y honrada por el conocimiento o las propiedades que aporta al matrimonio. La hacienda, a su vez, quiere que sus nuevos miembros estén bien dispuestos y sean útiles. Preparar los matrimonios es una tarea interminable en O. He de decir que, considerándolo todo, proporcionan tanta satisfacción a los participantes como cualquier otro arreglo, y todavía más a los casamenteros.

Naturalmente, muchos no se casan nunca. Los Maestros, los Polemistas viajeros, artistas y expertos itinerantes, y los especialistas de los Centros raras veces desean incluirse en la estabilidad de un sedoretu. Muchos se unen al matrimonio de un hermano o una hermana en calidad de tía o tío, una posición con responsabilidades limitadas y bien definidas: pueden mantener relaciones sexuales con uno o ambos esposos de la otra mitad, lo que a veces amplía el sedoretu de cuatro a siete u ocho miembros. Los hijos de una madre son hermanos o hermanas entre sí; los hijos de la Mañana y los de

la Tarde son medio hermanos. Hermanos, hermanas y primos hermanos no pueden casarse, pero los medio hermanos sí. En algunos lugares de O menos conservadores, los matrimonios entre medio hermanos son vistos con desconfianza; pero en mi región son comunes y respetados.

Mi padre era un hombre de la Mañana de la Hacienda de Udan del pueblo de Derdan'nad, en la región montañosa de la cuenca noroeste del río Saduun, en Oket, el más pequeño de los seis continentes de O. El pueblo comprende setenta y siete haciendas, en una región de campos y bosques, profundamente ondulada y cruzada de arroyos, en la cuenca del Oro, tributario del caudaloso Saduun. Es una tierra fértil y agradable; al oeste se alcanza a ver la Cordillera Costera, y al sur las marismas del Saduun y el centelleo del mar más allá. El Oro es un río ancho, rápido y bullicioso, con muchos peces y niños. Yo pasé mi infancia dentro, sobre o junto al Oro, que cruza por Udan tan cerca de la casa que se oye su voz toda la noche, el bullicio y el siseo de las aguas y el estruendo sordo de las rocas arrastradas por la corriente. Es poco profundo y muy peligroso. Todos nosotros aprendimos a nadar muy pronto en una tranquila bahía excavada como piscina, y más adelante, a manejar botes de remos y kayaks en la veloz corriente llena de rocas y rápidos. La pesca era una de las responsabilidades de los niños. Me gustaba arponear los gordos ochid azules de ojos redondos. Acechaba de pie sobre una roca resbaladiza en medio del río, preparado para arrojar el largo arpón. Era muy bueno en eso. Pero mientras yo andaba pavoneándome con el arpón, mi medio hermana Isidri se deslizaba en el agua y atrapaba seis o siete ochid sólo con las manos. Podía atrapar a las anguilas e incluso al escurridizo ei. Yo nunca conseguí hacerlo. –Te mueves con el agua y te vuelves transparente, eso es todo –decía ella. Podía permanecer bajo el agua más que cualquiera de nosotros, tanto que estabas seguro de que se había ahogado–. Es demasiado mala para ahogarse –proclamaba su madre, Tubdu–. No se puede ahogar a la gente mala. Siempre salen otra vez a la superficie.

Tubdu, la esposa de la Mañana, tenía dos hijos de su marido, Kap: Isidri, un año mayor que yo, y Suudi, tres años más joven. Niños de la Mañana, ellos eran mis medio hermanos, igual que el primo Had'd, el hijo que Tubdu había tenido con el tío Tobo, hermano de Kap. En el lado de la Tarde había dos niños, yo y mi hermana pequeña, Koneko, un antiguo nombre en Oket que además tenía significado en el idioma terrano de mi madre: «gatito», la cría del animal maravilloso, el «gato», de lomo redondo y ojos redondos. Koneko, cuatro años menor que yo, era también redonda y sedosa como un cachorro, pero tenía los ojos de mi madre, alargados, con párpados que subían hasta las sienes como las delicadas vainas de las flores antes de abrirse. Me seguía a todas partes, con paso vacilante, gritando: «¡Deo! ¡Deo! ¡Espera!», mientras yo corría detrás de Isidri, rápida e intrépida, siempre fugitiva, gritando: «¡Sidi! ¡Sidi! ¡Espera!».

Cuando crecimos, Isidri y yo nos convertimos en compañeros inseparables, mientras que Suudi, Koneko y el primo Had'd eran una trinidad, por lo general cubierta de barro y costras, y metida en algún lío: verjas abiertas que dejaban que las yamas invadieran los campos, heno estropeado porque habían saltado sobre él, fruta robada, batallas con los niños de la Hacienda Drehe.

–Malos, malos –decía Tubdu–. ¡Ninguno de ellos se ahogará! –Y la risa silenciosa la sacudía de arriba abajo.

Dohedri, mi padre, era un hombre trabajador, apuesto, silencioso y reservado. Creo que su insistencia en incluir a una extranjera en la trama apretada de la hacienda y el pueblo, conservadora y suspicaz, llena de viejos nudos y enredos de celos y pasiones, había añadido ansiedad a un temperamento ya serio de por sí. Otros ki'O se habían casado con extraños, claro está, pero casi siempre en un «matrimonio extranjero», un emparejamiento; y esas parejas solían vivir en un Centro, donde eran comunes toda clase de arreglos fuera de la tradición, incluso (eso decían los chismes que se susurraban bajo el gran árbol) ¡emparejamientos incestuosos entre dos del Pueblo de la Mañana, dos del Pueblo de la

Tarde! Tales parejas, o bien dejaban O para vivir en Hain, o cortaban todo vínculo con cualquier hogar y se convertían en Móviles de las naves nafal, tocando siempre mundos diferentes en momentos diferentes, y luego partiendo de nuevo hacia un futuro infinito que no tenía pasado.

Ninguna de estas cosas convenía a mi padre, un hombre profundamente arraigado en la tierra de la Hacienda de Udan. Trajo a su amada y persuadió al Pueblo de la Tarde de Derdan'nad para que la incluyera en esa mitad mediante una ceremonia tan poco corriente y antigua que tuvo que venir a oficiar un Cuidador en barco y tren desde Noratan. Luego convenció a Tubdu de que se uniera al sedoretu. El matrimonio del Día de Tubdu no presentó ningún problema en cuanto ella conoció a mi madre; pero el matrimonio de la Mañana planteó algunas dificultades. Kap y mi padre habían sido amantes durante años; por tanto, él era el obvio y deseoso candidato para completar el sedoretu. Pero a Tubdu no le gustaba. El gran amor de Kap por mi padre lo impulsó a cortejar a Tubdu con insistencia y acierto, y ella era demasiado bondadosa para oponerse a los deseos de unión de tres personas, aparte de su propio deseo intenso por Isako. Pienso que Kap fue siempre para ella un marido aburrido; pero el hermano menor de éste, tío Tobo, era todo un regalo. Y la relación de Tubdu con mi madre fue infinitamente tierna, llena de honor, de delicadeza, de comedimiento. Mi madre lo comentó una vez.

–Ella comprendía lo extraño que era todo para mí –dijo–. Ella comprende lo extraño que es todo para mí.

–¿Este mundo? ¿Nuestras costumbres? –pregunté.

Mi madre negó con un ligero movimiento de cabeza. –No es eso sólo –dijo, con su voz queda, que conservaba un ligero acento extranjero–. Pero hombres y mujeres, mujeres y mujeres, juntas… el amor… Siempre es muy extraño. Nada de lo que uno sabe lo prepara para eso. Nada.

Dice el refrán que un matrimonio se hace de Día, esto es, que la relación de las dos mujeres lo cohesiona o lo rompe. Aunque mi

madre y mi padre se tenían un amor profundo, fue siempre un amor al filo del dolor, nunca fácil. No tengo ninguna duda de que la radiante niñez que vivimos en esa casa se debió a la alegría y la fuerza inamovibles que Isako y Tubdu encontraban una en otra.

Pues bien: una Isidri de doce años partió en el tren de verano para la escuela de Herhot, el centro educativo de nuestro distrito, y yo lloré ruidosamente, de pie al sol de la mañana, en medio del polvo de la estación de Derdan'nad. Mi amiga, mi compañera de juegos, mi vida se iban con ella. Me sentí desconsolado, abandonado, solo para siempre. Al ver que su poderoso hermano mayor de once años estaba llorando, Koneko soltó un alarido, y las lágrimas polvorientas se le deslizaron por las mejillas como gotas de lluvia en un camino de tierra. Me abrazó, berreando: –¡Hideo! ¡Ella volverá! ¡Ella volverá!

Nunca he olvidado esa escena. Escucho todavía su vocecita ronca y siento sus brazos alrededor y el sol caliente de la mañana en el cuello.

Al llegar la tarde todos nadábamos en el Oro, Koneko, yo, Suudi y Had'd. Como era el mayor, resolví que llevaríamos una vida austera de virtud y servicio, y dirigí la tropa para ayudar a la prima segunda Topi en el control de irrigación, hasta que nos ahuyentó de allí como a un enjambre de moscas, diciendo: –¡Id a ayudar a otro y dejad que haga algún trabajo! –Nos marchamos y construimos un palacio de barro.

Pues bien: un año más tarde, un Hideo de doce años y una Isidri de trece partieron para la escuela en el tren de verano, dejando a Koneko en el polvoriento apeadero, no bañada en lágrimas, sino silenciosa, como nuestra madre, que callaba también cuando estaba afligida.

Me gustaba la escuela. Sé que durante los primeros días añoré dolorosamente el hogar, pero no puedo recordar esa tristeza, enterrada bajo los recuerdos de los años plenos y ricos en Herhot, y después en Ran'n, el Centro de Educación Superior, donde estudié física temporal e ingeniería.

Isidri terminó el primer ciclo en Herhot, cursó un año de Segundo en literatura, hidrología y enología, y volvió a casa, a la Hacienda Udan del pueblo de Derdan'nad, en la región de colinas de la cuenca noroeste del Saduun.

Los tres más pequeños fueron también a la escuela, completaron uno o dos años de Segundo, y llevaron esa instrucción al hogar, a Udan. Cuando tenía quince o dieciséis años, Koneko habló de seguirme a Ran'n; pero era necesaria en casa por su extraordinaria capacidad en la disciplina que nosotros llamamos «planificación densa». La traducción corriente es gestión de la hacienda, pero las palabras no reflejan ni de lejos la complejidad de los factores envueltos en la planificación densa: ecología política beneficios tradición estética honor y espíritu, todo funcionando en un intensamente práctico y prácticamente invisible equilibrio entre conservación y renovación, como la homeostasis de un organismo vigoroso. Nuestra «gatita» tenía mano para eso, y los Planificadores de Udan y Derdan'nad la incluyeron en los consejos antes de que cumpliera veinte años. Pero para entonces, yo ya me había ido.

Cada invierno de mis años escolares yo volvía a la hacienda y pasaba allí las largas vacaciones. En cuanto llegaba a casa, dejaba caer la escuela como si fuera una cartera de libros, y me convertía en un auténtico chico de granja de la noche a la mañana: trabajaba, nadaba, pescaba, recorría los campos, representaba las Obras y farsas en los graneros, iba a los bailes en las granjas y en el campo, y me enamoraba y me desenamoraba de hermosos muchachos y muchachas de la Mañana de Derdan'nad y otros pueblos.

Durante mis dos últimos años en Ran'n, mis visitas a casa cambiaron de tono. En vez de vagar por los campos de día y asistir a un baile diferente cada noche, a menudo me quedaba en casa. Con cuidado, para no enamorarme, me distancié de mi vieja y querida relación con Sota, de la Hacienda de Drehe, apartándome poco a poco, tratando de no herirlo. Me sentaba durante horas a orillas del Oro, con un sedal en las manos, memorizando el curso de las aguas en cierto lugar, justo delante de la entrada de nuestra vieja piscina.

Allí las aguas saltan en cristalinas oleadas que se precipitan hacia dos piedras musgosas y casi sumergidas, y se encrespan y forman espirales; y mientras las espirales se alejan girando y se deshacen y desaparecen, una de ellas se vuelve sobre sí misma alrededor de un centro profundo y se convierte en un pequeño remolino, que gira lentamente aguas abajo hasta que al alcanzar la corriente rápida y brillante se suelta y se desanuda entre los cantos rodados y se arroja al cuerpo principal del río, y mientras, otra espiral se forma y se vuelve sobre sí misma alrededor de un centro profundo corriente arriba, en el punto donde el río se levanta en cristalinas oleadas por encima de los cantos rodados… Algunas veces durante ese invierno, el río creció y saltó sobre las rocas y se derramó hinchado de lluvia; pero siempre volvía a bajar y los remolinos aparecían de nuevo.

En las tardes de invierno tenía serias y prolongadas charlas junto al fuego con mi hermana y con Suudi. Miraba las manos de mi madre ocupadas en el bordado de unas cortinas nuevas para los grandes ventanales del comedor, que mi padre había confeccionado en la máquina de coser udanesa de cuatrocientos años de antigüedad. Trabajé con él reprogramando los sistemas de fertilización de los campos orientales y la rotación de las yamas, de acuerdo con las directrices de planificación de nuestro consejo. De vez en cuando, él y yo hablábamos un poco, nunca demasiado. Por la noche había música; el primo Had'd tocaba el tambor, muy solicitado en los bailes, y siempre conseguía reunir un grupo. Yo jugaba a veces con Tubdu al Ladrón de Palabras, un juego que ella adoraba y que siempre perdía, porque se concentraba tanto en robarme las palabras que olvidaba proteger las suyas. –¡Ya te tengo, ya te tengo! –gritaba, y se deshacía en la Gran Risita, mientras agarraba mis bloques de letras con dedos morenos, regordetes y puntiagudos; y en la siguiente jugada yo recuperaba todas mis letras, además de muchas de las suyas–. ¿Cómo viste eso? –preguntaba, sorprendida, estudiando las palabras diseminadas. A veces, mi otropadre Kap jugaba con nosotros, metódico, algo

mecánico, acogiendo con una breve sonrisa tanto el triunfo como la derrota.

Entonces subía a mi habitación bajo los aleros, mi habitación de paredes de madera oscura y cortinas de color rojo oscuro: el olor de la lluvia entraba por la ventana, y el rumor de la lluvia sonaba en el tejado. Tendido allí, en la oscuridad amable, me recreaba en la tristeza, en una tristeza profunda, dolorosa, dulce y juvenil por ese antiquísimo hogar que pensaba abandonar, perder para siempre, alejándome en el oscuro río del tiempo. Porque, desde mi décimo octavo cumpleaños, sabía que dejaría Udan, que dejaría O, y partiría hacia otros mundos. Ésa era mi ambición. Ése era mi destino.

No he hablado de Isidri al describir esas vacaciones invernales. Ella estaba allí. Actuaba en las Obras, trabajaba en la hacienda, asistía a los bailes, cantaba en los coros, participaba en las excursiones, nadaba en el río bajo la lluvia cálida con el resto de nosotros. El primer invierno en casa después de volver de Ran'n, cuando bajé del tren de un salto en la estación de Derdan'nad, ella me recibió con un grito de alegría y un gran abrazo, y enseguida se separó de mí con una risa extraña y brusca, y retrocedió; una muchacha alta, oscura y delgada de rostro intenso y expectante. Estuvo muy incómoda conmigo esa noche. Quizá, pensé, porque ella siempre me había visto como a un muchachito, un niño, y ahora, con dieciocho años y estudiante de Ran'n, era un hombre. Me mostré condescendiente y protector, e hice lo que pude para que ella se sintiera cómoda. En los días que siguieron continuó mostrándose torpe: reía inoportunamente, y no volvió a abrirme su corazón en aquellas prolongadas conversaciones que solíamos tener; incluso, pensé, me evitaba. Mi última diez-días en casa aquel año, Isidri se fue a visitar a los parientes de su padre en el pueblo de Sabtodiu. Me sentí ofendido porque ella no retrasó su visita hasta después de que yo me hubiera ido.

Al año siguiente no estuvo incómoda, aunque tampoco íntima. Se había interesado por la religión, y asistía al santuario diariamente y estudiaba las Discusiones con los ancianos. Era bondadosa, amable

y siempre estaba atareada. No recuerdo que ella y yo nos tocáramos nunca ese invierno hasta que me dio el beso de despedida. Entre mi pueblo los besos no se dan con la boca; rozamos nuestras mejillas durante más o menos tiempo. El beso de ella fue tan leve como la caricia de una hoja, persistente, y no obstante apenas perceptible.

En mi tercer y último invierno en el hogar, les dije que partiría, que iría a Hain y que desde allí me iría lejos y para siempre.

¡Qué crueles somos con nuestros padres! Todo lo que yo tenía que decir era que me iba a Hain. Luego de gritar, a medias angustiada, a medias exultante, «¡Lo sabía!», con la voz suave de siempre, sugiriendo, no afirmando, mi madre dijo: «Después podrías regresar por un tiempo». Yo tenía que haber dicho: «Sí». Eso era todo lo que ella pedía. Sí, podía regresar por un tiempo. Con el impenetrable egocentrismo de la juventud, que ella misma confunde con la honestidad, rehusé darle lo que ella me pedía. Le arrebaté la modesta esperanza de verme después de diez años, y le di la desolación de creer que, cuando partiera, ella no volvería a verme nunca más. –Si apruebo, quiero convertirme en Móvil –dije. Me había insensibilizado para hablar sin paliativos, me enorgullecía de mi sinceridad. Y, sin embargo, todo el tiempo, aunque yo no lo sabía, ni tampoco ellos, nada de esto era cierto. La verdad raras veces es tan simple, aunque no muchas verdades acaban siendo tan complicadas como al fin lo fue la mía.

Mi madre recibió mi brutalidad sin una queja. Al fin y al cabo, ella había dejado a su gente. Esa noche me dijo: –Mientras estés en Hain, podemos hablarnos por ansible de vez en cuando. –Lo dijo sólo para tranquilizarme. Pienso que recordaba cómo se había despedido de los suyos y había embarcado en la nave en Terra, y cuando aterrizó en Hain, en apariencia unas horas más tarde, su madre había muerto cincuenta años atrás. Podría haber hablado con Terra por ansible; pero ¿quién quedaría allí para contestarle? Yo no conocía ese dolor, pero ella sí. La consolaba saber que yo me libraría de él por un tiempo.

Todo era ahora «por un tiempo». ¡Oh, la amarga dulzura de aquellos días! ¡Cómo disfruté, de pie, de nuevo, en equilibrio sobre la roca resbaladiza en medio del rugido de las aguas, el arpón dispuesto, el héroe! ¡Qué preparado, qué ansioso estaba de aplastar en mi mano toda esa vida larga, tranquila, profunda y rica de Udan y arrojarla lejos!

Sólo por un momento me fue revelado lo que en realidad estaba haciendo. Y fue un momento tan breve que pude negarlo.

Estaba en el taller de la cabaña del muelle, una tarde lluviosa y cálida a finales del último mes de invierno. El trueno continuo y siseante del río crecido era la matriz de mis pensamientos mientras colocaba una nueva bancada en el pequeño bote de remos rojo en el que salíamos a pescar. Yo disfrutaba de la tarea y daba rienda suelta a la nostalgia anticipatoria y me imaginaba en otro planeta a cien años de distancia recordando esa hora en la cabaña del embarcadero, el olor de la madera y el agua, el rumor incesante del río. Un golpe en la puerta. Era Isidri, el rostro delgado, moreno y atento, la larga trenza de pelo oscuro, no tan negro como el mío, la mirada clara y penetrante.

–Hideo –dijo–, quisiera hablar contigo.

–¡Entra! –dije, fingiendo naturalidad y alegría, aunque a medias consciente de que en verdad me asustaba hablar con Isidri, de que le tenía miedo… ¿por qué?

Ella se encaramó en el banco del torno y me miró trabajar en silencio durante un rato. Recurrí a los lugares comunes, pero ella me interrumpió: –¿Sabes por qué me he mantenido lejos de ti?

Mentiroso, un mentiroso que se protegía a sí mismo, dije: –¿Lejos de mí?

Isidri suspiró. Había esperado que yo diría que sí, que comprendía, y le ahorraría el resto. Pero yo no podía hacerlo. Mi única mentira era pretender que no había notado que ella me evitaba. En verdad, nunca, nunca hasta que ella me lo dijo, sospeché por qué.

–Hace dos inviernos descubrí que me había enamorado de ti –dijo ella–. No pensaba decirte nada porque… Bueno, ya sabes, si tú hubieras sentido algo parecido, te habrías dado cuenta de lo que yo sentía. Pero no era algo que compartiéramos los dos, de modo que no podía ir bien. Entonces, cuando nos dijiste que te ibas… Al principio pensé: mayor razón para no decir nada. Pero luego pensé que no sería justo. En parte para mí. El enamorado tiene derecho a hablar de su amor. Y tú tienes derecho a saber que alguien te ama, que alguien te ha amado, o podría amarte. Todos necesitamos saberlo. Quizá es lo que más necesitamos en la vida. Por eso quería decírtelo. Y también porque temía que pensaras que me apartaba porque no te quería o porque no me importabas, ¿sabes? Quizá lo haya parecido. Pero no es así. –Ella había bajado de la mesa y ahora estaba en la puerta.

–¡Sidi! –exclamé, y su nombre brotó de mí como un grito ronco y extraño, el nombre sólo, no palabras. No tenía palabras. Ya no sentía nada: ni compasión, ni nostalgia, ni exuberante sufrimiento. Me quedé allí, conmocionado más allá de la emoción, desconcertado, mudo. Nuestros ojos se encontraron. Durante cuatro o cinco respiraciones cada uno miró en el alma del otro. Luego Isidri apartó los ojos con una sonrisa dolorosa y desolada, y salió.

No la seguí. No tenía nada que decirle, literalmente. Sentí que tardaría un mes, un año, años en encontrar las palabras que necesitaba decirle a ella. Cinco minutos antes me había sentido tan rico, tan cómodamente completo en mí mismo y mi ambición y mi destino, y ahora ahí estaba, vacío, mudo, pobre, mirando el mundo que había despreciado.

Esa capacidad de mirar la verdad cara a cara duró alrededor de una hora. Desde entonces he recordado siempre ese momento como «la hora en la cabaña del muelle». Me senté en el banco alto donde había estado Isidri. La lluvia caía y el río rugía y el día declinaba. Cuando al fin me moví, encendí una luz y empecé a defender mi propósito, mi futuro planificado, contra la terrible y llana realidad. Empecé a levantar una pantalla de emociones y evasivas y

versiones, a apartar la mirada de lo que Isidri me había revelado, a evitar los ojos de Isidri.

Cuando volví a la casa para la cena, me había recuperado. Me fui a la cama y volví a sentirme dueño de mi destino, seguro de mi decisión, casi capaz de permitirme el lujo de compadecer a Isidri… aunque en realidad no demasiado. Jamás la deshonré. Diría que era sobre todo por mí mismo. Me había vaciado de la lástima que es lástima de uno mismo en la hora en el muelle. Cuando me despedí de mi familia en la pequeña estación fangosa del pueblo, unos días más tarde, lloré, no por ellos, sino por mí, con un dolor sincero y desesperado. Era más de lo que yo podía soportar. ¡Sabía tan poco del dolor! Le dije a mi madre: –Volveré. Cuando termine la carrera, seis años, tal vez siete, volveré y me quedaré un tiempo.

–Si tu camino te trae hasta aquí –murmuró ella. Me estrechó contra ella un instante y luego me soltó.

Pues bien: he llegado al momento que elegí para comenzar mi historia, cuando tenía veintiún años y dejé mi hogar y partí en la nave *Terrazas de Darranda* para estudiar en las Escuelas Ecuménicas de Hain.

No tengo memoria del viaje mismo. Creo que recuerdo el momento de entrar en la nave; no obstante, no me viene a la mente ningún detalle, ni visual ni cinético; no me acuerdo de haber estado en la nave. De la salida de la nave recuerdo una sensación física abrumadora, el vértigo. Me tambaleaba y sentía náuseas; apenas me tenía en pie y tuvieron que sostenerme hasta que di algunos pasos sobre la superficie de Hain.

Preocupado por este lapso de conciencia, pregunté sobre él en la Escuela Ecuménica. Me explicaron que el viaje a velocidad cercana a la de la luz afecta a la mente de distintos modos. Muchos lo viven como si pasaran unas cuantas horas en una especie de limbo de percepciones; otros perciben de manera extraña el tiempo, el espacio y el acontecimiento, una experiencia que puede ser muy angustiosa; algunos se sienten como si hubieran estado dormidos y que «despiertan» a la llegada. Yo ni siquiera experimenté eso. No

experimenté nada en absoluto. Me sentí estafado. Hubiera querido sentir el viaje, conocer, de alguna manera, el gran intervalo del espacio; pero en lo que a mí concernía, no había intervalo. Estaba en el puerto espacial de O, y después estaba en Puerto Ve, mareado, perplejo, y al fin, cuando pude creer que estaba allí, excitado.

Mis estudios y mi trabajo durante aquellos años no interesan ahora. Sólo mencionaré un suceso, que puede o no estar registrado en el archivo de recepción de comunicaciones por ansible en la Cuarta Torre de Señales, AE 21-11-93/1645. (La última vez que lo comprobé, se encontraba en el archivo de transmisiones por ansible de Ran'n, TE con fecha 30-11-93/1645. También se conservaba registro de la partida y el regreso de Urashima en los Anales de los Emperadores.) 1645 fue el primer año que pasé en Hain. A principios de trimestre me pidieron que fuera al centro del ansible, donde me explicaron que habían recibido una transmisión muy mutilada que al parecer procedía de O, y esperaban que yo pudiese ayudarlos a reconstruirla. Después de una fecha nueve días posterior a la fecha de recepción, el mensaje decía así:

> *les oku n hide problema netru opmeit it hurt*
> *di quizá no pueda ser salv odagel*

Las palabras estaban espaciadas y fragmentadas. Algunas estaban en haini, pero *oku* y *netru* significan «norte» y «simétrico» en sio, mi lengua nativa. Las centrales de ansible de O no habían informado de ninguna transmisión, pero los receptores pensaron que el mensaje podía venir de O por esas dos palabras, y porque la frase en haini «no pueda ser salvado» aparecía en una transmisión, recibida casi al mismo tiempo, de uno de los Estables en O, y se refería a una planta desalinizadora dañada por las olas. –Nosotros los llamamos mensajes arrugados –me explicó el receptor cuando confesé que no podía sacar nada en limpio, y yo pregunté con cuánta frecuencia recibían mensajes de ansible tan mutilados–. No

muy a menudo, por fortuna. No podemos saber con certeza dónde o cuándo se han originado o se originarán. Es posible que sean los efectos de un doble campo, interferencias, quizá. Uno de mis colegas los llama mensajes fantasma.

La transmisión instantánea siempre me había fascinado, y a pesar de estar apenas iniciado en los principios del ansible, convertí aquel encuentro casual en una sólida amistad con algunos de los Receptores. Y me inscribí en todos los cursos sobre teoría del ansible.

Cuando estaba en mi último año en la escuela de física temporal, y consideraba la idea de ir a los mundos cetianos para ampliar mis estudios –después de mi prometida visita a casa, que a veces me parecía una ilusión remota e irrelevante, y otras, una necesidad deseada y sin embargo temida–, se recibieron por ansible los primeros informes sobre la nueva teoría de la transiliación desde Anarres. No sólo información, sino materia, cuerpos, personas, podían ser desplazados de un lugar a otro sin que mediara lapso alguno. «La tecnología del churten» se había convertido de pronto en una realidad, una realidad extraña, sin embargo, una realidad implausible.

Me moría de ganas de trabajar en ella, y estaba a punto de presentarme y prometer mi alma y mi cuerpo a la escuela si me dejaban trabajar en la teoría del churten, cuando ellos vinieron y me preguntaron si estaría dispuesto a considerar un aplazamiento de alrededor de un año en mi formación como Móvil. En ese tiempo trabajaría en la teoría del churten. Juiciosa y graciosamente, accedí. Lo celebré por toda la ciudad esa noche. Recuerdo que enseñé a mis amigos a bailar el fen'n, y que lancé fuegos de artificio en el Gran Atrio de las Escuelas, y creo recordar que canté bajo las ventanas de la directora, poco antes del alba. También recuerdo cómo me sentí al día siguiente; pero eso no impidió que me arrastrara hasta el edificio de Física Temporal para ver dónde iban a instalar el Laboratorio del Campo Churten.

La transmisión por ansible es, desde luego, enormemente cara, y durante mis años en Hain sólo había podido hablar con mi familia un par de veces; pero mis amigos del centro de ansible de vez en cuando «colaban» un mensaje mío en alguna transmisión a O. De esta manera envié un mensaje a Ran'n para que lo hicieran llegar al Primer Sedoretu de la Hacienda Udan del pueblo de Derdan'nad, en el distrito de colinas de la cuenca noroeste del Saduun, Oket, en O, en el que decía que «aunque esta investigación retrasará mi visita a casa, quizá me ahorre cuatro años de viaje». Ese frívolo mensaje delataba mi sentimiento de culpa; pero entonces estábamos seguros de que conseguiríamos la tecnología en unos pocos meses.

Los laboratorios pronto fueron trasladados a Puerto Ve, y yo fui tras ellos. El trabajo conjunto de los equipos de investigación cetianos y hainis en esos primeros tres años fue una sucesión de triunfos, aplazamientos, esperanzas, fracasos, progresos, reveses, todo sucediendo a un ritmo tan vertiginoso que si alguien se tomaba una semana de vacaciones se quedaba anticuado. –La claridad que oculta el misterio –decía Gvonesh. Cuanto más se aclaraba todo, más misterioso se volvía. La teoría era hermosa y exasperante. Los experimentos eran excitantes y abstrusos. La tecnología más absurda era la que mejor funcionaba. Pasaron cuatro años en ese laboratorio como si hubieran sido unos pocos días.

Para entonces ya llevaba diez años en Hain y Ve, y tenía treinta y uno. En O, habían pasado cuatro años mientras mi nave nafal tardaba unos pocos minutos de tiempo dilatado en llegar a Hain, y pasarían otros cuatro en el viaje de la vuelta; de modo que cuando regresara para ellos habría estado ausente dieciocho años. Mis padres estaban vivos. Ya era hora de que hiciera mi prometida visita a casa.

Sin embargo, aunque la Paradoja de la Nieve Primaveral resultó ser un frustrante escollo, un problema que los cetianos creían insoluble, no podía soportar la idea de regresar a Hain con ocho años de retraso. ¿Y si resolvían la paradoja? Ya era bastante malo saber que tendría que perder cuatro años para ir a O. Sin muchas

esperanzas, propuse a la directora llevar conmigo a O material experimental y establecer allí un doble campo auxiliar para el ansible que enlaza Puerto Ve y Ran'n. De ese modo, yo podría estar en contacto con Ve, igual que Ve estaba en contacto con Urras y Anarres; y el enlace fijo del ansible prepararía un enlace por churten. Recuerdo que dije: –Si ustedes resuelven la paradoja, quizá podremos enviar algunos ratones.

Me sorprendió que la idea fuera tan bien acogida; los ingenieros temporales querían un campo de recepción. Incluso nuestra directora, que podía ser tan brillantemente abstrusa como la teoría del churten, dijo que era una buena idea. –Ratones, insectos, gholes, ¿quién sabe lo que te enviaremos? –bromeó.

Pues bien: cuando tenía treinta y un años de edad, dejé Puerto Ve en el transporte nafal *La dama de Sorra* y regresé a O. Esta vez experimenté el vuelo a velocidad cercana a la de la luz como la mayoría de la gente, como un turbador entreacto en el que uno no puede tener pensamientos ordenados, ni leer la esfera de un reloj ni seguir el hilo de una historia. Hablar o moverse se hace difícil o imposible. Las otras personas aparecen como medias presencias irreales, inexplicablemente allí o no allí. No padecí alucinaciones, pero todo me parecía una alucinación. Era como cuando uno tiene mucha fiebre: todo es desconcertante, desagradablemente aburrido, interminable, y sin embargo muy difícil de recordar una vez que ha pasado, como si se tratara de un episodio aislado, ajeno a la vida de uno. Me pregunto ahora si esta semejanza con la «experiencia del churten» ha sido investigada seriamente.

Fui directamente a Ran'n, donde me asignaron habitaciones en el Patio Nuevo, más selectas que mi antigua habitación de estudiante en el Patio del Santuario, además de espacio en la Torre del Colegio para instalar una estación experimental del campo de transiliación. Me puse en contacto con mi familia enseguida y hablé con mis padres; mi madre había estado enferma, pero ya se había recuperado, me aseguró. Les dije que iría a casa en cuanto pusiera las cosas en marcha en Ran'n. Los llamaba cada diez-días y les

repetía que muy pronto me reuniría con ellos. Yo en realidad estaba muy atareado, porque tenía que recuperar los cuatro años perdidos y estudiar la solución de Gvonesh a la Paradoja de la Nieve Primaveral. Esto era, por fortuna, el único adelanto importante en la teoría. La tecnología había avanzado mucho. Tuve que reciclarme y a la vez formar a mis ayudantes casi desde el principio. Se me había ocurrido una idea sobre un aspecto de la teoría del doble campo que quería resolver antes de irme. Los llamé al fin cinco meses más tarde y les dije: –Estaré allí mañana. –Y entonces me di cuenta de que yo había estado asustado todo el tiempo.

No sé si tenía miedo de verlos después de dieciocho años, o si me asustaban los cambios, la extrañeza, o si me temía a mí mismo.

Dieciocho años no habían alterado en absoluto las colinas que rodeaban el ancho Saduun, los campos, la pequeña estación polvorienta de Derdan'nad, las casas viejas, viejísimas, en las calles silenciosas. El gran árbol del pueblo había desaparecido, pero su sustituto ya daba una larga sombra. El aviario de Udan había crecido. Las yamas me miraron tímidas, altaneras, desde el otro lado de la cerca. La verja que yo había puesto en mi última visita estaba decrépita, necesitaba que volvieran a encajar el poste y nuevas bisagras, pero las malezas que crecían a orillas del camino eran las mismas malezas polvorientas de dulce olor del verano. Las diminutas compuertas de los canales de irrigación emitían unos chasquidos y ruidos sordos al abrirse y al cerrarse. Todo seguía igual, idéntico. Intemporal, Udan, en su sueño de actividad, vigilaba el río, que corría intemporal en su sueño de movimiento.

Pero las caras y los cuerpos de quienes me esperaban en la estación a la tórrida luz del sol no eran las mismas. Mi madre, con cuarenta y siete años cuando me marché, tenía sesenta y cinco ahora, una mujer mayor frágil y hermosa. Tubdu había adelgazado; parecía encogida y triste. Mi padre conservaba su apostura y el porte orgulloso, pero sus movimientos eran lentos y apenas hablaba. Mi otropadre, Kap, con setenta años, era un anciano pequeño, quisquilloso y agitado. Ellos todavía eran el Primer Sedoretu de

Udan, pero el vigor de la hacienda dependía ahora del Segundo y el Tercer Sedoretu.

Yo estaba al corriente de todos los cambios, por supuesto, pero encontrarme allí era muy distinto a saber de ellos por las cartas y transmisiones. La vieja casa estaba mucho más llena que cuando yo vivía allí. Habían vuelto a abrir el ala sur y los niños entraban y salían por las puertas, y corrían por patios que en mi niñez habían sido silenciosos, cubiertos de hiedra y misterio.

Mi hermana Koneko era ahora cuatro años mayor que yo, en vez de cuatro años menor. Se parecía mucho a los primeros recuerdos que yo tenía de mi madre. Cuando el tren entró en la estación de Derdan'nad, ella fue la primera persona que reconocí, alzando a un niño de tres o cuatro años y diciendo: –¡Mira, mira, es tu tío Hideo!

El Segundo Sedoretu llevaba casado once años: Koneko e Isidri, medio hermanas, eran la pareja del Día. El marido de Koneko, mi viejo amigo Sota, era un hombre de la Mañana de la hacienda de Drehe. Sota y yo nos habíamos querido mucho en la adolescencia, y me había apenado hacerle daño con mi partida. Cuando me enteré de que él y Koneko estaban enamorados, me sorprendí mucho; pero al menos no soy celoso, y enseguida me sentí muy complacido. El marido de Isidri, un hombre casi veinte años mayor que ella llamado Hedran, había sido maestro itinerante de las Discusiones. Udan le había ofrecido hospitalidad, y sus visitas llevaron al matrimonio. Isidri y él no tenían hijos. Sota y Koneko tenían dos niños de la Tarde, un chico de diez años, llamado Murmi, y Lasako, la Isako pequeña, que tenía cuatro.

El Tercer Sedoretu de Udan lo formaba Suudi, mi medio hermano, que se había casado con una mujer del pueblo de Aster; la pareja de la Mañana procedía de otras haciendas de Aster. Había seis hijos en ese sedoretu. Una prima, cuyo sedoretu en Ekke se había roto, había venido a vivir a Udan con sus dos hijos. De modo que ir y venir y comer, y vestirse y desvestirse y lavarse, y los portazos y las carreras, y los gritos y los llantos y las risas era

siempre prodigioso. Tubdu se sentaba a trabajar en el patio soleado de la cocina y observaba la continua oleada de niños. –¡Malos! –gritaba–. ¡Ninguno se ahogará nunca, ninguno! –Y se sacudía con la risa silenciosa de siempre, que al fin se convertía en una tos asmática.

Mi madre, que al fin y al cabo había sido Móvil del Ecumen y había viajado de Terra a Hain y de Hain a O, esperaba impaciente a que le hablara de mi investigación. –¿Qué es el churten? ¿Cómo funciona, qué hace? ¿Tiene que ver con el ansible?

–Ésa es la idea –dije–. Transiliación: transferencia instantánea de criaturas de un punto a otro.

–¿Sin intervalo?

–Sin intervalo.

Isako frunció el ceño. –Suena mal –dijo–. Explícate.

Yo había olvidado lo directa que podía ser mi dulce madre; había olvidado que ella era una intelectual. Traté de explicar lo mejor que pude lo incomprensible.

–Así que en realidad no saben cómo funciona –dijo ella, al fin.

–No. Ni siquiera sabemos lo que hace. Excepto que, por regla general, cuando el campo está activado, los ratones del Edificio Uno están instantáneamente en el Edificio Dos, felices e indemnes. Dentro de la jaula, si nos acordamos de ponerla en el campo de iniciación del churten. Casi siempre lo olvidábamos. Hay ratones sueltos por todas partes.

–¿Qué es *ratones*? –preguntó un muchachito de la Mañana del Tercer Sedoretu que se había detenido a escuchar lo que parecía una historia.

–Ah –dije, riendo sorprendido. Había olvidado que en Udan no había ratones, y las ratas eran demonios con colmillos, enemigas del gato dibujado–. Son unos pequeños animales peludos y graciosos –contestéque vienen del mundo de la abuela Isako. Son amigos de los científicos y han viajado por todos los Mundos Conocidos.

–¿En naves espaciales pequeñitas? –preguntó el niño con esperanza.

–En naves grandes, casi siempre –respondí. Satisfecho con la respuesta, el niño se marchó.

–Hideo –dijo mi madre, con esa manera terrible que tienen las mujeres de pasar sin transición de un tema a otro porque los tienen todos presentes a la vez–, ¿no has mantenido ninguna relación?

Negué con la cabeza, sonriendo.

–¿Ninguna?

–Un hombre de Alterra y yo vivimos juntos un par de años –dije–. Era una buena amistad, pero ahora él es Móvil. Y… bueno, ya sabes, gente aquí y allá. Hace muy poco, en Ran'n, conviví con una agradable mujer de Oket Este.

–Espero, si estás decidido a ser Móvil, que harás un matrimonio de pareja con otro Móvil. Es más fácil, creo –dijo ella. ¿Más fácil que qué?, pensé, y supe la respuesta sin necesidad de preguntar.

–Madre, dudo ahora que viaje más allá de Hain. Este asunto del churten es demasiado interesante y no quiero quedarme fuera. Y si conseguimos controlar la tecnología, bueno, entonces viajar no será nada. El sacrificio que tú hiciste ya no será necesario. Las cosas serán distintas. ¡No puedes imaginar qué distintas! Podrías ir a Terra a pasar una hora y regresar aquí, y sólo habría transcurrido una hora.

Ella reflexionó un rato. –Si lo consiguen –dijo al fin, hablando con lentitud, casi temblando por la intensidad de la comprensión–, habrán… reducirán la galaxia… el universo a… –Y levantó la mano izquierda y juntó el pulgar y los otros dedos en un punto.

Asentí. –Un kilómetro o un año luz serán lo mismo. No habrá distancias.

–Eso no puede estar bien –dijo ella, al cabo de un momento–. Suceso sin intervalo… ¿Dónde está el baile? ¿Dónde está el camino? No creo que puedan controlarlo, Hideo. –Sonrió–. Pero tienen que intentarlo, por supuesto.

Y después hablamos sobre quién asistiría al baile campestre en Drehe al día siguiente.

No le dije a mi madre que había invitado a Tasi, la agradable mujer de Oket Este, a acompañarme a Udan, y que ella había rehusado; en realidad, me había dicho amablemente que aquel era un buen momento para que nos separáramos. Tasi era alta y tenía una trenza de pelo oscuro, no grueso y brillante como el mío, sino suave, fino, oscuro como sombras en un bosque. Una típica mujer ki'O, pensé. Ella rechazó mis protestas de amor diestramente y sin avergonzarme. –Creo que estás enamorado –dijo–. De alguien de Hain, quizá. ¿El hombre de Alterra del que me hablaste, tal vez? – No, contesté. No, nunca me había enamorado. Yo no era capaz de tener una relación profunda, eso había quedado claro entonces. Había soñado durante demasiado tiempo con viajar por la galaxia sin ataduras, y después había trabajado durante demasiado tiempo en el laboratorio churten, casado con una teoría para la que no encontraba explicación tecnológica. No había lugar para el amor, no había tiempo.

Pero ¿por qué había querido llevar a Tasi a casa conmigo?

Alta, pero ya no delgada, una mujer de cuarenta años, no una muchacha, atípica, incomparable, diferente a cualquiera en cualquier parte, Isidri me había recibido en silencio a las puertas de la casa. Una emergencia en la granja le había impedido ir a la estación. Vestía un viejo guardapolvo y un pantalón de malla, como cualquier trabajador del campo, y llevaba el pelo negro, que ya encanecía, recogido en una trenza desgreñada. Allí de pie, en el ancho umbral de madera pulida, ella era Udan, el cuerpo y el alma de aquella hacienda con treinta siglos de existencia. Ella tenía mi infancia en sus manos, y me las tendió.

–Bienvenido a casa, Hideo –dijo, con una sonrisa radiante como la luz estival sobre el río. Mientras me llevaba adentro, me dijo–: He sacado a los niños de tu vieja habitación. Pensé que preferirías estar ahí… ¿te parece bien? –Volvió a sonreír y sentí su calor, la cordialidad solar de una mujer en la flor de la vida, casada, reposada, rica en trabajo y vida. Yo no necesitaba a Tasi como defensa. No tenía nada que temer de Isidri. Ella no se mostraba

rencorosa ni avergonzada. Me había amado en la juventud, cuando era otra persona. Hubiera sido del todo inapropiado de mi parte sentir turbación o vergüenza o cualquier otra cosa que no fuera la afectuosa lealtad de los años en que jugábamos y trabajábamos y pescábamos y soñábamos juntos, niños de Udan.

Pues bien: me instalé en mi vieja habitación bajo el tejado. Había cortinas nuevas de colores pardos y rojizos. Encontré un muñeco de paja bajo la silla, en el ropero, como si de niño yo hubiera dejado allí mis juguetes y los encontrase ahora. Cuando tenía catorce años, después de mi ceremonia de ingreso en el santuario, yo había grabado mi nombre en la ancha jamba de la ventana, entre la maraña de nombres y símbolos que habían sido grabados allí durante siglos. Lo busqué. Había habido algunos añadidos. Al lado de mi claro y esmerado *Hideo*, rodeado por mi ideograma, la flornube, uno de los niños más jóvenes había tallado un *Dohedri*, y próximo al nombre había grabado un delicado ideograma de tres tejados. La sensación de ser una burbuja en el río de Udan, un momento en la continuidad de la vida en aquella casa, en aquel pedazo de tierra en aquel mundo tranquilo, casi estaba aplastando, negando mi identidad. Durante aquellas noches de mi visita, dormí como no había dormido en años, extraviado, hundido en las aguas del sueño y la oscuridad, y despertaba a las mañanas de estío como renacido, muy hambriento.

Los niños eran todos menores de doce años, y estudiaban en casa. Isidri, que impartía literatura y religión y era la coordinadora de las clases, me propuso que les hablase de Hain, de los viajes nafal, de física temporal, de lo que quisiera. A los visitantes de las haciendas ki'O siempre se les da una ocupación. El tío de la Tarde Hideo se convirtió en el favorito de los niños, siempre dispuesto a enganchar el carro de yamas o a llevarlos a pescar en el bote grande, que ellos todavía no podían manejar, o a contarles historias sobre ratones mágicos que a veces estaban en dos lugares distintos al mismo tiempo. Les pregunté si la abuela de la Tarde les había hablado del gato dibujado que cobró vida y mató a las ratas

demonio. –¡Y zu boca eztaba toda zanglienta por la mañana! –gritó Lasako con los ojos brillantes. Pero no conocían el cuento de Urashima.

–¿Por qué no les has contado «El pescador del Mar Interior»? –pregunté a mi madre.

Ella sonrió y dijo: –Oh, ésa era tu historia. Tú siempre querías que la contara.

Sentí la mirada de Isidri sobre nosotros, límpida y tranquila, y sin embargo expectante.

Sabía que mi madre había necesitado que le repararan y curaran el corazón un año antes, y poco después, mientras supervisábamos el trabajo de los niños mayores, le pregunté a Isidri: –¿Crees que Isako se ha recuperado?

–Parece estar muy bien desde que volviste. No sé. El problema le viene de la infancia, provocado por los venenos de la biosfera terrana; dicen que tiene un sistema inmunitario débil. Soportó con paciencia la enfermedad. Casi con demasiada paciencia.

–Y Tubdu… ¿necesita pulmones nuevos?

–Seguramente. Los cuatro se están haciendo mayores y testarudos. Pero mejor, observa tú a Isako por mí. A ver si ves a lo que me refiero.

Traté de observar a mi madre. Después de unos días, informé que parecía enérgica y decidida, incluso imperiosa, y que yo no había visto mucho de esa paciente resignación que tanto preocupaba a Isidri. Ella rio.

–Isako me dijo una vez –explicó– que una madre está conectada a su hijo por una cuerda muy delgada, como un cordón umbilical, que puede estirarse años luz. Le pregunté si era doloroso y ella contestó: «Oh, no, sólo está ahí, ¿sabes?, se estira y se estira y nunca se rompe». A mí me parece que ha de ser doloroso. Pero no sé. Yo no tengo hijos, y nunca he estado a más de dos días de viaje de mis madres. –Sonrió, y añadió con su voz suave y profunda–: Creo que quiero a Isako más que a nadie, más aún que a mi madre, más aún que a Koneko…

Entonces tuvo que ir a mostrarle a uno de los hijos de Suudi cómo reprogramar el temporizador del control de irrigación. Ella era la hidróloga del pueblo y la enóloga de la granja. Tenía una vida repleta de planes, relaciones, trabajo; una sucesión de días, estaciones, años, continua y serena. Ella nadaba en la vida como había nadado en el río, como un pez, en casa. No había tenido hijos, pero todos los niños de la hacienda eran suyos. Ella y Koneko estaban tan profundamente unidas como lo habían estado sus madres. La relación que tenía con su frágil y erudito marido parecía tranquila y respetuosa. Yo creía que el matrimonio de la Noche con mi viejo amigo Sota era un vínculo sexual fuerte, pero era obvio que Isidri admiraba y acataba la guía espiritual e intelectual de su marido. Yo encontraba su enseñanza algo árida y discutible; pero ¿qué sabía yo de religión? No practicaba el culto desde hacía mucho tiempo, y me sentía extraño, fuera de lugar, incluso en el santuario de la familia. Me sentía extraño, fuera de lugar en mi propia casa; aunque no quería reconocerlo.

Tuve conciencia de ese mes como un tiempo agradable, sin incidentes, un poco aburrido. Mis emociones parecían apagadas, embotadas. La feroz nostalgia, la sensación romántica de estar al borde de mi destino, todo eso se había perdido junto con el Hideo de veintiún años. Aunque ahora era el más joven de mi generación, yo era un hombre adulto que sabía adónde ir, satisfecho con su trabajo, que había dejado atrás la autocomplacencia emocional. Escribí un pequeño poema para el álbum de la casa sobre la paz de seguir el camino escogido. Cuando llegó la hora de irse, abracé y besé a todos, docenas de roces suaves o ásperos en la mejilla. Les dije que, si me quedaba en O alrededor de un año, como seguramente me pedirían que hiciera, volvería a visitarlos el invierno siguiente. Mientras el tren atravesaba las colinas camino de Ran'n, pensé con una gravedad complaciente que regresaría a la hacienda el invierno siguiente y que los encontraría iguales a ahora; y que, si regresaba al cabo de otros dieciocho años o aun más tiempo, algunos ya se habrían ido y otros serían nuevos para mí. Y sin

embargo aquel siempre sería mi hogar, Udan, con sus anchos tejados oscuros, surcando el tiempo como un navío de velas oscuras. Siempre me pongo poético cuando me estoy engañando a mí mismo.

Regresé a Ran'n, me registré con mi gente en el laboratorio de la Torre del Colegio, y cené con mis colegas, buena comida y bebida; les llevé una botella de vino de Udan, porque Isidri elaboraba unos vinos espléndidos y me había dado una caja de Kedun de quince años. Hablamos de los últimos avances en la tecnología del churten, la «transmisión en campo continuo», de la que habían informado desde Anarres por ansible el día anterior. Caminé hasta mis habitaciones en el Patio Nuevo en la noche de verano, la cabeza llena de física; leí un rato y me fui a la cama. Apagué la luz y la oscuridad me inundó al inundar la habitación. ¿Dónde estaba? Solo en una habitación entre gente extraña. Como había estado durante diez años y como estaría siempre. En un planeta o en otro, ¿qué más daba? Solo, parte de nada, parte de nadie. Udan no era mi hogar. Yo no tenía hogar, ni pueblo. No tenía futuro, ni destino, o un destino no muy distinto del de una burbuja de espuma o un remolino arrastrados por la corriente. Es y no es. Nada más.

Encendí la luz. La oscuridad era insoportable, pero la luz fue peor. Me acurruqué en la cama y me eché a llorar. No podía dejar de llorar. Tuve miedo, porque los sollozos me sacudieron y me estremecieron hasta que me sentí enfermo y débil. Después de un largo tiempo logré tranquilizarme aferrándome a una fantasía, una idea infantil: por la mañana llamaría a Isidri y le hablaría, le diría que necesitaba instrucción religiosa, que quería volver a rendir culto en el santuario, pero había pasado tanto tiempo, y nunca había escuchado las Discusiones; pero ahora lo necesitaba y le pediría a ella, a Isidri, que me ayudase. Así, aferrándome desesperadamente a esa idea, pude al fin contener aquel llanto terrible, y me tendí en la cama, agotado y exhausto, hasta que llegó el día.

No llamé a Isidri. A la luz del día, la idea que me había salvado de la oscuridad me pareció absurda; y se me ocurrió que si la

llamaba, ella pediría consejo a su marido, el maestro de religión. A pesar de todo, comprendí que necesitaba ayuda. Fui al santuario de la Vieja Escuela y rendí culto. Pedí una copia de las Primeras Discusiones y las leí. Me uní a un grupo de discusión, y leí y hablé con ellos. Mi religión no tiene dioses y es argumentativa y mística. El nombre de nuestro mundo es la primera palabra de la primera plegaria. Para los seres humanos, el vehículo es la voz y la mente. A medida que la redescubría, la encontré tan extraña como la teoría del churten, y en algunos aspectos, complementaria. Sabía, aunque nunca lo había comprendido, que la física y la religión cetianas son aspectos de un mismo conocimiento. Me pregunté si todas las físicas y religiones no serían aspectos de un mismo conocimiento.

De noche dormía mal o no dormía. Luego de las generosas mesas de Udan, la comida de la universidad parecía pobre; perdí el apetito. Sin embargo, nuestro trabajo, mi trabajo, iba muy bien… extraordinariamente bien.

–No más ratones –dijo Gvonesh por ansible audio desde Hain–. Gente.

–¿Qué gente? –pregunté.

–Yo –contestó Gvonesh.

De modo que nuestra directora de investigación pasó en churten de una esquina del laboratorio a otra, y luego del Edificio Uno al Edificio Dos, desvaneciéndose en un laboratorio y apareciendo en el otro, sonriendo, en el mismo instante, en nada de tiempo.

–¿Qué se siente? –preguntaron, por supuesto; y Gvonesh respondió, por supuesto–: Nada.

Siguieron muchos experimentos; ratones y gholes pasaron en churten a medio camino de Ve y luego de vuelta; tripulaciones robóticas pasaron en churten de Anarres a Urras, de Hain a Ve, y luego de Anarres a Ve, veintidós años luz. Con el tiempo, el *Shoby* y su tripulación de diez humanos pasaron en churten a la órbita de un desagradable planeta a dieciséis años luz de Ve, y regresaron (pero las palabras que implican ir y venir, o distancia recorrida, son

inapropiadas) gracias sólo a un inteligente uso del entrenamiento, rescatándose a sí mismos de una especie de caos de disolución, de muerte por irrealidad, que nos horrorizó a todos. No hubo más experimentos con formas de vida inteligentes.

–El ritmo está mal –dijo Gvonesh por ansible.

En ese momento, recordé que mi madre había dicho: «No puede haber acontecimiento sin intervalo». ¿Qué más había dicho Isako? Algo sobre bailar. Pero yo no quería pensar en Udan. No pensaba en Udan. Cuando lo hacía, sentía dentro de mí, en algo más profundo que los huesos, la certeza de no ser nadie, de no estar en ningún sitio, y entonces me dominaba un temblor convulsivo, como el de un animal aterrorizado.

Mi religión me aseguraba que yo era parte del Camino, y la física absorbía mi desesperación. Los experimentos, retomados con prudencia, tuvieron éxito más allá de toda esperanza. El terrano Dalzul y su psicofísica aparecieron en el centro de investigación de Ve como una tromba; siento no haberlo conocido. Como había predicho, usando el campo de continuidad Dalzul pasó el churten sin dificultades, solo, primero localmente, luego de Ve a Hain, luego el gran salto a Tadkla y de vuelta. Del segundo viaje a Tadkla, sus tres compañeros regresaron sin él. Murió en aquel mundo lejano. En el laboratorio no nos pareció que su muerte tuviera alguna relación con el campo churten o con lo que se había llegado a conocer como «la experiencia churten», aunque sus tres compañeros no estaban seguros.

–Quizá Dalzul tenía razón. Una persona cada vez –dijo Gvonesh; y se hizo ella misma el sujeto, el «animal ritual», como dicen los hainis, del siguiente experimento. Utilizando la tecnología de continuidad, recorrió Ve en churten en cuatro saltos, que tomaron treinta y dos segundos, el tiempo en que se fijaban las coordenadas. Nos habíamos acostumbrado a dar al no-intervalo temporal/intervalo real espacial el nombre de «salto». Sonaba sencillo, trivial. A los científicos les gusta trivializar.

Yo quería probar la estabilidad del doble campo en el que había estado trabajando desde que llegara a Ran'n. Ya era hora de probarlo; mi paciencia no era mucha, la vida es demasiado corta para andar jugando siempre con cifras. Hablé con Gvonesh por ansible, y le dije: –Saltaré hasta Puerto Ve. Y luego regresaré a Ran'n. Prometí una visita a mi familia este invierno. –A los científicos les gusta trivializar.

–¿Todavía tienes esa arruga en el campo? –preguntó Gvonesh–. ¿Algo parecido a un pliegue?

–Ya está planchada, *ammar*– le aseguré.

–Bien, entonces –dijo Gvonesh, que nunca cuestionaba lo que uno decía–. Adelante.

Pues bien: fijamos los campos de un enlace churten continuo y estable con una conexión por ansible; estaba de pie dentro de un círculo de tiza, en el Laboratorio de Investigación del Campo Churten del Centro en Ran'n, una tarde de finales de otoño, y de pie dentro de un círculo de tiza en el Laboratorio de Investigación del Campo Churten en Puerto Ve, un día de finales de verano a una distancia de 4,2 años luz y sin intervalo temporal.

–¿Sentiste algo? –preguntó Gvonesh, estrechándome la mano cordialmente–. Buen chico, buen chico, bienvenido, *ammar*, Hideo. Me alegra verte. No ha habido arrugas, ¿eh?

Reí por la conmoción y la extrañeza, y le di a Gvonesh la botella de Kedun del cuarenta y nueve de Udan que había recogido hacía un momento de la mesa del laboratorio en O.

Mi intención había sido, si llegaba a Puerto Ve, regresar enseguida en churten, pero Gvonesh y los otros querían que me quedara un tiempo en Ve para discutir y probar el campo. Pienso ahora que la extraordinaria intuición de la directora continuaba trabajando; la «arruga», el «pliegue» del campo Tiokunan'n todavía la preocupaba.

–Es antiestético –dijo.

–Pero funciona –dije yo.

–Funcionó –puntualizó ella.

Salvo para reensayar mi campo, para probar su fiabilidad, yo no tenía ningún deseo de regresar a O. Dormía mejor en Ve, aunque la comida seguía pareciéndome insípida, y cuando no estaba trabajando me sentía tembloroso y extenuado, un desagradable recordatorio de mi agotamiento luego de aquella noche que intentaba olvidar, en la que, por alguna razón, había llorado tanto. Pero el trabajo iba muy bien.

–¿No tienes relaciones sexuales, Hideo? –me preguntó Gvonesh un día que estábamos solos en el laboratorio, yo jugando con un nuevo conjunto de cálculos y ella terminando de comer.

La pregunta me dejó estupefacto. Sabía que no era tan impertinente como el peculiar lenguaje de Gvonesh la hacía parecer. Pero a ella nunca se le oía ese tipo de preguntas. Su propia vida sexual era tan misteriosa como el resto de su existencia. Nadie la había oído nunca emplear la palabra, y mucho menos sugerir el acto.

Cuando me senté con la boca abierta, mudo de asombro, ella añadió, masticando un varvet frío: –Antes sí, comprendo.

Logré balbucear algo. Sabía que ella no estaba proponiéndome relaciones sexuales, sino interesándose por mi bienestar. Pero no se me ocurría qué decir.

–Hay alguna arruga en tu vida, ¿no es así? –continuó Gvonesh–. Perdona. No es asunto mío.

Queriendo asegurarle que no me había ofendido, dije, como decimos en O: –Honro tu intención.

Me miró directamente, algo que raras veces hacía. Tenía ojos claros como el agua y un rostro alargado y huesudo, suavizado por un vello espeso y descolorido. –¿Quizá ya es hora de que regreses a O? –me dijo.

–No sé. Las instalaciones aquí…

Ella asintió. Siempre aceptaba lo que uno decía. –¿Has leído el informe de Harraven? –preguntó, cambiando de tema tan rápida y definitivamente como mi madre.

De acuerdo, pensé, ahí está el desafío. Gvonesh estaba preparada para que yo probara de nuevo mi campo. ¿Por qué no?

Después de todo, podía pasar en churten a Ran'n y luego regresar a Ve en un minuto, si así lo decidía, y si el laboratorio podía permitírselo. Igual que en la transmisión por ansible, el churten utiliza en esencia una masa inerte; pero fijar el campo, desinfectarlo y estabilizarlo requiere una gran cantidad de energía local. No obstante, era Gvonesh quien lo sugería, lo que significaba que teníamos el dinero.

–¿Qué tal un salto de ida y vuelta? –contesté.

–Estupendo –dijo Gvonesh–. Mañana.

Así que, al día siguiente, en una mañana de finales de otoño, yo estaba de pie dentro del círculo de tiza en el Laboratorio del Campo en Ve, y estaba…

Un resplandor, un estremecimiento de todo… un latido perdido… omitido… en la oscuridad. Una oscuridad. Una habitación oscura. ¿El laboratorio? Localicé el panel de luces. En la oscuridad yo pensaba que estaba en Ve. Con la luz vi que no era así. No sabía dónde estaba el laboratorio. No sabía dónde estaba yo. Me resultaba familiar, y sin embargo no podía situarlo. ¿Qué era? ¿Un laboratorio de biología? Había muestras, un viejo microscopio de subpartículas, con el ideograma del fabricante en la caja de latón abollado, el ideograma de la lira… Estaba en O. ¿En algún edificio del Centro en Ran'n? Olía como los antiguos edificios de Ran'n, olía como una noche lluviosa en O. Pero ¿cómo era posible que yo no hubiera llegado al campo de recepción, al círculo de tiza cuidadosamente trazado en el suelo de madera del laboratorio, en la Torre del Colegio? El campo tenía que haberse desplazado. Una idea asombrosa, imposible.

Me alarmé y me sentí mareado, como si mi cuerpo hubiera omitido ese latido, pero aún no tenía miedo. Estaba de una pieza, todo allí, cada cosa en su sitio, y mi cerebro funcionaba. ¿Un ligero desplazamiento espacial?, decía mi cerebro.

Salí al corredor. Quizá me había desorientado y había dejado el Laboratorio del Campo Churten, y había recuperado la conciencia en algún otro lugar. Pero mi equipo habría estado allí; ¿dónde estaban?

Y eso había ocurrido sin duda hacía horas. Yo tenía que llegar a O justo después del mediodía. ¿Un ligero desplazamiento temporal?, dijo la mente, aún trabajando. Caminé por el corredor en busca de mi laboratorio, y fue entonces cuando la situación empezó a parecer uno de esos sueños en los que uno no puede encontrar la habitación que tiene que encontrar. Era ese sueño. Conocía ese edificio perfectamente: era la Torre del Colegio, el segundo piso de la Torre; pero no había ningún laboratorio de churten. Todos los laboratorios eran de biología y biofísica, y estaban desiertos. Evidentemente era avanzada la noche. No había nadie. Al fin vi luz bajo una puerta y llamé, y la abrí, y encontré allí a una estudiante que leía en el terminal de la biblioteca.

–Perdona –dije–. Estoy buscando el Laboratorio del Campo Churten…

–¿El laboratorio de qué?

Ella no sabía lo que era el churten y se disculpó: –Yo no estoy en Física Temporal, sólo en Biofísica –dijo con humildad.

Yo también me disculpé. Yo estaba temblando, y mi sensación de vértigo y desorientación crecía a cada momento. ¿Era ése el «efecto caos» que la tripulación del *Shoby*, y quizá la del *Galba*, habían experimentado? ¿Empezaría a ver las estrellas a través de las paredes, o me volvería y vería a Gvonesh allí, en O?

Le pregunté qué hora era. –Tenía que haber llegado aquí a mediodía –le dije, aunque no tenía sentido para ella.

–Es casi la una –contestó, mirando el reloj del terminal. Yo también lo miré. Daba la hora, la diez-días, el mes, el año.

–Eso funciona mal –dije.

Ella pareció preocupada.

–Eso no es correcto –repetí–. La fecha. No es correcta.

Pero, por el parpadeo continuo de los números del reloj, por el rostro redondo y preocupado de la muchacha, por el latido de mi corazón, por el olor de la lluvia, supe que era correcto, que era una hora después de la medianoche dieciocho años antes, que estaba

allí, ahora, en el día después del día que yo llamé «hace mucho tiempo» cuando empecé a contar esta historia.

Un desplazamiento temporal de gran magnitud, dijo la mente, trabajando, esforzándose.

–Yo no pertenezco aquí –dije, y me volví para regresar deprisa a lo que me parecía un refugio, el Laboratorio de Biología 6, que sería el Laboratorio del Campo Churten dieciocho años más tarde, como si pudiese volver a entrar en el campo que había existido o existiría durante cuatro milésimas de segundo.

La muchacha se dio cuenta de que algo iba mal, me hizo sentar, y me dio una taza del té caliente que llevaba en un termo.

–¿De dónde eres? –le pregunté a la amable y seria estudiante.

–De la hacienda Herdud del pueblo de Deada, en la cuenca sur del Saduun –contestó.

–Yo soy de río abajo –le dije–. Udan de Derdan'nad. –De pronto me eché a llorar. Conseguí dominarme, me disculpé de nuevo, bebí el té y dejé la taza. Mi acceso de llanto no la había preocupado demasiado. Los estudiantes son personas apasionadas, ríen y lloran, se desmoronan y se levantan. Me preguntó si tenía un lugar donde pasar la noche: una pregunta perspicaz. Contesté que sí, le di las gracias y me marché.

No regresé al laboratorio de biología, sino que bajé la escalera y crucé por los jardines hacia mis habitaciones en el Patio Nuevo. Mientras caminaba, mi cabeza siguió trabajando; dedujo que algún otro había ocupado/ocuparía esas habitaciones entonces/ahora.

Me volví de nuevo al Patio del Santuario, donde había vivido durante mis últimos dos años como estudiante antes de partir hacia Hain. Si ésa era en efecto, como había indicado el reloj, la noche después de mi partida, mi habitación estaría aún vacía y abierta. Resultó ser así: estaba tal como yo la había dejado, el colchón desnudo, la papelera sin vaciar.

Ése fue el momento más aterrador. Miré la papelera mucho tiempo, y extraje un trozo de papel de impresora y lo alisé con cuidado sobre la mesa. Eran unas ecuaciones temporales que yo

había garabateado en mi viejo anotador de bolsillo, notas de la clase de Intervalo de Sedharad, de mi último trimestre en Ran'n, de hacía dos días, dieciocho años antes.

Ahora temblaba de pies a cabeza. Has caído en un campo de caos, dijo la mente, y la creí. Miedo y tensión, y nada que se pudiera hacer, no hasta que hubiera pasado la larga noche. Me tendí en la litera desnuda, preparado para que las estrellas ardieran a través de las paredes, y de mis párpados si los cerraba. Tenía intención de planear lo que haría por la mañana temprano, si es que había un mañana. Sin embargo, me quedé dormido al instante y dormí como una piedra hasta bien entrado el día, cuando desperté en el lecho desnudo, en la habitación familiar, alerta, hambriento y sin ninguna duda sobre quién era yo o dónde o en qué fecha estaba.

Bajé al pueblo para desayunar. No quería encontrarme con ningún colega –no, compañero de estudios– que me reconociera y dijese: –¡Hideo! ¿Qué haces aquí? ¡Si te fuiste ayer en el *Terrazas de Darranda*!

No confiaba en que no me reconocieran. Ahora tenía treinta y un años, no veintiuno, estaba mucho más delgado y no tan en buena forma como antes; pero mis rasgos medio terranos eran inconfundibles. No deseaba que me reconocieran, ni tener que tratar de explicar. Quería salir de Ran'n. Quería ir a casa.

O es un buen planeta para viajar por él en el tiempo. Las cosas no cambian. Nuestros trenes circulan con el mismo horario desde hace siglos. Firmamos para pagar, y pagamos en trueques acordados o en metálico mensualmente, de modo que no tuve que sacar monedas misteriosas del futuro. Firmé en la estación y tomé el tren de la mañana al delta del Saduun.

El pequeño tren se deslizó a través de las llanuras y colinas de la Cuenca Sur, y luego de la Cuenca Noroeste, siguiendo el curso cada vez más ancho del río, parando en cada pueblo. Al caer la tarde, me apeé en la estación de Derdan'nad. Estábamos a principios de primavera y en la estación había más fango que polvo.

Recorrí el camino que llevaba a Udan. Abrí la verja que había reparado unos días/dieciocho años antes; se deslizó con facilidad sobre los goznes nuevos. Eso me proporcionó una cierta satisfacción. Las hembras de yama, de vientres abultados, estaban reunidas en los pastos de cría. Los alumbramientos comenzarían de un momento a otro. Se movían por los pastos como veleros al viento, volviendo las cabezas elegantes y desdeñosas para mirarme con desconfianza. Unas nubes de lluvia se cernían sobre las colinas. Crucé el Oro por el puente arqueado de madera. Cuatro o cinco grandes *ochid* azules nadaban en un remanso junto a la base del puente; me detuve a mirarlos: si tuviera un arpón… Las nubes se arrastraron arriba, trayendo consigo una llovizna menuda y suave. Seguí avanzando a grandes pasos. Sentía el rostro caliente y entumecido y los ramalazos de lluvia. Recorrí el camino del río y vi aparecer la casa, los tejados oscuros y amplios sobre la colina coronada de árboles. Dejé atrás el aviario y los colectores, dejé atrás el centro de irrigación, caminé bajo la avenida de árboles altos y desnudos, subí los escalones del porche en sombras y avancé hacia la puerta, el ancho umbral de Udan. Entré.

Tubdu cruzaba el vestíbulo en aquel momento, no la mujer que yo había visto la última vez, en los sesenta, canosa, cansada y frágil, sino la Tubdu de la Gran Risita, la Tubdu de cuarenta y cinco años, rechoncha, sonrosada y enérgica, que cruzaba el vestíbulo con pasos cortos y rápidos, y se paraba y me miraba, al principio reconociéndome, ahí está Hideo, después con desconcierto, ¿es ése Hideo?, y finalmente con asombro: ¡no puede ser Hideo!

–Ombu –dije, la palabra que usaba de niño para llamar a la otramadre–, Ombu, soy yo, Hideo, no te inquietes, todo está bien, he regresado. –La abracé y apreté mi mejilla contra la de ella.

–Pero, pero… –Me apartó un poco y me observó–. Pero ¿qué te ha ocurrido, mi querido muchacho? –gritó, y entonces, volviéndose, llamó en voz alta–: ¡Isako! ¡Isako!

Cuando mi madre me vio, pensó que yo no me había embarcado en la nave hacia Hain, que mi coraje o mi resolución

habían flaqueado; y en su primer abrazo hubo una reserva involuntaria. ¿Había arrojado por la borda el destino por el que había estado dispuesto a perder todo lo demás? Yo sabía lo que ella estaba pensando. Uní mi mejilla a la de ella y susurré: –Fui, madre, y he vuelto. Tengo treinta y un años. He vuelto…

Como había hecho Tubdu, mi madre me apartó un poco y observó mi rostro. –¡Oh, Hideo! –dijo, y me abrazó con fuerza–. ¡Querido mío, querido mío!

Permanecimos abrazados en silencio, hasta que al fin dije: –Tengo que ver a Isidri.

Mi madre me miró de nuevo con atención, pero no hizo preguntas. –Creo que está en el santuario.

–Volveré enseguida.

Las dejé, a ella y a Tubdu, y crucé presuroso las salas camino de la habitación central, en la parte más antigua de la casa, reconstruida hacía siete siglos sobre unos fundamentos de tres milenios de antigüedad. Los muros son de piedra y arcilla, el tejado, curvo, de cristal grueso. La habitación es fresca y silenciosa. Los libros cubren las paredes, las Discusiones, las discusiones de las Discusiones, poesía, textos y versiones de las Obras; hay tambores y palos de lluvia para las ceremonias y la meditación; el pequeño estanque redondo que es el santuario propiamente dicho se abastece mediante tuberías de arcilla que colman la concavidad azul verdosa, y el agua refleja el cielo lluvioso del otro lado del tragaluz. Isidri estaba allí. Había traído ramas frescas para el jarrón que había junto al santuario y se estaba arrodillando para arreglarlas.

Fui directamente hacia ella y dije: –Isidri, he vuelto. Escucha…

Volvió hacia mí una cara completamente expuesta, sobresaltada, asustada, indefensa: el rostro suave y delgado de una mujer de veintidós años, de ojos oscuros, mirándome.

–Escucha, Isidri: fui a Hain, estudié allí, trabajé en una nueva clase de física temporal, una nueva teoría, «la transiliación». Pasé allí diez años. Entonces empezamos las pruebas; estaba en Ran'n y pasé al sistema haini en nada de tiempo, utilizando esa tecnología,

en nada de tiempo, ¿comprendes?, literalmente, como el ansible… No a la velocidad de la luz, ni más rápido que la luz, sino en nada de tiempo. En un lugar y en otro lugar instantáneamente, ¿comprendes? Y estuvo bien, funcionó. Pero al regresar hubo… había una arruga, un pliegue en mi campo. Estaba en el mismo lugar en otro tiempo. Retrocedí dieciocho años de los vuestros, diez de los míos. Retrocedí al día que partí, pero no me fui; regresé, regresé a ti.

Yo la había tomado de las manos y me había arrodillado para mirarla mientras ella se arrodillaba junto al estanque silencioso. Isidri me examinó con sus ojos vigilantes, en silencio. Tenía un arañazo reciente en la mejilla y un pequeño moretón: una rama la había golpeado cuando recogía las ramas siempreverdes.

–Deja que regrese a ti –dije en un susurro.

Ella me acarició la cara. –Pareces tan cansado –dijo–. Hideo… ¿te encuentras bien?

–Sí –dije–. Oh, sí. Estoy bien.

Y en este punto mi historia, en lo que concierne al interés que pueda tener para el Ecumen o para las investigaciones sobre la transiliación, llega a su fin. Llevo viviendo dieciocho años como granjero de la Hacienda Udan del pueblo de Derdan'nad, en la región de colinas de la cuenca noroeste del Saduun, en Oket, O. Tengo cincuenta años. Soy el esposo de la Mañana del Segundo Sedoretu de Udan; mi esposa es Isidri; mi matrimonio de la Noche es con Sota de Drehe, cuya esposa de la Tarde es mi hermana Koneko. Mis hijos de la Mañana con Isidri son Latubdu y Tadri; los hijos de la Tarde son Murmi y Lasako. Pero nada de esto es de interés para los Estables del Ecumen.

Mi madre, que había estudiado algo de ingeniería temporal, me pidió que le contara mi historia, la escuchó con atención y la aceptó sin cuestionarla; así ocurrió también con Isidri. La mayoría de la gente de mi hacienda prefirió una historia más simple y mucho más creíble, que lo explicaba todo bastante bien, incluso mi fuerte pérdida de peso y que envejeciera diez años en una noche. En el

último momento, justo antes de que la nave partiera, decían, Hideo decidió no ir a la Escuela Ecuménica de Hain. Regresó a Udan, porque estaba enamorado de Isidri. Pero enfermó, porque era una decisión muy difícil y porque estaba muy enamorado.

Quizá sea ésa la verdad, después de todo. Pero Isidri e Isako escogieron una verdad más extraña.

Más tarde, cuando estábamos formando nuestro sedoretu, Sota me preguntó por esa verdad. –Tú no eres el mismo hombre, Hideo, aunque sigues siendo el hombre que siempre amé.

Se lo expliqué lo mejor que pude. Él estaba seguro de que Koneko lo comprendería mejor que él, y desde luego ella escuchó con seriedad y me hizo unas preguntas incisivas que no pude responder.

Traté de enviar un mensaje al departamento de física temporal de las Escuelas Ecuménicas de Hain. No llevaba mucho en casa cuando mi madre, con su sentido del deber y obligación hacia el Ecumen, insistió en que lo hiciera.

–Madre –dije–, ¿qué les voy a decir? ¡Todavía no han inventado la teoría del churten!

–Discúlpate por no haberte presentado para estudiar, como dijiste que harías. Y explícaselo todo a la directora, la mujer anarresti. Quizá ella comprenda.

–Ni siquiera Gvonesh sabe del churten todavía. Empezarán a explicárselo por ansible desde Urras y Anarres dentro de unos tres años. De todas maneras, no conocía a Gvonesh los primeros dos años que pasé allí. –El tiempo pasado era inevitable y no obstante ridículo; hubiera sido más preciso decir: «ella no me conocerá los primeros dos años que no estaré allí».

¿O *estaba* en Hain, en ese momento? Esa idea paradójica de dos existencias simultáneas en dos mundos distintos me inquietaba sobremanera. Era uno de los puntos sobre los que había preguntado Koneko. No importaba que lo descartara como imposible según todas las leyes de la temporalidad, no podía evitar imaginar que era posible, que otro yo estaba viviendo en Hain, y vendría a Udan

dentro de dieciocho años y me encontraría a mí. Al fin y al cabo, mi actual existencia era también e igualmente imposible.

Cuando tales ideas me atormentaban y me inquietaban, aprendí a reemplazarlas con una imagen distinta: las pequeñas espirales de agua que se deslizan entre las dos grandes rocas, donde la corriente corre con fuerza, justo por encima de la bahía de natación, en el Oro. Imaginaba esos remolinos formándose y deshaciéndose, o bajaba al río y me sentaba a observarlos. Y ellos parecían tener una solución a mi pregunta, disolverla como ellos se disolvían y formaban incesantemente.

Pero el sentido del deber y la obligación de mi madre no se dejaba conmover por naderías tales como una vida imposiblemente vivida dos veces.

–Deberías tratar de explicárselo a ellos –decía.

Tenía razón. Si mi doble campo de transiliación era ahora permanente, esto tenía una crucial importancia para la ciencia temporal, no sólo para mí mismo. Así que lo intenté. Tomé prestada una ingente suma en metálico de las reservas de la hacienda, fui a Ran'n, pagué por una transmisión de ansible de cinco mil palabras y envié un mensaje a mi director de estudios en la Escuela Ecuménica, tratando de explicar por qué, después de haber sido admitido en la Escuela, yo no había llegado… si es que en verdad no había llegado.

Supongo que ése fue el mensaje «arrugado» o «fantasma» que me pidieron que interpretara durante mi primer año allí. Hay partes que son meros galimatías, y algunas palabras proceden quizá de la otra transmisión, casi simultánea, pero hay pedazos de mi nombre en él, y otras palabras que pueden ser fragmentos o inversiones de mi largo mensaje: problema, churten, regreso, llegada, tiempo.

Es interesante, me parece, que en el centro del ansible los receptores emplearan la palabra «arrugado» para un transiliante temporalmente alterado, como Gvonesh la empleaba para referirse a la anomalía, «el pliegue», en mi campo churten. En realidad, el campo de ansible había encontrado una resistencia de resonancia, provocada por la anomalía de diez años en mi campo churten, que

dobló el mensaje sobre sí mismo, lo arrugó, invirtiéndolo y borrándolo. En ese punto, como una de las repercusiones del Doble Campo Tiokunan'n, mi existencia en O cuando envié el mensaje era simultánea a mi existencia en Hain cuando el mensaje fue recibido. Había un yo que enviaba y un yo que recibía. Y, sin embargo, mientras existiera la anomalía encapsulada del campo, la simultaneidad era literalmente un instante, un cruce sin ulteriores consecuencias para el campo del ansible o del churten.

Una representación del campo churten en este caso podría ser un río serpenteando en una llanura, serpenteando en curvas cerradas que se doblan sobre sí mismas, y tan próximas que al fin la corriente rompe a través de las riberas dobles de la S y corre en línea recta, dejando a un lado todo un tramo de agua, un lago curvo, separado de la corriente, aislado. En esta analogía, mi mensaje de ansible sería el único vínculo, aparte de mi memoria, entre la corriente y el lago.

Pero creo que una imagen más cercana es la de los remolinos en la corriente, que se suceden y se repiten, ¿los mismos?, ¿o distintos?

Trabajé en una explicación matemática del problema en los primeros años de mi matrimonio, cuando aún podía recurrir a mis conocimientos de física. Véanse las «Notas sobre una teoría de la interferencia de la resonancia en campos dobles de ansible y churten», anejo a este documento. Comprendo que la explicación es irrelevante, puesto que en este tramo del río no hay ningún Campo Tiokunan'n. Pero la investigación independiente desde una perspectiva extraña puede ser útil. Y le tengo cierto cariño, puesto que es la última física temporal que estudié. He seguido la investigación sobre el churten con gran interés, pero mi vida ha tenido que ver con viñedos, drenaje, el cuidado de las yamas, la crianza y educación de los niños, las Discusiones, y con mis intentos de aprender a atrapar peces con las manos.

Trabajando en esas notas, me convencí a mí mismo en términos de matemática y física de que la existencia en la que fui a Hain y

llegué a ser un físico temporal especializado en la transiliación era en verdad una existencia encapsulada (envuelta, borrada) por el efecto churten. Pero toda la teoría y las pruebas que acumulé no pudieron calmar mi ansiedad, mi temor –que creció tras mi matrimonio y con el nacimiento de cada uno de mis hijos– de que hubiera un punto de encuentro que aún no había llegado. A pesar de todas mis imágenes de ríos y remolinos, yo no podía probar que la encapsulación no se invertiría en el instante de la transiliación. Era posible que el día que pasé en churten de Ve a Ran'n deshiciera, soltara, borrara mi matrimonio, nuestros hijos, toda mi vida en Udan, que la arrugara como un pedazo de papel arrojado a una papelera. Era una idea insoportable.

Al fin, hablé de todo esto con Isidri, de quien sólo había retenido un secreto.

–No –dijo ella, después de mucho reflexionar–, no creo que pueda suceder. Había una razón, ¿no es así?, por la que tú regresaste… aquí.

–Tú –dije.

Ella sonrió, luminosa. –Sí –dijo. Después de un rato añadió–: Y Sota y Koneko y la hacienda… Pero no habría razón para que volvieras allí, ¿o la hay?

Isidri, que sostenía en los brazos a nuestro bebé dormido mientras hablaba, apoyó la mejilla contra la cabecita sedosa.

–Excepto quizá tu trabajo allí –añadió. Me miró un poco ansiosa. Su sinceridad exigía de mí la misma sinceridad.

–Lo echo de menos a veces –dije–. Eso lo sé. Pero no sabía que te echaba de menos. Y sin embargo eso me estaba matando. Habría muerto y no habría sabido por qué, Isidri. Y, de todas maneras, estaba mal… mi trabajo era equivocado.

–¿Cómo podría ser así si te trajo de vuelta? –dijo ella, y a eso no pude responder.

Cuando empezó a publicarse información sobre la teoría del churten, me suscribí a todo lo que recibía la Biblioteca del Centro de Ran'n, principalmente lo referido al trabajo en las Escuelas

Ecuménicas y en Ve. El progreso general de las investigaciones fue como yo lo recordaba, avanzando a grandes pasos durante tres años, luego chocando con escollos difíciles. Pero no se hacía ninguna referencia a que un Tiokunan'n Hideo investigara el campo. Nadie trabajaba en una teoría sobre un doble campo fijo. No se instaló ningún laboratorio de investigación sobre el campo churten en Ran'n.

Al fin llegó el invierno de mi visita a casa y luego el día; y admitiré, contra lo que cabía esperar, que fue un mal día. Sentí oleadas de culpa, de náusea. Me eché a temblar cuando recordé el Udan de aquella visita, en el que Isidri estaba casada con Hedran y yo sólo era un huésped.

Hedran, un respetado maestro itinerante de las Discusiones, había venido varias veces al pueblo, a dar clases. Isidri había sugerido que lo invitásemos a quedarse en Udan. Yo había vetado la sugerencia: aunque era un maestro brillante, alegué que había algo en él que me desagradaba. Sorprendí una mirada de soslayo de los claros ojos de Isidri: *¿Está celoso?* Reprimió una sonrisa. Cuando había hablado con ella y con mi madre de mi «otra vida», lo único que me reservé fue mi visita a Udan. No quería decirle a mi madre que en esa otra vida ella había estado muy enferma. No quería decirle a Isidri que en esa otra vida Hedran había sido su esposo de la Tarde y ella no tenía hijos propios. Quizá me equivocaba, pero me pareció que no tenía derecho a explicar cosas que no me pertenecían.

Así que Isidri no podía saber que lo que yo sentía era más culpa que celos. Me había reservado conocimientos. Y había privado a Hedran de una vida con Isidri, la alegría, el centro, la vida de mi propia vida.

¿O la había compartido con él? No lo sé.

Ese día transcurrió como otro cualquiera, con la salvedad de que uno de los hijos de Suudi se rompió el codo al caerse de un árbol. –Al menos sabemos que no se ahogará –dijo Tubdu jadeando.

Luego llegó la fecha de la noche en mis habitaciones en el Patio Nuevo, cuando lloré tanto sin saber por qué. Y un tiempo más tarde, el día de mi regreso como transiliante a Ve, llevando conmigo una botella del vino de Isidri para Gvonesh. Y al fin, ayer, entré en el campo churten en Ve y lo abandoné dieciocho años antes en O. Pasé esa noche, como a veces hago, en el santuario. Las horas transcurrieron en paz. Escribí, rendí culto, medité y dormí. Y me desperté junto al estanque de aguas silenciosas.

Y ahora: espero que los Estables aceptarán este informe de un granjero del que nunca han oído hablar, y que los ingenieros de la transiliación verán al menos como una nota a pie de página. Es en verdad difícil de comprobar, pues la única evidencia es mi palabra y mi de otro modo inexplicable conocimiento de la teoría del churten. A Gvonesh, que no me conoce, le envío mi respeto, mi gratitud y la esperanza de que honrará mi intención.

El día del perdón

Solly era una mocosa del espacio, la hija de un móvil, y había vivido en diferentes naves, en diferentes mundos; para cuando cumplió diez años, ya había recorrido quinientos años luz. A los veinticinco había pasado por una revolución en Alterra, había aprendido aiji en Terra y pensamiento profundo con un viejo hilfer en Rokanan, había pasado como una exhalación por las Escuelas en Hain y había sobrevivido a una misión como observadora en el agonizante y mortífero Kheakh, saltando otro medio milenio a velocidad cercana a la de la luz en el proceso. Era joven, sí, pero había corrido mundo.

Estaba harta del personal de la Embajada en Voe Deo, todo el tiempo advirtiéndole que tuviera cuidado con esto, que recordara lo otro; al fin y al cabo, ya era una móvil. Werel tenía sus rarezas, pero ¿qué mundo no las tenía? Había hecho los deberes, sabía cuándo hacer una reverencia y cuándo no eructar, y viceversa. Sintió un gran alivio cuando al fin la dejaron a su aire en aquella espléndida y pequeña ciudad, en aquel espléndido y pequeño continente, el primer y único enviado del Ecumen al Divino Reino de Gatay.

Durante días se sintió embriagada por la altitud, el sol diminuto y brillante, que derramaba una luz vertical sobre las calles bulliciosas, las cumbres elevándose de manera increíble detrás de cada edificio, el azul intenso del cielo, en el que todo el día ardían grandes estrellas cercanas, las noches deslumbrantes bajo seis o siete pedazos de luna que avanzaban a saltos, los moradores de la ciudad, altos y negros, de ojos oscuros, cabezas estrechas, manos y

pies estilizados, gentes hermosas, ¡su gente! Ella los adoraba. Incluso después de haber visto demasiado de ellos.

El último tiempo que ella había tenido para sí misma habían sido las pocas horas que pasó en la cabina de pasajeros del planeador que Gatay había enviado para traerla desde Voe Deo a través del océano. En la pista de aterrizaje fue recibida por una delegación de sacerdotes y funcionarios del rey y del Consejo, magníficos en sus ropas escarlatas, marrones y turquesa, y llevada a palacio, donde tuvo que hacer reverencias y no eructar, por supuesto, durante horas: le presentaron a su vieja majestad, pequeña y apergaminada, le presentaron a sumos Muckaalgo y lores Hoozinoséqué, hubo discursos, un banquete, todo previsible, sin problemas, ni siquiera cuando le presentaron aquella impenetrable flor gigante frita en el plato durante el banquete. Pero con ella, desde ese primer momento en la pista de aterrizaje y en todo momento después, discretamente, detrás o al lado o muy cerca de ella, hubo dos hombres: su guía y su guardián.

El guía, que se llamaba San Ubattat, le fue proporcionado por sus anfitriones en Gatay; obviamente informaba al gobierno sobre las actividades de Solly, pero era un espía muy atento, siempre allanándole el camino, indicándole con un simple gesto lo que se esperaba de ella o lo que sería una metedura de pata, además de un excelente lingüista, con una traducción a punto cuando era necesaria. San estaba bien. Pero el guardián era otra cosa.

Lo habían agregado a su servicio los anfitriones del Ecumen en ese mundo, la gran nación de Voe Deo, el poder dominante en Werel. Ella protestó de inmediato a la Embajada en Voe Deo: no necesitaba ni quería un guardaespaldas. Nadie en Gatay tenía la intención de matarla, e incluso si así era, prefería cuidarse por sí misma. La Embajada suspiró. «Lo sentimos –dijeron–. No hay manera de quitártelo de encima. Voe Deo tiene presencia militar en Gatay, que después de todo es un Estado cliente con dependencia económica. Voe Deo protege al gobierno legítimo de Gatay de las

facciones terroristas nativas en beneficio propio, y a ti te protegen como a uno más de sus intereses. No podemos negarnos.»

Ella sabía que no debía discutir con la Embajada, pero no se resignaba a aguantar al mayor. Ella traducía el título militar de él, rega, con la palabra arcaica *mayor*, que había aprendido en un *sketch* satírico que había visto en Terra. El mayor de aquella obra era un uniforme relleno, cubierto de medallas e insignias, que resoplaba y se pavoneaba y mandoneaba, y finalmente reventó y todo el relleno se desparramó. ¡Ojalá este mayor reventara! No era que se pavoneara exactamente, o que diera órdenes directas. Era educado y glacial, silencioso e inexpresivo, tieso y frío como el *rigor mortis*. Ella pronto abandonó cualquier intento de hablar con él; cada vez que Solly decía algo, él contestaba Síseñora o Noseñora con la pronta estupidez del hombre que no escucha ni tiene intención de hacerlo, un oficial oficialmente incapaz de mostrar alguna humanidad. Y él la acompañaba en todas las actividades públicas, día y noche, en la calle, de compras, en las reuniones con empresarios y oficiales, haciendo turismo, en la corte, en el ascenso en globo sobre las montañas... La acompañaba a todas partes, a todas partes menos a la cama.

Incluso en la cama no estaba tan sola como hubiera querido; porque el guía y el guardián se iban a casa por la noche pero en la antecámara de su habitación dormía la doncella, un regalo de Su Majestad, su propia activa personal.

Solly recordaba su incredulidad cuando leyó esa palabra por primera vez, hacía años, en un texto sobre la esclavitud. «En Werel, los miembros de la casta dominante se llaman *propietarios;* los miembros de la clase servil son llamados *bienes activos.* Solo los propietarios son considerados hombres o mujeres; los activos reciben el nombre de siervos o siervas.»

Y allí estaba ahora, dueña de una activa. No se podía rechazar el regalo de un rey. Su activa se llamaba Rewe y probablemente también era una espía, pero le costaba creerlo. Era una mujer hermosa y digna, algunos años mayor que Solly y casi del mismo

color de piel, aunque el de Solly era marrón rosado y el de Rewe era marrón azulado. Las palmas de sus manos tenían un delicado azul celeste. Los modales de Rewe eran exquisitos, y tenía tacto y astucia, y un sentido infalible de cuándo se la necesitaba y cuándo no. Solly la trataba como a una igual, y había dejado claro desde el principio que no creía que ningún ser humano tuviera derecho a dominar, y mucho menos a poseer, a otro, que no le daría órdenes a Rewe, y que esperaba que pudieran ser amigas. Desgraciadamente, Rewe aceptó todo esto como una tanda de órdenes distintas. Sonrió y dijo sí. Ella era infinitamente complaciente. Todo lo que Solly decía o hacía se hundía en esa aceptación y se perdía, dejando a Rewe inalterada: una presencia física atenta, servicial, bondadosa, intocable. Sonreía, y decía sí, y era inalcanzable.

Y después de la efervescencia de los primeros días en Gatay, Solly empezó a pensar que necesitaba a Rewe, que la necesitaba de veras para hablar con ella de mujer a mujer. No había manera de conocer a las mujeres propietarias, que vivían recluidas en las bezas, las habitaciones de las mujeres, «en casa», como decían ellos. Las siervas, excepto Rewe, eran propiedad de algún otro, y no podía hablar con ellas. Todo lo que había conocido hasta entonces eran hombres. Y eunucos.

Ésa había sido otra cosa difícil de creer, que un hombre cambiara voluntariamente su virilidad por una posición social algo mejor; pero conoció a muchos hombres así en la corte del rey Hotat. Activos de nacimiento, ganaban una independencia parcial convirtiéndose en eunucos, y como tales a menudo alcanzaban posiciones de considerable poder y confianza entre sus propietarios. El eunuco Tayandan, mayordomo del palacio, gobernaba sobre el rey, que en realidad era un simple testaferro en el Consejo. El Consejo estaba compuesto por diferentes clases de señores pero solo una de sacerdotes, los tualitas. Únicamente los activos rendían culto a Kamye, y la religión original de Gatay había sido suprimida cuando la monarquía se convirtió en tualita hacía poco más o menos un siglo. Si había algo que le desagradaba de verdad de Werel,

aparte de la esclavitud y la dominación sexual, era la religión. Las canciones sobre la Dama Tual eran hermosas, y las estatuas y los grandes templos consagrados a ella eran extraordinarios, y el *Arkamye* parecía una buena historia, aunque demasiado larga; pero otra cosa era la hipocresía absoluta, la intolerancia, la estupidez de los sacerdotes, las doctrinas monstruosas, que justificaban cualquier crueldad en nombre de la fe. En realidad, pensó Solly, ¿había algo de Werel que le gustase?

Y se respondió al instante: «Me encanta, me encanta. Me encanta este extraño sol, diminuto y brillante, y los pedazos de luna y las montañas que se alzan como murallas de hielo, y la gente... la gente, con esos ojos negros en los que no se ve el blanco, como los ojos de un animal, ojos como cristales oscuros, como agua oscura, misteriosos... ¡Quiero amarlos, quiero conocerlos, quiero alcanzarlos!».

Pero tenía que admitir que los estirados de la Embajada tenían razón en una cosa: ser mujer era duro en Werel. Solly no encajaba en ninguna parte. Iba por la ciudad sola, ocupaba una posición pública, y eso era una contradicción: las mujeres decentes permanecían en sus casas, invisibles. Solo las siervas salían a la calle o hablaban con extraños o hacían trabajos públicos. Ella se comportaba como una activa, no como una propietaria. Y sin embargo, era una persona muy importante, una enviada del Ecumen, y Gatay deseaba unirse al Ecumen y no ofender a sus enviados. Así que los funcionarios y cortesanos y empresarios con los que se relacionaba atendiendo los asuntos del Ecumen hacían lo mejor que podían hacer: la trataban como si fuera un hombre.

La simulación nunca era completa y a menudo fracasaba estrepitosamente. El pobre viejo rey la manoseó con aplicación, con la vaga impresión de que ella era una de sus calentadoras de cama. Cuando Solly contradijo al señor Gatuyo en una discusión, él miró con la desconcertada incredulidad del hombre que ve cómo su zapato le responde. Estaba pensando en ella como en una mujer. Pero por lo general la asexuación funcionaba y le permitía trabajar

con ellos; y empezó a adaptarse al juego: reclutó la colaboración de Rewe para confeccionar ropas parecidas a las que vestían los hombres propietarios de Gatay, evitando todo lo que pudiera parecerles específicamente femenino. Rewe era una costurera rápida e inteligente. Los ajustados pantalones, brillantes y pesados, eran prácticos y le caían bien, las chaquetas bordadas eran espléndidas y abrigadas. Le gustaba llevarlas. Pero se sentía asexuada por esos hombres que no podían aceptarla por lo que era. Necesitaba hablar con una mujer.

Intentó conocer a alguna de las propietarias recluidas a través de los propietarios, y encontró un muro de cortesía sin puerta, sin mirilla siquiera. «¡Qué idea tan acertada! ¡Claro que organizaremos una visita cuando haga mejor tiempo!...» «Me sentiría abrumado por el honor si el enviado recibiera a la dama Mayoyó y mis hijas, pero mis tontas y provincianas niñas son tan imperdonablemente tímidas. Estoy seguro de que lo comprende...» «Oh, desde luego, desde luego, una visita a los jardines interiores, pero no ahora, ¡será mejor esperar a que las enredaderas estén en flor!»

No tenía a nadie con quien hablar, a nadie, hasta que conoció a Batikam el Makil.

Era todo un acontecimiento: una compañía teatral de Voe Deo venía de gira. No había gran cosa para divertirse en la pequeña capital de montaña de Gatay, excepto los bailarines del templo –todos hombres, por supuesto– y la bobada sensiblera que pasaban como serie dramática en la televisión wereliana. Solly había intentado con tenacidad seguir uno de esos sosos pasteles, con la esperanza de vislumbrar la vida «doméstica» a través de ellos, pero no tuvo estómago para aguantar a las frágiles doncellas que morían de amor mientras los héroes, unos asnos envarados que se parecían mucho al mayor, morían con honor en la batalla, y Tual la Misericordiosa asomaba entre las nubes sonriendo después de que todos hubieran muerto, ligeramente bizca y enseñando el blanco de los ojos, señal de divinidad. Solly había advertido que los hombres werelianos no veían ninguno de esos dramas. Ahora comprendía por

qué. Pero las recepciones en palacio y las fiestas que daban en su honor diferentes señores y empresarios eran soporíferas: todos hombres, siempre, porque no iban a hacer entrar a las esclavas mientras el enviado estuviera allí; y ella ni siquiera podía flirtear con los hombres más agradables, no podía recordarles que era una mujer, porque eso les hubiera recordado que ella era una mujer que no se comportaba como una dama. La efervescencia había desaparecido definitivamente cuando la compañía de makils llegó.

Solly le preguntó a San, su fiable consejero en cuestiones de etiqueta, si sería inapropiado que ella asistiera a la actuación. Él carraspeó y vaciló y finalmente, con una delicadeza más untuosa de lo habitual, le dio a entender que sería apropiado siempre que fuese vestida de hombre.

–Las mujeres, ya sabe, no salen en público. Pero a veces desean ver a los artistas. La dama Amatay solía asistir cada año con el señor Amatay, vestida con las ropas de él. Todo el mundo lo sabía, pero nadie dijo nunca nada. Para usted, una persona tan importante, no habrá problema. Nadie dirá nada. Muy muy apropiado. Por supuesto, yo iré con usted, el rega irá con usted. Como amigos, ¿eh? Ya sabe, tres buenos amigos que van a ver un espectáculo, ja, ja.

«Ja, ja», dijo ella obediente. ¡Qué divertido! Pero valía la pena, pensó, ver a los makils.

Nunca salían en la televisión. Las jovencitas en casa no debían ser expuestas a esas actuaciones, algunas de las cuales, le informó San con gravedad, eran indecorosas. Solo actuaban en los teatros. Payasos, bailarines, prostitutas, actores, músicos, los makils formaban una especie de subclase, los únicos activos no poseídos por un particular. Un niño esclavo con talento comprado a su propietario por la Corporación de Espectáculos era desde ese momento propiedad de la Corporación, que lo preparaba y se ocupaba de él el resto de su vida.

Fueron andando hasta el teatro, seis o siete calles más allá. Solly había olvidado que los makils eran travestidos, en realidad no

lo recordó al verlos, un cuerpo de bailarinas altas y esbeltas que salían al escenario con la precisión, la energía y la gracia de grandes aves, revoloteando, congregándose, elevándose. Contempló la actuación embelesada por su belleza, hasta que de repente la música cambió y entraron los payasos, negros como la noche, negros como propietarios, vistiendo fantásticas faldas de largas colas y fantásticas pecheras enjoyadas y salientes, cantando con voces agudas y desmayadas. «¡Oh, no me viole, por favor, benévolo Señor, no, no, ahora no!» «¡Son hombres, son hombres!», comprendió Solly entonces, riendo sin poder evitarlo. Cuando Batikam terminó su actuación, un magnífico monólogo dramático, ella ya era una incondicional.

–Quiero conocerlo –le dijo a San en un entreacto–. Al actor... Batikam.

San puso la expresión lisonjera que significaba que estaba pensando en cómo podía arreglar el asunto y al mismo tiempo sacar algo de dinero. Pero el mayor estaba en guardia, como siempre. Tieso como un palo, volvió apenas la cabeza para mirar a San. Y la expresión de este empezó a cambiar.

Si la propuesta hubiera sido inapropiada, San lo habría indicado con un gesto o con palabras. El pomposo mayor solo estaba controlándola, tratando de tenerla bien atada, como si ella fuera una de «sus» mujeres. Ya era hora de que lo desafiara. Se volvió hacia él y lo miró directamente.

–Rega Teyeo –dijo–, me doy cuenta de que tiene órdenes de mantenerme en orden. Pero si usted da órdenes a San o a mí, tiene que darlas verbalmente y justificarlas. No permitiré que me maneje con sus guiños o antojos.

Hubo una pausa considerable, una pausa deliciosa y compensadora. Era difícil ver si la expresión del mayor se había alterado; la débil iluminación del teatro no revelaba ningún detalle en el rostro negro azulado. Pero algo en el helado silencio del hombre le indicó que había conseguido pararle los pies. Al fin él dijo:

–Estoy encargado de protegerla, enviada.

–¿Representan una amenaza para mí los makils? ¿Es impropio que un enviado del Ecumen felicite a un gran artista de Werel?

Otra vez el silencio helado.

–No –contestó el mayor.

–Entonces acompáñeme a saludar a Batikam entre bastidores cuando acabe la representación.

Una seca inclinación de cabeza. Una seca, tiesa y derrotada inclinación de cabeza. «¡Un tanto ganado!», pensó Solly, y se reclinó feliz y continuó viendo los entremeses, las danzas eróticas y el extrañamente conmovedor pequeño drama que cerró la velada. Era poesía arcaica, difícil de comprender, pero los actores eran tan hermosos y sus voces tan delicadas que se descubrió llorando sin saber muy bien por qué.

–Es una lástima que los makils recurran siempre al *Arkamye* –dijo San, con piadosa y pomposa desaprobación. Él no era un propietario de clase alta, en realidad no poseía activos; pero era un propietario, y un tualita recalcitrante, y le gustaba recordárselo a sí mismo–. Las escenas de las *Encarnaciones de Tual* serían mucho más apropiadas para un público así.

–Estoy segura de que coincide con San, rega –dijo Solly, disfrutando de su ironía.

–En absoluto –dijo él, con una voz tan apagada y correcta que al principio ella no entendió lo que había dicho; y luego olvidó ese enigma menor en el ajetreo de abrirse paso y conseguir atravesar los bastidores primero y entrar después en los camerinos.

Cuando se enteraron de quién era Solly, los directores intentaron hacer que todos los otros actores saliesen y la dejaran a solas con Batikam (y San y el mayor, por supuesto); pero ella dijo: «No, no, no, no hay que molestar a estos magníficos artistas, solo dejen que hable un momento con Batikam». Solly se quedó allí de pie, en medio del barullo de gente cambiándose de ropa, gente medio desnuda, desmaquillándose, risas, tensión relajada tras la actuación, en un camerino igual a los camerinos de cualquier otro

mundo, hablando con aquel hombre inteligente e intenso vestido con un traje femenino muy elaborado y arcaico. Congeniaron enseguida.

–¿Puede venir a mi casa? –preguntó ella.

–Con mucho gusto –dijo Batikam, y no echó una rápida mirada a la cara de San o la del mayor; era el primer siervo que ella había conocido que no pedía permiso con la mirada a su guardián o a su guía para hacer o decir algo, cualquier cosa. Solly sí los miró, solo para comprobar si estaban escandalizados. San parecía estar en connivencia; el mayor, rígido.

–Iré dentro de un rato –dijo Batikam–. Tengo que cambiarme.

Se miraron sonriendo y ella se marchó. El burbujeo volvía a flotar en el aire. Las grandes estrellas cercanas colgaban en racimos, como uvas de fuego. Una de las lunas desapareció tras los picos helados; otra avanzó a saltitos, como una linterna coja, sobre los pináculos rizados del palacio. Solly caminó a grandes trancos por la calle oscura, disfrutando de la libertad y el calor que le proporcionaba la ropa masculina que vestía, y obligando a San a trotar para no quedarse atrás; el mayor, de piernas largas, caminaba al mismo paso que ella. Una voz aguda y vibrante gritó «¡Enviada!», y ella volvió la cabeza con una sonrisa y luego se volvió del todo al ver al mayor forcejeando con alguien bajo las sombras de un pórtico. El mayor se liberó, la alcanzó y sin una palabra la agarró del brazo con mano de hierro y la obligó a correr.

–¡Suélteme! –dijo ella, resistiéndose; no quería utilizar una llave de aiji con él, pero ninguna otra cosa haría que la soltase.

Casi perdió el equilibrio cuando el mayor dobló una esquina de pronto y se internaron por un callejón; ella siguió corriendo sin resistirse. Inesperadamente salieron a la calle donde vivía, a su portal, que el mayor abrió con una palabra –¿cómo lo había conseguido?–, y entraron en la casa.

–¿Qué significa todo esto? –preguntó ella, soltándose con facilidad y frotándose el brazo donde la mano del mayor le había dejado un moretón.

Ella vio, ultrajada, el último destello de una sonrisa regocijada en la cara del hombre, que respirando con agitación le preguntó:

–¿Se ha hecho daño?

–¿Daño? Donde me agarró, sí... ¿Qué creía que estaba haciendo?

–Mantener a ese hombre alejado.

–¿Qué hombre?

Él no contestó.

–¿El que me llamó? ¡Quizá quería hablar conmigo!

Tras un instante el mayor dijo:

–Tal vez. Estaba escondido en las sombras. Pensé que era posible que estuviese armado. Tengo que salir a buscar a San Ubattat. Por favor, no abra la puerta hasta que yo regrese.

Dio esa última orden cuando había traspuesto ya la puerta; no se le ocurrió ni por un momento que ella podía no obedecer, y ella obedeció, furiosa. ¿Es que acaso creía que no era capaz de cuidarse sola?, ¿que necesitaba que él anduviera entrometiéndose en su vida, apartando esclavos a puntapiés, «protegiéndola»? Quizá ya había llegado el momento de que él viera cómo era una caída de aiji. El mayor era fuerte y rápido, pero no tenía una verdadera preparación. Esa interferencia de aficionado era intolerable, en verdad intolerable; protestaría otra vez a la Embajada.

En cuanto le abrió la puerta y él entró cargando a un San nervioso y avergonzado, ella dijo:

–Usted abrió mi puerta con una contraseña. Yo no estaba informada de que usted tenía derecho a entrar noche y día.

El mayor había recuperado su inexpresividad militar.

–No, señora –dijo.

–No vuelva a hacer una cosa así. No vuelva a llevarme a rastras nunca más. Tengo que advertirle que si lo hace lo lastimaré. Si algo lo alarma, dígamelo y yo responderé como juzgue conveniente. Y ahora, haga el favor de marcharse.

–Con mucho gusto, señora –dijo él; giró y salió.

–Oh, señora... Oh, enviada –dijo San–, esa era una persona peligrosa, gente extremadamente peligrosa, lo siento... qué vergüenza –y continuó balbuceando. Al fin ella consiguió sonsacarle que quizá se trataba de un disidente religioso, uno de los Antiguos Fieles, que profesaban la religión original de Gatay y querían echar a todos los extranjeros y no creyentes.

–¿Un siervo? –preguntó ella con interés, y él pareció escandalizado.

–No, no, una persona de verdad, un hombre... Pero muy extraviado, un fanático, ¡un fanático pagano! Puñales de Dios los llaman. Pero un hombre, señora... Enviada, ¡sin duda un hombre!

El hecho de que ella pensase que un activo podía tocarla lo alteraba tanto como la tentativa de agresión en sí. Si es que había sido eso.

Pensando en el suceso, Solly empezó a preguntarse si el mayor, después de que ella lo pusiera en su sitio en el teatro, no habría encontrado una excusa para ponerla a ella en su sitio «protegiéndola». Bien, si volvía a intentarlo, se encontraría cabeza abajo contra la pared de enfrente.

–¡Rewe! –llamó, y la sierva apareció al instante, como siempre–. Uno de los actores va a venir esta noche. ¿Podrías prepararnos un poco de té, o algo así? –Rewe sonrió, dijo «sí» y desapareció. Llamaron a la puerta. El mayor la abrió –debía de estar montando guardia fuera– y Batikam entró.

No se le había ocurrido que el makil llevaría ropas de mujer, pero también fuera del escenario se vestía así, no con tanta magnificencia, pero sí con elegancia, con los tejidos delicados y vaporosos y los colores oscuros y sutiles que las frágiles damas de los seriales llevaban. Eso daba un contrapunto picante a las ropas masculinas que ella llevaba. Batikam no era tan atractivo como el mayor, que era un hombre despampanante hasta que abría la boca; pero el makil era magnético, obligaba a mirarlo. Tenía un color marrón grisáceo oscuro, no el negro azulado del que tanto se vanagloriaban los propietarios (aunque Solly había advertido que

también había muchos activos negros: lógico cuando toda sierva era el juguete sexual de su propietario). A través del maquillaje negro con polvo de estrellas brillaban en el rostro del makil una intensa y vívida inteligencia y simpatía; los miró a todos, a ella, a San, al mayor de pie en la puerta, con una indolente y encantadora risa. Reía como una mujer, una cálida carcajada, no el ja, ja de un hombre. Batikam tendió las manos a Solly y ella se adelantó y las tomó.

–¡Gracias por venir, Batikam! –dijo ella, y Batikam respondió:

–¡Gracias por invitarme a venir, enviada alienígena!

–San –dijo Solly–, creo que ahora usted se retira de la escena.

Solo la indecisión sobre lo que debía hacer podía haber retrasado a San hasta el punto de obligarla a hablar. Vaciló todavía un momento, luego sonrió con unción y dijo:

–Oh, sí, disculpe. ¡Que tenga una buena noche, enviada! Mañana en la Oficina de Minas a mediodía, ¿no es así? – Retrocediendo, chocó contra el mayor, que seguía como un poste en el umbral. Solly lo miró, dispuesta a echarlo sin ceremonias (¿cómo se atrevía a entrar otra vez?), cuando vio la expresión de la cara de él. Por una vez su máscara de inexpresividad se había resquebrajado, y lo que revelaba era desprecio. Un desprecio incrédulo y asqueado. Como si lo estuvieran obligando a ver a alguien comer mierda.

–Fuera –dijo ella, y les dio la espalda a los dos–. Vamos, Batikam –continuó–, solo disfruto de intimidad aquí. –Y llevó al makil al dormitorio.

Nació donde sus padres habían nacido antes que él, en la vieja y fría casa levantada en las colinas sobre Noeha. Su madre no gritó al darlo a luz, porque era la esposa de un soldado, y la madre de un soldado ahora. Le dieron el nombre de su tío abuelo, muerto en acto de servicio en Sosa. Creció en la rígida disciplina de una familia pobre de linaje veot puro. Cuando estaba de permiso, su padre le

enseñaba las artes que un soldado debe conocer; cuando el padre regresaba al servicio, el viejo sargentoactivo Habbakam se encargaba de las lecciones, que empezaban a las cinco de la mañana, verano o invierno, con oraciones, práctica con la espada corta y la carrera a campo traviesa. Su madre y su abuela le enseñaron las otras artes que un hombre debe conocer, que empezaron con los buenos modales antes de que cumpliese los dos años, y a partir de su segundo cumpleaños incluyeron historia, poesía y aprender a sentarse quieto y en silencio.

El día del niño estaba lleno de lecciones y limitado por disciplinas; pero el día de un niño es largo. Había espacio y tiempo para la libertad, la libertad del corral y las colinas. Tenía la compañía de mascotas, perros zorros, galgos, gatos moteados, gatos de caza y el ganado de la granja y los grandes caballos; no mucha más compañía. Aparte de Habbakam y las dos domésticas, los activos de la familia eran aparceros y trabajaban la tierra de las colinas pedregosas que los había mantenido a ellos y a sus propietarios desde siempre. Los hijos de los aparceros eran de piel clara, tímidos, entregados ya al trabajo que harían toda la vida, ignorantes de todo lo que había más allá de los campos y las colinas. A veces nadaban con Teyeo, en verano, en los remansos del río. A veces reunía a un par de ellos para que jugaran a soldados con él. Eran torpes y groseros, y cuando él gritaba «¡A la carga!», sonreían socarrones y se abalanzaban sobre el enemigo invisible. «¡Seguidme!», gritaba Teyeo con voz estridente, y ellos corrían torpemente tras él, disparando las pistolas de madera al azar, *bang, bang.* Casi siempre salía solo, montando a su buena yegua *Tasi* o a pie, con un gato de caza a la zaga.

Unas pocas veces al año venían visitantes a la hacienda, familiares u oficiales compañeros del padre de Teyeo, que traían a sus hijos y a sus domésticos. Teyeo, silencioso y educado, les mostraba la propiedad a los niños visitantes, les presentaba a los animales, los llevaba a cabalgar. Silenciosos y educados, él y su primo Gemat llegaron a odiarse; a los catorce años lucharon durante

una hora en un claro detrás de la casa, siguiendo puntillosamente las reglas de la lucha, hiriéndose de forma implacable, cada vez más ensangrentados y fatigados y desesperados, hasta que por acuerdo tácito dieron la lucha por terminada y volvieron en silencio a la casa, donde todos estaban reunidos para la cena. Todos los miraron y nadie dijo nada. Se lavaron deprisa, y se apresuraron a sentarse a la mesa. La nariz de Gemat sangró durante toda la cena, y Teyeo tenía la mandíbula tan dolorida que no pudo abrirla para comer. Nadie hizo comentarios.

Silenciosos y educados, Teyeo y la hija del rega Toebawe se enamoraron cuando tenían quince años. El último día de la visita de ella, ambos escaparon en tácita connivencia y cabalgaron lado a lado, cabalgaron durante horas, demasiado tímidos para hablar. Él le había dejado a *Tasi.* Desmontaron en un valle inculto entre las colinas para que los caballos bebieran agua y descansaran. Se sentaron cerca, aunque no demasiado, junto al tranquilo arroyo. «Te quiero», dijo Teyeo. «Te quiero», dijo Emdu inclinando el rostro oscuro y brillante. No se tocaron ni se miraron. Cabalgaron de vuelta sobre las colinas, alegres, silenciosos.

A los dieciséis años enviaron a Teyeo a la Academia de Oficiales de la capital de su provincia. Allí continuó aprendiendo y practicando las artes de la guerra y las artes de la paz. Su provincia era la más rural de Voe Deo; tenía costumbres conservadoras y la formación que recibió fue en algunos aspectos anacrónica. Naturalmente le enseñaron la tecnología empleada en la guerra moderna, y Teyeo se convirtió en un piloto de caza de primera clase y en un experto en telerreconocimiento; pero no le enseñaron las nuevas formas de pensamiento que acompañaban a las tecnologías como en otras escuelas. Aprendió la poesía y la historia de Voe Deo, pero no la historia y la política del Ecumen. La presencia alienígena en Werel continuó siendo remota y teórica para él. La realidad de Teyeo era la realidad ancestral de la clase veot, cuyos hombres se mantenían separados de los hombres que no eran soldados y en hermandad con todos los soldados, ya fueran propietarios, activos o enemigos.

En cuanto a las mujeres, Teyeo consideraba sus derechos sobre ellas absolutos, derechos que lo obligaban de forma absoluta a mostrar una caballerosidad responsable con las mujeres de su propia clase y un tratamiento misericordioso y protector con las siervas. Creía que todos los extranjeros eran básicamente hostiles, paganos de los que había que desconfiar. Honraba a la Dama Tual, pero veneraba al Señor Kamye. No esperaba justicia ni buscaba recompensa, y valoraba sobre todas las cosas la competencia, el valor y la dignidad. En algunos aspectos era completamente inadecuado para el mundo en el que estaba por entrar; en otros estaba bien preparado para él, puesto que habría de pasar siete años en Yeowe luchando en una guerra en la que no había justicia ni recompensa, y ni siquiera la ilusión de una victoria final.

La graduación entre los oficiales veots era hereditaria. Teyeo ingresó en el servicio activo como rega, el más alto de los tres rangos veots. Ni la ineptitud ni la distinción harían que subiesen o bajasen su estatus o su paga. La ambición material no le servía de nada a un veot. Pero el honor y la responsabilidad había que ganarlos, y él los ganó muy deprisa. Adoraba el servicio, adoraba la vida, se sabía bueno en su oficio, obediente aunque con inteligencia, efectivo en el mando; había salido de la Academia con las mejores recomendaciones, y destinado a la capital, destacó como oficial prometedor además de como joven muy agradable. A los veinticuatro años estaba en perfecta forma, su cuerpo haría lo que él le pidiera. Su educación austera lo había hecho poco inclinado a los excesos, aunque apreciaba intensamente el placer, de modo que los lujos y entretenimientos de la capital fueron un descubrimiento delicioso para él. Era reservado y bastante tímido, pero sociable y alegre. Joven atractivo, integrado en un grupo de jóvenes muy similares a él, durante un año conoció lo que era llevar una vida privilegiada y la disfrutó al máximo. La brillante intensidad de ese placer contrastaba con el oscuro trasfondo de la guerra en Yeowe, la revolución de los esclavos en el planeta colonia, que había durado toda su vida y que ahora se recrudecía. Sin ese trasfondo, Teyeo no

habría sido tan feliz. Toda una vida de juegos y diversiones no tenía ningún interés para él; y cuando al fin llegaron órdenes y lo destinaron a Yeowe como piloto y comandante de división, su dicha fue casi completa.

Le dieron un permiso de treinta días, que pasó en casa. Después de recibir la aprobación de sus padres, cabalgó sobre las colinas hasta la hacienda del rega Toebawe y le pidió la mano de su hija en matrimonio. El rega y su esposa le dijeron a la hija que aprobaban la oferta del joven y le preguntaron a ella, porque no eran padres estrictos, si le gustaría casarse con Teyeo. «Sí», contestó ella. Como mujer adulta y soltera, vivía recluida en el ala de la casa destinada a las mujeres, pero les permitieron a ella y a Teyeo encontrarse e incluso pasear juntos, con una carabina a poca distancia. Teyeo le dijo que tenía un destino de tres años; ¿se casaría con prisas ahora o esperaría tres años y celebrarían una boda decente? «Ahora», dijo ella, inclinando el rostro delgado y brillante. Teyeo soltó una carcajada de alegría, y ella rio con él. Se casaron nueve días después –no pudo ser antes, tenía que haber algunos cumplidos y ceremonias, incluso en la boda de un soldado– y durante diecisiete días Teyeo y Emdu hicieron el amor, pasearon juntos, hicieron el amor, cabalgaron juntos, hicieron el amor, llegaron a conocerse y amarse, se pelearon, se reconciliaron, hicieron el amor, durmieron uno en brazos del otro. Luego él partió para la guerra en otro mundo, y ella se mudó al ala de las mujeres de la casa de su marido.

Su destino de tres años fue prolongado año tras año, y su valor como oficial fue reconocido, a medida que la guerra en Yeowe se transformaba de una serie de acciones de contención dispersas a una retirada desesperada. En su séptimo año de servicio se envió al cuartel general de Yeowe una orden de permiso para el rega Teyeo, cuya esposa se moría de las complicaciones de la fiebre del berlot. Para entonces ya no había cuarteles generales en Yeowe: el ejército se replegaba desde tres direcciones distintas hacia la antigua capital

colonial, la división de Teyeo defendía la retaguardia en las marismas, el sistema de comunicaciones se había venido abajo.

El mando en Werel continuaba encontrando inconcebible que una panda de esclavos ignorantes equipados con armas toscas pudiera derrotar al ejército de Voe Deo, un cuerpo de soldados disciplinado y entrenado, con un sistema de comunicaciones infalible, con rastreadores, lanzamisiles y todas las armas e ingenios permitidos por el Convenio Ecuménico. Una poderosa facción en Voe Deo culpaba de los reveses a esta sumisa adhesión a las normas alienígenas. Al diablo con los Convenios Ecuménicos. Bombardeemos a los malditos polvorientos y devolvámoslos al barro del que están hechos. Usemos la biobomba, ¿para qué la tenemos si no? Saquemos a nuestros hombres de ese asqueroso planeta y limpiémoslo de una vez, para empezar de nuevo. Si no ganamos la guerra en Yeowe, la próxima revolución será en Werel, en nuestras ciudades, en nuestras casas. El temeroso gobierno resistió la presión. Werel estaba a prueba, y Voe Deo quería que el planeta alcanzara la categoría de Estado ecuménico. Las derrotas eran minimizadas; las bajas no fueron suplidas; los rastreadores, lanzamisiles, armas y hombres no fueron reemplazados. Al final del séptimo año de servicio de Teyeo, el ejército en Yeowe había sido prácticamente abandonado por el gobierno. A comienzos del octavo año, cuando el Ecumen obtuvo al fin autorización para mandar enviados a Yeowe, Voe Deo y las demás naciones que habían proporcionado tropas auxiliares finalmente empezaron a repatriar a sus soldados.

Teyeo no supo que su esposa había muerto hasta que regresó a Werel.

Fue a su casa en Noeha. Él y su padre se saludaron con un silencioso abrazo, pero su madre lloró al abrazarlo. Teyeo se arrodilló, disculpándose por haberle causado más aflicción de la que ella podía soportar.

Esa noche yació en la fría habitación de la casa silenciosa, escuchando su corazón latir como un tambor quedo. No se sentía

infeliz, el alivio de estar al fin en paz y la dulzura de estar en el hogar eran demasiado grandes para eso; pero era una calma desolada, y en algún lugar se escondía la ira. No habituado a la ira, no estaba seguro de lo que sentía. Era como si un débil resplandor rojizo y triste iluminara las imágenes en su mente, los recuerdos de los siete años pasados en Yeowe, primero como piloto, luego en la infantería, más tarde la inacabable retirada, el matar para que no te mataran. ¿Por qué los habían abandonado a su suerte y habían permitido que los acorralaran y los masacraran? ¿Por qué el gobierno no había enviado refuerzos? No había servido de nada hacer las preguntas entonces, y tampoco ahora valía la pena hacerlas. Solo había una respuesta: «Hicimos lo que teníamos que hacer y no nos quejamos. Luché a cada paso del camino», pensó sin orgullo. Esa nueva certeza cortó como un cuchillo afilado a través de todas las otras certezas... «Y mientras yo luchaba, ella estaba muriéndose. Todo en vano, allí en Yeowe. Todo en vano, aquí en Werel.» Se incorporó en la oscuridad, en la fría, callada y dulce oscuridad de la noche en las colinas.

–Señor Kamye –dijo en voz alta–, ayúdame. Mi mente me traiciona.

Durante el largo permiso en casa se sentaba a menudo con su madre. Ella quería hablarle de Emdu, y al principio Teyeo tuvo que forzarse a escuchar. Sería muy fácil olvidar a la muchacha que él había conocido durante diecisiete días siete años atrás si su madre le dejaba olvidarla. Gradualmente aprendió a aceptar lo que ella le ofrecía, el conocimiento de quién había sido su esposa. Su madre quería compartir con él todo lo que pudiera de la alegría que Emdu, su bienamada niña y amiga, le había dado. Incluso su padre, un hombre apagado y silencioso ya retirado, le dijo:

–Ella era la luz de la casa. –Le estaban dando las gracias por Emdu. Le estaban diciendo que no todo había sido en vano.

Pero ¿qué les esperaba? La vejez, una casa vacía. No se quejaban, era cierto, y parecían contentos con la severa rutina del

trabajo diario; pero, para ellos, la continuidad del pasado en el futuro se había roto.

–Debería volver a casarme –le dijo Teyeo a su madre–. ¿Hay alguien en quien te hayas fijado...?

Llovía, una luz gris a través de las ventanas mojadas, un tamborileo suave en los aleros. El rostro de su madre era indistinto, inclinado sobre la ropa que zurcía.

–No –contestó ella–. En realidad, no. –Levantó los ojos y lo miró, y tras una pausa preguntó–: ¿A dónde crees que te destinarán?

–No lo sé.

–Ya no hay guerra –dijo ella, con su voz queda y serena.

–No –dijo Teyeo–. Ya no hay guerra.

–¿Crees que volverá a haberla alguna vez?

Él se puso de pie, recorrió la habitación y volvió a sentarse en la plataforma acolchada, cerca de su madre; los dos se sentaban con la espalda erguida, inmóviles salvo por el leve movimiento de las manos de ella al coser; las manos de Teyeo descansaban ligeramente una en la otra, como le habían enseñado cuando tenía dos años.

–No lo sé –dijo al fin–. Es extraño. Es como si no hubiese habido una guerra. Como si nunca hubiésemos estado en Yeowe... la Colonia, el Alzamiento. No se habla de eso, como si no hubiera sucedido. Ya no combatimos. Esta es una nueva era, lo repiten con frecuencia en la red. La edad de la paz, de la hermandad a través de las estrellas. Entonces, ¿somos hermanos de Yeowe ahora? ¿Estamos hermanados con Gatay, Bambur y los Cuarenta Estados? ¿Somos hermanos de nuestros activos? No consigo comprenderlo. No sé lo que quieren decir. No sé dónde encajo yo. –La voz de Teyeo era también tranquila y serena.

–Aquí no, creo –dijo ella–. Todavía no.

Después de un momento él dijo:

–Pensé... los hijos...

–Por supuesto. Cuando llegue el momento. –Ella le sonrió–. Nunca fuiste capaz de sentarte quieto durante media hora... Espera. Espera y verás.

Su madre tenía razón; y sin embargo, lo que él veía y oía en los canales oficiales ponía a prueba su paciencia y su orgullo. Parecía que ser soldado era una desgracia ahora. Los informes del gobierno, las noticias y los análisis continuamente hacían referencia al ejército, y en particular a la clase veot, como fósiles costosos e inútiles, el principal obstáculo para la plena admisión de Voe Deo en el Ecumen. Su propia inutilidad se puso de manifiesto cuando su petición de destino fue contestada con una extensión indefinida del permiso a media paga. A los treinta y dos años, parecían decirle, ya estaba jubilado.

Volvió a sugerirle a su madre que aceptaría la situación, se asentaría y buscaría una esposa.

–Habla con tu padre –le dijo ella.

Y él así lo hizo. Su padre le dijo:

–Sabes que tu ayuda es bienvenida, pero yo todavía puedo ocuparme de la granja durante un tiempo. Tu madre cree que deberías ir a la capital, a la Comandancia. Ellos no podrán ignorarte si estás allí. Después de siete años en combate, con tu hoja de servicio.

Teyeo ya sabía lo que todo eso valía ahora. Pero era evidente que no lo necesitaban allí, y probablemente irritaría a su padre con sus ideas sobre cómo hacer las cosas de modo diferente. Tenían razón: tenía que ir a la capital y averiguar por sí mismo qué papel le correspondía en aquel nuevo mundo pacífico.

El primer medio año en la ciudad fue siniestro. No conocía apenas a nadie en la Comandancia o en los barracones; los de su generación estaban muertos o licenciados por invalidez, o en casa a medio sueldo. Los oficiales más jóvenes, que no habían estado en Yeowe, le parecían una panda de engreídos, siempre hablando de política y dinero. Mezquinos empresarios, los llamaba él privadamente. Sabía que le temían... temían su hoja de servicio, su

reputación. Lo quisiera o no, él les recordaba que había habido una guerra que Werel había perdido, una guerra civil, su propia raza luchando contra sí misma, clase contra clase. Y ellos deseaban despachar el asunto como una simple riña en otro mundo que no había tenido nada que ver con ellos.

Teyeo recorría las calles de la capital, veía a miles de siervos y siervas ocupados en los asuntos de sus propietarios, y se preguntaba a qué estaban esperando.

«El Ecumen no se inmiscuye en las disposiciones sociales, culturales o económicas de ningún pueblo», repetían la Embajada y los portavoces del gobierno. «La plena admisión de cualquier nación o pueblo que lo desee depende solo de la ausencia o renuncia a ciertos métodos e ingenios de guerra específicos», y a esto seguía una lista de armas terribles, muchas de ellas simples nombres para Teyeo, pero otras invenciones de su propia nación: la biobomba, como ellos la llamaban, y la neurónica.

Él personalmente coincidía con el juicio del Ecumen sobre tales ingenios, y respetaba la paciencia que desplegaban al esperar que Voe Deo y el resto de Werel demostraran no solo que acataban la prohibición, sino que aceptaban el principio. Sin embargo, se sentía profundamente ofendido por la condescendencia del Ecumen. Juzgaban todo lo wereliano viéndolo desde arriba. Cuanto menos decían sobre la división de clases, más obvia se hacía su desaprobación. «La esclavitud es muy poco frecuente en los mundos ecuménicos –decían sus libros– y desaparece por completo con la participación plena en el Estado ecuménico.» ¿Era eso lo que en verdad esperaba la Embajada alienígena?

–¡Por nuestra Señora! –dijo uno de los jóvenes oficiales (muchos de ellos eran tualitas, además de empresarios)–. ¡Los alienígenas van a admitir a los polvorientos antes que a nosotros! –Hablaba echando chispas de rabia indignada, como un viejo rega enfrentando a un siervo soldado insolente–. ¡Yeowe, un maldito planeta de salvajes tribus, que ha retrocedido a la barbarie, preferido a nosotros!

–Ellos lucharon bien –observó Teyeo, sabiendo mientras lo decía que no debería hacerlo, pero sin querer oír que los hombres y mujeres contra los que él había luchado eran llamados polvorientos. Activos, rebeldes, enemigos, eso sí.

El joven oficial lo miró y después de un momento dijo:

–Supongo que usted los adora, ¿no? ¿A los polvorientos?

–Maté a tantos como pude –contestó Teyeo con corrección, y enseguida cambió de tema. El joven, aunque nominalmente el superior de Teyeo, era un oga, la categoría más baja de los veots, y desairarlo más habría sido de mala educación.

Ellos eran unos engreídos, él, muy susceptible; los viejos días de alegre camaradería eran un recuerdo lejano, increíble. Los jefes de departamento en la Comandancia escuchaban la solicitud de Teyeo de ser devuelto al servicio activo y lo enviaban de un departamento a otro. Ya no podía seguir viviendo en los barracones, de modo que tuvo que buscar un apartamento, como un civil. Su media paga no le permitía disfrutar de los caros placeres de la ciudad.

Mientras esperaba para ver a éste o aquél oficial, pasaba los días en los terminales de la biblioteca de la Academia de Oficiales. Sabía que su educación había sido incompleta y que además se había vuelto anticuada. Si su país iba a unirse al Ecumen, si él quería ser útil, tenía que saber más del pensamiento y la tecnología alienígenas. Sin saber bien qué tenía que aprender, Teyeo avanzaba con dificultad por los terminales, confundido por la infinidad de información disponible, cada vez más consciente de que no era ni un intelectual ni un erudito, y que nunca comprendería la mentalidad de los alienígenas, y sin embargo seguía internándose con obstinación en aquella maraña.

Un hombre de la Embajada iba a impartir un curso de Historia Ecuménica en la red pública. Teyeo asistió a él, y durante ocho o diez conferencias a las que seguía un coloquio, se sentó con la espalda erguida y quieto, moviendo solo las manos ligeramente mientras tomaba notas metódicas y apretadas. El conferenciante, un haini que tradujo su extremadamente largo nombre como Viejo

Músico, miraba a Teyeo y trató de arrastrarlo a la discusión, y al final le pidió que se quedara después de la sesión.

–Me gustaría conversar con usted, rega –dijo cuando los demás hubieron salido.

Se encontraron en un café. Volvieron a reunirse. A Teyeo le desagradaban los modales del alienígena, que encontraba efusivos; desconfiaba de la mente rápida e inteligente de aquel hombre; sentía que Viejo Músico lo estaba utilizando, que lo estudiaba como ejemplar del veot, el soldado, probablemente el bárbaro. El alienígena, seguro de su superioridad, se mostraba indiferente a la frialdad de Teyeo, ignoraba su desconfianza, insistía en ayudarlo con información y guía, y repetía con descaro las preguntas que Teyeo evitaba contestar. Una de estas fue:

–¿Por qué se queda aquí sentado con media paga?

–No es algo que haya elegido, señor Viejo Músico –contestó Teyeo al fin, la tercera vez que se la hizo. Estaba muy enfadado por la desfachatez de aquel hombre, y por eso habló con particular cortesía. Mantuvo los ojos apartados de los ojos de Viejo Músico, azules, que mostraban el blanco, como los de un caballo asustado. No había podido acostumbrarse a los ojos de los alienígenas.

–¿No piensan devolverlo al servicio activo?

Teyeo asintió educadamente. ¿Podía el hombre aquel, por más extranjero que fuese, no tener conciencia de que la pregunta era muy humillante?

–¿Le gustaría servir en la guardia de la Embajada?

Teyeo se quedó sin habla por un momento; entonces cometió la extremada grosería de responder a una pregunta con otra pregunta.

–¿Por qué lo dice?

–Me complacería de veras tener a un hombre de su capacidad en ese cuerpo –dijo Viejo Músico, y con su asombrosa franqueza añadió–: Muchos de ellos son espías o ineptos. Sería extraordinario disponer de un hombre que no es ni una cosa ni otra. No se trata solo de montar guardia, comprenda. Imagino que el gobierno de usted le pedirá que les pase información; eso es previsible. Y una

vez que esté preparado, y si desea hacerlo, naturalmente, nosotros lo emplearemos como oficial de enlace. Aquí o en otros países. No obstante, no le pediremos que nos pase información. ¿Soy claro, Teyeo? No quiero que haya malentendidos entre nosotros en cuanto a lo que le pido o no le pido.

–¿Podría conseguir usted...? –preguntó Teyeo con cautela.

Viejo Músico rio y dijo:

–Sí. Puedo mover algunos hilos en la Comandancia. Me deben un favor. ¿Pensará en mi oferta?

Teyeo estuvo callado un minuto. Ya llevaba casi un año en la capital y sus peticiones de destino solo habían recibido evasivas burocráticas, y en los últimos tiempos, indicios de que eran consideradas como insubordinación.

–Aceptaré ahora, si puedo –dijo con fría deferencia.

El haini lo miró, y su sonrisa se transformó en una mirada fija y pensativa.

–Gracias –dijo–. Dentro de unos pocos días tendrá noticias de la Comandancia.

De modo que Teyeo volvió a ponerse el uniforme, se trasladó de nuevo a los barracones de la ciudad, y durante siete años sirvió en suelo extranjero. La Embajada Ecuménica era, por acuerdo diplomático, una parte no de Werel sino del Ecumen, una porción del planeta que ya no le pertenecía. La Guardia proporcionada por Voe Deo protegía y decoraba: una presencia muy llamativa en el recinto de la Embajada con el uniforme blanco y oro de gala. Iban también visiblemente armados, ya que las protestas contra la presencia alienígena todavía se manifestaban con violencia de vez en cuando.

El rega Teyeo, destinado al principio al mando de una compañía de estos guardias, pronto fue transferido a un servicio distinto, el de acompañar a miembros del personal de la Embajada en las salidas de estos por la ciudad o en los viajes. Servía como guardaespaldas con uniforme de cuartel. La Embajada había preferido no utilizar a su propia gente y sus propias armas, y confiar en la protección de Voe Deo. A menudo tenía que hacer de guía e intérprete, y a veces

de acompañante. A Teyeo le desagradaba que los visitantes que venían de algún lugar del espacio se tomaran demasiadas confianzas y fueran demasiado amistosos, que le preguntaran sobre él mismo, que lo invitaran a ir a tomar una copa con ellos. Con una perfectamente disimulada aversión y una completa urbanidad, rechazaba tales ofertas. Él hacía su trabajo y guardaba las distancias. Sabía que era justamente por eso por lo que la Embajada lo apreciaba. La confianza que le demostraban le reportaba una fría satisfacción.

Su propio gobierno nunca le pidió que les pasara información, aunque él se enteró de cosas que en verdad podrían haberles interesado. La inteligencia voe deana no reclutaba sus agentes entre los veots. Él sabía quiénes en la guardia eran agentes; algunos trataron de conseguir información a través de Teyeo, pero él no tenía ninguna intención de espiar para los espías.

Viejo Músico, que según las conjeturas de Teyeo debía de ser el jefe del servicio de inteligencia de la Embajada, lo llamó a su regreso de un permiso de invierno en casa de sus padres. El haini había aprendido a evitar las manifestaciones emotivas con Teyeo, pero no pudo ocultar una nota de afecto en la voz cuando lo recibió.

–¡Hola, rega! ¿Está su familia bien? Me alegro. Tengo una misión particularmente difícil para usted. El Reino de Gatay. Estuvo allí con Kemehan hace dos años, ¿no es así? Bien, pues ahora quieren que les mandemos a un enviado. Dicen que quieren unirse al Ecumen. Naturalmente el viejo rey es un títere del gobierno de usted; pero están ocurriendo muchas otras cosas allí. Un fuerte movimiento religioso separatista, una causa patriótica, «echemos fuera a todos los extranjeros, voe deanos o alienígenas». Pero el rey y el Consejo han pedido un enviado, y todo lo que podemos mandarles es una recién llegada. Quizá le dé algunos problemas hasta que se ponga al tanto de la situación. Creo que es un poco testaruda. Es de buena pasta pero joven, muy joven. Y solo lleva aquí unas pocas semanas. Le pido esto porque ella necesita de su

experiencia, rega. Tenga paciencia con ella. Pienso que le resultará agradable.

Pero no fue así. En siete años había conseguido habituarse a los ojos de los alienígenas y a sus diferentes olores, colores y costumbres. Protegido por su perfecta cortesía y su estoicismo, había aguantado o ignorado el comportamiento extraño, escandaloso o molesto, la ignorancia y la diferencia de saberes de ellos. Le había sido encomendada la protección y el cuidado de los extranjeros, pero se mantenía a distancia: ni los tocaba ni lo tocaban. Sus protegidos aprendían a confiar en él y a no tomarse libertades con él. Las mujeres advertían y respondían a sus señales de prohibida la entrada con más rapidez que los hombres; Teyeo había tenido una relación buena, casi amigable, con una vieja observadora terrana a la que había acompañado en largos viajes de investigación.

–Es usted tan pacífico como un gato, rega –le había dicho ella una vez, y él apreció el cumplido. Pero la enviada a Gatay era otra cuestión.

La mujer tenía un físico espléndido: piel marrón rosado como la de un bebé, pelo liso y largo, unos andares desenvueltos... demasiado desenvueltos: hacía ostentación de su cuerpo maduro y esbelto ante hombres que no tenían acceso a él, lo lucía ante él mismo, ante todos, insistente, desvergonzada. Expresaba su opinión sobre todo con un aplomo siempre grosero. No escuchaba un consejo y rehusaba aceptar una orden. Era agresiva, una niña malcriada con la sexualidad de un adulto, y le habían dado la responsabilidad de un diplomático en un país peligrosamente inestable. En cuanto la conoció, Teyeo supo que aquella sería una misión imposible. No podía confiar en ella o en sí mismo. El impudor sexual de aquella mujer lo excitaba del mismo modo que le repugnaba; era una prostituta a la que tenía que tratar como a una princesa. Forzado a aguantarla e incapaz de ignorarla, la odió.

Teyeo estaba más familiarizado con la ira que antes, pero no estaba habituado al odio. Se sentía extremadamente perturbado.

Nunca en su vida había pedido un traslado, pero la mañana después de que ella llevara al makil a su habitación envió una breve y tiesa petición a la Embajada. Viejo Músico le respondió con una grabación sellada a través del enlace diplomático: «El amor a Dios y a la patria es como el ruego, un poderoso amigo, un enemigo terrible; solo los niños juegan con fuego. No me gusta la situación. No hay nadie aquí que pueda reemplazarle. ¿Puede resistir un poco más?».

No supo negarse. Un veot no rechaza el deber. Se sintió avergonzado solo por haber pensado en hacerlo, y de nuevo la odió por causarle esa vergüenza.

La primera frase del mensaje era enigmática, no era el estilo de Viejo Músico, sino florido, indirecto, como una advertencia en código. Teyeo no conocía los códigos de inteligencia ni de su país ni del Ecumen. Viejo Músico tendría que usar señales e indirectas con él. «El amor a Dios y a la patria» podía muy bien significar los Antiguos Creyentes y los Patriotas, los dos grupos subversivos de Gatay, ambos opuestos fanáticamente a la influencia extranjera; la enviada podía ser el niño jugando con fuego. ¿Alguno de esos grupos estaría intentando contactar con ella? Él no había visto ninguna señal que lo indicara, a menos que el hombre en las sombras de aquella noche no hubiera sido un Puñal sino un mensajero. Ella estaba bajo su atenta mirada todo el día, la casa estaba vigilada toda la noche por soldados a sus órdenes. Con toda seguridad el makil, Batikam, no trabajaba para ninguno de esos grupos. Era probable que fuera miembro del Hame, el movimiento clandestino de liberación de los activos de Voe Deo, pero precisamente por eso no pondría en peligro a la enviada, puesto que el Hame veía al Ecumen como su billete a Yeowe y a la libertad.

Teyeo se devanó los sesos tratando de interpretar las palabras, volviendo a pasar el mensaje una y otra vez, conocedor de su propia estupidez cuando se enfrentaba a esas sutilezas, a los entresijos del laberinto de la política. Al fin borró el mensaje y bostezó, porque era tarde; se bañó, se metió en la cama, apagó la luz, dijo en voz baja

«¡Señor Kamye, déjame aferrarme con valor a lo que es noble!», y durmió como una piedra.

El makil iba a la casa de ella cada noche después del teatro. Teyeo trató de convencerse de que no había nada malo en eso. Él mismo había pasado noches con los makils, allá en los prósperos días antes de la guerra. El sexo experto y artístico formaba parte de sus habilidades. Sabía de oídas que las mujeres ricas de la ciudad a menudo los contrataban para que suplieran las deficiencias de sus maridos. Pero esas mujeres lo hacían en secreto, con discreción, no de esa manera vulgar y vergonzosa, ajena a la decencia, burlándose del código moral, como si ella tuviera derecho a hacer lo que quisiera cuando quisiera y donde quisiera. Batikam actuaba de acuerdo con ella, se aprovechaba del encaprichamiento de la mujer, remedaba a los gatayanos, a Teyeo, y también la remedaba a ella, aunque ella no se daba cuenta. ¡Qué oportunidad única para un activo de ridiculizar a todos los propietarios a la vez!

Observando a Batikam, Teyeo supo con seguridad que era un miembro del Hame. Su burla era muy sutil; no estaba tratando de deshonrar a la enviada. En verdad era mucho más discreto que ella: estaba tratando de evitar que ella misma se deshonrara. El makil devolvía la fría cortesía de Teyeo de la misma forma, pero una o dos veces los ojos de ambos se encontraron y hubo un breve e involuntario intercambio de comprensión, fraternal, irónica.

Iba a celebrarse una fiesta pública, la observancia de la Festividad del Perdón tualita, a la que la enviada había sido invitada con insistencia por el rey y el Consejo. Solían exhibirla en ocasiones similares. Teyeo no había concedido más atención al asunto que la de pensar en cómo mantendría la seguridad en medio de una muchedumbre excitada en un día de fiesta, hasta que San le explicó que el día de la fiesta era el día santo de la antigua religión de Gatay, y que los Antiguos Creyentes se indignaban ferozmente por la imposición de ritos extranjeros sobre los suyos. El hombrecito

parecía genuinamente preocupado. Teyeo se preocupó también cuando al día siguiente San fue sustituido por un hombre mayor que hablaba gatayano y poco más, y era incapaz de explicar qué había sido de San Ubattat.

–Otras obligaciones, lo reclamaban otras obligaciones –dijo en un voe deano muy malo, sonriendo y haciendo reverencias–, es un día religioso muy importante. Obligaciones religiosas.

En los días que precedieron a la festividad la tensión creció en la ciudad: aparecieron pintadas, símbolos de la antigua religión cubrieron los muros; un templo tualita fue profanado, y después de eso la presencia de la guardia real se hizo evidente en las calles. Teyeo fue a palacio y solicitó, por la autoridad que tenía, que no le pidieran a la enviada que apareciese en público durante una ceremonia que «probablemente sería alterada por manifestaciones inapropiadas». Lo hicieron pasar y un funcionario de la corte lo trató con una mezcla de insolencia despectiva y de inclinaciones y guiños de connivencia que lo intranquilizaron. Dejó cuatro hombres de guardia en casa de la enviada esa noche. De regreso a su alojamiento, unos pequeños barracones calle abajo que habían sido cedidos a la guardia de la Embajada, encontró la ventana de la habitación abierta y un pedazo de papel, escrito en su idioma, sobre la mesa: «Preparado asinato en Festividad P».

A la mañana siguiente se presentó en la casa de la enviada muy temprano y dijo a la activa que deseaba hablar con ella. Solly apareció echándose una bata sobre el cuerpo desnudo. Batikam la seguía, a medio vestir, soñoliento y con aire divertido, y Teyeo le echó una mirada que indicaba «fuera». El makil la recibió con una sonrisa serena y condescendiente y le murmuró a la mujer:

–Voy a desayunar algo. Rewe, ¿tienes algo de comer para mí? –Y salió detrás de la sierva.

Teyeo miró a la enviada y le alargó el pedazo de papel.

–Recibí esto ayer por la noche, señora –dijo–. Tengo que pedirle que no asista a la festividad mañana.

Ella examinó el papel, leyó lo escrito y bostezó.

–¿Quién lo envía?

–No lo sé, señora.

–¿Qué significa? *¿Asesinato?* ¿Es que no pueden deletrearlo bien?

Después de un momento, él dijo:

–Ha habido otros indicios, suficientes para que le pida...

–Que no asista a la Festividad del Perdón, sí, ya le he oído. –Fue hasta el asiento junto a la ventana y se sentó, y la bata se abrió y dejó al descubierto las piernas: los pies desnudos y morenos eran cortos y flexibles, las plantas, rosadas, los dedos, menudos y regulares. Teyeo mantuvo la vista fija en el aire detrás de la cabeza de la mujer. Ella jugueteó con el papel–. Si cree que es peligroso, rega, lleve a un guardia o dos con usted –dijo con un leve tono de desdén–. Estoy obligada a ir. El rey lo pidió, ya sabe. Y tengo que encender el gran fuego o algo así. Una de las pocas cosas que las mujeres pueden hacer en público aquí... No puedo echarme atrás. –Le alargó el papel y después de un momento él se acercó lo suficiente para alcanzarlo. Ella lo miró sonriendo; siempre sonreía cuando lo derrotaba–. De todas maneras, ¿quién cree usted que querría quitarme de en medio? ¿Acaso los Patriotas?

–O los Antiguos Fieles, señora. Mañana es una de sus grandes fiestas.

–Y sus tualitas se la arrebataron, ¿no es cierto? Bien, no pueden culpar al Ecumen precisamente.

–Creo que es posible que el gobierno permita la violencia como pretexto para justificar las represalias, señora.

Ella empezó a responder irreflexivamente, pero luego comprendió lo que él insinuaba y frunció el ceño.

–¿Cree que el Consejo me está utilizando? ¿Qué pruebas tiene?

Tras una pausa, él respondió:

–Muy pocas, señora. San Ubattat...

–San está enfermo. El viejecito que enviaron no sirve de mucho, pero es inofensivo. ¿Eso es todo? –Él calló, y ella continuó–: A menos que tenga pruebas palpables, rega, no interfiera en mis

obligaciones. Su paranoia militar es inaceptable cuando se extiende a las personas con las que tengo que tratar aquí. ¡Contrólese, por favor! Esperaré uno o dos guardas más mañana; y eso es todo.

–Sí, señora –dijo él, y salió. La cabeza le zumbaba de furia. Se le ocurrió entonces que el nuevo guía de la enviada le había dicho que San Ubattat había ido a cumplir obligaciones religiosas, no que estaba enfermo. Teyeo no se volvió. ¿De qué serviría?

–Quédese una hora más, por favor, Seyem –le dijo al guardia que había en el portal de la casa, y se alejó a grandes zancadas calle abajo, tratando de alejarse de ella, de sus suaves muslos marrones y de las plantas de sus pies sonrosadas y de su estúpida e insolente voz de prostituta dándole órdenes. Trató de dejar que el glacial aire iluminado por el sol, las calles escalonadas pobladas por el chasquido de las banderolas para la fiesta, el brillo de las grandes montañas y el clamor de los mercados lo llenaran, lo deslumbraran, lo confundieran; pero avanzó viendo su sombra caer frente a él como un cuchillo atravesando las piedras, sintiendo la futilidad de su vida.

–El veot parecía preocupado –dijo Batikam con voz aterciopelada, y ella rio y pinchó una fruta en conserva del plato y la metió goteando en la boca del hombre.

–Ya estoy lista para el desayuno, Rewe –gritó Solly, y se sentó frente a Batikam–. ¡Estoy muerta de hambre! El rega tenía uno de sus ataques de falocracia. Últimamente no me ha salvado de nada. Es su única función, después de todo. De modo que tiene que inventar ocasiones. Ojalá, ojalá pudiera quitármelo de encima. Es tan agradable no tener al pobre viejo San pululando alrededor como una especie de plaga púbica. ¡Si pudiera librarme del mayor!

–Es un hombre de honor –afirmó el makil sin ironía.

–¿Cómo puede ser honorable un propietario de esclavos?

Batikam la observó con sus ojos almendrados y oscuros. Ella no podía leer los ojos werelianos, a pesar de lo hermosos que eran, con

los párpados llenos de oscuridad.

–Los miembros de una jerarquía masculina siempre andan hablando de su precioso honor –continuó ella–. Y el honor de «sus» mujeres, por supuesto.

–El honor es un gran privilegio –dijo Batikam–. Yo lo envidio. Envidio al rega.

–Oh, al diablo con toda esa falsa dignidad, no es más que orinar para marcar el territorio. Lo único que debes envidiarle, Batikam, es su libertad.

El hombre sonrió.

–Tú eres la única persona que he conocido que no es ni propietaria ni poseída. Eso es libertad. *Eso* es la libertad. Me pregunto si lo sabes.

–Claro que lo sé –contestó ella. Sonrió y continuó con el desayuno, pero había advertido algo en la voz de Batikam que no había oído nunca antes. Al rato, conmovida y un poco preocupada, dijo–: Te vas dentro de poco, ¿verdad?

–Me estabas leyendo los pensamientos. Sí. Dentro de diez días, la compañía continuará la gira por los Cuarenta Estados.

–¡Oh, Batikam, te echaré de menos! Eres el único hombre, la única persona con la que puedo hablar... aparte del sexo...

–¿Alguna vez lo hicimos?

–No muy a menudo –dijo ella riendo, pero la voz le tembló un poco.

Batikam alargó la mano; ella se acercó y se sentó en su regazo, y la bata se abrió.

–Los pechos pequeños y bonitos de la enviada –dijo él, besando y acariciando–, el vientre pequeño y suave de la enviada... –Rewe entró con una bandeja y la dejó con suavidad sobre la mesa–. Toma tu desayuno, pequeña enviada –dijo Batikam, y ella se soltó y volvió a su silla, sonriendo.

–Tú puedes ser sincera porque eres libre –dijo él mientras pelaba con delicadeza un pini–. No seas demasiado dura con aquellos que no lo somos ni podemos serlo. –Cortó una rodaja y se

la alcanzó a través de la mesa–. Conocerte ha sido probar la libertad –dijo–. Una idea, una sombra...

–Dentro de algunos años como mucho, Batikam, *serás* libre. Toda esta estructura estúpida de amos y esclavos se derrumbará por completo cuando Werel entre en el Ecumen.

–Si lo hace.

–Por supuesto que lo hará.

Él se encogió de hombros y dijo:

–Mi hogar es Yeowe.

Ella lo miró, confusa.

–¿Vienes de Yeowe?

–Nunca he estado allí –dijo él–. Y es probable que no vaya nunca. ¿De qué servirían allí los makils? Pero es mi hogar. Ellos son mi pueblo. Ésa es mi libertad. ¿Cuándo te darás cuenta de...? –Apretó el puño y luego lo abrió con un gesto delicado, como si dejara escapar algo–. Tengo que volver al teatro –dijo–. Estamos ensayando un acto para el Día del Perdón.

Solly pasó todo el día en la corte. Había intentado repetidas veces conseguir un permiso para visitar las minas y las inmensas granjas gestionadas por el gobierno al otro lado de las montañas, de las que procedía la riqueza de Gatay. Habían frustrado sus intentos con la misma persistencia, por el protocolo y la burocracia del gobierno, pensaba al principio, la mala voluntad para dejar que un diplomático hiciera otra cosa que no fuera correr de una actividad estúpida a otra; pero algunos empresarios habían dejado escapar comentarios sobre las condiciones en las minas y en las granjas que la hicieron sospechar que quizá escondían una clase de esclavitud mucho más brutal que cualquiera que pudiera verse en la capital. Ese día tampoco llegó a ninguna parte, pues se lo pasó esperando para citas que no habían sido concertadas. El viejo que sustituía a San confundía casi todo lo que ella decía en voe deano, y cuando Solly trataba de hablar gatayano, el hombre lo confundía todo, por estupidez o con intención. El mayor estuvo felizmente fuera la mayor parte de la mañana, reemplazado por uno de los soldados a su

mando, pero se presentó en la corte, tieso y silencioso y con la mandíbula tensa, y la acompañó hasta que ella se dio por vencida y se fue a casa para tomar un baño temprano.

Batikam fue muy tarde aquella noche. En mitad de uno de los elaborados juegos de fantasía e inversión de papeles que ella había aprendido de él y que le parecían tan excitantes, las caricias del hombre fueron haciéndose cada vez más lentas y suaves, arrastrándose por su cuerpo como plumas, y ella tembló de deseo no apaciguado: al apretar el cuerpo contra el de Batikam se dio cuenta de que se había dormido.

–Despierta –dijo ella, riendo y sin embargo temblando, y lo sacudió un poco. Los ojos negros se abrieron, desconcertados, llenos de miedo–. Lo siento –dijo ella al instante–, vuelve a dormir, estás cansado. No, no, está bien, es tarde. –Pero él siguió adelante. Ella comprendió entonces que, a pesar de su ternura y de su habilidad, Batikam solo estaba haciendo su trabajo.

Por la mañana, durante el desayuno, ella dijo:

–¿Me ves como a una igual, Batikam?

Él parecía cansado, más viejo que de costumbre, y no sonreía. Después de un tiempo dijo:

–¿Qué quieres que responda?

–Que sí.

–Te veo como a una igual –musitó él.

–No confías en mí –dijo ella con amargura.

Callaron un tiempo.

–Hoy es el Día del Perdón –dijo Batikam al fin–. La Dama Tual salió al encuentro de los hombres de Asdok, que habían lanzado a sus gatos de caza contra los seguidores de ella. La Dama venía montando un gran gato de caza con una lengua de fuego, y ellos se arrojaron al suelo aterrorizados, pero ella los bendijo y los perdonó. –Su voz y sus manos representaron la historia a medida que la narraba–. Perdóname –dijo.

–¡Tú no necesitas ningún perdón!

–Oh, sí, todos lo necesitamos. Por eso los kamitas recurrimos a la Dama Tual de vez en cuando. Cuando la necesitamos. Así que hoy tú serás la Dama Tual en los ritos, ¿no?

–Solo tengo que encender un fuego, me han dicho –dijo ella con ansiedad, y él rio. Cuando Batikam salía, Solly le dijo que iría al teatro esa noche, después de la fiesta, para verlo.

La pista de carreras de caballos, la única zona llana cerca de la ciudad, estaba abarrotada, los vendedores ambulantes pregonaban sus mercancías, las banderolas ondeaban al viento; los automóviles reales avanzaron directamente hacia la multitud, que se abrió como el agua para dejarles paso y volvió a cerrarse tras ellos. Se habían levantado algunas gradas de aspecto poco seguro para los señores y los propietarios, con una sección rodeada de cortinajes para las damas. Solly vio detenerse un coche junto a las gradas: una figura envuelta en ropajes rojos salió deprisa y se desvaneció en el interior de las cortinas. ¿Habría mirillas para que las mujeres vieran la ceremonia? Entre la muchedumbre había mujeres, pero solo siervas, activas. Se dio cuenta de que a ella también la mantendrían oculta hasta que llegara su turno en la ceremonia: una tienda roja la aguardaba junto a las gradas, no muy lejos del recinto acordonado donde los sacerdotes cantaban. Unos cortesanos obsequiosos y resueltos la sacaron deprisa del coche y la metieron en la tienda.

Las siervas de la tienda le ofrecieron té, dulces, espejos, maquillaje y aceite para el pelo, y la ayudaron a ponerse las complejas bandas de delicada tela roja y amarilla, la vestimenta para su breve actuación como la Dama Tual. Nadie le había explicado con detalle lo que se suponía que tenía que hacer, y a sus preguntas las mujeres contestaron:

–Los sacerdotes se lo mostrarán, señora, solo tiene que ir con ellos. Solo tiene que encender el fuego. Ellos ya lo tienen todo preparado. –Solly tuvo la impresión de que ellas no sabían mucho más que ella; eran muchachas hermosas, activas cortesanas, excitadas por formar parte del espectáculo, ajenas a la religión. Ella conocía lo que simbolizaba el fuego que iba a encender: en él se

arrojarían y quemarían las faltas y las transgresiones, se olvidarían. Era una buena idea.

Los sacerdotes gritaban ahora allí afuera; ella echó una ojeada por las mirillas –efectivamente, había mirillas en la tela de la tienda– y advirtió que el gentío se había espesado. Excepto los que estaban en las gradas o justo delante del recinto acordonado, era imposible que nadie viera nada, pero todo el mundo agitaba banderolas rojas y amarillas, masticaba comida frita y se lo pasaba en grande, mientras los sacerdotes seguían con sus cánticos. En el extremo derecho de su reducido y borroso campo de visión a través de la mirilla había un brazo familiar: el del mayor, por supuesto. No le habían dejado ir en el automóvil con ella. Debía de estar furioso. De todas formas, había conseguido llegar, y montaba guardia.

–Señora, señora –le decían en ese momento las cortesanas–, ya vienen los sacerdotes. –Y se afanaron y cuchichearon alrededor de ella para asegurarse de que llevaba el tocado derecho y de que la fastidiosa falda, que trababa todos sus movimientos, caía en los pliegues adecuados. Todavía daban puntadas y le alisaban el vestido cuando al fin salió de la tienda, deslumbrada por la luz, sonriendo y tratando de mantenerse erguida y digna, como una diosa tenía que mostrarse. Por nada del mundo quería estropearles la ceremonia.

Dos hombres con los atributos sacerdotales la esperaban a la puerta de la tienda. Se adelantaron de inmediato, la agarraron por los codos y le dijeron:

–Por aquí, señora, por aquí.

Era evidente que ella no tendría que adivinar lo que tenía que hacer. No había duda de que consideraban a las mujeres incapaces de hacerlo, pero en esas circunstancias era un alivio. Los sacerdotes la hacían andar más deprisa de lo que ella podía hacer con comodidad con aquella falda tan ceñida. Estaban detrás de las gradas ahora; ¿no quedaba el recinto acordonado en la otra dirección? Un coche venía hacia ellos, dispersando a la poca gente que había en el camino. Alguien gritaba. De pronto los sacerdotes empezaron a tirar de ella, y trataron de correr; uno de ellos gritó y le

soltó el brazo, derribado por una sombra voladora que cayó sobre él; ella estaba en medio de una refriega, no podía soltarse del puño de hierro que la sujetaba, y encima tenía las piernas aprisionadas en la falda. Entonces hubo un ruido, un ruido ensordecedor que le golpeó la cabeza; forcejeó y ya no vio más. La metieron estirada boca abajo en un lugar oscuro, la cara contra una oscuridad sofocante y rasposa, los brazos trabados a la espalda.

Un coche en marcha. El tiempo dilatado. Hombres hablando en voz baja, en gatayano. Casi no podía respirar. No intentó soltarse, era inútil. Le habían sujetado los brazos y las piernas con cinta adhesiva, y le habían cubierto la cabeza con una bolsa. Luego de un buen rato la descargaron como si fuera un cadáver, entraron deprisa en algún lugar, bajaron unas escaleras y la depositaron sobre una cama o sofá, no con rudeza aunque sí con la misma desesperada urgencia. Se quedó quieta. Los hombres hablaban, todavía casi en susurros. No entendía nada. Seguía oyendo en la cabeza aquel tremendo sonido. ¿Había sido real? ¿La habían golpeado? Estaba como sorda, como si estuviera entre muros de algodón. La tela de la bolsa se le pegaba a la boca y a las fosas nasales cuando trataba de respirar.

Le quitaron la bolsa; un hombre inclinado sobre ella le dio la vuelta para poder soltarle los brazos y luego las piernas, y mientras lo hacía murmuró en voe deano:

–No tenga miedo, señora, no le haremos daño. –Se alejó de ella enseguida. Había cuatro o cinco hombres, era difícil decirlo, había muy poca luz.

–Esperar aquí –dijo otro–, todo bien. Señora contenta. –Solly trató de sentarse y sintió vértigo. Cuando la cabeza dejó de darle vueltas, ya se habían ido. Como por arte de magia. Señora contenta.

Estaba en una habitación pequeña de techo muy alto. Las paredes eran de ladrillos oscuros, el aire olía a tierra. La luz venía de una diminuta placa de biolume en el techo, un resplandor tenue y sin sombras. Seguramente suficiente para los ojos werelianos. Señora contenta. Me han secuestrado. Qué te parece. Hizo

inventario: el colchón sobre el que estaba, una manta, una puerta, una jarra y una taza, un agujero de desagüe, ¿era eso lo que había en el rincón? Se dio impulso y sacó las piernas del colchón, y al hacerlo sus pies chocaron contra algo que yacía en el suelo al pie del colchón. Se incorporó y miró la masa oscura, el cuerpo inerte allí estirado. Un hombre. El uniforme, la piel tan negra que ella no distinguía las facciones, pero sabía quién era. Incluso allí, incluso allí, el mayor estaba con ella.

Se levantó y con paso vacilante fue a investigar el desagüe, que era sencillamente eso, un agujero recubierto de cemento en el suelo, que despedía un leve olor entre químico y fétido. Le dolía la cabeza y volvió a sentarse en la cama; se masajeó los brazos y los tobillos para aliviar la tensión y el dolor, y se palpó todo el cuerpo metódicamente para comprobar que estaba entera y tranquilizarse. Me han secuestrado. Qué te parece. Señora contenta. ¿Cómo estaría el hombre?

De repente se le ocurrió que el mayor estaba muerto y sintió un escalofrío y se quedó inmóvil.

Después de un rato se inclinó sobre él despacio, escuchando, y trató de verle la cara.

La sensación de que estaba sorda persistía. No oía ninguna respiración. Alargó la mano, mareada y temblorosa, y le tocó la cara con el dorso. Estaba fresca, fría. Pero un aliento cálido le rozó los dedos, una vez, otra. Se acuclilló en el colchón y lo estudió. Yacía completamente inmóvil, pero cuando ella le apoyó la mano en el pecho, alcanzó a sentir el débil latido.

–Teyeo –susurró; le parecía que solo podía hablar en susurros.

Volvió a tocar el pecho del hombre. Quería sentir el latido lento y regular, el tenue calor: era tranquilizador. Señora contenta.

¿Qué más habían dicho? Señora esperar. Sí. Ese parecía ser el programa. Quizá podría dormir un poco. Quizá podría dormir un poco, y cuando despertase ya habría llegado el rescate. O lo que fuese que pretendían.

Se despertó pensando que todavía tenía el reloj, y después de estudiar soñolienta la diminuta pantalla plateada durante un rato decidió que había dormido tres horas; todavía era el día de la fiesta, demasiado pronto para el rescate; esa noche no podría ir al teatro a ver a los makils. Los ojos se le habían acostumbrado a la luz baja y al mirar ahora vio que el hombre tenía todo un lado de la cabeza cubierto de sangre seca. Explorando, le encontró un bulto caliente del tamaño de un puño sobre la sien, y sus dedos salieron manchados de sangre. Se había conseguido una corona. Debía de haber sido él, lanzándose sobre el sacerdote, el falso sacerdote; lo único que ella recordaba era una sombra voladora y un ruido sordo y un ¡ooof!, como el de un ataque de aiji, y entonces se había producido el ruido enorme que lo confundió todo. Chascó la lengua y dio golpecitos en la pared para comprobar su audición. Parecía estar bien; las paredes de algodón habían desaparecido. Quizá también a ella la habían coronado. Se palpó la cabeza, pero no encontró ningún chichón. El hombre debía de sufrir una conmoción si continuaba inconsciente después de tres horas. ¿Una conmoción grave? ¿Cuándo volvería en sí?

Se levantó y casi cayó al suelo, enredada en las malditas faldas de la diosa. ¡Si tuviera sus propias ropas, no ese vestido ornamental, tres piezas de un tejido endeble que había que ponerse con ayuda de sirvientes! Se libró de la falda y utilizó el velo para confeccionarse una especie de falda ajustada que le llegaba a las rodillas. No hacía calor en aquel sótano o lo que fuese; era malsano y húmedo, y bastante frío. Se paseó arriba y abajo, cuatro pasos y vuelta, cuatro pasos y vuelta, cuatro pasos y vuelta, e hizo algunos ejercicios de calentamiento. Habían tirado al hombre en el suelo. ¿Estaría muy frío? ¿Era el estado de *shock* parte de la conmoción? Había que mantener calientes a las personas en estado de *shock*. Vaciló un buen rato perpleja por su indecisión y sin saber qué hacer. ¿Tenía que tratar de subirlo al colchón? ¿Sería mejor no moverlo? ¿Dónde demonios estaban los hombres? ¿Se moriría el mayor?

Se inclinó sobre él y dijo bruscamente:

–¡Rega! ¡Teyeo! –Y después de un momento el hombre respiró hondo.

–¡Despierte! –Recordó, pensó que recordaba, que era importante no dejar que una persona con conmoción cayese en coma. A menos que él ya estuviese en coma.

El mayor volvió a respirar hondo, y la expresión del rostro cambió, perdió la rígida inmovilidad de antes y se suavizó; abrió y cerró los ojos, parpadeó, desenfocado.

–Oh, Kamye –musitó.

Solly no podía creer lo contenta que estaba de verlo. Señora contenta. Era evidente que el hombre tenía un dolor de cabeza espantoso, y admitió que veía doble. Ella lo ayudó a arrastrarse sobre el colchón y lo cubrió con la manta. Él no hizo preguntas, y pronto volvió a deslizarse en el sueño. Una vez que lo hubo instalado, ella reanudó sus ejercicios durante una hora. Miró el reloj. Habían pasado dos horas del mismo día, el día de la fiesta. Todavía no era de noche. ¿Cuándo pensaban regresar los hombres?

Regresaron a la mañana siguiente temprano, después de una noche interminable que había sido igual a la tarde y la mañana. Oyó cómo descorrían los cerrojos, y la puerta de hierro se abrió con un sonido metálico. Uno de los hombres entró con una bandeja mientras otros dos esperaban en la puerta con las armas levantadas y apuntándole. No había ningún sitio donde colocar la bandeja excepto en el suelo, así que el hombre se la tendió, dijo «¡Lo siento, señora!» y retrocedió; la puerta resonó y los cerrojos volvieron a su lugar con estrépito. Ella se quedó de pie, con la bandeja en la mano.

–¡Esperen! –gritó.

El hombre se había despertado y miraba como atontado alrededor. Después de encontrarlo junto a ella en ese lugar, de algún modo Solly había olvidado el mote que le daba, ya no pensaba en él como en el mayor, aunque evitaba utilizar su nombre.

–Supongo que esto es el desayuno –dijo ella, y se sentó en el borde del colchón. Una servilleta cubría la bandeja de mimbre; debajo había una pila de panecillos gatayanos rellenos de carne y

verduras, varias piezas de fruta y una garrafa de agua tapada adornada con unos extravagantes abalorios de alguna aleación de metal–. Desayuno, comida y cena, tal vez –añadió–. Mierda. Bueno, parece apetitoso. ¿Puede comer algo? ¿Puede sentarse?

El hombre se incorporó con dificultad y se sentó con la espalda contra la pared, y al cabo de un momento cerró los ojos.

–¿Sigue viendo doble?

Él hizo un leve sonido de asentimiento.

–¿Tiene sed?

Pequeño sonido de asentimiento.

–Tome. –Ella le pasó la taza. Él la sostuvo con ambas manos, se la llevó a la boca y bebió el agua despacio, a pequeños tragos. Mientras, ella devoró tres panecillos uno detrás de otro, se obligó a parar y comió un pini–. ¿Puede comer algo de fruta? –le preguntó, sintiéndose culpable. Él no respondió. Solly recordó a Batikam dándole la rodaja de pini en el desayuno, ¿cuándo?, ayer, hacía cien años.

La comida le provocó náuseas. Tomó la taza de la mano relajada del hombre –había vuelto a dormirse– y se sirvió agua, y la bebió despacio.

Cuando se sintió mejor se acercó a la puerta y estudió los goznes, la cerradura, la superficie. Palpó y miró las paredes de ladrillo y el suelo de cemento, sin saber lo que buscaba, algo que los ayudase a escapar, algo... Tenía que hacer ejercicio. Se obligó a hacer algunos, pero la náusea volvió, y una especie de letargia con ella. Volvió al colchón y se sentó. Un rato después se dio cuenta de que lloraba. Un rato después se dio cuenta de que se había dormido. Necesitaba orinar. Se acuclilló sobre el agujero y escuchó la orina caer en él. No tenía nada con qué limpiarse. Volvió a sentarse en la cama, estiró las piernas y se agarró los tobillos. El silencio era absoluto.

Se volvió para mirar al hombre: él la estaba mirando. Solly se sobresaltó y él apartó la mirada al instante. Seguía medio apoyado contra la pared, incómodo pero relajado.

–¿Tiene sed? –preguntó ella.

–Gracias –dijo él. Allí, donde nada era familiar y el tiempo se había desligado del pasado, la voz suave y débil de él era bienvenida en su familiaridad. Solly le llenó una taza y se la tendió. Él la sostuvo con mucha más firmeza y se sentó para beber–. Gracias –murmuró otra vez, devolviéndole la taza.

–¿Cómo está su cabeza?

Él se llevó la mano a la tumefacción, hizo una mueca de dolor y se recostó de nuevo contra la pared.

–Uno de ellos llevaba un bastón –dijo Solly, viéndolo en un relámpago en medio de la confusión de recuerdos–, un cetro de sacerdote. Usted saltó sobre el otro.

–Me quitaron la pistola –dijo él, manteniendo los ojos cerrados–. La Festividad.

–Me enredé con estas malditas ropas. No pude ayudarlo. Escuche, ¿hubo un ruido, una explosión?

–Sí. Tal vez formaba parte del espectáculo.

–¿Quiénes cree que son estos muchachos?

–Revolucionarios. O...

–Usted me dijo que pensaba que el gobierno gatayano estaba implicado.

–No lo sé –murmuró él.

–Usted tenía razón, yo estaba equivocada, lo siento –dijo ella sintiéndose virtuosa por acordarse de reparar sus faltas.

Él hizo un débil gesto con la mano, como restándole importancia.

–¿Sigue viendo doble?

Él no respondió; estaba perdiendo la conciencia otra vez.

Solly estaba de pie, tratando de recordar los ejercicios respiratorios selianos, cuando la puerta resonó y se abrió con estrépito. Y allí estaban los mismos tres hombres, dos con pistolas, todos jóvenes, de piel negra y pelo corto, todos muy nerviosos. El que los encabezaba se inclinó para dejar una bandeja en el suelo, y

sin la menor premeditación Solly le pisó la mano apoyándose con todo el peso.

–¡Espere! –dijo. Miraba directamente las caras y los cañones de las pistolas de los otros dos–. ¡Esperen un momento, por favor, escúchenme! Mi compañero tiene una herida en la cabeza, necesitamos un médico, necesitamos más agua, ni siquiera puedo lavarle la herida, no hay papel higiénico, ¿quiénes demonios son ustedes?

El hombre al que le estaba pisando la mano gritaba «¡Suelte! ¡Señora suelte mano!», pero los otros la oyeron.

Solly levantó el pie y se apartó cuando el hombre se incorporó deprisa y retrocedió hasta donde estaban sus compañeros armados.

–Muy bien, señora, sentimos causar problemas –dijo entonces con lágrimas en los ojos y acunándose la mano–. Somos Patriotas. Usted enviará mensaje al pretendiente, igual nuestro mensaje. Nadie sufrir daño. ¿De acuerdo? –Siguió retrocediendo y uno de los hombres armados cerró la puerta. Ruido metálico, cerrojos corriéndose.

Solly respiró hondo y se volvió. Teyeo la estaba mirando.

–Eso ha sido peligroso –dijo él, sonriendo apenas.

–Ya lo sé –respondió ella, respirando con agitación–. Ha sido estúpido. No consigo dominarme. Me siento fuera de control. ¡Pero es que ellos empujan la comida dentro y se van, maldita sea! ¡Necesitamos agua! –Estaba llorando, como le ocurría siempre tras una situación de violencia o una pelea–. Veamos qué han traído esta vez. –Colocó la bandeja sobre el colchón; como la anterior, en una ridícula imitación del servicio de un hotel o una casa con esclavos, estaba cubierta con una servilleta–. Todas las comodidades –murmuró. Bajo la servilleta había una pila de pastelillos dulces, un pequeño espejo de mano de plástico, un peine, un pequeño pote de algo que olía a flores marchitas y una caja de lo que después de un rato identificó como tampones gatayanos.

–¡Son cosas para la señora, condenados sean, los muy imbéciles! ¡Un espejo! –Arrojó el espejo contra la pared de

enfrente–. ¡Por supuesto, yo no puedo pasar ni un día sin mirarme al espejo! ¡Malditos sean! –Lo tiró todo detrás del espejo, menos las pastas, sabiendo mientras lo hacía que más tarde recogería los tampones y los guardaría bajo el colchón y, oh, Dios no lo quisiera, los usaría si se veía obligada a hacerlo, si tenían que quedarse allí, ¿cuánto tiempo faltaría?, diez días o más–. Oh, Dios –volvió a exclamar. Se levantó y lo recogió todo, puso el espejo y el pequeño pote, la jarra de agua vacía y las peladuras de la fruta de la comida anterior en una de las bandejas y la colocó al lado de la puerta–. Basura –dijo en voe deano. Se dio cuenta de que su arrebato había sido en otra lengua; alterrano, seguramente–. ¿Tiene idea –dijo, sentándose de nuevo en el colchón– de lo difícil que hacen ustedes ser mujer? ¡Pueden hacer que una mujer se arrepienta de serlo!

–Lo han hecho con buena intención, pienso –dijo Teyeo. Ella advirtió que no había la menor sombra de burla, ni siquiera de diversión, en la voz del hombre. Si acaso disfrutaba de la vergüenza que ella estaba pasando, debía de darle vergüenza demostrárselo–. Me parece que son aficionados –añadió.

–Eso podría ser malo –dijo ella después de un rato.

–No lo sé. –Las exploraciones de Teyeo le causaron un escalofrío de dolor y desistió–. ¿Cómo estamos de agua?

Ella le pasó otra taza.

–Demasiado poca para lavarse, me temo. ¡Un estúpido espejo cuando lo que necesitamos es agua!

Él le dio las gracias, bebió, y se recostó contra la pared, mirando pensativo los últimos sorbos en la taza.

–No tenían planeado traerme a mí también –dijo.

Ella reflexionó un instante y asintió.

–¿Por miedo a que usted los identificase?

–Si hubiesen tenido un lugar para mí, nunca me habrían encerrado con una señora. –Habló sin ironía–. Tenían esto preparado para usted. Debe de estar oculto en algún punto de la ciudad.

Ella asintió.

–El viaje en coche duró una media hora o menos. Aunque llevaba la cabeza metida en una bolsa.

–Han enviado un mensaje a palacio y no han recibido respuesta, o una no satisfactoria. Quieren que usted envíe un mensaje.

–¿Para convencer al gobierno de que me retienen de verdad? ¿Por qué hay que convencerlos?

Los dos callaron.

–Lo siento –dijo él–. No puedo pensar. –Se tendió en el colchón.

Sintiéndose cansada, abatida y nerviosa después de su descarga de adrenalina, ella se tendió a su lado. Solly había enrollado la falda de la diosa y se había hecho una almohada; no había almohada para él. La manta les cubría las piernas.

–Almohada –dijo ella–. Algunas mantas. Jabón. ¿Qué más?

–Llave –murmuró él.

Yacieron lado a lado en el silencio y la tenue luz invariable.

A la mañana siguiente, sobre las ocho, según el reloj de Solly, los Patriotas entraron en la habitación, cuatro esta vez. Dos montaron guardia en la puerta con las pistolas dispuestas; los otros dos esperaron incómodos en el poco espacio que quedaba, mirando a los cautivos, que estaban sentados en el colchón con las piernas cruzadas. El nuevo portavoz hablaba mejor voe deano que los otros. Les dijo que sentían mucho causarle tanta incomodidad a la dama y que harían lo que pudieran para hacérselo más llevadero, y que tenía que ser paciente y escribir un mensaje a mano para el rey pretendiente, explicando que la pondrían en libertad indemne en cuanto el rey ordenara al Consejo rescindir el acuerdo con Voe Deo.

–No lo hará –dijo ella–. No le dejarán hacerlo.

–Por favor, no discuta –dijo el hombre con una rudeza frenética–. Aquí están los materiales para escribir. Éste es el mensaje. –Dejó los papeles y una pluma sobre el colchón, nervioso, como si temiera acercarse a ella.

Solly se dio cuenta de que Teyeo conseguía pasar desapercibido, sentado sin moverse, con la cabeza gacha, la mirada baja; los hombres lo ignoraron.

–Si escribo esto para ustedes, quiero agua, mucha agua, y jabón y mantas y papel higiénico y almohadas y un médico, y quiero que cuando yo llame acuda alguien a la puerta, y quiero ropa decente. Ropa abrigada. Ropa de hombre.

–¡Nada de médico! –dijo el hombre–. ¡Escriba, por favor! ¡Ahora!

Estaba nervioso y crispado, y ella no se atrevió a insistir. Leyó la declaración, la copió con su propia letra amplia e infantil –raras veces escribía nada de puño y letra– y se la alargó al portavoz. Éste le echó una ojeada, y sin una palabra todos salieron deprisa. La puerta se cerró con un estruendoso ruido metálico.

–¿Debería haberme negado?

–No lo creo –dijo Teyeo. Se levantó y se estiró, pero volvió a sentarse, al parecer mareado–. Regatea bien –añadió.

–Ya veremos lo que conseguimos. Oh, Dios. ¿Qué está pasando?

–Quizá –dijo él con lentitud– Gatay no está dispuesto a ceder a esas exigencias. Pero cuando Voe Deo y el Ecumen de usted se enteren de esto, presionarán a Gatay.

–Espero que ya se hayan puesto en marcha. Supongo que Gatay está en un horrible compromiso, y está tratando de salvar las apariencias ocultando todo el asunto; ¿es eso posible? ¿Cuánto tiempo pueden ocultarlo? ¿Qué hay de la gente de usted? ¿No estarán buscándolo?

–Sin duda –dijo él, con su corrección habitual.

Era curioso cómo sus modales envarados, sus modales que siempre la habían repelido, apartado, tenían ahora un efecto muy distinto: la reserva y la formalidad de Teyeo le aseguraban que ella todavía era parte del mundo que había fuera de aquella habitación, del que habían venido y al que retornarían, un mundo donde las personas vivían vidas largas.

¿Qué importaba una vida larga?, se preguntó, y no supo contestar. Era algo en lo que nunca antes había pensado. Pero esos jóvenes Patriotas vivían en un mundo de vidas cortas. Exigencias, violencia, inmediatez y muerte, ¿y por qué? Por el fanatismo, el odio, el ansia de poder.

–Cada vez que se van –musitó ella– siento verdadero pánico.

Teyeo se aclaró la garganta y dijo:

–Yo también.

Ejercicios.

–Agárreme... no, por favor, *¡agárreme*, no soy de cristal! Ahora...

–¡Ja! –dijo él, con una fugaz sonrisa de excitación, mientras ella le enseñaba la llave, y él la repetía, librándose de la presa de ella.

–Muy bien, ahora espere, aquí... –Porrazo–. ¿Lo ha visto?

–¡Ay!

–Lo siento, Teyeo, lo siento, no me acordaba de su cabeza. ¿Está bien? Lo siento de veras.

–Oh, Kamye –dijo él, incorporándose y agarrándose la cabeza con las manos. Respiró hondo varias veces. Ella se arrodilló junto a él, compungida y ansiosa–. Eso –dijo él, y respiró unas cuantas veces más–, eso no es juego limpio.

–No, claro que no es juego limpio, es aiji. Todo vale en el amor y la guerra, dicen en Terra. De verdad que lo siento, ¡qué estúpida he sido!

Él rio, una risa rota y desesperada, sacudió la cabeza, volvió a sacudirla.

–Enséñeme –dijo–. No sé cómo lo hizo.

Ejercicios.

–¿Qué hace con la mente?

–Nada.

–¿Simplemente la deja vagar?

–No. ¿Acaso mi mente y yo somos dos seres distintos?

–Entonces... ¿no se concentra en nada? ¿Simplemente se deja ir con ella?

–No.

–Entonces no la deja vagar.

–¿A quién? –dijo él, más bien malhumorado.

Una pausa.

–¿Piensa en...?

–No –dijo él–. Quieta.

Una pausa muy larga, quizá de un cuarto de hora.

–Teyeo, no puedo. Me pica. Me pica la mente. ¿Cuánto tiempo lleva haciendo esto?

Una pausa, una respuesta reticente.

–Desde los dos años.

Teyeo salió de su postura relajada de completa inmovilidad, e inclinó la cabeza para distender los músculos del cuello y los hombros. Ella lo miraba.

–No dejo de pensar en la vida larga, en tener una vida larga –dijo ella–. No me refiero solo a vivir mucho tiempo, diablos, yo he vivido unos mil cien años, y eso no significa nada. Lo que quiero decir... Pensar en la vida como larga cambia las cosas. De la misma manera que la cambia el hecho de tener hijos. Incluso pensar en la posibilidad de tener hijos. Es como si cambiase el equilibrio. Es extraño que no deje de pensar en eso ahora que mis oportunidades de vivir una vida larga ruedan por un precipicio...

Él no dijo nada. Era capaz de no decir nada de una forma que permitía que ella continuara hablando. Era uno de los hombres menos locuaces que había conocido. La mayoría de los hombres eran tan prolijos. Ella misma era bastante prolija. Teyeo era silencioso. Solly deseó saber cómo estar en silencio.

–Es solo cuestión de práctica, ¿no? –preguntó ella–. Simplemente quedarse ahí sentado.

Él asintió.

–Años y años y años de práctica... Oh, Dios. Quizá...

–No, no –dijo él, captando lo que ella pensaba al instante.

–Pero ¿por qué no hacen nada? ¿A qué están esperando? ¡Ya han pasado nueve días!

Desde el principio, por un acuerdo tácito no planeado, la habitación había sido dividida en dos: la línea divisoria corría por el centro del colchón y llegaba a la pared de enfrente. La puerta estaba en el lado de Solly, el izquierdo; el cagadero estaba en el lado de él, el derecho. Cualquier invasión del espacio del otro era solicitada mediante una casi invisible señal convenida y permitida de la misma manera. Cuando uno de los dos usaba el cagadero el otro apartaba discretamente la mirada. Cuando tenían suficiente agua para lavarse como los gatos, cosa que ocurría raras veces, regía el mismo acuerdo. La línea que recorría el colchón era absoluta. Las voces la cruzaban, y los sonidos y los olores de los cuerpos. A veces ella sentía el calor de él; la temperatura wereliana era un poco más elevada que la suya, y en el aire viciado y húmedo Solly sentía esa tenue irradiación cuando Teyeo dormía. Pero nunca cruzaron la línea, ni con un dedo; ni en el sueño más profundo.

Solly pensaba en esto, y en algunos momentos lo encontraba divertido. En otras ocasiones le parecía perverso y estúpido. ¿Acaso no podrían hallar algún consuelo humano? La única vez que ella lo tocó fue el primer día, cuando lo ayudó a tenderse en el colchón, y después, cuando tuvieron agua suficiente ella le había limpiado la herida de la cabeza y poco a poco le había quitado la sangre coagulada y maloliente del pelo con ayuda del peine, que después de todo no había sido tan inútil, y de algunos trozos de la falda de la diosa, una fuente inestimable de paños y vendajes. Luego, una vez que su cabeza sanó, habían practicado aiji a diario; pero había una pureza impersonal y ritual en los apretones y presas del aiji que estaba muy lejos del consuelo de las criaturas. El resto del tiempo la

presencia física de él era claramente, invariablemente, no invasora e inalcanzable.

Teyeo solo estaba manteniendo, en unas circunstancias extremadamente difíciles, el rígido dominio que siempre demostraba. No solo él, Rewe también; todos ellos, todos menos Batikam; y sin embargo, ¿había sido el plegamiento instantáneo de Batikam a sus caprichos y deseos el contacto auténtico que ella había creído? Pensó en su mirada de temor, aquella última noche. No contención, sino constreñimiento.

Era la mentalidad de una sociedad esclavista: esclavos y amos atrapados en la misma desconfianza y autoprotección radicales.

–Teyeo –dijo ella–. No comprendo la esclavitud. Deje que me explique –se apresuró a añadir, aunque él no había hecho ademán de interrumpirla o protestar, y se había limitado a escucharla con educación–. Comprendo que una institución social cambia y que el individuo forma parte de ella. No le digo que coincida conmigo en verla como infame e improductiva, no le pido que la defienda o que renuncie a ella. Solo trato de comprender qué se siente sabiendo que dos tercios de los seres humanos de tu mundo son en verdad y con legitimidad propiedad de uno. Cinco sextos, en realidad, si incluimos a las mujeres de su casta.

Después de un rato, él contestó:

–Mi familia posee unos veinticinco activos.

–No me venga con evasivas.

Él aceptó la reprobación.

–A mí me parece que con eso se evita el contacto humano. Uno no toca a los esclavos y los esclavos no lo tocan a uno de la manera en que los seres humanos deberían tocarse, en reciprocidad. Se mantienen separados, siempre trabajando para conservar esa frontera, completamente artificial, creada por el hombre. Yo no puedo distinguir físicamente a los propietarios de los activos. ¿Puede usted?

–Casi siempre.

–Por factores de cultura y comportamiento, ¿no es así?

Después de meditar unos instantes, él asintió.

–Ustedes son de la misma especie, raza, pueblo, exactamente iguales en todo, con ligeras diferencias de color. Si se educa a un niño activo como un propietario, será un propietario en todos los aspectos, y viceversa. De modo que se pasan la vida manteniendo una enorme división que en realidad no existe. Lo que no comprendo es que sean incapaces de ver el tremendo despilfarro que supone. ¡Y no me refiero a la economía!

–Durante la guerra –dijo él, y entonces calló un momento; aunque Solly tenía mucho más que decir, esperó, intrigada–. Yo estuve en Yeowe –continuó él al fin–, ya sabe, en la guerra civil.

«Allí es donde te hiciste todas esas cicatrices y bultos», pensó ella; porque a pesar de que apartaba escrupulosamente la mirada, era imposible no estar familiarizada con su delgado cuerpo de ónix a esas alturas, y ella sabía que en el aiji Teyeo tenía que favorecer su brazo izquierdo, que tenía un considerable bulto que sobresalía justo por encima del bíceps.

–Los esclavos de las Colonias se rebelaron, al principio solo algunos, luego la mayoría. Los miembros del ejército éramos todos propietarios. No podíamos enviar soldados activos, porque tal vez desertarían. Éramos todos veots y voluntarios. Propietarios luchando contra activos. Pronto aprendí que estaba peleando contra mis iguales. Y más tarde aprendí que peleaba contra mis superiores. Ellos nos derrotaron.

–Pero eso... –empezó a decir Solly, y se detuvo; no sabía qué decir.

–Ellos nos derrotaron de principio a fin –continuó él–. En parte porque mi gobierno no entendió que podían vencernos. Que podían luchar mejor y con más valor y más inteligencia que nosotros.

–¡Porque peleaban por su libertad!

–Quizá era eso –dijo Teyeo con su cortesía de siempre.

–¿Y bien?

–Quería decirle que respeto a las personas con las que luché.

–Sé tan poco sobre la guerra, sobre la lucha –dijo ella con una mezcla de contrición e irritación–. En verdad, nada. Estuve en Kheakh, pero aquello no fue una guerra, fue el suicidio de una raza, la matanza de toda una biosfera. Supongo que es diferente. Kheakh y Orint se autodestruyeron. Fue aquello lo que llevó al Ecumen a crear el Convenio sobre Armamento. Los terranos llevaban siglos presionando para que se firmara, porque ellos mismos casi se habían suicidado mucho antes. Yo soy medio terrana. Mis antepasados se perseguían a lo largo y ancho del planeta, masacrándose unos a otros. Eso duró milenios. También ellos eran amos y esclavos, algunos, muchos... Pero no sé si el Convenio sobre Armamento fue una buena idea, si es correcto. ¿Quiénes somos nosotros para decirle a nadie qué debe y qué no debe hacer? La idea del Ecumen era ofrecer una alternativa. Abrir un camino, no cerrar el paso a nadie.

Él escuchó con atención, pero no dijo nada hasta mucho después.

–Nosotros aprendemos... a cerrar filas, siempre. Tiene razón, creo, es un gasto inútil... de energía, de espíritu. Ustedes están abiertos.

Le había costado mucho esfuerzo decir esas palabras, pensó ella, no como las de ella, que salían del aire y volvían a él. Teyeo hablaba desde el tuétano. Eso hacía de todo lo que él había dicho un regalo, que ella aceptó con gratitud, porque a medida que pasaban los días advertía de vez en cuando cuánta confianza había perdido y seguía perdiendo: confianza en sí misma, confianza en que pagarían el rescate y los salvarían, en que alguna vez saldrían de esa habitación, en que saldrían de allí vivos.

–¿Fue muy brutal la guerra?

–Sí –dijo él–. No puedo... nunca he podido recordarla... Algunas cosas aparecen como flashes... –Se llevó las manos al rostro como para protegerse los ojos. Entonces la miró, cauteloso. Ella sabía ahora que el aparentemente férreo control de Teyeo tenía muchos puntos vulnerables.

–Cosas de Kheakh que yo ni siquiera sabía que había visto me vienen a la cabeza de esa manera –dijo ella–. Por la noche. –Y al rato preguntó–: ¿Cuánto tiempo estuvo allí?

–Algo más de siete años.

Ella hizo una mueca de dolor.

–¿Fue afortunado?

Era una pregunta extraña, no la había formulado como pretendía, pero él la valoró.

–Sí –contestó–. Siempre. Todos los compañeros con los que fui murieron allí, la mayoría durante los primeros años. Perdimos trescientos mil hombres en Yeowe. Nunca hablan de eso. Dos tercios de los veots de Voe Deo murieron allí. Si ser afortunado significaba seguir con vida, entonces yo fui afortunado. –Se miró las manos cerradas, miró en su interior.

Al cabo de unos segundos ella murmuró:

–Espero que todavía lo sea.

Él no contestó nada.

–¿Cuánto tiempo ha pasado? –preguntó él, y aclarándose la garganta y después de echar una mirada automática al reloj, ella contestó:

–Sesenta horas.

Sus captores no habían aparecido el día anterior a la hora habitual, alrededor de las ocho. Ni tampoco esa mañana.

Sin nada que comer y ahora sin agua, se habían vuelto cada vez más silenciosos e inertes. Llevaban horas sin decir nada. Él había retrasado preguntar la hora tanto como había podido.

–Esto es horrible –dijo ella–, esto es tan horrible. No dejo de pensar...

–Ellos no la abandonarían nunca –dijo él–. Se sienten responsables de usted.

–¿Porque soy una mujer?

–En parte.

–Mierda.

Él recordó que en la otra vida el habla grosera de ella lo ofendía.

–Los han capturado, los han matado. Nadie se molestará en localizar el lugar donde nos retienen –dijo ella.

Puesto que Teyeo había pensado eso mismo cientos de veces, no dijo nada.

–Es un lugar tan horrible para morir –dijo ella–. Es sórdido. Apesto. Hace veinte días que apesto. Ahora tengo diarrea porque estoy asustada, pero no puedo cagar nada. Me muero de sed y no puedo beber.

–Solly –dijo Teyeo con brusquedad. Era la primera vez que él la llamaba por su nombre–. Tranquilízate. Aférrate.

Ella lo miró.

–¿Que me aferré a qué?

Él no contestó enseguida y ella dijo:

–¡No dejas que te toque!

–No a mí...

–¿Entonces a qué? ¡No hay nada! –Teyeo pensó que ella iba a echarse a llorar, pero en vez de eso se levantó, agarró la garrafa vacía y aporreó con ella la puerta hasta destrozar el revestimiento de mimbre–. ¡Venid! ¡Malditos seáis! ¡Venid, bastardos! –gritó–. ¡Sacadnos de aquí!

Luego volvió a sentarse en el colchón.

–Bien –dijo.

–Escucha –dijo él.

Habían escuchado antes: ningún sonido de la ciudad llegaba hasta aquella celda, pero esto era algo más fuerte, explosiones, pensaron los dos.

La puerta resonó.

Los dos estaban de pie cuando se abrió; no con el habitual estrépito y ruido metálico, sino despacio. Un hombre esperó fuera, dos entraron. Uno armado que no habían visto antes; el otro, el joven de expresión adusta que ellos llamaban portavoz, parecía

haber estado corriendo o luchando: estaba cubierto de polvo, cansado, un poco aturdido. Cerró la puerta. Llevaba unos papeles. Los cuatro se miraron en silencio durante un minuto.

–Agua–dijo Solly–. ¡Bastardos!

–Señora –dijo el portavoz–, lo siento. –No la escuchaba a ella ni la miraba. Por primera vez miraba a Teyeo–. Se están librando duros combates –dijo.

–¿Quiénes luchan? –preguntó Teyeo, advirtiendo que recuperaba su ecuánime tono de autoridad, y el hombre respondió a él automáticamente:

–Voe Deo. Han enviado tropas. Después del funeral, dijeron que enviarían tropas a menos que nos rindiéramos. Llegaron ayer. Han pasado la ciudad a sangre y fuego. Saben dónde están todos los centros de los Antiguos Fieles. Algunos de los nuestros. –El hombre tenía una nota de acusación perpleja en la voz.

–¿Qué funeral? –preguntó Solly.

El hombre no respondió, y Teyeo repitió la pregunta:

–¿Qué funeral?

–El funeral de la dama, el de usted. Mire... traje los periódicos. Un funeral de Estado. Dicen que ustedes murieron en la explosión.

–¿Qué maldita explosión? –preguntó Solly, la voz ronca y reseca, y esta vez el hombre le respondió:

–En la Festividad. Los Antiguos Fieles. El fuego, la pira de Tual, contenía explosivos. Pero estallaron demasiado pronto. Nosotros conocíamos su plan, y la rescatamos, señora –dijo, volviéndose hacia ella de repente con el mismo tono de acusación.

–¡Rescatarme, pedazo de burro! –gritó, y los labios cuarteados de Teyeo se abrieron en una risa repentina que reprimió al instante.

–Deme eso –dijo Teyeo, y el hombre le tendió los papeles.

–¡Tráiganos agua! –dijo Solly.

–Quédense aquí, por favor. Tenemos que hablar –dijo Teyeo, aferrándose instintivamente a su ascendiente. Se sentó en el colchón con los periódicos. En unos minutos Solly y él habían leído los informes sobre la espantosa interrupción de la Festividad del Perdón,

la lamentable muerte de la enviada del Ecumen en un acto terrorista perpetrado por la secta de los Antiguos Fieles, la breve mención de la muerte de un guardia de la Embajada voe deana en la explosión, que había matado a más de setenta sacerdotes y espectadores, las detalladas descripciones del funeral de Estado, informes sobre disturbios, terrorismo, represalias, luego la noticia de que el palacio aceptaba con gratitud la ayuda de Voe Deo para acabar con el cáncer del terrorismo...

–De modo que nunca recibieron respuesta de palacio. ¿Por qué nos mantienen con vida?

Solly pensó que la pregunta era demasiado directa, pero el portavoz contestó con la misma franqueza:

–Pensamos que la nación de usted pagaría un rescate.

–Y lo harán –dijo Teyeo–. Solo tienen que evitar que el gobierno de ustedes sepa que continuamos con vida. Si ustedes...

–Un momento –dijo Solly, tocándole la mano–. Un momento. Tengo que pensar sobre todo este asunto. Será mejor que no dejes al Ecumen fuera de la discusión. Pero ponerse en contacto con ellos será difícil.

–Si hay tropas voe deanas aquí, todo lo que necesito es enviar un mensaje a alguien a mis órdenes, o a los guardias de la Embajada.

La mano de ella, todavía sobre la de él, presionó levemente, como advirtiéndole; Solly sacudió la otra acusadoramente hacia el portavoz:

–¡Estúpidos, secuestraron a un enviado del Ecumen! Ahora tienen que pensar en todo lo que no pensaron antes. Y yo también, porque no quiero que el pequeño gobierno de ustedes me liquide por volver a la vida y ponerlos en evidencia. ¿Dónde se esconden ustedes? ¿Hay alguna posibilidad de que salgamos de esta habitación?

Con la misma mirada nerviosa y frenética, el hombre negó con la cabeza.

–Todos estamos aquí casi todo el tiempo –dijo–. Aquí están a salvo.

–¡Sí, mejor mantienen sus pasaportes a salvo! –dijo Solly–. ¡Tráigannos agua, maldita sea! Dennos un rato para hablar y vuelvan dentro de una hora.

De pronto, el joven se inclinó hacia ella con la cara contraída.

–¿Qué clase de dama es usted? –dijo–. ¡Asqueroso y maloliente coño extranjero!

Teyeo se levantó de un salto, pero el apretón de Solly en su mano se endureció: después de un momento de silencio, el portavoz y el otro hombre salieron y los cerrojos de la puerta resonaron.

–¡Uf! –exclamó ella, con mirada aturdida.

–No... –dijo él–, no... –Pero no sabía cómo decírselo–. Ellos no entienden. Será mejor que sea yo quien hable.

–Naturalmente. Las mujeres no dan órdenes. Las mujeres no hablan. ¡Cabezas de chorlito! ¡Pensé que habías dicho que se sentían responsables de mí!

–Y así es –dijo él–. Pero son hombres jóvenes. Fanáticos. Y tienen mucho miedo. –«Y tú les hablas como si fueran activos», pensó, pero no lo dijo.

–¡Yo también tengo miedo! –dijo ella, con un breve acceso de llanto. Se secó los ojos y volvió a sentarse entre los papeles–. Dios, llevamos veinte días muertos. Nos enterraron hace quince. ¿A quién crees que enterraron?

El apretón de Solly era vigoroso; Teyeo tenía la muñeca y la mano doloridas y se las masajeó con suavidad; la miró.

–Gracias –le dijo–. Le hubiera golpeado.

–Oh, ya lo sé. Maldita caballerosidad. Y el tipo de la pistola te habría volado la cabeza. Escucha, Teyeo, ¿estás seguro de que lo único que tienes que hacer es enviar un mensaje a alguien del ejército o de la guardia?

–Sí, naturalmente.

–¿Estás seguro de que tu país no está jugando el mismo juego que Gatay?

Él la miró. A medida que comprendía lo que ella insinuaba, la cólera que había reprimido y negado todos aquellos días interminables de cautividad con ella crecía en su interior, una violenta marea de resentimiento, odio y desprecio.

Fue incapaz de hablar, temiendo hablarle como el joven Patriota lo había hecho.

Fue a su lado de la habitación y se sentó en su lado del colchón, dándole la espalda a ella. Se sentó con las piernas cruzadas, una mano apoyada levemente en la otra.

Ella siguió hablando. Teyeo no escuchó ni respondió.

–Se supone que estamos hablando, Teyeo –dijo ella al cabo de un rato–. Solo tenemos una hora. Creo que esos chicos harán lo que les digamos, si les proponemos algo plausible, algo que funcione.

Él no respondió; se mordió el labio y siguió callado.

–Teyeo, ¿qué he dicho? Lo siento, si he dicho alguna inconveniencia, dime qué es, porque yo no lo sé.

–Ellos nunca... –Teyeo luchó para dominar sus labios y su voz–. Ellos nunca nos traicionarían.

–¿Quiénes? ¿Los Patriotas?

Él no respondió.

–¿Te refieres a Voe Deo? ¿Que no nos traicionaría?

En la pausa que siguió a la pregunta gentil e incrédula de Solly, Teyeo supo que ella tenía razón, que todo era una confabulación entre los poderes del mundo, que la lealtad a su país y el servicio eran en vano, tan fútiles como el resto de su vida. Ella seguía hablando, tratando de mitigar, y decía que era probable que él tuviera razón. Teyeo escondió la cabeza entre las manos, deseando poder llorar, seco como una piedra.

Solly cruzó la línea. Teyeo sintió la mano de ella en el hombro.

–Lo siento, Teyeo –dijo–. ¡No tenía intención de insultarte! Te honro. Has sido mi esperanza y mi sostén.

–No importa –dijo él–. Si... si tuviéramos un poco de agua.

–¡Bastardos, bastardos! –gritó ella.

Teyeo se levantó y paseó por la habitación, tres pasos y vuelta, tres pasos y vuelta, y se detuvo en su lado.

–Si estás en lo cierto –dijo, hablando lentamente y con formalidad–, nosotros y nuestros captores corremos peligro, no solo por parte de Gatay, sino también de mi propia gente, que quizá... quizá ha fomentado esas facciones antigubernamentales para conseguir una excusa para traer tropas aquí... para *pacificar* Gatay. Por eso sabían dónde encontrarlos. Tenemos... hemos tenido suerte de que nuestro grupo fuese genuino.

Ella lo miraba con una ternura que él encontraba irrelevante.

–Lo que no sabemos –continuó él– es por quién tomará partido el Ecumen. En realidad hay un solo bando.

–También es el nuestro. Los desvalidos. Si la Embajada ve a Voe Deo haciéndose con el poder en Gatay, no interferirá, pero tampoco lo aprobará. Sobre todo si implica tanta represión como parece.

–La violencia solo se emplea contra las facciones anti-Ecumen.

–Seguirán sin aprobarlo. Y si descubren que estoy viva, estarán muy furiosos con los que dijeron que yo la había diñado en una hoguera. Nuestro problema es cómo enviarles un mensaje. Yo era la única persona que representaba al Ecumen en Gatay. ¿Quién podría ser un contacto seguro?

–Cualquiera de mis hombres. Pero...

–Los habrán enviado de vuelta; ¿para qué mantener guardias de la Embajada si el enviado está muerto y enterrado? Supongo que podríamos intentarlo. Pídeles a los chicos que lo intenten. –Al cabo de un rato, añadió pensativa–: No creo que nos dejen salir disfrazados, ¿verdad? Sería lo más seguro para ellos.

–Hay un océano de por medio –dijo Teyeo.

Ella se golpeó la cabeza.

–Oh, ¿por qué no nos traen un poco de agua? –Su voz parecía papel deslizándose sobre papel. Él estaba avergonzado por su ira, por haberse sentido agraviado, se avergonzaba de sí mismo. Quería decirle que también ella había sido su sostén y su esperanza, que la honraba, que era mucho más valiente de lo que él nunca hubiese

esperado; pero no pudo decir una palabra de todo esto. Se sentía vacío, se sentía viejo y cansado. ¡Si les llevaran un poco de agua!

Les llevaron agua al fin, y alguna comida, no mucha y no fresca. Era evidente que sus captores estaban escondidos y asediados. El portavoz –les dio su nombre de guerra, Kergat, *Libertad* en gatayano– les dijo que habían desalojado barrios enteros y los habían incendiado, que las tropas voe deanas habían tomado el control de casi toda la ciudad, incluyendo el palacio, y que casi nada de todo esto aparecía en los informes de las noticias.

–Cuando esto termine Voe Deo será dueño de mi país –dijo con una furia incrédula.

–No por mucho tiempo –dijo Teyeo.

–¿Quién puede derrotarlos? –le preguntó el joven Kergat.

–Yeowe. El ideal de Yeowe.

Kergat y Solly lo miraron.

–La revolución –continuó–. ¿Cuánto pasará antes de que Werel se convierta en el nuevo Yeowe?

–¿Los activos? –dijo Kergat al fin, como si Teyeo hubiese sugerido una revuelta de vacas o de moscas–. Nunca se organizarán.

–Tengan cuidado cuando lo hagan –dijo Teyeo con suavidad.

–¿No tienen ningún activo en el grupo? –preguntó Solly a Kergat, sorprendida. Él no se molestó en contestarle. Teyeo comprendió que la había clasificado como a una activa. Entendía por qué: él mismo lo había hecho en la otra vida, cuando esas distinciones tenían sentido.

–La sierva de usted, Rewe –le preguntó a Solly–, ¿era una amiga?

–Sí –contestó Solly, y luego añadió–: No, yo quería que lo fuese.

–¿El makil?

–Creo que sí –contestó ella tras una pausa.

–¿Todavía está aquí?

Ella negó con la cabeza.

–La compañía iba a continuar con la gira unos días después de la Festividad.

–Los viajes están restringidos desde la Festividad –dijo Kergat–. Solo el gobierno y las tropas.

–Él es voe deano. Si todavía está aquí, probablemente los enviarán a él y a su compañía de vuelta a casa. Trate de contactar con él, Kergat.

–¿Con un makil? –dijo el joven, con la misma aversión e incredulidad–. ¿Uno de los payasos homosexuales voe deanos de ustedes?

Teyeo le echó una mirada a Solly: paciencia, paciencia.

–Actores bisexuales –dijo Solly haciendo caso omiso de la mirada; por fortuna Kergat estaba determinado a ignorarla.

–Un hombre inteligente –dijo Teyeo–, con contactos. Él podría ayudarnos. A nosotros y a ustedes. Valdría la pena intentarlo, si todavía está aquí. Debemos darnos prisa.

–¿Por qué habría de ayudarnos? Él es voe deano.

–Un activo, no un ciudadano –dijo Teyeo–. Y un miembro del Hame, el movimiento clandestino de los activos, que trabaja contra el gobierno de Voe Deo. El Ecumen admite la legitimidad del Hame. Él informará a la Embajada de que un grupo de Patriotas rescató a la enviada y la mantiene oculta y a salvo en extremo peligro. El Ecumen, creo, actuará con prontitud y decisión. ¿Correcto, enviada?

Rehabilitada de nuevo en su posición, Solly asintió con una breve y digna inclinación.

–Pero con discreción –dijo–. Evitarán la violencia, si pueden utilizar la coerción política.

Kergat trataba de meterse toda aquella información en la cabeza y procesarla. Comprensivo con la fatiga, la desconfianza y la confusión del hombre, Teyeo esperó sentado y en silencio. Había notado que Solly actuaba de la misma manera: estaba sentada, en silencio, una mano apoyada ligeramente sobre la otra. Estaba delgada y mugrienta y llevaba el pelo grasiento recogido en una

trenza fina. Era valiente, como una yegua brava, toda nervio. Se rompería el corazón antes que rendirse.

Kergat hizo preguntas; Teyeo las contestó, razonando y tranquilizándolo. De vez en cuando Solly hablaba, y ahora Kergat la escuchaba, incómodo, poco deseoso de hacerlo, no después de lo que la había llamado. Al fin se marchó sin decirles lo que pensaba hacer; pero llevaba consigo el nombre de Batikam y un mensaje de identificación de Teyeo para la Embajada: «Los veots a media paga aprenden las viejas canciones deprisa».

–¡Qué demonios! –exclamó Solly cuando Kergat hubo salido.

–¿Conocías a un hombre de la Embajada llamado Viejo Músico?

–¡Ah! ¿Es amigo tuyo?

–Fue amable.

–Ha estado aquí en Werel desde el principio. Un primer observador. Un hombre bastante poderoso. Sí, y «deprisa», muy apropiado. Mi cabeza no funciona muy bien. Ojalá pudiera tumbarme junto a un riachuelo, en un prado, y beber. Todo el día. Cada vez que me apeteciera, alargar el cuello y glub, glub, glub... Agua corriente... La luz del sol... Oh, Dios, Dios, el sol. Teyeo, esto es tan difícil. Es más difícil que nunca. Pensar que tal vez sea posible salir de aquí. Y no saberlo con seguridad. Tratar de no tener demasiadas esperanzas y de no perder la esperanza. ¡Estoy tan harta de estar aquí sentada!

–¿Qué hora es?

–Las veinte y media. De noche. Está oscuro afuera. ¡Dios, oscuridad! Estar a oscuras... ¿Hay alguna manera de cubrir esa maldita biolume, aunque sea en parte? ¿Solo para simular que tenemos noche, para que simulemos tener día?

–Si te subieses a mis hombros, podrías alcanzarla. ¿Pero cómo podríamos sujetar el pedazo de tela?

Miraron la placa y consideraron el asunto.

–No lo sé. De todas formas, ¿no te has dado cuenta de que parece como si se estuviera muriendo? Quizá ya no tengamos que

preocuparnos por conseguir un poco de oscuridad. Si nos quedamos el tiempo suficiente. ¡Oh, Dios!

–Bien –dijo Teyeo poco después, curiosamente consciente de sí mismo–, estoy cansado. –Se levantó, se estiró, pidió permiso para entrar en el territorio de ella con una mirada, bebió un sorbo de agua, volvió a su territorio, se quitó la chaqueta y los zapatos (para entonces ella ya le había dado la espalda), se quitó los pantalones, se tendió en la cama, se cubrió con la manta y dijo para sí «Señor Kamye, permíteme aferrarme a lo que es noble». Pero no durmió.

Él escuchó los ligeros movimientos de Solly: orinó, tomó unos sorbos de agua, se quitó las sandalias, y se acostó.

Pasó un tiempo.

–Teyeo.

–Sí.

–¿Crees que... crees que sería un error... en estas circunstancias... que hiciéramos el amor?

Una pausa.

–No por las circunstancias –dijo él, casi inaudiblemente–. Pero, en la otra vida...

Una pausa.

–Vida corta versus vida larga –musitó ella.

–Sí.

Una pausa.

–No –dijo él, y se volvió hacia ella–. No, eso no es cierto. –Tendieron los brazos y se abrazaron, se unieron en ciega urgencia, ávidos, necesitados, gritando el nombre de Dios en sus diferentes lenguas y más tarde como animales, sin palabras. Se acurrucaron uno contra otro, exhaustos, pegajosos, sudorosos, renovados, reencontrados, renacidos en la ternura del cuerpo, en la eterna exploración, el ancestral descubrimiento, el prolongado vuelo a un mundo nuevo.

Teyeo se despertó despacio, cómodo y con una sensación placentera. Estaban entrelazados, tenía la cara contra el brazo y el pecho de ella; Solly le acariciaba el pelo, y a veces el cuello y el

hombro. Teyeo yació largo tiempo consciente solo de ese lento ritmo y de la frescura de la piel de ella contra su cara, bajo su mano, pegada a su pierna.

–Ahora sé –dijo Solly, y él escuchó su medio susurro en el pecho de ella, muy cerca del oído– que no te conozco. Ahora necesito conocerte. –Se inclinó para acariciar la cara de Teyeo con los labios y la mejilla.

–¿Qué quieres saber?

–Todo. Dime quién es Teyeo...

–No lo sé –dijo él–. Un hombre que te abraza con ternura.

–Oh, Dios –dijo ella, ocultando la cara por un momento en la manta áspera y maloliente.

–¿Quién es Dios? –preguntó él con voz soñolienta. Hablaban en voe deano, pero ella solía jurar en terrano o alterrano; esta vez había sido alterrano, Seyt, de modo que él preguntó: «¿Quién es Seyt?».

–Oh, vuestros Tual o Kamye. Yo solo digo el nombre, es como decir una palabrota. ¿Tú crees en ellos? ¡Oh, Teyeo, me siento como una palurda contigo! Como si me entrometiera en tu alma, como si te invadiera. Somos invasores, por muy pacifistas y pedantes que seamos...

–¿Tengo que amar, entonces, a todo el Ecumen? –preguntó él, empezando a acariciarle los pechos, sintiendo el temblor de deseo de la mujer y su propio deseo.

–Sí –dijo ella–, sí, sí.

Era curioso, pensó Teyeo, cómo un poco de sexo cambiaba las cosas por completo. La situación era la misma, y sin embargo todo era un poco más fácil, había menos vergüenza e inhibiciones; y cuando tenían suficiente comida y agua para tener suficiente vitalidad para hacer el amor, era una fuente cierta y encantadora de placer para ellos. Y no obstante, la única cosa que en verdad era diferente era algo para lo que él no tenía palabras. Sexo, consuelo, ternura, amor,

confianza, ninguna palabra era la adecuada, la palabra que lo definía por completo. Era algo completamente íntimo, oculto en la mutualidad de sus cuerpos, y no cambiaba sus circunstancias, nada en el mundo, ni siquiera el reducido y miserable mundo de su prisión. Todavía estaban atrapados. Estaban cansados y hambrientos casi todo el tiempo. Tenían cada vez más miedo de sus cada vez más desesperados captores.

–Seré una dama –dijo Solly–. Una buena chica. Dime cómo he de hacerlo, Teyeo.

–No quiero que te rindas –dijo él con lágrimas en los ojos, con tanta ferocidad que ella fue a él y lo abrazó.

–Aguanta firme –dijo Teyeo.

–Lo haré –dijo ella. Pero cuando Kergat o los otros entraban ella se mostraba tranquila y modesta, dejaba que hablaran los hombres y mantenía baja la mirada. Él no podía soportar verla así, pero sabía que hacía bien en actuar de aquel modo.

La cerradura resonó y la puerta se abrió con estrépito y lo sacó de un sueño espantoso y sediento. Era de noche o muy de mañana. Solly y él habían dormido abrazados para conseguir calor y consuelo, y al ver la cara de Kergat, Teyeo sintió un profundo temor. Eso era lo que él había temido, poner en evidencia, probar la vulnerabilidad sexual de Solly. Ella solo estaba despierta a medias y se aferraba a él.

Otro hombre había entrado. Kergat no dijo nada. Teyeo tardó algún tiempo en identificar al segundo hombre como Batikam.

Cuando lo consiguió, su mente continuó en blanco. Se las arregló para decir el nombre del makil. Nada más.

–¿Batikam? –graznó Solly–. ¡Oh, Dios mío!

–Este es un momento interesante –dijo Batikam con su suave voz de actor. Teyeo vio que no iba travestido, sino que llevaba ropas masculinas gatayanas–. Mi intención era rescatarlos, no avergonzarlos, enviada, rega. ¿Vamos allá?

Teyeo se había levantado trabajosamente y se estaba poniendo los mugrientos pantalones. Solly había dormido con los pantalones

andrajosos que sus captores le habían dado. Los dos llevaban las camisas a causa del frío.

–¿Te pusiste en contacto con la Embajada, Batikam? –preguntaba en aquel momento ella, la voz trémula, mientras se ponía las sandalias.

–Oh, sí. Estuve allí y he regresado, en verdad. Siento haber tardado tanto. Creo que no me di cuenta de cuál era la situación real de ustedes aquí.

–Kergat ha hecho todo lo que ha podido por nosotros –dijo al momento Teyeo con ceremonia.

–Ya lo veo. Corriendo un riesgo considerable. Creo que el riesgo a partir de ahora será menor. Esto es... –Miró a Teyeo directamente–. Rega, ¿qué le parece ponerse en manos del Hame? –dijo–. ¿Algún problema?

Teyeo se anudó el zapato, se enderezó, y dijo:

–Todos estamos en las manos del Señor Kamye.

Batikam rio, la hermosa risa plena que ellos recordaban.

–En las manos del Señor, entonces –dijo, y los guio fuera de la habitación.

En el *Arkamye* se dice «Vivir de manera sencilla es lo más complicado».

Solly solicitó permanecer en Werel, y tras un permiso en la costa para restablecerse, fue enviada como observadora a Voe Deo Sur. Teyeo volvió directamente a su casa, después de que le comunicaran que su padre estaba muy enfermo. Tras la muerte de su padre, pidió un permiso indefinido de la guardia de la Embajada, y se quedó en la granja con su madre hasta la muerte de esta dos años más tarde. Solly y él, separados por un continente, solo se encontraron ocasionalmente durante esos años.

Cuando su madre murió, Teyeo liberó a los activos de su familia por acto de manumisión irrevocable, escrituró las granjas a nombre de ellos, vendió su propiedad, ahora casi sin valor, en subasta, y se

fue a la capital. Sabía que Solly estaba por un tiempo en la Embajada. Viejo Músico le dijo dónde encontrarla. La encontró en una pequeña oficina del edificio palaciego. Parecía envejecida, muy elegante. Lo miró con una expresión conmovida y sin embargo cautelosa. No se adelantó para recibirlo ni tocarlo.

–Teyeo –dijo–, me han pedido que sea el primer embajador del Ecumen en Yeowe.

Él siguió callado.

–Acaban de comunicármelo por ansible desde Hain. –Ocultó la cara entre las manos–. Oh, Dios mío –dijo.

–Mis felicitaciones sinceras, Solly.

De pronto ella corrió hacia él, lo abrazó y lloró:

–Oh, Teyeo, tu madre murió, yo nunca pensé, lo siento, nunca, yo pensé que tal vez podríamos... ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a quedarte allí?

–Lo vendí todo –dijo él. Estaba soportando más que devolviendo el abrazo–. Pensé que tal vez podría reincorporarme al servicio.

–¿Vendiste tu granja? ¡Nunca tuve ocasión de verla!

–Yo nunca vi el lugar donde naciste –dijo él.

Hubo una pausa. Ella se separó de él, y se miraron.

–¿Vendrías conmigo? –dijo Solly.

–Iría –dijo él.

Varios años después de que Yeowe ingresara en el Ecumen, la móvil Solly Agat Terwa fue enviada como enlace ecuménico a Terra; de allí fue a Hain, donde sirvió con gran distinción como estable. En todos sus viajes y puestos la acompañaba su marido, un oficial del ejército wereliano, un hombre muy atractivo, tan reservado como ella expansiva. La gente que los conocía sabía de su apasionado orgullo y confianza mutuos. Solly era quizá la persona más feliz, reconocida y realizada en su trabajo; pero Teyeo no tenía reproches. Él había perdido su mundo, sí, pero se había aferrado a lo que era noble.

Un hombre del pueblo

Stse

Estaba sentado con su padre junto al gran tanque de irrigación. Unas alas de color de fuego se elevaban vertiginosamente y se dejaban caer en el aire crepuscular. Unos círculos trémulos se expandían, se entrelazaban y se desvanecían en la quieta superficie del agua.

–¿Por qué el agua se mueve así? –preguntó en voz baja, porque le parecía misterioso, y su padre contestó también en voz baja:

–Es donde el araha la roza cuando bebe.

Comprendió así que en el centro de cada círculo había un deseo, una sed. Ya era hora de regresar a casa, y corrió delante de su padre, imitando el vuelo del araha, a la media luz del crepúsculo, hacia las ventanas iluminadas del pueblo en la pendiente.

Su nombre era Mattinyehedarheddyuragamuruskets Havzhiva. La palabra *havzhiva* significa «guijarro anillado», una piedra pequeña con una inclusión de cuarzo que la recorre y asoma como una orla todo alrededor. Las gentes de Stse son muy particulares en lo referente a piedras y nombres. Los niños de los linajes del Cielo, del Otro Cielo y de la Interferencia Estática reciben tradicionalmente nombres de piedras o de cualidades varoniles deseables, como el valor, la paciencia y la cortesía. La familia Yehedarhed era tradicional, apegada a la familia y el linaje. «Si conoces a tu pueblo, te conoces a ti», solía decir el padre de Havzhiva, Granito. Hombre

bondadoso y tranquilo, asumía su responsabilidad como padre con seriedad, y a menudo hablaba con refranes.

Granito era el hermano de la madre de Havzhiva, por supuesto; un padre es eso. El hombre que había ayudado a su madre a concebirlo vivía en una granja y de vez en cuando pasaba a saludarlos cuando iba al *pueblo*[4]. La madre de Havzhiva era la Heredera del Sol. Havzhiva envidiaba a veces a su prima Aloe, cuyo padre era solo seis años mayor que ella y jugaba con la niña como si fuera un hermano mayor. A veces envidiaba a los niños cuyas madres no eran importantes. Su madre siempre estaba ayunando o bailando o viajando, no tenía marido, y raras veces dormía en casa. Era emocionante estar con ella, pero también difícil. Él tenía que ser importante cuando estaba con ella. Siempre era un descanso para Havzhiva estar en casa solo con su padre, su nada exigente abuela y su hermana, la Guardiana de la Danza, y su marido, y cualquier pariente del Otro Cielo de las granjas o de otros pueblos que estuviera de visita.

Solo había dos familias del Otro Cielo en Stse, y los Yehedarhed eran más hospitalarios que los Doyefarads, de modo que todos los parientes iban y se alojaban con los primeros. Habría sido difícil costearlo si no fuese porque los visitantes llevaban toda clase de productos de granja y porque Tovo era la Heredera del Sol. Le pagaban espléndidamente por enseñar y por oficiar los rituales y hacerse cargo del protocolo en otros pueblos. Ella entregaba todo lo que ganaba a la familia, que lo gastaba en los parientes y en ceremonias, festividades, celebraciones y funerales.

–La riqueza no puede quedarse quieta –decía Granito a Havzhiva–. Tiene que moverse. Como la circulación de la sangre. Si la retienes, se para... y eso significa un ataque al corazón. Significa la muerte.

–¿Morirá el viejo Hezhe? –preguntó el muchacho. El viejo Hezhe nunca gastaba nada en rituales o parientes; y Havzhiva era un niño muy observador.

–Sí –respondió el padre–. Su araha ya ha muerto.

Araha es alegría, honor, la cualidad particular del propio sexo, masculino o femenino, generosidad, el sabor de la buena comida o del buen vino.

Es también el nombre del mamífero alado de color de fuego y vuelo veloz que Havzhiva solía ver cuando iban a beber a los estanques de irrigación, diminutas llamas que se precipitaban sobre las aguas ensombrecidas por el crepúsculo.

Stse es casi una isla; la separan del continente ciénagas y marismas donde se reúnen millones de aves zancudas para aparearse y anidar. Las ruinas de un enorme puente son visibles en el lado de tierra, y otras ruinas medio sumergidas son el fundamento del muelle y el rompeolas del pueblo. Vastas obras de épocas pasadas llenan todo Hain y no son ni más ni menos interesantes o venerables para los hainis que el resto del paisaje. Un niño que espera en el muelle viendo zarpar a su madre hacia el continente quizá se pregunte por qué alguien se molestaría en construir un puente cuando había barcos y aviones en los que viajar. Tenía que gustarles mucho caminar, pensó. Yo preferiría navegar en un bote. O volar.

Pero los aviones plateados sobrevolaban Stse y no aterrizaban, iban de un lugar a otro, adonde vivían los historiadores. Muchos barcos entraban y salían del puerto de Stse, pero la gente del linaje de Havzhiva no navegaba en ellos. Vivían en el pueblo de Stse y hacían las cosas que su gente y su linaje hacían. Aprendían lo que necesitaban aprender, y vivían ese conocimiento.

–Las personas tienen que aprender a ser humanas –decía el padre–. Mira al bebé de Shell. Repite todo el tiempo: «¡Enséñame! ¡Enséñame!».

Enséñame en la lengua de Stse es *«aowa»*.

–A veces el bebé dice «ngaaa» –observó Havzhiva.

Granito asintió.

–La niña aún no puede pronunciar bien las palabras humanas –dijo.

Ese invierno Havzhiva pasó mucho tiempo con el bebé enseñándole a decir palabras humanas. La niña era de los Etsahin, su tío segundo, que había ido con su madre y su padre y su esposa a pasar una temporada. La familia miraba a Havzhiva con aprobación mientras él repetía con paciencia «mama» y «gogo» al bebé regordete y plácido, que miraba con ojos muy abiertos. Aunque no tenía hermana y por tanto no podría ser padre, si continuaba estudiando educación con la misma seriedad, probablemente tendría el honor de ser el padre adoptivo de un niño cuya madre no tuviese un hermano.

Havzhiva también estudiaba en la escuela y en el templo; estudiaba baile y la versión local del fútbol. Era un estudiante aplicado y jugaba bien al fútbol, aunque no tanto como su mejor amiga, una muchacha Cable Enterrado llamada Iyan Iyan (un nombre tradicional para las niñas Cable Enterrado, el nombre de un ave marina). Hasta los doce años, niños y niñas estudiaban juntos y recibían la misma educación. Iyan Iyan era la mejor jugadora de fútbol del equipo infantil. Siempre tenían que cambiarla al otro equipo en la segunda mitad para que el marcador quedara más igualado y todos pudieran volver a casa para comer sin haber ganado o perdido por mucha diferencia. La ventaja de ella se debía en parte al hecho de que había ganado peso y estatura muy pronto, pero sobre todo a su habilidad.

–¿Vas a ir a trabajar al templo? –le preguntó a Havzhiva, sentados en el porche del tejado de la casa de Iyan Iyan, esperando a ver qué ocurría en el primer día de la Manifestación de los Dioses Inusuales, que tenía lugar cada once años. No había sucedido nada inusual aún, y los amplificadores no funcionaban bien, de modo que la música en la plaza sonaba floja y llena de estática. Los dos niños golpeaban los talones contra la pared y conversaban en voz baja.

–No, creo que aprenderé a tejer con mi padre –dijo el chico.

–Qué suerte. ¿Por qué solo los chicos estúpidos aprenden a usar los telares?

Era una pregunta retórica, y Havzhiva no le prestó atención. Las mujeres no eran tejedoras. Los hombres no hacían ladrillos. La gente del Otro Cielo no manejaba barcos, reparaba aparatos electrónicos. Los Cable Enterrado no castraban animales, mantenían los generadores. Había cosas que uno podía hacer y cosas que uno no podía hacer; uno hacía aquellas cosas para los otros y los otros las hacían para uno. Como se acercaban a la pubertad, Iyan Iyan y Havzhiva tenían que elegir una primera profesión. Iyan Iyan ya había elegido empezar como aprendiz en la construcción y el mantenimiento de la casa, aunque el equipo adulto de fútbol con toda seguridad reclamaría buena parte de su tiempo.

Una persona globular, plateada, con patas de araña, avanzaba a grandes saltos por la calle y emitía una lluvia de chispas cada vez que aterrizaba. Seis personas vestidas de rojo con blancas máscaras alargadas corrían tras ella, gritando y arrojándole habichuelas pintas. Havzhiva e Iyan Iyan se unieron al griterío y se asomaron desde el tejado para ver cómo doblaba la esquina dando saltos y desaparecía camino de la plaza. Ambos sabían que ese dios inusual era Chert, un hombre joven del linaje del Cielo, portero del equipo adulto de fútbol; también sabían que todo aquello era una manifestación de la deidad. Un dios llamado Zarstsa, o Esfera Luminosa, estaba utilizando a Chert para entrar en el pueblo y participar en la ceremonia, y acababa de recorrer la calle perseguido por gritos de temor y alabanza y lluvias de fertilidad. Divertidos y entretenidos con el espectáculo, los chicos juzgaron con agudeza la calidad de la vestimenta del dios, los saltos y los fuegos de artificio, y se sintieron invadidos por un temor reverente a causa de la extrañeza y el poder del acontecimiento. Después que el dios hubo pasado estuvieron largo tiempo sin decir nada, sentados en la brumosa luz del sol sobre el tejado, llenos de sueños. Eran niños que vivían entre los dioses cotidianos, y ahora habían visto pasar a uno de los dioses inusuales. Estaban contentos. Antes de no mucho, otro dios volvería a pasar por allí. El tiempo no es nada para los dioses.

A los quince años Havzhiva e Iyan Iyan se convirtieron en dioses juntos.

Los habitantes de Stse entre los doce y los quince años eran vigilados estrechamente; causaría un gran pesar y una vergüenza profunda y duradera que un niño de la casa, la familia, el linaje, el pueblo, cambiara de ser antes de tiempo y sin ceremonia. La virginidad era un estado sagrado que no debía abandonarse a la ligera; la actividad sexual era un estado sagrado que no debía iniciarse a la ligera. Se aceptaba que un chico se masturbase o tuviese algunas experiencias homosexuales, aunque no un emparejamiento homosexual; los adolescentes que formaban una pareja y aquellos sospechosos de intentar quedarse a solas con una chica eran sermoneados, intimidados y acosados continuamente por los hombres de mayor edad. Un hombre adulto que hiciera insinuaciones sexuales a una persona virgen de cualquier sexo podía perder su estatus profesional, su cargo religioso y sus derechos de familia.

El cambio de ser requería su tiempo. Los muchachos y las muchachas tenían que aprender a reconocer y controlar su fertilidad, que en la fisiología haini es una cuestión de decisión personal. La concepción no se produce, se hace. No puede ocurrir a menos que tanto el hombre como la mujer lo hayan escogido. A los trece años, los chicos empezaban a aprender la técnica de liberar deliberadamente un esperma muy potente. Las lecciones estaban llenas de advertencias, amenazas y reprimendas, si bien en realidad nunca se castigaba a los muchachos. Después de uno o dos años se hacían una serie de pruebas para comprobar la potencia alcanzada, un ritual de tránsito, espantoso, formal, extremadamente secreto, exclusivamente masculino. El hecho de pasar las pruebas era, por supuesto, motivo de gran orgullo; y no obstante Havzhiva, como la mayoría de los muchachos, llegó a estos ritos finales del cambio de ser cargado de aprensión, escondiendo el miedo bajo un hosco estoicismo.

Las muchachas recibían una preparación distinta. El pueblo de Stse creía que el ciclo fértil de una mujer le hacía más fácil saber cuándo y cómo concebir, y por eso el aprendizaje era mucho más sencillo. Los rituales de tránsito de las muchachas eran celebraciones, y tenían más de elogio que de vergüenza, despertaban la anticipación más que el miedo. Las mujeres llevaban años explicándoles, con demostraciones, lo que un hombre quería, cómo excitarlo, cómo mostrarle lo que una mujer quería. Durante este período de la formación, la mayoría de las muchachas preguntaban por qué no podían practicar las unas con las otras, y recibían severas reprimendas y sermones. No, no podían. Una vez que cambiaran de estado podrían hacer lo que les placiera, pero todos tenían que pasar a través de «la puerta doble» una vez.

Los ritos del cambio de ser se celebraban en cuanto los tutores de los jóvenes conseguían reunir un número igual de chicos y chicas de quince años del pueblo y sus granjas. A menudo había que tomar prestado un muchacho o una muchacha de alguno de los pueblos emparentados para igualar el número o para emparejar los linajes correctamente. Vestidos y enmascarados con suntuosidad, en silencio, los participantes bailaban y eran honrados durante todo el día en la plaza y en la casa consagrada para la ceremonia. Al caer la tarde tomaban una comida ritual en silencio, y luego unos oficiantes enmascarados y silenciosos los separaban por parejas. Muchos no se quitaban las máscaras y escondían su miedo y su pudor tras ese sagrado anonimato.

Debido a que las gentes del Otro Cielo solo tenían relaciones sexuales con los Original y los Cable Enterrado y ellos eran los únicos miembros de esos linajes en el grupo, Iyan Iyan y Havzhiva sabían que los emparejarían. Se reconocieron en cuanto empezó el baile. Cuando los dejaron solos en la habitación consagrada, se quitaron las máscaras al mismo tiempo. Los ojos de ambos se encontraron. Apartaron la mirada.

Habían estado separados casi todo el tiempo los pasados dos años, y separados por completo los últimos meses. Havzhiva había

dado un estirón y ya era casi tan alto como ella ahora. Los dos vieron a un extraño. Decorosos y serios, se acercaron el uno al otro, ambos pensando «Vamos a ver qué pasa». Se tocaron, y ese dios entró en ellos y se convirtió en ellos; el dios para el que ellos eran el umbral, el significado del que ellos eran la palabra. Fue un dios torpe al principio, sin tacto, pero se fue haciendo cada vez más feliz.

Cuando abandonaron la casa consagrada al día siguiente, ambos fueron a casa de Iyan Iyan.

–Havzhiva vivirá aquí –dijo Iyan Iyan, como una mujer tenía derecho a decir. Toda la familia de ella dio la bienvenida a Havzhiva y nadie pareció sorprendido.

Cuando él fue a recoger sus ropas a la casa de su abuela, nadie pareció sorprendido tampoco, todos lo felicitaron, una vieja tía de Etsahin hizo algunas bromas embarazosas, y su padre dijo:

–Eres un hombre de esta casa ahora; regresa para la cena.

De modo que dormía con Iyan Iyan en la casa de esta, desayunaba allí, cenaba en su propia casa, guardaba su ropa de diario en la casa de ella y las ropas de baile en la suya, y continuaba con su educación, que ahora se centraba casi exclusivamente en tejer alfombras en los telares eléctricos y en conocer la esencia del cosmos. Iyan Iyan y él jugaban en el equipo adulto de fútbol.

Havzhiva empezó a ver más a su madre porque, cuando cumplió los diecisiete, ella le preguntó si quería aprender las rutinas del Sol con ella, los ritos y protocolos del comercio, el arreglo de intercambios justos entre los granjeros de Stse y el comercio con otros pueblos de los linajes y con extranjeros. Los rituales se aprendían de memoria; los protocolos, con la práctica. Havzhiva iba con su madre al mercado, a las granjas aisladas y, cruzando la bahía, a los pueblos del continente. Se había empezado a sentir descontento con los telares, que llenaban su mente con dibujos que no dejaban espacio para otras cosas fuera de ellos. Los viajes eran bienvenidos; el trabajo, interesante, y admiraba la autoridad, la inteligencia y el tacto de Tovo. Escucharlos a ella y a un grupo de viejos mercaderes y gente del Sol manejando un acuerdo era la

verdadera educación. Ella no lo forzaba a intervenir: Havzhiva jugaba un papel menor en esas negociaciones. El aprendizaje de ocupaciones complicadas como los asuntos relacionados con el Sol llevaba años, y había otros, mayores que él, que llevaban más tiempo aprendiendo. Sin embargo, Tovo estaba orgullosa de él.

–Tienes habilidad para persuadir –le dijo a Havzhiva una tarde mientras navegaban de vuelta a casa surcando el agua dorada, viendo los tejados de Stse materializarse entre la bruma y la luz del sol poniente–. Podrías heredar el Sol, si quisieras.

«¿Lo quiero?», se preguntó Havzhiva. No hubo más respuesta en él que una sensación de oscuridad y debilidad que no pudo interpretar. El trabajo le gustaba: no tenía normas rígidas, lo llevaba fuera de Stse, entre extranjeros, y a él le gustaba eso. Lo obligaba a hacer algo que no sabía cómo hacer, y eso le gustaba.

–La mujer que vivió con tu padre viene de visita –dijo Tovo.

Havzhiva meditó. Granito no se había casado nunca. Las mujeres que habían dado a luz a los hijos que él había engendrado siempre habían vivido en Stse. No preguntó nada, pues un silencio cortés es la manera adulta de decir que uno no entiende.

–Eran jóvenes. No tuvieron hijos –explicó su madre–. Después, ella se marchó. Se hizo historiadora.

–Ah –dijo Havzhiva con sorpresa y desconcierto.

Él nunca había oído de nadie que se hubiera hecho historiador. Nunca se le había ocurrido que una persona podía hacerse historiadora, como tampoco podía nadie convertirse en habitante de Stse. Uno nacía como era. Uno era lo que nacía.

El silencio cortés de Havzhiva tenía una intensidad desesperada, y a Tovo no le pasó desapercibido. Uno de sus talentos como profesora era saber cuándo una pregunta debía ser contestada. Calló.

Cuando la vela colgó lacia y el barco se deslizó entrando en el muelle construido sobre los fundamentos del vetusto puente, él preguntó:

–¿La historiadora es Original o Cable Enterrado?

–Cable Enterrado –dijo su madre–. ¡Oh, estoy anquilosada! ¡Los barcos son criaturas anquilosadas! –La mujer que los había cruzado, una barquera del linaje Hierba, puso los ojos en blanco pero no dijo nada en defensa de su dulce y flexible barquito.

–¿Va a venir uno de tus parientes? –le preguntó Havzhiva a Iyan Iyan aquella noche.

–Ah, sí, ella lo templó. –Iyan Iyan quería decir que se había recibido un mensaje en el centro de información de Stse que había sido transmitido al grabador de su casa–. Mi madre me ha contado que hace tiempo vivía en tu casa. ¿A quién has visto en Etsahin hoy?

–Solo a alguna gente del Sol. ¿Tu pariente es historiadora?

–Gente loca –dijo Iyan Iyan con indiferencia, y se sentó desnuda sobre el desnudo Havzhiva y le masajeó la espalda.

La historiadora llegó al fin, una mujer menuda de unos cincuenta años llamada Mezha. Cuando Havzhiva la encontró, vestía las ropas de Stse y estaba desayunando con los demás. Tenía ojos brillantes y era alegre, aunque no locuaz. Nada en ella indicaba que había roto el contrato social, que había hecho cosas que una mujer no hace, que había ignorado su linaje y se había convertido en otra clase de ser. Por lo que él sabía, estaba casada con el padre de sus hijos y tejía en los telares y castraba animales. Sin embargo nadie la evitaba, y después del desayuno los ancianos del pueblo se la llevaron para celebrar la ceremonia del viajero que regresa, como si todavía fuera uno de ellos.

Havzhiva pensaba en la mujer y se preguntaba qué había hecho. Anduvo interrogando a Iyan Iyan sobre ella hasta que esta estalló:

–No sé lo que hace, no sé lo que piensa. Los historiadores están locos. ¡Pregúntale tú!

Cuando Havzhiva se dio cuenta de que tenía miedo de hacerlo, sin motivo aparente, comprendió que se hallaba en presencia de un dios que requeriría algo de él. Subió a uno de los sitiales, túmulos de piedra levantados en las alturas que dominaban el pueblo. A sus pies, bajo los acantilados, se acurrucaban los techos de tejas negras

y las paredes blancas de Stse, y los tanques de irrigación brillaban como la plata entre campos y huertos. Más allá de la tierra labrada se extendían las inmensas marismas. Estuvo allí sentado el día entero, en silencio, mirando el mar y escrutando su alma. Regresó a su propia casa y durmió allí. Cuando se presentó en casa de Iyan Iyan para el desayuno, ella lo miró y no dijo nada.

–Estaba ayunando –dijo él.

Ella se encogió de hombros.

–Pues entonces, come –dijo, y se sentó junto a él. Después del desayuno se fue a trabajar. Havzhiva no, a pesar de que lo esperaban en los telares.

–Madre de Todos los Niños –le dijo a la historiadora, dándole el título más respetuoso que un hombre de un linaje puede dar a una mujer de otro–, hay cosas que no sé y tú sabes.

–Lo que sé lo compartiré contigo de buen grado –dijo ella, con la fórmula tan a punto como si hubiese vivido allí toda la vida. Entonces sonrió y se anticipó a la siguiente pregunta ritual de Havzhiva–. Aquello que me ha sido dado yo lo doy también –dijo, lo que significaba que no era cuestión de pago ni obligación–. Ven, vayamos a la plaza.

Todo el mundo en Stse va a la plaza para hablar, y se sienta en las escaleras o en la fuente o, en los días calurosos, bajo los soportales, y mira cómo otros van y vienen y se sientan y hablan. Era quizá un poco más público de lo que Havzhiva hubiese querido, pero obedeció a su dios y a su maestra.

Se sentaron en un hueco de la amplia base de la fuente y conversaron, saludando a los que pasaban, a cada frase o dos, con una inclinación de cabeza o una palabra.

–¿Por qué...? –empezó a preguntar Havzhiva, y se detuvo.

–¿Por qué me marché? ¿A dónde fui? –Ella ladeó la cabeza, los ojos brillantes como los de un araha, para comprobar que aquellas eran las preguntas para las que él quería respuesta–. Sí. Bien, yo quería con locura a Granito, pero no teníamos hijos y él deseaba uno... Eres igual que él entonces. Me gusta mirarte... Yo no me

sentía feliz. Nada de lo que había aquí me satisfacía. Y sabía hacer todas las cosas que se podían hacer. O eso creía.

Havzhiva asintió.

–Trabajaba en el templo. Leía los mensajes que se recibían o los que pasaban y me preguntaba de qué hablarían, y pensaba: «¡Todo eso está sucediendo en el mundo! ¿Por qué tendría que pasar el resto de mi vida aquí? ¿Por qué aprisionar mi mente?». Así que empecé a hablar con gente de otros lugares en el templo: quién eres, qué haces, cómo son las cosas ahí... Ellos me pusieron en contacto con un grupo de historiadores nacidos en los pueblos que buscaban gente como yo, para asegurarse de que no perdían el tiempo ni ofendían a ningún dios.

Este lenguaje era completamente familiar para Havzhiva, que asintió de nuevo, atento.

–Pregunté. Me preguntaron. Los historiadores suelen actuar así. Me enteré de que tenían escuelas y pregunté si yo podría ir a una de ellas. Algunos vinieron aquí y hablaron conmigo y mi familia y la gente del pueblo, para averiguar si habría dificultades en caso de que yo me fuera. Stse es un pueblo conservador. No había habido un historiador de aquí desde hacía cuatrocientos años.

Sonrió; la mujer tenía una sonrisa pronta y contagiosa, pero el joven escuchaba con una seriedad profunda e inalterable. Lo miró con ternura.

–La gente de aquí estaba muy preocupada, pero nadie se enfadó. Así que después de discutirlo me fui con ellos. Volamos a Kathhad, hay una escuela allí. Yo tenía veintidós años y empecé a educarme de nuevo. Cambié de ser. Aprendí a ser historiadora.

–¿Cómo? –preguntó Havzhiva tras un largo silencio.

Ella respiró hondo.

–Haciendo preguntas difíciles –contestó–. Como haces tú ahora... Y renunciando a todo lo que sabía... arrojándolo lejos.

–¿Cómo? –volvió a preguntar él, frunciendo el ceño–. ¿Por qué?

–De esta manera. Cuando partí yo sabía que era una mujer Cable Enterrado. Una vez allí tuve que olvidar ese saber. Allí yo no

soy una mujer Cable Enterrado; soy una mujer. Puedo tener relaciones sexuales con quien yo elija, puedo dedicarme a la profesión que prefiera. El linaje importa aquí, pero no allí. Tiene significado aquí, y una utilidad. Pero no tiene significado ni utilidad en ningún otro lugar del universo. –Ella estaba tan encendida como él ahora–. Hay dos clases de saber, local y universal. Hay dos clases de tiempo, local e histórico.

–¿Existen dos clases de dioses?

–No –dijo ella–. No hay dioses allá. Los dioses están aquí.

La mujer observó cómo cambiaba la expresión de Havzhiva. Un rato después ella continuó:

–Allá hay almas. Muchas, muchas almas, mentes, mentes llenas de saber y pasión. Vivas y muertas. Gentes que vivieron en esta tierra hace cien, mil, diez mil años. Mentes y almas de gentes de mundos a cien años luz de este, todos ellos con su propio saber, su propia historia. El mundo es sagrado, Havzhiva. El cosmos es sagrado. Ese es un saber que no tengo que olvidar jamás. Todo lo que he aprendido, aquí y allí, solo lo amplía. No hay nada que no sea sagrado. –Hablaba con voz lenta y queda, como muchos hablaban en el pueblo–. Puedes elegir lo que es sagrado localmente o la santidad más amplia. Al fin son la misma cosa. Aunque no en la vida que uno vive. «Saber que se puede elegir es tener que elegir: cambiar o permanecer; río o roca.» Los pueblos son la roca; los historiadores, el río.

–Las rocas forman el lecho del río –dijo él tras un silencio.

Ella rio. Su mirada volvió a posarse en él, apreciativa y afectuosa.

–Por eso vine a casa –dijo–. Para descansar.

–Pero tú no... tú ya no eres una mujer de tu linaje.

–Sí aquí. Todavía. Siempre.

–Pero tú cambiaste de ser. Tú volverás a marcharte.

–Sí –dijo ella con decisión–. No somos una sola clase de ser. Y yo tengo trabajo que hacer allí.

Havzhiva sacudió la cabeza, más despacio, aunque con igual decisión.

–¿De qué sirve trabajar ajeno a los dioses? No tiene sentido para mí, Madre de Todos los Niños. No tengo cabeza para entenderlo.

Ella sonrió.

–Pienso que entenderás lo que elijas entender, Hombre de mi Pueblo –dijo, dirigiéndose a él formalmente para hacerle saber que era libre de marcharse cuando quisiera.

Él vaciló y luego se despidió de ella. Fue a trabajar y llenó su cabeza y su mundo con los grandes dibujos repetidos de las alfombras de los telares.

Esa noche compensó a Iyan Iyan con tanto ardor que ella acabó exhausta y un poco sorprendida. El dios había vuelto a ellos ardiente, devorador.

–Quiero un hijo –dijo Havzhiva mientras yacían fundidos, sudorosos, brazos y piernas y pechos y alientos mezclados todos en la oscuridad almizclada.

Iyan Iyan suspiró, poco dispuesta a hablar, decidir, resistir.

–Quizá... Más adelante... Pronto...

–Ahora –dijo él–, ahora.

–No –murmuró ella–. Calla.

Él guardó silencio. Ella dormía. Más de un año después, cuando tenían diecinueve años, Iyan Iyan le dijo antes de que apagase la luz:

–Quiero un hijo.

–Es demasiado pronto.

–¿Por qué? Mi hermano tiene casi treinta años. Y a su esposa le gustará tener un niño en la casa. En cuanto lo destete iré a dormir contigo a tu casa. Siempre dijiste que eso te gustaría.

–Es demasiado pronto –repitió él–. No quiero.

Ella se dio vuelta hacia él, abandonando el tono zalamero y razonable.

–¿Qué es lo que quieres, Havzhiva?

–No lo sé.

–Vas a marcharte. Vas a dejar al pueblo. Te estás volviendo loco. ¡Esa maldita bruja!

–No existen las brujas –dijo él con frialdad–. Eso son tonterías. Superstición.

Se miraron, los amigos, los amantes.

–Entonces, ¿qué es lo que te pasa? Si quieres volverte a tu casa, dilo. Si quieres a alguna otra mujer, ve con ella. ¡Pero podrías darme a mi hijo primero, ahora que te lo pido! ¿Es que has perdido tu araha? –Ella lo miró con los ojos llenos de lágrimas, feroces, inflexibles.

Havzhiva ocultó el rostro entre las manos.

–Nada va bien –dijo–. Nada va bien. Todo lo que hago tengo que hacerlo porque así es como se hace, pero... no tiene sentido... hay maneras distintas...

–Yo solo conozco una manera de vivir como es debido –dijo Iyan Iyan–. Y vivo de acuerdo con ella. Solo hay una forma de hacer un bebé. Si tú conoces una nueva, ¡puedes ir y hacerlo con otra! –Después de decir esto se echó a llorar convulsivamente, el miedo y la cólera acumulados durante meses brotaron al fin, y él la abrazó para calmarla y consolarla.

Cuando pudo hablar, ella apoyó la cabeza en él y con voz débil y ronca, desolada, dijo:

–Para tenerlo cuando tú te vayas, Havzhiva.

Al oír esto, Havzhiva lloró de vergüenza y compasión y susurró:

–Sí, sí. –Pero esa noche yacieron abrazados, tratando de consolarse, hasta que se durmieron como niños.

–Estoy avergonzado –dijo Granito con dolor.

–¿Fuiste tú quien hizo que esto ocurriese? –preguntó su hermana secamente.

–¿Cómo puedo saberlo? Quizá sí. Primero Mezha, ahora mi hijo. ¿Acaso he sido demasiado severo con él?

–No, no.

–Demasiado tolerante, entonces. No le enseñé bien. ¿Por qué se ha vuelto loco?

–No está loco, hermano. Deja que diga lo que pienso. Cuando era niño siempre preguntaba «por qué, por qué», como hacen los niños. Yo respondía: «Así es, así se hace». Él entendía. Pero su mente no tenía paz. Mi mente es así también, si me descuido. Cuando aprendía las rutinas del Sol siempre preguntaba: «¿Por qué así?, ¿por qué de esta manera y no de la otra?». Yo contestaba: «Porque en las cosas que hacemos a diario y en la manera como las hacemos representamos a los dioses». Él decía: «Entonces los dioses solo son lo que nosotros hacemos». Yo decía: «Los dioses están en lo que hacemos correctamente: ésa es la verdad». Sin embargo la verdad no lo satisfacía. Él no está loco, hermano, pero está lisiado. No puede caminar. No puede caminar con nosotros. Si un hombre no puede caminar, ¿qué tiene que hacer?

–Quedarse sentado y cantar –respondió Granito.

–¿Y si no puede quedarse sentado? Puede volar.

–¿Volar?

–Ellos tienen alas para él, hermano.

–Estoy avergonzado –dijo Granito, y ocultó el rostro entre las manos.

Tovo fue al templo y envió un mensaje para Mezha a Kathhad: «Tu alumno desea reunirse contigo». Había alguna malicia en las palabras. Tovo culpaba a la historiadora de haber alterado el equilibrio de su hijo, de descentrarlo hasta que, como ella decía, el alma del joven quedó lisiada. Y estaba celosa de la mujer que en pocos días había desbaratado las enseñanzas de años. Tovo se sabía celosa y no le importaba. ¿Qué importaban sus celos o la humillación de su hermano? Solo les quedaba lamentarse.

Mientras el barco para Daha se alejaba, Havzhiva miró atrás y vio Stse, una colcha de mil tonalidades de verde: las marismas, los

pastos, campos, setos, huertos; la ciudad gateando por los acantilados que la dominaban, paredes de granito pálido, paredes de estuco blanco, techos de tejas negras, muro sobre muro y tejado sobre tejado. Al aumentar la distancia pareció un pájaro marino posado allí, blanco y negro, un pájaro en el nido. Sobre el pueblo asomaron las cumbres de la isla, páramos grises y colinas altas y agrestes que desaparecían entre las nubes, y blancos ovillos de aves de las marismas en vuelo.

En el puerto de Daha, a pesar de que estaba más lejos de Stse de lo que nunca había estado y de que la gente tenía un acento extraño, se entendió con ellos y leyó las señales. Nunca antes había visto señales, pero su utilidad era evidente. Haciendo uso de ellas, encontró la sala de espera para el avión a Kathhad. La gente dormía en catres proporcionados por el puerto, arrebujados en sus propias mantas. Havzhiva encontró un catre vacío y se tendió envuelto en la manta que Granito había tejido para él años atrás. Después de una noche corta y extraña, entraron unas personas que llevaban frutas y bebidas calientes. Uno de ellos le dio el billete a Havzhiva. Los pasajeros no se conocían, eran todos extraños, mantenían los ojos bajos. Anunciaron los vuelos y todos salieron y se metieron en el aparato, el avión.

Havzhiva se obligó a mirar el mundo mientras caía bajo sus pies. Susurró el Canto de Permanencia, silencioso, continuo. El extraño de la silla contigua se unió a él.

Cuando el mundo empezó a ladearse y precipitarse hacia él, cerró los ojos y trató de seguir respirando.

Salieron del avión uno detrás de otro y bajaron a un espacio oscuro y llano donde estaba lloviendo. Mezha vino a él bajo la lluvia llamándolo por su nombre.

–¡Havzhiva, Hombre de mi Pueblo, bienvenido! Vamos. Hay un lugar para ti en la Escuela.

KATHHAD Y VE

Después de tres años en Kathhad, Havzhiva había aprendido muchas cosas que lo angustiaban. El viejo saber era difícil, pero no angustioso. Era todo paradoja y mito, y tenía sentido. El nuevo saber era todo hechos y razón, y no tenía sentido.

Por ejemplo, sabía ahora que los historiadores no estudiaban historia. No había mente humana capaz de abarcar la historia de Hain: tres millones de años de historia. Los sucesos de los dos primeros millones de años, las Eras Antiguas, como las capas de una roca metamórfica, estaban tan comprimidos, tan deformados por el peso de los milenios siguientes y sus infinitos sucesos, que uno solo podía reconstruir las generalidades más superficiales a partir de los escasos vestigios que quedaban. Y si uno tenía la oportunidad de encontrar un documento con diez mil años de antigüedad milagrosamente conservado, ¿qué sucedía entonces? Un rey gobernaba en Azbahan; el Imperio cayó en manos de los infieles; un cohete de fusión había aterrizado en Ve... Pero había habido incontables reyes, imperios, invenciones, mil millones de vidas vividas en millones de países, monarquías, democracias, oligarquías, anarquías, edades de caos y edades de orden, panteón sobre panteón de dioses, infinitas guerras y períodos de paz, continuos descubrimientos y olvidos, innumerables horrores y triunfos, una repetición infinita de novedades continuas. ¿De qué sirve tratar de describir el curso de un río en un momento determinado y después en el siguiente, y luego el siguiente, y el siguiente? Uno se cansa. Uno dice: «Hay un gran río que fluye a través de esta tierra, y lo hemos llamado Historia».

Para Havzhiva saber que su vida, cualquier vida, no era más que un parpadeo de luz momentáneo sobre la superficie de ese río era a veces angustioso, a veces tranquilizador.

La dedicación principal de los historiadores era explorar, de una manera pausada y tolerante, el tramo y momento local del río. Hain había vivido durante varios miles de años en un período sin interés marcado por la coexistencia de pequeñas sociedades autónomas y estables, llamadas actualmente pueblos, con una tecnología

avanzada y una red poco densa de ciudades y centros de comunicaciones, llamados templos. Muchas de las personas de los templos, los historiadores, se pasaban la vida viajando y reuniendo información sobre los otros planetas habitados del cercano Brazo de Orión, colonizado por sus antepasados dos millones de años antes, durante las Eras Antiguas. No admitían para estos contactos y exploraciones otro motivo que la curiosidad y un sentimiento de compañerismo. Estaban poniéndose en contacto con parientes perdidos hacía largo tiempo. Ellos nombraban a esta gran red de mundos con una palabra alienígena, Ecumen, que significa «el hogar».

Ahora Havzhiva sabía que todo lo que había aprendido en Stse, todos los conocimientos que había tenido, podía ser etiquetado: «Cultura pueblo típica de la costa noroccidental del continente sur». Sabía que las creencias, costumbres, sistemas de parentesco, tecnologías y pautas de pensamiento de los diferentes pueblos eran muy distintas entre sí, extremadamente distintas, totalmente estrafalarias –tan estrafalarias como las de Stse–, y sabía que tales sistemas podían encontrarse en cualquier mundo conocido que tuviese una población humana distribuida en grupos pequeños y estables con una tecnología adaptada al medio, una tasa de natalidad baja y constante y una vida política basada en el consenso.

Al principio saber eso lo había perturbado profundamente: le causaba dolor, vergüenza y rabia. Primero pensó que los historiadores no compartían sus conocimientos con los pueblos, luego que los pueblos evitaban que su población participara de ese saber. Él acusó; sus maestros negaron. «No –dijeron–. Te enseñaron que ciertas cosas eran verdaderas, o necesarias, y esas cosas son verdaderas y necesarias, son el saber local de Stse.»

«¡Esas son creencias infantiles e irracionales!», dijo él. Ellos lo miraron, y él comprendió que había dicho algo infantil e irracional.

El saber local no es un saber parcial, dijeron. Existen diferentes formas de saber, cada una con sus propias cualidades, castigos y premios. El saber histórico y el saber científico son una forma de

conocimiento que, igual que el saber local, hay que aprender. La forma de saber del Hogar no se enseña en los pueblos, pero nadie te la ocultaba, ni tu gente ni nosotros. Cualquiera en cualquier lugar de Hain tiene acceso a toda la información en el templo.

Eso era cierto, él sabía que era cierto. Podría haber averiguado por sí mismo, en las pantallas del templo de Stse, todo lo que estaba aprendiendo ahora. Algunos de sus compañeros de estudios que venían de otros pueblos habían aprendido por sí mismos a través de las pantallas, y habían abrazado la historia sin haber conocido jamás a un historiador.

De todos modos, los libros, que eran el cuerpo de la historia, la realidad imperecedera de ella, apenas existían en Stse, y la cólera de Havzhiva buscó allí justificación. «¡Ustedes se guardan los libros, todos los libros, en la biblioteca de Hain!» «No –decían ellos con mansedumbre–. Los pueblos eligen no tener muchos libros. Prefieren el saber vivo, transmitido oralmente o a través de las pantallas, el saber que pasa de aliento a aliento, de una mente viva a otra. ¿Renunciarás a lo que aprendiste de ese modo? ¿Acaso vale menos o es inferior a lo que has aprendido aquí de los libros? Hay más de una forma de saber», decían los historiadores.

Para el tercer año, Havzhiva había decidido que había más de una clase de personas. Los pueblanos, que aceptaban que la existencia es en esencia arbitraria, enriquecían el mundo intelectual y espiritualmente. Aquéllos que no se sentían satisfechos con el misterio era probable que fuesen útiles como historiadores, y que enriquecieran el mundo intelectual y materialmente.

Mientras tanto, se había acostumbrado a la gente que no tenía linaje, familia ni religión. A veces se decía a sí mismo con satisfacción: «¡Soy un ciudadano de la historia, de los millones de años de la historia haini, y mi nación es toda la galaxia!». Otras veces se sentía diminuto y miserable, y dejaba los libros y las pantallas e iba en busca de la compañía de sus compañeros de estudios, sobre todo las mujeres jóvenes, que eran tan amistosas, tan sociables.

A los veinticuatro años, Havzhiva, o Zhiv, como lo llamaban ahora, llevaba ya un año en las Escuelas Ecuménicas de Ve.

Ve, el planeta que seguía a Hain, había sido colonizado hacía eones, el primer paso de la vasta expansión haini de las Eras Antiguas. Durante muchas fases funcionó como satélite asociado de las civilizaciones hainis; en ese momento lo habitaban exclusivamente historiadores y alienígenas.

Según su política actual (esto es, la mantenida al menos durante los últimos cien mil años) de no desnaturalizar, los hainis han dejado que Ve recupere el frío, la sequedad y la desolación que le son propios: un clima dentro del umbral de tolerancia humana, pero que con seguridad solo complace a quienes proceden del altiplano terrano o de las tierras altas de Chiffevar. Zhiv estaba recorriendo a pie este austero paisaje con su compañera, amiga y amante Tiu.

Se habían conocido dos años atrás, en Kathhad. En ese entonces Zhiv aún disfrutaba de tener acceso a todas las mujeres y de que todas las mujeres tuviesen acceso a él, una libertad que había descubierto de forma muy gradual y sobre la que Mezha le había advertido amablemente. «Llegarás a pensar que no hay reglas –dijo ella–. Pero siempre hay reglas.» Él había tenido conciencia sobre todo de su cada vez más audaz y despreocupada transgresión de lo que habían sido las reglas. No todas las mujeres querían sexo, y no todas las mujeres querían sexo con los hombres, como muy pronto descubrió, pero a pesar de eso seguía habiendo infinitas posibilidades. Descubrió que lo consideraban atractivo. Y ser haini era una ventaja definitiva con las mujeres alienígenas.

La alteración genética que permitía que los hainis controlaran su fertilidad no era un simple empalme de genes, implicaba una profunda y radical reconstrucción de la fisiología humana, y probablemente había tardado unas veinticinco generaciones en fijarse –eso dicen los historiadores de Hain, que creen conocer, en términos generales, los estadios que esa transformación debió de seguir–. Fuera como fuese que lo consiguieron los antiguos hainis,

no lo compartieron con sus colonos. Dejaron que las poblaciones de sus mundos colonia se las ingeniaran para resolver por sí mismas el Primer Problema Heterosexual. Estas soluciones habían sido diversas e ingeniosas; pero en todos los casos, hasta el momento, para evitar la concepción uno tenía que hacer algo o que le hicieran algo, o tomar alguna cosa o usar alguna cosa... a menos que uno tuviese relaciones sexuales con un haini.

Zhiv se sintió ultrajado cuando una chica de Beldene le preguntó si estaba seguro de que no la dejaría embarazada. «¿Cómo puedes saberlo? –dijo ella–. Quizá sería mejor que tomara una pastilla para estar más segura.» Insultado en lo más vivo de su hombría, Zhiv se deshizo del abrazo, dijo «Quizá lo más seguro es que no estés conmigo», y se marchó. Por fortuna, nadie más volvió a cuestionar su integridad, y él continuó felizmente por ese camino hasta que conoció a Tiu.

Ella no era una alienígena. Zhiv había buscado mujeres de otros mundos, porque dormir con alienígenas añadía exotismo a la transgresión, o, según él, era un enriquecimiento del saber que todo historiador debía buscar. Sin embargo, Tiu era haini. Había nacido y crecido en Darranda, como sus antepasados antes que ella. Era una niña de los historiadores como él era un niño del pueblo. Él descubrió muy pronto que ese vínculo y esa división eran mucho más que simplemente sentirse extranjero, que la oposición entre ellos era verdadera diferencia, y que su semejanza era verdadera afinidad. Ella era la nación en busca de la cual él había abandonado su propia nación. Ella era lo que él buscaba ser. Ella era lo que él buscaba.

Lo que Tiu tenía –así le parecía a él– era un equilibrio perfecto. Cuando estaba con ella sentía que por primera vez en su vida estaba aprendiendo a andar. A andar como ella lo hacía: sin esfuerzo, sin tener conciencia de sí misma, como un animal, y sin embargo consciente, cautelosa, conocedora de todo aquello que podía desequilibrarla y utilizándolo como el funambulista utiliza su larga percha... «Esta –pensaba él–, esta es una habitante en verdad libre

de pensamiento, esta es una mujer libre para ser completamente humana, con esa moderación y esa gracia perfectas.»

Havzhiva era absolutamente feliz cuando estaba con ella. Durante mucho tiempo él no pidió más que eso, estar con ella. Y durante mucho tiempo ella se mostró recelosa de él, amable pero distante. Él pensaba que ella tenía todo el derecho a mantener las distancias. Un chico del pueblo, un hombre que no podía decir quién era su padre o su tío... Él sabía lo que era, allí, a los ojos de los malévolos y los inestables. A pesar de su vasto conocimiento sobre las distintas formas de la existencia humana, los historiadores conservaban la vasta capacidad humana para la intolerancia. Tiu no tenía esos prejuicios, pero ¿qué podía ofrecerle él? Ella lo tenía y lo era todo. Ella estaba completa. ¿Por qué habría de fijarse en él? Si ella solo le permitía mirarla, estar con ella, él se conformaría con eso.

Ella lo miraba, Zhiv le gustaba, la atraía y la asustaba a la vez. Veía también cuánto la deseaba él, cuánto la necesitaba, de qué manera la había convertido en el centro de su vida sin saberlo siquiera. Eso no podía funcionar. Trató de ser fría, de alejarlo. Él obedeció, no suplicó, se mantuvo alejado.

Pero quince días después él fue a ella y le dijo:

–Tiu, no puedo vivir sin ti. –Y sabiendo que él estaba diciendo la verdad, ella contestó:

–Entonces vivamos un tiempo juntos. –Pues había echado de menos la pasión que llenaba el aire cuando él estaba presente. Todos los demás parecían tan insípidos, tan equilibrados.

El galanteo les proporcionó un deleite inmediato, inmenso y continuo. Tiu estaba sorprendida de sí misma, de su obsesión por Zhiv, por dejar que él la arrastrara tan lejos de su órbita. Nunca había esperado adorar a nadie, y mucho menos que la adoraran a ella. Había llevado una vida ordenada, en la que los controles eran individuales e internos, no sociales y externos como había sido la vida de Zhiv en Stse. Tiu sabía lo que quería ser y hacer. Se había marcado una dirección, un norte, que seguiría siempre. El primer

año que pasaron juntos fue una serie de continuas variaciones y cambios en la relación, una especie de excitante danza amorosa, impredecible y extática. De una forma muy gradual, ella empezó a resistir la tensión, la intensidad, el éxtasis. Era delicioso, pero no estaba bien, pensaba. Ella quería seguir adelante. Esa dirección constante empezó a alejarla de él de nuevo; y entonces él luchó desesperadamente contra ella.

Eso era lo que estaba haciendo después de un largo día recorriendo el desierto de Asu Asi en Ve, en el interior de la milagrosamente cálida tienda guedeniana. Un viento seco y gélido gemía entre los acantilados de piedra carmesí que se cernían sobre ellos, acantilados que los eternos vientos habían pulido hasta que brillaron como el nácar y en los que una civilización extinguida había tallado las líneas de una vasta geometría.

Podrían haber sido hermano y hermana, sentados en el brillo incandescente de la estufa chabe: el mismo color rojo bronce de la piel, el mismo cabello grueso, liso y negro, la misma constitución ligera y compacta. Los movimientos y la voz decorosos y reposados de Zhiv contrastaban con la respuesta articulada, más rápida, más viva de ella.

Sin embargo, Tiu hablaba despacio ahora, casi con ceremoniosidad.

–No me obligues a elegir, Zhiv –decía–. Desde que empecé a estudiar en las Escuelas he querido ir a Terra. Desde antes. Desde que era niña. Toda mi vida. Ahora me ofrecen lo que quiero, lo que me ha costado tanto conseguir. ¿Cómo puedes pedirme que lo rechace?

–No te pido eso.

–Pero quieres que lo aplace. Si lo hago, puedo perder la oportunidad para siempre. Probablemente no. Pero ¿por qué arriesgarse... solo por un año? ¡Tú puedes seguirme al año siguiente!

Él no dijo nada.

–Si quieres, naturalmente –añadió ella con frialdad. Tiu siempre estaba dispuesta a renunciar a sus derechos sobre él. Quizá nunca había creído del todo en el amor que él sentía por ella. Ella no se creía adorable ni digna de la apasionada lealtad de Zhiv. En realidad la asustaba, se sentía insuficiente, falsa. Su amor propio era puramente intelectual. «Me has convertido en una diosa», le había dicho una vez, y no comprendió cuando él respondió con una seriedad feliz: «Los dos hacemos al dios».

–Lo siento –dijo él–. Es una manera distinta de razonar. Superstición, si quieres. No puedo evitarlo, Tiu. Terra está a ciento cuarenta años de luz de aquí. Si te vas, cuando llegues allí, yo estaré muerto.

–¡No lo estarás! ¡Habrás vivido otro año aquí, estarás en camino hacia allá, llegarás un año después que yo!

–Ya lo sé. Incluso en Stse aprendemos eso –dijo él con paciencia–. Pero soy supersticioso. Moriremos el uno para el otro si te vas. Incluso en Kathhad aprendiste eso.

–No, no. Eso no es cierto. ¿Cómo puedes pedirme que renuncie a esta oportunidad por lo que tú mismo admites que es pura superstición? ¡No seas injusto, Zhiv!

Después de un largo silencio, él asintió.

Ella se sentó, afligida, comprendiendo que había vencido. Había vencido con un golpe bajo.

Tiu lo abrazó, tratando de consolarlo y de consolarse. La asustaba la oscuridad de él, su pena, su muda aceptación de la traición. Pero no era una traición, ella rechazó la palabra al instante. Ella no lo traicionaría. Estaban enamorados. Se amaban. Él la seguiría en un año, en dos como mucho. Eran adultos y no tenían por qué aferrarse el uno al otro como niños. Las relaciones adultas se basaban en la libertad y la confianza mutuas. Tiu se dijo todas estas cosas mientras se las decía a él. Zhiv dijo sí, y la abrazó y la consoló. Esa noche Zhiv yació insomne en el silencio absoluto del desierto, la sangre agolpándosele en los oídos, y pensó: «Ha muerto antes de nacer. Nunca fue concebido».

Continuaron viviendo juntos en el pequeño apartamento que compartían en la Escuela las pocas semanas que le quedaban a Tiu antes de partir. Hicieron el amor con cautela, con gentileza, hablaron de historia, economía y etnología, se mantuvieron activos. Tiu tenía que prepararse para trabajar con el equipo con el que viajaba, estudiando el concepto terrano de jerarquía; Zhiv tenía que escribir un trabajo sobre la generación de energía social en Werel. Trabajaron duro. Los amigos dieron una gran fiesta de despedida para Tiu. Al día siguiente Zhiv la acompañó a Puerto Ve. Ella lo besó y abrazó, diciéndole que se apresurase, que se apresurase y fuese a Terra. Él la vio embarcarse en el avión que la llevaría a la nave nafal que esperaba en órbita. Volvió al apartamento en el Campus Sur de la Escuela. Allí lo encontró un amigo tres días más tarde, sentado a la mesa de trabajo en un estado extraño: no se movía, hablaba poco y con dificultad y era incapaz de comer o beber. Habiendo nacido en un pueblo, el amigo reconoció ese estado e hizo venir al hechicero (los hainis no los llaman médicos). Después de averiguar que Zhiv era de uno de los pueblos sureños, el hechicero dijo:

–¡Havzhiva! ¡El dios no puede morir en tu interior aquí!

Tras un largo silencio el joven habló con una voz queda que no sonó como la suya:

–Tengo que volver a casa.

–Eso no es posible ahora –dijo el hechicero–. Pero podemos organizar un Canto de Permanencia mientras encuentro a una persona capaz de hablar al dios.

El hechicero hizo un llamamiento urgente a estudiantes que fuesen expueblanos del sur. Cuatro respondieron. Pasaron toda la noche sentados con Havzhiva, cantando el Canto de Permanencia en dos lenguas y cuatro dialectos, hasta que Havzhiva se les unió en un quinto dialecto, musitando las palabras con voz ronca, y al fin se desplomó y durmió treinta horas seguidas.

Se despertó en su propia habitación. Una anciana mantenía una conversación con alguien inexistente junto a él.

–Tú no estás aquí –dijo ella–. No, estás equivocado. No puedes morir aquí. No estaría bien, sería un gran error, y lo sabes. Este es el lugar equivocado. Esta es la vida equivocada. ¡Lo sabes! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Te has extraviado? ¿Quieres saber el camino a casa? Aquí está. Escucha. –La mujer empezó a cantar con una voz frágil y aguda una canción casi discordante, casi sin palabras, que le resultó familiar a Havzhiva, como si la hubiese escuchado hacía mucho tiempo. Volvió a dormirse mientras la mujer reanudaba su conversación con alguien inexistente.

Cuando volvió a despertarse ella ya no estaba. Havzhiva nunca supo quién era o de dónde venía la mujer; nunca lo preguntó, pero había hablado y cantado en la lengua de él, en el dialecto de Stse.

Ya no estaba a las puertas de la muerte, pero todavía estaba muy enfermo. El hechicero lo envió al hospital de Tes, el lugar más hermoso de todo Ve, un oasis donde las fuentes termales y las colinas protectoras creaban un clima local templado que permitía que crecieran bosques y flores. Había senderos sinuosos que serpenteaban bajo grandes árboles, lagos de aguas templadas donde uno podía nadar para siempre, pequeños estanques brumosos de donde los pájaros emprendían el vuelo gritando, manantiales amortajados por el vapor y mil cascadas cuyas voces son el único sonido de la noche. Allí lo enviaron para que se recuperase.

Después de unos veinte días en Tes, Havzhiva empezó a hablar para su anotador; se sentaba al sol ante la puerta de su cabaña, en un claro de pastos y helechos, y hablaba en voz baja consigo mismo mediante la pequeña grabadora.

–Lo que seleccionas para contar tu historia es menos que nada –dijo, contemplando las ramas de los viejos árboles recortarse oscuras contra el cielo–. Aquello a partir de lo que construiste tu mundo, tu mundo local, inteligible, racional, coherente, es menos que nada. Y así, toda selección es arbitraria. Todo conocimiento es parcial, infinitesimalmente parcial. La razón es una red arrojada a un océano. La verdad que puede atraparse con ella es solo un

fragmento, un vislumbre, un centelleo de la verdad completa. Todo el conocimiento humano es local. Toda vida, toda vida humana, es local y arbitraria, el momentáneo e infinitesimal centelleo de un reflejo de... –La voz de Havzhiva calló; el silencio del claro entre los grandes árboles continuó.

Después de cuarenta y cinco días, regresó a la Escuela. Tomó otro apartamento. Cambió de campo, dejando las ciencias sociales, el campo de Tiu, por la formación para el servicio ecuménico, muy relacionada intelectualmente aunque encaminada hacia otro tipo de trabajo. El cambio prolongaría su estancia en la Escuela al menos un año, después del cual, si destacaba, podría aspirar a un puesto en el Ecumen. Trabajó duro, y dos años después, a la manera educada de los concilios ecuménicos, le preguntaron si querría ir a Werel. Él aceptó. Sus amigos dieron una gran fiesta de despedida para él.

–Creía que tenías el propósito de ir a Terra –dijo una de sus compañeras menos discretas–. Todo eso de la guerra y la esclavitud y clases y castas y género... ¿no es historia terrana?

–Son hechos actuales en Werel –dijo Havzhiva.

Ya no era Zhiv. Había regresado del hospital como Havzhiva.

Alguien le dio un pisotón a la compañera inoportuna, pero ella no se dio por aludida.

–Creí que ibas a seguir a Tiu –dijo–. Pensé que era por eso por lo que no dormías con nadie. ¡Dios, si lo hubiese sabido! –Los otros pusieron mala cara, pero Havzhiva sonrió y la abrazó como si se disculpara.

En la mente de Havzhiva todo estaba muy claro. De la misma manera que él había traicionado y abandonado a Iyan Iyan, Tiu lo había traicionado y abandonado a él. No había vuelta atrás ni tampoco podía continuar adelante. Tenía, entonces, que desviarse. Aunque era uno de ellos, ya no podía vivir con la gente del pueblo; aunque se había convertido en uno de ellos, no quería vivir con los historiadores. Así pues, solo podía vivir entre alienígenas.

Había echado a perder cualquier oportunidad de tener un poco de alegría, pensaba él, y por eso no la esperaba. Pero sabía que las

dos largas y profundas disciplinas que habían llenado su vida, la de los dioses y la de la historia, le habían dado un conocimiento poco corriente que quizá fuese útil en algún lugar; y sabía también que el empleo correcto del saber satisface.

El hechicero fue a visitarlo el día anterior a su partida, le hizo un control de rutina y luego estuvo un rato sentado sin decir nada. Havzhiva se sentó con él. Se había acostumbrado al silencio hacía mucho tiempo, y a veces olvidaba que no era habitual entre los historiadores.

–¿Qué ocurre? –le preguntó el hechicero. Por el tono meditabundo, parecía ser una pregunta retórica; de todos modos, Havzhiva no contestó.

–Por favor, ponte de pie –dijo el hechicero, y cuando Havzhiva lo hizo, añadió–: Camina un poco. –Él dio unos pasos; el hechicero lo observaba–. Estás un poco desequilibrado –dijo al fin–. ¿Lo sabías?

–Sí.

–Podemos cantar juntos el Canto de Permanencia esta noche si quieres.

–No pasa nada –dijo Havzhiva–. Siempre he estado desequilibrado.

–No hay necesidad de que lo estés –dijo el hechicero–. Por otra parte, quizá sea mejor así, ya que vas a Werel. Bien, pues, adiós por esta vida.

Se abrazaron ceremoniosamente, según la costumbre de los historiadores, sobre todo cuando sabían con absoluta certeza, como ahora, que no volverían a verse nunca más. Havzhiva tuvo que dar y recibir muchos abrazos ceremoniosos ese día. Al día siguiente embarcó en el *Terrazas de Darranda* y cruzó la oscuridad.

Yeowe

Durante el viaje de ochenta años luz a velocidad nafal, su madre murió, y su padre, e Iyan Iyan, todos los que él había conocido en Stse, todos los que conocía en Kathhad y Ve. Cuando la nave

aterrizó, ya llevaban años muertos. El niño que Iyan Iyan había concebido había vivido y envejecido y muerto.

Ese era un conocimiento con el que había vivido desde que viera a Tiu subir a la nave, abandonándolo a la muerte. Por el hechicero, las cuatro personas que habían cantado por él, la anciana y las cascadas de Tes, él había vivido; pero había vivido sabiendo eso.

Otras cosas habían cambiado además. Cuando Havzhiva partió de Ve, Yeowe, el planeta colonia de Werel, era un mundo de esclavos, un inmenso campo de trabajo. Cuando llegó a Werel, la guerra de Liberación había terminado, Yeowe había declarado su independencia y la institución de la esclavitud en el mismo Werel estaba empezando a desintegrarse.

Havzhiva anhelaba ser testigo de este terrible y magnífico proceso, pero la Embajada lo envió de inmediato a Yeowe. Un haini llamado Sohikelwenyanmurkeres Esdardon Aya le dio un consejo antes de partir.

–Si quiere peligro, es peligroso –le dijo–, y si le gusta la esperanza, es esperanzador. Werel está desintegrándose, mientras que Yeowe está tratando de formarse. No sé si tendrán éxito, pero le diré una cosa, Yehedarhed Havzhiva: hay grandes dioses sueltos en esos mundos.

Yeowe se había librado de sus jefes, propietarios, las Cuatro Corporaciones que habían explotado las vastas plantaciones de esclavos durante trescientos años; pero, aunque los treinta años de la guerra de Liberación habían pasado, la lucha no había terminado. Los caciques y señores de la guerra de entre los esclavos que habían subido al poder durante la Liberación ahora luchaban para mantener y extender su poder. Había facciones que habían batallado por la cuestión de si debían expulsar a todos los extranjeros del planeta para siempre o admitir a los alienígenas y unirse al Ecumen. Los aislacionistas habían sido derrotados en referéndum, y ahora había una nueva Embajada Ecuménica en la antigua capital colonial. Havzhiva pasó un tiempo aprendiendo «la lengua y los modales en

la mesa», como decían ellos. Entonces, la embajadora, una inteligente y joven terrana llamada Solly, lo envió al sur, a la región llamada Yotebber, que reclamaba reconocimiento.

«La historia es una infamia», pensó Havzhiva mientras el tren recorría el paisaje devastado del planeta.

Los capitalistas werelianos que colonizaron el planeta lo habían explotado, igual que a sus esclavos, con temeridad, sin conciencia, en una prolongada orgía por sacar beneficios. Lleva tiempo echar a perder un mundo, pero puede hacerse. La explotación minera a cielo abierto y el monocultivo habían desfigurado y agostado la tierra. Los ríos estaban contaminados, muertos. Unas inmensas tormentas de polvo ensombrecían el horizonte oriental.

Los jefes habían dirigido las plantaciones por la fuerza y el miedo. Durante más de un siglo solo habían traído esclavos masculinos, los explotaban hasta la muerte, e importaban nuevos esclavos frescos cuando era preciso. Las cuadrillas de trabajo en esos cercados exclusivamente masculinos se organizaron en jerarquías tribales. Al fin, cuando el precio de los esclavos y los costos del transporte subieron en Werel, la Corporación empezó a comprar siervas para la Colonia de Yeowe. En los dos siglos siguientes, la población de esclavos creció, y se fundaron ciudades de esclavos, «villas de activos» y «pueblos polvorientos», que se extendieron desde los antiguos cercados de las plantaciones. Havzhiva sabía que el movimiento de Liberación había surgido primero entre las mujeres de los cercados tribales, una rebelión contra la dominación masculina, antes de que se convirtiera en una guerra de todos los esclavos contra sus propietarios.

El lento tren se detenía en todas las ciudades: miles de chozas y cabañas, sin árboles, regiones enteras devastadas por los bombardeos o arrasadas por el fuego que aún no habían sido reconstruidas; fábricas, algunas en ruinas, otras en funcionamiento, aunque parecían antiquísimas, desvencijadas, vomitando humo. En cada estación cientos de personas bajaban del tren y cientos subían, como un enjambre, prometían a gritos sobornos a los mozos,

trepaban a los techos de los vagones y eran echados abajo brutalmente por guardias y policías uniformados. En el norte del largo continente, como en Werel, Havzhiva había visto muchas personas de piel negra, de un negro azulado; pero a medida que el tren se internaba en el sur cada vez hubo menos de estos, y finalmente en Yotebber la gente en los pueblos y en los desolados apartaderos tenía un color mucho más claro que el del propio Havzhiva, un color polvoriento y azulado. Estos eran los «polvorientos», los descendientes de un centenar de generaciones de esclavos werelianos.

Yotebber había sido uno de los primeros focos de la Liberación. Los jefes habían tomado represalias con bombas y gas venenoso; hubo miles de muertos. Ciudades enteras fueron quemadas para librarse de los cadáveres insepultos, humanos o animales. En la boca del gran río los cadáveres corrompidos se acumularon hasta formar un dique. Pero todo esto era ya pasado. Yeowe era libre, un nuevo miembro del Ecumen de los Mundos, y Havzhiva, en calidad de subenviado, iba a ayudar a las gentes de la Región de Yotebber a iniciar su propia nueva historia. O, desde el punto de vista de un haini, a reencontrarse con su historia ancestral.

En la estación de Yotebber fue recibido por una gran muchedumbre que se agitaba y aclamaba y gritaba detrás de unas barricadas controladas por soldados y policías; frente a las barricadas había una delegación de oficiales vestidos con túnicas espléndidas y fajines de rango y con uniformes con adornos variados: hombres grandes, la mayoría de ellos, dignos, figuras públicas. Se pronunciaron discursos de bienvenida, y habían venido reporteros y fotógrafos de la holorred y las noticias casirreales. No era un circo, sin embargo. Los hombres grandes lo tenían todo controlado. Querían que su huésped supiese que era bienvenido, que era popular, que era –como dijo el cacique en su breve e impresionante discurso– el enviado del futuro.

Esa noche, en su lujosa habitación en la mansión de un propietario convertida en hotel, Havzhiva pensó: «Si supiesen que su

hombre del futuro creció en un pueblo y que no había visto nunca una televisión casirreal antes de llegar aquí...».

Esperaba no decepcionar a ese pueblo. Le habían gustado desde el primer momento en Werel, a pesar de la sociedad monstruosa que tenían. Estaban llenos de vitalidad y orgullo, y allí en Yeowe, llenos de sueños de justicia. Havzhiva pensaba de la justicia lo que un antiguo terrano dijo a propósito de otro dios: «Creo en ella porque es imposible». Durmió bien y se despertó temprano en la mañana cálida y brillante, lleno de esperanza. Decidió salir a dar un paseo para empezar a conocer la ciudad, su ciudad.

El portero –resultaba desconcertante descubrir que gente que había luchado con tanta desesperación por su libertad tenía sirvientes– intentó convencerlo de que esperase al coche, al guía, evidentemente angustiado porque el gran hombre quisiera salir tan temprano, a pie y sin séquito. Havzhiva explicó que quería pasear y que era muy capaz de andar solo. Salió, dejando al infeliz portero gritando a su espalda:

–¡Señor, por favor, evite el Parque de la Ciudad, señor!

Havzhiva obedeció, imaginando que el parque debía de estar cerrado para una ceremonia o que lo estaban replantando. Salió a una plaza donde un mercado bullía de actividad, y se le ocurrió que allí era muy probable que se convirtiese en el centro de una muchedumbre; la gente reparaba en él inevitablemente. A pesar de que vestía las hermosas ropas yeowanas, la camiseta, los pantalones, la ligera túnica estrecha, era la única persona de piel marrón cobriza en una ciudad de cuatrocientos mil habitantes. Tan pronto como le veían la piel y los ojos, lo reconocían: el alienígena. De modo que se escabulló del mercado y paseó por los tranquilos barrios residenciales, disfrutando de la cálida brisa y de la decrépita y encantadora arquitectura colonial de las casas. Se detuvo para admirar un ornado templo tualita. Tenía un aspecto lastimoso y desolado, pero había, advirtió, una ofrenda floral fresca al pie de la imagen de la Madre en el umbral. Aunque se había quedado sin

nariz durante la guerra, sonreía serena, ligeramente bizca. Alguien gritó a su espalda. Alguien muy cerca de él dijo:

–Mierda extranjera, largo de nuestro mundo. –Y sintió que lo agarraban del brazo y que lo alzaban en vilo. Unas caras deformadas y vociferantes se cerraron alrededor. Un intenso calambre le agarrotó el cuerpo, la náusea se apoderó de él y se dobló en una rojiza oscuridad de lucha y voces y dolor; luego todo empezó a reducirse vertiginosamente y la luz y el sonido desaparecieron.

Una anciana estaba sentada junto a él, susurrando una canción casi sin tono que le pareció vagamente familiar.

La mujer hacía calceta. Durante un largo rato ella no lo miró, y cuando al fin lo hizo, dijo: «Ah». Havzhiva tenía dificultades para fijar la vista, pero pudo distinguir que la cara de ella tenía un moreno pálido azulado, y que no se le veía el blanco en los ojos oscuros.

Ella manipuló algunos de los aparatos a los que él estaba conectado y dijo:

–Soy una hechicera... la enfermera. Tiene usted una conmoción, una ligera fractura de cráneo, un riñón aplastado, un hombro roto y una herida de cuchillo en el intestino; pero se recuperará, no se preocupe. –Dijo todo esto en una lengua extranjera que él parecía entender. Al menos entendió «no se preocupe», y obedeció.

Pensó que estaba en el *Terrazas de Darranda* en vuelo nafal. Cien años pasaron en aquella pesadilla pero no pasaron. La gente y los relojes no tenían cara. Trató de susurrar el Canto de Permanencia y no tenía palabras. Las palabras habían desaparecido. La anciana le tomó la mano, le sostuvo la mano y lenta, muy lentamente, lo trajo de vuelta al tiempo, al tiempo local, a la penumbra de la habitación silenciosa en la que ella estaba sentada haciendo calceta.

Era de mañana, la luz del sol ardía brillante en la ventana. El cacique de la Región de Yotebber estaba sentado junto a la cabecera, un hombre como una torre vestido de blanco y carmesí.

–Lo siento mucho –dijo Havzhiva, despacio y con dificultad, porque tenía la boca lastimada–. Fue una estupidez por mi parte

salir solo. La culpa es enteramente mía.

–Los maleantes han sido detenidos y serán condenados por un tribunal de justicia –dijo el cacique.

–Eran jóvenes –dijo Havzhiva–. Mi ignorancia y desatino fueron la causa del incidente...

–Serán castigados –declaró el cacique.

Las enfermeras del turno de día conectaban la holopantalla y veían las noticias y las series mientras lo velaban. Ponían el volumen bajo y Havzhiva podía ignorarla. Hacía una tarde muy calurosa; él miraba unas pálidas nubes desplazarse lentamente por el cielo cuando la enfermera, empleando el tratamiento formal para una persona de alta categoría, le dijo:

–Oh, deprisa... ¡Si el caballero mira, podrá ver el castigo de los hombres malos que lo atacaron!

Havzhiva obedeció y vio un flaco cuerpo humano suspendido por los pies, los brazos y las manos crispándose convulsivamente, los intestinos colgándole sobre el pecho y la cara. Havzhiva gritó y se tapó el rostro con el brazo.

–¡Apaguen eso –dijo–, apaguen eso! –Tenía náuseas y le faltaba el aire–. ¡Ustedes no son personas! –gritó en su propia lengua, el dialecto de Stse. Hubo algunas idas y venidas en la habitación. El sonido de una muchedumbre que gritaba cesó de repente. Consiguió controlar su respiración, cerró los ojos y repitió una frase del Canto de Permanencia hasta que su mente y su cuerpo empezaron a estabilizarse y encontró un poco de equilibrio en alguna parte, no mucho.

Le trajeron comida; él les pidió que la retirasen.

La habitación estaba iluminada solo por una luz nocturna en la parte baja de la pared y las luces de la ciudad que entraban por la ventana. La anciana, la enfermera de noche, estaba allí, haciendo calceta en la media oscuridad.

–Lo siento –dijo Havzhiva al azar, porque no estaba seguro de lo que les había dicho.

–Oh, señor enviado –dijo la mujer con un profundo suspiro–. He leído sobre su gente, el pueblo haini. Ustedes no hacen cosas como las que hacemos nosotros. Ustedes no se matan ni se torturan unos a otros. Ustedes viven en paz. Me pregunto, me pregunto cómo nos ve. Quizá como brujas, como diablos.

–No –dijo él, pero tragó una oleada de náusea.

–Cuando se sienta mejor, cuando esté más fuerte, señor enviado, hay algo que quiero comentarle. –La voz de la mujer era serena y transmitía una autoridad absoluta y natural, que con toda seguridad podía volverse formal y formidable. Él había vivido entre personas que hablaban así toda su vida.

–Puedo escuchar ahora –dijo él, pero ella replicó:

–No ahora. Más adelante. Está cansado. ¿Quiere que cante algo?

–Sí –contestó él, y ella se sentó e hizo calceta y cantó con un susurro sordo, sin tono. Los nombres de los dioses de ella estaban en la canción: Tual, Kamye. «Esos no son mis dioses», pensó él, pero cerró los ojos y durmió, acunado por aquel canto protector.

Ella se llamaba Yeron, y no era vieja. Tenía cuarenta y siete años. Había pasado por una guerra de treinta años y por muchas hambrunas. Tenía dentadura postiza, algo de lo que Havzhiva no había oído hablar jamás, y llevaba unos lentes con montura de alambre; la reparación del cuerpo no era desconocida en Werel, pero en Yeowe casi nadie podía permitírsela, dijo ella. Era muy delgada, y el pelo le raleaba. El porte era orgulloso, pero se movía con rigidez a causa de una vieja herida en la cadera izquierda.

–No hay persona en este mundo que no tenga una bala alojada en el cuerpo, o cicatrices de latigazos, o una pierna arrancada, o un bebé muerto en el corazón –dijo ella–. Ahora ya es usted uno de nosotros, señor enviado. Ha pasado a través del fuego.

Se estaba recuperando bien. Había cinco o seis médicos especialistas que se ocupaban de su caso. El cacique regional lo

visitaba muy a menudo y enviaba oficiales a diario. Havzhiva comprendió que el cacique le estaba agradecido. El infame ataque a un representante del Ecumen le había dado la excusa y el apoyo popular para dar un golpe contra el reaccionario y aislacionista Partido del Mundo, liderado por su rival, otro señor de la guerra héroe de la Liberación. El cacique enviaba encendidos informes sobre las victorias a la habitación del subenviado. Las holonoticias estaban llenas de hombres en uniforme corriendo y disparando, de aviones zumbando sobre colinas desérticas. Mientras paseaba por los corredores, recobrando la fuerza, Havzhiva veía a los pacientes en las camas de los pabellones conectados a la red casirreal, «experimentando» la lucha, desde el punto de vista, naturalmente, de los que llevaban las armas, de los que llevaban las cámaras, de los que disparaban.

Por la noche las pantallas estaban oscuras, la red se desconectaba, y Yeron iba y se sentaba a su lado a la débil luz que entraba por la ventana.

–Una vez me dijo que había algo de lo que quería hablarme –dijo Havzhiva. La noche era intranquila en la ciudad, estaba llena de sonidos: música, voces en la calle bajo la ventana que ella había abierto de par en par para que entrase el aire cálido y poblado de mil aromas.

–Sí, lo dije. –Yeron soltó la labor–. Soy su enfermera, señor enviado, pero también una mensajera. Cuando me enteré de que lo habían herido, perdóneme, pero pensé: «¡Alabados sean el Señor Kamye y la Dama de la Misericordia!». Porque yo no sabía cómo podría hacerle llegar mi mensaje y ahora había encontrado una manera. –La voz serena calló un minuto–. Yo dirigí este hospital durante quince años. Durante la guerra. Todavía tengo algunos contactos aquí. –Volvió a hacer una pausa. Sus silencios, como su voz, le eran familiares a Havzhiva–. Traigo un mensaje de las mujeres para el Ecumen –continuó–. De las mujeres de aquí. De las mujeres de todo Yeowe. Queremos formar una alianza con ustedes... Ya sé, el gobierno ya lo ha hecho. Yeowe es un miembro del Ecumen

de los Mundos. Lo sabemos. Pero ¿qué significa eso para nosotras? No significa nada. ¿Sabe usted lo que somos las mujeres aquí, en este mundo? No somos nada. No formamos parte del gobierno. Las mujeres hicieron la Liberación. Trabajaron y murieron por ella igual que los hombres. Pero nunca fueron generales, no son caciques. No son nadie. En las aldeas son menos que nadie, son bestias de carga, ganado de cría. Aquí estamos un poco mejor. Pero eso no es bueno. Yo estudié Medicina en la Escuela Médica de Besso. Soy médica, no enfermera. Cuando estaban los jefes, yo dirigía este hospital. Ahora lo dirige un hombre. Nuestros hombres son los propietarios ahora. Y nosotras somos lo que siempre hemos sido: propiedad. Me parece que no luchamos en la gran guerra para esto. ¿Lo cree usted, señor enviado? Creo que nos queda otra liberación que conseguir. Tenemos que terminar el trabajo.

Tras un largo silencio, Havzhiva preguntó en voz baja:

–¿Están organizadas?

–Oh, sí. ¡Oh, sí! Como en los viejos tiempos. ¡Podemos organizarnos en la oscuridad! –Rio un poco–. Pero no creo que podamos conseguir la libertad sin ayuda. Tiene que haber un cambio. Los hombres creen que tienen que ser jefes. Tienen que dejar de pensar eso. Una cosa que he aprendido en la vida es que no se cambia la forma de pensar a golpe de pistola. Matas al jefe y te conviertes en el jefe. Tenemos que cambiar esa mentalidad. Es la mentalidad del esclavo, la mentalidad del jefe. Tenemos que cambiarla, señor enviado. Con la ayuda de usted. Con la ayuda del Ecumen.

–Estoy aquí para servir de enlace entre el pueblo de usted y el Ecumen. Pero necesitaré tiempo –dijo él–. Necesito aprender.

–Todo el tiempo del mundo. Sabemos que no podemos cambiar la mentalidad de jefe en un día o en un año. Es una cuestión de educación. –Pronunció la palabra como si fuese sagrada–. Llevará mucho tiempo. Tómese su tiempo. Nos basta con saber que usted *escuchará*.

–Escucharé –dijo él.

Ella respiró hondo y retomó su labor. Al rato dijo:

–No será fácil escucharnos.

Havzhiva estaba cansado. La intensidad de las palabras de la mujer era mayor de la que podía manejar todavía. No comprendió lo que ella quería decir. Un silencio cortés es la forma adulta de dar a entender que uno no comprende. No dijo nada, pues.

Ella lo miró.

–¿Cómo llegaremos a usted? Verá, eso es un problema. Ya se lo he dicho, no somos nada. Solo podemos acercarnos a usted como su enfermera, su criada. La mujer que le lava la ropa. No nos mezclamos con los caciques, no estamos en los consejos. Servimos la mesa, pero no participamos del banquete.

–Dígame... –Havzhiva vaciló–. Dígame cómo empezar. Pida verme si puede. Venga de la manera que sea, si es... si es seguro para usted. –Él siempre aprendía las lecciones rápido–. Yo escucharé. Haré lo que pueda. –Aunque nunca aprendería a desconfiar.

Yeron se inclinó sobre él y lo besó en la boca con ternura. Los labios de ella eran leves, secos, suaves.

–Ningún cacique le dará esto –dijo.

Volvió a ocuparse con la labor. Havzhiva estaba medio dormido cuando ella preguntó:

–¿Vive aún su madre, señor Havzhiva?

–Toda mi gente ha muerto.

Ella emitió un leve sonido.

–Despojado –dijo–. ¿Tiene esposa?

–No.

–Nosotras seremos las madres, las hermanas, las hijas de usted. Seremos su pueblo. Lo he besado por el amor que habrá entre nosotros. Ya lo verá.

–La lista de las personas invitadas a la recepción, señor Yehedarhed –dijo Doranden, el enlace jefe del cacique con el subenviado.

Havzhiva repasó la lista en la pantalla de mano hasta el final, meticulosamente, y dijo:

–¿Dónde está el resto?

–Perdone, señor enviado... ¿Hay omisiones? Ésa es la lista completa.

–Pero todos son hombres.

En el silencio infinitesimal que hubo antes de la respuesta de Doranden, Havzhiva sintió la balanza de su vida en equilibrio.

–¿Desea que los invitados traigan a sus esposas? ¡Por supuesto! ¡Si es una costumbre ecuménica, estaremos encantados de invitar a las damas!

Había algo de relamido en el modo en que los hombres yeowanos decían las «damas», una palabra que Havzhiva creía que solo se aplicaba a las mujeres de la clase propietaria de Werel. La balanza se inclinó.

–¿Qué damas? –preguntó, frunciendo el ceño–. Estoy hablando de mujeres. ¿Es que no tienen parte en esta sociedad?

Habló con nerviosismo, porque ahora conocía su propia ignorancia sobre lo que constituía un peligro allí. Si un paseo por una calle tranquila podía resultar casi fatal, poner en un aprieto al enlace del cacique podía serlo del todo. Doranden estaba evidentemente abochornado... apabullado. Abrió la boca y la cerró.

–Perdóneme, señor Doranden –dijo Havzhiva–, perdone mis pobres intentos de ser gracioso. Naturalmente que sé que las mujeres ocupan toda clase de puestos de responsabilidad en la sociedad de ustedes. Lo que he querido decir, de una manera estúpida y poco afortunada, es que me alegraría que tales mujeres y sus maridos, además de las esposas de estos invitados, asistieran a la recepción. A no ser que sea una metedura de pata enorme de acuerdo con sus costumbres. Yo creía que ustedes no segregaban los sexos socialmente, como hacen en Werel. Por favor, si me equivoco, sea tan amable de excusar al ignorante extranjero una vez más.

Havzhiva había decidido hacía tiempo que la locuacidad es la mitad de la diplomacia. La otra mitad es el silencio.

Doranden utilizó esta última opción, y con algunas palabras tranquilizadoras se retiró. Havzhiva estuvo nervioso hasta la mañana siguiente, cuando Doranden reapareció con una lista revisada que contenía once nombres nuevos, todos de mujeres. Había una directora de escuela y un par de profesoras; en el resto se indicaba «retirada».

–¡Espléndido, espléndido! –dijo Havzhiva–. ¿Puedo añadir un nombre?

–Por supuesto, por supuesto, cualquiera que Su Excelencia desee.

–La doctora Yeron –dijo entonces.

De nuevo el silencio infinitesimal, la mota de polvo que cae en los platillos. Doranden conocía aquel nombre.

–Sí –dijo.

–La doctora Yeron me cuidó, ¿sabe?, en el excelente hospital de ustedes. Nos hicimos amigos. Una enfermera corriente quizá no fuese una invitada apropiada entre gentes tan distinguidas, pero veo aquí que hay varios médicos más en nuestra lista.

–Muy bien –dijo Doranden. Parecía perplejo. El cacique y su gente se habían acostumbrado a tratar con condescendencia al subenviado, si bien de un modo discreto y educado. Un inválido, aunque ahora ya se había restablecido por completo; una víctima, un hombre de paz que no sabía de ataque ni de defensa personal; un sabio, un extranjero, no mundano en todos los sentidos de la palabra: lo veían como algo así, y él lo sabía. Por más que lo valoraban como símbolo y como medio para conseguir sus fines, lo creían un hombre insignificante. Él estaba de acuerdo con ellos en el hecho, pero no en la cualidad de su insignificancia. Sabía que lo que él hiciese quizá tendría importancia. Acababa de ver que así era.

–Seguro que usted comprende la razón para tener una guardia personal, enviado –dijo el general con impaciencia.

–Esta es una ciudad peligrosa, general Denkam, sí, lo comprendo. Peligrosa para todos. He visto en las noticias que hay bandas de jóvenes, como los que me atacaron, rondando por las calles fuera del control de la policía. Cada niño, cada mujer necesita un guardaespaldas. Me angustiaría saber que la seguridad que es un derecho de todo ciudadano es mi privilegio especial.

El general lo miró con asombro pero se mantuvo en sus trece.

–No podemos permitir que lo asesinen –dijo.

Havzhiva adoraba la franqueza de la sinceridad yeowana.

–Yo no quiero que me asesinen –dijo–. Tengo una sugerencia, señor. Hay mujeres policía, miembros femeninos del cuerpo de policía de la ciudad, ¿no es así? Encuéntreme guardaespaldas entre ellas. Después de todo, una mujer armada es tan peligrosa como un hombre armado, ¿no es cierto? Y me gustaría honrar el gran papel que las mujeres jugaron en la consecución de la libertad de Yeowe, como dijo el cacique tan elocuentemente en su discurso de ayer.

El general se retiró con una expresión férrea.

A Havzhiva no le gustaban particularmente sus guardaespaldas. Eran mujeres severas, inflexibles, poco amistosas, y hablaban un dialecto que él apenas entendía. Varias tenían hijos, pero rehusaban hablar de ellos. Eran ferozmente eficientes. Estaba bien protegido, y advirtió que la gente empezaba a mirarlo de modo diferente cuando iba por la ciudad con esas escoltas de ojos fríos: con aire divertido y una especie de simpatía. Cierta vez oyó a un viejo en un mercado decir: «Ese hombre tiene juicio».

Todo el mundo llamaba «cacique» al cacique excepto en su presencia.

–Señor presidente –dijo Havzhiva–, no se trata de un principio ecuménico ni de una costumbre haini. Si se tratara de eso, no

tendría ni debería tener el más mínimo peso, la más mínima importancia aquí en Yeowe. Este es el mundo de ustedes.

El cacique asintió una vez, imponente.

–Al que –añadió Havzhiva, a esas alturas con una locuacidad sin igual– ya están empezando a llegar inmigrantes de Werel, y más, muchos más vendrán, ya que los dirigentes werelianos tratan de aliviar la presión revolucionaria permitiendo que un número creciente de miembros de la clase baja emigre. Usted, señor, conoce mucho mejor que yo las posibilidades y los problemas que esa gran afluencia de población planteará aquí en Yotebber. Porque al menos la mitad de los inmigrantes serán mujeres, y creo que vale la pena tener en cuenta que hay una considerable diferencia entre Werel y Yeowe en lo que se denomina la formación del género: las funciones, las expectativas, el comportamiento, las relaciones entre hombres y mujeres. Entre los inmigrantes werelianos muchos de los que toman las decisiones, quienes ejercen la autoridad, serán mujeres. El noventa por ciento de los miembros del Consejo del Hame son mujeres, creo. Sus portavoces y negociadores son en su mayoría mujeres. Esa gente va a entrar en una sociedad gobernada y representada exclusivamente por hombres. Creo muy posible que se produzcan malentendidos y conflictos, a menos que se estudie la situación con detenimiento de antemano. Quizá si hubiese algunas mujeres como representantes...

–Entre los esclavos del Viejo Mundo –dijo el cacique–, las mujeres eran caciques. Entre nuestra gente, los hombres son los caciques. Así son las cosas. Los esclavos del Viejo Mundo serán los hombres libres del Nuevo Mundo.

–¿Y las mujeres, señor presidente?

–Las mujeres de un hombre libre son libres –dijo el cacique.

–Bien –dijo Yeron, y soltó un profundo suspiro–. Supongo que tendremos que levantar un poco de polvo.

–En eso los polvorientos somos buenos –dijo Dobibe.

–Pues entonces será mejor que levantemos un montón –dijo Tualyan–. Porque no importa lo que hagamos, se pondrán histéricos. Vociferarán y gritarán contra esas lesbianas castrantes que matan niños. Si nos reunimos cinco para cantar una maldita canción, en los virtuales saldrá que éramos quinientas con ametralladoras y que llega el fin de la civilización en Yeowe. Así que hagámoslo. Que haya cinco mil mujeres cantando. Detengamos los trenes. Tumbémonos en las vías. Cincuenta mil mujeres tendidas en los raíles por toda Yotebber. ¿Qué os parece?

La reunión (de la Asociación para la Asistencia a la Educación de la Región y de Yotebber Capital) se celebraba en una de las aulas de una escuela de la ciudad. Dos de las guardaespaldas de Havzhiva, de paisano, esperaban discretamente en el vestíbulo. Cuarenta mujeres, y Havzhiva, estaban embutidas en las diminutas sillas anexas a pantallas en blanco.

–¿Qué pedirán? –preguntó Havzhiva.

–¡El voto secreto!

–¡Basta de discriminación laboral!

–¡Trabajo remunerado!

–¡El voto secreto!

–¡Guarderías!

–¡El voto secreto!

–¡Respeto!

El anotador de Havzhiva garabateaba frenéticamente. Las mujeres gritaron durante un rato y luego se calmaron y volvieron a hablar.

Mientras lo llevaban de vuelta a casa, una de las guardaespaldas le preguntó a Havzhiva:

–Señor, ¿todas esas eran maestras?

–Sí –dijo él–. En cierto modo.

–Caramba –dijo ella–. Son diferentes de como eran antes.

–¡Yehedarhed! ¿Qué demonios está haciendo allá abajo?

–¿Señora?

–Ha salido en las noticias. En compañía de un millón de mujeres tendidas sobre raíles de tren y sobre plataformas de lanzamiento y alrededor de la residencia del presidente. Usted hablaba con las mujeres y sonreía.

–Era difícil no hacerlo.

–¿Dejará de sonreír cuando el gobierno regional empiece a disparar?

–Sí. ¿Nos respaldará usted?

–¿Cómo?

–Palabras de aliento a las mujeres de Yotebber de la embajadora del Ecumen. Yeowe, un modelo de libertad para los emigrantes del Viejo Mundo. Palabras de elogio para el gobierno de Yotebber... Yotebber, un ejemplo de ilustración, de moderación, para todo Yeowe, etc.

–Cuente con ello. Espero que ayude. ¿Es eso una revolución, Havzhiva?

–Es educación, señora.

El portón estaba abierto en su imponente marco; no había muros.

–En los tiempos de la Colonia –dijo el anciano–, este portón se abría dos veces al día: para que la gente saliese a trabajar por la mañana, para que la gente entrase después del trabajo por la noche. El resto del tiempo permanecía cerrado y barrado. –Mostró el gran candado roto que colgaba en la cara externa del portón, los impresionantes cerrojos oxidados en sus cierres. El gesto del hombre era solemne, mesurado, como sus palabras, y de nuevo admiró Havzhiva la dignidad que aquella gente conservaba a pesar de la degradación, la majestad que habían mantenido durante, o contra, su esclavitud. Había empezado a apreciar la gran influencia de su libro sagrado, el *Arkamye*, conservado en la tradición oral. «Esto era lo único que teníamos. Era nuestra posesión», le había dicho una vez

un anciano en la ciudad, tocando el libro que, a los sesenta y cinco o setenta años, estaba aprendiendo a leer.

El mismo Havzhiva había empezado a leerlo en la lengua original. Avanzaba con lentitud, tratando de entender cómo este cuento de fiero valor y abnegación había inspirado y nutrido el espíritu de un pueblo en la esclavitud durante tres milenios. A menudo escuchaba en la cadencia del libro las voces que había oído hablar ese día.

Iba a pasar un mes en la aldea tribal de Hayawa, que había sido el primer cercado de esclavos de la Corporación de Plantaciones Agrícolas de Yeowe en Yotebber, trescientos cincuenta años atrás. En esa vasta y remota región de la costa oriental se había conservado gran parte de la sociedad y la cultura de las plantaciones de esclavos. Yeron y otras mujeres le habían dicho que, si quería saber quiénes eran los yeowanos, antes tenía que conocer las plantaciones y las tribus.

Havzhiva sabía que durante el primer siglo los cercados habían sido un dominio de hombres sin mujeres ni niños. Habían desarrollado un gobierno interno, una estricta jerarquía de fuerza y favoritismo. El poder se ganaba mediante pruebas y exámenes muy duros, y se mantenía gracias a un hábil equilibrio de independencia y connivencia. Cuando empezaron a llegar las mujeres esclavas, entraron en un sistema rígido como las esclavas de los esclavos. Fueron utilizadas como sirvientas y desahogos sexuales tanto por los siervos como por los jefes. La lealtad sexual y la camaradería continuaron reconociéndose solo entre hombres, un vínculo de pasión, negociación, estatus y política tribal. En los siglos siguientes la presencia de niños en los cercados alteró y enriqueció las costumbres de las tribus, pero el sistema de dominación masculina, tan ventajoso para los esclavos-propietarios, no experimentó cambios sustanciales.

–Esperamos contar con su presencia en la iniciación, mañana –dijo el anciano con la gravedad que lo caracterizaba, y Havzhiva le aseguró que nada lo complacería o lo honraría más que asistir a una

ceremonia tan importante. El anciano mantenía su aire formal, aunque estaba visiblemente satisfecho. Era un hombre de más de cincuenta años, lo que significaba que había nacido esclavo y que había vivido como niño y como hombre durante los años de la Liberación. Havzhiva buscó cicatrices, recordando lo que Yeron le había dicho una vez, y las encontró: el anciano era delgado, enclenque, cojo, y le faltaban los dientes superiores; estaba marcado por el hambre y la guerra. Tenía además las cicatrices rituales, cuatro surcos paralelos que bajaban del cuello por el hombro y llegaban al codo, como si fueran largas charreteras, y un ojo abierto azul oscuro tatuado en la frente, el símbolo, en esta tribu, de liderazgo asignado e inalterable. Un cacique esclavo, un bien mueble señor de bienes muebles, hasta que los muros cayeran.

El anciano fue del portón al barracón por cierto sendero, y Havzhiva, caminando detrás de él, observó que nadie más usaba ese sendero: hombres, mujeres, niños trotaban por un camino paralelo más ancho que se bifurcaba y llevaba a una entrada distinta de la casa. Ese era el camino de los caciques, el camino estrecho.

Esa noche, mientras los niños que iban a ser iniciados al día siguiente ayunaban y velaban en el lado de las mujeres, los caciques y los ancianos se reunieron para un festín. Había cantidades desmesuradas de la pesada comida a la que estaban acostumbrados los yeowanos, especiada y servida con adornos: el arroz de los marjales, que era la base de todos los platos, realzado con colorantes y hierbas; encima estaba la carne. Las mujeres entraban y salían sirviendo platos cada vez más elaborados, cada uno con más carne que el anterior: carne de vacuno, la comida de los jefes, el seguro y cierto signo de libertad.

Havzhiva no había comido carne nunca, y dio por seguro que le provocaría diarrea, pero masticó con valentía los estofados y los filetes, sabiendo el significado de la comida y el sentido de abundancia que tenía para los que nunca habían tenido lo suficiente.

Después de que unas enormes cestas de frutas reemplazaran las fuentes, las mujeres desaparecieron y empezó la música. El

cacique de la tribu hizo una señal a su leos, una palabra que significa «favorito sexual/hermano adoptivo/no heredero/no hijo». El hombre joven, bello, seguro de sí mismo y amable, sonrió; palmeó sus largas manos con suavidad una sola vez y entonces empezó a rozar las palmas azul grisáceas con un leve ritmo. Se hizo el silencio en la mesa y empezó a cantar, pero en un susurro.

Los instrumentos musicales habían sido prohibidos en casi todas las plantaciones; los jefes no permitían más cantos que los himnos rituales a Tual en el servicio del décimo día. Un esclavo sorprendido perdiendo el tiempo de la Corporación con canciones podía ser obligado a beber ácido. Mientras pudiese trabajar no había necesidad de que hiciera ruido.

En esas plantaciones los esclavos habían creado esa música casi muda, el toque y el roce de palma contra palma, una línea de melodía apenas sin voz, casi sin variaciones. Las palabras cantadas se deformaban, se rompían, se fragmentaban deliberadamente para que pareciesen sin sentido. *Shesh*, la llamaban los propietarios, basura, y a los esclavos se les permitía «dar palmaditas y cantar basura» mientras lo hiciesen de manera que no se oyese fuera de los muros del cercado. Después de haber cantado de esa forma durante trescientos años, cantaron así ahora.

Para Havzhiva fue turbador, casi aterrador, a medida que se añadía una voz tras otra, siempre en un susurro, incrementando la complejidad de los ritmos hasta que los compases contrarios, si bien no del todo, se unieron en una única textura sibilante y casi silenciosa, entretejida con la melodía de fondo de cuatro tonos en la que había sílabas que parecían siempre a punto de formar una palabra, aunque no lo hacían. Atrapado por la música, muy pronto casi perdido en ella, no dejaba de pensar: «Ahora, ahora uno de ellos alzará la voz, ahora el leos dará un grito, un grito de triunfo, ¡liberará su voz!». Pero no lo hizo. Nadie lo hizo. La música, semejante al agua que corre, suave, impetuosa, con su infinitamente delicado ritmo cambiante, siguió y siguió. Las botellas de vino de naranja Yote circularon por la mesa. Bebieron. Bebieron, al menos,

libremente. Se emborracharon. Las risas y los gritos empezaron a interrumpir la música. Pero ni una sola vez subió el tono por encima de un susurro.

Regresaron tambaleantes al barracón por el sendero de los caciques, abrazándose, orinando sociablemente, uno o dos deteniéndose a vomitar aquí o allá. Un hombre oscuro y amable, que había estado sentado junto a Havzhiva, se reunió con él en su cama en la habitación del barracón.

Al principio de la velada ese hombre le había explicado que durante la noche y el día de la iniciación los contactos heterosexuales estaban prohibidos porque era posible que cambiaran las energías. La iniciación podía torcerse y los chicos no se convertirían en buenos miembros de la tribu. Solo una bruja, por supuesto, rompería deliberadamente el tabú, pero muchas mujeres eran brujas y trataban de seducir a un hombre por pura malicia. Las relaciones sexuales normales, esto es, las homosexuales, estimulaban las energías, enderezaban la iniciación y daban fuerza a los chicos para superar la prueba. Por lo tanto, cada hombre que participaba en el banquete debía tener un compañero para la noche. Havzhiva se alegró de que le hubieran asignado a aquel hombre y no a uno de los caciques, que lo intimidaban y que quizá habrían esperado una demostración apropiadamente energética. Tal como fueron las cosas y por lo que podía recordar, él y su compañero estaban demasiado borrachos para hacer otra cosa que quedarse dormidos en mitad de unas bien intencionadas caricias.

Demasiado vino de Yote dejaba un dolor de cabeza espantoso, eso ya lo sabía, y todo su cráneo le confirmó esa información cuando se despertó.

A mediodía su amigo lo llevó a un lugar de honor en la plaza, que estaba llenándose de hombres. Detrás de ellos estaban los barracones de los hombres; delante, la zanja que separaba el lado de las mujeres, el interior; del lado de los hombres o lado de la puerta, todavía llamado así, aunque los muros del cercado ya no existían y solo quedaba el portón, un monumento, dominando sobre

las cabañas y los barracones del cercado y los llanos campos de cereales que se extendían en todas las direcciones, brillando bajo el calor sin sombras y sin viento.

Seis muchachos salieron de las cabañas de las mujeres y corrieron hacia la zanja. Era más ancha de lo que un chico de trece años podía saltar, pensó Havzhiva, pero dos lo consiguieron. Los otros cuatro saltaron con valentía, se quedaron cortos y salieron gateando, uno de ellos cojeando; debía de haberse lastimado una pierna o un pie en la caída. Incluso los dos que habían saltado con éxito parecían exhaustos y asustados, y los seis tenían un color grisáceo por el ayuno y por no haber dormido. Los ancianos los rodearon y los hicieron alinearse en la plaza, desnudos y tiritando, de cara a los hombres de la tribu.

No había mujeres a la vista, ni siquiera en el lado de las mujeres.

Empezó un interrogatorio: los caciques y los ancianos ladraban preguntas que tenían que ser contestadas sin tardanza, a veces por un chico, otras por todos juntos, dependiendo de si el inquisidor señalaba con el dedo o hacía un gesto general. Eran preguntas de ritual, protocolo y ética. Los chicos estaban bien instruidos, soltaban las respuestas con prontos gritos. De repente el que se había lastimado en el salto vomitó y luego se desmayó, cayó suavemente y formó un pequeño montón. Nadie hizo nada, e incluso le dirigieron algunas preguntas, a las que seguía un momentáneo y doloroso silencio. Después de un rato, el chico se movió, se sentó y tembló durante un rato, luego luchó para ponerse de pie y esperó junto a los otros. Sus labios azulados se movían en respuesta a las preguntas, aunque el público no oía la voz.

Havzhiva parecía seguir con atención el ritual, aunque su mente había retrocedido a un tiempo y un lugar muy lejanos. «Enseñamos lo que sabemos –pensó– y todo nuestro conocimiento es local.»

Después del interrogatorio vinieron las marcas: una única incisión desde la base del cuello, por encima del hombro y por la cara externa del brazo hasta el codo, hecha con una estaca de

madera dura y afilada que arrancaba la piel y la carne y dejaba, al curarse, la cicatriz arrugada que probaba la hombría. Seguramente a los esclavos se les prohibía tener herramientas de metal dentro del cercado, reflexionó Havzhiva, mirando fijamente, como correspondía a un visitante e invitado. Después de cada brazo y cada chico, los oficiantes volvían a afilar la estaca, frotándola contra una gran piedra acanalada en el suelo de la plaza. Los pálidos labios azulados de los muchachos se crispaban, dejando al descubierto los blancos dientes; se retorcían, medio desmayados, y uno gritó, y se silenció él mismo tapándose la boca con la mano libre. Otro se mordió el pulgar hasta que la sangre manó de él igual que de sus brazos lacerados. Cuando se terminaba de marcar a cada chico, el cacique de la tribu lavaba las heridas y las untaba con un ungüento. Mareados y vacilantes, los chicos volvieron a alinearse; y ahora los viejos eran amables con ellos, les sonreían y los llamaban «hombres de la tribu», «héroes». Havzhiva suspiró con alivio.

Sin embargo, en ese momento unas viejas llevaban a otros seis niños a la plaza a través del puente de la zanja. Eran niñas, sin otra ropa que unas tobilleras y unos brazaletes. Al verlas se elevó un clamor entre los hombres. Havzhiva estaba sorprendido. ¿Iban a hacer a las mujeres miembros de la tribu también? «Eso estará bien», pensó.

Dos de las niñas eran apenas adolescentes, las otras eran más jóvenes, una con seguridad no tenía más de seis años. Estaban alineadas, de espaldas al público, de cara a los chicos. Detrás de cada una estaba la mujer cubierta con un velo que la había acompañado a través del puente; detrás de cada chico estaba uno de los ancianos desnudos. Mientras Havzhiva miraba, incapaz de apartar los ojos o la mente de lo que estaba viendo, las niñas se tendieron boca arriba en el suelo desnudo y gris de la plaza. Una de ellas, más lenta, fue tendida a la fuerza por la mujer detrás de ella. Los ancianos pasaron junto a los muchachos, y cada uno se tendió sobre una de las niñas, a lo que los espectadores respondieron con un gran alboroto, abucheos, risotadas y una especie de salmodia:

«Ja-ah-ja-ah». Las mujeres con los velos se agacharon detrás de las cabezas de las niñas. Una de ellas sujetó un brazo delgado que se alzó en un gesto desesperado. Los traseros desnudos de los ancianos subieron y bajaron, Havzhiva no pudo distinguir si era un coito real o una imitación. «¡Así se hace, mirad, mirad!», gritaba el público a los chicos entre chistes, comentarios y carcajadas. Los ancianos se levantaron uno a uno, y todos se taparon el pene con un curioso pudor.

Cuando el último se levantó, los chicos se adelantaron. Cada uno se tendió sobre una de las niñas y subieron y bajaron el trasero, aunque ninguno de ellos, observó Havzhiva, tenía una erección. Los hombres que lo rodeaban se agarraban el pene y gritaban «¡Eh, prueba el mío!», y rieron y cantaron hasta que el último chico se levantó. Las niñas se quedaron tendidas, con las piernas separadas, como pequeñas lagartijas muertas. La multitud de hombres se movió amenazadoramente hacia ellas, pero las viejas levantaron a las niñas a tirones y las arrastraron deprisa a través del puente, seguidas por una oleada de aullidos y abucheos de los hombres.

–Están drogadas –dijo el hombre amable y oscuro que había compartido la cama de Havzhiva, mirándolo a la cara–. Las niñas. No les duele.

–Sí, comprendo –dijo Havzhiva, sin moverse de su lugar de honor.

–Estas son afortunadas, es un privilegio para ellas asistir a la iniciación. Es importante que las niñas dejen de ser vírgenes lo antes posible. Tiene que poseerlas más de un hombre. Para que no puedan venir con reclamaciones, ya sabe, «éste es su hijo», «éste es el hijo del cacique». Todo eso es brujería. Un hijo se elige. Ser un hijo no tiene nada que ver con los coños de las siervas. Hay que enseñarles eso a las siervas muy pronto. Pero ahora les dan drogas a las niñas. Ya no es como en los viejos tiempos, bajo la Corporación.

–Comprendo –dijo Havzhiva. Miró a su amigo, pensando que su piel oscura significaba que debía tener una buena proporción de

sangre de propietario, quizá incluso era hijo de un propietario o un jefe. El hijo de nadie, engendrado en una esclava. Un hijo se escoge. Todo saber es local, todo saber es parcial. En Stse, en las Escuelas del Ecumen, en los cercados de Yeowe–. Todavía las llama siervas –añadió. Su tacto, todos sus sentimientos estaban helados, y habló por una estúpida curiosidad intelectual.

–No –dijo el hombre oscuro–, no, discúlpeme, es la manera de hablar que aprendí de niño, le pido disculpas...

–No a mí.

De nuevo había expresado Havzhiva con frialdad lo que pensaba. El hombre hizo una mueca, inclinó la cabeza y calló.

–Por favor, amigo mío, lléveme a mi habitación ahora –dijo Havzhiva, y el hombre oscuro lo obedeció de buen grado.

En la oscuridad, habló en voz baja para su anotador en haini.

–Uno no puede cambiar nada desde el exterior. Manteniéndose aparte, viéndolo desde arriba, con una visión panorámica, uno ve el dibujo. Lo que está mal, lo que falta. Para arreglarlo no se pueden utilizar remiendos. Hay que meterse dentro, hay que tejerlo. Uno tiene que formar parte de la trama. –Esta última frase la dijo en el dialecto de Stse.

Cuatro mujeres estaban en cuclillas en una porción de terreno, en el lado de las mujeres, que le había llamado la atención porque nadie la hollaba y era lisa: algún lugar sagrado, había pensado Havzhiva. Caminó hacia ellas. Se acuclillaban sin gracia, encorvadas entre las rodillas, indiferentes a su apariencia, ajenas a los ojos de los hombres, comportamiento que había advertido con anterioridad en el lado de las mujeres. Llevaban las cabezas afeitadas, la piel era blanquecina y pálida. *Polvorientas* era el viejo adjetivo, pero para Havzhiva el color de ellas era más como de arcilla o cenizas. El matiz

azul de las palmas y las plantas de los pies y de cualquier lugar donde la piel era fina estaba casi oculto bajo la tierra que estaban manipulando. Hablaban en voz baja y rápida, pero callaron cuando él se acercó. Dos eran viejas, marchitas, y tenían rodillas y pies arrugados y nudosos. Dos eran jóvenes. Todas miraban de reojo de vez en cuando mientras seguían acuclilladas en el borde de la porción lisa de tierra.

Sobre esa porción, advirtió Havzhiva, habían esparcido polvo, tierra coloreada, y habían hecho un dibujo o pintura. Siguiendo los límites entre los colores distinguió una larga figura pálida, como una mano o una rama, y una curva pronunciada de rojo terroso.

Después de saludarlas, Havzhiva no dijo nada y se acuclilló. Al cabo de un rato ellas continuaron con lo que estaban haciendo, hablando de vez en cuando en susurros.

Cuando terminaron el trabajo, él preguntó:

–¿Es sagrado?

Las mujeres mayores lo miraron, fruncieron el ceño, y no dijeron nada.

–No puede verlo –dijo la mujer joven más oscura con una súbita sonrisa burlona que tomó a Havzhiva por sorpresa.

–¿Quiere decir que yo no debería estar aquí?

–No. Usted puede estar aquí. Pero no puede verlo.

Él se levantó y miró la pintura de tierra que ellas habían hecho con polvo gris, tostado, rojo y ámbar. Las líneas y las formas guardaban una relación determinada, rítmica aunque enigmática.

–No está completo –observó.

–Esta es solo una parte pequeña, muy pequeña de él –dijo la mujer burlona, la mofa brillándole en los ojos oscuros en la cara oscura.

–¿Nunca lo hacen completo de una vez?

–No –contestó ella, y las otras dijeron «No», e incluso las mujeres mayores sonrieron.

–¿Puede decirme qué representa la pintura?

Ella no conocía la palabra pintura y miró a las otras mujeres; reflexionó y lo miró con perspicacia.

–Hacemos lo que sabemos hacer, aquí –dijo, indicando con un gesto suave el dibujo de colores delicados. Una cálida brisa vespertina estaba desdibujando ya los límites entre los colores.

–Ellos no lo saben –dijo la otra mujer joven, de color ceniciento, en un susurro.

–¿Los hombres? ¿Ellos no lo han visto nunca completo?

–Nadie lo ha visto. Solo nosotras. Lo tenemos aquí. –La mujer oscura no se tocó la cabeza, sino el corazón, cubriéndose los pechos con las largas manos curtidas por el trabajo. Volvió a sonreír.

Las ancianas se levantaron; murmuraron entre sí, y una dijo algo brusco a las mujeres jóvenes, una frase que Havzhiva no entendió, y salieron de mala gana.

–Ellas no aprueban que ustedes hablen de este trabajo con un hombre –dijo.

–Con un hombre de la ciudad –dijo la mujer oscura, y rio–. Creen que nos escaparemos.

–¿Quieren escapar?

Ella se encogió de hombros.

–¿A dónde iríamos?

Se levantó con un movimiento airoso y miró la pintura de tierra, un dibujo abstracto de líneas y colores, curvas y áreas, que parecía hecho al azar.

–¿Puede verlo? –le preguntó a Havzhiva, con el mismo destello líquido de burla.

–Tal vez algún día aprenderé a verlo –contestó él, manteniéndole la mirada.

–Tendrá que encontrar a una mujer que le enseñe –dijo la mujer del color de la ceniza.

–Somos un pueblo libre ahora –dijo el joven cacique, el hijo y heredero, el Elegido.

–Yo todavía no he conocido a una persona libre –dijo Havzhiva, educado, ambiguo.

–Nosotros ganamos nuestra libertad. Nosotros nos hicimos libres. Mediante el valor, el sacrificio, aferrándonos a lo que es noble. Somos un pueblo libre. –El Elegido era un hombre de cuarenta años, hermoso, inteligente y de expresión severa. Seis líneas arrugadas de cicatrices le recorrían la parte superior de los brazos como un manto burdo, y un ojo azul abierto miraba entre sus ojos, sin parpadear.

–Son hombres libres –dijo Havzhiva.

Hubo un silencio.

–Los hombres de la ciudad no entienden a nuestras mujeres –dijo el Elegido–. Nuestras mujeres no quieren la libertad del hombre. Una mujer se aferra a su bebé. Eso es lo noble para ella. Así es como el Señor Kamye hizo a la mujer, y la Misericordiosa Tual es el ejemplo para ellas. En otros lugares tal vez sea distinto. Puede haber otra clase de mujeres que no se cuidan de sus hijos. Eso puede ser. Aquí las cosas son como he dicho.

Havzhiva asintió con la inclinación profunda que había aprendido de los yeowanos, casi una reverencia.

–Así es –dijo.

El Elegido pareció satisfecho.

–He visto la pintura –continuó Havzhiva.

El Elegido se mantuvo impasible; quizá conocía la palabra o quizá no.

–Las líneas y colores hechos con tierra sobre tierra encierran cierto conocimiento. Todo conocimiento es local, toda verdad es parcial –dijo Havzhiva con una dignidad afable y coloquial que imitaba la de su madre, la Heredera del Sol, hablando con mercaderes extranjeros–. Ninguna verdad puede convertir en falsa otra verdad. Todo saber es parte del saber completo. Una línea verdadera, un color verdadero. Una vez que se ha visto el dibujo completo, no se puede seguir viendo la parte como el todo.

El Elegido parecía una piedra gris. Después de un tiempo, dijo:

–Si empezamos a vivir como viven en las ciudades, todo lo que sabemos se perderá. –Bajo el tono dogmático había miedo y angustia.

–Elegido –dijo Havzhiva–, usted habla la verdad. Mucho se perderá, lo sé. Pero hay que perder el conocimiento menor para ganar el mayor. Y no solo una vez.

–Los hombres de esta tribu no negarán nuestra verdad –dijo el Elegido. El ojo central ciego y fijo estaba clavado en el sol suspendido en una calina amarilla sobre los campos infinitos, aunque sus propios ojos oscuros miraban abajo, hacia la tierra.

Su invitado desvió la mirada de esa cara alienígena hacia el pequeño y feroz sol blanco que brillaba bajo sobre la tierra alienígena.

–Estoy seguro –dijo. A los cincuenta y cinco años, el estable Yehedarhed Havzhiva regresó a Yotebber para hacer una visita. Hacía mucho tiempo que no había estado allí. Su trabajo como consejero ecuménico del Ministerio de Justicia Social yeowano lo retenía en el norte y lo obligaba a hacer frecuentes viajes al otro hemisferio. Llevaba años viviendo en la Antigua Capital con su compañera, pero visitaba la Nueva Capital a menudo a petición del nuevo embajador, que necesitaba de su experiencia. Su compañera –llevaban dieciocho años viviendo juntos, pero no existía el matrimonio en Yeowe– estaba tratando de terminar un libro, y admitió que le vendría bien disponer del apartamento para ella sola durante un par de semanas mientras escribía.

–Haz ese viaje al sur con el que siempre andas soñando –le dijo–. Volaré allá en cuanto termine. No le diré a ningún maldito político dónde estás. ¡Escapa! ¡Ve, ve, ve!

Y fue. Nunca le había gustado volar, aunque había tenido que hacerlo a menudo, de modo que hizo el largo viaje en tren. Eran trenes buenos y rápidos, terriblemente atestados; en todas las estaciones la gente se amontonaba y corría y prometía sobornos a gritos a los conductores, aunque ya no trataban de subir a los techos de los vagones, no a ciento treinta kilómetros por hora. Él tenía un

compartimiento privado en un tren directo a Yotebber. Pasó las largas horas en silencio, viendo pasar el paisaje: los proyectos de regeneración, los viejos yermos, los bosques jóvenes, las ciudades bulliciosas, kilómetros de chozas y cabañas y granjas y casas y bloques de apartamentos, distribuidas al estilo de los cercados werelianos: casas conectadas y jardines detrás de las cocinas y cobertizos. Y fábricas, enormes plantas nuevas; y entonces, de súbito, otra vez el campo: canales y tanques de irrigación que reflejaban los colores del cielo vespertino, un niño con las piernas desnudas que atravesaba un campo de cereales en sombras tirando de un gran buey blanco. Las noches eran cortas, y el suave traqueteo acunaba su sueño.

En la tercera mañana bajó del tren en la estación de Yotebber. Sin multitudes, ni caciques ni guardaespaldas. Recorrió las calurosas calles conocidas, pasó el mercado, cruzó el Parque de la Ciudad. Una reyerta allí. Todavía había bandas de rufianes, y mantuvo el ojo alerta y el pie en las calles principales. Pasó frente al viejo templo tualita. Había recogido una flor blanca que había caído de un arbusto en el parque. La depositó a los pies de la Madre. Ella sonreía y bizqueaba al mirar su nariz perdida. Siguió camino hacia el gran cercado donde vivía Yeron.

Yeron tenía setenta y cuatro años y hacía poco que se había retirado del hospital que había administrado y donde había enseñado y ejercido durante los últimos quince años. No era muy diferente de la mujer que había visto por primera vez sentada junto a su cama, solo parecía haber encogido un poco. Le quedaba muy poco pelo, y llevaba un pañuelo reluciente en la cabeza. Se abrazaron con fuerza y se besaron, y ella lo acarició y le dio palmaditas, sonriendo sin poder contenerse. Nunca habían hecho el amor, pero siempre había habido deseo entre ellos, un anhelo del otro, siempre habían encontrado un gran consuelo en el contacto del otro.

–¡Mira eso, mira cuántas canas! –gritó ella, acariciándole el pelo–. ¡Qué hermoso! ¡Entra y toma un vaso de vino conmigo!

¿Cómo está tu araha? ¿Cuándo vendrá? ¿Has cruzado la ciudad con esa bolsa en la mano? ¡Sigues siendo un loco!

Havzhiva le dio el regalo que había llevado para ella, un tratado sobre *Enfermedades específicas de Werel-Yeowe*, escrito por un grupo de investigadores médicos del Ecumen, y ella lo tomó con avidez. Durante algún tiempo conversó a saltos mientras ojeaba el índice temático y el capítulo sobre el berlot. Sirvió el pálido vino de naranja. Bebieron un segundo vaso.

–Tienes buen aspecto, Havzhiva –dijo ella, dejando el libro y mirándolo con atención. Los ojos se le habían enturbiado y tenían una opacidad oscura y azulada–. Ser un santo te sienta bien.

–No es tan grave, Yeron.

–Un héroe, entonces. No puedes negar que eres un héroe.

–No –dijo él con una risa–. Sabiendo lo que es un héroe, no lo negaré.

–¿Dónde estaríamos sin ti?

–Justamente donde estamos ahora... –Havzhiva suspiró–. A veces pienso que estamos perdiendo lo poco que hemos ganado. Ese Tualbeda, en la provincia de Detake, no lo subestimes, Yeron. Sus discursos son pura misoginia y están llenos de prejuicios contra los inmigrantes, y la gente los devora...

Ella hizo un gesto que descartaba completamente al demagogo.

–Esas cosas no desaparecen nunca –dijo–. Pero yo sabía lo que tú ibas a representar para nosotros. Desde el primer momento. Lo supe en cuanto oí tu nombre.

–La verdad es que no me diste elección.

–Bah, tú elegiste, hombre.

–Sí –dijo él. Saboreó el vino–. Lo hice. –Al rato añadió–: No muchas personas tienen la oportunidad de elegir que yo tuve. Cómo vivir, con quién vivir, qué trabajo hacer. A veces pienso que pude elegir porque crecí en un lugar donde todo estaba ya decidido para mí.

–Y tú te rebelaste y encontraste tu propio camino –dijo ella asintiendo.

Él sonrió.

–No soy un rebelde.

–¡Bah! –exclamó ella otra vez–. ¿No eres un rebelde? ¿Tú, siempre en el meollo, siempre en el corazón de nuestro movimiento?

–Oh, eso sí –dijo él–. Pero no con un espíritu rebelde. Ese tenía que ser vuestro espíritu. Mi trabajo era aceptar, mantener un espíritu abierto. Eso es lo que aprendí en la infancia. A aceptar. No cambiar el mundo, sino el alma, para que pueda existir en el mundo. Para que pueda existir correctamente en el mundo.

Ella escuchó, pero no parecía muy convencida.

–Suena a la manera de ser femenina –dijo–. Los hombres generalmente quieren cambiar las cosas a su conveniencia.

–No los hombres de mi pueblo –dijo él.

Yeron sirvió un tercer vaso de vino.

–Háblame de tu gente. Siempre tuve miedo de preguntar. ¡Los hainis son tan viejos, tan sabios! ¡Saben tanta historia, saben de tantos mundos! Nosotros aquí con nuestros trescientos años de miseria, asesinato e ignorancia... No sabes lo insignificantes que nos hacéis sentir.

–Creo que sí lo sé –dijo Havzhiva. Luego añadió–: Yo nací en un pueblo llamado Stse.

Entonces le habló del pueblo, de la gente del Otro Cielo, de su padre que era su tío, de su madre, la Heredera del Sol, de los ritos, las festividades, los dioses de cada día, los dioses inusuales; le habló del cambio de ser, de la visita de la historiadora y de cómo él había cambiado de ser de nuevo al ir a Kathhad.

–¡Tantas reglas! –dijo Yeron–. Tan complicadas e innecesarias. Como nuestras tribus. No me extraña que escaparas.

–Lo único que hice fue ir a aprender a Kathhad lo que podría haber aprendido en Stse –dijo él, sonriendo–. Lo que son las reglas. Las distintas formas en que unos necesitamos de los otros. Ecología humana. Lo que hemos estado haciendo aquí todos estos años, tratando de encontrar un buen cuerpo de reglas... ¿un dibujo que

tenga sentido? –Se levantó, distendió los hombros y dijo–: Estoy borracho. Vayamos a dar un paseo.

Salieron a los jardines soleados del cercado y pasearon lentamente por los senderos entre las parcelas con huertos y los macizos de flores. Yeron saludaba a los que estaban escardando y cavando, que levantaban la cabeza y la llamaban por el nombre. Agarraba el brazo de Havzhiva con fuerza, con orgullo. Él acompasó su paso al de ella.

–Cuando tienes que quedarte sentado y quieto, tienes ganas de volar –dijo él mirando la delicada mano pálida y nudosa de ella apoyada en su brazo–. Si tienes que volar, querrías quedarte sentado. Aprendí a estar sentado en casa. Con los historiadores aprendí a volar. Pero seguía sin poder mantener el equilibrio.

–Entonces viniste aquí –dijo Yeron.

–Entonces vine aquí.

–¿Y aprendiste?

–Aprendí a caminar –dijo él–. Aprendí a caminar con mi pueblo.

La liberación de una mujer

1. *Shomeke*

Mi querido amigo me ha pedido que narre mi vida en la creencia de que tal vez será de interés para gentes de otros mundos y otros tiempos. Soy una mujer corriente, pero he vivido durante años de cambios extraordinarios y he podido conocer en mi propia carne la naturaleza de la servidumbre y la naturaleza de la libertad.

Aprendí a leer y escribir siendo ya una mujer adulta, y eso es todo lo que alegaré para excusar los posibles errores de mi narración.

Nací esclava en el planeta Werel. Me llamaron Shomeke Radosse Rakam, esto es, propiedad de la familia Shomeke, nieta de Dosse, nieta de Kamye. La familia Shomeke era propietaria de una hacienda en la costa oriental de Voe Deo. Dosse era mi abuela. Kamye es el Señor Dios.

Los Shomeke poseían más de cuatrocientos activos, que usaban principalmente para cultivar los campos de gede, pastorear el ganado en los pastos alcalinos, trabajar en las fábricas y como domésticos en la casa grande. La familia Shomeke había desempeñado un papel importante en la historia. Nuestro propietario ocupaba un cargo político relevante y solía pasar mucho tiempo en la capital.

Los activos tomaban el nombre de las abuelas porque eran ellas quienes criaban a los pequeños.

La madre trabajaba todo el día, y no había padre. Las mujeres eran poseídas siempre por más de un hombre, e incluso si un hombre reconocía a su hijo, no se ocupaba de él: podían venderlo o alquilarlo en cualquier momento. Los activos jóvenes no solían durar mucho en las haciendas. Si eran valiosos, se los alquilaba a otras haciendas o se los vendía a las fábricas. Si no tenían valor, los hacían trabajar hasta la muerte.

En cambio no se solía vender a las mujeres. A las jóvenes se las conservaba para que trabajaran y criaran, a las viejas para que cuidaran de los pequeños y mantuvieran el orden en el cercado. En algunas haciendas las mujeres tenían un hijo cada año hasta que morían, pero en la nuestra por lo general solo tenían dos o tres. Los Shomeke valoraban a las mujeres como mano de obra, y no les gustaba que los hombres anduvieran con ellas todo el tiempo. Las abuelas coincidían con ellos y vigilaban estrechamente a las mujeres jóvenes.

Digo hombres, mujeres, niños, pero tienen que comprender que a nosotros no nos llamaban hombres, mujeres, niños. Solo nuestros propietarios recibían ese nombre. Nosotros, los activos o esclavos, éramos llamados siervos, siervas y mocosos o crías. Usaré esas palabras aunque no las he oído ni pronunciado desde hace muchos años, y nunca antes en este bendito mundo.

La parte de los siervos del cercado, el lado de la puerta, estaba gobernada por los jefes, que eran hombres, algunos, familiares de la familia Shomeke, otros, contratados por ellos. En el interior vivían las crías y las siervas. Allí dos cortelibres, siervos castrados, eran los jefes de nombre, pero mandaban las abuelas. En verdad nada sucedía en el cercado sin el conocimiento de las abuelas.

Si las abuelas decían que un activo estaba demasiado enfermo para trabajar, los jefes le permitían quedarse en casa. A veces las abuelas salvaban a un esclavo de la venta, a veces evitaban que una joven fuese utilizada por más de un hombre, o le proporcionaban a una muchacha delicada un anticonceptivo. Todos en el cercado acataban las órdenes del consejo de las abuelas. Pero, si una de

ellas iba demasiado lejos, los jefes la hacían azotar o la cegaban o le cortaban las manos. Cuando yo era una niñita, vivía en nuestro cercado una mujer, a quien nosotros llamábamos la bisabuela, que tenía las cuencas de los ojos vacías y no tenía lengua. Yo creía que estaba así porque era muy vieja, y temía que la lengua de mi abuela Dosse se le secara en la boca. Cuando se lo dije, ella contestó:

–No, mi lengua no encogerá porque no dejaré que sea demasiado larga.

Yo vivía en el cercado. Mi madre me dio a luz allí y le permitieron que me amamantara durante tres meses; luego me destetaron con leche de vaca y mi madre volvió a la casa grande. Se llamaba Shomeke Rayowa Yowa. Era de piel clara, como la mayoría de los activos, pero muy hermosa, de tobillos y muñecas esbeltos y rasgos delicados. Mi abuela también era clara, pero yo era muy oscura, más oscura que nadie en el cercado.

Cierta vez mi madre vino de visita (como siempre, los cortelibres la dejaron entrar por la puerta escala) y me encontró frotándome el cuerpo con polvo gris. Cuando me regañó, yo le dije que quería ser igual que los demás.

–Escúchame, Rakam –me dijo entonces–, ellos son polvorientos y nunca saldrán del polvo. Tú eres mejor. Y serás hermosa. ¿Por qué crees que eres tan negra? –Yo no comprendía lo que quería decir–. Algún día te diré quién es tu padre –me dijo, como si estuviese prometiéndome un regalo. Yo sabía que el semental de los Shomeke, un animal apreciado y valioso, cubría yeguas de otras haciendas. En aquel entonces yo no sabía que un padre podía ser humano.

Así que esa noche presumí delante de mi abuela:

–¡Soy hermosa porque el semental negro es mi padre! –Dosse me golpeó la cabeza con tanta violencia que caí al suelo y me eché a llorar.

–No vuelvas a hablar de tu padre –me dijo.

Supe que había cólera entre mi abuela y mi madre, pero no comprendí la razón hasta mucho después. Aún ahora no estoy

segura de comprender todo lo que había entre ellas.

Nosotros los pequeños correteábamos por el cercado. No conocíamos nada de lo que había más allá de los muros. Todo nuestro mundo se reducía a las cabañas de las siervas y los barracones de los siervos, las cocinas y los huertos de las cocinas, la desnuda plaza apisonada por pies desnudos. La empalizada me parecía muy lejana.

Cuando los obreros del campo y las fábricas cruzaban el portón por la mañana temprano, yo no sabía a dónde iban. Sencillamente no estaban. El resto del día el cercado nos pertenecía a nosotros los pequeños, desnudos en el verano, casi desnudos en el invierno también; correteábamos y jugábamos con palos y piedras y barro, fuera del alcance de las abuelas hasta que el hambre nos obligaba a suplicarles algo de comer o nos ponían a escardar las malas hierbas del jardín.

Al atardecer regresaban los trabajadores y se apiñaban ante el portón guardado por los jefes. Algunos volvían exhaustos y sombríos, otros bromeaban y hablaban con unos y otros. El gran portón se cerraba de golpe detrás del último. El humo subía de los hornillos de todas las cocinas y el dulce olor del estiércol quemado llenaba el aire. Todos se reunían en los porches de las cabañas y los barracones. Los siervos y siervas remoloneaban junto a la zanja que separaba el lado de la puerta del interior y hablaban a través de ella. Después de comer, los libertos dirigían plegarias a la imagen de Tual y nosotros elevábamos nuestras propias plegarias a Kamye, y luego todo el mundo se iba a la cama, excepto los que iban a «saltar la zanja». Algunas noches de verano había cantos o se nos permitía bailar. En el invierno, uno de los abuelos –pobres viejos quebrantados, no vigorosos como las abuelas– «cantaba la palabra». Así llamábamos nosotros a recitar el *Arkamye*. Cada noche, en todas las épocas del año, unos enseñaban y otros aprendían los versos sagrados. En las noches de invierno, uno de esos viejos siervos inútiles que seguían vivos por la caridad de las abuelas empezaba a

cantar la palabra, y entonces hasta los más pequeños se quedaban quietos y escuchaban la historia.

Mi amiga del alma era Walsu. Ella era mayor que yo y me defendía cuando había peleas o disputas entre los pequeños o los más mayores me llamaban «jefa». Yo era pequeña, pero tenía un carácter fiero. Cuando estábamos juntas, Walsu y yo, nadie nos molestaba. Pero entonces enviaron a Walsu fuera del portón. Habían cubierto a su madre y ya estaba muy llena, de modo que necesitaba ayuda en los campos para cumplir con su cuota. El gede se cosecha a mano. Cada día madura una nueva sección del tallo productivo, y hay que recogerla enseguida; por eso, los recogedores de gede pasan por el campo una y otra vez durante veinte o treinta días, y entonces van a otros campos de cosecha más tardía. Walsu salía con su madre para ayudarla a recoger sus hileras. Cuando la madre cayó enferma, Walsu ocupó su lugar y con ayuda de los demás cumplió con la cuota de su madre. Ella tenía entonces seis años según la cuenta del propietario, que daba a todos los activos el mismo día de nacimiento, el día de año nuevo, a comienzos de la primavera, pero seguramente tenía siete. La madre continuó enferma tanto antes como después de dar a luz, y Walsu la sustituyó en el campo de gede todo ese tiempo. Después ya nunca regresaba a jugar, solo por la noche, para comer y dormir. Yo la veía entonces y hablábamos. Ella estaba orgullosa de su trabajo. Yo la envidiaba y anhelaba cruzar el portón. Cada mañana la seguía hasta allí y miraba el mundo que se abría más allá. Ahora los muros del cercado parecían muy estrechos.

Le dije a mi abuela Dosse que quería ir a trabajar a los campos.

–Eres demasiado joven.

–Cumpliré siete en año nuevo.

–Tu madre me hizo prometer que no te dejaría ir.

La siguiente vez que mi madre visitó el cercado, le dije:

–La abuela no me deja ir a los campos. Yo quiero ir a trabajar con Walsu.

–Eso nunca –dijo mi madre–. Tú has nacido para algo mejor.

–¿Para qué?

–Ya lo verás –dijo, y sonrió.

Yo sabía que se refería a la casa grande, donde ella trabajaba. Me había hablado muchas veces de las cosas maravillosas que había en la casa grande, cosas que resplandecían y tenían colores brillantes, cosas finas y delicadas, cosas limpias. La casa grande era silenciosa, decía mi madre. Ella misma llevaba un bonito pañuelo rojo, tenía una voz suave, y su cuerpo y sus ropas estaban siempre limpios y frescos.

–¿Cuándo será eso?

La importuné hasta que al fin dijo:

–¡De acuerdo! Se lo preguntaré a la señora.

–¿Qué le preguntarás?

Todo lo que yo sabía de la señora era que también ella era delicada y limpia, y que mi madre le pertenecía de algún modo particular, del que ella se sentía orgullosa. Sabía que la señora le había dado el pañuelo rojo a mi madre.

–Le preguntaré si puedes venir para empezar a aprender las cosas de la casa grande.

Mi madre decía «la casa grande» de un modo que me hacía imaginarla como un gran lugar sagrado, como el lugar del que hablaban nuestras plegarias: «Entraré en la casa de la luz, en las habitaciones de la paz».

Estaba tan excitada que empecé a bailar y a cantar:

–¡Iré a la casa grande, iré a la casa grande!

Mi madre me abofeteó para que me calmara y me regañó por ser tan alocada.

–¡Eres demasiado joven! –dijo–. ¡No sabes comportarte! Si te echan de la casa grande, ya nunca más podrás volver.

Prometí que sería lo suficiente mayor.

–Tienes que hacerlo todo bien –dijo Yowa–. Tienes que hacer todo lo que yo te diga y cuando te lo diga. Sin discutir, sin tardanza. Si la señora ve que eres una salvaje, te enviará de vuelta aquí, y ese será tu fin para siempre.

Prometí que sería dócil. Prometí que obedecería a todo al instante y que no hablaría. Cuanto más terrorífico me lo pintaba ella, más deseaba yo ver la casa maravillosa y resplandeciente.

Cuando mi madre se fue, yo no creía que le fuera a hablar de mí a la señora; no estaba acostumbrada a que se cumplieran las promesas. Sin embargo, unos días después regresó y la oí hablar con mi abuela. Dosse estaba enfadada al principio y gritaba. Me agazapé bajo la ventana de la cabaña para escuchar. Oí llorar a mi abuela y eso me asustó y me sorprendió. Mi abuela era paciente conmigo, siempre me había cuidado y me alimentaba bien, pero nunca se me había ocurrido que hubiese algo más que eso hasta que la oí llorar. Su llanto desató el mío, como si yo fuese parte de ella.

–Deja que me la quede un año más –dijo–. Solo es una niña. No dejaré que cruce el portón. –Estaba suplicando, como si no tuviese ningún poder, como si no fuera una abuela–. ¡Ella es mi alegría, Yowa!

–Entonces querrás que prospere, ¿no?

–Solo un año más. Es demasiado salvaje para la casa grande.

–Ya ha vivido salvaje demasiado tiempo. Si se queda la mandarán a los campos. Un año de esa vida y ya no la querrán en la casa, será polvo. De todos modos, no sirve de nada llorar ahora. Le pregunté a la señora, y la está esperando. No puedo regresar sin ella.

–Yowa, no dejes que le hagan daño –dijo Dosse muy bajo, como si le avergonzase decirle aquello a su hija, y sin embargo con fuerza.

–Me la llevo para que no le hagan daño –dijo mi madre. Entonces me llamó, y yo enjugué mis lágrimas y entré.

Es curioso, pero no recuerdo mi primer paseo por el mundo fuera del cercado o la primera vista que tuve de la casa. Supongo que estaba asustada y mantuve la vista baja, y todo me resultaba tan extraño que no comprendía nada de lo que veía. Recuerdo que pasaron varios días antes de que mi madre me presentara ante la dama Tazeu. Tuvo que refinarme y enseñarme, y asegurarse de que

no la avergonzaría. Yo estaba aterrorizada cuando al fin me agarró de la mano y salimos de las habitaciones de las siervas; riñéndome en susurros todo el tiempo, me llevó a través de salas y puertas de madera pintada hasta una habitación brillante y soleada, sin techo y llena de flores que crecían en macetas.

Yo casi no había visto flores, solo las de las malas hierbas de los jardines de las cocinas, y no podía dejar de mirarlas. Mi madre tuvo que darme un tirón de la mano para que mirase a la mujer reclinada en una silla entre las macetas; vestía unas ropas suaves de colores vivos y yo apenas la distinguía de las flores. El pelo de la mujer era largo y brillante, y la piel, brillante y negra. Mi madre me empujó y yo hice lo que ella me había obligado a ensayar una y otra vez: fui hacia ella, me arrodillé junto a la silla y esperé, y cuando la mujer alargó su larga mano, estrecha y delicada, negro sobre el azul de las palmas, apoyé levemente la frente contra ella. Yo habría tenido que decir «Soy su esclava Rakam, señora», pero la voz no me salía.

–¡Qué cosa tan pequeña y hermosa! –dijo la señora–. *Tan negra*. –El tono le cambió en estas últimas palabras.

–Los jefes vinieron... aquella noche –dijo Yowa con una sonrisa tímida, y bajó los ojos como avergonzada.

–No hay duda –dijo la mujer. Me atreví a mirarla otra vez. Era muy bella. Yo no sabía que una persona podía ser tan bella. Creo que ella advirtió mi sorpresa. Volvió a alargar la mano y me acarició la mejilla y el cuello–. Muy, muy bonita, Yowa –dijo–. Hiciste bien en traerla. ¿Se ha bañado?

Ella no lo hubiera preguntado si me hubiese visto cuando llegué, sucia y apestando al estiércol de vaca con el que encendíamos el fuego. La dama Tazeu no conocía nada más allá de la beza, el ala de las mujeres de la casa. Estaba encerrada allí como yo había estado encerrada en el cercado, e ignoraba todo lo referente al exterior. Ella no había olido nunca estiércol de vaca y yo nunca había visto flores.

Mi madre le aseguró que estaba limpia y ella dijo:

–Entonces puede venir a la cama conmigo esta noche. Me complacería. ¿Querrás venir a dormir conmigo, pequeña y

preciosa...? –Miró a mi madre, que murmuró «Rakam». La señora frunció los labios al oír el nombre–. No me gusta –murmuró–. Es tan feo. Toti, sí. Tú serás mi nueva Toti. Tráela esta noche, Yowa.

Mi madre me contó que la señora tenía un perro zorro llamado *Toti* que había muerto. Yo no sabía que los animales tenían nombre, y por eso no me pareció raro recibir el nombre de uno, aunque sí me pareció extraño al principio no ser Rakam. No podía pensar en mí como en Toti.

Esa noche mi madre me bañó otra vez, me untó la piel con aceite dulce y me puso una delicada bata, más suave aún que su pañuelo rojo. De nuevo me reprendió y me advirtió, aunque también ella estaba excitada y orgullosa de mí, de camino a la beza; recorrimos muchas salas y nos cruzamos con otras siervas, y al fin entramos en la habitación de la señora. Era una habitación maravillosa: de las paredes colgaban espejos, tapices y cuadros. Yo no sabía qué era un espejo o un cuadro, y me asusté al ver gente en ellos. La dama Tazeu advirtió mi miedo.

–Ven, pequeña –dijo, haciéndome sitio en el gran lecho, suave y amplio, cubierto de almohadones–, ven aquí conmigo. –Gateé y me acurruqué junto a ella, y ella me acarició el pelo y la piel y me estrechó entre sus brazos cálidos y suaves hasta que me sentí tranquila y a gusto–. Así, así, pequeña Toti –decía ella, y dormimos de aquella manera.

Me convertí en la mascota de la dama Tazeu Wehoma Shomeke. Dormía con ella casi todas las noches. Su marido pasaba muy poco tiempo en casa, y cuando venía, no iba a ella por la noche, pues prefería el placer de las siervas. A veces la dama hacía que mi madre y otras siervas jóvenes fuesen a la cama con ella. En esas ocasiones me enviaba fuera; cuando fui algo mayor, diez u once años, empecé a quedarme con ellas y la dama me enseñó los secretos del placer. Era muy gentil, pero ella era la dueña en el amor, y yo solo el instrumento que ella utilizaba.

También aprendí las artes y los deberes del hogar. Como yo tenía buena voz, la dama me enseñó a acompañarla en el canto.

Durante todos esos años nunca me castigaron ni tuve que hacer trabajo duro. Yo, que había sido perfectamente salvaje en el cercado, era perfectamente obediente en la casa grande. Yo, que me había rebelado con impaciencia contra los mandatos de mi abuela, hacía de buena gana todo lo que me ordenaba la señora. La dama Tazeu me retenía por el único amor que podía darme y yo la creía Tual la Misericordiosa bajada a la tierra. Y no hablo figurativamente: ésa era la verdad. Yo la creía un ser superior, superior a mí.

Quizá ustedes pensarán que era imposible que yo pudiese encontrar placer en ser utilizada sin mi consentimiento por mi señora, y que si lo encontré no debería hablar de ello, ni siquiera para poner de manifiesto tan poco bien en una maldad tan grande. Pero yo no sabía de consentimientos ni rechazos entonces. Esas son palabras de libertad.

La dama Tazeu solo tenía un hijo, tres años mayor que yo. Llevaba una vida bastante solitaria entre nosotras las siervas. Los Wehoma eran nobles de las islas, gentes chapadas a la antigua cuyas mujeres no viajaban, de modo que no tenía relación con su familia. La única compañía de la que disfrutaba era cuando el propietario Shomeke se traía a sus amigos de la capital; sin embargo, como estos eran todos hombres, solo podía sentarse con ellos a la mesa.

Yo vi raras veces al propietario, y siempre de lejos. También creía que él era un ser superior, aunque peligroso.

En cuanto a Erod, el joven propietario, lo veíamos cada día cuando venía a visitar a su madre o cuando salía a cabalgar con sus tutores. A los once o doce años, las niñas solíamos espiarlo y nos reíamos como tontas, pues era un muchacho atractivo, negro como la noche y esbelto como su madre. Yo sabía que tenía miedo de su padre, porque lo había oído llorar cuando estaba con su madre. Ella lo consolaba con dulces y caricias, y le decía: «Se irá pronto, cariño». Me daba pena Erod, que era como una sombra, delicado y sin maldad. A los quince años lo enviaron a la escuela por un año, pero su padre lo trajo de vuelta antes de que terminara el curso. Los

siervos nos contaron que el propietario lo había azotado cruelmente y le había prohibido incluso cabalgar fuera de la hacienda.

Las siervas que el propietario usaba nos explicaban lo brutal que era, y nos enseñaban los golpes y las heridas que él les había hecho. Lo odiaban, pero mi madre nunca habló contra él.

–¿Quién te crees que eres? –le dijo a una muchacha que se quejaba de que el propietario la usaba–. ¿Una dama a la que hay que tratar como si fuera de cristal? –Y cuando la chica descubrió que estaba embarazada, llena, decíamos nosotros, mi madre hizo que la enviaran de vuelta al cercado. Entonces no entendí la razón, pensé que Yowa era dura y estaba celosa. Ahora pienso que además estaba protegiendo a la chica de los celos de la señora.

No sé cuándo descubrí que yo era hija del propietario. Como había ocultado ese secreto de la señora, mi madre pensaba que era un secreto para todos. Pero todas las siervas lo sabían. No recuerdo qué fue lo que escuché por casualidad, pero cuando vi a Erod lo estudié y pensé que yo me parecía mucho más que él a nuestro padre. Y me extrañó que la dama Tazeu no lo hubiese advertido. Pero ella había escogido vivir en la ignorancia.

Durante esos años regresé muy pocas veces al cercado. Después de más o menos medio año en la casa, yo estaba ansiosa por regresar y ver a Walsu y a mi abuela, y enseñarles mis ropas finas y mi piel lustrosa y mi pelo brillante; pero cuando fui, mis antiguos compañeros de juegos me arrojaron barro y piedras y me desgarraron las ropas. Walsu estaba en los campos. Tuve que pasar el día escondida en la cabaña de mi abuela. No quise volver nunca más. Cuando mi abuela enviaba a buscarme, yo iba acompañada de mi madre y no me separaba de ella. La gente del cercado, incluso mi abuela, empezó a parecerme vulgar y grosera. Eran sucios y olían muy fuerte. Tenían llagas, cicatrices de latigazos, dedos, orejas y narices cortados. Sus manos y pies eran bastos y las uñas, deformes. Yo ya no estaba acostumbrada a las personas que tenían ese aspecto. Nosotros los domésticos de la casa grande éramos

completamente diferentes a ellos, pensaba. Al servir a seres superiores, acabábamos por parecernos a ellos.

Con trece o catorce años la dama Tazeu aún me tenía en su cama y me hacía el amor a menudo. Pero también tenía una nueva mascota, la hija de una de las cocineras, una niñita preciosa aunque blanca como la arcilla. Una noche la dama me hizo el amor durante mucho tiempo de formas que ella sabía que me producían un gran éxtasis físico. Cuando yací exhausta en sus brazos, ella murmuró «adiós, adiós», besándome la cara y los pechos. Yo estaba demasiado agotada para extrañarme.

A la mañana siguiente la señora nos llamó a mi madre y a mí para decirnos que iba a darme como regalo a su hijo Erod en su decimoséptimo aniversario.

–Te extrañaré terriblemente, Toti querida –dijo con lágrimas en los ojos–. Has sido mi alegría. Pero no hay ninguna otra muchacha aquí que sea buena para Erod. Tú eres la más querida y dulce de todas. Y sé que eres virgen –quería decir virgen para los hombres– y que mi muchacho disfrutará contigo. Y será bueno con ella, Yowa –le dijo a mi madre. Mi madre se inclinó y no dijo nada. No podía decir nada. Y tampoco me dijo nada a mí. Era demasiado tarde para revelar el secreto del que tan orgullosa había estado.

La dama Tazeu me dio medicamentos para evitar la concepción, pero mi madre, desconfiando de las medicinas, fue a ver a mi abuela y me trajo hierbas anticonceptivas. Las tomé religiosamente durante aquella semana.

Si un hombre en la casa visitaba a su esposa iba a la beza, pero si quería a una sierva era ella quien «cruzaba». Así que la noche del aniversario del joven propietario me vistieron toda de rojo y crucé, por primera vez en mi vida, al ala de los hombres de la casa.

Mi reverencia por la señora se extendía a su hijo, y además me habían enseñado que los propietarios eran superiores a nosotros por naturaleza. Pero él era un muchacho al que yo conocía desde la niñez y sabía que la mitad de su sangre y de la mía eran iguales. Eso hacía que experimentase un sentimiento extraño hacia él.

Yo creía que Erod era tímido, que tenía miedo de su virilidad. Otras chicas habían intentado tentarlo y habían fracasado. Las mujeres me habían enseñado lo que tenía que hacer, cómo ofrecerme y excitarlo, y estaba dispuesta a hacerlo. Me llevaron a él, al espacioso dormitorio con ventanales altos y estrechos de cristal violeta. Esperé tímidamente cerca de la puerta un rato, y él permaneció cerca de una mesa abarrotada de papeles y pantallas. Al fin se acercó a mí, me tomó de la mano y me llevó a una silla. Me hizo sentar y él se quedó de pie y me habló; todo aquello era impropio y me sentí confundida.

–Rakam –dijo–, es así como te llamas, ¿no? –Asentí–. Rakam, mi madre lo hace llena de buena intención, y no debes creerme ingrato con ella ni ciego a tu belleza. Pero nunca tomaré a una mujer que no pueda ofrecerse libremente. Las relaciones sexuales entre amo y esclavo son violación. –Y continuó hablando, y sus palabras eran hermosas, como cuando la señora leía en voz alta de uno de sus libros. Yo no entendí gran cosa de lo que dijo, excepto que yo acudiría siempre que él me mandase a buscar y dormiría en su gran cama, pero él no me tocaría nunca. Y que no debía hablar del asunto con nadie–. Siento mucho pedirte que mientas –dijo, con tanta sinceridad que me pregunté si acaso no le dolería mentir. Eso hizo que me pareciese más un dios que un ser humano. Si a uno le duele mentir, ¿cómo puede seguir vivo?

–Haré lo que mandáis, señor Erod –dije.

De modo que muchas noches los siervos de él venían para llevarme al otro lado. Yo dormía en su gran lecho, mientras él trabajaba en sus papeles en la mesa. Erod dormía en un sofá bajo los ventanales. A menudo prefería hablar conmigo, a veces por mucho rato, y me exponía sus ideas. Cuando estaba en la escuela de la capital, se había hecho miembro de un grupo de propietarios que querían abolir la esclavitud llamado La Comunidad. Habiéndole llegado rumores de esto, su padre lo sacó de la escuela, lo envió a casa y le prohibió abandonar la propiedad. Así pues, él también era un prisionero. Pero se comunicaba constantemente con otros de La

Comunidad a través de la red, que sabía manejar sin el conocimiento de su padre o el gobierno.

Rebosaba de ideas y tenía que expresarlas. Geu y Ahas, los jóvenes siervos que se habían criado con él y que siempre venían a recogerme, solían quedarse con nosotros mientras el señor Erod nos hablaba sobre la esclavitud y la libertad y muchas otras cosas. Aunque tenía sueño, yo escuchaba y oía muchas cosas que no sabía cómo entender o cómo creer. Erod nos contó que existía una organización entre los activos, el Hame, que robaba esclavos de las plantaciones. Esos esclavos eran llevados a miembros de La Comunidad, que les proporcionaban títulos de propiedad falsos y los trataban bien, y los alquilaban para hacer trabajos decentes en la capital. Nos hablaba de las ciudades, y a mí me encantaba escuchar todo aquello. Nos habló también de la Colonia de Yeowe, y nos dijo que allí había una revolución de esclavos.

Yo no sabía nada de Yeowe. Para mí solo era una gran estrella azul y verde que se ponía después que el sol o salía antes que este, más brillante que la luna más pequeña. Era un nombre en una vieja canción que cantaban en el cercado.

> *O, O, Yeowe,*
> *nadie regresa jamás*.

Tampoco sabía qué era una revolución. Cuando Erod me dijo que significaba que los activos de las plantaciones de ese lugar llamado Yeowe estaban luchando contra sus propietarios, no pude comprender que los activos hicieran una cosa así. Desde el principio se había ordenado que hubiese seres superiores e inferiores: el Señor y los humanos, el hombre y la mujer, el propietario y el poseído. Todo mi mundo era la hacienda Shomeke y descansaba sobre esos fundamentos. ¿Quién iba a querer derribarlos? Todos acabarían aplastados entre las ruinas.

Me desagradaba que Erod llamase a los activos esclavos, una palabra fea que nos restaba valor. Decidí que allí en Werel éramos

activos, y en ese otro lugar, en la Colonia de Yeowe, eran esclavos, siervos inútiles, intratables. Por eso los habían enviado allí. Parecía razonable.

Comprenderán con esto lo ignorante que yo era. A veces veíamos programas de la holorred con la dama Tazeu, pero solo series dramáticas, nunca noticias sobre lo que ocurría. Del mundo que había más allá de la hacienda yo no sabía más que lo que Erod nos contaba, y aun eso no lo entendía.

A Erod le gustaba discutir con nosotros. Creía que eso era una señal de que nuestro pensamiento estaba liberándose. Geu sabía hacer las preguntas adecuadas. Preguntaba, por ejemplo: «Pero, si no hay activos, ¿quién hará el trabajo?». Entonces Erod se explayaba en la respuesta. Los ojos le brillaban, la voz era elocuente. Yo lo quería cuando nos hablaba. Era hermoso y lo que nos decía era hermoso. Era como cuando de niña escuchaba a los abuelos cantar la palabra, recitar el *Arkamye*, allá en el cercado.

Yo pasaba los anticonceptivos que la señora me daba cada mes a las muchachas que los necesitaban. La señora Tazeu había despertado mi sexualidad y había hecho que me acostumbrara a ser usada sexualmente. Extrañaba las caricias de ella, pero no sabía cómo acercarme a las otras siervas, y ellas temían acercarse a mí porque yo pertenecía al joven propietario. Muchas veces, cuando estaba con Erod y él hablaba, yo lo anhelaba en mi cuerpo. Yacía en su lecho y soñaba que él se acercaba y se inclinaba sobre mí y me hacía las cosas que la señora solía hacerme. Pero él nunca me tocó.

Geu era también un joven muy guapo, limpio y educado, bastante negro, atractivo a mis ojos. Siempre me miraba. Pero jamás se acercó a mí, no hasta que yo le dije que Erod no me tocaba.

Así rompí la promesa que hiciera a Erod de no revelarle nada a nadie; pero no me sentía obligada a mantener las promesas, del mismo modo que no me sentía obligada a decir la verdad. Esa clase de honor era para los propietarios, no para nosotros.

A partir de entonces, Geu y yo nos encontramos en los áticos de la casa. Sin embargo, me proporcionó muy poco placer. Él no quería

penetrarme, porque creía que tenía que conservar mi virginidad para nuestro amo. En vez de eso, hacía que tomara su pene en la boca. Cuando llegaba al orgasmo, se volvía, porque el esperma de un esclavo no debía mancillar a la mujer del amo. Era el honor del esclavo.

Es posible que ustedes piensen con repulsión que mi historia solo trata de estas cosas, y que hay mucho más en la vida, incluso en la vida de un esclavo, que el sexo. Eso es muy cierto. Lo único que puedo decir es que quizá sea en nuestra sexualidad donde más fácilmente caemos en la esclavitud, lo mismo hombres que mujeres. Tal vez es en ella, incluso como personas libres, donde nos resulta más difícil mantener nuestra libertad. En la política de la carne están las raíces del poder.

Yo era joven, estaba llena de salud y ansias de felicidad. E incluso ahora, incluso aquí, cuando miro atrás, a través del abismo de los años, hacia aquel mundo, el cercado y la casa de los Shomeke, los recuerdos son como las imágenes vividas de los sueños. Veo las manos grandes y curtidas de mi abuela. Veo a mi madre sonriendo, el pañuelo rojo al cuello. Veo el cuerpo negro y sedoso de mi señora entre los cojines. Me llega el olor de los fuegos de estiércol de vaca, y los perfumes de la beza. Siento las ropas finas y suaves en mi cuerpo joven, y las manos y los labios de la señora. Oigo a los viejos cantando la palabra, y mi voz uniéndose a la de la señora en una canción de amor, y a Erod hablándonos de la libertad, el rostro iluminado por su visión. Detrás de él, los ventanales de piedra labrada y cristales violeta mantienen fuera la noche. No digo que me gustaría regresar. Preferiría morir antes que volver a Shomeke. Preferiría morir antes que dejar este mundo libre, mi mundo, para regresar a la esclavitud. Pero todo lo que conocí en mi juventud sobre la belleza, el amor y la esperanza estuvo allí.

Y allí fue traicionado. Todo lo que se construye sobre esos fundamentos acaba traicionándose.

Yo tenía dieciséis años el año que el mundo cambió.

El primer cambio del que oí no tuvo ningún interés para mí, pero Erod lo recibió con mucho entusiasmo, igual que Geu y Ahas y otros jóvenes siervos. Incluso mi abuela quería que le diese noticias cuando la visité.

–Ese Yeowe, ese mundo de esclavos –dijo–, ¿han conseguido la libertad? ¿Han expulsado a los propietarios? ¿Han abierto los portones? Mi Señor, mi dulce Señor Kamye, ¿cómo es posible? ¡Alabado sea su nombre, alabadas sus maravillas! –Estaba acuclillada en el polvo y se balanceaba, abrazándose las rodillas. Para entonces ya era una anciana encogida–. ¡Cuéntame más! –dijo.

Yo no sabía mucho más.

–Todos los soldados han regresado –dije–. Y esa otra gente, los alemenígenas, están en Yeowe. Quizá son los nuevos propietarios. Eso está pasando en un sitio muy lejano –dije, señalando con gesto vago el cielo.

–¿Qué son los alemenígenas? –preguntó mi abuela, pero yo no lo sabía.

Todo eso solo eran palabras para mí.

Pero cuando nuestro propietario, el señor Shomeke, regresó a casa enfermo, eso sí lo entendí. Llegó en un avión al pequeño aeropuerto de la hacienda. Lo sacaron en una camilla, los ojos en blanco, la piel negra llena de manchas grises. Estaba muriéndose de una enfermedad que estaba asolando las ciudades. Mi madre, sentada con la dama Tazeu, vio a un político en la red que dijo que los alemenígenas habían traído la enfermedad a Werel. Hablaba con tanto terror que pensamos que todo el mundo moriría. Cuando se lo dije a Geu, él soltó un bufido:

–Alienígenas, no alemenígenas –corrigió–, y ellos no tienen nada que ver con la enfermedad. El señor ha hablado con los médicos. Es solo un nuevo tipo de gusano del pus.

Esa enfermedad ya era bastante terrible. Sabíamos que, cuando se descubría a un activo infectado, lo mataban como a un animal y quemaban el cadáver allí mismo.

No mataron al propietario. La casa grande se llenó de médicos, y la dama Tazeu velaba día y noche a su marido. Fue una muerte cruel que se prolongó días y días. En su sufrimiento, el señor Shomeke emitía unos sonidos terribles, alaridos, aullidos. Uno nunca habría dicho que un ser humano pudiese gritar hora tras hora como él lo hizo. La carne se le ulceró y se desprendió, se volvió loco, pero no murió.

Mientras la dama Tazeu se iba convirtiendo en una sombra, agotada y silenciosa, Erod se llenó de energía y entusiasmo. A veces, cuando oía a su padre gritar, los ojos le brillaban y murmuraba: «Que la Dama Tual tenga misericordia de él», pero en verdad Erod se alimentaba de aquellos alaridos.

Yo sabía por Geu y Ahas, que se habían criado con él, cómo lo había atormentado su padre y cuánto lo despreciaba, y que Erod había prometido ser todo lo que no era su padre y deshacer todo lo que él hiciese.

Fue la dama Tazeu quien puso fin a aquello. Una noche hizo salir a los sirvientes, como hacía a menudo, y se quedó sola con el moribundo. Cuando él empezó con sus gritos lastimeros, tomó su pequeño cuchillo de costura y le cortó el cuello, y luego se cortó las venas, y se tendió junto a él, y así murió. Mi madre pasaba la noche en la habitación contigua y dijo que le había extrañado un poco el silencio, pero estaba tan cansada que se quedó dormida; y por la mañana entró y los encontró a los dos sobre su propia sangre helada.

Yo solo quería llorar por la señora, pero reinaba la confusión. Había que quemar el contenido de la habitación del enfermo, dijeron los médicos, y había que incinerar los cadáveres sin tardanza. La casa grande estaba en cuarentena, de modo que solo los sacerdotes de la casa oficiarían el funeral. Nadie podría abandonar la hacienda durante veinte días. Pero varios médicos se fueron en cuanto Erod, que era ahora el nuevo señor Shomeke, les comunicó sus

intenciones. Ahas me dio algunas explicaciones confusas, pero yo no le presté atención.

Ese día, al atardecer, todos los activos esperamos frente a la capilla de la Señora Tual durante el servicio del funeral para escuchar las canciones y las plegarias que llegaban desde dentro. Los jefes y los cortelibres habían traído a la gente del cercado, que se colocó detrás de nosotros. Vimos salir la procesión, pasaron los féretros blancos, encendieron las piras y el humo negro se elevó al cielo. Mucho antes de que el humo se extinguiera, el nuevo señor Shomeke vino a nosotros.

Erod subió a una pequeña elevación de terreno que había detrás de la capilla y nos habló con una voz fuerte que nunca antes le había oído. En la casa siempre había sido un murmullo en la oscuridad. Ahora era de día y la voz era potente, y allí estaba, negro y erguido, con sus ropas blancas de luto. Aún no tenía veinte años.

–Escuchadme: habéis sido esclavos, pero seréis libres. Habéis sido de mi propiedad, pero ahora seréis dueños de vuestra vida. Esta mañana he enviado al gobierno la Orden de Manumisión de todos los activos de la propiedad, cuatrocientos once hombres, mujeres y niños. Si pasáis por la oficina de contabilidad por la mañana, os daré vuestros papeles. Esos papeles os identificarán como personas libres. Ya nadie podrá esclavizaros nunca más. Desde mañana sois libres de hacer lo que os plazca. Todos dispondréis de dinero para empezar vuestra nueva vida. No todo el que merecéis, no todo el que habéis ganado trabajando para nosotros, pero sí el que puedo daros. Yo abandono Shomeke. Me voy a la capital, donde continuaré trabajando para conseguir la libertad de todos los esclavos de Werel. El Día de la Liberación que ha llegado a Yeowe viene también a nosotros, y muy pronto. ¡Aquél que quiera venir conmigo, que venga! ¡A todos nos queda mucho trabajo por hacer!

Recuerdo todo lo que dijo. Esas fueron sus palabras. Cuando uno no sabe leer ni tiene tampoco la cabeza llena de las imágenes de la holovisión, las palabras dichas calan hondo en la mente.

Cuando Erod calló, se hizo un silencio que nunca antes había escuchado.

Uno de los médicos empezó a hablar, alegando que Erod no podía romper la cuarentena.

–El demonio ha sido quemado –interrumpió Erod, señalando con gesto majestuoso el humo negro que se elevaba de la pira–. ¡Este ha sido un lugar maligno, pero en adelante ningún mal saldrá de Shomeke!

Tras estas palabras, empezó a oírse un rumor sordo entre la gente del cercado, de pie detrás de nosotros, que creció y se convirtió en un gran clamor de júbilo mezclado con gemidos, llantos, gritos y canciones. «¡Señor Kamye! ¡Señor Kamye!», gritaban los hombres. Una anciana se adelantó: mi abuela. Avanzó entre nosotros, los activos de la casa, como si fuéramos un campo de grano, y se detuvo a un buen trecho de Erod. La gente calló para escuchar a la abuela.

–Señor amo, ¿va a echarnos de nuestras casas? –dijo.

–No –dijo él–. Son vuestras. La tierra es vuestra. El producto de los campos es vuestro. ¡Esta es vuestra casa y vosotros sois libres!

La gritería se alzó de nuevo, tan ensordecedora que me agaché y me tapé los oídos; pero yo también gritaba y lloraba, alabando al Señor Kamye y al señor Erod en una sola voz con los demás.

Cantamos y bailamos allí, a la vista de las piras humeantes hasta que se puso el sol. Al fin las abuelas y los cortelibres hicieron que todos regresaran al cercado, señalando que aún no teníamos los papeles. Nosotros los domésticos regresamos desordenadamente a la casa, hablando del día siguiente, cuando todos conseguiríamos nuestra libertad y nuestro dinero y nuestra tierra.

Erod pasó todo el día siguiente sentado en la oficina de contabilidad, rellenando los papeles de cada esclavo y asignando la misma cantidad de dinero para todos: cien kue en metálico y un libramiento de quinientos kue en el banco del distrito, que no podrían ser retirados hasta cuarenta días después. Esto era así, explicaba a cada uno por separado, para que no fuesen víctimas de

gente sin escrúpulos antes de que supiesen cómo emplear el dinero de la mejor manera. Él aconsejaba que formasen una cooperativa, que pusiesen el dinero en un fondo común y que gestionaran la propiedad democráticamente. Un anciano tullido salió bailando sobre sus piernas torcidas y gritando: «¡Dinero en el banco, Señor! ¡Dinero en el banco!».

Si lo deseaban, repetía Erod una y otra vez, podían ahorrar y ponerse en contacto con el Hame, que los ayudaría a conseguir un pasaje para Yeowe con ese dinero.

–*O, O, Yeowe* –empezó a cantar alguien, pero cambiaron la letra:

Todos vamos a ir.
O, O, Yeowe,
¡Todos vamos a ir!

Estuvieron cantando todo el día. Sin embargo, nada podía borrar la tristeza de aquella canción. Al recordarla ahora, al recordar ese día, siento deseos de llorar.

A la mañana siguiente Erod partió. Estaba impaciente por abandonar el lugar donde había sido tan desgraciado y empezar una nueva vida en la capital, trabajando por la libertad. No se despidió de mí. Llevó consigo a Geu y Ahas. Los médicos y sus asistentes y activos se habían marchado el día anterior. Fuimos a ver el avión de Erod elevarse en el aire.

Regresamos a la casa. Parecía sin vida. No había propietarios en ella, no había amos, nadie que nos dijese lo que teníamos que hacer.

Mi madre y yo fuimos y empacamos nuestras ropas. No habíamos hablado apenas, pero sentíamos que no podíamos permanecer allí. Oímos a las otras mujeres corriendo por la beza, revolviendo las habitaciones de la dama Tazeu, registrando los armarios, riendo y gritando excitadas al encontrar joyas o bien objetos valiosos. Escuchamos voces de hombre en el vestíbulo: las voces de los jefes. Sin una palabra, mi madre y yo recogimos

nuestras cosas y salimos por una puerta trasera, nos escurrimos por los setos del jardín y corrimos todo el camino hasta el cercado.

El gran portón del cercado estaba abierto de par en par.

¿Cómo puedo explicarles lo que aquello significó para nosotras, lo que significó ver aquel portón abierto? ¿Cómo puedo explicárselo?

2. *Zeskra*

Erod no sabía cómo se dirigía la hacienda porque eran los jefes quienes la dirigían. También él era un prisionero. Había vivido inmerso en sus pantallas, sus sueños, sus visiones.

Las abuelas y otros en el cercado habían pasado la noche tratando de hacer planes, de unir a la gente para que pudiera defenderse. Esa mañana, cuando mi madre y yo llegamos, había siervos guardando el cercado armados con armas hechas con útiles de granja. Las abuelas y los cortelibres habían elegido a un cabecilla, un trabajador del campo fuerte y apreciado por todos. De esa manera esperaban retener a los jóvenes.

Esa tarde la esperanza se desvaneció. Los hombres jóvenes se volvieron locos y fueron a saquear la casa grande. Los jefes dispararon desde las ventanas y mataron a muchos; los otros escaparon. Los jefes se atrincheraron en la casa, bebiendo el vino de los Shomeke. Los propietarios de otras plantaciones iban a enviarles refuerzos por aire. Oímos aterrizar los aviones, uno detrás de otro. Las siervas que se habían quedado en la casa estaban a su merced ahora.

En cuanto a nosotros, en el cercado, las puertas estaban cerradas de nuevo. Habíamos pasado las grandes trancas del exterior al interior, y nos creíamos a salvo, al menos por esa noche. Pero en medio de la noche ellos vinieron con tractores pesados y derribaron el muro, y unos cien hombres o más, nuestros jefes y propietarios de otras plantaciones de la región, entraron en tropel. Llevaban pistolas. Nosotros los combatimos con las herramientas de la granja y con pedazos de madera. Solo uno o dos resultaron

heridos o murieron. Ellos mataron a tantos de nosotros como quisieron y luego empezaron a violarnos. Eso duró toda la noche.

Un grupo de hombres reunió a los hombres y mujeres ancianos y los mataron uno a uno de un tiro entre los ojos, como se mata al ganado. Mi abuela estaba entre ellos. No sé qué le pasó a mi madre. Cuando me sacaron de allí por la mañana no quedaba ningún siervo vivo. Vi papeles blancos tirados en la sangre derramada en el suelo: los papeles de la libertad.

A algunas de las muchachas y mujeres jóvenes que habíamos sobrevivido nos metieron en un camión y nos llevaron al puerto. Allí nos hicieron entrar en un avión a empujones y bastonazos, y nos llevaron por el aire. Yo no estaba del todo consciente. Lo que sé es lo que me contaron las otras después.

Nos encontramos en un cercado tan parecido al nuestro que pensé que nos habían llevado de vuelta a casa. Nos metieron dentro por la puerta escala de los cortelibres. Era todavía de mañana y las manos del campo estaban trabajando; solo quedaban las abuelas y los pequeños y los hombres viejos. Las abuelas vinieron hacia nosotras regañándonos con fiereza. Al principio no comprendí por qué todos eran extraños y busqué a mi abuela con la mirada.

Las abuelas tenían miedo de nosotras porque pensaban que éramos fugitivas. En los últimos años muchos esclavos de las plantaciones habían escapado, intentando llegar a las ciudades. Ellas pensaban que éramos intratables y que les causaríamos problemas. Pero nos ayudaron a lavarnos y nos dieron un lugar cerca de la torre de los cortelibres. No había cabañas desocupadas, dijeron. Nos explicaron que aquella era la hacienda Zeskra y no quisieron oír lo que había ocurrido en Shomeke. No nos querían allí. No necesitaban nuestros problemas.

Dormimos en el suelo al raso. Algunos de los siervos cruzaron la zanja durante la noche y nos violaron, porque no había nada que les impidiera hacerlo, nadie para quien fuéramos de algún valor. Estábamos demasiado débiles y enfermas para resistirnos. Una de nosotras, una muchacha llamada Abye, trató de resistirse y los

hombres la golpearon hasta que perdió el conocimiento. Por la mañana no podía hablar ni moverse, y cuando los jefes vinieron a por nosotras, la dejaron allí tirada. También dejaron a otra muchacha, una trabajadora del campo que tenía unas cicatrices en la cabeza que parecían rayas del pelo. Al salir la miré y descubrí que era Walsu, la que había sido mi amiga. No nos habíamos reconocido. Ella estaba sentada en el barro, con la cabeza gacha.

A cinco de nosotras nos trasladaron del cercado a la casa grande de Zeskra, a los alojamientos de las siervas. Allí, y durante un tiempo, tuve alguna esperanza, ya que yo era una buena activa doméstica. No sabía entonces lo diferente que era Zeskra de Shomeke. La casa en Zeskra estaba atestada de gente, atestada de propietarios y jefes. Era una familia grande, y no había un solo señor, como en Shomeke, sino una docena de ellos con sus respectivos criados y parientes y visitas, de modo que podía haber treinta o cuarenta hombres alojados en el ala de los hombres y el mismo número de mujeres en la beza, y cincuenta siervos o más atendiendo la casa. A nosotras no nos habían traído como domésticas, sino como mujeres de uso.

Después de bañarnos nos dejaron en el alojamiento de las mujeres de uso, una gran sala sin lugares privados. Ya había otras diez mujeres de uso en el lugar. A aquellas que disfrutaban de su trabajo no les gustó vernos allí, considerándonos como rivales; otras nos recibieron bien, esperando quizá que ocuparíamos el lugar de ellas y así podrían pasar al personal doméstico. Pero ninguna nos trató con demasiada crueldad, y algunas hasta fueron bondadosas y nos dieron ropa, porque todo ese tiempo habíamos estado desnudas, y confortaron a la muchacha más joven que había entre nosotras, Mio, una niñita del cercado de diez u once años que tenía el cuerpo blanco cubierto de cardenales marrones y azules.

Una de ellas, una mujer alta llamada Sezi-Tual, me miró con una expresión irónica. Algo en su actitud hizo que mi alma despertase.

–Tú no eres una polvorienta –dijo–. Eres tan negra como el viejo diablo del señor Zeskra en persona. Eres la hija de un jefe, ¿no

es cierto?

–No, señora –dije–. La hija de un señor. Y la hija del Señor. Me llamo Rakam.

–Tu abuelo no te ha tratado demasiado bien últimamente –dijo–. Quizá deberías rezar a la Dama Tual la Misericordiosa.

–Yo no busco misericordia –contesté. Desde ese momento le gusté a Sezi-Tual, y gocé de su protección, que por cierto necesitaba.

Cruzábamos al ala de los hombres casi todas las noches. Cuando había cenas especiales, después de que las señoras abandonaran el comedor nos llevaban a nosotras para que nos sentásemos en las rodillas de los propietarios y bebiésemos vino con ellos. Ellos nos usaban allí mismo en los sofás o nos llevaban a sus habitaciones. A algunos les gustaba violarnos, pero la mayoría prefería pensar que los deseábamos y que queríamos lo que ellos querían. Esos hombres eran bastante fáciles de contentar: unos si mostrábamos miedo y sumisión, los otros si mostrábamos placer y deleite. Pero algunos de los visitantes eran otra clase de hombres.

No había leyes ni normas que penalizaran los daños causados a una mujer de uso o su asesinato. Al dueño de la mujer podía no gustarle, pero por orgullo nunca lo confesaría: se suponía que tenía tantos activos que la pérdida de uno u otro no importaba. Y así, algunos hombres que encontraban placer en la tortura venían a las haciendas hospitalarias como Zeskra en busca de placer. Sezi-Tual, favorita del viejo señor, podía protestar y protestaba ante él, y esos huéspedes no volvían a ser invitados. Pero mientras estuve allí, Mio, la pequeña que había venido con nosotros de Shomeke, fue asesinada por un invitado. El hombre la ató a la cama, y el nudo alrededor del cuello de ella era tan apretado que ella se estranguló mientras la usaba.

No diré más sobre estos hechos. He contado cuanto tenía que contar. Hay verdades que no son útiles. Todo conocimiento es local, dice mi amigo. ¿Es cierto?, ¿dónde dice que es cierto que aquella

niña tenía que morir de esa manera? ¿Es cierto?, ¿dónde dice que es cierto que ella no tenía que morir de aquella manera?

Yo era usada con frecuencia por el señor Yaseo, un hombre de mediana edad al que le gustaba mi piel negra; me llamaba «mi dama». También me llamaba «Rebelde», porque a lo que había ocurrido en Shomeke lo llamaban una rebelión de esclavos. Las noches en las que él no me mandaba a buscar servía como chica común.

Llevaba dos años en Zeskra cuando Sezi-Tual vino a verme una mañana temprano. Yo había regresado tarde de la cama del señor Yaseo. No había muchas otras allí, porque había habido una fiesta la noche anterior y todas las chicas comunes habían cruzado. Sezi-Tual me despertó. Tenía un cabello curioso, rizado, espeso. Recuerdo su cara inclinada sobre mí, enmarcada por ese cabello rizado.

–Rakam –me susurró–, el activo de uno de los visitantes me habló anoche y me dio esto. Dice que se llama Suhame.

–Suhame –repetí. Estaba medio dormida y miré lo que ella me alargaba: un papel sucio y arrugado–. ¡No sé leer! –dije, bostezando con impaciencia.

Pero entonces miré el papel y lo reconocí. Sabía lo que decía. Era el papel de la libertad. Era el papel de mi libertad. Yo había visto cómo el señor Erod escribía mi nombre en él. Cada vez que escribía un nombre lo decía en voz alta para que supiésemos lo que estaba escribiendo. Yo recordaba la gran floritura de la primera letra de mis dos nombres: Radosse Rakam. Tomé el papel con mano temblorosa.

–¿De dónde lo has sacado? –murmuré.

–Será mejor que se lo preguntes a ese tal Suhame –dijo. Entonces escuché lo que el nombre significaba: «del Hame». Era una contraseña y Sezi-Tual lo sabía. Ella me miraba y de pronto se inclinó y apoyó su frente contra la mía y susurró–: Si puedo, ayudaré.

Me encontré con «Suhame» en una de las cocinas. Lo reconocí en cuanto lo vi: Ahas, el que había sido favorito del señor Erod con Geu. Un hombre joven delgado y silencioso, con la piel blanquinosa,

al que yo nunca había prestado mucha atención. Tenía una mirada vigilante, y yo pensaba que cuando Geu y yo hablábamos nos miraba con mala voluntad. Ahora me miró con una cara extraña, aún vigilante, y sin embargo vacía.

–¿Por qué estás aquí con ese señor Boeba? –dije–. ¿Acaso no eres libre?

–Soy tan libre como tú –dijo él.

No lo entendí.

–¿El señor Erod ni siquiera te protegió a ti? –pregunté.

–Naturalmente. Soy un hombre libre. –Su cara empezó a cobrar vida, y perdió la inexpresividad del principio–. La dama Boeba es un miembro de La Comunidad. Yo trabajo con el Hame. Llevo tiempo tratando de encontrar a la gente de Shomeke. Oímos que algunas de las mujeres estaban aquí. ¿Viven todavía las otras, Rakam?

La voz de él era suave, y cuando dijo mi nombre me quedé sin aliento y el llanto me oprimió la garganta. Dije su nombre y me acerqué a él y lo abracé.

–Ratual, Ramayo, Keo todavía están aquí –dije. Él me sostuvo con gentileza–. Walsu está en el cercado, si aún vive –continué, y me eché a llorar. No había llorado desde la muerte de Mio. También él lloraba.

Hablamos, entonces y más tarde. Él me explicó que por ley éramos libres, pero que la ley no significaba nada en las haciendas. El gobierno no se interpondría entre los propietarios y aquellos a quienes ellos reclamaban como activos de su propiedad. Si reclamábamos nuestros derechos, los Zeskra seguramente nos matarían, porque no querrían ser acusados de poseer bienes robados. Si no escapábamos, o nos robaban, y llegábamos a la ciudad, la capital, no estaríamos a salvo.

Teníamos que asegurarnos de que ninguno de los activos de los Zeskra nos traicionara por envidia o por ganar el favor de los propietarios. Sezi-Tual era la única en quien yo confiaba plenamente.

Ahas arregló nuestra huida con la ayuda de Sezi-Tual. Yo le rogué que viniera con nosotros, pero como no tenía papeles pensaba

que se vería obligada a vivir siempre oculta, y eso sería peor que la vida en Zeskra.

–Podrías ir a Yeowe –le dije.

Ella rio.

–Todo lo que sé de Yeowe es que nadie ha regresado nunca. ¿Por qué escapar de un infierno para ir a otro?

Ratual decidió no acompañarnos; era la favorita de uno de los jóvenes señores y no le disgustaba seguir siéndolo. Ramayo, la mayor de las que habíamos venido de Shomeke, y Keo, que tenía entonces quince años, quisieron venir. Sezi-Tual indagó en el cercado y descubrió que Walsu seguía viva y trabajaba como peona agrícola. Organizar su huida fue mucho más difícil que organizar la nuestra. No había escapatoria en un cercado. Ella solo podía huir a plena luz, en los campos, bajo la atenta vigilancia de los capataces y los jefes. Era difícil incluso hablar con ella, porque las abuelas desconfiaban. Pero Sezi-Tual se las arregló para hacerlo y Walsu le dijo que haría lo que fuese «para ver su papel otra vez».

El avión de la señora Boeba nos esperaba en el margen de un gran campo de gede recién cosechado. Estábamos a finales del verano. Ramayo, Keo y yo salimos de la casa por separado y a horas distintas durante la mañana. Nadie nos controlaba, porque no podíamos ir a ninguna parte. Zeskra estaba rodeada de otras grandes haciendas, y un esclavo fugitivo no encontraría amigos en cientos de kilómetros. Una por una, tomando diferentes caminos, cruzamos campos y bosques, agachándonos y escondiéndonos todo el camino, hasta llegar al avión donde Ahas esperaba. El corazón me latía tan deprisa que no podía respirar. Aguardamos a Walsu.

–¡Allí! –dijo Keo, encaramada al ala del avión. Señalaba el ancho campo de rastrojos.

Walsu salió corriendo de la franja arbolada del otro extremo del campo. Corría pesada, firmemente, no como si tuviese miedo. Pero de repente se detuvo. Se volvió. Durante un momento no supimos por qué. Entonces vimos a dos hombres salir de las sombras de los árboles en persecución de Walsu.

Ella no intentó escapar, porque los habría guiado hasta nosotros. Corrió hacia ellos. Saltó sobre ellos como un gato de caza. Cuando dio el salto, uno de los hombres disparó una pistola y ella se desplomó y arrastró a un hombre en la caída. El otro disparó una y otra vez.

–Arriba –dijo Ahas–, ahora. –Trepamos al avión y éste se elevó, y todo pareció ocurrir en un instante, el mismo instante en que Walsu dio aquel gran salto, también ella elevándose al aire, a la muerte, a la libertad.

3. *La ciudad*

Yo había doblado el papel de mi libertad hasta convertirlo en un minúsculo paquete. Lo llevé en la mano todo el tiempo que estuvimos en el avión y durante el aterrizaje, y cuando subimos al autobús público que nos llevó por las calles de la ciudad. Cuando Ahas descubrió lo que yo apretaba en la mano me dijo que no tenía que preocuparme. Nuestra manumisión estaba registrada en la Oficina del Gobierno y sería respetada allí en la ciudad. Éramos personas libres, dijo. Éramos gareots, esto es, propietarios sin activos.

–Lo mismo que el señor Erod –dijo. Pero aquello no significaba nada para mí. Había tanto que aprender. Seguí aferrando mi título de libertad hasta que encontré un lugar seguro para guardarlo. Todavía lo conservo.

Caminamos un corto trecho por las calles y Ahas nos hizo entrar en una de las casas enormes que se levantaban una junto a otra en la acera. Él la llamó cercado, pero nosotras pensamos que tenía que ser una casa de propietario. Allí nos recibió una mujer de mediana edad. Era de piel clara pero hablaba y se comportaba como un propietario, de modo que no pude saber lo que era. Se llamaba Ress y era una alquilada y una de las mujeres de mayor edad del cercado.

Los alquilados eran activos arrendados por sus propietarios a una compañía. Si los alquilaba una compañía grande, vivían en los

cercados de la compañía, pero había muchos alquilados en la ciudad que trabajaban para compañías pequeñas o en comercios que ellos mismos regentaban, y ocupaban unos edificios explotados como negocio llamados cercados abiertos. En esos lugares, los ocupantes estaban sujetos al toque de queda y tenían que cerrar las puertas por la noche, pero por lo demás eran autónomos. Aquel era un cercado abierto respaldado por La Comunidad. Algunos de los ocupantes eran alquilados, pero muchos eran como nosotros, gareots que habían sido esclavos. Unas cien personas vivían allí en cuarenta apartamentos. Lo supervisaban varias mujeres, que yo habría llamado abuelas, pero allí eran llamadas mujeres de mayor edad.

En las haciendas en lo más profundo del país, ancladas en el pasado, donde la vida estaba protegida por kilómetros de tierra y por las costumbres de siglos, y por una decidida ignorancia, todo activo estaba a merced de su propietario. Habíamos salido de allí y habíamos entrado en aquella gran masa de dos millones de personas donde nada ni nadie estaba protegido del riesgo y el cambio, donde teníamos que aprender tan rápido como pudiésemos a sobrevivir, pero donde nuestra vida estaba en nuestras manos.

Yo no había visto nunca una calle. No sabía leer ni una palabra. Tenía mucho que aprender.

Ress dejó claro esto desde el principio. Ella era una mujer de ciudad, ágil de pensamiento y palabra, impaciente, agresiva, susceptible. Durante mucho tiempo no me gustó ni la entendí. Me hacía sentir como una estúpida, como una patana. Casi siempre estaba enfadada con ella.

Sentía ira ahora. Mientras viví en Zeskra no la había sentido. No podía sentirla, pues me hubiese devorado. Aquí había espacio para ella, aunque no le encontré ninguna utilidad. Convivía con ella en silencio. Keo y Ramayo compartían una habitación espaciosa, y yo tomé una más pequeña junto a la de ellas. Nunca había tenido una habitación propia. Al principio me sentí muy sola en ella, avergonzada, pero pronto empezó a gustarme. La primera cosa que

hice libremente, como una mujer libre, fue cerrar la puerta de mi habitación.

Por las noches cerraba la puerta y estudiaba. De día, tenía formación laboral por la mañana y clases por la tarde: lectura y escritura, aritmética, historia. Mi formación laboral era en un pequeño taller donde hacían cajas de papel y de madera fina para guardar cosméticos, dulces, joyas y cosas así. Me enseñaron las diferentes etapas artesanales del montaje y la decoración de las cajas, porque casi todo el trabajo en la ciudad se hacía de esa manera, por artesanos que conocían todos los aspectos de su oficio. El taller era propiedad de uno de los miembros de La Comunidad. Los trabajadores más antiguos eran alquilados. Cuando mi formación terminara, también yo recibiría un salario.

Hasta ese momento el señor Erod nos había respaldado a mí y a Keo y Ramayo, así como a algunos hombres del cercado de Shomeke, que vivían en otra casa. Erod nunca vino a visitarnos. Creo que no quería ver a ninguna de las personas que había liberado de forma tan desastrosa. Ahas y Geu dijeron que había vendido casi toda la tierra de Shomeke y había empleado el dinero en La Comunidad y para abrirse camino en la política, ya que ahora existía un Partido Radical que defendía la emancipación.

Geu vino a verme pocas veces. Se había convertido en un hombre de ciudad, atildado e instruido. Yo sentía que cuando me miraba pensaba que yo había sido una mujer de uso en Zeskra, y me desagradaba verlo.

A Ahas, a quien nunca había prestado atención en los viejos tiempos, lo admiraba ahora, sabiéndolo valiente, resuelto y bondadoso. Fue él quien nos buscó, nos encontró, nos rescató. Los propietarios habían pagado el dinero, pero Ahas había hecho el trabajo. Venía a vernos con frecuencia. Él era el único vínculo con mi niñez que no se había roto.

Y se convirtió en un amigo, un compañero, que jamás me devolvió a mi antiguo cuerpo de esclava. Me enfurecía ahora con cualquier hombre que me miraba como un hombre mira a una

mujer. Me enfurecía con las mujeres que me miraban como un objeto sexual. Para la dama Tazeu yo solo había sido un cuerpo. En Zeskra eso era todo lo que había sido. Aun para Erod, que nunca me había tocado, yo solo había sido eso: carne para tocar o no tocar, como les placiese. Para usar o no usar, como escogiesen. Odiaba las partes sexuales de mi cuerpo, mis genitales y pechos, y la redondez de mis caderas y vientre. Siempre, desde la niñez, me habían vestido con ropas tenues hechas para mostrar toda la sexualidad de un cuerpo femenino. Cuando empecé a cobrar un sueldo y pude comprarme o hacerme mi propia ropa, escogí telas gruesas y pesadas. Lo que me gustaba de mí eran mis manos, hábiles en su trabajo, y mi cabeza, no muy hábil para aprender, pero aun así aprendiendo, no importaba cuánto tardase.

Me gustaba aprender historia. Yo había crecido sin conocer nada de la historia. Las cosas en Shomeke o Zeskra eran como eran y no había más. Nadie sabía nada sobre un tiempo en el que hubieran sido diferentes. Nadie sabía que había un lugar donde podían ser distintas. Vivíamos esclavizados en el presente.

Erod había hablado de cambio, es cierto, pero eran los propietarios quienes iban a hacer el cambio. Teníamos que ser cambiados, teníamos que ser liberados, de la misma manera que habíamos sido poseídos. Lo que yo descubrí en la historia es que la libertad se hace, no se da.

El primer libro que leí por mi cuenta fue una historia de Yeowe escrita de una forma muy llana. Hablaba de los días de la Colonia, de las Cuatro Corporaciones, del terrible primer siglo, cuando las naves llevaban esclavos a Yeowe y traían de vuelta minerales preciosos. Los esclavos eran tan baratos entonces que los explotaban hasta la muerte en las minas en unos pocos años, y llevaban cargamentos de refresco continuamente. *O, O, Yeowe, nadie regresa jamás.* Entonces las Corporaciones empezaron a enviar esclavas para que trabajaran y criaran, y con los años los esclavos salieron de los cercados y fundaron ciudades, enormes ciudades como esa en la que yo vivía. Pero no gobernadas por los

jefes o los propietarios. Gobernadas por los activos, del mismo modo que nosotros gobernábamos esta casa. En Yeowe los activos pertenecían a las Corporaciones. Ellos podían alquilar su libertad pagando a la Corporación una parte de lo que ganaban, del mismo modo que en Voe Deo los aparceros activos pagaban a sus dueños con una parte de la cosecha. En Yeowe llamaban a esos activos libertos. No liberados, libertos. Y entonces, decía la historia que estaba leyendo, empezaron a pensar: «¿Por qué no somos gente libre?». Y por eso hicieron la revolución, la Liberación. Empezó en una plantación llamada Nadami, y de allí se extendió a todas partes. Treinta años pelearon por la libertad. Y hacía solo tres años habían ganado la guerra y habían expulsado a las Corporaciones, los propietarios y los jefes de su mundo. Habían bailado y cantado en las calles: «¡Libertad, libertad!». El libro que yo leía (despacio, pero lo leía) había sido publicado allí, en Yeowe, el Mundo Libre. Los alienígenas lo habían traído a Werel. Para mí era un libro sagrado.

Le pregunté a Ahas cómo estaban las cosas en Yeowe ahora, y él me explicó que estaban formando un gobierno y redactando una Constitución perfecta que declaraba a todos los hombres iguales ante la ley.

En la red, en las noticias, decían que todos peleaban contra todos en Yeowe, que no había gobierno, que la gente se moría de hambre, que miembros de las tribus en el campo y bandas de jóvenes en las ciudades se habían vuelto locos y lo destruían todo; la ley y el orden habían desaparecido. Corrupción, ignorancia, un intento condenado al fracaso, un mundo agonizante, decían.

Ahas decía que el gobierno de Voe Deo, que había peleado y perdido la guerra contra Yeowe, temía ahora una Liberación en Werel.

–No creas lo que dicen las noticias –me aconsejó–. Sobre todo no creas lo que dicen las casirreales. Ni siquiera te conectes. Son tan falsas como el resto, pero si sientes y ves una cosa, la creerás. Y ellos lo saben. No necesitan armas si poseen nuestras mentes. –Los propietarios no tenían reporteros ni cámaras en Yeowe, me dijo;

inventaban las «noticias» utilizando actores. Solo algunos alienígenas del Ecumen tenían permiso para estar en Yeowe, y los yeowanos debatían entonces si los expulsarían y reservarían el mundo que habían ganado para ellos solos.

–Pero, entonces, ¿qué pasa con nosotros? –dije, porque había empezado a soñar con ir allá, con ir al Mundo Libre, cuando el Hame pudiera fletar naves y enviar gente.

–Algunos dicen que los activos sí pueden ir. Otros dicen que no pueden alimentar a tantos, y que se verían desbordados. Están debatiéndolo democráticamente. Decidirán sobre el tema en las primeras elecciones yeowanas, pronto. –Ahas también soñaba con ir. Hablábamos de nuestro sueño como los enamorados hablan de su amor.

Sin embargo, ninguna nave iba a Yeowe ahora. El Hame no podía actuar abiertamente y La Comunidad tenía prohibido actuar por ellos. El Ecumen había ofrecido transporte en sus naves a cualquiera que deseara ir, pero el gobierno de Voe Deo les negó el permiso para usar los aeropuertos con ese fin. Podían transportar únicamente a su propia gente. Ningún wereliano iba a abandonar Werel.

Solo hacía cuarenta años que Werel había permitido al fin a los alienígenas aterrizar y establecer relaciones diplomáticas. Al avanzar en mis lecturas históricas, empecé a comprender un poco la naturaleza del pueblo dominante de Werel. La raza de piel oscura que había conquistado a todos los otros pueblos del Gran Continente, y finalmente al mundo entero, esos que se llamaban a sí mismos los propietarios, había vivido en la creencia de que solo hay una forma de vivir. Creían que ellos eran lo que la gente tenía que ser, que actuaban como todos debían actuar y que conocían toda la verdad que se conocía. El resto de los pueblos de Werel, incluso los que se habían resistido, los imitaban, trataban de ser como ellos, y así se habían convertido en propiedad de ellos. Cuando llegó un pueblo del cielo que tenía un aspecto diferente, que actuaba de modo distinto, que tenía otros conocimientos y que no se dejaría

conquistar o esclavizar, la raza propietaria no quiso saber nada de ellos. Tardaron cuatrocientos años en admitir que tenían iguales.

Cierto día yo estaba entre la muchedumbre de asistentes a un mitin del Partido Radical en el que habló Erod, tan hermosamente como siempre. De pronto me fijé en la mujer que escuchaba a mi lado. Tenía un curioso color marrón anaranjado, como el de la cáscara de un pini, y se le veía el blanco de los ojos en las esquinas. Pensé que estaba enferma: recordé cómo la enfermedad del gusano de pus había cambiado la piel del señor Shomeke y que los ojos se le habían puesto en blanco. Sentí un escalofrío y me aparté. Entonces ella me miró, sonriendo apenas, y volvió a prestar atención al orador. Tenía el pelo rizado, parecido a un arbusto o una nube, como el de Sezi-Tual. Llevaba una ropa delicada, de una moda extraña. Tardé un rato en comprender quién era ella, que había venido de un mundo inimaginablemente lejano. Y lo sorprendente fue que, a pesar de su piel y sus ojos y su pelo y su mente extraños, la sentí humana, ella era humana como yo; no lo dudé ni un instante. Por un momento me perturbó profundamente. Entonces dejó de preocuparme y sentí una gran curiosidad, una gran atracción hacia ella. Deseé conocerla, conocer lo que ella conocía.

En mi interior el alma del propietario luchaba con el alma libre. Así será mientras viva.

Keo y Ramayo dejaron de ir a la escuela en cuanto aprendieron a leer y escribir y a manejar la calculadora, pero yo continué. Cuando ya no hubo más cursos en la escuela que dirigía el Hame, los profesores me ayudaron a encontrar clases en la red. Aunque el gobierno controlaba esos cursos, había buenos profesores y estudiantes de todo el mundo que hablaban de literatura e historia y de ciencias y arte. Yo siempre quería saber más de historia.

Ress, que era miembro del Hame, me llevó por primera vez a la biblioteca de Voe Deo. Como solo estaba abierta a los propietarios, el gobierno no la censuraba. En cuanto a los activos, si eran de piel clara, los bibliotecarios no los admitían con cualquier excusa. Yo era de piel oscura y en la ciudad había aprendido a conducirme con un

orgullo indiferente que me ahorraba muchos insultos y ofensas. Ress me dijo que entrara como si el lugar me perteneciese y eso hice. Me dieron todos los privilegios sin preguntar. Así fue como empecé a leer con libertad, a leer cualquier libro que eligiera en esa inmensa biblioteca, todos los que contenía si podía. Esas lecturas eran mi alegría. Ese era el corazón de mi libertad.

Aparte de mi trabajo haciendo cajas, bien remunerado y agradable, con compañeros agradables, y mis clases y lecturas, no había gran cosa más en mi vida. Tampoco quería más. Estaba sola, pero sentía que esa soledad no era un precio demasiado alto por lo que yo quería.

Ress, por quien había sentido aversión, era ahora mi amiga. Asistía con ella a las reuniones del Hame y también a espectáculos que de otro modo no habría conocido.

–Vamos, cateta –me decía–. Hay que educar a la cría de plantación. –Y me llevaba al teatro de los makils o a salas de baile de activos donde la música era buena. Ella siempre quería bailar. Dejé que me enseñara, pero no me sentía muy cómoda bailando. Una noche, mientras bailábamos un lento, empezó a apretarme contra ella y al mirarle el rostro vi la máscara del deseo sexual en él, suave y sin expresión. Me aparté con brusquedad.

–No quiero bailar –dije.

Regresamos caminando a casa. Ella me acompañó a mi habitación y en la puerta trató de abrazarme y besarme. Yo estaba enferma de ira.

–¡No quiero eso! –dije.

–Lo siento, Rakam –dijo ella, hablándome con una gentileza que nunca le había oído–. Sé cómo te sientes. Pero tienes que sobreponerte, tienes que vivir tu propia vida. Yo no soy un hombre, y te deseo.

La interrumpí con violencia:

–¡Una mujer me usó mucho antes de que lo hiciera un hombre! ¿Acaso me has preguntado si yo te deseaba? ¡Nadie volverá a usarme nunca más!

Toda la rabia y el rencor brotaron de mí como el veneno de una infección. Si hubiese tratado de tocarme otra vez, la habría golpeado. Le cerré la puerta en las narices. Temblorosa, fui hasta mi escritorio, me senté y empecé a leer el libro que estaba abierto sobre él.

Al día siguiente las dos estábamos abochornadas y tiesas. Pero bajo su viveza y brusquedad de mujer urbana, Ress era paciente. No intentó hacerme el amor otra vez, pero sí consiguió que confiase en ella y le hablara como no podía hablar con nadie más. Ella me escuchaba con atención y me decía lo que pensaba.

–Cateta, lo has aprendido todo al revés. No me extraña. ¿Cómo podía haber sido de otro modo? Tú crees que el sexo es algo que te hacen, pero no es así. Es algo que tú haces. Con alguien, no a alguien. Tú no has hecho nunca el amor. Lo único que has conocido es la violación.

–El señor Erod me dijo eso mismo hace mucho tiempo –dije. Sentía mucha amargura–. Me da igual cómo lo llamen. Ya he tenido suficiente. Para el resto de mi vida. Y me alegra vivir sin eso.

Ress hizo una mueca.

–¿A los veintidós años? –dijo–. Quizá por un tiempo. Si eres feliz así, está bien. Pero piensa en lo que te he dicho. Es una parte muy importante de la vida para suprimirla sin más.

–Si necesito sexo, puedo darme placer yo misma –dije, sin importarme si la hería–. El amor no tiene nada que ver.

–Ahí es donde te equivocas –dijo ella, pero yo no escuché. Aprendía de los profesores y libros que yo misma escogía, pero no aceptaba un consejo que no había pedido. Me negaba a que me dijesen qué hacer o qué pensar. Si era libre, sería libre por mí misma. Era como un niño que se pone de pie por primera vez.

Ahas me había estado aconsejando también. Él decía que era una insensatez perseguir la educación tan lejos.

–No puedes hacer nada provechoso con todo lo que estás aprendiendo de los libros –me dijo–. Es puro capricho. Necesitamos dirigentes y miembros con conocimientos prácticos.

–¡Necesitamos maestros!

–Sí –dijo él–, pero ya hace un año que sabes lo suficiente para enseñar. ¿De qué sirve la historia antigua, los sucesos de mundos extraños? ¡Tenemos que hacer una revolución!

No dejé de leer, aunque me sentía culpable. Me hice cargo de una clase en la escuela del Hame para enseñar a leer y escribir a activos y libertos analfabetos, como me habían enseñado a mí solo tres años antes. Era una tarea ardua. Aprender a leer es muy difícil para una persona adulta, sobre todo de noche, después de trabajar todo el día. Es mucho más fácil dejar que la red se apropie de la mente de uno.

Continué la discusión con Ahas en mi cabeza, y un día le pregunté:

–¿Hay biblioteca en Yeowe?

–No lo sé.

–Sabes que no. La Corporación no abrió bibliotecas allí. No tenían ninguna. Eran gente ignorante que no sabían más que de beneficios. El conocimiento es un bien en sí mismo. Sigo aprendiendo para poder llevar mi conocimiento a Yeowe. ¡Si puedo, les llevaré la biblioteca entera!

Él me miró.

–Lo que los propietarios pensaban, lo que los propietarios hacían... de eso tratan todos sus libros. No necesitan eso en Yeowe.

–Sí que lo necesitan –dije, convencida de que estaba equivocado, aunque de nuevo no podía decir por qué.

Muy pronto en la escuela me ofrecieron que enseñara historia, ya que uno de los profesores se había marchado. Preparé las clases a conciencia y fueron bien. Poco después me pidieron que diese unas charlas para un grupo de estudiantes avanzados, y también funcionaron bien. A la gente le interesaban las conclusiones que yo extraía de la historia y las comparaciones que había aprendido a establecer entre nuestro mundo y otros mundos. Había estado estudiando la manera en que diferentes pueblos educaban a los niños, quién se hacía responsable de ellos y cómo era entendida esa

responsabilidad, puesto que me parecía que era allí donde un pueblo se liberaba o se esclavizaba.

A una de esas charlas asistió un hombre de la Embajada del Ecumen. Cuando vi aquella cara alienígena entre la concurrencia, tuve miedo. Y el miedo creció cuando lo reconocí. Él había impartido el primer curso de Historia Ecuménica que yo había seguido en la red. Yo había escuchado devotamente aunque nunca intervine en la discusión. Y lo que aprendí ejerció una gran influencia en mí. Se me ocurrió que quizá me consideraría presuntuosa por hablar de cosas que él conocía de verdad. Tartamudeé durante toda la conferencia, tratando de no mirar los ojos de esquinas blancas del hombre.

Después de la conferencia el hombre se acercó a mí, se presentó con educación, elogió mi charla y me preguntó si había leído este libro y aquel otro. Me arrastró a la conversación con tanta destreza y amabilidad que por fuerza me inspiró simpatía. Y pronto se ganó mi confianza. Necesitaba su guía, porque se habían dicho y escrito muchas tonterías, incluso por gente sabia, sobre el equilibrio de poder entre hombres y mujeres, del que dependían la vida de los niños y el valor de su educación. Él conocía libros cuya lectura me sería provechosa y a partir de los cuales yo podría continuar por mi cuenta.

Se llamaba Esdardon Aya y ocupaba un alto cargo, no sabía cuál, en la Embajada. Había nacido en Hain, el Antiguo Mundo, el primer hogar de la humanidad, del que procedían todos nuestros antepasados.

A veces se me ocurría que era extraño que yo tuviese conocimientos sobre esas cosas, sobre esas vastas y antiquísimas materias, yo, que no había conocido nada más allá de los muros del cercado hasta los seis años, ¡que no había conocido el nombre del país en el que vivía hasta los dieciocho! Recién llegada a la ciudad, alguien habló de Voe Deo, y yo pregunté: «¿Dónde está eso?». Todos me miraron. Una mujer, una vieja alquilada de ciudad de voz dura, me dijo: «Aquí, polvorienta. Justo aquí está Voe Deo. ¡Es tu nación y la mía!».

Le conté el suceso a Esdardon Aya. No se rio.

–Una nación, un pueblo –dijo–. Esas son ideas extrañas y difíciles de asimilar.

–Mi nación era la esclavitud –dije, y él asintió.

En esos tiempos veía muy poco a Ahas. Extrañaba su bondadosa amistad, que se había transformado en repulsas constantes.

–Se te han subido los humos a la cabeza, todo el tiempo publicando y hablando ante el público –decía–. Estás anteponiéndote a nuestra causa.

–Pero si hablo a la gente del Hame, si escribo sobre cosas que necesitamos saber. Todo lo hago por la libertad –dije yo.

–A La Comunidad no le ha gustado nada ese panfleto tuyo –dijo él, en un tono serio, como si me estuviese revelando un secreto que yo necesitaba conocer–. Me han pedido que te diga que presentes tus escritos al comité antes de publicarlos. Esa prensa la dirige gente impulsiva. El Hame está causando muchas dificultades a nuestros candidatos.

–¡Nuestros candidatos! –dije con rabia–. ¡Ningún propietario es mi candidato! ¿Es que todavía acatas las órdenes del joven propietario?

Esa observación lo hirió.

–Si te pones en primer lugar, si no cooperas, nos pondrás en peligro a todos.

–Yo no me pongo en primer lugar: los políticos y los capitalistas lo hacen. Pongo la libertad en primer lugar. ¿Por qué no cooperas conmigo? ¡Es un camino de doble sentido, Ahas!

Él se marchó furioso, dejándome a mí furiosa.

Creo que echaba de menos mi dependencia de él. Quizá estaba celoso de mi independencia, porque él continuaba siendo un hombre del señor Erod. Era un corazón leal y nuestro desacuerdo nos trajo mucho dolor y amargura. Me habría gustado saber qué fue de él en los tiempos difíciles que siguieron.

Había verdad en su acusación. Yo había descubierto que tenía el don de llegar al corazón y la mente de las personas con mis palabras y escritos. Nadie me había dicho que ese don era tan peligroso como poderoso. Ahas me había acusado de ponerme en primer lugar, pero yo sabía que no era cierto. Estaba al servicio de la verdad y la libertad en cuerpo y alma. Nadie me dijo que el fin nunca purifica los medios, puesto que solo el Señor Kamye sabe cuál será el final. Mi abuela me lo habría dicho. El *Arkamye* me lo habría recordado, pero casi no lo leía y en la ciudad no había ancianos que cantaran la palabra por las noches. Si los hubiese habido, la voz de ellos no habría podido escucharse bajo el sonido de mi hermosa voz proclamando la hermosa verdad.

Creo que no hice ningún daño, excepto el que todos hicimos, al atraer la atención de los legisladores de Voe Deo sobre el hecho de que el Hame estaba volviéndose audaz y el Partido Radical estaba ganando fuerza, y que tenían que actuar contra nosotros.

El primer signo fue de división. En los cercados abiertos, además del lado de las mujeres y del lado de los hombres, había varios apartamentos para las parejas. Esta era una acción radical. Cualquier tipo de matrimonio entre los activos era ilegal. Se les permitía vivir en pareja solo por la indulgencia de los propietarios. La única lealtad legítima de un activo era hacia su propietario. El hijo no pertenecía a la madre, sino al propietario. Pero como había gareots viviendo en el mismo lugar que los activos poseídos, esos apartamentos para parejas habían sido tolerados o ignorados. Ahora, de repente, se invocó la ley y las parejas de activos fueron arrestadas, multadas si ganaban sueldos, separadas y enviadas a casas cercado de las compañías. A Ress y las otras mujeres de mayor edad que dirigían nuestra casa las multaron y les advirtieron que si volvían a descubrirse «situaciones inmorales» las considerarían responsables y las enviarían a campos de trabajo. Dos pequeños de una de las parejas no estaban en las listas del gobierno y cuando se llevaron a sus padres los dejaron allí. Keo y Ramayo los

acogieron y quedaron bajo la tutela del lado de las mujeres, como ocurría con los huérfanos en los cercados.

Hubo acalorados debates sobre esto en las reuniones del Hame y La Comunidad. Algunos decían que el derecho de los activos a vivir juntos y a criar a sus hijos era una causa a la que el Partido Radical tenía que dar apoyo. No significaba una amenaza directa para los propietarios y apelaba a los instintos naturales de muchos propietarios, especialmente las mujeres, que aunque no podían votar eran valiosas aliadas. Otros decían que había que dejar de lado los afectos individuales en aras de la lealtad a la causa de la libertad, y que cualquier asunto personal tenía que pasar a un segundo plano frente a la gran causa de la emancipación. El señor Erod dijo esto en una reunión. Yo me levanté para contestarle. Dije que no había libertad sin libertad sexual, y que hasta que no se permitiese a las mujeres hacerse responsables de sus hijos y los hombres no quisieran aceptar la responsabilidad también, ninguna mujer, ya fuese propietaria o activa, sería libre.

–El hombre debe hacerse responsable de la parte pública de la vida, el mundo más amplio en el que el niño se integrará; la mujer, de la parte doméstica de la vida, de la educación moral y física del niño. Ésa es una división impuesta por Dios y por la naturaleza –respondió Erod.

–¿Entonces la emancipación de una mujer significa que es libre de entrar en la beza y quedarse allí encerrada?

–Naturalmente que no –empezó a decir él, pero yo lo interrumpí, temiendo su lengua de oro:

–¿Entonces qué es la libertad para una mujer? ¿Es diferente de la libertad de un hombre? ¿O acaso una persona libre no es libre?

El moderador golpeaba el martillete enojado, pero otras activas repitieron mi pregunta.

–¿Cuándo hablará por nosotras el Partido Radical? –dijeron, y una de las mujeres de mayor edad gritó:

–¿Dónde están sus mujeres, propietarios que quieren abolir la esclavitud? ¿Por qué no están aquí? ¿Es que no las dejan salir de la

beza?

El moderador siguió aporreando y finalmente consiguió restablecer el orden. Me sentí a medias triunfante y a medias desalentada. Advertí que Erod y algunos miembros del Hame me miraban como a una agitadora declarada. Y en verdad mis palabras nos habían dividido. Pero ¿acaso no lo estábamos ya?

Un grupo de mujeres continuamos la charla de camino a casa, hablando en voz alta. Aquellas eran mis calles, con su tráfico y sus luces y su peligro y su vida. Era una mujer de ciudad, una mujer libre. Esa noche yo era una propietaria: poseía la ciudad, poseía el futuro.

Las discusiones continuaron. Pidieron mi intervención en muchos encuentros. Mientras abandonaba una de esas reuniones, el haini Esdardon Aya se acercó a mí y me dijo al desgaire, como si discutiera sobre mi discurso:

–Rakam, está en peligro de arresto.

No entendí a qué se refería. Él caminó a mi lado, dejamos atrás a las otras, y entonces continuó:

–Me han llegado rumores a la Embajada... El gobierno de Voe Deo está a punto de cambiar el estatus de los activos manumisos. Ya no serán considerados gareots. Deberán tener un propietario garante.

Esas eran malas noticias, pero después de reflexionar dije:

–Creo que puedo encontrar un propietario garante. Quizá el señor Boeba.

–El propietario garante tiene que ser aprobado por el gobierno... Eso debilitará a La Comunidad por partida doble, tanto en miembros activos como en propietarios. Es una jugada inteligente, desde luego –dijo Esdardon Aya.

–¿Qué ocurre si no encontramos un garante aprobado?

–Serán considerados fugitivos.

Eso significaba la muerte, los campos de trabajo o la subasta.

–Oh, Señor Kamye –dije, y me agarré al brazo de Esdardon Aya porque una cortina de oscuridad había caído sobre mis ojos.

Caminamos un trecho por la calle. Cuando pude ver de nuevo, vi la calle, las altas casas de la ciudad, las luces brillantes que había creído mías.

–Tengo algunos amigos –dijo el haini, caminando a mi paso– que están planeando hacer un viaje al Reino de Bambur.

Después de un rato, dije:

–¿Qué haría yo allí?

–Una nave parte de allá para Yeowe.

–Para Yeowe –repetí.

–Eso he oído –dijo él, como si estuviese hablando de una línea de tranvía–. De aquí a pocos años, supongo que Voe Deo empezará a ofrecer viajes a Yeowe. Exportará intratables, agitadores, miembros del Hame. Aunque eso signifique reconocer a Yeowe como un Estado, cosa que todavía no se resigna a hacer. Sin embargo, ha permitido que los Estados clientes mantengan algunos acuerdos comerciales semilegítimos... Hace un par de años, el rey de Bambur compró una de las antiguas naves de la Corporación, una auténtica nave mercante de la Colonia. Al rey le hacía ilusión visitar las lunas de Werel. Pero las lunas eran muy aburridas, así que alquiló la nave a un consorcio de eruditos de la Universidad de Bambur y empresarios de la capital. Algunos fabricantes de Bambur mantienen relaciones comerciales con Yeowe a través de la nave, y algunos científicos de la Universidad organizan expediciones científicas. Por supuesto, cada viaje es muy caro, de modo que transportan tantos científicos como pueden cada vez que van.

Escuché todo esto sin oírlo, y sin embargo lo comprendí.

–Hasta ahora –añadió– han conseguido mantenerlo en marcha.

Cuando Esdardon Aya hablaba siempre parecía tranquilo, un poco divertido, aunque no superior.

–¿Sabe algo de esa nave La Comunidad? –le pregunté.

–Creo que algunos miembros sí. Y gente del Hame. Pero es muy peligroso conocer su existencia. Si Voe Deo averiguara que un Estado cliente exporta propiedad valiosa... De hecho, creo que tienen algunas sospechas. De modo que es una decisión que no

puede tomarse a la ligera. Es peligrosa y además irrevocable. Debido a ese peligro he dudado en hablarle de ella. He dudado tanto que tendrá que decidirse muy deprisa, Rakam. En realidad, esta misma noche.

Levanté la vista de las luces de la ciudad al cielo que ocultaban.

–Iré –dije, y pensé en Walsu.

–Bien –dijo. En la siguiente esquina tomó una dirección que nos alejaba de mi casa y nos llevaba hacia la Embajada del Ecumen.

Nunca me pregunté por qué hizo aquello por mí. Era un hombre secreto, un hombre de un poder secreto, pero siempre decía la verdad, y creo que seguía los dictados de su corazón siempre que podía.

Al entrar en el territorio de la Embajada, un gran parque débilmente iluminado en la noche invernal por luces de suelo, me detuve de pronto.

–Mis libros –dije. Me miró interrogativamente–. Querría llevar mis libros a Yeowe –dije. La voz me tembló en un súbito acceso de llanto, como si todo lo que estaba a punto de dejar atrás se resumiera en esa única cosa–. Necesitan libros en Yeowe, creo –dije.

Tras un momento él dijo:

–Haré que se los envíen en nuestra próxima nave. Ojalá pudiese meterla en esa nave –añadió en un tono más bajo–. Pero, por supuesto, el Ecumen no puede ofrecer viajes gratuitos a esclavos fugitivos...

Me volví y tomé su mano y apoyé la frente contra ella un momento, la única vez en mi vida que hice aquello por propia voluntad.

Él se sobresaltó.

–Vamos, vamos –dijo, y me hizo caminar deprisa.

La Embajada alquilaba guardias werelianos, casi todos veots, hombres de la vieja casta de guerreros. Uno de ellos, un hombre grave, cortés y silencioso, me acompañó en el viaje en avión hasta Bambur, el reino isleño al este del Gran Continente. Él llevaba todos los papeles que yo necesitaba. Del aeropuerto me llevó al Real

Observatorio del Espacio, que el rey había construido para su nave espacial. Una vez allí fui conducida sin demora a la nave, que esperaba en su gran andamiaje, lista para partir.

Imagino que habrían habilitado cómodos compartimientos en la parte frontal para el rey cuando este iba a ver las lunas, pero el cuerpo de la nave, que había pertenecido a la Corporación de Plantaciones Agrícolas, todavía se componía de grandes depósitos para el producto de la Colonia. Cuatro de las grandes naves de carga que ahora llevaban maquinaria agrícola fabricada en Bambur volverían llenas de cereales yeowanos. El quinto depósito transportaba activos.

Las naves de carga no tenían asientos. Habían dispuesto unas colchonetas de fieltro en el suelo, y allí nos tendimos; nos amarraron con correas como habrían hecho con la carga. Había unos cincuenta «científicos». Yo fui la última en subir a bordo. La tripulación andaba con prisas y nerviosa, y hablaba solamente la lengua de Bambur. No entendí las instrucciones que nos dieron. Necesitaba con urgencia aliviar la vejiga, pero ellos gritaron: «¡No hay tiempo, no hay tiempo!». De modo que me tendí aguantando aquel suplicio mientras ellos cerraban las grandes puertas del contenedor, que me recordaron las puertas del cercado de Shomeke. Alrededor la gente se llamaba en su lengua. Un niño lloraba. Conocía ese lenguaje. Entonces empezó el gran estruendo, debajo de nosotros. Poco a poco sentí que mi cuerpo se aplastaba contra el suelo, como si un enorme pie me estuviera pisando, hasta que sentí que mis paletillas se clavaban en la colchoneta y la lengua retrocedió en mi garganta como si fuera a sofocarme y con una aguda punzada de dolor y de alivio caliente, mi vejiga soltó la orina.

Entonces empezamos a ser ingrávidos, a flotar en nuestras amarras. Ya no se sabía dónde estaba el arriba y dónde el abajo. La gente alrededor hablaba de nuevo; se llamaban por el nombre, seguramente decían: «¿Estás bien?; sí, estoy bien». El niño no había interrumpido en ningún momento sus gritos fieros, desgarradores. Empecé a tantear mis ataduras, porque vi que la mujer a mi lado se

había sentado y se frotaba los brazos y el pecho donde las correas la habían sujetado. Pero un vozarrón borroso bramó por los altavoces, dando órdenes en la lengua de Bambur y luego en voe deano: «¡No suelten las correas! ¡No intenten moverse! ¡Están atacando la nave! ¡La situación es extremadamente peligrosa!».

Así que me quedé allí, flotando en la pequeña nube de orina, escuchando a los extraños hablar alrededor, sin entender nada. Me sentía del todo desgraciada, y sin embargo valiente como nunca antes. Nada me preocupaba, como si fuese a morir: sería estúpido preocuparse por algo cuando uno se está muriendo.

La nave hizo unos movimientos extraños, se estremeció y pareció girar. Varias personas se marearon. El aire se llenó del olor y las gotitas del vómito. Solté las manos lo suficiente para ponerme el pañuelo que llevaba a modo de filtro sobre el rostro, y remetí los extremos bajo la cabeza para sujetarlo.

Dentro del pañuelo perdí de vista la inmensa bóveda de la nave de carga extendiéndose por encima o por debajo de mí, y me sentí como si estuviera a punto de volar o de caer en ella. El pañuelo tenía mi olor y eso me confortó. Era el pañuelo que solía ponerme cuando daba una conferencia, de gasa fina, rojo pálido, con un hilo de plata entrelazado a intervalos. Cuando lo compré en un mercado de la ciudad y lo pagué con el dinero que había ganado, pensé en el pañuelo rojo de mi madre, el que le había dado la dama Tazeu. Pensé que a ella le habría gustado este, aunque no fuese de un color tan vivo. Miré la pálida penumbra rojiza en la que el pañuelo transformaba la bóveda, estrellada con las luces de las escotillas, y pensé en mi madre, Yowa. Seguramente la habían asesinado aquella mañana en el cercado. Quizá la habían llevado a otra hacienda como mujer de uso, pero Ahas no encontró ninguna pista de ella. Pensé en su manera de inclinar la cabeza ligeramente a un lado, deferente y sin embargo alerta, graciosa. Sus ojos eran grandes y brillantes, «ojos que contienen las siete lunas», como dice la canción. Y entonces pensé: «Pero nunca volveré a ver las lunas».

Al pensar esto me sentí tan extraña que para confortarme y distraer mis pensamientos empecé a cantar en voz baja, a solas con mi aliento en la cálida tienda de bruma rojiza. Canté las canciones de libertad que cantábamos en el Hame, y después canté las canciones de amor que la dama Tazeu me había enseñado. Al fin canté *O, O, Yeowe*, bajito al principio, luego un poco más alto. Una voz en el exterior de aquel mundo de tenue bruma rojiza se unió a mí, una voz de hombre, luego una de mujer. Todos los activos de Voe Deo conocían aquella canción. La cantamos juntos. La voz de un hombre de Bambur la entonó también con la letra en su lengua, y otros se le unieron. Entonces los cantos se acallaron. El llanto del niño era débil. El aire estaba muy viciado.

Muchas horas después, cuando al fin entró aire puro por el sistema de ventilación y nos permitieron soltarnos las correas, nos enteramos de que una nave de la Flota de Defensa Espacial de Voe Deo había interceptado la trayectoria del carguero justo encima de la atmósfera y le había dado el alto. El capitán optó por ignorar la señal. La nave de guerra había disparado y, aunque no hizo blanco en el carguero, la explosión había dañado los mandos. El carguero había continuado el viaje y no había vuelto a tener señales de la nave de guerra. Once días nos separaban de Yeowe. La nave de guerra, o un grupo de ellas, quizá nos esperaran cerca del planeta. La razón que habían dado para detener el carguero era «sospechoso de contrabando de mercancías».

Esa flota de naves de guerra se había construido siglos antes para proteger Werel de los ataques que ellos esperaban del Imperio Alienígena, que es como llamaban al Ecumen. Estaban tan atemorizados por esa amenaza imaginaria que habían volcado toda su energía en la tecnología del vuelo espacial; y la colonización de Yeowe era el resultado. Después de cuatrocientos años sin ningún ataque, Voe Deo había permitido al fin al Ecumen mandar enviados y embajadores. Habían usado la Flota de Defensa para transportar tropas y armamento durante la guerra de Liberación. Ahora la

utilizaban como los propietarios de las haciendas utilizaban a los perros y gatos de caza, para perseguir esclavos fugitivos.

Descubrí a los otros dos voe deanos del contenedor, y colocamos nuestras «correas de cama» de modo que pudiésemos hablar. Los dos habían sido trasladados a Bambur por el Hame, que les había pagado el pasaje. No se me había ocurrido pensar que había que pagar pasaje. Supe quién había pagado el mío.

–No puedes volar gratis en una nave espacial –dijo la mujer. Era una persona muy extraña. Era una científica de verdad. La compañía que la había alquilado le había dado una formación superior en química, y ella había convencido al Hame de que la enviaran a Yeowe porque estaba segura de que sus conocimientos serían necesarios y muy solicitados. Ganaba un sueldo muy superior al de muchos gareots, pero esperaba ganar aún más en Yeowe.

–Voy a ser rica –dijo.

El hombre, apenas un muchacho, obrero de una ciudad del norte, simplemente había huido y había tenido la suerte de encontrar gente que lo había salvado de la muerte o de los campos de trabajo. Tenía dieciséis años, era ignorante, ruidoso, rebelde, de carácter dulce. Se convirtió en el favorito de todos, como un crío. Yo estaba muy solicitada porque conocía la historia de Yeowe, y a través de un hombre que hablaba las dos lenguas pude explicar al grupo de Bambur algunas cosas del lugar al que nos dirigíamos: los siglos de la esclavitud bajo las Corporaciones, Nadami, la guerra, la Liberación. Algunos eran alquilados de ciudad, y había un grupo de esclavos de hacienda que el Hame había comprado en una subasta con dinero falso y bajo nombre falso y había embarcado deprisa en aquel vuelo, y que apenas sabían nada del lugar al que iban. Era ese truco lo que había atraído la atención de Voe Deo sobre nuestro vuelo.

Yoke, el chico obrero, especulaba sin descanso sobre cómo nos recibirían los yeowanos. Contaba una historia, a medias broma a medias sueño, con bandas tocando y discursos y un gran banquete. El banquete fue haciéndose cada vez más opulento a medida que

pasaban los días. Fueron días largos y hambrientos, flotando en el gran espacio informe de la nave de carga, marcados solo por la alternancia cada doce horas de una iluminación más brillante o más apagada y la distribución de dos comidas durante el «día», comida y agua en tubos que estrujábamos en la boca. No pensaba mucho en lo que iba a suceder. Estábamos en un entreacto. Si las naves de guerra nos encontraban, seguramente moriríamos. Si conseguíamos llegar a Yeowe, empezaría una nueva vida. Por el momento flotábamos.

4. *Yeowe*

La nave aterrizó sana y salva en el puerto de Yeowe. Descargaron los cajones de maquinaria primero, y luego el resto de la carga. Salimos tambaleándonos y agarrándonos unos a otros, incapaces de resistirnos a la poderosa atracción de aquel nuevo mundo que nos arrastraba hacia su centro, cegados por la luz del sol, más cerca de nosotros de lo que nunca antes había estado.

–¡Por aquí, por aquí! –gritó un hombre. Me resultó grato oír mi lengua, pero los bambures parecían inquietos.

«Por aquí... entren ahí... desnúdense... esperen.» Todo lo que escuchamos al llegar al Mundo Libre fueron órdenes. Tenían que descontaminarnos, lo que fue doloroso y agotador. Teníamos que pasar una revisión médica. Todo lo que llevábamos tenía que ser descontaminado, examinado e inventariado. No les llevó mucho tiempo conmigo. Yo solo había traído la ropa que llevaba puesta desde hacía dos semanas. Me alegró que me descontaminaran. Al fin nos dijeron que nos alineáramos en una de las naves de carga vacía. El letrero sobre las puertas rezaba todavía «CPAY: Corporación de Plantaciones Agrícolas de Yeowe». Nos hicieron entrar uno a uno. El hombre que me atendió era bajo, blanco, de mediana edad y llevaba lentes, como cualquier activo oficinista de ciudad, pero yo lo miré con reverencia. Él era el primer yeowano con el que hablaba. Me hizo las preguntas de un formulario y anotó mis respuestas.

–¿Sabe leer?

–Sí.

–¿Formación? –Vacilé un momento y dije:

–Maestra. Enseño lectura e historia. –No levantó la vista para mirarme ni una sola vez.

Me alegré de ser paciente. Después de todo, los yeowanos no nos habían pedido que viniésemos. Nos admitían por la única razón de que si nos devolvían a Werel tendríamos una muerte horrible en una ejecución pública. Éramos una mercancía provechosa para Bambur, pero para Yeowe éramos un problema. Sin embargo, muchos de nosotros teníamos conocimientos que podían necesitar, y me alegré de que nos preguntaran por ellos.

Cuando todos hubimos desfilado, nos separaron en dos grupos: hombres y mujeres. Yoke me abrazó y se fue para el lado de los hombres riendo y saludando. Yo me quedé con las mujeres. Vimos que llevaban a todos los hombres al vehículo que enlazaba con la Antigua Capital. Mi paciencia se acabó y mi esperanza se ensombreció. Rogué: «¡Señor Kamye, aquí no, aquí también no!». El miedo me puso furiosa. Cuando un hombre vino dándonos órdenes otra vez, «vamos, por aquí», me acerqué a él y le dije:

–¿Quién es usted? ¿A dónde nos llevan? ¡Somos mujeres libres!

Era un tipo muy grande, con una cara redonda y blanca y ojos azules. Me miró enojado al principio, y luego sonrió.

–Sí, hermana, eres libre –dijo–. Pero todos tenemos que trabajar, ¿no es cierto? Ustedes las damas irán al sur. Necesitan gente en las plantaciones de arroz. Trabajarán un poco, ganarán algo de dinero, echarán una miradita por ahí, ¿de acuerdo? Si no les gusta lo de allá abajo, se vuelven para acá. Siempre podemos usar a las damitas hermosas aquí.

Yo nunca había oído el acento yeowano, cadencioso, difuminado, suave, con vocales largas y marcadas. Nunca había oído llamar damas a las activas. Nadie me había llamado hermana en la vida. Seguro que él no se refería a lo que yo interpreté con la

palabra *usar*, seguro que la empleó sin malicia. Yo estaba desconcertada y no dije más. Pero la química, Tualtak, dijo:

–Escuche, yo no soy una peona agrícola, soy una científica preparada...

–Oh, todos ustedes son científicos –dijo el yeowano con su gran sonrisa–. ¡Vamos, vamos, señoras! –Caminó delante y nosotras lo seguimos. Tualtak siguió hablando, pero él sonrió y no le prestó atención.

Nos llevaron a un vagón de tren que esperaba en una vía muerta. El sol brillante y enorme se estaba poniendo. Todo el cielo estaba de color naranja y rosado, colmado de luz. Unas sombras largas oscurecían el suelo. El aire cálido estaba polvoriento y olía dulce. Mientras aguardábamos para trepar al vagón me agaché y recogí una piedrecita rojiza del suelo. Era redonda, y una fina banda de color blanco la atravesaba. Era un pedazo de Yeowe. Tenía Yeowe en la mano. Aún conservo esa piedrecita.

Cambiaron nuestro vagón a las vías principales y lo engancharon a un tren. Cuando el tren empezó a moverse nos sirvieron la cena, sopa servida de unas grandes cacerolas desplazadas sobre ruedas por el vagón, cuencos de arroz de los marjales, dulce y pesado, y pinis, un lujo en Werel, al parecer muy abundantes aquí. Comimos y comimos. Contemplé desvanecerse la última luz más allá de las colinas onduladas que el tren atravesaba. Salieron las estrellas. No había lunas. No las habría nunca más. Pero vi subir Werel en el oeste. Era una gran estrella azul verdosa, y tenía el mismo aspecto que Yeowe vista desde Werel. Pero Yeowe nunca subía después de la puesta de sol. Yeowe seguía al Sol.

«Estoy viva y estoy aquí –pensé–, siguiendo al Sol.» Olvidé mis temores y me quedé dormida con el traqueteo del tren.

El segundo día bajamos del tren en una ciudad a orillas del gran río Yot. Nuestro grupo de veintitrés fue separado allí, y a diez de nosotras nos llevaron en una carreta tirada por bueyes a una aldea, Hagayot. Había sido un cercado de la CPAY, que producía arroz para alimentar a los esclavos de la colonia. Ahora era una aldea

cooperativa, que producía arroz para alimentar al pueblo libre. Nos inscribieron como miembros de la cooperativa. Viviríamos a partes iguales con los lugareños hasta que nos pagaran, y entonces podríamos saldar nuestras deudas con la cooperativa.

Era una manera razonable de asimilar a los inmigrantes sin dinero que no conocían la lengua o no tenían formación. Pero yo no entendía por qué habían ignorado nuestras profesiones. ¿Por qué habían enviado a los hombres de las plantaciones de Bambur, peones agrícolas, a la ciudad, no aquí? ¿Por qué solo mujeres?

No entendía por qué, en una aldea de gente libre, había un lado para los hombres y un lado para las mujeres, con una zanja que los separaba.

No entendía por qué, como descubrí muy pronto, los hombres tomaban todas las decisiones y daban todas las órdenes. Pero comprendí que, así las cosas, nos temieran a nosotras, las mujeres werelianas, porque no estábamos acostumbradas a aceptar órdenes de nuestros iguales. Y comprendí que tenía que acatar las órdenes sin insinuar siquiera que las cuestionaba. Los hombres de la aldea de Hagayot nos miraban con fiera sospecha y con un látigo tan pronto como el de cualquier jefe.

–Quizá ustedes les decían a los hombres lo que tenían que hacer allí –nos dijo el capataz la primera mañana que salimos a los campos–. Pero eso era allí. Aquí las cosas son diferentes. Aquí la gente libre trabaja unida. Ustedes se creen jefas, pero aquí no hay jefas.

Había abuelas en el lado de las mujeres, pero no tenían los poderes de nuestras abuelas. Aquí, donde durante el primer siglo no había habido mujeres esclavas, los hombres habían tenido que organizar la vida e instaurar los poderes. Cuando al fin enviaron esclavas a esos reinos de hombres esclavos, no quedaba ningún poder para ellas. No tenían voz. No fue hasta que escaparon a las ciudades que empezaron a tener voz en Yeowe.

Aprendí a callar.

Pero no fue tan malo para mí y para Tualtak como lo fue para nuestras ocho compañeras de Bambur. Éramos los primeros inmigrantes que aquellos aldeanos veían. Solo hablaban su lengua y pensaron que las mujeres de Bambur eran brujas porque no hablaban «como seres humanos». Solían azotarlas cuando hablaban entre ellas en su idioma.

Debo confesar que durante mi primer año en el Mundo Libre estaba tan descorazonada como lo había estado en Zeskra. Odiaba pasar todo el día encorvada en las aguas poco profundas de los arrozales. Siempre teníamos los pies reblandecidos e hinchados y llenos de unos diminutos gusanos que se nos metían en la carne y que teníamos que sacarnos cada noche. Pero era un trabajo necesario y no demasiado duro para una mujer saludable. No era el trabajo lo que me abatía.

Hagayot no era una aldea tribal ni tan conservadora como algunas de las viejas aldeas de las que supe después. Las niñas no eran ritualmente violadas, y una mujer estaba segura en el lado de las mujeres. «Saltaba la zanja» solo con el hombre que ella elegía. Pero si una mujer iba a cualquier sitio sola, o incluso si se separaba de las otras trabajando en los arrozales, se suponía que estaba «buscándoselo», y cualquier hombre se creía en el derecho de forzarla.

Hice buenas amigas entre las mujeres de la aldea y las bambures. No eran más ignorantes de lo que yo misma había sido unos años antes, y algunas eran más sabias de lo que yo nunca sería. No había posibilidad de tener amigos entre hombres que se creían propietarios. Era incapaz de ver cómo podría cambiar la vida allí. Por las noches, tendida entre las mujeres y los niños que dormían, me sentía muy abatida y pensaba: «¿Para esto murió Walsu?».

En mi segundo año allí resolví hacer cuanto estuviese en mi mano para mantenerme por encima de la desgracia que me amenazaba. Una de las bambures, mansa y un poco corta de entendederas, a la que hombres y mujeres habían azotado y

golpeado por hablar su idioma, se ahogó en uno de los grandes bancales de arroz. Se había tendido en el agua cálida y poco profunda, que no llegaba más arriba de los tobillos, y se había ahogado. Yo temí esa cosecha, esas aguas de la desesperación. Decidí que utilizaría mis conocimientos, que enseñaría a leer a las mujeres y a los niños de la aldea.

Escribí algunas cartillas para principiantes en tela de arroz y las convertí en un juego para los pequeños. Unas cuantas chicas jóvenes y algunas mujeres sintieron curiosidad. Algunos sabían que la gente de los pueblos y ciudades sabía leer, y lo veían como un misterio, como una hechicería que daba a los de la ciudad un gran poder. Yo no lo negué.

Para las mujeres primero escribí versos y pasajes del *Arkamye*, todo lo que pude recordar, para que pudieran tenerlo y no tuviesen que esperar a que uno de los hombres que se llamaban a sí mismos «sacerdotes» lo recitara. Se sintieron orgullosas de aprender a leer esos versos. Entonces hice que mi amiga Seugi me contara una historia, su encuentro con un gato de caza salvaje en los marjales cuando era niña. Lo puse por escrito y lo titulé «El león de los marjales, por Aro Seugi», y luego lo leí en voz alta para la autora y un círculo de mujeres y niñas. Ellas se maravillaron y rieron. Seugi lloró, acariciando la escritura que guardaba su voz.

El cacique de la aldea y sus principales y capataces e hijos honorarios, toda la jerarquía y el gobierno de la aldea, desconfiaban de mi enseñanza, y aunque no les complacía, no querían prohibírmela. El gobierno de la Región de Yotebber había anunciado que iban a poner en marcha escuelas de campo a las que los niños de las aldeas serían enviados a mitad del año. Los hombres de la aldea sabían que sus hijos llevarían ventaja si ya sabían leer y escribir cuando fuesen.

El Hijo Elegido, un hombre grande, pálido y apacible, ciego de un ojo a causa de una herida de guerra, vino a verme al fin. Llevaba la chaqueta oficial, una chaqueta larga y ajustada como la que

vestían los propietarios werelianos trescientos años atrás. Me dijo que no tenía que enseñar a leer a las niñas, solo a los niños.

Yo le dije que enseñaría a todos los niños que quisieran aprender o a ninguno.

–Las niñas no quieren aprender esas cosas –dijo él.

–Claro que quieren. Catorce niñas han pedido estar en mi clase. Ocho chicos. ¿Está diciendo que las niñas no deben recibir educación religiosa, Hijo Elegido?

Él vaciló.

–Tienen que aprender la vida de la Dama Misericordiosa –dijo.

–Escribiré la Vida de Tual para ellas –dije al instante. Él se alejó con su dignidad a salvo.

Mi victoria, tal como fue, me resultó poco placentera. Pero al menos continué enseñando.

Tualtak estaba siempre hablándome de escapar, de escapar a la ciudad río abajo. Había adelgazado mucho porque no podía digerir la comida pesada. Odiaba el trabajo y a la gente.

–Está bien para ti porque tú estuviste en una plantación, fuiste una polvorienta; pero yo nunca lo he sido, mi madre era una alquilada, vivíamos en unas habitaciones muy elegantes en la calle Haba, yo era la aprendiza más brillante que habían tenido nunca. –Y seguía hablando, una y otra vez, viviendo en el mundo que había perdido.

Algunas veces le prestaba atención cuando hablaba de escapar. Trataba de recordar los mapas de Yeowe de mis libros perdidos. Recordaba el gran río, el Yot, que nacía en lo profundo del continente y recorría tres mil kilómetros hasta desembocar en el Mar del Sur. ¿Pero en qué punto de esa vasta extensión nos encontrábamos, a qué distancia de la ciudad de Yotebber, en el delta? Entre Hagayot y la ciudad podía haber cientos de aldeas como esa.

–¿Te han violado alguna vez? –le pregunté a Tualtak.

–Soy una alquilada, no una mujer de uso –dijo con brusquedad, ofendida.

–Yo fui mujer de uso durante dos años. Si me violaran otra vez, mataría al hombre o me suicidaría. Me parece que dos mujeres werelianas andando solas por aquí se expondrían a que las violasen. No puedo hacerlo, Tualtak –dije.

–¡No es posible que todo sea como este lugar! –dijo entre lágrimas, con tanta desesperación que sentí mi propia garganta oprimida por el llanto.

–Quizá cuando abran las escuelas... entonces habrá gente de las ciudades... –Esa era toda la esperanza que podía ofrecer, a ella o a mí misma–. Quizá si la cosecha es buena este año, si conseguimos que nos den nuestro dinero, podríamos tomar el tren...

Ésa era nuestra única esperanza. La cuestión era conseguir que el cacique y sus cohortes nos diesen nuestro dinero. Ellos guardaban los ingresos de la cooperativa en una cabaña de piedra que llamaban el banco de Hagayot, y solo ellos veían alguna vez el dinero. Cada persona tenía una cuenta, y ellos llevaban el control de los ingresos fielmente: siempre que uno lo solicitaba, el jefe banquero garrapateaba en el suelo el saldo que uno tenía. Lo único que nos daban era una especie de vales, piezas de arcilla marcadas por el jefe banquero, que servían como dinero entre nosotros y con las que podían comprarse las cosas que la gente de la aldea hacía: ropa, sandalias, herramientas, collares de cuentas, cerveza de arroz. Nuestro dinero de verdad estaba a salvo, nos decían, en el banco. Me acordé de aquel viejo activo tullido de Shomeke, trastabillando y cantando: «¡Dinero en el banco, Señor! ¡Dinero en el banco!».

Mucho antes de que nosotras llegásemos, las mujeres estaban descontentas con aquel sistema. Ahora había nueve mujeres más descontentas.

Una noche le pregunté a mi amiga Seugi, cuyo cabello era tan blanco como su piel:

–Seugi, ¿tú sabes lo que ocurrió en un lugar llamado Nadami?

–Sí –contestó ella–. Las mujeres abrieron la puerta. Todas las mujeres se sublevaron y entonces los hombres se levantaron contra los jefes. Pero necesitaban armas. Y una mujer corrió en la noche y

robó la llave de la caja del propietario y abrió la puerta del fortín donde los jefes guardaban las armas y las balas, y la mantuvo abierta con la fuerza de su cuerpo para que los esclavos pudieran armarse. Y entonces mataron a las Corporaciones y liberaron aquel lugar, Nadami.

–Incluso en Werel cuentan esa historia –dije–. Los hombres y las mujeres hablan allí de Nadami, donde las mujeres empezaron la Liberación. ¿Cuentan la historia los hombres de aquí? ¿La conocen?

Seugi y las otras mujeres asintieron.

–Si una mujer liberó a los hombres de Nadami –dije–, quizá las mujeres de Hagayot puedan liberar su dinero.

Seugi rio y llamó a un grupo de abuelas.

–¡Escuchen a Rakam! ¡Escuchen esto!

Después de hablar durante días y semanas, la cosa acabó con una delegación de mujeres, treinta de nosotras. Cruzamos al lado de los hombres por el puente de la zanja y pedimos con ceremonia ver al cacique. Nuestra principal arma para negociar era la vergüenza. Seugi y las otras mujeres de la aldea expusieron la reclamación, porque ellas sabían hasta dónde podían avergonzar a los hombres sin incitarlos a la cólera y las represalias. Oyéndolas, escuché la dignidad hablar a la dignidad, el orgullo hablar al orgullo. Por primera vez desde que llegué a Yeowe sentí que yo era parte de ese pueblo, que esa dignidad y ese orgullo eran míos también.

Nada ocurría deprisa en la aldea. Pero en la siguiente cosecha las mujeres de Hagayot pudieron retirar la cuota ganada en metálico.

–Ahora a por el voto –le dije a Seugi, porque no había voto secreto en la aldea. Cuando había elecciones regionales, incluso en la Ratificación de la Constitución general, los caciques registraban a los hombres y rellenaban las papeletas. Ni siquiera registraban a las mujeres, y escribían los votos que ellos querían emitir.

Pero yo no me quedé para ayudar a conseguir aquel cambio para Hagayot. Tualtak estaba en verdad enferma y medio enloquecida por el deseo de salir de los marjales, de ir a la ciudad. Y

yo también lo deseaba. De modo que retiramos nuestro salario y Seugi y otras mujeres nos llevaron en una carreta tirada por bueyes sobre la carretera elevada que cruzaba los marjales hasta la estación de carga. Allí izaron la bandera que indicaba que había pasajeros.

El tren llegó unas horas después, una larga hilera de furgones cargados de arroz de los marjales que iba hacia los molinos de Yotebber. Viajamos en el coche de cabeza con los operarios del tren y algunos viajeros, hombres de aldea. Yo llevaba un gran cuchillo al cinto, pero ninguno de ellos se mostró irrespetuoso con nosotras. Fuera de los cercados eran tímidos y apocados. Me senté en mi litera en aquel vagón y contemplé los extensos marjales empenachados y salvajes pasar deprisa, y las aldeas en las riberas del ancho río, y deseé que el tren continuara viajando para siempre.

Sin embargo, Tualtak tosía en la litera de abajo y estaba muy irritable. Cuando llegamos a Yotebber estaba tan débil que supe que tenía que verla un médico. Uno de los operarios del tren fue amable y nos indicó cómo llegar al hospital en los autobuses públicos. Mientras traqueteábamos por las calles bulliciosas y tórridas de la ciudad en el autobús atestado, todavía me sentía feliz. No podía evitarlo.

En el hospital nos pidieron nuestros certificados de ciudadanía.

Yo nunca había oído hablar de esos papeles. Más tarde me enteré de que los nuestros se los habían dado a los caciques de Hagayot, que los habían guardado del mismo modo que guardaban los papeles de «sus» mujeres. Lo único que pude hacer fue mirar y decir:

–No sé nada de esos certificados de ciudadanía.

Escuché a una de las mujeres del mostrador decirle a otra:

–Señor, ¿cómo se puede ser tan polvorienta?

Yo sabía el aspecto que teníamos. Sabía que estábamos sucias y que parecíamos de baja extracción. Sabía que parecíamos ignorantes y estúpidas. Pero cuando oí esa palabra, *polvorienta*, mi orgullo y mi dignidad despertaron otra vez. Metí la mano en la mochila y saqué

mi título de libertad, aquel viejo papel con la firma de Erod, arrugado y doblado, lleno de polvo.

–Este es mi certificado de ciudadanía –dije en voz alta, y la mujer se sobresaltó y se volvió–. La sangre de mi madre y la sangre de mi abuela están en él. Mi amiga está enferma, necesita un médico. ¡Tráigannos un médico ahora mismo!

Una mujer menuda y delgada se acercó desde el corredor.

–Vengan por aquí –dijo. Una de las recepcionistas empezó a protestar, pero la mujer la silenció con una mirada.

La seguimos hasta una sala de reconocimiento.

–Soy la doctora Yeron –dijo ella, y enseguida se corrigió–: Trabajo como enfermera, pero soy médica. Y ustedes... ¿ustedes vienen del Viejo Mundo, de Werel? Siéntese, criatura, y quítese la camisa. ¿Cuánto tiempo llevan aquí?

En un cuarto de hora diagnosticó a Tualtak y le consiguió cama en una de las salas para mantenerla en observación y para que descansara; escuchó nuestras historias y me dio una nota para que fuese a ver a un amigo suyo que me ayudaría a encontrar un lugar donde vivir y un trabajo.

–¡Una maestra! –dijo la doctora Yeron–. ¡Una maestra! ¡Ay, mujer, llega usted como la lluvia a la tierra sedienta!

En la primera escuela adonde fui quisieron contratarme enseguida para enseñar lo que yo quisiera. Como venía de un pueblo capitalista, fui a otras escuelas para ver si podía ganar más dinero. Pero al fin regresé a la primera. La gente de allí me había gustado.

Antes de la guerra de Liberación, las ciudades de Yeowe, que eran ciudades de activos propiedad de la Corporación que alquilaban su libertad, tenían sus propias escuelas y hospitales y muchos programas de formación. Había incluso una Universidad para activos en la Antigua Capital. Naturalmente, las Corporaciones controlaban toda la información que llegaba a esas instituciones y vigilaban y censuraban todo lo que se enseñaba y escribía, siempre con el objetivo de maximizar los beneficios. Pero, aun en ese estrecho margen, los activos habían tenido libertad para usar la información

de la que disponían como les placiese, y los yeowanos de las ciudades valoraban enormemente la educación. Durante la larga guerra, treinta años, todo ese sistema de recolección y transmisión de conocimiento se había venido abajo. Una generación entera había crecido sin saber más que de lucha y camuflaje, de hambre y enfermedad. El director de mi escuela me dijo:

–Nuestros niños crecieron iletrados, en la ignorancia. ¿Es extraño entonces que los caciques de las plantaciones se apropiaran de lo que los jefes de la Corporación abandonaron? ¿Quién iba a impedírselo?

Esos hombres y mujeres creían con una pasión ardiente que solo la educación llevaría a la libertad. Ellos todavía estaban haciendo la guerra de Liberación.

Yotebber era una ciudad irregular y extensa, pobre y soleada, de calles anchas, edificios bajos y grandes árboles viejos que daban buena sombra. Casi todo el tráfico era de a pie, y las bicicletas tintineaban y los autobuses públicos traqueteaban escandalosos entre las lentas multitudes. Había miles de chozas y cabañas abajo, en la antigua llanura fluvial del río detrás de los malecones, donde el suelo era rico para la horticultura. El centro de la ciudad se levantaba en una elevación baja, y las fábricas y las vías del tren partían en todas las direcciones desde allí. La parte baja de la ciudad parecía la ciudad de Voe Deo, solo que más vieja y más pobre y más amable. En vez de las grandes tiendas de los propietarios, la gente lo compraba y lo vendía todo en puestos en mercados al aire libre. El aire era tenue allí en el sur, una cálida brisa marina colmada de niebla y sol. Allí me quedé. Por la gracia del Señor tengo una mente que olvida pronto las desgracias, y fui feliz en Yotebber.

Tualtak recobró la salud y encontró un buen trabajo de química en una fábrica. La veía raras veces; nuestra amistad había sido una cuestión de necesidad, no de elección. Siempre que la veía me hablaba de la calle Haba y de su laboratorio en Werel y se quejaba de su trabajo y de la gente de Yotebber.

La doctora Yeron no me olvidó. Me envió una nota y me dijo que la fuera a visitar, y eso hice. Poco después, una vez instalada, me pidió que la acompañase a una reunión de una sociedad de educación. Se trataba de un grupo de demócratas, casi todos profesores, que intentaba trabajar contra el poder autocrático de los caciques tribales y regionales en el marco de la nueva Constitución, y neutralizar lo que ellos llamaban la mentalidad del esclavo, la rígida jerarquía misógina que yo había encontrado en Hagayot. Mi experiencia les resultó útil, porque todos eran gente de ciudad que había conocido la mentalidad del esclavo solo cuando se encontraron gobernados por ella. Las mujeres del grupo eran las más exaltadas. Lo habían perdido casi todo en la Liberación, y ahora ya no tenían nada que perder. En general, los hombres eran más partidarios de hacer las cosas gradualmente, y las mujeres estaban listas para la revolución. Como wereliana que no conocía la política yeowana, escuché y no hablé. Me resultó difícil no hacerlo, porque soy muy locuaz y tenía muchas cosas que decir. Pero me mordí la lengua y los escuché. Eran personas que valía la pena escuchar.

La ignorancia se defiende con violencia, y la incultura, como yo bien sabía, puede ser muy astuta. Aunque el cacique, el presidente de la Región de Yotebber elegido mediante una votación amañada, quizá no entendía nuestras contramanipulaciones del programa de estudios, no gastó mucha energía en controlar las escuelas; se limitó a enviar a sus inspectores para que se entrometieran en nuestras clases y censuraran nuestros libros. Pero lo que sí le parecía importante era controlar la red de comunicaciones, como habían hecho las Corporaciones. Las noticias, los programas informativos, los títeres de las casirreales, todos se movían al son que él tocaba. Contra esto, ¿qué daño podían hacer unos maestros de escuela? Los padres que no tenían estudios tenían hijos que se conectaban a la red para oír, ver y sentir lo que el cacique quería que aprendiesen: que la libertad es obediencia a los líderes; que la violencia es virtud; la hombría, dominación. Contra la vivencia de esas verdades en la

vida diaria y la experimentación de esas sensaciones intensificadas en las casirreales, ¿de qué servían las palabras?

–La alfabetización es irrelevante –afirmó alguien de nuestro grupo con pesar–. Los caciques han saltado por encima de nuestra cabeza a la tecnología de la información poscultural.

Yo reflexioné sobre aquella afirmación, odiando las palabras altisonantes que la mujer había empleado *–irrelevante, poscultural–* porque temía que tuviese razón.

A la siguiente reunión de nuestro grupo, para mi sorpresa, asistió un alienígena: el subenviado del Ecumen. Se suponía que él era la gran pluma del sombrero de nuestro cacique, enviado desde la Antigua Capital aparentemente para apoyar la posición del cacique contra el Partido del Mundo, que aún era fuerte allí y seguía clamando que Yeowe tenía que expulsar a todos los extranjeros. Yo había escuchado algunos comentarios sobre su presencia allí, pero no esperaba encontrarlo en una reunión de maestros de escuela subversivos.

Era un hombre de corta estatura, de color cobrizo y ojos con esquinas blancas visibles, aunque atractivo si uno ignoraba ese detalle. Estaba sentado delante de mí, perfectamente inmóvil, como si estuviese acostumbrado a sentarse inmóvil, y escuchaba sin hablar, como si estuviese acostumbrado a escuchar. Al final de la reunión se volvió y sus extraños ojos me miraron directamente.

–¿Radosse Rakam? –dijo.

Yo asentí, muda.

–Soy Yehedarhed Havzhiva –continuó–. Tengo unos libros para usted de parte de Viejo Músico.

Lo miré sin comprender.

–¿Libros? –dije.

–De parte de Viejo Músico –repitió–. Esdardon Aya, de Werel.

–¿Mis libros? –dije.

Él sonrió. Tenía una sonrisa ancha y pronta.

–¡Oh!, ¿dónde? –grité.

–Están en mi casa. Puedo dárselos esta noche, si quiere. Tengo coche. –Hubo algo irónico y liviano en su manera de decir esto último, como si fuese un hombre que no esperaba tener un coche, aunque disfrutara de él.

La doctora Yeron se acercó.

–Así que la encontró –le dijo al subenviado. Él la miró con una expresión tan radiante que pensé: «Son amantes». Aunque ella era mucho mayor que él, no era improbable pensarlo. La doctora Yeron era una mujer magnética. Era extraño pensar en eso, de todos modos, porque yo no era muy dada a especular sobre la vida sexual de la gente. No era algo que me interesara.

Él apoyó la mano en el brazo de ella mientras hablaban, y me fijé con peculiar intensidad en la gentileza del gesto, casi vacilante, aunque confiado. «Eso es amor», pensé. Y sin embargo, se despidieron sin esa mirada de complicidad que los amantes intercambian tan a menudo.

Él y yo subimos en el coche eléctrico gubernamental, sus dos silenciosas guardaespaldas, dos mujeres policías, sentadas delante. Hablamos de Esdardon Aya, cuyo nombre, me explicó, significaba Viejo Músico. Le expliqué que Esdardon Aya me había salvado la vida enviándome allí. Él escuchaba de una manera que hacía fácil hablarle.

–Me dolió mucho dejar atrás mis libros, y he pensado mucho en ellos, los he extrañado mucho, como si fuesen mi familia –dije–. Pero me parece que soy una tonta por sentirme así.

–¿Por qué una tonta? –preguntó él. Tenía un acento extranjero, pero ya se le había contagiado la cadencia yeowana, y su voz era hermosa, suave y cálida.

Traté de explicarlo todo a la vez.

–Bueno, los libros significan tanto para mí porque yo era analfabeta cuando llegué a la ciudad, y fueron los libros los que me dieron la libertad, me dieron el mundo... los mundos... Pero ahora, aquí, veo que la red, la holovisión, las casirreales son mucho más importantes para la gente, porque les dan el tiempo presente. Quizá

aferrarse a los libros sea aferrarse al pasado. Los yeowanos tienen que ir hacia el futuro. Y nunca cambiaremos la mentalidad de la gente solo con palabras.

Él escuchó con atención, como había hecho en la reunión, y entonces respondió reposadamente:

–Pero las palabras son una forma esencial del pensamiento. Y los libros conservan las palabras fielmente... Yo tampoco leí hasta que fui adulto.

–¿No leyó?

–Sabía leer, pero no lo hacía. Yo vivía en un pueblo. Son las ciudades las que tienen que conservar los libros –dijo con decisión, como si hubiese meditado mucho sobre ese tema–. Si no lo hacen, cada generación tendrá que empezar de nuevo. Es un despilfarro. Hay que salvaguardar las palabras.

Cuando llegamos a su casa, en la parte alta de la ciudad vieja, había cuatro cajones de libros en el vestíbulo.

–¡Todos esos no son míos! –exclamé.

–Viejo Músico dijo que le pertenecían –dijo el señor Yehedarhed con su sonrisa pronta, echándome una mirada fugaz. Se puede distinguir cuándo un alienígena lo mira a uno mucho mejor que con los de nuestra raza. Con nosotros, excepto con los pocos que tienen los ojos azulados, hay que estar lo suficientemente cerca para apreciar el movimiento de la pupila oscura en el ojo oscuro.

–No tengo espacio para colocar tantos –dije, sorprendida, comprendiendo que aquel hombre extraño, Viejo Músico, me ayudaba a liberarme una vez más.

–¿Quizá en la escuela? ¿En la biblioteca de la escuela?

Era una buena idea, pero al instante pensé en los inspectores del cacique manoseándolos, quizá hasta confiscándolos. Cuando le hablé de eso, el subenviado dijo:

–¿Y si los presento como un regalo de la Embajada? Creo que eso pondría en un compromiso a los inspectores.

–Oh –dije, y entonces exclamé–: ¿Por qué son ustedes tan bondadosos? ¿Usted y él...? ¿Es usted haini también?

–Sí –dijo él, sin responder a mi otra pregunta–. Lo era. Espero ser yeowano.

El señor Yehedarhed me pidió que me sentase un momento y bebiese un vaso de vino con él antes de que sus guardias me llevaran a casa. Era un hombre afable y amistoso, aunque callado. Vi que lo habían herido. Tenía cicatrices en el rostro y una zona sin pelo donde había habido una herida. Me preguntó sobre qué trataban mis libros.

–Historia –contesté yo.

Al oír esto sonrió, despacio esta vez. No dijo nada pero alzó su vaso hacia mí. Yo levanté el mío, imitándolo, y bebimos.

Al día siguiente teníamos los libros en la escuela. Cuando abrimos los cajones y empezamos a colocarlos en los estantes, nos dimos cuenta de que teníamos un gran tesoro.

–No hay nada parecido a esto en la Universidad –dijo uno de los profesores, que había estudiado allí durante un año.

Había historias y antropologías de Werel y de los mundos del Ecumen, estudios de filosofía y política de werelianos y de gentes de otros mundos, había compendios de literatura, poesía y cuentos, enciclopedias, libros de ciencia, atlas, diccionarios. En un rincón de uno de los cajones estaban mis escasos libros, mi tesoro, incluso esa breve y tosca *Historia de Yeowe*, impresa en la Universidad de Yeowe en el año primero de la Libertad. Dejé casi todos mis libros en la biblioteca del colegio, pero me llevé ese y unos cuantos más a casa por el afecto y el consuelo que me proporcionaban.

No hacía mucho había encontrado otra fuente de amor y consuelo. Un niño de la escuela me había traído un regalo, un gatito moteado recién destetado. El chico me lo dio con tanto orgullo y cariño que no pude rechazarlo. Cuando traté de pasárselo a otro profesor, todos rieron.

–¡Tú eres la elegida, Rakam! –dijeron. Así que, de mala gana, llevé al pequeño animal a casa, temerosa de su fragilidad y casi sintiendo una ligera repugnancia hacia él. Las mujeres en la beza de Zeskra tenían mascotas, gatos moteados y perros zorros, animalitos

mimados que comían mucho mejor que nosotros. Me habían dado el nombre de una mascota una vez.

Alarmé al gatito sacándolo de su cesta y me mordió el dedo hasta el hueso. Era minúsculo y frágil, pero tenía dientes. Empecé a respetarlo.

Esa noche lo puse a dormir en su cesta, pero él se subió a la cama y se sentó en mi cara hasta que lo dejé deslizarse bajo las mantas. Allí durmió tranquilo toda la noche. Por la mañana me despertó saltando sobre mí, persiguiendo motas de polvo en un rayo de sol. Me hizo despertar riendo, lo cual es muy agradable. Sentía que nunca había reído mucho, y me apetecía hacerlo.

El gatito era todo negro, y las manchas solo se apreciaban bajo cierta luz, negro sobre negro. Lo llamé *Propietario*. Era agradable regresar a casa por la noche y ser recibida por mi pequeño *Propietario*.

Durante el siguiente medio año estuvimos preparando una gran manifestación de mujeres. Hubo muchas reuniones, y el subenviado asistió a algunas de ellas, de modo que empecé a esperarlo. Me gustaba verlo escuchar nuestros argumentos. Había quienes decían que la manifestación no debía limitarse a los derechos y deberes de las mujeres, porque la igualdad tenía que ser para todos. Otros decían que no tenía que depender del apoyo de los extranjeros, que tenía que ser un movimiento puramente yeowano. El señor Yehedarhed los escuchó, pero yo me enfadé.

–Yo soy una extranjera –dije–. ¿Acaso eso me hace inútil? Esas son palabras de propietario... ¡Como si ustedes fuesen mejores que los demás!

Y la doctora Yeron dijo:

–Creeré que la igualdad es para todos cuando lo vea escrito en la Constitución de Yeowe. –Porque nuestra Constitución, que había sido ratificada por votación en todo el planeta mientras yo estaba en Hagayot, hablaba de los ciudadanos solo como hombres. Finalmente en la manifestación se exigieron enmiendas a la Constitución por las que se incluyera a las mujeres como ciudadanas, se introdujera el

voto secreto y se garantizara el derecho a la libre expresión, libertad de prensa y de asociación, y educación para todos los niños.

Yo fui una de las setenta mil mujeres que se tendieron sobre los raíles del tren aquel caluroso día. Canté con ellas. Escuché cómo sonaban tantas mujeres cantando juntas, qué sonido poderoso y profundo producíamos.

Mientras reuníamos mujeres para la gran manifestación, había empezado a hablar otra vez en público. Era un don que yo tenía, y lo utilizamos. Algunas veces se presentaban hombres ignorantes o bandas de chicos que interrumpían o me amenazaban, y me gritaban: «¡Jefa, propietaria, coño negro, regresa al lugar del que viniste!». Una de las veces que me gritaron eso, «regresa, regresa», me incliné hacia el micrófono y dije:

–No puedo regresar. Solíamos cantar una canción en la plantación donde yo era esclava. –Y la canté:

O, O, Yeowe,
nadie regresa jamás.

La canción los acalló por un momento. Escucharon aquel terrible dolor, aquel anhelo.

Después de la gran manifestación la agitación no cesó nunca por completo, aunque a veces la energía flaqueó: el Movimiento no se movía, como decía la doctora Yeron. Una de esas veces fui a verla y le propuse que pusiéramos en marcha una editorial y empezáramos a publicar libros. Ése había sido mi sueño desde aquel día en Hagayot, cuando Seugi había tocado sus palabras y había llorado.

–Las palabras pasan –dije–, y todas las palabras e imágenes de la red pasan también, y cualquiera puede cambiarlas. Pero los libros están ahí, permanecen. Son el cuerpo de la historia, como dice el señor Yehedarhed.

–Inspectores –dijo la doctora Yeron–. Hasta que no consigamos la libertad de prensa, los caciques no dejarán que se publique otra

cosa que no sea lo que ellos dictan.

Yo no quería abandonar la idea. Sabía que en la Región de Yotebber no podríamos publicar nada político, pero sostuve que quizá podríamos publicar cuentos y poemas de las mujeres de la región. Muchos pensaban que era una pérdida de tiempo. Lo discutimos mucho. El señor Yehedarhed regresó de un viaje a la Embajada, en la Antigua Capital allá en el norte. Escuchó nuestras discusiones, pero no dijo nada, y me sentí defraudada. Se me había ocurrido que él apoyaría mi proyecto.

Un día, después de las clases, iba hacia mi apartamento, que estaba en una vieja casa, grande y ruidosa, no lejos del malecón. Me gustaba el lugar porque las ventanas se abrían sobre las ramas de los árboles, y a través de los árboles veía el río, seis kilómetros de ancho en aquel punto, discurriendo entre bancos de arena, cañaverales e islas de sauces en la estación seca, rebosando hasta el borde del malecón en la estación húmeda, cuando las tempestades de lluvia barrían la superficie. Ese día, cerca de la casa, apareció el señor Yehedarhed, sus dos guardaespaldas a poca distancia detrás de él, como siempre. Me saludó y me preguntó si podíamos hablar un momento. Me sentí confusa y no se me ocurrió otra cosa que invitarlo a subir a mi habitación.

Sus guardias esperaron en el vestíbulo. Yo solo tenía la habitación grande del tercer piso. Me senté en la cama y el subenviado se sentó en la silla. *Propietario* se frotó contra sus piernas, ronroneando desconfiadamente.

Había observado que al subenviado le gustaba frustrar las expectativas del cacique y sus cohortes, que eran todo pompa y flotas de coches y elaborados uniformes e insignias. Él y sus mujeres policías iban por toda la ciudad, por toda Yotebber, en el coche oficial o a pie. A la gente le gustaba por eso. Todos sabían, como yo sabía ahora, que una banda del Partido del Mundo lo había asaltado y golpeado y dejado por muerto en su primer día allí, cuando salió a pie y solo. A la gente de la ciudad le gustaban su valor y la forma en que hablaba con todo el mundo, en todas partes. Lo habían

adoptado. Nosotros, los del Movimiento de Liberación, pensábamos en él como en «nuestro enviado», pero era el de la gente, y el del cacique también. El cacique tal vez odiara su popularidad, pero se aprovechaba de ella.

–Usted quiere poner en marcha una editorial –dijo, acariciando a *Propietario*, que se tendió en el suelo con las patas en el aire.

–La doctora Yeron dice que hasta que no consigamos las enmiendas no servirá de nada.

–Hay una editorial en Yeowe que no está directamente controlada por el gobierno –dijo el señor Yehedarhed, acariciando la barriga de *Propietario*.

–Cuidado, le morderá –dije–. ¿Y dónde está?

–En la Universidad. ¡Ay! Ya veo –dijo el señor Yehedarhed, examinando su pulgar. Me disculpé por mi pequeña mascota. Él me preguntó si estaba segura de que *Propietario* era macho. Yo le dije que eso era lo que me habían dicho, pero que nunca se me había ocurrido comprobarlo–. Tengo la impresión de que su *Propietario* es una dama –dijo el señor Yehedarhed, y yo no pude contener la risa.

Él rio conmigo, se chupó la sangre del pulgar y continuó.

–La Universidad nunca hizo gran cosa. Era una estratagema de la Corporación: «Dejemos que los activos crean que van a la Universidad». Durante los últimos años de la guerra estuvo clausurada. El Día de la Liberación volvió a abrir sus puertas y ha seguido arrastrándose sin que nadie le haga mucho caso. El cuerpo docente es el de antes. Todos regresaron después de la guerra. El Gobierno Nacional les pasa una subvención, porque suena muy bien tener una Universidad de Yeowe, pero ellos no le ponen ningún interés porque no tiene prestigio. Y porque casi todos son hombres ignorantes. –Dijo esto sin desdén, descriptivamente–. Pero tiene una editorial.

–Lo sé –dije. Busqué mi viejo libro y se lo alcancé.

Él lo examinó durante unos minutos. Su cara reflejaba una curiosa ternura mientras lo miraba. No podía apartar mis ojos de él.

Era como mirar a una mujer con un bebé, un constante intercambio de atención y respuesta.

–Plagado de propaganda, errores y esperanza –dijo al fin, y también en la voz había ternura–. Bien, creo que esto podría mejorarse. ¿No opina lo mismo? Todo lo que se necesita es un editor. Y algunos autores.

–Inspectores –advertí, imitando a la doctora Yeron.

–La libertad académica es un punto en el que el Ecumen puede ejercer alguna influencia –dijo él–, porque invitamos a la gente a asistir a las Escuelas Ecuménicas en Hain y Ve. Desde luego tenemos intención de invitar a los graduados de la Universidad de Yeowe. Pero, naturalmente, si su formación es tan deficiente debido a la falta de libros, de información...

–Señor Yehedarhed –dije yo–, ¿es que sus obligaciones incluyen echar abajo la política del gobierno? –La pregunta se me escapó sin darme cuenta.

Él no rio. Tardó mucho rato en contestar.

–No lo sé –dijo–. Hasta ahora la Embajadora me ha respaldado. Quizá nos den una reprimenda a los dos. O quizá nos expulsen. Lo que me gustaría hacer... –Sus extraños ojos me miraron otra vez. Luego bajó la vista al libro que aún tenía en las manos–. Lo que me gustaría es convertirme en un ciudadano yeowano –continuó–. Pero mi utilidad para Yeowe, y para el Movimiento de Liberación, es mi posición en el Ecumen. De modo que continuaré utilizándola, o haciendo mal uso de ella, hasta que ellos me digan basta.

Cuando se marchó tuve que pensar en lo que me había propuesto. Que era ir a la Universidad para enseñar historia, y una vez allí ofrecerme voluntaria para llevar la editorial. Todo eso me parecía tan absurdo para una mujer de mis antecedentes y mi poca instrucción que pensé que le había entendido mal. Cuando me convenció de que había entendido bien, pensé que él no comprendía del todo quién era yo y qué capacidades tenía. Discutimos el tema durante un rato y después se marchó, con la evidente sensación de que me estaba haciendo sentir incómoda, y quizá sintiéndose él

mismo incómodo, aunque lo cierto es que nos reímos mucho y yo no me sentí incómoda, solo un poco como si estuviese loca.

Traté de meditar sobre lo que él me había pedido, dar un paso tan fuera de mis posibilidades, pero me costaba mucho hacerlo. Sentía que esa importante decisión, ese futuro que no podía imaginar, estaba suspendido sobre mí. Pero sobre todo pensaba en Yehedarhed Havzhiva. Seguía viéndolo sentado en mi vieja silla, inclinándose para acariciar a *Propietario*. Chupándose la sangre del pulgar. Riendo. Mirándome con sus ojos de esquinas blancas. Veía su rostro y sus manos cobrizos, del color de la cerámica. Escuchaba su voz reposada.

Recogí al gatito, medio crecido ahora, y examiné la parte baja de su barriga: no había señales de órganos masculinos. El cuerpecito negro y sedoso se retorció en mis manos. Pensé en él diciendo «Su *Propietario* es una dama», y quise reír otra vez, y llorar. Acaricié a la gatita y la dejé en el suelo, y ella se sentó seria junto a mí, lamiéndose un hombro.

–Oh, pobre damita –dije. No sé a quién me refería. A la gata, o a la dama Tazeu, o a mí misma.

Yehedarhed Havzhiva me había dicho que me tomara mi tiempo para pensar en su propuesta, todo el que quisiera. Pero en verdad aún no había pensado en el tema cuando, dos días después, allí estaba, esperándome a la salida del colegio.

–¿Le gustaría dar un paseo por el malecón? –me dijo.

Yo miré alrededor.

–Están allí –dijo él, indicando a sus guardias de mirada fría–. Allí donde yo voy, van ellas, a una distancia de entre tres y cinco metros. Pasear conmigo es aburrido, pero seguro. Mi virtud está garantizada.

Bajamos hasta el malecón y paseamos por la luz larga de la tarde en declive, cálida y dorada, que olía a río, a barro y a juncos. Las dos mujeres armadas con pistolas caminaban unos cuatro metros detrás de nosotros.

–Si decide ir a la Universidad –dijo después de un largo silencio–, estaré allí constantemente.

–Todavía no he... –tartamudeé.

–Si se queda aquí, estaré aquí constantemente –continuó–. Naturalmente, si a usted no le parece mal.

No dije nada. Él me miró sin volver la cabeza. Sin quererlo dije:

–Me gusta porque siempre sé a dónde mira.

–Me gusta porque nunca sé a dónde mira –dijo él mirándome directamente.

Seguimos paseando. Una garza levantó el vuelo de un islote de juncos y sus grandes alas se batieron sobre el agua y se alejaron. Caminábamos hacia el sur, río abajo. Todo el cielo occidental se llenó de luz a medida que el sol se hundía detrás de la ciudad entre humo y calima.

–Rakam, me gustaría saber de dónde procede, cómo fue su vida en Werel –dijo él con voz queda.

Respiré hondo.

–Todo eso terminó –dije–. Es pasado.

–Nosotros somos nuestro pasado. Aunque no solo eso. Quiero conocerla. Perdóneme. Deseo conocerla.

–Y yo quiero hablarle de eso –dije después de un rato–. Pero es todo tan horrible, tan feo. Aquí, ahora, todo es hermoso. No quiero perderlo.

–Todo lo que me cuente lo recibiré como un tesoro –dijo él, y su voz queda me llegó al corazón. De modo que le conté lo que pude del cercado de Shomeke, y luego recorrí deprisa el resto de mi historia. Me hizo algunas preguntas, pero sobre todo escuchó. En algún momento de mi narración me había tomado del brazo, y yo apenas lo noté entonces. Cuando me soltó, pensando que algún movimiento que yo había hecho significaba que quería que me soltara, eché de menos ese tacto ligero. La mano de él estaba fresca. Sentí su ausencia en el antebrazo.

–Señor Yehedarhed –dijo una voz detrás de nosotros: una de sus guardaespaldas. El sol estaba bajo, el cielo resplandecía de oro y

rojo–. ¿No sería mejor que regresáramos?

–Sí –dijo él–, gracias. –Mientras nos volvíamos lo agarré del brazo. Sentí que él contenía el aliento.

Yo no había deseado a un hombre o una mujer –ésa es la verdaddesde Shomeke. Había amado a gente, y los había tocado con amor, pero nunca con deseo. Mi puerta estaba cerrada.

Ahora estaba abierta. Ahora me sentía tan débil por el simple roce de la mano de él que apenas podía caminar.

–Es bueno que pasear con usted sea tan seguro –dije.

Ni siquiera sabía qué había querido decir con eso. Tenía treinta años pero me sentía como una jovencita. Como la niña que nunca había sido.

Él no habló. Caminamos en silencio entre el río y la ciudad en medio de una gloria de luz que se desvanecía.

–¿Me acompañará a casa, Rakam? –dijo él.

Ahora fui yo quien no habló.

–Ellas no entrarán con nosotros –me dijo, muy bajito, al oído, y sentí su aliento.

–¡No me haga reír! –dije, y empecé a llorar. Lloré todo el camino de regreso por el malecón. Sollocé y pensé que los sollozos se acababan y entonces sollocé de nuevo. Lloré por todos mis sufrimientos y vergüenzas. Lloré porque eran parte de mí y siempre lo serían. Lloré porque la puerta estaba abierta y al fin podía cruzarla, salir al campo que había al otro lado, pero tenía miedo.

Cuando entramos en el coche, muy cerca de mi escuela, simplemente me tomó en sus brazos, en silencio. Las dos mujeres sentadas delante no volvieron la cabeza ni una vez.

Fuimos a la casa de él, donde yo había estado una vez antes, una vieja mansión de algún propietario de los días de la Corporación. Dio las gracias a las guardias y cerró la puerta.

–La cena –dijo–. El cocinero tiene fiesta. Quería llevarla a un restaurante, pero se me fue de la cabeza. –Me guio a la cocina, donde encontramos arroz frío y ensalada y vino. Cuando terminamos de comer me miró a través de la mesa de la cocina y enseguida bajó

la mirada. Su vacilación me hizo esperar y callar. Después de mucho tiempo él dijo–: ¡Oh, Rakam! ¿Me permitirías que te hiciera el amor?

–Quiero hacerte el amor yo –dije–. Nunca lo hice. Nunca le hice el amor a nadie.

Él se levantó sonriendo y me tomó de la mano. Subimos la escalera juntos, y pasamos la que había sido la entrada al ala de los hombres de la casa. –Vivo en la beza –dijo–, en el harén. Vivo en el ala de las mujeres. Me gustan las vistas.

Entramos en su habitación. Allí él esperó de pie y me miró, y luego apartó los ojos. Yo estaba tan asustada, tan desconcertada, que pensé que no podría acercarme a él o tocarlo. Me obligué a ir a él. Levanté la mano y le toqué la cara, las cicatrices junto al ojo y sobre la boca, y lo rodeé con mis brazos. Entonces lo atraje hacia mí, más y más cerca.

En algún momento de la noche, mientras yacíamos medio dormidos y entrelazados, le pregunté:

–¿Dormiste alguna vez con la doctora Yeron?

Sentí a Havzhiva reír, una risa suave y lenta en su vientre, que estaba contra el mío.

–No –dijo–. Con nadie en Yeowe más que contigo. Y tú, con nadie en Yeowe más que conmigo. Vírgenes, vírgenes yeowanos... Rakam, *araha...* –Apoyó la cabeza en el hueco de mi hombro, dijo algo más en una lengua extranjera y se quedó dormido. Durmió profunda, silenciosamente.

Ese mismo año fui al norte, a la Universidad, donde ingresé en el cuerpo docente como profesora de historia. Para sus parámetros de entonces, yo era competente. He trabajado allí desde entonces, como profesora y editora de la Universidad.

Como él me dijo que haría, Havzhiva estuvo allí constantemente, o casi.

Las Enmiendas a la Constitución fueron aprobadas, por voto secreto, en el decimoctavo año de la libertad yeowana. De los sucesos que condujeron a esto y de los que siguieron pueden leer en los tres volúmenes de la *Historia de Yeowe* de la editorial

Universitaria. He contado la historia que me pidieron que contara. La he concluido, como muchas historias concluyen, con el encuentro de dos personas. ¿Qué es el amor y el deseo de un hombre y una mujer contra la historia de dos mundos, las grandes revoluciones de nuestro tiempo, la esperanza, la interminable crueldad de nuestra especie? Una pequeñez. Pero una llave es una cosa pequeña comparada con la puerta que abre. Si uno pierde la llave, quizá nunca pueda abrir la puerta. Es en nuestros cuerpos donde perdemos o nos damos la libertad, en nuestros cuerpos aceptamos o ponemos fin a la esclavitud. Por eso he escrito este libro para mi amigo, con el que he vivido y moriré libre.

Música Antigua y las mujeres esclavas

El oficial jefe de inteligencia de la embajada del Ecumen en Werel, un hombre que en su mundo de origen tenía el nombre de Sohikelwenyanmurkeres Esdan y que en Voe Deo era conocido por un apodo, Esdardon Aya o Música Antigua, estaba aburrido. Había sido necesaria una guerra civil y tres años para aburrirlo, pero había llegado al punto en que, en los informes por ansible a los Estables de Hain, se denominaba a sí mismo oficial jefe de la estupidez de la embajada.

No obstante, había sido capaz de conservar unos pocos vínculos clandestinos con amigos de la Ciudad Libre después de que el Gobierno Legítimo clausurara la embajada y no permitiera que ninguna persona o información entrara o saliera de ella. En el tercer verano de la guerra se presentó ante el embajador con una petición. Sin comunicaciones fiables con la embajada, el Comando de Liberación le había preguntado (¿cómo?, preguntó el embajador; a través de uno de los hombres que repartían víveres, explicó él) si la embajada dejaría que alguno de sus miembros atravesara las líneas a escondidas y hablara con ellos, fuera visto con ellos, demostrara que a pesar de la propaganda y la desinformación, y aunque la embajada estaba cerrada en Ciudad Puntual, su personal no había sido atraído a la causa de los Legítimos, sino que seguía siendo neutral y estaba dispuesto a tratar con la autoridad correspondiente de ambos bandos.

–¿Ciudad Puntual? –dijo el embajador–. No importa. Pero ¿cómo se llega hasta allí?

–Ese es el eterno problema de la Utopía –dijo Esdan–. Bueno, puedo pasar con lentes de contacto, si nadie se fija mucho. Lo difícil es atravesar la Línea Divisoria.

La mayor parte de la gran ciudad estaba todavía físicamente allí, los edificios del gobierno, las fábricas y los almacenes, la universidad, las atracciones turísticas (el Gran Templo de Tual, la calle del Teatro, el Mercado Viejo, con sus interesantes salas de exposiciones y la grandiosa Sala de Subastas, que no se utilizaba desde que la venta y el alquiler de activos se trasladara al mercado electrónico), las incontables calles, avenidas y bulevares, los parques polvorientos ensombrecidos por los árboles beya de flores lilas, los kilómetros y kilómetros de tiendas, cobertizos, molinos, vías, estaciones, edificios de apartamentos, casas, complejos, los barrios del centro, los suburbios, los barrios residenciales. La mayoría seguía en pie, la mayoría de los quince millones de habitantes seguían allí, pero su profunda complejidad había desaparecido. Se habían interrumpido las conexiones. Las interacciones no tenían lugar. Era como un cerebro lesionado por un golpe.

La grieta más grande era brutal, un hachazo en un puente, una kilométrica tierra de nadie llena de edificios volados y calles bloqueadas, ruinas y escombros. El este de la Línea Divisoria era territorio de los Legítimos: el centro de la ciudad, oficinas gubernamentales, embajadas, bancos, torres de comunicación, la universidad, los grandes parques y los barrios ricos, las carreteras que salían de la armería, las barracas, los aeropuertos y el puerto espacial. El oeste de la Línea Divisoria era territorio de la Ciudad Libre, la Villa de los Polvorientos, la Liberación: fábricas, complejos sindicales, los distritos de los alquilados, las viejas barriadas residenciales de los gareotes, infinitos kilómetros de pequeñas calles que acababan desapareciendo en las llanuras. Ambos estaban atravesados por las grandes autopistas Este-Oeste, vacías.

La gente de la Liberación logró sacarlo a escondidas de la embajada y casi consiguió hacerle cruzar la Línea Divisoria. Él y ellos habían practicado mucho antaño llevando a activos fugitivos hasta

Yeowe, hacia la libertad. Le pareció interesante ser uno de los que huían en lugar de uno de los que lo ayudaban, y descubrió que era mucho más terrorífico pero menos estresante, porque él no era el responsable, era el paquete, no el correo. Sin embargo, la conexión había fallado en algún lugar.

Llegaron a la Línea Divisoria a pie y atravesaron una parte hasta que se detuvieron en un pequeño camión abandonado que reposaba sobre el borde de las ruedas bajo un bloque de apartamentos con el interior destruido. Al volante, detrás del parabrisas hecho pedazos, estaba sentado el conductor, que le sonrió. Su guía le indicó con gestos que se metiera en la parte de atrás. El camión arrancó como un gato de caza, siguiendo una ruta absurda, zigzagueando entre las ruinas. Estaban a punto de cruzar la Línea Divisoria, traqueteando por un lugar lleno de cascotes que podría haber sido una calle o un mercado, cuando el camión viró, se detuvo, hubo gritos, disparos, la puerta de atrás se abrió de repente y unos hombres se precipitaron sobre él. «Calma –dijo–, calmaos», porque le estaban haciendo daño, arrastrándolo, retorciéndole el brazo detrás de la espalda. Lo sacaron a empellones del camión, le quitaron el abrigo, lo cachearon en busca de armas y lo metieron a la fuerza en un coche que esperaba junto al camión. Intentó ver si el conductor estaba muerto, pero lo empujaron dentro del coche antes de que pudiera mirar.

Era un viejo coche del gobierno, de color rojo oscuro, amplio y largo, hecho para los desfiles, para llevar a los grandes terratenientes de las fincas al Consejo y recoger a los embajadores en el puerto espacial. La sección principal podía dividirse con una cortina para separar a los pasajeros varones de las pasajeras, y el compartimento del conductor estaba cerrado para que éstos no respiraran el aire que había respirado un esclavo. Uno de los hombres le había sostenido el brazo doblado a la espalda hasta que lo metió de cabeza en el coche, y lo único que pensó cuando se encontró sentado entre dos hombres y frente a otros tres y el vehículo arrancaba fue: «Me estoy haciendo demasiado viejo para esto».

Permaneció inmóvil, dejando que el miedo y el dolor remitieran, incapaz ni siquiera de frotarse el hombro, que le dolía intensamente, sin mirarlos a la cara y sin que se notara demasiado que se fijaba en las calles. De un par de vistazos supo que se encontraban en la calle Rei e iban en dirección este, saliendo de la ciudad. Entonces se dio cuenta de que había tenido la esperanza de que lo llevaran de vuelta a la embajada. Qué idiota.

Tenían las calles para ellos solos, a excepción de la mirada sobresaltada de las personas que pasaban a pie. Ahora se encontraban en un amplio bulevar e iban a gran velocidad, todavía en dirección este. Aunque se hallaba en una situación pésima, le parecía muy estimulante estar fuera de la embajada, al aire libre, en el mundo, y moviéndose, moviéndose con rapidez.

Levantó con cautela la mano y se hizo un masaje en el hombro. Con la misma cautela echó un vistazo a los hombres que tenía al lado y enfrente. Todos eran de piel oscura, dos de un negro azulado. Dos de los hombres que estaban delante de él eran jóvenes. Rostros vigorosos, impasibles. El tercero era un veote de tercer rango, un oga. Su rostro mostraba la tranquila falta de expresión para la que estaba adiestrada su casta. Mientras lo observaba, Esdan captó su mirada. Los dos desviaron la vista al instante.

El oga era muy negro, muy hermoso, como Teyeo, un veote que a Esdan le gustaba especialmente. Había abandonado Werel antes de la guerra, hacia Terra y Hain con su esposa, que cualquier día se convertiría en móvil del Ecumen. Dentro de unos cuantos siglos. Mucho después de que terminara la guerra, mucho después de que Esdan muriera. A menos que decidiera seguirlos, regresara, se fuera a casa.

Eran pensamientos ociosos. Durante una revolución no decides. Te arrastran, eres una burbuja en una catarata, una chispa en una hoguera, un hombre desarmado en un coche con siete hombres armados conduciendo a gran velocidad por la ancha y despejada Autopista Arterial del Este... Estaban dejando la ciudad, en dirección a las Provincias Orientales. El Gobierno Legítimo de Voe Deo había

quedado reducido a media capital y dos provincias, en las que siete de cada ocho personas eran lo que la octava persona, su amo, llamaba «activos».

Los dos hombres del compartimento de delante estaban hablando, aunque en el de los amos no se los oía. El hombre de cabeza como bola de billar que estaba a la derecha de Esdan murmuró una pregunta al oga de enfrente, que asintió.

–Oga –dijo Esdan.

Los ojos inexpresivos del veote se cruzaron con los suyos.

–Necesito mear.

El hombre guardó silencio y miró a otro lado. Ninguno de ellos dijo nada durante un rato. Se encontraban en un tramo malo de la autopista, que había sido destruida por las luchas el primer verano del Alzamiento, o quizá simplemente habían dejado de mantenerla entonces. Esdan sentía las sacudidas y los choques en la vejiga.

–Que el jodido ojos blancos se mee encima –le dijo al otro uno de los dos jóvenes que estaban frente a él, y su compañero esbozó una sonrisa.

Esdan estudió las respuestas posibles, joviales, bromistas, no ofensivas, no provocativas, y mantuvo la boca cerrada. Aquellos dos solo querían una excusa. Cerró los ojos e intentó relajarse, ser consciente del dolor del hombro, del dolor de la vejiga, simplemente consciente.

El hombre a su izquierda, a quien no podía ver con claridad, habló: «Conductor. Salga por aquí». Utilizó un parlófono. El conductor asintió. El coche desaceleró y dejó la carretera, sacudiéndose de una manera terrible. Todos se apearon. Esdan advirtió que el hombre de su izquierda también era un veote, de segundo rango, un zadyo. Uno de los jóvenes aferró el brazo de Esdan al salir, el otro lo empujó con una pistola en el hígado. Los demás se colocaron en el polvoriento arcén y mearon de diferentes maneras: en el polvo, en la grava, en las raíces de una hilera de árboles desaliñados. Esdan consiguió bajarse la cremallera, pero tenía las piernas tan acalambradas y temblorosas que apenas podía

tenerse en pie, y el joven de la pistola había dado la vuelta y estaba ahora justo enfrente de él, apuntándole al pene. Sintió un nudo de dolor en algún lugar entre la vejiga y el pito.

–Échate un poco para atrás –dijo irritado y quejoso–. No quiero mojarte los zapatos. –En lugar de retroceder, el joven avanzó, apuntando con la pistola a la ingle de Esdan.

El zadyo hizo un pequeño gesto. El joven dio un paso atrás. Esdan se estremeció y de repente meó como una fuente. Le complació, aun en la agonía del alivio, advertir que había hecho retroceder al joven dos pasos más.

–Parece casi humano –dijo el joven.

Esdan ocultó el pene marrón de alienígena con una discreta prontitud y se subió la cremallera. Todavía llevaba lentes que escondían lo blanco de sus ojos, y estaba vestido como un alquilado, con ropas holgadas y vulgares de color amarillo pálido, el único tinte que podían usar los esclavos urbanos. El estandarte de la Liberación era del mismo amarillo pálido. El color incorrecto, en este caso. El cuerpo que había dentro de las ropas también era del color incorrecto.

Cuando despertó del todo, el cielo estaba dorado y dos de las pequeñas lunas brillaban sobre una puesta de sol sin nubes. Avanzaban traqueteando por una carretera secundaria, un camino cruzaba campos, huertos, plantaciones de árboles y edificios de cañas, un gran complejo agrícola, más campos, otro complejo. Se detuvieron en un puesto de control custodiado por un único hombre armado que los registró brevemente y les dejó pasar. La carretera atravesó un inmenso parque abierto y ondulado. Su familiaridad lo perturbaba. La filigrana de árboles recortándose en el cielo, el vaivén de la carretera entre las arboledas y los claros. Sabía que el río estaba detrás de aquel largo collado.

–Esto es Yaramera –dijo en voz alta. Ninguno de los hombres habló.

Años atrás, décadas atrás, cuando pasó en Werel cerca de un año, le habían invitado a una fiesta de la embajada en Yaramera, la

finca más grande de Voe Deo. La Joya del Este. El modelo de la eficiencia de la esclavitud. Miles de activos trabajando en los campos, los molinos, las fábricas de la hacienda, viviendo en enormes complejos, ciudades amuralladas. Todo limpio, ordenado, laborioso, tranquilo. Y la casa de la colina sobre el río, un palacio, trescientas habitaciones, muebles de un valor incalculable, pinturas, esculturas, instrumentos musicales... Recordaba una sala de conciertos privada con paredes de mosaicos de vidrio y oro, una habitación de culto a Tualite que era una flor enorme tallada en madera aromatizada.

Ahora se dirigían hacia esa casa. El coche giró. Tuvo solo una vista fugaz, palos desiguales y negros contra el cielo.

Los dos jóvenes pudieron manosearlo otra vez, sacarlo a rastras del coche, retorcerle el brazo, empujarlo para que subiera los escalones. Intentando no ofrecer resistencia, no sentir lo que le hacían, siguió mirando alrededor. Las alas central y sur de la inmensa casa no tenían tejado, estaban en ruinas. A través del perfil negro de una ventana brillaba el amarillo claro y monótono del cielo. Incluso aquí, en la capital de la Ley, los esclavos se habían sublevado. Tres años atrás, en aquel terrible primer verano en el que habían ardido miles de casas, complejos, pueblos, ciudades. Cuatro millones de muertos. Esdan no sabía que el Alzamiento hubiera llegado a Yaramera. Las noticias no remontaban el río. ¿Cuántas víctimas se había cobrado aquella noche de incendios entre los esclavos de la Joya? ¿Habían sido asesinados los amos, o habían sobrevivido para imponer su castigo? Las noticias no remontaban el río.

Todo esto pasó por su mente con una rapidez y una claridad anormales mientras lo empujaban por los someros escalones hacia el ala norte de la casa, vigilándolo con las armas preparadas como si creyeran que un hombre de sesenta y dos años con grandes calambres en las piernas tras haber estado sentado inmóvil durante horas fuera a liberarse y salir corriendo, aquí, trescientos kilómetros

en el interior de su territorio. Pensaba rápidamente y se daba cuenta de todo.

Esta parte de la casa, unida a la casa central mediante una larga arcada, no se había quemado. Las paredes todavía llegaban al techo, pero cuando entraron en el vestíbulo principal advirtió que estaban desnudas, que los paneles tallados se habían quemado. Un sucio revestimiento para suelos reemplazaba el parqué o cubría las baldosas pintadas. No había ningún mueble. En su ruina y suciedad, la alta pared se veía hermosa, desnuda, inundada de la clara luz del atardecer. Los dos veotes habían dejado su grupo y estaban informando a unos hombres en la puerta de lo que había sido una sala de recepción. Consideraba a los veotes una salvaguardia y esperaba que volvieran, pero no lo hicieron. Uno de los jóvenes seguía retorciéndole el brazo en la espalda. Un hombre corpulento se acercó a él, mirándolo.

–Soy haini, y utilizo ese nombre aquí.

–Entiendo que así es como usted define mi posición –dijo Esdan–. Pero debería usted saber, señor, que el embajador y los Estables del Ecumen de los Mundos me consideran protegido tanto por mi inmunidad diplomática como por las leyes del Ecumen.

No se perdía nada con intentarlo, pero sus elocuentes mentiras no fueron escuchadas. Después de que recitara su letanía, el hombre se alejó y los jóvenes volvieron a agarrar a Esdan. Lo empujaron a través de puertas y corredores que el dolor que sentía ahora le impidió ver, bajaron escaleras, cruzaron un amplio patio con empedrado y entraron en una habitación donde, con un último y doloroso tirón del brazo, sus pies cedieron bajo su cuerpo y se desplomó. Los jóvenes cerraron la puerta y lo dejaron tumbado de bruces sobre la piedra, en la oscuridad.

Apoyó la frente en el brazo y yació temblando, oyendo su respiración interrumpida por gimoteos, una y otra vez.

Más tarde recordaría esa noche, y otros aspectos de los días y noches que siguieron. No sabía, ni entonces ni después, si lo torturaron para hundirlo o fue solo el objeto más a mano de una brutalidad y un rencor indiscriminados, una especie de juguete para los chicos. Hubo patadas, golpes, mucho dolor, pero después no recordaría con claridad más que la jaula baja.

Había oído hablar de ese tipo de objetos, había leído sobre ellos. Nunca había visto ninguno. Nunca había estado dentro de un complejo. A los extranjeros, a los visitantes, no los llevaban a los alojamientos de los esclavos de las fincas de Voe Deo. Los servían esclavos domésticos en las casas de los amos.

Este era un complejo pequeño: no más de veinte barracas en la parte de las mujeres, tres cobertizos en la zona de la entrada. Había albergado al par de centenares de esclavos que cuidaban la casa y los inmensos jardines de Yaramera. Debía de haber sido un lugar privilegiado, en comparación con el de los braceros. Pero no exento de castigo. El poste de los latigazos se alzaba cerca de la puerta alta que se abría en los altos muros.

–¿Allí? –dijo Nemeo, el que siempre le retorcía el brazo. Pero el otro, Alatual, dijo:

–No, vamos, está allí. –Y echó a correr por delante, emocionado, para hacer descender la jaula baja de donde estaba, bajo la principal estación de los centinelas, en lo alto de la parte interior del muro.

Se trataba de un tubo de malla de acero basta y herrumbrosa; uno de los extremos estaba cerrado y el otro se podía abrir. Pendía de un único gancho con una cadena. Cuando estaba apoyada en el suelo parecía una trampa para un animal no muy grande. Los dos jóvenes le quitaron toda la ropa y le hicieron entrar a gatas de cabeza, utilizando los adiestradores de campo, unas agujas eléctricas para hacer que se movieran los esclavos perezosos con las que llevaban jugando un par de días. Reían a gritos, empujándolo y pinchándole con las agujas en el ano y el escroto. Él entró retorciéndose en la jaula hasta quedarse en cuclillas en su interior,

bocabajo, con los brazos y las piernas doblados, encogidos y pegados al cuerpo. Cerraron la jaula de un golpe, aprisionándole el pie descalzo entre los alambres y causándole un dolor que lo cegó mientras volvían a izar la caja. Se balanceaba terriblemente y él se aferró a los alambres con las manos doloridas. Cuando abrió los ojos vio el suelo moviéndose de un lado a otro unos siete u ocho metros por debajo. Al cabo de un rato las sacudidas y los giros se detuvieron. No podía mover la cabeza. Veía lo que había debajo de la jaula, y si movía los ojos todo lo posible avistaba la mayor parte del interior del complejo.

Antaño la gente acudía a contemplar el espectáculo moralizante, un esclavo en la jaula baja. Los niños iban para aprender la lección de lo que ocurre cuando una criada no hace su trabajo, un jardinero corta mal una planta o un trabajador replica a su superior. Ahora no había nadie. El suelo polvoriento estaba desnudo. Las secas parcelas ajardinadas, el pequeño cementerio en el otro extremo de la parte de las mujeres, la zanja que separaba los dos lados, los senderos, el círculo indistinto de hierba más verde que había justo debajo de él, todo estaba vacío. Sus torturadores se quedaron allí un rato riendo y hablando, se aburrieron y se fueron. Intentó ponerse más cómodo, pero apenas podía moverse. A cada movimiento que hacía la jaula se balanceaba y él se mareaba y tenía miedo de caer. No sabía hasta qué punto era seguro el enganche del techo. Su pie, atrapado en la puerta, le dolía tanto que estaba deseando desmayarse, pero aunque la cabeza le daba vueltas seguía consciente. Intentó respirar como había aprendido mucho tiempo atrás, en otro mundo, tranquila, suavemente. En esos momentos, en ese mundo y en esa jaula era incapaz de hacerlo. Los alambres le oprimían los pulmones, y era muy difícil respirar. Intentó no ahogarse. Intentó no sentir pánico. Intentó ser consciente, solo ser consciente, pero la consciencia era insoportable.

Cuando el sol dio la vuelta hasta el otro lado del complejo y brilló sobre él con toda su fuerza, el vértigo se transformó en un tremendo malestar. A veces se desmayaba un rato.

Llegaron la noche y el frío, e intentó imaginar agua, pero no había agua.

Más tarde pensó que había pasado dos días en la jaula baja. Recordaba el roce de los alambres en la carne desnuda y quemada por el sol cuando lo sacaron, la sorpresa del agua fría que le arrojaron con una manguera. Había sido completamente consciente durante un momento entonces, consciente de sí mismo, como un muñeco, yaciendo empequeñecido, agotado, en la suciedad, mientras los hombres que tenía encima hablaban a gritos sobre algo. Debieron de devolverlo a la celda o el establo donde lo tenían, porque había oscuridad y silencio, pero al mismo tiempo seguía colgado en la jaula baja asándose en el fuego helado del sol, helándose en su ardiente cuerpo, con los alambres del dolor cada vez más clavados en la carne.

En algún momento lo llevaron a una cama de una habitación con ventana, pero él seguía en la jaula, balanceándose en lo alto sobre el suelo polvoriento, el suelo de los polvorientos, los esclavos, el círculo de hierba verde.

El zadyo y el hombre fornido estaban allí, y no estaban allí. Una esclava, de rostro pálido, encorvada y temblorosa, le hacía daño intentando ponerle un bálsamo en el brazo, la pierna y la espalda quemados. Estaba allí y no estaba allí. El sol brillaba en la ventana. Sentía el alambre clavándosele en la espalda otra vez, otra vez.

La oscuridad lo tranquilizaba. Dormía la mayor parte del tiempo. Un par de días después era capaz de sentarse y comer lo que le proporcionaba la esclava con cicatrices. Las quemaduras estaban sanando y la mayoría de sus dolores eran más tenues. Tenía el pie muy hinchado; los huesos estaban rotos; eso no importó hasta que hubo de levantarse. Cabeceaba, se dejaba llevar. Cuando Rayaye entró en la habitación, lo reconoció enseguida.

Se habían visto varias veces, antes del Alzamiento. Rayaye había sido ministro de Asuntos Extranjeros durante el gobierno del presidente Oyo. Esdan ignoraba qué posición tenía ahora, en el Gobierno Legítimo. Rayaye era bajo para ser un wereliano, pero

también ancho y fuerte, con el rostro negro azulado de aspecto bruñido e incipiente canicie; era un hombre impresionante, un político.

–Ministro Rayaye –dijo Esdan.

–Señor Música Antigua. ¡Qué amable por su parte al recordarme! Lamento que no se haya encontrado bien. Espero que lo estén cuidando de manera satisfactoria.

–Gracias.

–Cuando supe que no se encontraba bien pedí un médico, pero aquí no hay más que un veterinario. No hay ningún tipo de personal. ¡No como en los viejos tiempos! ¡Menudo cambio! Ojalá hubiera visto usted Yaramera en todo su esplendor.

–Lo hice. –Tenía la voz más bien débil, pero sonaba bastante natural–. Hace treinta y dos o treinta y tres años. El señor y la señora Aneo organizaron una fiesta de nuestra embajada.

–¿De veras? Entonces sabe usted cómo era –dijo Rayaye, sentándose en la única silla, un mueble antiguo y elegante al que le faltaba un brazo–. Resulta doloroso verlo así, ¿verdad? Lo que más desperfectos sufrió fue la casa. Toda el ala de las mujeres y las grandes habitaciones se quemaron. Pero los jardines salieron indemnes, alabada sea la Señora. Fueron diseñados por Meneya en persona, ¿sabe?, hace cuatrocientos años. Y los campos todavía se trabajan. Me han dicho que aún hay casi tres mil activos ligados a la propiedad. Cuando se acaben los problemas, será mucho más fácil restaurar Yaramera que muchas de las grandes fincas. –Miró afuera por la ventana–. Qué belleza. Los sirvientes de los Aneo eran famosos por su belleza, ya sabe. Y su adiestramiento. Llevará mucho tiempo recuperar ese nivel.

–Sin duda.

El wereliano lo miró con una atención apacible.

–Supongo que estará preguntándose por qué está aquí.

–No especialmente –dijo Esdan con simpatía.

–¿Cómo?

–Dejé la embajada sin permiso, así que imagino que el gobierno quería tenerme vigilado.

–A algunos nos alegró saber que había dejado usted la embajada. Tenerlo encerrado allí... era desperdiciar su talento.

–Oh, mi talento –dijo Esdan encogiéndose de hombros con desaprobación, un gesto que le hizo daño. Haría la mueca de dolor más tarde. En esos momentos se estaba divirtiendo. Le gustaba jugar a las evasivas.

–Es usted un hombre con mucho talento, señor Música Antigua. El alienígena más sabio y astuto que hay en Werel, le llamó el señor Mehao una vez. Ha trabajado para nosotros (y contra nosotros, sí) con más eficacia que ningún visitante de otros mundos. Nos entendemos, usted y yo. Podemos hablar. Estoy convencido de que alberga buenos deseos para mi pueblo, y de que si le ofreciera la oportunidad de hacerle un servicio, una esperanza de acabar con este terrible conflicto, la aprovecharía.

–Me gustaría ser capaz de hacerlo.

–Es importante para usted que lo identifiquen como defensor de una de las partes del conflicto, ¿o acaso preferiría seguir siendo neutral?

–Cualquier acción puede poner la neutralidad en entredicho.

–Haber sido secuestrado de la embajada por los rebeldes no demuestra que simpatice con ellos.

–Parecería que no.

–Más bien lo contrario.

–Podría entenderse así.

–Puede entenderse así. Si usted quiere.

–Lo que yo prefiera no tiene importancia alguna, ministro.

–Tiene una gran importancia, señor Música Antigua. Pero bueno. Ha estado enfermo, le estoy agotando. Seguiremos con esta conversación mañana, ¿eh? Si quiere.

–Por supuesto, ministro –dijo Esdan, con una amabilidad que rayaba en la sumisión, un tono que, sabía, era apropiado para hombres como aquel, más acostumbrados a la atención de los

esclavos que a la compañía de sus iguales. Esdan, que no había equiparado nunca la descortesía con el orgullo, como la mayoría de los suyos, estaba dispuesto a mostrarse educado siempre que las circunstancias lo permitieran, y no le gustaban las circunstancias que no lo permitían. La mera hipocresía no lo inquietaba. Era perfectamente capaz de practicarla. Si los hombres de Rayaye lo habían torturado y Rayaye fingía ignorar ese hecho, Esdan no tenía nada que ganar insistiendo en ello.

Es más, se alegraba de no verse obligado a tocar el tema, y esperaba no pensar en él. Su cuerpo pensaba por él, lo recordaba con exactitud, en cada articulación y cada músculo, ahora. El resto de sus reflexiones al respecto las haría hasta el día de su muerte. Había aprendido cosas que desconocía. Antes creía entender lo que era estar indefenso. Ahora sabía que estaba equivocado.

Cuando la mujer de las cicatrices entró, le pidió que mandara llamar al veterinario.

–Necesito que le eche un vistazo a mi pie –dijo.

–Él cura a los trabajadores, los esclavos, amo –susurró la mujer, encogiéndose.

Los activos de allí hablaban un dialecto que parecía arcaico y que a veces costaba de entender.

–¿Puede venir a la casa? Ella negó con la cabeza.

–¿Hay alguien que pueda curarlo?

–Lo preguntaré, amo –susurró ella.

Aquella noche acudió una anciana esclava. Tenía el rostro arrugado, marchito y severo, y no se encogía como la otra. Cuando lo vio por primera vez susurró: «¡Señor todopoderoso!». Pero hizo la reverencia con rigidez, y luego examinó el pie hinchado de Esdan con la impersonalidad de un médico. Dijo:

–Si me permite que se lo vende, amo, sanará.

–¿Qué es lo que está roto?

–Estos dedos. Aquí. A lo mejor un hueso pequeño aquí, también.

Hay muchos en los pies.

–Por favor, véndemelo.

Así lo hizo, con firmeza, rodeándolo con telas hasta que la envoltura adquirió el grosor suficiente y le mantuvo el pie inmovilizado en cierto ángulo. Dijo:

–Cuando camine, utilice una vara, señor. Apoye solo el talón en el suelo.

Él le preguntó cómo se llamaba.

–Gana –dijo ella.

Al pronunciar su nombre le lanzó una mirada aguda directamente al rostro, algo muy osado para un esclavo. Probablemente quisiera verle bien los ojos de alienígena, ya que había descubierto que el resto de su cuerpo, aunque de un color extraño, era bastante común, con huesos de los pies y todo.

–Gracias, Gana. Le agradezco su destreza y su amabilidad.

La mujer hizo un breve movimiento que sin embargo no llegó a ser una reverencia y abandonó la habitación. Ella también cojeaba, pero del lado derecho. «Todas las abuelas son rebeldes», le había dicho alguien mucho tiempo atrás, antes del Alzamiento.

Al día siguiente fue capaz de levantarse y renquear hasta la silla del brazo roto. Estuvo sentado allí un rato, mirando por la ventana.

Y consciente también, mientras al fin disfrutaba, allí sentado, de cierta comodidad física, de que todas las hermosas y apesadumbradas terrazas de Yaramera podían contener en su interior las terrazas de Darranda, en Hain, techo bajo techo rojo, jardín bajo jardín verde, cayendo escarpados hasta el puerto brillante, las avenidas, los malecones y los barcos de vela. Más allá del puerto, el mar se levanta, se alza tan alto como su casa, tan alto como sus ojos. Esi sabe que los libros dicen que el mar yace. «El mar yace en calma esta noche», dice el poema, pero él sabe la verdad. El mar se yergue, en un muro, el muro azul grisáceo del fin del mundo. Si navegas por él parece llano, pero si lo ves de verdad

es tan alto como las colinas de Darranda, y si navegas de verdad por él atraviesas el muro hasta el otro lado, más allá del fin del mundo.

El cielo es el techo que sostiene ese muro. Por la noche, las estrellas brillan a través del techo de aire y vidrio. Puedes navegar hasta ellas, también, hasta los mundos que hay más allá del mundo.

–Esi –dice alguien desde dentro, y él se aparta del mar y del cielo, deja el balcón, entra para reunirse con los invitados, o para dar su clase de música, o para comer con la familia.

Esi es un niño simpático: obediente, alegre, poco hablador pero bastante sociable, que se interesa por las personas. Con muy buenos modales, por supuesto; al fin y al cabo, es un Kelwen, y la generación anterior no consentiría otra cosa en un niño de la familia, pero los buenos modales le salen con facilidad, quizá porque nunca ha visto lo contrario. No es un niño soñador. Alerta, presente, perspicaz. Pero es reflexivo y tiene tendencia a explicarse las cosas a sí mismo, como el muro del mar y el techo del aire. A Esdan, Esi no se le presenta tan claro y próximo como antes; es un niño pequeño, de una época y un lugar muy lejanos, que se quedó atrás, en casa. Ahora Esdan solo ve con sus ojos en raras ocasiones, o respira el maravilloso e intrincado aroma de la casa de Darranda –madera, el aceite resinoso utilizado para pulir la madera, esteras de hierbadulce, flores frescas, hierbas aromáticas, la brisa marina– y oye la voz de su madre:

–¿Esi? Entra ya, cariño. ¡Han llegado los primos de Dorased!

Esi entra corriendo para reunirse con sus primos, el viejo Iliawad de cejas enormes y pelo en las ventanas de la nariz, que sabe hacer magia con trozos de cinta de pegar, y Tuitui, que juega mejor a pelota a pesar de ser más joven que Esi, mientras Esdan se duerme en la silla rota junto a la ventana contemplando los jardines terribles, hermosos.

Las siguientes conversaciones con Rayaye se postergaron. El zadyo fue a presentarle sus disculpas. El ministro había sido convocado por

el presidente, regresaría dentro de tres o cuatro días. Esdan se dio cuenta de que había oído despegar un volador a primera hora de la mañana, no muy lejos de allí. Fue un alivio pasajero. Le gustaba jugar a las evasivas, pero todavía estaba muy fatigado, muy conmocionado, y recibió el descanso con alegría. Nadie entraba en su habitación excepto la mujer de las cicatrices, Heo, y el zadyo que lo visitaba una vez al día para preguntarle si tenía todo cuanto necesitaba.

Cuando pudo le permitieron dejar su habitación, salir si lo deseaba. Con una vara y una suela de sandalia vieja y tiesa, que le llevó Gana, en el pie vendado, podía andar, bajar a los jardines y sentarse al sol, que decaía a medida que envejecía el verano. Los dos veotes eran sus guardas, o más exactamente sus vigilantes. Vio a los dos jóvenes que lo habían torturado; permanecían a distancia, era evidente que tenían órdenes de no acercarse a él. Uno de los veotes solía estar a la vista, pero nunca lo agobiaba.

No podía alejarse. A veces se sentía como un microbio en una playa. La parte de la casa que todavía se podía aprovechar era enorme; los jardines, vastos, y las personas, muy escasas. Los seis hombres que lo habían llevado allí, y cinco o seis más que ya estaban antes, comandados por el hombre fornido, Tualenem. De la población de activos original de la casa y la finca quedaban diez o doce, apenas un pequeño remanente del personal doméstico compuesto de cocineros, ayudantes de cocina, lavanderas, camareras, doncellas, criados personales, limpiadores de zapatos, limpiadores de ventanas, jardineros, rastrilladores, camareros, lacayos, recaderos, mozos de cuadra, chóferes, mujeres y chicos de uso que antaño servían a los amos y sus invitados. A los pocos que quedaban ya no los encerraban por la noche en la vieja casa del complejo donde estaba la jaula baja, sino que dormían en el patio, en el laberinto de establos para caballos y personas donde habían metido a Esdan cuando llegó, o en el conjunto de habitaciones que rodeaban las cocinas. La mayoría de los que quedaban eran

mujeres, dos de ellas jóvenes, y había dos o tres hombres viejos, de aspecto frágil.

Al principio procuraba no hablar con ninguno de ellos para no causarles problemas, pero sus captores los ignoraban, excepto para darles órdenes; era evidente que los consideraban de confianza, y tenían buenas razones para hacerlo. Los alborotadores, los activos que habían escapado de los complejos, incendiado la gran casa, matado a los jefes y a los amos, habían desaparecido mucho tiempo atrás: estaban muertos o huidos, o habían sido capturados y devueltos a la esclavitud con una cruz marcada a gran profundidad en ambas mejillas. Éstos eran buenos polvorientos. Muy probablemente habían sido leales desde el principio. Muchos esclavos, sobre todo los personales, tan aterrorizados por el Alzamiento como sus amos, habían intentado defenderlos o habían huido con ellos. No eran más traidores que los amos que habían liberado a sus activos y luchado del lado de la Liberación. En la misma medida, no más.

A las muchachas, las jóvenes braceras, las llevaban a la casa de una en una para que los hombres las utilizaran como mujeres de uso. Cada día, uno de los jóvenes que lo habían torturado, o los dos, partía en terracoche por la mañana con una chica usada y volvía con una nueva.

De las dos esclavas domésticas más jóvenes, la que se llamaba Kamsa siempre llevaba consigo a su bebé, y los hombres la ignoraban. La otra, Heo, era la mujer de las cicatrices que lo había cuidado. Tualenem la usaba todas las noches. Los demás hombres no le ponían las manos encima. Cuando ellas o cualquiera de los esclavos se cruzaba con Esdan en la casa o el exterior, dejaban caer los brazos al costado, inclinaban la barbilla hacia el pecho, bajaban la vista y se quedaban inmóviles: era la reverencia formal que se esperaba de un activo personal frente a un amo.

–Buenos días, Kamsa.

Ella respondía con una reverencia.

Hacía años que no se encontraba con el producto acabado de generaciones de esclavitud, el tipo de esclavo descrito como «perfectamente adiestrado, obediente, generoso, leal, el activo personal ideal», cuando los ponían en venta. La mayoría de los activos que había conocido, sus amigos y compañeros, habían sido alquilados urbanos que sus amos arrendaban a las compañías y corporaciones para que trabajaran en fábricas o tiendas o en artesanía. También había conocido a muchos esclavos agrícolas. Los esclavos agrícolas rara vez tenían contacto con sus amos; trabajaban a las órdenes de jefes gareotes y sus complejos estaban dirigidos por activos eunucos. Los que conocía eran en su mayor parte fugitivos protegidos por el Hame, el ferrocarril subterráneo, que iban camino de la independencia en Yeowe. Ninguno de ellos se había visto privado por completo de educación, de alternativas, de la fantasía de libertad, como lo estaban estos esclavos. Había olvidado cómo era un buen polvoriento. Había olvidado la absoluta impenetrabilidad de la persona que carece de vida privada, de la integridad de los que son completamente vulnerables.

El rostro de Kamsa era afable y sereno, y no mostraba sentimientos, aunque a veces la oía hablar y cantar muy dulcemente a su bebé, un ruidito alegre y jubiloso. Le llamaba la atención. Una tarde la vio trabajando sentada en la albardilla de la gran terraza, con el bebé colgado a la espalda. Cojeó hasta el otro lado y se sentó cerca de ella. No pudo impedir que la chica dejara el cuchillo y la tabla a un lado y se levantara para hacerle una reverencia cuando se acercó.

–Por favor, siéntate, sigue con tu trabajo –dijo. Ella obedeció–. ¿Qué estás cortando?

–Dueli, amo –susurró ella.

Era una verdura que Esdan comía con frecuencia y que le gustaba. La observó trabajar. Había que hacer una incisión en cada vaina, grande y leñosa, siguiendo una juntura cerrada, y no era fácil; hacía falta buscar con atención el punto adecuado y clavar y girar la hoja varias veces para abrir la vaina. Luego había que sacar una a

una las semillas, gruesas y comestibles, y quitarles una matriz fibrosa y apretada.

–¿Tiene mal gusto esa parte? –preguntó.

–Sí, amo.

Era un proceso laborioso que exigía fuerza, habilidad y paciencia.

Esdan se sintió avergonzado.

–Nunca había visto dueli crudo –dijo.

–No, amo.

–Qué bebé tan hermoso –dijo, un poco al azar.

La diminuta criatura que llevaba a la espalda, con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, había abierto unos ojos grandes de un negro azulado y observaba el mundo distraídamente. Nunca lo había oído llorar. Le parecía más bien sobrenatural, pero no había tenido mucho contacto con bebés.

Ella sonrió.

–¿Es niño?

–Sí, amo.

–Por favor, Kamsa, me llamo Esdan. No soy un amo. Soy un prisionero. Tus amos son mis amos. ¿Por qué no me llamas por mi nombre?

Ella no respondió.

–Nuestros amos lo desaprobarían.

Ella asintió. En Werel se asentía echando la cabeza hacia atrás, no inclinándola hacia adelante. Después de todos estos años, Esdan se había acostumbrado por completo. Así era como asentía él. Se dio cuenta de que tomaba conciencia de ello ahora. Su cautiverio, el trato que había recibido aquí, lo habían desplazado, desorientado. Estos últimos días había pensado más en Hain que en todos los últimos años, décadas. En Werel se había sentido en casa, pero ahora no. Comparaciones inapropiadas, recuerdos irrelevantes. Alienado.

–Lo sé –dijo silenciosamente, y prosiguió su trabajo. Él no halló nada que añadir.

–Era una cachorra, cuando vivía allí –dijo con una ojeada en dirección al complejo donde se encontraba la jaula. Su voz murmurante estaba perfectamente controlada, igual que todos sus gestos y movimientos–. Antes de que se quemara la casa. Cuando los amos vivían aquí. Colgaban la jaula muchas veces. A un hombre, hasta que murió allí. Dentro. Lo vi.

Hubo un silencio entre los dos.

–Los cachorros nunca nos poníamos debajo. Nunca corríamos por allí.

–Vi el..., el suelo era diferente, debajo –dijo Esdan, hablando en voz muy baja y con la boca seca; le costaba respirar–. Vi, al mirar abajo. La hierba. Pensé que a lo mejor..., donde... –Se le agotó la voz.

–Una abuela tomó un palo, largo, con una tela en la punta, y la mojó, y la subió hasta él. Los eunucos miraron a otro lado. Pero murió. Y estuvo un tiempo pudriéndose.

–¿Qué había hecho?

–*Enna* –dijo ella, la negación en una sola palabra que Esdan había oído con frecuencia utilizar a los activos: no lo sé, yo no lo hice, no estaba allí, no es culpa mía, quién sabe...

Esdan había visto cómo pegaban a la hija de un amo que había dicho «enna», no por la taza que había roto, sino por usar una palabra de esclavos.

–Una buena lección –dijo él.

Sabía que ella lo entendía. Los desamparados conocen la ironía tan bien como el aire y el agua.

–La lección estaba dirigida a mí, no a ti, esta vez –dijo él.

La chica trabajaba atentamente, sin parar. Esdan observó su trabajo. Su rostro abatido, del color de la arcilla con sombras azuladas, estaba sereno, tranquilo. El bebé tenía la piel más oscura que ella. No la había fecundado un esclavo, sino que había sido usada por un amo. A la violación la llamaban «uso». Los ojos del bebé se cerraron lentamente, los párpados eran azulados y translúcidos como pequeñas conchas. Era pequeño y delicado,

probablemente no tuviera más de un mes o dos de edad. Su cabeza yacía con una paciencia infinita en el hombro inclinado de ella.

No había nadie más en las terrazas. Una ligera brisa agitaba los árboles en flor de detrás, salpicaba de plata el río distante.

Ella levantó la vista, no hacia él, sino hacia el río y más allá, y dijo:

–Sí. Será libre. –Siguió trabajando.

Le animó que le dijera eso. Le sentó bien saber que confiaba en él. Necesitaba que alguien confiara en él, porque desde que estuvo en la jaula no podía confiar en sí mismo. Con Rayaye se sentía bien; todavía era capaz de jugar a las evasivas; ese no era el problema. Era cuando estaba solo, pensando, durmiendo. Se pasaba solo la mayor parte del tiempo. Algo en su mente, en su interior, estaba herido, roto, no había sanado, no podía confiar en que soportara su peso.

Por la mañana oyó que aterrizaba el volador. Esa noche Rayaye lo invitó a cenar. Tualenem y los dos veotes comieron con ellos y se excusaron, dejándolos a él y a Rayaye con media botella de vino en la mesa improvisada que habían montado en una de las habitaciones con menos desperfectos de la planta baja. Había sido una sala de caza o de trofeos, en el ala de la casa que cumplía la función de azade, la parte de los hombres, donde no podía entrar mujer alguna; los activos hembra, las sirvientas y las mujeres de uso, no contaban como mujeres. La cabeza de un enorme perro de caza gruñía sobre la chimenea, con la piel chamuscada y polvorienta y los ojos de vidrio empañados. En la pared de enfrente había habido unas ballestas. Sus pálidas sombras se recortaban en la madera oscura. El candelabro eléctrico parpadeaba y perdía intensidad. El generador no era fiable. Uno de los esclavos viejos estaba siempre haciéndole pequeños ajustes.

–Se van con su mujer de uso –dijo Rayaye, señalando con la barbilla la puerta que Tualenem acababa de cerrar con repetitivos deseos de que el ministro pasara una buena noche–. A follarse una pálida. Como cerdos. Me pone la piel de gallina. Meter la polla en un

coño esclavo. Cuando termine la guerra acabaremos con estas cosas. La mezcla de razas es el origen de esta revolución. Hay que mantener las razas separadas. Mantener limpia la sangre del gobernante. Es la única forma. –Hablaba como si esperara un acuerdo absoluto, pero no quería recibir ninguna muestra de ello. Llenó el vaso de Esdan y siguió hablando con su sonora voz de político, de amable anfitrión, de señor de la hacienda–. Bien, señor Música Antigua, espero que esté disfrutando de una estancia agradable en Yaramera, y que su salud haya mejorado.

Un murmullo cortés.

–El presidente Oyo lamenta saber que no ha estado usted bien y le transmite el deseo de que se recupere por completo. Le alegra saber que se halla usted a salvo de cualquier otro maltrato por parte de los insurgentes. Puede quedarse usted aquí todo el tiempo que quiera. Sin embargo, cuando llegue el momento, el presidente y su gabinete esperan tenerlo a usted en Bellen.

Murmullo cortés.

Una vieja costumbre impedía a Esdan hacer preguntas que revelasen la magnitud de su ignorancia. Rayaye, como la mayoría de los políticos, sentía un gran apego por su propia voz, y, mientras hablaba, Esdan intentó trazar para sí un breve esbozo de la situación actual. Al parecer el gobierno legítimo había abandonado la ciudad para instalarse en un pueblo, Bellen, situado al noreste de Yaramera, cerca de la costa oriental. En la ciudad había quedado algún tipo de mando. Las referencias de Rayaye al respecto hicieron que Esdan se preguntara si la ciudad era de hecho semiindependiente del gobierno de Oyo, gobernada por una facción, quizá una facción militar.

Cuando empezó el Alzamiento, Oyo había recibido de inmediato poderes extraordinarios; pero el Ejército Legítimo de Voe Deo, tras su asombrosa derrota en el oeste, se sentía inquieto bajo su mando, porque quería más autonomía en el campo. El gobierno civil había exigido represalias, un ataque y una victoria. El ejército quería frenar la insurrección. El general rega Aydan había establecido la Línea Divisoria en la ciudad e intentado crear y mantener una frontera

entre el nuevo Estado Libre y las Provincias Legítimas. De igual modo, los veotes que habían cambiado de bando para unirse al Alzamiento con sus tropas de activos habían instado al Comando de Liberación a firmar una tregua en la frontera. El ejército quería el armisticio, los guerreros querían la paz. Pero Nekam-Anna, líder del Estado Libre, gritó: «Mientras quede un esclavo yo no seré libre», y el presidente Oyo rugió: «¡La nación no estará dividida! ¡Defenderemos la propiedad legítima hasta nuestra última gota de sangre!». El general rega había sido sustituido de repente por un nuevo comandante en jefe. Muy poco después cerraron la embajada y cortaron el acceso a la información.

Esdan solo podía suponer lo que había sucedido en el último medio año transcurrido desde entonces. Rayaye hablaba de «nuestras victorias en el sur» como si el Ejército Legítimo hubiera atacado para expulsar al Estado Libre al otro lado del río Devan, al sur de la ciudad. En ese caso, si habían recuperado territorio, ¿por qué había salido de la ciudad el gobierno y se había atrincherado en Bellen? Quizá la mención de las victorias por parte de Rayaye significara que el Ejército de la Liberación había intentado cruzar el río en el sur y los Legítimos habían logrado contenerlos. Si estaban dispuestos a llamar a eso victoria, ¿habían renunciado al fin al sueño de dar la vuelta a la revolución y recuperar todo el país, decidiendo recortar pérdidas?

–Una nación dividida no es una opción –dijo Rayaye, aplastando esa esperanza–. Usted entiende eso, creo.

Asentimiento cortés.

Rayaye sirvió el vino que quedaba.

–Pero nuestro objetivo es la paz. Nuestro importante y urgente objetivo. Nuestro desgraciado país ya ha padecido bastante.

Asentimiento firme.

–Sé que es usted un hombre de paz, señor Música Antigua. Sabemos que el Ecumen fomenta la armonía entre y dentro de los estados que lo componen. La paz es lo que todos deseamos de todo corazón.

–Tal como usted sabe, el gobierno de Voe Deo siempre ha tenido la capacidad de terminar con la insurrección. Los medios para darle fin rápidamente y de una manera absoluta.

En lugar de una respuesta, una atención alerta.

–Y creo que usted sabe que solo nuestro respeto por las políticas del Ecumen, al que pertenece mi nación, nos ha impedido utilizar esos medios.

–Usted lo sabe, señor Música Antigua.

–Daba por supuesto que tenían ustedes el deseo natural de sobrevivir.

Rayaye sacudió la cabeza como si lo molestara un insecto.

–Desde que nos unimos al Ecumen, y mucho antes de entonces, señor Música Antigua, hemos seguido lealmente sus políticas y nos hemos inclinado ante sus teorías. ¡Y así perdimos Yeowe! ¡Y así perdimos el Oeste! Cuatro millones de muertos, señor Música Antigua. Cuatro millones en el primer Alzamiento. Millones desde entonces. Millones. Si hubiéramos acabado con él en aquel momento, habrían muerto muchísimos menos. Tanto activos como soldados.

–Suicidio –dijo Esdan en voz baja y templada, como hablaban los activos.

–Al pacifista todas las armas le parecen malignas, desastrosas, suicidas. A pesar de la ancestral sabiduría de su pueblo, señor Música Antigua, usted carece de la perspectiva de la experiencia en cuestiones de guerra que nosotros, un pueblo más joven y rudimentario, nos vemos obligados a tener. Créame, no somos suicidas. Queremos que nuestro pueblo, nuestra nación, sobreviva. Estamos decididos a que así sea. La bibo superó todas las pruebas, mucho antes de que nos uniéramos al Ecumen. Es controlable, dirigible, contenible. Es un arma exacta, un instrumento de guerra preciso. Los rumores y el miedo han exagerado enormemente su naturaleza y capacidades. Sabemos cómo usarla, cómo limitar sus efectos. Solamente la respuesta de los Estables a través de su

embajador nos impidió emplearla de manera selectiva el primer verano de la insurrección.

–Algunos generales lo hacían. Muchos veotes son rígidos de pensamiento, como usted sabe.

–¿Se ha cambiado de decisión?

–El presidente Oyo ha autorizado el despliegue de la bibo contra las fuerzas que se están congregando para invadir esta provincia desde el oeste.

Qué palabra más mona, bibo. Esdan cerró los ojos un momento.

–La destrucción será terrible –dijo Rayaye. Asentimiento.

–Es posible –dijo Rayaye, inclinándose hacia adelante, ojos negros en el rostro negro, intenso como un gato cazador– que si los insurgentes fueran advertidos, se retiraran. Que estuvieran dispuestos a discutir las condiciones. Si se retiran, no atacaremos. Si quieren hablar, hablaremos. Se puede evitar el holocausto. Ellos respetan el Ecumen. Le respetan a usted personalmente, señor Música Antigua. Confían en usted. Si usted hablara con ellos por la red, o si sus líderes accedieran a reunirse con usted, lo escucharán, no como enemigo, opresor, sino como la voz de la neutralidad benevolente y amante de la paz, la voz de la sabiduría, urgiéndoles a salvarse cuando todavía hay tiempo. Esta es la oportunidad que les ofrezco, a usted y al Ecumen. Salvar la vida de los amigos que tienen entre los rebeldes, salvar este mundo de un sufrimiento indecible. Abrir el camino a una paz duradera.

–No estoy autorizado para hablar en nombre del Ecumen. El embajador...

–No lo hará. No puede. No es libre de hacerlo. Usted sí. Usted es un agente libre, señor Música Antigua. Su posición en Werel es única. Ambos bandos lo respetan. Confían en usted. Y su voz tiene un peso infinitamente mayor ente los blancos que la de él. Él llegó solo un año antes de la insurrección. Usted es, podría decirse, uno de nosotros.

–No soy uno de ustedes. Ni soy amo ni nadie lo es de mí. Para incluirme tienen que redefinirse.

Durante un momento, Rayaye no sabía qué decir. Estaba desconcertado, y probablemente enfadado. Estúpido, se dijo Esdan, viejo estúpido, por haber situado la moral en un terreno tan alto. Pero no sabía qué terreno estaba pisando.

Era cierto que su palabra podía pesar más que la del embajador. El resto de lo que decía Rayaye carecía de sentido. Si el presidente Oyo quería que el Ecumen aprobara el uso de esa arma y creía en serio que Esdan se lo daría, ¿por qué trabajaba a través de Rayaye, y tenía a Esdan oculto en Yaramera? ¿Trabajaba Rayaye con Oyo, o para una facción que estaba a favor de utilizar la bibo, que Oyo todavía rechazaba?

Lo más probable es que todo fuera un farol. No había arma. La petición a Esdan pretendía darle credibilidad, mientras que, si el farol no funcionaba, Oyo quedaba al margen de todo el asunto.

La biobomba, la bibo, había sido una maldición sobre Voe Deo durante décadas, centurias. Aterrorizados por la posibilidad de una invasión alienígena después de que el Ecumen se pusiera en contacto con ellos por primera vez casi cuatrocientos años antes, los werelianos habían dedicado todos sus recursos a desarrollar el vuelo y el armamento espacial. Los científicos que inventaron este ingenio concreto lo repudiaron e informaron a su gobierno de que era imposible contenerlo: destruiría toda la vida humana y animal en un área enorme y causaría daños genéticos profundos y permanentes en todo el mundo, pues se propagaba a través del agua y la atmósfera. El gobierno nunca utilizó el arma, pero se negó a destruirla, y su existencia había impedido que Werel se uniera al Ecumen mientras el embargo estuvo en vigor. Voe Deo insistía en que era su garantía contra las invasiones extraterrestres y quizá creía que podía evitar una revolución. Sin embargo, no la habían utilizado cuando su planeta esclavo, Yeowe, se rebeló. Luego, cuando el Ecumen retiró el embargo, anunciaron que habían destruido sus arsenales. Werel se unió al Ecumen. Voe Deo los invitó a inspeccionar los almacenes del arma. El embajador lo rehusó cortésmente, citando la política de confianza del Ecumen. Ahora la

bibo existía otra vez. ¿Era verdad? ¿Existía solo en la mente de Rayaye? ¿Estaba desesperado? Una mentira, un intento de utilizar el Ecumen para respaldar una amenaza fantasma y evitar una invasión: era la trama más probable, pero no resultaba del todo convincente.

–Esta guerra debe terminar –dijo Rayaye.

–Estoy de acuerdo.

–Su Señora es piadosa.

–La Ley es su piedad.

Esdan guardó silencio.

–Mañana debo volver a Bellen –dijo Rayaye al cabo de un rato, recuperando el tono autoritario, tranquilo–. Hay que terminar de coordinar los planes de movimientos en el frente sur. Cuando regrese, necesitaré saber si nos dará la ayuda que le he pedido. Nuestra respuesta dependerá en gran medida de ello. De su voz. Es sabido que se encuentra usted aquí, en las Provincias Orientales (es sabido por los insurgentes, quiero decir, además de por los suyos), aunque su paradero exacto se oculta, por supuesto, por su propia seguridad. Es sabido que puede estar preparando una declaración sobre un cambio en la actitud del Ecumen respecto al curso de la guerra civil. Un cambio que podría salvar millones de vidas y propiciar una paz justa en nuestra tierra. Espero que aproveche usted su tiempo aquí para hacerlo.

A la mañana siguiente oyó que el volador despegaba al amanecer. Después de desayunar salió cojeando al sol matutino. Uno de sus guardas veotes lo observó desde una ventana y luego se fue. En un rincón protegido justo debajo de la balaustrada de la terraza del lado sur, cerca de una plantación de grandes arbustos con unas grandes flores blancas de dulce fragancia, vio a Kamsa con su bebé y Heo. Se acercó a ellas, renqueante. En Yaramera las distancias, incluso dentro de la casa, eran intimidatorias para un hombre cojo. Cuando llegó al fin, dijo:

–Me siento solo. ¿Puedo sentarme con vosotras?

Las mujeres estaban en pie, por supuesto, haciendo reverencias, aunque las de Kamsa se habían vuelto algo vagas. Se

sentó en un banco curvo salpicado de flores caídas. Ellas volvieron a sentarse en el sendero de piedra con el bebé. Habían destapado el pequeño cuerpo, que yacía a la suave luz del sol. Era un bebé muy delgado, pensó Esdan. Las articulaciones de los brazos y las piernas oscuras y azuladas eran como tallos de flores, nudos translúcidos. El bebé se movía más que nunca, estirando los brazos y volviendo la cabeza como si le gustara sentir el aire. La cabeza era demasiado grande para el cuello, también como una flor, una flor demasiado grande en un tallo excesivamente delgado. Kamsa movió una flor de verdad encima del bebé. Los ojos oscuros la miraron. Los párpados y las cejas eran exquisitamente delicados. El sol brillaba a través de sus dedos. Sonrió. Esdan contuvo el aliento. La sonrisa del bebé ante la flor era la belleza de la flor, la belleza del mundo.

–¿Cómo se llama?

–Rekam.

Nieto de Kamye. Kamye el Señor y esclavo, el cazador y agricultor, el guerrero y pacificador.

–Es un nombre muy bonito. ¿Qué edad tiene?

En la lengua que hablaban era «¿Cuánto tiempo ha vivido?». La respuesta de Kamsa fue extraña.

–Tanto como su vida –dijo, o eso entendió Esdan que susurraba en dialecto.

Tal vez fuera maleducado o diera mala suerte preguntar la edad de un niño.

Volvió a sentarse en el banco.

–Me siento muy viejo –dijo–. Llevo cien años sin ver un bebé.

Heo se sentó, encorvada, dándole la espalda; Esdan creyó que intentaba ocultar las lágrimas. Tenía miedo de él, el alienígena. La vida no le había dado mucho a Heo, excepto miedo, pensó él. ¿Cuántos años tenía, veinte, veinticinco? Parecían cuarenta. Tal vez tuviera diecisiete. Las mujeres de uso, maltratadas, envejecían con rapidez. Supuso que Kamsa no debía de tener mucho más de veinte años. Era delgada y sencilla, pero había más flor y savia en su interior que en Heo.

–¿El amo tuvo hijos? –preguntó Kamsa, llevándose el bebé al pecho con cierto orgullo discreto, exhibiéndolo tímidamente.

–No.

–*A yera yera* –murmuró ella, otra palabra de esclavos que Esdan había oído con frecuencia en los complejos urbanos: Oh, qué pena, qué pena.

–Qué bien llegas al centro de las cosas, Kamsa –dijo él.

Ella miró en su dirección y sonrió. Tenía los dientes mal, pero era una buena sonrisa. Esdan pensó que el bebé no estaba mamando. Yacía tranquilo en la curva del brazo de su madre. Heo seguía tensa y se sobresaltaba cada vez que él hablaba, así que no dijo nada más. Apartó la mirada de ellas, más allá de los arbustos, hacia la maravillosa vista, que adoptaba, dondequiera que caminases o te sentases, un perfecto equilibrio: los niveles de losas, de hierba parda y agua azul, las curvas de las avenidas, los grupos y las líneas de arbustos, el árbol grande y viejo, el río nebuloso y su lejana orilla verde. Poco después las mujeres empezaron a hablar en voz baja otra vez. Esdan no escuchó lo que decían. Era consciente de sus voces, consciente de la luz del sol, consciente de la paz.

La vieja Gana se acercó a ellos andando ruidosamente desde la terraza superior, se inclinó ante él, les dijo a Kamsa y a Heo:

–Choyo os requiere. Dejadme al bebé.

Kamsa dejó al bebé en la piedra cálida otra vez. Ella y Heo se levantaron de un salto y se fueron, mujeres delgadas, ligeras, que caminaban con suave prisa. La anciana se sentó poco a poco, gruñendo y gesticulando, en el sendero, junto a Rekam. Inmediatamente lo cubrió con un pliegue del pañal, frunciendo el ceño y murmurando algo sobre lo imprudente que era su madre. Esdan observó sus cuidadosos movimientos, su delicadeza al coger al bebé, sujetando la pesada cabeza y los miembros diminutos, su ternura al acunarlo, meciéndose ella para mecerlo a él.

Levantó la vista hacia Esdan. Sonrió y su cara se arrugó hasta formar un millar de arrugas.

–Él es mi gran regalo –dijo. Él susurró:

–¿Tu nieto?

–Creo que no tardará en morir.

Al cabo de un rato Esdan dijo:

–¿Morir?

El asentimiento. Seguía sonriendo, meciendo dulcemente.

–Tiene dos años, amo.

–Creía que había nacido este verano –dijo Esdan con un susurro. La anciana añadió:

–Vino para estar un tiempo breve con nosotros.

–¿Qué le pasa?

–Debilitamiento.

Esdan había oído el término.

–¿Avo? –dijo, el nombre con el que se conocía la infección viral sistémica frecuente en los niños werelianos, con frecuencia epidémica en los complejos de activos de las ciudades.

Ella asintió.

–¡Pero es curable!

La anciana no dijo nada.

El avo era perfectamente curable. Donde había médicos. Donde había medicina. El avo era curable en la ciudad, no en el campo. En la gran casa, no en los barrios de los activos. En tiempos de paz, no de guerra. ¡Qué estúpido!

Quizá ella sabía que era curable, quizá, tal vez no sabía lo que significaba esa palabra. Acunaba al bebé, cantando con voz suave, sin prestar atención al estúpido. Pero lo había oído, y le había respondido, sin mirarlo, contemplando el rostro dormido del niño.

–Nací con amo –dijo–, y mis hijas también. Pero él no. Él es el regalo. Para nosotras. Nadie puede poseerlo. El regalo del Señor Kamye de sí mismo. ¿Quién podría quedarse con ese regalo?

Esdan inclinó la cabeza.

Le había dicho a su madre «Será libre», y ella había respondido «Sí». Al fin preguntó:

–¿Puedo cogerlo?

La abuela dejó de mecerlo y se quedó quieta un rato.

–Sí –dijo. Se levantó con mucho cuidado y colocó el bebé en brazos de Esdan, en su regazo.

–Tienes mi alegría en los brazos –dijo.

El niño no pesaba nada, unos tres kilos. Era como sostener una flor cálida, un animal diminuto, un pájaro. La mantilla arrastraba por las piedras. Gana la recogió y la puso dulcemente alrededor del bebé, ocultando su rostro. Tensa y nerviosa, celosa, llena de orgullo, se arrodilló. Antes de que pasara mucho rato tomó al bebé y lo apretó contra su pecho.

–Aquí –dijo, y la felicidad le dulcificó el rostro.

Aquella noche Esdan, durmiendo en la habitación que daba a las terrazas de Yaramera, soñó que había perdido una pequeña piedra redonda, plana, que siempre llevaba consigo en una bolsa. Era una piedra del pueblo. Cuando la sostenía en la palma de la mano y la calentaba, podía hablar, conversar con él. Pero hacía mucho tiempo que no le hablaba a la piedra. Ahora se percataba de que no la tenía. La había perdido, se la había dejado en alguna parte. Pensaba que había sido en el sótano de la embajada. Intentaba bajar al sótano, pero la puerta estaba cerrada y no encontraba la otra.

Para el adolescente Esdan siguió siendo un problema. Su prima Noy, hermana de Suhan, que se había convertido en la Patrona del Agua de Arkanan, le dijo que no era un problema, sino un misterio.

–¿No ves cómo nos guía Suhan? –dijo–. Fíjate. Él hizo que mis padres se trasladaran aquí. Por eso mi hermana y yo nacimos aquí. Por eso vienes a estar con nosotros aquí. Por eso has aprendido a vivir en el pueblo. Nunca serás solo un hombre de ciudad. Porque Suhan te ha guiado hasta aquí. Nos ha guiado a todos. A las montañas.

–Él no nos guio de verdad –argumentó el chico de catorce años.

–Sí, lo hizo. Seguimos su debilidad. Su imperfección. Las posibilidades del defecto. Mira el agua, Esi. Encuentra los puntos débiles de la roca, las aberturas, los huecos, las ausencias. Siguiendo el agua llegamos a donde pertenecemos.

Luego se había ido a arbitrar una disputa sobre los derechos de uso de un sistema de irrigación fuera de la aldea, porque el lado oriental de las montañas era una tierra muy seca y la gente de Arkanan era discutidora, aunque hospitalaria, y la Patrona del Agua tenía mucho trabajo.

Pero la condición de Suhan era irreparable, su debilidad inaccesible incluso para las maravillosas habilidades médicas de Hain. Este bebé se estaba muriendo por una enfermedad que podía curarse con solo una serie de inyecciones. Era un error aceptar su enfermedad, su muerte. Era un error permitir que las circunstancias, la mala suerte, una sociedad injusta, una religión fatalista, le arrebataran la vida. Una religión que fomentaba la terrible pasividad de los esclavos, que decía a esas mujeres que no intervinieran, que dejaran que el niño se consumiera y muriera.

Esdan tenía que intervenir, hacer algo, ¿qué podía hacerse? «¿Cuánto tiempo ha vivido?» «Tanto como su vida.»

Éste era un lugar extraño para la cualidad de la alegría. El agua es mi guía, pensó. Sus manos recordaban todavía cómo había sido sostener al niño, el peso ligero, la breve calidez.

A la mañana siguiente salió tarde a la terraza; esperaba que Kamsa y el bebé salieran como hacían normalmente, pero fue el veote mayor el que lo hizo.

–Señor Música Antigua, debo pedirle que se quede dentro durante un tiempo –dijo.

–Zadyo, no voy a escapar –dijo Esdan, mostrándole el pie vendado e hinchado.

–Lo siento, señor.

Esdan entró cojeando y enfadado detrás del veote, que lo encerró en una habitación de la planta baja, un espacio de almacenamiento sin ventanas que había detrás de las cocinas. Lo habían amueblado con un catre, una mesa y una silla, un bote para

la orina y una lámpara a pilas para cuando fallara el generador, algo que sucedía casi todos los días.

–¿Esperan un ataque, pues? –dijo cuando vio estos preparativos, pero la única respuesta del veote fue cerrar la puerta con llave. Esdan se sentó en el catre y meditó como le habían enseñado en el Pueblo de Arkanan. Apartó la angustia y la ira de su mente con una larga serie de repeticiones: salud y buen trabajo, coraje, paciencia, paz para los zadyo..., para Kamsa, para el bebé Rekam, para Rayaye, para Heo, para Tualenem, para los oga, para Nemeo, que lo había metido en la jaula baja, para Alatual, que lo había metido en la jaula baja, para Gana, que le había vendado el pie y le había dado su bendición, para las personas que conocía en la embajada, en la ciudad, salud y buen trabajo, coraje, paciencia, paz... Eso le fue bien, pero la meditación en sí fue un fracaso. No podía dejar de pensar. Así que pensó. Pensó en lo que podía hacer. No se le ocurrió nada. Era tan débil como el agua, estaba tan indefenso como el bebé. Se imaginó a sí mismo hablando en la holorred con un guion que decía que el Ecumen aprobaba con renuencia el uso limitado de las armas biológicas a fin de terminar con la guerra civil. Se imaginó a sí mismo en la holorred apartándose del guion y diciendo que el Ecumen nunca aprobaría el uso de las armas biológicas bajo ningún concepto. Ambas cosas eran fantasías. Los planes de Rayaye eran fantasías. Cuando se diera cuenta de que su prisionero no tenía utilidad alguna, Rayaye haría que lo mataran. ¿Cuánto tiempo ha vivido? Tanto como sesenta y dos años. Una cantidad de tiempo mucho más justa que la de Rekam. Su mente pasó de largo y siguió pensando.

El zadyo abrió la puerta y le dijo que podía salir.

–¿A qué distancia está el Ejército de la Liberación, zadyo? –preguntó.

No esperaba respuesta. Salió a la terraza. La tarde estaba llegando a su fin. Kamsa se encontraba allí, sentada con el bebé en el pecho. Tenía el pezón en la boca, pero no mamaba. Ella se cubrió

el pecho. Al hacerlo adoptó por primera vez una expresión de tristeza.

–¿Está dormido? ¿Puedo cogerlo? –dijo Esdan, sentándose a su lado.

Ella le puso el pequeño fardo en el regazo. Todavía había inquietud en su rostro. Esdan pensó que el niño respiraba con más dificultad, le costaba más trabajo. Pero estaba despierto y levantó la vista hacia el rostro de Esdan con los ojos muy abiertos. Esdan hizo muecas, echando los labios hacia fuera y parpadeando. Obtuvo una pequeña y dulce sonrisa.

–Los trabajadores dicen que viene un ejército –dijo Kamsa con su bajísima voz.

–¿La Liberación?

–*Enna*. Algún ejército.

–¿Desde el otro lado del río?

–Creo que sí.

–Son activos..., hombres liberados. Son los tuyos. No te harán daño.

–A lo mejor.

Kamsa estaba asustada. Se controlaba perfectamente, pero estaba asustada. Había visto el Alzamiento, allí. Y las represalias.

–Escóndete, si puedes, si hay bombardeos o lucha –dijo él–. Bajo tierra. Debe de haber sitios para esconderse, aquí.

Ella pensó y dijo:

–Sí.

Se estaba tranquilo en los jardines de Yaramera. No se oía nada excepto el viento agitando las hojas y el débil zumbido del generador. Incluso las ruinas quemadas y dentadas de la casa parecían suavizadas, intemporales. Lo peor ya ha pasado, decían las ruinas. Para ellas. Tal vez no para Kamsa y Heo, para Gana y Esdan. Pero no había atisbos de violencia en el aire del verano. El bebé mostró su vaga sonrisa de nuevo, acurrucado en los brazos de Esdan. Él pensó en la piedra que había perdido en el sueño.

Pasó la noche encerrado en la habitación sin ventanas. No tenía forma de saber qué hora era cuando lo despertó un ruido; una serie de tiros y explosiones, disparos o bombas de mano terminaron de desvelarlo. Hubo un silencio, luego otra serie de golpes y crujidos, más débil. De nuevo un silencio que no se acababa nunca. Luego oyó un volador justo encima de la casa, como volando en círculos, sonidos dentro de la casa: un grito, alguien corriendo. Encendió la lámpara, luchó por ponerse los pantalones, difíciles de pasar por el pie vendado. Cuando oyó que el volador regresaba y una explosión, dio un salto de pánico hacia la puerta, consciente solo de que tenía que salir de aquella habitación, de aquella trampa mortal. Siempre había temido el fuego, morir pasto de las llamas. La puerta era de madera maciza, estaba sólidamente sujeta a su macizo marco. No tenía ninguna esperanza de echarla abajo y lo sabía aun en medio del pánico. Gritó una vez «¡Dejadme salir de aquí!», luego recuperó el control de sí mismo, volvió al catre y, al cabo de un minuto, se sentó en el suelo entre el catre y la pared, todo lo protegido que le permitía la habitación, intentando imaginarse lo que estaba pasando. Un ataque de la Liberación y los hombres de Rayaye devolviendo los disparos, intentando derribar el volador, era lo que se imaginaba.

Silencio mortal. No se acababa nunca.

La lámpara vaciló.

Se levantó y se acercó a la puerta.

–¡Dejadme salir!

No había ningún ruido.

Un único disparo. Voces otra vez, pies corriendo, gritos, llamadas. Después de otro largo silencio, voces distantes, el sonido de hombres que se acercaban por el pasillo, fuera de la habitación. Un hombre dijo: «No les dejes entrar de momento», una voz monótona, severa. Dudó, se armó de valor y gritó: «¡Soy un prisionero! ¡Dejadme salir!».

Una pausa.

–¿Quién hay ahí?

Nunca había oído esa voz. Se le daban bien las voces, los rostros, los nombres, las intenciones.

–Esdardon Aya, de la embajada del Ecumen.

–¡Señor todopoderoso! –dijo la voz.

–Sáquenme de aquí, ¿quieren?

No hubo respuesta, pero la puerta se sacudió en vano sobre las enormes bisagras, bajo los golpes; más voces fuera, más golpes y porrazos. «Un hacha», dijo alguien. «Buscad la llave», dijo algún otro; se fueron. Esdan esperó. Luchó contra el repetido impulso de reír, por miedo a la histeria, pero era divertido, estúpidamente divertido, todos los gritos a través de la puerta y la búsqueda de llaves y hachas, una farsa en medio de la batalla. ¿Qué batalla?

Lo había interpretado al revés. Los hombres de la Liberación habían entrado en la casa y matado a los hombres de Rayaye, después de coger a la mayoría por sorpresa. Estaban esperando el volador de Rayaye. Debían de tener contactos entre los esclavos agrícolas, informadores, guías. Encerrado en su habitación, solo había oído el ruidoso final del asunto. Cuando le dejaron salir, estaban sacando a los muertos. Vio el cuerpo horriblemente mutilado de uno de los jóvenes, Alatual o Nemeo, que se deshacía mientras lo arrastraban: iba dejando un rastro de sangre viscosa y entrañas por el suelo, y las piernas se quedaron atrás. El hombre que arrastraba el cadáver estaba perplejo y se detuvo sosteniendo los hombros de aquel tronco.

–Vaya, mierda –dijo, y Esdan jadeó, intentando de nuevo no reír, no vomitar.

–Siga adelante –dijeron los hombres que estaban con él, y siguió. La luz del amanecer atravesaba oblicua las ventanas rotas. Esdan miraba alrededor sin parar, y no vio a ninguna persona de la casa. Los hombres lo llevaron a la habitación de la cabeza del perro de caza sobre la chimenea. Había seis o siete hombres reunidos a la mesa. No llevaban uniforme, aunque algunos tenían el lazo o la cinta amarilla de la Liberación en la gorra o la manga. Tenían la ropa hecha jirones y los rostros duros, severos. Algunos eran oscuros,

otros tenían la piel beige, arcillosa o azulada; todos parecían nerviosos y peligrosos. Uno de los que estaban con él, un hombre delgado, alto, dijo con la voz dura que había dicho «Señor todopoderoso» fuera de la puerta:

–Es él.

–Soy Esdardon Aya, Música Antigua, de la embajada del Ecumen –dijo otra vez, con toda la calma de la que fue capaz–. Estaba retenido aquí. Gracias por liberarme.

Algunos de ellos lo miraban fijamente, como lo miraba la gente que nunca había visto a un alienígena, observando su piel marrón rojizo, los ojos tan separados y blancos y las sutiles diferencias de la estructura del cráneo y los rasgos. Uno o dos lo miraban de una manera más agresiva, como poniendo a prueba su afirmación, haciéndole ver que creerían que era lo que decía ser cuando se lo demostrara. Un hombre grande, de hombros anchos, piel blanca y cabellos castaños, un polvoriento puro, de sangre pura de la antigua raza conquistada, miró a Esdan mucho rato.

–Para eso hemos venido –dijo.

Habló quedamente, con la voz de los activos. Puede que tardaran una generación o más en aprender a levantar la voz, a hablar con libertad.

–¿Cómo sabíais que estaba aquí? ¿Por la red de campo?

Se refería a lo que habían bautizado como sistema clandestino de información que pasaba de boca en boca, de campo a complejo, a ciudad y luego al revés, mucho antes de que existiera la holorred. El Hame utilizaba la red de campo y esta había sido el principal instrumento del Alzamiento.

–Sabéis quién me trajo aquí, entonces: Rayaye. No sé para quién trabajaba. Os diré todo lo que pueda. –El alivio lo había vuelto estúpido, estaba hablando demasiado, jugando a marear la perdiz mientras ellos jugaban a ser tipos duros–. Tengo amigos aquí –prosiguió, con una voz más neutral, mirándolos a la cara uno a uno, directo pero cortés–. Esclavas, trabajadoras domésticas. Espero que estén bien.

–Depende –dijo un hombre de cabellos grises, menudo, que parecía muy cansado.

–Una mujer con un bebé, Kamsa. Una anciana, Gana.

Un par de hombres sacudieron la cabeza en señal de ignorancia o indiferencia. La mayoría no dieron ningún tipo de respuesta. Esdan los miró otra vez, reprimiendo la ira y la irritación ante esa pomposidad, ese hermetismo.

–Necesitamos saber lo que hacía aquí –dijo el hombre de cabellos castaños.

–Un contacto del Ejército de la Liberación de la ciudad me llevaba de la embajada al Comando de la Liberación, hace unos quince días. Fuimos interceptados en la Línea Divisoria por los hombres de Rayaye. Ellos me trajeron aquí. Pasé un tiempo en una jaula baja –dijo Esdan con la misma voz neutral–. Me hice daño en el pie y no puedo caminar mucho. Hablé dos veces con Rayaye. Antes de decir nada más, creo que comprenderán que necesito saber con quién estoy hablando.

El hombre alto y delgado que lo había liberado de la habitación cerrada dio la vuelta a la mesa y consultó brevemente con el hombre de pelo gris. El de cabellos castaños escuchó, accedió. El alto se dirigió a Esdan con una voz extrañamente dura y monótona:

–Estamos en una misión especial de la Avanzada del Ejército de la Liberación Mundial. Soy el mariscal Metoy.

Todos los demás dijeron sus nombres. El hombre grande de cabellos castaños era el general Banarkamye, el mayor y más cansado era el general Tueyo. Decían su rango junto con el nombre, pero no lo usaban para dirigirse unos a otros, ni lo llamaban señor. Antes de la Liberación, los alquilados rara vez utilizaban títulos entre ellos aparte de los de parentesco: padre, hermana, tía. Los títulos eran algo que iba delante del nombre de un amo: señor, amo, jefe. Era evidente que la Liberación había decidido pasar sin ellos. Le gustó encontrar un ejército que no golpeara los talones y gritara «¡Señor!». Pero no estaba seguro de qué ejército era el que había encontrado.

–¿Lo tenían en esa habitación? –le preguntó Metoy. Era un hombre extraño, de voz monótona, fría, rostro pálido, inexpresivo, pero no tan nervioso como los otros. Parecía seguro de sí mismo, acostumbrado a estar al mando.

–Puede ir allí ahora –dijo Metoy–. No salga de la casa.

–Eso haré. Gracias otra vez –les dijo a todos–. Por favor, cuando sepan algo de Kamsa y Gana... –No esperó a que lo ignoraran, sino que se volvió y salió.

Uno de los hombres más jóvenes lo acompañó. Se había dado el nombre Zadyo Tema. Por tanto, el Ejército de la Liberación utilizaba los viejos rangos de los veotes. Había veotes entre ellos, Esdan lo sabía, pero Tema no lo era. Tenía la piel clara y acento de polvoriento urbano, dulce, seco, apocopado. Esdan no intentó hablar con él. Tema estaba muy nervioso, asustado por la tarea nocturna de matar a quemarropa o por alguna otra razón; tenía casi un temblor constante en los hombros, los brazos y las manos, y la cara pálida mostraba una expresión de dolor. No estaba del humor adecuado para charlar con un prisionero civil y mayor que era alienígena.

En la guerra todos son prisioneros, había escrito el historiador Henennemores.

Esdan había dado las gracias a sus captores por liberarlo, pero sabía dónde se encontraba en ese momento. Todavía estaba en Yaramera.

Sin embargo, sintió cierto alivio al ver su habitación de nuevo, sentarse en la silla de un solo brazo junto a la ventana para mirar la luz del sol de la mañana, las largas sombras de los árboles en los prados y las terrazas.

Ninguno de los sirvientes domésticos salió como era habitual para hacer sus tareas o tomarse un descanso. Nadie fue a su habitación. La mañana llegó a su fin. Ejecutó todos los ejercicios de los tanhai que le permitió el pie herido. Se sentó, consciente, se adormeció, despertó, intentó seguir consciente, pero estaba

intranquilo, preocupado, reflexionando sobre las palabras: *Una misión especial de la Avanzada del Ejército de la Liberación Mundial*.

El Gobierno Legítimo llamaba al ejército enemigo «fuerzas insurgentes» u «hordas rebeldes» en las holonoticias. Al principio se daba el nombre de Ejército de la Liberación, nada de Liberación Mundial; pero él no había tenido contacto alguno con los luchadores de la libertad desde el Alzamiento, y no había recibido ningún tipo de información desde que cerraran la embajada. A excepción de noticias de otros mundos a años luz de distancia, por supuesto, interminables, el ansible estaba lleno de esas, pero de lo que ocurría a dos calles de distancia, nada, ni una palabra. En la embajada se había sentido ignorante, inútil, indefenso, pasivo. Exactamente como allí. Desde que empezara la guerra, como había dicho Henennemores, había sido un prisionero. Junto con todos los demás habitantes de Werel. Un prisionero en pro de la libertad.

Tenía miedo de llegar a aceptar su indefensión, de que esta convenciera a su alma. Debía recordar de qué trataba aquella guerra. Pero que la Liberación llegue pronto, pensaba, que me libere pronto.

A mitad de la tarde el joven zadyo le trajo un plato de comida fría, obviamente sobras y restos que habían encontrado en las cocinas, y una botella de cerveza. Comió y bebió agradecido. Pero estaba claro que no habían liberado a los sirvientes domésticos. O que los habían matado. Se quitó la idea de la cabeza.

Después de la puesta de sol el zadyo volvió y lo llevó a la planta de abajo, a la habitación del perro de caza. El generador estaba apagado, claro; lo único que lo mantenía en funcionamiento eran los pequeños ajustes del viejo Saka. Los hombres llevaban linternas, y en la habitación del perro de caza había un par de grandes lámparas de aceite encendidas encima de la mesa que iluminaban con una luz romántica, dorada, las caras que había alrededor, arrojando sombras profundas detrás.

–Siéntese –dijo el general de cabellos castaños, Banarkamye: su nombre podía traducirse por Leer-biblia–. Tenemos varias preguntas

que hacerle.

Silencio, pero asentimiento cortés.

Le preguntaron cómo había salido de la embajada, quiénes habían sido sus contactos con la Liberación, adónde iban, por qué había intentado ir, qué ocurrió durante el secuestro, quién lo había llevado allí, qué le habían preguntado, qué querían de él. Después de decidir durante la tarde que lo más útil sería mostrar candor, respondió a todas las preguntas directa y brevemente, hasta la última.

–Personalmente estoy con ustedes en esta guerra –dijo–, pero el Ecumen debe ser neutral. Puesto que en estos momentos soy el único alienígena en Werel que puede hablar con libertad, cualquier cosa que diga puede considerarse, con razón o equivocadamente, un mensaje de la embajada y de los Estables. Ése era mi valor para Rayaye. Puede ser mi valor para ustedes. Pero es un valor falso. Yo no puedo hablar en nombre del Ecumen. No tengo autoridad.

–Querían que dijera que el Ecumen apoya a los Puntuales –dijo el hombre cansado, Tueyo.

Esdan asintió.

–¿Mencionaron el uso de alguna táctica o arma especial? –Ese fue Banarkamye, serio, intentando no dar importancia a la pregunta.

–Preferiría responder a esa pregunta cuando esté detrás de sus líneas, general, hablando con gente que conozco del Comando de la Liberación.

–Está usted hablando con el Comando del Ejército de la Liberación Mundial. Negarse a responder puede considerarse una prueba de complicidad con el enemigo. –Ese fue Metoy, locuaz, severo, de voz dura.

–Lo sé, mariscal.

Cruzaron la mirada. A pesar de su abierta amenaza, Metoy era el hombre en quien Esdan se sentía más inclinado a confiar. Era firme. Los otros eran nerviosos, inseguros. Ahora estaba seguro de que pertenecían a una facción. El tamaño de esa facción, hasta qué

punto estaba enfrentada con el Comando de la Liberación, solo podía averiguarlo por la información que se les escapara.

–Escuche, señor Música Antigua –dijo Tueyo. Es difícil acabar con los viejos hábitos–. Sabemos que trabajó para el Hame. Ayudó a enviar gente a Yeowe. Nos apoyó entonces. –Esdan asintió–. Debe apoyarnos ahora. Le estamos hablando con franqueza. Tenemos información que aseguran que los Puntuales están planeando un contraataque. Lo que significa, ahora, es que van a usar la bibo. No puede significar otra cosa. Eso no puede ocurrir. No se les puede permitir. Hay que detenerlos.

–Dice usted que el Ecumen es neutral –dijo Banarkamye–. Eso es mentira. Hace cien años el Ecumen no permitió el ingreso de este mundo, porque teníamos la bibo. La teníamos, no la usábamos, poseerla era suficiente. Ahora dicen que son neutrales. ¡Ahora que sí importa! ¡Ahora que este mundo es parte de ellos! Han de actuar. Actuar contra esa arma. Deben evitar que la utilicen los Puntuales.

–Si los Legítimos dispusieran de ella, si tuvieran planeado utilizarla y yo pudiera decírselo al Ecumen, ¿qué podrían hacer ellos?

–Usted habla. Le dice al presidente de los Puntuales: el Ecumen dice que no sigan adelante. El Ecumen enviará naves, tropas. ¡Nos apoya! ¡Si no está con nosotros, está con ellos!

–General, la nave más cercana se encuentra a años luz de distancia.

Los Legítimos lo saben.

–Pero usted puede llamarla, tiene el transmisor.

–¿El ansible de la embajada?

–Los Puntuales también tienen uno.

–El ansible del Ministerio de Exteriores fue destruido en el Alzamiento. En el primer ataque a los edificios gubernamentales. Volaron todo el bloque.

–¿Cómo lo sabe?

Banarkamye dijo «Dejemos eso de momento», y volvió al primer interrogatorio, repitiendo preguntas, pidiendo más detalles, escuchándolos inexpresivo. Salvando las apariencias. Demostrando

que no confiaba en el prisionero. Siguió insistiendo en cualquier cosa que hubiera dicho Rayaye sobre una invasión o un contraataque en el sur. Esdan repitió varias veces que Rayaye había dicho que el presidente Oyo creía que la Liberación iba a invadir su provincia, desde el río hasta allí. Cada vez añadía: «No tengo ni idea de si lo que me dijo Rayaye era verdad». La cuarta o quinta vez dijo:

–Discúlpeme, general. Debo pedir de nuevo noticias de las personas que había aquí...

–¿Conocía usted a alguien de aquí antes de llegar? –Preguntó bruscamente un hombre más joven.

–No. Me refiero a los sirvientes domésticos. Fueron amables conmigo. El bebé de Kamsa está enfermo, necesita cuidados. Me gustaría saber si alguien cuida de ellos.

Los generales consultaban unos con otros, sin prestar atención a este cambio de tema.

–Cualquiera que se quedara aquí, en un lugar como este, después del Alzamiento, es un colaboracionista –dijo el zadyo, Tema.

–¿Adónde se suponía que podían ir? –preguntó Esdan, intentando no perder la calma–. Esta no es tierra liberada. Los jefes aún trabajan en estos campos con esclavos. Todavía utilizan la jaula baja. –Su voz tembló un poco en las últimas palabras, y se maldijo por ello.

Banarkamye y Tueyo seguían consultándose, ignorando su pregunta.

Metoy se puso en pie y dijo:

–Basta por esta noche. Venga conmigo.

Esdan lo siguió cojeando a través del vestíbulo y las escaleras. Detrás iba el joven zadyo, deprisa, era evidente que lo había enviado Banarkamye. No estaba permitido mantener conversaciones privadas. Metoy, no obstante, se detuvo ante la puerta de la habitación de Esdan y dijo, mirándolo:

–Cuidaremos de los sirvientes domésticos.

–Gracias –dijo Esdan con afecto–. Gana me estaba curando esta herida. Necesito verla –añadió.

Si lo querían vivo e ileso, no hacía ningún daño utilizando sus dolencias como arma. No servían para mucho más.

Durmió poco y mal. La información y la acción siempre le habían salido bien. Era agotador sentirse ignorante e indefenso, paralizado mental y físicamente. Y tenía hambre.

Poco después de la salida del sol intentó abrir la puerta y descubrió que estaba cerrada con llave. Golpeó y gritó durante un rato antes de que llegara alguien, un joven de aspecto asustado, probablemente un centinela, y luego Tema, soñoliento y con mala cara, con la llave de la puerta.

–Quiero ver a Gana –dijo Esdan, de una manera bastante autoritaria–. Ella cuida de esto –añadió, señalando con un gesto el pie vendado. Tema cerró la puerta sin decir nada. Al cabo de una hora aproximadamente, la cerradura volvió a sonar y entró Gana. Metoy la seguía. Detrás de él venía Tema.

Gana se inclinó ante Esdan. Él se le acercó rápidamente, le puso las manos sobre los brazos y apoyó la barbilla en la suya.

–¡Alabado sea el Señor Kamye por ver que estás bien! –dijo él, palabras que a él le habían dicho muchas veces personas como ella–. Kamsa, el bebé, ¿cómo están?

Estaba asustada, temblorosa, con el pelo despeinado, los párpados enrojecidos, pero se recuperó bastante bien del inesperado saludo fraternal de Esdan.

–Están en la cocina, señor –dijo–. Los hombres del ejército dijeron que le duele el pie.

–Eso les dije yo. Tal vez puedas volver a vendármelo. Se sentó en la cama y ella empezó a quitarle las telas.

–¿Están bien los demás? ¿Heo? ¿Choyo? Ella sacudió la cabeza una vez.

–Lo siento –dijo él. No pudo preguntarle más.

Gana no le vendó el pie tan bien como la otra vez. Tenía poca fuerza en las manos para tensar las vendas, y trabajaba con rapidez, nerviosa por los extraños que la observaban.

–Espero que Choyo haya vuelto a la cocina –dijo, medio para ella, medio para ellos–. Alguien tiene que cocinar aquí.

–Sí, señor –susurró ella.

–El general Banarkamye... –empezó.

Metoy lo miró. El joven vaciló, frunció el ceño, obedeció.

–Yo cuidaré de estas personas –dijo Metoy–. Siempre lo he hecho. Era jefe de un complejo. –Observó a Esdan con sus fríos ojos negros–. Soy un amputado. No quedan muchos como yo, en estos días.

Después de un momento Esdan dijo:

–Gracias, Metoy. Necesitan ayuda. No lo entienden. Metoy asintió.

–Yo tampoco lo entiendo –dijo Esdan–. ¿Planea una invasión la Liberación? ¿O fue una invención de Rayaye como excusa para hablar de usar la bibo? ¿Se lo cree Oyo? ¿Se lo cree usted? ¿Está el Ejército de la Liberación al otro lado del río? ¿Es de allí de donde vienen? ¿Quiénes son? No espero que me responda.

–No lo haré –dijo el eunuco.

Si era un agente doble, pensó Esdan después de que se fuera, trabajaba para el Comando de la Liberación. O así lo esperaba. Metoy era un hombre al que quería en su bando.

Pero no sé cuál es mi bando, pensó cuando regresaba a la silla junto a la ventana. La Liberación, por supuesto, sí, pero ¿qué es la Liberación? No es un ideal, la libertad de los esclavizados. Ahora no. Ya no. Desde el Alzamiento, la Liberación es un ejército, un cuerpo político, un gran número de personas, de líderes y de supuestos líderes, de ambiciones y codicia que dificultan las esperanzas y la fuerza, un torpe semigobierno de aficionados que oscila entre la violencia y el compromiso, todavía más complicado, para no conocer nunca más la hermosa simplicidad del ideal, de la idea pura de la libertad. Y eso es lo que yo quería, por lo que he trabajado todos estos años. Para confundir la estructura noblemente simple de la jerarquía de castas contaminándola con la idea de la justicia. Y luego para confundir la estructura noblemente simple del ideal de la

igualdad humana intentando hacerla realidad. La mentira monolítica se deshilacha en mil verdades incompatibles, y eso es lo que yo quería. Pero estoy atrapado en la locura, la estupidez, la brutalidad sin sentido de los hechos.

Todos quieren utilizarme, pero yo he dejado de ser útil, pensó; y el pensamiento lo atravesó como un haz de luz clara. Siempre había creído que él podía hacer algo. Pero no era así.

Sentía una especie de liberación.

No era de extrañar que él y Metoy se comprendieran sin palabras y al instante.

El zadyo Tema fue a su puerta para llevarlo a la planta de abajo. De nuevo a la habitación del perro de caza. Todos los líderes se sentían atraídos por esa habitación, por su adusta masculinidad. Esta vez solo había cinco hombres, Metoy, los dos generales, los dos que tenían el rango de rega. Banarkamye los dominaba a todos. Estaba haciendo preguntas y le había cogido gusto a dar órdenes.

–Nos iremos mañana –le dijo a Esdan–. Usted viene con nosotros. Tendremos acceso a la holorred de la Liberación. Usted hablará por nosotros. Le dirá al gobierno Puntual que el Ecumen sabe que tienen planeado emplear armas prohibidas y les advierte que si lo hacen habrá represalias inmediatas y terribles.

Esdan estaba mareado por el hambre y la falta de sueño. Permaneció inmóvil –no le habían invitado a sentarse– y bajó la mirada al suelo, a las manos y los costados. Murmuró de manera apenas audible:

–Sí, amo.

Banarkamye levantó la cabeza bruscamente, los ojos le relampaguearon.

–¿Qué es lo que ha dicho?

–*Enna*.

–¿Quién cree usted que es?

–Un prisionero de guerra.

–Puede usted irse.

Esdan se marchó. Tema lo siguió, pero sin detenerlo u orientarlo. Fue directamente a la cocina, donde oyó el golpeteo de las sartenes, y dijo:

–¡Choyo, por favor, dame algo de comer!

El anciano, atemorizado y tembloroso, masculló una disculpa, asustado, pero sacó algo de fruta y de pan rancio. Esdan se sentó a la mesa de trabajo y lo devoró. Ofreció un poco a Tema, que lo rechazó rígidamente. Esdan se lo comió todo. Cuando terminó salió de la cocina, cojeando, hacia una puerta lateral que llevaba a la gran terraza. Esperaba ver a Kamsa allí, pero ninguno de los sirvientes domésticos estaba fuera. Se sentó en un banco de la balaustrada que daba a la larga laguna reflectante. Tema se quedó allí cerca, de servicio.

–Dijiste que los esclavos de un lugar como este, si no se unían al Alzamiento, eran colaboracionistas –dijo Esdan.

Tema estaba inmóvil, pero escuchaba.

–¿No crees que puede que alguno no haya entendido lo que estaba pasando? ¿Y que todavía no lo entienda? Este lugar está sumido en la ignorancia, zadyo. Es difícil imaginar la libertad, aquí.

El joven se resistió a responder durante un rato, pero Esdan siguió hablando, intentando establecer algún contacto con él, llegar a él. De repente, algo de lo que dijo hizo saltar la tapa.

Esdan permaneció inmóvil, contemplando el agua tranquila de la laguna y las terrazas inferiores, el gran árbol, el río cubierto de niebla, la orilla verde y distante. Que esté bien y trabaje bien, tenga paciencia, compasión, paz. ¿Qué he hecho yo de utilidad en la vida? Todo lo que hice. Nunca he hecho nada útil. Paciencia, compasión, paz... Ellos eran su gente... Miró la espesa mancha de saliva en la arenisca amarilla de la terraza. Estúpido, por dejar a los suyos a una vida de distancia e ir a meterse en otro mundo. Estúpido, por pensar que podías dar libertad a alguien. Para eso servía la muerte. Para sacarnos de la jaula baja.

Se levantó y cojeó hacia la casa en silencio. El joven lo siguió.

La luz volvió justo cuando oscurecía. Debían de haber dejado al viejo Saka que volviera a tocar el generador. Esdan prefería la penumbra y apagó la luz de la habitación. Estaba tumbado en la cama cuando Kamsa llamó a la puerta y entró, con una bandeja.

–¡Kamsa! –dijo, luchando por levantarse, y la habría abrazado si la bandeja no se lo hubiera impedido–. ¿Rekam está...?

–Con mi madre –murmuró ella.

–¿Está bien?

El asentimiento hacia atrás. Dejó la bandeja encima de la cama, porque no había mesa.

Él no sabía si era una pregunta o un deseo. Hizo un pequeño gesto atribulado, sonriendo. Ella se volvió para irse.

–Kamsa, ¿está Heo...?

–Estaba con aquél. En su cama.

Al cabo de una pausa, él dijo:

–¿Hay algún lugar donde puedas esconderte? –Tenía miedo de que los hombres de Banarkamye ejecutaran a aquellas personas cuando se fueran, por «colaboracionistas» o para borrar sus huellas.

–Tenemos un agujero para ir, como usted dijo –aclaró ella.

–Bien. Id allí, si podéis. ¡Desapareced! No os dejéis ver. Ella dijo:

–Me mantendré firme, señor.

Estaba cerrando la puerta tras de sí cuando el ruido de un volador que se aproximaba zumbó en las ventanas. Ambos se quedaron inmóviles, ella en la puerta, él cerca de la ventana. Gritos en la planta de abajo, fuera, hombres corriendo. Había más de un volador, venían del sudeste. «¡Apagad las luces!», gritó alguien. Los hombres corrían hacia los voladores aparcados en el césped y la terraza. La ventana estalló en luz, el aire en una explosión que hizo añicos el cristal.

–Venga conmigo –dijo Kamsa.

Le tomó la mano y lo arrastró tras ella; cruzaron la puerta, bajaron por el vestíbulo y pasaron por una puerta de servicio que Esdan no había visto nunca. Renqueaba remolcado por la mujer lo

más rápido que le era posible: bajaron una escalera de piedra que parecía de mano, atravesaron un pasaje posterior, hasta el laberinto de los establos. Salieron al patio justo cuando una serie de explosiones sacudió cuanto los rodeaba. Corrieron por el patio entre el fuego y un ruido insoportable, con Kamsa todavía tirando de él sin dudar por un instante adónde iba, y se agacharon para entrar en uno de los almacenes del final de los establos. Gana estaba allí, y uno de los ancianos esclavos, abriendo una trampilla en el suelo. Bajaron, Kamsa de un salto, los otros despacio y torpemente por la escalera de madera; Esdan fue el que peor bajó, y aterrizó mal sobre el pie roto. El anciano bajó el último y cerró la trampilla encima de ellos. Gana tenía una linterna a pilas, pero solo la encendió unos instantes, mostrando un sótano grande, bajo, con el suelo sucio, estanterías, un arco que daba a otra habitación, un montón de cajas de madera, cinco caras: el bebé despierto, mirando tan callado como siempre, colgado al hombro de Gana. Luego oscuridad. Y durante un tiempo, silencio.

Tomaron las cajas, las colocaron al azar como si fueran sillas, en la oscuridad.

Una nueva serie de explosiones, aparentemente lejanas, aunque el suelo y la oscuridad se estremecieron. Ellos se estremecieron en ella. «Oh, Kamye», susurró uno de ellos.

Esdan se sentó en la caja temblorosa y dejó que el pinchazo y la cuchillada de dolor que sentía en el pie se hundieran en un pálpito punzante.

Explosiones: tres, cuatro.

–Kamsa –murmuró Esdan.

Ella emitió un sonido que la situó cerca de él.

–Gracias.

–Usted dijo escondeos, así que hablamos de este lugar –susurró ella. El anciano respiraba ruidosamente y se aclaraba la garganta con frecuencia. La respiración del bebé también era audible: un sonido pequeño e irregular, casi un jadeo.

–Dámelo.

Era Gana. Debía de haberle pasado el bebé a su madre. Kamsa susurró:

–Ahora no.

El anciano habló de repente en voz alta, sobresaltándolos a todos.

–¡No hay agua!

Kamsa le hizo callar y Gana dijo entre dientes:

–¡No grites, loco!

–Sordo –le murmuró Kamsa a Esdan, con un asomo de risa.

Si no tenían agua, el tiempo que podían permanecer escondidos era limitado; la noche, el día siguiente; es posible que incluso eso fuera demasiado para una mujer que estaba amamantando a un bebé. La mente de Kamsa seguía el mismo rumbo que la de Esdan. Dijo:

–¿Cómo sabremos si podemos salir?

Hubo un largo silencio. Era difícil aceptar que tus ojos no se adaptaban a la oscuridad, que por mucho que esperaras no verías nada. Estaba oscuro como boca de lobo. Esdan deseó que su camisa fuera más abrigada.

–Mantenlo caliente –dijo Gana.

–Eso hago –murmuró Kamsa.

–Esos hombres, ¿eran esclavos?

Ésa fue Kamsa susurrándole a Esdan. Estaba bastante cerca de él, a su izquierda.

–Sí. Esclavos liberados. Del norte.

Ella dijo:

–Mucha gente diferente viene por aquí, desde que el viejo amo murió. Soldados del ejército, algunos. Pero no habían venido esclavos antes. Dispararon a Heo. Dispararon a Vey y al viejo Seneo. No murió, pero le dispararon.

–Alguien del complejo agrícola debe de haberlos guiado, haberles enseñado dónde estaban los soldados. Pero no podían distinguir a los esclavos de los soldados. ¿Dónde estabais, cuando llegaron?

–Durmiendo, detrás de la cocina. Todos los sirvientes domésticos. Seis. Ese hombre parecía un muerto viviente. Dijo: «¡Quedaos tumbados! ¡No mováis ni un pelo!». Y eso hicimos. Los oímos disparar y gritar por toda la casa. ¡Oh, Señor todopoderoso! ¡Qué miedo pasé! Luego no hubo más tiros, y el hombre volvió a donde estábamos con el arma en la mano y nos llevó a la casa vieja del complejo. Cerró la antigua verja detrás de nosotros. Como en los viejos tiempos.

–¿Para qué hicieron eso si son esclavos? –dijo la voz de Gana desde la oscuridad.

–¿Cómo? ¿Disparando y matando? ¿Matando a una chica en la cama?

–Creía que eso había terminado, hace tres años –dijo la anciana. Su voz sonaba extraña. Estaba llorando–. Entonces creía que era la libertad.

–¡Mataron al amo en su cama! –gritó el anciano a voz en cuello, estridente, desgarrador–. ¿¡Qué puede salir de eso!?

Hubo alguna refriega en la oscuridad. Gana estaba sacudiendo al anciano, siséandole que callara. Él gritó «¡Suéltame!», pero se calmó, resollando y murmurando.

–¡Señor todopoderoso! –murmuró Kamsa, con aquella risa desesperada en la voz.

Las cajas eran cada vez más incómodas, y Esdan quería levantar el pie dolorido o al menos ponerlo horizontal. Se agachó hacia el suelo. Era frío, arenoso, desagradable al tacto. No había nada en lo que apoyarse.

–Si encendieras la luz un minuto, Gana –dijo–, a lo mejor encontraríamos sacos, algo para tumbarnos.

El mundo del sótano cobró vida en torno a ellos con la luz, sorprendente en su intrincada precisión. No hallaron nada aprovechable excepto los tablones sueltos de las estanterías. Bajaron bastantes para hacer una especie de plataforma, y se subieron encima mientras Gana los devolvía a una noche sencilla e

informe. Todos tenían frío. Se arrimaron unos a otros, costado contra costado, espalda contra espalda.

Al cabo de un buen rato, una hora o más, durante el cual ningún sonido rompió el silencio absoluto del sótano, Gana dijo con un susurro impaciente:

–Todos los de arriba han muerto, creo.

–Eso nos simplificaría las cosas –dijo Esdan.

–Pero somos los enterrados –dijo Kamsa.

Sus voces despertaron al bebé, que lloriqueó, la primera queja que le había oído Esdan. Fue un lloriqueo o quejido diminuto, cansado, no un llanto. Se le agitó la respiración y jadeó entre los gimoteos.

Y Esdan la sintió mecer al bebé, acunar al bebé junto a su cuerpo para mantenerlo caliente. Cantaba casi de forma inaudible: «*Suna meya, suna na... Sura rena, sura na*...». Monótono, rítmico, susurrante, murmurante, el sonido infundía calidez, bienestar.

Debió de quedarse dormido. Yacía acurrucado en las tablas. No tenía ni idea del tiempo que llevaban en el sótano.

He vivido aquí durante cuarenta años deseando la libertad, le dijo la mente. Ése deseo me trajo aquí. También me sacará de aquí. Me mantendré firme.

Preguntó a los otros si habían oído algo desde el ataque con bombas.

Todos susurraron que no.

Se pasó la mano por la cabeza.

–¿Tú qué crees, Gana? –dijo.

–Creo que el aire frío perjudica al bebé –dijo ella con una voz casi normal, que siempre era baja.

Kamsa, que estaba a su lado, le palmeó la espalda y lo tranquilizó.

–Iré a mirar –dijo Gana.

–Iré yo.

–Usted solo tiene un pie –dijo la anciana con tono de disgusto. Gruñó y se apoyó con fuerza en el hombro de Esdan para

levantarse–. Ahora quedaos quietos.

No encendió la luz, sino que fue tanteando hasta la escalera y la subió, con un pequeño resoplido a cada escalón. Empujó, levantó la trampilla con un gran esfuerzo. Apareció un hilo de luz. Vieron débilmente el sótano y las caras de los demás, y la mancha oscura de la cabeza de Gana. Esperó un largo rato, luego bajó la trampilla.

–Nadie –susurró desde la escalera–. No hay ningún ruido. Parece que está amaneciendo.

–Será mejor que esperemos –dijo Esdan.

Gana bajó y se dejó caer entre los otros de nuevo. Al cabo de un rato dijo:

–Salimos, hay extraños en la casa, soldados de algún otro ejército. ¿Adónde vamos entonces?

–¿Se puede llegar al complejo agrícola? –sugirió Esdan.

–Está lejos.

Después de un rato, Esdan dijo:

–No podremos saber qué hacer hasta que averigüemos quién está arriba ahora. Muy bien. Pero déjame salir, Gana.

–¿Para qué?

–Porque sabré quiénes son –dijo él, esperando no estar equivocado.

–Y ellos también –dijo Kamsa, con ese extraño hilillo de risa–. No le confundirán, creo.

–Cierto –dijo él.

Se incorporó con esfuerzo, se acercó cojeando a la escalerilla y la subió trabajosamente. «Soy demasiado viejo para esto», pensó otra vez. Levantó la trampilla y miró. Escuchó un buen rato. Al cabo susurró a los que estaban abajo, en la oscuridad: «Volveré en cuanto pueda». Y salió al exterior, poniéndose en pie con dificultad y torpeza. Recuperó el aliento: el aire del lugar estaba lleno de humo. La luz era extraña, mortecina. Siguió la pared hasta que pudo atisbar por la entrada del almacén.

La parte de la vieja casa que antes quedaba en pie se había derrumbado, como el resto, estaba en ruinas y cubierta de un humo

hediondo. El patio empedrado estaba lleno de rescoldos negros y cristales rotos. Nada se movía, excepto el humo. Humo amarillo, humo gris. Por encima se veía el azul uniforme y claro del amanecer.

Salió a la terraza, cojeando y tropezando, porque el dolor del pie le subía por la pierna y lo cegaba. Al llegar a la balaustrada vio los restos ennegrecidos de dos voladores. La mitad de la terraza superior era un cráter desnudo. Debajo, los jardines de Yaramera se extendían tan hermosos y serenos como siempre, nivel tras nivel, hasta el viejo árbol y el río. Un hombre yacía en los escalones que bajaban a la terraza inferior; yacía tranquilamente, descansado, con los brazos extendidos. No se movía nada aparte del humo flotante y las matas de flores blancas que asentían en un soplo de viento.

La sensación de que lo observaban desde atrás, desde las ventanas negras de los fragmentos de la casa que aún seguían en pie, era inaguantable.

–¿Hay alguien ahí? –gritó Esdan de repente. Silencio.

Volvió a gritar, más fuerte.

Hubo una respuesta, una llamada distante, desde la parte frontal de la casa. Bajó cojeando hasta el sendero, a cielo abierto, sin intentar esconderse; ¿de qué le serviría? Unos hombres salieron de la casa, tres hombres, luego un cuarto: una mujer. Eran activos, vestidos con ropas toscas, debían de ser braceros que habían llegado del complejo.

–Estoy con algunos sirvientes domésticos –dijo él, deteniéndose cuando lo hicieron ellos, a diez metros de distancia–. Nos escondimos en un sótano. ¿Hay alguien más por aquí?

–¿Quién eres? –dijo uno de ellos, acercándose, observándolo, viendo el color de piel incorrecto, los ojos incorrectos.

–Os diré quién soy. Pero ¿es seguro salir? Hay ancianos, un bebé. ¿Se han ido los soldados?

–Están muertos –declaró la mujer; era alta, de piel pálida y rostro huesudo.

–Encontramos a uno herido –dijo uno de ellos–. Todos los sirvientes domésticos están muertos. ¿Quién arrojó esas bombas?

¿Qué ejército?

–No sé qué ejército –dijo Esdan–. Por favor, id a decir a los míos que pueden salir. Están detrás, en los establos. Gritadles que salgan. Decidles quiénes sois. Yo no puedo andar.

Las vendas del pie se habían soltado y las fracturas se habían movido; el dolor empezaba a dejarlo sin aliento. Se sentó en el sendero, jadeando. Se le iba la cabeza. Los jardines de Yaramera se hicieron muy brillantes y pequeños y se alejaron de él, cada vez más, más que su hogar.

No llegó a perder la conciencia, pero estuvo un buen rato sin poder pensar con claridad. Había mucha gente alrededor, y estaban fuera, y todo apestaba a carne quemada, un olor que se le quedaba pegado en la parte de atrás de la boca y le hacía sentir arcadas. Estaba Kamsa, el rostro dormido, diminuto, azulado y sombrío del bebé en su hombro. Estaba Gana, diciendo a otras personas: «Se hizo amigo nuestro». Un joven de grandes manos le hablaba y le hacía algo en el pie, lo volvía a vendar, más fuerte, provocándole un dolor terrible y luego el principio del alivio.

Estaba tumbado de espaldas en la hierba. A su lado había un hombre también tumbado de espaldas en la hierba. Era Metoy, el eunuco. El cuero cabelludo de Metoy estaba ensangrentado, el pelo oscuro quemado, corto y marrón. La piel de color grisáceo de su rostro estaba pálida, azulada, como la del bebé. Yacía en silencio, parpadeando de vez en cuando. El sol brillaba. La gente hablaba, mucha gente, algunos cerca de allí, pero él y Metoy estaban tumbados en la hierba y nadie los molestaba.

–¿Venían los voladores de Bellen, Metoy? –dijo Esdan.

–Vinieron del este. –La dura voz de Metoy era débil y ronca–. Supongo que sí. –Al cabo de un rato, dijo–: Quieren cruzar el río.

Esdan pensó en aquello durante un rato. Su mente todavía no funcionaba bien.

–¿Quiénes? –dijo al fin.

–Estas personas. Los siervos agrícolas. Los activos de Yaramera. Quieren reunirse con el Ejército.

–¿La Invasión?

–La Liberación.

Esdan se incorporó apoyándose en los codos. Levantar la cabeza pareció aclarársela, y se sentó. Miró a Metoy.

–¿Los encontrarán? –preguntó.

–Si el Señor quiere –dijo el eunuco.

Poco después Metoy intentó incorporarse como Esdan, pero no lo consiguió.

–Salté por los aires –dijo, sin aliento–. Algo me golpeó la cabeza. Veo doble.

–Probablemente sea una conmoción cerebral. Quédese quieto. No se duerma. ¿Estaba con Banarkamye, o mirando?

–Hago el mismo trabajo que usted.

Esdan asintió, echando la cabeza hacia atrás.

–Las facciones acabarán con todos nosotros –dijo Metoy débilmente. Kamsa llegó y se agachó junto a Esdan.

–Dicen que tenemos que cruzar el río –le informó con su dulce voz–.

Hacia donde el ejército de la gente nos pondrá a salvo. No lo sé.

–Nadie lo sabe, Kamsa.

–No puedo llevar a Rekam al otro lado del río –susurró. Su rostro se contrajo, echó atrás los labios, bajó la frente. Lloró, sin lágrimas y en silencio–. El agua está fría.

–Tendrán barcas, Kamsa. Cuidarán de ti y de Rekam. No te preocupes. No habrá ningún problema. –Sabía que sus palabras no tenían sentido.

–No puedo ir –susurró ella.

–Quédate, entonces –dijo Metoy.

–Dijeron que vendrá otro ejército.

–Podría ser. Lo más probable es que el nuestro lo haga.

Ella miró a Metoy.

–Eres el amputado –dijo–. Estabas con los otros. –Miró de nuevo a Esdan–. Choyo murió. Toda la cocina está hecha pedazos, ardiendo.

Ocultó el rostro entre los brazos. Esdan se puso en pie y tendió el brazo hacia ella para darle un golpecito en el hombro y el brazo. Tocó la frágil cabeza del bebé, y su pelo delgado y seco.

Gana se acercó a ellos.

–Todos los siervos agrícolas van a cruzar el río –dijo–. Para estar seguros.

–No puedo llevarlo, mamá –susurró Kamsa–. Tiene que estar caliente. No puedo, no puedo llevarlo.

Gana se inclinó y miró la cara del bebé, tocándola muy dulcemente con un dedo. Su rostro arrugado se cerró como un puño. Se irguió, pero no tanto como solía. Seguía encorvada.

–Muy bien –dijo–. Nos quedaremos.

Se sentó en la hierba al lado de Kamsa. La gente se movía a su alrededor. La mujer que Esdan había visto en la terraza se detuvo junto a Gana y dijo:

–Vamos, abuela. Es hora de irse. Las barcas están listas, esperando.

–Nos quedamos –dijo Gana.

–¿Por qué? ¿Sois incapaces de dejar la vieja casa en la que trabajabais? –dijo la mujer, burlándose, siguiéndole la corriente–. ¡Está toda quemada, abuela! Vamos. Tráete a esa chica y su bebé. –Miró a Esdan y a Metoy, un breve vistazo. No le preocupaban–. Vamos –repitió–. Levántate de una vez.

–Nos quedamos –dijo Gana.

–Los sirvientes domésticos estáis locos –dijo la mujer, miró a otro lado, miró atrás otra vez, se rindió encogiéndose de hombros y siguió su camino.

Hubo otros que se detuvieron, pero solo para hacerles una pregunta, un momento. Bajaban en tropel por las terrazas, los senderos soleados junto a los tranquilos estanques, hacia los cobertizos de las barcas que había detrás del gran árbol. Al cabo de un rato todos habían desaparecido.

El sol caía más fuerte. Debía de ser casi mediodía. Metoy estaba más blanco que nunca, pero se sentó, diciendo que veía normal la

mayor parte del tiempo.

–Deberíamos ponernos a la sombra, Gana –dijo Esdan–. Metoy, ¿puedes levantarte?

Se tambaleaba y arrastraba los pies, pero caminaba sin ayuda, y así llegaron a la sombra de un muro del jardín. Gana se fue a buscar agua. Kamsa llevaba a Rekam en brazos, junto a su pecho, protegiéndolo del sol. Llevaba mucho rato sin hablar. Cuando estuvieron instalados, dijo, medio preguntando, mirando alrededor sin ánimo:

–Estamos completamente solos.

–Se habrán quedado otros. En los complejos –dijo Metoy–. Ya vendrán.

Gana regresó; no tenía ningún recipiente para llevar agua, pero había empapado su pañuelo y dejó la tela fría y húmeda en la cabeza de Metoy. Él se estremeció.

–¿Puedes andar mejor? Entonces vamos a la casa del complejo, amputado –dijo–. Allí hay sitios donde podemos vivir.

Y poco después, cuando dijo que era capaz de andar, bajaron deteniéndose y cojeando por el camino que Esdan recordaba vagamente, el camino que llevaba a la jaula baja. Parecía largo. Llegaron a la alta pared del complejo y a la verja abierta.

Esdan se volvió para mirar un momento las ruinas de la casa grande.

Gana se detuvo a su lado.

–Rekam murió –dijo en voz bajísima. Él contuvo el aliento.

–¿Cuándo?

Ella sacudió la cabeza.

–No lo sé. Ella quiere abrazarlo. Se cansará de abrazarlo, entonces lo dejará ir. –Miró por la verja abierta hacia las hileras de cabañas y cobertizos, las parcelas ajardinadas secas, el suelo polvoriento–. Muchos pequeños bebés hay aquí –dijo–. En este suelo. Dos míos. Sus hermanas.

Entró, siguiendo a Kamsa. Esdan se quedó un poco más en la verja, y luego entró para hacer lo que debía hacer: cavar una tumba

para el niño, y esperar con los otros la Liberación.

El descubridor

I. En la Época Oscura

Esta es la primera página de *El libro de la oscuridad*, escrito hace aproximadamente seiscientos años en Berila, en Enlad:

> Después de que Elfarran y Morred fallecieran y de que la isla de Soléa se hundiera bajo el mar, el Concilio de los Sabios gobernó en lugar del niño Serriadh hasta que este se hizo cargo del trono. Su reinado fue esplendoroso pero breve. Los reyes que le siguieron en Enlad fueron siete, y su reino aumentó en paz y en riqueza. Luego, los dragones vinieron por sorpresa a atacar las tierras del oeste, y algunos magos salieron en vano a luchar contra ellos. El Rey Akambar trasladó la corte de Berila en Enlad a la ciudad de Havnor, desde donde ordenó a su flota que atacara a los invasores desde las Tierras de Kargad, y la condujo de regreso hacia el este. Pero todavía entonces enviaron barcos atacantes incluso hasta el Mar Interior. De los catorce reyes de Havnor, el último fue Maharion, que hizo las paces tanto con los dragones como con los Kargos, aunque sufriendo por ello muchas pérdidas. Y después de que el Anillo de las runas se rompiera, y de que Erreth-Akbé muriera con el gran dragón, y de que Maharion el Valiente fuera asesinado por traición, parecía que nada bueno podía suceder en el Archipiélago.
>
> Muchos reclamaban el trono de Maharion, pero ninguno pudo conservarlo, y las disputas de los pretendientes dividieron todas las lealtades. No quedó nada de aquella mancomunidad, ni nada de justicia, únicamente la voluntad de los ricos. Hombres de casas nobles, comerciantes y piratas, cualquiera que pudiera contratar soldados y magos se llamaba a sí mismo un Señor, reclamando tierras y ciudades como de su propiedad. Los señores de la guerra convertían a aquéllos a quienes conquistaban en esclavos, y aquéllos a quienes contrataban eran realmente esclavos, que servían a sus señores

> únicamente para que los protegieran de los rivales que se apoderaban de las tierras, y de los piratas que atacaban los puertos por sorpresa, y de las bandas y las hordas de hombres anárquicos y miserables quienes, desposeídos de su medio de vida, habían sido impulsados por el hambre a asaltar y a robar.

El libro de la oscuridad, escrito a finales de la época sobre la cual cuenta, es una recopilación de historias contradictorias, biografías parciales y leyendas confusas. Es el mejor de los informes que ha sobrevivido a los Años Oscuros. En busca de alabanzas, no de historia, los señores de la guerra quemaron los libros de los cuales los pobres y los débiles podrían haber aprendido el significado del poder.

Cuando los libros del saber popular de un mago llegaban a manos de un señor de la guerra, este seguramente los trataría con cuidado, guardándolos bajo llave para mantenerlos fuera de peligro o entregándoselos a un mago contratado por él para que hiciese lo que él quisiera con ellos. En los márgenes de los hechizos y de las listas de palabras, y en las guardas de estos libros del saber, un mago o su aprendiz podían dejar constancia de una plaga, de una hambruna, de un ataque, de un cambio de señores, junto a los hechizos practicados en tales acontecimientos, y su éxito o su fracaso. Tales registros, sin orden ni concierto, revelan un momento de claridad aquí y allá, aunque todo lo que hay entre esos momentos es oscuridad. Son como atisbos de un barco iluminado a lo lejos en el mar, inmerso en la oscuridad, bajo la lluvia.

Y hay cantares, antiguas trovas y gestas de islas pequeñas y de las tranquilas tierras altas de Havnor, que cuentan la historia de aquellos años.

El Gran Puerto de Havnor es la ciudad que se encuentra en el corazón del mundo, llena de torres blancas sobre su bahía; en la torre más alta la espada de Erreth-Akbé refleja el primero y el último rayo de luz del día. Por esa ciudad pasa todo el comercio, el saber y el arte de Terramar, una riqueza no atesorada. Allí se encuentra el Rey, de vuelta tras la curación del Anillo, símbolo de curación. Y en

esa ciudad, en este último tiempo, los hombres y las mujeres de las islas hablan con los dragones, en señal de cambio.

Pero Havnor también es la Gran Isla, una tierra amplia y fértil; y en las aldeas que se encuentran en el interior de los puertos, las tierras de labrantío de las colinas del monte Onn, nunca nada cambia demasiado. Allí, un cantar que merezca ser cantado es muy probable que sea cantado nuevamente. Allí, viejos hombres se reúnen en la taberna para hablar de Morred como si lo hubieran conocido cuando ellos también eran jóvenes y héroes. Allí, las muchachas que van caminando a buscar las vacas para traerlas de regreso a casa cuentan historias sobre las mujeres de la Mano, quienes han sido olvidadas en todas las otras partes del mundo, incluso en Roke, pero que son recordadas por aquellos caminos y campos silenciosos y bañados por el sol, y también en las cocinas, en los hogares, donde las amas de casa trabajan y hablan.

En la época de los reyes, los magos se reunían en la corte de Enlad, y más tarde en la de Havnor, para asesorar al rey y aconsejarse mutuamente, utilizando sus artes para ir en pos de lo que creían que era bueno. Pero en los años oscuros, los magos vendieron sus habilidades al mejor postor, enfrentando sus poderes unos contra otros en duelos y combates de hechicería, indiferentes a los males que estaban causando. Plagas y hambruna, la pérdida de manantiales de agua, veranos sin lluvia y años sin verano, el nacimiento de enfermizas y monstruosas crías de ovejas y de ganado vacuno, el nacimiento de enfermizos y monstruosos niños de la gente de las islas: se acusaba de todas estas cosas a las prácticas de magos y brujas y, por desgracia, la gran mayoría de las veces con justa razón.

Por lo tanto, la práctica de hechicería se convirtió en algo peligroso, excepto bajo la protección de un poderoso señor de la guerra; y aun así, si un mago se encontraba con otro cuyos poderes eran mayores que los suyos, podía ser destruido. Y si un mago bajaba la guardia cuando se encontraba entre la gente normal, ellos también intentarían destruirlo si podían, ya que lo veían como la

causa de los peores males que sufrían, un ser maligno. En aquellos años, en las mentes de mucha gente, toda magia era negra.

Fue entonces cuando la hechicería que se practicaba en las aldeas, y sobre todo, la brujería de las mujeres, adquirió la mala reputación de la que no ha podido desprenderse desde entonces. Las brujas pagaban gustosamente para practicar las artes que pensaban eran las suyas propias. El cuidado de las bestias y de las mujeres embarazadas, los nacimientos, la enseñanza de gestas y ritos, la fertilidad y el orden de los campos y de los jardines, la construcción y el cuidado de la casa y de sus muebles, la extracción de minerales y metales, estas grandes cosas siempre habían estado a cargo de las mujeres. Una rica tradición popular de hechizos y encantos era compartida por las brujas para asegurar el buen resultado de tales tareas. Pero cuando las cosas salían mal en un nacimiento, o en el campo, solo era culpa de las brujas. Y las cosas salían con frecuencia más mal que bien, con los magos luchando unos contra otros, utilizando venenos y maldiciones despiadadamente para ganar una ventaja inmediata sin pensar en lo que vendría después. Trajeron sequías y tormentas, plagas, incendios y enfermedades a lo largo y ancho de las tierras, y la bruja de la aldea era castigada por ellos. No sabía por qué sus ensalmos de curación provocaban que la herida se convirtiera en gangrena, por qué el niño que había traído al mundo era imbécil, por qué sus bendiciones parecían quemar la semilla en los surcos y pudrir la manzana en el árbol. Pero alguien tenía que ser culpado por estas desgracias: y la bruja o el hechicero estaban allí, allí mismo, en la aldea o en el pueblo, no en el castillo o en la fortaleza del señor de la guerra, protegidos por hombres armados y conjuros de defensa. Los hechiceros y las brujas eran ahogados en los pozos envenenados, quemados en los campos secos, enterrados vivos para hacer que la tierra muerta fuera fértil otra vez.

Así que la práctica de su tradición popular y su enseñanza se habían convertido en algo peligroso. Quienes emprendían tales tareas eran, generalmente, los que ya eran unos marginados,

lisiados, trastornados, aquellos que no tenían familia o eran viejos, mujeres y hombres que tenían poco que perder. Los hombres sabios y las mujeres sabias, en quienes se depositaba la confianza y a quienes se veneraba, cedieron el paso al linaje de los embusteros e impotentes hechiceros de aldea con sus engaños y a las brujas arpías con sus pociones utilizadas en beneficio de la lujuria, de los celos y de la malicia. Y el don de un niño para la magia se convirtió en algo a lo que temer y esconder.

Éste es un cuento de aquella época. Parte de él está sacada de *El libro de la oscuridad*, y parte viene de Havnor, de las granjas de las Tierras Altas de Onn y de los bosques de Faliern. Una historia puede componerse de tales trozos y fragmentos, y a pesar de que será un amplio edredón, hecho mitad de habladurías y mitad de conjeturas, aun así puede ser lo suficientemente verdadera. Es un cuento que habla de la Fundación de Roke, y si los Maestros de Roke dicen que no sucedió así, dejemos que sean ellos quienes nos cuenten entonces cómo ocurrió. Porque hay una nube suspendida sobre la época en que Roke se convirtió primero en la Isla de los Sabios, y puede ser que los hombres sabios la hayan puesto allí.

II. Nutria

En nuestro arroyo había una nutria
Que la apariencia de todo mortal adoptaría,
Cualquier hechizo de magia haría,
Y las lenguas del hombre y del pato hablarían.
Y así el agua se va, se va,
Así el agua se va.

Nutria era el hijo de un constructor de barcos que trabajaba en los astilleros del Gran Puerto de Havnor. Su madre le había puesto ese nombre campestre; era una granjera de la aldea de Endlane, al noroeste del monte Onn. Había ido a la ciudad en busca de trabajo, como muchos otros. Un hombre decente con un oficio decente en épocas turbulentas, el constructor de barcos y su familia no querían

darse cuenta temiendo que eso les trajera algún dolor. Así pues, cuando quedó bien claro que el niño tenía un don especial para la magia, su padre intentó quitárselo a fuerza de golpes.

–También podrías golpear una nube para que lloviera –le decía la madre de Nutria.

–Ten cuidado de no meterle a golpes la maldad en el cuerpo –le decía su tía.

–¡Ten cuidado de que no haga un hechizo y te golpee él a ti con el cinturón! –le decía su tío.

Pero el niño no utilizaba trucos contra su padre. Recibía las palizas en silencio y aprendía a ocultar su don.

No le parecía que fuera para tanto. Era tan fácil para él hacer que una luz plateada brillara en una habitación oscura, o encontrar un alfiler perdido solo con pensar en él, o enderezar una juntura combada pasando sus manos sobre la madera y hablándole, que no entendía por qué hacían tanto alboroto por esas cosas. Su padre se enfurecía con él por sus «atajos», incluso lo golpeó una vez en la boca cuando Nutria le estaba hablando a su tarea, e insistió en que hiciera su trabajo de carpintería con herramientas, y en silencio.

Su madre trataba de explicarle:

–Es como si hubieses encontrado una gran joya –le decía–, ¿y qué podría hacer uno de nosotros con un diamante más que ocultarlo? Cualquiera que sea más rico que nosotros para comprarlo es lo suficientemente fuerte como para matarte con el fin de conseguirlo. Mantenlo oculto. ¡Y mantente alejado de la gente poderosa y de sus hombres astutos!

«Hombres astutos» era como llamaban a los magos en aquella época.

Uno de los dones del poder consiste en reconocer el poder. Un mago reconoce a otro mago, a menos que la ocultación sea muy hábil. Y el niño no tenía ninguna habilidad, excepto en el campo de la construcción de barcos, en el cual era un alumno prometedor cuando tenía doce años. Aproximadamente para esa época, la

comadre que había ayudado a su madre en su nacimiento visitó a sus padres y les dijo:

–Dejad que Nutria venga a verme por las noches después del trabajo. Debería aprender los cantares y estar preparado para el día de su nombramiento.

No vieron ningún problema en eso, ya que había hecho lo mismo por la hermana mayor de Nutria, así que sus padres lo enviaban con ella todas las noches. Pero ella le enseñó a Nutria más que la canción de la Creación. Ella sabía de su don. Ella y algunos hombres y mujeres como ella, gente que no era para nada conocida y algunos de reputaciones dudosas, tenían todos en alguna medida ese mismo don; y compartían, en secreto, el saber y las habilidades que poseían.

–Un don sin enseñanza es como un barco sin timón –le dijeron a Nutria, y le enseñaron todo lo que sabían. No era mucho, pero había algunos de los cimientos de las altas artes entre sus conocimientos; y a pesar de que se sentía intranquilo por estar engañando a sus padres, no podía resistirse a aquel conocimiento, ni a la amabilidad y a los elogios de sus pobres maestros–. No te hará daño alguno si nunca lo utilizas para hacer daño –le dijeron, y a él no le costó nada prometerles esto.

En el arroyo Serrenen, cuando sus aguas pasaban junto al muro del norte de la ciudad, la comadre le dio a Nutria su verdadero nombre, con el cual es recordado en islas lejanas de Havnor.

Entre esta gente había un anciano a quien llamaban, entre ellos, el Cambiador. Le enseñó a Nutria unos cuantos sortilegios; y cuando el niño tenía aproximadamente quince años, el anciano lo sacó de la ciudad y lo adentró en los campos que estaban junto al Serrenen para enseñarle el único hechizo de verdadera transformación que él conocía. «Primero quiero ver cómo conviertes aparentemente ese arbusto en un árbol», le dijo, e inmediatamente Nutria lo hizo. La ilusión se le daba tan bien al niño que el anciano comenzó a alarmarse. Nutria tuvo que rogarle y camelarlo para que siguiera enseñándole; finalmente tuvo que prometerle, jurando por su propio

nombre verdadero y secreto, que si aprendía el hechizo más importante del Cambiador, nunca lo utilizaría a menos que fuera para salvar una vida, la suya o la de otro.

Entonces el anciano se lo enseñó. Pero no servía de mucho, pensó Nutria, ya que tenía que ocultarlo.

Lo que aprendía trabajando con su padre y con su tío en el astillero al menos podía utilizarlo; y se estaba convirtiendo en un buen artesano, incluso su padre lo admitía.

Losen, un pirata que se llamaba a sí mismo el Rey del Mar Interior, era en aquel entonces el señor de la guerra más poderoso de la ciudad y de todo el este y el sur de Havnor. Exigía tributo de aquel rico dominio y lo gastaba en aumentar su soldadesca y las flotas que enviaba para tomar esclavos y botines de otras tierras. Como decía el tío de Nutria, mantenía a los constructores de barcos ocupados. Estos estaban agradecidos de tener trabajo en una época en la cual los hombres que buscaban trabajo únicamente encontraban miseria, y las ratas corrían de aquí para allá en las cortes de Maharion. Realizaban un trabajo honesto, decía el padre de Nutria; para qué se utilizaba ese trabajo no era asunto de ellos.

Pero las otras cosas que aprendía estaban convirtiendo a Nutria en alguien muy susceptible en estos asuntos, delicado de conciencia. La gran galera que estaban construyendo ahora sería llevada a remo a la guerra por los esclavos de Losen y regresaría con más esclavos como cargamento. Le indignaba pensar en el buen barco realizando una tarea tan despiadada.

–¿Por qué no podemos construir botes de pesca, como lo hacíamos antes? –preguntaba.

Y su padre le decía:

–Porque los pescadores no pueden pagarnos.

–No pueden pagarnos tanto como Losen. Pero podríamos vivir –argumentó Nutria.

–¿Crees que puedo desobedecer la orden del Rey? ¿Quieres ver cómo me envían a remar con los esclavos de la galera que estamos construyendo? ¡Usa tu cabeza, niño!

Así que Nutria siguió trabajando con ellos con la mente despejada y el corazón enfadado. Estaban atrapados. ¿De qué sirve el poder, pensaba, si no es para salir de una trampa?

Su conciencia de artesano no le permitía dañar la carpintería del barco de ninguna manera; pero su conciencia de mago le decía que podía poner un maleficio, una maldición justo dentro de sus vigas y de su casco. ¿Seguro que eso era utilizar el arte secreto para una buena causa? Para hacer daño, sí, pero solo para hacerle daño a los dañinos. No le habló a sus maestros acerca de todo eso. Si estaba haciendo algo malo, no era culpa de ninguno de ellos y ninguno sabría nada acerca de eso. Pensó en todo aquello durante mucho tiempo, planeando cómo hacerlo, elaborando el hechizo con mucho cuidado. Era el reverso del conjuro que se realiza para encontrar algo, un encantamiento para perder algo, se decía a sí mismo. El barco flotaría, funcionaría sin ningún problema, y podría timonearse bien, pero su rumbo nunca sería el deseado.

Era lo mejor que podía hacer como protesta contra el uso indebido del buen trabajo y de un buen barco. Estaba contento consigo mismo. Cuando el barco fue botado (y todo parecía andar bien, ya que su falla no se haría evidente hasta que estuviera bien adentrado en el mar) no pudo evitar contarle a sus maestros lo que había hecho: el pequeño círculo de ancianos y comadres, el joven encorvado que podía hablar con los muertos, la muchacha ciega que sabía los nombres de las cosas. Les contó el truco que había hecho, y la muchacha ciega se rio, pero los ancianos le dijeron:

–Ten cuidado. Mantente oculto.

Al servicio de Losen había un hombre que se hacía llamar Sabueso, porque, como él decía, tenía olfato para detectar la brujería. Su trabajo consistía en olfatear la comida y la bebida de Losen, sus prendas de vestir y sus mujeres, cualquier cosa que pudiera ser utilizada en su contra por magos enemigos, y también inspeccionar sus buques de guerra. Un barco es algo frágil en un elemento

peligroso, vulnerable a hechizos y a maleficios. Tan pronto como Sabueso estuvo a bordo de la nueva galera, olió algo.

–Bueno, bueno –dijo–, ¿de quién es esto? –Caminó hasta el timón y posó una mano sobre él–. Esto sí que es ingenioso –dijo–. Pero ¿quién es? Un recién llegado, supongo. –Olfateó atentamente–. Muy ingenioso –repitió.

Llegaron a la casa del constructor de barcos después del anochecer. Patearon la puerta hasta derribarla y entraron, y Sabueso, de pie entre los hombres armados y con armaduras, dijo:

–Él. Dejad a los otros. –Y, con una voz suave y amigable, le dijo a Nutria–: No te muevas.

Podía percibir el gran poder que poseía el joven, lo suficiente como para tenerle un poco de miedo. Pero la angustia de Nutria era demasiado profunda y su entrenamiento demasiado primitivo como para permitirle pensar en utilizar la magia para liberarse o detener la brutalidad de los hombres. Se abalanzó sobre ellos y los atacó, y se defendió como un animal hasta que lo golpearon en la cabeza. Al padre de Nutria le rompieron la mandíbula y golpearon a su tía y a su madre hasta dejarlas inconscientes para enseñarles a no criar hombres astutos. Luego se llevaron a Nutria.

Ni una sola puerta se abrió en la estrecha calle. Nadie miró hacia fuera para ver qué eran aquellos ruidos. No hasta bastante después de haberse ido los hombres. Entonces, algunos vecinos salieron con sigilo de sus casas para consolar como pudieron a la gente de Nutria. «¡Oh, esta hechicería es una maldición, una maldición!», decían.

Sabueso le dijo a su señor que tenían al hechicero en un lugar seguro, y Losen preguntó:

–¿Para quién estaba trabajando?

–Trabajaba en su astillero, su alteza. –A Losen le gustaba que se dirigieran a él con títulos nobiliarios.

–¿Quién lo contrató para que le hiciera un maleficio al barco, estúpido?

–Parece que fue idea suya, su majestad.

–¿Por qué? ¿Qué es lo que iba a conseguir con ello?

Sabueso se encogió de hombros. Prefirió no decirle a Losen que la gente lo odiaba desinteresadamente.

–Dices que es astuto, ¿puedes utilizarlo?

–Puedo intentarlo, su alteza.

–Domínalo o entiérralo –dijo Losen, y pasó a ocuparse de asuntos más importantes.

Los humildes maestros de Nutria le habían enseñado el valor del orgullo. Habían inculcado en su interior un profundo desdén para con los magos que trabajaban para hombres como Losen, permitiendo que el miedo o la ambición pusieran la magia al servicio de objetivos perversos. Nada, en su mente, podía ser más despreciable que una traición semejante a su arte. Así que le molestaba no poder despreciar a Sabueso.

Había sido encerrado en el almacén de uno de los antiguos palacios de los que Losen se había apropiado. No tenía ventanas, la puerta estaba atrancada con troncos de roble y barras de metal, y se habían lanzado conjuros sobre aquella puerta que hubieran mantenido cautivo a un mago mucho más experimentado que él. Había hombres con grandes poderes y habilidades al servicio de Losen.

Sabueso no se consideraba uno de ellos. «Todo lo que tengo es olfato», decía. Visitaba a Nutria diariamente para ver cómo se recuperaba de su conmoción cerebral y de su hombro dislocado, y también para hablar con él. Por lo que Nutria podía intuir, tenía buenas intenciones y era honesto.

–Si no quieres trabajar para nosotros, te matarán –le dijo–. Losen no puede tener a tipos como tú sueltos. Será mejor que accedas a trabajar para él mientras te acepte.

–No puedo.

Nutria dijo esto como si fuera un hecho desafortunado, no como una afirmación moral. Sabueso lo miró con aprecio. En tanto vivía con el rey de los piratas, estaba cansado de las fanfarronadas y de las amenazas, de los fanfarrones y de los amenazadores.

–¿Cuál es tu fuerte?

Nutria era reacio a responder. Sabueso le caía bien, pero no tenía por qué confiar en él.

–Cambiar las formas de las cosas –masculló por fin.

–¿Transformándolas?

–No. Solo trucos. Convertir una hoja en una moneda de oro. Aparentemente.

En aquella época no tenían nombres fijos para las varias clases y artes de la magia, ni tampoco eran claras las conexiones entre tales artes. No había –según dirían más tarde los hombres sabios de Roke– ninguna ciencia en lo que sabían. Pero Sabueso estaba bastante seguro de que su prisionero estaba ocultando sus talentos.

–¿Puedes cambiar tu propia forma, aunque sea aparentemente?

Nutria se encogió de hombros.

Le costaba mucho mentir. Creía que se sentía incómodo al hacerlo porque no tenía práctica. Pero Sabueso lo tenía más claro. Sabía que la propia magia se resiste a la mentira. Los conjuros, los juegos de manos y el comercio falso con los muertos son falsificaciones para la magia, cristal para el diamante, latón para el oro. Son fraudes, y en esa tierra florecen mentiras. Pero el arte de la magia, a pesar de poder ser utilizado con fines falsos, trata con lo que es real, y las palabras con las que trabaja son las palabras de la verdad. Por lo tanto, a los verdaderos magos les resulta difícil mentir acerca de su arte. En sus corazones saben que su mentira, una vez pronunciada, puede cambiar el mundo.

Sabueso sentía pena por él.

–Sabes, si fuera Gelluk el que te estuviera interrogando, te sacaría todo lo que sabes con tan solo una o dos palabras, y te dejaría temblando. He visto lo que el viejo Cara Pálida deja tras de sí cuando él hace las preguntas. Escucha, ¿puedes cambiar el viento de alguna manera?

Nutria dudó unos segundos y luego dijo:

–Sí.

–¿Tienes una bolsa?

Los que trabajaban con el clima solían llevar consigo un saco de cuero en donde decían que guardaban los vientos, y lo desataban para dejar salir un viento bueno, o para capturar uno contrario. Tal vez era solo para impresionar, pero todos los que trabajaban con el clima llevaban un inmenso saco o una pequeña bolsa.

–En casa –dijo Nutria. No era una mentira, tenía una bolsa en casa. En ella guardaba las mejores herramientas y el nivel de carpintero. Y tampoco estaba mintiendo del todo acerca del viento. Varias veces se las había arreglado para traer un poco de viento mágico cuando paseaba en un barco de vela, a pesar de que no tenía idea de cómo combatir o de cómo controlar una tormenta, lo cual debe saber el que trabaja con el clima en un barco. Pero pensó que prefería hundirse en un vendaval antes que ser asesinado en aquel agujero.

–¿Y no estarías dispuesto a utilizar esa habilidad al servicio del rey?

–En Terramar no hay ningún rey –dijo el joven, severamente y con sinceridad.

–Al servicio de mi señor, entonces –se corrigió Sabueso, paciente.

–No –dijo Nutria, y vaciló. Sintió que le debía una explicación a aquel hombre–. Verás, no lo haré porque no puedo. Pensé en hacer tapones en la cubierta de aquella galera, cerca de la quilla, ¿sabes a qué me refiero con tapones? Actuarían como lo hacen las cuadernas cuando la galera se adentra en un mar turbulento. –Sabueso asintió con la cabeza–. Pero no pude hacerlo. Soy un constructor de barcos.

No puedo construir un barco para que se hunda. Y con hombres a bordo. Mis manos no quisieron hacerlo. Así que hice lo que pude. Hice que la nave siguiera su propio rumbo. No el rumbo del rey.

Sabueso sonrió.

–De todas maneras todavía no han deshecho lo que tú hiciste –dijo–. El viejo Cara Pálida recorrió todo el barco gateando, gruñendo y refunfuñando. Ordenó que cambiaran el timón. –Estaba hablando del mago más poderoso de Losen, un hombre pálido que provenía del norte, llamado Gelluk, alguien muy temido en Havnor.

–Con eso no basta.

–¿Podrías deshacer el hechizo que le hiciste al barco?

El joven rostro de Nutria, cansado y maltratado, reveló un atisbo de autocomplacencia.

–No –contestó–. No creo que nadie pueda hacerlo.

–Qué pena. Podrías haber utilizado eso para negociar.

Nutria no dijo nada.

–Ahora el olfato es algo útil, algo que puede venderse. –Sabueso continuó–: No es que esté buscando competencia, pero un descubridor siempre puede encontrar trabajo, según dicen... ¿Alguna vez has estado en una mina?

Las conjeturas de un mago se acercan al conocimiento, aunque él puede no saber qué es lo que sabe. El primer indicio del don de Nutria, cuando tenía dos o tres años, fue su capacidad para encontrar inmediatamente algo perdido, un clavo que se había caído en algún sitio, una herramienta extraviada, tan pronto como entendía la palabra que designaba al objeto. Y, siendo niño, uno de sus más anhelados placeres había sido salir solo por el campo y pasearse por los caminos o sobre las colinas, sintiendo a través de las plantas de sus pies desnudos y por todo su cuerpo las venas de agua que pasaban bajo tierra, los filones y los nudos de los minerales, los cimientos y los pliegues de las distintas clases de rocas y de suelos. Era como si caminara sobre un gran edificio, viendo sus corredores y sus habitaciones, las entradas a amplias cavernas, el brillo de las ramificaciones de plata en las paredes; y a

medida que iba avanzando, era como si su cuerpo se convirtiera en el cuerpo de la tierra, y llegara a conocer sus arterias y sus órganos y sus músculos como a los suyos propios. Este poder había sido un regocijo para él cuando era niño. Nunca había intentado utilizarlo para nada. Había sido su secreto.

No contestó a la pregunta de Sabueso.

–¿Qué hay debajo de nosotros? –Sabueso señaló el suelo, pavimentado con desparejas lozas de pizarra.

Nutria se quedó en silencio durante un rato. Luego dijo en voz muy baja:

–Arcilla y grava, y debajo de eso la roca, que contiene granates. Por debajo de toda esta parte de la ciudad hay este tipo de roca. No sé los nombres.

–Puedes aprenderlos.

–Sé cómo construir barcos, cómo navegar los barcos.

–Te irá mejor si te alejas de los barcos, de todas las luchas y los ataques. El rey está trabajando en las viejas minas de Samory, al otro lado de la montaña. Allí estarías alejado de él. Tienes que trabajar para el rey, si quieres permanecer con vida. Me ocuparé de que te envíen allí. Si es que quieres ir.

Después de unos instantes de silencio, Nutria dijo:

–Gracias. –Y alzó la vista para mirar a Sabueso, una mirada breve, inquisitiva y crítica.

Sabueso le había hecho su prisionero, se había quedado de pie observando cómo golpeaban a su familia hasta dejarlos inconscientes, no había hecho nada para detener las palizas. Sin embargo, hablaba como un amigo. ¿Por qué?, preguntaba la mirada de Nutria. Sabueso le contestó.

–Los hombres astutos necesitamos permanecer unidos –dijo–. Los hombres que no poseen ningún arte, únicamente riqueza, nos enfrentan unos a otros para su beneficio, no para el nuestro. Les vendemos nuestro poder. ¿Por qué lo hacemos? Si siguiéramos nuestro propio camino unidos nos iría mejor, tal vez.

Sabueso tenía buenas intenciones al enviar al joven a Samory, pero no entendió la cualidad de la voluntad de Nutria. Ni tampoco lo hizo el propio Nutria. Estaba demasiado acostumbrado a obedecer a otros como para ver que de hecho siempre había seguido su propio instinto, y era demasiado joven para creer que algo de lo que hiciera podría matarlo.

Planeó, tan pronto como lo sacaron de su celda, utilizar el sortilegio del anciano Cambiador para la autotransformación, y así escapar. No había duda de que su vida estaba en peligro, y estaría bien utilizar el hechizo, ¿no? El único problema fue que no pudo decidir en qué convertirse –en un pájaro o en una nube de humo–, ¿qué sería lo más seguro? Pero mientras estaba pensando en aquello, los hombres de Losen, acostumbrados a los trucos de los magos, le pusieron droga en la comida y dejó absolutamente de pensar. Lo arrojaron como a un saco de avena en una carreta tirada por mulas. Cuando mostraba indicios de estar reponiéndose, uno de ellos le daba un golpe en la cabeza, diciendo que quería asegurarse de que descansara bien.

Cuando volvió en sí, sintiéndose mal y débil a causa de la droga y con un terrible dolor de cabeza, estaba en una habitación con paredes de ladrillo y ventanas enladrilladas. La puerta no tenía rejas ni ninguna cerradura a la vista. Pero cuando intentó ponerse de pie sintió que unas cadenas de hechicería retenían su cuerpo y su mente, resistentes, tensas, tirantes, cuando se movía. Pudo ponerse de pie, pero no podía dar ni un paso para llegar a la puerta. Ni siquiera podía estirar la mano. Era una sensación horrible, como si sus músculos no fueran suyos. Volvió a sentarse y trató de tranquilizarse. Las cadenas de hechicería alrededor de su pecho no le permitían respirar profundamente, y su mente también parecía estar sofocada, como si sus pensamientos estuvieran agolpados en un espacio demasiado pequeño para todos ellos.

Después de un buen rato, la puerta se abrió y entraron varios hombres. No pudo hacer nada contra ellos mientras lo amordazaban y le ataban los brazos en la espalda.

–Ahora no tejerás encantos ni pronunciarás maleficios, muchacho –le dijo un hombre fuerte y corpulento, con el rostro muy arrugado–, pero puedes asentir lo suficientemente bien con la cabeza, ¿verdad? Te han enviado aquí como a un zahorí. Si eres un buen zahorí, te alimentarás bien y dormirás con facilidad. Cinabrio, para eso tienes que asentir. El mago del Rey dice que todavía está aquí, en alguna parte de estas antiguas minas. Y lo quiere. Así que es mejor para todos encontrarlo. Ahora te llevaré hasta afuera. Es como si yo fuera el descubridor de agua y tu fueras mi vara, ¿entiendes? Tú me guiarás. Y si quieres tomar un camino, o tomar otro, me lo indicas suavemente con la cabeza, ¿entiendes? Y cuando sepas que el mineral está bajo tierra, pisoteas ese lugar. Bien, ése es el trato, ¿sí? Y si juegas limpio, yo también lo haré, ¿entiendes?

Esperó a que Nutria asintiera con la cabeza, pero Nutria permaneció inmóvil.

–Estás de mal humor –dijo el hombre–. Si no te gusta este trabajo, siempre está el horno.

El hombre, a quien los otros llamaban Licky, lo condujo hasta afuera, a una calurosa y despejada mañana que le deslumbró los ojos. Al abandonar su celda había sentido como las cadenas de hechicería se aflojaban y se caían, pero había otros sortilegios en los demás edificios del lugar, especialmente alrededor de una alta torre de piedra, que llenaban el aire con pegajosas líneas de resistencia y rechazo. Si intentaba empujar hacia adelante para atravesarlas, su cara y su barriga se estremecían con pinchazos de agonía, y entonces observaba su cuerpo horrorizado, esperando encontrar una herida; pero no había ninguna herida. Amordazado y atado, sin su voz ni sus manos para hacer magia, nada podía contra aquellos hechizos. Licky le había atado el extremo de una cuerda trenzada de cuero alrededor del cuello, y tenía cogido el otro extremo, siguiéndolo. Dejó que Nutria se tropezara con un par de hechizos, y después de eso Nutria los evitó. Era bastante evidente dónde estaban: los polvorientos caminos doblaban para esquivarlos.

Atado como un perro, siguió caminando, hosco y tembloroso a causa del malestar y de la rabia. Miró atentamente a su alrededor, y hacia la torre de piedra, montones de madera junto a su amplio portal, ruedas oxidadas y máquinas junto a un hoyo, enormes pilas de grava y de arcilla. Se mareó al volver su dolorida cabeza.

–Si eres un zahorí, más vale que empieces a actuar como tal –dijo Licky, al tiempo que se ponía a su lado y lo miraba de reojo–. Y si no lo eres, más vale que lo hagas igual. De esa manera te mantendrás durante más tiempo en esta tierra.

Un hombre salió de la torre de piedra. Pasó junto a ellos, caminando apresuradamente con un extraño andar, arrastrando los pies, mirando fijamente hacia adelante. Su barbilla brillaba y su pecho estaba húmedo por la saliva que le chorreaba de los labios.

–Esa es la torre del horno –dijo Licky–. Donde cuecen el cinabrio para extraer el metal. Los que trabajan allí mueren en uno o dos años. ¿Hacia dónde, zahorí?

Después de unos instantes Nutria señaló con su cabeza hacia la izquierda, alejándose de la torre de piedra gris. Caminaron hacia un extenso valle sin árboles, pasando junto a vertederos llenos de maleza.

–Por debajo de todo esto ya se ha buscado hace mucho tiempo –dijo Licky. Y Nutria ya había comenzado a darse cuenta del extraño terreno que se extendía bajo sus pies: pozos y habitaciones vacías de aire oscuro en una tierra oscura, un laberinto vertical, los hoyos más profundos llenos de agua estancada–. Nunca había suficiente plata, y el agua metálica hace mucho que desapareció. Escucha, muchacho, ¿sabes al menos lo que es el cinabrio?

Nutria sacudió la cabeza.

–Te mostraré un poco. Eso es lo que busca Gelluk. El mineral del agua metálica. El agua metálica se come todos los metales, incluido el oro, ¿sabes? Así que Gelluk lo llama el Rey. Si encuentras a su Rey, te tratará bien. Generalmente hay agua metálica aquí. Ven, te lo mostraré. Un perro no puede rastrear algo hasta haber reconocido el olor.

Licky lo llevó hacia abajo, al interior de las minas, para enseñarle las gangas, los tipos de tierra en los cuales el metal solía aparecer. Había algunas mujeres trabajando al final de un extenso nivel.

Porque eran más pequeñas que los hombres y podían moverse más fácilmente en espacios estrechos, o porque se sentían a gusto en el interior de la tierra, o más probablemente, porque aquella era la costumbre, las mujeres siempre habían sido las que trabajaban las minas de Terramar. Pero aquellas mineras eran mujeres libres, no esclavas como los trabajadores de la torre del horno. Gelluk lo había nombrado capataz de las mineras, dijo Licky, pero él no trabajaba en las minas; ellas se lo tenían prohibido, creían sinceramente que era de muy mala suerte que un hombre esgrimiera una pala o apuntalara una viga.

–A mí ya me va bien –dijo Licky.

Una mujer con los pelos enmarañados y los ojos brillantes, y con una vela atada a la frente, dejó su piqueta en el suelo para mostrarle a Nutria un poco de cinabrio que había en un cubo, grumos y migajas de un rojo pardusco. Las sombras danzaban sobre la cara de la tierra en la cual las mineras trabajaban. Las viejas vigas crujían, el polvo caía hacia abajo. A pesar de que el aire era bastante fresco en la oscuridad, los espacios y los niveles eran tan bajos y estrechos que las mineras tenían que encorvarse y se abrían camino con dificultad. En algunos sitios el techo se había derrumbado. Las escaleras eran bastante precarias. La mina era un lugar aterrador; sin embargo, Nutria se sentía cobijado allí abajo. Le daba un poco de pena tener que subir otra vez y enfrentarse a aquel caluroso día.

Licky no lo llevó a la torre del horno, sino de regreso al cuartel. De una habitación cerrada con llave sacó una pequeña, suave y gruesa bolsa de cuero que pesaba bastante. La abrió para mostrarle a Nutria el pequeño charco de brillo apagado que había dentro de ella. Cuando cerró la bolsa, el metal que había allí dentro se movió, empujando, presionando, como un animal intentando liberarse.

–Este es el Rey –dijo Licky, con un tono de voz que podría haber indicado reverencia u odio.

Aunque no era un hechicero, Licky era un hombre mucho más formidable que Sabueso. Pero, al igual que Sabueso, era bruto, no cruel. Exigía obediencia, pero nada más. Nutria había visto a esclavos y a sus señores durante toda su vida en los astilleros de Havnor, y sabía que era afortunado. Al menos durante el día, cuando Licky era su señor.

Podía comer únicamente en la celda, donde le quitaban la mordaza. Pan y cebollas era lo que le daban, con una pizca de aceite rancio en el pan. Hambriento como estaba cada noche, cuando se sentaba en aquella habitación, con los hechizos sobre él, apenas podía tragar la comida. Sabía a metal, a cenizas. Las noches eran largas y terribles, porque los sortilegios le apretaban, le pesaban, lo despertaban aterrorizado una y otra vez, jadeando para recobrar el aliento, y nunca le permitían pensar coherentemente. La habitación estaba inmersa en una oscuridad total, ya que no podía hacer brillar aquella esfera de luz que siempre había podido crear en una habitación oscura. El día era indescriptiblemente bienvenido, aunque significara que tendría las manos atadas a la espalda, la boca amordazada y una correa atada alrededor del cuello.

Licky lo sacaba temprano cada mañana, y generalmente daban vueltas por allí fuera hasta altas horas de la tarde. Licky era callado y paciente. No preguntaba si Nutria estaba reconociendo alguna señal de la presencia del mineral; no preguntaba si estaba buscando el mineral o simulando que lo buscaba. El propio Nutria no podría haber respondido a esa pregunta. En aquel deambular, el conocimiento de lo que estaba bajo tierra entraría en él, como solía hacerlo, y él intentaría cerrarse a él. «¡No trabajaré al servicio del mal!», se decía a sí mismo. Entonces la brisa y la claridad estival lo calmaron, y las desnudas y resistentes plantas de sus pies sintieron la hierba seca, y él supo que debajo de las raíces de aquella hierba un arroyo se deslizaba lentamente a través de la tierra oscura, filtrándose por un amplio saliente de roca con láminas de mica, y

debajo de aquel saliente había una caverna, y en sus paredes había lechos de cinabrio, delgados, de color carmesí, a punto de desmoronarse... Pero él no indicó nada. Pensaba que tal vez el mapa subterráneo que se estaba formando en su mente podría utilizarse para algo bueno, si es que podía descubrir cómo lograrlo.

Pero después de aproximadamente diez días, Licky le dijo:

–El señor Gelluk vendrá a visitarnos. Si no hay mineral para él, probablemente busque a otro zahorí.

Nutria caminó una milla, dando vueltas de aquí para allá; luego regresó también dando vueltas, guiando a Licky hasta un collado no lejos del otro extremo de las viejas minas. Allí señaló hacia abajo con la cabeza y pisoteó el lugar.

De regreso en la celda, después de que Licky le hubiera desatado las manos y sacado la mordaza, le dijo:

–Allí hay algo de ese mineral. Puedes llegar a él si sigues excavando aquel túnel en línea recta, tal vez unos seis metros.

–¿Hay bastante? –Nutria se encogió de hombros–. Justo lo suficiente como para seguir buscando, ¿eh? –Nutria no contestó–. Por mí ya está bien –dijo Licky.

Dos días más tarde, cuando ya habían abierto nuevamente el viejo pozo y habían comenzado a excavar para extraer el mineral, llegó el mago. Licky había dejado a Nutria fuera sentado al sol, en vez de dentro, en la celda. Nutria le estaba agradecido. No podía estar del todo cómodo con las manos atadas y la boca amordazada, pero el viento y la luz del sol eran grandes bendiciones. Y podía respirar profundamente y dormitar sin soñar que la tierra le cubría la boca y los orificios nasales, los únicos sueños que tenía durante las noches en la celda.

Estaba medio dormido, sentado en el suelo, a la sombra, junto al cuartel; el olor de los troncos amontonados junto a la torre del horno le traía recuerdos de los trabajos en el astillero, en casa; el aroma que despedía la madera nueva cuando se pasaba el cepillo por la aterciopelada tabla de roble. Algún ruido o movimiento lo

despertó. Levantó la vista y vio al mago de pie frente a él, amenazante sobre él.

Gelluk llevaba unas ropas fantásticas, como solían llevar muchos de su clase en aquella época. Una larga túnica de seda, de color escarlata, bordada en dorado y negro con runas y símbolos, y un sombrero de ala ancha y copa en pico que lo hacía parecer más alto de lo que un hombre puede ser. Nutria no tuvo que observar su vestimenta para saber que era él. Reconocía la mano que había tejido sus ataduras y maldecido sus noches, el sabor agrio y el dominio asfixiante de aquel poder.

–Creo que he encontrado a mi pequeño descubridor –dijo Gelluk. Su voz era profunda y suave, como las notas de una viola–. Durmiendo bajo el sol, como alguien que ha hecho bien su trabajo. Así que los has mandado a que excaven para encontrar a la Madre Roja, ¿no es cierto? ¿Conocías a la Madre Roja antes de venir aquí? ¿Eres un cortesano del Rey? Aquí y ahora, no hay necesidad alguna de cuerdas y nudos.

Desde donde estaba, con tan solo un movimiento de los dedos, desató las muñecas de Nutria, y el pañuelo que tenía por mordaza se aflojó y cayó.

–Podría enseñarte cómo hacer eso tú mismo –continuó el mago, sonriendo, mirando cómo Nutria se frotaba y flexionaba sus doloridas muñecas y movía los labios que había tenido aplastados contra los dientes durante horas–. Sabueso me dijo que eres un muchacho prometedor, y que podrías llegar muy lejos con un buen guía. Si deseas visitar la Corte del Rey, yo puedo llevarte hasta allí. Pero tal vez no conoces al Rey de quien te estoy hablando, ¿verdad?

De hecho, Nutria no estaba seguro de si se refería al pirata o al mercurio, pero se arriesgó a adivinar e hizo un gesto rápido señalando la torre de piedra.

Los ojos del mago se entornaron y su sonrisa se hizo más amplia.

–¿Sabes su nombre?

–Agua metálica –dijo Nutria.

–Así lo llama el vulgo, o mercurio, o azogue. Pero aquellos que lo sirven le llaman el Rey, y el Rey de todas las cosas, y el Cuerpo de la Luna.

–Su mirada fija, benevolente e inquisitiva, pasó sobre Nutria y se dirigió hacia la torre, y luego volvió a él. Su cara era grande y alargada, más blanca que cualquier otra cara que Nutria hubiera visto jamás, con ojos azulados. Sus cabellos grises y negros se rizaban aquí y allá sobre su barbilla y sus mejillas. Su tranquila y amplia sonrisa mostraba unos dientes pequeños, varios de ellos ausentes.

–Aquellos que han aprendido a mirar de verdad pueden verlo tal como es, como al señor de todas las sustancias. En él yacen las raíces del poder. ¿Sabes cómo lo llamamos entre las paredes de su palacio? –El alto hombre con su alto sombrero se sentó de repente en el suelo junto a Nutria, bastante cerca de él. Su aliento olía a tierra. Sus ojos claros miraban fijamente los de Nutria–. ¿Te gustaría saberlo? Puedes saber todo lo que quieras. No necesito tener secretos contigo. Ni tú conmigo –y se rio, no amenazadoramente, sino con placer. Miró fijamente a Nutria una vez más, su alargado y blanco rostro, tranquilo y pensativo–. Tienes poderes, sí, todo tipo de pequeñas habilidades y trucos. Un muchacho listo. Pero no demasiado listo; eso es bueno. No demasiado listo para aprender, como algunos... Yo te enseñaré, si tú quieres. ¿Te gusta aprender? ¿Te gusta el conocimiento? ¿Te gustaría saber el nombre con que llamamos al Rey cuando está solo, inmerso en su brillantez en las cortes de su piedra? Su nombre es Turres. ¿Conoces ese nombre? Es una palabra en la lengua del Rey de todas las cosas. Su propio nombre en su propia lengua. En nuestra lengua materna diríamos Semen. –Sonrió otra vez y golpeó ligeramente la mano de Nutria–. Porque es la semilla y el fertilizante. La semilla y la fuente de la fuerza y el bien. Ya lo verás. Ya lo verás. ¡Venga! ¡Venga! ¡Vamos a ver al Rey volando entre sus súbditos, uniéndose para alejarse de ellos! –Y se puso de pie, flexible y repentinamente, cogiendo la

mano de Nutria y tirando de él hasta ponerlo de pie con una fuerza sorprendente. Se reía dominado por la emoción.

Nutria sintió como si estuviera regresando a la vida después de una interminable, triste y aturdida condena. Cuando el mago lo tocaba no sentía el horror de las cadenas de hechizo, sino un regalo de energía y esperanza. Se dijo a sí mismo que no debía confiar en aquel hombre, pero deseaba confiar en él, aprender de él. Gelluk era poderoso, dominante, extraño, y sin embargo, lo había liberado. Por primera vez desde hacía semanas Nutria caminó con las manos desatadas y sin ningún hechizo encima.

–Por aquí, por aquí –murmuraba Gelluk–. No te pasará nada.

Llegaron a la entrada de la torre del horno, un estrecho corredor entre las paredes de unos noventa centímetros de ancho. Tomó el brazo de Nutria, puesto que el joven vacilaba.

Licky le había dicho que era el humo del metal que emergía del mineral recalentado lo que enfermaba y mataba a las personas que trabajaban en la torre. Nutria no había entrado allí nunca, ni había visto nunca entrar a Licky. Se había acercado lo suficiente como para saber que estaba rodeado por sortilegios que herirían, aturdirían y atraparían a cualquier esclavo que tratase de escapar. Ahora sentía esos conjuros como hebras de telaraña, mantos de oscura niebla, abriéndole paso al mago que los había creado.

–Respira, respira, respira –decía Gelluk, riéndose, y Nutria trató de no contener la respiración cuando entraban en la torre.

La cavidad del horno ocupaba el centro de una inmensa cámara en forma de cúpula. Figuras apresuradas y concentradas trabajaban el resplandeciente mineral y lo colocaban a paladas sobre unos troncos que se mantenían ardiendo por grandes fuelles, mientras otros traían troncos de repuesto y trabajaban con los manguitos de los fuelles. Desde el vértice de la cúpula se elevaba una espiral de cámaras que el humo atravesaba hacia el interior de la torre. En aquellas cámaras, le había dicho Licky, el vapor del mercurio era atrapado y condensado, recalentado y vuelto a condensar, hasta que en la bóveda más alta, el metal puro se deslizaba dentro de un

comedero o de un cuenco de piedra, solamente una o dos gotas al día, había dicho Licky, de los minerales de baja calidad que estaban fundiendo ahora.

–No tengas miedo –le dijo Gelluk, su voz sonaba fuerte y musical por encima del dificultoso jadeo de los inmensos fuelles y el constante rugir del fuego–. ¡Ven, ven a ver cómo vuela en el aire, purificándose, purificando a sus súbditos! –Condujo a Nutria hasta el borde del crisol. El fascinante resplandor se le reflejaba en los ojos–. Los espíritus malvados que trabajan para el Rey se purifican –dijo, sus labios junto a la oreja de Nutria–. Cuando ellos babean, la escoria y las manchas se despegan de ellos. La enfermedad y las impurezas se sueltan y se escapan de sus úlceras. Y luego, cuando ya han sido quemados hasta estar limpios, finalmente pueden volar hacia arriba, volar hacia las Cortes del Rey. ¡Ven, ven, entra en su torre, en donde la noche oscura trae a la luna!

Detrás de él, Nutria subió las sinuosas escaleras, amplias al principio pero cada vez más angostas y estrechas, pasando por cámaras de vapor con hornos al rojo vivo cuyas aberturas de escape daban a salones de refinamiento en donde el hollín que despedía el mineral quemado era raspado por esclavos desnudos y metido con palas dentro de los hornos para ser quemado nuevamente. Llegaron al sitio más alto. Gelluk le dijo al único esclavo que estaba agachado en el borde del pozo:

–¡Muéstrame al Rey!

El esclavo, delgado y de baja estatura, pelado, con llagas que cubrían sus manos y sus brazos, destapó un agujero de piedra junto al borde del hoyo condensador. Gelluk observó atentamente, entusiasmado como un niño.

–Tan pequeño –murmuró–. Tan joven. El pequeño Príncipe, el niño Señor, Señor Turres. ¡La semilla del mundo! ¡La joya del alma!

De la pechera de su bata sacó una pequeña bolsa de fino cuero decorada con hilos de plata. Con una delicada cuchara de hueso atada a la bolsa cogió unas gotas de mercurio y las introdujo en ella, luego volvió a atar la correa.

El esclavo se quedó allí de pie, inmóvil. Toda la gente que trabajaba dentro del calor y el humo de la torre del horno estaba desnuda o llevaba únicamente un taparrabos y mocasines. Nutria le echó otra mirada al esclavo, pensando que por la altura debía de ser un niño, y entonces vio los pequeños pechos. Era una mujer. Estaba pelada. Sus articulaciones eran pomos hinchados en sus extremidades de piel y hueso. Levantó la vista y miró a Nutria solamente una vez, moviendo solo los ojos. Escupió en el fuego, se secó la boca ulcerada con la mano y volvió a quedarse inmóvil.

–Muy bien, pequeño sirviente, bien hecho –le dijo Gelluk con su dulce voz–. Entrega tu escoria al fuego y será transformada en plata viva, en la luz de la luna. ¿No es algo maravilloso –siguió diciendo, alejando a Nutria de allí y conduciéndolo hacia abajo por las escaleras de caracolcómo de lo más vil sale lo más noble? ¡Ése es un gran principio del arte! De la Vil Madre Roja nace el Rey de todas las cosas. De la saliva de un esclavo moribundo surge la semilla de plata del Poder.

Siguió hablando durante todo el recorrido por las sinuosas y apestosas escaleras de piedra, y Nutria trataba de entender, porque aquel era un hombre de poder explicándole a él lo que era el poder.

Pero cuando salieron y se enfrentaron a la luz del día otra vez, su cabeza siguió dando vueltas en la oscuridad, y después de dar unos pasos se dobló sobre sí mismo y vomitó en el suelo.

Gelluk lo observaba con su mirada inquisitiva y afectuosa, y cuando Nutria se puso de pie, estremeciéndose y jadeando, el mago le preguntó tiernamente:

–¿Le tienes miedo al Rey? –Nutria asintió con la cabeza–. Si compartes su poder no te hará daño. Temerle a un poder, luchar contra un poder, es muy peligroso. Amar al poder y compartirlo es el modo regio de proceder. Mira. Observa lo que hago.

Gelluk cogió la pequeña bolsa dentro de la cual había puesto las gotas de mercurio. Su mirada siempre fija en la de Nutria, abrió la bolsa, se la llevó hasta los labios y se tragó el contenido. Abrió su

sonriente boca para que Nutria pudiese ver las gotas plateadas dando vueltas en su lengua antes de que se las tragara.

–Ahora el Rey está en mi cuerpo, es el invitado de honor en mi casa. No me hará babear ni vomitar, ni provocará úlceras en mi cuerpo; no, porque no le tengo miedo, sino que lo invito, y entonces él entra en mis venas y en mis arterias. No me sucede nada malo. La sangre que corre ahora por mis venas es de plata. Veo cosas desconocidas para otros hombres. Comparto los secretos del Rey. Y cuando me abandona, se esconde en la casa de la inmundicia, se ensucia a sí mismo, y una vez más me espera en ese vil lugar para que me lo lleve y lo limpie mientras él me limpia a mí, de modo que cada vez nos purificamos más y más mutuamente. –El mago cogió el brazo de Nutria y caminó con él. Y le dijo, sonriendo, como si le estuviera haciendo una confidencia–: Yo soy alguien que defeca a la luz de la luna. No conocerás a otro como yo. Y aún más que eso, el Rey entra en mi semilla. Él es mi semen. Yo soy Turres y él es yo...

En la confusión de su mente, Nutria apenas se dio cuenta de que estaban dirigiéndose ahora hacia la entrada de la mina. Entraron bajo tierra. Los pasadizos de la mina eran un oscuro laberinto, como las palabras del mago. Nutria seguía adelante, tratando de entender. Vio a la esclava en la torre, a la mujer que lo había mirado. Vio sus ojos.

Caminaban sin luz alguna excepto por la tenue esfera luminosa que Gelluk proyectaba delante de ellos. Pasaron por niveles que hacía mucho no se utilizaban, pero sin embargo el mago parecía conocer cada palmo, o tal vez no conocía el camino y estaba vagando sin rumbo. Caminaba, dándose la vuelta a veces para guiar a Nutria o advertirle de algo, y luego seguía adelante, siempre hablando.

Llegaron hasta donde las mineras estaban prolongando el viejo túnel. Allí el mago habló con Licky a la luz de las velas, entre sombras dentadas. Tocó la tierra que había al final del túnel, alzó unos terrones con sus manos y los hizo rodar en sus palmas, amasándolos, examinándolos, probándolos. Mientras lo hacía

permaneció en silencio, y Nutria lo observaba fija e intensamente, todavía tratando de entender.

Licky regresó con ellos al cuartel. Gelluk le dio a Nutria las buenas noches con su suave voz. Licky lo encerró como de costumbre en la habitación de paredes de ladrillo, y le dio una barra de pan, una cebolla y una jarra con agua.

Nutria se agazapó como siempre bajo la incómoda opresión de las cadenas de hechizo. Bebió sediento. El ácido sabor a tierra de la cebolla era bueno, y se la comió toda.

Mientras se desvanecía la tenue luz que entraba por las grietas de la argamasa de la ventana enladrillada, en lugar de hundirse en la vacía miseria de todas las noches que había pasado en aquella habitación, se quedó despierto y cada vez más despabilado. El excitante alboroto que había invadido su mente durante todo el tiempo que había estado con Gelluk se fue tranquilizando poco a poco. De él emergió algo, cada vez más cerca, cada vez más claro, la imagen que había visto allí abajo en la mina, en sombras pero sin embargo distinguible: la esclava en la bóveda más alta de la torre, aquella mujer con los pechos vacíos y los ojos enconados, que escupía la saliva de su boca envenenada y se secaba la boca, y se quedaba allí de pie, esperando la muerte. Ella lo había mirado.

Ahora la veía más claramente de lo que la había visto en la torre. La veía más claramente de lo que nunca había visto a nadie. Veía los delgados brazos, las hinchadas articulaciones de sus codos y sus muñecas, la infantil nuca de su cuello. Era como si estuviese con él en la habitación. Era como si estuviese en él, como si fuese él. Ella lo miraba. Él veía cómo ella lo miraba. Se veía a sí mismo a través de los ojos de ella.

Veía las líneas de los hechizos que lo tenían cogido, pesadas cuerdas de oscuridad, un enredado laberinto de líneas por todo su cuerpo. Había una forma de salir de aquel nudo, si giraba así, y después así, y separaba las líneas con sus manos, así; y entonces estuvo libre.

Ya no podía ver a la mujer. Estaba solo en la habitación, de pie y libre.

Todos los pensamientos que no había sido capaz de pensar durante días y semanas se agolpaban en su cabeza, una tormenta de ideas y de sentimientos, una pasión de furia, de venganza, de lástima, de orgullo.

Al principio lo invadieron endiabladas fantasías de poder y de venganza: liberaría a los esclavos, ataría a Gelluk con cadenas de hechizo y lo arrojaría al fuego, lo ataría, lo dejaría ciego y lo abandonaría allí para que respirase los humos que emanaba el mercurio en aquella bóveda, en la más alta, hasta que muriera... Pero cuando sus pensamientos se tranquilizaron y comenzaron a aclararse cada vez más, supo que no podría derrotar a un mago de grandes habilidades y poderes, ni siquiera si aquel mago estaba loco. Si tenía alguna esperanza, esta era aprovecharse de su locura, y conducir al mago hasta su autodestrucción.

Reflexionó. Todo el tiempo que estuvo con Gelluk había intentado aprender de él, entender lo que el mago le estaba diciendo. Sin embargo, ahora estaba seguro de que las ideas de Gelluk, las enseñanzas que él le había impartido con tanto entusiasmo, no tenían nada que ver con su poder ni con ningún poder verdadero. La minería y el acrisolamiento eran en verdad grandes oficios, con sus propios misterios y dominios, pero Gelluk parecía no saber nada acerca de aquellas artes. Todo lo que decía sobre el Rey de todas las cosas y sobre la Madre Roja eran simplemente palabras. Y no eran las palabras adecuadas. Pero ¿cómo sabía Nutria todo aquello?

En todo su torrente de habladurías, la única palabra que Gelluk había dicho en el Habla Antigua, el lenguaje con el cual se hacían los hechizos de los magos, era la palabra turres. Había dicho que significaba semen. El don de magia de Nutria había reconocido aquel significado como el verdadero. Gelluk había dicho que aquella palabra también significaba mercurio, y Nutria supo que estaba equivocado.

Sus humildes maestros le habían enseñado todas las palabras que conocían de la Lengua de la Creación. Entre ellas no estaba ni la palabra semen ni la que da nombre al mercurio. Pero sus labios se separaron, su lengua se movió: «*Ayezur*», dijo con la voz de la esclava en la torre de piedra. Era ella la que sabía el verdadero nombre del mercurio y ella quien lo había dicho a través de él.

Luego, durante un rato, se quedó inmóvil, de cuerpo y mente, y comenzó a entender por primera vez dónde yacía su poder.

Se quedó de pie en la habitación cerrada, inmersa en la oscuridad, y supo que se iría libre, porque ya era libre. Una tormenta de alabanzas lo atravesó.

Después de un rato, deliberadamente, entró una vez más en la trampa de cadenas de hechizo, regresó al lugar donde había estado, se sentó sobre el jergón, y siguió pensando. El hechizo de aprisionamiento todavía estaba allí, pero sin embargo ahora no tenía poder alguno sobre él. Podía entrar y salir de él como si fueran meras líneas pintadas en el suelo. El agradecimiento por aquella libertad latía en él tan rápido como su corazón.

Pensó en lo que debía hacer, y en cómo debía hacerlo. No estaba seguro de si él la había invocado o si ella había venido por voluntad propia; no sabía cómo le había dicho aquella palabra del Habla Antigua, a él o a través de él. No sabía lo que estaba haciendo, ni lo que ella estaba haciendo, y estaba casi seguro de que si realizaba cualquier hechizo, Gelluk se despertaría. Pero, por fin, precipitadamente, y lleno de temor porque tales hechizos eran simplemente un rumor entre aquellos que le habían enseñado su magia, invocó a la mujer de la torre de piedra.

La trajo a su mente y la vio como la había visto, allí, en aquella habitación, y la llamó; y ella vino.

Su espectro se quedó de pie justo fuera de las cuerdas de la telaraña del hechizo, mirándolo fijamente, y viéndolo, porque una esfera de luz suave, azulada, y que venía de ninguna parte, llenaba la habitación. Le temblaban los labios ulcerosos y en carne viva, pero no dijo nada.

Él habló, y le dijo su nombre verdadero:

–Yo soy Medra.

–Yo soy Anieb –susurró ella.

–¿Cómo podemos liberarnos?

–El nombre.

–Aunque lo supiera... Cuando estoy con él no puedo hablar.

–Si yo estuviera contigo, podría utilizarlo.

–No puedo llamarte.

–Pero yo puedo venir –dijo ella.

Miró a su alrededor, y él levantó la vista. Los dos sabían que Gelluk había sentido algo, que se había despertado. Nutria sintió que sus ataduras se tensaban y lo ligaban con más fuerza, y la vieja sombra se oscureció.

–Vendré, Medra –dijo ella. Extendió su delgada mano con el puño cerrado, luego la abrió con la palma hacia arriba, como si estuviese ofreciéndole algo. Y después desapareció.

La luz se fue con ella. Estaba solo en la oscuridad. Las frías garras de los hechizos lo agarraron por la garganta y lo ahogaron, le ataron las manos y le presionaron los pulmones. Se agachó, jadeando. No podía pensar; no podía acordarse de nada. «Quédate conmigo», dijo, y no sabía a quién le hablaba. Tenía miedo, y no sabía a qué le tenía miedo. El mago, el poder, el hechizo... Todo era oscuridad. Pero en su cuerpo, no en su mente, ardía un conocimiento que ya no podía nombrar, una certeza que era como una pequeña lámpara entre sus manos en un laberinto de cavernas subterráneas. Mantuvo la vista fija en aquella semilla de luz.

Lo invadieron extraños y diabólicos sueños de asfixia, pero no se apoderaron de él. Respiró profundamente. Por fin se quedó dormido. Soñó con extensas laderas veladas por la lluvia, y la luz brillando a través del agua. Soñó con nubes que pasaban sobre las orillas de las islas, y con una alta, redonda y verde colina que se alzaba al final del mar, entre la bruma y bajo la luz del sol.

El mago que se hacía llamar Gelluk y el pirata que se hacía llamar Rey Losen habían trabajado juntos durante años, cada uno apoyando e incrementando el poder del otro, cada uno creyendo que el otro era su sirviente.

Gelluk estaba seguro de que sin él el nefasto reino de Losen no tardaría en derrumbarse, y algún mago enemigo borraría a su rey con medio hechizo. Pero dejaba que Losen interpretara el papel de señor. El pirata era una comodidad para el mago, quien se había acostumbrado a tener todo lo que deseaba, su tiempo libre y un interminable abastecimiento de esclavos para sus necesidades y sus experimentos. Era fácil mantener las protecciones que había colocado en la persona de Losen, en sus expediciones y en sus incursiones; los hechizos que había colocado en los sitios en donde trabajaban los esclavos o en donde se guardaban los tesoros. Crear aquellos hechizos había sido un asunto diferente, un arduo y largo trabajo. Pero ahora estaban en su lugar, y no había ni un solo mago en Havnor que pudiera deshacerlos.

Gelluk nunca había conocido a un hombre al cual le tuviera miedo. Unos cuantos magos se habían cruzado en su camino con suficiente fuerza como para que se sintiese receloso de ellos, pero nunca había conocido a uno con habilidades y poderes iguales a los que él poseía.

Recientemente, adentrándose siempre más y más profundamente en los misterios de cierto libro de saber popular traído de la isla de Way por uno de los ladrones de Losen, Gelluk se había vuelto indiferente ante la mayoría de las artes que había aprendido o había descubierto él mismo. El libro lo convenció de que todas ellas eran meramente sombras o atisbos de un dominio mucho más grande. Al igual que un elemento verdadero contenía a todas las sustancias, un conocimiento verdadero contenía todos los demás. Para acercarse más y más a aquel dominio, comprendió que las artes de los magos eran tan vulgares y falsas como el título y el dominio de Losen. Cuando llegara a ser uno con el elemento verdadero, sería el único rey verdadero. Solo entre los hombres,

pronunciaría las palabras de la creación y las de la destrucción. Tendría dragones por mascotas.

En el joven zahorí reconoció un poder, sin instrucción e inepto, que podría utilizar. Necesitaba mucho más mercurio del que tenía, y por consiguiente necesitaba un descubridor. Descubrir era una de las artes menores. Gelluk nunca la había practicado, pero podía ver que el joven muchacho tenía aquel don. Haría bien en aprender el verdadero nombre del chico para asegurarse de poder controlarlo. Suspiró al pensar en el tiempo que tendría que perder enseñándole al joven para qué servía. Y después de eso, todavía habría que excavar y sacar el mineral de la tierra y refinar el metal. Como siempre, la mente de Gelluk esquivaba los obstáculos y los retrasos para llegar a los maravillosos misterios ocultos detrás de ellos.

En el libro del saber popular de la isla de Way, que llevaba con él en una caja cerrada con hechizos allí donde fuera, había pasajes que hablaban del verdadero fuego refinador. Tras haber estudiado estos párrafos durante mucho tiempo, Gelluk sabía que una vez que tuviera suficiente cantidad de metal puro, la siguiente etapa consistiría en purificarlo aún más hasta convertirlo en el Cuerpo de la Luna. Había entendido el lenguaje oculto del libro que decía que, para lograr purificar mercurio, el fuego tenía que crearse no únicamente con madera sino también con cadáveres humanos. Releyendo y reflexionando sobre las palabras aquella noche en su habitación en el cuartel, discernió otro posible significado en ellas. Siempre había otro significado en las palabras de aquel saber. Tal vez el libro estaba diciendo que debía haber sacrificio no solamente de carnes viles, sino también de espíritus inferiores. El gran fuego de la torre debería quemar no solo cuerpos muertos, sino también vivos. Vivos y conscientes. La pureza de la inmundicia: la gloria del dolor. Todo aquello era parte del gran principio, perfectamente claro una vez visto. Estaba seguro de que tenía razón, finalmente había entendido la técnica. Pero no debía apresurarse, debía ser paciente, tenía que asegurarse. Pasó a otro pasaje y comparó los dos, y le dio vueltas al libro hasta altas horas de la noche. Una vez, durante un

segundo, algo desvió su atención, cierta invasión de las afueras de su conciencia; el muchacho estaba intentando hacer algún tipo de truco. Gelluk pronunció impacientemente una única palabra, y regresó a las maravillas del reino del Rey de todas las cosas. Nunca se dio cuenta de que los sueños de su prisionero se habían escapado de él.

Al día siguiente ordenó a Licky que le enviara al muchacho. Estaba ansioso por verlo, por ser bondadoso con él, por enseñarle, por acariciarlo un poco, como había hecho el día anterior. Se sentó con él al sol. A Gelluk le gustaban mucho los niños y los animales. Le gustaban todas las cosas bonitas. Era agradable tener una joven criatura cerca de uno. El incomprensible sobrecogimiento de Nutria era atrayente, al igual que su incomprensible fuerza. Los esclavos eran agotadores, con su debilidad y sus engaños, y sus desagradables y enfermos cuerpos. Por supuesto, Nutria era su esclavo, pero el muchacho no tenía por qué saberlo. Podían ser maestro y aprendiz. Pero los aprendices no eran muy leales, pensó Gelluk, recordando a su aprendiz Primitivo, quien se pasaba de listo, y a quien debía recordar para controlarlo más estrictamente. Padre e hijo, eso es lo que él y Nutria podrían ser. Haría que el muchacho lo llamase Padre. Se acordó de que había intentado averiguar su verdadero nombre. Había varias maneras de hacerlo, pero la más sencilla, considerando que el muchacho ya estaba en su poder, era preguntárselo a él mismo.

–¿Cuál es tu nombre? –le dijo, observando a Nutria atentamente.

Hubo una pequeña lucha en la mente del pequeño, pero su boca se abrió y su lengua se movió:

–Medra.

–Muy bien, muy bien, Medra –dijo el mago–. Puedes llamarme Padre.

–Debes encontrar a la Madre Roja –le dijo, el día después de aquello. Estaban otra vez sentados uno junto al otro, fuera. El sol de otoño era cálido. El mago se había quitado el sombrero cónico, y los gruesos y grises cabellos le ondeaban sueltos alrededor de la cara–. Sé que encontraste aquella pequeña parcela para que ellos excavaran, pero allí no hay más que unas pocas gotas. Apenas vale la pena quemarse para tan poco. Si tú vas a ayudarme, y si yo voy a enseñarte, tienes que esforzarte un poco más. Creo que sabes cómo hacerlo –sonrió a Nutria– ¿verdad?

Nutria asintió con la cabeza.

Todavía estaba conmocionado, horrorizado, por la facilidad con la que Gelluk le había obligado a decir su nombre, lo cual le daba al mago un poder inmediato y absoluto sobre él. Ahora no tenía esperanza alguna de resistirse a Gelluk de ninguna manera. Aquella noche se había sentido completamente desesperado. Pero entonces Anieb, la muchacha, había acudido a su mente: había acudido por voluntad propia, por sus propios medios. No podía invocarla, ni siquiera podía pensar en ella, y no se habría atrevido a hacerlo, ya que Gelluk sabía su nombre. Pero ella acudió, incluso cuando él estaba con el mago, no como un espectro sino como una presencia en su mente.

Era difícil ser consciente de ella a través de las palabras del mago y de los hechizos constantes y controladores de la mitad de su conciencia que tejían cierta oscuridad a su alrededor. Pero cuando Nutria podía hacerlo, entonces no era tanto como si ella estuviese con él, sino como si ella fuese él, o como si él fuese ella. Veía a través de sus ojos. La voz de ella hablaba en su mente, más fuerte y más clara que la voz y los hechizos de Gelluk. A través de sus ojos y de su mente, Nutria podía ver y pensar. Y comenzó a ver que el mago, completamente seguro de poseerlo en cuerpo y alma, se había despreocupado de los hechizos que ataban a Nutria a su voluntad. Una atadura es una conexión. Él –o Anieb en él– podía seguir los enlaces de los hechizos de Gelluk de regreso hasta la propia mente de Gelluk.

Inconsciente de todo esto, Gelluk seguía hablando, siguiendo la interminable fascinación de su propia voz encantadora.

–Tienes que encontrar el verdadero útero, el vientre de la Tierra, que contiene la semilla pura de la Luna. ¿Sabías que la Luna es el Padre de la Tierra? Sí, sí; y él se acostó con ella, ya que ese es el derecho del padre. Comenzó a moverse en su vil arcilla con la semilla verdadera. Pero ella no quería dar a luz al Rey. Es fuerte en su miedo y determinada en su vileza. Lo retiene y lo esconde profundamente, temerosa de alumbrar a su señor. Por eso mismo, para darlo a luz, debe ser quemada viva.

Gelluk se detuvo y no dijo nada más durante un rato, pensando; su rostro reflejaba excitación. Nutria vislumbró las imágenes que aparecían en su mente: grandes fuegos, palos quemándose con manos y pies, terrones de tierra ardiendo que gritaban como grita la madera verde en el fuego.

–Sí –dijo Gelluk, su voz profunda, suave y soñadora–, tiene que ser quemada viva. ¡Y entonces, solo entonces, aparecerá de repente, brillando! Oh, es hora, ya es hora. Debemos dar a luz al Rey. Debemos encontrar el gran filón. Está aquí; no hay duda alguna de eso: «El útero de la Madre yace debajo de Samory».

Una vez más hizo una pausa. Enseguida miró fijamente a Nutria, que se petrificó de miedo pensando que el mago lo había descubierto observando su mente. Gelluk lo miró fijamente durante un rato con aquella curiosa mirada, medio penetrante, medio perdida, sonriendo.

–¡Pequeño Medra! –dijo, como si acabara de descubrir que estaba allí. Golpeó suavemente el hombro de Nutria–. Sé que tienes el don de encontrar lo que está oculto. Un don bastante especial, si estuviera adecuadamente entrenado. No temas, hijo mío. Sé por qué llevaste a mis sirvientes solamente hasta el pequeño filón, jugando y retrasándote. Pero ahora que he llegado, tú me sirves a mí, y no tienes nada a qué temerle. Y no servirá de nada que intentes esconderme algo, ¿verdad? El niño sabio ama a su padre y le obedece, y el padre lo recompensa como se lo merece. –Se inclinó

hasta quedar muy cerca de Nutria, como le gustaba hacerlo, y le dijo dulce y confidencialmente–: Estoy seguro de que puedes encontrar el gran filón.

–Yo sé dónde está –dijo Anieb.

Nutria no pudo hablar; ella había hablado a través de él, utilizando su voz, la cual sonó espesa y débil.

Muy poca gente le hablaba alguna vez a Gelluk a menos que él les obligara a hacerlo. Los hechizos con los cuales enmudecía, debilitaba y controlaba a todos los que se le acercaban eran tan habituales para él que ni siquiera pensaba en ellos. Estaba acostumbrado a ser escuchado, no a escuchar. Sereno en su fuerza y obsesionado con sus ideas, no tenía pensamiento alguno más allá de ellas. No era en absoluto consciente de Nutria, excepto como una parte de sus planes, una extensión de él mismo.

–Sí, sí, lo harás –le dijo, y volvió a sonreír.

Pero Nutria era totalmente consciente de Gelluk, tanto físicamente como del hecho de que era una presencia con un inmenso poder controlador; y le parecía que las palabras de Anieb le habían quitado a Gelluk todo ese poder que tenía sobre él, ganándole un lugar en donde colocarse, un punto de apoyo para sus pies. Incluso con Gelluk tan cerca de él, terriblemente cerca, se las arregló para hablar.

–Te llevaré hasta allí –dijo secamente y con dificultad.

Gelluk estaba acostumbrado a escuchar a las personas pronunciar las palabras que él había puesto en sus bocas, si es que decían algo. Estas eran palabras que deseaba pero que no esperaba oír. Tomó el brazo del muchacho, acercando la cara a la de él, y sintió cómo él se encogía apartándose.

–Qué listo eres –le dijo–. ¿Has encontrado un mineral mejor que el de aquella parcela que encontraste primero? ¿Que justifique el esfuerzo de excavar y fundir?

–Es el filón –dijo el muchacho.

Aquellas lentas y escuetas palabras acarreaban un gran peso.

–¿El gran filón? –Gelluk lo miró fijamente, sus rostros estaban a menos de un palmo de distancia. La luz en sus ojos azulados era como el suave y loco movimiento del mercurio–. ¿El útero?

–Solo el Señor puede ir allí.

–¿Qué Señor?

–El Señor de la Casa. El Rey.

Para Nutria su conversación era, otra vez, como avanzar caminando en una inmensa oscuridad con una pequeña lámpara. El entendimiento de Anieb era aquella lámpara. Cada paso revelaba el próximo paso que debía dar, pero nunca podía ver el lugar donde estaba. No sabía lo que vendría después, y no entendía lo que veía. Pero lo veía, y seguía avanzando, palabra por palabra.

–¿Cómo sabes de esa Casa?

–La vi.

–¿Dónde? ¿Cerca de aquí?

Nutria asintió con la cabeza.

–¿Está en la tierra?

«Dile lo que él ve», susurró Anieb en la mente de Nutria, y él habló:

–Un arroyo pasa a través de la oscuridad sobre un techo brillante. Bajo el techo está la Casa del Rey. El techo está muy alto sobre el suelo, sobre grandes pilares. El suelo es rojo. Todos los pilares son rojos. En ellos hay runas brillantes.

Gelluk contuvo la respiración. Y entonces le preguntó, muy dulcemente:

–¿Puedes leer las runas?

–No puedo leerlas –la voz de Nutria era inexpresiva–, no puedo ir allí. Nadie puede entrar allí en el cuerpo, solamente el Rey. Solamente él puede leer lo que está allí escrito.

El blanco rostro de Gelluk estaba aún más blanco; le temblaba un poco la mandíbula. Se puso de pie, de repente, como lo hacía siempre.

–Llévame hasta allí –dijo, tratando de controlarse, pero obligando tan violentamente a Nutria a que se levantara y caminara

que el muchacho se puso de pie tambaleándose y se tropezó varias veces, a punto de caerse. Luego comenzó a caminar, rígida y torpemente, tratando de no resistirse a la coercitiva y apasionada voluntad que apresuraba sus pasos.

Gelluk caminaba muy cerca de él, y a menudo, lo cogía del brazo.

–Por aquí –dijo varias veces–. ¡Sí, sí! Es por aquí. –Sin embargo, estaba siguiendo a Nutria. Su tacto y sus hechizos lo empujaban, lo apuraban, pero en la dirección hacia la cual Nutria escogía ir.

Pasaron caminando junto a la torre del horno, pasaron junto al pozo viejo y junto al nuevo, siguieron hasta adentrarse en el extenso valle adonde Nutria había llevado a Licky el primer día que había estado allí. Ahora el otoño estaba casi terminando. Los arbustos y la hierba cubierta de maleza que aquel día habían estado verdes, estaban ya pardos y secos, y el viento hacía crujir las últimas hojas en los arbustos. Por la izquierda de donde se encontraban corría un pequeño arroyo entre matorrales y sauces. Suaves rayos de sol y largas sombras bañaban las laderas.

Nutria supo que se acercaba un momento en el cual podría liberarse de Gelluk; de eso había estado seguro desde la noche anterior. También sabía que en aquel preciso momento podría derrotar a Gelluk, quitarle su poder, si el mago, impulsado por sus visiones, se olvidaba de cuidar de sí mismo, y si Nutria podía averiguar su nombre.

Los hechizos del mago todavía unían sus mentes. Nutria presionó hacia el interior de la mente de Gelluk, buscando su nombre verdadero. Pero no sabía dónde buscar ni cómo buscar. Un descubridor que no conocía su arte, todo lo que podía ver claramente en los pensamientos de Gelluk eran páginas de un libro de saber popular lleno de palabras sin sentido, y las visiones que había descrito –un vasto palacio con paredes rojas donde runas de plata danzaban en los pilares carmesí–. Pero Nutria no pudo leer el libro ni las runas. Nunca había aprendido a leer.

Durante todo ese tiempo él y Gelluk se iban alejando más y más de la torre, lejos de Anieb, cuya presencia a veces se debilitaba y se desvanecía. Nutria no se atrevía a intentar invocarla.

Ahora, a tan solo unos pasos de distancia de donde se encontraban, estaba el palacio donde, bajo sus pies, bajo tierra, entre sesenta y noventa centímetros hacia abajo, un agua oscura fluía lentamente y se filtraba a través de la suave tierra sobre el saliente de mica. Debajo de eso se abría la hueca caverna y el filón de cinabrio.

Gelluk estaba casi completamente absorto en su propia visión, pero debido a que la mente de Nutria y la de él estaban conectadas, vio algo de lo que veía Nutria. Se detuvo, cogió el brazo de Nutria. Su mano temblaba por el entusiasmo.

Nutria señaló la poco pronunciada pendiente que se elevaba ante ellos.

–La Casa del Rey está allí –dijo. En ese momento la atención de Gelluk se alejó totalmente de él, fija en la ladera y en la visión que veía en ella. Entonces Nutria pudo llamar a Anieb. Esta inmediatamente acudió a su mente y a su ser, y se quedó allí con él.

Gelluk estaba de pie inmóvil, pero retorciéndose las manos temblorosas. El cuerpo se le estremecía y temblaba mucho, como un perro de caza que quiere emprender la persecución pero no puede encontrar el rastro. Estaba completamente perdido. Allí estaba la ladera con su hierba y sus arbustos bajo los últimos rayos de sol, pero no se veía ninguna entrada. La hierba salía de una tierra cascajosa; la tierra sin veta.

A pesar de que Nutria no había pensado las palabras, Anieb habló con su voz, la misma voz débil y apagada:

–Únicamente el Señor puede abrir la puerta. Únicamente el Rey tiene la llave.

–La llave –dijo Gelluk.

Nutria se quedó petrificado, ausente, igual que Anieb se había quedado en lo alto de la torre.

–La llave –repitió Gelluk, impaciente.

–La llave es el nombre del Rey.

Aquello fue un salto en la oscuridad. ¿Cuál de ellos lo había dicho?

Gelluk estaba tenso y temblaba, todavía perdido.

–Turres –dijo, después de un rato, casi en un susurro.

El viento soplaba en la hierba seca.

El mago comenzó de repente a avanzar, sus ojos como brasas, y gritó:

–¡Ábrete ante el nombre del Rey! ¡Soy Tinaral! –Y sus manos se movieron en un gesto rápido y poderoso, como si estuvieran separando pesadas cortinas.

La ladera que estaba ante él tembló, se retorció y se abrió. En ella se hizo una grieta, profunda y ancha. De ella comenzó a emanar agua, la cual llegó hasta los pies del mago.

Este se echó hacia atrás, con la mirada fija, e hizo un brusco movimiento con la mano que apartó el arroyo en una nube de rocío, como una fuente soplada por el viento. La grieta en la tierra se hizo más profunda, revelando el saliente de mica. Con un crujido totalmente desgarrador, la piedra brillante se partió en dos. Debajo de ella solo había oscuridad.

El mago dio un paso hacia adelante.

–Aquí estoy –dijo con su jubilosa y dulce voz, y avanzó a zancadas y sin miedo hacia la herida en carne viva de la tierra, una luz blanca danzaba alrededor de sus manos y de su cabeza. Pero al no ver ninguna pendiente ni ningún escalón descendente cuando llegó al borde del techo roto de la caverna, dudó, y en aquel instante Anieb gritó con la voz de Nutria:

–¡Cáete, Tinaral!

Tambaleándose frenéticamente, el mago intentó darse la vuelta, perdió el equilibrio en el borde que estaba a punto de desmoronarse, y cayó precipitadamente en la oscuridad. El manto de color escarlata se hinchó hacia arriba, la luz que había alrededor parecía una estrella fugaz.

–¡Ciérrate! –gritó Nutria, poniéndose de rodillas, sus manos sobre la tierra, sobre los bordes en carne viva de la fisura–. ¡Ciérrate, Madre! ¡Cúrate, cicatriza! –suplicó, imploró, pronunciando las palabras de la Lengua de la Creación, que no conocía hasta pronunciarlas–. ¡Madre, cúrate! –repetía, y la tierra agrietada crujió y se movió, uniéndose, curándose a sí misma.

Quedó una veta rojiza, una cicatriz que atravesaba la tierra, la gravilla y la hierba.

El viento movía las hojas secas en las ramas de los robles. El sol se escondía detrás de la colina, y algunas nubes se acercaban formando una baja masa gris.

Nutria se agachó allí al pie en la ladera, solo.

Las nubes ensombrecieron el lugar. La lluvia atravesó el pequeño valle, cayendo sobre la tierra y la hierba. Encima de las nubes, el sol descendía por las escaleras occidentales de la brillante casa del cielo.

Finalmente, Nutria se incorporó. Estaba mojado, frío, desconcertado. ¿Por qué estaba allí?

Había perdido algo y tenía que encontrarlo. No sabía qué era lo que había perdido, pero lo encontraría en la torre ardiente, el lugar donde unas escaleras de piedra se elevaban entre humos. Tenía que ir allí. Se puso de pie y caminó arrastrando los pies, cojo y vacilante, repitiendo el camino ahora de vuelta por el valle.

No se le ocurría esconderse o protegerse. Por suerte para él, no había guardias por allí; de hecho había pocos guardias, y no estaban alerta, ya que los hechizos del mago habían mantenido la prisión cerrada. Los conjuros habían desaparecido, pero la gente de la torre no lo sabía, seguían trabajando bajo el aún más poderoso hechizo de la desesperación.

Nutria atravesó la cúpula del horno y pasó junto a sus apresurados esclavos, luego subió lentamente las humeantes y oscuras escaleras de caracol hasta llegar al sitio más alto.

Ella estaba allí, la mujer enferma que podía curarlo, la pobre mujer que tenía el tesoro, la extraña que era él mismo.

Se quedó en silencio en la entrada. Ella se sentó en el suelo de piedra, cerca del crisol, su delgado cuerpo, grisáceo y oscuro como las piedras. Su barbilla y sus pechos brillaban con la saliva que caía de su boca. Pensó en el manantial de agua que había emanado de la tierra agrietada.

–Medra –dijo ella. Su boca ulcerosa no podía hablar claramente. Él se arrodilló y le cogió las manos, mirándola directamente a la cara.

–Anieb –susurró él–, ven conmigo.

–Quiero irme a casa –dijo ella.

La ayudó a ponerse de pie. No hizo ningún hechizo para protegerse o esconderse. Sus fuerzas se habían agotado. Y a pesar de que ella poseía una gran magia, lo cual le había permitido estar junto a él en cada paso de aquel extraño viaje por el valle, y engañar al mago para que dijera su nombre, no sabía de artes ni de hechizos, y ya no le quedaban fuerzas para nada.

Sin embargo, nadie les prestaba atención, como si un encantamiento de protección hubiese sido echado sobre ellos. Bajaron las sinuosas escaleras, salieron de la torre, pasaron junto al cuartel, se alejaron de las minas. Caminaron a través de ralos bosques hacia las estribaciones que ocultaban el monte Onn de las tierras bajas de Samory.

Anieb mantenía un ritmo al andar mejor del que parecería posible en una mujer tan famélica y destruida, caminando casi desnuda en el frío de la lluvia. Toda su voluntad apuntaba a avanzar; no tenía ninguna otra cosa en mente, ni él, ni nada. Pero ella estaba allí corporalmente con él, y él sentía su presencia tan profunda y extraña como cuando había acudido a su invocación. La lluvia le resbalaba por la cabeza y el cuerpo desnudo. Él la hizo detener para que se pusiera su camisa. Se avergonzaba de esta porque estaba mugrienta, puesto que él la había estado llevando durante todas aquellas semanas. Ella dejó que se la pasara por la cabeza y

después siguió caminando. No podía ir muy deprisa, pero su paso era constante, con los ojos fijos en el sendero que seguían, hasta que la noche llegó temprana bajo las nubes de lluvia, y ya no podían ver dónde colocar los pies.

–Haz la luz –dijo ella. Su voz era un gemido quejumbroso–. ¿No puedes hacer la luz?

–No lo sé –dijo él, pero trató de llevar su esfera de luz hasta allí, alrededor de ellos, y después de un rato, el suelo se iluminó tenuemente ante sus pies.

–Deberíamos encontrar algún lugar en donde cobijarnos y descansar –dijo él.

–No puedo detenerme –dijo ella, y comenzó a caminar otra vez.

–No puedes caminar toda la noche.

–Si me acuesto no me levantaré. Quiero ver la Montaña.

La voz de ella se perdió entre las muchas voces de las gotas de lluvia que azotaban las colinas a través de los árboles.

Siguieron adelante atravesando la oscuridad, viendo únicamente el sendero ante ellos, iluminado por la tenue y luminosa esfera que Nutria enfocaba a través de las plateadas líneas de la lluvia. Cuando ella se tropezó, él la tomó por el brazo. Después de eso, siguieron avanzando pegados el uno al otro, para sentirse más confortados y más abrigados. Caminaban más lentamente, y aún más lentamente, pero siguieron caminando. No había ningún sonido a no ser el de la lluvia cayendo del cielo negro, y el del chapoteo de sus pies empapados en el barro y en la hierba húmeda del sendero.

–Mira –dijo ella, deteniéndose precipitadamente–. Medra, mira.

Nutria había estado caminando casi dormido. La palidez de la luz se había ido desvaneciendo, se había ahogado hasta convertirse en una claridad más tenue, más vasta. Cielo y tierra eran un todo gris, pero delante y por encima de ellos, muy en lo alto, sobre un montículo de nubes, la extensa cresta de la montaña brillaba tenuemente, con un tono rojizo.

–Allí –dijo Anieb. Señaló la montaña y sonrió. Miró a su compañero, y luego lentamente bajó la mirada hasta el suelo. Cayó

de rodillas. Él se arrodilló con ella, intentó sostenerla, pero ella se resbaló entre sus brazos. Intentó al menos mantener su cabeza apartada del barro del sendero. Sus extremidades y su rostro se contorsionaban, sus dientes castañeteaban. Él la apretó contra su cuerpo, tratando de darle calor.

–Las mujeres –suspiró ella–, la mano. Pregúntales. En la aldea. He visto la Montaña.

Trató de incorporarse nuevamente, mirando hacia arriba, pero los temblores y los estremecimientos se lo impedían y la atormentaban. Comenzó a jadear para recuperar el aliento. Bajo la luz roja que brillaba ahora desde la cresta de la montaña, y por todo el cielo occidental, Nutria vio espuma y saliva de un rojo escarlata emanando de su boca. A veces se aferraba a él, pero no volvió a hablar. Luchaba contra su muerte, luchaba para respirar, mientras la luz roja se disipaba, y luego todo se inundó de un color gris cuando las nubes pasaron otra vez a través de la montaña y escondieron al sol naciente. Era pleno día y estaba lloviendo cuando su último y dificultoso aliento no fue ya seguido por otro.

El hombre cuyo nombre era Medra se sentó en el barro con la mujer muerta entre sus brazos, y lloró.

Un carretero que caminaba delante de su mula con un cargamento de madera de roble se acercó a ellos y los llevó a ambos a Woodedge. No pudo conseguir que el muchacho soltara a la mujer muerta. Débil y tembloroso como estaba, no quería apoyar su carga sobre las maderas; trepó a la carreta con Anieb en brazos, y la mantuvo sobre él durante todo el trayecto hasta llegar a Woodedge. Todo lo que dijo fue:

–Ella me salvó. –Y el carretero no hizo ni una sola pregunta.

–Ella me salvó a mí, pero yo no pude salvarla a ella –les dijo desesperadamente a los hombres y las mujeres de la aldea de la montaña. Todavía no quería soltarla, tenía cogido el rígido cuerpo de Anieb empapado por la lluvia, y lo apretaba contra el suyo como si quisiera defenderlo de algo.

Muy lentamente le hicieron entender que una de las mujeres era la madre de Anieb, y que debería dársela a ella para que se la llevara. Finalmente lo hizo, observando para ver si trataba con ternura a su amiga y si la protegería. Luego siguió a otra mujer, bastante dócilmente. Se puso las ropas secas que ella le sirvió, comió un poco de comida que ella le ofreció y se recostó en el jergón hasta el cual ella lo condujo; allí sollozó cansado hasta que se durmió.

Al cabo de uno o dos días, algunos de los hombres de Licky llegaron preguntando si alguien había visto u oído algo acerca del gran mago Gelluk y de un joven descubridor. Los dos habían desaparecido sin dejar rastro alguno, decían, como si la tierra se los hubiera tragado. Nadie en Woodedge dijo una palabra acerca del extraño que estaba escondido en el pajar de Aguamiel. Lo mantuvieron fuera de peligro. Tal vez por esa razón la gente de allí ahora no llama a la aldea Woodedge, como solía hacerlo, sino el Escondite de Nutria.

Había pasado por un largo y duro suplicio y había corrido un gran riesgo contra un gran poder. Recuperó pronto su fuerza física, pues era joven, pero a su mente le tomó bastante más tiempo encontrarse a sí misma. Había perdido algo, lo había perdido para siempre, lo había perdido cuando lo había encontrado.

Buscó entre sus recuerdos, entre las sombras, tanteando a ciegas una y otra vez a través de las imágenes: el ataque en su casa en Havnor; la celda de piedras y Sabueso; la celda de ladrillos en el cuartel y las cadenas de hechizo que lo ataban allí; caminar con Licky; sentarse con Gelluk; los esclavos, el fuego, las escaleras de piedra que subían en espiral a través de humos hasta el sitio más alto de la torre. Tenía que recuperarlo todo, que pasar por todo, buscando. Una y otra vez se colocó en el sitio más alto de aquella

torre y miró a la mujer, y ella lo miró a él. Una y otra vez caminó a través de aquel pequeño valle, atravesando la hierba seca, atravesando las endiabladas visiones del mago, con ella. Una y otra vez vio al mago caer, vio como la tierra se cerraba. Vio la cresta roja de la montaña a la luz del amanecer. Anieb murió mientras él la tenía entre sus brazos, el rostro destruido contra su brazo. Le preguntó quién era, qué habían hecho y cómo lo habían hecho, pero ella no pudo contestarle.

Su madre, Ayo, y la hermana de su madre, Aguamiel, eran mujeres sabias. Curaron a Nutria de la mejor manera que pudieron, con aceites tibios y masajes, hierbas y encantamientos. Le hablaban y escuchaban cuando él hablaba. Ninguna de ellas dudaba de que era un hombre de gran poder. Él lo negaba.

–No podría haber hecho nada sin su hija –decía.

–¿Qué hizo ella? –preguntó Ayo dulcemente.

Y él se lo contó lo mejor que pudo.

–Éramos extraños el uno para el otro. Sin embargo, ella me dijo su nombre –dijo él–. Y yo le dije el mío. –Hablaba con vacilación, haciendo largas pausas–. Era yo el que caminaba con el mago, obligado por él, pero ella estaba conmigo, y era libre. Y entonces, juntos pudimos volver el poder del mago contra él, de manera tal que se destruyó a sí mismo. –Pensó durante un largo rato, y luego añadió–: Ella me dio su poder.

–Sabíamos que había un gran don en ella –dijo Ayo, y luego permaneció en silencio durante un rato–. No sabíamos cómo enseñarle. Ya no quedan maestros en la montaña. Los magos del Rey Losen destruyen a los hechiceros y a las brujas. No hay nadie a quien acudir.

–Una vez estuve en las altas cuestas –dijo Aguamiel–, y una tormenta de nieve de primavera vino hacia mí, y perdí mi camino. Ella acudió allí. Acudió a mí, no corporalmente, y me guio hasta el sendero. En aquel entonces tan solo tenía doce años.

–A veces caminaba con los muertos –dijo Ayo en voz muy baja–. Por el bosque, hacia abajo, hasta Faliern. Conocía los poderes

antiguos, aquellos acerca de los cuales me habló mi abuela, los poderes de la tierra. Eran fuertes allí, según me dijo.

–Pero también era solo una niña, como las otras –dijo Aguamiel, y escondió su rostro–. Una buena niña –susurró.

Después de un buen rato, Ayo continuó:

–Bajó hasta Firn con algunos de los jóvenes de la aldea. Para comprarle vellón a los pastores del lugar. El año pasado en primavera. Aquel mago del que hablaban llegó hasta allí, lanzando hechizos. Cogiendo esclavos.

Luego se quedaron todos en silencio.

Ayo y Aguamiel eran bastante parecidas, y Nutria vio en ellas lo que podría haber sido Anieb: una mujer de poca estatura, de aspecto frágil, espabilada, de cara redonda y ojos claros, y una mata de pelo oscuro, no liso como el de mucha gente, sino rizado, ensortijado. Mucha gente del oeste de Havnor tenía el pelo así.

Pero Anieb había sido pelada, como todos los esclavos que trabajaban en la torre del horno.

Su nombre de pila había sido Lirio, el lirio azul de las primaveras. Su madre y su tía la llamaban Lirio cuando hablaban de ella.

–Sea quien sea y haga lo que haga, no es suficiente –dijo él.

–Nunca es suficiente –dijo Aguamiel–. ¿Y qué puede hacer cualquiera, solo?

Levantó un dedo, luego los demás, y los juntó todos hasta formar un puño; después, lentamente, giró la muñeca y abrió la mano con la palma hacia fuera, como haciendo una ofrenda. Él había visto a Anieb hacer ese gesto. No era un hechizo, pensó, observando atentamente, sino un símbolo. Ayo lo estaba mirando.

–Es un secreto –le dijo.

–¿Puedo saber el secreto? –preguntó Nutria después de un rato.

–Ya lo sabes. Tú se lo diste a Lirio. Ella te lo dio a ti. Confianza.

–Confianza –dijo el muchacho–. Sí, pero en contra de algo. ¿Contra ellos? Gelluk ya no está. Tal vez Losen caiga ahora. ¿Cambiará algo? ¿Se liberarán los esclavos? ¿Comerán los

mendigos? ¿Se hará justicia? Creo que hay cierto mal en nosotros, en la raza humana. La confianza lo niega. Pasa a través de él. Salta el abismo. Pero está allí. Y todo lo que hacemos finalmente sirve al mal, porque eso es lo que somos. Ambición y crueldad. Miro al mundo, a los bosques y a la montaña que están aquí, al cielo, y son buenos, como deben serlo. Pero nosotros no. Nosotros estamos equivocados. Nosotros hacemos el mal. Ningún animal hace el mal. ¿Cómo podrían? Pero nosotros podemos, y lo hacemos. Y nunca dejamos de hacerlo.

Ellas lo escucharon, sin estar de acuerdo, sin discutir; aceptaron su desesperación. Sus palabras entraron en un silencio comprensivo y descansaron allí durante algunos días; luego regresaron a él cambiadas.

–No podemos hacer nada los unos sin los otros –dijo él–, pero son los ambiciosos, los crueles, los que se unen y fortalecen unos a otros. Y aquellos que no se unen a ellos permanecen solos. –La imagen de Anieb como la vio por primera vez, una mujer moribunda de pie, sola en lo alto de aquella torre, siempre estaba con él–. El verdadero poder se pierde. Cada mago utiliza sus artes contra los otros, sirviendo a los hombres ambiciosos. ¿Con qué buen fin puede utilizarse cualquier arte de esa forma? Se malgasta. Sale mal, o se desperdicia. Como la vida de los esclavos. Nadie puede liberarse solo. Ni siquiera un mago. Todos ellos trabajando con su magia en celdas de prisión, para no conseguir nada. No hay manera de utilizar un poder para algo bueno.

Ayo cerró la mano y la abrió con la palma hacia arriba, el fugaz esbozo de un gesto, de un símbolo.

Un hombre subió la montaña hasta llegar a Woodedge, un carbonero de Firn.

–Mi esposa Nesty manda un mensaje a las mujeres sabias –dijo, y los aldeanos le mostraron la casa de Ayo. Cuando se detuvo en la puerta hizo un movimiento rápido, un puño que se convierte en una palma abierta–. Nesty dice que les diga que los cuervos están

volando desde temprano y que el sabueso va detrás de la nutria –dijo.

Nutria, sentado junto al fuego, partiendo nueces, se quedó inmóvil. Aguamiel le agradeció al mensajero la información y lo hizo pasar para ofrecerle un vaso de agua y un puñado de nueces sin cáscara. Ella y Ayo conversaron con él acerca de su esposa. Cuando el hombre se fue, Aguamiel se dio vuelta para mirar a Nutria.

–El Sabueso trabaja para Losen –dijo él–. Me iré hoy mismo.

Aguamiel miró a su hermana.

–Entonces es hora de que hablemos un poco contigo –dijo, sentándose frente al hogar y frente a él.

Ayo se quedó de pie junto a la mesa, en silencio. Un buen fuego ardía en el hogar. Era una época húmeda y fría, y leños para el fuego era una de las cosas que tenían en abundancia allí en la montaña.

–Hay gente por todas partes en esta zona, y tal vez más allá, que piensa, como tú dijiste, que nadie puede ser sabio solo. Así que esta gente trata de unirse. Y por eso se nos llama la Mano, o las mujeres de la Mano, a pesar de que no solo somos mujeres. Pero nos es útil que crean que es así, ya que los grandes señores no esperan que las mujeres trabajen juntas. Ni que tengan pensamientos acerca de cosas como la Norma o la mala Norma. Ni que tengan ningún tipo de poder.

–Dicen –dijo Ayo desde las sombras– que hay una isla donde la norma de la justicia se mantiene tal como era bajo el mandato de los Reyes. Le llaman la isla de Morred. Pero no es Enlad de los Reyes, ni Éa. Está al sur, no al norte de Havnor, según dicen. Allí, cuentan, las mujeres de la Mano han mantenido vigentes las viejas artes. Y las enseñan, no las mantienen en secreto cada una para sí misma, como hacen los magos.

–Tal vez con tales enseñanzas podrías darle una lección a los magos –dijo Aguamiel.

–Tal vez puedas encontrar esa isla –dijo Ayo.

Nutria pasaba su mirada de una a otra. Claramente, le habían dicho su más preciado secreto y sus esperanzas.

–La isla de Morred –dijo él.

–Así debe ser como la llaman las mujeres de la Mano, manteniendo su significado lejos de los magos y de los piratas. Para ellos sin duda tendrá algún otro nombre.

–Debe de ser un largo y terrible camino –dijo Aguamiel.

Para las hermanas y para todos aquellos aldeanos, el monte Onn era el mundo, y las costas de Havnor eran el límite del universo. Más allá de eso solo había rumores y sueños.

–Si vas hacia el sur, encontrarás el mar, según dicen –dijo Ayo.

–Eso ya lo sabe, hermana –le replicó Aguamiel–. ¿No nos dijo acaso que era un carpintero de barcos? Pero ha de ser un camino muy, muy largo por el mar, seguramente. Y con este mago olfateando tu rastro, ¿cómo llegarás hasta allí?

–Por la gracia del agua, que no tiene olor alguno –dijo Nutria, poniéndose de pie. Un puñado de cáscaras de nueces se cayó de su regazo, cogió la escoba del hogar y las barrió hasta echarlas a las cenizas–. Será mejor que me marche ya.

–Hay pan –dijo Ayo, y Aguamiel salió apresuradamente a colocar un poco de pan duro y de queso seco y algunas nueces en una pequeña bolsa hecha de estómago de oveja. Era gente muy pobre pero le dieron lo que tenían. Lo mismo que había hecho Anieb.

–Mi madre nació en Endlane, cerca del bosque de Faliern –dijo Nutria–. ¿Conocen ese pueblo? Se llama Rosa, hija de Rowan.

–Los carreteros van hasta Endlane, en verano.

–Si alguien pudiera hablar con su gente allí, ellos se lo comunicarían a ella. Su hermano, Littleash, solía ir a la ciudad cada uno o dos años.

–Asintieron con la cabeza.

–Si ella supiera que estoy vivo... –dijo Nutria.

La madre de Anieb asintió con la cabeza.

–Lo sabrá.

–Ahora vete –dijo Aguamiel.

–Ve con el agua –dijo Ayo.

Las abrazó, y ellas a él, y se fue de aquella casa.

Corrió cuesta abajo, alejándose del conjunto de cabañas hacia el rápido y ruidoso arroyo al que había oído cantar en sus sueños durante todas sus noches en Woodedge. Le rezó. «Llévame y sálvame», le pidió. Hizo el hechizo que el anciano Cambiador le había enseñado hacía mucho tiempo, y pronunció la palabra de la transformación. Y entonces ningún hombre se arrodilló junto al agua ruidosa, sino que una nutria se deslizó dentro de ella y se fue.

III. Golondrina

En nuestra colina había un hombre sabio
Que encontró la manera de hacer lo que quería.
Cambió su forma, cambió su nombre,
Pero él mismo nunca sería.
Y así el agua se va, se va.
Así el agua se va.

Una tarde de invierno, a orillas del río Onneva, donde sus dedos se abrían hacia la ensenada del norte de la Gran Bahía de Havnor, un hombre se puso de pie sobre la arena marrón: un hombre vestido muy pobremente y con un mísero calzado, un hombre delgado y moreno, de ojos oscuros y cabellos tan finos y espesos que el agua resbalaba entre ellos. La lluvia caía sobre las bajas playas de la desembocadura del río, la fina, fría y oscura llovizna de aquel invierno gris. Sus ropas estaban empapadas. Encorvó los hombros, dio unas cuantas vueltas y emprendió su camino hacia una voluta de humo de chimenea que vio a lo lejos, hacia el interior. Detrás de él quedaban las huellas de las cuatro patas de una nutria saliendo del agua, y las huellas de los dos pies de un hombre alejándose de ella.

Adónde fue entonces, las gestas no lo cuentan. Únicamente dicen que vagó por allí, «vagó durante mucho tiempo de tierra en tierra». Si avanzó a lo largo de la costa de la Gran Isla, en muchas de aquellas aldeas pudo haber encontrado una comadre o una mujer sabia o un hechicero que conociera el símbolo de la Mano y que lo ayudara; pero con Sabueso siguiendo su rastro, es más probable que abandonara Havnor tan pronto como pudiera, navegando como tripulante en un barco pesquero de los estrechos de Ebavnor, o como un comerciante del Mar Interior.

En la isla de Ark, y en Orrimy en Hosk, y más abajo, en las Noventa Islas, se conocen cuentos sobre un hombre que llegó buscando una tierra en la que la gente se acordaba de la justicia de los reyes y del honor de los magos, y llamaba a aquella tierra la isla de Morred. No se sabe si estas historias son sobre Medra, ya que utilizó muchos nombres, y muy pocas veces, quizá nunca, se llamaba a sí mismo Nutria. La caída de Gelluk no había derrocado a Losen. El rey pirata tenía a otros magos trabajando para él, entre ellos un hombre llamado Primitivo, a quien le hubiera gustado encontrar al joven advenedizo que derrotara a su maestro Gelluk. Y Primitivo tenía bastantes posibilidades de encontrarlo. El poder de Losen se extendía por todo Havnor y hacia el norte del Mar Interior, aumentando con los años; y el olfato de Sabueso era más fino que nunca.

Tal vez fue para escapar a la persecución que Medra fue a Pendor, un largo camino hacia el oeste del Mar Interior, o tal vez algún rumor que corría entre las mujeres de la Mano de Hosk lo llevó hasta allí. Pendor era una isla rica, en aquel entonces, antes de que el dragón Yevaud arrasara con todo lo que había en ella. Dondequiera que hubiera ido Medra hasta entonces, había encontrado las tierras en el mismo estado que Havnor, o peor, hundidas en guerras, ataques y piratería, los campos invadidos por la mala hierba, los pueblos llenos de ladrones. Tal vez, pensó al principio, en Pendor había encontrado la isla de Morred, porque la ciudad era hermosa y tranquila, y la gente era próspera.

Allí conoció a un mago, un anciano llamado Grandragón, cuyo verdadero nombre se ha perdido. Cuando Grandragón escuchó la historia de la isla de Morred sonrió, pareció entristecerse y sacudió la cabeza.

–No es aquí –dijo–. No es esto. Los Señores de Pendor son buenos hombres. Se acuerdan de los reyes. No buscan guerras ni saquean. Pero envían a sus hijos hacia el oeste a cazar dragones. Como deporte. ¡Como si los dragones del Confín del Poniente fueran patos o gansos para matanza! Nada bueno resultará de todo eso.

Grandragón aceptó a Medra como su alumno, con gratitud.

–Aprendí mi arte de un mago que me ofreció libremente todo lo que sabía, pero nunca he encontrado a nadie a quien ofrecerle ese conocimiento, hasta que has llegado tú –le dijo a Medra–. Los muchachos acuden a mí y me dicen: «¿Para qué sirve? ¿Puedes encontrar oro?», me preguntan. «¿Puedes enseñarme cómo convertir piedras en diamantes? ¿Puedes darme una espada para matar a un dragón? ¿De qué sirve hablar del equilibrio de las cosas? No se gana nada con ello», dicen. ¡No se gana nada! –Y el anciano siguió hablando de la locura de los jóvenes y los males de los tiempos modernos.

Cuando llegaba el momento de enseñar lo que sabía, era incansable, generoso y exigente. Por primera vez, se le ofreció a Medra una visión de la magia, no como una serie de extraños dones y acciones sin sentido, sino como un arte y un oficio que podía conocerse verdaderamente con mucho estudio, y podía utilizarse correctamente después de mucha práctica, aunque incluso entonces nunca perdería su extrañeza. El dominio de conjuros y de hechizos de Grandragón no era mucho mejor que el de su alumno, pero tenía clara en su mente la idea de algo mucho más grande, la del conocimiento. Y eso lo convertía en mago.

Mientras lo escuchaba, Medra pensó en cómo él y Anieb habían caminado en la oscuridad y bajo la lluvia con el tenue resplandor que les permitía ver solamente el siguiente paso que podían dar, y

en cómo habían levantado la mirada para ver la cuesta roja de la montaña al amanecer.

–Todo hechizo depende de todos los demás hechizos –decía Grandragón–. ¡Cada movimiento de una única hoja mueve todas las hojas de todos los árboles en todas las islas de Terramar! Hay un todo. Eso es lo que debes buscar y a lo que debes recurrir. Nada sale bien sino como parte de ese conjunto. Solo en él reside la libertad.

Medra se quedó durante tres años con Grandragón, y cuando el anciano mago murió, el Señor de Pendor le pidió a Medra que ocupara su lugar. A pesar de tanto despotricar y enfadarse contra los cazadores de dragones, Grandragón había sido venerado en su isla, y su sucesor tendría tanta veneración como poder. Tal vez con la tentación de creer que había llegado más cerca de la isla de Morred de lo que jamás podría estarlo, Medra se quedó en Pendor durante bastante tiempo. Salió a navegar con el joven señor en su barco, pasando las Toringas, y adentrándose en el Confín del Poniente, en busca de dragones. Su corazón anhelaba fervientemente ver a un dragón, pero algunas tormentas inoportunas, el perverso clima de aquellos años, arrastraron su barco tres veces de regreso a Ingat, y Medra se negó a llevarlo hacia el oeste nuevamente entre aquellos vendavales. Había aprendido bastante a trabajar con el clima desde sus días en un laúd en la bahía de Havnor.

Un tiempo después de aquello, abandonó Pendor, se encaminó nuevamente hacia el sur, y tal vez fuera a Ensmer. Con una u otra apariencia, llegó finalmente a Geath, en las Noventa Islas.

Allí pescaban ballenas, y todavía lo hacen. Ése era un negocio en el que él no quería participar. Sus barcos y su pueblo apestaban. No le gustaba embarcarse en un barco de esclavos, pero la única nave que salía de Geath hacia el este era una galera con un cargamento de aceite de ballena que llegaría hasta el Puerto de O. Había oído hablar del Mar Cerrado, al sur y al este de O, en donde había islas ricas, poco conocidas, que no comerciaban con las tierras del Mar Interior. Lo que él buscaba podría estar allí. Así que viajó

como hechicero de vientos y nubes en una galera remada por cuarenta esclavos.

Por una vez el clima era bastante bueno: un buen viento, un cielo azul con pequeñas nubes blancas, los cálidos rayos del sol de finales de la primavera. Tenían una buena travesía desde Geath. A últimas horas de la tarde oyó que el capitán del barco le decía al timonel:

–Esta noche mantén la dirección hacia el sur, para que no despertemos en Roke.

No había oído hablar acerca de aquella isla, así que preguntó:

–¿Qué hay allí?

–Muerte y desolación –dijo el capitán del barco, un hombre de poca estatura, de ojos pequeños, tristes y sabios, como los de una ballena.

–¿Guerra?

–Desde hace muchos años. Pestes, magia negra. Todas las aguas que la rodean están malditas.

–Gusanos –dijo el timonel, el hermano del capitán–. Si atrapas un pez en cualquier parte cerca de Roke, lo encontrarás lleno de gusanos, como un perro muerto sobre un estercolero.

–¿Hay gente que todavía vive allí? –preguntó Medra, y el capitán le contestó:

–Brujas.

Mientras su hermano añadía:

–Comedores de gusanos.

Hay muchas islas como esa en el Archipiélago, convertidas en estériles y desoladas por plagas y maldiciones de magos rivales; eran viles lugares a los que ir, e incluso por los que pasar, y Medra no pensó más en aquel sitio, hasta aquella noche.

Mientras dormía afuera en la cubierta, con la luz de las estrellas sobre su rostro, tuvo un sueño sencillo y vívido: era de día, algunas nubes atravesaban apresuradamente un brillante cielo y al otro lado del mar vio la curva de una alta colina verde iluminada por el sol. Se despertó con la imagen aún clara en su mente, sabiendo que la

había visto ya hacía diez años, en la habitación cerrada por hechizos del cuartel de las minas de Samory.

Se incorporó. El mar oscuro estaba tan tranquilo que las estrellas se reflejaban aquí y allá sobre el lustroso sotavento de las largas oleadas. Las galeras a remo raras veces se alejaban de la vista de la tierra, y raras veces remaban por la noche, deteniéndose, en cambio, en cualquier bahía o en cualquier puerto; pero en esta travesía no se echaron amarras, y puesto que el clima era tan apaciblemente templado, habían levantado el mástil y la gran vela cuadrada. El barco avanzaba suavemente, los esclavos dormían en sus bancos, los hombres libres de la tripulación estaban todos dormidos, excepto el timonel y el centinela, y el centinela estaba adormecido. El agua susurraba a su lado, las cuadernas crujían un poco, la cadena de un esclavo sonaba por allí, y volvía a sonar.

«No necesitan un maestro de vientos y nubes en una noche así, y todavía no me han pagado», dijo Medra a su conciencia. Había despertado de su sueño con el nombre Roke en la cabeza. ¿Por qué nunca había oído hablar de aquella isla, ni la había visto en un mapa? Podría estar maldita y desierta como ellos decían, pero ¿no estaría igualmente indicada en los mapas?

«Podría volar hasta allí como una golondrina de mar y regresar al barco antes de que se haga de día», se dijo a sí mismo, pero no se movió. Iban camino al Puerto de O. Las tierras arruinadas eran demasiado comunes. No había necesidad de volar para encontrarlas. Se acomodó en su rollo de cables, y se puso a mirar las estrellas. Hacia el oeste, vio las cuatro estrellas brillantes de la Fragua, bajas sobre la mar. Estaban un poco borrosas, y mientras las miraba parpadearon, una por una.

Un mínimo temblor sobrevoló las lentas y tranquilas oleadas.

–Capitán –dijo Medra, poniéndose de pie–, despierte.

–¿Y ahora qué pasa?

–Viene un viento de brujas. Se acerca. Que arríen la vela.

No soplaba ningún viento. El aire era cálido, la gran vela pendía inmóvil. Solamente las estrellas del oeste se desvanecían hasta

desaparecer en una oscuridad silenciosa que se hacía más y más intensa.

El capitán lo observó.

–¿Viento de brujas, dices? –preguntó, receloso.

Los hombres astutos utilizaban el clima como un arma, enviando numerosas lluvias para estropear las cosechas del enemigo, o un vendaval para hundir sus barcos; y tales tormentas, anormales y salvajes, podían arrasar y pasar más allá del sitio al cual habían sido enviadas, molestando a segadores o a navegantes aunque estuvieran a cien millas de distancia.

–Bajen la vela –repitió Medra, perentorio. El capitán bostezó y maldijo y comenzó a gritar órdenes. La tripulación se levantó lentamente, y lentamente comenzó a arriar la poco manejable vela, y el jefe de los remeros, después de hacerle varias preguntas al capitán y a Medra, comenzó a gritar a los esclavos y a caminar a grandes zancadas entre ellos, azotándolos a diestro y siniestro con su cuerda anudada. La vela estaba a medias arriada, los tripulantes a medio trabajar, el hechizo de permanencia de Medra a medias pronunciado, cuando el viento de brujas comenzó a soplar.

Comenzó con un tremendo trueno que trajo consigo una repentina y completa oscuridad y una fuerte lluvia. El barco daba bandazos como un caballo encabritado, y luego se balanceó con tanta fuerza y tan lejos que el mástil se rompió y se aflojó de su base, a pesar de que los estayes aguantaron. La vela chocó contra el agua, salpicó e inclinó la galera hacia la derecha, las inmensas olas golpeaban contra los escálamos, los esclavos encadenados luchaban y gritaban en sus bancos, los barriles de aceite se rompían, chocando y retumbando unos contra otros. El mar empujó la galera hasta levantarla, la cubierta perpendicular al mar, hasta que una terrible ola de tormenta la golpeó, la inundó y la hundió. Todos los gritos y los alaridos de los hombres se convirtieron de repente en silencio. No había sonido alguno a no ser el repiqueteo de la lluvia sobre el mar, a medida que el impredecible viento se desplazaba

hacia el este. Mientras soplaba, un ave marina blanca batió sus alas desde el agua negra y voló, frágil y desesperada, hacia el norte.

Marcadas sobre estrechas arenas bajo graníticos acantilados, en la primera luz, se veían las huellas de un pájaro. De ellas surgían las huellas de un hombre caminando, alejándose cada vez más de la playa, que iba estrechándose cada vez más entre los acantilados y el mar. Luego las huellas cesaban.

Medra conocía el peligro de adoptar reiteradamente formas que no fueran la suya, pero estaba conmocionado y debilitado a causa del naufragio y el largo vuelo de la noche, y la playa gris lo conducía únicamente al pie de unos acantilados que no podía escalar. Pronunció la palabra una vez más, y voló como una golondrina de mar, con sus rápidas e infatigables alas hasta la cima de los acantilados. Luego, poseído por el vuelo, siguió volando sobre una tierra en la que amanecía sombríamente. A lo lejos, brillante bajo los primeros rayos de sol, vio la curva de una alta colina verde.

Hasta ella voló, y sobre ella se posó, y cuando tocó la tierra era un hombre otra vez.

Se quedó allí de pie durante un rato, desconcertado. Le parecía que no había sido por su propia voluntad o decisión que había adoptado su propia forma, sino que al pisar aquel suelo, aquella colina, se había convertido en él mismo. Una magia más poderosa que la suya imperaba aquí.

Miró a su alrededor, curioso y con recelo. En toda la colina florecían hierbas centellas, sus largos pétalos destacaban amarillos entre los hierbajos. Los niños de Havnor conocían aquella flor. Decían que eran las cenizas que el viento había sembrado cuando se produjo el incendio de Ilien, cuando el Señor del Fuego atacó las islas, y Erreth-Akbé luchó con él y lo derrotó. Mientras permanecía allí de pie, en la memoria de Medra aparecieron cuentos y cantares sobre los héroes: Erreth-Akbé y los héroes anteriores a él, la Reina Águila, Heru, Akambar, quien condujo a los Kargos hacia el este, y

Serriadh el pacificador, y Elfarran de Soléa, y Morred, el Blanco Encantador, el amado rey. Los valientes y los sabios, todos acudieron ante él como si hubieran sido invocados, como si él los hubiera llamado, a pesar de que no había sido así. Podía verlos. Estaban de pie entre las altas hierbas, entre las flores con forma de llamas que se agitaban suavemente en el viento de la mañana.

Después desaparecieron todos, y se quedó allí solo sobre la colina, temblando y pensando. «He visto las reinas y los reyes de Terramar –pensó–. Pero son solamente la hierba que crece en esta colina.»

Lentamente rodeó el lado este de la cumbre de la colina, ya iluminada y cálida por la luz del sol que aparecía a un par de dedos de distancia sobre el horizonte. Al mirar bajo el sol, vio los tejados de un pueblo en la punta de una bahía que se abría hacia el este, y detrás de él, la alta línea del borde del mar atravesando la mitad del mundo. Al girar hacia el oeste, vio campos, pastos y caminos. Hacia el norte había extensas colinas verdes. En un pliegue de tierra, hacia el sur, un bosquecillo de altos árboles captó su mirada y la mantuvo allí fija. Pensó que era el comienzo de un gran bosque como Faliern en Havnor, y entonces no supo por qué pensaba eso, ya que detrás del bosquecillo podía ver brezales y pastos sin árboles.

Se quedó allí de pie durante un largo rato antes de bajar atravesando los altos hierbajos y las hierbas centellas. Cuando llegó al pie de la colina, se encontró con un camino. Este lo condujo a través de tierras de labranza que parecían estar bien cuidadas, aunque muy solitarias. Buscó un camino o un sendero que lo llevara hasta el pueblo, pero no había ninguno que fuese hacia el este. No había ni un alma en los campos, algunos de los cuales estaban recién arados. Ningún perro ladraba mientras pasaba por allí. Únicamente en un cruce de caminos, un viejo burro que pastaba en un campo pedregoso se acercó hasta la cerca de madera y sacó la cabeza, en busca de compañía. Medra se detuvo para acariciar la cara huesuda y de un color marrón grisáceo. Un hombre de la

ciudad y de aguas saladas sabía muy poco acerca de las granjas y de sus animales, pero pensó que el burro lo miraba con buenos ojos.

–¿Dónde estoy, burro? –le preguntó–. ¿Cómo llego hasta aquel pueblo que he visto?

El burro apoyó la cabeza con fuerza contra su mano, para que Nutria continuara rascándole en el lugar que estaba justo sobre los ojos y debajo de las orejas. Cuando lo hizo, dio un ligero golpe con su larga oreja derecha, así que, cuando Medra se alejó del burro, cogió el camino a la derecha del cruce, aunque parecía que llevaba de regreso a la colina; y en poco tiempo se encontró entre casas, y luego caminando por una calle que llevaba finalmente hasta el pueblo que estaba en la punta de la bahía.

El lugar estaba tan extrañamente silencioso como las tierras de labranza. Ni una voz, ni un rostro. Era difícil sentirse incómodo en un pueblo que parecía bastante común en una agradable mañana de primavera, pero en semejante silencio debió de preguntarse si estaba de hecho en un sitio asolado por alguna peste, o en una isla maldita. Siguió avanzando. Entre una casa y un viejo ciruelo había una cuerda con ropa colgada, las prendas en ella tendidas ondeaban en la soleada brisa. Un gato se acercó por la esquina de un jardín, no uno abandonado y extenuado por el hambre, sino un saludable gato de patas blancas y grandes bigotes. Y por fin, provenientes de la pequeña y empinada callejuela, que en ese lugar estaba adoquinada, oyó voces.

Se detuvo para escuchar, y no oyó nada.

Siguió caminando hasta llegar al pie de la calle. Esta se abría a una pequeña plazoleta con un mercado. Allí había alguna gente reunida, no mucha. No estaban ni comprando ni vendiendo. No había ni casetas ni puestos allí instalados. Lo estaban esperando a él.

Desde el primer momento en que había caminado por la verde colina, sobre el pueblo, y desde que había visto las brillantes sombras en la hierba, su corazón había estado tranquilo. Estaba expectante, invadido por una sensación de gran extrañeza, pero no

asustado. Se quedó inmóvil y observó a la gente que venía a reunirse con él.

Tres de ellos se acercaron: un anciano, grande, amplio de pecho y brillantes cabellos blancos, y dos mujeres. Un mago reconoce a otro mago, y Medra supo que eran mujeres de poder.

Levantó su mano cerrada en un puño y luego, girándola y abriéndola, la puso ante ellos con la palma hacia arriba.

–Ah –dijo una de las mujeres, la más alta de las dos, y se rio. Pero no respondió al gesto.

–Dinos quién eres –dijo el hombre de cabello blanco, bastante cortésmente, pero sin saludarlo ni darle la bienvenida–. Dinos cómo llegaste hasta aquí.

–Nací en Havnor y se me enseñó a construir barcos y magia. Estaba a bordo de un navío que debía ir desde Geath hasta el Puerto de O. Fui el único que no se ahogó, anoche, cuando un viento de brujas arrasó con el barco –luego se quedó en silencio. Pensó en el barco y los hombres encadenados en él se tragaron su mente como el mar negro se los había tragado a ellos. Jadeó, como si acabara de resurgir del agua, a punto de ahogarse.

–¿Cómo llegaste hasta aquí?

–Como... como un pájaro, una golondrina de mar. ¿Es esta la isla de Roke?

–¿Te transformaste?

Asintió con la cabeza.

–¿A quién sirves? –preguntó la más baja y joven de las mujeres, quien habló por primera vez. Tenía un rostro agudo y severo, con largas cejas negras.

–No tengo señor.

–¿Qué ibas a hacer a Puerto de O?

–En Havnor, hace años, pertenecía a la servidumbre. Los que me liberaron me hablaron de un lugar en el que no hay señores, y en el que el reinado de Serriadh es recordado, y donde las artes son honradas. He estado buscando ese lugar, esa isla, durante siete años.

–¿Quién te habló de ella?

–Las mujeres de la Mano.

–Cualquiera puede hacer un puño y mostrar una palma –dijo la mujer alta, agradablemente–, pero no todos pueden volar hasta Roke. O nadar, o navegar, o llegar de cualquier otra manera. Así que debemos preguntar qué te ha traído hasta aquí.

Medra tardó bastante en contestar.

–El azar –dijo finalmente–, respondiendo a un gran deseo. No el arte. No el conocimiento. Creo que he llegado al lugar que buscaba, pero no lo sé. Creo que vosotros podéis ser las personas sobre las que ellos me hablaron, pero no lo sé. Creo que los árboles que he visto desde la colina albergan algún gran misterio, pero no lo sé. Solamente sé que desde que puse mis pies sobre aquella colina he estado como estuve cuando era un niño y escuché por primera vez cantar *La Gesta de Enlad*. Perdido entre maravillas.

El hombre de cabello blanco miró a las dos mujeres. Otra gente se había acercado, y estaban hablando un poco en voz muy baja.

–Si te quedaras aquí, ¿qué harías? –le preguntó la mujer de cejas negras.

–Puedo construir barcos, o arreglarlos, y navegar con ellos. Puedo descubrir cosas, sobre y bajo tierra. Puedo trabajar con el clima, si es que necesitan eso para algo. Y aprenderé el arte de cualquiera que quiera enseñarme.

–¿Qué quieres aprender? –le preguntó la mujer alta con su suave voz.

Ahora Medra sintió que le habían hecho la pregunta de la que dependía el resto de su vida, para bien o para mal. Una vez más se quedó en silencio durante un rato. Comenzó a hablar, y se calló, y finalmente habló.

–No pude salvar a alguien, no a cualquiera, a alguien que me salvó –dijo–. Nada de lo que sé pudo liberarla. No sé nada. Si vosotros sabéis cómo ser libres, os lo suplico, ¡enseñadme!

–¡Libres! –dijo la mujer alta, y su voz chasqueó como un látigo. Luego miró a sus compañeros, y después de un rato sonrió un poco.

Volvió a mirar a Medra y le dijo–: Somos prisioneros, así que la libertad es algo que estudiamos. Tú llegaste aquí atravesando las paredes de nuestra prisión. Buscando libertad, dices. Pero deberías saber que abandonar Roke puede ser incluso más difícil que llegar a ella. Una prisión dentro de otra prisión, y parte de ella la hemos construido nosotros mismos. –Miró a los otros–. ¿Qué decís? –les preguntó.

Dijeron poco, aparentemente consultándose y asintiendo entre ellos casi en silencio. Por fin la mujer de más baja estatura miró a Medra con sus ojos feroces.

–Quédate si quieres –le dijo.

–Lo haré.

–¿Cómo quieres que te llamemos?

–Golondrina –respondió; y así lo llamaron.

Lo que encontró en Roke fue menos y más que la esperanza y el rumor que había perseguido durante tanto tiempo. La isla de Roke era, según ellos decían, el corazón de Terramar. La primera tierra Segoy que surgió de las aguas en el comienzo de los tiempos fue la resplandeciente Éa del Mar del Norte, y la segunda fue Roke. Aquella colina verde, el collado de Roke, fue asentada más profundamente que todas las demás islas. Los árboles que él había visto, que a veces parecían estar en un lugar de la isla y a veces en otro, eran los árboles más viejos del mundo, y eran el origen y el centro de la magia.

–Si el Bosquecillo fuera talado, toda la magia desaparecería. Las raíces de esos árboles son las raíces del conocimiento. Las formas que las sombras de sus hojas hacen bajo la luz del sol escriben las palabras que se pronunciaron en la Creación.

Eso es lo que dijo Ascua, su maestra de feroces cejas negras.

En Roke, todos los maestros del arte de la magia eran mujeres. No había hombres de poder, en realidad había pocos hombres en la isla.

Treinta años antes, los señores piratas de Wathort habían enviado una flota para que conquistara Roke, no por su riqueza, que era escasa, sino para romper el poder de su magia, que tenía reputación de ser inmenso. Uno de los magos de Roke había traicionado a la isla con los hombres astutos de Wathort, debilitando sus hechizos de defensa y de advertencia. Una vez que estos fueron rotos, los piratas tomaron la isla, no con sortilegios, sino por la fuerza y con fuego. Sus grandes barcos llenaron la bahía de Zuil, sus hordas quemaron y saquearon, sus buscadores de esclavos se llevaron hombres, niños y mujeres jóvenes. Los niños más pequeños y los ancianos fueron asesinados. Incendiaron todas las casas y todos los campos con los que se encontraron. Cuando se fueron en sus barcos, después de unos días, no dejaron nada en pie en aquella aldea, las granjas en ruinas o desoladas.

El pueblo que estaba en la punta de la bahía, Zuil, compartía algo de lo extraordinario del Collado y del Bosquecillo, porque a pesar de que los invasores lo arrasaron buscando esclavos y botines, e incendiándolo todo, los incendios se habían extinguido y las estrechas callejuelas habían extraviado a los merodeadores. Muchos de los isleños que sobrevivieron eran mujeres sabias y sus hijos, que se habían escondido en el pueblo o en el Bosquecillo Inmanente. Los hombres que había ahora en Roke eran aquellos niños que habían quedado, ya adultos, y algunos hombres que ahora eran ancianos. No había más norma que la de las mujeres de la Mano, puesto que eran sus hechizos los que habían protegido a Roke durante tanto tiempo, y la protegían ahora mucho más cuidadosamente.

Confiaban poco en los hombres. Un hombre los había traicionado. Más hombres los habían atacado. Eran las ambiciones de los hombres, decían, las que habían pervertido todas las artes con el fin de obtener algún tipo de beneficio.

–No hacemos tratos con sus gobiernos –dijo la alta Velo con su suave voz.

Pero, sin embargo, Ascua le dijo a Medra:

–Nosotros somos nuestra propia perdición.

Los hombres y las mujeres de la Mano se habían reunido en Roke hacía cien años o más, formando una liga de magos. Orgullosos y protegidos por sus poderes, habían buscado enseñar a otros a unirse en secreto contra los que hacían la guerra y los buscadores de esclavos, hasta que pudieran sublevarse abiertamente contra ellos. Las mujeres siempre habían sido las líderes de las ligas, decía Ascua, y también las mujeres, bajo la apariencia de vendedoras de bálsamos, constructoras de redes y de cosas semejantes, se habían ido de Roke hacia otras tierras de alrededor del Mar Interior, tejiendo una extensa y sutil red de resistencia. Incluso ahora, había hebras y nudos que habían quedado de aquella red. Medra se había topado con uno de esos trozos por primera vez en la aldea de Anieb, y lo había seguido desde entonces. Pero aquel rastro no lo había conducido hasta allí. Desde los ataques, la isla de Roke se había aislado completamente, se había encerrado dentro de poderosos hechizos de protección tejidos y retejidos por las mujeres sabias de la isla, y no comerciaba con ningún otro pueblo.

–No podemos salvarlos –dijo Ascua–. No pudimos salvarnos a nosotros mismos.

Velo, con su dulce voz y su sonrisa, era implacable. Le dijo a Medra que a pesar de que consentía en que se quedara en Roke, lo hacía para vigilarlo.

–Tú atravesaste nuestras defensas una vez –le dijo–. Todo lo que dices de ti mismo puede ser verdad, o puede no serlo. ¿Qué puedes decirme que me haga confiar en ti?

Estuvo de acuerdo con los otros en darle una pequeña casa junto al puerto y un trabajo como ayudante de la encargada del astillero de Zuil, quien se había enseñado a sí misma el oficio y recibió bien la destreza de Medra. Velo no puso dificultades en su camino, y siempre lo saludaba gentilmente. Pero le había preguntado: «¿Qué puedes decirme que me haga confiar en ti?», y él no había podido responderle.

Ascua generalmente lo miraba con el ceño fruncido cuando él la saludaba. Le formulaba bruscas preguntas, escuchaba sus respuestas y no decía nada.

Él le pidió, un poco tímidamente, que le dijera lo que era el Bosquecillo Inmanente, ya que cuando le había preguntado a otros, le habían contestado: «Ascua puede decírtelo». Ella esquivó su pregunta, no arrogantemente sino de modo definitivo, diciéndole:

–Puedes aprender acerca del Bosquecillo, únicamente en él y desde él.

Unos días después bajó a las arenas de la bahía de Zuil, en donde él estaba reparando un bote pesquero. Lo ayudó en lo que pudo, y le hizo preguntas sobre la construcción de barcos, y él le contestó y le enseñó lo que pudo. Fue una tarde tranquila, pero cuando cayó la noche ella se fue abruptamente, como solía hacerlo. Él sentía cierto sobrecogimiento ante ella; era impredecible. Se quedó pasmado cuando, no mucho tiempo después, ella le dijo:

–Iré al Bosquecillo después de la Larga Danza. Ven si quieres.

Parecía que desde el collado de Roke podía verse toda la extensión del Bosquecillo y, sin embargo, si uno se adentraba en él no siempre salía nuevamente a los campos. Uno avanzaba caminando bajo los árboles. En el Bosquecillo interior eran todos de una misma clase, los cuales no crecían en ningún otro lugar, pero sin embargo, no tenían ningún nombre en Hardic más que el de «árbol». En el Habla Antigua, decía Ascua, cada uno de esos árboles tenía su propio nombre. Se seguía caminando, y después de un tiempo se encontraba aún caminando de nuevo entre árboles conocidos, robles y hayas y fresnos, castaños y nogales y sauces, verdes en primavera y desnudos en invierno; había abetos oscuros, y cedros, y un alto árbol de hojas perennes que Medra no conocía, con una corteza suave y rojiza, y un follaje frondoso. Se seguía caminando, y el camino a través de los árboles nunca era el mismo. La gente de Zuil le había dicho que era mejor no ir demasiado lejos, ya que únicamente regresando por donde se había ido podía asegurarse salir a los campos.

–¿Hasta dónde llega el bosque? –preguntó Medra, y Ascua le contestó:

–Hasta donde llegue tu mente –las hojas de los árboles hablaban, decía ella, y las sombras podían leerse.

–Estoy aprendiendo a hacerlo –le dijo.

Cuando estaba en Orrimy, Medra había aprendido a leer las escrituras comunes del Archipiélago. Más tarde, Grandragón de Pendor le había enseñado algunas de las runas del poder. Ése era un saber popular conocido. Lo que Ascua había aprendido sola en el Bosquecillo Inmanente no lo sabía nadie excepto aquellos con los que ella compartía su conocimiento. Durante todo el verano vivía en el Bosquecillo, con tan solo una caja para mantener a los ratones y a las ratas del bosque apartados de su escasa provisión de comida, un refugio hecho con ramas, y un fuego de cocina cerca de un arroyo que salía del bosque para unirse al pequeño río que descendía hasta la bahía.

Medra acampó por allí cerca. No sabía lo que Ascua quería de él; esperaba que tuviera la intención de enseñarle, de comenzar a contestar sus preguntas sobre el Bosquecillo. Pero ella no decía nada, y él era tímido y prudente, por temor a inmiscuirse en su soledad, la cual lo intimidaba al igual que la extrañeza del propio Bosquecillo. Al segundo día de estar allí, ella le pidió que la acompañara y lo condujo muy lejos hacia el interior de la floresta. Caminaron en silencio durante horas. En el mediodía estival, el bosque estaba en silencio. No cantaba ningún pájaro. Las hojas no se agitaban. Los pasillos entre los árboles eran infinitamente diferentes y todos iguales. No supo cuándo dieron la vuelta para regresar, pero sí que habían caminado más allá de los límites de Roke.

Salieron nuevamente a las tierras de labrantío y los pastos en la cálida noche. Cuando regresaban caminando a su lugar de acampada, él vio como las cuatro estrellas de la Fragua salían por detrás de las colinas del oeste.

Ascua se alejó de él con tan solo un «Buenas noches».

Al día siguiente le dijo:

–Voy a sentarme bajo los árboles.

Al no estar seguro de lo que ella esperaba que hiciera, la siguió a cierta distancia hasta que llegaron a la parte más profunda del Bosquecillo, donde todos los árboles eran de la misma clase, desconocidos, pero sin embargo, cada uno con su propio nombre. Cuando ella se sentó sobre el suave mantillo que había entre las raíces de un árbol grande y viejo, él encontró un lugar no demasiado lejos de allí para sentarse a su vez; y mientras ella observaba y escuchaba y se quedaba inmóvil, él observó y escuchó y se quedó inmóvil. Hicieron eso durante varios días. Hasta una mañana en que, con un humor rebelde, él se quedó junto al arroyo mientras Ascua se adentraba en el Bosquecillo. Ella no miró hacia atrás.

Velo fue desde Zuil aquella mañana, trayéndoles una cesta con pan, queso, cuajadas de leche y frutas de verano.

–¿Qué has aprendido? –le preguntó a Medra fría pero gentilmente, como solía hacerlo, y él le contestó:

–Que soy un tonto.

–¿Por qué dices eso, Golondrina?

–Un tonto podría sentarse debajo de los árboles para siempre y no aprender nada.

La mujer alta sonrió un poco.

–Mi hermana nunca antes le ha enseñado a un hombre –le dijo. Le lanzó una mirada, y luego retiró la vista, miraba ahora los campos veraniegos–. Nunca antes había mirado a un hombre.

Medra se quedó en silencio. Sentía su rostro caliente. Miró hacia abajo.

–Yo pensaba... –dijo, y se detuvo.

En las palabras de Velo vio, de repente, el otro lado de la impaciencia de Ascua, su ferocidad, sus silencios.

Había intentado mirar a Ascua como a alguien intocable, mientras que lo que ansiaba era tocar su suave piel morena, sus brillantes cabellos negros. Cuando ella lo miraba fijamente, como desafiándolo repentina e incomprensiblemente, él pensaba que

estaba enfadada con él. Temía insultarla, ofenderla. ¿A qué le temía ella? ¿Al deseo de él? ¿Al de ella? Y sin embargo, no era una muchacha sin experiencia, era una mujer sabia, una maga, ¡ella, que caminaba por el Bosquecillo Inmanente y entendía las formas de las sombras!

Mientras permanecía de pie en el borde del bosque con Velo, todo esto pasó como una ráfaga por su mente, como una inundación que se abre paso a través de una represa.

–Yo creía que los magos se mantenían apartados de los demás –dijo finalmente–. Grandragón me dijo que hacer el amor es deshacer el poder.

–Eso es lo que dicen algunos hombres sabios –dijo Velo suavemente, volvió a sonreír y le dijo adiós.

Medra se pasó toda la tarde confundido, furioso. Cuando Ascua salió del Bosquecillo y se dirigió hacia su frondoso cenador río arriba, él fue hasta allí, llevando la cesta de Velo como excusa.

–¿Puedo hablar contigo? –le preguntó.

Ella asintió brevemente con la cabeza, frunciendo sus cejas negras.

Él no dijo nada. Ella se agachó para ver lo que había en la cesta.

–¡Melocotones! –exclamó, y sonrió.

–Mi maestro Grandragón me dijo que los hechiceros que hacen el amor deshacen su poder –dijo él de repente.

Ella no dijo nada, sacaba lo que había dentro de la cesta, dividiendo todo entre los dos.

–¿Crees que eso es verdad? –le preguntó él.

Ella se encogió de hombros.

–No –le contestó. Se quedó allí de pie sin poder decir una palabra. Después de un rato ella levantó la vista para mirarlo–. No –repitió con una voz suave y muy baja–, no creo que eso sea verdad. Creo que todos los poderes verdaderos, todos los antiguos poderes, en la raíz son uno. –Él todavía seguía allí de pie, y ella dijo–: ¡Mira

los melocotones! Están todos maduros. Tendremos que comérnoslos enseguida.

–Si te digo mi nombre –dijo él–, mi verdadero nombre...

–Yo te diría el mío –dijo ella–. Sí, así... sí, así es como debemos comenzar.

Comenzaron, sin embargo, con los melocotones.

Los dos eran tímidos. Cuando Medra cogió la mano de ella, la de él tembló, y Ascua, cuyo nombre era Elehal, se apartó de él con el ceño fruncido. Luego ella tocó su mano muy suavemente. Cuando él acarició su suave y brillante cabellera, ella parecía solamente estar soportando sus caricias, y entonces él se detuvo. Cuando trató de abrazarla, ella estaba rígida, rechazándolo. Luego ella se dio vuelta y, feroz, repentina y torpemente, lo cogió entre sus brazos. No fue la primera noche, ni las primeras noches, que pasaron juntos, las que les dieron a ninguno de ellos demasiado placer o comodidad. Pero aprendieron el uno del otro, y pasaron por la vergüenza y el temor, hasta llegar a la pasión. Fue entonces cuando sus largos días en el silencio del bosque, y sus largas noches iluminadas por las estrellas, fueron una alegría para ellos.

Cuando Velo acudió desde el pueblo para traerles lo que quedaba de los últimos melocotones, ellos se rieron; los melocotones eran el mismísimo emblema de su felicidad. Intentaron hacer que se quedara y cenara con ellos, pero ella no quiso.

–Quedaos aquí mientras podáis –les dijo.

El verano terminó demasiado pronto aquel año. Las lluvias llegaron tempranas; la nieve cayó en otoño incluso tan al sur como está Roke. Una tormenta después de la otra, como si los vientos se hubieran sublevado furiosos contra las alteraciones y las intromisiones de los hombres astutos. Las mujeres se reunían y se sentaban junto al fuego en las solitarias granjas; la gente se juntaba alrededor de los hogares en el pueblo de Zuil. Escuchaban el soplar del viento y el caer de la lluvia, o el silencio de la nieve. Fuera de la bahía de Zuil, el mar retumbaba en los arrecifes y en los acantilados,

todo alrededor de las costas de la isla, un mar al que ningún barco podía aventurarse a salir.

Lo que tenían lo compartían. En eso era verdaderamente la isla de Morred. Nadie en Roke pasó hambre o se quedó sin techo, aunque nadie tenía mucho más de lo que necesitaba. Escondidos del resto del mundo, no solamente por el mar y las tormentas sino también por sus defensas que disfrazaban la isla y desviaban a los barcos, trabajaban y hablaban y cantaban los cantares, *El villancico del invierno* y *La gesta del joven rey*. Y tenían libros, las *Crónicas de Enlad* y la *Historia de los héroes sabios*. Las mujeres y los hombres más ancianos leían estos preciados libros en voz alta en una habitación junto al embarcadero, donde las pescadoras fabricaban y remendaban sus redes. Allí había un hogar, y ellas encendían el fuego. La gente acudía incluso desde granjas que estaban en la otra punta de la isla para oír las historias leídas, escuchando en silencio, atentamente.

–Nuestras almas están hambrientas –decía Ascua.

Vivía con Medra en su pequeña casa, que no estaba muy lejos de la Casa de la Red, aunque pasaba muchos días con su hermana Velo. Ascua y Velo habían pasado su infancia en una granja cerca de Zuilburgo hasta que los asaltantes llegaron desde Wathort. Su madre las escondió en un sótano de la granja, y luego utilizó sus hechizos para tratar de defender a su esposo y a sus hermanos, quienes no se escondían, sino que peleaban contra los asaltantes. Fueron asesinados junto con su ganado. Las casas y los graneros fueron incendiados. Las niñas se quedaron en el sótano aquella noche y las siguientes. Los vecinos que llegaron finalmente para enterrar los cuerpos, ya en estado de putrefacción, encontraron a las dos niñas, silenciosas, famélicas, armadas con un azadón y una reja de arado rota, listas para defender los montones de piedras y de tierra que habían apilado sobre sus cabezas.

Medra sabía tan solo un atisbo de la historia de Ascua. Una noche, Velo, que era tres años mayor que Ascua y tenía aquellos

recuerdos mucho más nítidos en su memoria, se la contó por completo. Ascua se sentó con ellos, escuchando en silencio.

En recompensa, él les habló a Velo y a Ascua de las minas de Samory, y acerca del mago Gelluk, y de Anieb, la esclava.

Cuando terminó, Velo se quedó en silencio durante un buen rato y luego dijo:

–Eso era lo que querías decir, cuando llegaste aquí: «No pude salvar a la única que me salvó».

–Y tú me preguntaste: «¿Qué puedes decirme que me permita confiar en ti?».

–Ya me lo has dicho –dijo Velo.

Medra le cogió la mano y apoyó su frente contra ella. Al contar su historia había retenido las lágrimas. Ahora no podía hacerlo.

–Ella me dio la libertad –dijo–. Y todavía siento que todo lo que hago lo hago a través de ella y por ella. No, no por ella. No podemos hacer nada por los muertos. Pero por...

–Por nosotros –dijo Ascua–. Por nosotros que vivimos, escondidos, ni muertos ni matando. Los muertos están muertos. Los grandes y poderosos recorren su camino libremente. Toda la esperanza que queda en el mundo está en la gente de poca importancia.

–¿Acaso deberemos escondernos siempre?

–Has hablado como un hombre –dijo Velo con su dulce y doliente sonrisa.

–Sí –dijo Ascua–. Debemos ocultarnos, y para siempre si es necesario. Porque no queda nada más que morir o matar, más allá de estas costas. Tú lo dices, y yo lo creo.

–Pero no puedes esconder el verdadero poder –dijo Medra–. No durante mucho tiempo. Muere al estar oculto, al no ser compartido.

–La magia no morirá en Roke –dijo Velo–. «En Roke todos los hechizos son fuertes.» Eso es lo que dijo el mismo Ath. Y tú has caminado bajo los árboles... Nuestro trabajo debe ser mantener esa fuerza. Esconderla, sí. Acumularla, como un joven dragón acumula su fuego. Y compartirla. Pero únicamente aquí. Ir pasándola, de uno

a otro, aquí, donde está segura, y donde los ladrones y los asesinos más poderosos menos la buscarían, ya que nadie aquí tiene ninguna importancia. Y un día el dragón recuperará su fuerza. Si requiere mil años...

–Pero fuera de Roke –dijo Medra–, hay personas comunes que trabajan como esclavos y pasan hambre y mueren en la miseria. ¿Deben seguir así durante mil años sin esperanza?

Miraba a las dos hermanas una y otra vez: una tan apacible y tan inflexible, la otra, debajo de su dureza, rápida y tierna como la primera llama de un fuego cautivador.

–En Havnor –dijo él–, lejos de Roke, en una aldea del monte Onn, entre gente que no sabe nada del mundo, todavía hay mujeres de la Mano. Esa red no se ha roto después de tantos años. ¿Cómo se tejió?

–Astutamente –le contestó Ascua.

–¡Y se arrojó muy lejos! –Miró a una y la otra una vez más–. No fui bien educado en la ciudad de Havnor –dijo–. Mis maestros me dijeron que no debía utilizar la magia con malos propósitos, pero ellos vivían con miedo y no tenían fuerza contra los poderosos. Me dieron todo lo que tenían para dar, pero era poco. Fue de pura casualidad que no me equivoqué. Y gracias al don de fuerza que Anieb me diera. Si no hubiese sido por ella todavía sería el sirviente de Gelluk. Sin embargo, a ella misma no le habían enseñado nada, y por eso fue esclavizada. Si la hechicería todavía es enseñada por los mejores y utilizada con malos propósitos por los poderosos, ¿cómo crecerá nuestra fuerza aquí? ¿De qué se alimentará el joven dragón?

–Esto es el centro –dijo Velo–. Debemos permanecer en el centro. Y esperar.

–Tenemos que dar lo que debemos dar –dijo Medra–. Si todos excepto nosotros son esclavos, ¿de qué sirve nuestra libertad?

–El verdadero arte prevalece sobre el falso. El todo no cambiará –dijo Ascua, frunciendo el ceño. Estiró el atizador para juntar a sus tocayas en el hogar, y de un golpe derribó la pila y la hizo arder–. Eso lo sé. Pero nuestras vidas son cortas, y el todo es muy extenso.

Si tan solo Roke fuera ahora lo que solía ser, si tuviéramos más gente del verdadero arte reunida aquí, enseñando y aprendiendo, y también preservando...

–Si Roke fuera ahora lo que solía ser, conocida por su fortaleza, aquellos que nos temen vendrían otra vez a destruirnos –dijo Velo.

–La solución yace en guardar el secreto –dijo Medra–. Pero también yace ahí el problema.

–Nuestro problema es con los hombres –dijo Velo–, si me disculpas, querido hermano. Los hombres tienen más importancia para otros hombres que las mujeres y los niños. Podríamos tener cincuenta brujas aquí, y apenas nos prestarían algo de atención. Pero si hubieran sabido que teníamos cinco hombres poderosos, habrían buscado destruirnos nuevamente.

–Así que aunque había hombres entre nosotras, éramos conocidas como las mujeres de la Mano –dijo Ascua.

–Todavía lo sois –dijo Medra–. Anieb era una de vosotras. Ella y todos nosotros vivimos en la misma prisión.

–¿Qué podemos hacer? –preguntó Velo.

–¡Aprender nuestra fuerza! –le contestó Medra.

–Una escuela –dijo Ascua–. Donde los sabios puedan venir a aprender unos de otros, a estudiar el todo... El Bosquecillo nos protegería.

–Los señores de la guerra detestan a los estudiantes y a los maestros –dijo Medra.

–Creo que también los temen –dijo Velo.

Y así siguieron hablando, durante aquel largo invierno, y otros hablaron con ellos. Lentamente, sus conversaciones pasaron de ser visiones a ser intenciones, de ser deseos a ser planes. Velo siempre era prudente, advirtiendo de los peligros. Duna, el de los cabellos blancos, estaba tan entusiasmado que Ascua dijo que quería comenzar a enseñar magia a todos los niños de Zuil. Una vez que Ascua comenzó a creer que la libertad de Roke consistía en ofrecerles a otros la libertad, dedicó su mente por completo a tratar de encontrar la manera en que las mujeres de la Mano pudieran

recuperar su fuerza otra vez. Pero su mente, formada por sus largas soledades entre los árboles, siempre buscaba la forma y la claridad, y entonces dijo:

–¿Cómo podemos enseñar nuestro arte cuando no sabemos lo que es?

Y todas las mujeres sabias de la isla hablaron acerca de aquello: Cuál era el verdadero arte de la magia y cuándo se convirtió en falso; cómo se mantenía o se perdía el equilibrio de las cosas; qué oficios eran necesarios, cuáles eran útiles, cuáles peligrosos; por qué alguna gente tenía un don pero no otro, y si uno podía o no aprender un arte para el cual no poseía un don innato. En tales discusiones se crearon los nombres que desde entonces han sido asignados a los poderes: descubrir, trabajar con el clima, transformar, curar, invocar, crear formas, nombrar y los oficios de la ilusión y el conocimiento de los cantares. Estas son las artes de los Maestros de Roke incluso ahora, a pesar de que el cantor ocupó el lugar del descubridor cuando el descubrir comenzó a ser considerado un mero oficio provechoso, indigno de un mago.

Y fue con estas discusiones como comenzó la escuela de Roke.

Hay algunos que dicen que los comienzos de la escuela fueron muy diferentes. Dicen que Roke solía ser gobernada por una mujer llamada la Mujer Oscura, que estaba confabulada con los Antiguos Poderes de la tierra. Dicen que vivía en una cueva debajo del collado de Roke, que nunca salía a la luz del día, pero que tejía inmensos hechizos sobre la tierra y el mar que obligaban a los hombres a llevar a cabo sus malvadas intenciones, hasta que el primer Archimago llegó a Roke, abrió la cueva y entró en ella, derrotó a la Mujer Oscura y ocupó su lugar.

En esta historia hay una sola verdad, y es que ciertamente uno de los primeros Maestros de Roke abrió una gran caverna y entró en ella. Pero, a pesar de que las raíces de Roke son las raíces de todas las islas, esa caverna no estaba en Roke.

Y es verdad que en los tiempos de Medra y de Elehal, la gente de Roke, hombres y mujeres, no temía a los Antiguos Poderes de la

tierra, sino que los veneraba, intentaba obtener de ellos fuerza y visión. Eso cambió con los años.

Aquel año la primavera llegó tarde otra vez, fría y tormentosa. Medra se puso a construir barcos. Para cuando florecieron los melocotones, había hecho un esbelto y sólido barco, preparado para adentrarse en lo profundo del mar, construido de acuerdo con el estilo de Havnor. Lo llamó *Esperanza*. No mucho después navegó con él fuera de la bahía de Zuil, sin ningún acompañante.

–Búscame cuando termine el verano –le dijo a Ascua.

–Estaré en el Bosquecillo –dijo ella–. Y mi corazón contigo, mi oscura nutria, mi blanca golondrina, mi amor, Medra.

–Y el mío contigo, mi ascua de fuego, mi árbol floreciente, mi amor, Elehal.

En el primero de sus viajes de descubrimiento, Medra, o Golondrina como solían llamarlo, navegó hacia el norte por el Mar Interior hasta Orrimy, donde había estado hacía algunos años. Allí había gente de la Mano en la cual confiaba. Uno de ellos era un hombre llamado Cuervo, un rico solitario que no tenía ningún don para la magia, pero sí una gran pasión por lo que estaba escrito, por los libros del saber popular y de la historia. Era Cuervo quien había, tal como él decía, hundido la nariz de Golondrina en un libro hasta que fue capaz de leerlo.

–¡Los magos analfabetos son la maldición de Terramar! –gritaba–. ¡El poder ignorante es una cruz!

Cuervo era un hombre extraño, siempre tenía que salirse con la suya, era arrogante, obstinado y, en defensa de su pasión, valiente. Había desafiado el poder de Losen hacía años, había entrado al puerto de Havnor disfrazado y se había ido de allí con cuatro libros de una antigua biblioteca real. Acababa de obtener, y estaba inmensamente orgulloso de ello, un tratado de Way sobre el mercurio.

–Eso también se lo quité a Losen enfrente de sus narices –le dijo a Golondrina–. ¡Ven a echarle un vistazo! Perteneció a un famoso mago.

–Tinaral –dijo Golondrina–. Yo lo conocí.

–El libro es basura ¿verdad? –preguntó Cuervo, que era rápido para captar señales si tenían que ver con libros.

–No lo sé. Yo ando tras una presa más grande. –Cuervo ladeó la cabeza–. El Libro de los Nombres.

–Se perdió con Ath cuando partió rumbo al oeste –dijo Cuervo.

–Un mago llamado Grandragón me dijo que cuando Ath se quedó en Pendor, le dijo a un mago de allí que le había dejado el Libro de los Nombres a una mujer en las Noventa Islas para que lo protegiera.

–¡Una mujer! ¡Para que lo protegiera! ¡En las Noventa Islas! ¿Estaba loco?

Cuervo despotricó, pero ante la mera idea de que el Libro de los Nombres todavía pudiera existir, estaba preparado para partir rumbo a las Noventa Islas tan pronto como golondrina quisiera.

Así que navegaron hacia el sur a bordo del *Esperanza*, desembarcaron primero en la maloliente Geath, y luego, disfrazados de vendedores ambulantes, se abrieron camino de una isleta a otra entre canales laberínticos. Cuervo había abastecido el barco con mejores mercancías de las que la gran mayoría de los habitantes de las islas estaban acostumbrados a ver, y Golondrina las ofrecía a precios justos, mayoritariamente en trueque, ya que había poco dinero entre los isleños. Su popularidad llegaba antes que ellos. Se sabía que comerciaban por libros, si los libros eran viejos y extraños. Pero en las islas todos los libros eran viejos y todos eran extraños, los que había.

Cuervo estaba encantado con obtener un bestiario manchado de agua de la época de Akambar en trueque por cinco botones de plata, un cuchillo con la empuñadura de perlas, y un cuadrado de seda Lorbanery. Se sentaba en el *Esperanza* y canturreaba sobre las antiguas descripciones de harikki y otak y icebear. Golondrina, en

cambio, desembarcaba y recorría todas las islas, enseñando sus mercancías en las cocinas de las amas de casa y en las poco animadas tabernas donde se sentaban los hombres más ancianos. A veces cerraba el puño distraídamente y luego levantaba la mano abriendo la palma, pero nadie allí le devolvía el gesto.

–¿Libros? –les preguntó un trenzador bastante descuidado en el norte de Sudidi–. ¿Como ese de allí? –señaló unas largas tiras de vitela que habían sido utilizadas para techar su casa–. ¿Estas cosas sirven para algo más? –Cuando Cuervo levantó la vista y vio las palabras, visibles aquí y allá entre los desparejos salientes del alero, comenzó a temblar de rabia. Golondrina se apresuró a llevarlo al barco antes de que explotara.

–Era solo el manual de un curandero de bestias –admitió Cuervo, cuando ya estaban navegando otra vez y se había calmado un poco–. «Spavined», pude leer, y algo acerca de las ubres de las ovejas. ¡Si no fuera por la ignorancia!, ¡la bruta ignorancia! ¡Techar su casa con eso!

–Y eran conocimientos útiles –dijo Golondrina–. ¿Cómo puede la gente no ser ignorante cuando el conocimiento no se salva, no se enseña? Si todos los libros pudieran juntarse en un mismo sitio...

–Como la Biblioteca de los Reyes –dijo Cuervo, soñando con glorias perdidas.

–O tu biblioteca –dijo Golondrina, quien se había convertido en un hombre mucho más astuto de lo que solía ser.

–Fragmentos –dijo Cuervo, menospreciando el trabajo de toda su vida–. ¡Restos!

–Comienzos –dijo Golondrina.

Cuervo solo suspiró.

–Creo que podríamos ir otra vez hacia el sur –dijo Golondrina, conduciendo el barco hacia el canal abierto–. Rumbo a Pody.

–Tienes un don para los negocios –le dijo Cuervo–. Sabes dónde buscar. Fuiste directamente a aquel bestiario en el granero... Pero aquí no hay mucho que buscar. Nada de importancia. ¡Ath no hubiera dejado el más grande de todos los libros de saber popular

entre unos patanes que lo convertirían en un tejado! Llévanos a Pody si quieres. Y luego de regreso a Orrimy. Ya he tenido suficiente.

–Y nos estamos quedando sin botones –dijo Golondrina. Estaba contento; tan pronto como había pensado en Pody supo que estaba yendo en la dirección correcta–. Tal vez pueda encontrar algunos por el camino –dijo–. Es mi don.

Ninguno de los dos había estado en Pody. Era una isla del sur con un pueblo portuario bonito pero poco animado y bastante antiguo, Telio, construido de piedra arenisca rosada, y campos y huertas que deberían haber sido fértiles. Pero los señores de Wathort habían gobernado allí durante un siglo, cobrando impuestos y buscando esclavos y agotando las tierras y las personas del lugar. Las soleadas calles de Telio eran tristes y sucias. La gente vivía en ellas como en un yermo, en tiendas de campaña y en cobertizos hechos de chatarra, e incluso sin refugio alguno.

–Oh, esto no servirá –dijo Cuervo, lleno de asco, esquivando una pila de excremento humano–. ¡Estas criaturas no tienen libros, Golondrina!

–Espera, espera –dijo su compañero–. Dame un día.

–Es peligroso –le contestó Cuervo–, y no tiene sentido. –Pero no hizo ninguna otra objeción. El modesto e ingenuo muchacho al que había enseñado a leer se había convertido en su insondable guía.

Lo siguió bajando una de las calles principales y por ella hasta una zona de casas pequeñas, el barrio de los antiguos tejedores. En Pody se había cultivado el lino, y había construcciones de piedra para su enriamiento, ahora en su mayoría fuera de uso, y también telares que se veían desde las ventanas de algunas de las casas. En una pequeña plaza donde había algo de sombra del ardiente sol, cuatro o cinco mujeres estaban sentadas hilando junto a un pozo. Algunos niños jugaban cerca de ellas, apáticos ante el calor, delgados, mirando fijamente a los extraños sin demasiado interés. Golondrina había caminado hasta allí sin dudarlo, como si supiera adónde estaba yendo. En ese momento se detuvo y saludó a las mujeres.

–Oh, hermoso hombre –dijo una de las mujeres con una sonrisa–, ni siquiera nos enseñes lo que tenéis allí, en vuestro saco, porque no tengo ni un centavo de cobre ni de marfil, y hace un mes que no veo ninguno.

–Sin embargo, tal vez tenga un poco de lino, ¿verdad, señora? ¿Tejido o hilado? El lino de Pody es el mejor, eso es lo que he oído en un sitio tan lejano como Havnor. Y yo puedo determinar la calidad de lo que estáis hilando. Es una hebra preciosa, por cierto. –Cuervo observaba a su compañero con regocijo y algo de desdén; él mismo podía negociar por un libro muy astutamente, pero charlar con mujeres comunes acerca de botones y de hebras era indigno de él–. Simplemente dejadme enseñaros esto –iba diciendo Golondrina mientras extendía el contenido de su paquete sobre los adoquines, y las mujeres y los sucios y tímidos niños se acercaban para ver las maravillas que les enseñaba–. Telas tejidas es lo que estamos buscando, y hebras imperecederas, y otras cosas también, nos faltan botones. ¿Tal vez tuvierais algunos de cuerno o de hueso? Yo os daría una de estas pequeñas gorras de terciopelo de aquí por tres o cuatro botones. O uno de estos rollos de cinta; mirad el color que tienen. ¡Quedaría hermoso con vuestro cabello, señora! O papel, o libros. Nuestros señores en Orrimy están buscando este tipo de cosas, si tenéis algunas guardadas, tal vez.

–Oh, sois un hermoso hombre –dijo la mujer que había hablado primero, riendo, mientras él sostenía la cinta roja sobre su trenza negra–. ¡Y me gustaría tener algo para vos!

–No me atreveré a pedir un beso –dijo Medra–, pero ¿una mano abierta, tal vez?

Hizo el gesto; ella lo miró durante un segundo. Eso es fácil –dijo suavemente, y le devolvió el gesto–, pero no siempre seguro entre extraños.

Siguió mostrándoles sus mercancías y bromeando con las mujeres y con los niños. Nadie compró nada. Miraban fijamente las baratijas como si fueran tesoros. Les dejó que miraran y tocaran todo lo que quisieran; de hecho permitió que uno de los niños birlara

un pequeño espejo de latón pulido, viendo cómo desaparecía por debajo de la harapienta camisa sin decir nada. Finalmente dijo que debía seguir adelante, y los niños se dispersaron mientras él plegaba su paquete.

–Tengo una vecina –dijo la mujer de la trenza negra– que quizá tendría algo de papel, si es que es eso lo que buscas.

–¿Escrito? –preguntó Cuervo, quien había permanecido sentado sobre el brocal del pozo, aburrido–. ¿Tiene marcas?

Ella lo miró de arriba abajo.

–Tiene marcas, señor –le contestó. Y luego, dirigiéndose a Golondrina, y con un tono diferente–: Si quisierais venir conmigo, ella vive por aquí. Y a pesar de que es tan solo una niña, y pobre, os diré, vendedor ambulante, que tiene una mano abierta. Aunque tal vez no todos nosotros la tengamos.

–Tres de tres –dijo Cuervo, esbozando el gesto–, así que ahórrate tu vinagre, mujer.

–Oh, sois vos el que lo está desperdiciando, señor. Nosotros aquí somos gente pobre, e ignorante –le contestó ella. Lo miró durante un segundo y siguió hacia delante.

Los llevó hasta una casa que estaba al final de una callejuela. Alguna vez habría sido un hermoso lugar, dos plantas construidas con piedras, pero ahora estaba medio vacía, pintarrajeada, las piedras de la fachada y los marcos de las ventanas habían sido arrancados. Atravesaron un patio que tenía un pozo. Ella golpeó la puerta lateral, y una niña la abrió.

–Ah, es la guarida de una bruja –exclamó Cuervo ante el olorcillo de hierbas y humo aromático, y se echó hacia atrás.

–Curanderas –dijo su guía–. ¿Está enferma otra vez, Dory?

La niña asintió con la cabeza, mirando a Golondrina, y luego a Cuervo. Tenía trece o catorce años, corpulenta aunque delgada, con una mirada hosca y firme.

–Son hombres de la Mano, Dory, uno bajo y hermoso y el otro alto y orgulloso, y dicen que están buscando papeles. Sé que tú solías tener algunos, aunque puede que ahora no tengas nada. No

tienen nada que necesites, pero podría ser que pagaran un poco de marfil por lo que ellos quieren, ¿no es así? –Posó sus brillantes ojos en Golondrina, y él asintió con la cabeza.

–Está muy enferma, Rush –dijo la niña. Miró nuevamente a Golondrina–. ¿No sois vos un curandero? –Era una acusación.

–No.

–Ella lo es –dijo Rush–. Como su madre, y la madre de su madre. Déjanos entrar, Dory, o al menos a mí, para hablar con ella. –La niña entró un momento, y Rush le dijo a Medra–: Su madre se está muriendo de tisis. Ningún curandero ha podido curarla. Pero ella podía curar la escrófula, y aliviar el dolor con solo tocar. Una maravilla es lo que era, y Dory promete seguir sus pasos.

La niña se asomó y les hizo un gesto para que entraran. Cuervo prefirió esperar fuera. La habitación era alta y larga, con rastros de una antigua elegancia, pero muy vieja y muy pobre. La parafernalia y las hierbas secas de los curanderos estaban por todas partes, aunque alineadas en cierto orden. Cerca de la magnífica chimenea de piedra, donde estaban quemando una pequeñísima brizna de hierbas dulces, había un canasto. La mujer que yacía en él estaba tan demacrada que bajo la luz tenue no parecía nada más que huesos y sombras. A medida que Golondrina se iba acercando, ella trataba de sentarse y de hablar. Su hija le levantó la cabeza sobre la almohada, y cuando Golondrina estuvo bien cerca pudo oírla:

–Mago –dijo ella–. No ha sido casualidad.

Siendo una mujer de poder, sabía lo que era él. ¿Acaso ella lo había llamado para que acudiera?

–Soy un descubridor –dijo él–. Y un buscador.

–¿Puedes enseñar a mi hija?

–Puedo llevarla con aquellos que pueden hacerlo.

–Hazlo.

–Lo haré.

Volvió a apoyar su cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Conmocionado por la intensidad de aquel deseo, Golondrina se enderezó y tomó aire profundamente. Miró a su alrededor hasta ver

a la niña, Dory. Ella no le devolvió la mirada, miraba a su madre con un dolor impasible y hosco. Solo después de que la mujer se hundiera en el sueño, Dory se movió, iba a ayudar a Rush, quien, como amiga y vecina, se había convertido en alguien muy valioso, y estaba recogiendo unos trapos empapados de sangre que estaban desperdigados junto a la cama.

–Ha sangrado otra vez hace un momento, y no pude detenerlo –dijo Dory. Las lágrimas le brotaban de los ojos y le bajaban por las mejillas. Su rostro apenas cambió.

–Oh, niña, oh, corderito –dijo Rush, tomándola entre sus brazos; pero, a pesar de que a su vez abrazaba a Rush, Dory no se quebró.

–Está yendo allí, al muro, y yo no puedo ir con ella –dijo–. Está yendo sola y yo no puedo ir con ella. ¿No puedes tú ir hasta allí? –De repente se alejó de Rush, mirando nuevamente a Golondrina–. ¡Tú sí puedes ir!

–No –dijo él–. No conozco el camino.

Sin embargo, mientras Dory hablaba, él vio lo que ella veía: una extensa colina que se hundía en la oscuridad, y al otro lado de ella, en el borde del crepúsculo, un bajo muro de piedras. Y mientras miraba pensaba que veía a una mujer caminando junto al muro, muy delgada, inmaterial, huesos, sombras. Pero no era la mujer moribunda que estaba en la cama. Era Anieb.

Luego aquello desapareció y él se descubrió de pie frente a la niña bruja. Su mirada de acusación fue cambiando lentamente. Se cubrió el rostro con las manos.

–Tenemos que dejar que se marchen –dijo él.

Y ella contestó:

–Lo sé.

Rush miraba a uno y a otro con sus agudos y brillantes ojos.

–No eres solamente un hombre mañoso –dijo–, sino también un hombre astuto. Bueno, no eres el primero.

Él se quedó pensativo.

–A esta la llaman la Casa de Ath –prosiguió ella.

–Él vivió aquí –dijo Dory, un atisbo de orgullo atravesó por un instante su impotente dolor–. El Mago Ath. Hace mucho tiempo. Antes de partir hacia el oeste. Todas mis antepasadas eran mujeres sabias. Él se quedó aquí. Con ellas.

–Dame un cubo –dijo Rush–. Traeré agua para mojar estos trapos.

–Yo traeré el agua –dijo Golondrina. Cogió el cubo, salió al patio y se dirigió hacia el pozo. Igual que antes, Cuervo estaba sentado sobre el brocal, aburrido e impaciente.

–¿Por qué estamos aquí perdiendo el tiempo? –le preguntó, mientras Golondrina bajaba el cubo hacia el interior del pozo–. ¿Ahora estás buscando y cargando agua para las brujas?

–Sí –le contestó Golondrina–, y lo seguiré haciendo hasta que la mujer muera. Y luego llevaré a su hija hasta Roke. Y si quieres leer el Libro de los Nombres, puedes venir con nosotros.

Así fue como la escuela de Roke tuvo su primer alumno, el que llegó del otro lado del mar, junto con su primer bibliotecario. El Libro de los Nombres, que está guardado ahora en la Torre Solitaria, fue la base del conocimiento y del método del Nombramiento, la base de la magia de Roke. La niña Dory, que como ellos decían les enseñó a sus maestros, se convirtió en la señora de todas las artes de curación y de la ciencia de las hierbas, y estableció esa maestría con grandes honores en Roke.

Con respecto a Cuervo, incapaz de separarse del Libro de los Nombres ni siquiera durante un mes, envió a que recogieran sus propios libros en Orrimy y se estableció en Zuil con ellos. Permitía que la gente de la escuela los estudiara, siempre y cuando les mostrara, a él y a ellos, el debido respeto.

Y así fueron pasando los años para Golondrina. A finales de primavera partía en el *Esperanza*, buscando y descubriendo gente para la escuela de Roke, niños y jóvenes, en su mayoría, que tenían un don para la magia, y a veces mujeres y hombres adultos. La

mayoría de los niños eran pobres, y aunque no se llevaba a ninguno de ellos contra su voluntad, sus padres o sus señores pocas veces sabían la verdad: Golondrina era un pescador que quería un muchacho para que trabajase con él en el barco, o una muchacha para entrenarla en los galpones donde se tejía, o estaba comprando esclavos para su señor en otra isla. Si enviaban a un niño con él para darle una oportunidad, o si vendían a un niño a causa de su pobreza para que trabajara para él, les pagaba con marfil verdadero; si le vendían un niño como esclavo, les pagaba con oro, y al día siguiente había desaparecido, cuando el oro se convertía nuevamente en excremento de vaca.

Viajó hasta muy lejos en el Archipiélago, incluso llegó hasta el Confín del Levante. Nunca iba dos veces al mismo pueblo o a la misma isla sin dejar pasar unos cuantos años en medio, para que su rastro se enfriara. Pero aun así se comenzó a hablar de él. El que se Lleva a los Niños, lo llamaban, un terrible hechicero que llevaba niños a su isla en el helado norte y allí les chupaba la sangre. En aldeas de Way y Felkway todavía les hablan a los niños de El que se Lleva a los Niños, para que desconfíen de los extraños.

Para entonces había mucha gente de la Mano que sabía lo que estaba en marcha en Roke. Los jóvenes llegaban allí enviados por ellos. Hombres y mujeres iban a que se les enseñara y a enseñar. Muchos de ellos tenían grandes dificultades para llegar hasta allí, porque los hechizos que ocultaban la isla eran más fuertes que nunca, haciéndola parecer simplemente una nube, o un arrecife entre inmensas olas; y el viento de Roke soplaba, lo cual mantenía a cualquier barco alejado de la bahía de Zuil a menos que hubiese un hechicero a bordo que supiera cómo cambiar ese viento. Así y todo, llegaban, y a medida que fueron pasando los años se necesitó una casa más grande para la escuela que cualquiera que hubiera en Zuilburgo.

En el Archipiélago, los hombres construían barcos y las mujeres construían casas, esa era la costumbre; pero cuando tenían que construir un gran edificio, las mujeres permitían que los hombres

trabajaran con ellas, no tenían las supersticiones de las mineras, que procuraban mantener a los hombres lejos de las minas, o las de los carpinteros de navíos, que prohibían a las mujeres observar una quilla colocada. Así que ambos, hombres y mujeres de gran poder, construyeron la Casa Grande en Roke. Su piedra angular fue colocada en la cima de una colina sobre el pueblo de Zuil, cerca del Bosquecillo y de cara al Collado. Sus paredes fueron hechas no solo de piedra y madera, sino que también fueron fortalecidas con hechizos y sus cimientos estaban llenos de magia.

De pie en aquella colina, Medra había dicho:

–Hay una vena de agua, justo debajo de donde me encuentro, que no se secará.

Excavaron cuidadosamente y llegaron hasta el agua; dejaron que se disparara hacia arriba, a la luz del sol, y la primera parte de la Casa Grande que hicieron fue su más íntimo lugar, el patio de la fuente.

Allí Medra caminó con Elehal sobre el pavimento blanco, antes de que hubiera ninguna pared construida a su alrededor.

Ella había plantado junto a la fuente un joven serbal que había sacado del Bosquecillo. Se acercaron para asegurarse de que estaba creciendo bien. El viento de la primavera soplaba fuerte, hacia el mar, más allá del collado de Roke, haciendo salpicar el agua de la fuente. Arriba, en la cuesta del Collado, pudieron ver a un pequeño grupo de personas: un círculo de jóvenes estudiantes aprendiendo cómo hacer trucos de ilusión con el hechicero Hega de O, al que llamaban Maestro Mano. Las hierbas centellas, que ya habían florecido, arrojaban sus cenizas al viento. Había mechones grises en los cabellos de Ascua.

–Entonces te vas –dijo ella–, y nos dejas a nosotros para que arreglemos este asunto de la Norma. –Parecía enojada, como siempre, pero su voz raramente sonaba tan áspera como ahora cuando le hablaba a él.

–Me quedaré si quieres, Elehal.

–Sí que quiero que te quedes. ¡Pero no te quedes! Eres un descubridor, tienes que salir a descubrir. Es solo que ponerse de acuerdo en la Manera, o en la Norma, como Waris quiere que la llamemos, es el doble de trabajo que construir la Casa. Y provoca diez veces más discusiones. ¡Me gustaría poder escaparme de ello! Me gustaría tan solo poder caminar contigo, así... Y me gustaría que no fueras hacia el norte.

–¿Por qué discutimos? –preguntó él con un tono de voz bastante triste.

–¡Porque es más fuerte que nosotros! Reúne a veinte o treinta personas de poder en una habitación, cada uno querrá salirse con la suya. Y tú juntas a hombres que siempre se han salido con la suya, con mujeres que se han salido con la de ellas, y terminarán resentidos unos con otros. Y además, hay también algunas divisiones verdaderas y reales entre nosotros, Medra. Ellos tienen que tranquilizarse, y no pueden ser tranquilizados fácilmente. Aunque un poco de buena voluntad ayudaría bastante.

–¿Se trata de Waris?

–Waris y muchos otros hombres. Y es que ellos *son* hombres, y le dan más importancia a eso que a cualquier otra cosa. Para ellos, los Poderes Antiguos son abominables. Y los poderes de las mujeres son sospechosos, porque suponen que todos ellos están relacionados con los Poderes Antiguos. ¡Como si esos Poderes fueran a ser controlados o utilizados por algún alma mortal! Pero ellos ponen a los hombres donde nosotros ponemos al mundo. Y entonces sostienen que un verdadero mago debe ser hombre. Y célibe.

–Ah, eso –dijo Medra alicaído.

–Sí, justamente eso. Mi hermana me dijo anoche que ella, Ennio y las carpinteras se han ofrecido para construirles una parte de la Casa que sea únicamente de ellos, o incluso una casa separada, para que puedan mantenerse puros.

–¿Puros?

–No son mis palabras, son las de Waris. Pero ellos se han negado. Quieren que la Norma de Roke separe a los hombres de las mujeres, y quieren que sean los hombres quienes tomen todas las decisiones. Y así ¿qué compromisos podemos tomar con ellos? ¿Por qué vinieron hasta aquí, si no quieren trabajar con nosotras?

–Deberíamos echar a los hombres que se niegan a hacerlo.

–¿Echarlos? ¿A la fuerza? ¿Para que les digan a los señores de Wathort o de Havnor que unas brujas en Roke están tramando algo?

–Me olvido, siempre me olvido –dijo él, alicaído otra vez–. Olvido las paredes de la prisión. No soy tan tonto cuando estoy fuera de ellas... Cuando estoy aquí no puedo creer que sea una prisión. Pero fuera, sin ti, recuerdo... No quiero irme, pero tengo que irme. No quiero admitir que cualquier cosa aquí puede estar mal o salir mal, pero tengo que hacerlo... Esta vez me iré, e iré hacia el norte, Elehal. Pero cuando regrese me quedaré aquí. Lo que necesite descubrir lo descubriré aquí. ¿Acaso no lo he descubierto ya?

–No –le contestó ella–, solo a mí... Pero hay mucho que buscar y que descubrir en el Bosquecillo. Suficiente como para impedir que incluso tú te sientas inquieto. ¿Por qué hacia el norte?

–Para extender la Mano en Enlad y en Éa. Nunca he ido allí. No sabemos nada de sus hechicerías. «Enlad de los Reyes y la resplandeciente Éa, ¡la más antigua de las islas!» Seguramente encontraremos aliados allí.

–Pero Havnor está entre nosotros –dijo ella.

–No navegaré por Havnor, querido amor. Planeo rodearla. Por agua.

Siempre conseguía hacerla reír; él era el único que podía. Cuando él no estaba, ella hablaba muy poco y era bastante ecuánime, habiendo aprendido la inutilidad de la impaciencia frente al trabajo que debe realizarse. A veces fruncía el ceño, a veces sonreía, pero no se reía. Cuando podía, iba al Bosquecillo sola, como lo había hecho siempre. Pero en aquellos años de la construcción de la Casa y la fundación de la escuela, raramente podía ir hasta allí, e incluso entonces solía llevar a un par de estudiantes para que

aprendieran con ella los caminos a través del bosque y las formas de las hojas; porque ella era la Hacedora de Formas.

Golondrina se fue de viaje bastante tarde aquel año. Llevaba con él a un niño de quince años, Mote, un prometedor hechicero de vientos y nubes que necesitaba entrenamiento en el mar, y a Sava, una mujer de sesenta años que había llegado a Roke con él, siete u ocho años antes. Sava había sido una de las mujeres de la Mano en la isla de Ark. A pesar de que no tenía ningún tipo de don para la hechicería, sabía tan bien cómo hacer que un grupo de personas confiaran unos en otros y trabajaran juntos, que era venerada como una mujer sabia en Ark, y ahora en Roke. Le había pedido a Golondrina que la llevara a ver a su familia, a su madre, a su hermana y a sus dos hijos; él dejaría a Mote con ella y los traería de regreso a Roke cuando volviera. Así que partieron hacia el nordeste atravesando el Mar Interior con el clima estival, y Golondrina le pidió a Mote que pusiera un poco de viento de magia en su vela, para asegurarse de llegar a Ark antes de la Larga Danza.

Mientras costeaban aquella isla, él mismo puso una ilusión alrededor del *Esperanza*, de modo que no pareciera un barco sino un tronco a la deriva; porque había muchos piratas y mercaderes de esclavos de Losen surcando aquellas aguas.

Desde Sesesry, en la costa este de Ark, donde dejó a sus pasajeros después de haber bailado allí la Larga Danza, navegó por los estrechos de Ebavnor, con la intención de dirigirse hacia el oeste siguiendo las costas australes de Omer. Mantuvo el hechizo de la ilusión alrededor de su barco. En la brillante claridad del pleno verano, con un viento del norte soplando, vio, a lo alto y a lo lejos, sobre el azul del estrecho y el más impreciso azul y marrón de la tierra, las largas crestas y la ingrávida cúpula del monte Onn.

«Mira, Medra. ¡Mira!»

Era Havnor, su tierra, donde estaba su gente, ya fuera viva o muerta, no lo sabía; donde Anieb yacía en su tumba, allí arriba en la montaña. Nunca había regresado, nunca se había acercado tanto. ¿Hacía ya cuánto tiempo? Dieciséis años, diecisiete años. Nadie lo

reconocería, nadie recordaría al niño Nutria, excepto la madre, el padre y la hermana de Nutria, si es que aún estaban vivos. Y seguramente habría gente de la Mano en el Gran Puerto. A pesar de que no los había conocido cuando era un niño, los conocería ahora.

Navegó por los amplios pasos hasta que el monte Onn se escondió detrás de los promontorios en la desembocadura de la bahía de Havnor. No volvería a verlo a menos que pasara a través de aquel estrecho pasaje. Entonces vería la montaña, toda su extensión y su cresta, sobre las tranquilas aguas donde solía intentar hacer soplar un viento de magia cuando tenía doce años; y si seguía navegando vería elevarse las torres desde el agua, borrosas al principio, meros puntos y líneas, y luego alzando sus brillantes banderas, la ciudad blanca en el centro del mundo.

Era simplemente cobardía lo que lo alejaba de Havnor, ahora temía por su pellejo, tenía miedo de descubrir que su gente había muerto, miedo de recordar a Anieb demasiado vívidamente.

Porque había habido ocasiones en las que había sentido que, al igual que él la había invocado en vida, en la muerte podía invocarlo ella a él. El lazo que había entre ellos, el que los había unido y había permitido que ella lo salvara, no estaba roto. Muchas veces ella había acudido a sus sueños, de pie y en silencio, como lo estaba cuando él la vio por primera vez en la torre de Samory. Y él la había visto a ella, hacía muchos años, en la visión de la curandera moribunda de Telio, en el crepúsculo, junto al muro de piedras.

Ahora sabía, por Elehal y otros en Roke, lo que era aquella pared. Se levantaba entre los vivos y los muertos. Y en aquella visión, Anieb había caminado de este lado de la pared, no del lado que se hundía en la oscuridad.

¿Acaso la temía a ella, a quien lo había liberado?

Viró atravesando el fuerte viento, rodeó el Punto Sur y navegó hasta adentrarse en la Gran Bahía de Havnor.

Las banderas todavía ondeaban en las torres de la ciudad de Havnor, y un rey todavía gobernaba allí; las banderas eran las de los pueblos y las islas capturadas, y el rey era el señor de la guerra Losen. Losen nunca abandonaba el palacio de mármol en el cual permanecía sentado todo el día, servido por esclavos, viendo la sombra de la espada de Erreth-Akbé deslizarse como la sombra de un gran reloj de sol por encima de los tejados allí abajo. Daba órdenes, y los esclavos decían: «Ya está hecho, su majestad». Celebraba audiencias, y los ancianos iban y decían: «Obedecemos, su majestad». Invocaba a sus magos, y el mago Primitivo acudía, haciendo una reverencia muy profunda.

–¡Hazme caminar! –le gritaba Losen, golpeando las paralizadas piernas con sus débiles manos.

Y el mago le decía:

–Su majestad, como vos sabéis, mi indigente arte no ha servido de nada, pero he enviado a buscar al mejor curandero de toda Terramar, que vive en la lejana Narveduen, y cuando él venga, su alteza seguramente volverá a caminar, sí, y bailará la Larga Danza.

Entonces Losen maldecía y gritaba, y sus esclavos le traían vino, y el mago se retiraba, haciendo una reverencia, y asegurándose mientras se iba de que el hechizo de parálisis permanecía intacto.

Era mucho más conveniente para él que Losen fuera el rey, a que él mismo tuviera que gobernar Havnor abiertamente. Los hombres de armas no confiaban en los hombres de astucia y no les gustaba servirles. No importaba cuáles fueran los poderes de un mago, a menos que fuera tan poderoso como el Enemigo de Morred, no podía unir armas y flotas si los soldados y los marinos decidían no obedecer. La gente estaba acostumbrada a temer y a obedecer a Losen, una vieja costumbre bien aprendida. Le atribuían los poderes que había tenido de temeraria estrategia, firme liderazgo y completa crueldad; y le atribuían también poderes que nunca había tenido, como por ejemplo, el dominio de los magos que trabajaban para él.

No había magos trabajando para Losen ahora, excepto Primitivo y un par de humildes hechiceros. Con el permiso de Losen, Primitivo

había desterrado o matado a sus rivales uno detrás de otro; desde hacía años disfrutaba de su exclusivo gobierno sobre todo Havnor.

Cuando era el aprendiz y el asistente de Gelluk, había animado a su maestro para que emprendiera los estudios del saber popular de Way, encontrándose así libre mientras Gelluk estaba ausente, regocijándose con su mercurio. Pero el abrupto final de Gelluk lo había conmocionado. Había algo misterioso en ello, faltaba algún elemento o alguna persona. Invocando al eficaz Sabueso para que lo ayudara, Primitivo había realizado una investigación exhaustiva acerca de lo que había acontecido. Dónde estaba Gelluk, por supuesto, no era ningún misterio. Sabueso lo había rastreado hasta encontrarlo directamente en la cicatriz de una ladera, y dijo que estaba enterrado allí muy profundamente. Primitivo no tenía intención alguna de exhumarlo. Pero al muchacho que había estado con él, Sabueso no había podido rastrearlo: no pudo decir si estaba debajo de aquella colina con Gelluk, o si se había escapado. No había dejado rastros de hechizos como lo había hecho el mago, decía Sabueso, y había llovido mucho durante toda la noche siguiente. Cuando Sabueso pensó que había encontrado las huellas del muchacho, eran de una mujer, y estaba muerta.

Primitivo no castigó a Sabueso por su fallo, pero lo recordaba. No estaba acostumbrado a los errores y no le gustaban. No le gustó lo que Sabueso le dijo acerca de aquel muchacho, Nutria, y lo recordaba.

El ansia de poder se alimenta a sí misma, creciendo mientras devora. Primitivo sufría de hambre. Se moría de hambre. Gobernar Havnor le traía pocas satisfacciones, una tierra de mendigos y granjeros pobres. ¿De qué servía poseer el Trono de Maharion si nadie se sentaba en él excepto un lisiado borracho? ¿Qué gloria había en los palacios de la ciudad cuando los únicos que vivían en ellos eran esclavos rastreros? Podía tener a cualquier mujer que quisiese, pero las mujeres le agotarían su poder, le quitarían toda su fuerza. No quería a ninguna mujer cerca de él. Ansiaba un enemigo: un oponente al que valiera la pena destruir.

Sus espías habían estado acudiendo a él durante un año o más murmurando acerca de una insurrección secreta a lo largo y a lo ancho de su reino, grupos rebeldes de hechiceros que se hacían llamar la Mano. Ansioso por encontrar a su enemigo, hizo que investigaran a uno de tales grupos. Resultaron ser un montón de mujeres ancianas, comadres, carpinteros, un cavador de fosos, un aprendiz de hojalatero, un par de niños pequeños. Humillado y enfurecido, Primitivo ordenó que los mataran junto con el hombre que los había delatado. Fue una ejecución pública, en nombre de Losen, por el crimen de conspiración contra el Rey. Tal vez últimamente no había habido ese tipo de intimidación. Pero iba contra sus principios. No le gustaba hacer un espectáculo público a costa de algunos tontos que lo habían engañado para que los temiera. Prefería lidiar con ellos a su manera, y cuando él lo dispusiese. Para que sea nutritivo, el miedo tiene que ser directo; necesitaba ver que la gente le tenía miedo, escuchar su terror, olerlo, saborearlo. Pero como gobernaba en nombre de Losen, era Losen quien debía ser temido por los ejércitos y los pueblos, y él mismo debía mantenerse en segundo plano, apañándose con esclavos y aprendices.

Hacía no mucho tiempo, había enviado a Sabueso a que lidiara con ciertos negocios, y cuando acabó su trabajo, el anciano le preguntó a Primitivo:

–¿Has oído alguna vez hablar de la isla de Roke?

–Al sur y al oeste de Kamery. Ha sido propiedad del Señor de Wathort durante cuarenta o cincuenta años.

A pesar de que raras veces abandonaba la ciudad, Primitivo se enorgullecía de su conocimiento de todo el Archipiélago, recogido de los informes de sus marinos y de los maravillosos mapas antiguos que se guardaban en el palacio. Los estudiaba durante noches enteras, dándole vueltas y vueltas hacia dónde y cómo podría extender su imperio.

Sabueso asintió con la cabeza, como si su localización fuera todo lo que le interesara de Roke.

–¿Y bien?

–Una de las ancianas que hiciste torturar antes de que los quemaran a todos, ¿sabes? Bueno, el tipo que lo hizo me lo contó. Hablaba de su hijo en Roke. Llamándolo para que viniese, sabes. Pero como si él tuviera el poder para hacerlo.

–¿Y?

–Me pareció extraño. Una anciana de una aldea del interior, que nunca había visto el mar, diciendo el nombre de una isla tan lejana como esa.

–El hijo era un pescador que le hablaba de sus viajes.

Primitivo agitó sus manos. Sabueso olfateó, asintió con la cabeza y se fue.

Primitivo nunca hacía caso omiso de ninguna trivialidad que Sabueso mencionara, porque tantas de ellas habían demostrado no ser triviales. Le tenía antipatía al anciano por eso, y porque era inquebrantable. Nunca llegaba a elogiar a Sabueso, y lo utilizaba lo menos posible, pero Sabueso era demasiado útil como para no aprovecharlo.

El mago conservó el nombre Roke en su memoria, y cuando volvió a escucharlo, y con la misma conexión, supo que Sabueso había seguido la pista correcta una vez más.

Tres niños, dos de quince o dieciséis años y una niña de doce, fueron atrapados por una de las patrullas de Losen hacia el sur de Omer, navegando en un barco de pesca robado con un viento de magia. La patrulla los abordó únicamente porque tenían su propio maestro de vientos y nubes a bordo, que levantó una ola para hundir el barco robado. De regreso en Omer, uno de los niños se rindió y lloriqueando murmuró algo acerca de unirse a la Mano. Al escuchar aquella palabra, los hombres les dijeron que serían torturados y quemados, a lo cual el niño gritó que si lo perdonaban él les contaría todo acerca de la Mano, y de Roke, y de los grandes magos de Roke.

–Tráelos aquí –le dijo Primitivo al mensajero.

–La niña se fue volando, señor –dijo el hombre.

–¿Se fue volando?

–Se convirtió en pájaro. Un quebrantahuesos, según dicen. No esperaba eso de una niña tan pequeña. Se fue antes de que se dieran cuenta.

–Trae a los niños, entonces –dijo Primitivo con absoluta paciencia.

Le trajeron a un solo niño. El otro había saltado del barco, atravesando la bahía de Havnor, y había sido alcanzado en una pelea de ballestas. El niño que trajeron tenía tal ataque de pánico que Primitivo hasta sentía asco. ¿Cómo podía asustar a una criatura que ya estaba enceguecida y muerta de miedo? Colocó un hechizo de fuerza sobre el niño que lo mantuvo erguido e inmóvil como una estatua de piedra, y lo dejó así durante una noche y un día. De vez en cuando le hablaba a la estatua, diciéndole que era un muchacho inteligente y que podría ser un buen aprendiz, allí en el palacio. Tal vez podría ir a Roke después de todo, ya que Primitivo estaba pensando en ir a Roke, para reunirse allí con los magos.

Cuando lo liberó del hechizo, el niño intentó simular que todavía era de piedra, y no hablaba. Primitivo tuvo que meterse en su mente, tal como lo había aprendido de Gelluk hacía ya tanto tiempo, cuando Gelluk era un verdadero maestro de su arte. Encontró lo que pudo. Luego el niño ya no le servía para nada y hubo que deshacerse de él. Era humillante, una vez más, que la verdadera estupidez de aquella gente hubiera conseguido burlarse de él; y de todo lo que se había enterado acerca de Roke era de que la Mano estaba allí, y también una escuela en la que enseñaban hechicería. Y se había enterado del nombre de un hombre.

La idea de una escuela para magos le hizo reír. Una escuela para verracos salvajes, pensó, ¡un colegio para dragones! Pero el hecho de que hubiera alguna clase de intrigante reunión de hombres de poder en Roke parecía algo probable, y la idea de que existiera cualquier liga o alianza de magos lo horrorizaba más y más cuanto más pensaba en ella. Era antinatural, y podía existir únicamente bajo un gran poder, bajo la presión de un deseo dominante: el deseo de

un mago lo suficientemente poderoso como para tener magos incluso más poderosos trabajando para él. ¡Allí estaba el enemigo que él quería!

Sabueso estaba abajo en la puerta, le dijeron. Primitivo ordenó que lo hicieran subir.

–¿Quién es Golondrina? –preguntó tan pronto como vio al anciano.

Con la edad, Sabueso había llegado a verse como su nombre: arrugado, con una larga nariz y ojos tristes. Olfateó y pareció estar a punto de decir que no sabía, pero sabía que era mejor no tratar de mentirle a Primitivo. Suspiró.

–Nutria –dijo–. El que mató al viejo Cara Pálida.

–¿Dónde se esconde?

–No se esconde. Ha recorrido la ciudad, hablando con la gente. Se fue a ver a su madre en Endlane, detrás de la montaña. Ahora está allí.

–Deberías habérmelo dicho de inmediato –dijo Primitivo.

–No sabía que ibas detrás de él. Yo lo he estado buscando durante mucho tiempo. Me engañó –Sabueso hablaba sin rencor.

–Engañó y mató a un gran mago, a mi maestro. Es peligroso. Quiero venganza. ¿Con quién habló aquí? Los quiero. Y luego lo buscaré a él.

–Con algunas ancianas que viven junto a los muelles. Con un viejo hechicero. Con su hermana.

–Tráelos aquí. Llévate a mis hombres.

Sabueso olfateó, suspiró y asintió con la cabeza.

No había mucho que sacarle a la gente que le trajeron sus hombres. Otra vez lo mismo: pertenecían a la Mano, y la Mano era una liga de poderosos hechiceros en la isla de Morred, o en Roke; y el hombre Nutria o Golondrina venía desde allí, aunque era oriundo de Havnor; y le tenían mucho respeto, aunque era simplemente un descubridor. La hermana había desaparecido, tal vez se habría ido con Nutria a Endlane, donde vivía la madre. Primitivo hurgaba en sus turbias y estúpidas mentes, hizo que torturaran al más joven de

todos ellos, y luego los quemó en un lugar donde Losen pudo sentarse en su silla y observar. El Rey necesitaba distraerse un poco.

Todo esto le tomó solamente dos días, y todo el tiempo Primitivo se lo pasaba buscando y haciendo averiguaciones para acercarse a la aldea de Endlane, enviando a Sabueso hasta allí antes de ir él mismo, enviando allí a su propio presentimiento para que observara el lugar. Cuando supo dónde estaba el hombre, él mismo se trasladó hasta allí inmediatamente, con alas de águila; porque Primitivo era un gran cambiador de forma, tan intrépido que era capaz de adoptar incluso la forma de un dragón.

Sabía que no estaría de más ser precavido con aquel hombre. Nutria había derrotado a Tinaral, y luego estaba todo ese asunto de Roke. Había alguna fuerza en él, o con él. Aun así, era difícil para Primitivo temerle a un mero descubridor que visitaba a sus parientes y a otra gente de esa clase. No podía rebajarse a pasar a escondidas o esconderse. Tocó el suelo a plena luz del día en la plaza de la aldea de Endlane, convirtiendo sus garras en las piernas de un hombre y sus grandes alas en brazos.

Un niño salió corriendo llamando a su madre. No había nadie más por allí. Pero Primitivo miró a su alrededor, todavía con algo de la mirada fija, rápida y brusca de un águila. Un mago reconoce a otro mago, y él sabía en qué casa estaba su presa. Caminó hasta allí y abrió la puerta de un golpe.

Un menudo hombre moreno que estaba sentado a la mesa levantó la vista para mirarlo.

Primitivo alzó su mano para obrar sobre él el hechizo paralizador. Su mano fue detenida, sostenida inmóvil a medio levantar junto a su cuerpo.

¡Aquello era una lucha! ¡Por fin un enemigo con el que valía la pena pelear! Primitivo dio un paso hacia atrás y después, sonriendo, levantó sus dos brazos hacia fuera y hacia arriba, muy lentamente pero sin detenerse, no permitiría que nada de lo que el hombre pudiera hacer lo detuviera.

La casa desapareció. No quedaron paredes, ni techo, ni nadie. Primitivo se quedó de pie sobre la tierra de la plaza de la aldea bajo la luz del sol de la mañana con sus brazos en el aire.

Era solamente una ilusión, por supuesto, pero lo detuvo un momento en su hechizo, y además, tuvo que deshacer la ilusión, trayendo otra vez el marco de la puerta frente a él, las paredes y las vigas del techo, el destello de luz en la vajilla, las piedras del hogar, la mesa. Pero no había nadie sentado a la mesa. Su enemigo se había ido.

Y entonces se puso furioso, muy furioso, como un hombre hambriento cuya comida ha sido arrebatada de su mano. Invocó al hombre Golondrina para que reapareciera, pero no sabía su verdadero nombre y no podía dominar ni su corazón ni su mente. Las invocaciones no fueron respondidas.

Salió andando a zancadas de la casa, se dio vuelta y echó un hechizo de fuego sobre ella para que estallara en llamas, el fuego salía incesantemente del techo, de las paredes y de todas las ventanas. De la casa salían mujeres corriendo y gritando. Seguramente se habían escondido en la habitación de atrás; no les prestó atención. «Sabueso», pensó. Pronunció la invocación, utilizando el verdadero nombre de Sabueso, el anciano acudió a él pues se vio obligado a hacerlo. Sin embargo, estaba hosco, y le dijo:

–Estaba en la taberna, allí abajo, podrías haber dicho mi nombre de pila y yo habría venido.

Primitivo lo miró solo una vez. La boca de Sabueso se cerró de golpe y permaneció cerrada.

–Habla cuando yo te lo permita –dijo el mago–: ¿Dónde está el hombre?

Sabueso señaló con la cabeza hacia el noroeste.

–¿Qué hay allí?

Primitivo abrió la boca de Sabueso y le dio la voz justa como para que dijera, en un tono de voz monótono y entrecortado:

–Samory.

–¿Qué forma tiene ahora?

–Nutria –dijo la voz monótona.

Primitivo se rio.

–Lo estaré esperando –dijo. Sus piernas de hombre se convirtieron en garras amarillas, sus brazos en amplias alas con plumas, y el águila levantó el vuelo atravesando el viento.

Sabueso olfateó, suspiró y siguió, caminando con dificultad involuntariamente, mientras detrás de él, en la aldea, las llamas se apagaban, los niños chillaban y las mujeres gritaban maldiciones tras el águila.

El peligro de tratar de hacer el bien es que la mente llega a confundir la intención de la bondad con el acto de hacer las cosas bien.

Eso no es lo que la nutria estaba pensando mientras nadaba rápidamente río abajo por el Yennava. No estaba pensando en nada más que en la velocidad y en la dirección y en el sabor dulce del agua de río y en el agradable poder de nadar. Pero algo parecido era lo que Medra había estado pensando mientras estaba sentado a la mesa, en la casa de su abuela, en Endlane, cuando hablaba con su madre y con su hermana, justo antes de que la puerta se abriera de golpe y de que la terrible figura brillante apareciera allí de pie.

Medra había ido a Havnor pensando que, como no tenía intenciones de hacer daño, no lo haría. Sin embargo, había hecho un daño irreparable. Hombres, mujeres y niños habían muerto porque él estaba allí. Habían muerto sufriendo, quemados vivos. Había puesto a su hermana y a su madre en tremendo peligro, y a él mismo, y a través de él, a Roke. Si Primitivo (de quien solamente conocía su nombre de pila y su reputación) llegaba a atraparlo y a utilizarlo como se decía que utilizaba a las personas, vaciando sus mentes como si fuesen pequeñas bolsas, entonces todos los habitantes de Roke se verían expuestos al poder del mago y a la fuerza de las flotas y de los ejércitos que obedecen sus órdenes. Medra hubiera entregado Roke a Havnor, como el mago al que

nunca nombraban la había entregado a Wathort. Tal vez aquel hombre, también, había pensado que no podía hacerle daño a nadie.

Medra había estado pensando una vez más, y una vez más inútilmente, cómo podía abandonar Havnor de inmediato y pasando desapercibido, cuando el mago llegó.

Ahora, como nutria, estaba pensando que le gustaría seguir siendo nutria, en las dulces y marrones aguas, el río vivo, para siempre. No hay muerte para una nutria, solo vida hasta el final. Pero en la suave y brillante criatura estaba la mente mortal; y por donde pasa el arroyo en la colina que está al oeste de Samory, la nutria subió a la fangosa ribera, y entonces el hombre se agazapó allí, temblando.

¿Y ahora hacia dónde? ¿Por qué había ido hasta allí?

No tenía pensamiento alguno. Había adoptado la primera forma que había venido a él, corrió hasta el río como lo hubiera hecho una nutria, nadó como hubiera nadado la nutria. Pero únicamente en su propia forma podía pensar como un hombre, esconderse, decidir, actuar como un hombre, o como un mago contra el mago que lo perseguía.

Sabía que no podía competir con Primitivo. Para detener aquel primer hechizo paralizador había utilizado toda la fuerza de resistencia que tenía. La ilusión y el cambio de forma eran todos los trucos que tenía para poner en juego. Si se enfrentaba otra vez al mago, sería destruido. Y Roke con él. Roke y sus niños, y Elehal, su amor, y Velo, Cuervo, Dory, todos ellos, la fuente del patio blanco. Lo único que quedaría sería el Bosquecillo. Únicamente la verde colina, silenciosa, inamovible. Oyó que Elehal le decía: «Havnor está entre nosotros». La oyó decir: «Todos los poderes verdaderos, todos los poderes antiguos, son uno en la raíz».

Miró hacia arriba. La ladera que se elevaba sobre el arroyo era la misma colina a la que había llegado aquel día con Tinaral, la presencia de Anieb en él. La cicatriz estaba a tan solo unos pasos por detrás de la colina, la costura, todavía lo suficientemente clara bajo las verdes hierbas del verano.

–Madre –dijo, allí de rodillas–, Madre, ábrete a mí.

Apoyó sus manos sobre la costura de la tierra, pero no había poder alguno en ellas.

–Déjame entrar, Madre –susurró en la lengua que era tan antigua como la colina. El suelo tembló un poco y se abrió.

Oyó el grito de un águila. Se puso de pie. Se zambulló en la oscuridad.

El águila se acercó, trazando círculos y gritando sobre el valle, la ladera, los sauces junto al arroyo. Voló en círculos, buscando y buscando, y se fue volando como había llegado.

Después de un buen rato, a últimas horas de la tarde, el viejo Sabueso llegó hasta el valle caminando con dificultad. De vez en cuando se detenía y olfateaba. Se sentó en la ladera junto a la cicatriz de la tierra, descansando sus fatigadas piernas. Estudió el terreno donde yacían algunos terrones de tierra fresca y la hierba estaba inclinada. Golpeó la hierba inclinada para enderezarla. Por fin consiguió ponerse de pie, fue a tomar un sorbo de las claras aguas marrones bajo los sauces y emprendió el camino por el valle cuesta abajo hacia la mina.

Medra se despertó con mucho dolor, en la oscuridad. Durante mucho tiempo eso fue todo lo que hubo. El dolor venía y se iba, la oscuridad permanecía. Una vez se iluminó un poco, como un crepúsculo, y entonces pudo vislumbrar algo. Vio una cuesta que descendía desde donde él estaba hacia un muro de piedras, al otro lado del cual había oscuridad otra vez. Pero no pudo levantarse para caminar hasta el muro, y en ese momento el dolor regresó muy intenso en su brazo y en sus caderas, y en su cabeza. Luego la oscuridad lo rodeó, y luego nada.

Sed: y con ella dolor. Sed, y el sonido de agua corriendo.

Trató de acordarse de cómo hacer luz. Anieb le dijo lastimeramente: «¿No puedes hacer la luz?», pero él no pudo. Se arrastró en la oscuridad hasta que el sonido del agua fue más fuerte

y las rocas debajo de él estaban mojadas, y buscó a ciegas hasta que su mano encontró el agua. Bebió, y cuando terminó trató de alejarse de las rocas mojadas arrastrándose otra vez, porque tenía mucho frío. Uno de sus brazos le dolía y no tenía nada de fuerzas. La cabeza volvía a dolerle, y gemía y temblaba, tratando de acurrucarse para darse calor. No había nada de calor ni de luz.

Estaba sentado a una corta distancia de donde estaba tirado, mirándose a sí mismo, aunque todavía estaba completamente oscuro. Yacía muy acurrucado, cerca de donde el pequeño arroyo se filtraba a gotas por el saliente de mica. No muy lejos, yacía agolpada otra pila: seda roja podrida, cabellos largos, huesos. Detrás de ella, se extendía la caverna. Podía ver que sus habitaciones y sus corredores iban mucho más allá de lo que se hubiera imaginado. La veía con el mismo insensible interés con el que veía el cuerpo de Tinaral y su propio cuerpo. Sintió un leve arrepentimiento. Simplemente, era justo que él muriera allí con el hombre al cual había matado. Estaba bien. Nada estaba mal. Pero algo en él le dolía, no el intenso dolor corporal, un dolor duradero, de toda la vida.

–Anieb –dijo.

Entonces volvió en sí, con el feroz dolor en el brazo, en las caderas y en la cabeza, sintiéndose mal y mareado en la ciega oscuridad. Cuando se movió, gimió; pero se incorporó. «Tengo que vivir», pensó. «Tengo que recordar cómo vivir. Cómo hacer luz. Tengo que recordar. Tengo que recordar las sombras de las hojas.»

«¿Hasta dónde llega el bosque?»

«Hasta donde llegue tu mente.»

Levantó la vista en la oscuridad. Después de un rato movió un poco su mano sana, y la tenue esfera de luz emanó de ella.

El techo de la caverna estaba bastante alto sobre él. El hilo de agua que goteaba del saliente de mica brillaba en pequeñas gotas a la luz que él irradiaba.

Ya no podía ver las cámaras y los corredores de la cueva como los había visto con aquella mirada insensible e incorpórea. Podía ver

solamente lo que el parpadeo de su luz reflejaba alrededor y delante de él. Como cuando había atravesado la noche con Anieb hasta su muerte, paso tras paso en la oscuridad.

Se puso de rodillas, y pensó, para luego susurrar:

–Gracias, Madre. –Se puso de pie, y se cayó, porque en su cadera izquierda comenzó a sentir un dolor que lo hizo gritar muy fuerte. Después de un rato lo volvió a intentar, y consiguió ponerse de pie. Luego, se quedó con la mirada fija hacia adelante.

Le llevó un largo rato atravesar la caverna. Puso el brazo dolorido dentro de la camisa y mantuvo la mano sana presionada contra la articulación de la cadera, lo cual le facilitaba un poco el andar. Las paredes se estrechaban gradualmente hasta convertirse en un pasillo. Allí el techo era mucho más bajo, justo sobre su cabeza. Filtraba agua de la pared que formaba pequeños charcos entre las rocas. No era el maravilloso palacio rojo de la visión de Tinaral, místicas runas plateadas en altas columnas de ramas. Era simplemente la tierra, solamente polvo, roca, agua. El aire era fresco y apacible. A medida que se iba alejando del hilo de agua goteante, todo iba quedando en silencio. Fuera del resplandor de luz que él producía, todo estaba a oscuras.

Medra inclinó la cabeza y allí, de pie, dijo:

–Anieb, ¿puedes regresar hasta aquí, tan lejos? No conozco el camino. –Esperó un poco. Veía oscuridad, escuchaba silencio. Lentamente y con paso vacilante, entró en el pasillo.

Cómo se le había escapado el hombre, Primitivo no lo sabía, pero dos cosas eran seguras: que él era un mago mucho más poderoso que cualquiera de los que Primitivo había conocido, y que regresaría a Roke tan rápido como pudiera, porque esa era la fuente y el centro de su poder. No tenía sentido intentar llegar allí antes que él; él llevaba la delantera. Pero Primitivo podía seguirlo, y si sus propios poderes no fueran suficientes, tendría con él una fuerza que ningún mago podría soportar. ¿Acaso no había sido incluso Morred casi

derrotado? No con brujerías, sino simplemente con la fuerza de los ejércitos que el Enemigo había puesto en su contra.

–Su majestad enviará sus flotas –le dijo Primitivo al anciano que lo miraba fijamente sentado en el sillón del palacio de los reyes–. Un gran enemigo se ha unido contra vos, al sur del Mar Interior, y nosotros vamos a destruirlo. Cien barcos navegarán desde el Gran Puerto, desde Omer y desde el Puerto Sur y vuestro feudo en Hosk, ¡la armada más grande que el mundo haya visto jamás! Yo los guiaré. Y la gloria será vuestra –dijo riéndose abiertamente, lo que hizo que Losen lo mirase con fijeza, invadido por una especie de horror, al fin comenzando a entender quién era el señor y quién el esclavo.

Tan bien controlados tenía Primitivo a los hombres de Losen, que en dos días la gran flota partió desde Havnor, reuniendo refuerzos por el camino. Ochenta barcos pasaron navegando por Ark y por Ilien con un verdadero y constante viento de magia que los llevaba directo a Roke. A veces, Primitivo, con su túnica de seda blanca, sosteniendo un alto bastón de mando también blanco, el cuerno de una bestia del mar proveniente de lo más lejano del norte, se ponía de pie en la proa de la cubierta de la galera que iba en cabeza, cuyos cien remos brillaban batiéndose como las alas de una gaviota. A veces él mismo era la gaviota, o un águila, o un dragón, que volaba por encima y por delante de la flota, y cuando los hombres lo veían volando gritaban:

–¡El gran dragón!, ¡el gran dragón!

Desembarcaron en Ilien para buscar agua y comida. Poner en marcha a una multitud de varios cientos de hombres con tanta rapidez había dejado poco tiempo para aprovisionar los barcos. Arrasaron los pueblos a lo largo de la costa oeste de Ilien, cogiendo lo que querían, e hicieron lo mismo en Vissti y en Kamery, saqueando lo que podían y quemando lo que dejaban atrás. Luego, la gran flota se dirigió hacia el oeste, camino del único puerto de la isla de Roke, la bahía de Zuil. Primitivo sabía de la existencia del puerto por los mapas que había en Havnor, y sabía que había una

alta colina sobre él. A medida que se iban acercando, adoptó la forma de un dragón y remontó el vuelo muy por encima de los barcos, guiándolos, mirando fijamente hacia el oeste en busca de la imagen de aquella colina.

Cuando la vio, imprecisa y verde sobre el brumoso mar, lanzó un grito, los hombres en los barcos oyeron gritar al dragón, y siguió volando a más velocidad, dejándolos que lo siguieran hacia la conquista.

Todos los rumores sobre Roke decían que estaba defendida por hechizos y ocultada por encantamientos, invisible para los ojos comunes. Si había algunos sortilegios tejidos alrededor de aquella colina o de la bahía, ahora veía cómo se abrían ante él; para él eran hilos de telaraña, transparentes. Nada empañaba sus ojos o desafiaba su voluntad mientras volaba sobre la bahía, sobre el pequeño pueblo y un edificio a medio terminar sobre la cuesta que se elevaba sobre él, en la cima de la alta colina verde. Allí, agitando sus garras de dragón y batiendo sus alas rojo óxido, se posó sobre la tierra.

Se puso de pie en su propia forma. El cambio no lo había hecho él mismo. Permaneció alerta, inseguro.

El viento soplaba, agitando las largas hierbas. El verano ya se estaba terminando y la hierba estaba ahora seca, amarillenta, no había flores, a no ser las muy pequeñas cabecillas blancas de la espuma de encaje. Una mujer iba subiendo la colina a pie y se dirigía hacia él atravesando las altas hierbas. No seguía ningún camino, y caminaba sin dificultad, sin prisa.

Creyó haber levantado la mano en un hechizo para detenerla, pero no lo había hecho, y ella seguía avanzando. Se detuvo solo cuando estuvo a una distancia de dos brazos de él, y todavía un poco por debajo de él.

–Dime tu nombre –dijo ella, y él le contestó:

–Teriel.

–¿Por qué has venido hasta aquí, Teriel?

–Para destruirte.

La miraba fijamente, y veía a una mujer con la cara redonda, de mediana edad, baja y fuerte, con mechones grises en los cabellos y ojos oscuros debajo de un par de cejas negras, ojos que atrapaban los suyos, lo atrapaban a él, le sacaban la verdad de la boca.

–¿Destruirnos? ¿Destruir esta colina? ¿Aquellos árboles? –Bajó la vista para posarla en un bosquecillo que no estaba muy lejos de la colina–. Tal vez Segoy, que la hizo, pueda deshacerla. Tal vez la tierra se autodestruirá. Tal vez se autodestruya a través de nuestras manos, al final. Pero no a través de las tuyas. Falso rey, dragón falso, hombre falso, no vengas al collado de Roke hasta que conozcas el suelo sobre el que estás. –Hizo un gesto con la mano, apuntando hacia abajo, hacia la tierra. Luego se dio la vuelta y comenzó a bajar la colina atravesando las altas hierbas, por donde había venido.

Había otra gente en la colina, ahora podía verlos, muchos otros, hombres y mujeres, niños, vivos y espíritus de los muertos; muchos, muchos de ellos. Les tenía pánico, y estaba acobardado, tratando de realizar un hechizo que lo escondiera de todos ellos.

Pero no realizó ningún hechizo. Ya no tenía magia en él. Había desaparecido, se le había acabado en aquella terrible colina, se había ido a la terrible tierra que yacía bajo sus pies, desaparecido. No era un mago, simplemente un hombre como los otros, sin poder.

Lo sabía, lo sabía con seguridad, aunque todavía intentaba pronunciar algún conjuro, y levantar los brazos en ensalmo, y golpear el aire con rabia. Luego miró hacia el este, entrecerrando los ojos para protegerse del reflejo de los remos de las galeras, buscando las velas de sus barcos acercándose para castigar a aquella gente y salvarlo a él.

Todo lo que podía ver era una bruma sobre el agua, a lo largo y a lo ancho del mar, más allá de la punta de la bahía. Mientras miraba, la bruma se iba espesando y oscureciendo, deslizándose sobre las tranquilas olas.

El girar de la tierra con respecto al sol crea los días y las noches, pero dentro de ella no hay días. Medra caminaba atravesando la noche. Estaba bastante débil, y no siempre podía irradiar su luz. Cuando le fallaba, tenía que parar, sentarse y dormir. El sueño nunca era la muerte, a pesar de lo que él pensaba. Se despertaba, siempre con frío, siempre con dolores, siempre sediento, y cuando podía irradiar un hilo de luz, se ponía de pie y seguía avanzando. Nunca veía a Anieb, pero sabía que estaba allí. La seguía. A veces había grandes habitaciones. A veces había charcos de agua estancada. Era difícil romper la quietud de sus superficies, pero bebía de ellos. Pensaba que había estado descendiendo durante mucho tiempo, cada vez más y más profundo, hasta que llegó al más largo de aquellos charcos, y después de eso el camino subía otra vez. A veces Anieb lo seguía. Podía pronunciar su nombre, aunque ella no le contestaba. No podía decir el otro nombre, pero podía pensar en los árboles, en las raíces de los árboles. ¿Hasta dónde llega el bosque? Hasta donde llegan los bosques. Tan lejos como las vidas, tan profundo como las raíces de los árboles. Tan lejos como las hojas formen sombras. No había sombras allí, solo la oscuridad, pero él siguió adelante, y siguió adelante, hasta que vio a Anieb delante de él. Vio el destello de sus ojos, la nube de sus cabellos rizados. Ella le devolvió la mirada durante un segundo y luego dio media vuelta y corrió suavemente bajando una larga y empinada cuesta hasta perderse en la oscuridad.

Donde él estaba la oscuridad no era total. El aire le daba en el rostro. Hacia adelante y a lo lejos, tenue, pequeña, había una luz que no era la de él. Siguió avanzando. Ya hacía mucho que se iba arrastrando, tirando de su pierna derecha, que no podía soportar su peso. Siguió avanzando. Pudo oler el viento de la noche y ver el cielo nocturno a través de las ramas y de las hojas de los árboles. Una raíz de roble arqueada formaba la boca de la cueva, no más grande que el espacio que un hombre o un tejón necesitan para pasar agachados a través de ella, así lo hizo, y se acostó allí, bajo la raíz

del árbol, viendo cómo la luz se desvanecía y una o dos estrellas aparecían entre las hojas.

Allí fue donde Sabueso lo encontró, lejos del valle, al oeste de Samory, en el límite del gran bosque de Faliern.

–Te tengo –dijo el anciano, mirando el cuerpo laxo y lleno de barro. Y luego agregó con pesar–: Demasiado tarde. –Se agachó para ver si podía alzarlo o arrastrarlo, y sintió el leve calor de la vida–. Eres fuerte –dijo–. Oye, despierta. Vamos. Nutria, despierta.

Reconoció a Sabueso, aunque no podía sentarse y apenas podía hablar. El anciano le puso su chaqueta alrededor de los hombros y le dio agua de su cantimplora. Luego se agachó a su lado, su espalda contra el inmenso tronco del roble, y se quedó mirando fijamente el bosque durante un rato. Eran las últimas horas de la mañana, hacía calor, la luz del sol estival se filtraba a través de las hojas formando miles de sombras verdes. Una ardilla se quejó, en la parte más alta del roble, y un arrendajo le contestó. Sabueso se rascó el cuello y suspiró.

–El mago ha seguido el camino equivocado, como siempre –dijo por fin–. Dijo que irías camino a la isla de Roke y que te atraparía allí. Yo no le dije nada.

Miró al hombre al cual conocía solo como Nutria.

–Tú te metiste allí, en aquel agujero, con el viejo mago, ¿verdad? ¿Lo has encontrado?

Medra asintió con la cabeza. Sabueso soltó una breve risa gruñona.

–Tú encuentras lo que buscas, ¿no es así? Como yo. –Notó que su compañero estaba dolorido, y le dijo–: Te sacaré de aquí. Buscaré y traeré hasta aquí a un carretero de la aldea, cuando recupere el aliento. Escucha. No te preocupes. No te he perseguido durante todos estos años para entregarte a Primitivo. Como te entregué a Gelluk. Lamenté mucho aquello. Lo he estado pensando. Aquello que te dije acerca de que los hombres de astucia deberían permanecer unidos. Y acerca de para quién trabajamos. No pude ver que tenía otras posibilidades. Pero al haberte causado una desgracia, pensé

que si me encontraba contigo otra vez te haría un favor, si pudiera. Como de un descubridor a otro, ¿entiendes? –La respiración de Nutria cada vez era más dificultosa. Sabueso posó su mano sobre la de Nutria durante un segundo, y añadió–: No te preocupes. –Y se puso de pie–. Descansa tranquilo.

Encontró un carretero que estaba dispuesto a llevarlos hasta Endlane. La madre y la hermana de Nutria estaban viviendo con unos primos mientras reconstruían su casa quemada lo mejor que podían. Lo recibieron con incrédula alegría. Al no conocer la conexión de Sabueso con el señor de la guerra y con su mago, lo trataron como a uno de ellos, el buen hombre que había encontrado al pobre Nutria medio muerto en el bosque, y lo había traído a casa. Un hombre sabio, decía la madre de Nutria, Rosa, seguramente un hombre sabio. Nada era demasiado bueno para un hombre como él. Nutria tardó bastante en recuperarse, en curarse. El arreglador de huesos hizo lo que pudo con su brazo roto y con su cadera dañada, la mujer sabia curó con ungüentos los cortes que las rocas le habían hecho en las manos, en la cabeza y en las rodillas, su madre le traía todas las exquisiteces que podía encontrar en los jardines y en los matorrales de bayas; pero él yacía tan débil y demacrado como cuando Sabueso lo había traído. No había ya corazón en él, decía la mujer sabia de Endlane. Estaba en otro sitio, y estaba siendo consumido por la preocupación o por el miedo o por la pena.

–¿Entonces dónde lo tienes? –preguntó Sabueso.

Nutria, después de un largo silencio, dijo:

–En la isla de Roke.

–Donde el viejo Primitivo ha ido con la gran flota. Ya veo. Hay amigos allí. Bien, sé que uno de los barcos ha regresado, porque vi a uno de sus hombres, por el camino, en la taberna. Iré a preguntar. Averiguaré si llegaron a Roke y qué sucedió allí. Lo que puedo decirte es que parece que el viejo Primitivo se está demorando en regresar a casa. –Sonrió, complacido con su broma–. Se está demorando en regresar a casa –repitió, y se puso de pie. Miró a

Nutria, aunque no había mucho que mirar–. Descansa tranquilo –le dijo, y se fue.

Tardó varios días en regresar. Cuando lo hizo, montado en una carreta tirada por caballos, tenía tal aspecto que la hermana de Nutria entró corriendo en la casa para decirle:

–¡Sabueso ha ganado una batalla o una fortuna! ¡Ha llegado conduciendo un caballo de la ciudad, en una carreta de la ciudad, como un príncipe!

Sabueso entró pisándole los talones.

–Bueno –dijo–, en primer lugar, cuando llegué a la ciudad, subí al palacio, solamente para saber las noticias, y ¿qué es lo que veo? Veo al viejo Rey Pirata sosteniéndose sobre sus piernas, gritando órdenes como solía hacerlo. ¡De pie! No se había puesto de pie en años. ¡Gritando órdenes! Y algunos de ellos hacían lo que él decía, y otros no. Así que me fui de allí, ya que ese tipo de situación es peligroso en un palacio. Luego fui a visitar a varios amigos y les pregunté dónde estaba el viejo Primitivo y si la flota había llegado a Roke y había regresado y todo eso. «Primitivo», dijeron, «nadie sabe nada de Primitivo. Ni una señal, ni nada. Tal vez yo podría encontrarlo», bromearon ellos. Saben que quiero dar con él. En cuanto a los barcos, algunos han regresado, con los hombres de a bordo diciendo que nunca llegaron a la isla de Roke, que nunca la vieron, que navegaron justo por donde las cartas marítimas indicaban que había una isla, y no había ninguna isla. Y luego he visto a algunos hombres de una de las grandes galeras. Dijeron que cuando llegaron cerca de donde debería estar la isla, se vieron envueltos por una bruma tan espesa como una tela mojada, y el mar se espesó también, con lo cual los remeros apenas podían mover los remos a través del agua, y permanecieron allí atrapados durante un día y una noche. Cuando salieron de allí, no había en el mar ni un solo barco más de toda la flota, y los esclavos estaban a punto de rebelarse, así que el señor de la galera la trajo de regreso a casa tan rápido como pudo. Otra, la antigua *Nube de tormenta*, solía ser el barco del propio Losen, llegó mientras yo estaba allí. Hablé con

algunos hombres que habían estado a bordo. Dijeron que no había absolutamente nada excepto bruma y arrecifes por todas partes donde se suponía que tenía que estar Roke, así que siguieron navegando con otros siete barcos, hacia el sur, y se encontraron con una flota que navegaba hacia el norte desde Wathort. Tal vez los señores de allí habían oído hablar de una gran flota que se dedicaba al saqueo, porque no se detuvieron a hacer preguntas, sino que lanzaron fuegos de mago a nuestros barcos, y se pusieron a la misma altura para abordarlos si podían, y los hombres con los que hablé me dijeron que habían librado una ardua batalla únicamente para escapar de ellos, y no todos lo hicieron. Durante todo aquel tiempo, no supieron nada de Primitivo, y nadie trabajó allí con el clima para su beneficio, a menos que tuvieran su propio hombre con bolsa a bordo. Así que regresaron otra vez atravesando todo el Mar Interior, según dijo el hombre del *Nube de tormenta*, una derrota tras otra, como perros que perdieran una lucha de perros. Y bien, ¿te gustan las noticias que te traigo?

Nutria había estado luchando para contener las lágrimas; escondió su rostro.

–Sí –le contestó–, gracias.

–Pensé que así sería. En cuanto al Rey Losen –dijo Sabueso–, quién sabe. –Olfateó y suspiró–. Si yo fuera él me retiraría –dijo–. Creo que eso es lo que yo haré.

Nutria había recobrado el control de su rostro y de su voz. Se limpió los ojos y la nariz, se aclaró la garganta y dijo:

–Puede ser una buena idea. Ven a Roke. Salvador.

–Parece ser un lugar difícil de encontrar –dijo Sabueso.

–Yo puedo encontrarlo –le contestó Nutria.

IV. Medra

En nuestra puerta había un hombre viejo
que la abrió para ricos y pobres;
los pequeños y los mayores, todos quisieron acercarse,

pero por la puerta de Medra pocos pasaron.
Y así el agua se va, se va,
Así el agua se va.

Sabueso se quedó en Endlane. Allí podía ganarse la vida como descubridor, y le gustaba la taberna, y la hospitalidad de la madre de Nutria.

Al comienzo del otoño, Losen estaba colgando de una ventana del Nuevo Palacio, atado con una cuerda por los pies, pudriéndose, mientras seis señores de la guerra se disputaban el reino, y los barcos de la gran escuadra se perseguían y peleaban unos contra otros a lo largo y a lo ancho de los estrechos y de la mar turbulenta por los hechizos de los magos.

Pero el *Esperanza*, pilotado y conducido por dos jóvenes hechiceros de la Mano de Havnor, llevaron a Medra a salvo por el Mar Interior hasta Roke.

Ascua estaba en el muelle para recibirlo. Cojo y muy delgado, se acercó a ella y la cogió de las manos, pero no podía levantar el rostro para mirarla. Le dijo:

–Tengo demasiadas muertes en mi corazón, Elehal.

–Ven conmigo al Bosquecillo –le dijo ella.

Fueron juntos hasta allí y se quedaron hasta que llegó el invierno. Al año siguiente, construyeron una pequeña casa cerca de la orilla del arroyo de Zuil en el sitio donde este sale del Bosquecillo, y vivieron allí durante los veranos.

Trabajaban y enseñaban en la Casa Grande. La vieron crecer piedra a piedra, cada una de ellas envuelta en hechizos de protección, resistencia y paz. Vieron cómo se establecía la Norma de Roke, aunque nunca tan firmemente como hubieran deseado, y siempre con resistencia; porque llegaban magos de otras islas y surgían entre los alumnos de la escuela mujeres y hombres de poder, con conocimiento y orgullo, que habían jurado trabajar juntos y para el bien de todos, pero cada uno pensando en una forma diferente de hacerlo.

Al envejecer, Elehal se cansó de las pasiones y de las cuestiones de la escuela, y se sentía cada vez más atraída por los árboles, entre los que se iba sola, tan lejos como llegara su mente. Medra también caminaba por allí, pero no tan lejos como ella, porque estaba cojo.

Después de que ella muriera, vivió solo durante un tiempo en la pequeña casa junto al Bosquecillo.

Un día de otoño regresó a la escuela. Entró por la puerta del jardín, que da al sendero que atraviesa los campos que conducen al collado de Roke. Hay algo curioso en la Casa Grande de Roke, pues no tiene ningún pórtico ni camino de entrada. Se puede entrar por lo que llaman la puerta trasera, que, a pesar de estar hecha de cuerno y enmarcada con dientes de dragón, y tener tallado sobre ella al Árbol de las Mil Hojas, no parece existir desde fuera, cuando uno se llega a ella desde el lúgubre callejón; o también se puede entrar por la puerta del jardín, de suave roble, con un cerrojo de hierro. Pero no hay una puerta principal.

Atravesó las salas y los corredores de piedra hasta llegar al lugar más profundo, el jardín pavimentado de mármol de la fuente, donde el árbol que Elehal había plantado era ahora muy alto, sus bayas tiñéndose de rojo.

Al saber que estaba allí, acudieron a verlo los maestros de Roke, las mujeres y los hombres que eran maestros de sus artes. Medra había sido el Maestro Descubridor, hasta que se fuera a vivir al Bosquecillo. Ahora una mujer joven enseñaba ese arte, tal como él se lo había enseñado a ella.

–He estado pensando –dijo–. Vosotros sois ocho. El nueve es mejor número. Consideradme un maestro otra vez, si queréis.

–¿Qué harás, Maestro Golondrina? –le preguntó el Invocador, un mago de cabellos grises de Ilien.

–Vigilaré la puerta –dijo Medra–. Puesto que estoy cojo, no iré muy lejos. Puesto que soy viejo, sabré qué decirles a aquéllos que vengan. Puesto que soy un descubridor, descubriré si pertenecen a este lugar.

–Eso nos ahorraría muchos problemas y algunos peligros –dijo la joven descubridora.

–¿Cómo lo harás? –preguntó el Invocador.

–Les preguntaré su nombre –le contestó Medra. Luego sonrió–. Si me lo dicen, podrán entrar. Y cuando crean que lo han aprendido todo, podrán salir otra vez. Si pueden decirme mi nombre.

Y así fue. Durante el resto de su vida, Medra vigiló las puertas de la Casa Grande de Roke. La puerta del jardín que se abría ante el Collado se llamó durante mucho tiempo la Puerta de Medra, incluso después de que muchas cosas cambiaran en aquella casa a medida que los siglos iban pasando por ella. Y todavía ahora, el noveno Maestro de Roke es el Portero.

En Endlane y en las aldeas que están alrededor del pie del monte Onn en Havnor, las mujeres, mientras hilan y tejen, cantan una gesta adivinanza cuya última línea tiene que ver, tal vez, con el hombre que era Medra, y Nutria, y Golondrina.

Había tres cosas que ya no serán nunca:
la resplandeciente Soléa sobre la marea,
un dragón que nada en el mar,
una golondrina que vuela en la tumba.

En el Gran Pantano

La isla de Semel está situada al norte y al oeste de Havnor, atravesando el Mar de Pelni, al sur y al oeste de las Enlades. A pesar de ser una de las islas mayores del archipiélago de Terramar, no hay muchas historias provenientes de Semel. Enlad tiene su historia gloriosa, y Havnor su riqueza, y Paln su mala fama, pero Semel tiene únicamente ganado y ovejas, bosques y pequeñas ciudades, y el inmenso y silencioso volcán llamado Andanden que se eleva por encima de todo.

Al sur de Andanden yace la tierra sobre la que cayeron las cenizas a treinta metros de profundidad la última vez que el volcán habló. Los ríos y los arroyos cortaron sus recorridos en dirección al mar al atravesar aquella alta llanura, serpenteando y formando estanques, extendiéndose y dando vueltas, creando así un pantano, una inmensa y desolada zona pantanosa con un lejano horizonte, algunos árboles, no mucha gente. El suelo de cenizas deja crecer una hierba rica y brillante, y la gente de allí tiene ganado, engorda carne vacuna para la populosa costa del sur, dejando que los animales se pierdan millas y millas a través de la llanura, con los ríos como cercas.

Tal como lo harían las montañas, Andanden decide el clima. Reúne nubes a su alrededor. El verano es corto, el invierno largo, allá en el gran pantano.

Con la temprana oscuridad de un día de invierno, un viajero se detuvo en el cruce de dos caminos azotados por el viento, ninguno de los dos demasiado prometedor, simples senderos para el ganado

entre cañaverales, y buscó alguna señal que le indicara qué camino debía tomar.

Al bajar la última pendiente de la montaña, había visto casas desperdigadas por aquí y por allá en las tierras pantanosas, una aldea que no parecía estar muy lejos. En aquel momento había pensado que iba camino a la aldea, pero en algún sitio había tomado la dirección equivocada. Los altos juncos se elevaban unos sobre otros junto a los senderos, así que si alguna luz brillaba en algún lado, él no podía verla. El agua murmuraba en alguna parte cerca de sus pies. Se había destrozado los zapatos caminando alrededor de Andanden, por los crueles caminos de lava negra. Las suelas estaban gastadas completamente, y le dolían los pies al caminar sobre la helada humedad de los caminos del pantano.

Pronto oscureció aún más. Desde el sur se acercaba una neblina, cubriendo totalmente el cielo. Únicamente sobre la inmensa y difusa mole de la montaña brillaban claramente las estrellas. El viento silbaba entre los juncos, suave, quejumbroso.

El viajero se detuvo en el cruce de caminos y silbó él también a los cañaverales.

Algo se movió en uno de los senderos, algo grande, negro, en la oscuridad.

–¿Estás ahí, querida? –preguntó el viajero. Habló en el Habla Antigua, en la Lengua de la Creación–. Ven, entonces, Ulla –dijo, y la vaquilla dio uno o dos pasos para acercarse a él, para acercarse a su nombre, mientras él caminaba para encontrarla. Descubrió la inmensa cabeza más por el tacto que por la vista, acariciando la sedosa depresión entre sus ojos, rascándole la frente entre los protuberantes cuernos–. Preciosa, eres preciosa –le dijo, respirando su aliento a hierbas, acercándose a su inmenso calor–. ¿Serías mi guía, querida Ulla? ¿Podrás guiarme hacia donde necesito ir?

–Muu –dijo su guía, suavemente, y él vio el borroso y pequeño cuadrado de luz amarilla apenas a su derecha.

–Gracias –le dijo él, abriendo la verja para la vaquilla, quien fue a encontrarse con su madre, luego atravesó el patio de la casa hasta

llegar a la puerta.

Seguramente sería Baya quien estaba allí afuera, pero no entendía por qué llamaba a la puerta.

–¡Entra ya, tonto! –dijo ella, pero él golpeó la puerta otra vez, y ella dejó sus zurcidos y fue hasta allí–. ¿Es que ya estás borracho? –dijo ella, y entonces lo vio.

Lo primero que pensó fue que era un rey, un señor, el Maharion de las canciones, alto, erguido, hermoso. Lo siguiente que pensó fue que era un mendigo, un hombre perdido, con las ropas sucias, abrazándose a sí mismo con brazos temblorosos.

Entonces él dijo:

–Me he perdido. ¿He llegado a la aldea? –Su voz era ronca y áspera, la voz de un mendigo, pero no tenía el acento de un mendigo.

–Está media milla más adelante –dijo Regalo.

–¿Hay allí alguna fonda?

–No hasta que llegue a Oraby, diez o doce millas más al sur. –Pensó solo unos instantes–. Si necesita una habitación para pasar la noche, yo tengo una. O San puede tener una, si es que va a la aldea.

–Me quedaré aquí si no supone ningún problema –dijo de aquella manera tan principesca, con los dientes castañeteando sin cesar, agarrándose con fuerza de la jamba de la puerta para mantenerse en pie.

–Quitaos los zapatos –le dijo ella–, están empapados. Luego entrad. –Se hizo a un lado y añadió–: Venid junto al fuego –e hizo que se sentara en el banco de Fusil, que estaba junto al hogar–. Alimentad un poco el fuego –dijo ella–. ¿Queréis un poco de sopa? Todavía está caliente.

–Gracias, señora –murmuró él, agachándose sobre el fuego. Ella le trajo un tazón de caldo. Él bebió con entusiasmo pero con cautela,

como si hiciera mucho que había perdido el hábito de tomar sopa caliente.

–¿Habéis venido por la montaña?

Él asintió con la cabeza.

–¿Para qué?

–Para llegar hasta aquí –le contestó él. Estaba empezando a temblar menos. Sus pies desnudos ofrecían una imagen desoladora, magullados, hinchados, empapados. Ella quería decirle que los pusiera lo más cerca posible del calor del fuego, pero no se atrevió. Fuera lo que fuese, no era mendigo por elección.

–No mucha gente viene aquí, al Gran Pantano –dijo ella–. Vendedores ambulantes y gente así, pero no en invierno.

Él terminó su sopa, y ella cogió el tazón. Se sentó en su sitio, el taburete junto a la lámpara de aceite, a la derecha del hogar, y retomó sus zurcidos.

–Calentaos bien, y luego os mostraré vuestra cama –le dijo–. En aquella habitación no hay fuego. ¿Habéis tenido que enfrentaros a un clima duro, arriba en la montaña? Dicen que ha nevado.

–Algunas ráfagas –contestó él. Ahora podía verlo bien a la luz de la lámpara y el fuego. No era joven, ni delgado, ni tan alto como ella había pensado. Tenía un rostro agradable, pero había algo que no estaba bien, algo estaba mal. Parece arruinado, pensó, un hombre arruinado.

–¿Por qué habéis venido al Pantano? –le preguntó. Tenía derecho a preguntar, puesto que lo había acogido en su casa, pero, sin embargo, sintió cierta incomodidad al formular la pregunta.

–Me han dicho que aquí hay una peste entre el ganado. –Ahora que ya no estaba tan totalmente aterido, su voz era hermosa. Hablaba como los contadores de cuentos cuando llegaban a las partes de los héroes y los señores de dragones. Tal vez fuera un contador de cuentos o un cantor. Pero no; la peste, había dicho.

–Sí que la hay.

–Yo puedo ayudar a las bestias.

–¿Sois curandero?

Él asintió con la cabeza.

–Entonces seréis más que bienvenido. La plaga es terrible entre las bestias. Y está empeorando.

Él no dijo nada. Ella podía ver cómo el calor le iba entrando a él en el cuerpo, cómo lo iba haciendo sentir menos rígido.

–Poned los pies sobre el fuego –le dijo ella abruptamente–. Tengo algunos zapatos viejos de mi marido –le costó un poco decir aquello, pero, sin embargo, cuando lo hubo dicho se sintió liberada, también más cómoda. Después de todo, ¿para qué guardaba los zapatos de Fusil? Eran demasiado pequeños para Baya y demasiado grandes para ella. Había dado sus ropas, pero se había quedado con los zapatos, no sabía para qué. Parecería ser que para este tipo. Las cosas llegaban si uno sabía esperarlas, pensó.

–Los sacaré para vos –le dijo–. Los vuestros están destrozados.

Él le lanzó una mirada. Sus ojos oscuros eran grandes, profundos, opacos como los ojos de un caballo, ilegibles.

–Está muerto –dijo ella–. Hace dos años. La fiebre del pantano. Tiene que tener cuidado con eso, aquí. El agua. Yo vivo con mi hermano. Ahora está en la aldea, en la taberna. Tenemos una lechería. Yo hago queso. Nuestro rebaño ha estado bien –y esbozó la señal para ahuyentar el mal–. Las mantengo cerca. Allá en las sierras, la peste es muy mala. Tal vez el clima frío termine con ella.

–Es más probable que mate a las bestias que están enfermas –dijo el hombre. Por la voz parecía que tenía un poco de sueño.

–Me llamo Regalo –le dijo ella–. Mi hermano es Baya.

–Gully –dijo él que se llamaba después de una breve pausa, y ella pensó que era un nombre que había inventado. No le encajaba. Nada en él encajaba, ni formaba un todo. Pero, sin embargo, no le provocaba desconfianza. Se sentía cómoda con él. No iba a hacerle daño. Pensó que había bondad en él, por como hablaba de los animales. Seguramente estaría acostumbrado a tratar con ellos, pensó. Él mismo era como un animal, una silenciosa y lastimada criatura que necesitaba protección pero no podía pedirla.

–Venga –le dijo ella–, antes de que se quede dormido. –Y él la siguió obedientemente hasta la habitación de Baya, que no era mucho más que un armario construido en un rincón de la casa. La habitación de ella estaba detrás de la chimenea. Baya llegaría, borracho, dentro de un rato, y ella le pondría el jergón en un rincón de la chimenea. Dejemos que el viajero tenga una buena cama, al menos por una noche. Tal vez le dejara una o dos monedas antes de irse. Había una terrible escasez de monedas en su casa aquellos días.

Se despertó, como siempre, en su habitación de la Casa Grande. No entendía por qué el techo era bajo y el aire olía fresco pero agrio y el ganado berreaba allí afuera. Tuvo que quedarse allí acostado, inmóvil, y regresar a este otro lugar y a este otro hombre, cuyo nombre de pila ya no recordaba, aunque se lo había dicho anoche a una vaquilla o a una mujer. Conocía su verdadero nombre, pero aquí no servía de nada, dondequiera que estuviera, ni en ningún otro sitio. Había habido caminos negros y cuestas hacia abajo y una vasta y verde llanura ante él antes de ser cortada por ríos de aguas brillantes. Soplaba un viento muy frío. Los cañaverales habían silbado, y la joven vaca lo había llevado atravesando el arroyo, y Emer había abierto la puerta. Había descubierto su nombre apenas la vio. Pero él debía utilizar algún otro nombre. No debía llamarla por su nombre. Tenía que recordar con qué nombre le había dicho él que debía llamarlo. No debía ser Irioth, aunque él era Irioth. Tal vez con el tiempo se convertiría en otro hombre. No, eso estaba mal; él tenía que ser este hombre. A este hombre le dolían las piernas y los pies. Pero era una buena cama, una cama de plumas, cálida, y todavía no tenía que salir de ella. Se quedó medio dormido otra vez, alejándose de Irioth.

Cuando por fin se levantó, se preguntó cuántos años tenía, y se miró las manos y los brazos para ver si tenía setenta. Todavía parecía de cuarenta, aunque se sentía de setenta y se movía como

tal, con una mueca de dolor. Se vistió, con las ropas sucias como estaban por los interminables días de viaje. Había un par de zapatos debajo de la silla, gastados pero buenos, zapatos resistentes, y un par de medias tejidas de lana junto a ellos. Se puso las medias sobre los pies lastimados y cojeó hasta la cocina. Emer estaba de pie frente al gran fregadero, pasando algo pesado por un trozo de tela.

–Gracias por estas medias y por los zapatos –dijo él, y al agradecerle el regalo recordó su nombre de pila, pero solo dijo–: Señora.

–De nada –le contestó ella, y levantó lo que fuera que había dentro de un enorme cuenco de cerámica, y se secó las manos con el delantal. Él no sabía nada de mujeres. No había vivido en un sitio en el que vivieran mujeres desde que tenía diez años. Les había tenido miedo a las mujeres que le gritaban para que se apartara de sus caminos en aquella otra inmensa cocina hacía ya tanto tiempo. Pero había estado viajando de un lado a otro de Terramar, y había conocido mujeres y había aprendido a sentirse cómodo con ellas, como con los animales; ellos hacían sus cosas sin prestarle a él demasiada atención, a menos que él los asustara. Intentaba no hacerlo. No tenía deseos, ni razón alguna, para asustarlos. No eran hombres.

–¿Queréis un poco de cuajada fresca? Es buena para el desayuno. –Lo estaba mirando, pero la mirada no duró mucho, y no se encontró con la suya. Ella era como un animal, como un gato, lo evaluaba pero no lo juzgaba. Había un gato, uno grande y gris, sentado sobre sus cuatro patas sobre el hogar, mirando fijamente los carbones. Irioth aceptó el tazón y la cuchara que ella le alcanzara y se sentó en el banco. El gato saltó a su lado y ronroneó.

–Mirad eso –exclamó la mujer–. No es amistoso con mucha gente.

–Es por la cuajada.

–Tal vez reconozca a los curanderos.

Allí había paz, con la mujer y con el gato. Había llegado a una buena casa.

–Afuera hace frío –dijo ella–. Esta mañana había hielo en el abrevadero. ¿Os iréis hoy de aquí, con este día?

Se hizo un silencio. Olvidó que tenía que contestar con palabras.

–Me quedaré, si no hay problema –contestó él–. Me quedaré aquí.

La vio sonreír, pero también parecía insegura, y después de un rato dijo:

–Bueno, sed bienvenido, señor, pero debo preguntaros: ¿podéis pagar aunque sea un poco?

–Oh, sí –le respondió él, confundido, se puso de pie y regresó cojeando a la habitación en busca de su pequeña bolsa. Le trajo algo de dinero, una pequeña moneda de oro de la corona de Enlade.

–Solamente para la comida y el fuego, sabéis, la turba está tan cara ahora... –estaba diciendo ella, y entonces miró lo que él le ofrecía–. Oh, señor –le dijo, y él supo que había hecho mal–. No hay nadie en la aldea que pueda cambiarme esto –le dijo ella. Lo miró a la cara un momento–. ¡Toda la aldea junta no podría cambiar esto! –dijo, y se rio. Estaba bien, entonces, aunque la palabra «cambiar» resonaba una y otra vez en su cabeza.

–No ha sido cambiada –dijo él, pero supo que no era eso lo que ella quería decir–. Lo siento –añadió–. Si me quedara un mes, si me quedara todo el invierno, ¿eso sería suficiente? Debería tener un lugar donde quedarme, mientras trabajo con las bestias.

–Guardadlo –le dijo ella, riendo otra vez, y agitando las manos–. Si podéis curar el ganado, los ganaderos os pagarán, y entonces vos podréis pagarme a mí. Llamadlo fianza, si queréis. ¡Pero guardad eso, señor! Me mareo con solo mirarlo. Baya –dijo, mientras un hombre intoxicado y apergaminado entraba por la puerta junto con una ráfaga de viento frío–, el caballero se quedará con nosotros mientras cura al ganado, ¡para ganar tiempo! Nos ha asegurado el pago. Así que tú dormirás en el rincón de la chimenea, y él en la habitación. Este es mi hermano Baya, señor.

Baya agachó la cabeza y refunfuñó. Tenía los ojos tristes. A Irioth le pareció que el hombre había sido envenenado. Cuando Baya

salió otra vez, la mujer se acercó y le dijo, resuelta, en voz baja:

–No hay nada malo más que la bebida, pero tampoco queda mucho de él salvo la bebida. Se ha comido gran parte de su mente, y gran parte de lo que tenemos. Así que, ya veis, poned vuestro dinero donde no pueda verlo, si no os importa, señor. No lo buscará. Pero si lo viera, lo cogería. A menudo no sabe ni lo que hace, ¿comprendéis?

–Sí –contestó Irioth–, lo entiendo. Sois una mujer muy bondadosa. –Ella hablaba de su hermano, y decía que no sabía lo que hacía. Lo estaba perdonando–. Una hermana bondadosa –dijo. Las palabras eran tan nuevas para él, palabras que nunca antes había pronunciado o pensado, que creyó que las había dicho en la Lengua Verdadera, en la cual no debía hablar. Pero ella simplemente se encogió de hombros, sonriendo con el ceño fruncido.

–A veces podría arrancarle la cabeza –dijo, y volvió a sus quehaceres.

Él no se había dado cuenta de lo cansado que estaba hasta que llegó a aquel refugio. Se pasó todo el día dormitando junto al fuego con el gato gris, mientras Regalo entraba y salía haciendo sus cosas, ofreciéndole comida varias veces. Comida pobre, ordinaria, pero él se la comía toda, lentamente, apreciándola. Al caer la noche, el hermano salió, y ella dijo con un suspiro:

–Pedirá otro crédito en la taberna ahora que tenemos un huésped. No es que sea vuestra culpa.

–Oh, sí –dijo Irioth–. Ha sido mi culpa. –Pero ella perdonaba; y el gato gris estaba acurrucado contra su muslo, soñando. Los sueños del gato acudían a su mente, en los bajos campos, donde hablaba con los animales, en los lugares oscuros. El gato saltó hacia allí, y luego había leche, y una profunda y suave emoción. No había ningún mal, solo una gran inocencia. No había necesidad de palabras. Aquí no lo encontrarían. No estaba allí para que lo encontraran. No había necesidad de decir ningún nombre. No había nadie más que ella, y el gato soñando, y el fuego ardiendo. Había

cruzado la montaña por caminos negros, pero aquí los arroyos fluían lentamente entre los pastos.

Estaba loco, y ella no sabía qué era lo que la poseía y hacía que le permitiera quedarse, y sin embargo, no podía temerle ni desconfiar de él. ¿Qué importaba si estaba loco? Era amable, y alguna vez debió haber sido sabio, antes de que le pasara lo que le había pasado. Y no estaba tan loco después de todo. Loco en cosas, loco a momentos. Nada en él estaba entero, ni siquiera su locura. Se había olvidado del nombre que le había dicho a ella, y a la gente de la aldea les había dicho que lo llamaran Otak. Probablemente tampoco podía recordar su nombre; siempre la llamaba señora. Pero tal vez así era su cortesía. Ella lo llamaba señor, por cortesía, y porque ni Gully ni Otak parecían nombres que fueran con él. Un otak, según lo que ella había oído, era un pequeño animal con dientes afilados y sin voz, pero no había semejantes criaturas en el Gran Pantano.

Llegó a creer que tal vez todo lo que él había dicho sobre que había ido allí para curar la enfermedad del ganado era una de las partes locas. No se comportaba como los curanderos que llegaban con remedios y hechizos y bálsamos para los animales. Pero después de haber descansado durante un par de días, le preguntó quiénes eran los ganaderos de la aldea, y salió, andando con los pies todavía doloridos, con los viejos zapatos de Fusil. A ella se le partía el corazón, al verlo así.

Regresó por la noche, más cojo que nunca, porque por supuesto San lo había llevado andando muy lejos, adentrándolo en los Grandes Prados, donde estaban muchas de sus reses vacunas. Nadie tenía caballos excepto Aliso, y eran para sus vaqueros. Le dio a su invitado un balde con agua caliente y una toalla limpia para sus pobres pies, y luego pensó en preguntarle si querría un baño, lo cual aceptó. Calentaron el agua y llenaron la vieja bañera, y ella fue a su habitación mientras él se bañaba frente al hogar. Cuando salió de su habitación, estaba todo ordenado y limpio, las toallas colgadas

delante del fuego. Nunca había conocido a un hombre que se ocupara de ese tipo de cosas, ¿y quién lo hubiera esperado de un hombre rico? ¿No tendría acaso sirvientes, en el lugar del que venía? Pero él no causaba más problemas que el gato. Se lavaba su propia ropa, hasta las sábanas de su cama, lo había hecho y las había colgado afuera un día de sol antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

–No es necesario que hagáis eso vos, señor. Lavaré vuestras cosas con las mías –le había dicho ella.

–No hace falta –le contestó él con aquel tono distante, como si apenas supiera de qué estaba hablándole ella; pero luego agregó–: Trabajáis mucho.

–¿Y quién no? Me gusta hacer queso. Es algo interesante. Y soy fuerte. A lo único que le temo es a envejecer, cuando no pueda levantar los cubos y los moldes –le enseñó uno de sus brazos, redondo y musculoso, cerrando el puño y sonriendo–. ¡Está bastante bien para tener ya cincuenta años! –dijo ella. Era estúpido presumir, pero estaba orgullosa de sus fuertes brazos, de su energía y de su destreza.

–Hará más rápido el trabajo –dijo él seriamente.

Tenía una relación con sus vacas que era maravillosa. Cuando él estaba allí y ella necesitaba una mano, él ocupaba el lugar de Baya, y como le había dicho a su amiga Leonada, riendo, era más astuto con las vacas de lo que lo había sido el viejo perro de Fusil.

–Les habla, y juraría que ellas lo entienden. Y esa vaquilla lo sigue como un perrito.

Fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo allí fuera con las reses vacunas, los ganaderos estaban empezando a apreciarle. Por supuesto que se aferrarían a cualquier promesa de ayuda. La mitad del rebaño de San había muerto. Aliso no quería ni decir cuántas cabezas había perdido. Los cadáveres de las vacas estaban esparcidos por todas partes. Si no hubiera habido un clima tan frío, el Pantano habría apestado a carne podrida. No podía tomarse nada de agua a menos que se hirviera durante una hora, excepto la que

se sacaba de los pozos, el de ella aquí y el de la aldea, que le daba el nombre al lugar.

Una mañana, uno de los vaqueros de Aliso apareció en el patio montado en un caballo y arrastrando una mula ensillada.

–El señor Aliso dice que el señor Otak puede montarla, ya que hay de diez a doce millas desde aquí hasta los Prados del este –dijo el joven.

Su invitado salió de la casa. Era una mañana clara pero neblinosa, los pantanos estaban ocultos por vapores relucientes. Andanden flotaba sobre la niebla, una vasta forma rota contra el cielo del norte.

El curandero no le dijo nada al vaquero, sino que fue directamente hacia la mula, o hacia el burdégano, más bien, puesto que había salido del cruce entre la gran burra de San y el caballo blanco de Aliso. Era una yegua ruana blancuzca, joven, con un bonito rostro. Fue y le habló durante un minuto, diciéndole algo en su inmensa y delicada oreja, y acariciándole la cabeza.

–Suele hacerlo –le dijo el vaquero a Regalo–. Les habla. –Parecía divertirse, desdeñoso. Era uno de los compañeros de copas de Baya en la taberna, un muchacho bastante amable, para ser un vaquero.

–¿Está curando al ganado? –le preguntó ella.

–Bueno, no puede deshacerse de la peste en un abrir y cerrar de ojos, pero parece que puede curar a una bestia si se lo propone antes de que empiece a flaquear. Y a las que todavía no les ha atacado, dice que puede evitar que se infecten. Así que el señor lo está enviando por toda la cordillera para que haga todo lo que pueda. Para muchas es demasiado tarde.

El curandero revisó la cincha, aflojó una correa y se subió a la silla de montar, no lo hizo muy expertamente, pero la mula no se quejó. Levantó el largo hocico color crema y los hermosos ojos para mirar a su jinete. Él sonrió. Regalo nunca lo había visto sonreír.

–¿Nos vamos? –le dijo al vaquero, quien se puso en camino inmediatamente después de que él saludara a Regalo con la mano y

su pequeña yegua resoplara. El curandero iba detrás. La mula tenía un andar tranquilo, de patas largas, y su blancura brillaba con la luz de la mañana. Regalo pensó que era como ver a un príncipe cabalgando, como algo salido de un cuento, figuras que cabalgaban por los pardos campos invernales atravesando la clara neblina, y se desvanecían en la luz, y desaparecían.

En los pastos el trabajo era muy duro. «¿Quién no trabaja duro?», le había preguntado Emer, mostrándole sus fuertes y redondos brazos, sus fuertes y rojas manos. El ganadero Aliso esperaba que él se quedara allí afuera en las praderas hasta haber tocado a cada una de las bestias con vida, allí en los rebaños. Aliso había enviado con él a dos vaqueros. Montaron una especie de campamento, con una gran tela para el suelo y una media tienda. Lo único que había para quemar allí en el pantano eran pequeñas ramitas y juncos muertos, y el fuego apenas era suficiente para hervir agua y nunca suficiente para calentar a un hombre. Los vaqueros montaron y trataron de reunir los animales para que él pudiera tenerlos en un rebaño, en vez de acudir a ellos uno por uno mientras se dispersaban buscando en los pastos hierbas secas, escarchadas. No podían mantener al ganado reunido durante mucho tiempo, y se enfadaban con las reses, y con él por no moverse más rápido. A él le parecía extraño que no tuvieran paciencia con los animales, a los que trataban como cosas, manejándolos como una viga de madera empuja troncos en un río, simplemente por la fuerza.

No tenían paciencia tampoco con él, siempre le decían que se apurara y que terminara con su trabajo; ni con ellos mismos, ni con sus propias vidas. Cuando hablaban entre ellos era siempre sobre lo que iban a hacer en el pueblo, en Oraby, cuando les pagaran. Oyó hablar bastante sobre las prostitutas de Oraby, Margarita y Goldie y de la que llamaban «el arbusto ardiente». Irioth tenía que sentarse con aquellos muchachos porque todos necesitaban todo el calor que el fuego pudiera aportar, pero ellos no querían que él estuviera allí y

él no quería estar allí con ellos. Sabía que ellos temían, aunque levemente, que él fuera un hechicero, y le tenían celos, pero sobre todo desprecio. Era viejo, distinto, no era uno de ellos. Conocía el miedo y los celos, y los evitaba, y el desprecio lo recordaba. Estaba contento de no ser uno de ellos, de que ellos no quisieran hablarle. Tenía miedo de hacerles daño.

Se levantó en la helada mañana mientras ellos aún dormían enrollados en sus mantas. Sabía dónde estaba el ganado más cercano, y se acercó a él. Ahora la enfermedad le era muy familiar. La sentía en sus manos como una quemadura, y sentía náuseas si estaba muy avanzada. Al acercarse a un buey que estaba recostado en el suelo, se sintió mareado y con arcadas. No se acercó más, pero pronunció las palabras que podrían hacer la muerte más llevadera, y siguió adelante.

Le dejaban caminar entre ellos, salvajes como eran y no habiendo obtenido nada de los hombres más que castraciones y matanzas. Le gustaba sentir que ellos confiaban en él, y se sentía orgulloso. No debería, pero así era. Si quería tocar a alguna de las bestias más grandes, simplemente tenía que detenerse junto a ella y hablarle durante un rato en la lengua de aquellos que no hablan. «Ulla», decía, nombrándolos. «Ellu. Ellua.» Ellos se detenían, grandes, indiferentes; a veces uno lo miraba durante un largo rato. A veces otro se acercaba a él con su andar tranquilo, suelto, majestuoso, y respiraba en su palma abierta. A todos los que se acercaban a él podía curarlos. Posaba sus manos sobre ellos, sobre el duro pelaje, sobre las ijadas calientes y sobre el cuello, y enviaba la curación a sus manos pronunciando una y otra vez las palabras del poder. Después de un rato, el animal tendría un temblor, o sacudiría un poco la cabeza, o daría un paso hacia adelante. Y él bajaría las manos y se quedaría allí de pie, agotado y sin expresión, durante un rato. Luego vendría otro, grande, curioso, tímidamente audaz, cubierto de barro, con la enfermedad en él como un escozor, un hormigueo, un calor en sus manos, un mareo. «Ellu», diría entonces, y caminaría hasta la bestia, y posaría sus manos sobre ella

hasta sentirlas frías, como si el arroyo de una montaña pasara a través de ellas.

Los vaqueros estaban discutiendo si era seguro o no comer la carne de un buey muerto por la peste. Las provisiones de comida que habían traído, para empezar escasas, estaban a punto de acabarse. En lugar de cabalgar entre veinte y treinta millas para reabastecerse, querían cortarle la lengua a un buey que había muerto por allí cerca aquella mañana.

Él les había obligado a hervir toda el agua que usaran. Y ahora les dijo:

–Si coméis esa carne, dentro de un año comenzaréis a sentiros mareados. Terminaréis tambaleándoos y moriréis como estos animales.

Ellos maldijeron y se burlaron, pero le creyeron. Él no tenía idea de si lo que había dicho era verdad. Le había parecido que era verdad mientras lo decía. Tal vez quería fastidiarlos. Tal vez quería deshacerse de ellos.

–Cabalgad de vuelta –les dijo–. Dejadme aquí. Hay comida suficiente para un hombre para tres o cuatro días más. La mula me llevará de regreso.

No necesitaban que los persuadieran. Se marcharon cabalgando, dejándolo todo atrás, sus mantas, la tienda, la olla de hierro. «¿Cómo llevaremos todo eso de regreso a la aldea?», le preguntó a la mula. Ella cuidaba de los ponis y decía lo que dicen las mulas: «¡Aaawww!», dijo. Echaría de menos a los ponis.

–Tenemos que terminar el trabajo aquí –le dijo él, y ella lo miró dulcemente. Todos los animales tenían paciencia, pero la paciencia de los caballos era maravillosa, y era innata. Los perros eran leales, aunque más que nada aquello era obediencia. Los perros eran jerárquicos, dividían el mundo en señores y plebeyos. Los caballos eran todos señores. Acordaban la connivencia. Se recordaba caminando entre las inmensas y empenachadas patas de los caballos de carretas, sin miedo. El calor de su respiración sobre su cabeza.

Hacía ya mucho tiempo. Se acercó a la hermosa mula y le habló, llamándola querida, confortándola para que no se sintiera sola.

Le llevó seis días más llegar a los grandes rebaños que estaban en los pantanos del este. Los últimos dos días los pasó cabalgando de aquí para allá para alcanzar a los grupos que se habían dispersado hasta llegar al pie de la montaña. Muchos de ellos todavía no estaban infectados, y pudo protegerlos. La mula lo llevó sobre el lomo desnudo y con un andar muy tranquilo. Pero ya no tenía nada para comer. Cabalgando de regreso a la aldea se sentía mareado y débil. Le costó un buen rato llegar a la casa desde el establo de Aliso, donde dejó la mula. Emer lo recibió y lo regañó y trató de hacer que comiera, pero él le explicó que todavía no podía comer.

–Mientras estaba allí en medio de la enfermedad, en los campos infectados, me sentía enfermo. Dentro de un rato podré volver a comer –le explicó.

–Estáis loco –le dijo ella, muy enfadada. Era un enfado dulce. ¿Por qué no podía ser el enfado algo dulce?

–¡Al menos daros un baño! –le dijo.

Él sabía cómo olía, y se lo agradeció.

–¿Cuánto os pagará Aliso por todo esto? –le preguntó mientras se calentaba el agua. Todavía estaba indignada, hablaba con menos rodeos incluso que de costumbre.

–No lo sé –le contestó él.

Ella dejó lo que estaba haciendo y lo miró fijamente.

–¿No habéis acordado un precio?

–¿Acordar un precio? –preguntó él de inmediato. Luego recordó quién no era, y habló humildemente–: No. No lo hicimos.

–Qué inocente sois –le dijo Regalo, susurrando la palabra–. Os despellejará. –Echó la olla llena de agua hirviendo dentro de la bañera–. Tiene marfil –le dijo–. Decidle que tiene que pagaros en marfil. ¡Allí arriba, muriéndoos de hambre y congelándoos, para curar a sus bestias! Lo único que tiene San es cobre, pero Aliso puede pagaros en marfil. Siento entrometerme en vuestros asuntos,

señor. –Salió por la puerta con dos cubos, iba hacia la bomba. Aquellos días se negaba a usar el agua del arroyo. Era sabia y bondadosa. ¿Por qué había vivido durante tanto tiempo entre aquellos que no eran bondadosos?

–Ya veremos –dijo Aliso, al día siguiente– si mis bestias se han curado. Si logran aguantar el invierno, ¿sabéis?, entonces sabremos que habéis curado a todas, que están sanas, ¿sabéis? No es que tenga dudas, pero es lo más justo, lo justo, ¿verdad? No me pediríais vos que os pague lo que tengo pensado pagaros, si la cura no funciona y las bestias acaban muriendo después de todo. ¡Toco madera! Pero tampoco os pediría que esperarais todo ese tiempo sin pagaros nada. Así que aquí tenéis un adelanto, ¿sabéis?, de lo que vendrá después, y por ahora estamos en paz, ¿sí?

Ni siquiera le entregó las monedas de cobre en una bolsa. Irioth tuvo que estirar la mano, y el ganadero depositó en ella seis monedas de cobre, una por una.

–¡Ya está! ¡Quedamos en paz! –le dijo, expansivo–. Y tal vez podáis echarle un vistazo a los potros que tengo en los prados del Gran Estanque, mañana o un día de estos.

–No –le contestó Irioth–. El rebaño de San se estaba muriendo cuando me fui de allí. Me necesitan.

–Oh, no, no lo necesitan, señor Otak. Mientras vos estabais allá en la cordillera del este vino un hechicero curandero, un tipo que ya había estado antes aquí, de la costa del sur, y entonces San lo contrató. Vos trabajaréis para mí y os pagaré bien. Mejor que en cobre, tal vez, ¡si a las bestias les va bien! –Irioth no dijo que sí ni que no, ni gracias, sino que se retiró sin hablar. El ganadero lo miró mientras se iba y escupió–. Atrás –dijo.

El problema apareció en la mente de Irioth como no lo había hecho desde que llegara al Gran Pantano. Luchaba contra él. Un hombre de poder había venido a curar el ganado, otro hombre de poder. Pero un hechicero, había dicho Aliso. No un mago, no. Simplemente un curandero, un curandero de ganado. No necesito temerle. No necesito temer su poder. No necesito su poder. Debo

verlo, para estar seguro. Si hace lo mismo que hago yo aquí, no hay ningún peligro. Podemos trabajar juntos. Si yo hago lo mismo que hace él aquí. Si él solo utiliza la hechicería y no tiene malas intenciones. Como yo.

Bajó caminando la desordenada calle de los Pozospuros hasta llegar a la casa de San, que estaba a mitad de camino, frente a la taberna. San, un hombre curtido, entre los treinta y los cuarenta años, estaba hablando con otro hombre en la puerta de su casa, con un extraño. Cuando vieron a Irioth parecieron sentirse incómodos. San entró en su casa y el extraño lo siguió.

Irioth se acercó hasta la puerta. No entró, sino que habló desde allí:

–Señor San, es acerca del ganado que tiene allí entre los ríos. Puedo ir a verlos hoy. –No sabía por qué había dicho eso. No era lo que había querido decir.

–Ah –dijo San, acercándose a la puerta, y tosió un poco–. No hace falta, señor Otak. Este de aquí es el señor Claridad, ha venido a lidiar con la peste. Ya ha curado a algunas de mis bestias en otras ocasiones, pezuñas podridas y todo eso. Necesitándose como se necesita a un hombre a tiempo completo para ocuparse de las reses de Aliso, ¿sabéis?...

El hechicero apareció por detrás de San. Su nombre era Ayeth. El poder que poseía era pequeño, estaba estropeado, corrompido por la ignorancia, el mal uso y las mentiras. Pero los celos que en él había eran como un fuego amenazador.

–He estado yendo y viniendo por aquí, trabajando, durante diez años –dijo, mirando a Irioth de arriba abajo–. Un hombre llega desde algún sitio del norte, se queda mis trabajos, algunas personas no estarían muy de acuerdo con eso. Una pelea entre hechiceros no es algo bueno. Si es que vos sois un hechicero, es decir, un hombre de poder. Yo lo soy. Como bien lo sabe la buena gente de por aquí.

Irioth trató de decir que no quería ninguna pelea. Trató de decir que había trabajo suficiente para los dos. Trató de decir que no le quitaría el trabajo. Pero todas estas palabras se quemaron con el

ácido de los celos del hombre, que no quería escucharlas, y las quemó antes de que fueran dichas.

La mirada de Ayeth se hacía más y más insolente mientras miraba a Irioth tartamudear. Comenzó a decirle algo a San, pero Irioth habló.

–Tienes... –le dijo–, tienes que irte. Vuélvete.

Mientras decía «Vuélvete», su mano izquierda golpeó el aire como un cuchillo, y Ayeth cayó hacia atrás contra una silla, con la mirada fija.

Era tan solo un pequeño hechicero, un curandero estafador con unos cuantos hechizos lamentables. O eso parecía. ¿Y qué pasaría si estaba fingiendo, si ocultaba su poder, un rival que ocultaba su poder? Un rival celoso. Hay que detenerlo, hay que atarlo, nombrarlo, llamarlo. Irioth comenzó a decir las palabras que lo atarían, y el hombre, tembloroso, se encogió, acurrucándose para esconderse, marchitándose, lanzando un gemido agudo y chillón. «Está mal, está mal. Estoy haciendo el mal, yo soy el enfermo», pensó Irioth. Detuvo las palabras del hechizo en su boca, luchando contra ellas, y finalmente gritó una palabra distinta. Luego el hombre Ayeth se quedó allí acurrucado, vomitando y temblando, y San lo miraba fijamente e intentaba decir: «¡Atrás! ¡Atrás!». No sucedió nada malo, pero el fuego ardió en las manos de Irioth, le quemó los ojos cuando intentó esconderlos entre las manos, le quemó la lengua cuando trató de hablar.

Durante mucho rato nadie quiso tocarlo. Había caído presa de un ataque en la puerta de la casa de San. Ahora yacía allí como un hombre muerto. Pero el curandero del sur dijo que no estaba muerto, y que era tan peligroso como una víbora. San contó cómo Otak había obrado un hechizo sobre Claridad, que había pronunciado algunas horribles palabras que habían hecho que Claridad se encogiera más y más y gimiera como una rama en el fuego, y luego, en un segundo, había vuelto a ser él otra vez, aunque enfermo como

un perro, quién podría culparlo, y todo el rato había habido un resplandor alrededor del otro, de Otak, como un fuego ardiendo, y sombras saltando, y su voz no era como ninguna voz humana. Algo terrible.

Claridad les dijo que se deshicieran de aquel tipo, pero no se quedó allí para ocuparse de que lo hicieran. Regresó por el camino del sur tan pronto como terminó de tragarse una pinta de cerveza en la taberna, diciéndoles que no había lugar para dos hechiceros en una misma aldea y que regresaría, tal vez, cuando aquel hombre, o lo que fuera que era, se hubiera ido.

Nadie se atrevía a tocarlo. Miraban desde una distancia prudente el bulto que yacía en la puerta de la casa de San. La esposa de San lloraba a los gritos por toda la calle.

–¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia! –gritaba–. ¡Oh, mi bebé nacerá muerto, lo sé!

Baya fue a buscar a su hermana, después de haber escuchado el relato de Claridad en la taberna, la versión de San de aquella historia y otras varias versiones que ya corrían por allí. En la mejor de ellas, Otak había crecido tres metros y, con un rayo, había convertido a Claridad en un trozo de carbón antes de comenzar a echar espuma por la boca, volverse de color azul, y caer inconsciente.

Regalo se apresuró para llegar a la aldea. Fue directo a la puerta de la casa de San, se agachó sobre el hombre y posó su mano sobre él. Todos contuvieron la respiración y murmuraron: «¡Atrás! ¡Atrás!», excepto la hija más pequeña de Leonada, quien entendió mal las señales y saltó con una sugerencia: «¡Al trabajo!».

El hombre se movió, y se incorporó lentamente. Vieron que era el curandero, tal y como había sido antes, sin fuegos ni sombras, aunque parecía muy enfermo.

–Vamos –le dijo Regalo, lo ayudó a ponerse de pie y subió la calle caminando lentamente a su lado.

Los aldeanos sacudieron la cabeza. Regalo era una mujer valiente, pero también se podía llegar a ser demasiado valiente. O

valiente, decían alrededor de la mesa de la taberna, de la manera equivocada, o en el lugar equivocado, ¿sabes? Nadie que no haya nacido para la hechicería debería atreverse a meterse con ella. Ni con los hechiceros. Uno se olvida de eso. Parecen igual que el resto de la gente. Pero no son como el resto de la gente. Parecería ser que no hay peligro alguno en un curandero. Curan las pezuñas podridas, ablandan una ubre endurecida. Todo eso está muy bien. Pero enfréntate con uno y allí estarás, fuego y sombras y maldiciones y caes víctima de las convulsiones. Es extraño. Ése siempre fue extraño. Y a todo esto, ¿de dónde ha venido? A ver si puedes contestar esa pregunta.

Regalo lo llevó hasta su cama, le quitó los zapatos, y lo dejó allí para que durmiera. Baya llegó tarde a casa y más borracho que de costumbre, así que se cayó y se cortó la frente con el morillo. Sangrando y furioso, le ordenó a Regalo que sacara «al heshicero de la casha, ahora mishmo», que lo sacara. Luego vomitó en las cenizas y se quedó dormido sobre el hogar. Ella lo arrastró hasta el jergón, le quitó los zapatos, y lo dejó allí para que durmiera. Fue a ver al otro. Parecía tener fiebre y le puso la mano sobre la frente. Él abrió los ojos, y miró fijamente los de ella sin ninguna expresión.

–Emer –dijo, y volvió a cerrar los ojos.

Ella se alejó de él, aterrorizada.

En su cama, en la oscuridad, se acostó y pensó: «Ha conocido al mago que me dio el nombre. O yo dije mi nombre. Tal vez lo dije en voz alta mientras dormía. O alguien se lo dijo. Pero nadie lo sabe. Los únicos que supieron y saben mi nombre son el mago y mi madre. Y están muertos, están muertos... Lo dije mientras dormía...».

Pero ella sabía bien lo que ocurría.

Se quedó de pie con la pequeña lámpara en la mano, y la luz brilló roja entre sus dedos y dorada en su rostro. Él dijo su nombre. Ella lo dejó dormir.

Durmió hasta tarde aquella mañana y despertó como de una enfermedad, débil y tranquilo. Ella era incapaz de tenerle miedo. Descubrió que no tenía recuerdos de lo que había acontecido en la aldea, del otro hechicero, ni siquiera de las seis monedas de cobre que ella había encontrado desparramadas sobre la colcha, las cuales debió de haber tenido apretadas en la mano durante todo lo acontecido.

–No hay duda de que eso es lo que os ha dado Aliso –le dijo–. ¡Nada!

–Le dije que me ocuparía de sus bestias en... en los prados que se encuentran entre los ríos, ¿no es así? –dijo él, poniéndose ansioso; volvía a tener aquella mirada de cacería, y se levantó del banco.

–Sentaos –le dijo ella. Él se sentó, pero parecía preocupado.

–¿Cómo podéis curar si estáis enfermo? –le preguntó.

–¿Y cómo si no? –le contestó él.

Pero una vez más se quedó callado, acariciando al gato gris.

Entró su hermano.

–Sal un momento –le dijo a ella apenas vio al curandero dormitando en el banco. Ella salió afuera con él.

–No quiero verlo más aquí –dijo Baya con actitud de dueño y señor de la casa, con el gran corte negro en la frente, los ojos como ostras y las manos temblorosas.

–¿Y adónde irás?

–Es él el que tiene que irse.

–Esta es mi casa. La casa de Fusil. Él se queda. Tú puedes irte o quedarte, es asunto tuyo.

–También es asunto mío si él se queda o se va, y se irá. No eres quien tiene la última palabra. Todo el mundo cree que debe irse. No

es astuto.

–Oh, sí, como ha curado a la mitad de los rebaños y le han pagado por eso tan solo seis monedas de cobre, es hora de que se vaya, ¡qué bien!, ¿no? Lo tendré aquí todo el tiempo que quiera, y se acabó.

–No querrán comprarnos ni la leche ni el queso –lloriqueó Baya.

–¿Quién ha dicho eso?

–La esposa de San. Todas las mujeres.

–Entonces llevaré los quesos a Oraby –dijo ella–, y los venderé allí. En nombre del honor, hermano, ve a lavarte ese corte, y cámbiate la camisa. Apestas a taberna. –Y volvió a entrar en la casa–. Oh, Dios –dijo, y se puso a llorar.

–¿Qué sucede, Emer? –le preguntó el curandero, volviendo su delgada cara y mirándola con sus ojos extraños.

–Oh, no hay nada que hacer, no hay nada que hacer, lo sé. Nada puede hacerse con un borracho –le contestó. Se secó los ojos con el delantal–. ¿Fue eso lo que os hizo estallar –le preguntó ella–, la bebida?

–No –contestó él, sin ofenderse, tal vez sin entender.

–Por supuesto que no. Disculpadme –dijo ella.

–Tal vez él beba para tratar de ser otro hombre –dijo él–. Para variar, para cambiar...

–Bebe porque bebe –dijo ella–. Para algunos, eso es todo, simplemente eso. Estaré en la lechería. Cerraré la puerta con llave. Ha habido... ha habido algunos extraños merodeando por aquí. Vos descansad. Afuera hace mucho frío. –Quería asegurarse de que se quedara dentro, fuera de peligro, y de que nadie viniera a acosarlo. Más tarde iría a la aldea, hablaría con algunas de las personas más sensatas, y acabaría con aquellas habladurías, si es que podía.

Cuando lo hizo, la esposa de Aliso, Leonada, y otras varias personas estuvieron de acuerdo con ella en que una riña entre hechiceros por cuestiones de trabajo no era nada nuevo ni nada por lo que debieran preocuparse. Pero San y su esposa y la gente de la taberna no paraban de hablar de lo mismo, puesto que era lo único

interesante sobre lo que podían hablar durante el resto del invierno, a no ser que lo hicieran sobre el ganado que estaba muriendo.

–Además –decía Leonada–, mi hombre nunca pagaría con cobre algo que pensaba que debía pagar con marfil.

–Entonces ¿las vacas que tocó todavía están en pie?

–Hasta donde podemos ver, sí que lo están. Y no ha habido nuevas infectadas.

–Es un verdadero hechicero, Leonada –dijo Regalo, muy honestamente–. Yo lo sé.

–Ése es el problema, cariño –le contestó Leonada–. ¡Y tú lo sabes! Este no es sitio para un hombre así. Quienquiera que sea, no es asunto nuestro, pero por qué vino hasta aquí, eso es lo que tienes que preguntar.

–Para curar a las bestias –dijo Regalo.

No hacía ni tres días que Claridad se había ido cuando un nuevo extraño apareció en la aldea: un hombre que subía por el camino del sur montando un buen caballo y preguntando en la taberna por alojamiento. Lo enviaron a la casa de San, pero la esposa de este dio un chillido cuando le dijeron que había un extraño en la puerta, y se puso a gritar que, si San dejaba entrar a otro hombre brujo, su bebé nacería doblemente muerto. Los gritos se escucharon en varias de las casas contiguas y una multitud, es decir, diez u once personas, se reunieron entre la casa de San y la taberna.

–Bueno, creo que no funcionaría –dijo el extraño con buen humor–. No puedo ayudar en un parto prematuro. ¿Hay tal vez una habitación sobre la taberna?

–Enviadlo a la lechería –dijo uno de los vaqueros de Aliso–. Regalo acepta lo que sea.

Hubo algunas risitas disimuladas.

–Por allí –le dijo el dueño de la taberna.

–Gracias –dijo el viajero, y condujo su caballo por el camino que le habían indicado.

–Todos los extranjeros en una misma cesta –dijo el dueño de la taberna. Y esa frase fue repetida aquella noche en la taberna una docena de veces, una inagotable fuente de admiración, lo mejor que nadie había dicho desde que comenzara la peste.

Regalo estaba en la lechería, y ya había terminado de ordeñar. Estaba colando la leche y sacando las cazuelas.

–Señora... –dijo una voz desde la puerta, ella pensó que era el curandero y contestó–: Esperad un momento que ya termino con esto. –Y luego, al darse la vuelta, vio a un extraño, lo que casi la hizo dejar caer todas las cazuelas–. ¡Oh, me asustasteis! ¿Qué puedo hacer por vos?

–Estoy buscando una cama para pasar la noche.

–No, lo siento, ya somos mi huésped, mi hermano y yo. Tal vez San, en la aldea...

–Ellos me enviaron aquí. Dijeron: «Todos los extranjeros en una misma cesta». –El extraño tenía poco más de treinta años, un rostro franco y un aspecto agradable, llevaba ropas simples, aunque la jaca que estaba detrás de él era un buen caballo–. Ponedme en el establo, señora, estará bien. Mi caballo es quien necesita una buena cama; está cansado. Dormiré en el establo y me iré por la mañana. Es un placer dormir con vacas en una noche fría. Y os pagaré con gusto, señora, si dos monedas de cobre alcanzan. Mi nombre es Halcón.

–Yo soy Regalo –contestó ella, un poco aturullada, pero el hombre le caía bien–. De acuerdo, entonces, señor Halcón. Traed vuestro caballo y encargaos de él. Allí está la bomba, y hay mucho heno. Después venid a la casa. Puedo daros un poco de sopa de leche, y una moneda será más que suficiente, gracias. –No se sentía cómoda llamándolo señor, como hacía siempre con el curandero. Éste no tenía nada de sus modales señoriales. No le había parecido ver a un rey, como le había pasado con el otro cuando lo vio por primera vez.

Cuando terminó en la lechería y fue a la casa, el recién llegado, Halcón, estaba agachado sobre el hogar, avivando hábilmente el fuego. El curandero estaba durmiendo en su habitación. Miró dentro, y cerró la puerta.

–No está muy bien –dijo ella, hablando en voz baja–. Ha estado curando al ganado allí arriba, al este del pantano, con frío, durante días y días, y está agotado.

Mientras ella hacía sus cosas en la cocina, Halcón la ayudaba de vez en cuando de una forma muy natural, y entonces ella comenzó a preguntarse si todos los hombres que provenían de otros sitios eran tanto más colaboradores con los quehaceres de la casa que los hombres del Pantano. Era alguien agradable con quien hablar, y le habló sobre el curandero, ya que no tenía mucho que contar sobre ella.

–Utilizan a un hechicero y luego hablan mal de él por su utilidad –dijo ella–. No es justo.

–Pero él los asustó de alguna manera, ¿verdad?

–Supongo que sí. Apareció otro curandero, un tipo que ya había estado por aquí antes. La verdad es que no hizo demasiado. A mi vaca no le hizo ningún bien cuando tuvo la bolsa entumecida, hace dos años. Y juraría que su bálsamo es simplemente grasa de cerdo. Bueno, entonces le dice a Otak: «Estás cogiendo mis trabajos». Y tal vez Otak le contestara lo mismo. Y pierden la paciencia, y tal vez hicieran algunos hechizos negros. Creo que Otak lo hizo. Pero no lastimó al hombre en absoluto, sino que él mismo cayó al suelo deshecho. Y ahora ya no recuerda nada de todo aquello, y el otro hombre se fue de aquí totalmente ileso. Y dicen que todas las bestias que Otak ha tocado aún están vivas, sanas y fuertes. Diez días se pasó allí fuera con el viento y la lluvia, tocando a las bestias y curándolas. ¿Y sabéis lo que le dio el ganadero? ¡Seis monedas! ¿Podéis imaginaros que estuviera un poco furioso? Pero yo no digo... –se detuvo y luego prosiguió–: No digo que no sea un poco extraño, a veces. De la manera en que lo son las brujas y los hechiceros, supongo. Tal vez tienen que serlo, puesto que tratan con semejantes

poderes y males. Pero él es un verdadero hombre, y muy bondadoso.

–Señora –dijo Halcón–, ¿puedo contaros una historia?

–Oh, ¿sois un contador? Oh, ¿por qué no me habíais dicho eso desde un principio? ¿Entonces eso es lo que sois? Yo me preguntaba, puesto que estamos en invierno y todo eso, y vos estáis por los caminos. Pero con ese caballo, pensé que seríais un comerciante. ¿Que si podéis contarme una historia? Sería la alegría de mi vida, ¡y cuanto más larga mejor! Pero primero tomad vuestra sopa, y dejad que me siente aquí para escuchar...

–En realidad no soy un contador, señora –dijo con su agradable sonrisa–, pero sí es verdad que tengo una historia para vos. –Y cuando se hubo tomado toda la sopa, y ella se hubo instalado con sus zurcidos, la contó.

–En el Mar Interior, en la Isla de los Sabios, en la isla de Roke, donde se enseña toda la magia, hay nueve Maestros –comenzó.

Ella cerró los ojos dichosa, y escuchó.

Nombró a los Maestros, al de Hierbas y al Maestro Mano, al Invocador y al Hacedor de Formas, al Maestro de Vientos y Nubes y al Cantor, al Nombrador y al Transformador.

–Las artes del Transformador y el Invocador son muy peligrosas –dijo–. De cambiar, o de transformar, podéis haber escuchado hablar alguna vez, señora. Hasta un hechicero normal y corriente puede saber cómo realizar cambios ilusorios convirtiendo una cosa en otra cosa durante un rato, o adoptar una apariencia que no es la suya propia. ¿Habéis visto alguna vez eso?

–He oído algo acerca de ello –susurró ella.

–Y a veces las brujas y los hechiceros dirán que han invocado a los muertos para hablar a través de ellos. Tal vez un niño por el cual los padres están llorando. En la choza de la bruja, en la oscuridad, lo oyen llorar, o reír...

Ella asintió con la cabeza.

–Esos son simplemente hechizos ilusorios, apariencias. Pero hay verdaderos cambios, y verdaderas invocaciones. ¡Y estas pueden ser

verdaderas tentaciones para un mago! Es algo maravilloso volar con las alas de un halcón, señora, y ver la tierra debajo de uno con los ojos de un halcón. Y el de invocar, que en realidad es nombrar, es un gran poder. Saber el verdadero nombre es tener poder, como vos sabéis, señora. Y el arte del invocador apunta directamente a eso. Es algo maravilloso invocar la apariencia y el espíritu de alguien muerto hace mucho tiempo. Ver la belleza de Elfarran en los huertos de Soléa, así como la vio Morred cuando el mundo era joven...

Su voz se había vuelto muy suave, muy oscura.

–Bueno, volvamos a mi historia. Hace más de cuarenta años nació un niño en la isla de Ark, una rica isla del Mar Interior, al sur y al este de Semel. Este niño era el hijo de un mayordomo de la casa del Señor de Ark. No era el hijo de un hombre pobre, pero tampoco un niño de demasiada importancia. Y sus padres murieron jóvenes. Así que no se le hizo demasiado caso, hasta que tuvieron que fijarse en él por lo que hacía y podía hacer. Era un muchacho extraño, como decían ellos. Tenía poderes. Podía encender un fuego o apagarlo con una palabra. Podía hacer que las ollas y las cazuelas volaran por los aires. Podía convertir una rata en una paloma y hacerla volar por las inmensas colinas del Señor de Ark. Y si estaba enfadado, o asustado, entonces hacía daño. Por ejemplo, volcando una tetera llena de agua hirviendo sobre una cocinera que lo había maltratado.

–Dios mío –susurró Regalo. No había dado ni una puntada desde que él comenzara a hablar.

–Era solo un niño, y los magos de aquella casa no supieron tratarlo con sabiduría, puesto que con él utilizaban poco esta o la gentileza. Tal vez le tenían miedo. Le ataban las manos y lo amordazaban para evitar que urdiera hechizos. Lo encerraron en uno de los salones del sótano, una habitación de piedra, hasta que pensaron que se habría calmado. Entonces, lo mandaron a vivir a los establos de la gran granja, puesto que sabía manejar a los animales, y se tranquilizaba cuando estaba con los caballos. Pero se peleaba bastante con uno de los muchachos del establo, y un día convirtió al

pobre muchacho en un montón de excremento. Después de que los magos devolvieron al muchacho del establo a su forma original, volvieron a atar al niño, lo amordazaron y lo metieron en un barco camino a Roke. Pensaron que tal vez allí los Maestros podrían domesticarlo.

–Pobre niño –murmuró ella.

–Ciertamente, puesto que los marineros también le temían, y lo dejaron así atado durante todo el viaje. Cuando el Portero de la Casa Grande de Roke lo vio, le soltó las manos y liberó su lengua. Y lo primero que hizo el niño en la Casa Grande, según dicen, fue poner la Mesa Larga del comedor patas arriba, y agriar la cerveza, y un alumno que intentó detenerlo se convirtió durante un par de segundos en un cerdo... Pero el niño había encontrado en los Maestros sus contrincantes.

»Ellos no lo castigaron, sino que mantuvieron sus salvajes poderes atados con hechizos hasta que pudieron hacerle escuchar y comenzar a aprender. Les llevó mucho tiempo. Había en él un espíritu de rivalidad que le hacía ver cualquier poder que él no tuviera, cualquier cosa que no supiera, como una amenaza, un desafío, algo contra lo cual pelear hasta destruirlo. Hay muchos niños que son así. Yo era así. Pero he tenido suerte. Aprendí mi lección de muy joven.

»Bueno, ese niño aprendió finalmente a domesticar su furia y a controlar su poder. Y era un gran poder. Fuera cual fuese el arte que estudiaba, lo aprendía muy fácilmente, demasiado fácilmente, así que despreciaba las ilusiones, y a los que trabajaban con el clima, e incluso a los curanderos, porque no representaban para él ningún temor, ningún desafío. No veía en sí mismo ninguna virtud por poder dominarlos. Y así fue como, después de que el Archimago Nemmerle le diera su nombre, el muchacho puso todo su empeño en el gran y poderoso arte de la invocación. Y estudió con el Maestro de aquel arte durante mucho tiempo.

»Siempre vivió en Roke, puesto que es allí donde llegan todos los conocimientos de magia, y allí donde se guardan. Y no sentía

deseos de viajar y conocer otros tipos de gente, o de ver el mundo, decía que podía invocar a todo el mundo para que acudiera a él, lo cual era verdad. Tal vez ahí es donde yace el peligro de ese arte.

»Ahora bien, lo que se le prohíbe al invocador, o a cualquier mago, es llamar a un espíritu con vida. Podemos llamarlos, sí. Podemos enviarles una voz o un presentimiento, una apariencia de nosotros mismos. Pero no los invocamos nosotros a ellos, en espíritu o en carne, para que acudan a nosotros. Únicamente podemos invocar a los muertos. Únicamente a las sombras. Vos entenderéis por qué esto debe ser así. Invocar a un hombre vivo es tener poder absoluto sobre él, sobre su cuerpo y sobre su mente. Nadie, no importa lo fuerte o sabio o poderoso que sea, puede adueñarse y utilizar a otro ser racional.

»Pero el espíritu de rivalidad fue haciendo su labor sobre el muchacho a medida que iba creciendo y convirtiéndose en un hombre. Es un espíritu muy frecuente en Roke: siempre hacer las cosas mejor que el otro, siempre ser el primero... El arte se convierte en un concurso, en un juego. El fin se convierte en un fin en sí mismo... No hubo allí ningún hombre tan dotado como este hombre, y aun así, si cualquiera hacía algo mejor que él en cualquier cosa, para él era algo muy difícil de soportar. Le asustaba, le indignaba.

»No había lugar para él entre los Maestros, ya que un nuevo Maestro Invocador había sido elegido recientemente, un hombre poderoso, en la flor de su vida, y no parecía probable que se retirara o que muriera. El hombre de nuestra historia ocupaba un lugar de honor entre los eruditos y los demás maestros, pero no era uno de los Nueve. A él lo habían pasado por alto. Tal vez no era bueno para él quedarse allí, siempre entre magos, entre niños aprendiendo magia, todos ellos ansiando más y más poder, luchando para ser los más poderosos. De todos modos, a medida que fueron pasando los años él se fue haciendo cada vez más distante, profundizando sus estudios en su celda en la torre, apartado de los demás, enseñando a unos pocos alumnos, hablando poco. El Invocador le enviaba

alumnos muy bien dotados, pero muchos de los muchachos de la escuela apenas lo conocían. Sumergido en este aislamiento, comenzó a practicar ciertas artes que no deben practicarse y que no llevan a nada bueno.

»Un invocador se acaba acostumbrando a tratar con espíritus y con sombras y a hacer que vengan según su voluntad y se vayan con solo decir una palabra. Tal vez este hombre comenzó a pensar: ¿Quién me prohibirá que haga lo mismo con los vivos? ¿Por qué tengo este poder si no puedo utilizarlo? Así que comenzó a llamar a los vivos para que acudieran a él, llamaba a aquellos que vivían en Roke y a quienes él temía, pensando en ellos como rivales, a aquellos cuyos poderes le daban celos. Cuando acudieron a él les quitó sus poderes y los cogió para sí, dejándolos en silencio. No podían decir lo que les había sucedido, ni qué les había pasado a sus poderes. No lo sabían.

»Así que finalmente invocó a su propio maestro, al Invocador de Roke, cogiéndolo desprevenido.

»Pero el Invocador luchó contra él tanto en cuerpo como en espíritu, y me llamó a mí, y yo acudí. Juntos luchamos contra la voluntad que nos destruiría.

Se había hecho de noche. La lámpara de Regalo se había apagado. Solo el resplandor rojo del fuego brillaba en el rostro de Halcón. No era el rostro que ella se había imaginado. Estaba desgastado, y era un rostro duro y lleno de cicatrices en un lado. La cara de un halcón, pensó ella. Se quedó quieta, escuchando.

–Este no es el cuento de un narrador, señora. Esta es una historia que nunca más volverá a escuchar. A nadie.

»Yo era nuevo en el oficio de ser Archimago en aquel entonces. Y era más joven que el hombre contra el cual luchábamos, y tal vez no le tenía suficiente miedo. Hicimos todo lo que pudimos para aguantar contra él, allí, en el silencio, en la celda de la torre. Nadie más sabía lo que estaba sucediendo. Luchamos. Luchamos durante un largo rato. Y luego terminó. Él se rompió. Como se rompe una rama. Estaba roto. Pero se fue volando. Para poder vencer aquella

ciega voluntad. El Invocador había perdido parte de su fuerza para siempre. Y yo no tuve la fuerza en mí para detener al hombre cuando se fue volando, ni la astucia de enviar a alguien detrás de él. Y no quedaba en mí ni una pizca de poder para perseguirlo yo mismo. Así que escapó de Roke. Se fue sin problema.

»No pudimos ocultar la pelea que habíamos tenido con él, aunque contamos sobre ella lo menos que pudimos. Y muchos dijeron "Mejor que se haya marchado, porque siempre ha estado medio loco, y ahora estaba loco del todo".

»Pero cuando el Invocador y yo nos recuperamos de los golpes que habían recibido nuestras almas, por decirlo de alguna manera, y de la terrible estupidez en la que cae la mente después de una lucha semejante, comenzamos a pensar que no era bueno tener a un hombre de mucho poder, a un mago, vagando por Terramar con la mente no muy serena, y tal vez lleno de vergüenza y de furia y de sed de venganza.

»No pudimos encontrar rastro alguno de él. Seguramente se convirtió en pájaro o en pez cuando se fue de Roke, hasta llegar a otra isla. Y un mago puede esconderse de todos los sortilegios de encuentro. Mandamos a hacer nuestras investigaciones, de la manera que solemos hacerlo, pero nada ni nadie contestó. Así que nos dispusimos a buscarlo, el Invocador por las islas del este y yo por el oeste. Porque cada vez que pensaba en ese hombre, había empezado a ver en mi mente una gran montaña, un cono roto, con una inmensa y verde tierra debajo, extendiéndose hacia el sur. Recordaba mis lecciones de geografía de cuando era solo un niño en Roke, y la disposición de la tierra en Semel, y la montaña cuyo nombre es Andanden. Por eso he venido al Gran Pantano. Creo que he venido al sitio correcto.

Se hizo un silencio. El fuego susurraba.

–¿Debería hablar con él? –preguntó Regalo con voz serena.

–No hace falta –dijo el hombre como un halcón–. Yo lo haré. –Y luego dijo–: Irioth.

Ella miró la puerta de la habitación. Se abrió y él estaba allí de pie, delgado y cansado, con los ojos oscuros llenos de sueño y de aturdimiento y de dolor.

–Ged –dijo, y agachó la cabeza. Después de un rato levantó la vista y preguntó–: ¿Puedes quitarme mi nombre?

–¿Por qué debería hacer eso?

–Solamente significa dolor. Odio, orgullo, codicia.

–Te quitaré esos nombres, Irioth, pero no el tuyo.

–No lo entendía –dijo Irioth–. Lo de los otros. Que son otros. Todos somos otro. Debemos serlo. Yo estaba equivocado.

El hombre llamado Ged se acercó a él y le cogió las manos, que Irioth tenía ya medio estiradas, implorando.

–Te equivocaste y has rectificado. Pero estás cansado, Irioth, y el camino es muy arduo cuando uno va solo. Ven a casa conmigo.

La cabeza de Irioth se inclinó de total cansancio. Toda la tensión y la pasión habían salido de su cuerpo. Pero levantó la vista para mirar no a Ged sino a Regalo, callada en el rincón del hogar.

–Aquí tengo trabajo –dijo él.

Ged también la miró.

–Es cierto –dijo ella–. Cura al ganado.

–Me muestran lo que debo hacer –dijo Irioth–, y quién soy. Saben mi nombre. Pero nunca lo dicen.

Después de un rato, Ged se acercó gentilmente hacia él. Le dijo algo en voz muy baja e Irioth suspiró profundamente.

–Allí no sirvo para nada, ¿entiendes Ged? –dijo–. Aquí, soy. Si me dejan hacer el trabajo. –Miró nuevamente a Regalo, y Ged también. Ella los miró a los dos.

–¿Qué dices tú, Emer? –le preguntó el que parecía un halcón.

–Yo diría –contestó ella, con la voz aguda y chillona, y hablándole al curandero–, que si las reses de Aliso todavía están en pie cuando termine el invierno, los ganaderos os suplicarán que os quedéis. Aunque puede que no os quieran.

–Nadie quiere a un hechicero –dijo el Archimago–. ¡Bueno, Irioth! ¿Acaso he venido hasta aquí, soportando el frío del invierno

para buscarte, y debo regresar solo?

–Diles... Diles que estaba equivocado –dijo Irioth–. Diles que me equivoqué. Dile a Torion... –Y se detuvo, confundido.

–Le diré que los cambios en la vida de un hombre pueden ir más allá de todas las artes que nosotros conocemos, y de toda nuestra sabiduría –dijo el Archimago. Miró a Emer otra vez y le dijo–: ¿Puede quedarse aquí, señora? ¿Es tanto vuestro deseo como el de él?

–Es diez veces más ayuda y más compañía para mí de lo que lo es mi hermano –le contestó ella–. Y un verdadero buen hombre, como ya os he dicho antes, señor.

–Muy bien. Entonces, Irioth, mi querido compañero, mi maestro, mi rival, mi amigo, adiós. Emer, valiente mujer, mi honor y mi agradecimiento para vos. Que vuestro corazón y vuestro hogar estén en paz. –Y entonces hizo un gesto que dejó una huella resplandeciente en el aire durante unos instantes, sobre la piedra del hogar–. Ahora iré al establo –dijo él, y así fue.

La puerta se cerró. Todo estaba en silencio a no ser por el susurro del fuego.

–Acercaos al fuego –dijo ella. Irioth se acercó y se sentó en el banco.

–¿Ese era el Archimago? ¿De verdad?

Él asintió con la cabeza.

–El Archimago del mundo –dijo ella–. En mi establo. Debería dejarle mi cama...

–No la aceptaría –dijo Irioth.

Ella sabía que tenía razón.

–Vuestro nombre es hermoso, Irioth –dijo ella al cabo de un rato–. Nunca supe el verdadero nombre de mi esposo. Ni él el mío. Nunca más diré el vuestro. Pero me gusta saberlo, ya que vos conocéis el mío.

–Vuestro nombre es hermoso, Emer –le dijo él–. Lo diré cuando vos me lo pidáis.

Dragónvolador

I. Iria

Los antepasados de su padre habían sido dueños y señores de un amplio y rico territorio en la amplia y rica isla de Way. No reclamaron ningún título o privilegio en la corte en la época de los reyes, aunque durante todos los años oscuros que sobrevinieron después de la caída de Maharion gobernaron a su tierra y a su gente con mano firme, reinvirtiendo sus ganancias en las tierras, garantizando alguna clase de justicia, y deshaciéndose de tiranos mezquinos. A medida que el orden y la paz se iban restableciendo en el Archipiélago bajo el dominio de los hombres sabios de Roke, durante un tiempo, la familia y sus granjas y aldeas siguieron prosperando. Aquella prosperidad y la belleza de las praderas y de los altos pastos y de las colinas coronadas por robles convertían aquel territorio en un símbolo, por lo que la gente decía «tan gordo como una vaca de Iria» o «tan afortunado como un iriano». Los señores y muchos habitantes de la zona agregaban aquel nombre al suyo propio, llamándose a sí mismos irianos. A pesar de que los granjeros y los pastores seguían temporada tras temporada, año tras año y generación tras generación, tan firmes y prósperos como los robles, la familia que poseía la tierra cambió y fue decayendo con el tiempo y la suerte.

Una disputa entre hermanos por su herencia los dividió. Un heredero manejó mal lo que había heredado, con codicia, el otro con estupidez. Uno tenía una hija que se casó con un comerciante y

trató de gobernar su herencia desde la ciudad, el otro tenía un hijo cuyos hijos tuvieron otra disputa, dividiendo así la tierra ya dividida. Cuando nació la niña llamada Dragónvolador, Iria, aunque era todavía una de las regiones de colinas y campos y praderas más hermosa de toda Terramar, era ya un campo de batalla de desavenencias y litigios. En las tierras de labranza solo quedaron malas hierbas, las granjas se quedaron sin techo, dejaron de utilizarse los ordeñaderos y los pastores siguieron a sus rebaños por la montaña para encontrar mejores pastos. La antigua casa que había sido el centro del territorio estaba medio en ruinas sobre su colina entre los robles.

Su dueño era uno de los cuatro hombres que se hacían llamar Señores de Iria. Los otros tres lo llamaban el Señor de la Antigua Iria. Pasó su juventud y gastó lo que le quedaba de la herencia en cortes judiciales y en las antesalas de los Señores de Way en Shelieth, intentando probar su derecho a todo el territorio, tal como había sido cien años atrás. Regresó fracasado y amargado, y pasó el resto de su vida bebiendo el fuerte vino tinto de su último viñedo y caminando por los límites de su terreno con una jauría de perros maltratados y mal alimentados, para mantener a los intrusos fuera de sus tierras.

Mientras estaba en Shelieth había contraído matrimonio con una mujer sobre la cual nadie sabía nada en Iria, porque era de alguna otra isla, según se decía, de algún lugar del oeste; y nunca había ido a Iria, porque había muerto dando a luz allí en la ciudad.

Cuando regresó a casa llevaba consigo a una hija de tres años. Se la entregó al ama de llaves y se olvidó de ella. Cuando estaba borracho a veces se acordaba de ella. Si podía encontrarla, la hacía quedarse de pie junto a su silla o sentarse sobre sus rodillas y escuchar todos los males que le habían sucedido a él y a la casa de Iria. Maldecía y lloraba y bebía y la hacía beber a ella también, haciéndole jurar que honraría su herencia y que le sería leal a Iria. Ella tragaba el vino, pero odiaba las maldiciones y las lágrimas, y las babosas caricias que les seguían. Escaparía, tan pronto como

pudiera, si podía, y acudiría a los perros y a los caballos y al ganado. A ellos les había jurado que le sería fiel a su madre, a quien nadie conocía ni honraba ni le era fiel, excepto ella.

Cuando tenía trece años, el viejo viñero y el ama de llaves, que eran los únicos que quedaban en la casa, le dijeron al Señor que ya era hora de que le dieran su nombre a su hija. Le preguntaron si debían mandar a buscar al hechicero del Estanque del Oeste, o si la bruja de su aldea serviría. El Señor de Iria comenzó a gritar, furioso:

–¿Una bruja de aldea? ¿Una bruja para darle a la hija de Iria su nombre verdadero? ¿O un traidor sirviente hechicero, uno de aquellos arrebatadores de tierras advenedizos que le robaron el Estanque del Oeste a mi abuelo? Si ese turón pone un pie sobre mis tierras, le soltaré los perros para que le saquen el hígado. ¡Id y decidle eso, si queréis! –Etcétera, etcétera.

La vieja Margarita volvió a su cocina y el viejo Conejo regresó a sus vides, y Dragónvolador, con sus trece años, salió corriendo de la casa y bajó así la colina hasta llegar a la aldea, y profirió las maldiciones de su padre a los perros, quienes, locos de excitación por sus gritos, ladraron y aullaron y salieron corriendo detrás de ella.

–¡Vuelve a casa, maldita perra de corazón negro! –gritó ella–. ¡Y tú también, arrastrado traidor! –Y los perros se callaron y regresaron sigilosamente a la casa con la cola entre las patas.

Dragónvolador encontró a la bruja de la aldea sacando gusanos de una herida infectada en la grupa de una oveja. El nombre de pila de la bruja era Rosa, como el de muchas otras mujeres en Way y en otras islas del archipiélago Hárdico. A la gente que tiene un nombre secreto que contiene su poder como un diamante contiene luz, le gusta tener un nombre público común y corriente, como los nombres de otra gente.

Rosa estaba murmurando maquinalmente un sortilegio que se sabía de memoria, pero eran sus manos y su pequeño y afilado cuchillo los que hacían casi todo el trabajo. La oveja soportaba pacientemente el cuchillo afilado, sus ojos opacos, ambarinos,

observando el silencio; solo pateaba de vez en cuando con su pequeña pata delantera izquierda y suspiraba.

Dragónvolador miraba con atención el trabajo de Rosa. Rosa sacó un gusano, lo dejó caer, le escupió encima y volvió a su tarea. La niña se apoyó contra la oveja, y la oveja se apoyó contra la niña, dando y recibiendo calor. Rosa extrajo, dejó caer y escupió sobre el último gusano, y dijo:

–Ahora alcánzame ese cubo –lavó la llaga con agua salada. La oveja suspiró profundamente y de repente salió caminando del patio, camino a casa. Ya había tenido curación–. ¡Machito! –gritó Rosa. Un mugriento niño apareció por debajo de un arbusto, donde había estado durmiendo y persiguiendo a la oveja, de quien estaba nominalmente a cargo a pesar de que ella era más vieja, más grande, estaba mejor alimentada y probablemente fuera más sabia que él.

–Me han dicho que deberías darme un nombre –dijo Dragónvolador–. Mi padre se puso furioso al oírlo, así que no hay nada que hacer.

La bruja no dijo nada. Sabía que la niña tenía razón. Una vez que el Señor de Iria decía que permitiría o no permitiría alguna cosa, nunca cambiaba de opinión, sintiéndose orgulloso de su inflexibilidad, ya que, desde su punto de vista, únicamente los hombres débiles decían una cosa y luego hacían otra.

–¿Por qué no puedo darme a mí misma mi propio nombre? –preguntó Dragónvolador, mientras Rosa lavaba el cuchillo y sus manos con el agua salada.

–No se puede.

–¿Por qué no? ¿Por qué tiene que ser una bruja o un hechicero? ¿Qué es lo que hacéis vosotros?

–Bueno... –empezó Rosa, y tiró el agua salada sobre la tierra desnuda del pequeño patio delantero de su casa, la cual, como la mayoría de las casas de las brujas, estaba situada un poco apartada de la aldea–. Bueno –repitió, enderezándose y mirando vagamente a su alrededor, como buscando una respuesta, o una oveja, o una

toalla–. Tienes que saber algo acerca del poder, ¿sabes? –dijo por fin, y miró a Dragónvolador con un ojo. Su otro ojo miraba un poco hacia un lado. A veces Dragónvolador pensaba que el hechizo estaba en el ojo izquierdo de Rosa, a veces le parecía que estaba en el derecho, pero siempre un ojo miraba recto y el otro observaba algo que estaba fuera del alcance de la vista, detrás de la esquina, o en cualquier otro sitio.

–¿Qué poder?

–El único –dijo Rosa. Tan pronto como la oveja hubo desaparecido, entró en su casa. Dragónvolador la siguió, pero solamente hasta la puerta. Nadie entraba a la casa de una bruja sin ser invitado.

–Tú dijiste que yo lo tenía –dijo la niña ante la apestosa penumbra de la única habitación de la choza.

–Dije que había una fuerza en ti, una muy poderosa –dijo la bruja desde la oscuridad–. Y tú también lo sabes. Lo que debes hacer yo no lo sé, ni tú tampoco. Eso es lo que hay que descubrir. Pero no hay un poder que te permita nombrarte a ti misma.

–¿Por qué no? ¿Qué es más uno mismo que el propio nombre verdadero?

Un largo silencio.

La bruja emergió con un huso y una bola de lana grasienta. Se sentó sobre el banco que estaba junto a la puerta y comenzó a girar el huso. Había hilado más de noventa centímetros de hilaza gris amarronada antes de contestar.

–Mi nombre soy yo misma. Cierto. Pero, entonces, ¿qué es un nombre? Es lo que otro me llama. Si no hubiera nadie más, solamente yo, ¿para qué querría un nombre?

–Pero... –dijo Dragónvolador y se detuvo, atrapada por el argumento. Después de un rato dijo–: Entonces, ¿un nombre tiene que ser un regalo?

Rosa asintió con la cabeza.

–Dame un nombre, Rosa –dijo la niña.

–Tu papá dice que no.

–Yo digo que sí.

–Aquí él es el que manda.

–Puede hacerme pobre y estúpida y despreciable, ¡pero no puede dejarme sin nombre!

La bruja suspiró, como la oveja, incómoda y pensativa.

–Esta noche –dijo Dragónvolador–. En nuestro manantial, el que está al pie de la colina de Iria. Lo que no sepa no le hará daño. –Su voz parecía medio engatusadora, medio salvaje.

–Deberías tener tu debido día de nombramiento, tu fiesta y tu baile, como cualquier jovencito –le dijo la bruja–. El nombre debe darse al amanecer. Y después tiene que haber música y festejos todo el día. Una fiesta. No recibirlo escapando a escondidas por la noche sin que nadie lo sepa...

–Lo sabré yo. ¿Cómo sabes qué nombre decir, Rosa? ¿Te lo dice el agua?

La bruja sacudió una vez su cabeza color gris hierro.

–No puedo decírtelo. –Su «no puedo» no significaba «no lo haré». Dragónvolador esperó–. Es el poder, como te he dicho antes. Simplemente viene. –Rosa dejó de hilar y levantó la vista para mirar con un ojo una nube que había hacia el oeste; el otro miraba un poco hacia el norte del cielo–. Estáis allí, en el agua, juntas, tú y la niña. Tú le quitas el nombre a la niña. La gente puede seguir utilizando ese nombre como nombre de pila, pero ya no es su nombre, ni siquiera lo fue. Así que ahora ya no es una niña, y ya no tiene nombre. Entonces esperas. Allí, en el agua. Y abres tu mente, como... como si abrieras al viento las puertas de una casa. Y él viene. Tu lengua lo dice, dice el nombre. Tu aliento lo forma. Se lo das a aquella niña, el aliento, el nombre. No puedes pensar en ello. Dejas que entre en ti. Debe pasar a través de ti y el agua le pertenece. Ése es el poder, así es como funciona. Es así. No es algo que haces. Debes saber cómo saber dejarlo hacer. Ése es todo el poder.

–Los magos pueden hacer más que eso –dijo la niña después de un rato.

–Nadie puede hacer más que eso –dijo Rosa.

Dragónvolador giró la cabeza sobre su cuello, estirándose hasta que la vértebra le crujió, estirando con impaciencia sus largos brazos y piernas.

–¿Lo harás? –preguntó.

Después de un rato, Rosa asintió una vez con la cabeza.

Se encontraron en la oscuridad de la noche, en el sendero que pasa al pie de la colina de Iria, bastante después del atardecer, bastante antes del amanecer. Rosa creó una esfera de luz tenue para que pudieran encontrar el camino a través del terreno pantanoso alrededor del manantial sin caerse en un pozo ciego entre los juncos. En la fría oscuridad, debajo de unas pocas estrellas y de la curva negra de la colina, se desnudaron y caminaron por las aguas poco profundas, sus pies hundiéndose profundamente en un barro de terciopelo. La bruja tocó la mano de la niña, diciendo:

–Niña, tomo tu nombre. No eres una niña. No tienes nombre.

Todo estaba completamente inmóvil.

La bruja dijo ahora en un susurro:

–Mujer, sé nombrada. Eres Irian.

Durante un momento más largo se quedaron quietas; luego el viento nocturno sopló atravesando sus hombros desnudos y temblorosos, salieron del agua, se secaron lo mejor que pudieron, lucharon descalzas y miserables, para atravesar los cañaverales de puntas cortantes y raíces enmarañadas, y encontraron el camino de regreso hasta el sendero. Y allí, Dragónvolador habló en un susurro llena de furia y de rabia:

–¡Cómo has podido darme ese nombre! –La bruja no dijo nada–. No está bien. ¡No es mi verdadero nombre! Pensé que mi nombre me haría ser yo. Pero esto solo empeora las cosas. Te has equivocado. Eres solo una bruja. Lo has hecho mal. Ése es su nombre. Y puede quedárselo. Está tan orgulloso de él, de sus estúpidos dominios, de su estúpido abuelo. Yo no lo quiero. No lo aceptaré. Ésa no soy yo. Todavía no sé quién soy. ¡Pero no soy Irian! –De repente se quedó callada, después de decir el nombre.

La bruja seguía sin decir una palabra. Caminaron en la oscuridad una junto a la otra. Finalmente, con una voz aplacada, atemorizada, Rosa dijo:

–Vino tan...

–Si se lo dices a alguien alguna vez, te mataré –le dijo Dragónvolador.

Al oír eso, la bruja dejó de caminar. Musitó guturalmente, como un gato.

–¿Decírselo a alguien?

Dragónvolador también se detuvo. Después de un instante dijo:

–Lo siento. Pero siento como... siento como si me hubieras traicionado.

–He dicho tu verdadero nombre. No es lo que yo creía que sería. Y no me siento a gusto con ello. Como si hubiera dejado algo a medio hacer. Pero es tu nombre. Si te traiciona, entonces ésa es su verdad. –Rosa dudó unos instantes y luego dijo ya menos enfadada, más fríamente–: Si quieres el poder para traicionarme a mí, Irian, yo te lo daré. Mi nombre es Etaudis.

El viento había comenzado a soplar otra vez. Las dos estaban temblando, los dientes les castañeteaban. Estaban de pie cara a cara sobre el negro sendero, apenas podían ver dónde estaba la otra. Dragónvolador extendió la mano a tientas y se encontró con la mano de la bruja. Se dieron un ferviente y largo abrazo. Luego siguieron su camino con prisa, la bruja a su choza cerca de la aldea, la heredera de Iria colina arriba a su casa en ruinas, donde todos los perros, quienes la habían dejado ir sin hacer demasiado escándalo, la recibieron con un clamor y un alboroto de ladridos que despertó a todo el que se encontraba durmiendo a media milla a la redonda, excepto al Señor, totalmente borracho junto a su fría chimenea.

II. Marfil

El Señor de Iria del Estanque del Oeste, Abedul, no era el dueño de la casa vieja, pero sí de las tierras centrales y más ricas del viejo

dominio. Su padre, más interesado en los vinos y en los huertos que en las disputas con sus parientes, le había dejado a Abedul una creciente pobreza. Abedul contrató a algunos hombres para que se ocuparan de las granjas y de los viñedos y de los toneleros y de los acarreos y de todo eso, mientras él disfrutaba de su riqueza. Se casó con la hija tímida del hermano menor del Señor del Estanque de Way, y se regocijaba hasta el agotamiento pensando en que sus hijas eran de sangre azul.

La moda de aquella época entre la nobleza era tener un mago a su servicio, un verdadero mago con una vara y una capa gris, entrenado en la Isla de los Sabios; así que el Señor de Iria del Estanque del Oeste se consiguió un mago de Roke. Le sorprendió lo fácil que era conseguir uno, si se pagaba el precio.

El muchacho, llamado Marfil, en realidad todavía no tenía su báculo y su manto; explicó que lo harían mago cuando regresara a Roke. Los Maestros lo habían enviado a ver el mundo para adquirir experiencia, puesto que todas las clases de la escuela no pueden darle a un hombre la experiencia que necesita para ser un mago. Abedul se mostró un poco dubitativo ante esto, y Marfil le aseguró que su preparación en Roke lo había equipado con toda la clase de magia que podría necesitarse en Iria del Estanque del Oeste en Way. Para demostrarlo, hizo parecer que una manada de ciervos corría atravesando el comedor, seguida por una bandada de cisnes, la cual levantó vuelo maravillosamente y atravesó la pared sur para aparecer más tarde por la del norte; y, por último, una fuente en un balde de plata surgió de repente en el centro de la mesa, y cuando el señor y su familia intentaron imitar prudentemente a su mago y llenaron sus copas con aquella agua y la probaron, resultó ser un vino dulce y dorado. «Vino de las Andrades», dijo el muchacho con una sonrisa modesta y complaciente. Para entonces, ya se había ganado a la esposa y a las hijas. Y Abedul pensó que el muchacho valía lo que pedía, aunque él prefería en silencio el tinto seco Fanian de sus propios viñedos, que te emborrachaba si tomabas lo suficiente, mientras que esa cosa amarilla era solo agua de miel.

Si era experiencia lo que el joven hechicero estaba buscando, no obtuvo mucha en el Estanque del Oeste. Siempre que Abedul tenía invitados de Kembermouth o de cualquier otro terreno vecino, la manada de ciervos, los cisnes y la fuente de vino dorado hacían su aparición. También hacía unos fuegos de artificio muy bonitos en las noches de primavera. Si los encargados de los huertos y de los viñedos acudían al Señor para preguntarle si su mago podría urdir un sortilegio de crecimiento en los perales aquel año, o tal vez un encantamiento para que alejara la podredumbre de los viñedos de Fanian en la colina del sur, Abedul les decía:

–Un mago de Roke no se rebaja a hacer tales cosas. ¡Id a decirle al hechicero de la aldea que se gane el pan!

Y cuando la hija más pequeña llegaba con una tos debilitante, la esposa de Abedul no se atrevía a molestar al joven sabio por ello, sino que enviaba humildemente a alguien hasta la casa de Rosa de la Antigua Iria, para pedirle que entrara por la puerta trasera y tal vez hiciera una cataplasma o cantara un canto para que la niña se curara.

Marfil nunca notó que la niña estaba enferma, ni tampoco los árboles de peras, ni los viñedos. No tenía mucho trato con nadie, tal como debe hacerlo un hombre de arte y erudición. Pasaba sus días cabalgando por los campos en la preciosa yegua negra que le había dado su patrón para su uso exclusivo después de que él dejara bien claro que no había venido desde Roke para caminar con dificultad por el barro y por la tierra de caminos campestres poco frecuentados.

Durante sus cabalgatas, a veces pasaba por una antigua casa que estaba sobre una colina, entre grandes robles. Una vez se salió del sendero de la aldea y comenzó a subir la colina, pero una jauría de perros flacos y de fauces feroces llegó corriendo a toda prisa y bramando hacia donde él se encontraba. La yegua temía a los perros y era propensa a encabritarse y a salir disparada, así que después de aquello mantuvo cierta distancia. Pero tenía buen ojo para la belleza,

disfrutaba de ella, y le gustaba mirar la vieja casa soñando en la moteada luz de las tempranas tardes de verano.

Preguntó a Abedul sobre aquel lugar.

–Esa es Iria –le contestó Abedul–, la Antigua Iria, quiero decir. Esa casa me pertenece. Pero después de un siglo de disputas y peleas por ella, mi abuelo dejó el lugar para acabar con la riña. Aunque el Señor que allí se encuentra todavía se estaría peleando conmigo si no estuviera demasiado borracho como para poder hablar. Hace años que no veo a ese viejo. Creo que tenía una hija.

–Su nombre es Dragónvolador, y es quien hace todo el trabajo, y yo la vi una vez el año pasado. Es alta y tan hermosa como un árbol en flor –dijo la hija más pequeña, Rosa, quien se distraía ocupando sus catorce años de vida con agudas observaciones, que era todo lo que podía hacer. Se interrumpió, tosiendo. Su madre le lanzó una angustiada y suplicante mirada al mago. Seguramente había oído aquella tos, esta vez. Él sonrió a la pequeña Rosa, y el corazón de la madre se exaltó. Seguramente no habría sonreído así si la tos de Rosa fuera algo serio, ¿verdad?

–Esa gente de la casa vieja no tiene nada que ver con nosotros –dijo Abedul, enfadado.

El discreto Marfil no preguntó nada más. Pero quería ver a la muchacha tan hermosa como un árbol en flor. A menudo cabalgaba cerca de la casa vieja. Intentó detenerse en la aldea que estaba al pie de la colina para hacer algunas preguntas, pero no había ningún sitio donde parar y nadie que contestara sus preguntas. Una bruja de ojos incoloros lo miró solo una vez y se metió dentro de su choza. Si decidía subir a la casa, tendría que enfrentarse con la jauría de sabuesos del infierno, y probablemente con un viejo borracho. Pero valía la pena correr el riesgo, pensó; estaba cansado de la aburrida vida del Estanque del Oeste, y nunca había sido alguien que dudara demasiado antes de arriesgarse. Cabalgó cuesta arriba por la colina hasta que los perros estuvieron bramando a su alrededor en un frenesí, tratando de morder las patas de la yegua. Esta cayó al suelo y comenzó a golpearlos con sus cascos, y él pudo evitar salir

disparado únicamente urdiendo un sortilegio de detención y utilizando toda la fuerza de sus brazos. Los perros saltaban e intentaban morder ahora las piernas de Marfil, y éste estaba ya a punto de dar rienda suelta a la yegua cuando alguien apareció entre los perros gritando palabrotas y golpeándolos con una correa. Cuando logró que la yegua, agotada y muerta de sed, se pusiera de pie, vio a la muchacha tan hermosa como un árbol en flor. Era muy alta, estaba furiosa, con grandes manos y pies y boca y nariz y ojos, y una cabeza de cabellos enmarañados y polvorientos. Les gritaba:

–¡Abajo! ¡Volved a la casa, carroña, malditos hijos de perra! –a los ahora quejosos y acobardados perros.

Marfil se cogió la pierna derecha con ambas manos. Los dientes de uno de los perros le habían arrancado un trozo de los pantalones de montar de un mordisco, y por allí le goteaba un hilo de sangre.

–¿Está la yegua herida? –preguntó la mujer–. ¡Oh, esos parásitos traidores! –Acariciaba suavemente la pata delantera derecha de la yegua. Sus manos se mancharon del sudor y la sangre del animal–. Ya, ya –dijo–. Buena chica, valiente. –La yegua apoyó la cabeza en el suelo y todo su cuerpo tembló aliviado–. ¿Por qué la has dejado en medio de los perros sin poder moverse? –preguntó la mujer llena de furia. Estaba arrodillada a las patas del caballo, con la cabeza levantada mirando a Marfil. Él la miraba desde el lomo del caballo, y así y todo se sentía bajo; se sentía pequeño. Ella no esperó la respuesta–. Yo la guiaré –dijo, poniéndose de pie, y estiró la mano para alcanzar las riendas. Marfil se dio cuenta de que tenía que bajar del caballo. Lo hizo, mientras le preguntaba:

–¿Está muy mal? –Y miraba la pata de la yegua, donde solo veía una espuma brillante y llena de sangre.

–Ven, mi amor –dijo la muchacha a la yegua, no a él. La yegua la siguió con confianza. Comenzaron a caminar por el escabroso camino que rodeaba la ladera de la colina hasta llegar a un viejo establo de piedras y ladrillos, sin caballos, habitado únicamente por nidos de golondrina y golondrinas que se abatían sobre el tejado cantando su agudo murmullo.

–Mantenla tranquila –dijo la muchacha, y lo dejó sosteniendo las riendas de la yegua en aquel desértico lugar. Regresó al cabo de un rato arrastrando un pesado cubo, y se puso a lavarle la pata a la yegua con una esponja–. Quítale la silla de montar –le dijo a él, y su tono de voz contenía un silencioso e impaciente «¡estúpido!» al que Marfil obedeció, medio molesto por esa tosca giganta y medio intrigado. Ahora no lo hacía pensar en absoluto en un árbol en flor, pero realmente era hermosa, de una manera grande y feroz. La yegua se entregaba a ella totalmente. Cuando le decía: «¡Mueve la pata!», la yegua movía la pata. La mujer la limpió de pies a cabeza, le puso otra vez la silla de montar, y se aseguró de que se pusiera al sol–. Se pondrá bien –dijo–. Tiene una herida, pero si la lavas con agua salada y tibia cuatro o cinco veces al día, se curará bien. Lo siento. –Esto último lo dijo con sinceridad, aunque bruscamente, como si todavía se estuviese preguntando cómo había podido él dejar que su yegua se quedara allí inmóvil solo para ser atacada, y lo miró directo a los ojos por primera vez. Tenía los ojos claros, de un marrón anaranjado, como de color topacio oscuro, o ámbar. Eran unos ojos extraños, justo a la altura de los suyos.

–Yo también lo siento –dijo él, tratando de hablar con cuidado, con suavidad.

–Es la yegua de Iria del Estanque del Oeste. ¿Entonces tú eres el mago?

Él inclinó la cabeza.

–Marfil, del Gran puerto de Havnor, para servirle. ¿Puedo...?

Ella lo interrumpió.

–Creía que era de Roke.

–Lo soy –dijo él, recobrando la compostura.

Ella lo miró fijamente, con aquellos ojos extraños, tan impenetrables como los de una oveja, pensó él. Entonces ella lo soltó todo:

–¿Has vivido allí? ¿Has estudiado allí? ¿Conoces al Archimago?

–Sí –le contestó él con una sonrisa. Luego hizo una mueca de dolor y se agachó para apretarse la espinilla con la mano durante

unos instantes.

–¿Tú también estás herido?

–No es nada –contestó él. De hecho, para su sorpresa, la herida había dejado de sangrar.

La mirada de la mujer se posó nuevamente sobre su rostro.

–¿Cómo es... cómo es Roke?

Marfil se acercó, cojeando muy levemente, hasta una vieja montura que estaba por allí cerca y se sentó. Estiró la pierna, apretando la parte lastimada, y levantó la vista para mirar a la mujer.

–Me llevaría mucho tiempo contarte cómo es Roke –dijo–. Pero sería un placer para mí...

–El hombre es un mago, o casi –dijo Rosa la bruja–, ¡un mago de Roke! ¡No debes hacerle preguntas! –Estaba más que escandalizada, estaba asustada.

–A él no le importa –le aseguró Dragónvolador–. Solo que casi nunca contesta realmente a las preguntas.

–¡Por supuesto que no!

–¿Por qué por supuesto que no?

–¡Porque él es un mago! ¡Porque tú eres una mujer, sin arte, sin conocimientos, sin aprendizaje!

–¡Tú podrías haberme enseñado! ¡Nunca quisiste hacerlo!

Rosa despreció todo lo que le había enseñado o lo que podía enseñarle con un gesto de la mano.

–Pues bien, entonces tengo que aprender de él –dijo Dragónvolador.

–Los magos no les enseñan a las mujeres. Estás borracha.

–Tú y Escoba urdís hechizos.

–Escoba es un hechicero de aldea. Este hombre es un hombre sabio. ¡Aprendió las Altas Artes en la Casa Grande de Roke!

–Me ha dicho cómo es –dijo Dragónvolador–. Uno camina por el pueblo cuesta arriba, el pueblo de Zuil. Hay una puerta que se abre a la calle, pero está cerrada. Parece una puerta común.

La bruja escuchaba, incapaz de resistirse a la fascinación de los secretos revelados y al contagio de aquel deseo apasionado.

–Y un hombre aparece cuando tú tocas la puerta, un hombre de aspecto normal. Y te hace una prueba. Tienes que decirle una determinada palabra, una contraseña, para que te deje entrar. Si no la sabes, nunca podrás entrar. Pero si te deja entrar, entonces desde dentro verás que la puerta es totalmente diferente. Está hecha de cuerno, y tiene un árbol tallado, y el marco está hecho de diente, el diente de un dragón que vivió mucho, mucho antes que Erreth-Akbé, antes que Morred, antes de que hubiera gente en Terramar. Al principio solamente había dragones. Encontraron el diente en el monte Onn, en Havnor, en el centro del mundo. Y las hojas del árbol están talladas tan finamente que la luz brilla a través de ellas, pero la puerta es tan fuerte que si el Portero la cierra no hay hechizo que pueda abrirla. Y luego el Portero te lleva por un corredor y luego por otro, hasta que estás perdido y desconcertado, y luego de repente sales bajo el cielo. En el Patio de la Fuente, en la parte más profunda de la Casa Grande. Y allí es donde supuestamente estaría el Archimago, si es que está...

–Sigue –murmuró la bruja.

–En realidad eso es todo lo que me ha dicho, hasta ahora –dijo Dragónvolador, volviendo al templado y nublado día de primavera y a la infinita familiaridad del camino de la aldea, el patio delantero de la casa de Rosa, sus propias siete ovejas lecheras pastando en la colina de Iria, las coronas color bronce de los robles–. Es muy cuidadoso al hablar de los Maestros.

Rosa asintió con la cabeza.

–Pero me ha hablado de algunos de los alumnos.

–Supongo que no habrá ningún problema con eso.

–No lo sé –dijo Dragónvolador–. Que te cuenten cosas de la Casa Grande es maravilloso, pero yo pensaba que la gente allí sería... no lo sé. Por supuesto que la mayoría son tan solo unos muchachos cuando llegan allí. Pero yo pensé que serían... –Apartó la mirada y la posó sobre las ovejas que estaban sobre la colina, su

rostro reflejaba preocupación–. Algunos de ellos son realmente malos y estúpidos –dijo en voz muy baja–. Se meten en la escuela porque son ricos. Y estudian allí para hacerse más ricos. O para obtener poder.

–Pues, claro que sí –dijo Rosa–, ¡para eso están allí!

–Pero el poder, según tú me contaste, no es lo mismo que hacer que la gente haga lo que tú quieres, o hacer que te pague...

–¿No?

–¡No!

–Si una palabra puede curar, una palabra puede lastimar –dijo la bruja–. Si una mano puede matar, una mano puede curar. Es una pobre carreta que va solo en una dirección.

–Pero en Roke aprenden a utilizar bien el poder, no para hacer daño, no para obtener ganancias.

–Yo diría que todo es para obtener ganancias, de alguna manera. La gente tiene que vivir. Pero yo qué sé. Me gano la vida haciendo lo que sé hacer. Y no interfiero con las altas artes, con las artes peligrosas, como invocar a los muertos –y Rosa hizo el gesto de la mano para ahuyentar al peligro del que acababa de hablar.

–Todo es peligroso –dijo Dragónvolador, con la mirada fija más allá de las ovejas, de la colina, de los árboles, en profundidades inmóviles, un vacío vasto y descolorido, como el cielo claro antes del amanecer.

Rosa la observaba. Sabía que no sabía quién era Irian o lo que podría llegar a ser. Una mujer grande, fuerte, extraña, ignorante, inocente y enfadada, sí. Pero desde que Irian era solo una niña, Rosa había visto en ella algo más, algo más allá de lo que era ella. Y cuando Irian miraba a través del mundo como lo estaba haciendo ahora, parecía entrar en aquel lugar o en aquel tiempo, o parecía estar más allá de ella misma, mucho más allá del conocimiento de Rosa. Y entonces Rosa la temía, y temía por ella.

–Tú ten cuidado –dijo la bruja, adusta–. Todo es peligroso, bastante peligroso, y más que nada meterse con magos.

A través del amor, del respeto y la confianza, Dragónvolador nunca haría caso omiso de una advertencia de Rosa; pero era incapaz de ver a Marfil como a alguien peligroso. No lo entendía, pero la idea de tenerle miedo, a él personalmente, no era una idea que cupiera en su cabeza. Trataba de ser respetuosa, pero era imposible. Pensaba que era inteligente y bastante apuesto, pero no pensaba mucho en él, excepto por lo que él podía decirle. Él sabía lo que ella quería saber y poco a poco se lo fue diciendo, y luego no había sido realmente lo que ella había querido saber, sino que quería saber más y más. Él era paciente con ella, y ella le estaba agradecida por su paciencia, sabiendo que era mucho más rápido que ella. A veces sonreía ante su ignorancia, pero nunca se burlaba de ella ni la reprobaba. Como a la bruja, le gustaba responder a una pregunta con otra pregunta; pero las respuestas a las preguntas de Rosa eran siempre algo que siempre había sabido, mientras que las respuestas a las preguntas de él eran cosas que nunca se había imaginado y que encontraba sorprendentes, inoportunas, incluso dolorosas, y que cambiaban sus creencias.

Día tras día, mientras hablaban en el viejo establo de Iria, donde habían tomado por costumbre encontrarse, ella le preguntaba y él le contaba más, aunque con desgana, siempre parcialmente; protegía a sus Maestros, pensaba ella, tratando de defender la imagen brillante de Roke, hasta que un día él cedió a su insistencia y por fin habló libremente.

–Hay hombres buenos allí –dijo–. El Archimago era realmente poderoso y sabio. Pero se ha ido. Y los Maestros... Algunos se mantienen al margen, siguiendo conocimientos arcanos, siempre en busca de más formas, siempre más nombres, pero sin utilizar sus conocimientos para nada. Otros esconden su ambición bajo la capa gris de la sabiduría. Roke ya no es el sitio en el cual se encuentra el poder de Terramar. Ahora ese sitio es la Corte de Havnor. Roke vive de su majestuoso pasado, defendido por miles de sortilegios contra el día de hoy. Y dentro de esas paredes de hechizo, ¿qué es lo que hay? Ambiciones que se enfrentan, temor a cualquier cosa nueva,

temor a hombres jóvenes que desafían el poder de los viejos. Y en el centro, nada. Un patio vacío. El Archimago nunca regresará.

–¿Cómo lo sabes? –susurró ella.

Parecía preocupado.

–El dragón se lo llevó.

–¿Tú lo viste? ¿Tú has visto eso? –Apretó las manos, imaginando aquel vuelo, sin siquiera escuchar su respuesta. Después de un largo rato, regresó a la luz del día y al establo y a sus pensamientos y a sus enigmas–. Pero incluso si él ya no está –dijo–, seguro que algunos de los Maestros son verdaderamente sabios.

Cuando él levantó la mirada y habló lo hizo de muy mala gana, con el atisbo de una sonrisa melancólica.

–Todo el misterio y la sabiduría de los Maestros, cuando salen a la luz del día, no son gran cosa, ¿sabes? Trucos del oficio, maravillosas ilusiones. Pero la gente no quiere saber eso. La gente quiere las ilusiones, los misterios. ¿Quién puede culparlos? Hay tan poco en la vida que sea hermoso o encomiable.

Como para ilustrar lo que estaba diciendo, había recogido un trozo de ladrillo de la calzada rota y lo lanzó por los aires, y mientras él hablaba el ladrillo aleteaba sobre sus cabezas con delicadas alas azules, una mariposa. Estiró uno de sus dedos y la mariposa se posó sobre él. Sacudió aquel dedo y la mariposa cayó al suelo, un trozo de ladrillo.

–En mi vida no hay mucho que sea muy encomiable –dijo ella, con la cabeza gacha, mirando fijamente la calzada–. Todo lo que sé hacer es ocuparme de la granja, tratar de ser convincente y de decir la verdad. Pero si pensara que hasta en Roke todos son trucos y mentiras, odiaría a esos hombres por haberme engañado, por habernos engañado a todos. No puede ser todo mentira. No todo. Es cierto que el Archimago entró en el laberinto entre los Hombres Canos y que regresó con el Anillo de la Paz. Es cierto que entró en la muerte con el joven rey, y que derrotó al mago araña, y que regresó. Sabemos eso por las palabras del propio Rey. Incluso aquí,

los arpistas vinieron a cantar esa gesta, y un narrador vino a contarla.

Marfil asintió con la cabeza.

–Pero el Archimago perdió todo su poder en la tierra de la muerte. Tal vez entonces se debilitó toda la magia.

–Los sortilegios de Rosa funcionan tan bien como siempre –dijo ella firmemente.

Marfil sonrió. No dijo nada, pero ella vio qué insignificantes eran las actividades de una bruja de aldea para él, quien había visto grandes obras y poderes. Ella suspiró y habló de corazón.

–¡Oh, si no fuese mujer!

Él volvió a sonreír.

–Eres una hermosa mujer –le dijo, aunque francamente, no halagándola como lo había hecho al principio, antes de que le demostrara cuánto odiaba ella eso–. ¿Por qué querrías ser un hombre?

–¡Para poder ir a Roke! ¡Y ver, y aprender! ¿Por qué, por qué pueden ir allí solamente los hombres?

–Así fue decretado por el primer Archimago, hace siglos –dijo Marfil–. Pero... yo también me lo he preguntado.

–¿En serio?

–A menudo. Al ver solo muchachos y hombres, día tras día, en la Casa Grande y en todos los recintos de la escuela. Al saber que las mujeres de los pueblos están atadas por hechizos que les prohíben hasta poner sus pies sobre los campos alrededor del collado de Roke. Una vez cada muchos años, tal vez, se le permite a alguna gran mujer entrar brevemente en los patios externos... ¿Por qué? ¿Acaso todas las mujeres son incapaces de entender? ¿O es que los Maestros las temen, temen ser corrompidos? No es eso, pero temen que admitir a las mujeres pudiera cambiar la norma a la que se aferran, la pureza de esa norma...

–Las mujeres pueden vivir castas tanto como los hombres –dijo Dragónvolador sin rodeos. Sabía que ella era directa y tosca con

temas en los que él era delicado y sutil, pero no conocía ninguna otra forma de ser.

–Por supuesto –dijo él; su sonrisa se ampliaba brillantemente–. Pero las brujas no siempre son castas, ¿verdad?... Tal vez eso es lo que temen los Maestros. Tal vez el celibato no sea tan necesario como lo predica la Norma de Roke. Tal vez no sea una forma de mantener puro el poder, sino de mantener el poder solo para ellos. Dejando fuera a las mujeres, dejando fuera a todos los que no aceptan convertirse en eunucos para obtener ese único poder... ¿Quién sabe? ¡Una maga! ¡Quizás eso lo cambiaría todo, cambiaría todas las reglas!

Ella podía ver cómo la mente de él bailaba frente a la de ella, cogiendo ideas y jugando con ellas, transformándolas como había transformado el ladrillo en mariposa. Ella no podía bailar con él, no podía jugar con él, pero lo miraba maravillada.

–Tú podrías ir a Roke –dijo él, los ojos le brillaban de entusiasmo, de picardía, de audacia. La miraban casi suplicantes, incrédulos, silenciosos; insistió–: Podrías hacerlo. Eres una mujer, pero hay maneras de cambiar tu apariencia. Tienes el corazón, el coraje, la voluntad de un hombre. Tú podrías entrar en la Casa Grande. Lo sé.

–¿Y qué haría allí?

–Lo que hacen todos los alumnos. ¡Vivir solos en una celda de piedra y aprender a ser sabios! Puede que no sea todo lo que tú soñaste, pero eso, también, lo aprenderías.

–No podría. Se darían cuenta. Ni siquiera podría entrar. Me has dicho que está el Portero. No sé la palabra que tengo que decirle.

–La contraseña. Pero yo puedo enseñártela.

–¿Podrías? ¿Está permitido?

–No me importa lo que está permitido –le contestó él, con el ceño fruncido como nunca antes lo había visto–. El propio Archimago dijo: «Las reglas están hechas para ser transgredidas». La injusticia hace las reglas, y el coraje las transgrede. ¡Yo tengo el coraje, si tú lo tienes!

Ella lo miró. No podía hablar. Se puso de pie y después de unos instantes salió del establo caminando, se alejó atravesando la colina, subiendo el camino que la rodeaba y llegó hasta la mitad. Uno de los perros, su favorito, un inmenso y horrible sabueso con la cabeza muy pesada, la siguió. Se detuvo en la pendiente que estaba sobre el pantanoso manantial en el cual Rosa le había dado su nombre hacía diez años. Se quedó allí de pie. El perro se sentó a su lado y la miró a la cara. No había pensamientos claros en su mente, pero las palabras se repetían: «Podría ir a Roke y descubrir quién soy».

Miró hacia el oeste por encima de los lechos de juncos y de los sauces y de las colinas lejanas. Todo el cielo occidental estaba vacío, despejado. Se quedó inmóvil y su alma pareció acercarse a aquel cielo e irse, salir de ella.

Se oyó un pequeño ruido, el suave clip-clop de los cascos de la yegua negra, acercándose por el camino. Entonces Dragónvolador volvió a sí misma y llamó a Marfil y bajó corriendo la colina para encontrarse con él.

–Iré –le dijo.

Él no había planeado ni había tenido la intención de semejante aventura, pero al ser tan alocada, cuanto más pensaba en ella, más se entusiasmaba. La idea de pasar el largo y gris invierno en el Estanque del Oeste le hundía el espíritu como una piedra. Allí no había nada que le interesara excepto la muchacha, Dragónvolador, que había llegado a ocupar todos sus pensamientos. Su fuerza aplastante e inocente lo había derrotado absolutamente hasta ahora, pero él hacía lo que ella quería para conseguir que al final ella hiciera lo que él quería, y valía la pena jugar a aquel juego, pensaba él. Si ella se escapaba con él, el juego estaría ganado. En cuanto a la broma que este representaba, la idea de meterla realmente en la escuela de Roke disfrazada de hombre, había pocas posibilidades de conseguirlo, pero le complacía pensar en él como un gesto de desacato a toda la piedad y la pomposidad de los Maestros y de sus

aduladores. Y si de alguna manera lo conseguía, si lograba realmente que una mujer atravesara aquella puerta, aunque fuera por un instante, ¡esa sería una dulce venganza!

El dinero era un problema. La muchacha pensó, por supuesto, que él, siendo un gran mago, chasquearía los dedos y los haría flotar sobre el mar en un barco mágico volando con un viento mágico. Pero cuando él le dijo que tendrían que comprar un barco, ella simplemente contestó:

–Yo tengo el dinero del queso.

Él guardaba como oro en paño aquellos comentarios. A veces ella lo asustaba, y él se lo tomaba a mal. Cuando soñaba con ella, ella nunca se rendía ante él, sino que él se rendía ante una dulzura feroz y destructora, hundiéndose en un abrazo aniquilador; eran sueños en los que ella era algo que iba más allá de toda comprensión y él no era nada. Despertaba de aquellos sueños temblando y avergonzado. A la luz del día, cuando la veía grande, con las manos sucias, hablando como una palurda, como una simplona, él recuperaba su superioridad. Únicamente deseaba que hubiera alguien que oyera lo que ella decía, uno de sus grandes amigos en el Gran Puerto que encontraría todo aquello divertido. «Yo tengo el dinero del queso», se repetía a sí mismo, cabalgando de regreso al Estanque del Oeste, y reía. «Yo sí que lo tengo», decía en voz alta. La yegua negra sacudía las orejas.

Le dijo a Abedul que había recibido un mensaje de su maestro desde Roke, el Maestro Mano, y que debía ir para allí inmediatamente, para qué no podía decirlo, por supuesto, pero no estaría fuera demasiado tiempo; medio mes para llegar hasta allí, otro para regresar; estaría de vuelta bastante antes de los Barbechos, como muy tarde. Tenía que pedirle al Señor Abedul que le diera un adelanto de su salario para pagar el viaje en barco y el alojamiento, puesto que un mago de Roke no debía aprovecharse de la buena voluntad de la gente que se ofrecía a darle todo lo que necesitaba, sino que debía pagar su viaje como cualquier otro hombre. Como Abedul estaba de acuerdo con esto, tuvo que darle a

Marfil una cartera para su travesía, la primera vez después de muchos años que tenía dinero de verdad en su bolsillo: diez cuentas de marfil talladas con la nutria de Shelieth en un lado y la Runa de la Paz en el otro, en honor al Rey Lebannen.

–Hola, pequeñas tocayas –les dijo cuando se hubo quedado solo con ellas–. Vosotras y el dinero del queso os llevaréis muy bien.

Le contó muy poco a Dragónvolador acerca de sus planes, más que nada porque hacía pocos, confiando en la suerte y en su propio ingenio, el cual raras veces lo decepcionaba si se le presentaba una buena oportunidad para utilizarlo. La muchacha prácticamente no hacía preguntas. «¿Iré como hombre todo el camino?», fue una de ellas.

–Sí –le contestó él–, pero solamente disfrazada. No obraré sobre ti un sortilegio de apariencia hasta que lleguemos a la isla de Roke.

–Pensé que sería un sortilegio de cambio –dijo ella.

–Eso no sería muy astuto –le contestó él, imitando bastante bien la seca solemnidad del Maestro Transformador–. Si es necesario, lo haré, por supuesto. Pero descubrirás que los magos son bastante parcos con los grandes hechizos. Por una buena razón.

–El Equilibrio –dijo ella, aceptando todo lo que él le decía de la manera más simple, como siempre.

–Y tal vez porque tales artes ya no tienen el poder que tuvieron alguna vez –le contestó él. No sabía por qué trataba de debilitar su fe en la magia; tal vez porque cualquier debilitamiento de su fuerza, de su entereza, era para él un triunfo. Había comenzado, simplemente para tratar de meterla en su cama, un juego al que le encantaba jugar. El juego se había convertido en una especie de contienda que no había esperado, pero con la cual no podía terminar. Ahora estaba decidido no solo a ganarla, sino a derrotarla. No podía permitir que ella lo derrotara a él. Debía probarle a ella y probarse a sí mismo que sus sueños no tenían sentido.

Al principio, impaciente por cortejar su aplastante indiferencia física, había urdido un encantamiento, un sortilegio de seducción de hechicero, que despreciaba incluso mientras lo hacía, aunque sabía

que era eficaz. Lo obró sobre ella mientras estaba remendando el ronzal de una vaca. El resultado no había sido el profundo deseo que había provocado en las muchachas de Havnor y de Zuil sobre las cuales había realizado el hechizo. Dragónvolador se había vuelto poco a poco más silenciosa y hosca. Había dejado de hacer sus interminables preguntas sobre Roke y no le contestaba cuando él le hablaba. Cuando él se acercó a ella con vacilación, cogiéndole la mano, ella lo apartó con un golpe en la cabeza que lo dejó mareado. Él la vio ponerse de pie y salir a zancadas del establo sin decir una palabra, y al horrible sabueso al que ella tanto quería corriendo detrás de ella. El sabueso se dio vuelta y lo miró con una sonrisa.

Ella cogió el camino que iba hasta la casa vieja. Cuando los oídos dejaron de zumbarle, salió detrás de ella con la esperanza de que el sortilegio estuviera funcionando y de que aquella fuera solo su manera particularmente grosera de llevarlo por fin hasta su cama. A medida que se iba acercando a la casa, comenzó a oír el crujido de vajillas rotas. El padre, el borracho, salió de la casa tambaleándose y parecía atemorizado y confundido, seguido por la voz estruendosa y áspera de Dragónvolador:

–¡Sal de la casa, borracho y rastrero traidor! ¡Libertino estúpido y desvergonzado!

–Me ha quitado la copa –le dijo el Señor de Iria al extraño, gimiendo como un cachorro, mientras los perros gimoteaban a su alrededor–. La ha roto.

Marfil se fue de allí. No regresó hasta al cabo de dos días. El tercer día pasó cabalgando experimentalmente por la Antigua Iria, y ella fue corriendo directa hacia él.

–Lo siento, Marfil –le dijo, levantando la cabeza para mirarlo con sus ahumados ojos naranja–. No sé qué me pasó el otro día. Estaba enfadada. Pero no contigo. Perdóname.

Él la perdonó elegantemente. Y no volvió a obrar sobre ella un encantamiento de amor.

Pronto, pensaba él ahora, no necesitaría uno. Tendría verdadero poder sobre ella. Finalmente había descubierto cómo conseguirlo.

Ella misma lo había puesto en sus manos. Su fortaleza y su fuerza de voluntad eran tremendas, pero afortunadamente ella era estúpida, y él no.

Abedul había enviado a un carretero hasta Kembermouth con seis barriles llenos de vino Fanian de hacía diez años encargados por el comerciante de vinos de allí. Estaba contento de mandar a su mago como guardaespaldas, ya que el vino era valioso, y a pesar de que el joven rey estaba poniendo las cosas en orden lo más rápido que podía, todavía había pandillas de ladrones en los caminos. Así que Marfil abandonó el Estanque del Oeste en el gran carro tirado por cuatro grandes caballos de carreta, traqueteando lentamente por el sendero, las piernas colgando. Al pie de la Colina del Burro apareció una tosca figura junto al camino y le pidió al carretero que lo llevara.

–No te conozco –le dijo el carretero, levantando su látigo para alejar al extraño, pero Marfil se acercó rodeando el carro y dijo:

–Deja que el muchacho se suba, buen hombre. No te hará ningún daño mientras yo esté contigo.

–Entonces vigílelo bien, maestro –dijo el carretero.

–Lo haré –le contestó Marfil, y le guiñó el ojo a Dragónvolador. Ella, bien disfrazada, cubierta de polvo y con un viejo blusón, un pantalón de peón y un repugnante sombrero de fieltro, no le devolvió el guiño. Representaba su papel incluso cuando estaban sentados uno junto al otro con las piernas colgando sobre el portón, con seis inmensos medios toneles de vino zarandeándose entre ellos, y el somnoliento carretero y los somnolientos campos y colinas estivales deslizándose lentamente, pasando lentamente. Marfil intentó bromear con ella, pero ella simplemente sacudió la cabeza. Tal vez estaba asustada por aquel descabellado plan, pero ahora ya estaba embarcada en él. Era imposible saber lo que iba a ocurrir. Estaba seria y absolutamente callada. «Podría aburrirme mucho con esta mujer –pensaba Marfil– si alguna vez llego a tenerla debajo de mí.» Aquel pensamiento lo excitaba casi insoportablemente, pero

cuando volvía a mirarla, su deseo se desvanecía ante su enorme y real presencia.

No había posadas en aquel camino, el cual atravesaba lo que una vez había sido todo el Dominio de Iria. Cuando el sol se estaba acercando a las llanuras del oeste, se detuvieron en una granja que ofrecía su establo para los caballos, un cobertizo para la carreta, y paja en el entretecho del establo para los carreteros. El entretecho estaba oscuro y mal ventilado, y la paja olía a encierro y a viejo. Marfil no sentía ningún deseo, aunque Dragónvolador estaba acostada a menos de un metro de distancia de donde él estaba. Había representado tan exhaustivamente el papel de un hombre durante todo el día, que casi lo había convencido incluso a él. ¡Después de todo tal vez engañara al viejo!, pensó él. Sonrió al pensar aquello y se durmió.

Siguieron traqueteando durante todo el día siguiente a través de una o dos lluvias de tormenta, y al atardecer llegaron a Kembermouth, una amurallada y próspera ciudad portuaria. Dejaron al carretero ocupándose de los negocios de su señor y caminaron un poco para encontrar una posada cerca del muelle. Dragónvolador miró a su alrededor para ver el aspecto de la ciudad en un silencio que podría haber significado pavor y respeto, o desaprobación, o simplemente impasibilidad.

–Este es un hermoso pueblecito –dijo Marfil–, pero la única ciudad del mundo es Havnor.

Era inútil tratar de impresionarla; todo lo que dijo fue:

–No hay muchos barcos que vayan a comerciar a Roke, ¿verdad? ¿Crees que nos tomará mucho tiempo encontrar uno que nos lleve?

–No si llevo una vara –le contestó él.

Dejó de mirarlo todo a su alrededor y comenzó a caminar de aquí para allá sumida en sus pensamientos, y así estuvo durante un rato. Cuando se movía era hermosa, audaz y elegante, con la cabeza erguida.

–¿Lo que quieres decir es que le harían un favor a un mago? Pero tú no eres un mago.

–Esa es una mera formalidad. Nosotros, los hechiceros de rango superior, podemos llevar una vara cuando estamos ocupándonos de asuntos que incumben a Roke. Y eso es lo que yo estoy haciendo.

–¿Al llevarme a mí hasta allí?

–Al llevarles a ellos un alumno, sí. ¡Un alumno con grandes dotes!

Ella no hizo más preguntas. Nunca discutía; era una de sus virtudes.

Aquella noche, después de la cena en la posada del muelle, le preguntó con una timidez inusual en la voz:

–¿Yo tengo grandes dotes?

–A mi juicio, sí –le contestó él.

Ella reflexionó, las conversaciones con ella eran por lo general algo bastante lento, y dijo:

–Rosa siempre dijo que yo tenía poder, pero ella no sabía de qué tipo. Y yo... yo sé que lo tengo, pero no sé lo que es.

–Vas a Roke para descubrirlo –le dijo él, levantando su copa en honor de ella. Después de un instante ella levantó la suya y le sonrió, una sonrisa tan tierna y radiante que él dijo espontáneamente–: ¡Que todo lo que encuentres sea todo lo que buscas!

–Si es así, será gracias a ti –le contestó ella. En aquel momento él la amó por su auténtico corazón, y hubiera apartado para siempre cualquier pensamiento de ella que no fuera como su compañera en una audaz aventura, en una valiente broma.

Tenían que compartir una habitación con otros dos viajeros en la concurrida posada, pero los pensamientos de Marfil eran totalmente castos, aunque se reía un poco de sí mismo por ello.

A la mañana siguiente cogió una ramita del jardín de la cocina de la posada y urdió sobre ella un sortilegio de apariencia para que pareciera una buena vara, herrada con cobre y exactamente de su misma altura. «¿Qué madera es?», preguntó Dragónvolador,

fascinada, cuando la vio, y cuando él respondió con una carcajada: «De romero», ella también rio.

Emprendieron su camino por el embarcadero, preguntando por un barco que fuera rumbo al sur y que pudiera llevar a un mago y a su aprendiz hasta la Isla de los Sabios, y no tardaron demasiado en encontrar un cargado barco mercante que iba rumbo a Wathort, y cuyo capitán estaría de acuerdo en llevar al mago de buena voluntad y al aprendiz a mitad de precio. Incluso la mitad del precio representaba la mitad del dinero del queso; pero tendrían el lujo de tener un camarote, puesto que el *Nutria de Mar* era un barco de doble cubierta y con dos mástiles.

Mientras estaban hablando con el capitán, un carro se detuvo en el muelle y comenzó a descargar seis familiares barriles de media tonelada.

–Eso es nuestro –dijo Marfil, y el capitán del barco contestó:

–Van para Hortburgo. –Y Dragónvolador dijo en voz tenue:

–Desde Iria.

Entonces se dio la vuelta para mirar la tierra una vez más. Era la única vez que él la vería mirar hacia atrás.

El hechicero de nubes del barco subió a bordo justo antes de zarpar; no era un mago de Roke, sino un tipo que trabajaba con el clima envuelto en un manto desgastado por el mar. Marfil agitó un poco el báculo al saludarlo. El hechicero lo miró de arriba abajo y le dijo:

–Solo un hombre trabajará con el clima en este barco. Si no soy yo, me iré.

–Yo soy simplemente un pasajero, Maestro Hombre-Bolsa. Dejo con gusto los vientos en sus manos.

El hechicero miró a Dragónvolador, que estaba rígida como un árbol y no decía nada.

–De acuerdo –contestó, y ésa fue la última palabra que le dijo a Marfil.

Durante la travesía, sin embargo, habló varias veces con Dragónvolador, lo cual puso a Marfil un poco incómodo. Su

ignorancia y su confianza podían ponerla en peligro y por consiguiente a él también. ¿Sobre qué hablaban ella y el hombre de la bolsa? Le preguntó más tarde, y ella respondió:

–De qué será de nosotros.

La miró fijamente.

–De todos nosotros. De Way y de Felkway, y de Havnor, y de Wathort, y de Roke. De toda la gente de las islas. Dice que cuando el Rey Lebannen iba a ser coronado, el otoño pasado, mandó a buscar al antiguo Archimago a Gont para que fuera a coronarlo, y él no pudo acudir. Y no había ningún nuevo Archimago. Así que el Rey se puso él mismo la corona. Y algunos dicen que eso no está bien, y que no tiene derecho a ocupar el trono. Pero otros dicen que el propio Rey es el nuevo Archimago. Pero él no es un mago, es simplemente un rey. Así que otros dicen que vendrán otra vez los Años Oscuros, como cuando no había ninguna norma de justicia y la magia era utilizada para fines perversos.

Después de una pausa, Marfil preguntó:

–¿Ese viejo hechicero de nubes dice todo eso?

–Son cosas que se dicen, supongo –dijo Dragónvolador, con su grave simplicidad.

El hechicero de vientos y nubes conocía bien su oficio, al menos. El *Nutria de Mar* navegó a toda velocidad hacia el sur; se encontraron con turbiones estivales y con mares picados, pero nunca con una tormenta o con un viento molesto. Descargaron y cargaron mercancía en algunos puertos en la costa norte de O, en Ilien, en Leng, en Kamery y en el Puerto de O, y luego partieron rumbo al oeste para llevar a los pasajeros hasta Roke. Y encarados rumbo al oeste, Marfil sintió un pequeño hueco en las entrañas, porque sabía muy bien cómo estaba protegida Roke. Sabía que ni él ni el hechicero de nubes podrían hacer nada para desviar el viento de Roke si llegaba a soplar contra ellos. Y, si lo hacía, Dragónvolador preguntaría por qué. ¿Por qué soplaba contra ellos?

Le alegró notar que el hechicero también estaba incómodo, de pie junto al timonel, observando el tope, metiendo vela ante el

menor atisbo de vientos procedentes del oeste. Pero el viento se mantuvo firme desde el norte. Un turbión apareció de repente con aquel viento, y Marfil bajó al camarote, pero Dragónvolador se quedó arriba, en la cubierta. Le tenía miedo al agua, le había dicho a él. No sabía nadar; dijo: «Ahogarse debe de ser algo horrible. No poder respirar». Se había estremecido de solo pensarlo. Era el único miedo que había mostrado tener desde que él la conociera. Pero no le gustaba el camarote, tan bajo y tan estrecho, y se había quedado en la cubierta todos los días, y había dormido allí también todas las noches cálidas. Marfil no había tratado de engatusarla para que fuera al camarote. Ahora sabía que intentar engatusarla no serviría de nada. Para poseerla tendría que dominarla; y lo conseguiría, si podían llegar a Roke.

Volvió a subir a cubierta. Se estaba despejando, y mientras el sol se ponía, las nubes se iban disipando hacia el oeste, y dejaban ver un cielo dorado detrás de la alta y oscura curva de una colina.

Marfil observó aquella colina con una especie de nostálgico odio.

–Ese es el collado de Roke, muchacho –le dijo el hechicero de vientos y nubes a Dragónvolador, quien estaba de pie a su lado junto a la barandilla–. Ahora estamos entrando en la bahía de Zuil, donde el único viento que hay es el que ellos quieren que haya.

Cuando estuvieron bien adentrados en la bahía y habían soltado el ancla, ya era de noche, y Marfil le dijo al capitán del barco:

–Desembarcaré mañana por la mañana.

Abajo, en el pequeño camarote, Dragónvolador estaba sentada esperándolo, más solemne que nunca, pero sus ojos resplandecían por la emoción.

–Desembarcaremos mañana por la mañana –repitió, y ella asintió con la cabeza, sumisa.

Y luego preguntó:

–¿Tengo buen aspecto?

Él se sentó sobre su estrecha litera y la miró sentada sobre la estrecha litera de ella; no podían mirarse a la cara directamente,

puesto que no había sitio para sus rodillas. En el Puerto de O ella se había comprado una camisa y unos pantalones más decentes, siguiendo sus consejos, para parecer un candidato más probable para la escuela. Su rostro estaba bronceado por el viento y muy limpio. Sus cabellos estaban trenzados y la trenza estaba recogida, como la de Marfil. También se había lavado bien las manos, y ahora yacían flojas sobre sus muslos, manos largas y fuertes, como las de un hombre.

–No pareces un hombre –le contestó él. El rostro de ella se oscureció–. Al menos a mí no me lo pareces. Yo nunca te veré como a un hombre. Pero no te preocupes, ellos sí.

Ella asintió con la cabeza, su rostro reflejaba ansiedad.

–La primera prueba es la gran prueba, Dragónvolador –le dijo. Cada noche, mientras yacía acostado solo en aquel camarote, había estado planeando aquella conversación–. Para entrar en la Casa Grande. Para atravesar esa puerta.

–He estado pensando bastante al respecto –le dijo ella, precipitada y sincera–. ¿No puedo simplemente decirles quién soy? Y si tú estuvieras allí para responder por mí, para decir que, aunque sea mujer, tengo un don, y yo prometería tomar el voto y obrar el sortilegio de castidad, y vivir apartada, si eso es lo que quieren...

Él sacudió la cabeza desde la primera hasta la última palabra.

–No, no, no, no. Imposible. Inútil. ¡Mortal!

–Incluso si tú...

–Incluso si yo intercediera por ti. No me escucharían. La Norma de Roke prohíbe que se le enseñe a las mujeres cualquiera de las altas artes, cualquier palabra del Lenguaje de la Creación. Siempre ha sido así. No escucharán. ¡Así que hay que demostrárselo! Y nosotros se lo demostraremos, tú y yo. Nosotros les enseñaremos a ellos. Tienes que tener coraje, Dragónvolador. No debes debilitarte, y no debes pensar: «Oh, si les suplico que me dejen entrar, no podrán negarse». Sí que pueden, y lo harán. Y si te descubres, te castigarán. Y a mí también. –Puso un marcado énfasis en las últimas palabras, y para sus adentros murmuró: «Atrás».

Ella lo miró fijamente con sus ojos impenetrables, y finalmente le preguntó:

–¿Qué debo hacer?

–¿Confías en mí, Dragónvolador?

–Sí.

–¿Confiarás en mí completamente, totalmente, sabiendo que el riesgo que corro por ti es aún más grande que el que corres tú en esta aventura?

–Sí.

–Entonces debes decirme la palabra que le dirás al Portero.

Ella lo miraba fijamente.

–Pero yo creía que tú me la dirías a mí, la contraseña.

–La contraseña que él te pedirá que le digas es tu verdadero nombre. –Dejó que eso hiciera mella en ella durante un rato, y luego continuó suavemente–: Para urdir el hechizo de apariencia sobre ti, para poder hacerlo tan completo y tan profundo como para que los Maestros de Roke puedan verte como a un hombre y nada más, para poder hacer eso, yo también debo saber tu nombre. –Hizo otra pausa. Mientras hablaba le parecía que todo lo que decía era verdad, y su voz era suave y gentil mientras decía–: Podría haberlo sabido hace mucho tiempo. Pero decidí no utilizar esas artes. Quería que tú confiaras en mí lo suficiente como para decirme tu nombre tú misma.

Ella miraba hacia abajo, se miraba las manos, ahora entrelazadas sobre las rodillas. A la tenue luz rojiza del farol, sus pestañas proyectaban largas y delicadas sombras sobre sus mejillas. Levantó la vista, y lo miró fijamente.

–Mi nombre es Irian –dijo.

Él sonrió. Ella no sonrió.

Él no dijo nada. De hecho estaba confundido. Si hubiera sabido que sería tan fácil, habría podido tener su nombre, y con él el poder que le haría hacer todo lo que él quisiera, hacía días, hacía semanas, simplemente, sin estar llevando a cabo aquel alocado plan, sin necesidad de renunciar a su salario y a su precaria respetabilidad,

sin necesidad de haber realizado aquella travesía marítima, ¡sin necesidad de tener que llegar hasta Roke para conseguirlo! Porque ahora se daba cuenta de que todo el plan era una locura. No había manera en que él pudiera disfrazarla que engañara al Portero siquiera por un instante. Todas sus ideas sobre humillar a los Maestros como ellos lo habían humillado a él eran pamplinas. Obsesionado con engañar a la muchacha, había caído en su propia trampa, en la que había preparado para ella. Amargamente reconoció que siempre estaba creyéndose sus propias mentiras, atrapado en redes que él mismo había tejido laboriosamente. Después de haber quedado una vez como un tonto en Roke, había regresado para hacerlo otra vez. Una terrible y desoladora furia comenzó a crecer en él. No había nada bueno, no había nada bueno en nada.

–¿Qué sucede? –preguntó ella. La ternura de su voz profunda y ronca lo acobardó, y escondió el rostro entre sus manos, luchando contra las vergonzosas lágrimas.

Ella puso una mano sobre su rodilla. Era la primera vez que lo tocaba. Él lo soportó, el calor y el peso de aquella mano que había perdido tanto tiempo deseando.

Quería lastimarla, sacudirla de su terrible e ignorante bondad, pero lo que dijo cuando por fin habló fue:

–Yo solo quería hacerte el amor.

–¿En serio?

–¿Acaso creíste que era uno de sus eunucos? ¿Que me castraría a mí mismo con sortilegios para ser un santo? ¿Por qué crees que no tengo una vara? ¿Por qué crees que no estoy en la escuela? ¿Te has creído todo lo que te he dicho?

–Sí –le contestó ella–. Lo siento. –La mano de ella aún estaba sobre su rodilla. Le dijo–: Podemos hacer el amor, si quieres.

Él se incorporó, y se quedó inmóvil.

–¿Qué eres? –le preguntó por fin.

–No lo sé. Por eso quería venir a Roke. Para averiguarlo.

Él se alejó, se puso de pie, encorvado; ninguno de los dos podía estirarse del todo en aquel bajo camarote. Cogiéndose y soltándose las manos, se alejó de ella tanto como pudo, dándole la espalda.

–No lo averiguarás. Son todo mentiras, farsas. Unos cuantos viejos jugando con palabras. Yo no quise jugar a sus juegos, entonces me fui. ¿Sabes lo que hice? –Se dio vuelta, mostrando los dientes en un rictus de triunfo–: Hice que una muchacha, una muchacha del pueblo, viniera a mi habitación. A mi celda. A mi pequeña célibe celda de piedra. Tenía una ventana que daba hacia afuera, hacia la calle de atrás. No urdí ningún sortilegio, no se pueden hacer hechizos con toda su magia rondando por allí. Pero ella quiso venir, y vino, y yo dejé una escalera de cuerda fuera de la ventana, y ella subió por allí. ¡Y estábamos en ello justo cuando entraron los viejos! ¡Les di su merecido! ¡Y si hubiera podido hacerte entrar, lo habría hecho otra vez, les habría dado una lección!

–Bueno, lo intentaré –dijo ella. Él la miraba fijamente–. No por la misma razón que tú –continuó–, pero aún quiero hacerlo. Y ya hemos llegado hasta aquí. Y tú sabes mi nombre.

Era cierto. Él sabía su nombre: Irian. Era como un trozo de carbón encendido, un rescoldo ardiendo en su mente. Sus pensamientos no podían retenerlo. Sus conocimientos no podían utilizarlo. Su lengua no podía pronunciarlo.

Ella alzó la cabeza para mirarlo, su marcado y duro rostro se suavizaba a la luz del farol.

–Si me has traído hasta aquí solamente para hacerme el amor, Marfil –le dijo ella–, podemos hacerlo. Si es que aún quieres.

Al principio no pudo decir ni una palabra, simplemente sacudió la cabeza. Después de un rato fue capaz de reír.

–Creo que hemos dejado pasar... esa posibilidad.

Ella lo miró sin resentimientos, ni reproches, ni vergüenza.

–Irian –dijo él, y ahora su nombre fluyó con facilidad, dulce y fresco como agua de manantial en su boca seca–. Irian, esto es lo que tienes que hacer para entrar en la Casa Grande...

III. Azver

La dejó en la esquina de la calle, una estrecha y oscura callejuela con un aspecto un tanto taimado, que se inclinaba hacia arriba entre paredes anodinas, hasta llegar a una puerta de madera que se encontraba en una pared aún más alta. Él había obrado sobre ella el sortilegio, y parecía un hombre, mas no se sentía como tal. Ella y Marfil se habían abrazado, porque después de todo habían sido amigos, compañeros, y él había hecho todo aquello por ella.

–¡Coraje! –le dijo, y la dejó ir. Ella subió la callejuela y se detuvo ante la puerta. En ese momento miró hacia atrás, pero él ya no estaba.

Llamó a la puerta.

Después de un rato oyó que el pestillo se movía. La puerta se abrió. Un hombre de mediana edad estaba allí de pie.

–¿Qué puedo hacer por ti? –le preguntó. No sonreía, pero su voz era agradable.

–Puede dejarme entrar en la Casa Grande, señor.

–¿Sabes por dónde se entra? –Sus ojos almendrados estaban muy atentos, pero sin embargo parecían mirarla desde muy lejos.

–Se entra por aquí, señor.

–¿Sabes qué nombre tienes que decirme para que te deje entrar?

–El mío, señor. Es Irian.

–¿De veras? –le preguntó él.

Eso le dio tiempo. Permaneció en silencio.

–Es el nombre que me dio Rosa, la bruja de mi aldea en Way, en el manantial que está al pie de la colina de Iria –dijo por fin, tratando de ser convincente y diciendo la verdad.

El Portero la miró durante lo que pareció un buen rato.

–Entonces ese es tu nombre –le dijo–. Pero tal vez no todo tu nombre. Creo que tienes otro.

–No lo sé, señor. –Después de otro largo rato ella dijo–: Tal vez pueda aprenderlo aquí, señor.

El Portero inclinó un poco la cabeza. Una leve sonrisa formó curvas crecientes en sus mejillas. Se hizo a un lado.

–Entra, hija –le dijo.

Ella atravesó el umbral de la Casa Grande.

El hechizo de apariencia de Marfil cayó como una telaraña. Ahora era y parecía ella misma.

Siguió al Portero por un pasillo de piedra. Solo al final de aquel corredor pensó en darse la vuelta para ver brillar la luz a través de las mil hojas del árbol que estaba tallado en la alta puerta, rodeada por su marco de hueso blanco.

Un hombre joven envuelto en una capa gris caminaba apresuradamente por el corredor y se detuvo de golpe al acercarse a ellos. Miró fijamente a Irian; luego, con una breve inclinación de cabeza, siguió adelante. Ella se dio vuelta para mirarlo. Él también estaba mirándola.

Un globo de fuego desvaído y verdoso flotaba suavemente bajando el corredor a la altura de los ojos, aparentemente en busca del muchacho. El Portero le hizo señas con la mano, y la bola lo esquivó. Irian viró con brusquedad y se agachó frenéticamente, pero sintió cómo el frío fuego le hacía estremecer los cabellos al pasar sobre ellos. El Portero echó un vistazo a su alrededor, y ahora su sonrisa era más amplia. Aunque no dijo nada, ella sintió que estaba pendiente de ella, preocupado por ella. Se puso de pie y lo siguió.

Él se detuvo frente a una puerta de roble. En lugar de golpearla esbozó un símbolo o una runa sobre ella con la punta de su vara, un báculo claro hecho con una madera un tanto grisácea. La puerta se abrió mientras una resonante voz decía detrás de ella:

–¡Adelante!

–Espera aquí un momento, por favor, Irian –dijo el Portero, y entró en la habitación, dejando la puerta abierta de par en par detrás de él. Ella pudo ver estantes y libros, una mesa cubierta de más libros y tarros de tinta, y escritos, dos o tres niños sentados a la mesa, y al corpulento hombre de cabellos grises con el cual hablaba el Portero. Vio cómo le cambiaba el rostro a aquel hombre, vio sus

ojos volviéndose a ella en una breve mirada, vio cómo interrogaba al Portero, en voz baja, intensamente.

Los dos se acercaron a ella.

–El Maestro Transformador de Roke: Irian de Way –dijo el Portero.

El Transformador la miró fija y abiertamente. No era tan alto como ella. Miró fijamente al Portero, y luego a ella otra vez.

–Discúlpame por hablar de ti delante de ti, muchacha –le dijo–, pero debo hacerlo. Maestro Portero, sabes que nunca cuestionaría tu juicio, pero la Norma es clara. Debo preguntarte qué te ha impulsado a quebrantarla y dejarla entrar.

–Ella me lo pidió –dijo el Portero.

–Pero... –El Transformador hizo una pausa–. ¿Cuándo fue la última vez que una mujer pidió entrar en la escuela?

–Ellas saben que la Norma no se lo permite.

–¿Sabías tú eso, Irian? –le preguntó el Portero, y ella le contestó:

–Sí, señor.

–¿Y entonces, qué te ha traído hasta aquí? –insistió el Transformador, severo, pero sin ocultar su curiosidad.

–El Maestro Marfil me dijo que podría hacerme pasar por hombre. Aunque yo pensé que debía decir quién era. Seré tan célibe como cualquiera, señor.

Dos largas arrugas aparecieron en las mejillas del Portero, rodeando la leve curva de su sonrisa. El rostro del Transformador permanecía severo, pero parpadeó, y después de pensar durante unos segundos, dijo:

–Estoy de acuerdo, sí. –Definitivamente el mejor plan era ser honesto–. ¿De qué Maestro has hablado?

–De Marfil –dijo el Portero–. Un muchacho del Gran puerto de Havnor, a quien dejé entrar hace tres años, y lo dejé salir otra vez el año pasado, como vos recordaréis.

–¡Marfil! ¿Aquel muchacho que estudiaba con el Maestro Mano? ¿Está aquí? –le preguntó el Transformador a Irian, encolerizado. Ella

se quedó quieta y no dijo nada.

–No en la escuela –dijo el Portero, sonriendo.

–Te ha engañado, jovencita. Ha querido ponerte en ridículo poniéndonos en ridículo a nosotros.

–Yo lo utilicé para que me ayudara a llegar hasta aquí y para que me dijera qué decirle al Portero –dijo Irian–. No estoy aquí para engañar a nadie, sino para aprender lo que necesito saber.

–Muchas veces me he preguntado por qué dejé entrar a aquel muchacho –dijo el Portero–. Ahora comienzo a entenderlo.

Al decir eso, el Transformador lo miró, y después de reflexionar unos segundos dijo seriamente:

–Portero, ¿qué tienes en mente?

–Creo que Irian de Way puede haber acudido a nosotros buscando no solamente lo que necesita saber, sino también lo que nosotros necesitamos saber. –El tono de voz del Portero era igual de sobrio, y su sonrisa había desaparecido–. Creo que este puede ser un tema de reunión para los Nueve.

El Transformador absorbió aquello con una mirada de verdadero asombro; pero no cuestionó al Portero. Simplemente dijo:

–Pero no para los estudiantes.

El Portero sacudió la cabeza, de acuerdo con él.

–Ella puede alojarse en el pueblo –dijo el Transformador, un poco más aliviado.

–¿Mientras hablamos a sus espaldas?

–¿No querrás hacerla entrar en el Salón del Concilio? –preguntó el Transformador con incredulidad.

–El Archimago llevó allí al muchacho Arren.

–Pero... pero Arren era el Rey Lebannen...

–¿Y quién es Irian?

El Transformador se quedó en silencio, y luego dijo tranquilamente y con respeto:

–Amigo mío, ¿qué piensas hacer, o aprender? ¿Qué es ella, que pides esto para ella?

–¿Quiénes somos nosotros –contestó el Portero– para rechazarla sin saber lo que es?

–Una mujer –dijo el Maestro Invocador.

Irian había esperado algunas horas en la cámara del Portero, una clara habitación de techos bajos, desnuda, con un asiento junto a una ventana con una pequeña hoja de vidrio, que daba a los jardines de la cocina de la Casa Grande. Jardines hermosos y muy bien cuidados, largas hileras y lechos de vegetales, hierbas y verduras, con cañas de bayas y árboles frutales alrededor. Vio a un hombre fornido y de piel oscura y a dos niños salir al jardín y escardar una de las parcelas de verduras. Observar su meticuloso trabajo la tranquilizó un poco. Deseó poder ayudarlos. La espera y la extrañeza eran muy difíciles. Una vez, el Portero entró en la habitación, trayéndole una taza con agua y un plato con carne fría, pan y cebolletas, y ella comió porque él se lo dijo, pero le costaba masticar y tragar. Los jardineros se fueron y ya no había nada que observar a través de la ventana salvo los repollos creciendo y los gorriones esperando, y de vez en cuando un halcón allá a lo lejos en el cielo, y el viento agitándose suavemente entre las copas de los altos árboles, detrás de los jardines.

El Portero regresó y le dijo:

–Ven, Irian, y conoce a los Maestros de Roke.

Su corazón comenzó a galopar como el caballo que tira una carreta. Lo siguió atravesando el laberinto de corredores hasta llegar a un salón de paredes oscuras con una hilera de altas y puntiagudas ventanas. Un grupo de hombres estaba allí de pie. Cada uno de ellos la miró cuando entró en aquel salón.

–Irian de Way, mis señores –dijo el Portero. Todos estaban en silencio. Le hizo señas para que se adentrara más en el salón–. Al Maestro Transformador ya lo has conocido –le dijo.

Nombró a todos los demás, pero ella no pudo memorizar todos sus nombres y habilidades, excepto el del Maestro de Hierbas, había

creído que era el jardinero, y el del más joven de ellos, un hombre alto de rostro severo pero hermoso que parecía esculpido en una piedra oscura, era el Maestro Invocador. Fue él quien habló cuando el Portero terminó.

–Una mujer –dijo.

El Portero inclinó la cabeza, sereno como siempre.

–¿Para esto nos has reunido a los Nueve? ¿Solamente para esto?

–Solamente para esto –contestó el Portero.

–Se han visto dragones volando sobre el Mar Interior. Roke no tiene Archimago, y las islas no tienen un rey que haya sido verdaderamente coronado. Hay cosas más importantes que hacer –dijo el Invocador, y su voz también era como de piedra, fría y pesada–. ¿Cuándo vamos a hacerlas?

Hubo un incómodo silencio, puesto que el Portero no contestó. Finalmente un hombre menudo y de ojos claros que llevaba una túnica roja debajo de su capa gris de mago preguntó:

–¿Traéis vos a esta mujer a la Casa como estudiante, Maestro Portero?

–Si así fuera, estaría en manos de todos vosotros aprobarlo o desaprobarlo –contestó él.

–¿Y es así? –preguntó el hombre de la túnica roja, sonriendo un poco.

–Maestro Mano –dijo el Portero–, ella pidió entrar como alumna, y no vi razón alguna para negárselo.

–Todas las razones –dijo el Invocador.

Entonces habló un hombre de voz profunda y clara:

–No es nuestro juicio lo que debe prevalecer, sino la Norma de Roke, la cual juramos seguir.

–Dudo que el Portero osara desafiarla siquiera ligeramente –dijo uno al cual Irian no había notado sino hasta que habló, aunque era un hombre corpulento, de cabellos blancos, huesudo y con cara de peñasco. A diferencia de los otros, la miraba mientras hablaba–. Yo soy Kurremkarmerruk –le dijo–. Como Maestro Nombrador aquí, me

invento libremente los nombres, el mío incluido. ¿Quién te ha dado tu nombre, Irian?

–La bruja Rosa de nuestra aldea, señor –le contestó ella, muy erguida, aunque su voz salió aguda y áspera.

–¿Acaso le han dado el nombre equivocado? –le preguntó el Portero al Nombrador.

Kurremkarmerruk sacudió la cabeza.

–No. Pero...

El Invocador, quien había estado de pie de espaldas a todos ellos, de cara al hogar sin fuego, se dio vuelta.

–Los nombres que las brujas se dan unas a otras no son de nuestra incumbencia aquí –dijo–. Si vos tenéis algún interés en esta mujer, Portero, deberíais dedicaros a él fuera de estas paredes, del otro lado de la puerta que jurasteis vigilar. No hay sitio aquí para ella, y nunca lo habrá. Solamente podría traer confusión, discordia y más debilidad entre nosotros. No hablaré más ni diré nada más en su presencia. La única respuesta ante el error deliberado es el silencio.

–El silencio no es suficiente, mi señor –dijo uno que todavía no había hablado. Para Irian tenía un aspecto muy extraño, su piel era pálida y un poco rojiza, tenía largos cabellos claros y unos ojos estrechos del color del hielo. Sus palabras también eran extrañas, rígidas y algo deformadas–. El silencio es la respuesta a todo, y a nada –añadió.

El Invocador alzó su noble y oscuro rostro y atravesó el salón con la mirada hasta encontrar al hombre pálido, pero no dijo nada. Sin una palabra, ni siquiera un gesto, volvió a darse la vuelta y abandonó el salón. Cuando pasó caminando junto a Irian, esta se apartó. Fue como si una tumba se hubiera abierto, una tumba invernal, fría, húmeda, oscura. El aliento se le atascó en la garganta. Jadeó un poco para recuperarlo. Cuando se repuso, vio que el Transformador y el hombre pálido la miraban intensamente.

El que tenía la voz como una campana de sonido grave también la miró, y le habló con una severidad franca y bondadosa.

–Tal y como yo lo veo, el hombre que te trajo hasta aquí tenía intenciones de hacer daño, pero tú no. Sin embargo, al estar aquí, Irian, nos haces daño a nosotros y a ti misma. Todo lo que no está en el lugar que le corresponde hace daño. Una nota cantada, sin importar lo bien cantada que esté, destroza la melodía de la cual no forma parte. Las mujeres les enseñan a las mujeres. Las brujas aprenden su arte de otras brujas y de hechiceros, no de magos. Lo que nosotros enseñamos aquí está en un lenguaje que no es para ser utilizado por las lenguas de las mujeres. El corazón joven se rebela ante tales leyes, llamándolas injustas, arbitrarias. Pero son leyes verdaderas, fundadas no en lo que nosotros queremos, sino en lo que es. Los justos y los injustos, los tontos y los sabios, todos deben obedecerlas, o malgastar la vida y sufrir las consecuencias.

El Transformador y un delgado anciano con cara entusiasta que estaba a su lado asintieron con la cabeza mostrando su aprobación. El Maestro Mano dijo:

–Irian, lo siento. Marfil era mi pupilo. Si le enseñé mal, hice peor en echarlo de aquí. Pensé que era insignificante, y por lo tanto inofensivo. Pero él te mintió y te sedujo. No debes sentirte avergonzada. La culpa fue de él y mía.

–No estoy avergonzada –dijo Irian. Los miró a todos. Sintió que debía agradecerles su cortesía, pero no le salían las palabras. Los saludó rígidamente con la cabeza, dio media vuelta y salió a zancadas del salón.

El Portero la alcanzó justo cuando llegó a un cruce de corredores y se detuvo sin saber qué camino escoger.

–Por aquí –le dijo él, poniéndose a su lado, y después de un rato–: Por aquí. Y así llegaron pronto hasta una puerta. No estaba hecha de cuerno y marfil. Era de roble pero sin tallar, negra y enorme, con un cerrojo de hierro desgastado por el tiempo–. Esta es la puerta del jardín –le dijo el mago, abriendo el cerrojo–. Solían llamarla la Puerta de Medra. Yo vigilo ambas puertas. –La abrió. La claridad del día deslumbró a Irian. Cuando por fin pudo ver claramente, vio un sendero que salía desde la puerta, atravesaba los

jardines y los campos detrás de ellos, pasaba por los campos de los altos árboles, y tenía el oleaje del collado de Roke a la derecha. De pie sobre el sendero, justo del otro lado de la puerta, como si los hubiera estado esperando, estaba el hombre de cabellos claros y ojos estrechos.

–Maestro de Formas –dijo el Portero, para nada sorprendido.

–¿Adónde envías a esta dama? –preguntó el Hacedor de Formas con sus extrañas palabras.

–A ninguna parte –contestó el Portero–. La dejo salir de la misma manera que la he dejado entrar, por su propia voluntad.

–¿Vendrías conmigo? –le preguntó el Maestro de Formas a Irian.

Ella lo miró, y también al Portero, pero no dijo nada.

–Yo no vivo en esta Casa. En ninguna casa –dijo el Maestro de Formas–. Yo vivo allí. En el Bosquecillo. Ah –dijo, dándose la vuelta de repente. El hombre corpulento y de cabellos blancos, Kurremkarmerruk el Nombrador, estaba de pie un poco más abajo, sobre el sendero. No había estado allí hasta que el otro mago dijo: «Ah». Irian miraba a uno y a otro con completo asombro.

–Esta es simplemente una apariencia mía, una representación, un envío –le dijo el anciano–. Yo tampoco vivo aquí. Sino a varias millas de aquí –señaló hacia el norte–. Puedes ir hasta allí cuando termines aquí con el Maestro de Formas. Quisiera aprender más acerca de tu nombre. –Saludó a los otros dos magos con la cabeza, y desapareció. Un abejorro zumbó fuertemente atravesando el aire donde él había estado.

Irian bajó la cabeza y miró el suelo. Después un largo rato dijo, aclarando su garganta, y todavía sin levantar la vista:

–¿Es cierto que hago daño por estar aquí?

–No lo sé –dijo el Portero.

–En el Bosquecillo no harás daño –le dijo el Maestro de Formas–. Vamos. Hay una vieja casa, una choza. Vieja, sucia. No te importa, ¿verdad? Quédate un tiempo. Ya verás. –Y emprendió su camino bajando por el sendero, entre los perejiles y los arbustos de

habichuelas. Ella miró al Portero; él le sonrió un poco. Siguió al hombre de cabellos claros.

Caminaron aproximadamente media milla. El collado de cima redondeada se elevaba entero con el sol del oeste a su derecha. Detrás de ellos, la escuela se extendía gris y con todos sus tejados sobre la baja colina. El bosquecillo de árboles se levantaba ahora ante ellos. Irian vio robles y sauces, castaños y fresnos, y altos árboles de hojas perennes. Desde la densa oscuridad bañada por los rayos del sol, bajaban las aguas de un arroyo, de verdes riberas, con varios espacios marrones pisoteados por donde las vacas y las ovejas bajaban a beber o a cruzar el arroyo. Habían cruzado una valla del otro lado de la cual había un prado donde cincuenta o sesenta ovejas pastaban la corta y clara hierba, y ahora estaban cerca del arroyo.

–Aquella es la casa –dijo el mago, señalando un tejado bajo y cubierto de musgo, oculto por las sombras vespertinas de los árboles–. Quédate esta noche, ¿de acuerdo?

Le pidió que se quedara, no le ordenó que lo hiciera. Todo lo que ella pudo hacer fue asentir con la cabeza.

–Traeré comida –dijo él, y se marchó, apresurando el paso, con lo cual desapareció enseguida, aunque no tan abruptamente como el Nombrador, en el claroscuro de debajo de los árboles. Irian lo observó hasta que terminó de desaparecer y luego emprendió su camino atravesando los altos hierbajos y las malas hierbas hasta llegar a la pequeña casa.

Parecía ser muy vieja. Había sido reconstruida y vuelta a reconstruir, pero no por mucho tiempo. Ni tampoco había vivido nadie allí durante mucho tiempo, o al menos eso parecía por el aspecto sosegado y solitario que tenía. Sin embargo, tenía un aire agradable, como si los que habían dormido allí lo hubieran hecho llenos de paz. En cuanto a las paredes decrépitas, los ratones, el polvo, las telarañas y los escasos muebles, con todo eso Irian se sentía bastante como en casa. Encontró una escoba medio desplumada y barrió los excrementos de los ratones. Desenrolló su

manta sobre la cama de madera. Encontró un cántaro rajado en un armario de puertas torcidas y lo llenó con agua del arroyo, que fluía clara y silenciosamente a diez pasos de la puerta. Hizo estas cosas en una especie de trance, y cuando acabó de hacerlas, se sentó sobre la hierba con la espalda contra la pared de la casa, la cual conservaba el calor del sol, y se quedó dormida.

Cuando despertó, el Maestro de Formas estaba sentado allí cerca, y había una cesta sobre la hierba entre ellos.

–¿Tienes hambre? Come –le dijo él.

–Comeré más tarde, señor. Gracias –le respondió Irian.

–Yo tengo hambre ahora –dijo el mago. Cogió un huevo duro de la cesta, lo cascó, le sacó la cáscara y se lo comió.

–A esta casa la llaman la Casa de la Nutria –dijo él–. Es muy vieja. Tan vieja como la Casa Grande. Aquí todo es viejo. Nosotros somos viejos, los Maestros.

–Vos no sois muy viejo –le dijo Irian. Pensaba que tendría entre treinta y cuarenta años, aunque era difícil decirlo; pensaba una y otra vez en que sus cabellos eran blancos, ¿por qué no eran negros?

–Pero yo vengo desde muy lejos. La distancia puede ser años. Soy Kargo, de Karego. ¿Has oído hablar de ese sitio?

–¡Los Hombres Canos! –exclamó Irian, mirándolo fija y abiertamente. Todas las gestas de Margarita sobre los Hombres Canos que navegaban más allá del este para dejar las tierras yermas y atravesar a niños inocentes con sus lanzas, y la historia de cómo Erreth-Akbé perdió el Anillo de la Paz, y los nuevos cantares y el Cuento del Rey sobre la manera en que el Archimago Gavilán se metió entre los Hombres Canos y regresó con aquel anillo...

–¿Canos? –preguntó el Maestro de Formas.

–Helados. Blancos –dijo ella apartando la mirada, avergonzada.

–Ah –después de unos segundos añadió–: El Maestro Invocador no es viejo. –Y ella obtuvo una mirada de soslayo de aquellos estrechos ojos del color del hielo.

Se quedó callada.

–Me pareció que le tenías miedo. –Ella asintió con la cabeza. Puesto que ella no decía nada, y ya había pasado un buen rato, él prosiguió:

En las sombras de estos árboles no hay ningún peligro. Solo verdad.

–Cuando él pasó a mi lado –dijo ella en voz muy baja–, vi una tumba.

–Ah –dijo el Maestro de Formas. Había hecho un pequeño montoncito con trozos de cáscara de huevo sobre el suelo junto a su rodilla. Acomodó los blancos fragmentos hasta formar una curva, y luego la cerró formando un círculo–. Sí –dijo, estudiando sus cáscaras de huevo; luego, rascando un poco la tierra, las enterró con cuidado y delicadamente. Se sacudió el polvo de las manos. Una vez más su mirada se posó sobre Irian y luego miró hacia otro lado.

–¿Has sido una bruja, Irian?

–No.

–Pero tienes algo de conocimiento.

–No. No tengo nada. Rosa no quiso enseñarme. Dijo que no se atrevía. Porque yo tenía poder, pero ella no sabía lo que era.

–Tu Rosa es una sabia flor –dijo el mago, sin sonreír.

–Pero sé que tengo que hacer algo. Que tengo que ser algo. Por eso quería venir aquí. Para descubrirlo. En la Isla de los Sabios.

Se estaba acostumbrando ya a aquella cara extraña, y era capaz de leerla. Pensó que él parecía estar triste. Su forma de hablar era severa, rápida, seca, pacífica.

–Los hombres de la Isla no siempre son sabios, ¿sabes? –dijo él–. Tal vez el Portero. –Ahora la miraba, no de soslayo sino abiertamente, sus ojos atrapando y sosteniendo los de ella–. Pero ahí, en el bosque, debajo de los árboles. Ahí está la verdadera sabiduría. Nunca es vieja. No puedo enseñarte, pero puedo llevarte al Bosquecillo. –Después de un minuto se puso de pie–. ¿De acuerdo?

–Sí –contestó ella un poco indecisa.

–¿La casa está bien?

–Sí...

–Mañana –dijo él, y se fue.

Así que durante quince o más de los calurosos días de verano, Irian durmió en la Casa de la Nutria, que era una casa tranquila, y comió lo que el Maestro de Formas le traía en su cesta: huevos, queso, verduras, frutas, carnero ahumado, e iba con él todas las tardes al bosquecillo de altos árboles, donde los senderos nunca parecían estar donde ella creía recordar que estaban, y muchas veces llegaban mucho más allá de lo que parecían ser los confines del bosque. Caminaban en silencio, y raramente hablaban cuando descansaban. El mago era un hombre callado. Aunque había en él un atisbo de ferocidad, nunca se la mostraba a ella, y su presencia era tan natural como la de los árboles y la de los extraños pájaros y la de las criaturas de cuatro patas del Bosquecillo. Tal como él había dicho, no trataba de enseñarle. Cuando ella preguntaba algo acerca del Bosquecillo, él le decía que este, junto con el collado de Roke, estaba allí desde que Segoy creara las Islas del Mundo, y que toda la magia estaba en las raíces de los árboles, y que estas estaban enredadas con las raíces de todos los bosques que había o podría llegar a haber.

–Y a veces el Bosquecillo está en este lugar –dijo él–, y a veces en otro. Pero siempre está.

Nunca había visto dónde vivía él. Dormiría donde se le antojara, imaginaba ella, en aquellas cálidas noches de verano. Le preguntó de dónde venía la comida que comían. Lo que la escuela no producía por sí misma, le dijo él, lo proporcionaban los granjeros del lugar, quienes se consideraban bien recompensados por las protecciones que los Maestros colocaban en sus rebaños y en sus campos y en sus huertos. Eso tenía sentido, pensó ella. En Way, la frase «un mago sin su alimento» significaba algo inaudito, sin precedentes. Pero ella no era ningún mago, así que, queriendo ganarse su alimento, hizo todo lo que pudo por reparar la Casa de la Nutria, pidiéndole herramientas prestadas a un granjero y comprando clavos

y yeso en el pueblo de Zuil, puesto que todavía tenía la mitad del dinero del queso.

El Maestro de Formas nunca iba a verla antes del mediodía, por lo que tenía las mañanas libres. Estaba acostumbrada a la soledad, pero aun así echaba de menos a Rosa y a Margarita y a Conejo, y a las gallinas y a las vacas y a las ovejas, y a los ruidosos y estúpidos perros; y también echaba de menos todo el trabajo que hacía en casa tratando de mantener a la Antigua Iria unida y de poner comida sobre la mesa. Así que trabajaba con parsimonia cada mañana hasta que veía al mago salir de entre los árboles, con sus cabellos del color claro, brillando bajo la luz del sol.

Una vez allí, en el Bosquecillo, no tenía pensamiento alguno sobre ganar, o merecer, o siquiera aprender. Estar allí era suficiente, lo era todo.

Cuando le preguntó si los alumnos de la Casa Grande iban allí, él le respondió: «A veces». Otra vez dijo: «Mis palabras no son nada. Escucha las hojas». Eso fue lo único que dijo que podría llamarse enseñanza. Mientras ella caminaba, escuchaba las hojas cuando el viento las hacía susurrar o cuando bramaba en las copas de los árboles; observaba las sombras jugar, y pensaba en las raíces de los árboles allí abajo en la oscuridad de la tierra. Se sentía completamente feliz de estar allí. Sin embargo, siempre, sin descontento ni urgencia, sentía que estaba esperando algo. Y aquella silenciosa expectativa se hacía más profunda y más clara cuando salía del cobijo del bosque y veía el cielo abierto.

Una vez, cuando ya habían recorrido un buen tramo y los árboles, oscuros árboles de hojas perennes que ella no conocía, se alzaban altos a su alrededor, oyó una llamada –una trompa que alguien hacía sonar, ¿una petición de ayuda?– remota, al mismísimo límite del alcance del oído. Se detuvo, inmóvil, escuchando hacia el oeste. El mago siguió caminando, y se volvió solo cuando se dio cuenta de que ella se había detenido.

–He oído... –dijo ella, y no pudo decir lo que había oído.

Él escuchó. Siguieron caminaron y por fin atravesaron un silencio ampliado y agudizado por aquella lejana llamada.

Ella nunca había entrado al Bosquecillo sin él, hasta varios días antes, en que él la había dejado sola entre sus árboles. Una calurosa tarde, cuando llegaron a un claro que había entre unos robles, él le dijo:

–Regresaré aquí, ¿de acuerdo? –Y se fue caminando con su rápido y silencioso andar, perdiéndose casi inmediatamente en las moteadas y cambiantes profundidades del bosque.

Ella no tenía deseos de explorar sola. La tranquilidad del lugar llamaba a la quietud, a observar, a escuchar; y ella sabía lo complicados que eran los senderos, y que el Bosquecillo era, tal como había dicho el Maestro de Formas, «más grande por dentro que por fuera». Se sentó en una zona sombría moteada por los rayos del sol, y observó las formas que las hojas proyectaban sobre el suelo. El lugar estaba lleno de bellotas; aunque nunca había visto cerdos salvajes en el bosque, vio allí sus huellas. Por un instante, olfateó el rastro de un zorro. Sus pensamientos se movían tan rápida y naturalmente como la brisa en la cálida luz.

Allí, su mente parecía estar a menudo vacía de pensamientos, llena del propio bosque, pero aquel día los recuerdos acudieron a ella, vívidos. Pensó en Marfil, pensando que nunca volvería a verlo, preguntándose si habría encontrado un barco que lo llevase de regreso a Havnor. Le había dicho que nunca regresaría al Estanque del Oeste; el único lugar para él era el Gran Puerto, la Ciudad del Rey, y por lo que a él le importaba, la isla de Way podía hundirse en el mar tan profundamente como Soléa. Pero ella pensó con amor en los caminos y en los campos de Way. Pensó en la aldea de la Antigua Iria, en el pantanoso manantial que estaba al pie de la colina de Iria, en la vieja casa que está sobre ella. Pensó en Margarita cantando gestas en la cocina, en las tardes de invierno, marcando el tiempo con sus zuecos de madera; y en el viejo Conejo en los viñedos con su navaja, mostrándole cómo podar la vid «hasta llegar a la vida que está en el centro»; y en Rosa, en su Etaudis, susurrando

encantamientos para aliviar el dolor en el brazo roto de un niño. «He conocido a gente sabia», pensó. Su mente retrocedía ante el recuerdo de su padre, pero el movimiento de las hojas y las sombras lo acercaba. Lo vio borracho, gritando. Sintió sus curiosas y trémulas manos sobre ella. Lo vio llorando, enfermo, avergonzado; y un dolor le recorrió el cuerpo y luego se disolvió, como un dolor que se derrite hasta desaparecer en la larga extensión de los brazos. Él significaba menos para ella que la madre que no había conocido.

Se estiró, sintiendo la comodidad de su cuerpo en el calor, y su mente regresó hasta Marfil. En su vida nunca había habido nadie a quien deseara. La primera vez que vio al joven mago cabalgando tan delgado y arrogante, deseó poder desearlo, pero no fue así y no pudo hacerlo, y entonces había pensado que estaría protegido por hechizos. Rosa le había explicado cómo obraban los sortilegios de los magos, «de manera que la idea nunca cruce por tu cabeza, ni por la de ellos, ¿sabes?, porque les quitaría poder, según dicen». Pero Marfil, pobre Marfil, había estado demasiado desprotegido. Si alguien estaba bajo un hechizo de castidad, debió de haber sido ella misma, porque siendo tan encantador y tan apuesto, nunca había sido capaz de sentir nada por él más que simplemente afecto, y su único deseo había sido aprender lo que él podía enseñarle.

Pensó en ella misma, sentada en el profundo silencio del Bosquecillo. Ningún pájaro cantaba; la brisa se había apaciguado; las hojas pendían inmóviles. «¿Estaré hechizada? ¿Seré una cosa estéril, no un todo, no una mujer?», se preguntaba a sí misma, mirando sus fuertes y desnudos brazos, la suave curva de sus pechos a la sombra, bajo el cuello de la camisa.

Levantó la vista y vio al Hombre Cano saliendo de un oscuro pasillo de inmensos robles y acercándose a ella atravesando el claro.

Se detuvo frente a ella. Ella sintió cómo se ruborizaba, su rostro y su garganta ardían, estaba mareada, los oídos le zumbaban. Buscó palabras, cualquier cosa, algo que decir, para desviar su atención de ella, y no pudo encontrar nada. Él se sentó a su lado. Ella agachó la

cabeza, como si estuviera estudiando el esqueleto de una hoja del año anterior que estaba junto a su mano.

«¿Qué es lo que quiero?», se preguntó, y la respuesta no llegó a ella en palabras sino a través de todo su cuerpo y alma: el fuego, un fuego aún más grande que aquel, el vuelo, el vuelo ardiente...

Volvió en sí, al tranquilo aire bajo los árboles. El Hombre Cano estaba sentado a su lado, su rostro inclinado hacia abajo, y ella pensó en qué frágil y ligero parecía, qué callado y apenado. No había nada a lo que temer. No había peligro alguno.

Él levantó la vista para mirarla.

–Irian –dijo–, ¿escuchas las hojas?

La brisa se estaba moviendo otra vez, suavemente; podía oír un leve susurro entre los robles.

–Un poco –le contestó.

–¿Oyes las palabras?

–No.

Ella no preguntó nada y él no dijo nada más. Al poco tiempo se puso de pie, y ella lo siguió hasta el camino que siempre los llevaba, tarde o temprano, fuera del bosque, hasta el claro junto al arroyo de Zuil y a la Casa de la Nutria. Al llegar allí, ya estaba avanzada la tarde. Él bajó hasta el arroyo y se arrodilló para beber de sus aguas en donde este abandonaba el bosque, después de todos los cruces. Ella hizo lo mismo. Luego, sentados sobre las frescas y largas hierbas de la ribera, él comenzó a hablar.

–Mi gente, los Kargos, adoran a dioses. Dioses Gemelos, hermanos. Y el rey también es un dios. Pero antes de los dioses y después, siempre, están los arroyos. Las cuevas, las piedras, las colinas. Los árboles. La tierra. La oscuridad de la tierra.

–Los Antiguos Poderes –dijo Irian.

Él asintió con la cabeza.

–Allí, las mujeres conocen los Antiguos Poderes. Aquí también, las brujas. Y el conocimiento es malo, ¿sabes?

Cuando agregaba aquellos pequeños e interrogativos «¿de acuerdo?» o «¿sabes?» al final de lo que había parecido una

aseveración, siempre la tomaba por sorpresa. Ella no dijo nada.

–La oscuridad es mala –dijo el Maestro de Formas.

Irian respiró profundamente y lo miró a los ojos mientras seguían allí sentados.

–Solo la luz en la oscuridad –dijo entonces.

–Ah –dijo él. Apartó la mirada para que ella no pudiera ver su expresión.

–Debería irme –dijo ella–. Puedo caminar por el Bosquecillo, pero no vivir allí. No es mi... mi lugar. Y el Maestro Cantor dijo que hacía daño estando aquí.

–Todos hacemos daño por estar –dijo el Maestro de Formas. Hizo lo que solía hacer, un pequeño bosquejo con cualquier cosa que tuviera a mano: sobre el pequeño trozo de arena que había en la orilla del arroyo justo frente a él puso el tallo de una hoja, una brizna de hierba y varios guijarros. Los estudió y los reacomodó–. Ahora debo hablar de daños –dijo él.

Después de una larga pausa, prosiguió:

–Tú sabes que un dragón trajo de regreso a nuestro Señor Gavilán, con el joven rey, de las tierras de la muerte. Luego, el dragón llevó a Gavilán hasta su casa, porque sus poderes habían desaparecido, ya no era un mago. Así que, dentro de muy poco tiempo, los Maestros de Roke se reunirán para elegir un nuevo Archimago, aquí, en el Bosquecillo, como siempre. Pero no como siempre.

»Antes de que llegara el dragón, el Invocador también había regresado de la muerte, adonde puede ir, adonde su arte puede llevarlo. Allí había visto a nuestro señor y al joven rey, en aquel campo detrás del muro de piedras. Dijo que no regresarían. Dijo que el Señor Gavilán le había dicho que regresara a nosotros, a la vida, que se llevara esas palabras. Y entonces lloramos por nuestro señor.

»Pero después llegó el dragón, Kalessin, que regresó con él con vida.

»El Invocador estaba entre nosotros cuando estábamos en el collado de Roke y vimos al Archimago arrodillándose frente al Rey

Lebannen. Luego, mientras el dragón se llevaba a nuestro amigo, el Invocador cayó desvanecido.

»Yacía como si estuviera muerto, frío, su corazón no latía, pero sin embargo respiraba. El Maestro de Hierbas utilizó todo su arte, pero no pudo reanimarlo. "Está muerto –dijo–. La respiración no lo abandonará, pero está muerto."

»Entonces lloramos por él. Luego, puesto que había consternación entre nosotros, y todas mis formas hablaban de cambio y de peligro, nos reunimos para escoger a un nuevo guardián de Roke, un Archimago que nos guiara. Y en nuestro concilio pusimos al joven rey en el lugar del Invocador. Nos parecía bien que él se sentara entre nosotros. Al principio, el único que se opuso fue el Transformador, y luego estuvo de acuerdo.

»Nos reunimos, nos sentamos, pero no nos fue posible escoger. Dijimos esto y aquello, pero no dijimos ningún nombre. Y entonces yo... –hizo una pequeña pausa–. Entonces acudió a mí lo que mi gente llama el eduevanu, es decir, la otra respiración. Las palabras acudían a mí y yo las pronunciaba. Dije: ¡Hama Gondun! Y Kurremkarmerruk les dijo lo mismo en idioma hárdico: "Una mujer en Gont". Pero cuando regresé a mis propias entrañas, no podía decirles lo que eso significaba. Y entonces nos fuimos de allí sin haber escogido a ningún Archimago.

»El rey se fue poco tiempo después, y el Maestro de Vientos se fue con él. Antes de que el rey fuera coronado, fueron a Gont y buscaron al señor Gavilán, para descubrir lo que aquello significaba, "una mujer en Gont", ¿sabes? Pero no lo vieron, solo vieron a mi compatriota, Tenar-del-Anillo. Dijo que ella no era la mujer que ellos buscaban. Y no encontraron a nadie, no encontraron nada. Así que Lebannen consideró que aquello había sido una profecía que aún tenía que cumplirse. Y en Havnor colocó su corona sobre su propia cabeza.

»El Maestro de Hierbas, y yo mismo, creímos que el Invocador estaba muerto. Creímos que el aliento que conservaba quedaba aún allí por obra de un hechizo de su propio arte que nosotros no

comprendíamos, como las serpientes de hechizo saben lo que mantiene latiendo sus corazones mucho después de que han muerto. Por más que parecía terrible enterrar un cuerpo que aún respiraba, sin embargo, estaba frío, y su sangre ya no corría por sus venas, y ya no había alma en él. Eso era lo más terrible. Así que nos preparamos para enterrarlo. Y, entonces, mientras yacía junto a su tumba, sus ojos se abrieron. Se movió, y habló. Dijo: "Me he invocado a mí mismo otra vez a la vida, para hacer lo que debe hacerse".

La voz del Hacedor de Formas se hizo más áspera. De repente apartó el pequeño esbozo de guijarros con la palma de su mano.

–Así que cuando el Maestro de Vientos regresó después de la coronación del rey, éramos nueve otra vez. Pero divididos. Porque el Invocador dijo que debíamos reunirnos otra vez y elegir a un Archimago. El rey no tenía lugar entre nosotros, dijo. Y «una mujer en Gont», quienquiera que pudiera llegar a ser, no tenía lugar entre los hombres de Roke, ¿sabes? El Maestro de Vientos, el Cantor, el Transformador, Mano, le dan la razón. Y puesto que el Rey Lebannen es un hombre que ha regresado de la muerte, para cumplir esa profecía, dicen que el Archimago también será un hombre que haya regresado de la muerte.

–Pero... –dijo Irian, y se detuvo.

Después de un largo rato, el Hacedor de Formas dijo:

–Ese arte, el de invocar, ¿sabes?, es terrible. Siempre es peligroso. Aquí –y levantó la mirada para observar la verde y dorada oscuridad de los árboles–, aquí no hay invocaciones. Nada vuelve de detrás del muro. No hay muro.

Su rostro era el rostro de un guerrero, pero cuando miraba los árboles este se enternecía, anhelando.

–Así que –dijo–, te utiliza como pretexto para convocarnos a reunión, pero yo no iré a la Casa Grande. Y no seré invocado.

–¿Él no quiere venir aquí?

–Creo que no quiere caminar por el Bosquecillo. Ni por el collado de Roke. En el Collado, lo que es, se muestra.

Ella no supo lo que él quería decir, pero no preguntó, preocupada:

–Dices que me convierte en la razón para que vosotros os reunáis.

–Sí. Para echar a una mujer se necesitan nueve magos. –Pocas veces sonreía, y cuando lo hacía era rápida y ferozmente–. Debemos reunirnos para mantener la Norma de Roke. Y entonces elegir un Archimago.

–Si yo me fuera... –Lo vio sacudir la cabeza–. Siempre podría ir con el Nombrador...

–Aquí estás a salvo.

La idea de hacer daño la perturbaba, pero la idea de correr peligro no había cruzado por su mente. Lo encontraba inconcebible.

–No me pasará nada –dijo–. ¿Entonces el Nombrador y tú, y el Portero...?

–... no queremos que Torion sea Archimago. El Maestro de Hierbas tampoco, aunque escarba mucho y habla poco.

Vio que Irian lo miraba fijamente y sorprendida.

–Torion el Invocador no esconde su verdadero nombre –le dijo él–. Ha muerto, ¿sabes?

Ella sabía que el Rey Lebannen utilizaba su verdadero nombre abiertamente. Él también había regresado de la muerte. Pero aun así, que el Invocador lo hiciera continuaba sorprendiéndola e inquietándola más y más cuanto más pensaba en ello.

–¿Y los... los alumnos?

–También están divididos.

Pensó en la escuela, donde había estado tan brevemente. Desde allí, debajo del alero del Bosquecillo, la veía como paredes de piedra rodeando una clase de seres, y manteniendo fuera a todos los demás, como un corral, una jaula. ¿Cómo podía alguno de ellos mantener el equilibrio en un lugar así?

El Hacedor de Formas empujó cuatro guijarros en una pequeña curva sobre la arena y dijo:

–Ojalá Gavilán no se hubiera ido, ojalá pudiera leer lo que escriben las sombras. Pero lo único que puedo oír de las hojas es cambio, cambio... Todo cambiará excepto ellas. –Volvió a levantar la cabeza para observar los árboles con aquella mirada anhelante. El sol se estaba poniendo. Se levantó, le dio amablemente las buenas noches, y se fue caminando, entrando por debajo de los árboles.

Se sentó un rato junto al arroyo de Zuil. Estaba perturbada por lo que él le había contado y por sus pensamientos y sentimientos en el Bosquecillo, y la perturbaba que cualquier pensamiento o sentimiento la perturbara allí. Fue hasta la casa, se sirvió su cena de carne ahumada y pan y lechuga de verano, y la comió sin saborearla. Vagó otra vez con desasosiego por la ribera del arroyo hasta llegar al agua. Estaba muy quieta y cálida en los últimos minutos del crepúsculo, solo las estrellas más grandes ardían a través de un pálido cielo cubierto. Se quitó las sandalias y metió los pies en el agua. Estaba fresca, pero aún la atravesaban algunas venas con el calor del sol. Se quitó las ropas, los pantalones y la camisa de hombre que era todo lo que tenía, y se metió desnuda en el agua, sintiendo el empuje y la agitación de la corriente por todo su cuerpo. En Iria nunca había nadado en los arroyos, y siempre había odiado el mar, ondulándose frío y gris, pero estas rápidas aguas le gustaban, esta noche. Se dejaba llevar por la corriente y flotaba, sus manos deslizándose sobre piedras sedosas debajo del agua y sobre sus propios sedosos flancos, sus piernas acariciaban hierbas acuáticas. El agua se llevó todas sus preocupaciones e intranquilidades, y gozó flotando en las caricias del arroyo, mirando fijamente el blanco y suave fuego de las estrellas.

Un escalofrío recorrió todo su cuerpo. El agua se enfrió de golpe. Incorporándose, con las extremidades aún suaves y flojas, miró hacia arriba y vio en la orilla, sobre ella, la figura blanca de un hombre.

Se puso de pie, desnuda, en el agua.

–¡Vete! –gritó–. ¡Vete, traidor, estúpido libertino, o te arrancaré el hígado! –Subió de un salto a la ribera, ayudándose con los

resistentes hierbajos, y se irguió rápidamente tambaleándose. No había nadie allí. Estaba de pie, enfurecida, temblando de rabia. Saltó otra vez más abajo, a la orilla, encontró sus ropas, y se las puso, mientras seguía gritando–: ¡Mago cobarde! ¡Traidor hijo de perra!

–¿Irian?

–¡Ha estado aquí! –gritó ella–: ¡Ese asqueroso corazón, ese Torion! –Se acercó hasta el Maestro de Formas mientras él caminaba bajo la luz de las estrellas junto a la casa–. Me estaba bañando en el arroyo, ¡y él estaba allí parado mirándome!

–Un envío. Era solamente una apariencia de él. No podía lastimarte, Irian.

–Un envío con ojos, ¡una apariencia que ve! Puede que estuviera... –Se detuvo, de repente perdida en el mundo. Se sentía enferma. Temblaba, y tragó la fría saliva que quedaba en su boca.

El Maestro de Formas se acercó a ella y cogió sus manos. Las manos de él estaban cálidas, y ella se sentía tan mortalmente fría que se acercó aún más a él para sentir el calor de su cuerpo. Se quedaron así durante un rato, el rostro de ella alejado del de él, pero con las manos unidas y los cuerpos apretados uno contra el otro. Finalmente, ella se alejó, enderezándose, echando hacia atrás sus lacios y húmedos cabellos.

–Gracias –le dijo–. Tenía frío.

–Lo sé.

–Yo nunca tengo frío –dijo ella–. Fue por él.

–Te digo, Irian, que no puede venir hasta aquí, que no puede hacerte daño aquí.

–No puede hacerme daño en ningún sitio –le contestó ella, el fuego corriendo nuevamente por sus venas–. Si intenta hacerme daño, lo destruiré.

–Ah –dijo el Hacedor de Formas.

Ella lo miró a la luz de las estrellas, y le dijo:

–Dime tu nombre. No tu verdadero nombre, simplemente un nombre por el que pueda llamarte. Cuando piense en ti.

Él se quedó en silencio durante un minuto y luego le respondió:

–En Karego-At, cuando era un bárbaro, era Azver. En hárdico, es un estandarte de guerra.

–Azver –dijo ella–. Gracias.

Acostada, pero despierta en la pequeña casa, sintiendo que el aire la sofocaba y el techo se le acercaba cada vez más, de repente se durmió profundamente. Se despertó igual de sobresaltada cuando comenzó a recibir la luz del este. Fue hasta la puerta para ver lo que más le gustaba ver, el cielo antes del amanecer. Mirando hacia abajo vio a Azver, el Maestro de Formas, envuelto en su capa gris, profundamente dormido en el suelo delante de su puerta. Ella volvió a meterse sin hacer ruido en la casa. Un rato después lo vio volviendo a su bosque, caminando despacio, un poco rígidamente, y rascándose la cabeza mientras se iba, como hace la gente cuando todavía está medio dormida.

Se puso a trabajar desconchando la pared interior de la casa, preparándola para enyesarla. Justo cuando el primer rayo de sol pasó por la ventana, alguien golpeó su puerta abierta. Fuera estaba el hombre que ella había tomado por el jardinero, el Maestro de Hierbas, con aspecto serio e impasible, como un buey marrón, junto al viejo de rostro enjuto y adusto, el Nombrador.

Ella se acercó hasta la puerta y murmuró una especie de saludo. La intimidaban aquellos Maestros de Roke; y su presencia también significaba que la época de paz había terminado, los días caminando por el silencioso bosque estival con el Maestro de Formas. Eso había llegado a su fin la noche anterior. Ella lo sabía, pero no quería saberlo.

–Nos ha enviado el Hacedor de Formas –dijo el Maestro de Hierbas. Parecía incómodo. Al observar una mata de malas hierbas debajo de la ventana, dijo–: Esto es heno blanco. Alguien de Havnor lo ha plantado aquí. No sabía que había alguno en esta isla. –Lo examinó cuidadosamente, y puso algunas vainas de semillas en su pequeña bolsa.

Irian estaba estudiando al Nombrador disimuladamente pero con mucha atención, tratando de ver si podía descubrir si era, según él había dicho, un envío o si estaba allí en carne y hueso. Nada en él parecía ser insustancial, pero ella pensó que no estaba allí, y cuando estuvo bajo la inclinada luz del sol que entraba por la ventana, y no proyectó sombra alguna, lo supo.

–¿Donde vos vivís está muy lejos de aquí, señor? –preguntó ella.

Él asintió con la cabeza.

–Me he dejado a mitad del camino –contestó. Miró hacia arriba; el Maestro de Formas venía hacia donde ellos estaban, ahora bien despierto.

Los saludó y les preguntó:

–¿Vendrá el Portero?

–Dijo que sería mejor que se quedara vigilando las puertas –contestó el Maestro de Hierbas. Cerró con cuidado su bolsita y miró a los demás, a su alrededor–. Pero no sé si podrá vigilar la colina de la hormiga.

–¿Qué pasa? –preguntó Kurremkarmerruk–. He estado leyendo algunas cosas acerca de dragones. No le he prestado atención a las hormigas. Pero todos los muchachos que tenía estudiando en la Torre se han ido.

–Invocados –dijo el Maestro de Hierbas, secamente.

–¿Y? –preguntó el Nombrador, más secamente aún.

–Puedo decirte solamente lo que me parece a mí –dijo el Maestro de Hierbas, reacio, incómodo.

–Hazlo –dijo el viejo mago.

El Maestro de Hierbas aún dudaba.

–Esta dama no pertenece a nuestro concilio –dijo finalmente.

–Pertenece al mío –dijo Azver.

–Ha venido a este lugar, en esta época –dijo el Nombrador–. Y a este lugar, en esta época, nadie viene por casualidad. Lo único que sabe cualquiera de nosotros es lo que nos parece. Hay nombres detrás de nombres, mi Señor Curador.

El mago de ojos oscuros agachó la cabeza ante eso, y dijo:

–Muy bien. –Evidentemente con alivio por aceptar el juicio de ellos antes que el suyo propio–. Torion ha estado mucho con los otros Maestros, y con los muchachos. Reuniones secretas, círculos internos. Rumores, susurros. Los estudiantes más jóvenes están tremendamente asustados, y varios me han preguntado a mí o al Portero si pueden irse, abandonar Roke. Y los hemos dejado ir. Pero no hay ningún barco en el puerto, y ninguno ha entrado en la bahía de Zuil después del que os trajo a vos, señorita, y se fue al otro día rumbo a Wathort. El Maestro de Vientos mantiene el viento de Roke contra todo. Si llegara a venir el mismísimo rey, no podría desembarcar en Roke.

–Hasta que cambie el viento, ¿eh? –dijo el Maestro de Formas.

–Torion dice que Lebannen no es en realidad rey, puesto que ningún Archimago lo coronó.

–¡Tonterías! ¡Eso no es historia! –dijo el viejo Nombrador–. El primer Archimago llegó siglos después del último rey. Roke gobernaba al servicio del rey.

–Ah –dijo el Hacedor de Formas–, al mayordomo le cuesta ceder las llaves cuando el dueño regresa a casa, ¿eh?

–El Anillo de Paz ha cicatrizado –dijo el Maestro de Hierbas, con su paciente y turbulenta voz–; la profecía se ha cumplido, el hijo de Morred ha sido coronado, y aún no tenemos paz. ¿En qué nos hemos equivocado? ¿Por qué no podemos encontrar el equilibrio?

–¿Qué pretende Torion? –preguntó el Nombrador.

–Traer a Lebannen aquí. –respondió el Maestro de Hierbas–. Los hombres jóvenes hablan de «la verdadera corona». Una segunda coronación, aquí. Por el Archimago Torion.

–¡Atrás! –dejó escapar Irian impulsivamente, al tiempo que hacía la señal que evita que la palabra se convierta en hecho. Ninguno de los hombres sonrió, y después de unos instantes el Maestro de Hierbas hizo el mismo gesto.

–¿Cómo es que los tiene a todos? –preguntó el Nombrador–. Maestro de Hierbas, tú estabas aquí cuando Gavilán y Torion fueron

desafiados por Irioth. Su don era tan poderoso como el de Torion, creo. Lo utilizaba para manejar a los hombres, para controlarlos totalmente. ¿Es eso lo que hace Torion?

–No lo sé –contestó el Maestro de Hierbas–. Lo único que puedo decirte es que cuando estoy con él, cuando estoy en la Casa Grande, siento que nada puede hacerse excepto lo que ya se ha hecho. Que nada cambiará. Nada crecerá. Que no importa qué curas utilice, la enfermedad terminará en muerte. –Miró a su alrededor, a todos lo demás, como un buey herido–. Y creo que es cierto. No hay otra manera de recobrar el equilibrio que no sea quedándose quietos. Hemos ido demasiado lejos. Que el Archimago y Lebannen fueran corpóreamente a la muerte y regresaran no estuvo bien. Quebrantaron una ley que no debe ser quebrantada. Por eso volvió Torion, para restaurar la ley.

–¿Qué, para enviarlos de nuevo a la muerte? –preguntó el Nombrador, y el Hacedor de Formas:

–¿Quién debe decir qué es la ley?

–Hay un muro –dijo el Maestro de Hierbas.

–Ese muro no tiene las raíces tan profundas como mis árboles –dijo el Maestro de Formas.

–Pero tienes razón, Maestro de Hierbas, hemos perdido el equilibrio –dijo Kurremkarmerruk, su voz áspera y severa–. ¿Cuándo y dónde comenzamos a ir demasiado lejos? ¿De qué nos hemos olvidado, a qué le hemos dado la espalda, qué hemos pasado por alto?

Irian miraba a uno y a otro.

–Cuando el equilibrio está mal, quedarse quieto no es bueno. Debe empeorar aún más –dijo el Maestro de Formas–. Hasta... –Hizo un rápido gesto de cambio total con las manos abiertas, de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo.

–¿Qué puede estar más mal que invocarse a uno mismo para regresar de la muerte? –preguntó el Nombrador.

–Torion era el mejor de todos nosotros, un corazón valiente, una mente noble. –El maestro de Hierbas había hablado casi con furia–.

Gavilán lo amaba. Al igual que todos nosotros.

–La conciencia lo atrapó –dijo el Nombrador–. La conciencia le dijo que él era el único que podía arreglar las cosas. Para hacerlo, negó su muerte. Y así niega la vida.

–¿Y quién debe enfrentarse a él? –preguntó el Maestro de Formas–. Yo solamente puedo esconderme en mi bosque.

–Y yo en mi Torre –dijo el Nombrador–. Y tú, Maestro de Hierbas, y el Portero, estáis dentro de la trampa, en la Casa Grande. Las paredes han sido construidas para mantener fuera todos los males. O dentro, según fuera el caso.

–Somos cuatro contra él –dijo el Hacedor de Formas.

–Ellos son cinco contra nosotros –objetó el Maestro de Hierbas.

–¿A esto hemos llegado –dijo el Nombrador–, a reunirnos al borde del bosque que Segoy plantó y hablar de cómo destruirnos unos a otros?

–Sí –dijo el Maestro de Formas–. Lo que pasa demasiado tiempo sin cambios termina autodestruyéndose. El bosque es para siempre porque muere y muere y así vive. No dejaré que esa mano muerta me toque. O que toque al rey que nos trajo esperanza. Se ha hecho una promesa, se ha hecho a través de mí. Yo la he pronunciado: «Una mujer en Gont». No dejaré que esas palabras sean olvidadas.

–¿Entonces debemos ir a Gont? –preguntó el Maestro de Hierbas, contagiado por la pasión de Azver–. Gavilán esta allí.

–Tenar-del-Anillo está allí –dijo Azver.

–Tal vez nuestra esperanza esté allí –dijo el Nombrador.

Se quedaron en silencio, inseguros, intentando albergar algo de esperanza.

Irian también se quedó en silencio, pero su esperanza se hundió, y fue reemplazada por una sensación de vergüenza y total insignificancia. Aquellos eran hombres valientes, sabios, buscando salvar lo que amaban, pero no sabían cómo hacerlo. Y ella no compartía su sabiduría, ni tomaba parte alguna en sus decisiones. Se alejó de ellos, y ellos no lo notaron. Siguió caminando, dirigiéndose hacia el arroyo de Zuil, donde salía del bosque sobre

una pequeña cascada de cantos rodados. El agua estaba clara bajo los rayos de sol matutinos y producía un sonido alegre. Quería llorar, pero nunca había servido para hacerlo. Se detuvo y observó el agua, y su vergüenza se fue convirtiendo lentamente en rabia.

Regresó donde estaban los tres hombres, y dijo:

–Azver.

Él se dio vuelta sorprendido, y se acercó un poco.

–¿Por qué rompisteis vuestra Norma por mí? ¿Fue eso algo justo para mí, que nunca podré ser lo que vosotros sois?

Azver frunció el ceño.

–El Portero te dejó entrar porque tú se lo pediste –le respondió–. Yo te traje al Bosquecillo porque las hojas de los árboles me dijeron tu nombre antes de que tú llegaras aquí. Irian, decían, Irian. Por qué has venido, no lo sé, pero no ha sido por casualidad. El Invocador también sabe eso.

–Tal vez he venido a destruirlo a él.

Azver la miró y no dijo nada.

–Tal vez he venido a destruir Roke.

Entonces sus pálidos ojos ardieron.

–¡Inténtalo!

Un largo temblor recorrió su cuerpo mientras permanecía allí, frente a él. Se sintió más grande que él, más grande que ella misma, enormemente grande. Podía alargar un dedo y destruirlo. Él estaba allí, de pie, en su pequeña, valiente, breve humanidad, su mortalidad, indefenso. Ella respiró muy profundamente. Se alejó de él.

La sensación de tremenda fuerza iba desapareciendo de ella poco a poco. Giró un poco la cabeza y miró hacia abajo, sorprendida de ver su propio brazo moreno, su manga arremangada, la hierba surgiendo fría y verde alrededor de sus sandalias. Volvió a mirar al Maestro de Formas y aún parecía un ser muy frágil. Lo compadecía y lo honraba. Quería advertirle del peligro en que se encontraba. Pero no le salió ni una palabra. Se dio vuelta y regresó a la orilla del arroyo junto a la pequeña cascada. Allí se puso en cuclillas y

escondió el rostro entre los brazos, dejándolo a él fuera, dejando al mundo fuera.

Las voces de los magos hablando eran como las voces de las aguas fluyendo. El arroyo decía sus palabras, y ellos decían las suyas, pero ni unas ni otras eran las palabras correctas.

IV. Irian

Cuando Azver volvió a reunirse con los otros hombres, había algo en su rostro que hizo preguntar al Maestro de Hierbas:

–¿Qué sucede?

–No lo sé –contestó Azver–. Tal vez no deberíamos irnos de Roke.

–Probablemente no podemos –dijo el Maestro de Hierbas–. Si el Maestro de Nubes pone los vientos en nuestra contra...

–Regresaré donde me encuentro –dijo de repente Kurremkarmerruk–. No me gusta dejarme por ahí tirado como a un zapato viejo. Estaré aquí con vosotros esta tarde. –Y se fue.

–Me gustaría caminar un poco bajo tus árboles, Azver –dijo el Maestro de Hierbas, con un largo suspiro.

–Adelante, Deyala. Yo me quedaré aquí.

El Maestro de Hierbas se fue. Azver se sentó sobre el precario banco que Irian había hecho y colocado contra la pared de la fachada de la casa. La miró a ella, allí arriba junto al arroyo, agachada sin moverse en la ribera. Las ovejas en el campo que estaba entre ellos y la Casa Grande balaban suavemente. El sol de la mañana calentaba cada vez más.

Su padre lo había llamado Estandarte de Guerra. Había venido desde el oeste, dejando atrás todo lo que conocía. Había aprendido su verdadero nombre de los árboles del Bosquecillo Inmanente, y se había convertido en el Maestro de Formas de Roke. Durante todo aquel año, las formas de las sombras y de las ramas y de las raíces, todo el silencioso lenguaje de su bosque, había hablado de

destrucción, de transgresión, del cambio de todas las cosas. Ahora lo tenían encima, él lo sabía. Había llegado con ella.

Ella estaba a su cargo, a su cuidado, él lo supo desde que la vio. Aunque había venido a destruir Roke, tal como ella misma había dicho, él debía servirle. Y lo hizo de buena gana. Ella había caminado con él por el bosque, alta, extraña, valiente; había apartado los espinosos brazos de las zarzas con sus grandes y cuidadosas manos. Sus ojos, de color ámbar, como las aguas del arroyo de Zuil a la sombra, lo habían observado todo; había escuchado; se había quedado quieta. Él quería protegerla y sabía que no podía hacerlo. Le había dado un poco de calor cuando tenía frío. No tenía nada más para darle. Adonde tenía que ir ella, allí iría. No comprendía el peligro. No tenía sabiduría alguna más que la inocencia, ni armadura alguna más que su furia. «¿Quién eres, Irian?», le preguntó, mientras la observaba, agachada como un animal encerrado en su silencio.

El Maestro de Hierbas regresó del bosque y se sentó un rato con él, sin hablar. Al mediodía volvió a la Casa Grande, acordando regresar con el Portero por la mañana. Les pedirían a todos los otros Maestros que se reunieran con ellos en el Bosquecillo.

–Pero él no vendrá –dijo Deyala, y Azver asintió con la cabeza.

Se quedó todo el día cerca de la Casa de la Nutria, vigilando a Irian, obligándola a comer un poco con él. Ella había vuelto a la casa, pero cuando hubieron terminado de comer, regresó a su sitio en la orilla del arroyo y se sentó allí, inmóvil. Y él también sentía cierto letargo en su propio cuerpo y en su propia mente, cierta estupidez contra la cual luchó, pero que no pudo derrocar. Pensó en los ojos del Invocador, y entonces fue él quien sintió frío, en todo su cuerpo, a pesar de que estaba sentado bajo todo el calor de aquel día estival. «Estamos gobernados por los muertos», pensó. Y no podía dejar de pensar en ello.

Se sintió agradecido al ver a Kurremkarmerruk bajando lentamente por la ribera del arroyo de Zuil desde el norte. El viejo caminaba descalzo por las aguas del arroyo, con los zapatos en una

mano y el alto báculo en la otra, gruñendo cuando perdía el equilibrio sobre las rocas. Se sentó en la orilla más cercana para secarse los pies y ponerse nuevamente los zapatos.

–Cuando regrese a la Torre –dijo–, lo haré cabalgando. Contrataré a un carretero, compraré una mula. Soy viejo, Azver.

–Ven a la casa –le dijo el Maestro de Formas, y le ofreció al Nombrador agua y comida.

–¿Dónde está la muchacha?

–Durmiendo –Azver hizo un gesto con la cabeza señalando el sitio en el que ella se encontraba, encogida en la hierba sobre la pequeña cascada.

El calor del día comenzaba a disminuir y las sombras del Bosquecillo se proyectaban sobre la hierba, aunque los rayos del sol todavía bañaban la Casa de la Nutria. Kurremkarmerruk se sentó sobre el banco con la espalda contra la pared de la casa, y Azver se sentó en el umbral de la puerta.

–Hemos llegado al final –dijo el anciano rompiendo el silencio.

Azver asintió con la cabeza, en silencio.

–¿Qué te trajo hasta aquí, Azver? –le preguntó el Nombrador–. He pensado muchas veces en hacerte esta pregunta. Has venido desde muy, muy lejos. Y en las tierras de Kargad no tenéis magos.

–No. Pero tenemos cosas de las que está hecha la magia. Agua, piedras, árboles, palabras...

–Pero no las palabras de la Creación.

–No. Ni dragones.

–¿Nunca?

–Solo en los viejos cuentos del Lejano Oriente, del desierto de Hurat-Hur. Antes de que hubiera dioses. Antes de que hubiera hombres. Antes de que los hombres fueran hombres, eran dragones.

–Pues eso sí que es interesante –dijo el viejo erudito, enderezándose un poco–. Te dije que he estado leyendo algunas cosas sobre dragones. Ya sabes, sobre esos rumores que dicen que volaban sobre el Mar Interior hasta tan al este como Gont. Sin duda ese fue Kalessin llevando a Ged a casa, multiplicado por navegantes,

mejorando aún más una buena historia. Pero un muchacho aquí me juró que toda su aldea había visto dragones que volaban, esta primavera, al oeste del monte Onn. Y entonces me puse a leer esos viejos libros, para saber cuándo dejaron de venir al este de Pendor. Y en un viejo pergamino pelniano, me encontré con tu historia, o con algo parecido. Dice que los hombres y los dragones eran todos de una misma especie, pero que en algún momento se enfrentaron. Algunos fueron hacia el oeste y otros hacia el este, y se convirtieron en dos especies, y olvidaron que alguna vez habían sido una sola.

–Fuimos al Lejano Oriente –dijo Azver–. Pero ¿sabes tú qué es el líder de un ejército, en mi lengua?

–*Edran* –dijo el Nombrador inmediatamente, y rio–. Dragón... –Después de un rato añadió–: Podría buscar la etimología de una palabra aun estando al borde de la muerte... Pero creo, Azver, que ahí es donde estamos. No lo derrotaremos.

–Él nos lleva ventaja –dijo Azver, muy secamente.

–Así es. Pero, aun admitiendo que es muy poco probable, admitiendo que es imposible, si llegáramos a derrotarlo, si regresara a la muerte y nos dejara a nosotros aquí, con vida, ¿qué haríamos? ¿Qué vendría después de eso?

Después de una larga pausa, Azver dijo:

–No tengo ni idea.

–¿Acaso tus hojas y tus sombras no te dicen nada?

–Cambio, cambio –dijo el Maestro de Formas–. Transformación.

De repente levantó la vista. Las ovejas, que habían estado agrupadas cerca de la valla, estaban escabulléndose; alguien venía por el sendero desde la Casa Grande.

–Un grupo de muchachos –dijo el Maestro de Hierbas, casi sin aliento, mientras se acercaba a ellos–. El ejército de Torion. Vienen hacia aquí. Para llevarse a la muchacha. Para echarla de aquí. –Se detuvo para tratar de recuperar el aliento–. El Portero estaba hablando con ellos cuando me fui. Creo que...

–Aquí está –dijo Azver, y el Portero estaba allí, su apacible rostro de un amarillo apergaminado estaba tranquilo como siempre.

–Les he dicho –dijo– que si traspasaban la Puerta de Medra hoy nunca más podrían atravesarla para volver a entrar a la casa que conocían. Entonces algunos de ellos estuvieron a punto de echarse atrás. Pero el Maestro de Vientos y Nubes y el Cantor los alentaban a seguir adelante. Pronto estarán aquí.

Podían oír voces de hombres en los campos que estaban al este del Bosquecillo.

Azver fue rápidamente hasta donde Irian estaba acostada, junto al arroyo, y los otros lo siguieron. Ella se incorporó y se puso de pie, parecía embotada y aturdida. Todos estaban alrededor de ella, formando una especie de defensa de protección, cuando el grupo de treinta o más hombres llegaba junto a la pequeña casa y se acercaba a ellos. La mayoría eran de los alumnos más antiguos; había cinco o seis báculos de mago entre la muchedumbre, y el Maestro de Vientos y Nubes los guiaba. Su delgado y entusiasta viejo rostro reflejaba preocupación y cansancio, pero saludó cortésmente a los cuatro magos, a cada uno por su título.

Ellos le devolvieron el saludo, y Azver tomó la palabra:

–Venid al Bosquecillo, Maestro de Vientos y Nubes –dijo–, y allí esperaremos a los que faltan de los Nueve.

–Primero tenemos que resolver el asunto que nos divide –dijo el Maestro de Vientos.

–Ese es un asunto peliagudo –dijo el Nombrador.

–La mujer que está con vosotros desafía la Norma de Roke –dijo el Maestro de Vientos–. Debe irse. Un barco está esperando en el muelle para llevársela, y el viento, puedo deciros, lo llevará directo hasta Way.

–No tengo dudas de eso, señor –dijo Azver–, pero dudo que ella vaya.

–Mi Señor Hacedor de Formas, ¿desafiaríais vos nuestra Norma y nuestra comunidad, que ha permanecido unida durante tanto tiempo, manteniendo el orden contra las fuerzas de la ruina? ¿Seríais vos, de entre todos los hombres, quien rompiera el todo?

–No es cristal, como para poder romperse –dijo Azver–. Es aliento, es fuego. –Le costaba mucho esfuerzo hablar–. No conoce la muerte –dijo, pero habló en su propia lengua, y ellos no le entendieron. Se acercó a Irian. Sintió el calor de su cuerpo. Ella estaba allí de pie, con la mirada fija, envuelta en aquel silencio animal, como si no comprendiera a ninguno de ellos.

–El señor Torion ha regresado de la muerte para salvarnos a todos –dijo el Maestro de Vientos, feroz y claramente–. Será Archimago. Bajo su gobierno, Roke será como solía ser. El rey recibirá la verdadera corona de su mano, y gobernará siguiendo sus consejos, como gobernó Morred. Ninguna bruja profanará tierras sagradas. Ningún dragón amenazará el Mar Interior. Habrá orden, seguridad y paz.

Ninguno de los cuatro magos que estaban con Irian le respondió. En el silencio, los hombres que estaban con él murmuraron, y una voz entre ellos dijo:

–Atrapemos a la bruja.

–No –dijo Azver, pero no pudo decir nada más. Tenía su vara de sauce, pero era solo madera en sus manos.

De ellos cuatro, solamente el Portero se movió y habló. Dio un paso hacia adelante, mirando a cada uno de los muchachos. Y dijo:

–Vosotros confiasteis en mí al darme vuestro nombre. ¿Confiaréis ahora en mí?

–Mi señor –dijo uno de ellos de rostro oscuro y agradable y una vara de mago hecha de roble–, nosotros confiamos en vos, y por eso os pedimos que dejéis ir a la bruja, y la paz regresará.

Irian dio un paso hacia adelante antes de que el Portero pudiera responder.

–No soy una bruja –dijo. Su voz sonaba aguda, metálica, comparada con las profundas voces de los hombres–. No poseo arte alguno. Ni conocimiento. He venido a aprender.

–Aquí no enseñamos a mujeres –dijo el Maestro de Nubes–. Y tú lo sabes.

–Yo no sé nada –dijo Irian. Dio otro paso hacia adelante, enfrentando al mago directamente–. Dime quién soy.

–Descubre dónde está tu lugar, mujer –le respondió el mago con fría pasión.

–Mi lugar –dijo ella, lentamente, arrastrando las palabras–, mi lugar está en la colina, donde las cosas son lo que son. Dile al hombre muerto que lo veré allí.

El Maestro de Vientos y Nubes permaneció en silencio. El grupo de hombres murmuraba, enfadado, y algunos comenzaron a avanzar. Azver se interpuso entre ella y los demás, sus palabras lo habían liberado de la parálisis mental y corporal que lo había atrapado.

–Dile a Torion que lo veremos en el collado de Roke –añadió–. Cuando llegue, nosotros estaremos allí. Ahora ven conmigo –le dijo a Irian.

El Nombrador, el Portero y el Maestro de Hierbas lo siguieron con ella por el Bosquecillo. Había un sendero para ellos. Pero cuando algunos de los muchachos comenzaron a seguirlos, ya no había sendero alguno.

–Regresad –les dijo el Maestro de Vientos a los muchachos.

Ellos volvieron, inseguros. El sol bajo todavía brillaba sobre los campos y los tejados de la Casa Grande, pero dentro del bosque, todo eran sombras.

–Brujerías –dijeron–, sacrilegio, profanación.

–Es mejor que volvamos –dijo el Maestro de Vientos, el rostro sombrío y compungido, los penetrantes ojos alterados. Emprendió su camino de regreso hacia la escuela, y ellos se dispersaron detrás de él, discutiendo y debatiendo llenos de frustración y de rabia.

Aún no se habían adentrado mucho en el Bosquecillo, y todavía estaban junto al arroyo, cuando Irian se detuvo, se hizo a un lado, y se agachó junto a las enormes y encorvadas raíces de un sauce que

se inclinaba sobre el agua. Los cuatro magos miraban desde el sendero.

–Habló con otra inspiración –dijo Azver.

El Nombrador asintió con la cabeza.

–¿Entonces tenemos que seguirla? –preguntó el Maestro de Hierbas.

Esta vez el que asintió con la cabeza fue el Portero. Sonrió un poco y dijo:

–Parecería ser que sí.

–Muy bien –dijo el Maestro de Hierbas, con su mirada paciente, perturbada; y se hizo un poco a un lado, y se arrodilló para observar cierta planta o seta pequeña, que crecía en el suelo del bosque.

El tiempo pasaba como siempre en el Bosquecillo, como si no pasara en absoluto y sin embargo, no era así, el día transcurría tranquilamente en unos cuantos suspiros, en un temblor de hojas, en un pájaro cantando a lo lejos y en otro contestándole desde aún más lejos. Irian se puso de pie lentamente. No habló, simplemente miraba el sendero y luego comenzó a descender por él. Los cuatro hombres la siguieron.

Salieron al tranquilo y abierto aire de la tarde. El oeste todavía albergaba algo de claridad mientras cruzaban el arroyo de Zuil y atravesaban los campos hacia el collado de Roke, el cual se erguía ante ellos formando una alta y oscura curva contra el cielo.

–Están en camino –dijo el Portero.

Los hombres estaban ya atravesando los jardines y subiendo el camino desde la Casa Grande, los cinco magos, varios alumnos. Al frente de todos ellos iba Torion el Invocador, alto, envuelto en su capa gris, llevando su báculo de madera color hueso, alrededor del cual brillaba una esfera de fuego fatuo.

Donde se encontraban los dos caminos y se unían para acabar en las alturas del Collado, Torion se detuvo y se quedó allí de pie, esperándolos. Irian caminó hacia adelante para ponerse frente a él.

–Irian de Way –dijo el Invocador con su clara y profunda voz–, para que haya paz y orden, y para mantener el equilibrio de las

cosas, te invito a que te vayas de esta isla. Nosotros no podemos darte lo que pides, y por eso te pedimos perdón. Pero si buscas quedarte aquí, lo que haces es renunciar al perdón, y debes aprender cuáles son las consecuencias de la transgresión.

Ella se puso de pie, casi tan alta como él, y tan erguida. No dijo nada durante un minuto y luego habló con una voz aguda y áspera.

–Subamos a la colina, Torion –le dijo.

Lo dejó de pie en el cruce de caminos, al nivel del suelo, mientras ella subía un poco el sendero de la colina, unos pocos pasos. Se dio la vuelta y lo miró allí abajo.

–¿Qué es lo que te mantiene alejado de la colina? –le preguntó.

El aire alrededor de ellos se estaba oscureciendo. El oeste era solo una apagada línea roja, el cielo oriental yacía cubierto de nubes sobre el mar.

El Invocador alzó la mirada y observó a Irian. Lentamente levantó los brazos y la vara blanca para invocar un sortilegio, hablando en la lengua que todos los magos de Roke habían aprendido, el lenguaje de su arte, el Lenguaje de la Creación:

–¡Irian, por tu nombre te invoco y te ordeno que me obedezcas!

Ella dudó, y por un momento pareció rendirse, acercarse a él, y luego gritó:

–¡No soy solo Irian!

Ante aquello, el Invocador corrió hasta donde ella estaba, estirando los brazos, arremetiendo contra ella como para cogerla y retenerla. Ahora ambos estaban en la colina. Ella se elevó imposiblemente muy por encima de él, un fuego estalló entre ellos, una bengala de llamas rojas en el aire crepuscular, un destello de escamas rojas y doradas, de inmensas alas, luego eso desapareció, y no quedó allí nada más que la mujer sobre el sendero de la colina y el hombre alto inclinado ante ella, cayendo lentamente hasta quedar recostado en la tierra.

De todos ellos fue el Maestro de Hierbas, el Curador, quien primero se movió. Subió por el sendero y se arrodilló junto a Torion.

–Mi señor –dijo–, mi amigo.

Bajo el montón de tela de la capa gris, sus manos encontraron tan solo un montón de ropas y huesos secos y una vara rota.

–Esto es lo mejor, Torion –dijo, pero estaba llorando.

El anciano Nombrador se acercó y le dijo a la mujer en la colina:

–¿Quién eres?

–No sé cuál es mi otro nombre –le contestó ella. Habló tal como lo había hecho él, de la misma manera en que le había hablado al Invocador, en el Lenguaje de la Creación, la lengua que hablan los dragones.

Dio media vuelta y comenzó a subir la colina.

–Irian –dijo Azver, el Maestro de Formas–, ¿regresarás aquí con nosotros?

Ella se detuvo de golpe y dejó que él se acercara.

–Lo haré, si me llamáis –respondió.

Estiró su mano y tocó la de él. Él tomó aire con algo de dificultad.

–¿Adónde irás? –le preguntó.

–Donde se encuentran los que me darán mi nombre. En el fuego, no en el agua. Donde está mi gente.

–Hacia el oeste –dijo él.

Y ella dijo:

–Más allá del oeste.

Se dio media vuelta y luego comenzó a subir la colina atravesando la envolvente oscuridad. Cuando estaba ya más lejos de todos ellos, la vieron todos. Los fuertes e inmensos flancos dorados, la cola enroscada y puntiaguda, las garras, el aliento, que era un fuego brillante. En la cresta del collado se detuvo unos instantes, su larga cabeza se volvió para mirar lentamente toda la isla de Roke, y su mirada se detuvo durante más tiempo en el Bosquecillo, ahora tan solo una oscura imagen borrosa en la oscuridad. Luego, con un repiqueteo similar al temblor de unas hojas de metal, las amplias y emplumadas alas se abrieron y el dragón se elevó de repente en el aire, rodeó una vez el collado de Roke y se fue volando.

Un rizo de fuego, una voluta de humo fue bajando hasta desaparecer en el aire oscuro.

Azver, el Maestro de Formas, estaba de pie con su mano izquierda sobre la derecha, la que la caricia de ella había quemado. Bajó la mirada y vio a los hombres, quienes seguían callados al pie de la colina, mirando fijamente la estela que dejara el dragón.

–Bueno, amigos míos –les dijo–, ¿y ahora qué?

Solo el Portero respondió. Dijo:

–Creo que deberíamos ir a nuestra casa, y abrir sus puertas.

Paraísos perdidos

> Esta agitación me mantiene firme. Debería saber. Lo que decae existe siempre. Y está cerca. Me despierto para dormir, y me tomo mi tiempo. Aprendo yendo a donde debo ir.
>
> THEODORE ROETHKE, *El despertar*

LA BOLA DE TIERRA

Las partes azules eran mucha agua, como los hidrotanques pero más profundas, y las partes de otros colores eran tierra, como los jardines de tierra pero más grandes. El cielo era lo que no llegaba a entender. El cielo era otra bola que rodeaba la bola de tierra, decía su padre, pero no se podía representar en el globo en miniatura porque no se veía. Era transparente, como el aire. Era aire. Pero azul. Una bola de aire, y se veía azul desde abajo, y estaba fuera de la bola de tierra. Aire fuera. Era muy extraño. ¿Había aire dentro de la bola de tierra? No, decía su padre, solo tierra. Vivías en el exterior de la bola de tierra, como los hombres eva haciéndose eva, solo que no tenías que llevar traje. Podías respirar el aire azul, igual que si estuvieras dentro. Por la noche veías negrura y estrellas, como si estuvieras haciéndote eva, decía su padre, pero durante el día solo veías azul. Ella preguntó por qué. Porque la luz era más brillante que las estrellas, dijo. ¿Luz azul? No; la estrella que la emitía era

amarilla, pero había tanto aire que parecía azul. Ella se rindió. Era todo tan difícil y de hacía tanto tiempo. Y no tenía importancia.

Por supuesto, ellos «aterrizarían» en alguna otra bola de tierra, pero eso no sucedería hasta que no fuera muy vieja, hasta que casi estuviera muerta, con sesenta y cinco años. Para entonces, si tuviera importancia, lo entendería.

Definición privativa

Los seres vivos del mundo son los seres humanos, las plantas y las bacterias. Las bacterias viven dentro y sobre los seres humanos, las plantas y los suelos y otras cosas, y están vivas, pero no se ven. Incluso la actividad de grandes grupos de bacterias no suele ser visible, o parece solo una propiedad de su anfitrión. Su vida es de otro orden. Los órdenes, por regla general, no pueden percibirse unos a otros, excepto con instrumentos que permiten la percepción a una escala diferente. Con este tipo de instrumentos observas maravillado el mundo que se te revela. Pero el instrumento no ha revelado el mundo de un orden mayor al mundo de un orden menor, que prosigue de manera organizada, imperturbable e inconsciente de lo que ocurre, hasta que de repente la gota se seca en la lámina de vidrio. La reciprocidad es un fenómeno que se da pocas veces. El mundo de un orden menor que se revela aquí es un mundo austero. No hay amebas flotando, o graciosos paramecios de cachemira, o rotíferos aspiradores; no hay criaturas más grandes que las bacterias que se sacuden constantemente bajo los impactos de las moléculas.

Y solo ciertas bacterias. No hay mantillo, ni levaduras silvestres. Ni virus (que pertenecen a un orden inferior). Nada que cause enfermedades a los seres humanos o a las plantas. Solo las bacterias necesarias, las limpiadoras, las digestivas, las que hacen tierra, tierra limpia. No hay gangrena en el mundo, ni envenenamiento de la sangre. No hay resfriados, ni gripe, ni sarampión, ni peste, ni tifus, ni fiebres tifoideas o tuberculosis o sida o dengue o cólera o fiebre

amarilla o ébola o sífilis o poliomielitis o lepra o esquistosomiasis o herpes, ni varicela, ni catarros, ni culebrilla. Ni enfermedad de Lyme. Ni garrapatas. Ni malaria. Ni mosquitos. Ni pulgas ni moscas, ni cucarachas ni arañas, ni gorgojos ni gusanos. En el mundo nada tiene ni más de dos patas ni menos. Nada tiene alas. Nada chupa la sangre. Nada se esconde en grietas diminutas, blande zarcillos, se escabulle hacia las sombras, pone huevos, se limpia el pelaje, entrechoca la mandíbula o da tres vueltas antes de tumbarse con el hocico encima del rabo. Nada tiene rabo. En el mundo nada tiene tentáculos, aletas, garras o fauces. En el mundo nada planea. No hay nada que nade en el agua. Nada ronronea, ladra, gruñe, ruge, gorjea, trina o grita repetidamente dos notas, una cuarta descendente, durante tres meses al año. No hay meses del año. No hay luna. No hay año. No hay sol. El tiempo está dividido en ciclos de luz, ciclos de oscuridad y diezdías. Cada 365,25 ciclos hay una celebración y se cambia un número llamado El Año. Este Año es el 141. Lo dice el reloj del aula.

EL TIGRE

Evidentemente, hay imágenes de lunas, soles y animales, todos clasificados con un nombre. En las pantallas libro de la Biblioteca se pueden contemplar grandes criaturas corriendo a cuatro patas sobre una especie de alfombra velluda mientras las voces dicen «caballos en Wyoming» o «llamas en Perú». Algunas imágenes son divertidas. Algunas desearías poder tocarlas. Algunas son aterradoras. Hay una con brillantes cabellos dorados y oscuros y unos terribles ojos claros que te miran sin que les gustes, sin conocerte en absoluto. «Tigre en el zoo», dice la voz. Luego los niños juegan con unos pequeños «gatitos» que se les suben por encima y los niños ríen y los gatitos son muy bonitos, como las muñecas o los bebés, hasta que uno de ellos te mira directamente y tiene los mismos ojos, los ojos redondos y claros que no saben tu nombre.

–Soy Hsing –dijo Hsing en voz alta a la imagen del gatito de la pantalla de libro.

La imagen apartó la cabeza y Hsing se echó a llorar.

El profesor estaba allí, para darle consuelo y preguntar.

–Lo odio, lo odio –lloraba la niña de cinco años.

–Solo es una película. No puede hacerte daño. No es real –dijo el profesor, de veinticinco.

Solo las personas son reales. Solo las personas están vivas. Las plantas de mi padre están vivas, eso dice él, pero las personas están vivas de verdad. Las personas te conocen. Saben cómo te llamas. Les gustas. Y si no, como el niño pequeño de la prima de Alida de la Escuela Cuatro, les dicen quién eres y entonces te conocen.

–Soy Hsing.

–Shing –dijo el niño pequeño, y ella intentó enseñarle la diferencia entre decir Hsing y decir Shing, pero la diferencia no tenía importancia a menos que hablaras chino, y de todas formas no tenía importancia, porque iban a jugar al rey con Rosie y Lena y todos los demás. Y Luis, claro.

SI NADA ES MUY DISTINTO DE TI, LO QUE SEA UN POCO DISTINTO DE TI SERÁ MUY DISTINTO DE TI

Luis era muy distinto de Hsing. Para empezar, ella tenía vulva y él tenía pene. Un día que se estaban comparando, Luis comentó que le gustaba la palabra vulva porque sonaba cálida, suave y redonda. Y vagina sonaba bastante grande. Pero «Pene, peeene –dijo él con afectación–, ¡pee-piss! Suena a algo pequeñajo y meón. Debería tener un nombre mejor». Inventaron nombres. Bobgob, dijo Hsing. ¡Gobondo!, dijo Luis. Bobgob cuando estaba caído y Gobondo cuando se levantaba, decidieron, muertos de risa. «¡Arriba, arriba, Gobondo!», gritó Luis, y su pene se levantó un poco del muslo delgado y sedoso. «¡Mira, sabe cómo se llama! Llámalo.» Y ella lo llamó, y el pene respondió, aunque Luis tuvo que ayudarlo un poco,

y rieron hasta que tanto Bobgob-Gobondo como ellos dos se quedaron sin fuerzas, tirados por el suelo, en la habitación de Luis, adonde iban siempre después de la escuela cuando no iban a la de Hsing.

Ponerse la ropa

Siempre había deseado que llegara ese momento, y la víspera se pasó toda la noche sin dormir, dando vueltas sin parar. Y de repente allí estaba su padre, con la ropa de vestir, pantalones largos negros y su kurta blanca y sedosa. «Despierta, dormilona, ¿piensas pasarte dormida toda la Ceremonia?» Ella lo creyó y se levantó de un salto de la cama, aterrorizada, así que él dijo enseguida, en serio: «No, no, solo estaba bromeando. Tienes mucho tiempo. ¡No hace falta que te vistas..., todavía!». Ella entendió el chiste, pero estaba demasiado aturdida y emocionada para reír. «¡Ayúdame a peinarme!», gritó, enredándose el peine en el pelo espeso y negro. Él se arrodilló para ayudarla.

Cuando llegaron al Temenos la emoción le hacía ver las cosas más claras de lo habitual, brillantes, distintas. La enorme habitación parecía todavía más grande de lo normal. Sonaba música, alegre y rítmica. Estaban entrando montones y montones de personas, niños desnudos, cada uno con un padre vestido de gala, algunos con el padre o la madre, otros con los dos, muchos con los abuelos, unos pocos con un hermano o hermana pequeño desnudo o un hermano o hermana mayor con ropa de vestir. El padre de Luis estaba allí, pero solo llevaba pantalones cortos de trabajo y una camiseta vieja, y lo sintió por Luis. Su madre, Jael, entró con la gran multitud. El hijo de Jael, Joel, había venido con ella desde el Cuadrante Cuatro, y los dos llevaban ropa muy, muy de vestir. La de Jael tenía zigzags y destellos rojos, y la camisa de Joel era púrpura y tenía una cremallera dorada. Se abrazaron y se besaron, y Jael le dio al padre de Hsing un paquete y dijo «para después», y Hsing sabía lo que

había dentro, pero no dijo nada. Su padre escondía su paquete en una mano detrás de la espalda, pero ella sabía lo que había dentro también así.

La música iba siendo la que habían aprendido todos, todos los niños de siete años de todas las escuelas del mundo entero: «¡Estoy creciendo! ¡Estoy creciendo!». Los padres empujaban a sus hijos para que avanzaran o llevaban a los tímidos de la mano, susurrando «¡Canta! ¡Canta!». Y todos los niños pequeños desnudos, cantando, se reunieron en el centro de la sala alta y redonda. «¡Estoy creciendo! ¡Qué día tan feliz!», cantaron, y los adultos empezaron a cantar con ellos, de modo que la canción sonó alta y profunda e hizo que las lágrimas brotaran de los ojos de Hsing. «¡Qué día tan feliz!»

Un viejo profesor habló un rato, y luego un profesor joven con una voz hermosa, alta y clara dijo: «Ahora sentaos», y todos se sentaron en el suelo. «Voy a leer los nombres de todos los niños. Cuando lea el vuestro, poneos en pie. Vuestros padres y familiares también se pondrán de pie, y luego podéis ir con ellos, y mirar vuestra ropa. Pero no os la pongáis hasta que todo el mundo tenga su ropa nueva. Ya os avisaré. ¡Bien! ¿Estáis listos? ¡Allá vamos! ¡5-Adano Sita! ¡Levántate y vístete!»

Una niña diminuta se puso en pie de un salto en el círculo de niños sentados. Tenía el rostro rubicundo y asustada buscaba con la mirada a su madre, que se puso en pie riendo, con una hermosa camisa roja. La pequeña Sita echó a correr, y todo el mundo rio y aplaudió. «¡5-Alzs-Matteu Frans! ¡Levántate y vístete!» Y así siguió, hasta que la voz clara dijo: «¡5-Liu Hsing! ¡Levántate y vístete!», y ella se puso en pie, con la mirada fija en su padre, que era fácil de encontrar porque Jael y Joel brillaban a su lado. Corrió hacia él y tomó algo sedoso, algo maravilloso, con los brazos, y la gente del Complejo Peonia y el Complejo Loto aplaudieron especialmente fuerte. Se volvió y se apretó contra las piernas de su padre, observando.

–¡5-Nova Luis! ¡Levántate y vístete! –Pero él ya estaba levantado y al lado a su padre casi antes de que terminara de

pronunciar esas palabras, y la gente rio otra vez, y casi no tuvo tiempo de aplaudir. Hsing intentó captar la mirada de Luis, pero él no miraba. Observó el resto de la Ceremonia seriamente, así que ella hizo lo mismo.

–Éstos son los cincuenta y cuatro niños de siete años de la quinta generación –dijo el profesor cuando no quedaban más niños en el centro del círculo–. Démosles la bienvenida a todas las alegrías y las responsabilidades que conlleva el crecimiento. –Y todo el mundo vitoreó y aplaudió mientras los niños desnudos, con prisa y falta de práctica, luchando con agujeros desconocidos, poniéndose las prendas del revés, abrochándose los botones torpemente, se vestían con la ropa nueva, su primera ropa, y volvían a levantarse, resplandecientes.

Luego, todos los profesores y los adultos empezaron a cantar «Qué día tan feliz» otra vez, y hubo muchos más abrazos y besos. Hsing no tardó en cansarse, pero se dio cuenta de que a Luis aquello le gustaba de verdad y devolvía un fuerte abrazo a adultos que apenas conocía y que lo abrazaban a él.

Ed había dado a Luis unos pantalones cortos negros y una camisa de seda azul, con los que parecía completamente distinto, pero también él mismo. Rosa iba toda de blanco porque su madre era un ángel. Su padre le había dado a Hsing unos pantalones cortos azul oscuro y una camisa blanca, y el paquete de Jael eran unos pantalones azul claro y una camisa azul con estrellas blancas, para que se los pusiera al día siguiente. La tela de los pantalones le rozaba los muslos cuando se movía y la camisa era suave, suave en sus hombros y en su vientre. Bailó alegremente, y su padre le tomó las manos y bailó con ella, serio. «¡Bien, mi hija ya es adulta!», dijo, y su sonrisa fue la culminación del día.

LUIS ES DISTINTO

La diferencia pene-vulva era superficial. Su padre le había enseñado esa palabra hacía poco, y le pareció útil. Luis no era distinto solo de ella o solo por esa diferencia superficial. Era distinto de todo el mundo. Nadie decía «debería» como Luis. Él quería la verdad. No mentir. Quería el honor. Ésa era la palabra. Ésa era la diferencia. Luis tenía más honor que los demás. El honor es difícil y claro, y Luis era difícil y claro. Y al mismo tiempo y exactamente de la misma manera era tierno, era suave. Tenía asma y no podía respirar, le daban unos fuertes dolores de cabeza que lo dejaban en cama días enteros, se ponía enfermo antes de los exámenes, las actuaciones y las ceremonias. Era como el cuchillo que hiere, y como la herida. Todos trataban a Luis de una forma diferente, con respeto, y le hablaban, pero no intentaban acercarse a él. Solo ella sabía que Luis también era la caricia que cura la herida.

V

Cuando cumplieron diez años y le permitieron al fin entrar en el lugar que los profesores llamaban Tierra Virtual y los Chi-Ans llamaban Dichew-V, Hsing se sintió abrumada y decepcionada. Dichew-V era emocionante y muy complicada, pero inconsistente. Era superficial. Estaba hecha de programas.

Había una infinidad de cosas en su interior, pero la más tonta cosa real, su viejo cepillo de dientes, tenía más entidad que todo el torrente de objetos y sensaciones de la Ciudad, la Selva o el Campo. En el Campo, Hsing siempre era consciente de que aunque arriba no había más que aire azul, y ella caminaba por una cosa verde que cubría el suelo desigual durante distancias imposibles alzándose sobre formas imposibles *(colinas)*, y los ruidos que oía eran el aire moviéndose con rapidez *(viento)* y a veces una especie de sonido alto hacía como yit-yit *(pájaros)*, y aquellas criaturas de cuatro patas que estaban lejos en los vientos, no, en las colinas, eran animales *(ganado)*, a pesar de todo, todo el tiempo, sabía que estaba sentada

en una silla en el Labo V de la Escuela Dos con unos cacharros atados al cuerpo, y su cuerpo se negaba a que lo engañaran e insistía en que por muy extraña, asombrosa, educativa, importante e histórica que fuera Dichew-V, era de mentira. Los sueños también podían ser convincentes, hermosos, terroríficos, importantes. Pero ella no quería vivir en sueños. Quería estar despierta dentro de su cuerpo y tocar tela de verdad, metal de verdad, piel de verdad.

La poeta

Cuando tenía catorce años, Hsing escribió un poema para unos deberes de inglés. Lo escribió en las dos lenguas que conocía. En inglés decía:

En la quinta generación

El abuelo de mi abuelo caminaba bajo el cielo. Aquél era otro mundo. Cuando yo sea abuela, dicen, puede que camine bajo el cielo en otro mundo.
Pero ahora vivo feliz mi vida en mi mundo aquí en la mitad del cielo.

Llevaba estudiando chino con su padre desde los nueve años; juntos habían leído algunos clásicos. Él sonrió cuando leyó el poema en chino, leyó los caracteres «bajo el cielo», «t'ien hsia». Ella lo vio sonreír y se sintió feliz, orgullosa de su erudición y muy orgullosa de que Yao la hubiera reconocido, de compartir este conocimiento casi secreto, casi privado.

El profesor le pidió que leyera el poema en voz alta en ambas lenguas el Día de Clase del primer cuatrimestre para los estudiantes superiores del segundo año. El día siguiente el editor de *Q-4*, la revista literaria más famosa del mundo, la llamó y le preguntó si podía publicarlo. Se lo había enviado su profesor. Quería que lo leyera para el audio. «Necesita tu voz», dijo. Era un hombre grande con barba, 4-Bass Abby, imperioso y dogmático, un dios. Era rudo

con todos los demás pero amable con ella. Cuando hicieron la grabación y Hsing se equivocó, solo dijo: «Vuelve atrás y no te pongas nerviosa, poeta», y ella lo hizo.

Durante un tiempo pareció que dondequiera que estaba oía su propia voz diciendo «Cuando sea abuela, dicen...» por el altavoz, y personas que apenas conocía le decían en la escuela: «Eh, he oído tu poema, está muy bien». A los ángeles les gustaba especialmente y se lo dijeron.

Iba a ser poeta, por supuesto. Sería buenísima, como 2-Eli Ali. Solo que en lugar de escribir poemas breves, extraños y oscuros como los de Eli, ella compondría un gran poema narrativo sobre... De hecho, el problema era el tema. Podría ser una gran epopeya histórica sobre la generación cero. Se llamaría *Génesis*. Se pasó una semana emocionada, pensando en ello sin cesar. Pero para hacerlo tendría que aprender todo aquello que apenas estaba viendo por encima en Historia, tendría que leer cientos de libros. Y tendría que entrar en Dichew-V para sentir cómo era vivir allí. Pasarían años antes de que pudiera empezar a escribir.

Tal vez pudiera escribir poemas de amor. Había un montón de poemas de amor en la antología de Literatura Mundial. Le daba la sensación de que no hacía falta estar enamorado de verdad de una persona para escribir un poema de amor. Tal vez estar enamorado de verdad incluso interfería con la poesía. Una especie de anhelo, una adoración desinteresada como la que sentía por Bassa Abby, o por Rosa en el colegio, quizá fuera un buen punto de partida. Así que escribió unos cuantos poemas de amor, pero por alguna razón la idea de dárselos a su profesor la avergonzaba y se los enseñó únicamente a Luis. Desde el principio, Luis había actuado como si no creyera que era una poeta. Había llegado la hora de demostrárselo.

–Me gusta éste –dijo él. Ella miró a ver cuál era.

¿Qué es esa tristeza que hay en ti y que solo veo en tu sonrisa?
Ojalá pudiera tomar tu tristeza en los brazos como un niño dormido.

Hsing no había reflexionado mucho sobre el poema, era muy corto, pero ahora le parecía mejor de lo que había creído.

–Trata de Yao, ¿verdad? –dijo Luis.

–¿De mi padre? –dijo Hsing, tan sorprendida que sintió que se le encendían las mejillas–. ¡No! ¡Es un poema de amor!

–Bueno, ¿a quién quieres mucho aparte de a tu padre? –preguntó Luis con su horrible pragmatismo.

–¡A un montón de gente! Y el amor es... Hay diferentes tipos...

–¿Sí? –Levantó la vista para mirarla. Reflexionó–. No he dicho que sea un poema sexual. No creo que sea un poema sexual.

–Oh, eres tan increíble –dijo Hsing, cogiendo su escrito bruscamente y con destreza y cerrando la carpeta llamada «Poemas originales de 5-Liu Hsing»–. De todas formas, ¿qué te hace pensar que tienes idea de poesía?

–Sé tanto como tú –dijo Luis con su pedante imparcialidad–, pero soy incapaz de escribirla. Tú sí puedes. A veces.

–¡Nadie puede escribir buena poesía siempre!

–Bueno –a Hsing siempre le daba un vuelco el corazón cuando Luis decía «Bueno»–, a lo mejor siempre, literalmente, no, pero los buenos tienen una media asombrosamente alta. Shakespeare, y Li Po, y Yeats, y 2-Eli...

–¿De qué sirve intentar ser como ellos? –gritó ella.

–Yo nunca he dicho que tengas que ser como ellos –dijo él al cabo de una ligera pausa y en un tono diferente.

Se había dado cuenta de que quizá le había hecho daño. Eso le hacía sentirse desgraciado. Cuando se sentía desgraciado actuaba con amabilidad. Ella sabía exactamente cómo se sentía, por qué, y qué iba a hacer, y también conocía la intensa y arrepentida ternura hacia él que crecía en su interior, una ternura dolida, como una magulladura. Dijo:

–Bueno, de todas formas, no me importa. Las palabras son demasiado sensibleras, a mí me gustan las matemáticas. Vamos al gimnasio a ver a Lena.

Mientras corrían por los pasillos, se le ocurrió que en realidad el poema que le había gustado a Luis no trataba de Rosa, como creía ella, ni de su padre, como había pensado él, sino de él, de Luis. Pero de todas formas todo era una estupidez y no tenía importancia. Ella no era Shakespeare. Pero le encantaban las ecuaciones de segundo grado.

4-Liu Yao

¡Qué resguardados estaban, qué protegidos! Más seguros que cualquier príncipe o niño mimado de los ricos; más seguros que ningún niño de la Tierra.

No había vientos fríos que te hicieran estremecer ni calor que te hiciera sudar. Ni pestes, toses, fiebres o dolores de cabeza. No había hambre. No había guerras. No había armas. No había peligro. No había nada en el mundo que causara peligro, solo el peligro que corría el mundo mismo. Pero eso era una constante, una condición de la existencia, y por tanto algo sobre lo que era difícil pensar, excepto a veces en sueños; las horribles imágenes. Las paredes del mundo deformadas, hinchándose, sacudiéndose. La explosión silenciosa. Una rociada de neblina sangrienta, una diminuta mancha de vapor en la luz estelar. Todos estaban en peligro permanente, rodeados de peligro. Ésa es la esencia de la seguridad, el fondo de la cuestión: que el peligro está fuera.

Vivían dentro. Dentro de su mundo con sus fuertes paredes y leyes, creadas con la intención de protegerlos y rodearlos de fuerza. Vivían allí, y no había más amenaza que la que proviniera de ellos mismos.

–Las personas son un asunto arriesgado –decía Liu Yao, sonriendo–. Generalmente, las plantas no se vuelven locas.

La profesión de Yao era la jardinería. Trabajaba en la ingeniería y el mantenimiento hidropónicos y en la calidad y el control genéticos de las plantas. Se pasaba todos los días laborables en los

jardines, y muchas tardes. El espaciocasa de 4-5 Liu estaba lleno de plantas domésticas: plantas de calabazas en garrafones de agua, matas en flor en macetas de tierra, epifitos que engalanaban los respiraderos y los elementos de luz. Muchas de ellas eran experimentales y normalmente morían. Hsing creía que su padre lamentaba esos errores genéticos, que se sentía culpable por ellos y se los llevaba a casa para que murieran en paz. De vez en cuando uno de los experimentos crecía bajo sus pacientes cuidados y regresaba triunfal al laboratorio de plantas, acompañado por la débil y reprobatoria sonrisa de Yao.

4-Liu Yao era un hombre bajo, delgado y guapo con una mata de pelo negro que empezaba a encanecer. No tenía el porte de un hombre atractivo. Era reservado, cortés, pero tímido. Era un buen escuchador que hablaba en raras ocasiones y en voz baja y que, cuando estaba con más de dos o tres personas, guardaba un silencio casi absoluto. Con su madre 3-Liu Meiling, su amigo 4-Wang Yuen o su hija Hsing conversaba con satisfacción, sin agresividad. Sus pasiones eran contenidas, comedidas, poderosas: los clásicos chinos, sus plantas, su hija. Pensaba y sentía mucho. Normalmente se contentaba con seguir solo sus propios pensamientos y sentimientos, en silencio, como un hombre que bajaba la corriente dentro de un pequeño bote en un gran río, a veces dirigiendo el rumbo, casi siempre dejándose llevar. De barcas y ríos, de acantilados y corrientes, Yao solo había visto imágenes en fotografías, palabras en poemas. A veces soñaba que se encontraba en una barca en un río, pero los sueños eran vagos. Sin embargo, conocía la tierra, la conocía a la perfección, físicamente. La tierra era su medio de trabajo. También conocía el agua y el aire, las cosas humildes y transparentes, de cuya claridad, invisibilidad, dependía la vida, los milagros. Una burbuja de aire y agua flotaba en el vacío seco y negro, reflejando la luz de las estrellas. Él vivía en su interior.

Liu Meiling residía en el grupo de espaciocasas llamado Complejo Peonia, a un pasillo de distancia del espaciocasa de su hijo. Llevaba una vida social muy activa limitada casi por completo a

la población de origen chino del Cuadrante Dos. Su profesión era la química; trabajaba en los laboratorios de tejidos; nunca le había gustado su trabajo. En cuanto le pareció decoroso se acogió a la media jornada y luego se jubiló. No me gusta ningún trabajo, decía. Le gustaba cuidar bebés en la guardería, jugar, apostar a galletas de flores, hablar, reír, cotillear, averiguar lo que sucedía a su alrededor. Disfrutaba mucho con su hijo y su nieta y entraba y salía de su espaciocasa constantemente, llevando bolas de masa para la sopa, pasteles de arroz, chismorreos. «¡Deberíais trasladaros a Peonia!», decía con frecuencia, pero sabía que no lo harían, porque Yao era insociable, y eso estaba bien, excepto por que ella esperaba que Hsing escogiera a alguien de su propio pueblo cuando decidiera tener un bebé, algo que también decía con frecuencia. «La madre de Hsing es una mujer excelente, me gusta Jael –le decía a su hijo–, pero nunca entenderé por qué no podías tener un bebé con una de las chicas de Wong, así su madre habría estado aquí mismo, en el Cuadrante Dos, eso hubiera sido estupendo para todos. Pero sé que tienes que hacer las cosas a tu manera. Y debo decir que aunque Hsing sea solo medio china nadie lo diría, y va a ser muy guapa, así que supongo que sabías lo que hacías, si es que lo sabe alguien cuando se enamora o tiene un hijo, que es algo que dudo. Es básicamente cuestión de suerte, eso es todo. El joven 5-Li le ha echado el ojo, ¿no te diste cuenta ayer? Tiene veintitrés años, es un buen chico.

¡Aquí está! ¡Hsing! ¡Qué bien te queda el pelo largo! ¡Deberías dejártelo crecer más!» La cháchara amable, práctica y poco exigente de su madre era otro torrente en el que Yao flotaba vagamente, tranquilamente, hasta que de repente, en un momento, se interrumpió. Silencio. Se había deshecho la burbuja... Una burbuja en una arteria del cerebro, dijeron los médicos. Durante unas cuantas horas, 3-Liu observó con una sorpresa muda algo que nadie más podía ver, y luego murió. Tenía solo setenta años. Toda vida corre peligro, un peligro que viene de fuera, de dentro. Las personas son un asunto arriesgado.

EL MUNDO FLOTANTE

El breve funeral se celebró en el Complejo Peonia; luego el hijo, la nieta y el técnico se llevaron el cuerpo de 3-Liu Meiling al Centro de la Vida para que lo reciclaran, un proceso químico de descomposición y reutilización que, como química, ella conocía perfectamente. Seguiría formando parte de su mundo, no como ser sino como devenir infinito. Formaría parte de los hijos que tuviera Hsing. Todos formaban parte unos de otros. Todos eran usados y usuarios, todos comían, todos eran comidos. Dentro de una burbuja en la que hay cierta cantidad de aire y no más, cierta cantidad de agua y no más, cierta cantidad de alimento y no más, cierta cantidad de energía y no más –en un acuario, perfectamente autosuficiente en su pequeño equilibrio: un barbo, dos espinosos, tres plantas marinas, un montón de algas, tres caracoles, tal vez cuatro, pero ninguna larva de libélula–, dentro de una burbuja, la población debe ser controlada estrictamente.

Cuando Meiling muere es reemplazada. Pero solo reemplazada. Todo el mundo puede tener un hijo. Algunos no pueden o no quieren o no tienen hijos y algunos niños mueren jóvenes, y por eso la mayoría de los que quieren tener dos hijos pueden tener dos hijos. Cuatro mil no es un gran número. Es un número cuidadosamente mantenido. Cuatro mil no es un gran pozo de genes, pero se selecciona y gestiona cuidadosamente. Los antrogenetistas son tan atentos e imparciales como Yao en los laboratorios de plantas. Pero no experimentan. A veces pueden advertir un fallo en la fuente, pero no tienen recursos para juguetear con giros y recombinaciones. Todas estas impresionantes y elaboradas tecnologías, basadas en la explotación incesante de los recursos de un planeta, fueron abandonadas por la generación cero. Los antrogenetistas tienen buenas herramientas y conocen su trabajo, y su trabajo es el mantenimiento. Mantienen la calidad, literalmente, de la vida.

Todo el que quiere tener un hijo puede tenerlo. Un hijo, dos como máximo. Las mujeres tienen un hijo materno. Los hombres

tienen un hijo paterno.

La norma es injusta para los hombres, que deben convencer a una mujer de que tenga un hijo para ellos. La norma es injusta para las mujeres, de quienes se espera que se pasen tres cuartas partes de un año de su vida con el hijo de algún otro en el vientre. La norma es doblemente injusta para las mujeres que quieren un hijo y no pueden concebir o que comparten su vida sexual con otras mujeres, de modo que deben convencer a un hombre y a una mujer para que tengan un hijo y se lo den. La norma es, de hecho, injusta. La sexualidad y la justicia tienen poco o nada en común. El amor, la amistad, la conciencia, la amabilidad y la obstinación hallan la manera de hacer que la norma injusta funcione, aunque no sin ansiedad, no sin angustia, y no siempre.

El matrimonio y la unión son opciones informales, a menudo escogidos cuando los hijos son jóvenes, porque a muchas mujeres les cuesta separarse de un hijo paterno, y el tamaño de un espaciocasa para cuatro es un lujo.

Muchas mujeres no quieren para nada tener o educar un hijo, muchas creen que su fertilidad es un privilegio y una obligación, y algunas se enorgullecen de ello. De vez en cuando hay una mujer que presume del número de sus hijos paternos, como de la puntuación de un partido de baloncesto.

Steinfeld Jael tuvo a Hsing; es la madre de Hsing, pero Hsing no es su hija. Hsing es hija de 4-Liu Yao, su hija paterna. El hijo de Jael es Joel, su hijo materno, seis años mayor que su medio hermana Hsing, dos años menor que su medio hermano 4-Adami Seth.

Todo el mundo tiene un espaciocasa. Los individuales tienen una habitación y media; una habitación es un espacio de 27 metros cúbicos. La forma más común es 3 × 3,5 × 2,5 metros, pero como las particiones son móviles las proporciones pueden alterarse libremente dentro de los límites del espacio estructural. Uno doble, como el de 4-5 Liu, suele tener dos pequeñas celdas dormitorio y un gran espacio común: dos habitaciones privadas y una común. Cuando dos personas se unen, y si las dos tienen uno o dos hijos, su

espaciocasa puede ser bastante grande. Los 3-4-5-Steinman-Adami, Jael y Joel y 3-Adami Manhattan, con quien lleva años unida, y su hijo paterno Seth, tienen un espaciocasa de 108 metros cúbicos. Viven en el Cuad Cuatro, como muchos Nor-Ans, gente de origen norteamericano y europeo. Con su gusto natural por lo dramático, Jael ha encontrado una zona en el arco exterior donde hay espacio para techos de 3 metros. «¡Como el cielo!», exclama. Ha pintado los techos de azul brillante. «¿Veis la diferencia?», dice. «¿La sensación de liberación, de libertad?» En realidad, cuando va a su casa de visita, Hsing encuentra las habitaciones bastante desagradables; le parecen profundas y frías, con todo ese espacio desperdiciado por arriba. Pero Jael las llena con su calor, su voz dorada, infatigable, sus ropas brillantes, la abundancia de su ser.

Cuando Hsing empezó a menstruar y a aprender cómo usar la prevención y a reflexionar sobre el sexo, tanto Jael como Meiling le dijeron que tener un bebé es una suerte. Eran mujeres muy diferentes, pero utilizaron la misma palabra. «La mejor de las suertes», dijo Meiling. «¡Es tan interesante! Ninguna otra cosa te ocupa por entero.» Y Jael le contó que la relación con el bebé que llevas en el vientre y el cuidado del bebé recién nacido forman parte del sexo, son una extensión y una culminación de él que tienes mucha suerte de poder conocer. Hsing escuchaba con la modesta y cínica reserva de las vírgenes. Ya se formaría su propia opinión al respecto cuando llegara el momento.

Muchos Chi-Ans desaprobaron, más o menos abiertamente, que Yao pidiera a una mujer de otro cuadrante y de diferentes orígenes que tuviera a su hijo. Muchas personas de los orígenes de Jael le preguntaron si quería tener una experiencia exótica. Lo cierto era que Jael y Yao se habían enamorado desesperadamente. Eran lo bastante viejos para saber que el amor era lo único que tenían en común. Yao le había preguntado a Jael si podría tener a su hijo. Profundamente conmovida, ella había accedido. Hsing nació de una pasión imperecedera. Siempre que Yao llevaba a Hsing de visita, Jael lo abrazaba gritando «¡Oh, Yao, eres tú!» con una alegría y un

placer tan absolutos y arrebatados que solo una persona tan satisfecha y autosuficiente como Adami Manhattan podría haber escapado a la agonía de los celos. Manhattan era un hombre enorme y peludo. Tal vez ser quince años mayor, un palmo más alto y mucho más peludo que Yao lo ayudaba a no tener celos de él.

Los abuelos ofrecían otra manera de aumentar el tamaño de un espaciocasa. A veces parientes, medio hermanos, sus padres y sus hijos se agrupaban en espacios todavía más grandes. En la puerta de al lado de los 4-5 Liu estaban los once espaciocasas contiguos de los 3-4-5 Wang –Complejo Loto–, distribuidos para formar un atrio central, escenario de un ruido y una actividad incesantes. El Complejo Peonia, donde Meiling había pasado toda la vida, siempre tenía de ocho a dieciocho espaciocasas. Ningún otro linaje vivía en agrupamientos tan grandes.

De hecho, para la quinta generación muchas personas habían perdido toda sensación de ascendencia, lo consideraban irrelevante y desaprobaban a la gente que basaba su identidad en su comunidad de origen. En el Consejo, era frecuente que se hablara con desaprobación del carácter cerrado de las personas de origen chino, que sus críticos llamaban «separatismo del Cuad Dos», o más oscuramente «racismo», y que quienes lo practicaban denominaban «mantener nuestras costumbres». Los Chi-Ans protestaron por la política de la Administración Escolar de ir trasladando a los profesores de cuad a cuad, para que los niños fueran enseñados por personas de diferentes orígenes, de otras comunidades; pero perdieron la votación del Consejo.

La burbuja

Peligros, riesgos. En la burbuja de vidrio, el mundo frágil, el peligro del cisma, de la conspiración, el peligro del comportamiento aberrante, la locura, la violencia de la locura. Ninguna decisión que pudiera acarrear consecuencias sería tomada por una única persona

sin consultarlo. Nadie nunca, desde el principio, había accedido solo a los sistemas de control. Siempre había un respaldo, un vigilante. Sin embargo, había habido incidentes. Ninguno había causado aún un daño permanente.

Pero ¿y el comportamiento normal, habitual, de los seres humanos? ¿Qué es aberrante? ¿Quién está cuerdo?

Leed las historias, dicen los profesores. La historia nos dice quiénes somos, cómo nos hemos comportado y, por tanto, cómo nos comportaremos.

¿Es así? ¿La historia de las pantallas libro, la historia de la Tierra, ese terrible relato de injusticia, crueldad, esclavitud, odio, crimen; ese relato, justificado y glorificado por cada gobierno e institución, de derroche y despilfarro de vidas humanas, vidas animales, vidas vegetales, de aire, de agua, del planeta? ¿Eso es lo que somos, la esperanza que tenemos? La historia debe de ser el motivo de nuestra huida. Es lo que fuimos, no lo que somos. La historia de lo que no debemos repetir nunca.

La espuma del océano salado ha arrojado una burbuja. Flota en libertad.

Para saber quiénes somos, no miréis la historia sino el arte, lo mejor que hicimos, nuestra genialidad. Los ancianos y tristes rostros holandeses nos observan desde la oscuridad de un siglo perdido. La hermosa y seria cabeza de la madre se inclina sobre el hijo muerto que yace en su regazo. «¡Nunca, nunca, nunca, nunca, nunca!» Con una gentileza infinita, el Compasivo murmura: «No perdura, no puede satisfacer, no tiene existencia». «Duerme, duerme», dicen las canciones de cuna, y «Libérame» gritan las anhelantes canciones de esclavos. Las sinfonías surgen, gloriosas, de la oscuridad. Y los poetas, los locos poetas exclaman: «Ha nacido una terrible belleza». Pero todos están locos. Todos son viejos y locos. Toda su belleza es terrible. No leáis a los poetas. No perduran, no pueden satisfacer, no tienen existencia. Escribían sobre otro mundo, un mundo de tierra. Ese mundo demasiado sólido que los ceros dejaron atrás.

Ti Chiu, Dichew, la bola de mugre. La Tierra. El mundo «basura». El planeta «bazofia».

Estas palabras son arcaicas, históricas, se refieren solo a imágenes históricas: los receptáculos estaban llenos de «basura», «suciedad» que se echaba en unos vehículos que la llevaban a los «vertederos» para «tirarla en otro lugar». ¿Qué significa eso? ¿Dónde está ese otro lugar?

Roxana y Rosa

Cuando tenía dieciséis años, Hsing leyó los Diarios de 0-Fayez Roxana. Esa mente sagaz, siempre cuestionándose su propia honestidad, le gustaba mucho a la adolescente. Roxana era bastante parecida a Luis, pensó Hsing, pero en mujer. A veces necesitaba estar con una mente de mujer, no con la de un hombre, pero Lena estaba obsesionada con sus puntuaciones de baloncesto, y Rosa se había convertido completamente en ángel, y la abuela había muerto. Hsing leyó los Diarios de Roxana.

Se dio cuenta por primera vez de que la gente de la generación cero, los hacedores del mundo, habían creído estar imponiendo un inmenso sacrificio a sus descendientes. Lo que los ceros abandonaron, lo que perdieron al abandonar la Tierra –Roxana siempre utilizaba la palabra antigua– lo recompensaba la misión, la esperanza y (como Roxana sabía muy bien) el tremendo poder que habían esgrimido al crear el marco mismo de la vida para miles de personas de las generaciones venideras. «Somos los dioses de la *Descubrimiento*», escribió Roxana. «¡Que los dioses verdaderos perdonen nuestra arrogancia!»

Pero cuando especulaba sobre los años por venir, no describía a sus descendientes como hijos de los dioses, sino como víctimas, y los veía con miedo, culpa y piedad, como prisioneros indefensos de la voluntad y el deseo de sus ancestros. «¿Cómo podrán *ellos* perdonarnos?», se lamentaba. «¿A nosotros, que les arrebatamos el

mundo antes de que nacieran..., nosotros que les arrebatamos los mares, las montañas, las praderas, las ciudades, la luz del sol, todo cuanto les correspondía por derecho?

¡Los hemos dejado atrapados en una jaula, una lata, una caja de especímenes, para que vivan y mueran como ratas de laboratorio sin ver jamás la luna, sin correr nunca por un campo, sin saber lo que es la libertad!» No sé lo que son las jaulas o las latas o las cajas de especímenes, pensó Hsing con impaciencia, pero sea lo que sea una rata de laboratorio, yo no lo soy. He corrido por un campo virtual en el Campo. ¡Para ser libre no hacen falta campos, colinas y todas esas cosas! La libertad es lo que hace tu mente, lo que es tu alma. No tiene nada que ver con todas esas cosas de Dichew. ¡No te preocupes, abuela!, le dijo a la escritora muerta. Todo salió bien. Hiciste un mundo maravilloso. Fuiste muy sabia, amable diosa. Cuando Roxana se deprimía por sus pobres descendientes despojados de tantas cosas, tendía a divagar sobre Shindychew, que llamaba el planeta de destino o simplemente el Destino. En ocasiones se animaba imaginando cómo podría ser, pero eran más las veces que se preocupaba.

¿Sería habitable? ¿Habría vida en él? ¿Qué tipo de vida? ¿Qué encontrarían «los colonos», cómo abordarían lo que encontraran, enviarían información de vuelta a la Tierra? Eso era muy importante para ella. Era divertido, la pobre Roxana preocupada por el tipo de señales que sus tataranietos enviarían «de vuelta» al cabo de doscientos años a un lugar en el que no habían estado nunca. Pero la idea más extraña era un gran consuelo para ella. Era su justificación de lo que habían hecho. Era la razón. La *Descubrimiento* construiría un vasto y delicado arco iris a través del Espacio, y los verdaderos dioses caminarían por él: la información, el conocimiento. Los dioses racionales. Ésa era la imagen recurrente de Roxana, su consuelo.

A Hsing su imagen de los dioses le pareció tediosa. Las personas de ascendencia monoteísta parecían incapaces de superarla. Las deidades metafóricas en minúsculas de Roxana eran

preferibles a los Dioses y los Padres capitalizados de la historia y la literatura, pero Hsing tenía muy poca paciencia con cualquiera de ellos.

Recibir el mensaje

Después de decepcionarse con Roxana, Hsing se peleó con su amiga.

–Rosie, me gustaría que hablaras de otra cosa –dijo.

–Solo quería compartir mi felicidad contigo –dijo Rosa con su voz de Beatitud, dulce, afable, y tan flexible como una viga de acero.

–Antes éramos felices juntas sin arrastrarnos en la Beatitud.

Rosa la miró con un cariño general que insultó a Hsing oscura pero muy profundamente. ¡Éramos amigas, Rosie!, quiso gritar.

–¿Por qué crees que estamos aquí, Hsing?

Recelando de la pregunta, reflexionó un poco antes de responder.

–Si hablas literalmente, estamos aquí porque la generación cero dispuso que estuviéramos aquí. Si estás hablando en algún sentido abstracto, rechazo la pregunta que me has hecho. Preguntar «por qué» supone un propósito, una causa final. La generación cero tenía un propósito: enviar una nave a otro planeta. Nosotros lo estamos llevando a cabo.

–Pero ¿adónde estamos yendo? –preguntó Rosa con la intensa dulzura, la dulce intensidad, que hacía que Hsing se pusiera tensa, de mal humor y a la defensiva.

–Al Destino. Shindychew. Y tú y yo seremos unas viejas abuelas cuando lleguemos.

–¿Por qué estamos yendo allí?

–Para recoger información y enviarla de vuelta –dijo Hsing, que no tenía más respuesta preparada que la de Roxana, y luego vaciló. Se dio cuenta de que era una pregunta justa, y de que en realidad ella nunca la había formulado o respondido–. Y para vivir allí –dijo–.

Para averiguar... cosas del universo. Somos..., somos un viaje. De descubrimiento. El viaje de la *Descubrimiento*.

Descifró el significado del nombre del mundo mientras lo pronunciaba.

–¿Para descubrir...?

–Rosie, estas preguntas son de jardín de infancia. «¿Y cómo llamamos a esta bonita letra torcida?» Vamos. Habla conmigo, no me manipules.

–No tengas miedo, ángel –dijo Rosie, sonriendo ante la ira de Hsing–. No tengas miedo de la alegría.

–No me llames ángel. Me gustabas cuando eras solo tú, Rosa.

–No tenía ni idea de quién era antes de conocer la Beatitud –dijo Rosa, dejando de sonreír, y con una simplicidad que despertó en Hsing respeto y vergüenza al mismo tiempo.

Pero cuando dejó a Rosa, se sintió vacía. Había perdido a su antigua amiga, a su amada durante un tiempo. Ya no se unirían cuando crecieran, como había soñado. ¡Allá ella si quería ser un ángel! Pero oh, Rosie, Rosie. Intentó escribir un poema. Solo le vinieron dos versos:

Nos encontraremos siempre y nunca volveremos a encontrarnos.
Nuestros pasillos nos separan para siempre.

¿QUÉ SIGNIFICA APARTE EN UN MUNDO CERRADO?

Fue la primera pérdida real de Hsing. La abuela Meiling había sido una presencia alegre, bondadosa, su muerte había sido tan inesperada, tan calladamente abrupta, que Hsing nunca había sido del todo consciente de que se había ido. Le parecía que todavía vivía al otro lado del pasillo. Pensar en ella no era sentir dolor, sino consuelo. Pero a Rosa la había perdido. Hsing dedicó todo el vigor y la pasión de su juventud a su primer dolor. Vivía entre sombras. Ciertas partes de su mente se oscurecieron, quizá para siempre. Su

fiero resentimiento contra los ángeles por haberle quitado a Rosa la llevó a pensar que algunos ancianos de su pueblo tenían razón: era inútil intentar comprender a las personas de otros orígenes. Eran diferentes. Lo mejor era evitarlas. No salir de entre los tuyos.

Mantenerte en tu sitio, no salirte del camino.

Incluso Yao, cansado de sus compañeros de los laboratorios de plantas que predicaban la Beatitud, citaba al Viejo Orejas Largas: «Si hablan, no saben. Si saben, no hablan».

ESTÚPIDOS

–¿Entonces vosotros sabéis? –dijo Luis, cuando le repitió el verso–. ¿Los Chi-Ans?

–No. Nadie sabe. ¡Es solo que no me gusta que prediquen!

–Pero a mucha gente sí –dijo Luis–. Les gusta predicar y que les prediquen. A todo tipo de gente.

A nosotros no, pensó, pero no lo dijo. Al fin y al cabo, Luis no era de ascendencia china.

–Solo porque tengas la cara plana –dijo él– no hace falta que la conviertas en una muralla.

–Yo no tengo la cara plana. Eso es racista.

–Sí que la tienes. La Gran Muralla de China. Vamos, Hsing. Soy yo.

Luis el híbrido.

–Tú no eres más híbrido que yo.

–Mucho más.

–¡No irás a pensar que Jael es china! –se burló ella.

–No, es una Nor-An pura. Pero mi madre de nacimiento es medio euro y medio indo y mi padre tiene un cuarto de sudamericano y afro y la otra mitad de japonés, si no me equivoco. Signifique lo que signifique todo eso. Lo cual quiere decir que no tengo ascendencia. Solo ancestros.

¡Pero tú! Te pareces a Yao y a tu abuela, y hablas como ellos, y aprendiste chino de ellos, y te criaste en el corazón de un clan, y ahora mismo vas camino de realizar el viejo Acto de Exclusión Chi-An. Tu ascendencia proviene del pueblo más racista de la historia.

–¡No es verdad! Los japoneses..., los europeos..., los norteamericanos...

Discutieron amigablemente durante un rato basándose en datos esbozados, y acordaron que era probable que en Dichew todos hubieran sido racistas, además de sexistas, clasistas y unos obsesos del dinero, ese elemento incomprensible pero omnipresente en todas las historias. Se desviaron al tema de la economía, que habían intentado comprender en clase de historia. Hablaron un rato del dinero, muy estúpidamente.

Si todo el mundo tiene acceso a la comida, la ropa, los muebles, las herramientas, la educación, la información, el trabajo y la autoridad por igual, y acaparar carece de sentido porque puedes conseguir lo que quieras con solo pedirlo, y el juego es un deporte inútil porque no hay nada que perder, de modo que la riqueza y la pobreza se han convertido en meras metáforas –«rico en amor», «pobre de espíritu»–, ¿cómo se puede entender la importancia del dinero?

–La verdad es que eran completamente estúpidos –dijo Hsing, expresando la herejía a la que todos los jóvenes inteligentes llegaban tarde o temprano.

–Entonces nosotros también –dijo Luis, quizá creyéndolo, quizá no.

–Oh, Luis –dijo Hsing con un largo y profundo suspiro, levantando la vista para mirar el mural de la pared de la cafetería de la escuela superior, en aquellos momentos una imagen abstracta de curvas rosa y doradas–, no sé lo que haría sin ti.

–Ser completamente estúpida.

Ella asintió.

4-Nova Ed

Luis se estaba saliendo del camino que su padre había trazado para él. Ambos lo sabían. 4-Nova Ed era un hombre amable cuya existencia estaba centrada en sus genitales. La estimulación y el alivio eran lo primero, pero la procreación también era importante para él. Había querido un hijo para que llevara su nombre y sus genes al futuro. Se complacía en ayudar a tener un hijo a cualquier mujer que se lo pidiera, y lo hizo tres veces; pero había dedicado mucho tiempo y atención a la búsqueda de la mujer adecuada para dar a luz a su hijo paterno. Examinó palabra por palabra varias cartas de compatibilidad y combinaciones, aunque leer no era lo que más le gustaba hacer; y cuando al fin decidió que la había encontrado, se aseguró de que quisiera escoger el género.

–Una hija estaría bien si fueran dos, pero si es uno, que sea un hijo, ¿de acuerdo?

–Si quieres un hijo, tendrás un hijo –dijo 4-Sandstrom Lakshmi, y le dio uno.

Era una mujer activa y atlética que halló la experiencia de la preñez tan incómoda y larga que nunca la repitió.

–Fueron tus malditos ojos grandes y marrones, Ed –dijo–. Nunca más. Aquí tienes. Es todo tuyo. –De vez en cuando, Lakshmi aparecía por el espaciocasa de 4-5 Nova, siempre con un juguete apropiado para la edad un año antes o cinco después de Luis. Normalmente ella y Ed tenían una sesión de lo que ella llamaba sexo conmemorativo. Después decía:

–Me pregunto qué diablos pensaba que estaba haciendo. ¡Nunca más! Pero supongo que el niño está bien, ¿no?

–¡El crío está bien! –decía su padre, efusivo pero poco convencido–. Tiene tu cerebro y mis cañerías.

Ella trabajaba en Comunicaciones Centrales; Ed era fisioterapeuta, y muy bueno, aunque, como él decía, tenía todas las ideas en las manos. «Por eso soy tan buen amante», les decía a sus parejas, y tenía razón. También era un buen padre para un bebé.

Sabía cómo cogerlo y manejarlo, y le encantaba hacerlo. Carecía del miedo a los niños, de la disociación aprensiva que paraliza a hombres menos varoniles. La delicadeza y el vigor del cuerpo diminuto le encantaban. Quiso a Luis porque era carne de su carne, de todo corazón y con alegría, durante los dos primeros años, y con menos alegría durante el resto de su vida. A medida que pasaban los años el puro deleite quedó cubierto y enterrado bajo muchas otras cosas, muchos sentimientos adversos.

El niño tenía una voluntad y un carácter profundo y callado. Nunca cedía y nunca se tomaba las cosas con calma. Siempre tenía cólicos. Cada diente era una batalla. Le costaba respirar. Aprendió a hablar antes de saber andar. Para cuando cumplió los tres años decía cosas que dejaban a Ed boquiabierto. «¡No hables tan fino!», le decía al niño. Estaba decepcionado de su hijo y avergonzado de su decepción. Había querido un compañero, un doble, un chico a quien enseñar a jugar a la raqueta. Ed había sido campeón del Cuad Dos seis años consecutivos.

Luis aprendió obedientemente a jugar a la raqueta, nunca muy bien, e intentó enseñar a su padre un juego de palabras llamado Gramático, que ponía frenético a Ed. Era muy bueno en la escuela, y Ed intentó enorgullecerse de él. En lugar de correr por ahí con la horda de críos, Luis siempre se traía a casa a una niña Chi-An, Liu Hsing, y cerraban la puerta de la habitación y jugaban durante horas, en silencio. Ed los vigilaba, por supuesto. No hacían nada más que lo típico de críos, pero se alegró cuando celebraron la Ceremonia y empezaron a llevar ropa. Con pantalones cortos y camisa parecían pequeños adultos. Antes, en su desnudez, eran algo resbaladizos, esquivos, misteriosos.

Cuando las reglas de los adultos entraron en vigor, Luis las obedeció. Seguía prefiriendo a la chica Hsing antes que a todos los chicos y seguían pasando todo el tiempo juntos, pero ya no cerraban la puerta cuando estaban solos. Lo cual significaba que cuando Ed estaba en casa tenía que oírlos hacer los deberes o hablar. Hablaban, hablaban, mierda, cómo hablaban. Hasta que la chica

cumplió doce años. Las muchachas de su linaje solo podían ver a un chico en lugares públicos y con otras personas presentes. A Ed le pareció una idea excelente. Esperaba que Luis empezara a relacionarse con otras chicas, que participara quizá en algunas actividades de chicos. Luis y Hsing salían con un grupo de adolescentes del Cuad Dos. Pero los dos terminaban siempre en algún lugar, hablando.

–Cuando yo tenía dieciséis años, me había acostado con tres chicas –dijo Ed–. Y con un par de tíos. –No salió como él quería. Él quería confiarse a Luis, animarlo, pero sonó como una fanfarronada o un reproche.

–Yo no quiero acostarme con nadie todavía –dijo el chico, con aire tenso. Ed no podía culparlo.

–En realidad no es tan importante –dijo Ed.

–Para ti sí –dijo Luis–. Así que supongo que para mí también.

–No, lo que quiero decir... –Pero Ed no sabía lo que quería decir–. No solo es diversión –dijo sin convicción.

Una pausa.

–Es mejor que hacerse una paja –dijo Ed.

Luis asintió, sin duda completamente de acuerdo. Una pausa.

–Yo solo quiero averiguar cómo, a lo mejor, ya sabes, cómo encontrar mi propio camino, en todo eso –dijo el chico, sin su rapidez de palabra habitual.

–Está bien –dio el padre, y se separaron con un alivio mutuo. Puede que el chico fuera lento, pensó Ed, pero al menos se había criado en un espaciocasa con un montón de sexo sano, abierto y feliz como ejemplo.

Sobre la naturaleza

Era interesante saber que Ed se había acostado con hombres; debió de ser un experimento de juventud, porque que Luis supiera nunca había llevado un hombre a casa. Pero sí se llevaba mujeres.

Probablemente a todas las mujeres de su generación, pensó Luis, y ahora estaba llevándose a algunas de las cincos. Luis se sabía de memoria el sonido de sus orgasmos –un ¡ah!, ¡ah!, ¡AH! cada vez más fuerte– y había oído todas las variantes imaginables de chillidos, gritos, alaridos, gruñidos, exclamaciones y bramidos de éxtasis femeninos. Los gritos más notables eran los de 4-Yep Sosi, una fisioterapeuta del Cuad Tres. Venía de vez en cuando desde que Luis tenía memoria. Siempre traía galletas de estrellas para Luis, incluso ahora. Sosi empezaba diciendo aah, como muchas otras, pero sus aahs se iban haciendo más altos y continuos, y subían hasta convertirse en un aullido incesante y salvaje tan agudo que una vez la abuela 2-Wong del otro lado del pasillo pensó que era una sirena de alarma y despertó a todo el mundo del complejo Wong. Ed no sintió ningún tipo de vergüenza. Nunca lo hacía. «Es completamente natural», decía. Era una de sus frases favoritas. Cualquier cosa que tuviera que ver con el cuerpo era «completamente natural». Cualquier cosa que tuviera que ver con la mente, no.

Entonces, ¿qué era la «naturaleza»?

Según la conclusión a la que había llegado Luis, después de reflexionar mucho sobre la cuestión durante el último año de instituto, Ed tenía bastante razón. En este mundo –en esta nave, se corrigió, porque estaba intentando corregir ciertos hábitos mentales– en esta nave, la «naturaleza» era el cuerpo humano. Y hasta cierto punto las plantas, las tierras y el agua en los hidropónicos; y la población bacteriana. Solo hasta cierto punto, porque estaban controlados exhaustivamente por los técnicos, más aún que los cuerpos humanos.

La «naturaleza», en el planeta de origen, era lo que los seres humanos no podían controlar. La «naturaleza» era lo sustancialmente previo al control, la materia prima del control o lo que escapaba al control. Así, a las zonas de Dichew donde no vivía mucha gente, a los cuadrantes que eran demasiado secos, fríos o abruptos, se las llamaba «naturaleza», «zonas silvestres» o «reservas naturales». En estas zonas vivían los animales, que

también se consideraban «naturales» o «salvajes» o «silvestres». Y todas las funciones «animales» del cuerpo humano eran por tanto «naturales»: comer, beber, mear, cagar, el sexo, los reflejos, dormir, gritar y ulular como una sirena cuando alguien te chupaba el clítoris.

No obstante, el control de estas funciones no se calificaba de no natural, aunque quizá Ed sí lo hiciera. Se lo llamaba civilización. El control empezaba a afectar al cuerpo natural en el nacimiento. Y cuando empezaba a arraigar de verdad, observó Luis, era a los siete años, cuando te ponías ropa y empezabas a ser un ciudadano en lugar de un miembro de la horda de niños, los asilvestrados, los pequeños salvajes desnudos.

¡Qué palabras tan maravillosas! Salvaje, asilvestrado, civilización, ciudadano...

Por mucho que lo civilizaras, el cuerpo seguía siendo algo salvaje, o asilvestrado, o natural. Tenía que seguir llevando a cabo sus funciones animales o morir. Era imposible domarlo, controlarlo por completo. Ni siquiera las plantas, aprendió Luis escuchando al padre de Hsing, aunque se manipularan para utilizar sus funciones simbióticas, eran del todo predecibles u obedientes; y las poblaciones de bacterias presentaban constantemente cepas «salvajes» que podían ser mutaciones peligrosas. Las únicas cosas que podían ser controladas a la perfección eran inanimadas, la materia de que estaba hecho el mundo, los elementos y componentes, sólidos, líquidos o gaseosos, y los objetos realizados con ellos.

¿Y el controlador, el civilizador propiamente dicho, la mente? ¿Era civilizado? ¿Se controlaba a sí mismo?

No parecía haber razones por las que no fuera así; sin embargo, su falta de control constituía la mayor parte de lo que se enseñaba en historia. Pero eso era inevitable, pensaba Luis, porque la «naturaleza» de Dichew era enorme y fuerte. Nada estaba bajo control de verdad, completamente, excepto las cosas virtuales.

Extrañamente, había aprendido este interesante hecho gracias a un juego virtual. Estaba andando por una selva tropical llena de

cosas que volaban, mordían, se arrastraban, picaban y le torturaban la carne, jadeando en busca de aire en un calor pegajoso y hediondo que le dejaba sin fuerzas, hasta que llegó a un lugar abierto donde un pequeño y horrible grupo de humanos deformados por la enfermedad, la malnutrición y la automutilación salieron corriendo de sus cabañas, gritando al verlo, y le arrojaron dardos envenenados con cerbatanas. Era parte de una clase de dilemas éticos que utilizaba el programa Selva de Dichew-V. Las palabras trópico, selva, árboles, insectos, aguijón, cabañas, tatuajes, dardos estaban en el vocabulario preliminar del día anterior. Pero en estos momentos el dilema ético apremiaba. ¿Tenía que salir corriendo? ¿Intentar dialogar? ¿Suplicar el perdón? ¿Dispararles? Su personaje virtual tenía un arma letal y llevaba ropas pesadas que quizá rechazaran los dardos y quizá no.

Fue una lección interesante, y después tuvieron un debate muy positivo en clase. Pero lo que se le quedó grabado a Luis durante mucho tiempo fue la pura y abrumadora enormidad de esa «selva», esa «naturaleza salvaje» en la que los seres humanos asilvestrados parecían lo bastante insignificantes para ser accidentales, y el ser humano civilizado era completamente ajeno. No pertenecía a ese lugar. Ni ninguna persona cuerda. No le extrañaba que a las generaciones subcero les costara mantener la civilización y el autocontrol, frente a dificultades como aquella.

UN EXPERIMENTO CONTROLADO

Aunque los argumentos de los ángeles le parecían tanto estúpidos como bastante perturbadores, pensaba que podían ser correctos en una cuestión fundamental: que el destino de esta nave no era tan importante como el viaje en sí. Después de leer historia y experimentar la Selva y la Ciudad Interior, Luis se preguntaba si el propósito de la generación cero no habría sido en parte dar al menos a unos cuantos miles de personas un lugar en el que escapar de

esos horrores, un lugar donde la existencia humana pudiera controlarse, como en un experimento de laboratorio. Un experimento controlado y bajo control.

¿O un experimento controlado en libertad?

Ésa era la palabra más importante que conocía Luis.

Él imaginaba las palabras con diferentes tamaños, densidades, profundidades; las palabras eran estrellas oscuras, unas pequeñas, pálidas y sólidas, otras inmensas, complejas, sutiles, con un poderoso campo de gravedad que atraía infinitos significados en su dirección. *Libertad* era la más grande de las estrellas oscuras.

Se había formado una imagen clara, precisa, de lo que significaba para él. Sus ataques de asma eran infrecuentes, pero los recordaba vivamente; y una vez, a los trece años, en gimnasia, se había puesto debajo del Gran Ling en el momento equivocado y el Gran Ling se le había caído encima. Como pesaba el doble que él, Ling había sacado todo el aire de los pulmones de Luis. Después de un rato jadeando para respirar, sintió la primera bocanada de aire, cortante, arrolladora, punzante y dolorosa: eso era la libertad. Respirar. Que respiraras.

De lo contrario te ahogabas, todo se oscurecía y morías.

Es posible que las personas que vivieron en el nivel animal pudieran moverse mucho, pero nunca tuvieron el aire suficiente para que sus mentes respiraran; no tenían libertad. Lo veía con claridad en las lecturas sobre historia y los mundos históricos virtuales. La Ciudad Interior 2000 era asombrosa porque no había una «naturaleza salvaje» que volviera a las personas locas, enfermas, peligrosas e increíblemente feas, solo su falta de control sobre su «naturaleza» supuestamente civilizada.

Naturaleza humana. Extraña combinación de palabras.

Luis pensó en el hombre del Cuad Tres que, el año pasado, había atacado sexualmente a una mujer, la había golpeado hasta dejarla inconsciente y luego se había quitado la vida bebiendo oxígeno líquido. Era un cinco, y el acontecimiento, que había horrorizado a todo el mundo, fue especialmente horrible e

inquietante para la gente de su generación. Se preguntaban a sí mismos *¿podría haberlo hecho yo?, ¿podría pasarme a mí?*

Ninguno de ellos parecía conocer la respuesta. Aquel hombre, 5-Wolfson Ad, había perdido el control de sus necesidades «animales» o «naturales» y por tanto había perdido todo tipo de libertad, incapaz de tomar decisiones, incapaz incluso de seguir vivo. Tal vez algunas personas no sabían manejar la libertad.

Los ángeles nunca hablaban de libertad. Seguir órdenes, alcanzar la Beatitud.

¿Qué harían los ángeles en el año 201?

Era una pregunta interesante, en realidad. ¿Qué haría cualquiera de ellos, qué pasaría con el experimento controlado, cuando la nave laboratorio llegara a su Destino? Shindychew era un planeta, otra enorme masa de cosas salvajes, de «naturaleza» incontrolable, donde ni siquiera conocerían las reglas. En Dichew, sus antepasados al menos estaban familiarizados con la «naturaleza», sabían cómo aprovecharla, cómo moverse en ella, qué animales eran peligrosos o venenosos, cómo cultivar las plantas silvestres, etcétera. En la Nueva Tierra ellos no sabrían nada.

Los libros hablaban de eso, un poco, no mucho. Al fin y al cabo, todavía faltaba medio siglo para que llegaran. Pero sería interesante averiguar qué sabían de Shindychew.

Cuando le preguntó a su profesora de historia, 3-Tranh Eti, ella le dijo que el programa de educación proporcionaría a la generación seis toda la información necesaria sobre el Destino y la vida allí. La mayoría de las personas de la generación cinco serían tan viejas cuando llegaran allí que en realidad no era su problema, dijo, aunque se les permitiría «desembarcar» si así lo deseaban, por supuesto. El programa estaba diseñado para mantener a los miembros de las «generaciones intermedias» satisfechos con su mundo. Un enfoque práctico, dijo, y bienintencionado, pero que quizá había fomentado la mentalidad que ahora era tan predominante entre los defensores de la Beatitud.

Habló con franqueza a Luis, su mejor estudiante, y él le dijo con la misma franqueza que, llegara allí o no, por viejo que fuese entonces, ahora quería averiguar adónde estaba yendo. Entendía por qué; no necesitaba entender cómo; pero quería entender adónde.

Tranh Eti le ayudó a acceder a la información, pero resultó que el programa de educación de la generación seis no era accesible en aquellos momentos. El Comité Educativo lo estaba revisando.

Sus otros profesores le aconsejaron que terminara sus estudios en el instituto y la universidad y luego se preocupara por el Destino. O no.

Luis se dirigió al Bibliotecario Jefe, el viejo 3-Tan, abuelo de su amigo Bingdi.

–Especular sobre nuestro destino –dijo Tan– es acrecentar la ansiedad, la impaciencia y las falsas expectativas. –Sonrió ligeramente. Hablaba despacio, con pausas entre las frases–. Nuestra tarea es viajar. Una tarea diferente de la llegada. –Al cabo de una pausa prosiguió–: Pero una generación que solo sabe viajar ¿puede enseñar a otra generación a llegar?

El garan

Luis continuó estudiando el tema. Volvió, solo, a la Selva.

Tenía que seguir el sendero, por supuesto. Por muy complejo que fuera un programa de realidad virtual, solo se podía hacer lo que había para hacer. Era como un sueño, cualquier sueño, especialmente una pesadilla: solo tienes ciertas alternativas, si tienes alguna.

Allí estaba el sendero. Había que tomar el sendero. El sendero llevaría a los feos y degradados salvajes, que gritarían y arrojarían dardos envenenados, y entonces tendría que tomar una de las decisiones. Metódicamente, Luis las tomó, una tras otra.

Intentar razonar con los salvajes o huir de ellos terminaba enseguida en un cierre en negro, que era, evidentemente, la muerte virtual.

Una vez, cuando lo atacaron disparó el arma y mató a un hombre. Fue peor de lo que había imaginado y escapó del programa momentos después de disparar el arma. Esa noche soñó que tenía un nombre secreto que nadie conocía, ni siquiera él. Una mujer a la que no había visto jamás se dirigió a él y dijo: «Añade tu nombre al lobo».

Volvió a la Selva, aunque no fue fácil. Descubrió que si no mostraba temor, los amenazaba con el arma si lo atacaban pero no disparaba, al final los hombrecillos, de repente, aceptaban su presencia. Después de ese momento se abría otro conjunto de alternativas. Podía seguir enseñando el arma y obligar a los salvajes a llevarlo a la Ciudad Perdida (que supuestamente era la razón por la que había entrado en la Selva). Podía hacer que lo obedecieran, pero siempre perdía antes de llegar muy lejos; los salvajes lo habían asesinado. O, si no mostraba temor, no los amenazaba y no les pedía nada, podía quedarse con ellos, en una cabaña medio destrozada. Lo aceptaban como una especie de loco. Las mujeres le daban comida y le enseñaban a hacer cosas, y él empezaba a aprender su lengua y sus costumbres. Eran asombrosamente complicadas, formales y fascinantes. Se trataba solo de un aprendizaje virtual; no iba más allá, y parecía más de lo que era; cuando salías no habías aprendido gran cosa. Un programa no podía contener más que cierta cantidad de información, aun de forma implícita. Pero lo poco que recordaba había enriquecido extrañamente sus ideas. Se propuso volver en algún momento, rehacer el camino hasta esa alternativa final y volver a vivir con los salvajes.

Pero ahora tenía un propósito diferente. En esta ocasión, cuando entró en la Selva, se movió lo más despacio posible, y una vez que estuvo dentro se detuvo y permaneció inmóvil en el sendero. Ya no temía encontrarse con los salvajes. Ahora que los

conocía, había vivido con ellos, habría sido triste verlos acercarse a él, como tenían que hacer, gritando e intentando matarlo. No quería verlos, esta vez. Eran seres humanos virtuales hechos por seres humanos. Había ido para intentar experimentar un lugar donde nada era humano.

Mientras estaba allí, empezando a sudar de repente, sintiendo los hedores, dando golpes a los bichos que zumbaban y aleteaban a su alrededor y se posaban en su piel para picarlo, escuchando los extraños sonidos, pensó en Hsing. Ella no admitiría la RV como experiencia. Nunca iba a Dichew-V a menos que se lo dijera un profesor. Nunca jugaba a juegos virtuales, ni siquiera quiso probar el juego tan interesante que habían creado Luis y Bingdi usando el «Jardín de Borges» como matriz.

–No quiero estar en el mundo de otra persona, quiero estar en el mío –decía.

–Lees novelas –dijo él.

–Claro. Pero soy yo la que leo. El escritor pone la historia allí y yo la leo. Hago que exista. El programador virtual me utiliza para crear su historia. Nadie utiliza mi cuerpo y mi mente más que yo. ¿De acuerdo?

Siempre se enfadaba.

Hsing tenía razón; pero lo que sorprendió a Luis, mientras aguardaba alerta y tenso en el sendero estrecho e increíblemente intrincado de la selva, como un pasillo enloquecido, observando algo de muchas patas que se arrastraba hacia la siniestra oscuridad debajo de una cosa enorme que debía de ser un árbol, pero un árbol que en lugar de elevarse yacía en el suelo, lo que le sorprendió fue no solo la complejidad asfixiante, sin sentido, del lugar, su cualidad caótica, aun cuando solo fuera una recreación, el programa de un campo de sensaciones, sino también su hostilidad. Era peligroso, aterrador. ¿Estaba experimentando acaso la hostilidad del programador?

Había muchos programas sádicos; algunos se colgaban de ellos.

¿Cómo podía él saber si la «naturaleza» era en realidad tan terrible?

Había programas RV en los que Dichew se presentaba como un lugar más simple, más comprensible: el Campo o Caminando hacia las Montañas. Y viendo películas, donde los únicos sentidos que tenías que manejar eran la vista y el oído, notabas que, a pesar de ser caótica, la «naturaleza» podía ser bonita. Algunas personas también se colgaban de esas películas y se pasaban los días viendo tortugas marinas nadando en el mar y aves volando en el cielo. Pero ver era una cosa y sentir era otra, aunque solo fuera virtualmente.

¿Cómo podía alguien pasarse toda la vida en un lugar como la Selva? La incomodidad del campo de sensaciones era constante, el calor, los bichos, los cambios de temperatura, las superficies ásperas, arenosas, mugrientas de las cosas, la infinita irregularidad: a cada paso que dabas tenías que mirar dónde ponías el pie. Recordaba la asquerosa comida de los nativos. Mataban animales y comían trozos de animales. Las mujeres mascaban la raíz de una especie de planta, escupían la masa masticada en un plato, la dejaban que se pudriera durante un tiempo y luego todos la comían. Si aquellos animales con aguijones y venenosos fueran reales y no virtuales, saldrías de la Selva lleno de toxinas. De hecho, lo que pasaba al final en el abanico de alternativas en el que vivías con los salvajes era que ponías la mano en una vid que era un animal venenoso sin patas. Te mordía la mano y unos minutos después sentías unos dolores y unas náuseas terribles, y luego, cierre en negro. Tenían que terminar el programa de una manera u otra, por supuesto; la duración máxima permitida para un programa virtual eran diez ciclos subjetivos, diez horas reales. Cuando salió no solo estaba virtualmente muerto, sino realmente entumecido, hambriento, sediento, exhausto y angustiado.

¿Era honesto el programa? ¿Vivía realmente la gente de Dichew en esas pésimas condiciones? ¿No durante diez ciclos u horas, sino toda la vida? ¿Con un miedo constante a los animales peligrosos, a los salvajes enemigos, a los demás, atormentados sin cesar por las

espinas de las plantas, las mordeduras y picaduras, con los músculos agarrotados por cargar mucho peso, magullados por las terribles superficies irregulares y soportando cosas todavía más horribles, hambre, enfermedades, miembros rotos o deformes, ceguera? Ninguno de los salvajes, ni siquiera el bebé y su joven madre, estaba sano y limpio. Sus lesiones, llagas, costras y callos, ojos empañados, miembros torcidos, pies asquerosos, cabellos mugrientos, eran más dolorosos de ver cuando empezó a conocerlos como personas. Quería ayudarlos.

Mientras estaba en el sendero virtual oyó un ruido cerca de él, en la oscuridad de los árboles y las plantas largas y fibrosas, epifitos como los de Yao, pero enormes y nudosos. Algo que estaba entre todas estas vidas extrañas y amontonadas que componían la selva había hecho ruido. Aguardó más inmóvil y en silencio que nunca, recordando al garan.

En una ocasión se había ido con los hombres de la tribu salvaje, creyendo que iban a «cazar». Habían atisbado un destello de luz dorada y moteada. Uno de los hombres había susurrado una palabra, *garan*, que Luis recordaba cuando volvió. La buscó en el diccionario, pero no estaba.

Ahora el garan salió de la caótica oscuridad. Atravesó el sendero de izquierda a derecha unos metros delante de él. Era largo, bajo, dorado con motas negras. Caminaba con una suavidad y una habilidad indescifrables, sobre cuatro pies redondos, la cabeza baja, seguida por una larga y graciosa extensión de su ser, una cola que movía la punta mientras desaparecía de nuevo en la oscuridad en completo silencio. Nunca miró a Luis. Él se quedó transfigurado. Es RV, es un programa, se dijo. Cada vez que viniera a la Selva, si me quedara aquí todo este rato, el garan atravesaría el sendero. Si estuviera preparado, si quisiera, podría dispararle con mi arma virtual. Si el programa incluye «cazar» lo mataría. Si el programa no incluye «cazar», el arma no dispararía. No podría hacer que ocurriera nada. El garan seguiría andando y desaparecería en

silencio, moviendo la punta de la cola. Esto no son tierras salvajes. Esto no es la naturaleza. Esto es el control supremo.

Se volvió y salió del programa.

Se encontró con Bingdi cuando iba al gimnasio para correr unas vueltas.

–Quiero desarrollar una tecnología para IRV –dijo.

–Claro –dijo Bingdi, después de un momento, y sonrió–. Hagámoslo.

¿Adónde estamos yendo?

Programas, programas, descripciones... todas las representaciones de Dichew eran dudosas, porque constituían productos de la tecnología, de la mente humana. Eran interpretaciones. El planeta de origen resultaba inaccesible para el conocimiento directo.

El planeta de destino era todavía menos que eso. Mientras seguía explorando la Biblioteca, Luis empezó a comprender por qué la generación cero estaba tan ávida de información sobre Shindychew. No tenían ninguna.

El descubrimiento de lo que llamaron un «planeta terrano» a una «distancia accesible» había dado origen al proyecto de la *Descubrimiento*. Los subceros lo habían estudiado con toda la exhaustividad que permitían sus instrumentos. Pero ni los análisis espectrales ni ningún tipo de observación directa de un pequeño cuerpo no luminoso a esa distancia les dijeron todo lo que necesitaban saber. Se había establecido que la vida surgía dentro de ciertos parámetros universales, y los únicos parámetros que pudieron establecer eran muy favorables. Sin embargo, según leyó en un artículo llamado «¿Adónde están yendo?», era posible que una diferencia muy pequeña respecto a la «Tierra» hiciera que la «Nueva Tierra» fuera completamente inhabitable para los humanos. La incompatibilidad de las formas de vida con la química humana

haría que todo fuera venenoso. Un equilibrio ligeramente distinto de los gases de la atmósfera impediría a las personas respirar el aire.

El aire es libertad, pensó Luis.

El bibliotecario estaba leyendo en una mesa cerca de allí. Luis se acercó y se sentó a su lado. Enseñó el artículo al viejo Tan.

–Dice que allí tal vez no podamos respirar. El bibliotecario echó un vistazo al artículo.

–Yo seguro que no –comentó. Después de la habitual pausa entre frases, se explicó–. Estaré muerto. –Mostró una sonrisa benigna, semicircular.

–Lo que estoy intentando encontrar –dijo Luis– es alguna información sobre lo que esperaban que hiciéramos cuando llegáramos allí. ¿Hay instrucciones en algún sitio... para las varias posibilidades...?

–En estos momentos –dijo el anciano–, si esas instrucciones existen están selladas.

Luis empezó a hablar, luego se detuvo y esperó a que terminara la pausa de Tan.

–La información siempre ha estado controlada.

–¿Por quiénes?

–En primer lugar, por decisión de la generación cero. En segundo, por decisión del Consejo Educativo.

–¿Por qué nos ocultarían los ceros información sobre nuestro destino? ¿Es mala?

–Tal vez pensaran que, como se sabía tan poco, las generaciones intermedias no tenían por qué preocuparse. Y la sexta generación lo sabría. Y les enviaría la información. Este es un viaje de descubrimiento científico. –Miró a Luis, con el rostro impasible–. Si el aire no es respirable, o hay otros problemas, la gente puede salir con los trajes. Hombres eva. Vivir dentro, estudiar fuera. Observar. Enviar información a la *Descubrimiento* en órbita. Y de allí de nuevo a Ti Chiu. –Pronunció la palabra china en chino–. Hay Provisiones Irremplazables para doce generaciones, no seis. Por si

no pudiéramos quedarnos allí. O decidiéramos no hacerlo. Decidiéramos volver a Ti Chiu.

Tan necesitó un rato para decir todo esto. La mente de Luis llenaba las pausas con fantasías, como si estuviese ilustrando un texto: la vasta trayectoria aminorando la velocidad cada vez más en dirección a una estrella concreta; el pequeño mundo de la nave cerniéndose sobre la superficie del inmenso mundo del planeta; figuras diminutas en trajes eva saliendo en tropel a la Selva...

–Volver –dijo–. ¿Volver a dónde? Ninguno de nosotros viene de Dichew. Volver o seguir adelante, ¿cuál es la diferencia?

–¿Cuál es la diferencia entre sí y no? ¿Cuál es la diferencia entre bien y mal? –dijo el anciano, mirándolo con aprobación pero con una expresión en los ojos que Luis no supo interpretar. ¿Era pesar?

Conocía la cita. Hsing y su padre Yao la habían estudiado con 3-Tan, que además de ser el bibliotecario era especialista en clásicos chinos, y los tres admiraban al Viejo Orejas Largas. Como se había criado en el Cuad Dos, Luis había oído numerosas citas del libro y al final leyó una traducción como autodefensa. Hacía poco que la había releído, intentando averiguar hasta qué punto tenía sentido para él. Liu Yao había copiado el libro entero en los viejos caracteres chinos. Había tardado más de un año. «Solo estoy practicando caligrafía», decía. Observando las figuras complejas, misteriosas, que salían del pincel de Yao, las palabras traducidas, aparentemente incomprensibles, habían conmovido a Luis más que nunca. Como si no comprender fuera comprender.

Circulación

El papel, hecho de paja de arroz, era escaso. Se escribía poco a mano. Yao había obtenido permiso para utilizar varios metros de papel en la copia, pero no podía mantenerlo fuera de circulación durante mucho tiempo. Dio trozos del rollo a sus amigos Chi-An. Los colgaban en la pared un tiempo y luego los reciclaban. Ningún

artefacto no esencial podía sobrevivir más de unos cuantos años. La ropa, las obras de arte, las copias de textos en papel, los juguetes, todo era devuelto al ciclo, a veces con una ceremonia de despedida. Un funeral para una muñeca amada. El retrato del abuelo podía copiarse en el banco de memoria electrónica cuando se reciclaba el original. Las artes eran prácticas, efímeras o inmateriales: una camisa de boda, pintura corporal, una canción, un relato en la revista de la red global. El ciclo era inexorable. Los pasajeros de la *Descubrimiento* eran su propia materia prima. Tenían todo lo que necesitaban, no tenían nada que pudieran conservar. La única pobreza que podía sufrir ese mundo era la debida a la pérdida o el desperdicio de energía o materia dedicada a objetos inútiles o arrojados al espacio.

O, a muy largo plazo, a la entropía.

Una vez, un dermatólogo que se estaba haciendo eva para reparar un pequeño rasguño en la parte inferior del casco lanzó su pistola de aleación a su compañero desde varios metros de distancia, y este no la cogió. La historia fílmica de la Pistola Perdida era un momento dramático en ecología de segundo curso. ¡Oh!, gritaban los niños horrorizados cuando la herramienta, dando vueltas lentamente, se deslizaba entre las estrellas, cada vez más lejos. ¡Allí, mira, se está yendo! ¡Se está yendo para siempre! La luz de las estrellas movía el mundo. Los aceptores de hidrógeno alimentaban los pequeños reactores de fusión que abastecían los sistemas eléctricos y mecánicos y los aceleradores de Fresno que impulsaban la

Descubrimiento. El polvo y los fotones era lo único del exterior que afectaba al pequeño mundo. Del exterior no aceptaba más que átomos de hidrógeno.

Se mantenía y renovaba completamente por sí sola. Cada célula que se liberaba de la piel humana, cada mota de polvo que hubiera en una tela o un cojinete, cada molécula de vapor que saliera de una hoja o un pulmón se metía en los filtros y los convertidores, se guardaba, formaba una combinación nueva, se reutilizaba, se

configuraba, volvía a nacer. El sistema estaba en equilibrio. Había reservas para emergencias, que todavía no habían hecho falta nunca, y la reserva de Provisiones Irremplazables que había mencionado Tan; algunas eran materias primas, otras objetos de alta tecnología que la nave no tenía medios para duplicar: una cantidad asombrosamente pequeña, guardada en dos espacios de carga. El efecto de la segunda ley de la termodinámica que operaba en este sistema casi cerrado se había reducido casi a la nada.

Todo estaba pensado, atendido, solucionado. Todas las necesidades de la vida. *¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué existo?* Un propósito para vivir, una razón. Los ceros habían intentado dar respuesta a eso, también.

Para todas las generaciones intermedias de los dos siglos de viaje, la razón de la existencia era estar vivo y bien, mantener la nave en funcionamiento y proveerla con otra generación, para que pudiera cumplir su misión, la misión de ellos, el propósito para el cual todos eran esenciales. Un propósito que había significado tanto para los ceros, los que habían nacido en la Tierra. El descubrimiento. La exploración del universo. La información científica. El conocimiento.

Un conocimiento irrelevante, inútil, insignificante para las personas que vivían y morían en el mundo cerrado y completo de la nave.

¿Qué necesitaban saber que no supieran ya?

Sabían que la vida estaba dentro: luz, calor, aliento, compañerismo. Sabían que fuera no había nada. El vacío. La muerte. Un silencio mortal, inmediato, absoluto.

LOS SÍNDROMES

Las «enfermedades infecciosas» eran algo que se mencionaba en los libros o aparecía en unas imágenes terribles en las películas de historia. En cada generación se daban unos cuantos cánceres, unos

cuantos desórdenes sistémicos; los niños se rompían los brazos, los atletas se exigían demasiado; los corazones y otros órganos se estropeaban o agotaban; las células seguían su programa, envejecían, morían; las personas envejecían, morían. Una de las responsabilidades más importantes de los médicos era que la muerte no fuera demasiado dura.

Los ángeles les ahorraban incluso esa responsabilidad, porque eran expertos en «muerte positiva», que convertía la muerte en un ejercicio de culto comunitario: el moribundo se ponía en trance inducido por hipnosis, cantos, música y otras técnicas; la muerte era recibida con una alegría extática.

Muchos médicos se dedicaban casi en exclusiva a la gestación, el nacimiento y la muerte: «inspira, expira». Las enfermedades eran palabras de los libros de texto.

Pero había síndromes.

En la primera y la segunda generación muchos hombres en la treintena y la cuarentena habían sufrido sarpullidos, letargia, dolores de articulaciones, náuseas, debilidad, incapacidad de concentrarse. El síndrome fue bautizado como DS, depresión somática. Los médicos creían que era psicogénico.

En respuesta al síndrome DS algunas áreas del trabajo profesional quedaron restringidas según el género. Hubo una medida que se sometió a debate y votación: los hombres se encargarían de la totalidad del mantenimiento y la dermatología estructural. Lo último –la reparación y el mantenimiento de la piel del mundo allí donde interactuaba con el espacio– era el único trabajo que requería hacerse eva, salir del mundo.

Hubo muchas protestas. La «división de tareas» era tal vez la más antigua y más profundamente arraigada de todas las instituciones de desequilibrio de poder; ¿iba a reinstaurarse ese conjunto irracional y fantasioso de prescripciones y proscripciones aquí, donde había que preservar la cordura y el equilibrio para no perder la vida?

Los debates del Consejo y las reuniones de cuads duraron mucho tiempo. El argumento con el que se justificaba la restricción de género era que los hombres, incapaces de dar a luz y alimentar a los niños, necesitaban una responsabilidad compensatoria que revalorizase su mayor fuerza muscular además de su agresividad hormonal y su necesidad de exhibirse.

Una gran cantidad de hombres y mujeres hallaron este argumento literalmente insoportable. A un número un poco mayor les pareció convincente. Los ciudadanos votaron restringir todos los evas a los hombres. Cuando hubo pasado una generación, el arreglo rara vez se cuestionaba. Su justificación popular era que al ser los hombres más prescindibles que las mujeres desde el punto de vista biológico, ellos tenían que hacer el trabajo peligroso. En realidad nadie había muerto haciéndose eva, ni siquiera se había sometido a una dosis peligrosa de radiación; pero la sensación de peligro exaltaba la regla. Había muchos más chicos activos y atléticos que se presentaban voluntarios para hacer trabajos de dermatología de lo necesario, y por tanto formaban parte de una reserva con evas de entrenamiento regulares. Los hombres eva tenían una manera distintiva de vestir: pantalones cortos de lona marrón, parche en la manga con estrellas sobre negro bordadas laboriosamente.

Con el tiempo, el brote de DS se había estabilizado en un nivel endémico bajo, caída que según afirmaron algunos estaba relacionada con las restricciones de eva y según otros no.

Los terceros habían padecido una alta incidencia de abortos espontáneos y nacimientos de niños muertos que nunca se explicó y que por suerte solo duró unos años. El episodio provocó un aumento de embarazos tardíos y familias de dos hijos hasta que se recuperó la proporción óptima de reemplazo.

En las generaciones cuarta y quinta apareció un conjunto de síntomas quizá relacionados y todavía más graves, que se diagnosticaron pero tampoco se explicaron, bautizado como SST, síndrome de sensibilidad táctil. Los síntomas eran dolores aleatorios y una sensibilidad neural extrema. Los pacientes de SST evitaban las

multitudes, no podían comer en los refectorios, se quejaban de que todo lo que tocaban dolía; utilizaban gafas oscuras y tapones para los oídos, y se tapaban las manos y los pies con unas cosas llamadas calcetines. Como no se había hallado explicación o cura alguna, surgieron mitos preventivos y remedios populares. El Cuad Dos tenía una baja incidencia de SST, y por tanto el estilo de alimentación Chi-An –arroz, soja, jengibre, ajo– fue imitado por muchos. La vida recluida parecía aliviar los síntomas, así que algunas personas con SST intentaron alejar a sus hijos de la horda de niños y la escuela. Pero aquí intervino la ley. Según determinaban la Constitución y una sentencia del Consejo de Educación, no estaba permitido que ninguna decisión paterna perjudicara el bienestar del niño y de la comunidad. Los niños fueron al colegio y no sufrieron ningún efecto negativo visible. Las gafas oscuras, los tapones para los oídos y los calcetines estuvieron de moda durante un tiempo breve entre los estudiantes de la escuela superior, pero la enfermedad afectó a pocas personas de menos de veinte años. Los ángeles afirmaron que ningún practicante de la Beatitud sufría de SST, y que para escapar de ella lo único que había que hacer era aprender a regocijarse.

Los ancestros de los ángeles

0-Kim Jan era la cero más joven y tenía diez días cuando el Embarque. 0-Kim Jan gozó de gran poder en el Consejo durante muchos años. Estaba muy bien dotada para la organización, para dar órdenes, para ejercer una administración firme e imparcial. Los Chi-Ans la llamaban Lady Confucio.

Tuvo un hijo tardío, 1-Kim Terry. Su hijo llevó una vida oscura, interrumpida por brotes de depresión somática, como programador para la red interna de las escuelas primarias, hasta que 0-Kim murió en el año 79. Era la última de los ceros, los que habían nacido en la Tierra. Su muerte se consideró un acontecimiento trascendental.

A su funeral asistió una gran multitud, demasiado grande para la capacidad del Temenos. La ceremonia se emitió por la red global. Casi todas las personas del mundo la contemplaron y fueron así testigos del nacimiento de una nueva religión.

La Iglesia y el Estado

La Constitución decretaba explícitamente la separación absoluta de credo y política. El artículo 4 nombraba específicamente los monoteísmos que abundaban en la historia, incluida la religión que controlaba los gobiernos predominantes durante la época en que se planificó el viaje de la *Descubrimiento*. Cualquier intento «de influir en la elección o las deliberaciones de un cuerpo legislativo invocando, abierta o encubiertamente, los principios o las máximas del judaísmo, el cristianismo, el islam, el mormonismo o cualquier otro credo o institución», si un comité ad hoc confirmaba la existencia de manipulación religiosa, podía ser castigado mediante reprimenda pública, pérdida del cargo o inhabilitación para cualquier puesto de responsabilidad.

En las primeras décadas hubo muchos desafíos al artículo 4. Aunque quienes lo planificaron habían intentado a conciencia seleccionar la tripulación de la *Descubrimiento* según lo que consideraron una imparcialidad mental científica, la tendencia monoteísta a limitar el conocimiento a una única manera estaba profundamente arraigada en una parte considerable de su ciencia. Tenían la esperanza de que en una población deliberada y ampliamente heterogénea la práctica de la tolerancia no sería tanto una virtud como una necesidad. Sin embargo, en la generación cero, al cabo de varios años de viaje espacial, personas que nunca habían reflexionado mucho sobre religión o que la miraban con hostilidad empezaron a identificarse como mormones, musulmanes, cristianos, judíos, budistas, hindúes. Habían descubierto que las afiliaciones y las prácticas religiosas les daban el apoyo y el consuelo que

necesitaban en su repentino, absoluto e irrevocable exilio de todas las personas de la Tierra y de la Tierra misma. Los ateos leales estaban indignados por este brote de piedad. Los recuerdos de los horrores de la Purificación Fundamentalista y las pruebas históricas de genocidios interminables en nombre de Dios ensombrecieron las formas más suaves de culto público. El eclecticismo agitó unas manos ineficaces. Hubo acusaciones, desafíos. Los comités *ad hoc* sobre manipulación religiosa fueron convocados una y otra vez.

Pero las generaciones posteriores a los ceros desconocían la experiencia del exilio; vivían donde habían nacido, donde habían nacido sus padres. Y el mestizaje hizo que las piedades ancestrales fueran irrelevantes. Era difícil para un judío presbiteriano zoroástrico decidir a cuál de sus puritanismos obedecer. Lo que no era difícil era renunciar a las incompatibles rectitudes del legado suní-mormón-brahmín.

Cuando 0-Kim murió, el artículo 4 llevaba años sin invocarse. Había prácticas religiosas, pero no instituciones religiosas. Las prácticas eran privadas o familiares. La gente se sentaba en vipassana o zazen, rezaban en busca de consejo o como agradecimiento. Las familias celebraban el nacimiento de Jesús o la amabilidad de Ganesh o la memoria de la Pascua Judía más o menos en los días apropiados del año sin meses. De todas las ceremonias, los funerales, que siempre eran públicos, eran las que más probabilidades tenían de poner en juego la parafernalia y los rasgos fundamentales de la religión. Se pronunciaban palabras antiguas y hermosas en lenguas antiguas y hermosas, y se llevaban a cabo ritos de duelo y consuelo.

El funeral y el nacimiento de la Beatitud

0-Kim había sido una atea militante. Había dicho: «La gente necesita a Dios igual que los niños de tres años necesitan una motosierra». Su funeral estuvo escrupulosamente libre de referencias a lo

sobrenatural o citas de libros sagrados. La gente habló brevemente –algunos no lo suficiente– del efecto de 0-Kim en sus vidas y en la vida de todos, de su carisma, su incorruptibilidad, su poderosa preocupación parental y práctica por las generaciones futuras. Y hablaron con emoción de la muerte de la «Última de los nacidos en la Tierra». Los hijos de los niños que observaban la ceremonia, dijeron, estarían vivos cuando la Misión que emprendieron los Fundadores se cumpliera al fin, cuando se llegara al Destino. El espíritu de Kim Jan estaría entonces con ellos.

Por último, como era costumbre, el hijo de la difunta se puso en pie para pronunciar las palabras de cierre.

1-Kim Terry subió al podio frente a las personas y los videocámaras de la red interna que aguardaban junto al féretro con el cuerpo de su madre envuelto en ropas blancas. Había una gran intensidad e intención en sus movimientos. A la gente que lo conocía les pareció cambiado: sereno, tranquilo. No lloraba ni le temblaba la voz. Miró a la multitud que llenaba todo el Temenos. «Brillaba», dijeron varias personas después.

–La última de aquellos cuyo cuerpo nació de la Tierra ha desaparecido –dijo en voz alta, fuerte, que a muchos les recordó a su madre, una buena oradora en el Consejo–. Se ha ido a la gloria de la cual su cuerpo era la sombra brillante. Ahora nosotros, aquí, nos alejamos del cuerpo en dirección al reino del alma. Somos libres. Estamos completamente libres de oscuridad, del pecado de la Tierra. Por los pasajes del futuro os traigo este mensaje. Yo soy el mensajero, el ángel. Y vosotros, vosotros sois ángeles. Sois los elegidos. Dios os ha llamado, os ha llamado por vuestro nombre. Sois los bendecidos. Sois seres divinos, almas sagradas, llamadas para vivir en beatitud. Lo único que nos queda por hacer es saber quiénes somos, que somos los habitantes del cielo. Que somos los bendecidos, los que hemos nacido en el cielo, los escogidos para el viaje eterno. Que somos, todos nosotros, sagrados, nacidos para vivir en beatitud y morir en una beatitud mayor. –Levantó las manos

en un ademán imponente y dignificado para bendecir a la multitud asombrada y silenciosa.

Habló durante otros veinte minutos. «Trastornado por el dolor», dijeron algunos cuando dejaron el Temenos y se apartaron del decorado; los cínicos respondieron «¿Tal vez por el alivio?». Pero muchos discutieron las ideas y las imágenes que Kim Terry les había metido en la cabeza, con la sensación de que les había dado algo que ansiaban sin saberlo, o sentían y no eran capaces de expresar.

Convertirse en ángeles

El funeral había hecho época. Ahora que ninguna persona del mundo recordaba el planeta de origen, ¿había alguna razón para pensar que alguien de allí los recordaba a ellos? Enviaban regularmente mensajes de radio sobre el progreso de la *Descubrimiento*, por supuesto, tal como se especificaba en la Constitución, pero ¿había alguien escuchando? «Huérfanos del Vacío», una canción sensiblera con una buena melodía, cantada por el grupo del Cuarto Cuad Nubetels, se puso de moda de la noche a la mañana. Y la gente comentaba el discurso de 1-Kim Terry. Iban a su espaciocasa para hablar con él, algunos con preocupación, otros con curiosidad. Los recibía una pareja llamada 2-Patel Jimmy y 2-Lung Yuko, los vecinos de la puerta de al lado. Terry está descansando, decían, pero hablará esta tarde. ¿No tuvisteis unas sensaciones maravillosas mientras hablaba en el Temenos?, preguntaban. ¿Visteis lo diferente, lo cambiado que está? Lo hemos visto cambiar, decían, lo hemos visto hacerse sabio, radiante, elocuente. Acercaos a él. Hablará esta tarde.

Durante un tiempo ir a escuchar a Terry hablar de la Beatitud fue una especie de moda. Se hacían chistes al respecto. Los ateos clamaban contra la histeria religiosa y los ególatras hipócritas. Luego algunos se olvidaron del tema, y otros siguieron yendo al espaciocasa de Kim ciclo tras ciclo, año tras año, para las reuniones

vespertinas con Terry, Jimmy y Yuko. La gente celebraba reuniones en sus propios espaciocasas, con pequeñas fiestas, canciones, meditaciones, rezos. Llamaban a estas reuniones celebraciones angélicas, y a ellos mismos se daban el nombre de amigos en la beatitud o ángeles.

Cuanto los seguidores de Kim Terry empezaron a anteponer Ángel a su nombre de familia, como una especie de título, hubo muchos comentarios de desaprobación y discusiones en los consejos. Los ángeles admitían que esta identificación grupal era potencialmente divisiva. El mismo Terry dijo a sus seguidores que no actuaran en contra de la voluntad de la mayoría: «Porque, lo sepamos o no, ¿acaso no somos todos ángeles?».

Yuko, Jimmy y el hijo pequeño de Jimmy, Enbeatitud, vivían con Terry en el espaciocasa que había compartido con su madre. Ellos dirigían las reuniones nocturnas. Kim Terry llevaba una vida cada vez más recluida. En los primeros años intervenía ocasionalmente en reuniones que se celebraban en el Circo del Cuad Uno o en el Temenos, pero a medida que pasaban los años aparecía en público cada vez menos y solo se dirigía a sus seguidores por la red interna. Los asistentes de las reuniones de su espaciocasa lo veían a veces brevemente, bendiciéndolos y animándolos; pero sus seguidores pensaban que su presencia corpórea era insignificante en comparación con su presencia angélica, que era continua. Las cuestiones corpóreas empañaban la beatitud, empañando las necesidades del alma. «Los pasillos por los que camino no son estos pasillos», decía Terry.

Su muerte en el año 123 provocó una histeria profunda combinada con una gran cantidad de festejos, porque sus seguidores, que abrazaban la doctrina de la Actualidad según las explicaciones de su enérgico intérprete, 3-Patel Enbeatitud, celebraron su muerte aparente como un renacimiento en el Mundo Real, para el cual el mundo de la nave era solo el medio de acceso, el «vehículo de la beatitud».

Patel Enbeatitud siguió viviendo solo en el espaciocasa de Kim tras la muerte de Terry y de sus padres, llevando a cabo reuniones allí, interviniendo en Celebraciones caseras, hablando en la red interna, terminando y poniendo en circulación la colección de dichos y meditaciones llamada *El ángel a los ángeles*. Patel Enbeatitud era un hombre muy inteligente, ambicioso y devoto, especialmente dotado para la organización.

Bajo su guía las Celebraciones eran menos desordenadas y extáticas; de hecho, ahora eran bastante tranquilas. Desaconsejaba el uso de ropa especial –pantalones cortos sin tintar y kurtas en los hombres, prendas blancas y pañuelos para la cabeza en las mujeres– que habían adoptado muchos ángeles. Vestirse de una manera diferente era divisivo, decía. ¿Acaso no somos todos ángeles?

Bajo su liderazgo, en realidad, cada vez había más personas que se declaraban ángeles. El número de conversiones durante las primeras décadas del segundo siglo provocó que un grupo que afirmaba que Patel Enbeatitud había creado y manipulado una secta religiosa que adoraba a Terry como a un dios, amenazando así la autoridad secular, reclamara una vista sobre manipulación religiosa basada en el artículo 4. El Consejo Central no llegó a convocar un comité para investigar la acusación. Los ángeles afirmaron que, aunque veneraban a Kim Terry como guía y maestro, no creían que fuera más divino que el más insignificante de ellos.

¿Acaso no somos todos ángeles? Y Patel Enbeatitud arguyó con convicción que la práctica de la Beatitud no entraba en modo alguno en contradicción con la política y el gobierno, sino que, al contrario, lo apoyaban en todos los detalles: las leyes y las costumbres del mundo eran las leyes y las costumbres de la Beatitud. La Constitución de la *Descubrimiento* era un texto sagrado. La vida de la nave era la beatitud misma, la jubilosa imitación mortal de la realidad inmortal. «¿Por qué los seguidores de la ley perfecta habrían de desobedecerla?», preguntó. «¿Por qué quienes disfrutan del orden angélico habrían de buscar el desorden? ¿Por qué los

habitantes del cielo habrían de buscar otro lugar u otro modo de vida?»

Los ángeles eran, de hecho, extremadamente cívicos, activos y cooperadores en todos los deberes ciudadanos, dispuestos a cumplir sus obligaciones comunales, miembros diligentes del comité y del Consejo Central. En realidad, por aquel entonces más de la mitad del Consejo Central estaba compuesto por ángeles. No serafines ni arcángeles, como se apodaba a los muy devotos y a los próximos a Patel Enbeatitud, sino ángeles comunes que disfrutaban de la serenidad y la buena comunidad de las Celebraciones, que ahora constituían un elemento familiar y aceptado de la vida de muchas personas. La idea de que las creencias y las prácticas de la Beatitud pudieran contradecir la moralidad en aspecto alguno, de que ser un ángel era ser un rebelde, era claramente ridícula.

Patel Enbeatitud, que había superado los setenta años, indomablemente activo, seguía ocupando el espaciocasa de Kim.

Dentro, fuera

–¿Es posible que haya dos tipos de personas...? –le dijo Luis a Hsing. Luego hizo una pausa tan larga que ella respondió resueltamente.

–Sí. Puede que hasta tres. Los pensadores más osados han postulado hasta cinco.

–No. Solo dos. Las personas que pueden enrollar la lengua formando un tubo y las que no.

Ella le sacó la lengua. Sabían desde los seis años que él era capaz de hacer un tubo con la lengua y silbar a través, que ella no, y que era algo determinado genéticamente.

–Las de un tipo –dijo él– tienen una necesidad, una carencia, necesitan tomar cierta vitamina. Las del otro, no.

–¿Y bien?

–La vitamina de la fe. Ella reflexionó.

–No es algo genético –dijo él–. Es cultural. Metaorgánico. Pero tan real y definido individualmente como una deficiencia metabólica. Hay personas que necesitan creer, y las hay que no.

Ella siguió reflexionando.

–Los que sí, no creen que los otros no lo necesiten. No creen que haya personas que no crean.

–¿Esperanza? –sugirió ella.

–La esperanza no es fe. La fe está supeditada a la realidad, aunque no sea muy realista. La fe desecha la realidad.

–«El nombre que puedes decir no es el nombre correcto» –dijo Hsing.

–El pasillo por el que puedes andar no es el pasillo correcto –dijo Luis.

–¿Qué tiene de malo creer?

–Es peligroso confundir la realidad con la irrealidad –dijo él–. O confundir el deseo con el poder, el ego con el cosmos. Muy peligroso.

–Oooh. –Hsing hizo una mueca ante la pomposidad de Luis. Al cabo de un rato dijo–: ¿Es eso lo que quería decir la madre de Terry? «La gente necesita a Dios tanto como los niños de tres años necesitan una motoserra.» ¿Qué sería una motoserra?

–Un arma, quizá.

–Yo iba a veces a las Celebraciones con Rosa antes de que se convirtiera en un serafín. La verdad es que había muchas cosas que me gustaban. Las canciones. Y cuando alaban cosas, ya sabes, cosas normales, y dicen que todo lo que haces es sagrado. No sé, me gustaba –dijo, un poco a la defensiva. Él asintió–. Pero entonces se ponían a leer todas esas cosas raras del libro, sobre lo que el «viaje» es en realidad, y lo que «descubrimiento» significa en realidad, y me daba claustrofobia. Básicamente decían que fuera no hay nada en absoluto. Todo el universo está dentro. Era extraño.

–Tienen razón.

–¿Cómo?

–Para nosotros, tienen razón. Fuera no hay nada en absoluto. Vacío. Polvo.

–¡Las estrellas, las galaxias!

–Puntos de luz en una pantalla. No podemos llegar hasta ellas, no podemos ir. Nosotros no. No en nuestra vida. Nuestro universo es la nave.

Era una idea lo bastante familiar para ser banal y tan extraña que la ponía nerviosa. Reflexionó.

–Y aquí la vida es perfecta –dijo Luis.

–¿De veras?

–Hay paz y abundancia. Luz y calor. Seguridad y libertad.

Bueno, por supuesto, pensó Hsing, y se le notó en la expresión. Luis insistió:

–Tú estudiaste historia. Todo ese sufrimiento. ¿Hubo alguien de las generaciones subcero que viviera tan bien como nosotros? ¿La mitad de bien? La mayoría estaban siempre asustados. Sufrían. Eran ignorantes. Luchaban entre sí por dinero y por la religión. Morían de enfermedades, guerras y escasez de comida. Era como la Ciudad Interior 2000 o la Selva. Un infierno. Y esto es el cielo. El ángel Terry tenía razón.

A Hsing la sorprendió su intensidad.

–¿Y?

–Y ¿nuestros antepasados decidieron enviarnos de un infierno a otro infierno, mediante el cielo? ¿Ves el peligro potencial de esa decisión?

–Bueno –dijo Hsing. Estudió la metáfora–. Bueno, a los seises tal vez les parezca algo injusto. Para nosotros no hay mucha diferencia. Estaremos demasiado chochos para hacernos eva, supongo. Pero me gustaría salir chocheando para ver cómo es. Aunque sea un infierno.

–Por eso no eres un ángel. Aceptas el hecho de que nuestra vida, nuestro viaje, tiene un propósito más allá de sí mismo. Que tenemos un destino.

–¿Eso hago? No creo. Solo tengo la esperanza de que así sea. Sería interesante estar en algún otro sitio.

–Pero los ángeles creen que no existe otro sitio.

–Entonces se quedarán muy asombrados cuando lleguemos a Shindychew –dijo Hsing–. Pero, entonces, supongo que todos estaremos... Oye, tengo que hacer la carta de navegación para Canaval. Te veré en clase. Estaban en el segundo año de la universidad, tenían diecinueve años cuando mantuvieron esta conversación. No sabían que los estudiantes del segundo curso siempre habían discutido sobre la fe y la falta de fe y el propósito de la vida.

Palabras de la Tierra

Desde que dejaron el planeta Dichew, la Tierra, los mensajes los habían seguido, o precedido. Durante la primera generación se recibieron muchos mensajes personales. *Descendientes de Ross Betti: ¡en Badgerwood todos os damos ánimos!* Con el paso de los años, estas transmisiones se hicieron cada vez más infrecuentes y por último desaparecieron. De vez en cuando había interrupciones importantes de la recepción, que en una ocasión duraron casi un año; y a medida que aumentaba la distancia, y por alguna razón en concreto durante los últimos cinco años, las distorsiones, retrasos y pérdidas parciales eran algo habitual. Sin embargo, la *Descubrimiento* no había sido olvidada. Llegaban palabras. Se recibían imágenes. Alguien, o algún programa del Planeta de Origen, seguía enviando un hilo continuo de noticias, información, actualizaciones tecnológicas, un poema o una obra de ficción, de vez en cuando periódicos, o libros enteros de comentarios políticos, literatura, filosofía, crítica, arte, documentales; pero todas las definiciones habían cambiado y no se podía saber con seguridad si lo que leías o veías era inventado o real, porque resultaba imposible distinguir la realidad de la Tierra de la ficción de la Tierra, y la

ciencia estaba igual de mal, porque daban por sentados los descubrimientos y olvidaban definir los términos utilizados. Las generaciones una y dos habían dedicado una cantidad considerable de tiempo, pasión e inteligencia a analizar e interpretar lo que se recibía de Dichew. Había habido escuelas de opinión enteras en los Cuads Uno y Cuatro sobre los informes acerca de un conflicto aparente entre lo que por lo visto eran escuelas de pensamiento filosófico-religiosas, o posiblemente divisiones nacionales o étnicas, llamadas (en árabe) los Seguidores Verdaderos y los Seguidores Auténticos. Miles o millones –las transmisiones hablaban de miles de millones, pero sin duda se trataba de una distorsión o un error–, como fuera, un gran número de personas se habían matado entre sí, habían muerto, debido a este conflicto de ideas o creencias. En la *Descubrimiento*, hubo violentas discusiones sobre lo que eran las ideas, las creencias, los conflictos. Las discusiones prosiguieron durante décadas, pero nadie murió por ellas.

Para las generaciones tercera y cuarta el contenido general de las transmisiones de la Tierra era tan arcano que solo los devotos lo seguían con interés; la mayoría de la gente no les prestaba ninguna atención. Si había pasado algo importante en Dichew alguien se enteraría, y en cualquier caso todo lo que se recibía iba a parar a los Archivos. O supuestamente iba a parar a los Archivos.

4-Canaval

Cuando llegó al Centro Universitario para matricularse en los cursos de primer año, Hsing descubrió que el profesor de navegación, 4-Canaval Hiroshi, había pedido que le permitieran saltarse el primer curso y la pusieran en el segundo. «¿Y si no quisiera hacer nave?», preguntó al secretario de las admisiones, indignada ante esa orden prepotente. Pero se sentía halagada; era evidente que Canaval había observado sus clases de mates y astro, y le había echado el ojo. Se matriculó en nave 2.

La navegación era una profesión respetable pero no glamourosa, no era como ser hombre eva o presentador de la red interna. A muchas personas la idea de la navegación les parecía bastante amenazadora. La explicaban diciendo que en la mayoría de los trabajos podías cometer un error y evidentemente eso causaba problemas (cualquier acontecimiento que tenga lugar en un cuenco de cristal probablemente afecte a todo lo que hay en su interior), pero en trabajos como el control atmosférico o la navegación, un error podía herir o incluso matar a personas, herir o matar a todo el mundo.

Todos los sistemas estaban llenos de archivos y copias de seguridad y redundancias, pero era imposible, por razones lógicas, que hubiera una navegación de seguridad. Los ordenadores, por supuesto, eran infalibles, pero quienes los operaban eran humanos; el rumbo tenía que ajustarse continuamente; lo único que podían hacer los navegantes era comprobar una y otra vez sus propios cálculos y los cálculos y las operaciones de los ordenadores, comprobar una y otra vez los datos introducidos y la retroalimentación, comprobar y corregir errores, y seguir haciéndolo una y otra vez. Si los cálculos y las operaciones concordaban unos con otros, si todo cuadraba, no ocurría nada. Te limitabas a repetirlo todo de nuevo, eternamente.

La navegación era tan emocionante como el recuento de bacterias, que también era un trabajo impopular. Y el talento y la preparación matemática necesarios para llevarlo a cabo eran impresionantes. No había muchos estudiantes que se matricularan en nave más allá del primer año obligatorio, y muy pocos que se especializaran en ella. 4-Canaval buscaba candidatos, o víctimas, como decían algunos estudiantes suyos.

Si la impopularidad del tema surgía de una incomodidad más profunda, de cierto temor ante lo que trataba –el viaje a través del espacio, el movimiento mismo del mundo de la nave, su curso, su meta– nadie hablaba de ello. Pero Hsing lo pensaba a veces.

Canaval Hiroshi estaba en la cuarentena y era un hombre bajo, de espalda erguida, de cabellos gruesos y espesos y rostro sincero, como las imágenes de los maestros zen, pensó Hsing. Estaba emparentado con Luis; eran primos segundos; a veces Hsing veía cierto parecido. En clase era brusco, impaciente, intolerante con los errores. Los estudiantes se quejaban: un error insignificante en una simulación por ordenador y lo tiraba todo a la basura, horas de trabajo, diciendo «no vale». Era sin duda arrogante y obsesivo al mismo tiempo, pero Hsing lo defendía frente a las acusaciones de megalomanía.

–No es cuestión de ego –decía–. No creo que tenga ego. Lo único que tiene es su trabajo. Y está obligado a hacerlo bien. Sin equivocaciones. Quiero decir, si nos acercamos demasiado a un pozo gravitacional, ¿verdad que importa si es por un pársec o un kilómetro?

–Vale, pero un milímetro no hace daño alguno –dijo Aki, que acababa de recoger una bonita carta de navegación tachada con un «no vale».

–Un milímetro ahora, un pársec dentro de diez años –dijo Hsing con mojigatería.

Vio que Aki ponía los ojos en blanco. No le importó. Nadie más parecía entender la emoción de hacer lo que hacía Canaval, la excitación de obtener el resultado correcto; no casi cercano, sino el resultado exacto. La perfección. Era hermoso, el trabajo. Era abstracto, pero humano, incluso humilde, porque lo que tú querías no tenía importancia. Y no podías hacerlo rápido; tenías que poner bien todas las cosas pequeñas, cuidar todos los detalles, para conseguir el resultado final. Había un camino que seguir. Hacía falta una atención constante, incesante y alerta para no salirte de él. No tenía nada que ver con tus deseos o tu voluntad, sino con seguir el camino. Ser consciente, todo el tiempo, estar centrado. Navegación celestial: navegar por el cielo. Allí fuera estaba el infinito. Solo había un camino para atravesarlo.

Y si saber eso se te subía a la cabeza, siempre había alguien que te recordaba, de una manera inmediata e indiscutible, que dependías completamente de los ordenadores.

En el tercer año de nave, Canaval siempre ponía un problema: *Los ordenadores se apagan durante cinco segundos. Utilizando las coordenadas y las posiciones dadas, trazad el curso de los próximos cinco segundos sin usar los ordenadores*. Los estudiantes o bien lo dejaban unas horas después, o trabajaban días enteros en ello hasta que lo abandonaban por ser una pérdida de tiempo. Hsing no entregó el problema. Al final del trimestre, Canaval se lo pidió.

–Decidí mirármelo en vacaciones –dijo ella.

–¿Por qué?

–Me gustan los cómputos. Y quiero saber cuánto tiempo necesito.

–¿Cuánto llevas de momento?

–Cuarenta y cuatro horas.

Él asintió tan ligeramente que tal vez no lo hizo, y se alejó. Era incapaz de mostrar aprobación.

No obstante, tenía cierta capacidad para el placer y reía cuando encontraba algo divertido, normalmente cosas muy sencillas, errores absurdos, contratiempos estúpidos. Su risa era un ¡ja! ¡ja! ¡ja! alto, infantil. Después de reír siempre decía, con una sonrisa ancha: «¡Estúpido! ¡Estúpido!».

–Es realmente un maestro zen –le dijo a Luis en la cafetería universitaria–. Lo digo en serio. Hace zazen. Se levanta a las cuatro para hacerlo. Tres horas. Ojalá yo fuera capaz. Pero tendría que acostarme a las veinte, nunca estudiaría nada. –Observando una falta de respuesta en Luis, añadió–: ¿Y qué tal tu cadáver virtual?

–Reducido a un esqueleto virtual –dijo Luis, todavía con aire un poco ausente.

Los estudiantes universitarios escogían una carrera profesional el tercer año. Hsing estaba en nave, Luis en medi. Ya no tenían clase juntos, pero se veían todos los días en el café de la universidad, los gimnasios o la biblioteca. Ya no visitaban la habitación del otro.

EL SEXO EN EL CUENCO DE CRISTAL

Los amantes no huyen (¿adónde?). Los encuentros de los amantes son cuestiones públicas. Tu capacidad de procreación es un tema de intenso e inmediato interés social. La contracepción está garantizada por una inyección cada veinticinco días, en las chicas desde el comienzo de la menstruación, en los chicos en un momento determinado por el personal médico. No ir a la Clínica para que te pongan la inyección contraceptiva en la fecha y la hora previstas motiva una investigación pública inmediata: los empleados de la Clínica van a tu clase, a tu gimnasio, a tu sección, pasillo, espaciocasa, proclamando tu nombre y tu delincuencia en voz alta y clara.

Las personas pueden prescindir de las inyecciones contraceptivas en las siguientes condiciones o supuestos: esterilización o fin de la menopausia; una promesa de castidad u homosexualidad estricta; o la intención de concebir, declarada formalmente tanto por el hombre como por la mujer. La mujer que viola la promesa de castidad o concibe un hijo con alguien que no sea la pareja declarada puede recibir la inyección del día después, pero tanto ella como su pareja sexual deben retomar las inyecciones contraceptivas durante dos años. Las concepciones no autorizadas se abortan. Las inexorables razones sociales y genéticas de ello quedan más que claras durante tu educación. Pero todas las razones del mundo no servirían si pudieras mantener en privado tu vida sexual. No se puede.

Tu pasillo lo sabe, tu familia lo sabe, tu sección, tu linaje, todo tu cuadrante sabe quién eres y dónde estás y qué haces y con quién lo haces, y todos hablan. La vergüenza y el honor son unos poderosos motores sociales. Reforzados por una publicidad absoluta y vinculados a una necesidad racional, en lugar de dar pie a fantasías jerárquicas y voluntad de dominio, la vergüenza y el honor pueden lograr que una sociedad avance sin sobresaltos durante mucho tiempo.

Un adolescente puede abandonar el espaciocasa de sus padres y encontrarse con un soltero en otro pasillo, en otra sección, incluso cambiar de cuadrante; pero todos los habitantes de ese nuevo pasillo, sección, cuad, sabrán quién entra y sale por tu puerta. Observarán, interesados, y vigilantes, y curiosos, y en su mayor parte con buenas intenciones, y siempre con la esperanza de un escándalo, y hablarán.

La Madri, o Madriguera, era el primer lugar al que se trasladaban muchos jóvenes cuando dejaban el espacio de sus padres. Se trataba de un conjunto de pasillos del Cuad Cuatro, próximo a la Universidad; todos los espacios eran de soltero; debido a la forma del hueco del acelerador principal, no todas las paredes de la Madri tenían ángulos rectos y algunos espacios eran de tamaño inferior al estándar. Los estudiantes movieron las particiones y crearon un laberinto y cubículos y espacios comunes. La Madri era ruidosa y desorganizada y olía a ropa sucia. El sueño era ocasional; el sexo, promiscuo. Pero todos se presentaban puntualmente en la Clínica para que les pusieran la inyección contraceptiva. Luis vivía cerca de la Madri en un triple con otros dos estudiantes de medicina, Tan Bingdi y Ortiz Einstein. Hsing seguía en el espaciocasa del Cuad Dos con Yao. Tenía que caminar veinte minutos de ida y veinte de vuelta todos los días para ir a la universidad.

Después del habitual periodo de experimentación, cuando entró en la universidad, Hsing había prometido castidad. Decía que no quería inyecciones contraceptivas que controlaran los ciclos de su cuerpo, y no deseaba que las emociones controlaran su mente; no hasta que acabara la carrera.

Luis continuó recibiendo su inyección contraceptiva cada veinticinco días, no prometió castidad, pero tampoco se acostaba con ninguno de sus amigos. Nunca lo había hecho. Sus únicas experiencias sexuales habían sido la promiscuidad general de las fiestas de adolescentes.

Sabían eso el uno del otro porque era de dominio público. Cuando estaban juntos no hablaban de esas cuestiones. Sus

silencios eran tan profunda y cómodamente compartidos como sus conversaciones.

Su amistad era también pública, claro. Sus amigos especulaban abiertamente sobre por qué Hsing y Luis no se acostaban juntos y si lo harían alguna vez, y cuándo.

Bajo su amistad había algo que no era público, y que no era amistad: una promesa hecha sin palabras, solo con el cuerpo; una no acción de profundas consecuencias: cada uno era la intimidad del otro. Habían averiguado adónde huir. La clave era el silencio.

Hsing rompió la promesa, rompió el silencio.

–Reducido a un esqueleto virtual –dijo Luis ausente, evidentemente pensando en algo que no era el cadáver virtual que le había enseñado anatomía. El cadáver había sido programado por su macabro autor para guiar y castigar al aprendiz de disector. «¡La médula, idiota!», susurraba cavernosamente desde los labios inmóviles y la cavidad del tórax sin pulmones, o «¿Verdad que no crees que *eso* es el intestino ciego?». A Hsing le gustaba oír lo que había dicho el cadáver. Si no cometías errores, de vez en cuando te recompensaba con arrebatos de poesía. «¡El alma aplaude y canta, y canta más alto!», había exclamado, aun después de que Luis le quitara la laringe. Pero hoy no tenía historias de cadáveres para ella, y siguió sentado a la mesa de la cafetería, pensando.

Ella dijo:

–Luis, Lena...

Luis levantó la mano tan rápido, tan callado, que ella guardó silencio, después de haber dicho solo el nombre.

Hubo una pausa muy larga.

–Escucha, Luis. Eres libre.

Volvió a levantar la mano, rechazando las palabras, defendiendo el silencio.

Ella insistió:

–Quiero que sepas que eres...

–Tú no puedes liberarme –dijo. La ira u otra emoción hacían que su voz fuera más profunda–. Sí. Soy libre. Los dos lo somos.

–Yo solo...

–¡No, Hsing! ¡No! –La miró directamente a los ojos durante un instante. Se puso en pie–. Déjalo –dijo–. Tengo que irme. –Se alejó pasando entre las mesas. La gente decía «Hola, Luis» y él no respondía. Advirtieron que había habido una pelea. Hoy Hsing y Luis se han peleado en la cafetería. Eh, ¿qué les pasa a Hsing y a Luis?

YIN YANG

A una joven puede resultarle difícil resistirse a las insinuaciones sexuales de un hombre mayor en posición de poder o autoridad. Su resistencia se ve aún más comprometida si él le parece atractivo. Es probable que ella niegue tanto el problema como la atracción, deseando conservar su libertad de elección y la de otras mujeres. Si su deseo de independencia es fuerte y claro, resistirá la presión del deseo, resistirá su propio anhelo de igualar la fuerza de su rendición a la fuerza de la agresión, de atraerlo hacia ella gritando «¡Tómame!».

O puede que su libertad sea precisamente esa rendición. Al fin y al cabo, su principio es el yin. Al yin se le llama principio negativo, pero es el yin el que dice «Sí».

Volvieron a verse en la cafetería un tiempo después de la graduación. Ambos estaban de intensas prácticas en las especialidades que habían elegido, Luis como interno en el Hospital Central, Hsing como aprendiz en el Equipo del Puente. El trabajo los consumía. Llevaban sin verse a solas dos o tres diezdías.

Ella dijo:

–Luis, estoy viviendo con Canaval.

–Alguien me lo dijo. –Todavía hablaba con aquella vaguedad, ausencia, una especie de blando forro sobre algo duro y fijo.

–Me decidí la semana pasada. Quería contártelo.

–Si es bueno para ti...

–Sí. Lo es. Quiere que nos casemos.

–Eso está bien.

–Hiroshi es..., es como el núcleo de fusión. Es emocionante estar con él. –Hablaba con seriedad, intentando explicarse, con el deseo de que él lo entendiera. Era importante que lo entendiera. Él levantó la vista de repente, sonriendo. A Hsing se le puso la cara de un rojo oscuro–. Intelectualmente, emocionalmente –dijo.

–Eh, caraplana, si está bien, está bien –dijo él. Se inclinó y la besó ligeramente en la nariz.

–Tú y Lena... –dijo ella, ansiosa.

Él mostró una sonrisa diferente y respondió con calma, suavidad y rotundidad:

–No.

INTEGRIDAD

No es que a Hiroshi le faltaran piezas. Estaba completo. Era de una sola pieza. A lo mejor era eso lo que le faltaba: fragmentos de los otros Hiroshis que podrían haber leído novelas, o jugado al solitario, o haberse levantado tarde, o haber hecho cualquier cosa menos lo que hacía él, haber sido alguien que no era.

Hiroshi hacía lo que hacía y hacerlo era lo que él era.

Hsing había pensado, como podría creer una mujer joven, que su presencia en la vida de él la ampliaría, la cambiaría. Cuando se fueron a vivir juntos comprendió enseguida que había cambiado considerablemente la vida de ella y nada la de él. Se había convertido en parte de lo que hacía Hiroshi. Una parte esencial, sin duda, porque él solo hacía lo que era esencial. Pero ella nunca había comprendido realmente lo que hacía.

Esa comprensión supuso un cambio más importante en su modo de pensar y en el rumbo de su vida que acostarse y vivir con él. Los placeres, las tensiones y los descubrimientos del sexo no dejaban de atraerla, deleitarla y a menudo sorprenderla; pero el sexo le parecía, como el comer, una espléndida satisfacción física que no ocupaba

una parte significativa de su mente o ni siquiera de sus emociones. Lo que las ocupaba era el trabajo.

Y el descubrimiento, la revelación que le hizo Hiroshi, no tenía nada que ver, o parecía no tener nada que ver, con su relación. Atañía al trabajo que hacía él, que hacían los dos. A toda su vida. La vida de todos los habitantes de la nave del mundo.

–Me pediste que me fuera a vivir contigo para poder captarme –le dijo aproximadamente medio año después.

Él respondió con su honestidad habitual porque, aunque todo lo que hacía servía para ocultar y perpetuar un engaño, realizaba esfuerzos escrupulosos por no mentir nunca a un amigo:

–No, no, confiaba en ti. Pero eso lo simplificó todo, ¿verdad?

Ella rio.

–Para ti. ¡No para mí! Para mí antes todo era muy simple. Ahora todo es doble...

Él la miró sin hablar durante un rato; luego le tomó la mano y dulcemente le puso los labios en la palma. Era un compañero sexual formal y cortés, cuya manera de entregarse a la pasión siempre la enternecía, y hacer el amor con él era una alegría segura y a veces asombrosa. Sin embargo, sabía que para Hiroshi, en última instancia, ella no era más que combustible para el núcleo de fusión, un componente más de su único y primordial propósito. Se decía a sí misma que no se sentía utilizada, o engañada, porque ahora sabía que todo era combustible para Hiroshi, incluido él mismo.

Errores

Llevaban casados tres días cuando él le dijo cuál era el propósito de su trabajo, lo que hacía.

–Hace un año me preguntaste sobre unas discrepancias en los registros de aceleración –dijo.

Estaban comiendo solos en su espaciocasa. Luna de miel, se llamaba, una palabra que no evocaba nada en un mundo sin miel o

abejas que la hiciesen, sin meses o luna que los midiese. Pero era una bonita costumbre.

Ella asintió.

–Me demostraste que había olvidado algún factor. No recuerdo de cuál se trataba.

–Una falsedad –dijo él.

–No, eso no es lo que dijiste. La constante de... La interrumpió.

–Lo que dije era una falsedad –dijo él–. Una mentira deliberada. Para desorientarte. Hacerte creer que habías cometido un error. Tus cómputos eran perfectamente correctos, no omitiste nada. Hay discrepancias. Discrepancias mucho mayores que la que tú encontraste.

–¿En los registros de aceleración? –dijo ella estúpidamente.

Hiroshi asintió una vez. Había dejado de comer. Hsing sabía que cuando hablaba con tanta calma era porque estaba muy nervioso.

Tenía hambre y se metió en la boca un montón de fideos antes de dejar los palillos en la mesa y decir, entre fideos:

–Muy bien, ¿qué me estás contando?

Hiroshi tenía el rostro en tensión. Sus ojos miraron los de ella un momento con una expresión de ¿desesperación? ¿súplica? tan poco típica de él que la sorprendió, la conmovió tanto como su vulnerabilidad cuando hacían el amor.

–¿Qué pasa, Hiroshi?

–La nave lleva cuatro años desacelerándose –dijo.

La mente de Hsing se movió con una rapidez tremenda, recorriendo consecuencias, explicaciones, argumentos.

–¿Qué ha fallado? –preguntó al fin, bastante firme.

–Nada. Es una desaceleración controlada. Deliberada.

Estaba mirando su bol. Cuando levantó la vista para mirarla y volvió a bajarla enseguida, Hsing se dio cuenta de que temía lo que ella opinara. Tenía miedo de ella. Aunque, pensó, su miedo no tuviera influencia alguna en lo que le hiciera o dijera.

–¿Deliberada?

–Una decisión que se tomó hace cuatro años –dijo.

–¿Quién la tomó?

–Cuatro personas del Puente. Más tarde, dos de Administración. Ahora lo saben también cuatro personas de Ingeniería y Mantenimiento.

–¿Por qué?

La pregunta pareció aliviarle, quizá porque la hizo con tranquilidad, sin protesta o desafío. Esta vez respondió en un tono más habitual en él, incluso con un toque de la seguridad y la mordacidad del profesor.

–Me has preguntado qué ha fallado. Nada. No ha fallado nada. Siempre hemos seguido nuestro rumbo, sin apenas desviaciones. Pero hubo un error. Un error extraordinario, enorme. Lo cual nos permitió aprovecharnos de él. Un error es una oportunidad. Chierek y yo lo detectamos. Un error fundamental, continuo, en las aproximaciones de la trayectoria, que data de nuestro paso por el pozo gravitacional CG440, hace cinco años, en el Año 154. ¿Qué ocurrió entonces?

–Perdimos velocidad –respondió ella automáticamente.

–La ganamos –dijo él. La miró para ver su incredulidad–. El aumento de aceleración fue tan grande y abrupto que los ordenadores asumieron un error de factor diez y lo compensaron. –Hizo una pausa para asegurarse de que Hsing lo seguía.

–¿Factor *diez*?

–Para cuando Chierek acudió a mí con las cifras y me di cuenta de que solo podían explicarse como un error en la compensación de los ordenadores, habíamos acelerado hasta punto ochenta y dos y estábamos cuarenta años por delante de lo previsto.

Hsing estaba indignada por la broma, porque había intentado tomarle el pelo, diciendo esas monstruosidades.

–Punto ochenta y dos no es posible –dijo, fría, desdeñosa.

–Ya lo creo que sí –dijo Hiroshi con una sonrisa igual de fría–, es posible. Es real. Nosotros lo hemos hecho. Hemos viajado a punto ochenta y dos durante noventa y un días. Todo lo que sabías de la aceleración, los cálculos de Gegaard, el límite de ganancia de masa:

todo estaba mal. ¡Ahí es donde estaban los errores! ¡En los supuestos básicos! Un error es una oportunidad. Todo está bastante claro, una vez que has leído los registros y puedes hacer los cómputos. Podemos decírselo todo a los físicos de Dichew cuando lleguemos a Shindychew. Decirles dónde se equivocaron. Explicarles cómo utilizar un pozo gravitacional para lanzar un objeto hasta a ocho décimas de la velocidad de la luz. Éste es el viaje de la *Descubrimiento*, cierto. Podríamos haberlo hecho en ochenta años.

–Tenía el rostro endurecido por el triunfo, el rostro de un conquistador–. Llegaremos al sistema de destino dentro de cinco años –dijo–. En la primera mitad del Año 164.

Ella no sentía más que ira.

–Si eso es verdad –dijo al fin, despacio y sin expresión–, ¿por qué me lo cuentas ahora? ¿Por qué me lo cuentas? Lo has mantenido en secreto con todos los demás. ¿Por qué?

No fue solo la enorme conmoción de lo que le estaba contando, sino también su mirada victoriosa, su tono triunfal, lo que despertó aquella oleada de rabia, la oposición que él había temido al principio, la pregunta *¿Cómo te atreves?* Pero ahora, la ira de ella no le afectaba; permanecía inalterado, alentado por la convicción de que tenía razón.

–Es el único poder de que disponemos nosotros –dijo.

–¿Nosotros? ¿Quiénes?

–Los que no somos ángeles.

CONTAR EL NÚMERO DE ÁNGELES

Cuando a Luis le dijeron que la Agenda Educativa de la sexta generación no era accesible porque la estaban revisando, repuso:

–Pero eso es lo que me dijeron cuando quise verla hace ocho años.

La mujer de la pantalla de información del Centro de Educación, de un aire maternal, sacudió la cabeza con gesto compasivo.

–Oh, siempre la están revisando o estudiando, ángel –dijo–. Tienen que actualizarla continuamente.

–Entiendo –dijo Luis–, gracias. –Y desconectó.

El viejo Tan había muerto dos años antes, pero su nieto era un sustituto prometedor.

–Escucha, Bingdi –dijo Luis desde el otro extremo del espacio común–, ¿aparece el número de ángeles en el registro de personas?

–¿Cómo podría saberlo yo?

–Los bibliotecarios son los maestros de las trivialidades útiles.

–¿Te refieres a si los ángeles están listados como tales? No. ¿Por qué iban a estarlo? Las antiguas afiliaciones religiosas no se listaban nunca. Eso sería divisivo. –Bingdi no hablaba tan despacio como su abuelo, pero sí con un ritmo similar, siguiendo cada frase con un pequeño silencio pensativo, una pausa de negra–. Supongo que la Beatitud es una afiliación religiosa. No sé de qué otra manera podría definirse. Aunque no estoy seguro de cómo se define una religión.

–Así que es imposible saber con exactitud cuántos ángeles hay. O dicho de otro modo: es imposible saber quién es un ángel y quién no.

–Podrías preguntarlo.

–Por supuesto. Lo haré.

–Recorres todo el mundo de pasillo en pasillo –dijo Bingdi–, preguntando a cada persona con la que te encuentres: ¿Eres un ángel?

–¿Acaso no somos todos ángeles? –dijo Luis.

–A veces parece que sí.

–Desde luego.

–¿Adónde quieres ir a parar?

–Lo que me preocupa es adónde no puedo ir a parar. El programa educativo para los seises, por ejemplo.

Bingdi pareció sobresaltarse un poco.

–¿Estás pensando en procrear un bebé seis?

–No. Quiero averiguar algo de Shindychew. Los seises van a desembarcar en Shindychew. Es razonable pensar que serán educados para hacerlo. Que les informarán de lo que pueden encontrar allí. Cómo vivir en el exterior. Que los prepararán para hacerse eva a largo plazo en la superficie de un planeta. Ése será su trabajo, después de todo. Los ceros debieron de incluir ese tipo de información en el programa de educación. Tu abuelo lo decía. ¿Dónde está? ¿Y quién va a enseñarles?

–Bueno, todavía no hay ningún seis que lleve ropa –dijo Bingdi–. Es un poco pronto para aterrorizar sus pobres cabecitas con historias de un mundo desconocido, ¿no?

–Mejor demasiado pronto que nunca –dijo Luis–. La fecha de destino está a cuarenta y cuatro años de ahora. Puede que nosotros queramos hacernos eva en Shindychew. Chocheando, como dijo Hsing.

–¿Puedo pensarlo dentro de un par de décadas? –preguntó Bingdi–. Ahora mismo necesito completar unos datos triviales útiles.

Miró a la pantalla, pero un minuto después se volvió hacia Luis de nuevo.

–¿Qué tiene que ver esto con el número de ángeles? –dijo, con la voz de alguien que atisba la respuesta mientras hace la pregunta.

Los enemigos de la Beatitud

Hsing no conocía bien a 5-Chin Ramón, aunque pertenecía al círculo de Hiroshi. Llevaba en el Consejo Directivo un par de años. Ella no lo había votado. Se consideraba de origen chino y vivía en el Complejo Montaña de Pinos, que en su mayor parte estaba habitado por Chins y Lees. Muchos chinos se habían convertido en ángeles muy pronto. Según decían, Ramón había subido como la espuma en la Beatitud. Parecía un hombre anodino, convencional; como muchos otros ángeles, trataba a las mujeres de una manera defensiva, distante y burlona que a Hsing le parecía infame. Le había desagradado, y

sorprendido mucho, que fuera una de las diez –ahora once– personas que sabían que la nave estaba desacelerándose hacia una pronta llegada al destino.

–¿Así que hiciste esa grabación sin decir a nadie que estabas grabando? –le preguntó, sin intentar disimular el desdén y la desconfianza de su voz.

–Sí –dijo Ramón, inexpresivo.

Ramón había tenido una crisis de conciencia: eso decía Hiroshi. 5-Chatterji Uma se lo explicó a Hsing. Hsing sentía aprecio y admiración por Uma, una mujer lista y elegante elegida para presidir el Consejo Directivo cuatro años seguidos; tenía que escucharla. Ramón, explicó Uma, había sido admitido en el círculo interno de Patel Enbeatitud, los arcángeles; y lo que oyó y aprendió allí lo había perturbado de tal modo que había roto su promesa de discreción, tomado notas de lo que se decía entre los arcángeles y se las había dado a Uma. Ella les había mostrado el informe a Canaval y los otros. Le habían pedido a Ramón que demostrara lo escrito. Así que había grabado en secreto una sesión de los arcángeles.

–¿Cómo puedes confiar en una persona capaz de hacer eso? –había preguntado Hsing.

–Era la única manera que tenía de demostrarlo. –Uma había mirado con simpatía a Hsing–. Sospechas paranoicas, rumores de complots para apoderarse de la navegación, alterar nuestros genes, poner medicamentos no probados en el suministro de agua... ¡Cuánto habremos oído todos! Era la única manera que tenía Ramón de convencernos de que no estaba paranoico o simplemente tenía malas intenciones.

–Las grabaciones son fáciles de falsificar.

–Las falsificaciones son fáciles de distinguir –dijo 4-García Teo con una sonrisa; era un ingeniero grande y amable, de facciones bien marcadas, en quien Hsing no podía evitar confiar, por mucho que intentara desconfiar de todos los presentes en la habitación–. Es real.

–Escúchala, Hsing –dijo Canaval, y ella asintió, aunque con el corazón sombrío. Odiaba aquello, aquel secretismo, aquella mentira, aquel ocultamiento, aquel complot. No quería formar parte de él, no quería estar con aquellas personas, ser una de ellas, compartir el poder al que se habían aferrado: porque tenían que hacerlo, decían continuamente; pero nadie tenía que mentir. Nadie tenía derecho a hacer lo que estaban haciendo ellos, a controlar la vida de todo el mundo sin avisarles.

A ella, las voces de la grabación no le decían nada. Voces de hombre, hablando sobre algo que ella no entendía, que en cualquier caso no era asunto suyo. Que los ángeles tengan sus secretos, que Canaval y Uma tengan los suyos, pero a mí dejadme fuera, pensó.

Pero quedó atrapada por el sonido de la voz de Patel Enbeatitud, una voz dulce, vieja, suave pero férrea, que conocía desde siempre. A pesar de su resistencia, de su disgusto por verse obligada a escuchar a escondidas, de su incredulidad, oyó a la voz decir: «Canaval debe ser desacreditado para que podamos contar con el Puente. Y Chatterji».

–Y Tranh –dijo otra voz, a lo cual 5-Tranh Golo, también miembro del Consejo, asintió con la cabeza en una pantomima irónica de muchas gracias.

–¿Qué estrategia tenéis pensada?

–Chatterji es fácil –dijo la otra voz, más profunda–, es indiscreta y arrogante. Los rumores socavarán su influencia. Con Canaval tendremos que recurrir a la salud.

Hsing sintió un curioso escalofrío. Miró a Hiroshi. Estaba impasible, como durante su meditación matutina.

–Canaval es un enemigo de la Beatitud –dijo la voz vieja, la de Patel.

–En una posición de una autoridad única –dijo una de las otras. A lo cual la voz profunda respondió:

–Debe ser reemplazado. En el Puente, y en la universidad. Debemos tener a un buen hombre en esas dos posiciones. –El tono de la voz profunda era afable, lleno de una seguridad razonada.

La discusión prosiguió; a Hsing le resultó incomprensible en gran parte, aunque ahora escuchaba con atención, intentando entender. De repente la grabación se cortó en mitad de una palabra.

Se sobresaltó y miró a los demás: Uma, Teo, Golo y Ramdas, a quienes consideraba amigos suyos; Chin Ramón y dos mujeres, una ingeniera y una miembro del Consejo, a quienes conocía por pertenecer al círculo secreto, pero no consideraba amigos. Y Hiroshi, todavía haciendo zazen. Se encontraban en el espaciocasa de Uma, con muebles de «estilo nómada», una moda reciente, sin biltins, solo alfombras y cojines con brillantes estampados de cachemira.

–¿Qué decían de tu salud? –preguntó Hsing–. ¿Decían algo de unas válvulas del corazón?

–Tengo una deformidad congénita del corazón –dijo él–. Está en mi carpeta H.

Todo el mundo tenía una carpeta H: mapa genético, registro sanitario, registros escolares, historia laboral. Tú tenías el código; nadie podía ver tu carpeta H sin tu permiso, hasta que morías y el archivo pasaba de Registros a Archivos. Una considerable mística de la privacidad rodeaba estos archivos personales. Solo un copadre o un médico te pedían que les enseñaras tu carpeta H. Que alguien pudiera romper o robar el código y mirarla sin tu permiso era impensable. Hsing no había visto la carpeta H de Hiroshi y nunca se lo había pedido, porque no planeaban tener un hijo. No entendía por qué la había mencionado.

–El noventa por ciento de los empleados de Registros son ángeles –dijo Ramón al ver su expresión de perplejidad.

Le molestó que la presionara, obligándola a darse cuenta de lo que había querido decir Hiroshi. Le molestaba Ramón, su voz demasiado dulce, su rostro estricto, duro. Siempre que Ramón estaba cerca, Hiroshi se ponía tenso también, apretaba los labios, obsesionado por todo eso de que los ángeles se estaban haciendo con el poder. Ahora Ramón había logrado controlarla asimismo a ella, obligándola a aliarse con ellos, a escuchar la grabación que había hecho traicionando a personas que confiaban en él.

Para su consternación descubrió que tenía ganas de llorar. Hacía años que no lloraba. ¿Qué motivos había para hacerlo?

Chatterji Uma la miraba con simpatía.

–Hsing –dijo con calma, mientras los otros empezaban a hablar–, cuando Ramón me enseñó sus notas le dije que se fuera. Luego me pasé toda la noche vomitando.

–Pero –dijo Hsing–. Pero. Pero ¿por qué quieren hacer todo eso? –La voz surgía sin modular, alta. Los otros se volvieron.

Ramón y Hiroshi respondieron:

–Poder –dijo uno.

El otro dijo:

–Control.

Ella no miró a ninguno de los dos. Miró a la mujer del Consejo, la mujer, en busca de una respuesta que tuviera sentido.

–Porque, si lo he entendido bien –dijo Uma–, Patel Enbeatitud ha enseñado a los ángeles que nuestro destino no es un lugar de parada, no es ningún tipo de lugar.

Hsing abrió mucho los ojos.

–¿Quieres decir que creen que Shindychew no existe?

–Nada existe fuera de la nave. Nada existe sino el Viaje.

ALMA, DIME QUÉ ES LA MUERTE

Regocijaos en el viaje de la vida, desde la vida,
hacia la vida, la vida eterna, la beatitud eterna.
Estamos volando, ¡oh ángeles míos, vamos a volar!

Todos los celebrantes cantaron en voz alta el último verso, dulces y exultantes, y Rosa se volvió para mirar a Luis. Estaban sentados en fila, Luis, Rosa con su bebé Jellika, su esposo Ruiz Jen con su hijo Alegría, de dos años, en el regazo. Los ángeles solían tener lo que ellos llamaban «familias completas» y «verdadera hermandad», parejas que habían criado a sus dos hijos juntos. *La madre es dulce*

para mimar, el padre es fuerte para guiar, niño pequeño, niña pequeña, creciendo uno junto a otro. Luis tenía la cabeza llena de tópicos, poemas y dichos. En los últimos cuatro diezdías había leído casi exclusivamente literatura angélica. Había leído *El ángel a los ángeles* dos veces, y los *Nuevos comentarios* de Patel Enbeatitud tres veces, y muchos otros textos; había conversado con amigos y conocidos ángeles, y escuchado mucho más que hablado. Le había preguntado a Rosa si podía ir a las Celebraciones con ella, y ella le había dicho que sí, por supuesto, que nada podía hacerla más feliz.

–No voy para convertirme en ángel, Rosie –dijo él–, no es por eso por lo que quiero ir. –Pero ella rio y le tomó las manos.

–Oh, ya eres un ángel, Luis. No te preocupes por eso. Solo que me encantaría llevarte a la beatitud.

Después de los cantos iba la Sesión en Paz, durante la cual los celebrantes guardaban silencio hasta que uno de ellos se sentía impulsado a hablar. Luis había llegado a esperar con impaciencia las sesiones. Lo que se decía era normalmente bastante breve: una alegría compartida, o un temor o pesar, con la confiada esperanza de ser comprendidos. La primera vez que había ido con Rosa, ella se puso en pie para decir: «¡Estoy tan contenta porque mi querido amigo Luis está aquí!», y la gente se había vuelto y les había sonreído a ella y a él. Había discursos preparados de antemano que decían que había que ser agradecidos y no olvidar ser alegres, pero con frecuencia las personas hablaban de corazón. En la última reunión, un anciano que había perdido a su esposa dijo: «Sé que Ada está volando en beatitud, pero me siento solo caminando por los pasillos sin ella. Si sabéis cómo, por favor, ayudadme a aprender a no lamentar su alegría».

Ese día la gente se sentía demasiado tímida para hablar y solo decía cosas convencionales, probablemente porque había un arcángel presente. Los arcángeles visitaban las Celebraciones caseras o sectoriales para dar breves discursos o enseñanzas. Algunos eran cantantes que interpretaban las canciones llamadas «piadosas», que los celebrantes escuchaban embelesados. A Luis

estas canciones le parecían ricas y complejas musical e intelectualmente, y se dispuso a escuchar con interés cuando presentaron al cantante, 5-Van Wing.

–Voy a cantar una canción nueva –dijo Wing con la simplicidad propia de los ángeles, hizo una pausa y empezó.

Su voz sin acompañamiento era la de un tenor fuerte y seguro. Interpretó una canción piadosa de un tipo que Luis no había oído nunca. La melodía emanaba con libertad, extática, y era evidente que en gran parte era improvisada, construida a partir de unas cuantas pautas relacionadas; las palabras no concordaban con la música, eran sugerentes, breves, oscuras.

Ojo, ¿qué ves? Negrura, el vacío. Oído, ¿qué oyes? Silencio, no voces.
Alma, dime qué es la muerte. Silenciosa, negra, ajena.
¡Que la vida se purifique! Vuela siempre con regocijo,
¡oh, vehículo de la beatitud!

Los últimos tres versos subían en cadencias convencionalmente alegres, pero la canción se demoraba oscuramente en las palabras anteriores, repitiéndolas muchas veces, y el cantante les imbuía un estremecimiento de horror que Luis sintió con tanta fuerza como los demás.

Fue una actuación notable, y Van Wing era un verdadero artista, pensó.

Al hacerlo admitió que se estaba defendiendo de la canción, intentando trivializar el efecto que esos versos habían obrado sobre él.

Alma, dime qué es la muerte.
Silenciosa, negra, ajena.

Mientras recorría los pasillos llenos de gente en dirección a su espaciocasa en el Cuatro, las palabras seguían entonando su oscura

canción dentro de su cabeza. Cuando despertó a la mañana siguiente, comprendió lo que significaban para él.

Sentado en la cama empezó a escribir en un libro con las páginas en blanco que Hsing le había dado como regalo de cumpleaños cuando tenían dieciséis años. Aunque nunca lo había utilizado mucho, después de todos aquellos años la mayoría de las hojas estaban cubiertas de arriba abajo, de borde a borde, con su letra pequeña y clara. Solo quedaban unas pocas. En la guarda se leía: «Una caja para la mente de Luis. Hecha con amor por Hsing», con el nombre escrito no con letras, sino con el antiguo ideograma. Veía la inscripción siempre que abría el libro.

Escribió: «Vida/nave/vehículo/pasaje: medios mortales hacia la inmortalidad (la verdadera beatitud). Destino metafórico, Destino en el sentido de Sino. Todo lo que importa está dentro. No hay nada fuera. Fuera es la nada. Negación, cero, vacío: Muerte. La vida está dentro. Salir es una negación, es una blasfemia». Miró fijamente la última palabra durante un rato, luego se inclinó y sacó el Diccionario Oxford de Inglés en la pantalla de la red interna. Estudió la definición y la etimología de «blasfemia» un tiempo. Luego buscó «herejía, hereje, herético», y luego «ortodoxia», que abandonó de repente para empezar a escribir de nuevo en el libro en blanco: «Hu. esp. muy ADAPTABLE. La beatitud es una adaptación psic./metaorgánica a la existencia en tránsito, una homeostasis casi perfecta. Seguir reglas, vivir dentro, vivir para siempre. Falta de adaptación a la *llegada*. La llegada se equipara a la MUERTE fís./espir.». Hizo una nueva pausa, luego escribió: «¿Cómo contrarrestarlo, causando la menor cantidad posible de discusiones, luchas de facciones, aflicción?».

Dejó de escribir y se pasó un buen rato pensando sentado, meditando. El suave, continuo e invariable flujo de aire a 22 °C de la toma atmosférica de su espacio de dormir agitaba las delgadas hojas del libro moviéndolas hacia la derecha y revelando la guarda otra vez. «Una caja para la mente de Luis.» La palabra amor. El

ideograma que significaba Hsing, que significaba estrella. No había nadie más con quien hablar.

No respondió a su primer mensaje, y cuando pudo comunicarse con ella estaba ocupada, lo siento, estoy tan liada precisamente ahora, no puedo dejar el trabajo... No podía haberse vuelto una engreída. Canaval era engreído, no sin justificación. Pero ¿Hsing pomposa, Hsing evasiva? No. Ocupada. ¿Por qué estaba tan ocupada? ¿Qué tipo de trabajo era el que no te permitía responder a un amigo? Probablemente todavía tenía miedo de él. Eso lo apenaba, pero no era una pena nueva. Y como tenía miedo de sí misma, no de él, en realidad era problema suyo, no de él. Así que insistió. Se negó a ser postergado. «Iré mañana a las diez», y a las diez estaba en la puerta del espaciocasa de Hsing. Ella estaba; Canaval no. Actuaba brusca, incómodamente. Se sentaron frente a frente en el sofá de biltin.

–¿Pasa algo, Luis?

–Necesito contarte lo que he averiguado de los ángeles.

Era extraño decir eso después de medio año de silencio entre ellos, y él lo sabía; sin embargo, la respuesta de ella le pareció aún más extraña. Pareció asombrada, consternada. Ocultó su sorpresa, empezó a hablar, se detuvo y, por último, con lo que parecía suspicacia, dijo:

–¿Por qué a mí?

–¿A quién si no?

–¿Qué crees que tengo que ver con ellos?

¡Rodeos!, pensó Luis. Se limitó a decir:

–Nada. Y eso empieza a ser raro. Esto es importante, y necesito comentarlo contigo. Quiero saber qué piensas. Tu opinión. Siempre he pensado mejor hablando contigo.

Ella no se relajó en absoluto. Tensa, cautelosa, asintió de mala gana.

–¿Quieres té? –preguntó.

–No, gracias. Hablaré lo más rápido que pueda. Por favor, interrúmpeme si no queda claro. Dime si lo que digo es creíble.

–Últimamente no hay muchas cosas que me parezcan increíbles –dijo ella, seca, sin mirarlo–. Adelante, pues. Tengo que estar en el Puente a las diez cuarenta. Lo siento.

–Con media hora habrá bastante.

En la mitad de ese tiempo le había dicho lo que tenía que decirle. Empezó con el descubrimiento de que los comités y consejos de educación estaban controlados desde hacía al menos veinte años por una gran y firme mayoría de ángeles. Ahora era imposible averiguar qué currículo había planeado originalmente la generación cero para la seis. Los planes habían sido borrados, sin duda, puede que incluso en los Archivos. Cada vez que lo pensaba se sentía conmocionado por la posibilidad, y no intentó minimizar su inquietud. Hsing seguía ocultando cualquier tipo de reacción. Luis empezó a preguntarse si ya sabía antes todo lo que le estaba contando. En ese caso, tampoco lo admitía. Prosiguió.

El currículo de la escuela elemental y secundaria apenas había cambiado desde la época escolar de Hsing y Luis. El cambio más asombroso era una disminución de la información y los comentarios sobre Dichew y Shindychew. Ahora, en la escuela, los niños dedicaban muy poco tiempo a aprender cosas de los planetas de origen y destino. Cuando se hablaba de ellos el lenguaje era vago, con un tono curiosamente remoto. En dos textos recientes Luis había encontrado la frase «la hipótesis planetaria».

–Pero dentro de cuarenta y tres años y medio llegaremos a una de esas hipótesis –dijo Luis–. ¿Qué pensaremos entonces?

Hsing parecía asombrada otra vez, asustada. Luis tampoco sabía qué pensar. Prosiguió.

–He intentado comprender los elementos de la teoría o fe angélica que los llevan a negar la importancia, el hecho de que nuestro origen sea un planeta y nuestro destino otro. La Beatitud es un sistema de pensamiento coherente que en sí tiene casi sentido y que sirve de sistema de creencias para personas que viven como nosotros. De hecho, ése es el problema. La Beatitud es una proposición autosuficiente, un sistema cerrado. Se trata de una

adaptación psíquica a nuestra vida, la vida en la nave, una adaptación a un sistema autosuficiente, un entorno artificial invariable que satisface todas las necesidades en todo momento. Los miembros de las generaciones intermedias no tenemos más objetivo que seguir vivos y hacer que la nave continúe funcionando y en su rumbo, y para conseguirlo lo único que debemos hacer es seguir las reglas, la Constitución. Los ceros entendían que era un deber importante, una gran obligación, porque lo consideraban una componente de todo el viaje, el medio glorificado por el fin. Pero para quienes no verán el fin, no hay mucha gloria en ser el medio. Ésa era la visión de Kim Terry, cómo glorificar el medio, el viaje, cómo hacer que seguir las reglas sea un fin en sí mismo. Tal como lo veíamos nosotros, nuestro verdadero viaje no es solo a un mundo material fuera en el espacio, sino también a un mundo espiritual de beatitud, que alcanzaremos si vivimos correctamente aquí.

Hsing asintió.

–En las últimas décadas, Patel Enbeatitud ha ido trasladando el énfasis de esta visión. El aquí lo es todo. No hay nada fuera de la nave, nada literalmente, espiritualmente. El origen y el destino son ahora metáforas. Carecen de realidad. El viaje es la única realidad. El viaje es su propio fin.

Hsing seguía impasible, como si no le estuviera contando nada que no supiera; pero estaba alerta.

–Patel no es un teórico. Es un activista. Actúa según su visión utilizando a sus arcángeles y sus discípulos. Creo que en los últimos diez o quince años, los ángeles han tomado muchas de las decisiones del Consejo, y la mayor parte de las decisiones sobre educación.

Ella volvió a asentir, pero con cautela.

–En las escuelas no se enseña casi nada del propósito original del viaje interestelar, estudiar y quizá colonizar un planeta. Los textos y los programas tienen aún información sobre el cosmos: cartas estelares, tipos de estrellas, formación de planetas, todo lo que vimos en décimo, pero he hablado con profesores y me dicen

que se saltan la mayor parte. Los niños «no tienen interés», «estas viejas teorías materiales y científicas les parecen confusas». ¿Te das cuenta de que casi todos los directores de las escuelas y aproximadamente el 65 por ciento de los profesores, el 90 por ciento en el Cuad Uno, son miembros de la Beatitud?

–¿Tantos?

–Por lo menos. Tengo la impresión de que algunos ángeles ocultan sus creencias, deliberadamente, para que su dominio no sea demasiado evidente.

Hsing parecía intranquila, disgustada, pero no decía nada.

–Mientras tanto, según las enseñanzas angélicas, «fuera» equivale a peligro, físico y espiritual (pecado, maldad) y muerte. Nada más. No hay nada bueno fuera de la nave. Dentro es positivo, fuera negativo. Puro dualismo. No hay muchos ángeles en dermatología actualmente, pero hay algunos mayores que se hacen eva. En cuanto pasan por las cámaras estancas, se someten a un ritual de purificación. ¿Sabías eso?

–No –dijo ella.

–Se llama «descontaminación». Una palabra de la vieja ciencia de los materiales con un nuevo significado. El negro silencio de fuera contamina el alma... Bueno, dejemos eso a un lado. Los ángeles siguen las reglas con entusiasmo, porque vivir bien nuestra vida nos lleva directamente a la felicidad eterna. Desean que todos sigamos las reglas. Vivimos en el Vehículo de la Beatitud. No podemos perdernos la Beatitud. A menos que rompamos la nueva regla. La más importante: la nave no puede detenerse.

Dejó de hablar. Hsing parecía enfadada, como siempre que estaba preocupada, inquieta o asustada.

Su descubrimiento gradual del cambio en las enseñanzas angélicas y el grado de control angélico sobre varios consejos había alarmado a Luis, pero no asustado. Lo había considerado un problema, un problema serio, que debía abordarse. La manera de solucionarlo era sacarlo a la luz, obligando a los ángeles a explicar sus políticas y mostrando a los que no eran ángeles que Patel

Enbeatitud estaba intentando cambiar las reglas, y ejerciendo un poder clandestino para conseguirlo. Cuando se dieran cuenta, reaccionarían en contra. No tenía por qué haber una crisis.

–Tenemos cuarenta y tres años y medio –dijo–. Nos queda mucho tiempo para hablar de ello. Hay que tomarse las cosas en su justa proporción. Los ángeles más radicales deberán admitir que tenemos un destino, que las personas se harán eva allí, y que necesitan que les enseñen a hacerse eva, no a verlo como un pecado.

–Es peor que eso –dijo Hsing. Volvía a tener un aire tenso, afligido. Se levantó de un salto y caminó por la habitación, una habitación limpia, severa, no como el cuchitril desordenado en el que vivía antes, y se quedó de pie dándole la espalda.

–Bueno, sí –dijo Luis, sin estar seguro de lo que quería decir, pero alentado por haberla oído decir algo–. Todos necesitamos aprender. Tendremos sesenta años en la Llegada. Si el planeta es habitable, debemos acostumbrarnos a la idea de que al menos algunos de nosotros vivirán allí, se quedarán allí. Aunque tal vez otros se echen atrás y se dirijan a Dichew... Los ángeles nunca lo mencionan, por cierto. Enbeatitud parece pensar solo en una línea recta que se extiende hasta el infinito. El fallo de su razonamiento es que da por supuesto que un vehículo material es capaz de realizar un viaje infinito. La entropía no parece formar parte de la Beatitud.

–Sí –dijo Hsing.

–Eso es todo –dijo él al cabo de un minuto.

Estaba desorientado y preocupado por la falta de respuesta de Hsing. Esperó un poco y dijo:

–Creo que hay que hablar de esto. Por eso acudí a ti. Para hablarlo. Y quizá tú quieras comentárselo a personas no angélicas de Dirección y el Puente. Deben ser informadas de que nuestra misión ha sido revisada. –Hizo una pausa–. A lo mejor ya lo saben.

–Sí –dijo ella otra vez. No se había vuelto.

Luis no se enfadaba con frecuencia y no era dado a ataques de resentimiento, pero se sentía completamente defraudado. Mientras

miraba la espalda de Hsing, el cheongsam rosa, las piernas cortas sin culo (así había descrito ella su figura Chi-An), los cabellos negros que caían brillantes y lisos cortados abruptamente en el hombro, también sintió dolor. Un dolor duro y profundo en el corazón.

–En mi razonamiento había un error –dijo. Se puso en pie.

Ella se volvió. Aún parecía mucho más preocupada de lo que Luis había esperado. A Luis le había llevado mucho tiempo darse cuenta del poder que había adquirido el pensamiento angélico, y le había arrojado todos sus descubrimientos de repente, pero nada había parecido sorprenderla. Entonces ¿por qué esa reacción? ¿Y por qué no quería hablar de ello?

–¿Qué fallo? –preguntó, pero todavía desconfiada, contenida.

–Nada. Echo de menos hablar contigo.

–Lo sé. El trabajo en Nav parece que no afloja nunca.

Lo estaba mirando, pero sin mirarlo. Él no podía soportarlo.

–Bueno. Ya está. Solo quería compartir mis preocupaciones, como decimos en la Sesión de Paz. Gracias por concederme tu tiempo.

Estaba en el umbral cuando ella dijo:

–Luis.

Se detuvo, pero sin volverse.

–Quiero seguir hablando de todo esto, tal vez contigo, más adelante.

–Claro. No dejes que te preocupe.

–Tengo que comentárselo a Hiroshi.

–Claro –repitió, y salió al pasillo.

Quería ir a cualquier otro sitio, no al pasillo 4-4, ni a ningún pasillo, ni a ninguna habitación, ni a ningún lugar que conociera. Pero no había ningún lugar que él no conociera. Ningún lugar en el mundo.

–Quiero salir –se dijo–. Afuera. Al silencioso, negro exterior.

En el puente

–Dile a tu amigo que no se deje llevar por el pánico –dijo Hiroshi–. Los ángeles no tienen el control. No mientras lo tengamos nosotros.

Volvió a su trabajo.

–Hiroshi.

Él no respondió.

Hsing se quedó un rato cerca de su asiento en la estación de navegantes. Miraba la única «ventana» de la *Descubrimiento*: una pantalla de un metro, cuadrada, donde los datos de los sensores epidérmicos estaban representados por una luz visible. Puntos brillantes, puntos débiles; el campo estelar local y, en la esquina inferior izquierda, un pedazo del remoto disco galáctico central.

En el tercer año de colegio llevan a los niños a ver la «ventana». O llevaban.

–¿Es eso realmente lo que tenemos delante? –le había preguntado a Teo no mucho tiempo antes, y él había dicho, sonriendo:

–No. Parte de esto lo tenemos detrás. Es una película que hice. Es donde estaríamos según lo previsto. Por si alguien se diera cuenta.

Ahora Hsing lo contemplaba recordando la frase de Luis, IRV: Irrealidad Virtual.

Sin mirar a Hiroshi, empezó a hablar.

–Luis cree que los ángeles están haciéndose con el control. Tú crees que tienes el control. Yo creo que los ángeles te están controlando. No te atreves a decir a la gente que vamos décadas por delante de lo previsto, porque crees que si los arcángeles lo supieran, se harían con el poder y cambiarían el rumbo para no llegar al planeta. Pero si continúas ocultando la verdad, estás garantizando que se harán con el poder cuando lleguemos al planeta. ¿Qué tienes pensado decir? *¡Aquí estamos! ¡Sorpresa!* Lo único que tendrán que decir los ángeles es: *Esta gente está loca, ha cometido un error de navegación y luego han intentado ocultarlo. No*

estamos en Shindychew, faltan cuarenta años, este es algún otro sistema solar. Así que se apoderan del Puente y seguimos adelante. Y adelante. Hacia ninguna parte.

Pasó un buen rato, y ella pensó que no la había escuchado, que no la había oído en absoluto.

–La gente de Patel es muy numerosa –dijo Hiroshi al fin. Hablaba en voz baja–. Tal como ha descubierto tu amigo... No fue una decisión fácil, Hsing. No tenemos más fuerza que la de los hechos consumados.

Lo real frente a lo deseado. Llegamos, nos ponemos en órbita y podemos decir: *Aquí está el planeta. Es real. Nuestra tarea es que la gente aterrice en él*. Pero si se lo decimos ahora... cuatro años o cuarenta, no importa. Los seguidores de Patel nos desacreditarán, nos reemplazarán, cambiarán el rumbo y... como tú dices... seguirán adelante hacia ninguna parte. Hacia la «beatitud».

–¿Cómo puedes esperar que alguien te crea si les mientes hasta el último momento? A la gente corriente. No a los ángeles. ¿Qué justificación tienes para no decirles la verdad?

Él sacudió la cabeza.

–Subestimas a Patel –dijo–. No podemos desaprovechar nuestra única ventaja.

–Creo que tú subestimas a las personas que te apoyarían. Las subestimas hasta el punto de despreciarlas.

–Debemos mantener las personalidades alejadas de este asunto –dijo con una súbita dureza.

Ella lo miró fijamente.

–¿Las personalidades?

EL CONSEJO PLENARIO

–Gracias, presidenta. Me llamo Nova Luis. Solicito que el Consejo discuta la formación de un comité *ad hoc* sobre manipulación religiosa, para investigar el currículo educativo, el contenido y la

disponibilidad de ciertos materiales en los Registros y Archivos, y la composición de los catorce comités y los cuerpos deliberantes que aparecen en la pantalla.

4-Ferris Kim se puso en pie enseguida.

–Un comité de manipulación religiosa solo puede convocarse, según la Constitución, para investigar «una elección o la deliberación de un cuerpo legislativo». El currículo escolar, los materiales que se guardan en los Registros y Archivos y los comités y consejos de la lista no pueden definirse como cuerpos legislativos y por tanto están exentos de someterse a un examen.

–El Comité Constitucional decidirá sobre esa cuestión –dijo Uma, que presidía la reunión.

Ferris se sentó, con aspecto satisfecho. Luis volvió a ponerse en pie.

–Puesto que la religión en cuestión es el credo de la Beatitud, me gustaría sugerir que la Presidencia considere la posibilidad de que el Comité Constitucional sea parcial en este asunto, teniendo en cuenta que cinco de sus seis miembros profesan el credo de la Beatitud.

Ferris se puso en pie de nuevo.

–¿Credo? ¿Religión? ¿Qué clase de malentendido es este? No hay credos o sectas en nuestro mundo. Esas palabras recuerdan a la historia antigua, a los errores divisivos que dejamos atrás hace mucho tiempo.

–Su profunda voz se volvió dulce, amable–. ¿Llama usted «credo» al aire, doctor, porque lo respira? ¿Llama usted «religión» a la vida, porque la vive? La Beatitud es la causa y el fin de nuestra existencia. Algunos nos regocijamos con ese conocimiento; para otros esa alegría está en el futuro. Pero no hay religiones aquí, no hay credos enfrentados. Estamos todos unidos en la comunidad de la *Descubrimiento*.

–Y el fin designado en nuestra Constitución de la *Descubrimiento* y quienes viajan en ella es atravesar una parte del espacio para llegar a cierto planeta, estudiar ese planeta, colonizarlo

si es posible y enviar o llevar información sobre él a nuestro mundo de origen, Dichew, la Tierra. Estamos todos unidos en la determinación de cumplir ese objetivo. ¿Está usted de acuerdo, consejero Ferris?

–Sin duda el Consejo Plenario no es lugar para divagar sobre teorías lingüísticas e intelectuales, ¿verdad? –dijo Ferris con un ligero menosprecio, volviéndose hacia la presidencia.

–Una alegación de manipulación religiosa es más que una divagación, consejero –dijo Uma–. Discutiré este asunto con mi consejo asesor. Estará en el orden del día de la próxima reunión.

La sopa se espesa

–Bueno –dijo Bingdi–, no hay duda de que hemos metido la mierda en el plato de sopa.

Estaban corriendo por la pista. Bingdi había dado veinte vueltas. Luis había dado cinco. Estaba aminorando el paso y respiraba con dificultad.

–Sopa de beatitud –jadeó.

Bingdi aminoró la velocidad. Luis resopló y se detuvo. Se quedó un rato quieto, resollando.

–¡Caray! –dijo.

Fueron andando al banco en busca de sus toallas.

–¿Qué dijo Hsing cuando hablaste con ella?

–Nada.

Al cabo de un rato Bingdi dijo:

–¿Sabes?, esa panda del Puente y el consejo asesor de Uma son tan cerrados como los arcángeles. Solo hablan entre ellos. Son una facción, tanto como los arcángeles.

Luis asintió.

–Bueno, entonces nosotros somos la tercera facción –dijo–. La facción de la mierda. La sopa se espesa. La historia antigua se repite.

La gran celebración del año 161, día 88

Dos días después de que el Consejo Plenario anunciara la formación de un Comité de Manipulación Religiosa para investigar la parcialidad de los currículos educativos y la supresión y destrucción de información en los Registros y Archivos, Patel Enbeatitud convocó una Gran Celebración.

El Temenos estaba atestado de gente. Todos decían: «Así es como debía de estar cuando murió 0-Kim».

El hombre se irguió ante el atril. Su rostro, oscuro, sin arrugas, con los huesos marcándose a través de la frágil piel, apareció en todas las pantallas de todos los espaciocasas. Alzó los brazos para bendecirlos.

La gran multitud suspiró, emitiendo un sonido como el viento en un bosque, aunque ellos no lo sabían; nunca habían oído el sonido del viento en un bosque; nunca habían oído más suspiros, más voces que las suyas y las de las máquinas.

Habló durante casi una hora. Al principio departió sobre la importancia de aprender y seguir las leyes que establecía la Constitución y se enseñaban en las escuelas. Afirmó con pasión que solo la observancia escrupulosa de esas reglas podía garantizar la justicia, la paz y la felicidad de todos. Habló de la limpieza, del reciclaje, de la paternidad, de los deportes, de los profesores y la enseñanza, de los estudios especializados, de la importancia de las profesiones no glamourosas como los laboratorios, el trabajo de la tierra y el cuidado de los niños. Cuando habló de la felicidad que causaba lo que él llamó «la vida modesta», pareció más joven; sus oscuros ojos brillaron. «La beatitud está en todas partes», dijo.

Ese se convirtió en el tema: la nave llamada «descubrimiento», la nave de la vida, que viaja a través del vacío de la muerte; el vehículo de la beatitud.

Dentro de la nave, las reglas y las costumbres se basan en el hecho de que cada ser mortal, al aprender a vivir en la armonía y la

felicidad de la vida mortal, puede aprender también el camino al Verdadero Destino.

–No hay muerte –dijo el anciano, y de nuevo ese suspiro recorrió el bosque de vidas congregadas en la sala circular–. La muerte no es nada.

La muerte es cero, la muerte es el vacío. La vida lo es todo. La vida mortal viaja hacia adelante, siempre adelante, rectos y verdaderos rumbo a la vida eterna, y la luz, y la alegría. Nuestro origen fue la oscuridad, el dolor, el sufrimiento. En ese fondo negro de mal, en ese terrible lugar, nuestros antepasados, en su sabiduría, advirtieron dónde estaba la verdadera vida, la verdadera libertad. Y nos enviaron, a sus hijos, adelante, libres de oscuridad, tierra, gravedad, negatividad, para que viajáramos por siempre hacia la luz.

Los bendijo una vez más, y algunos pensaron que el sermón había terminado, pero como si las palabras le dieran una nueva energía prosiguió:

–¡No confundáis el propósito de nuestro descubrimiento, el propósito de nuestras vidas! ¡No confundáis los símbolos y las metáforas con la realidad! Nuestros antepasados no nos hicieron emprender este gran viaje solo para volver a donde empezó. No nos liberaron de la gravedad solo para que nos hundiéramos de nuevo en la gravedad. ¡No nos liberaron de la Tierra para condenarnos a otra tierra! Eso es literalidad, fundamentalismo científico, una terrible miopía mental. Nuestro origen fue un planeta, con oscuridad e infelicidad, sí, pero ese no es nuestro destino.

¿Cómo podría serlo?

»Nuestros antepasados hablaban del Destino como un mundo, porque no conocían otra cosa. Solo habían vivido en la oscuridad, la inmundicia, el temor, los arrastraba la gravedad. Cuando intentaban imaginar la beatitud, solo podían imaginar un mundo mejor, más brillante, y por eso lo llamaron «nueva tierra». Pero nosotros podemos ver el significado de ese oscuro símbolo, y traducirlo a la verdad: no es un planeta, un mundo, un lugar de oscuridad, miedo, dolor y muerte, sino el brillante viaje de la vida mortal a la vida

infinita, el peregrinaje incesante, eterno, a la beatitud incesante, eterna. ¡Oh, compañeros ángeles!, nuestro viaje es sagrado, y eterno.

–Ahh –suspiraron las hojas del bosque.

–¡Ah! –dijo Luis, que observaba y escuchaba en su espaciocasa con Bingdi y varios amigos que se daban el nombre de Grupo de la Mierda.

–¡Ah! –dijo Hiroshi, que observaba y escuchaba en su espaciocasa con Hsing.

En el puente, año 161, día 101

–Diamante me preguntó ayer por una anomalía que había descubierto en las cifras de aceleración. Lleva estudiándola un par de diezdías.

–Desoriéntalo –dijo Hiroshi, comparando dos grupos de cifras.

–No voy a hacerlo.

Al cabo de unos minutos él dijo:

–¿Qué vas a hacer?

–Nada.

Sus manos revoloteaban sobre el panel de trabajo.

–Me lo dejas a mí.

–Si lo decides.

–No tengo elección.

Él siguió trabajando. Hsing siguió trabajando. Hsing interrumpió su trabajo y dijo:

–Cuando tenía unos diez años soñé algo terrible: que estaba en una de las plataformas de carga, dando vueltas, y me daba cuenta de que en la pared, en la piel de la nave, había un agujero pequeño. Un agujero en el mundo. Era muy pequeño. No pasaba nada, pero yo sabía que todo el aire saldría por el agujero, porque fuera estaba vacío. La nada de fuera de la nave. Así que tapé el agujero con la mano. Lo tapé. Pero si quitaba la mano, el aire empezaría a salir.

Grité una y otra vez, pero no había nadie cerca. Nadie me oía. Y por último pensé que tenía que ir a buscar ayuda, e intenté quitar la mano del agujero, pero no pude. Estaba allí atrapada. Por la nada que había fuera.

–Un sueño terrible –dijo Hiroshi. Al hablar se había apartado del panel de trabajo y la miraba con las manos en las rodillas, la espalda recta, sin expresión–. ¿Lo recuerdas ahora porque te sientes en una situación similar?

–No. Creo que eres tú el que está en esa situación. Él meditó sobre eso durante un rato.

–¿Y cómo crees que puedo salir de esa situación?

–Pidiendo ayuda.

Él sacudió la cabeza muy ligeramente.

–Hiroshi, algún estudiante o ingeniero averiguará lo que has estado haciendo y lo contará antes de que puedas despistarlo, o meterlo en el grupo, o silenciarlo. De hecho, creo que ya está pasando. Diamante va detrás de esto como si estuviera intentando demostrar algo. Es muy inteligente y antiautoritario, estuvimos en la misma clase. No será fácil despistarlo o atraerlo a nuestra causa.

Él no respondió.

–Como a mí –añadió ella, secamente pero sin rencor.

–¿Qué quieres decir con «pedir ayuda»?

–Decirle la verdad.

–¿Solo a él?

Ella sacudió la cabeza. Musitó:

–Decir la verdad.

–Hsing –dijo él–, sé que piensas que nuestra táctica es equivocada. Te agradezco que saques a relucir tu desacuerdo tan pocas veces, y solo conmigo. Ojalá estuviéramos de acuerdo en qué es lo correcto. Pero no puedo poner el poder de cambiar nuestro rumbo en manos de los sectarios hasta que sea literalmente demasiado tarde para que puedan hacerlo.

–No te corresponde a ti tomar esa decisión.

–¿Quieres quitármela de las manos?

–Alguien lo hará. Y entonces parecerá que lleváis años mintiendo, tú y tus amigos, para tener un poder exclusivo. ¿Cómo van a entenderlo si no? Quedarás deshonrado. –Su voz seguía siendo baja, tosca. Después de un momento, mordiéndose el labio, añadió–: La pregunta que acabas de hacerme era deshonrosa.

–Era retórica –dijo él.

Hubo otro largo silencio. Él dijo:

–Era deshonrosa. Te pido disculpas, Hsing.

Ella asintió. Estaba sentada mirándose las manos.

–¿Qué recomiendas que hagamos?

–Que habléis con Tan Bingdi, Nova Luis, Gupta Lena, el grupo que está detrás del comité *ad hoc*. Están trabajando para dejar al descubierto las tácticas de Patel para hacerse con el poder. Cuéntales lo que sucedió como tú quieras, pero diles que estaremos en el Destino dentro de tres años, a menos que Patel lo impida.

–O Diamante –dijo él.

Ella hizo un gesto de dolor. Habló con más paciencia, más cautela:

–El peligro no son las personas como Diamante, Hiroshi. Es que un fanático tenga acceso al Puente durante dos minutos y dañe, inutilice los ordenadores de rumbo: siempre ha existido esa posibilidad, pero ahora alguien tiene una razón para hacerlo. Ahora quieren que no lleguemos nunca. Al menos ha salido a la luz, desde el discurso de Patel. Así que ahora el hecho de que estemos llegando ha de salir a la luz, porque necesitamos todo el apoyo que podamos conseguir para que eso ocurra. Debemos tener apoyo. ¡No puedes seguir tapando con la mano el agujero del mundo tú solo!

Había notado que Hiroshi retrocedía cuando pronunció el nombre de Nova Luis. Habló con una urgencia y elocuencia crecientes, hasta perder pie: terminó suplicando. Esperó y no hubo respuesta. Sus argumentos y urgencia fueron desvaneciéndose hasta convertirse en indiferencia seca y ausencia de sentimientos.

Al fin dijo, seca y apáticamente:

–O quizá sí puedas. Pero yo soy incapaz de seguir mintiendo a compañeros y amigos. No voy a delatarte, pero tampoco voy a seguir en el grupo. No le diré nada a nadie.

–No es un plan muy práctico –dijo él, alzando la vista para mirarla con una sonrisa tensa–. Ten paciencia, Hsing. Es lo único que pido.

Ella se puso en pie.

–Lo malo de esto es que no confiamos el uno en el otro.

–Yo confío en ti.

–No lo haces. Ni en mí, ni en mi silencio, ni en mis amigos. La mentira se traga la confianza. Y la convierte en nada.

De nuevo Hiroshi guardó silencio; poco después, ella abandonó el puente. Tras caminar un rato se dio cuenta de que estaba en el Cuad Dos, en la Bocacalle 2-3, en dirección a su viejo espaciocasa, donde su padre vivía solo. Quería ver a Yao, pero pensó que sería desleal con Hiroshi visitarlo ahora. Se volvió y emprendió el regreso al espaciocasa de Canaval-Liu del Cuad Cuatro. Los pasillos parecían tirantes y estrechos, atestados de gente. Habló con las personas que se dirigieron a ella. Recordó una parte de su vieja pesadilla que no le había contado a Hiroshi. El agujero de la pared del mundo no era obra de algo externo, de un fragmento de polvo o de roca; cuando lo vio supo, como se sabe en los sueños, que estaba allí desde la construcción de la nave.

Un anuncio de extraordinaria importancia, año 161, día 202

La presidenta del Consejo Plenario comunicó en la red interna que a las veinte horas tendría lugar un «anuncio de extraordinaria importancia». El último anuncio de este tipo se había realizado más de quince años antes para explicar la necesidad de alterar las cuotas profesionales.

La gente se congregó en el espaciocasa, complejo, espacio de reunión o lugar de trabajo para escuchar. El Consejo Plenario estaba

reunido.

Chatterji Uma apareció en la pantalla exactamente a las veinte horas y dijo:

–Queridos compañeros pasajeros de la nave *Descubrimiento*, debemos prepararnos para un gran cambio. A partir de esta noche, nuestras vidas serán distintas, se transformarán. –Sonrió; tenía una sonrisa encantadora–. No tengáis miedo. Es motivo para alegrarse. La gran meta de nuestro viaje, el destino para el que se concibieron esta nave y su tripulación desde el principio del viaje está más cerca de lo que creíamos. No serán nuestros hijos, sino nosotros, quienes pisen un nuevo mundo. Ahora, Canaval Hiroshi, nuestro Jefe de Navegación, os contará el gran descubrimiento que han realizado él y los otros operarios del Puente, lo que significa, y lo que podemos esperar.

Hiroshi reemplazó a Uma en las pantallas. El espesor y la negrura de sus cejas le daban a veces un aspecto amenazador, a veces inquisitivo. No obstante, su voz era tranquilizadora, sosegada, positiva y bastante pedante. Empezó contándoles lo que había ocurrido cinco años atrás, cuando la nave atravesó un pozo gravitacional cerca de una extensa zona de polvo estelar.

Hsing, que lo estaba observando sola en su residencia, sabía cuándo empezó a mentir, no solo porque conocía las cifras y fechas reales, sino porque cuando mentía se mostraba más autoritario y persuasivo. Las mentiras sobre los ritmos de aceleración y desaceleración, el momento del descubrimiento del error del ordenador y las respuestas de los navegantes. Sin concretar las fechas, Hiroshi dio a entender que las primeras sospechas de anomalías en el ritmo de aceleración de la nave habían surgido hacía menos de un año. La magnitud del error del ordenador y sus consecuencias solo se habían revelado progresivamente. Bosquejó un escenario de humanos incrédulos pero intrépidos arrancando sus secretos a los ordenadores cuya programación los obligaba a resistirse a cualquier intento de cancelar su respuesta al error de lectura original, de unos navegantes obligados a intentar burlar sus

instrumentos, engañarlos para que compensaran de nuevo su inmensa sobrecompensación, frenando la nave para que dejara la increíble velocidad que había alcanzado.

Hasta este momento, dijo, esa lucha había sido tan arriesgada, sabían tan poco de lo que había ocurrido y estaba ocurriendo, que les había parecido una imprudencia realizar cualquier anuncio.

–Nuestro principal objetivo era no provocar el pánico con una revelación prematura o incorrecta. Ahora sabemos que no hay razones para la alarma. Ninguna. Nuestras operaciones fueron un éxito absoluto. Igual que la aceleración superó todos los límites especulativos, nosotros hemos sido capaces de desacelerar mucho más rápidamente de lo que se creía posible. Estamos en nuestro rumbo y con todo bajo control. El único cambio es que vamos muy adelantados respecto a lo previsto.

Levantó la vista, como mirando fuera de la pantalla, con sus indescifrables ojos negros. Hablaba despacio, con cautela, un poco monótonamente, dejando que cada frase tuviera un peso propio.

–Seguimos desacelerando, y seguiremos haciéndolo durante los próximos 3,2 años.

»A finales del año 164 entraremos en órbita del planeta de destino, Hsin Ti Chiu o Nueva Tierra.

»Ese acontecimiento, como todos sabemos, estaba previsto para el año 201. Nuestro viaje de descubrimiento se ha reducido casi cuarenta años.

»La nuestra es una generación afortunada. Veremos el final de nuestro largo viaje. Llegaremos a su meta.

»Tenemos mucho trabajo que hacer en estos tres años. Debemos preparar nuestras mentes y cuerpos para abandonar este pequeño mundo y caminar por una amplia y nueva tierra. Debemos preparar nuestros ojos y almas para la luz de un nuevo sol.

EL VERDADERO CAMINO

–No tiene sentido, Luis –dijo Rosa–. No significa nada. Los ceros no lo entendían. ¿Cómo podían entenderlo? Pensaban que éramos demasiado pecadores para poder vivir en el cielo para siempre. Eran terrenos, no podían evitarlo, así que creían que nosotros también tendríamos que ser terrenos. Pero no lo somos: ¿cómo podríamos serlo, si hemos nacido aquí, en el camino? ¿Por qué querríamos vivir otra vida que no sea esta? Ellos la hicieron perfecta. Nos mandaron al cielo. Hicieron el mundo para que pudiéramos aprender el camino a la vida eterna en beatitud viviendo en una beatitud mortal. ¿Cómo podríamos aprenderlo en una especie de mundo negro terreno? ¿Fuera, indefensos, sin guía? ¿Cómo podemos alcanzar el cielo deteniéndonos en una tierra?

–Bueno, tal vez no podamos, pero tenemos un trabajo que hacer –dijo Luis–. Nos enviaron para que estudiáramos esa tierra. Y para que les contáramos lo que aprendiéramos. Aprender era importante para ellos. El descubrimiento. Llamaron a nuestra nave *Descubrimiento*.

–¡Exactamente! ¡El descubrimiento de la beatitud! ¡Aprender el Verdadero Camino! Los arcángeles están enviando lo que hemos aprendido todo este tiempo, ¿sabes, Luis? Les estamos enseñando el camino, como ellos esperaban. La meta es espiritual. ¿No te das cuenta de que hemos llegado a nuestro Destino? ¿Por qué tenemos que detener nuestro hermoso viaje en un lugar maligno, terrible y terrenal y hacernos eva?

Una elección, año 162, día 112

5-Nova Luis fue elegido presidente del Consejo Plenario. La confianza generalizada que se había ganado como conciliador, negociador y pacificador durante los disturbios del último medio año hicieron que su elección fuera inevitable y popular incluso entre los ángeles. De hecho, el año que pasó en el cargo fue un periodo de reconciliación y curación.

Una muerte, año 162, día 205

A los ochenta y siete años, 4-Patel Enbeatitud sufrió un gravísimo ataque de apoplejía y empezó a morir entre un continuo frenesí de oraciones llorosas, canciones y celebraciones. Durante trece días los celebrantes ocuparon todos los pasillos que rodeaban el espaciocasa de Kim en el Cuadrante Uno, donde Enbeatitud nació y vivió hasta el fin de sus días. Como su muerte avanzaba y avanzaba, el cansancio y la tensión se adueñaron de los celebrantes dolientes. La gente temía un estallido de histeria y de violencia como el que había seguido al anuncio de la Llegada. Muchos ocupantes no ángeles del cuadrante se fueron a casas de amigos o parientes de otros cuads.

Cuando al fin un arcángel anunció que el Padre había pasado a la Beatitud Eterna, hubo muchos llantos en los pasillos, pero no violencia, excepto por un hombre del Cuad Cuatro llamado 5-Garr Jubiloso, que golpeó a su esposa y a su hija hasta matarlas «para que pudieran entrar en la Beatitud Eterna con el Padre», dijo; sin embargo, omitió quitarse la vida. El Temenos estaba lleno a rebosar para el funeral de Patel Enbeatitud. Hubo muchos discursos, pero de tono contenido. No tenía ningún hijo que pudiera pronunciar el discurso final. El arcángel Van Wing entonó el canto piadoso «Ojo, ¿qué ves?» para terminar la ceremonia. La multitud se dispersó en el silencio del agotamiento. Aquella noche no hubo nadie en los pasillos.

Un nacimiento, año 162, día 223

5-Liu Hsing dio a luz al hijo de 5-Canaval Hiroshi, y su padre le puso el nombre de 6-Canaval Alejo.

Aunque Nova Luis no practicó la medicina durante su época como presidente del consejo, Hsing le había pedido que asistiera al nacimiento, y él lo hizo. Fue un parto sin ningún tipo de incidencia.

Cuando al día siguiente fue a ver a sus pacientes, se quedó un rato con ellos. Hiroshi estaba en el Puente. Hsing todavía no tenía leche, pero el bebé hurgaba diligentemente en su pecho o en cualquier cosa que se le pusiera por delante.

–¿Para qué querías que viniera? –dijo Luis–. Es evidente que sabes tener un bebé mucho mejor que yo.

–Supongo que he aprendido –dijo ella–. *¡Aprende practicando!* ¿Te acuerdas de la profesora Mimi del tercer curso? –Estaba sentada en la cama, aún con aspecto cansado, triunfante, sonrojado y dulce. Miró la pequeña cabeza cubierta de un cabello negro muy fino–. Es tan pequeño, no puedo creerme que sea de la misma especie –dijo–. ¿Cómo llamáis a lo que estoy perdiendo?

–Calostro. Es lo único que come su especie.

–Asombroso –dijo ella, tocando muy dulcemente la negra pelusa con el dorso de un dedo.

–Asombroso –asintió Luis, serio.

–Oh, Luis, fue tan... Tenerte aquí. Te necesitaba.

–Fue un placer –dijo él, todavía serio.

El bebé sufrió unos espasmos y descubrieron que había tenido un movimiento de vientre en miniatura.

–Bien hecho, bien hecho. Pronto será miembro del Equipo Cacas –dijo Luis–. Déjamelo, yo lo limpiaré. Vaya, ¡mira esto! ¡Un bobgob! ¡Un verdadero bobgob! Es un buen espécimen, además.

–Es un gobondo –susurró Hsing.

Él la miró y vio que estaba llorando. Dejó al bebé, envuelto en el pañal limpio, en los brazos de ella; seguía llorando.

–Lo siento –dijo.

–Las nuevas madres lloran, caraplana.

Lloró amargamente un momento, jadeando, luego se controló.

–Luis, ¿qué...? ¿Has notado algo en Hiroshi...?

–¿Como médico?

–Sí.

–Sí.

–¿Qué le pasa?

Guardó silencio un rato, y luego dijo:

–No quiere ir al médico, así que me estás pidiendo un diagnóstico a primera vista, ¿no?

–Supongo que sí. Lo siento.

–No pasa nada. ¿Ha estado especialmente cansado?

Ella asintió.

–Se desmayó dos veces la semana pasada –dijo en un susurro.

–Bueno, supongo que tiene una insuficiencia cardiaca congestiva. Sé mucho del tema, porque como asmático tengo tendencia a padecerla, aunque de momento no he conseguido sufrir una. Puedes vivir con ella mucho tiempo. Hay medicamentos que puede tomar, varios tratamientos y regímenes. Envíalo a Regis Chandra, en el Hospital.

–Lo intentaré –susurró ella.

–Hazlo. –Luis hablaba con seriedad–. Dile que le debe un padre a su hijo.

Se puso en pie para irse. Hsing dijo:

–Luis...

–Tranquila, no te preocupes. No pasará nada. Este tío se ocupará de él. –Tocó la oreja del bebé.

–Luis, cuando aterricemos, ¿saldrás?

–Claro que sí, si podemos. ¿Por qué piensas que estoy insistiendo tanto en toda esa educación y entrenamiento? ¿Para ver cómo un puñado de deportistas eva corren por ahí con trajes espaciales en una pantalla vid?

–Parece que mucha gente quiere quedarse aquí.

–Bueno, ya lo veremos cuando lleguemos. Va a ser interesante. Ya es interesante. Descubriremos lo que es una sección entera del Almacén D. Creíamos que era ropa protectora pesada, pero las prendas son demasiado grandes. Son espacios habitables temporales. Los montas no sé cómo y vives dentro. Y hay toros inflables que según Bose están hechos para flotar en el agua. *Barcas*. ¡Imagínate la cantidad de agua que hace falta para que flote

una barca! No. No me lo perdería por nada del mundo... Mañana vendré a verte.

El registro de la Intención a la Llegada

En el primer cuarto del Año 163, todas las personas mayores de dieciséis años fueron requeridas para que declararan su Intención a la Llegada en un registro abierto en la red interna. Podían cambiar su declaración en cualquier momento, y no sería vinculante para ellos hasta el momento de tomar la decisión definitiva, que se anunciaría cuando la investigación sobre la habitabilidad del planeta y las comprobaciones hubieran llegado a su fin.

Se les preguntó:

Si el planeta fuera habitable, ¿estaría usted dispuesto a formar parte del equipo que visitara la superficie para recopilar información?

¿Estaría usted dispuesto a vivir en el planeta mientras la nave permaneciera en órbita?

Si la nave se fuera, ¿estaría usted dispuesto a quedarse en el planeta como colono?

Se les pidió que dieran su opinión sobre:

¿Cuánto tiempo cree que la nave debe quedarse en órbita como apoyo de la gente que esté en el planeta?

Y, por último, imagine que el planeta no fuera accesible o habitable, o que usted decide quedarse en la nave y no visitar o colonizar el planeta, en ese caso:

Si la nave se fuera, ¿debería regresar al planeta de origen o proseguir su viaje por el espacio?

Un viaje de regreso a la Tierra, según Canaval y otros, podría durar tan solo setenta y cinco años si fuera posible repetir el efecto

latigazo del pozo gravitacional. Algunos ingenieros eran escépticos, pero los navegadores confiaban en que la *Descubrimiento* pudiera regresar a la Tierra en una vida o dos. Esta afirmación fue recibida con poco entusiasmo, excepto entre los navegantes.

El registro abierto de la Intención a la Llegada, accesible en la red interna en todo momento, experimentó unas fluctuaciones interesantes. Al principio el número de personas dispuestas a visitar el planeta o vivir en él mientras la nave permaneciera en órbita – visitantes, los apodaronera bastante grande. Muy pocos, no obstante, decían estar dispuestos a quedarse allí cuando la nave se fuera. Estos pertinaces recibieron el apodo de foráneos, y aceptaron el nombre.

La cifra más grande con diferencia era la de aquellos que no deseaban en absoluto aterrizar en el planeta y continuar el viaje lo antes posible. Más de dos mil personas se registraron inmediatamente como viajeros. Este voto angélico fue tan numeroso que no hubo dudas reales sobre cuál sería la decisión final. La *Descubrimiento* no se quedaría en órbita del Destino, no regresaría a su Origen, sino que seguiría su viaje hacia la Eternidad.

Los insistentes argumentos sobre el agotamiento de los suministros, sobre el desgaste y la rotura, sobre accidentes y entropía, influyeron en algunos viajeros; pero la mayoría siguió firme en su intención de vivir en beatitud y morir para alcanzar la Beatitud.

Cuando esto se hizo evidente, el número de personas que registraban su voluntad de quedarse permanentemente en el planeta empezó a crecer sin parar. Estaba claro que no sería posible atar al planeta a la mayoría angélica, deseosa de continuar su viaje sagrado, durante mucho tiempo. Pocos ángeles optaron por hacer siquiera una visita de exploración a la superficie del planeta. Muchos, siguiendo las enseñanzas de los arcángeles, intentaron convencer a sus amigos de que dejar la nave era peligroso hasta lo inconcebible: no representaba un riesgo corporal, sino un pecado, una tentación de buscar un conocimiento innecesario a costa del alma inmortal.

Poco a poco las opciones se estrecharon, se volvieron absolutas. Salir a la oscuridad y ser abandonado allí, o proseguir el viaje brillante e infinito. Lo desconocido, o lo conocido. El riesgo, o la seguridad. El exilio, o el hogar.

Ese año, el número de los que cambiaron en el registro de visitante a foráneo llegó a superar el millar.

En la segunda mitad del Año 163, la estrella amarilla que era la principal del sistema de Shindychew se hizo visible en la magnitud –2. Los escolares fueron llevados al Puente para verla en la «ventana».

El currículo educativo había sido revisado radicalmente. Aunque los profesores que eran ángeles se mostraban poco entusiastas o incluso hostiles ante el nuevo material, se les exigió que permitieran a los «profesores laicos» presentar información sobre cómo podía ser el Destino. Supuestamente, las RV de la Vieja Tierra –Selva, Ciudad Interior, etcétera– se habían deteriorado y habían sido destruidas, pero se rescataron muchas películas educativas y en el Almacén se hallaron otras esperando ser usadas por los colonos potenciales.

Quienes se registraron como visitantes o foráneos formaron grupos de aprendizaje en los que estudiaban y discutían las películas y los libros educativos. Los diccionarios eran un recurso frecuente para aclarar malentendidos y discusiones sobre los términos, aunque a veces las discusiones eran interminables. ¿Era una *hondonada* falta de comida, o un lugar donde el suelo formaba un agujero? En el diccionario aparecía garganta, abismo, barranco, quebrada, cañón, abertura, grieta, sima... Un lugar bajo en el suelo, pues. Cuando no hay comida suficiente se llama *hambruna*. Pero ¿por qué no iba a haber comida suficiente?

UN PRAGMÁTICO

–No. No tengo intención de dejar la nave.

Luis miraba fijamente el Registro, donde acababa de descubrir el nombre de Tan Bingdi en la lista de viajeros. Miró a su amigo, y luego la pantalla otra vez.

–¿No?

–Nunca la tuve. ¿Por qué?

–Tú no eres un ángel –dijo Luis al fin, estúpidamente.

–Claro que no. Soy un pragmático.

–Pero has luchado tanto por conservar... el camino abierto...

–Por supuesto. –Al cabo de un minuto explicó–: No me gustan las peleas, las divisiones, las decisiones obligadas. Arruinan la calidad de vida.

–¿No sientes curiosidad?

–No. Si quiero saber cómo es vivir en la superficie de un planeta, puedo ver los vídeos y los holos de preparación. Y leer todos los libros de la Biblioteca sobre la Vieja Tierra. Pero ¿por qué tendría que querer saber cómo es vivir en un planeta? Vivo aquí. Y me gusta. Me gusta lo que sé y sé lo que me gusta.

Luis seguía pareciendo consternado.

–Tú tienes sentido del deber –le dijo Bingdi con afecto–. El deber ancestral, ir a buscar un mundo nuevo... El deber científico, ir a buscar nuevos conocimientos... Si una puerta se abre, tú crees que tienes obligación de atravesarla. Si una puerta se abre, yo la cierro sin cuestionarme nada. Si es una buena vida, no intento cambiarla. Es una buena vida, Luis. –Hablaba, como siempre, haciendo pequeñas pausas entre las frases–. Te echaré de menos, a ti y a muchas otras personas. Me aburriré con los ángeles. Tú no te aburrirás, en esa bola de tierra. Pero yo no tengo sentido del deber y me gusta bastante aburrirme. Quiero vivir mi vida en paz, sin hacer daño a nadie y sin que nadie me haga daño. Y, a juzgar por las películas y los libros, creo que es posible que este sea el mejor lugar de todo el universo para llevar una vida así.

–Entonces es cuestión de control, ¿verdad? –dijo Luis. Bingdi asintió.

–Necesitamos tener el control. Los ángeles y yo. Tú no.

–No tenemos el control. Ninguno de nosotros. Nunca.

–Lo sé. Pero aquí contamos con una buena imitación. Con la RV tengo bastante.

Una muerte, año 163, día 202

Después de varios episodios recurrentes de enfermedad, el navegante Canaval Hiroshi murió de una insuficiencia cardiaca. Su esposa, Liu Hsing, con su hijo y muchos amigos, toda la plantilla de Navegación y la mayor parte del Consejo Plenario, asistieron al funeral. Su compañero 4-Patel Ramdas habló de lo brillante que era en su oficio, y lloró cuando terminaba de hablar. 5-Chatterji Uma contó cómo se reía de los chistes absurdos, y contó uno que le había hecho reír; dijo lo feliz que se había sentido al tener un hijo, a pesar de haberlo conocido tan poco tiempo. Uno de sus estudiantes habló el último, en lugar del niño, y dijo que había sido un profesor duro pero un gran hombre. Luego Hsing se fue con los técnicos y acompañó su cuerpo al Centro de la Vida para que lo reciclaran. No había hablado en el funeral. Los técnicos la dejaron sola un momento, y ella puso la mano muy dulcemente en la mejilla de Hiroshi para sentir el frío de la muerte. Solamente susurró: «Adiós».

El destino

El año 164, Día 82, la *Descubrimiento* entró en la órbita del planeta Shindychew, Hsin Ti Chiu o Nueva Tierra.

Mientras la nave daba sus primeras cuarenta vueltas, las sondas enviadas a la superficie del planeta proporcionaron una gran cantidad de información, mucha de la cual era ininteligible o apenas inteligible para quienes la recibían en la nave.

No obstante, pronto fueron capaces de afirmar con certeza que la gente podría hacerse eva en la superficie del planeta sin respiradores ni trajes. Había cada vez más pruebas de que el planeta podía ser adecuado para una colonización a largo plazo. De que la gente podía vivir en él.

En el año 164, Día 93, el primer vehículo de superficie aterrizó con éxito en el área del planeta denominada Subcuadrante Ocho.

DESPUÉS DE ESTE NO HAY MÁS TÍTULOS, PORQUE EL MUNDO HA CAMBIADO, LOS NOMBRES CAMBIAN, EL TIEMPO NO SE MIDE COMO ANTES Y EL VIENTO SE LO LLEVA TODO

Dejar la nave: atravesar la cámara estanca y entrar en el módulo de aterrizaje, que era algo comprensible, resultaba aterrador, violentamente emocionante, absoluto, un acto de transgresión, de desafío, de afirmación. El último acto.

Salir del módulo de aterrizaje: bajar los cinco escalones hasta la superficie del planeta, fue dejar atrás la comprensión, perder el entendimiento: volverse loco. Traducirse a una lengua en la que ninguna palabra –suelo, aire; transgredir, afirmar; actuar, hacer– tenía sentido. Un mundo sin palabras. Sin significado. Un universo indefinido.

Advirtió la pared de inmediato, la bendita y única pared necesaria, el costado del módulo de aterrizaje se apoyó contra ella y enseguida se volvió para esconder el rostro y poder mirarla: el metal curvado, firme, limitador, mirarla y no ver lo otro, las no paredes, la vastedad.

Abrazaba con fuerza a su bebé, su rostro contra su pecho.

Había otras personas con ella, a su lado, aferradas a la pared, pero apenas era consciente de ellas; aunque todas estaban apiñadas, parecían separadas y distantes. Oyó a gente jadear, vomitar. Se sentía mareada y enferma. No podía respirar. La ventilación iba mal, los ventiladores estaban demasiado fuerte.

¡Apagad los ventiladores! Un reflector brillaba sobre ella, notaba su calor en la cabeza y el cuello, veía su resplandor en la piel de la pared cuando abría los ojos.

La piel de la pared, la epidermis de la nave. Ella estaba haciéndose eva. Nada más. De pequeña siempre quiso ser un hombre eva. Estaba haciéndose eva. Cuando terminara podría volver al mundo. Intentó aferrarse a la piel del mundo pero era pulida como cerámica y no se dejaba. Madre fría, madre dura, madre muerta.

Volvió a abrir los ojos y miró más allá de la cabeza sedosa y negra de Alejo, a sus pies, y vio que estaba pisando tierra. Se movió, entonces, para salir de la tierra, porque no se debe andar por la tierra. Su padre se lo había dicho cuando era muy joven, no, no está bien caminar por los jardines, las plantas necesitan todo el espacio y tus pies podrían dañar las plantas pequeñas. Así que se apartó de la pared para salir del jardín. Pero solo había jardín, tierra, plantas, por todas partes, allí donde pusiera los pies. Sus pies dañaban las plantas y la tierra le dañaba las plantas de los pies. Buscó desesperada una pasarela, un pasillo, un techo, paredes, apartó la vista de la pared y vio un gran torbellino de verde y azul que giraba alrededor de una luz insoportable. Deslumbrada, perdió el equilibrio y cayó de rodillas ocultando el rostro junto al del bebé. Lloró de vergüenza.

Viento, aire que se movía con rapidez, que soplaba sin parar, que te daba frío y te hacía estremecer, temblar, como si tuvieras fiebre, el viento se detenía y volvía a soplar, incesante, estúpido, impredecible, irracional, enloquecedor, odioso, una tortura. ¡Apagadlo, haced que pare!

Viento, aire que se movía lentamente, que ondeaba las esbeltas hierbas en las colinas, que traía olores distantes, y levantabas la cabeza y olías, lo aspirabas, el extraño, dulce y amargo olor del mundo.

El sonido del viento en un bosque.
Viento que movía colores en el aire.

Personas que nunca habían tenido mucha importancia pasaron a ser figuras destacadas, respetadas, constantemente solicitadas. A 4-Nova Ed se le daban bien las tensas. Fue el primero que averiguó cómo desplegarlas correctamente. Como por arte de magia la maraña de plástico y cuerdas se convertía en paredes, paredes que no dejaban pasar el viento, se convertía en habitaciones, habitaciones que te encerraban en la maravillosa familiaridad de las superficies cercanas, un techo a poca distancia de la cabeza, un suelo uniforme bajo los pies, aire quedo, una luz no cegadora. Lo cambiaba todo, hacía la vida agradable, tener una tensa, un espaciocasa en el que sabías que podías entrar, estar, estar dentro.

–Se dice «tienda» –corregía Ed, pero la gente había oído la palabra más corriente y siguió llamándolas tensa, tensas.

Una chica de quince años, Lee Meili, recordaba de una antigua película cómo se llamaban las fundas de los pies. La gente había probado calcetines de síndrome, quienes los tenían, pero eran finos y se gastaban enseguida. Meili buscó en las Reservas, el inmenso y creciente laberinto de provisiones que los módulos de aterrizaje bajaban sin parar de la nave, hasta que encontró unas cajas etiquetadas como zapatos. Los zapatos lastimaban la delicada piel de los pies de unas personas que habían caminado descalzas sobre alfombras toda la vida, pero menos que el suelo de allí. El *suelo*. Las *piedras*. Las *rocas*.

4-Patel Ramdas, que había puesto en órbita la *Descubrimiento* gracias a su destreza y guiado el primer módulo de aterrizaje de la nave a la superficie, se hallaba con una lámpara de lectura en una mano, el cable y el enchufe en la otra, contemplando la superficie oscura y arrugada, como la de una pared, de una enorme planta, el *árbol* bajo el cual había montado su tensa. Estaba buscando una toma de corriente. Su mirada era vaga y triste. Poco después irguió

la espalda y adoptó una expresión de desdén. Volvió a las Reservas con la lámpara.

El bebé de tres meses de 5-Lung Tirza yacía a la luz de las estrellas mientras Tirza trabajaba en la construcción. Cuando fue a darle de comer gritó: «¡Está ciego!». Sus pupilas eran puntos diminutos. Estaba rojo de fiebre. Tenía la cara y el cuero cabelludo llenos de ampollas. Sufrió convulsiones, entró en coma. Murió aquella noche. Tuvieron que reciclarlo en la tierra. Tirza se echó en el lugar donde estaba el bebé, debajo de ella. Gimió con la boca contra la tierra. Gimiendo levantó el rostro cubierto de tierra mojada y marrón, un rostro terrible hecho de tierra.

No era una estrella: era un sol. Conocemos la luz de las estrellas: segura, suave, distante. Un sol es una estrella que está demasiado cerca. Esta.

Me llamo Estrella, dijo Hsing para sí. Estrella, no Sol.

Se obligó a mirar fuera de la tensa durante el ciclo de oscuridad para ver las estrellas seguras, suaves, distantes, que le habían dado su nombre. Estrellas brillantes, *bing hsing*. Puntos diminutos y brillantes. Muchas, muchas, muchas. No una. Pero cada... No podía seguir pensando. Estaba tan cansada. La inmensidad del cielo, la infinidad de estrellas. Se arrastró adentro otra vez. Dentro de la tensa, dentro del saco cama junto a Luis. Él yacía sumido en el sueño, inmóvil de agotamiento. Hsing escuchó automáticamente su respiración un momento; suave, sin esfuerzo. Tomó a Alejo en los brazos, contra sus pechos. Pensó en el bebé de Tirza dentro de la tierra. Dentro de la bola de tierra.

Pensó en Alejo corriendo por la hierba como había hecho hoy, corriendo a la luz del sol, gritando por el placer de correr. Le había dicho enseguida que volviera a la sombra. Pero a él le encantaba el calor de la luz del sol.

Luis se había dejado el asma en la nave, pero a veces sufría unas migrañas terribles. Mucha gente tenía dolores de cabeza, dolores de seno. Posiblemente se debía a las partículas del aire, las partículas de tierra, los pólenes de las plantas, las sustancias y secreciones del planeta, sus exhalaciones. Yacía tumbado en la tensa en el largo calor del día, en el largo reflujo del dolor, pensando en los secretos del planeta, imaginándose que el planeta exhalaba y él respiraba esa exhalación, como un amante, como respirar el aliento de Hsing. Tragándoselo, bebiéndoselo. Convirtiéndose en él.

La ladera de la colina, que daba al *río* pero a distancia, les había parecido un buen lugar para el *asentamiento*, una distancia segura, para que los niños no cayeran en la enorme, violenta y profunda masa de agua. Ramdas midió la distancia y dijo que era de 1,7 kilómetros. La gente que iba a buscar el agua descubrió una definición diferente de la distancia: 1,7 kilómetros era demasiada distancia para ir a por agua. Había que ir a buscarla. No había cañerías en el suelo, ni grifos en las rocas. Y cuando no había cañerías ni grifos descubrías que el agua era necesaria, a todas horas, imperiosamente necesaria. Era maravillosa, venerable, una bendición, una beatitud que los ángeles no habían imaginado jamás. Descubrías la sed. ¡Beber cuando tenías sed! ¡Y lavarse, estar limpio! ¡Estar como siempre habías estado, sin la piel sucia, llena de arena, maloliente, con manchas de tierra, limpio!

Hsing regresó de los campos con su padre. Yao caminaba un poco encorvado. Tenía las manos ennegrecidas, agrietadas, llenas de tierra. Ella recordó que cuando trabajaba en los jardines de tierra de la nave la tierra fina y suave se le quedaba pegada en los dedos, le cubría los nudillos y las uñas, solo mientras trabajaba; luego se lavaba las manos y quedaban limpias.

Poder lavarte cuando estabas sucio, tener bastante para beber todo el tiempo, era maravilloso. En la Reunión votaron trasladar las tensas más cerca del río, alejándolas de las Reservas. El agua era

más importante que las cosas. Los niños debían aprender a tener cuidado.

Todos debían aprender a tener cuidado, en todas partes, todo el tiempo.

Filtrar el agua, hervir el agua. Qué engorro. Pero los médicos eran inflexibles con sus cultivos. Algunas de las bacterias nativas medraban en caldos de cultivo hechos con secreciones humanas. Podía haber infecciones.

Cavar letrinas, cavar pozos ciegos, era muy duro, muy engorroso. Pero los médicos eran inflexibles con sus manuales. El manual sobre pozos ciegos y tanques sépticos (impreso en inglés en Nueva Delhi dos siglos atrás) era difícil de entender, estaba lleno de palabras cuyo significado había que deducir del contexto: alcantarillado, grava, lecho de roca, filtrado.

Era un engorro tener cautela, ir con cuidado, esforzarse, seguir las reglas. ¡Nunca! ¡Siempre! ¡Recuerda! ¡No! ¡No lo olvides! ¡O si no!

¿O si no qué?

Morías de todas formas. Este mundo te odiaba. Odiaba los cuerpos externos.

Ya llevaban tres bebés, un adolescente, dos adultos. Todos estaban debajo de la tierra en ese lugar, cerca del primer muerto, el bebé de Tirza, su guía al mundo subterráneo. Al interior.

Había mucha comida. Cuando mirabas la sección de comida de las Reservas, las inmensas paredes y los pasillos de cajas, parecía que hubiera comida suficiente para alimentar para siempre un millar de personas, y la generosidad de los ángeles al dejársela toda te parecía abrumadora. Luego te dabas cuenta de cómo la tierra seguía y seguía, más allá de las Reservas, más allá de los cobertizos, y el cielo seguía y seguía por encima; y cuando volvías a mirarlo, el montón de cajas te parecía muy pequeño.

Oías a Liu Yao diciendo en una reunión «Debemos seguir comprobando si las plantas autóctonas son aptas para el consumo», y a Chowdry Arvind proponiendo «Deberíamos hacer jardines ahora que estamos en la mejor época de la revolu... del año, la estación de crecimiento».

Al final te dabas cuenta de que no había tanta comida. De que quizá no siempre hubiera mucho que comer. De que (las judías no florecían, el arroz no crecía de la tierra, el experimento genético fracasaba) tal vez no hubiera suficiente comida. Con el tiempo. El tiempo no era lo mismo allí.

Allí todo tenía su estación.

5-Nova Luis, médico, se encontraba junto al cuerpo de 5-Chang Berto, un técnico de suelo que había muerto de una infección de una ampolla en el talón. De repente el médico gritó a los compañeros de tienda de Berto: «¡No la cuidó! ¡No lo cuidasteis! ¡Se veía que estaba infectada!

¿Cómo pudisteis dejar que ocurriera? ¿Acaso pensáis que estamos en un entorno estéril? ¿Es que no escucháis? ¿Es que sois incapaces de entender que aquí la tierra es peligrosa? ¿Acaso creéis que puedo hacer milagros?». Entonces rompió a llorar, y los compañeros de tienda de Berto siguieron en pie con su compañero muerto y el médico que lloraba, mudos por el miedo, la vergüenza y el dolor.

Seres vivos. Había criaturas por todas partes. Este mundo estaba hecho de seres vivos. Lo único que no estaba vivo eran las piedras. Todo lo demás estaba lleno de seres vivos.

La tierra estaba cubierta de plantas, el agua estaba llena de plantas, había una variedad y una cantidad infinita de plantas (4-Liu Yao, que trabajaba en el laboratorio provisional de pruebas de

plantas sentía a veces, a través de la niebla del agotamiento, un deleite incrédulo, una sensación de riqueza infinita, un deseo de gritar: *¡Mirad! ¡Mirad esto! ¡Es extraordinario!)*, y de animales, una variedad y una cantidad infinita de animales (4-Steinman Jael, una de las primeras personas que se inscribieron como foráneos, tuvo que regresar a la nave para siempre, porque la visión y el contacto continuo con las innumerables criaturas diminutas que se arrastraban y volaban por el suelo y el aire, y su temor incontrolable a verlas y que la tocaran, le provocaban ataques de temblores y gritos).

Al principio, la gente tendía a llamar a las criaturas vacas, perros, leones, recordando palabras de los libros y holos de la Tierra. Los que leyeron los manuales insistían en que las criaturas de Shindychew eran mucho más pequeñas que las vacas, los perros, los leones, y se parecían mucho más a las que en Dichew llamaban insectos, arácnidos y gusanos. «Aquí nadie ha inventado la espina dorsal», decía la joven García Anita, que estaba fascinada por las criaturas y estudiaba los archivos de biología terrestre siempre que su trabajo como ingeniera eléctrica le dejaba tiempo para hacerlo. «Al menos en esta parte del mundo. Pero sí han inventado unas conchas maravillosas.»

A las criaturas de aproximadamente un milímetro de longitud con alas verdes que seguían a las personas con insistencia y disfrutaban caminando sobre su piel, haciéndoles un poco de cosquillas, las llamaron perros. Se mostraban amistosas, y los perros eran supuestamente el mejor amigo del hombre. Anita decía que les gustaba la sal de la piel humana, y que no eran lo bastante inteligentes para mostrarse amistosas, pero la gente siguió llamándoles perros. ¡Aj! ¿Qué tengo en el cuello? Oh, solo es un perro.

El planeta giraba en torno a una estrella.

Pero por la tarde, el sol se ponía. Era lo mismo, pero diferente. Al ponerse, el sol adoptaba colores, los colores de las nubes que el viento movía en el aire.

Al alba, el sol subía de nuevo trayendo con él los colores mutables, intensos y sutiles del mundo, restaurados, devueltos a la vida, renacidos. Aquí la continuidad no dependía de los seres humanos. Aunque quizá ellos sí dependieran de ella. Era diferente.

La nave había seguido su camino. Se había ido.

Los foráneos que habían cambiado de idea sobre la vida en el exterior habían regresado en su mayor parte durante los primeros pocos diezdías. Cuando el Consejo Plenario, ahora presidido por el arcángel 5-Ross Minh, anunció que la *Descubrimiento* abandonaría la órbita el Día 256, Año 164, varias personas del Asentamiento pidieron regresar a la nave, incapaces de soportar la finalidad del exilio permanente, o las dolorosas realidades de la vida exterior. Aproximadamente la misma cantidad de partidarios de la nave quisieron unirse al Asentamiento, incapaces de soportar la futilidad de un peregrinaje infinito, o el gobierno de los arcángeles.

Cuando la nave se fue, novecientas cuatro personas habían decidido quedarse en el planeta. Morir allí. Algunas ya habían muerto allí.

Hablaban muy poco al respecto. No había mucho que decir, y como siempre estabas cansado, lo único que querías era comer y meterte en el saco cama y dormir. Antes, que la nave siguiera su camino parecía un gran acontecimiento, pero no lo era. De todas formas, desde tierra no podían verla. Durante días y días antes de la fecha de partida, las radios y la red de enlace rebosaban conversaciones sobre el viaje hacia la beatitud, y exhortaciones que decían a la gente que estaba en tierra que todavía seguían siendo todos ángeles y que serían bienvenidos en la alegría. Después hubo una oleada de mensajes personales, súplicas, bendiciones, despedidas, y luego la nave se fue.

Durante mucho tiempo la *Descubrimiento* siguió enviando noticias y mensajes al Asentamiento, nacimientos, muertes, sermones, oraciones e informes sobre la alegría unánime del viaje. Los mensajes personales iban de la nave al Asentamiento, junto con los mismos comunicados informativos y científicos que se enviaban a la Tierra. Los intentos de diálogo, de enviar una respuesta, que rara vez tenían éxito, se abandonaron tras unos años.

Obedeciendo los mandatos de la Constitución, los colonos recopilaban y organizaban la información que reunían sobre Shindychew y la enviaban al planeta de origen siempre que la tarea de sobrevivir les dejaba tiempo para hacerlo. Un comité trabajaba en la conservación y la transmisión de los metódicos anales del Asentamiento. La gente también enviaba observaciones y reflexiones, imágenes, poemas.

No podías evitar preguntarte si los escucharía alguien. Pero eso no era nada nuevo.

Las transmisiones dirigidas a la nave seguían llegando a los receptores del Asentamiento, porque la gente de Dichew no sabría de la llegada prematura durante años, y entonces su respuesta tardaría años en llegar. Las transmisiones eran tan confusas como siempre, casi del todo irrelevantes, y cada vez más difíciles de entender, debido a los cambios en la mentalidad y el vocabulario. ¿Qué era un O.E. retenido y por qué había provocado disturbios en Milak? ¿Qué era la tecnología de tránsito? ¿Por qué decían que era esencial conocer la proporción 4:10 en los pankogenes?

El problema del vocabulario tampoco era nuevo. Durante toda tu vida en la nave veías palabras que no tenían ningún sentido. Palabras que no significaban nada en el mundo. Palabras como *nube*, *viento*, *lluvia*, *meteorología*. Palabras de poetas, explicadas en notas a pie de página, o que tenían un breve equivalente visual en películas, a veces un breve equivalente sensorial en RV. Palabras cuya realidad era imaginaria, o virtual.

Pero allí, lo que carecía de significado, el concepto sin contenido, era la palabra virtual. Allí nada era virtual.

Las nubes venían del oeste. El oeste, otra realidad; la dirección, una realidad de importancia crucial en un mundo donde podías perderte.

La lluvia caía de cierto tipo de nubes, y la lluvia te mojaba, estabas mojado, el viento soplaba y tenías frío, y seguía y no paraba porque no era un programa, era la meteorología. Seguía existiendo. Pero tú no, a menos que adquirieras el sentido común de resguardarte de la lluvia.

Probablemente la gente de la Tierra ya lo supiera.

Las plantas grandes, gruesas y altas, los árboles, consistían en gran parte en una sustancia rara y preciosa, la madera, el material del que estaban hechos ciertos instrumentos y ornamentos enlanave. (Una sola palabra: enlanave.) Los objetos de madera rara vez se reciclaban, porque eran irremplazables; las copias de plástico tenían una calidad bastante distinta. Aquí el plástico era raro y precioso, pero las *colinas* y los *valles* estaban cubiertos de madera. Con unas herramientas extrañas y antiguas que había en la Reserva de Aterrizaje, los árboles caídos podían cortarse en trozos. (El significado de la palabra motoserra, escrita *motosierra* en los manuales, fue redescubierto.) Todos los trozos de árbol eran madera sólida, un material excelente para la construcción con el que también se podían hacer todo tipo de instrumentos de utilidad. Y a la madera se le podía prender fuego, para crear calor.

Este descubrimiento de enorme importancia, ¿sería noticia en la Tierra?

El fuego. Lo que había al otro extremo de la antorcha. El punto activo del mechero Bunsen.

La mayoría de la gente no había visto nunca arder un fuego. Se reunieron para hacerlo. ¡No lo toquéis! Pero ahora el aire era frío, estaba cargado de nubes y viento, cargado de mal tiempo. El calor del fuego sentaba bien. Lung Jo, que había instalado el primer generador del Asentamiento, reunió trozos de árbol, los amontonó dentro de su tienda y les prendió fuego e invitó a sus colegas a que fueran a calentarse. No tardaron en salir todos de la tensa tosiendo

y ahogándose, lo cual fue una suerte, porque al fuego le gustó tanto la tensa como la madera y se la comió con sus lenguas rojas y amarillas hasta que solo quedó un revoltijo negro y hediondo en la lluvia. Fue un desastre. (Otro desastre.) Sin embargo, fue divertido que todos salieran corriendo, llorando y tosiendo en una nube de humo.

Nube. Humo. Palabras llenas, abarrotadas, atestadas de significado. Significados de vida y de muerte, que significaban vida, que significaban muerte. Al fin y al cabo, los poetas no hablaban virtualmente.

Erraba solitario como una nube...
¿Qué tiempo hace en una barba? Hace viento y es bastante extraño...

La raza de avena 0-2 salió de la tierra, brotó *(brotar)*, creció, echó hojas y unas hermosas espigas colgantes, verdes, amarillas, y fue recolectada. Las semillas fluían entre tus dedos como abalorios pulidos y caían *(caer)* en el montón de precioso alimento.

De repente, las comunicaciones que llegaban de la nave dejaron de contener mensajes personales o información y consistieron solo en reemisiones de los tres discursos grabados de Kim Terry, discursos de Patel Enbeatitud, sermones de varios arcángeles y una grabación de un coro masculino cantando, repetida una y otra vez.

–¿Por qué soy Seis Lo Meiling?

Cuando la niña comprendió la explicación de su madre, dijo:

–Pero eso era en la nave. Vivimos aquí. ¿No somos todos ceros?

5-Lo Ana contó esta historia en una Reunión, y se propagó por toda la comunidad causando deleite, como el vuelo de una de las criaturas de alas transparentes que se agitaban sin parar y que

estaban bordeadas con hebras de oro, ante las cuales todos levantaban la vista, dejaban el trabajo y decían «¡Mirad!». *Mariposas*[5], las llamó alguien, y el bonito nombre cuajó.

Cuando hacía frío y el trabajo no era tan continuado, había muchas conversaciones sobre los nombres de las cosas. Sobre dar nombre a las cosas. Como a los perros. La gente acordó que había que poner nombres a las cosas de una manera seria. Pero no servía mirar en los archivos y averiguar que en Dichew llamaban *escarabajo* a criaturas parecidas a aquella marrón, o sea que la llamaremos *escarabajo*. No era un escarabajo. Debería tener un nombre propio. Trepador de árboles, cliqueador, masticador de hojas. ¿Y nosotros? La niña de Ana tiene razón, ¿sabéis? Los cuatros, los cincos, los seises... ¿Qué tiene eso que ver con nosotros, aquí? Los ángeles pueden seguir hasta cien... Con suerte llegarán a diez...

¿Y el bebé de Zerin? No es 6-Lahiri Padma. Es 1-Shindychew-Lahiri Padma... Tal vez solo sea Lahiri Padma. ¿Por qué contar los grados? No vamos a ir a ninguna parte. Está aquí. Vive aquí. Este es el mundo de Padma.

Encontró a Luis en los jardines de patty que había detrás del complejo oeste. Era su primer día fuera del hospital. Un hermoso día de principios de verano. Sus cabellos brillaban a la luz del sol. Lo encontró gracias a ese nimbo plateado.

Estaba sentado en el suelo, en la tierra. En su día libre realizó un cambio en el sistema de irrigación de pequeñas acequias, diques y esclusas, que requería una supervisión y un mantenimiento constante, pero no laboriosos. El patty crecía bien solo cuando tenía agua, pero no demasiada. Los tubérculos, asados enteros o molidos, se habían convertido en un alimento básico desde que Liu Yao consiguiera cultivar una cepa comestible. A las personas que tenían problemas para digerir las semillas y los cereales autóctonos les sentaba bien el patty.

Los niños de diez u once años, los ancianos y las personas que no tenían problemas de movilidad se dedicaban en su mayor parte a los cambios de irrigación; no requería fuerza, solo paciencia. Luis estaba sentado junto a la esclusa que desviaba la corriente del Arroyo Oeste a otro de los sistemas de canales principales. Tenía estiradas las piernas, delgadas y morenas, y la muleta yacía a su lado. Estaba apoyado en los brazos, con las manos abiertas sobre la tierra negra, el rostro mirando al sol, los ojos cerrados. Llevaba pantalones cortos y una camisa suelta y andrajosa. Era viejo y además tenía problemas de movilidad.

Hsing se acercó a él y pronunció su nombre. Luis gruñó pero no se movió ni abrió los ojos. Se agachó a su lado. Al cabo de un rato su boca le pareció tan hermosa que se inclinó y la besó.

Él abrió los ojos.

–Estabas dormido.

–Estaba rezando.

–¡Rezando!

–¿Rindiendo culto?

–¿Rindiendo culto a qué?

–¿Al sol? –dijo él, tanteando.

–¡A mí no me preguntes!

La miró, con la mirada de Luis, tierna e inquisitiva, indefinida, sin reservas; desde los cinco años la miraba de esa manera. La miraba por dentro.

–¿A quién si no podría preguntarle?

–Si es sobre rezar y rendir culto, a mí no.

Se puso más cómoda, apoyando la cadera en el borde de un canal de irrigación, frente a Luis. El sol le calentaba los hombros. Llevaba un sombrero de paja que había tejido Luisita, inexperta.

–Es un vocabulario contaminado –dijo él.

–Una ideología sospechosa –dijo ella.

Y de repente las palabras le proporcionaron placer, las grandes palabras: *¡vocabulario! ¡ideología!* La conversación se componía de palabras cortas, pequeñas, pesadas: comida, techo, cosa, lograr,

hacer, guardar, vivir. Las grandes palabras ya no se utilizaban nunca, las palabras largas y etéreas le elevaron la mente durante un momento como una mariposa, aleteando en lo alto, en el viento.

–Bueno –dijo él–, no lo sé. –Reflexionó. Ella lo observó meditar–. Cuando me aplasté la rodilla, y tenía que estar tumbado –dijo–, decidí que no valía la pena vivir sin deleite.

Al cabo de un rato ella dijo, con un tono seco:

–¿Beatitud?

–No. La beatitud es una forma de IRV. No, quiero decir deleite. Nunca lo conocí en la nave. Solo aquí. De vez en cuando. Momentos de existencia incondicional. Deleite.

Hsing suspiró.

–Ha costado mucho –dijo ella.

–Oh, sí.

Guardaron silencio un rato. El viento del sur sopló, se detuvo y volvió a soplar dulcemente. Olía a tierra húmeda y a flores de alubias.

Luis dijo:

Cuando yo sea abuela, dicen, puede que camine bajo el cielo en otro mundo.

–Oh –dijo Hsing.

Su respiración quedó atrapada en otro suspiro más profundo, un sollozo. Luis puso la mano encima de la de ella.

–Alejo se ha ido a pescar con los niños, río arriba –dijo Hsing. Él asintió.

–Me preocupo tanto –dijo ella–. Me preocupo y el deleite desaparece. Él asintió otra vez. Poco después comentó:

–Pero estaba pensando... Cuando estaba rindiendo culto, o lo que sea, pensaba en la tierra. –Tomó un puñado de tierra oscura, mojada, que desmenuzó y dejó caer, contemplándola–. Estaba pensando que si pudiera me levantaría y me pondría a bailar sobre ella... Baila por mí –dijo–, ¿lo harás, Hsing?

Ella esperó un momento, luego se puso en pie –tuvo que empujar fuerte para separarse del borde del canal, porque tampoco

tenía las rodillas muy bien últimamente– y permaneció inmóvil.

–Me siento estúpida –dijo.

Levantó los brazos y los extendió, como si fuesen alas, y miró sus pies en la tierra. Se quitó las sandalias, las echó a un lado, y se quedó descalza. Dio un paso a la izquierda, a la derecha, adelante, atrás. Bailó hacia él con los brazos extendidos, las palmas hacia abajo. Luis las tomó y ella lo levantó. Él rio; ella no sonrió exactamente. Balanceándose, levantó los pies desnudos de la tierra y volvió a bajarlos mientras él seguía quieto, sosteniéndole las manos. Bailaron juntos de esa manera.

Notas

1. Juego de mesa en el que los jugadores combinan cartas para anotar puntos.
2. Receta tradicional de la cocina francesa hecha con carne y vino, dos ingredientes típicos de la zona de donde procede: Borgoña.
3. *Nearly As Fast As Light*, Velocidad Cercana a la de la Luz.
4. En castellano en el original. *(N. del ed.)*
5. En castellano en el original. *(N. de la t.)*

Lo encontrado y lo perdido

The found and the lost © 2016, Ursula K. Le Guin
Esta edición se ha publicado gracias a un acuerdo con International Editors & Yáñez Co' S.L. y Ginger Clark Literary, LLC. Se han hecho valer los derechos morales de la autora.

Traducción: ©Juan Pascual Martínez Fernández, Ana Quijada, Manuel Manzano,
Estela Gutiérrez y Franca Borsani
Diseño de cubierta: Cover Kitchen
Revisión: OrmoBook

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Primera edición en libro electrónico (epub): julio de 2025
ISBN: 978-84-450-2087-6 (epub)

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en:
www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es